A. ALONSO
ENCUADERNADOR
POSTIGO 14

D-2
2556

3.C-15
—
7-4

B.P. de Soria
61109764
D-1 918

D-2
2556

HISTORIA UNIVERSAL.

9764

D-1
918

HISTORIA UNIVERSAL

POR

CÉSAR CANTÚ

B-823

DESDE LOS TIEMPOS MÁS REMOTOS HASTA HOY

VERTIDA AL ESPAÑOL

EN VISTA DE LAS REFORMAS Y CORRECCIONES HECHAS POR EL AUTOR EN LA

ÚLTIMA EDICION ITALIANA

POR DISTINGUIDOS LITERATOS

Y BAJO LA DIRECCION DE

D. FRANCISCO NACENTE Y SOLER

AUTOR DE VARIAS OBRAS CIENTÍFICAS É HISTÓRICAS

ILUSTRADA CON UN ATLAS DE MÁS DE 500 LÁMINAS
QUE FORMAN LA HISTORIA MÁS COMPLETA DE **trajes, armas, muebles, monumentos**, ETC.,
DESDE LOS TIEMPOS MÁS REMOTOS HASTA NUESTROS DIAS,
POR

HERMANN WEISS

AUMENTADA
CON CENTENARES DE FIGURAS CORRESPONDIENTES Á LA **Indumentaria Española**
Y Á LA **Arqueologia** DE TODAS LAS ÉPOCAS.

TOMO TERCERO

BARCELONA
F. NACENTE, EDITOR, PASEO DE GRACIA, 149.
1886.

Esta obra es propiedad del Editor, quien se reserva todos los derechos de propiedad literaria y artística de la misma, y perseguirá al amparo de las leyes á todo aquel que la reimprima ó que reproduzca sus láminas fraudulentamente.

Imprenta y Litografía de F. Nacente.—Paseo de Gracia, 149.

LIBRO SEXTO

IMPERIO ROMANO.—Los Julios.—Cristo.—Los Flavios.—Emperadores aventureros.—Emperadores asociados.—Luchas y establecimiento del Cristianismo.—Eclectismo filosófico.—Sincretismo religioso.

CAPÍTULO PRIMERO

REVISTA DEL MUNDO.

Estrabon, Plinio, Tolomeo presentaron en el siglo en que entramos la descripcion del mundo conocido: hicieron una especie de inventario de los paises dominados ó esplotados por Roma. Nos proponemos recorrerlos sin dejar de seguir su huella, así como la de los historiadores y compiladores, para reconocer el teatro en que la humanidad se agita (1).

Dividian los antiguos la tierra en cinco zonas; dos heladas, en los polos; una tórrida, entre los trópicos; todas tres deshabitables; y entre ellas dos zonas templadas, siendo imposible pasar de la una á la otra. Hallábanse, pues, limitados los conocimientos geográficos á nuestra region septentrional, que, escluyendo los antípodas, abarcaba tres partes del globo, el Asia, la Libia y la Europa, rodeadas por el Océano (2).

Asia.—Al decir de Estrabon era el Asia la comarca mejor conocida de los geógrafos, gracias á las espediciones de Alejandro; pero habian incurrido en yerros á causa de la falsedad de los relatos, y habia error en los meridianos á que se referian los lugares. El Tauro (y comprendian bajo este nombre montañas totalmente distintas de esta cordillera) cruzaba en sentir de los antiguos, toda el Asia, empezando por el pais que se hallaba en frente de Rodas hasta Tine, último límite oriental, en una longitud de cuarenta y cinco mil estadios (3); de modo que esta parte del mundo se estendia, segun ellos, parte más acá y parte más allá del Tauro.

---

(1) Conviene añadir á estos tres geógrafos los compendios de Dionisio Periegetes, Περιήγησις οἰκουμένης, y de Pomponio Mela, no menos árido que oscuro. El primero no hace otra cosa que poner á Estrabon en verso; el otro sigue á Eratóstenes, conservándonos detalles, sacados sin duda de obras que ya no existen, y en las que no tuvo bastante crítica para hacer una eleccion docta. El naufragio en que se han sumergido tantas obras, perdonó al *Periplo del mar Rojo* de Arriano, negociante romano, establecido probablemente en Alejandria, y los *Stathmi Parthici* de Isidoro de Carax, compilacion ridícula sobre aquellos formidables pueblos.

Véanse entre los modernos:

GOSSELIN, *Geografia de los griegos analizada*, en 4.°—*Indagaciones sobre la geografia de los griegos*, 2 tom.

GATTERER, *Geografia para servir de introduccion á la historia universal* (aleman)

MANNERT, *Geografia de los griegos y romanos.*

MALTE-BRUN, *Historia de la Geografia.*

WALCKENAER.—*Geografia antigua, histórica y comparada de las Galias Cisalpina y Transalpina, seguida del análisis geográfico de los itinerarios antiguos.* Paris, 1839.

(2) Véase el *Sueño de Escipion.*

(3) El estadio varia de longitud segun los geógrafos. En Anaximandro apenas llega á cien metros; en Eratóstenes á ciento cincuenta ó ciento sesenta; en Posidonio y Tolomeo á doscientos veinte y dos. En general suele apreciarse en un octavo de milla.

Acá del Tauro.—Aquende el Tauro tenia por límites el Tanai, el Palus-Meótides, el Ponto Euxino, el Occéano septentrional, el mar Caspio y la lengua de tierra que lo separa del Euxino.

1.ª Region.—Al Norte andaban los escitas, antiguos padres quizás de los europeos, errantes en carros; por allí se encontraban igualmente los sármatas, vástagos tambien de los primeros; los siracos, siendo algunos de ellos nómadas, y otros agricultores, y su capital se denominaba Uspa, vasto recinto de chozas de mimbre á tres dias de camino del Tanai. Bajo el reinado de Claudio fueron esterminadas por los romanos con auxilio de los aorsos, otras gentes de las riberas septentrionales del mar Caspio. Ponian sobre las armas doscientos mil ginetes, y sus mercaderes cabalgando en camellos se dirigian á través de la Armenia y de la Media en busca de los ricos géneros de la India y de Babilonia. Acaso pertenecia á la célebre familia de los hunos (4). Diversas naciones habitaban en torno del Palus-Meótides, designadas por los griegos con el nombre de *meotas*; en las inmediaciones del Bósforo se encontraban los sindos, los aspurgios, los aqueos y los eniocos, que se entregaban á la piratería á lo largo de las costas del Euxino, y depositaban su botin en las selvas de encinas de sus escarpados montes. Más hácia lo interior se hallaban los zigos, los cércetos, que quizá son abuelos de los circasianos; los macropogones ó longo-barbos; los eftirófagos ó come-gusanos; los valientes soanos, cuyo pais encerraba minas de oro. Algo más lejos, en la Georgia, estaban los iberos divididos en cuatro castas, de príncipes, sacerdotes, guerreros y siervos. Tenia la Albania por habitantes pueblos sobrado cultos y enriquecidos por el comercio.

Ya no se iba entonces á la Cólquide á buscar el Vellocino de oro, sino finas telas, cera, brea; ni tampoco habia ya que temer á las terribles amazonas.

2.ª Region.—Dilatábase la segunda region desde las riberas orientales del mar Caspio hasta las porciones de la Escitia que confinan con el Océano oriental y la India. Sin contar á los escitas, ocupaban aquellos puntos los hircanios, los sogdianos y los bactrianos: estos últimos hacian que devorasen perros á sus ancianos padres; mas al fin se introdujeron allí los usos de Grecia, y entonces se embellecieron sus ciudades de Balk y de Maracanda (*Samarkand*). Las minas del Asia Septentrional suministraban trabajo á estas poblaciones y á otras menos considerables. Dividíase la Escitia propiamente dicha en Sarmática y en Asiática, correspondiente esta al Mogol y aquella á la Tartaria. Después de Mitrídates desaparecen de la historia los pueblos que habian tomado parte en las vicisitudes de las regiones civilizadas; y acaso prosperaron en el corazon de la Rusia, hasta la época en que habiendo abandonado los germanos y los hunos la orilla derecha del Elba, volvieron allí mezclados con los sármatas bajo el nuevo nombre de suevos (5).

3.ª Region.—Cuando de la Bactriana se iba por la Partia, abrian paso las Puertas-Caspias, á través de sombrias gargantas infestadas de serpientes, á las estensas llanuras de la Media, fecundizadas por mil riachuelos. Allí la Ecbatana y Rages conservaban resíduos de la magnificencia de los persas, y el mago continuaba tributando al fuego un inocente culto cerca de las fuentes de Nafta. Parte de la Media, que se hizo independiente en los tiempos de Alejandro, ha conservado hasta aquí el nombre de Atropatena (*Aderbijan*).

Las montañas que cierran la Media al Occidente tenian por habitantes las errantes hordas de los cirtos, probablemente los curdos de ahora, ante las cuales hicieron alto los ejércitos de Marco Antonio, de Trajano y de Juliano. Ya poderosa la Armenia en tiempo de Pompeyo, después de haber visto á su rey Artuasde (Artabazo) exornar el sangriento triunfo de Antonio y de Cleopatra, no soportó sino muy corto tiempo la dominacion de Alejandro, su hijo, y sacudió el extranjero yugo. Entonces no menos rica que fuerte, se envanecia con especialidad por sus dos ciudades florecientes Artaxata y Tigranocerta, que fueron eclipsadas por Teodosiópolis entre los siglos IV y V. Esta fué á su vez superada por Arzern (*Erzerum*) y por otras ciudades, donde se habla todavia la lengua en que se entonaban voluptuosos himnos á Anaitis.

Suministraban abundante trigo y caballos de estremada velocidad las áridas llanuras de la Capadocia, cerradas por el Tauro y el Anti-Tauro. Allí los muros de cien plazas fuertes, y la ciudad de Mazaca (*Kaisarieh*) contenian una poblacion de raza aramea, que habia preferido un señor absoluto á la libertad ofrecida por los romanos, y se enriquecia vendiendo esclavos (6). En la Cataonia se alzaba el templo de Ma, cuyo pontífice era soberano de la ciudad construida entorno.

Hallábase cubierta de jardines y viñedos la parte de Capadocia cercana al Eufrates y denominada tambien pequeña Armenia. Las costas del Euxinio habian tomado el nombre de reino del Ponto. Algunos de sus moradores llamados mosinecos, por las altas torres (*Monsni*) en que ponian su botin á cubierto, hacian uso de bajeles de corteza: andaban desnudos con la espalda pintada, y se entregaban al deleite públicamente con sus mujeres. De

(4) Dionisio Periegetes, contemporáneo de Estrabon, coloca á los *ouni* en los mismos lugares donde este último pone á los aorsos. Tolomeo hace habitar á los *chuni* á orillas del Borístenes. *Aior* en lengua escítica significa hombre, y parece que *hun* tiene el mismo significado.

(5) HALLING.—*Gerch. der Skyten etc. Historia de los escitas y de los alemanes hasta nuestros dias.* Berlin, 1835.

(6) *Mancipiis locuples, eget æris Cappadocum rex.* HORACIO.

ellos recibieron los soldados de Pompeyo, como los de Jenofonte, un aguamiel con mezcla de veneno. Trapezos (*Trebisonda*) se aprestaba á la grandeza á que llegó bajo Adriano y más todavia en tiempo de las cruzadas.

4.ª Region.—Formaba la cuarta region una parte del Ponto y el resto del Asia Menor (7) contando la Cilicia. Ya conocemos sobradamente la Paflagonia de valerosos guerreros; la Bitinia opulenta en maderas de construccion, en mármoles, en cristal de roca, en quesos y en frutos, iguales, á escepcion del olivo, á los de Grecia; la Misia, con la fabulosa Troade, donde florecian Cízico, ciudad construida con mármoles sacados de la isla Proconeso (*Mármara*); Lampsaco, de afamados vinos; Pérgamo, ciudad la más importante y capital del pais; Nicomedia, que debia ser residencia de Diocleciano. Parte de la Frigia habia sido ocupada por los galos y llamada Galacia; era rica en trigos y en valientes soldados. En la Frigia propiamente dicha estaba edificada Sinnada con mármol blanco matizado de rojo: el comercio de Apamea le habia valido el nombre de Armadio (*Cibotos*); Laodicea, que debia su riqueza á sus rebaños de gran estima, se adornaba con monumentos. La Catakecaumena, es decir, la Comarca abrasada, debia su nombre á las cenizas que al parecer cubrian sus volcánicas llanuras, donde se daba muy bien la cepa; á orillas del Meandro abundaban los manantiales de aguas cálidas, y eflorescencias salinosas ofrecian escelentes pastos á numerosos rebaños en las cercanias de Licaonia (*Iconium, Konieh*), capital del pais, donde habia abundancia de manantiales salados, á la par que escaseaba el agua dulce.

En la Lidia, donde desciende el Pactolo del Etmolo, arrastrando en su corriente pajitas de oro, conservaba Sardis algunos vestigios de su antigua magnificencia, así como Sinope, Amiso y Ancira.

Se estendia la Eólide á lo largo del mar Egeo; luego al Mediodia la Jonia, á la cual sonrie un hermoso cielo, y si habia perdido su opulencia y su industria Mileto, madre de ochenta colonias, aun se mostraban florecientes Efeso y Esmirna. Venian después Halicarnaso, ciudad dórica; la voluptuosa Gnido, Lesbos, Chios, que proveia de goma, de lentisco y de sabrosos vinos; Samos, despojada de sus vasos y de sus estátuas; Rodas, la esposa del Sol, que con la libertad había perdido su marítima supremacia.

Ofrecia á las naciones comarcanas sus intrépidos marinos la Licia, cuyas repúblicas federativas vieron destruida su constitucion primeramente por Bruto y después por el emperador Claudio.

Dividíase la Cilicia en dos partes; una la que propiamente se llamaba de este modo; otra á que se daba el epíteto de *Aspera*, á causa de sus montañas cubiertas de cedros y pinos. Chipre era afamada por sus deliciosos frutos; decíase que sus higueras, sus granados, habian sido plantados por las manos de la diosa del deleite, á quien se rendia particular culto. Enriquecíase allí un millon de habitantes con el láudano, que destilaban sus arbustos, sus perfumados aceites, su miel aromática, las enormes cepas de sus viñas, su trigo muy estimado por los glotones, no menos que con el cáñamo, la madera, las piedras preciosas, el jaspe, el asbesto, y por último, el cobre (*cupros*), á que debió su nombre.

Sembrado el Mar Negro de bajíos y de escollos á flor de agua, agitado por frecuentes tempestades, y cubierto á menudo de bruma, requeria para la navegacion bajeles de particular estructura y conocimientos especiales: cada vez se hacia más peligroso, segun lo habia vaticinado Polibio. Se obstruian de arena las siete bocas del Danubio, hasta el estremo de que no se podia abordar sin gran trabajo á Salmidesa; y el puerto de Sinope era inaccesible á buques de alto bordo. Al revés, el Quersoneso Táurico ofrecia escelentes puntos de recalada, y las maderas arrastradas por el Don y el Dnieper en flotantes trenes, eran trabajadas en los arsenales de Panticapea.

Allende el Tauro.—Al Mediodia del Tauro se encuentran hacia el Este, los indios; al Occidente y sobre un suelo estéril, habitan los arias; luego los persas, los susianos, los babilonios; vienen después la Mesopotamia, la Siria, la Arabia.

Es larga la historia de estos diferentes paises, pero los geógrafos de entonces añadieron muy poco á las imperfectas nociones poseidas de antemano. El leon de Babilonia habia cedido su trono fastuoso á Seleucia, cerca del Tigris, adonde se trasladaron desde la ciudad de Semíramis seiscientos mil habitantes. Ya no aparecian ni aun siquiera vestigios de aquella estensa Nínive, cuya vuelta no podia darse en menos de once dias. Aun no agotadas por la codicia de los procónsules las ciudades fundadas por los Seléucidas, seguian subsistiendo en la Alta Siria, donde derramaba la fecundidad el raudal estraido del Oronto por medio de máquinas ingeniosas. Antioquia lucha en esplendor con Alejandria y Roma, convidando á sus voluptuosos habitantes á los teatros, al circo, á los lúbricos bosquecillos de Dafne, hasta el dia en que lleguen á santificarla el sepulcro de San Bernabé y la silla de San Pedro. Laodicea se envanece con su puerto y con sus viñas: el territorio de Apamea basta para proporcionar á un ejército subsistencias; se engrandece Palmira en medio de sus palmeras y de sus límpidos arroyos, á cuyas orillas toman descanso las caravanas. Pero cerca de ella se alza Berea, que bajo el nombre de Alepo debe ostentarse gigantesca sobre sus ruinas.

Coronados de cedros, que las nieves protejen en medio de un abrasador clima, el Líbano y el Antilíbano dan asilo á los itureos (drusos?); á su falda

(7) Este nombre que damos á la península situada entre el Ponto-Euxino, el Archipiélago, el mar de Chipre y el Tauro, no estuvo en uso entre los antiguos, hasta la época en que todo el pais reconoció la dominacion romana.

prosperan Balbek y Damasco. La púrpura de Tiro y los gusanos de Sidon recordaban el antiguo comercio de Fenicia. Cultivábanse las ciencias en Gaza, en Ascalon, en Berita y en Heliópolis; allí habia aficion al tráfico y pasion por los deleites. Habíase arrancado á Galilea y á Judea el cetro de los reyes, mas no su cultivo ni su industria; y los infortunios esperimentados reanimaban la esperanza del libertador prometido.

Estos paises padecian de vez en cuando las incursiones de los árabes, pueblo de mil tribus, de los cuales tenian algunos residencia fija, al paso que la mayor parte andaban errantes en medio de las arenas que se dilatan desde la Siria y el Eufrates hasta el mar Rojo. Eran los árabes quienes trasportaban las mercancías de la india y del Africa, el incienso, la mirra, los bálsamos de su pais á los mercados de la Siria y de Egipto. Si de nada aprovechó á los romanos la espedicion de Galo, suministró á lo menos algunas noticias acerca de un pueblo que salvó su feroz independencia del yugo de los vencedores de tantas otras naciones, y que seis siglos más tarde debia someter poblaciones inmensas á sus leyes y á sus creencias. Cien chaiques dominaban patriarcalmente á las tribus, haciendo pagar á muy caro precio toda tentativa contra una libertad que solo perdieron en parte cuando se trasladaron á un territorio menos estéril. Sin morada fija ni matrimonios duraderos, les llevaba la mujer en dote una tienda y una lanza. No conocian el pan ni el vino, iban vestidos con grandes mantos y cubiertos con un turbante, calzados con anchos borceguíes, y llevaban un cinturon de delgada tela. Fieles algunos á la tradiccion de Ismael, tenian horror á nutrirse con carne sangrienta: otros al revés, se cebaban en sangre humana y hasta comian la carne de sus enemigos. Aquellos que se ponian á sueldo de los romanos ó de los persas, dejaban tras sí, como la langosta, huella de su paso; habíales que salian en corso á bordo de barcas de cuero.

No habiendo cesado nunca de infestarla los piratas hasta los máratas de nuestros dias, recibió la costa del Malabar, entre Goa y Bombay, el nombre de *Costa de los piratas*.

Se habian aumentado los conocimientos relativos al Asia Meridional en tiempo de Tolomeo; pero aun no están acordes los geógrafos modernos en establecer la debida correspondencia entre sus inciertas indicaciones y los paises actuales. Ya en tiempo de Herodoto conocian los griegos, por medio de las caravanas, la cordillera del Indo-Ko, y el grupo de montañas nevadas que se extienden al Nordeste del Cabul hácia Cachemira, y en sus itinerarios estaban anotados los puntos de descanso de Ortospana (*Candaar*) y de Kaspapiro (*Cachemir*). Aristóteles, antes de la expedicion de su augusto discípulo, indicaba con el nombre de Parnasos la grande y elevada masa del Asia Central. Eratóstenes conocia el Emodon ó Imaon, esto es, el Himalaya, y sabia que los macedonios le habian dado el nombre de Cáucaso Indio. Tolomeo distingue la cordillera de los Sarifos (entre Herat y Deh-Zungui) de la del Paropamiso, á esta del Cáucaso Indio, que se extiende hasta las fuentes del Ganges, y al Cáucaso del Emodo, que costea el Nepal. Tolomeo indica exactamente la direccion de la cordillera del Bolor, á la que se habia dado el nombre de Imavo para distinguir el Asia interior en Asia de dentro y de fuera del Imavo (8).

En cuanto al Asia Oriental, no pasaron de la Sérica los descubrimientos de los antiguos; pero ¿á qué pais daban este nombre? Plinio y Mela dicen que *los seres habitan en el centro de las regiones orientales, cuyos estremos ocupaban los escitas y los indios*. Como, segun ellos, termina el Asia un poco al Este del Ganges y algo al Norte del mar Caspio, es evidente que colocaban á los seres en Tíbet (9), de donde se sacaban pieles, escelente hierro, bolas aromáticas (*malabathrum*), y especialmente el *sericum* y la *serica materies*. Cuando se interrumpieron las comunicaciones por las guerras con los partos, se hizo la seda un género de sumo precio, hasta la época de Justiniano, en que se introdujo en Europa el gusano de seda y el método de criarlo.

Encaminábanse las útiles esploraciones de Alejandria hácia el Golfo Arábigo y el mar de las Indias. Aquella ciudad egipciaca, convertida primero en griega, después en romana, estaba en estremo poblada, y era sumamente rica, merced á su comercio; pero su propension á los placeres y la inconstancia de su voluntad, le impedian hacerse temible. Asentábase un prefecto romano en el trono de los Faraones y de los Tolomeos; y á los sacerdotes, celosos custodios de las doctrinas secretas, habian sucedido artífices de frases é impostores viles, que con ayuda de arúspices y de sortilegios no pensaban más que en sacar dinero al pueblo, y en grangearse á fuerza de adulaciones la proteccion de los reyes.

Africa.—Se comparaba el Africa á un triángulo rectángulo cuya base venia á ser la baja costa que se dilata desde las columnas de Hércules hasta Pelusio; por el lado perpendicular el Nilo, prolongándose hasta el Occéano; por hipotenusa, la línea que parte desde los confines de la Etiopia hasta el Estrecho. Superando su vértice, la zona torrida era inaccesible; pero se creia que distaba ocho mil ochocientos estadios del ecuador, es decir, se estendia en la latitud de doce grados y medio, lo cual apenas es la mitad de su medida verdadera. Cabalmente este error fué el que infundió aliento, quince siglos más tarde, á los navegantes que doblaron el Cabo de Buena Esperanza.

---

(8) HUMBOLD, *Asia central.*

(9) Amiano Marcelino parece describir realmente la alta llanura de Tíbet cuando dice: *Contra orientalem plagam in orbis speciem consertæ aggerum summitztes ambiunt Seras. In hanc itaque planitiem undique prona declivitate præruptum etc.* XXIII, 6.

Ignoramos el nombre de las trescientas ciudades africanas sometidas á la dominacion de Cartago que subsistian todavia: hasta su misma capital se habia reparado y volvia á ostentar cierto brillo, aunque no su actividad antigua. Las llanuras de Mauritania y de la Numidia daban una cosecha de doscientos cincuenta por uno. Era, pues, Africa el granero de Roma, y muchas de sus ciudades prosperaban por el comercio, á la par que aceptaban la civilizacion romana. Contenia cinco la fertil y melancólica Cirenaica, al Oriente de la cual se dilataban las áridas costas de la Marmárica. Pocos viajeros penetraban en los oasis interiores. A pesar de todo, la Libia era mejor conocida por los antiguos que por los modernos: hablan de su triple cosecha segun la diversa elevacion del terreno, de sus rebaños de gacelas, de carneros, de antílopes, de terneras de Berberia, de sus chacales, de sus puerco-espines, de sus comadrejas; y sacaban de allí el *silphium*, cuyo valor era igual al de la plata (10).

Casi nada se habia aprendido acerca de lo interior del Africa desde las noticias recogidas por Herodoto en Menfis y en Cirene. Con los cartagineses habia perecido el recuerdo de las relaciones que mantenian con los pueblos del Níger; y las atrevidas navegaciones de Hannon se contaban entre el número de las fábulas. Segun lo que dice Plinio, parece que los romanos no conocian más que la tercera parte de este continente. Afirma que Juba, rey de Mauritania, habia esplorado el nacimiento del Nilo. Lo situa en una comarca de la Mauritania interior, donde *indignado en breve aquel rio de deslizarse entre áridas arenas, se esconde bajo tierra durante muchas jornadas de camino*. Torna á aparecer en seguida en la Mauritania Cesariana, y después de haber visitado los pueblos circunvecinos, se oculta de nuevo durante veinte jornadas de camino, hasta el momento en que llega á los confines de la Etiopia. De este modo confunde Plinio el Nilo con el Níger. Hános indicado la inscripcion de Aduli (tomo II pág. 98) una espedicion hecha en lo interior del pais, si bien se limita quizá al pais comprendido entre el Golfo Arábigo y el Astaspes (*Abavai*). Bajo Augusto invadió Candacia, reina de Etiopia, el alto Egipto, al frente de soldados sin disciplina y sin más armas que anchos escudos de acero, hachas, chuzos y alfanges. Habíalos repelido el prefecto Pretonio, persiguiéndolos á través del desierto donde pereciera Cambises. Mas no bien se habia retirado, cuando volvió á la carga la fiera amazona; y viéndose luego sitiada (24—22 a. C.), envió embajadores á Augusto, que poco anhelante de conquistar deshabitados desiertos, le otorgó la paz sin dificultad alguna, eximiéndola al mismo tiempo del tributo que le habia sido impuesto.

Entre el número de los pueblos de lo interior de Africa, designan los romanos especialmente á los nasamones, los getulos, detrás del pais de los cartagineses y de los númidas, y los garamantos (*Fezan*) *más allá del curso del sol en los confines del mundo* (11). La imaginacion de los antiguos colocaba en la Etiopia, segun llamaban á la comarca entre los garamantos y las cataratas del Nilo, tribus de costumbres y nombres estravagantes hasta lo sumo. Eran los estrutiófagos (ó come-avestruces), los acridófagos (come-langostas), los pánfagos (cómelo-todo), los trogloditas, moradores de cavernas, además los ganfasantos, de inmensas bocas, y los blenmios, de terribles miradas: unos pigmeos y gigantes otros.

Se suponia en el Océano Atlántico la existencia de las islas Afortunadas, nombre fabuloso en un tiempo, aunque desde Sertorio tal vez indica las Canarias. Horacio aconsejaba que buscasen en ellas refugio los que estaban cansados de los trastornos de Roma; remedio poético á males cuyo alivio solo es dado dispensar al cielo.

Plinio, que pretendiendo abarcar todas las materias en su Enciclopedia, no profundizó ninguna, y que en la geografia da á los diferentes estadios la octava parte de una milla romana, no establece distincion entre los autores antiguos y modernos, y confunde y mezcla opiniones contradictorias. Calcula que Europa forma una tercera parte, más una octava del mundo continental: Asia una cuarta parte, y además una décima cuarta; el Africa una quinta parte, más una sexagésima. No se necesita más para negarle todo asenso en lo concerniente á los paises remotos: esto nos prueba asimismo que los antiguos no conocian la China, ni las partes más orientales del Asia.

Los escasos conocimientos geográficos que poseia Estrabon, no van más allá de una línea tirada desde el cabo de San Vicente hasta la embocadura del Ganges, y desde los paises regados por el Níger hasta el Elba en Europa, donde deben fijarse ahora nuestras miradas.

Europa. España.—Ante todo encontraremos al Occidente la península Ibérica, de cuyos pueblos hemos hablado ya (12).

A la sazon acababa Augusto de dividir la España en Lusitania, Bética y Tarraconense, con el fin de borrar la memoria de las antiguas constitucio-

(10) Dioscórides encomia las cualidades medicinales del silfion ó laserpicio: se empleaba como sudorífico, para perfumar el aliento y para sazonar los más delicados manjares. César halló en el tesoro de Roma un trozo de esta planta, que pesaba ciento once libras, y se conservaba entre los metales preciosos. Habíase hecho todavia más rara en el tiempo de Estrabon, á consecuencia, segun su dicho, de las devastaciones de las tribus nómadas, y segun Plinio, por la avaricia de los publicanos que la destruian, á fin de venderla á más subido precio. Gliviani ha publicado en el *Specimem floræ lybicæ*, 1824, la descripcion de un nuevo silfion *(thapsia silphium)* que cree ser el de los antiguos y encontró en la Cirenaica.

(11) VIRGILIO.

(12) Lib. V, cap. I.

nes y por haber introducido nuevas divisiones administrativas. La Bética (*Granada, Andalucía*), opulenta en aceites y en lanas finas, poseedora de ciudades ricas, como Gades, Corduba, Hispalis (*Sevilla*), era habitada por los turdetanos, que conservaban antiguos monumentos de historia y poesía. Residian entre el Tajo y el Duero los lusitanios, ágiles en la carrera, terribles como guerrilleros. Más al Norte estaban los gallegos (*Galicia*), y los cántabros, salvajes montañeses que en doscientos años de guerra aun no se habian hecho dóciles al yugo romano. Entre ellos las madres preferian degollar á sus hijos antes que dejarlos caer en manos del enemigo, y los hijos mataban á su padre cuando le veian cargado de cadenas. Resto los celtíberos de los antiguos conquistadores procedentes de la Céltica, y cuya tenacidad en la resistencia dominaba al valor impetuoso de los galos, se doblegaban á la vida civil entre el Ibero (*Ebro*) y el nacimiento del Tajo, después de haber sido espulsados por los romanos de sus plazas fuertes. Plinio contaba trescientas sesenta ciudades en España, *Cesar Augusta* (Zaragoza) á orillas del Ebro, eclipsaba á las demás ciudades de lo interior. *Augusta Emerita* (Mérida), capital de la Lusitania, brindaba un asilo á los veteranos, y enfrenaba á las poblaciones independientes. Tarragona y la nueva Cartago florecian en primera línea como ciudades marítimas, y por su industria, desde que habia perecido la heróica Sagunto. En las islas Baleares se aumentaba una poblacion alegre, voluptuosa y hábil en manejar la honda.

Galias.—Se dividia la Galia en Bélgica, más allá del Sena; en Céltica, entre el Loira y el Sena, reducida después á la mitad con el nombre de Galia Lionense; y en Aquitania, entre el Loira y los Pirineos. Componian la Galia Narbonense, antigua provincia romana, la costa del Mediterráneo, el Languedoc, la Provenza y el Delfinado. En la primera muchas naciones germánicas mezcladas con los celtas, formaron diversos pueblos con distinto idioma. De raza ibera eran los aquitanos

Entre las mil doscientas ciudades de la Galia, florecia al Mediodia Masilia, hija de Grecia, por sus sabias leyes y por su industria. Comenzaba á engrandecerse Narbona, sede del poder romano; allí eran las costumbres sencillas y hasta un poco toscas. César habia abierto á los galos la ciudad y el senado de Roma; pero Augusto los habia rechazado, á fin de reforzar la nacionalidad latina; además les abrumó con enormos impuestos; fundó en su pais una ciudad, á quien dió uno de los nombres misteriosos de Roma (*Valentia*); estableció colonias en Orange, en Frejus, arsenal del imperio, en Carpentras, Viviers, Aix, Apte, Vienne; y los nombres de Julia y de Augusta dieron testimonio de los privilegios serviles de diferentes ciudades. Aquellas que se vanagloriaban de su antigüedad le vieron con sentimiento dar la preferencia á la nueva ciudad de Lugdunum (*Lion*), para convertirla en sede de la administracion de la Galia *cabelluda*. Debió esta preferencia á su situacion favorable para el comercio, á la facilidad de las comunicaciones con el mar por su rápido rio, y á la inmediacion de los Alpes. Ya el Hércules fenicio habia abierto en otro tiempo un paso á través de aquella cordillera por la garganta de Tenda, y los romanos construyeron sobre la huella de aquel símbolo de colonizacion oriental la via Aurelia.

Abundaban en aquellas playas el trigo y el centeno; prosperaba la viña en la Galia Narbonense, y el olmo y el álamo blanco crecian en las selvas junto á la venerada encina, y el muérdago de los Pirineos tenia fama entre los druidas para la celebracion de sus ritos sagrados. Llevaban los galos por vestido un corto manto (*sagum*), una zamarra (*palla*), bragas de colores vivos y rayados: de aquí tomó la Narbonense el nombre de *Gallia Bracata* á diferencia de la *Comata* independiente, y de la *Togata*, aquende los Alpes.

Gran Bretaña.—Comprendian tambien en la Galia Céltica á a Gran Bretaña (tomo II, pág. 387) de ricos pastos y espesas nieblas, de frecuentes lluvias, de agrestes costumbres, y de cabañas desparramadas por los bosques. Habíase escitado la avaricia de los romanos por la pesca de las perlas, y su recelosa envidia, porque de allí partian de continuo, como foco del culto druídico, provocaciones patrióticas á la Galia continental. Estendióse la Bretaña romana por las conquistas de Agrícola, y la muralla de Adriano fijó sus límites desde el golfo Solway hasta la embocadura del Tine. Más allá se encontraban los caledonios, que los latinos conocieron con el nombre de picti (13), á causa de las figuras dibujadas sobre sus cuerpos de gigantes, y que fueron despues aniquilados por los escots, pueblo céltico procedente de Irlanda. César es el único que menciona entre los damnones (*Cornualles*) las minas de estaño que habian llevado á los fenicios á aquellas playas: eran más conocidas las minas de oro, de plata y de hierro. York era la sede del gobierno: con el comercio se enriquecia Londres.

Irlanda.—A pesar de ser Hibernia la fértil Erin, la representa Estrabon como inculta y de clima mal sano; pero los bretones la dieron á conocer posteriormente por rica en pastos, en puertos, y capaz de plegarse á un gobierno regular. Los hibernios, nacion la más numerosa de esta isla, le hicieron dar el nombre de Hibernia.

Se diferenciaban múy poco los celtas de la Bretaña en su modo de vivir de los del continente: habitaban chozas cónicas y se armaban como ellos de largos sables, si bien habian aprendido de los caledonios á hacer uso de los carros de guerra; pintábanse el rostro de color azulado; se dejaban crecer el cabello y los bigotes, é iban vestidos de pieles. Sometidos á pequeños príncipes, edificaban aldeas, se dedicaban á labrar los campos y á criar rebaños. Por el contrario, los caledonios andaban des-

(13) De *pictioc*, que en céltico significa ladron.

nudos, y con el cuerpo embadurnado de diferentes dibujos: se cargaban los brazos y las caderas de enormes anillos de hierro, y no vivian más que de la caza, sin entregarse á la pesca, abundantísima en sus costas.

Italia.—Sirviéndose los romanos de una espresion que pinta su carácter, llamaban *nuestro mar* el que baña los tres lados de Italia, hallándose el cuarto cerrado por los Alpes, cuyo semicírculo toca por un estremo en el golfo de Adria y por el otro en el golfo Ligústico. Pero los Alpes eran mal conocidos por los antiguos; hasta disputaban con el fin de averiguar si Italia era triangular ó cuadrada, y pretendian que se dirigian aquellos de Oriente á Occidente. Parece que un pais cuyos límites naturales se hallan tan bien marcados, debia estar designado con una sola denominacion, y sin embargo, no lo estuvo. Por la costumbre que tenian los antiguos de dar nombre á las comarcas segun las naciones que las habitaban, al revés del uso moderno, distinguian en Italia muchos paises con arreglo á sus moradores.

Primero se llamó Italia á la península formada por los golfos Escilácico y Lamético ó de Santa Eufemia, que es la Calabria ulterior actualmente: luego en tiempo del historiador Antíoco, este nombre se estendió al Norte hasta el riachuelo Laus y Metaponta; á fines del siglo v de Roma comprendia toda la parte al Mediodia del Tíber y del Esis (*Esino*); Polibio es el primero que le añade Venecia y la Galia Cisalpina. Pero esta denominacion geográfica no adquirió realidad hasta que Augusto, Marco Antonio y Lépido quisieron evitar que fuera gobernada la Cisalpina por un procónsul, que á semejanza de César hubiera podido llevar sin obstáculo un ejército á las puertas de Roma. Augusto dividió más tarde la Italia en once regiones, comprendiendo tambien la Iliria (14) y así permaneció hasta la caida del Imperio. Entonces solo se denominó Italia aquella parte septentrional que recibió en nuestros dias el nombre de reino de Italia, con esclusion de Toscana, de Roma y de las comarcas donde cabalmente habia tenido nacimiento este nombre. A su vez se desvaneció posteriormente esta sombra de reino, si bien el nombre vivió en adelante en los recuerdos y en las esperanzas.

Señalaban los antiguos á la Galia la parte superior de Italia: los ligurios se dedicaban á rústicas faenas en las escarpadas rocas del golfo de Génova; los vénetos en los sitios donde debia dominar más tarde la soberbia esposa, hoy viuda de los mares.

Se descendia desde las fértiles llanuras de la Galia Cisalpina á inmensos pantanos (1) convertidos más tarde en las risueñas campiñas de Parma y de Módena. Tambien infestaban aguas estancadas y ciénagas el territorio de Brescia, de Mántua, de Cómo, de Reggio, así como la comarca que se dilata entre Altino y Aquilea (2); alzábase Rávena en medio de lagunas (3). Se iban á buscar mármoles al puerto de Luni; la inexorable cuchilla habia destruido la antigua civilizacion de la Etruria; el sojuzgado territorio de los sabinos y de los umbrios alimentaba á numerosos rebaños. Magníficos caminos conducian á la Campania, ojo de Italia, donde absorbia Pozuolo todo el comercio del Mediterráneo, y Nápoles, no amenazada todavia por el Vesubio, encantaba con sus costumbres griegas los solaces de los vencedores del mundo. Habia sido despoblado el Samnio por las victorias de Sila; la Lucania, el Brucio (*Calabria*), la Apulia habian engertado la nueva civilizacion en la antigua; y Brindis, desde donde se embarcaban comunmente con rumbo á Grecia, hacia honor á las colonias helénicas. Se reputaba que la Italia contenia mil ciento noventa y siete ciudades.

La feraz Sicilia, honrada con la ciudadania romana por Antonio, la árida Cerdeña, la silvestre Cirno, y especialmente la isla de Elba con sus minas de hierro, participaban de las vicisitudes de la tierra de Jano, entorno de la cual se agrupaban.

Germania.—Como ya hemos dicho, Estrabon fijaba en el Elba el límite septentrional de Europa: situa más acá de este rio á los germanos, á quienes distribuye más confusamente que Plinio y Tácito. Pero amen de que los romanos y los griegos no eran muy solícitos en esplorar la verdad, ni tampoco muy atentos en discutirla, como los paises estaban denominados con arreglo á los pueblos que se encontraban en ellos, acontece á menudo que una comarca cambia de situacion de un geógrafo ó de un historiador á otro, porque ha cambiado el nombre de sus habitantes.

Bajo la vaga denominacion de Germania designaban los antiguos el pais, poco conocido por ellos, situado entre el Rhin, el Danubio, el Teiss, el Vístula, el Báltico y el mar del Norte, comprendiendo tambien la Escandinavia y el Quersoneso címbrico. Habian reconocido los ejércitos romanos el verdadero curso del Danubio en Germania y en Panonia; y así no se le hacia resbalar, como en tiempo de Aristóteles, desde Istria en línea recta. Noticias exactas se tenian acerca del pais al Norte de este rio hasta el Vístula y el Báltico. Creíase que este mar llamado *Sinus Sarmaticus* era un golfo del Océano; que en medio de aquel golfo estaban si-

---

(14) 1.ª El Lacio y la Campania: 2.ª el pais de los picentinos y de los hirpinos; 3.ª la Lucania, el Brucio y la Apulia con los salentinos: 4.ª el pais de los ferentinos, de los marrucinos, de los pelignios, de los marsos, de los vestinos, de los samnitas y de los sabinos: 5.ª el Piceno: 6.ª la Umbria: 7.ª la Etruria: 8.ª la Cispadana: 9.ª la Liguria: 10.ª Venecia y la Istria con los carnos y los yapigos: 11.ª la Galia Transpadana. CAMILO JULLIAN, *Geografía política de Italia bajo la dominacion romana entre 272 a. C. y 476 de C* (Academia de Inscrip. Noviembre de 1882).

(15) Ciceron, *Epístolas familiares*, X.
(16) VITRUBIO, I, 4; ESTRABON, V.
(17) SIDONIO APOLINARIO, I, 8.

tuadas las islas de Escandinavia, como tambien la Tule de Piteas, y que se juntaba á los mares Escítico y Sérico por los que se suponia comunicarse con el mar Caspio.

La Escandinavia *(Thiuland)*, ya visitada por Piteas, que penetró hasta el Báltico, se consideraba, por aquellos que admitian su existencia, como un archipiélago de grandes islas, apéndices del pais de los suevos ó de la Germania Oriental. Conocíanse los cimbros que cogian el ámbar en el Quersoneso címbrico *(Jutland)*; los suones (*suecos*) poderosos por mar y tierra, y gobernados por monarcas absolutos, tales como aquellos reyes-pontífices sucesores de Odin, de quien hablan los *sagas* de la Islandia; los gotones ó godos que armonizaban la libertad con el gobierno de uno solo, y otros pueblos más cuyas instituciones eran más estables, y cuya civilizacion estaba más adelantada que la de los germanos. Colocaban en la Rusia central los montes Rifeos, «cubiertos siempre de nieve.»

Ya los romanos habian esperimentado el peso de las armas de los germanos, y parecia que los longobardos, á orillas del Elba, fueran el pueblo más distante con quien tuvieron que medirse sus legiones. Frecuentaban los mercaderes el gran Estado constituido por el marcomano Marobodo en la Bohemia, la Silesia y las demás comarcas vecinas, arrebatadas á un príncipe godo. A la embocadura del Vístula se designaban con especialidad los venedos, saqueadores feroces; y remontando el curso de este rio, los *ligos* ó *lutos*, quizá los lecos de la Edad Media, antepasados de los polacos, como lo fueron de los rusos los roxolanos ó roxanos y los jazigos, que eran de raza sármata probablemente. Segun Plinio, formaban una quinta parte de la nacion germánica los bastarnos, habitantes de la Polonia meridional.

Al Sudoeste de la Lituania se conoció más tarde á los fineses, que en el siglo XI pasaron á la Finlandia. Eran hombres salvajes y repugnantes de todo punto; no tenian armas ni caballos, ni aun chozas; se alimentaban con yerbas, se cubrian con pieles, dormian en el suelo y se servian de flechas, formando la punta un hueso. Depositaban el producto de su caza en las entrelazadas ramas de los árboles: allí era tambien donde descansaban los niños y morian los viejos, y todos preferian aquella existencia á la esclavitud de los pueblos cultos, vacilantes de contínuo entre el temor y la esperanza. Berebisto, rey de los getos ó dacios, escitaba con sus conquistas las sospechas de los romanos. Contenia en las riberas del Borístenes las escursiones de los sármatas, que á instigacion de Mitrídates, habian ido desde las comarcas situadas entre el Cáucaso, el Tanais y el mar Caspio, su pais natal, para lidiar contra los escitas, y que abandonando sus carros y la vida errante, se habian establecido en la Lituania y en las regiones circunvecinas, donde llegaron á ser tronco de naciones extranjeras á la raza eslava.

Cuando se va desde la Germania y desde la Dacia, única provincia poseida por los romanos allende el Danubio, hácia el mar Caspio, se encuentra un pais de inmensas llanuras, de donde procedian las pieles que trocaban los habitantes por vestiduras y vinos. Tanais, junto al rio del mismo nombre, habia sido destruida por los reyes del Bósforo, para volverse á levantar en la Edad Media; pero Olbia, junto al Borístenes, se hallaba vivificada por el comercio.

A la orilla occidental del Báltico, moraban los estios, de quienes descendieron verosímilmente los estonios, que llevaban al cuello la imágen de un jabalí consagrado á Freya. Se ocupaban en recoger el ámbar, causándoles asombro ver que otros lo buscaban como objeto de valia.

Antes de que los romanos hubiesen pasado el Rhin y el Danubio, el pais entre el Rhin, el mar del Norte, el Elba y el Mein, se hallaba habitado por los istevones é ingevones. Detrás de estos, de Levante á Mediodia, desde el Rhin superior y el Danubio hasta el Báltico, ocupaban la Germania mediterránea los suevos, entre quienes los principales eran los senones, en la extremidad oriental, y los marcomanos, en la del Sudoeste. Al Oriente de los suevos ocupaban los vándalos los confines de la Germania, y á ellos pertenecian los borgoñones y y los godos, que fueron los primeros que atacaron á los romanos (18).

En la Germania oriental, separada de los romanos por el Elba, residian los suevos, cazadores y pastores, que lidiaron contra César, y que cambiando anualmente de comarca, convertian en desiertos los paises circunvecinos. Algunos de ellos ocupaban bajo el nombre de senones, cien distritos entre el Oder y el Elba, reuniéndose todos los años para un sacrificio humano en una selva, donde solo se penetraba con las manos atadas; otros se habian establecido con Marobodo en la Bohemia. Húbolos, en fin, que dieron su nombre á una parte de la Germania *(Suabia)*, lo cual acaso indica que era colectivo (19).

En tiempo de Plinio los vándalos eran el pueblo más poderoso de los que habitaban entre el Vístula y el Oder. Hácia la embocadura de este último rio se encontraban los godos, y hácia el Warta y el Netza los burgundos, que perteneciendo sin duda á la misma raza, vivian bajo el mando de reyes amovibles *(hendios, kindios?)*, y de pontífices vitalicios (*sinistani*). Hiciéronse célebres los rugios ó rugos en sus emigraciones, así como los varinos. (*Warni*) á orillas del Varna.

En el Mecklemburgo y el Holstein adoraban los ingleses á Herta, diosa escandinava de la tierra, que tenia su templo en una isla (*Femern?*), en me-

---

(18) *Ist-wohn*, habitante del Oeste; *hebr*, alto: por lo cual *hermiones* significaria del centro ó de Levante. *Ingevones* proviene de *eigion*, mar; Vándalos de *wand*, frontera, costa.

(19) *Schweiffer*, vagabundos?

dio de un lago, donde se arrojaba á los esclavos que habian ofrecido los sacrificios. Diversas tribus reunidas formaban la confederacion de los sajones, cuyo nombre tambien es quizá colectivo.

Respecto de la Germania occidental, bañada por el mar, era entre el Veser el Ems, y la mansion de los gaucios, que obligados por las mareas á buscar un refugio en altas colinas ó en flotantes chozas, no teniendo rebaños, leche ni plantas, vivian solo de pescados, cocidos á fuego de turba. Después se asociaron á los sajones y llegaron á ser uno de los pueblos más pujantes y mejor gobernados de la confederacion.

A partir desde el Ems hasta la embocadura del Mosa estaba ocupado el pais por los frisones, que habian resistido á Tiberio, si bien fueron vencidos por Claudio. Detrás de ellos estaban los bátavos, colonias de los catos entre las bocas del Rhin: contemplábanlos los romanos como una reserva en caso de guerra. Desde el Hartz hasta el Rhin, y desde el Mediodia de la Westfalia actual hasta el Saale en Franconia, habitaban los brúcteros, los camavos, los sicambros, los marsos, los tubantos, los catos, comprendidos todos probablemente bajo el nombre génerico de istevones; hallábanse habitualmente en guerra con los ingevones, liga septentrional que comprendia los frisios, caucios, angrívaros, cimbros y teutones. Los dos dialectos en que aun está dividida Alemania, han inducido á presumir que los francos y los sajones del dia no son otros que los descendientes de los pueblos que componian esas dos ligas.

Hácia la confluencia del Rhin y del Mein, habian ocupado una multitud de galos tierras de que pagaban el diezmo (*agri decumates*); diversas tribus desparramadas por aquellos alrededores formaron en tiempo de Caracalla la confederacion de los alemanes.

Continuaron siendo desconocidos el centro y el Oriente de la Germania. Solo la gran nacion de los hermunduros se mantuvo amiga de los romanos: admitíaseles á traficar en las florecientes ciudades de la Vindelicia y de la Retia. Al Norte de este pueblo se hallaban los teurioquemos (*thuringios*), al Sudeste los narisios, que con los marcomanos y los cuados, habitantes de la Bohemia, de la Moravia y del Austria actual, tocaban en la frontera del imperio. La selva Hercinia, bajo cuyo nombre confundió César á todas las de la Germania central, se dilataba al Norte de la Moravia por el lado de Hungria (20).

Inutil es decir que todo lo dicho en este punto es tan solo conjetura y sobre todo le existencia de esas ligas que algunos han negado. Pero es verdad que los suevos invadieron con Ariovisto la Galia de donde César les rechazó hasta el otro lado del Rhin. Cuando después de conquistar la Galia invadieron los romanos la Germania, se les opusieron primero la liga de los queruscos y luego la de los marcomanos; y si después de la rota de Varo se hubiesen reunido, no hubiera la Germania sufrido el yugo de Roma.

Augusto no introdujo nuevo órden en el pais, pero lo sometió á gobierno militar y para custodiarlo se esparcieron por las ciudades ochenta mil hombres en ocho legiones y una escuadra en el Danubio.

En el Quersoneso Táurico florecia bajo la proteccion de Roma la ciudad libre de Querson, cerca de Sebastapol, el reino del Bósforo, con Panticapea, colonia milesia (*Jenikale*) y Teodosia (*Capha*).

A lo largo de la ribera meridional del Danubio se estiende la Iliria, nombre que abarca todos los paises desde la Helvecia, Italia y el Danubio, hasta la Grecia y la Macedonia. Hallábase habitada en parte por los celtas, y en parte por los ilirios establecidos en la Albania actual, así como en la Dalmacia llamada Ilírica, en la Istria y en la Panonia. Acaso se perdieron mezclándose con los eslavos, que ocuparon posteriormente aquellos paises. Estrabon los distingue de los tracios, que se hacian pinchazos en el cutis, y de los celtas, que se cubrian los cuerpos con un barniz de color.

Entre estas naciones consideradas como las más belicosas del imperio, era la principal la de los boyos, de raza céltica, que dominaron después parte de la Baviera y del Austria modernas, y dieron su nombre á la Bohemia. Moraban los tauriscos en medio de los Alpes, de Salzburgo, de la Carintia y y de la Estiria, donde las minas de oro y de hierro atrajeron á los romanos á la ciudad de *Noreya*, que dió su nombre á las dos Nóricas: venian después los escordiscos en el Sava inferior, desde donde hacian escursiones á Macedonia. Vencidos por los dacios y por los romanos, abandonaron á estos últimos sus desiertas comarcas, de las cuales se formaron las provincias llamadas Nórica y Panonia.

Desde las riberas del Danubio hasta los Alpes se estendia la Retia, provincia que hizo olvidar el antiguo nombre de los vindelicios, y donde moraba una nacion intrépida, «decidida á vivir ó á morir libre.»

Al Oriente de la Iliria se hallaban los mesios, los dárdanos, los tribalos, bárbaros intratables que vivian en medio de selvas y pantanos cuya influencia hacia rigoroso un clima que hoy rivaliza con el nuestro. Tambien era salvaje la Tracia, pais belicoso entre los montes Hemo y Rodopo, el Bósforo y el Helesponto, que vino á ser del mismo modo provincia romana. Sostenianse allí florecientes varias colonias griegas, y entre ellas Bizancio, enriquecida por el comercio, destinada á sustituir á Roma como capital del imperio. Macedonia, que habia imperado en Asia, esplotaba las minas de oro del Pangeo y los campos fecundados por el Es-

(20) Hablaremos con más detenimiento de los pueblos germanos en el lib. VII, cap. I.

trimon. Allí se engrandecia Tesalónica, eclipsando á Pella y Edesa, y hacia menos memoria de sus antiguos reyes que de los combates dados en los campos de Filipos. Formaba una provincia; otra Acaya, y otra las islas Egeas, de la cual Rodas era tenida por capital.

Grecia.—Es ocioso volver á hablar de la Grecia y de sus colonias, que ya no se acordaban de su antigua gloria más que para deplorar el presente decaimiento. Podia considerarse el Peloponeso como desierto en comparacion de lo que habia sido en los dias de su libertad. Apenas quedaban treinta de las cien ciudades de la Laconia. En Corinto se escavaban las cenizas para encontrar restos preciosos. Ya no habia ciudades importantes en la Acaya; en la Fócide habia enmudecido el oráculo de Delfos (21), y la dominacion de Roma habia borrado donde quiera, á medida que habia adquirido ensanche, la estraña variedad de leyes y costumbres.

¿Quién hubiera reconocido á las ciudades de Pericles y de Leonidas, cuando recorriendo Augusto la Grecia, concede á Esparta la isla de Citeres en recompensa de la hospitalidad dada á Livia durante la guerra de Perusa; quita Egina y Eretria á Atenas por haberse mostrado propicia á Antonio; y lo regula todo á su antojo, viéndose después saludado por los aduladores himnos de la musa helénica? Ya no prestaba la religion su protectora sombra á las deliberaciones de las ciudades, si bien abria un asilo á los malhechores; y cuando Roma intimó á las diferentes ciudades que justificaran su pretendido derecho de asilo, Efeso disputó sériamente en Delos el honor de haber dado cuna á Apolo; Magnesia, Afrodisia, Estratónice, Hierocesarea, Chipre y otras más se apoyaron en las tradiciones y en las antiguas inscripciones para conseguir la inviolabilidad de sus templos. Once de las mayores ciudades del Asia se disputaron tambien á porfía ante el Senado la gloria de levantar un templo á Tiberio, aquel mónstruo deificado.

¡Cuán menospreciados eran por el orgulloso latino los griegos, á quienes reconocia Roma por sus maestros, de quienes se vanagloriaba de ser descendiente, por quienes habia renunciado únicamente á dictar sus órdenes y administrar justicia en su propia lengua, y únicos á quienes no trataba como bárbaros! uno de los raros diminutivos de su idioma era una burla respecto de aquel griego (*græculus*), á quien se veia insinuándose como idóneo para todo, enseñando, adulando, corriendo en pos de los placeres. Se habia hecho proverbial la deslealtad griega; Virgilio la inmortalizaba, Ciceron la anatematizaba en la tribuna: «Si los testigos, decia, son griegos, los rechaza la opinion general. No les disputo ni las letras, ni las artes, ni la elegancia del lenguaje, ni la penetracion del talento, ni la elocuencia; pero esta nacion siempre fué estraña á la lealtad y á la religion del juramento; jamás conoció la fuerza, la autoridad, la grave importancia de las cosas santas. Esta frase:—*Jura por mi y yo juraré por ti* ¿se aplica por ventura á los galos y á los españoles? No, pertenece esclusivamente á los griegos; y de tal modo, que hasta los que no saben una palabra de griego la pronuncian en esta lengua. Si observais un testigo de esta nacion, su actitud basta para haceros juzgar de su religion y de su conciencia. No piensa más que en la manera de esplicarse y no en la verdad de lo que dice. Recuso á todos los testigos producidos en esta causa; los recuso porque son griegos, porque pertenecen á la más ligera de todas las naciones.»

Si hace alguna escepcion en favor de los de Europa condena á todos los de Asia: «No citaré testimonios extranjeros, sino vuestro propio juicio. Se compone el Asia Menor, si no me engaño, de la Frigia, de la Misia, de la Caria y Lidia ¿Somos nosotros ó acaso vosotros los que hayamos inventado el proverbio de *Que nada se obtiene de un frigio sino á correazos?* Vosotros mismos decis de la Caria: *si quereis correr algun peligro, id á Caria*: y ¿qué frase está más en uso para espresar menosprecio que la de: *Es el último de los misios?* ¿Hay acaso comedia en que el criado no sea un cario?» (22).

¡Tanto menosprecio al principio de una época que ha de tener por término la traslacion del esplendor de Roma á aquellas difamadas riberas y á ver á un imperio griego eclipsar el imperio latino y sobrevivirle!

Imperio Romano.—Roma entretanto se erigia en reina y señora de tantos pueblos; estendia su dominacion sobre un pais de más de setecientas leguas del Norte al Mediodia, desde la muralla de Antonino y de la Dacia, hasta el Atlántico y el Trópico; de mil leguas del Este al Oeste desde el Océano hasta el Éufrates; ocupando así una superficie de un millon seiscientas millas cuadradas entre el 24 y el 56 grados de latitud, en los paises del mundo más aptos para la civilizacion, estos límites fueron á veces modificados por alguna conquista, si bien durante poco tiempo, habiéndolos trazado la naturaleza dentro de un recinto de montes, de desiertos y de rios, como barreras insuperables á pueblos poco adelantados.

Este recinto comprendia al Noroeste la Inglaterra y las llanuras de Escocia, cuyas montañas estaban abandonadas á los caledonios. Protegia el Rhin á la Helvecia y á la Bélgica, el Danubio á las dos penínsulas Ilírica é Italiana. Esta línea de

---

(21) Sulpicio escribia á Ciceron: *Ex Asia rediens, cum ab Ægina Megaram versus navigarem, cœpi regiones circumcirca prospicere. Post me erat Ægina, ante Megara, dextra Piræus, sinistra Corinthus; quæ oppida quodam tempore florentisima fuerunt, nunc postrata et diruta ante oculos jacent.* Ad fam., IV, 5.

(22) *Pro Flacco*, 128.

fronteras llegaba al mar Negro; y desde allí, por la cordillera del Cáucaso, al mar Caspio, y á las montañas centrales del Asia. Los iberos que ocupaban la parte más salvaje de ellas, no pudieron nunca ser avasallados por los romanos, quienes tuvieron á los armenios unas veces por enemigos, otras por tributarios, y por súbditos nunca. Desde sus montañas descendieron al Éufrates y al Tigris, entre los cuales se estiende la Mesopotamia, donde se aproximaban á los persas y á los romanos. Servian de clausura los desiertos de la Arabia á las fecundas colinas de la Siria y al mar Rojo en Egipto. Apoyándose hácia el Mediodia en los desiertos de la Libia y de Sara, y al Occidente en el Atlántico, detenian el vuelo y la rapiña de las águilas romanas.

Dentro de esta línea permanecian independientes algunos Estados, como el rey Cocio en los Alpes Cocios, con doce ciudades, de las cuales era capital Segusia (*Susa*): Corcira, Chio, Rodas, Samos y Bizancio conservaban sus leyes; y gobierno propio Nimes, Marsella, Lacedemonia y varias naciones de Galia y España. Igual privilegio habian obtenido muchas de las quinientas ciudades de Asia, y especialmente se mantenian libres las de la Panfilia, Tracia y Licia; tenian reyes propios la Capadocia, parte de la Cilicia, Comagene, Palmira, la Judea, la Mauritania y el Ponto: independencia de puro nombre, pues así los reyes como las repúblicas no eran más que instrumentos de Roma.

Al verificarse el encabezamiento ordenado por el emperador Claudio, el número de ciudadanos romanos ascendia á seis millones novecientos cuarenta y cinco mil, lo cual produciria cerca de veinte millones de almas, contando mujeres y niños. Es difícil de calcular el número de súbditos del imperio: no obstante, ateniéndose á un término medio entre opiniones muy distintas, se puede admitir un doble respeto de los habitantes de las provincias, y de cierto la poblacion de esclavos no era menor que la de los hombres libres, y así el guarismo total se elevaria á ciento veinte millones de habitantes.

Ha visto el mundo más vastos imperios y los ve todavia, pero se estienden sobre desiertos ó sobre poblaciones toscas y errantes. El de los romanos abarcaba los paises más civilizados, los que rodean el Mediterráneo, y duró su dominacion, porque no era efecto de una invasion pasajera, sino de una sólida dominacion.

En cada una de las provincias se encontraban ciudades importantes, y algunas de ellas encerraban un pueblo entero en su recinto; tales eran, aun prescindiendo de Roma, Antioquia, Alejandria, Cartago, ricas todas de monumentos, cuya magnificencia escita todavia la admiracion en sus ruinas.

Tal era la estension del territorio que Roma habia adquirido por el sistema de guerra perpétua de aquella república ya terminada. Repudiando Augusto la ambicion de las conquistas, animado solamente del deseo de fundar un trono en el Capitolio al lado de la estátua de la Libertad, no se propuso otra cosa que la paz en las guerras que hubo de sostener necesariamente; y á fin de encerrar en su imperio los Alpes que le sirviesen de barrera, conquistó la Retia, la Vindelicia, la Nórica y la Panonia. Sus mismos sucesores, á quienes la administracion de tan vasto imperio daba sobradas ocupaciones, distaron mucho de desear la guerra, por miedo de que los generales se acostumbraran en remotas conquistas á las dulzuras del mando. Por su parte los generales no se sentian escitados por la esperanza del triunfo ni por el estímulo de la gloria que refluia enteramente en favor del príncipe.

Otras naciones se agolpaban á las fronteras, empujándose como las olas del mar y contenidas por la amenazadora inmovilidad de las legiones. El enemigo más peligroso para el imperio romano era la depravacion interior que preparaba ya la disolucion de aquel coloso en el mismo instante en que todo el mundo le creia lleno de fuerza y de vida.

CAPÍTULO II

TIBERIO.

Escluida la mayor parte del pueblo romano y de las naciones itálicas de los derechos reservados al corto número de venturosos que disfrutaban la plenitud del derecho de ciudad, habia entrado en lucha contra ellos para obtener privilegios iguales. De aquí las discordias intestinas que durante siglos hicieron venir á las manos contra los nobles, tutores de la libertad aristocrática y los ricos á quienes el oro parecia permitírselo todo, á la masa de la poblacion que, descontenta de obedecer y servir á tantos tiranuelos y dirigida por ambiciosos jefes, iba favoreciendo el establecimiento de tiranias momentáneas para llegar á un poder permanente. Limitóse primero á perorar en los comicios, y á reclamar leyes en el sentido de las de los Gracos (1) una vez aumentado el poder de los tribunos, declaró abiertamente la guerra, elevando á Mario, no menos valiente que celoso de los nobles, tan osado como cruel y ambicioso. Distribuyó los confederados italianos en las treinta y cinco tribus, de modo que pudieran superar en número á los antiguos ciudadanos. Pero sostenido el Senado por Sila, no menos implacable que Mario, quiso por el contrario hacinarlos en las ocho tribus, cuyo voto nunca se recogia generalmente. Siguióse de aquí la guerra, y después de ella el horrible sistema de proscripciones. Vencedor Sila restableció la república, es decir, el patronato de la aristocracia; consolidó la autoridad del Senado; introdujo en el ejército los soldados mercenarios, y les distribuyó, no el campo público, sino la hacienda arrebatada á los proscritos.

A su muerte adopta su partido por jefe á Pompeyo, que titubea de contínuo en la ambicion, en la crueldad, en el peligro, mientras que César, cuya cabeza y cuyo corazon poseen todo lo que puede contribuir al triunfo de un partido, se pone á la cabeza del pueblo. Sale en efecto vencedor del Senado, cuyos puñales son los únicos que pueden estorbarle operar la gran reforma que medita. Despiértanse á su caida las adormecidas discordias, y la antigua libertad lucha contra Antonio y Augusto, que disputan primeramente la sucesion de César, luego se reconcilian en el comun peligro hasta que hayan quitado del medio la aristocracia; y entonces empeñan de nuevo entre sí el combate, del que sale Augusto único señor del mundo.

Sus relevantes prendas y su inmensa dósis de astucia le sirven en el discurso de cuarenta y cuatro años para acostumbrar á los romanos al yugo, conservándoles no obstante las fórmas republicanas. Después de haber ganado al pueblo dándole pan, á los soldados con sus liberalidades, y á todos con dulce sosiego, empezó á encumbrarse poco á poco, á reconcentrar en sí solo las atribuciones del Senado, de los magistrados, de las leyes, sin que nadie le pusiera obstáculo, por haber sucumbido los más audaces en las lides ó en las proscripciones. Tanto más enriquecidos y colmados de honores los nobles cuanto más predispuestos se hallaban á servirle, prosperaban á consecuencia del nuevo régimen y preferian un presente cierto, á un pasado erizado de peligros. No desagradaba este órden de cosas á las provincias, que bajo el gobierno del Senado y del pueblo, temian las luchas entre los hombres poderosos, la avaricia de los magistrados, la débil proteccion de las leyes, de que se burlaban la fuerza, la intriga y el dinero (2).

(1) Montesquieu no se ocupa de los Gracos ni de las leyes agrarias, el problema eterno.

(3) TÁCITO, *Ann.*, I, 2.

En vez de derrocar Augusto la constitucion, quiso rejuvenecerla, si bien para atraer á sí todos los poderes. Primer ciudadano (*princeps*), desempeñó diversas magistraturas temporales: en calidad de cónsul y de procónsul llegó á ser árbitro del Senado y de las provincias; como censor tuvo que velar sobre las costumbres y la disciplina, como soberano pontífice dirigió los augurios, como general (*imperator*), dispuso de los ejércitos. No obstante, fundó principalmente su dominacion en la autoridad tribunicia. Aquel veto que habia obtenido la plebe después de tan prolongados conflictos, hacia desde entonces al emperador inviolable, le conferia el derecho de apelar de todo decreto del Senado ó del pueblo, y le hacia tutor de este último. Sus sucesores hasta Diocleciano contaron tambien desde su tribunado los años de su reinado: como tribunos se propusieron siempre la mira de igualar los derechos, y de quitar al Senado hasta la sombra de autoridad que le quedaba. Hallándose reconcentrada de este modo en el emperador la representacion del pueblo (3), estaban suprimidas de hecho las dos principales garantias de la libertad, á saber: la intervencion de los tribunos y la apelacion á los comicios.

No fué, pues, el imperio una monarquia, sino una dictadura prolongada: no gobernando los emperadores sino en tanto que reunian en sí todas las funciones de los antiguos magistrados, el único fundamento de su autoridad (y hasta su mismo título lo indicaba de este modo) era la fuerza, sustituida al pueblo; y la jurisdiccion civil les servia para cohonestar la facil y necesaria usurpacion militar.

Intimidado Augusto con la muerte de César, no se atrevió á dar una forma estable á su gobierno, ni á fijarle límites, para que estos no hiciesen conocer á los romanos que su poder no los tenia de ninguna especie. De donde resultó que no hubiese ni eleccion legal ni órden de sucesion: los emperadores fueron tiranos y no reyes, disfrutando de un poder desmedido, pero precario. Las innovaciones se disfrazaban con nombres antiguos. Fuerza es, pues, imputar á Augusto los abusos de sus sucesores, cuyos vicios llevados al esceso, ó cuyas virtudes intempestivas trajeron consigo la ruina del imperio: á él hay que demandarle cuenta del despotismo militar, la peor de todas las tiranias, porque estingue las pasiones generosas, que son la vida de la sociedad, como tambien las desmesuradas pretensiones de los pretorianos, y los frecuentísimos vaivenes que después de haber aniquilado la moralidad de los soldados y borrado los recuerdos, que sobrevivian entre el pueblo, permitieron en fin á Diocleciano enseñorearse del poder absoluto, luego á Constantino consumar la revolucion, aboliendo las antiguas formas y hasta las apariencias de libertad (4).

Se ha supuesto que Augusto habia designado por sucesor suyo á su hijastro Tiberio con el pensamiento de que la perversidad de este hijo de Livia hiciera resaltar mejor su moderacion; previendo cuanto tendria que sufrir Roma sometida á la lenta opresion de aquel hombre irresoluto, suspicaz, disimulado y medroso (5). Cuando Tiberio se hubo ilustrado en la guerra, le determinó Augusto á repudiar á Vipsania Agripina, para contraer matrimonio con su hija Julia, y le confirió diversos honores con el poder tribunicio: podia, pues, lisonjearse de

---

(3) Léese en las Pandectas: *Quod principi placuit, legis habet vigorem: ut pote cum lege regia, quæ de imperio ejus lata est, populus ei et in eum omne suum imperium et potestatem conferat* (Fr. I, pr D. I 4). Tan fuerte pareció este pasage, que se supuso falso; pero no obstante, conviene notar que *omnem potestatem* no quiere decir aquí que el pueblo transfirió todo su poder al emperador, sino que todo el poder del emperador le provenia del pueblo.

(4) Fuentes antiguas.

Dion Casio, lib. LI—LX: desde el libro LXI hasta el LXXX no nos queda más que el resúmen de Sifilino, que llega hasta Alejandro Severo: es partidario de la monarquia. Tácito es partidario de la república. Los *Anales* de este historiador abrazan desde Tiberio hasta Vespasiano; pero es de sentir la pérdida de dos años (del 32 al 34) correspondientes á Tiberio, del reinado entero de Calígula, de los seis primeros años de Claudio, y de los últimos diez y ocho meses de Neron. Su *Historia* no comprende más que tres años; desde 69 hasto 71.

Suetonio, *Vida de los Césares* desde Julio César hasta Domiciano: nos entera de los pormenores y caractéres de ambos.

Veleyo Patérculo, adulador, aunque interesante para los reinados de Augusto y de Tiberio.

Herodiano comprende en ocho libros la historia desde Cómodo hasta Gordiano.

Scriptores historiæ Augustæ minores; Vidas de los emperadores desde Adriano hasta Diocleciano.

Eutropio, Aurelio Victo, Sexto Rufo nos han dejado compendios.

Fuentes modernas.

Le Nain de Tillemont.—*Historia de los emperadores y de los demás príncipes que reinaron en los seis primeros siglos de la Iglesia.* Bruselas, 1700, y la edicion aumentada en 1707.—Compilacion laboriosa que es un tesoro de erudicion.

Los jesuitas Catrou y Rouillé terminan su historia romana en Tiberio, si bien son poco exactos. Adolecen del mismo vicio en las citas Rollin y Vertot, y se complacen en retoricar demasiado.

Hooke, en quien se apoyan los autores ingleses de la *Historia Universal*, vale mucho más por la exactitud de las citas.

Crevier.—*Historia de los emperadores romanos desde Augusto hasta Constantino.* Paris, 1749. Continuacion de Rollin, prolija y sin crítica.

Muratori, *Annali de Italia*, que empiezan con la era vulgar llegando hasta 1749, y abarcan la historia universal mientras dura la unidad del imperio. Obra árida, si bien exacta y precisa.

Los numismáticos como Le Vaillant, Cooke y especialmente Eckhel, *Doctrina nummorum veterum.*

La escelente obra *los Césares* por Champagny.

(5) *Miserum populum romanum, qui sub tam lentis maxillis erit.*

ser llamado á sucederle cuando vió al antiguo emperador otorgar sus favores á los hijos de Agripa. Tanto por el despecho como por quitar al tímido Augusto toda ocasion de alarmante sospecha, se retiró por espacio de seis años á la isla de Rodas, renunciando á los caballos, á las armas y hasta despojándose de la toga y alejandose del mar á fin de no ser visto por los navegantes. Allí preguntaba á los adivinos y les llevaba á su morada, situada en medio de las rocas, para que desde el terrado que tenia encima, consultasen los astros acerca de lo venidero. Si la respuesta le parecia sospechosa, un liberto arrojaba á su vuelta al torpe astrólogo por las rocas. Cierto dia el rodio Trasilo á quien interrogaba, le predijo la corona. *¿Y á tu qué te sucederá?* le preguntó Tiberio. Reflexiona el adivino, palidece y anuncia que le amenaza un gran peligro. Entonces Tiberio le estrecha á su pecho y desde aquel momento le profesa tanto afecto como estima. Reconcentrado en él todo el orgullo de la familia Claudia, le hacia no apartar los ojos del trono desde el fondo de aquel retiro. Inmediatamente después de la muerte de los hijos de Agripa (2 de C.), muerte que tal vez fue obra suya, le fué abierto el camino y retornó á Roma. Adoptado por Augusto, se halló al término de la existencia de éste (año de C.), señor del mundo á la edad de cincuenta y seis años. Aun cuando se rodeó al principio de guardias pretorianas y escribió á los ejércitos para asegurarse de su lealtad, á fin de que no apareciese que debia el imperio á los amaños de una mujer y á la debilidad de un viejo, convocó modestamente al Senado en su calidad de tribuno. Cuando oyó que se le ofrecia el imperio, lo rehusó mirándolo como una carga á que apenas podia bastar el divino genio de Augusto: conocia los peligros, las dificultades de tan elevado puesto, y no parecia conveniente encargárselo á un hombre solo en medio de tantos ciudadanos ilustres. A pesar de todo acabó por admitirlo. ¡Y desventurados de aquellos que habian tomado en sério semejante comedia!

Despues de haber obtenido la promesa de que los senadores le sostendrian en todas las ocasiones, les consultaba contínuamente, permitia la oposicion, hasta elogiaba á los oponentes, y aun les invitaba á restablecer la república. Cedia la derecha á los cónsules: se levantaba cuando aparecian ya en el senado, ya en el teatro; asistia en los procesos, especialmente cuando esperaba salvar al acusado: no quiso que se le diera el título de señor ni el de *divus* siquiera. Decia que su único deber era velar por el sostenimiento del órden, de la justicia y de la paz pública. Aliviaba los impuestos de las ciudades, y escribia á los gobernadores que un buen pastor esquila las ovejas, mas no las desuella. Ocupándose de reformar las costumbres, mandó cerrar innumerables tabernas, puso de nuevo en vigor la ley que conferia á los padres el derecho de castigar la mala conducta de sus hijas, aun después de casadas; prohibió en público el beso del saludo; vedó á los senadores mezclarse en las pantomimas, á los caballeros acompañar públicamente á los comediantes. A fin de oponer un contraste á la prodigalidad de los banquetes, hacia servir á su mesa lo que habia sobrado del precedente dia, alegando no ser la parte menos sabrosa que el todo. En contra suya circulaban sátiras; y decia que en un Estado libre deben tambien serlo el pensamiento y la palabra. Como se tratase en el Senado de intentar pesquisas contra los difamadores, respondió de esta manera: *No nos queda tiempo que dedicar á tales asuntos. Una vez abierta la puerta á los delatores, ya no podreis ocuparos más que de sus acusaciones, y bajo el pretesto de defenderme, cada cual os encomendará la venganza de su propia ofensa.*

Pero por hábil que fuera en las artes del fingimiento y del disimulo, nunca supo mostrar próvida benevolencia. En vez de imitar las liberalidades y la afabilidad de Augusto, las desaprobaba. Dió pocos espectáculos al pueblo, y no fué pródigo con los soldados: ni aun pagó las mandas hechas por su predecesor, diciendo: *Asido tengo al lobo por las orejas.* Hasta hizo degollar á uno de los legatarios, quien por broma habia dicho á un muerto que hiciera saber á Augusto como su última voluntad no se habia ejecutado todavia. Ante todo quiso pagarle Tiberio la parte que le tocaba; luego le entregó á manos de los verdugos y le dijo: *Tu puedes llevar á Augusto noticias más frescas y más exactas.* Prohibió que se erigieran altares á su madre, y que se le otorgaran lictores ú otras prerogativas. Así Livia no recogió por fruto de tales intrigas y desafueros, más que el amargo pesar de haber ascendido al trono á un ingrato. Suprimió á Julia su esposa, cuyo destierro de quince años habia dulcificado Augusto, la módica pension que le habia señalado el autor de sus dias, lo cual la redujo á morir de hambre; y el hacha cortó el hilo de la existencia de Sempronio Graco, su antiguo amante.

Germánico.—Empezaba, pues, á manifestarse el carácter feroz de Tiberio, y en breve se le vió entregarse á una crueldad calculada, implacable y burlona. Para afirmarse en el poder le hacia falta desembarazarse de todos los que hubieran podido pretenderlo, y hacer desaparecer los residuos de las formas republicanas. Agripa, nieto de Augusto, que podia hacer valer algun derecho, fué muerto. Idolatraba el pueblo en Germánico al futuro restaurador de la república; el ejército de Germania y de Panonia, habituado á vencer bajo su mando, le ofreció el imperio, y no quiso admitirlo. Entre las legiones estalló una sedicion violenta, no en virtud de un descontento reciente, sino porque confiaban en la debilidad de un gobierno nuevo; alegaban los instigadores del desórden los padecimientos del soldado, las fatigas de la guerra, los trabajos á que se les condenaba y el rigor de la disciplina. No bastaron ejemplos de severidad estremada á apaciguar la revuelta, y ofreció un espectáculo nuevo la contemplacion, no ya de dos campos

enemigos, sino de arrojarse unos á otros hombres que habian dormido bajo la misma tienda y comido á la misma mesa. Así Germánico deploraba verse obligado á emplear la fuerza para reprimir á los sediciosos, lo cual no se podia calificar de remedio, sino de matanza.

Por último llegó á apaciguarlos á fuerza de afabilidad y á la vez de energía. Volviendo entonces su ardor contra los enemigos, derrotó á los germanos, y aprovechándose de una noche consagrada á sus solemnidades, los aniquiló totalmente, lavando así en su sangre la ignominia de Varo. Ayudóle poderosamente en estas espediciones, y en aquellas de que hemos hablado anteriormente, el valor de Agripina, su mujer, que le sustentaba en sus resoluciones, alentaba á los pusilánimes y socorria á los heridos. Tiberio concibió envidia de aquel jóven héroe, y aunque Germánico hizo cuanto estuvo á su alcance para ahuyentar la amenazadora nube no emprendiendo nada sino á nombre de Tiberio y atribuyéndole todos sus triunfos, temiendo el emperador que quisiera aprovecharse del amor del pueblo y del ejército para apoderarse del imperio, le detuvo enmedio de sus victorias. Llamóle á Roma donde le otorgó por miserable recompensa honores caidos ya en desuso. Hízole triunfar de los pueblos del Rhin y del Elba; y la mujer de Herminio siguió el carro en que Germánico llevaba á sus lados á Neron, Druso, Cayo, Agripina y Drusila, sus hijos.

Entonces le envió Tiberio á Oriente para calmar una insurreccion, con poderes semejantes á aquellos con que fué investido Pompeyo, pero agregándole Cneo Pison, hombre vanidoso y violento, como gobernador de la Siria. Este y su esposa á fuerza de derramar oro y de divulgar calumnias, formaron empeño en crear obstáculos á Germánico en cuanto emprendia, hasta que acabaron por hacerle morir de pesadumbre, ó más bien le dieron veneno (19 de C.)

Todos lloraron el fin de aquel jóven generoso: muchas naciones germánicas suspendieron las hostilidades para tributarle fúnebres honras: algunos de sus príncipes se raparon la barba é hicieron que sus mujeres se cortaran el cabello en señal de luto: el rey de los partos interrumpió durante algun tiempo sus cacerias; los habitantes de Antioquía arrojaron piedras á los dioses y á los templos, como para castigar por aquella muerte á los señores del cielo: manifestaciones las más graves dieron, en fin, testimonio del general dolor en Roma. «El dia, dice Tácito, en que fueron depositadas sus cenizas en el sepulcro de Augusto, tan pronto parecia Roma una caverna por lo lúgubre de su silencio, como un infierno por sus desgarradores gemidos. Corrian por las calles; y lleno de teas el campo de Marte parecia como incendiado. Allí soldados sobre las armas, magistrados sin sus insignias y el pueblo por tribus, esclamaban que la república estaba perdida; ¡tan atrevidos é ingenuos como olvidados de tener un soberano en Tiberio! Pero nada ofendió más á éste que el afecto del pueblo hácia Agripina. Era, se decia, ornamento de la patria, único resto de la sangre de Augusto, un brillante reflejo de los tiempos antiguos: con los ojos levantados al cielo se rogaba á los dioses que salvaran á los jóvenes y les hicieran sobrevivir á los perversos.» (6)

Administracion.—Tranquilo desde entonces Tiberio ya no tuvo necesidad de disimulo, y desvaneció la ilusion que Augusto habia dejado. Empezó por arrancar al pueblo la eleccion de los magistrados y la sancion de las leyes: bajo pretesto de que le dolia verle obligado á abandonar sus ocupaciones para dirigirse á los comicios, transfirió estas prerogativas al Senado. Este fué uno de los cambios más importantes en la constitucion romana (7). No habian tenido otra causa las largas rivalidades entre patricios y plebeyos que la admision en los comicios y el grado de autoridad que habian de ejercer en su seno. Como ya hemos dicho, se reunian los comicios por curias, por centurias ó por tribus. En las primeras asambleas cada ciudadano, cualesquiera que fuesen su categoria y su riqueza, era llamado á elegir los magistrados y á resolver sobre los más graves intereses. Verificándose las asambleas de las centurias segun la medida de las riquezas, daban la preponderancia á las clases acomodadas. Formaban la oposicion á los otros dos los comicios por tribus, para los cuales no habia necesidad de tomar los auspicios.

Desde el momento en que fueron inscritos en las tribus de la ciudad los habitantes de Italia, cesaron los comicios por curias, solo que, como era necesario su voto para confirmar ciertos testamentos y adopciones, estaban representadas entonces las curias por los treinta lictores, encargados antes de convocarlas.

Mucho habian decaido los comicios por tribus en los últimos tiempos de la república, cuando ya no se podia hacer oir el pueblo enmedio del choque de las espadas: luego quedó estinguido totalmente su poder legislativo cuando los emperadores se constituyeron en representantes del pueblo y soberanos. Ya no se les congregaba más que para oir proclamar los magistrados inferiores, cuya eleccion, segun la constitucion antigua, correspondia á las tribus.

Los comicios por centurias, verdadera asamblea de quirites, nombraban á los primeros magistrados, incluso el rey de los sacrificios, ratificaban las leyes propuestas por ellos, juzgaban sobre los crímenes de lesa magestad, y resolvian sobre todo lo concerniente á la salud pública. Haciendo estensivos P. Sulpicio á toda Italia, en tiempo del poder de Mario, los derechos de ciudadania en Roma, introdujo gran confusion en el seno de los comi-

---

(6) *Ann.*, lib. II.

(7) Suetonio no lo menciona y Veleyo Patérculo muy poco.

cios. Sila limitó su autoridad á la facultad de oponerse, la cual devolvia á los patricios su primitivo influjo. A su muerte restituyeron Cota y Pompeyo todo su poder á las asambleas populares; pero se vendian los sufragios y se hacian allí manejos con el mayor descaro. Conservando César las apariencias, se atribuyó el nombramiento de los dos cónsules y de la mitad de los demás magistrados. Augusto restituyó á los comicios sus antiguos privilegios, si bien haciéndolos ilusorios con ayuda de recomendaciones, y á veces nombrando los cónsules por sí mismo.

Reducidos á semejante estado de nulidad, podia muy bien el emperador conservarlos sin temer de ningun modo obstáculos ni peligros, y menos dirigiéndolos como tribuno y pudiendo anular todas sus resoluciones. Pero Tiberio tuvo por bueno abolirlos á fin de prevenir hasta el pensamiento que pudiera animarlos de recuperar su soberania. Fueron reconcentrados los derechos arrancados al pueblo en el seno de un servil Senado, que vino á ser de este modo y á un mismo tiempo legislador y juez de los crímenes de lesa magestad. Pudiera haberse dado el caso de que se permitiera fallar libremente, y para evitarlo se preceptuó que los senadores votaran en alta voz á presencia del emperador ó de sus confidentes.

Ante esta asamblea, augusta en un tiempo, envilecida ahora hasta el punto de producir enojo al mismo Tiberio con su bajeza, proponia y promulgaba sus leyes. Siempre que se trataba de reformar las costumbres, de corregir los malos hábitos, hablaba como Caton pudiera haberlo hecho, aunque acababa constantemente por aconsejar que nada se hiciera para remediar el daño. ¿Qué cosa puede anhelar mejor un tirano que la corrupcion de sus súbditos? Habiendo quedado ociosa la nacion desde que permanecia ajena á los negocios públicos, podia arruinarse á su favor en festines, en adquisiciones de vasos y de vestidos de seda, y en dispendios todavia peores: esto no inquietaba á Tiberio, pues durante aquel tiempo no pensaba ella en perturbar el sosiego del que mandaba.

Aplicóse al emperador, como representante del pueblo, la ley contra los que ofendian la majestad de este, y le suministró un medio legal de consumar las más horribles atrocidades, sin perjuicio de las pequeñas vejaciones. Aquellos contra quienes se puso en ejecucion primeramente, fueron caballeros oscuros y de malas costumbres, publicanos rapaces, gobernadores infieles, adúlteras escandalosas; y el pueblo tributó aplausos al rígido observador de las leyes.

Acusaciones.– Mas no bien fueron conocidas las disposiciones del príncipe, hormiguearon acusadores por todas partes. Los jóvenes educados en las escuelas de los retóricos, donde se habia separado siempre la doctrina de la práctica, y ambas de la moral, llena la cabeza de metáforas y de lugares comunes, impacientes por pasar de las vanidades de un mundo ideal en un todo á las realidades del foro y á la prosa de la vida, ávidos de ejercitar la habilidad adquirida, de proporcionarse honores, nombradia, placeres, de meter ruido, de rivalizar en lujo con los magnates, corrian en tropel á formular acusaciones como en tiempo de la república. Tambien se arrojaron personajes de valia á esta senda abierta á la ambicion y al talento; veíase entre ellos al gramático Junio Oton, que, empujado por Sejano á las filas de los senadores, se manchaba descaradamente con las más infames bajezas; Brutidio que, rico de ciencia hubiera podido elevarse á grande altura siguiendo el camino recto, se dió demasiada prisa en aventajar á sus iguales, luego á sus superiores, y por último á sí propio. Aterio, que encenagándose en el sueño ó en crapulosas vigilias, meditaba infames emboscadas contra los más nobles ciudadanos entre una partida de juego y una noche de libertinaje (8). Estos hombres, y aquellos que les imitaban, siguiendo la antigua costumbre, intentaban una acusacion á todo el que resplandecia en primera línea por su gloria, por sus virtudes, por sus riquezas; pero habian cambiado los tiempos y los jueces: no brindaba ya la elocuencia como en lo antiguo, un elevado fin á las pasiones políticas y un ejercicio al arte oratorio: los odios que habian sobrevivido á la libertad, sugerian mil pérfidas tramas, y las pruebas más leves se estimaban por bastantes, cuando así placia al soberano: se tomaba ocasion de las disensiones de las familias, y el hecho más mínimo se presentaba como un crímen de Estado. Desnudarse ó vestirse delante de una estátua de Augusto: satisfacer una necesidad natural ó entrar en un mal lugar con un anillo en el dedo, ó llevando encima alguna moneda con la efigie del emperador; una tirada de versos contra Agamemnon en una tragedia, un elogio fúnebre de Druso escrito antes de su muerte; la venta de un jardin en que se alzara una estátua de Augusto, haber preguntado alguno á los caldeos si llegaria á rey, y ser bastante rico para empedrar con plata la via Apia, eran otros tantos delitos de lesa majestad: el de Cremucio Cordo consistió en haber llamado en sus *anales*, á Bruto el último romano.

Acostumbrados los ciudadanos á hablar alto en el Foro, y á desenvolver sus pensamientos en la conversacion y en su correspondencia, se vieron de repente cercados de espias: se puso freno á la palabra, hubo trabas para el pensamiento, y se prohibió derramar lágrimas por las víctimas, aunque uno mismo llegara á contarse entre el número de ellas. Pronunciar el nombre de libertad equivalia á pensar en el restablecimiento de la república; el que echaba de menos á Augusto reprobaba á Tiberio: se miraba como una prueba de conspiracion el silencio: se interpretaban las palabras malignamente; la tristeza significaba descontento; la alegria, esperanza de alteraciones. Durante los dias en que vacilaba en aceptar el poder, habia tomado

(8) TÁCITO, *Anales*, III, 66; IV, 4.

Tiberio nota de cada palabra, de cada hecho, de cada deseo de libertad, que no se pensaba en disimular entonces, para convertirlos después al hacer memoria de ellos, en delitos de Estado.

Tan luego como era blanco de una acusacion un ciudadano, veia apartarse de su lado á sus amigos y á sus más próximos deudos, cual si fuera un apestado, con el temor de ser envueltos en su ruina. Nada de diferencia entre un estraño y un pariente, entre un amigo y un desconocido: no habia delacion infame á que no se entregaran presurosamente los principales senadores, ya á las claras, ya en secreto. Un hijo denuncia á su padre; y ya no se encuentran aquellos actos generosos que, durante las proscripciones de Sila y de Octaviano, recuerdan todavia que se trata de hombres. En breve se acusó sin motivo de temor ó de esperanza, y solo porque tal era la moda: hubo ciudadano que fué acriminado sin que se conociera el delito, condenándole sin que se averiguara la causa.

¿Qué esperanza de salvacion podia quedar al acusado que comparecia ante senadores serviles, cómplices de los delatores ó trémulos de miedo, enemigos entre sí mismos, enfrente de cuatro ó cinco acusadores, amaestrados en las escuelas á alegar y á retorcer argumentos, cuando nadie se atrevia á levantarse para la defensa, y cuando la tortura de los esclavos suplia á falta de otras pruebas? Seguro de que no podia escaparse, aspiraba al menos á tomar venganza de sus acusadores y de sus jueces, denunciándolos como cómplices suyos, y obligándoles á la defensa, género de lucha que agradaba sobremanera á Tiberio.

Solamente le contrariaba ver á algunos sustraerse al suplicio, y por consecuencia á la confiscacion, dándose muerte; así su grande habilidad consistia en coger á las gentes de improviso. Un reo se atraviesa con su espada, y los jueces son bastante viles para entregarle al verdugo: otro sorbe veneno delante de sus ojos y es enviado al patibulo sin otra forma de proceso. Tiberio dice de Carnucio, que ha conseguido quitarse la vida: *Ese se me ha escapado*: se quejaba de que otro se habia sustraido á su perdon, y á otro que le suplicaba que acelerára su suplicio, le contestó de este modo: *Todavia no estoy bastante reconciliado contigo.*

Puede calcularse hasta que punto estaban hollados todos los afectos que forman el encanto de la vida y alivian el peso del infortunio; como debia gangrenarse la llaga del egoismo, cuando debia temer una traicion cada cual por su parte. Por debilidad ó por pavor se doblan los romanos á la tirania ó conspiran con ella, encontrándose aislados. Una vez dado el primer paso en este camino, es rápida la pendiente. El Senado, en cuyo seno se hallaban los que podian oponerse á Tiberio, se los entrega uno á uno, y cada cual está satisfecho de asegurar á este precio su salvacion propia. De este modo enmedio de tan universal disolucion, se humilla la Roma de los Catones y de los Brutos, temblando ante un emperador que desprecia á todo el mundo, hasta á los aduladores, y aborrece sin motivo y mata sin ódio. En tan dilatado imperio era imposible la fuga: pululaba el campo de esclavos sedientos de ruines venganzas, y cada cual codiciaba la ocasion de apresar á un proscrito para libertarse á sí propio. Abatida la nacion, desconfiada, llena de espanto, no podia buscar refugio en consoladoras creencias, cuando la religion habia cedido el puesto á vergonzosas supersticiones, y especialmente á astrológicos ensueños; la filosofia depravada enseñaba argucias y sofismas; desesperaba con los estóicos, ó se prostituia con los epicúreos. No quedaba, pues, otro recurso que arrancarse la vida, y jamás el suicidio fué de tan frecuente y sistemático uso; ó tal vez se podia aun ahuyentar la reflexion y el miedo engolfándose en los deleites

Gastado el anciano emperador por los desórdenes, es el primero en dar ejemplo: á pesar de lo temido que es en Roma, á veces tiene que pasar por que le echen en cara sus iniquidades; ya es un billete que le arrojan al paso, ya un murmullo que cunde por el teatro, ya el mustio silencio del pueblo. Cierto dia profiere un reo antes de morir mil invectivas contra su persona: otra vez le cuenta un espia demasiado fielmente los horrores que le achaca Roma, y en que cree, por ser verdad todo lo que se dice. Luego llegan á hastiarle las mismas bajezas de los senadores y de los cortesanos: intenta asociar con más libertad los dos elementos del paganismo, las crueldades y los deleites.

Isla de Caprea.—Un islote, donde impiden acercarse infinitos escollos, cuya perspectiva se estiende por el mar en lontananza, desde donde se descubren las risueñas riberas de la Campania, favorecida por un delicioso clima, es la residencia que elige el trémulo y amenazante emperador para su cárcel y paraiso (26 de C.). Manda construir en aquel punto doce casas de recreo y consagra á un dios cada una de ellas: allí junta todas las delicias, termas, acueductos, pórticos. Cuando era simple particular ya le habia deshonrado su libertinaje. En vez de *Tiberio Claudio Nero*, le llamaban los soldados *Biberio Caldio Mero*; ahora crea un mayordomo de sus placeres, dá la cuestura á un estupendo bebedor que se echa á pechos una ánfora de un solo trago, y doscientos mil sextercios á Anselio Sabino por un diálogo en que las setas, los becafigos, las ostras y los zorzales se disputan la primacia. Pinturas licenciosas, escenas de un libertinaje monstruoso deben despertar en aquel anciano deseos ya amortecidos. ¿Rehusan los padres el honor de ofrecer sus hijas á las lubricidades imperiales? Allí hay esclavos y satélites para arrancarlas de su lado. Si el aspecto de su fealdad y de sus úlceras solo inspira á las mujeres repugnancia hácia aquella vejez afrentosa, Saturnino inventa refinamientos de placeres, capaces de provocar á la imaginacion más lasciva: luego á fin de no echar de menos en Caprea las diversiones de Roma, investiga Tiberio, en plática con sofistas y gramáti-

cos, como se llamaba Aquiles cuando estaba disfrazado de mujer en la corte de Esciros; quien era la madre de Hécuba, cuál era el asunto habitual del canto de las Sirenas, y regula cada uno de sus actos segun indican los astros, los animales interrogados por Trasilo. Pero por esto no debe haber menos acusaciones, cadáveres y suplicios: tormentos los más exajerados arrancan á los acusados la confesion de crímenes que tal vez no han cometido, y en seguida son arrojados al mar los infelices. Inaccesible el emperador para todos, ni aun recibe cartas, si no pasan antes por mano de su ministro Elio Sejano, prefecto de los pretorianos. Después de esperar vanamente por mucho tiempo, son despedidos los senadores que llegan á hacerle reclamaciones, ó á rendirle homenajes. Un rodio llega en su busca á consecuencia de su invitacion reiterada, y el emperador, por distraccion, por costumbre, le manda poner en el tormento.

Sejano.—Elio Sejano, de condicion mediana, de infames costumbres, vigoroso de espíritu y de cuerpo, empezó á disfrutar la privanza de Tiberio, no grangeándose su cariño, cosa imposible, sino prestándole importantes servicios capaces de sonrojar á todo hombre honrado. Entre ellos fué urdida la pérdida de Agripina, viuda de Germánico, que infundia recelos al emperador por la severidad de sus costumbres y por la tierna memoria que conservaba de su esposo. Sus amigos eran uno tras otro acusados y muertos; y de ahí que el espanto hiciese mirar á dicha mujer con una especie de horror. Sin embargo, Tiberio no se atrevia á descargar sobre ella ningun golpe. Habiendo, pues, salido de Roma recorrió la parte más deliciosa de Italia, y se retiró á Caprea, desde cuya voluptuosa isla escribió una carta ambigua al Senado, quejándose del orgullo de Agripina, y del impudor de Neron, su hijo. El Senado vió la emboscada tendida contra la familia de Germánico; pero reflexionó en el aura popular de que gozaba, y ganó tiempo (30 de C.) Entonces llegan de Caprea reconvenciones, y al punto es desterrado Neron y encarcelado Druso, y no tardaron en morir ambos. Agripina fué confinada á la isla Pandataria y circuló la noticia de que se le habia hecho dar muerte.

Luego que Sejano hubo sacado á Tiberio de Roma, la gobernó á su capricho. Merced á él adquirió mucha importancia el empleo de jefe de los pretorianos, porque reunió á los soldados en un solo campamento, lo cual les dió el poder de la union; poder de que abusaron en lo sucesivo para poner y quitar emperadores. Disponiendo á su antojo de los empleos, le era fácil ganarse amigos, y hacia servir á su engrandecimiento á las principales damas, á quienes inducia á que le revelaran secretos de sus maridos, prometiéndoles casarse con ellas. Públicamente le llamaba el mismo Tiberio compañero de sus trabajos, permitia que se tributura culto á las imágenes de este favorito, poner su efigie en las banderas, y quemar cotidianamente víctimas sobre sus altares.

Pero no basta el poder á Sejano; ha menester las ventajas esteriores; y como vé á Druso, hijo de Tiberio y Vipsania, entre el imperio y él, seduce á Livila, mujer del presunto heredero, y la obliga á envenenarle. Quitándose entonces la máscara, pide á Tiberio que se la otorgue por esposa. Desde entonces es heredero presunto del imperio, y Tiberio le odia, porque le teme. ¿Y cómo derribarle á pesar de todo cuando el imperio está en su mano? Empieza Tiberio por oponerle un rival en Cayo César Calígula, hijo del Germánico querido del pueblo y de los soldados: después envia secretamente á Macron, tribuno de los pretorianos, con una carta dirigida al Senado. en la que se queja de Sejano, pasa á otra cosa, se renuevan las quejas, y á esto siguen divagaciones sobre diferentes asuntos: más lejos se trata otra vez de Sejano, y las palabras que le atañen son cada vez más acerbas; llega la órden de condenar á muerte á dos senadores amigos del ministro, y en el momento en que, aturdido éste del golpe, no osa pronunciar una sola palabra en su defensa, oye que la carta acaba por mandar que él mismo sea preso.

No se hizo aguardar la ejecucion por largo tiempo: sus amigos le dejaron en el abandono: rodeáronle pretores y tribunos para estorbar su fuga, y fué insultado por el pueblo. Considerando Tiberio aquella prision como un golpe de Estado de la mayor importancia, no habia descuidado precaucion alguna: habia escrito al Senado que le enviara uno de los cónsules con una buena escolta, para trasladarle á Roma, siendo un pobre viejo abandonado de todos. Habia dado órden á Macron de poner en libertad al jóven Druso y de presentarle como emperador al pueblo, en el caso de que sobreviniera algun tumulto. Tenia ancladas naves para huir, y pasaba el dia en la cima de las rocas para observar señales convenidas. Pero con el poder habia cesado el fervor hácia el dios, hácia el emperador futuro. Ya Macron habia comprado á fuerza de dinero la connivencia de los pretorianos, que, en vez de defender á Sejano, se ponen á saquear á Roma, en tanto que el pueblo ceba su furia en el cadáver del execrado ministro. Hasta el mismo Senado se aprovecha de aquella coyuntura para arrastrar á la muerte á algunos espias. Cuantos habian gozado la amistad de Sejano son blanco de persecuciones; se hace horrible carniceria en sus hijos, y prohibiendo la ley enviar al suplicio á las vírgenes, su hija es violada por el verdugo antes de enviarla á la muerte.

Crueldad de Tiberio.—Siempre propicio el pueblo á atribuir á los ministros las faltas de los soberanos, esperaba que, muerto Sejano, gobernaria Tiberio con más blandura. Al revés, se muestra más sediento de sangre: trata del mismo modo á amigos y á adversarios: tiene miedo al Senado. y cada dia hiere á uno de sus miembros: tiene miedo á los gobernadores, y después de haberlos nombrado, impide á muchos de ellos dirigirse á sus provincias, que de este modo quedan sin administra-

dores: tiene miedo á los recuerdos, y condena á muerte á muchos ciudadanos por haber derramado lágrimas (*ob lacrymas*); tiene miedo al porvenir y envia al suplicio niños de nueve años.

Arrastraban á la muerte los motivos más absurdos. Uno fué acriminado porque su abuelo habia sido amigo de Pompeyo; otro porque los grigos habian adjudicado los honores divinos á su bisabuelo Teofano de Mitilene. Un enano, que solia divertir á Tiberio mientras se hallaba á la mesa, le pregunta cierto dia: *¿Cómo es que aun vive Paconio, culpable de alta traicion?* y Paconio es condenado á muerte á poco de esta pregunta. En suma, puede decirse que la historia de aquellos años es el registro fúnebre de las familias ilustres de Roma: así se citaba como cosa rara que un personaje de alta categoria muriera en su lecho. Envolvíase en las condenas á mujeres y á niños: una vez mandó el emperador que fueran degollados todos los que estaban presos por el asunto de Sejano, y todos perecieron sin distincion de edad, condicion ni sexo. Sus cuerpos mutilados permanecieron muchos dias tendidos en la via pública, custodiados por los verdugos, quienes denunciaban el dolor y la compasion.

Hasta la misma bajeza corria peligro con aquel emperador, siempre temible, ya estuviese de chanza, ya serio, y que queria ser adulado y despreciar á sus aduladores. Voconio propuso que veinte senadores por turno de lista, tomaran las armas y le hicieran la guardia siempre que asistiese al Senado, y logró que se burlara de su plan Tiberio, bien distante de querer armar á los senadores. Galion propuso conceder á los pretorianos veteranos el privilegio de colocarse en el teatro entre los caballeros, y queriendo hacerse agradable obtuvo solo la cárcel y destierro; porque Tiberio dijo: *¿Con qué derecho le ocurre á ese determinar las recompensas que destino á mis guardias?* Decretan los cónsules solemnidades, acciones de gracias y votos con ocasion del vigésimo año de su reinado: Tiberio dice que con esto quieren dar á entender que se le prorogue la soberania por otros diez años, y los condena á muerte.

No habia vileza á que se negará el Senado; y sin embargo temblaba de miedo cada vez que recibia del príncipe algunas de aquellas estrañas cartas, unas veces severas, halagüeñas otras, insidiosas siempre. Ora recordaba su clemencia por no haber espuesto en las gemonias á Agripina, y queria que se hiciera saber á la posteridad como habia muerto dos años después de Sejano; ora suplicaba á los padres conscriptos que obligaran á algunos de los antiguos cónsules á aceptar las provincias de que nadie queria encargarse, al mismo tiempo que impedia que los gobernadores nombrados se dirigieran á sus puestos. Luego pedia que fueran registrados los senadores antes de entrar en la curia, y que se le concediera una guardia para ir al Senado, donde no pensaba sentar su planta.

Conviene á lo menos que, para consuelo de la humanidad, se sepa como él mismo tenia convencimiento de sus desafueros y del horror que infundia. Con efecto hé aquí lo que escribia al Senado: *Si sé lo que he de deciros, háganme perecer, los dioses y las diosas, todavia más cruelmente de lo que me siento desfallecer de dia en dia.* Pero si los remordimientos le arrastraban á que no pudiera aguantarse á sí mismo, no le inspiraban sentimientos mejores; decia: *¡Maldíganme con tal de que me presten obediencia!* y se engolfaba en escesos que no podrian imaginarse y mucho menos describirse.

A pesar de todo, cedia cuando encontraba firme resistencia. Acusado Marco Terencio de haber sido amigo de Sejano, se espresó entre los senadores de este modo: «Me seria más ventajoso negar la acusacion, pero, siguiendo opuesto camino, confesaré que he sido amigo de Sejano. Le ví disfrutar de la privanza del príncipe; sus amigos eran poderosos, sus enemigos estaban poseidos de miedo. Mis homenajes y los de los demás no se dirigian al conspirador, sino al yerno del soberano, á su representante en el gobierno de la república. Cúmplenos venerar á aquellos á quienes el emperador distingue, y no nos corresponde juzgarlos. Seria poco cuerdo querer escudriñar sus secretos designios. Reflexionad, no en sus postreros dias, sino en los diez y seis años durante los cuales teniais á gloria ser conocidos por sus libertos y por sus porteros. ¡Sea castigado todo el que con su acuerdo haya urdido tramas contra la república! Yo seré absuelto de haber sido su amigo, puesto que por igual causa se absuelve á César.» Y César admite su justificacion. Inculpado el general Getulio por haber querido casar á su hija con el hijo de Sejano, responde á Tiberio: «Me he engañado; pero tú te encuentras en el mismo caso: yo te soy fiel y continuaré siendolo, en tanto que no me se haga víctima de algun desafuero: si consintiera en ser reemplazado, me creeria amenazado de muerte, y procuraré de consiguiente sustraerme á ella. Entendámonos: sé dueño de todo y déjame mi provincia.» En tales términos podia escribir un general al que hacia temblar á Roma y al mundo.

Consistia, y es fuerza repetirlo, en que Tiberio no debia su poder á instituciones fuertes y bien coordinadas, sino á la desunion de los demás, á la presteza con que sabia prevenir los propósitos de sus adversarios. Omnipotente dentro del círculo á que podian alcanzar sus verdugos, fuera de allí no ejercia accion ninguna. El que se hubiera sublevado sin temor en medio del general desmayo, le hubiera derrocado de seguro. Y él lo conocia; de aquí emanaba su desconfianza recelosa, primer móvil de todos sus actos. Paseándose por la Italia sabe que el Senado habia despedido, sin oirlos siquiera, á muchos ciudadanos á quien él habia acusado. Cree que su autoridad se halla comprometida, en peligro su existencia y quiere volver á Caprea; mas le asalta la muerte en el camino (16 de marzo del 37).

Al pronto no dió crédito Roma á esta noticia, suponiendo que fuera alguna emboscada de los espias: luego cuando quedó confirmada, no tuvo límite el público alborozo, como si hubiera hecho revivir la libertad la caida de un tirano. No obstante, todavia reinaba su sombra, pues no pudiéndose ejecutar á los presos hasta que trascurrieran diez dias, segun el testo de un senado-consulto, hallándose entonces algunos bajo el golpe de una sentencia en Roma, fueron estrangulados por respeto á la legalidad, en atencion á que aun no se conocia al nuevo jefe del Estado, único que podia absolverlos.

Aquellos que piensan que la inhumanidad admite paliativos, tal vez invoquen en favor de Tiberio la liberalidad con que subvino en tiempos de carestia y de públicos desastres á las necesidades del pueblo. Un terremoto redujo á un monton de ruinas doce ciudades de las más florecientes de Asia: sus moradores quedaron sepultados entre escombros ó tragados por abismos; abismáronse montañas enteras, se alzaron otras de improviso, y los estragos se estendieron al Ponto, á la Sicilia y á la Calabria. Tiberio dispensó de todo impuesto por espacio de cinco años á todos los paises que habian padecido en tal desastre; envió sumas considerables para la reconstruccion de las casas, y diez millones de sextercios á los habitantes de Sardis, que le erigieron en agradecimiento una estátua colosal, rodeada de figuras representando las doce ciudades socorridas (9). Antes de conceder elogios á semejante rasgo y á otros de la misma especie (10) conviene asegurarse de si eran inspirados por la política, por la necesidad de adormecer el descontento, ó bien por el desprecio de la humanidad que le impelia á servirse de ella como de un juguete, unas veces acariciándola y otras pisoteándola, segun su capricho. Además, en la vida de un príncipe, no se trata aisladamente de sus acciones, sino de su conjunto, examinando hasta donde ha influido en la suerte de su pueblo y del género humano. Bajo este aspecto, Tiberio acabó de destruir las barreras que habia dejado Augusto al despotismo: acostumbró al Senado y al pueblo á doblegarse dócilmente á los más absurdos antojos del soberano: estinguió los sentimientos que constituyen la dignidad del hombre y del ciudadano: pervirtió la conciencia pública, que á falta de otro apoyo, es la que sustenta y reanima los Estados: inmolando á los mejores ciudadanos, deshonrando á los que dejaba con vida, haciendo ver que el Senado y el pueblo podian llevar la bajeza y el miedo hasta adorar á quien prodigaba el ultraje y la muerte, suministró la prueba de que no existia fuerza moral ninguna, y de que la fuerza material lo podia todo.

(9) Sardis, Magnesia, Mostenes, Egea, Hierocesarea, Mirina, Cima, Filadelfia, Tmolo, Temnis, Apolonia, Hircania; y otros añaden Efeso.

(10) Uno de esos historiadores del siglo pasado, y porque no le veneramos se nos censura, se hizo defensor de Tiberio contra la malignidad de todos los historiadores, y terminó así su apologia: «¿Qué más hicieron por el bien de los pueblos el corto número de príncipes, cuya memoria reverencia la posteridad? ¿Cuántos reinados decorados con pomposos títulos están lejos de ofrecer semejantes rasgos en apoyo de las lisonjas de que son objeto? ¿Cuántos soberanos serian puestos al nivel de Trajano y de Enrique IV, si hubieran hecho la centésima parte del bien que no pueden disputar á Tiberio sus más crueles enemigos?» LINGUET, *Historia de la revolucion del imperio romano*, II, 7.

CAPÍTULO III

CALÍGULA.—CLAUDIO.

Tiberio dejaba dos nietos: Tiberio Neron Gemelo, nacido de su hijo Druso, y Cayo César, hijo de Germánico. Habíase trocado el inmenso dolor que el pueblo y el ejército habian sentido por la pérdida de Germánico en un ardiente amor hácia su hijo. Complacíanse los soldados en verle jugar con ellos y le habian dado el nombre de Calígula, sacado del calzado militar (*caliga*), que se divertian en ponerle en sus piés. Tanta adhesion hubiera bastado para atraerle el ódio de Tiberio; pero el mancebo consagró tan hondo disimulo á evitar todo lazo y á adormecer su rivalidad, que el orador Pasieno pudo decir con certeza: «Nunca se vió tan buen esclavo, ni tan perverso amo.» Posteriormente debió Calígula á la mujer de Macron, que éste le abandonaba de buen grado nutriendo una esperanza remota, gozar del valimento de Tiberio, quien le declaró heredero del imperio en su testamento.

No se habia ocultado á la mirada penetrante del viejo emperador el natural perverso de aquel jóven, y le decia: *Tendrás todos los vicios de Sila, y ninguna de sus virtudes;* ó bien: *Es una serpiente que crio para el género humano.* Cierto dia que le veia reñir con el jóven Tiberio, esclamó con las lágrimas en los ojos: *Tú le matarás, y á tí te matará otro.* Esto no era producto de la observacion de las estrellas, sino del conocimiento de los tiempos y de los hombres.

Segun su costumbre aguardaba el pueblo toda clase de bienes del jóven emperador, y la inauguracion de su reinado parecia realizar tan lisonjeras esperanzas. A su llegada á Roma pronuncia el elogio de su predecesor en pocas palabras, y anegado en llanto anuncia la intencion de restituir al pueblo la eleccion de los magistrados, pero creyéndole incapaz de ejercer semejante derecho, lo dilata. Abolió las pesquisas por crímen de lesa majestad; quema los procesos pendientes; permite leer y propagar los libros de Tito Labieno, de Cremucio Cordo y de Casio Severo, prohibidos por Tiberio. Le denuncian una conjuracion y rehusa oir más pormenores diciendo: *Yo no he dado ningun paso que me haga odioso.* Enternece especialmente la piedad con que va en busca de las cenizas de su madre y de sus hermanos y las traslada desde el lugar del destierro al mausoleo de Augusto (1).

(1) «Al ver después de la muerte de Tiberio ascendido á Calígula á señor del imperio de mar y tierra, cuando gozaba de la mayor tranquilidad el Estado, cuando estaban ya establecidas instituciones escelentes, y reinaban en las provincias la paz y la concordia; cuando un solo reino reunia el Norte y el Mediodia, el Oriente y el Occidente; cuando en buena armonia los griegos y los bárbaros, los militares y los ciudadanos, vivian todos pacíficamente unos con otros, participando igualmente de los empleos y de las ventajas civiles, ¿quién no hubiera admirado la rarísima y casi inesplicable felicidad del nuevo príncipe? Tratábase para él de una herencia que reunia toda clase de bienes; tesoros llenos de plata y oro parte en barras, parte en moneda, parte en vasos preciosos para ornamento de las mesas y de los palacios; de considerables fuerzas en infanteria, caballeria y naves; de rentas que parecia como si brotaran de un manantial inagotable; de un poder que se estendia sobre las principales partes del mundo habitado, con dos rios en sus confines, el Eufrates y el Rhin. Por doquiera reinaba el público contento, y el pueblo romano gozaba de una alegre paz con todas las provincias, lo mismo en Europa que en Asia. Si se habia podido esperar anteriormente bajo el mando de otro cualquiera emperador tan inmensa dósis de bienes, con doble razon asistia entonces derecho á todos los pueblos, no de esperar, sino de contemplarse segurísimos de disfrutar de todas las ventajas públicas y privadas, de una felicidad completa, bajo los auspicios de un hombre bondadoso bajo todos los aspectos. Así en todas las ciudades no

Pero este jóven epiléptico que hasta entonces habia sido el niño mimado de los soldados, el pobre huérfano temblando bajo la mirada del tio, árbitro de su vida, no bien conoció que era dueño de todo el mundo, al cual podia regir á su antojo, si bien podia tambien arrancárselo una puñalada, ya no era el mismo. Después de haber visto durante una enfermedad de que fué atacado, ciento sesenta mil víctimas sacrificadas á los dioses para que conservaran el astro tutelar de la patria y las delicias, se abandonó á tal delirio de brutalidad y de sangre, que no cabria en lo posible esplicar sus actos, sino suponiéndole tocado de locura.

Sus estrañas crueldades.—Si sus implacables delirios carecieron de influencia sobre el destino de las naciones, demuestran por lo menos el punto en que se hallaban los hombres en los más esplendidos tiempos de la edad antigua. Calígula hizo empezar de nuevo el proceso de lesa majestad, y realizando el vaticinio del viejo emperador, envió á Tiberio la órden de matarse, en atencion á que sabia como estaba provisto de contravenenos. Del mismo modo procedió con Silano su suegro, con Macron, su antiguo confidente, que le censuraba de hacer el bufon á la mesa y en el teatro. *¿En qué pensabas en tu destierro?* pregunta á un desterrado que habia obtenido indulto: *Hacia votos por la muerte de Tiberio y por tu encumbramiento al poder*, respondió el lisonjero. Y Calígula dedujo: *Pues entonces aquellos á quienes he desterrado desean mi muerte;* y después de este raciocinio manda que á todos se les quite la vida. Obedeciendo á este sanguinario instinto hace que sean arrojados á las fieras los gladiadores viejos y enfermos, ó en su defecto á los mismos espectadores: visita las cárceles, y sin distinguir inocentes de culpables, señala aquellos que se han de dar en pasto á las fieras, por estar demasiado cara la carne; y ante todo hace que les arranquen la lengua, á fin de que no le importunen con sus lamentos.

Sumamente espeditivos eran los procesos: él era quien dia por dia *arreglaba sus cuentas*, apuntando en la lista los que habia necesidad de conducir á la muerte. Dos hombres ofrecen su vida á los dioses durante una enfermedad que le obliga á guardar cama, para obtener su curacion, y cuando ha recobrado la salud, declara que admite sus votos: en su consecuencia manda que entreguen uno de ellos á los gladiadores, y que sea despeñado el otro coronado de flores como las víctimas. Pelea un dia como gladiador y su adversario cae á sus plantas por lisonja, confesándose vencido: le coge la palabra, y clava el acero en su garganta. Otra vez sentado á la mesa entre dos cónsules se pone á reir á carcajadas: infórmanse del motivo de su hilaridad: *Es*, respondió, *que estaba pensando en que bastaria hacer una sola señal para que á los dos os cortaran la cabeza.* A tiempo de llevar una víctima para la inmolacion delante del ara, se presentó Calígula vestido de pontífice, esgrimió la cuchilla, y en vez de herir al animal, hiere al sacrificante. Obligaba á los padres á asistir al suplicio de sus hijos. Alegando uno de ellos su estado de enfermedad, envió su propia litera para que le llevaran en ella. A la noche siguiente eran degollados por sus sicarios aquellos mismos padres. Redujo á prision á un tal Pástor, por el único motivo de ser gallardo mozo: como se presentara su padre, caballero romano, á implorar su gracia, Calígula ordenó que inmediatamente se quitara la vida al preso y que el padre fuera á comer en su compañia, cuidando de no mostrarse afligido, pues de lo contrario su otro hijo padeceria la misma suerte. Durante sus comidas hacia que algun infeliz fuera puesto en el tormento, y á falta de reo, se cogia al primero que llegaba. Queria que sintieran la muerte los que estaban condenados á morir.

Le acaeció dar tregua á sus crueldades para ocuparse de literatura, y abrió en Lion certámenes de griego y de latin ante el altar de Augusto. Debia pagar el vencido el premio del vencedor y escribir su elogio. Por lo que hace al que escribia una obra indigna, estaba obligado á borrarla con la esponja ó con su lengua, ó bien se le anegaba en el Ródano. Habiéndole erigido Domicio Afro una estátua con la inscripcion siguiente: *A Cayo César cónsul por segunda vez á la edad de veinte y siete años*, pretendió Calígula que le censuraba por faltarle la edad requerida por la ley: acusóle en su consecuencia ante el Senado en una arenga trabajada con esmero. Entonces fingió Domicio hallarse menos agitado por su propio peligro que por la elocuencia del emperador, y en vez de justificarse se puso á realzar las cosas admirables dichas por el príncipe, declarándose incapaz de responder á tanta elocuencia. Este era un medio infalible de ser absuelto.

---

se veian más que altares, víctimas, sacrificios y ciudadanos vestidos de blanco y coronados de flores, cuyo semblante respiraba contento y alegria; donde quiera se hacia gala de música y de espectáculos; donde quiera habia festines y veladas al son de cítaras y de flautas: todo estaba lleno de fiestas, de solemnidades, de regocijos y de placeres de todas clases. Se habia dado de codo ó aplazado para otros tiempos los negocios, á fin de gozar completamente y con todos los sentidos de delicias variadas hasta lo infinito. Ya no existia diferencia entre ricos y pobres, entre grandes y pequeños, entre acreedores y deudores, entre señores y esclavos; tan solemne circunstancia igualaba los derechos, de tal manera que parecia realizarse el siglo de Saturno. Tal fué la fertilidad y la abundancia; tal la alegria y la seguridad de que todas las familias y todas las poblaciones gozaron plenamente durante los siete primeros meses de su imperio. Pero al octavo mes fué acometido Cayo de una enfermedad muy grave, porque quiso trocar el método de vida frugal y salubre de Tiberio, á fin de desplegar real magnificencia. Dedicóse efectivamente á consumir mucho vino y otras cosas esquisitas, y su gula no se hartaba ni aun cuando su estómago estuviese lleno. Añadia á esto baños intempestivos y vómitos escitados para beber de nuevo, y los placeres del estómago, y las mujeres, y los mancebos, y todo lo que es nocivo al alma y al cuerpo y puede destruir su armonia.» FILON, *Legacion de Cayo.*

Con efecto, su mania era sobresalir en todo. Tito Livio, Virgilio, Homero, le provocan á envidia: los desprecia y los proscribe: tambien son á sus ojos un título de proscripcion las señales de nobleza. Deben renunciar los Torcuatos á llevar el collar, trofeo de su familia, y los descendientes de Pompeyo el sobrenombre de Magnos. Si vé Calígula á uno de los Cincinatos con la cabellera crespa y rizada, como la que valió su sobrenombre á su abuelo, se la manda cortar primero y luego condena á muerte al que la ha llevado. Es á la vez gladiador, cantor, conductor de carros: acompaña en el teatro el canto de los actores y les indica sus gestos. Cierta noche envia á buscar á toda prisa tres senadores, que llegan temblando: se sube á un banco, hace dos cabriolas y los despide después de haber recibido sus aplausos. Quiere asimismo ser conquistador: dirígese, pues, á una revista, á las orillas tranquilas del Rhin, y decide hacer una incursion en el territorio de Germania. Mas no bien sienta allí su planta, huye tan presurosamente, que los carros interceptan el camino y necesita que los soldados le cojan en sus brazos, y pasándole de unos en otros le trasladen á lugar seguro. No por eso deja de pretender los honores del triunfo. Toma, pues, cierto número de germanos entre los mercenarios: escoge en la Galia hombres, ya sean nobles ó plebeyos, *cuya estatura es más triunfal* (2), los viste á estilo germánico, hace que les enseñen algunos vocablos teutones, les manda que se dejen crecer el cabello y se tiñan de encarnado, y luego los envia á Roma para que aguarden la solemnidad de su ovacion.

Si hubiera querido ser rey, Roma le hubiera dado muerte: quiso ser dios, y le adoró la ciudad del Capitolio: apresuróse el Senado á elevarle templos; ambicionóse el título de sacerdote de Calígula; se le ofrecieron sacrificios de pavos reales, faisanes y pavas. Nombra á Castor y á Pólux porteros suyos; de noche se levanta (no dormia más que tres horas) para hacer la córte á la luna, invitándola á que llegue á recibir sus caricias. Se disfraza ora de Hércules, ora de Mercurio, hasta de Vénus, y de Júpiter más frecuentemente; y sin embargo, se enfurece en diversas ocasiones contra el padre de los dioses hasta el punto de amenazarle con despedirle á Grecia; otras veces con objeto de imitarle, se pasea en un carro que por medio de un mecanismo produce el efecto del trueno. *¿Qué piensas de mí?* pregunta á un galo á quien vé reirse á su paso. *Pienso*, contesta, *que eres un loco rematado*, y perdona aquella tosca franqueza.

Le nace una hija, y la ofrece á todos los dioses; luego la confia á Minerva. ¡Pobre niña, á la que no debe salvar el patrocinio de los inmortales del fin para que la reservan las locuras de su padre!

No menos arrebatado en sus afectos que en sus odios, hizo construir para su caballo Incitato, marmóreas cuadras, un pesebre de marfil, un ronzal de perlas y mantas de púrpura. Estaban destinados al servicio del noble animal un mayordomo, gran número de criados y hasta un secretario. Tan pronto se convidaba á que comieran en su compañia personajes consulares, como asistia él á la mesa del emperador, que le servia dorada avena y del mejor vino. En el curso de la noche que precedia al dia en que debia salir Incitato, tenian por consigna los pretorianos velar en los alrededores á fin de que ningun ruido perturbase su sueño. Calígula le agregó al colegio de sus sacerdotes, y le designó para cónsul al siguiente año. Amó al trágico Apeles, su consejero íntimo, y á Citico, conductor de carros del circo, á quienes hizo donacion en una orgia de dos millones de sextercios. Tambien amó estraordinariamente al mímico Mnestero, á quien acariciaba en mitad del teatro: si se percibia el más leve ruido mientras su favorito estaba en escena, daba él mismo de golpes á los audaces interruptores. Un caballero romano, á quien halló durante una representacion algo distraido, recibió de su mano despachos para entregárselos á Tolomeo, rey de Mauritania: el pobre mensajero lleno de susto, cruza el mar, y se presenta al rey africano. Este abre la carta en que solo hay escrito lo siguiente: «*No hagas al portador bien ni mal.*»

Tuvo tambien amor á una mujer, y pasándole tiernamente la mano por la cabeza, le decia: *Me parece muy hermosa, y sobre todo cuando considero que la podria hacer rodar á la más leve seña.* Amó á su mujer Cesonia, aunque no era jóven, hermosa ni honrada, lo cual indujo á creer que le habia fascinado por medio de filtros; y consistia más bien en que era un mónstruo de lubricidad. Su marido la presentaba desnuda á sus amigos, y hacia que se mostrara á los soldados con la clámide y el casco. En un acceso de amor sanguinario le decia: *Me dan tentaciones de buscar en tus entrañas, como en las de una víctima, qué es lo que me inspira tanto amor á tu persona.*

Amó á sus hermanas como un esposo, y especialmente á Drusila. Cuando ésta exhaló el último suspiro, ordenó que no se jurase sino por ella. Un senador declaró haberla visto encaminarse hácia el Olimpo. Todos los romanos vistieron luto, y no les fué lícito reirse, ni bañarse, ni comer con sus mujeres é hijos, sopena de muerte. A este tiempo llega Calígula á Roma y pregunta *¿Qué motivo hay para llorar á una diosa?* y castiga á los que se afligen y á los que se alegran del mismo modo. Hace lo propio el dia del aniversario de la batalla de Accio; como descendia de Augusto por su madre y de Antonio por su abuela, la alegria y la tristeza fueron igualmente culpables á sus ojos.

A su modo amó tambien al pueblo, dándole espectáculos y prodigándole liberalidades de una manera inaudita. Se lamentaba de que ninguna gran calamidad le proporcionaba ocasion de mostrarse generoso. A pesar de todo se le vé congregar en el

(2) *Ut ipse dicebat* ἀξιοθριόμβευτον. SUETONIO.

teatro á aquel populacho, á quien profesa cariño, y mandar quitar de repente el *velarium*, dejándole así espuesto á un sol ardiente. Otra vez le arroja víveres y dinero, mezclándolo con hojas bien afiladas. Otra vez aguarda á que el circo esté cuajado de gente, y hace que lo evacuen de súbito y violentamente: muchos infelices quedaron aplastados entre la muchedumbre. Entonces el populacho descontento no acude ya á sus espectáculos, y el emperador cierra los graneros públicos para hacerle morir de hambre. Cierto dia que en su sentir no eran bastante vivos los aplausos, dijo: *¡Ojalá que el pueblo romano no tuviera mas que una cabeza para derribarla de un solo tajo!*

Momentos hay en que aquel insensato dá vueltas en su mente á vastos planes. Medita trasladar la sede del imperio, ora á Ancio, ora Alejandria, tan luego como haya inmolado á los principales senadores y caballeros, cuyos nombres se encuentran ya inscritos en dos listas, una titulada *Puñal* y otra *Espada*. Se propone cortar el istmo de Corinto y construir una ciudad sobre la más elevada cumbre de los Alpes. Si se edifica una casa de recreo, lo hace donde el mar es hondo y proceloso, donde parece más escarpado el monte; y hay necesidad de que tenga baños de perfumes, manjares esquisitos. Costea la deliciosa Campania en barcas de cedro, donde tiene dispuestos salones, termas, donde se entrelazan viñas, y cuyas popas resplandecen con pedreria de precio. En suma, nada quiere que no sea estraordinario.

Habíasele dicho que seria rey cuando pudiera andar al galope por encima del golfo de Bahia y quiso intentarlo. Reúnense, pues, bajeles y barcas en bastante número para formar la longitud de cuatro millas, y se estiende tierra y arena sobre aquel puente flotante: se plantan allí árboles, se alzan hospederias y hasta se ven arroyos. Aquel insensato se lanza entonces á semejante camino en medio de inmensa muchedumbre, manda encender de noche una iluminacion espléndida, y se jacta de haberse paseado por encima del mar de una manera más efectiva que Jerjes, y de haber hecho de la noche dia. A fin de que no falten en aquel espectáculo suplicios, manda que se apoderen al acaso de algunos de los asistentes y que sean arrojados á las olas. Y durante este tiempo, privada Roma de los bajeles, destinados á proveerla de víveres, se halla reducida al hambre.

Calígula gastó dos millones en una comida: en un año disipó quinientos veinte y seis millones acumulados por Tiberio. Para restablecer las rentas impuso derechos á todo, castigando el fraude con gruesas multas; luego, á fin de aumentar las transgresiones, publicó sus leyes con todo el secreto posible y las espuso en caractéres que casi eran ilegibles por lo diminutos. Si le nace una hija, va demandando donativos; en el mes de enero quiere que le den aguinaldos y los recibe en persona, midiendo por la generosidad la adhesion que se le tiene. Llega hasta á especular en los beneficios de una casa de prostitucion esplotada por su cuenta. Hacia además que se le incluyera en el testamento de los ciudadanos más ricos, y cuando tardaban mucho en morir les enviaba alguna golosina obra de sus manos. Cierto dia que jugaba á los dados con mala suerte, mandó que le llevaran el censo de la provincia Gala, designó para morir algunos de los más ricos propietarios, y después dijo volviéndose hácia sus compañeros: *Me ganais muy poco, y yo acabo de ganar de un gope ciento cincuenta millones.*

Hizo llevar á Lion una porcion de enseres y venderlos á pública subasta, presidiéndola en persona, y encomiando por sí mismo cada uno de los artículos en venta. *Esto*, decia, *fué de Germánico mi padre; esto es procedente de Agripa. Este vaso perteneció á Antonio, y Augusto se lo ganó en Accio.* La conclusion de todo era ascender la puja á un precio enorme. De la misma manera procedió respecto de los bienes raices cuyo valor habia bajado mucho por las numerosas confiscaciones; se puso á venderlos personalmente designando el comprador y fijando el precio. De aquí resultó que más de uno se vió reducido á vivir de limosna en virtud de aquellas adquisiciones forzadas, y otros solo suicidándose se libertaron de la ruina.

Hebreos.—Cuando todo se doblega ante los caprichos de semejante loco, solo una nacion se atreve á oponer resistencia. Alejandria encerraba en su recinto gran número de hebreos; vivian en malísima inteligencia con los demás moradores: estos tomaron ocasion del precepto que ordenaba adorar á Cayo para profanar las sinagogas y meter en ellas estátuas. Siempre habian encontrado los hebreos tolerancia en los romanos, hasta el punto de que cuando entraban en Jerusalen las legiones, quitaban la imágen del emperador de sus enseñas, á fin de no ofender á un pueblo que tenia horror á los ídolos. Al revés, en este momento el gobernador romano de Alejandria favorecia los insultos, las vejaciones, los asesinatos que se dirigian contra los judios, lo cual les indujo á diputar cerca de Cayo á sus mejores oradores.

Querian tambien mancillar el templo de Jerusalen colocando dentro el simulacro de Cayo, y para evitar tamaña profanacion habian recurrido los hebreos á oraciones, vestidos de cilicio y con la cabeza cubierta de ceniza: *¿Quereis resistir al príncipe?* decian las personas prudentes: *¿No considerais que sois muy débiles y él es muy poderoso? No queremos lides*, respondian, *pero moriremos antes que violar nuestras leyes;* y se prosternaban en tierra de hinojos (3). Conmovido por su afliccion Pretonio, gobernador de Siria, titubeaba, reunia tropas, daba largas al trabajo de la estátua, y escribia á Calígula, pidiéndole instrucciones. Este, escitado por los enemigos de los judios, queria hacerles la guerra, llevar su estátua á Jerusalen, é inscribir encima del templo: *Al ilustre Cayo, nuevo Júpiter.*

Fueron introducidos cerca del emperador los

diputados hebreos en la casa de recreo de Mecenas. Hízoles reconvenciones como enemigos de los dioses, porque despreciaban su majestad y adoraban á un dios desconocido. Como protestaran de su adhesion á su persona, asegurándole que por su conservacion ofrecian sacrificios: *Sí*, repuso, *pero tambien se los ofreceis á otra divinidad, y no me encuentro honrado de ese modo.*

No economizaron los alejandrinos burlas á aquellos embajadores que no comian carne de cerdo y se abstenian de sus estravagancias religiosas ó nacionales: aspiraron á irritar al emperador en contra suya, pero reflexionó al cabo que con no reconocerle por dios, manifestaban menos perversidad que locura.

En medio de la decadencia universal del sentimiento religioso se complace uno al verle todavia tan vivo entre los hebreos y asociado al patriotismo para resistir á un hombre de quien «no se podia esperar clemencia, puesto que pretendia ser dios.» (4) En lo más recio de la opresion y del peligro decian los hebreos: *Ahora tenemos más motivos de esperanza que nunca; de tal manera está enfurecido el emperador contra nosotros, que Dios no puede dejar de socorrernos.*

Muerte de Calígula.—Y su esperanza no salió fallida. Un tribuno de las cohortes pretorianas, Casio Quereas, era á menudo blanco de las chanzas de Calígula. Hizo memoria de la antigua dignidad romana, y menos enojado de las crueldades de Cayo que de las deshonestas burlas que le dirigia, se conjuró con otros pretorianos, que viendo continuamente su vida en peligro, si no cortaban el hilo de la de Caligula, le dieron muerte (21 Enero del 41).

Cesonia su mujer permaneció con su hija junto al cadáver del marido, y cuando los asesinos se arrojaron sobre ella, les presentó su seno desnudo, escitándoles á que acabaran pronto. Murió con valor y al fin pudo respirar Roma.

Pero no: los soldados habian sido partícipes de las rapiñas de Calígula, los germanos mercenarios, especialmente la gente prostituta de ambos sexos que disfrutaban de sus prodigalidades, la muchedumbre de los que por no poseer cosa alguna no tenian que temer nada, los esclavos á quienes era lícito denunciar á sus señores y enriquecerse con sus despojos, se dolieron de la muerte de Cayo. Para vengarle se dedicaron á derribar cabezas y á llevarlas en triunfo, diciendo que era falsa la noticia de su muerte. Sin embargo, cuando no puede ya caberles duda de que el emperador no existe, de que nada hay que esperar por aquel lado, cambian de lenguaje y empiezan á prorumpir en gritos de libertad. El Senado, que maldiciendo el nombre de Calígula, piensa en restablecer la república después de sesenta años de paciencia, adopta tambien por contraseña la palabra libertad. ¿Pero podian los pretorianos aguardar de la libertad los halagos, las liberalidades, los honores, como de un emperador que tenia necesidad de sus brazos para que le defendieran contra las víctimas de su tirania? Han menester, pues, un emperador, y sea el que quiera les importa poco; y en el interin se ocupan en saquear el palacio. Al trabajar en aquella faena, descubren dos piés por debajo de una cortina que ocultaba un lugar secreto: la descorren y descubren á un hombre lleno de carnes y de edad madura, que se arroja á sus plantas implorando misericordia.

Claudio.—Era Tiberio Claudio, hermano de Germánico, tio y juguete de Calígula, hombre de cerca de cincuenta años, medio imbécil, algo versado en las letras, y enemigo de ruidos. Proclámanle emperador los pretorianos, y como le impidiera andar el susto, le cogen sobre sus hombros y le llevan á su campamento, mientras grita el pueblo: *¡No le mateis! ¡Dejad que los cónsules pronuncien su sentencia!*

Agripa, rey de los judios, condenado á muerte por Tiberio, después favorito de Calígula, se hallaba á la sazon en Roma, y como todos los hombres de su nacion, pasaba por muy avisado. Dió secretamente sepultura á su bienhechores, y luego se dirigió á Claudio, alentándole á que admitiera el empleo. Enseguida demostró al Senado cuan escasos recursos habia para oponer resistencia, y le sugirió la idea de insinuar á Claudio dulcemente que renunciara al imperio que le habian adjudicado los pretorianos, ó al menos que lo recibiera del Senado. Se mezcla en persona con los diputados, si bien en secreto exhorta á Claudio á que persista y conteste con negativa. En efecto, este protesta que obedece á la fuerza, que tiene horror al derramamiento de sangre, é invita á los diputados á que si quieren guerra civil, respeten los templos y los edificios, escogiendo fuera de la ciudad un campo de batalla.

Por un momento abrigaron los senadores la idea de armar á los esclavos; y sin duda hubieran compuesto un ejército numeroso y temible. ¿Pero podia ser duradera una idea generosa en aquellos patricios diezmados por las proscripciones, empobrecidos por las confiscaciones, deshonrados por sus viles lisonjas? Al revés, el pueblo pedia en alta voz un emperador, y proclamaba á Claudio. Otro tanto hacian soldados, gladiadores y marinos. Vanamente recordaba Quereas la magestad del Senado, la imbecilidad de Claudio, las ventajas del gobierno republicano; á escepcion de aquellos que hubieran reinado en nombre de la libertad, nadie queria ser libre.

Claudio fué, pues, reconocido y proclamó un general indulto; solo Quereas fué inmolado á los manes de Calígula. En el momento de sufrir el suplicio, le pareció que no era demasiado cortante la cuchilla del verdugo, y pidió ser decapitado con

(3) Josefo, *Antigüedades judaicas*, lib. XVIII, cap. 11.

(4) La diputacion de los hebreos á Calígula está bien narrada por el judio Filon.

la espada de que habia hecho uso para dar muerte al tirano: luego murió con la serenidad de un antiguo republicano. Admiróle el pueblo, le pidió perdon de su ingratitud y le hizo libaciones: luego se dedicó á hacer la corte á Claudio y á adorarle.

Habia sido el nuevo emperador juguete de la familia Julia; y á fuerza de tratarle de imbécil le habia hecho que lo fuese, ó persuadido á lo menos de que lo era realmente. No habia tenido para su persona ninguno de los honores ni de los sacerdocios que condecoraban á todos los miembros de la familia imperial; se le habia dado por maestro un palafrenero. Nunca le habia dirigido la palabra su abuela Livia, que se habia contentado con escribirle billetes secos y bruscos ó llenos de severas amonestaciones. Su madre tenia costumbre de decir para tratar á uno de tonto: *Es bestia como mi hijo Claudio.* Augusto le llamaba *ese pobre hombre*, y afectuoso como era con sus nietos, escribia: *Conviene adoptar respecto de él un partido: si su espíritu es sano tratarle como hermano; si es imbécil, cuidar que no se rian de él ni de nosotros. Puede presidir en el banquete de los pontífices teniendo á su lado á su primo Silano para impedirle que diga sandeces. En el circo no debe sentarse sobre el pulvinar donde llamaria la atencion demasiado. Le convidaré á comer todos los dias; pero que no se muestre tan distraido; que escoja un amigo á quien imitar en sus modales, en su modo de andar, en sus vestidos.*

Divertíanse á su costa los demás individuos de la familia por hallarse animados de sentimientos menos afectuosos: si llegaba el último á la hora de la cena, tenia que correr por largo tiempo en rededor del *triclinium*, para encontrar puesto: si se dormia después de haber comido, le tiraban huesos de dátiles ó de aceitunas, le ponian sus zapatos en las manos, y recreábales su ademan atontado y su despecho cuando despertaba.

Sin embargo, Claudio no era ignorante, y hasta se aplicaba al estudio, y oyéndole Augusto declamar algo de su cosecha, se maravilló de que tan bien escribiera quien tan mal hablaba. Pronunció una arenga en público, y hubiera producido efecto á no ser por un hombre obeso que, enredándose enmedio de las sillas, y metiendo de consiguiente mucho ruido, escitó una general carcajada, de modo que hubiera perjudicado hasta á la elocuencia del mismo Ciceron. Por consejo de Tito Livio habia empezado á escribir la historia de las guerras civiles; pero le apartaron de este designio su madre y su abuelo. Amaba á los clásicos, y defendió á Ciceron contra Asinio Galo. Estudió la lengua y quiso introducir en el alfabeto romano tres nuevas letras (5), cuyo uso no le sobrevivió. Versado en el conocimiento de la historia de las antiguas poblaciones de Italia, mucho más que el mismo Tito Livio, escribió la de los etruscos, y la conservacion de su libro hubiera ahorrado á nuestros contemporáneos suposiciones atrevidas ó temerarias. En suma, Claudio hubiera podido pasar á la posteridad como hombre de bien y como erudito; pero lejos de valerle su erudicion respeto alguno, no dejaban en su rededor más que mujeres, bufones, libertos, la hez del palacio, y eso (¡enorme yerro!), porque no era rico. Augusto no dejó á Claudio más que 800,000 sextercios. Tiberio, á quien pidió honores, le hizo un regalo de cuarenta monedas de oro (775 pesetas) para comprar bagatelas en la fiesta de las Saturnales. Cuando Calígula ascendió al trono, Claudio compró por miedo la dignidad de sacerdote del dios su sobrino, al precio de 8.000,000 de sextercios, y como no pudo pagar fueron vendidos sus bienes en pública almoneda. No por eso dejaba de arrullarle en sus brazos la fortuna.

Empujado al trono por la fortuna y por aquella Roma que acostumbrada á satisfacer su voluntad sin demora, queria tener entonces un jefe: Claudio se portó al principio modestamente respecto de los senadores. No quiso ser adorado; abolió el tormento de las personas libres por crímenes de Estado; prohibió á los druidas los sacrificios humanos; mejoró la condicion de los esclavos, declarando libres á aquellos á quienes abandonaban sus amos por enfermedad en la isla de Esculapio; y como los amos adoptaran entonces el partido de matarlos, Claudio los mandó perseguir como delincuentes de homicidio.

Pero los romanos, para quienes era un holgazan el hombre apacible, y un sér débil el que no era sanguinario, le miraron muy en breve con desprecio. Un acusado osó decirle: *Todo el mundo sabe que no eres más que un viejo loco.* Porque oia en contra suya á testigos indignos de fe, le tiró otro

---

(5) Tácito y Quintiliano concuerdan en decir que Claudio añadió al alfabeto latino tres letras; dos de ellas son conocidas: el *digamma eólico* y el *antisigma;* era el primero una f al reves equivalente á la *v*, por ejemplo; Terminajit, ampliajitque dijt Avgvsti. El antisigma hacia veces del griego Ψ esto es *ps* y se escribia ↃC. Pretenden algunos que la tercera letra era el diptongo *ai*, que se halla en la mayor parte de las inscripciones del tiempo de Claudio, com o *Antoni Difai*; pero es lo cierto que antes de él ya se usaba. Otros han inferido inoportunamente de un pasaje de Velio Longo, que esta letra servia solamente para suavizar el sonido demasiado áspero de la *r*. Tambien se ha querido que fuera la *x*; pero Isidoro (*De orig.*) prueba que ya se empleaba en tiempo de Augusto. La φ de los griegos, segun observa Quintiliano, tiene un sonido diferente de la *ph* de los latinos, lo cual hizo suponer á algunos que Claudio habia inventado una letra correspondiente á la φ de los griegos. Cuando todavia no era Claudio mas que simple particular, publicó un libro sobre la necesidad de hacer uso de estas letras; ascendido á emperador lo mandó por una ley. Pero apenas murió cayeron en desuso, aunque figurasen todavia en tiempo de Tácito y de Suetonio, en las láminas de bronce donde se inscribian los decretos del Senado para darles publicidad (SUÉTONIO, cap. 4: TÁCITO, lib. XI, cap. 14).

sus tablillas y su pequeño estilo. ¿Qué partido le quedaba al pobre hombre más que ponerse en manos de los que pudieran dispensarle de querer y de pensar por sí mismo? Así lo ejecutó, y por debil cometió tantos crímenes como por atroz Tiberio y por frenético Calígula.

Juguete de los demás hasta los cincuenta años, lo fué en mayor grado después de encumbrarse al imperio, con la única diferencia de que antes no caian las burlas más que sobre él solo, y de que ahora se servian de su sello, de su firma, para tener poderio, oro y cabezas. El señor del mundo tenia por soberanos á Palas, Narciso, Felix, Polibio, Harpócrates, Posideo, bailarines, gente vil y además á Mesalina Valeria su esposa. A ellos se dirigian los particulares, las ciudades, los reyes, todo el que solicitaba audiencia, habiendo ordenado Claudio que les obedecieran como á él mismo. Si le acontecia á veces obrar por su propio impulso, echaban abajo lo que habia hecho. Fingian sueños para obligarle á condenar á muerte á quien les acomodaba. Cambiaban, alteraban ó suprimian los nombres puestos en sus disposiciones, divirtiéndose en hacerle obrar en sentido inverso de su texto. Un centurion llega á decirle que ha dado muerte á un senador en cumplimiento de su mandato. *Yo no he ordenado eso*, dice. *¿Qué importa?* replican los libertos; *han cumplido con su deber los soldados no esperando órden para vengar al emperador*. César dice entonces: *Lo hecho, hecho*, y pasa á ocuparse de otra cosa. Un liberto se presenta á suplicarle que permita elegir á Asiático, á quien no habia condenado, su género de muerte. A veces envia en busca de convidados, que le parece tardan mucho, y se le contesta que se les ha dado muerte de madrugada. Cierto dia iba, segun su costumbre, al campo de Marte, y ve que preparan una hoguera para quemar á un ciudadano, á quien tampoco ha condenado; pero esta vez ejerce su autoridad mandando apartar el monton de leña para que las llamas no echen á perder el ramaje de unos árboles.

Siempre los delitos de lesa majestad eran la acusacion ordinaria, y todo el que rehusaba derramar oro en las manos de Palas, ó secundar el libertinaje de Mesalina, era denunciado como conspirador y condenado al punto á muerte. De este modo perecieron treinta y cinco senadores y más de trescientos caballeros. Vino á ser el oficio de denunciador de los más lucrativos, y los abogados acusaban ó defendian en proporcion de lo que les valia más ganancia. Un ciudadano paga á Suilio 400,000 sextercios (79,500 pesetas) para que le gane una causa, y viendo que le vende, se dirije á la morada del infame, donde se suicida. Algunas personas rígidas querian que los abogados fueran, como antes, gente honrada, que no se aprovechasen de las discordias como los médicos de las epidemias; pero se dirigieron al emperador y le preguntaron de qué vivirian en ese caso los senadores poco acomodados. En su consecuencia se limitó á fijar en 2,000 pesetas á lo sumo sus honorarios.

Eran los juicios uno de los recreos de Claudio; nunca dejaba de tomar asiento en ellos, y pronunciaba sentencias muy sensatas unas veces, y absurdísimas otras; á menudo las formulaba citando versos de Homero, que formaba su delicia. Generalmente daba la razon á los que se hallaban presentes y al último que hablaba. En un negocio de falsedad dijo uno de los asistentes que el acusado merecia la muerte, y el emperador envió inmediatamente en busca del verdugo. En otro asunto en que una mujer rehusaba reconocer á su hijo, la obligó el emperador á reconocer su maternidad ó á casarse con el mancebo, advirtiendo que habia razones en pro y en contra de la supuesta ó verdadera madre. Con mucha frecuencia se dormia al son de los alegatos, y decia al despertarse. *Al que tuviere más razon doy por ganada la causa.*

Allí tambien se reian á su costa; ora se le recordaba que se habia levantado la audiencia, ora la prolongaban sujetándole por el manto. Un litigante le deja solicitar por largo tiempo un testigo antes de decirle que ha muerto. Ya le denuncian como pobre á un ciudadano inmensamente rico, ya como célibe á un padre de familia cargado de hijos, ó bien por haberse herido, queriéndose suicidar, á un hombre que ni siquiera tenia un arañazo.

Esta mania de juzgar, unida á la de ostentar erudicion, le inclina á declarar en vigor las antiguas leyes, los ritos oficiales, los decretos sobre el celibato. Para dar muestras de ciencia anuncia en pleno Senado el dia y la hora de un eclipse. Como ha leido que los primeros romanos fueron una mezcla de todas las naciones, quiere que los galos sean admitidos en el Senado.

Tambien anhela que se restablezca la censura, caida en desuso desde el renado de Augusto, cual si fuera posible escudriñar la vida privada de seiscientos senadores, de diez mil caballeros por lo menos, y de siete millones de ciudadanos. Luego prodiga los decretos hasta el punto de hacer veinte en un dia, y esto sobre los objetos más minuciosos. Hay uno para que estén bien untados de pez los toneles: otro para que cuando muerda una víbora se emplee una planta denominada verbasco. Lee en el senado un edicto encaminado á poner freno á la disolucion de las mujeres que se entregan á esclavos, y un aplauso unánime acoge semejante medida. Entonces el sencillo César dice: *Me la ha sugerido Palas*, Palas su liberto y su dueño. De consiguiente á Palas decreta su admiracion el Senado con acciones de gracias y 15.000,000 de sextercios. Pero éste rehusando la suma votada se contenta con su pobreza, y el Senado publica un edicto á fin de inmortalizar el desinterés de un liberto que posee 300.000,000 de sextercios (59,000,000 de pesetas). Por su parte Narciso habia acumulado más riquezas que Creso y los reyes de Persia: por eso dijeron á Claudio un dia que se lamentaba de tener poco dinero: *Entra á la mitad con tus libertos, y tendrás mucho.*

Otra de sus pasiones fué el juego, y la llevaba

hasta el punto de poseer mesas para jugar viajando sin que se desarreglaran las piezas. Como buen romano, le gustaba tambien la sangre: necesitaba suplicios semejantes á los que habia leido en la historia; pasaba dias enteros viendo luchas de gladiadores, y si se carecia de ellos, obligaba al primero que le venia á cuento, á pelear en el circo.

Si en medio de los alegatos ó de las representaciones escénicas ó de las arengas oficiales, hiere su olfato el vapor de las viandas que cuecen los sacerdotes, nada le contiene, corre y devora. Se hace servir enormes platos en inmensos salones, donde reune hasta seiscientos convidados; se atasca de alimentos, se esfuerza por vomitar lo que ha comido, y vuelve á comer de nuevo. Se propone hacer un decreto para que la salud no peligre (6) observándose la buena crianza.

Debiéronsele á pesar de todo notables construcciones: mandó hacer el puerto que se halla en frente de Ostia con un faro semejante al de Alejandria, y terminar el acueducto comenzado por Calígula, que se elevaba á través de mil obstáculos hasta el nivel de las colinas y derramaba en Roma abundantísimas aguas. Esta obra, una de las más útiles y maravillosas que ejecutaran los emperadores, costó 55.000,000 millones de sextercios (10.813.376 pesetas) y fueron empleadas en su conservacion cuatrocientas sesenta personas. Estableció colonias en la Capadocia, en la Fenicia y junto al Éufrates: recibió embajadores de la Taprobana. Abrió en Africa un camino más ancho entre la provincia y la Mauritania, y mandó construir otro para facilitar las comunicaciones con Inglaterra. Entonces hubo quienes empezaron á llevar desde el continente á esta isla, vinos, aceites, marfil, perfumes, mármoles, manufacturas, y de allí se sacaron maderas, perlas, piedras finas, trigo, pieles, bueyes, metales y con especialidad estaño. Después de haber trabajado treinta mil obreros durante once años para hacer que el lago Fucino desaguara en el Liris, quiso Claudio inaugurar esta operacion con un combate naval de diez y nueve mil sentenciados. Al pasar por delante de él esclaman estos infelices, segun costumbre: *César, los que van á morir te saludan;* y el emperador les contesta urbanamente: *Pasadlo bien.* Persuadidos al oir estas palabras que el príncipe les indulta, no quieren empeñarse en el combate; pero este grita, gesticula, se agita, amenaza; y se conduce de tal modo, que les decide á matarse recíprocamente.

(6) *Meditatus est edictum, quo veniam daret flatum crepitumque ventris in cœna emittendi, cum periclitatum quemdam præ pudore ex continentia reperisset.* SUETONIO. Aquellos que opinan que Pretonio alude á Claudio en el *Trimalcion*, pueden alegar como prueba este decreto que se halla en boca de aquel mal aconsejado ricacho: *Si quis vestrum voluerit, sua re sua causa facere, non est quod illum pudeat; nemo vestrum solide natus est. Ego nullum puto tam magnum tormentum esse quam continere: hoc solum vetare ne Jovis potest.*

Mesalina.—Abandonándose entretanto Mesalina á la prostitucion más descarada sin saciarse nunca (7), se entregaba en los lupanares á innobles escesos. Hasta le acontece ordenar á sus amantes, por decreto del emperador, que le den gusto. Va á buscar con gran séquito las impúdicas caricias de un tal Publio Silio; y sonriendo su imaginacion desbordada con la idea de lograr un segundo marido, celebra con este jóven solemnes nupcias; allí lo hay todo, testigos, dote, auspicios, sacrificios, y el tálamo nupcial está preparado á la vista del público. Ha firmado el mismo Claudio el contrato de matrimonio con el pensamiento de que es un talisman destinado á desvanecer ciertos sortilegios de los caldeos. Pero cuando le instruyen de la verdad sus libertos y cortesanas, cae en abatimiento y pregunta si es todavia emperador ó le ha sucedido el jóven Silio. Después se encoleriza y se deja persuadir, á fin de conjurar el peligro, cuando se le presentan como inminente, para ceder por un dia el mando á Narciso. Este le conduce á Roma, donde los soldados piden venganza, no porque se cuiden de la honra del emperador, sino por sacar de allí provecho. Entonces se multiplican los suplicios, y hasta Mesalina es condenada á muerte (48). Luego que supo Claudio que ya no vivia, ni aun siquiera se informó de como habia muerto; y algunos dias después y en el momento de sentarse á la mesa, preguntaba: *¿Cómo no viene Mesalina?*

A la sazon resolvió casarse con su sobrina Agripina, viuda de Domicio Enobarbo, y como á los ojos de la ley era incestuoso aquel enlace, no solo declararon el Senado y el pueblo que era lícito al emperador, sino que se lo impusieron por mandato. Agripina, hermana y amante de Calígula é hija de Germánico, y por esto querida del pueblo, juntaba á las costumbres impúdicas y á la crueldad de Mesalina una voluntad de hierro: así se la vió mostrarse emperatriz muy en breve. Tomaba asiento al lado de César en las públicas ceremonias, recibia en su compañia á los reyes y á los embajadores, y administraba justicia. Fueron para ella nuevos motivos de suplicios, los encantamientos, los oráculos, los sortilegios, los celos.

Su principal objeto consistia en hacer que sustituyera su propio hijo Lucio Domicio Neron, que habia tenido con Enobarbo, á Británico, hijo de Claudio y Mesalina: de consiguiente comenzó por desterrar á los amigos y parciales de este mancebo, dándole espias por maestros y camaradas: luego hizo cuanto pudo por rebajarle, haciendo brillar á Neron á sus espensas. Por último aprovechó un momento de debilidad para inducir á Claudio á nombrar á éste sucesor suyo. Temiendo posteriormente que mudase de consejo le sirvió setas enve-

(7) *Ostenditque tuum, generose Britannice, ventrem,*
Et defessa viris, nondum satiata, recessit.
JUVENAL

nenadas y el médico remató la obra (8). De este modo le envió á los dioses, entre cuyo número le adoró Roma.

(8) En Roma se publicó este epígrafe: TI. CLAVDIO CÆS. AVGVSTO PONTIFICI MAX. TR. P. IX. COS. V. IMP. XVI. P. P. SENATVS POPVLVSQ. R. QVOD ERGES BRITANNIÆ ABSQVE VLLA IACTVRA DOMVERIT GENTESQVE BARBARAS PRIMVS IVDICIO SVBEGERIT.

De las recompensas atribuidas á particulares es testimonio estotro publicado en Turin: C. GAVIO L. F. STEL. SILVANO PRIMIPILARI LEG. VIII AVG. TRIBVNO COH. II. VIGILVM TRIBVNO COH. XIII. VRBAN. TRIBVNO COH. XII. PRÆTOR. DONIS DONATO A DIVO CLAVDIO BELLO BRITTANNICO TORQVIBVS ARMILLIS PHALERIS CORONA AVREA PATRONO COLON. D. D.

CAPÍTULO IV

NERON.

Agripina tuvo oculta la muerte de Claudio hasta el instante designado como propicio por los astrólogos y caldeos. Entonces Neron salió de palacio y se presentó á las cohortes. Algunos solicitaron informes de Británico; pero hallándose detenido este jóven príncipe por su madrastra en las habitaciones de su padre, saludaron á Neron por emperador los pretorianos, le confirmó el Senado este título, y se sometieron á esta decision las provincias. Su madre se habia lisonjeado de reinar despóticamente bajo el nombre de un mozo de diez y siete años: ella respondia á los embajadores, escribia á los reyes y á las provincias. Detrás de una cortina asistia á las deliberaciones del Senado. Narciso, que habia permanecido fiel á Claudio y á Británico, fué muerto por órden suya, como tambien Junio Silano, procónsul de Asia, de quien habia dicho alguno que era más digno que Neron del reinado. Hiciera que fuesen derribadas muchas cabezas, si no la hubieran contenido Afranio Burro, jefe del pretorio, y Lucio Anneo Séneca, maestros de Neron, el primero en lo relativo al arte militar y el segundo de moral y elocuencia. Nadie salió menos airoso que Séneca en la educacion de tal príncipe, puesto que su alumno solo aprendió algunas frases y el arte de disimular sus vicios. Fué el primer emperador que empleó para sus discursos agena pluma, y con el que Séneca compuso en alabanza de Claudio provocó á risa, cuando encomió la habilidad y la prevision del César difunto.

A cada advenimiento al trono el aparato de legalidad que se habia conservado infundia al príncipe miedo de que tentase al pueblo, al Senado y á los tribunos el capricho de ejercer sus derechos, y de arrebatarle un poder siempre nuevo, porque no era hereditario. De consiguiente disimulaban los emperadores hasta que se convencian de que todo se reducia á una vana apariencia, ó se aseguraban de cierto número de parciales, ó se apercibian de que podian atreverse á todo en medio de tanto egoismo. Tambien Neron empezó suavemente su reinado, declarando que queria seguir las huellas del divino Augusto. Hizo liberalidades al pueblo y á los senadores de escasa fortuna. Abolió ó aminoró diferentes impuestos: dejó su antigua jurisdiccion al Senado, á quien ordenó que patrocinara las causas gratuitamente, y dispensó á los cuestores designados de ofrecer luchas de gladiadores. Conmovido por los incesantes clamores contra los arrendatarios de las aduanas, se propuso suprimirlas, y aunque se le detuvo en la ejecucion de aquel pensamiento generoso, introdujo en esta parte de la administracion pública útiles reformas: además respondia á todas las demandas con suma presteza. En la abogacia sustituyó el interrogatorio á los discursos contínuos, fijó el salario de los abogados, impidió la falsificacion de los autos y de los testamentos. Cuando el Senado le decretó estátuas de plata y oro, dijo: *Aguardad á que las haya merecido.* En el momento de firmar una sentencia de muerte esclamó de este modo: *Quisiera no saber escribir;* y los discursos que Séneca le redactaba respiraban clemencia.

Pero este y Burro, deseosos de conservar el poder y de sacar partido de las liberalidades de su alumno, soltaban la rienda á sus pasiones, contentos de que dejara al Senado en libertad de discutir las cuestiones importantes y de enfrenar los escesos de los soldados. Empezó, pues, á rondar de noche, disfrazado de esclavo, por tabernas y lupanares, hurtando en las tiendas y acometiendo á los transeuntes. Su ejemplo no tardó en hallar imitadores, de tal manera que cerrada la noche parecia Roma una ciudad tomada por asalto. Provocaba con palabras á los histriones y á los que lidiaban en los juegos: luego en el momento en que se que-

rellaban ó formaba el pueblo corro entorno de ellos, les tiraba piedras desde arriba. Sus banquetes presentaban una prodigalidad inaudita. Uno de sus huéspedes gastó 4.000,000 de sextercios nada más que en las coronas; y otro todavia mayor cantidad en perfumes. Le salian al encuentro las matronas, y se disputaban la honra de prostituirse al jóven César, dentro de las tiendas que levantaba en Bahia, en Ostia y en el puente Milvio.

Agripina y Británico.—Tan intensamente queria á Neron Agripina, que habiéndole vaticinado los astrólogos que él reinaria, si bien costaria caro á su madre, dió por respuesta: *Que me mate con tal que reine.* En efecto, tardó muy poco en perder el ascendiente sobre su hijo, merced á Séneca especialmente, á quien habia disgustado con decir que la filosofia no era para reyes. Viéndose privada de su influjo aquella mujer ambiciosa, é irritada de que su hijo habia despedido á Palas, dueño de Claudio y amante suyo, deja estallar su cólera y amenaza con favorecer los derechos de Británico. Entonces Neron manda envenenar á aquel mancebo, su rival declarado. Pide á la hechicera Locusta, no un veneno lento y secreto como el que empleó para Claudio, sino pronto, fulminante. «¿Pues qué, esclama, he de tener miedo á la ley Julia contra los envenenadores?» (1) y Británico cae muerto al pié de la mesa imperial (55). Mientras se le lleva á enterrar á toda prisa y un pequeño chubasco que destruye el barniz dado á su rostro descubre al pueblo las lívidas huellas del veneno, los dos sabios de palacio, consternados y llorosos, se enriquecen con las quintas de Británico. En breve se vé tambien Agripina espulsada de palacio y abrumada de acusaciones, que nunca faltan cuando se cae en desgracia del príncipe. Cierta de haber perdido ya, no solo su poderio, sino su seguridad propia, recurre al espediente más infame para recuperarlo todo. Se presenta á su hijo en una orgia bajo el más seductor aspecto y con los modales más lascivos: ya iba á consumarse el incesto, cuando Séneca introdujo á Actea, liberta de Neron, oponiendo una mujer impúdica á la impudicidad más monstruosa.

Esta tentativa abortada descargó sobre ella el último golpe. Rechazada por su hijo se retiró devorada de rabia, mientras Neron meditaba el modo de deshacerse de ella. Después de haber intentado en vano envenenarla tres veces, la convidó á los juegos de Bahia y la hizo entrar á bordo de una nave, cuyo casco estaba dispuesto para abrirse en un instante fijo: pero pudo salvarse á nado. Al fin la acusó de traicion, y para acabar de una vez envióle para darle muerte sicarios á quienes ella dijo: *Herid aquí, en el vientre que ha llevado á Neron* (59). Quiso el parricida ver desnudo el cadáver de su madre alabando sus encantos y censurando sus imperfecciones, después mandó que le sirvieran de beber diciendo que ya se sentia realmente señor del imperio. A tal delito, que inspira desprecio y horror, aplaude el servilismo romano; y cuanto de glorioso encierra Roma y cuanto de virtuoso tiene el Senado se postra á los piés de Neron. Burro manda á cumplimentar consigo al emperador los oficiales del pretorio; las ciudades de la Campania encienden el fuego sacro en los altares y dan gracias á los dioses. No obstante, sobrevino el remordimiento; pero Burro y Séneca se dedicaron á amortiguarlo. Este escribió al Senado una epístola justificatoria: aquel envió tribunos y centuriones á estrechar la mano parricida, y á dar al emperador parabienes por haberle libertado la bondad de los dioses de tan grave peligro. Decretó el Senado acciones de gracias públicas y conmemoraciones anuales y maldijo á Agripina en el solo momento en que merecia compasion. Cuando posteriormente retornó Neron á Roma, de que se habia alejado por miedo á la indignacion pública, salieron á su encuentro en tropel caballeros, tribunos y senadores, recibiéndole como si hubiera alcanzado un triunfo, y á través de palcos alzados en la carrera, fué á dar gracias en el Capitolio. Unicamente Traseas Peto protestó alzándose de su asiento en el Senado y marchando de allí. De seguro tenia Neron derecho para despreciar aquella muchedumbre, y para tratarla sin miramiento alguno.

Educado desde su infancia en tocar instrumentos, en cantar, en dibujar y en hacer versos, no se mostraba menos celoso de la gloria de sobresalir en las artes que en la de mandar al mundo. Jóvenes ejercitados en la versificacion daban la última mano á sus versos y á sus improvisaciones: luego cantores ambulantes iban entonándolas por las calles; y el transeunte que negaba su atencion ó su propina á aquellos saltimbanquis, se hacia sospechoso de alta traicion. Vespasiano, que se entregó durante una lectura de esos versos al sueño, se libertó con sumo trabajo de la muerte. Proponíase Neron escribir una historia de Roma en verso, y sus aduladores le aconsejaban que la hiciera en cuatrocientos libros. Como Anneo Cornuto, estóico, objetara que no la leeria nadie, repuso un cortesano: *Pues tu Crisipo ha escrito el doble.*—*Sí*, replicó Cornuto, *pero su obra es útil á la humanidad.* Semejante franqueza le valió el destierro.

Séneca y Burro mandaron cercar un recinto en el valle del Vaticano, y allí guió Neron un carro en medio de los aplausos de la muchedumbre: luego las liberalidades y los honores que derramó su mano, le sirvieron para decidir á los caballeros de familia ilustre y á la primera nobleza de Roma á rivalizar en destreza en aquel género de ejercicio. Tambien salió á las tablas á recitar versos suyos, y á fin de ser aplaudido decorosamente cuando debia cantar ante el pueblo, creó un cuerpo de cinco mil caballeros, flor y nata de la juventud de Roma (*Augustani*): se les proporcionaron maestros para moderar el batir de palmas y el estallar de voces, para producir un ruido semejante unas

(1) SUETONIO, en *Neron.*

veces al zumbido de las abejas, otras á una copiosa lluvia y otras al sonido de las castañuelas: Burro debia apoyar sus aplausos con una cohorte de pretorianos. Posteriormente creó un *fonasco* ó maestro de canto, encargado de velar por su voz celeste, de advertirle cuando no la usaba con bastante esmero, y hasta de cerrarle la boca, cuando en el arrebato de la pasion se olvidaba de sus amonestaciones. Vióle Nápoles salir al teatro, ajustando su voz y su gesto á los principios del arte. Pensaba en ir á recoger aplausos á Grecia, pero interin hizo que le inscribieran en Roma entre el número de los tocadores de instrumentos, y cuando se sacó su nombre por suerte, cantó á la cítara, que sostenian delante de él los prefectos del pretorio. Otras veces figuró en juegos escénicos dados por particulares, necesitándose solo que la máscara del héroe á quien representaba, se le asemejase, y que la de la heroina se pareciera al retrato de su querida. Presentóse á la vista de Tirídates, rey de Armenia, guiando un carro con el traje de Apolo, en medio de los gritos de admiracion del pueblo, mientras que el asombrado Arsácida se indignaba, adorándole como á Mitra, de los gustos frívolos y de la estravagante vanidad del soberano del mundo. Envanecido con sus triunfos, trasladó á Roma los juegos de la Grecia y convidó á sus solemnidades quinquenales á los más célebres artistas del imperio.

No se busque ya la antigua Roma en el templo, en el foro ni en el Senado: seiscientos caballeros, cuatrocientos senadores y damas de alta alcurnia se ejercitan y adiestran para los espectáculos del circo; otros se hacen cantantes, flautistas ó bufones. El vencido mundo va á contemplar allí á los descendientes de sus vencedores ¡y como rien á los juegos de palabras de un Fabio ó á los sonores bofetones que se dan los Mamercos! (2) El virtuoso Traseas representa su papel en los espectáculos juveniles; la nobilísima Elia Cátula baila á los ochenta años en el teatro; un renombradísimo caballero romano cabalga en un elefante (3); los mímicos, objeto hasta entonces de los rigores oficiales y de la admiracion privada, espulsados á veces de Italia y siempre humillados, se vengan del desprecio de la antigua Roma, tendiéndole la mano para que salga al palco escénico; el cómico Páris, amigo de Neron, que luego le dará muerte por celos de artista, gana el privilegio de ciudadano haciendo que el emperador le dé por camaradas á todos los patricios (4).

Incendio de Roma.—Desagradaba al coronado artista aquella Roma irregular con estrechas y tortuosas calles y sus viejos edificios: aspiraba á la heróica gloria de fundar una nueva y de darle su nombre, por lo cual la mandó prender fuego. Empezó en las tiendas de los alrededores del circo hácia los montes Celio y Palatino, y en vez de emplearse los guardias en apagarlo, rechazaban todo socorro. Atizábanlo diversas gentes, y se vió correr de un lado á otro á esclavos provistos de teas. A pesar de todo se cortó el incendio; pero volvió á notarse á los seis dias en una de las casas de Tigelino. Neron, que llega de Ancio á toda prisa, sale al teatro, y en presencia del incendio y de la desolacion general toca en la cítara la destruccion de Troya. Por aquel capricho de artista perecieron los monumentos de la antigua religion, que se habian libertado hasta del incendio de los galos, y gran número de obras maestras, fruto de la conquista.

Palacio de oro.—Muchos ciudadanos perdieron la existencia, pero Neron abrió á los demás el campo de Marte, los monumentos de Agripina, sus jardines; mandó construir albergues, distribuir muebles y utensilios, vender trigo á ínfimo precio: después erigió sobre las ruinas el Palacio de Oro, maravilla de una magnificencia apenas creible. Tan espacioso era el vestíbulo, que podia contener la estátua colosal de Neron, de cuarenta metros de altura; y formaba allí un pórtico de una milla de longitud una triple hilera de columnas. Encerraba el jardin campos, viñas, dehesas y un estanque rodeado de edificios. Ostentaban los aposentos con profusion oro, nácar y pedreria. De hojas de marfil movibles era la techumbre de los comedores, y de ellas caian flores y perfumes sobre los convidados. El principal comedor tenia figura esférica y giraba noche y dia á semejanza del movimiento del mundo. Alimentaban los baños las aguas del mar y del Albula. Cuando Neron entró en aquella espléndida morada, dijo: *Al fin ya me encuentro alojado como un hombre.* Cuenta Plinio que este palacio comprendia todo el circuito de la ciudad antigua; y describiendo Marcial su estension inmensa, dice que toda la ciudad estaba contenida dentro de una casa (5). Segun un plano regular fueron dispuestas las casas reedificadas entorno, ensancháronse y se alinearon las calles, se distribuyeron mejor las aguas, y se hicieron los pórticos de mayor altura; pero la indignacion pública no cesaba de pedir cuenta al emperador de las casas paternales, de los bienes perdidos y de los ciudadanos que habian sido víctimas del desastre.

Empleó en los trabajos los prisioneros diseminados por todo el imperio, y durante largo tiempo esta fué la única pena que se impuso á los sentenciados. Todos los ciudadanos hubieron de contribuir á aquel dispendio. El Senado aprontó 10.000,000

---

(2) *Qui sedet.....*
Planipedes audit Fabios, ridere potest qui
Mamercorum alapas.
JUVENAL, VI, 189.

(3) *Notissimus eques romanus elephanto insedit.*
SUETONIO, 12.

(4) TACITO, *Ann.*, XVI, 14, 15, 20; XV, 32; SUETONIO, *in Nerone*, 11, 12; SENECA, *Ep.* 100.

(5) PLINIO, XXIII, 3; MARCIAL, *De spect*, 2.

de sextercios al año (1.838,100 pesetas) y en proporcion los caballeros y los comerciantes. Neron esperaba encontrar allende los mares los tesoros escondidos por Dido cuando se fugó de Tiro; pero después de prolongadas escavaciones, el impostor que le habia sugerido esta idea, se dió muerte. Suministrábanle además recursos las depredaciones y los asesinatos. A cada magistrado que nombraba, decia: *Sabes lo que me hace falta; procedamos de modo que nadie posea nada que pueda considerar como suyo.* Aceleró la muerte de su tia Domicia para apoderarse de sus ricos dominios. Vatinio, miserable zapatero que después de haberse enriquecido inmensamente con las delaciones, habia alcanzado ser admitido en la córte, escitaba el odio de Neron contra los patricios, diciendo: *Te abomino porque eres senador.* Por leves sospechas Neron cortó el hilo de la vida á multitud de personas é indultó á otras porque Séneca le dijo: *Por mucho que mateis nunca dareis muerte á vuestro sucesor.* Traseas Peto se opuso á otros asesinatos, persuadiendo al Senado con su integridad á que se negara viles condenas.

Tigelino.—Muerto Burro (62), ora fuese de pesadumbre al verse deshonrado por su bajeza, ora envenenado por el emperador, á quien desagradaba la tardia franqueza de aquel, le sustituyeron Fenio Rufo y el infame Tigelino. Este cuidaba de que por falta de confiscaciones no se echaran de menos tesoros para las fiestas obscenas que preparaba. Para una de aquellas orgias mandó equipar un buque resplandeciente de marfil y de oro, que se vió vogar por el lago de Agripa remolcado por embarcaciones de esplendidez semejante, llevando por remeros gallardos mancebos, clasificados segun su grado de infamia. Allí se habian reunido los objetos más raros suministrados por el mundo: en la ribera se habian alzado pabellones; y se prostituian en tropel las damas romanas á presencia de cortesanas desnudas.

Octavia.—Tigelino, que sabia hacerse agradable á los ojos de su señor multiplicando los asesinatos, acusó de adulterio á la mujer de Neron, llamada Octavia. Y aunque deponian de su inocencia innumerables testimonios, fué condenada á destierro; mas como murmurase el pueblo acerca del modo con que se trataba á una hija de los Césares, volvió Neron á llamarla, si bien á poco le imputó un delito de Estado, y habiéndola relegado á la isla Pandataria, mandó que fuera degollada, á los veinte años. Rindió el Senado gracias á los dioses como en la época del asesinato de Palas, Doriforo y otros libertos, y triunfó Popea. Esta supo cautivar al emperador con sus hechizos: era tan hermosa como hábil en el arte de agradar; quinientas burras le suministraban á todas horas suficiente leche para sus baños; y cediendo, no á las inclinaciones de su pecho, sino á los impulsos de su ambicion, solia cambiar de amantes y de esposos.

Guerras.—Ni las guerras que estallaron en Oriente y en Occidente influyeron de modo que Neron se desprendiera de sus brazos é infames placeres. Terminada la mania ó necesidad de conquistas, debieron las armas ejercitarse en asegurar el órden. Bajo Tiberio ofreció la Germania larga materia de combates: y las discordias que se introdujeron entre sus príncipes, sirvieron mejor á Roma que las espadas. Herminio fué muerto; y Marobodo, que habia infundido más terror que Pirro, y era odiado por los suyos á causa de llamarse rey, imploró la proteccion de Tiberio y vivió diez y ocho años en Rávena en destierro indecoroso. Tambien las intrigas restablecieron la paz en la Tracia, cuyo rey llamado á Roma para justificarse, fué desterrado y luego muerto.

Los númidas y otros pueblos del desierto africano, sublevados por Tacfarinas, fueron dispersos por Furio Camilo. Repuesto aquel, batió á los romanos, pero lo venció Bleso, que fué el último general romano á quien se dió el título de emperador.

Tambien el Oriente se hallaba agitado por las disensiones que la política romana habia allí fomentado y que entonces le importaba apaciguar. Recordando Tiberio que mientras estaba en Rodas le habia negado el rey Arquelao de Capadocia los pretendidos homenajes, lo derribó del trono; y llamado á Roma, no se sustrajo á la muerte sino fingiéndose loco. La Capadocia quedó agregada al imperio como provincia (17).

Comagene y Cilicia, Siria y Judea se agitaban en indecisas revueltas. Luego se sublevaron la Galia y la Frisia, tomaron los dacios las armas, y los partos ocuparon la Armenia. Pero el emperador, que al principio se distinguiera en los campos de batalla, no solo se mantuvo á distancia de ellos, sino que en las bochornosas brutalidades de Caprea ninguna vergüenza le dió la vergüenza del imperio.

Claudio habia agregado al reino de Herodes Agripa la Judea y la Samaria (41); repuso á Mitrídates en el trono de Iberia; á otro Mitrídates, descendiente del Grande, concedió el Bósforo Cimeriano, y devolvió á Antíoco la Comagene. La Mauritania fué subyugada y dividida en dos provincias: Cesariana y Tingitana; y los britanos ó sea escasa parte de ellos, fueron desarmados y reducidos á provincia. Roma no destruia las nacionalidades, antes bien, solo por privilegio concedia sus leyes, costumbres y lengua á los vencidos. Dominar cabecillas (*clanes*) y tribus era más fácil que naciones. De modo que las dejó subsistir entre los galos, y no abatia á sus jefes sino que los iba sobornando ó reduciendo á romanos por medio del derecho ó de las costumbres.

Bretaña.—La Bretaña romana habia venido á ser un foco de intrigas y de sediciones para el resto de la isla, y los que conservaban algun vestigio de sentimientos generosos, se retiraban á los montes desde donde caian sobre los romanos. En vida de Claudio habian invadido las tierras romanas (50); pero Ostorio Escápula habia hecho trizas al enemigo, guarneciendo después con fuertes las orillas del Saverna y del Nen, y adelantándose enseguida

hácia el mar de Irlanda fundó una colonia en Camaloduno. No pudiéndose doblegar al yugo Caractaco, jefe de los siluros, nacion de las más belicosas entre los bretones del golfo del Saverna, llamó entorno suyo á todos los amigos de la independencia; pero, víctima de traiciones fué vencido, y se le condujo á Roma con su familia, donde Claudio le restituyó la libertad, otorgándole una existencia honrosa. Como se le preguntase que pensaba de Roma, respondió que le sorprendia verla posesora de tan suntuosos palacios y envidiar las pobres chozas de Bretaña.

Castimandua, reina de los britanos, que habia vendido á Caractaco, se enagenó la voluntad de los pueblos con su indolencia: armáronse para vengarse de ella y de los romanos; á este levantamiento siguieron diez años de combates (51-61); y hubo necesidad de aplicar á la Bretaña como á la Galia, la ley que abolia los druidas. Sus sectarios tenian por principal establecimiento la isla de Mona (*Anglesey*), que encerraba el gran colegio sacerdotal. Pero Suetonio Paulino llegó á atacarles en aquel punto, los aniquiló, y construyó fuertes dejando en ellos guarniciones. Entretanto habia anulado un intendente los dones otorgados por Claudio á la provincia, y como le reclamara Séneca de improviso la restitucion de 40.000,000 de sextercios que le habia prestado con un interés enorme, se manifestaron disturbios en la Bretaña. Posteriormente el maltratamiento odioso de que fué blanco la viuda de Prasutago, rey de los icenios, hizo que estallara abiertamente la rebeldia. Con la esperanza de que Neron fuera propicio á sus dos hijas habia repartido su herencia el rey breton entre él y ellas, pero el emperador envió á que recogieran su parte centuriones y esclavos, que no solo saquearon el palacio, sino que dieron de golpes á Baodicea, viuda del príncipe difunto, violaron á sus hijas, despojaron á los principales moradores y pretendieron que debia abandonarse á Neron todo el reino. Indignado el pueblo, y obediente por otra parte á las instigaciones de los druidas y de las sacerdotisas, taló la colonia de Camaloduno, destruyó el templo de Claudio, quitó la vida á cuantos le opusieron resistencia y á todas los que pudo alcanzar su acero. Viéndose Suetonio Paulino en la imposibilidad de defender á Londinio (*Lóndres*), ciudad de activo comercio, reunió á sus tropas todos los hombres útiles que contenia, y abandonó mujeres, ancianos y niños. Todos fueron pasados á cuchillo en medio de la ciudad arruinada por los furiosos bretones, con todos los ultrages que puede sugerir una venganza que se ceba en la sangre de setenta mil víctimas.

Si los bretones hubieran proseguido aniquilando de este modo y reduciendo al hambre á los romanos, infaliblemente los hubieran espulsado de la isla: pero fiados en su triunfo aceptaron una batalla. Baodicea, reina, sacerdotisa y caudillo, recorrió las filas montada en su carro: tenia elevada estatura, ademan tremendo, torva mirada; medio la cubria su espesa cabellera; sostenia su brazo una pica y un ancho escudo, y por todas partes escitaba el entusiasmo. Mas no habia suficiente con mujer semejante: tuvo lo mejor de la pelea la disciplina, y los romanos, cuya pérdida apenas ascendió á cuatrocientos hombres, dieron muerte á ochenta mil bretones. Envenenóse la reina para no sobrevivir á su derrota.

Entonces los vencedores persiguen á sangre y fuego á las rebeldes tribus, que reducidas al último apuro, lidian aun por la independencia hasta que caen en un total abatimiento. A esto daban el nombre de paz los romanos; y para acostumbrar á la sumision á los indígenas, se erigieron en su pais, por consejo de Agrícola, plazas públicas y palacios, se instruyó á los niños, «y se dió el nombre de civilizacion á lo que constituye la servidumbre.»

Germania.—Fieles los romanos á su política en Germania habian continuado atizando la discordia en los paises circunvecinos. Los queruscos, en otro tiempo prepotentes, y debilitados por las disensiones civiles en la época del grande Herminio, se vieron reducidos á pedir un rey al emperador Claudio (47). Lo fué Italo, nieto de Herminio, que habia recibido educacion romana. Así, no lo pudieron tolerar largo tiempo, y le costó mucho trabajo someterlos con auxilio de los romanos, fermentando sus rivalidades fratricidas. Habia sido refrenada una sublevacion de los caucios por Domicio Corbulon, quien detenido por Claudio en medio de sus triunfos, dijo: *¡Dichosos los antiguos generales de Roma!* Lucio Pomponio repelió una incursion de los catos (50): después los diferentes jefes romanos se dedicaron á restablecer la calma y á reforzar los puestos militares. Paulino Pompeyo terminó el dique empezado, para contener el Rhin, por Druso sesenta y tres años antes: Lucio Veter concibió el proyecto de reunir el Mosela y el Saona, á fin de poner el Mediterráneo en comunicacion con el Océano, pero por no escitar los celos de Neron, renunció á su designio. Allende el Rhin los frisones, que se habian sublevado en tiempo de Tiberio por consecuencia de la avaricia de sus agentes, y habian derrotado á los romanos, osaron acercarse á este rio, si bien fueron repelidos. Aconteció lo mismo con los ansabarianos, aun apoyandolos los brúcteros, los teucteros y otros pueblos (55-58).

Galia.—Para anudar los sucesos de la Galia en el punto en que los hemos dejado, hay necesidad de remontarse al reinado de Augusto, que la habia encontrado resignada, aunque no tranquila. Después de haber apaciguado las revueltas, amoldó aquel pais á la romana, mandó que se hiciera el encabezamiento del pueblo, al que arrancó las armas, y el de las propiedades. Por órden suya se abrieron escuelas en Augustoduno (*Autun*) para enseñar la lengua, las leyes y las ciencias de los romanos. Marsella se hizo un centro de luces, como tambien Tolosa, Arlés, Vienne, donde las letras griegas y latinas habian hecho que penetrase la civilizacion romana.

Oponíanse los druidas á la fusion de vencedores y vencidos, pues aun cuando hubieran perdido la autoridad política, conservaban mucho ascendiente sobre las costumbres y sobre las doctrinas. No atreviéndose Augusto á atacarlos de frente, se contentó con prohibir su culto á los galos ciudadanos romanos como contrario á las creencias latinas. Quiso que en vez de consumar sacrificios humanos se limitaran á hacer heridas á los sectarios fanáticos de aquellos sacerdotes. Enseguida presentó como rival de su culto al politeismo galo, amalgamado con el de Roma, dedicó un templo á Kirk, personificacion del viento, que sopla á ráfagas en la Narbonense, y reguló el ceremonial de aquel culto: posteriormente permitó que le eligieran altares como á genio y luego como á dios. Admitida fué la religion oficial por la alta clase, porque grangeaba el favor del soberano sin violentar las conciencias: alzáronse, pues, templos mistos á Marte-Camulo, á Diana-Arduina, á Bellen-Apolo, á Mercurio-Teutates, á Belisana-Minerva, y los simulacros de aquellos dioses mistos ofrecieron un aspecto monstruoso. Mas por otra parte, el vulgo se adheria más íntimamente al druidismo, que sustentaba el espíritu de nacionalidad y el odio al extranjero; y vigorizó el fanatismo una religion espirante.

Mucho tuvo que padecer la Galia bajo Tiberio. Indujéronla á que se sublevaran el eduo Julio Sacrovir y Julio Floro, del pais de los treviros; pero habiendo zozobrado este hácia el Norte (21), se dió muerte. En el centro Sacrovir (6) distribuyó armas á los jóvenes, á quienes alistó como soldados y como rehenes, y sostuvo con éxito la lucha; pero habiendo concluido por ser deshechas sus indisciplinadas tropas, se arrojó á las llamas con el resto de sus compañeros.

Creyéndose bastante fuerte Claudio para dar el último golpe al druidismo, proscribió á los sacerdotes de éste que se refugiaron á Bretaña, y pronunció pena de muerte contra todo el que llevara sus símbolos ó sus amuletos. En cambio hizo aquellas provincias iguales á Italia, permitiendo á los galos ingresar en el Senado y llegar á los empleos, con grande escándalo de la antigua aristocracia.

Galia dió hombres ilustres á Italia, como Terencio Varron Atacino de Narbona, que en tiempo de César compuso un poema épico sobre la lucha de los secuanos con los eduos, y sobre la guerra de Ariovisto; Cornelio Galo, Trogo Pompeyo y Petronio. Dirigiánse los galos á Roma para gastar allí su dinero, y se entregaban á manejos por ascender en el ejército ó en los demás cargos. Entre su número Vosieno de Narbona y Domicio Afer de Nemausis (*Nimes*), merecen por diversos conceptos ser mencionados en la historia. Juntando el primero el valor civil á un vasto talento, osó desaprobar la conducta de Tiberio, y murió confinado en las islas Baleares: distinguióse el otro al frente de aquellos oradores vendidos que relevaban de la ignominia á los tiranos escusando sus delitos: delator en tiempo de Tiberio, Calígula y Neron, acabó sosegadamente sus dias.

Partos.—Nacido de la sublevacion el imperio de los partos conservó el sello de su orígen en todos tiempos: Artaban III su rey, libre ya del miedo que Germánico le infundia, oprimió á sus súbditos, é insultando la vejez de Tiberio invadió la Armenia, á la cual, y en calidad de sucesor de Ciro y de Alejandro, pretendia tener derechos que sostuvo con victorias (36). Enviaron los partos á solicitar de Tiberio un Arsácidas que oponer al tirano. En su consecuencia Tiberio apoya á Fraates, y después de su muerte á Tirídates, que pudo recibir en Ctesifonte la diadema real de manos del surena: pero en vez de recorrer las provincias y de hacerse en ellas parciales, perdió un tiempo precioso, y algunos de los magnates, cuyo afecto quiso enagenarse, rehabilitaron la causa del monarca fugitivo. Habiendo, pues, recuperado Artaban nuevamente el trono, tornó á desafiar á Tiberio: después el feliz comienzo del reinado de Calígula le indujo á entrar en acomodos: otra vez pasó el Éufrates, y dió su propio hijo en rehenes.

A su muerte (44) hubiera debido tener por sucesor á otro Artaban; pero Gotarses su hermano le degolló, como á su mujer y á sus hijos. Odioso el asesino á los ojos de sus súbditos fué destronado por Vardanes, que, dilatando sus conquistas, ocupó á Seleucia, amenazó la Armenia y se adelantó victorioso hasta el Sindo, que separaba á dayos y arios. Pero envanecido con sus triunfos oprimió á sus súbditos y fué muerto en una caceria. Siguiéronse á esto graves desórdenes, fomentados probablemente por los romanos, y en su consecuencia recuperó Gotarses la corona; pero su libertinaje y su crueldad obligaron á los partos á enviar diputados á Claudio (47), para que les diera un príncipe de la estirpe de Fraates, que á la sazon se hallaba en calidad de rehenes en Roma.

Como fácilmente se puede presumir, tuvo Claudio á orgullo estar en aptitud de dar un rey á un pueblo que no habia podido domeñar Augusto. Entregó á los partos la persona de Meherdates, á quien facilitó tropas; y éste, apoyado por Abgar, rey de los edesos, penetró por caminos difíciles hasta lo sumo, en Armenia, apoderándose á su tránsito de muchas ciudades, y de Nínive y Arbelas entre otras. Pero al llegar delante del enemigo abandonó Abgar á Meherdates, quien, al empeñarse la batalla, fué vencido y prisionero: se le cortaron las orejas, y para hacer befa del imperio romano se le dejó la vida. Habiendo muerto Gotarses al poco tiempo (50), ascendió al trono Vonon, gobernador de la Media, quien lo transfirió después de un corto reinado sin gloria á su hijo Vologeso.

Estas rápidas mudanzas alentaron al ibero Mitrídates á recuperar la Armenia, que le habia arrebatado Calígula; lo cual ejecutó con algunas tropas que

(6) Opinamos que *Sacer vir* no es más que la traduccion de su título de druida.

le dió Claudio y con ayuda de los iberos. El rey Cotis, á cuyo lado se habian reunido muchos desterrados ilustres, hubiera podido resistirse en la pequeña Armenia; pero cediendo á una carta de Claudio, se arrojó á las plantas de Mitrídates, quien le trató con un rigor intempestivo.

Pocos años después Farasmanes, rey de Iberia y hermano de Mitrídates, por miedo á la ambicion de su hijo Radamisto, le sugirió la idea de tomar la Armenia á su tio. Atacado este último de improviso y abandonado por la principal nobleza, se encerró en Garnea, plaza muy fortificada; pero corrompida la guarnicion, que era romana, hizo entrega de su persona. Radamisto acogió respetuosamente á su prisionero, á quien estrechó en sus brazos; dirigiéndose luego juntos á un bosque sagrado se estrechaban ambos príncipes de la mano preparándose á hacer correr sangre de una incision en su dedo pulgar á un mismo tiempo y en señal de alianza, cuando súbito uno de los señores de la comitiva de Radamisto, fingiendo caerse, derriba á Mitrídates, que es preso, encadenado y espuesto á toda clase de ultrajes. Radamisto acabó por ahogarle y enseguida mató á sus hijos (51).

Roma veia con júbilo á aquellos príncipes degollarse mútuamente; y así se limitaba á algunas tibias protestas, á algunos movimientos de tropas, por no irritar al vencedor, que se habia hecho poderoso. Radamisto hizo pesar tan ominoso yugo sobre la Armenia, á la cual redimiera, que la obligó á un levantamiento; y solo con indecibles afanes logró salvarse á caballo, llevando á la grupa á su mujer Zenobia, hija de Mitrídates. Hallábase en cinta, y rendida al cansancio de tan penosa marcha suplicó á Radamisto que le quitara la existencia para arrancarla de la ignominia; la atravesó él con su espada, la arrojó al Araxes, y se retiró cerca de Farasmanes su padre.

Zenobia no habia muerto: salváronla unos pastores y la condujeron á Artaxates, donde fué tratada como reina por Tirídates, que tras una prolongada lucha con Radamisto, ocupó el trono de Armenia bajo el patrocinio de los romanos. Vologeso rey de los partos y hermano de Tirídates, invadió el reino por considerar aquella proteccion dura y bochornosa (52); pero habiendo ordenado Neron, ó más bien sus ministros, á las legiones de Oriente aproximarse á la Armenia, y á los reyes aliados blandir sus armas en las fronteras de los partos, Vologeso se vió obligado á evacuar aquel territorio.

Previendo que el incendio, solamente amortiguado, tardaria poco en reanimarse, fué designado Corbulon para mandar en aquellos confines. Dotado de valor, de esperiencia y de aquellas ventajas esteriores tan útiles á un general, empezó por hacer menos amenazador á Vologeso; restableciendo después en el ejército la antigua disciplina emprendió la guerra, se enseñoreó de Artaxata, capital de la Armenia, y la incendió á causa de no serle posible atender á su defensa. Enseguida marchó sobre Tigranocerta, y habiéndose refugiado los habitantes de los alrededores dentro de grutas con lo más precioso de su pertenencia, Corbulon mandó prender fuego á las bocas de aquellos asilos para que sofocara el humo á los refugiados.

Dueño de toda la Armenia se la confirió á Tigranes (60), descendiente de los antiguos reyes-sacerdotes de la Capadocia; pero al estallar la discordia entre Corbulon y Cesenio Peto, enviado para mandar la mitad del ejército, Vologeso ganó en la contienda, derrotó á Peto y siguió triunfando hasta que recuperó Corbulon su autoridad antigua. Entonces le destruyó el general romano, y dictó las condiciones de la paz, intimando á Tirídates que se pusiera en camino para recibir la diadema de manos de Neron dentro de Roma.

Tirídates en Roma.—Este príncipe llegó á Nápoles con su familia, tres mil caballeros y cierto número de magos, y desde allí se dirigió con Neron á la sede del imperio (64). Hízole el emperador un magnífico recibimiento, y vestido de triunfador ciñó la corona á sus cienes. Le indemnizó de los gastos del viaje, disipó en su obsequio 800,000 sextercios diarios, y le proporcionó obreros y arquitectos para construir la ciudad de Artaxata.

Conjura de Pison.—Si estas victorias, á que Neron no habia contribuido en nada, deslumbraban por un instante al pueblo, no disminuian en un ápice el odio que inspiraba el tirano (65). Calpurnio Pison tramó una conjura para asesinarle en el Palacio de Oro; pero fué descubierta y declararon á sus cómplices los primeros á quienes se puso presos. A la sazon hubo en Roma horrible matanza. Derramáronse por las campiñas los germanos que asalariaba el emperador para su custodia, en busca de las personas acusadas de complicidad, y de las que habian merecido el odio de Tigelino y de Popea. Contábase entre los primeros el poeta Lucano, que se habia enagenado el afecto de Neron, amigo suyo antes, porque se habia dormido durante la lectura de sus versos: se mandó abrir las venas y espiró á los veinte y siete años, recitando un fragmento de su *Farsalia*. Séneca fué del número de las víctimas: despojado de toda autoridad por las intrigas de los nuevos favoritos, no supo sacudir la pesada cadena de la corte, aun después de haberla visto mancillada con tantas vilezas, y acabó con valor una existencia harto desacorde con sus doctrinas.

Una liberta, Epicaris, guardó en medio de la tortura un intrépido silencio hasta que logró estrangularse. Escevino Flavio, tribuno, respondió al emperador, cuando le preguntaba porqué habia faltado á su juramento: «Ningun soldado te ha sido más leal que yo mientras lo mereciste; pero te profeso odio desde el dia en que te he visto asesino de tu madre y de tu esposa, cochero, histrion, incendiario.» Respuesta que fué más sensible para Neron que toda la conjura. A igual pregunta respondió Sulpicio Asper de este modo: «Porque no conocia otro remedio á tus delitos.» El cónsul Julio

Vestino, á quien Neron aborrecia, aunque nadie le habia acusado, se hallaba sentado á la mesa con muchos amigos, después de terminar las funciones de su empleo, cuando llegaron á decirle que preguntaba por él un tribuno: sale, é inmediatamente le encierran en un aposento: le abren las venas sin que lance un gemido, y sus convidados no pueden retirarse sino á hora muy avanzada de la noche. Fenio Rufo, otro de los conjurados, se puso á perseguir á sus cómplices en persona; pero denunciado por uno de ellos, juntó la cobardia á la infamia. Es ocioso hablar de otras muchas víctimas, cuya condena envolvió frecuentemente la de sus deudos, sus hijos, sus preceptores y hasta sus esclavos. Entretanto resonaban en los templos himnos de accion de gracias, y los más íntimamente ligados con vínculos de parentesco á los reos, se apresuraban á adornar de flores sus casas y á besar la mano de Neron, que no se mostró menos pródigo en recompensas que en suplicios.

Después fué muerta Popea por aquel mónstruo, quien le dió un puntapié hallándose en cinta. Arrepintióse, no obstante; hizo que la embalsamaran, y proclamándola diosa quiso que se quemaran en su loor tantos perfumes como pudiera suministrar Arabia en el discurso de un año; pero otros nuevos delitos le obligaron á olvidar este.

Traseas.—Habia quedado el senador Traseas Peto como viva censura contra tan odiosas perversidades, y habia sabido guardar un silencio desaprobatorio en medio del general concierto de alabanzas. Habia salido de la curia cuando deliberó el Senado para disculpar el asesinato de Agripina. No asistió á los funerales de Popea, ni aplaudió las bufonadas imperiales: su oposicion era, en suma, la que todo hombre honrado puede hacer bajo un mal gobierno. Venerábanle el pueblo y las provincias. Cuando se vió acusado, exhortó á Arria, su esposa, á vivir para su hija, y habiéndose mandado abrir las venas, hizo llamar al cuestor que le habia llevado la sentencia para que le viera exhalar el ultimo aliento: *Porque estamos en un siglo*, decia, *en que importa fortificarnos con grandes ejemplos*.

Parecia como si la naturaleza se hubiera complacido en añadir sus plagas á horrores tantos: Huracanes desolaron la Campania; Lion, la ciudad más importante de la Galia, fué presa de un incendio; hizo perecer la peste á treinta mil personas dentro de Roma. Diversos prodigios llenaron á Neron de susto, y especialmente la aparicion de un cometa. Como oyese decir que en semejante caso era menester ahuyentar el siniestro influjo con alguna matanza, se proponia degollar á todos los senadores y conferir las provincias y el mando de los ejércitos á caballeros y á libertos. Suspendió el golpe meditado para saborear como artista nuevos triunfos; y arrullado por estos dulces ensueños, y con el fin de hacer alarde de talento entre los más sobresalientes tocadores de cítara, se encaminó á Grecia (66).

Neron en Grecia.—¡Regocíjese la Grecia, que va á visitarla su príncipe! No solamente lleva el habitual acompañamiento de mil carruajes, búfalos con herraduras de plata, palafreneros magníficamente vestidos, correos y caballeros africanos con ricos brazaletes y con los caballos enjaezados, sino un ejército entero capaz de vencer á todo el Oriente; soldados dignos de tal general, que llevan por armas la lira, la máscara de comediante y los zancos del saltibamqui. Saluda Neron con un himno las riberas de la Grecia; el dueño del mundo les concede todo un año de placer y de fiestas incesantes, y se acumulan en doce meses los juegos olímpicos, ístmicos y todos los demás que no se celebraban sino á largos intérvalos. Neron puede cambiar el órden prefijado por Hércules y Teseo, puede acelerar los períodos y fijar las estaciones. Representa Neron en los teatros, disputa el premio de las carreras, tiembla ante la vara de los eleáticos, cuyas decisiones espera de rodillas, y por celos hace arrojar á las cloacas estátuas de atletas antiguos. ¡Ay del que se ve condenado á ser su competidor! Aunque prudentemente se deje vencer, se encuentra espuesto á todas las tramas de un émulo inquieto; Neron le mira atentamente; trata de aventajarlo, le calumnia en secreto y lo injuria en público. Poseido un cantor de su gloria, sobresale hasta el punto de cantar mejor que Neron, y el pueblo artista de Grecia escucha extasiado (7), cuando de pronto, por órden del príncipe, lo agarran los actores que representan con ese desgraciado, lo atan á una columna y le degüellan. Neron tomó parte en todos los juegos, escepto en Esparta, de donde parecia rechazarle el recuerdo de Licurgo, y en Atenas, donde se alzaba el templo de las Furias vengadoras del parricidio. Descontento de las respuestas de la Pitia, hizo robar del templo de Delfos quinientas estátuas, confiscó el territorio sagrado de Cirra, y concibió el pensamiento de destruir el oráculo, asesinando á los sacerdotes custodios del antro que exhalaba el soplo inspirador. Con los atributos de Hércules triunfó en Corinto, y habiéndose propuesto abrir el istmo, trabajó en persona con una azada de oro.

Después de haber dejado en Grecia más ruinas que Jerjes, quiso sobrepujarle en corrupcion del mismo modo. Neron, que, disfrazado de toro, no se avergonzó de correr en tal guisa por las calles para violar la honestidad y la naturaleza, Neron, que ya se habia casado públicamente con un tal Pitágoras, enmedio de las ceremonias usuales entre los romanos, sin que faltaran el dinero de los augurios, las antorchas nupciales y el tálamo dispuesto, quiso entonces celebrar su boda con un sugeto llamado Esporo. Hizo que se vistiera de emperatriz, y adornado con el velo nupcial, le

(7) Como ya antes en Roma, en una lectura de Lucano, presente el celoso Neron, estallaron aplausos que arruinaron al poeta.

condujo á las asambleas en litera. En galardon de los innumerables aplausos que habia recibido y de vilezas tan repugnantes, otorgó la libertad á Grecia. Pero ¿qué significado tiene tal don en medio de una depravacion tan escandalosa? ¿De qué podia servir bajo semejante hombre?

No por eso aflojaba en su sistema de asesinatos. Neron habia llevado consigo muchos personajes distinguidos, de quienes abrigaba sospechas, y mandó que los degollasen en el camino. Corbulon, el más valiente de sus generales, modelo de desinterés y de modestia, tan acrisoladamente leal al tirano, que Tirídates le dió la enhorabuena por tener tan buen esclavo, recibió tambien la órden de morir, y se atravesó con su espada: diciendo: *Lo he merecido.* Mandó matar ó condenó á infinitas personas, solo porque sus preceptos ó sus ejemplos eran desfavorables á la tirania. Sin embargo, los sordos rumores que se alzaban de Italia indignada le obligaron á embarcarse á toda prisa con rumbo á Roma. Habiéndose perdido sus tesoros en el mar, dijo: *Muy en breve me proporcionará otros el veneno.* Hizo su entrada en el carro triunfal de Augusto, ostentando á los ojos de los asistentes mil ochocientas coronas ganadas en los teatros, y el Senado le decretó tal número de fiestas, que el curso de un año no hubiera sido suficiente para celebrarlas todas, de manera que un senador se atrevió á proponer que se dejaran algunos dias de intérvalo para que el pueblo atendiera á sus ocupaciones.

Si la fuerza militar dejaba espedita la posibilidad de tales escesos, tambien era la única que les podia poner coto. Julio Víndex, vástago de los antiguos reyes de Aquitania, y vice-pretor entonces en la Galia Céltica, levantó contra Neron el estandarte de la rebeldia. Esquilmadas por los exactores las tribus galas respondieron á su llamamiento, y se les incorporaron cien mil hombres para ofrecer la corona á Sulpicio Galba, gobernador de España, y deudo de la emperatriz Livia: era un personaje de consideracion por sus riquezas, su habilidad y sus victorias. Aceptó el empeño de derrocar al tirano, como lugarteniente del Senado y del pueblo de Roma, y se rodeó de un consejo de hombres ilustres (67).

Neron tiene noticias en Nápoles de aquel levantamiento, y no por eso interrumpe los juegos del gimnasio. Solo muestra indignacion cuando se le dice que Víndex le ha tratado de mal citarista, y ordena á los senadores vengarle. Se restituye, no obstante, á Roma, y viendo en el camino un monumento en que representa la escultura un soldado galo derribado por un caballero romano, lo interpreta por favorable augurio y cobra aliento. Como á pesar de todo no se atreve á presentarse al pueblo ni al Senado, congrega y escucha á algunas personas de nota: luego pasa el dia en enseñarles nuevos órganos hidráulicos de que se propone hacer prueba en el teatro, añadiendo: *Si Víndex me lo permite.*

Pasando alternativamente de un cobarde desaliento á indolentes placeres ó á proyectos de venganza, segun las noticias que llegan á sus oidos, hubo sin embargo de aprestarse á marchar contra los rebeldes. Se habian declarado por Víndex las provincias en su mayor parte (68), y hubiera podido hacerse emperador, si Virginio Rufo, delegado en la Alta Germania, simple caballero aunque sumamente respetado, no hubiera hecho presente que estorbaria que se adjudicase el imperio de otra manera que por el voto de los senadores y de los ciudadanos. Adelantóse, pues, contra Víndex, quien viéndose vencido se atravesó con la espada. El ejército victorioso declaró á Neron depuesto del imperio, ofreciéndosele á Rufo, quien lo rehusó abiertamente. Iban, pues, en aumento la confusion y la incertidumbre.

A este tiempo preparaba Neron sus tropas; pero su primer cuidado habia sido que le llevaran sus instrumentos de música y se vistieran de amazonas las cortesanas de su comitiva.

Habia en aquel momento gran escasez de víveres en Roma: se aguardaban trigos de Egipto: arriban buques, pero en vez de trasportar trigo, su cargamento se compone de arena para los gladiadores atletas.

Entonces enfurecido el pueblo niega á Neron todo socorro, y derriba todas las estátuas; hasta desiertan los mismos pretorianos: sus guardias le roban hasta los cobertores de su lecho y una cajita de venenos preparados por Locusta, la que habia hecho perecer á tantas víctimas por órden suya.

En aquel general desamparo piensa unas veces en pasar á Galia y en arrojarse á las plantas de los soldados en vez de trabar la pelea, dirigiéndoles palabras de desesperacion para hacerles propicios; otras veces le ocurre huir al territorio de los partos, ó bien subir á la tribuna y hacer uso de la elocuencia, que Séneca le ha enseñado, para enternecer al pueblo. Hacia que propusieran á sus rivales que le consignaran la prefectura de Egipto, ó que le dejaran partir, seguro de que con su talento en música haria fortuna.

Muerte de Neron.—Insultado en el teatro, maldecido de todos aquel que habia derramado tanta sangre, no tuvo valor (virtud tan comun entonces) para verter la suya. Solicitó que le prestaran el servicio de matarle, y nadie quiso avenirse á ello. Corrió hácia el Tíber para sepultarse en sus aguas; luego se encaminó á la casa de recreo del liberto Faon, montado en un mal caballo, siguiéndole apenas cuatro servidores, y temblando de miedo á cada paso (8). Cuando hubo llegado á aquella quinta, exhortó á los asistentes á que con la muerte se sustrajeran á los ultrajes que les aguardaban; y mien-

(8) Nos queda contra Neron un fragmento de sátira de un tal Turno:

Ergo famem nostram aut epulis infusa venena
Et populum exsanguem, pinguesque in funus amicos,

tras hacia que le cavaran su sepultura, repetia: *¡Qué artista tan eminente va á perder el mundo!*

Cobarde hasta el último momento, solo al oir el galope de los caballos de aquellos que, de órden del Senado, debian conducirle á las gemonias, ó en otros términos á la horca, se clava el puñal en su seno después de haber causado la desgracia del mundo durante trece años y ocho meses.

Et molle imperii senium sub nomine pacis,
Et quodcumque illis nunc aurea dicitur ætas,
Marmoreæque canent lacrymosa incendia Romæ,
Ut formosum aliquid, nigræ et solatia noctis.
Ergo re bene gesta, et leto matris ovantem,
Maternisque canent cupidum concurrere Diris...
Sæva canent, obscœna canent, fœdosque hymenæos
Uxoris pueri, Veneris monumenta nefandæ.

Nil musas cecinisse pudet, nec nominis olim
Virginei, famæque juvat meminisse prioris.
. . . Famque impia ponere templa
Sacrilegasque audent aras, cœloque repulsos
Quondam terrigenas superis imponere regnis.

CAPÍTULO V

COSTUMBRES.

Habia tenido, pues, Augusto por sucesor á Tiberio, lodo amasado con sangre (1), quien rodeado de espias y de infamias, disfrazando con antiguas denominaciones sus nuevas perversidades, se ceba gozoso en la matanza. A Tiberio sucede un jóven tocado de furiosa demencia; á este un imbécil sanguinario, circundado de libertos y de la hez de las mujeres. Por último, llega al imperio en la flor de sus años un mancebo alumno del filósofo de más nombradia: creeríasele destinado á reparar los males y la ignominia de los reinados anteriores, y por el contrario reune todos los vicios de los que le han precedido y les supera en atrocidad y en libertinaje. Ostenta públicamente las infamias que Tiberio ocultaba en las rocas de Caprea, emplea sin rebozo el veneno, incendia, arranca la vida á sus maestros, á su mujer, á su querida, á su madre; y á cada nueva barbarie, pueblo, caballeros, senadores le decretan nuevas acciones de gracias; á cada vileza que les mancilla, se apresuran á descender más cobardemente, humillándose en su presencia.

¿Cómo habia degenerado Roma hasta el punto de tolerar por señores á un tirano, á un loco, á un imbécil y á un mónstruo?

Política.—Si la unidad de la fuerza abarcaba en un círculo de hierro las provincias del imperio, dejaba que en lo interior se aflojaran todos los vínculos sociales, ofreciendo por resultado universal egoismo. Reconcentrándose cada cual en sí propio, desconfiaba de su vecino, quien no sabia su modo de pensar ni sus proyectos, por no estar nadie de acuerdo en ningun principio político, moral ni religioso. Aunque ya no representaba nada el Senado, retiraba desdeñosamente del pueblo su mano protectora; querian tiranizar los pretorianos, y con tal de que se les proporcionara coyuntura, con tal de que hallaran aumento de sueldo ó descargo de servicio, poco les importaba ser ejecutores de asesinatos. La plebe, que aborrecia á los patricios y desconfiaba de ellos, veia con júbilo á su tribuno cebarse contra los descendientes de aquellos cuyos padres los habian tenido bajo insoportable coyunda y reducidos al hambre.

Habia la guerra civil introducido multitud de libertos en el número de los ciudadanos, con sus riquezas mal adquiridas, con la insolencia del hombre medrado, con los vicios de la improvisada y tosca fortuna. Los antiguos señores que sobrevivieron á la guerra y proscripciones, después de señalarse por sus intrigas y ambiciones, por sus juicios y juramentos falsos; objetos de desprecio ante el pueblo y la religion, consolábanse de su nulidad en femenil epicurismo, cuyo tipo era Mecenas, sosten y consejero de Augusto, envuelto en vestidos mujeriles, escoltado por eunucos y buscando nuevas sensaciones en el vino, en el estruendo, en multiplicados divorcios (2).

En lo esterior ni griegos ni galos profesaban simpatia alguna á los romanos: estos no manifestaban ninguna lástima hácia la Germania oprimida y entregada á los asesinatos y á las concusiones: á pesar de todo hasta Pison no se encuentra ninguna tentativa de conjura ni de revuelta. Aun el mismo Pison conspira por ambicion propia, y no animado del deseo de restablecer la república, deseo continuo y estéril de todos los corazones generosos. Pero este doloroso recuerdo que se remon-

(1) Πηλὸν αἵματι πεφυρμένον.

(2) SÉNECA, *Ep.* 114; *De prov.*, III.

taba á lo pasado, solo existia en los espíritus selectos: el pueblo permanecia impasible, y se mostraba contento, si de vez en cuando se le ofrecian en espectáculo con las hazañas de los gladiadores algunas nobles cabezas separadas del tronco. Tampoco los soldados levantaron jamás la voz en tiempo de los Julios: sometidos aun á la antigua disciplina, confundian la fidelidad á su bandera con la que debian al soberano del imperio. Y solo después de la caida de la familia Julia se creyeron dueños de ofrecer el imperio á quien fuera de su gusto.

Con efecto, ¿á qué fin se habia de aventurar un movimiento, ignorando uno si habia de apoyarle su vecino? De consiguiente Calígula puede sin ningun riesgo completar sus dos listas del *Puñal* y de la *Espada:* es dado á Tiberio enviar ciudadanos á la muerte desde el seno de placeres vergonzosos; cabe que el opresor sé muestre brutal y desaforado, cuando los oprimidos no saben amarse ni entenderse, cuando no conocen más gloria que la de tributar homenaje al soberano (3). ¡Generosidad, virtud! parecia como si la blasfemia de Bruto hubiera hallado eco en todas las almas desde que todo elemento de órden habia desaparecido. ¡Patria! ¿Qué interés podia inspirar la que se estendia del Niger al Elba? ¡Filosofia! pero esta carecia de concierto y eficacia: venia á ser un ejercicio de escuela, cuyo resultado más sublime estribaba en saber darse la muerte, en abandonar hermanos á miserias en que no habian tomado parte.

Estoicismo —A decir verdad la filosofia estóica es el único síntoma de vigor que se advierte en aquellos míseros tiempos; ¿y cuál es su enseñanza? Castigado á golpes Epicteto por su amo, le dice: *Id con cuidado que me vais á romper los huesos;* prosigue el amo y le rompe una pierna. *¿No os lo habia ya dicho?* repone el esclavo.

Hé aquí como este esclavo hablaba de libertad. «Puesto que se llama libre aquel á quien todo le sale á medida de su deseo, quiero que nada suceda á mi gusto. Un loco me hablaba de esta manera: ¡Oh amigo mio! la locura y la libertad no andan juntas. La libertad es una cosa muy bella, pero muy razonable; y por el contrario, nada existe con más fealdad y sin razon que desear temerariamente y querer que las cosas sucedan como las hemos imaginado. Cuando necesito trazar el nombre de Neron, fuerza es que le escriba, no como quiero, sino como es y sin mudar una letra. Acaece lo mismo en todas las artes y en todas las ciencias. ¡Y pretendes que sobre lo más grande que existe, sobre la libertad impere el capricho y el antojo! Consiste la libertad en querer que las cosas sucedan como deben suceder y no como á uno le agrada».

Estas son exageraciones sublimes: pero entonces una necesidad fatal dirige los sucesos de este mundo, y la voluntad humana tiene la fuerza de resistir y de padecer, no la de obrar, en cuyo caso solo se puede esperar la tranquilidad en un aislamiento desconsolador y austero. Demonax, filósofo respetado hasta por Lucano, que se burlaba de todo, pierde el uso de sus miembros, y no queriendo emplear la fuerza con los esclavos ni admitir los servicios voluntarios de personas á quienes profesa hondo desprecio, se deja morir de hambre. Avisado Marco Aurelio de las tramas urdidas por un ambicioso, responde: *Dejémosle obrar á sus anchas, puesto que sucumbirá, si no tiene al destino en su apoyo: si le es favorable, nadie puede quitar la vida al que ha de sucederle.* Esto es fatalismo y no clemencia. «El sabio, os dirán algunos estóicos, no debe aguardar el bien sino de sí propio: el único mal es creer en que el mal existe; vale más morir de miseria sin miedo, que vivir lleno de angustias en la opulencia. Es mejor que tu esclavo sea digno de lástima que ser tú infortunado. Cuando abraces á tu mujer y á tus hijos, acuérdate de que son mortales; así esperimentarás menos dolor cuando los pierdas. La compasion es el defecto de los séres débiles que se enternecen á la vista de los males agenos, cosa que sienta muy mal á un hombre. Las desventuras están decretadas por el destino y no son accidentales. No obedece á Dios el sabio, solo consiente. En ciertos puntos es superior á Dios el sabio, porque en el uno el no temer es un mérito particular á su naturaleza, y en el otro es un mérito propio.» (4)

Repútase, pues, la caridad como un vicio, y sin hablar de ella, el *abstine* y el *sustine* estinguen toda actividad y arrancan al amor lo más íntimo que tiene: inducen á mirar con indiferentes ojos las miserias de la muchedumbre, muerta de hambre en el umbral del palacio, donde bulle la orgia entre las canciones de Anacreonte.

¿Cuál es el colmo de la virtud estóica? Obstinarse en el partido adoptado, mirar como un delito igual á la traicion toda transaccion con el enemigo de la libertad de la patria, aun cuando no estipulara más que el olvido y la facultad de retirarse; castigarse por la derrota como una vileza; disponer de su propia vida como de un bien que no debe conservarse sino bajo ciertas condiciones; menospreciar á los tiranos que solo pueden dar una muerte no temida, y meditar sobre sí propio hasta el último momento. Hé aquí el secreto de la magnanimidad acreditada por Crenucio Cordo y por tantos otros que vieron en el suicidio un refugio ó una esperanza. Al saber Arria, mujer de Traseas

---

(3) *Nobilis obsequii gloria relicta est.* TÁCITO, *Anales,* IV.

(4) *Miseratio est vitium pusillanimi ad speciem alienorum malorum succidentis: itaque pessimo cuique familiarissima est.* SÉNECA, *De clem.,* I, 5. *Misericordia est ægritudo animi; ægritudo autem in sapientem virum non cadit.* Idem. —*Est aliquid quo sapiens antecedat deum: ille naturæ beneficio non timet, suo sapiens. Ep.* 53.

Peto, que su marido ha sido condenado, se clava un puñal en el seno, y presentándoselo, dice: *Esto no hace daño.* Vespasiano ordena á Helvidio Prisco que no se presente más en el Senado. *Puedes arrebatarme mi puesto,* dice, *pero mientras sea senador iré á la asamblea.—Si vas,* añade el emperador, *guarda silencio.—Con tal de que no me preguntes,* repone. *—Pero si te hallas presente,* replica Vespasiano, *es fuerza que te pida tu dictámen.—Y tambien es fuerza que yo te responda como crea deber hacerlo. —Si procedes de ese modo, haré que te den muerte. —¿Y te he dicho yo que soy inmortal por ventura? Cada uno de nosotros obrará como le cumpla; tú me harás morir, y yo moriré sin pesadumbre.*

En el momento en que Plaucio Laterano es conducido al suplicio, un liberto de Neron le dirige muchas preguntas: *Si tuviera yo,* responde, *suficiente abyeccion en el alma para hacer revelaciones, las haria no á tí, sino á tu amo.* El tribuno Estacio, que le dió muerte, era su cómplice, y sin embargo no le dirigió reconvencion ninguna. No habiendo hecho más que herirle el primer golpe, meneó la cabeza, colocándola en la postura conveniente para que fuera derribada (5).

Escevino Flavio, condenado por la conjura contra Neron, hizo observar al tribuno que la sepultura que le habian preparado, no era bastante honda, y cuando este le dijo que alargara bien el cuello, contestó: *¡Ojalá tú me hieras del mismo modo!* Caninio Julio se empeña con Calígula en vehementes palabras, quien le dice al despedirle: *Puedes estar tranquilo, te he condenado á muerte:* Julio responde: *Gracias, escelentísimo emperador.* ¿Consideraba acaso como una merced recibir la muerte bajo tan detestable reinado, ó quiso á semejanza de Sócrates escarnecer con ironia la vileza de los que le rodeaban? Diez dias pasó con igual temple de alma aguardando á que Calígula le cumpliese su palabra, y estaba jugando á las damas, cuando el centurion entró á anunciarle que debia morir: *Aguárdate, cuento los peones,* respondió tranquilamente. Como llorasen sus amigos, dijo: *¿A qué afligiros? Estais disputando para averiguar si es inmortal el alma, y voy á cerciorarme de la verdad.* En el instante que se acercaba al lugar del suplicio respondió á un amigo que se informaba acerca del asunto de sus pensamientos: *Quiero observar si en este rápido instante se apercibe el alma de su salida.*

Muerte de Séneca.—Cuando se comunicó á Séneca la órden de morir, pidió que se le permitiera variar algunas cláusulas de su testamento, lo cual le fué negado. Entonces consoló á sus amigos recordándoles sus pláticas habituales; legándoles, ya que otra cosa no podia, el ejemplo de su vida y su odio contra Neron. Cuando Paulina, su esposa, le dijo que queria morir en su compañia, no se opuso á ello. *Te habia enseñado,* dijo, *el modo de vivir, no te quitaré el honor de morir. Si tu conciencia se parece á la mia, tu muerte será gloriosa.* Se mandó abrir las venas y prosiguió dictando á sus secretarios, pero haciéndose más lenta la muerte de lo que apetecia, hizo que le metieran en un baño caliente, y echando agua á los esclavos que le rodeaban, decia: *Hago estas aspersiones en honor de Júpiter libertador;* en conformidad á las costumbres de los griegos que hacian libaciones á Júpiter conservador á la salida de un banquete. Paulina seguia el ejemplo de su marido en otro aposento; mas Neron mandó que se le restañara la sangre muy á pesar suyo.

¿Era por virtud ó por efecto de imitacion? Séneca no creia ya en las recompensas ó en los castigos que pudieran aguardarle más allá de la vida, y se felicitaba por haber vuelto en sí del hermoso sueño de la inmortalidad del alma. Además, para admirar su muerte filosófica seria necesario olvidar las inmensas riquezas que habia acumulado, y que ofreció abandonar á Neron, si consentia en dejarle la vida; habria que olvidar tambien sus usurarias exigencias, causa de la sublevacion de Bretaña (6); y lo que es todavia mucho más grave, si dice verdad el rumor público, su complicidad en el delito de un hijo á quien parece impulsó á matar á su madre. Es cierto por lo menos que no se alejó del discípulo que se habia manchado con semejante desafuero, y que prostituyó su talento hasta escribir alegando disculpas por aquel.

Muerte de Lucano.—Lucano, su sobrino, denuncia á su madre por salvarse á sí propio; y Neron se aprovecha de su vileza para deshonrarle, permitiéndole no obstante la gloria de morir declamando versos. Mela, su padre, ni aun siquiera aguarda á que su cadáver se enfrie para apoderarse de sus bienes, á fin de probar á Neron cuan poco se cuida de la muerte de un hijo delincuente; pero Neron le intima que se abra las venas, y obedece sin lanzar una queja. Hé aquí tres ejemplos de indiferencia estóica en una misma familia, todos tres consumados heróicamente y precedidos por una vileza.

¿Hasta qué punto debemos admirar una filosofia qué enseña á morir y no á vivir? Sumérgense en la inaccion los estóicos, sin un deseo hácia lo venidero, sin un sentimiento hácia otra vida ó hácia el progreso de la humanidad: se consideran buenos para sí mismos; y los demás no tienen que esperar asistencia: rehusarán tributar homenaje á un mónstruo, pero si llegan á las primeras magistraturas, no se propondrán el bien general por objeto. Así, aun cuando esta filosofia defendió la legislacion contra

---

(5) ARRIANO, en *Epict.*, I, 1.

(6) Quizás alude á él este epígrama de Petronio Arbitro:
Quid faciant leges, ubi sola pecunia regnat,
Aut ubi paupertas vincere nulla potest?
Ipsi qui cynica traducunt tempora cœna
Nonnunquam nummis vendere verba solent.
Ergo judicium nihil est nisi publica merces,
Atque eques in causa qui sedet empta probat.

el epicurismo, no la mejoró en ningun punto. Consiste en que la ciencia antigua se inclinaba más á volverse hácia la abstraccion que á descender á la práctica; ó bien se aplicaba más á las cosas personales sin elevarse á las consideraciones del bien general.

Suicidio.—Natural era que una escuela que predicaba virtudes imposibles, acabara por el suicidio (7). De tal modo fué seguida, que sus mismos campeones hubieron de moderar tanto fervor, diciendo que si era escelente quitarse la vida, no se debian descuidar por este placer los propios deberes. Con efecto, la muerte no era solo una precaucion y un preparativo contra los tiranos, sino que no se necesitaban motivos muy graves ni enemistades imperiales para que los hombres atentaran inícuamente á su propia existencia. Marcelino, jóven rico y generalmente estimado, se ve acometido de una enfermedad de no difícil cura, y se empeña en morir á pesar de todo. Congrega á sus amigos y se lo consulta, cual si se tratara de un contrato ó de un viaje; algunos procuran disuadirle de aquel designio; un estóico le exhorta por el contrario á que lo consume, pues á sus ojos haberse cansado de vivir es una razon bastante para darse la muerte. Despídese, pues, Marcelino de sus amigos, distribuye el dinero á sus criados, quienes se niegan á matarle, y se abstiene de comer por espacio de tres dias; enseguida ordena que le lleven un baño, donde espira murmurando algunas palabras sobre el deleite de conocer uno que se muere (8).

Coceyo Nerva, peritísimo jurisconsulto, que gozaba de buena salud y mejor fortuna, resuelve poner término á sus dias, y por mucho que se ingenia Tiberio para impedírselo, se deja morir de hambre.

Sin que le determinaran á ello doctrinas elevadas y sin aguardar ciertamente á escitar la admiracion de un filósofo (9), un gladiador á quien llevan al circo, mete la cabeza entre los rayos de una rueda á fin de que se la destroce. Hay más: se habia llegado á encontrar encanto en la muerte. A veces se apoderaba la mania del suicidio de los más débiles como de los más dotados de energía. Algunos recurrian á este medio por simple hastio de la vida, por no tener cotidianamente la incumbencia de levantarse, de comer, de beber, de acostarse, de sentir calor y frio, de ver siempre la primavera, y el verano, y el otoño, y el invierno sin encontrar nunca cosa nueva (10).

En último resultado este valor no es más que egoismo. Tal es el sentimiento que reconoce por acto capital el suicidio, destruyendo toda responsabilidad y anulando las relaciones sociales. Al revés, el hombre generoso no piensa en sustraerse á inevitables males, sino en sobrellevarlos con calma y en sacar provecho de ellos. Si dando crédito á la parleria estóica, no es nada la muerte, ¿á qué prepararse á ella con tanto orgullo? ¿a qué hacerla motivo de discusiones de escuela y presentarla á la sociedad como ejemplo?

Epicúreos.—A partir de un mismo principio, van á parar á un mismo punto dos doctrinas que se reputan por opuestas: la de los estóicos por egoismo espiritualista, y por egoismo material la de Epicuro; pero una y otra están siempre basadas sobre el egoismo, combinado con la mania de lo estraordinario. Decia el epicúreo: «No puede comprenderse el supremo bien, si se separa del placer de los sentidos. Es el goce la voz de la naturaleza; pero como no depende del hombre gozar y no padecer, debe moderar sus deseos, y en esto consiste la virtud. Aun cuando me metieran dentro del toro de Falaris, diria: *Esto no hace daño* (11), como cuando Epicuro moria entre las torturas del mal de piedra, esclamaba: *¡Oh cuán dichoso soy! ¡Este dia es el más afortunado de mi vida!*

En la investigacion de una perfeccion ideal, solitaria, no cuidándose de la moralidad de los demás de ningun modo, negándose á toda espansion generosa, se siente una temeridad sacrílega que petrifica el sér humano convertido en ídolo, que hace al sabio egoista, que establece el bien en una apreciacion intelectual repelida por el testimonio de los sentidos, y aspira á llegar á la ventura por un sendero impracticable. Síguese de esto que el uno por la imposibilidad de imitar el modelo que se propone y el otro por indolencia, no examinando ambos el bien sino con relacion á la vida de los sentidos, á lo presente, al individuo, suspenden la actividad humana, relajan los vínculos domésticos, destruyen la sociedad.

Por su indolencia se encumbra el epicúreo hasta el heroismo de los estóicos, y muere sobre rosas en los brazos de cortesanas, del mismo modo que estos se matan con los libros de Platon en la mano. Anuncian á Agripino que se junta el Senado para juzgarle. *Enhorabuena*, dice, *vamos á aguardar en el baño: este es el instante propicio.* Y va en efecto; cuando sale le participan que ha sido condenado. *¿Al destierro ó á la muerte?—Al destierro.—¿Con confiscacion de bienes?—No.—Partamos, pues, sin pesadumbre: con el mismo apetito comeremos en Aricia que en Roma.*

Supersticiones.—Con más frecuencia enseñaba el epicúreo á disfrutar de la vida y á desterrar el temor de los dioses, y propagando la impiedad,

(7) Una de las paradojas en que Montesquieu se complace, consiste en atribuir á la doctrina del suicidio la grandeza de algunos caractéres romanos. Gibbon con su malignidad habitual dice: «Los preceptos del Evangelio, ó de la *Iglesia*, han impuesto finalmente una piadosa *servidumbre* á las almas de los cristianos, *condenándoles* á aguardar sin prorumpir en una queja el último golpe de la enfermedad ó del verdugo.» Cap. 44.

(8) SÉNECA, *Epístola* 77.

(9) Idem, *Epístola* 47.

(10) Idem, *Epístola* 23.

(11) *In Phalaridis Tauro si erit, dicet: Quam suave est hoc! quam hoc non curo!* CICERON, *Tusc.*, II,

arrastraba á los grandes á los crímenes del ateismo, sin apartar de los de la supersticion al vulgo; porque su doctrina aristocrática en un todo, no se encaminaba más que al menor número y solo hacia memoria de la muchedumbre (οἱ πολλοὶ) para despreciarla, al estilo de los libre-pensadores del siglo pasado.

Así como la filosofia carecia de doctrinas, habiéndose convertido en un ejercicio de sutilezas, en un medio de lucro para los cínicos y para los epicúreos, ó bien en una diversion de la calle para el pueblo, de estudio para los ricos, tambien carecia la religion de dogmas. Del mismo modo que la ciudad se habia abierto á todos los forasteros, el cielo á todos los dioses, en el santuario de Vesta y de Rea, toda deificacion de las pasiones humanas obtenia sacerdotes, sacrificios, fiestas. Cada dama romana tenia en su oratorio el sol etiope, simbolizado por el gavilan; divinidades fenicias, mitad hombres y mitad peces; piedras druídicas. Germánico se hizo iniciar en los torpes misterios de Samotracia y en el culto de los barrigudos Cabiros; él, Agripina y Vespasiano consultaban las divinidades de Egipto. En una palabra, Roma «encontró en el botin de cada conquista un dios (12),» y después por medio de apoteósis (13) hizo dioses á todos sus execrables emperadores.

Aceptar indistintamente todo dios equivale á no tener ninguno: de tal manera la religion era una ley, no una fe; las fiestas eran ostentaciones; el culto público era política, y el privado un dios predilecto á quien dar las víctimas más pingües, á quien recomendar los negocios, la familia y los amores. No se creia en la Providencia sino en la fatalidad, cuyo indomable rigor daba á unos el valor de matarse, é impulsaba á otros á sondear un porvenir que no podian evitar. Acudian astrólogos de Caldea, augures de Frigia, adivinos de la India. Separado de la fe el culto nacional, y mezclado con instituciones extranjeras dejaba abierta la puerta á mil supersticiones, al terror de potestades secretas, á una curiosidad mezquina de las cosas ocultas, á la mania de lo estraordinario y de lo estravagente, de modo que nunca se habian multiplicado tanto los prestigios, los oráculos, los sortilegios y los misterios de las ciencias teúrgicas.

Horacio, Virgilio y los demás escritores del mejor tiempo afirman que estaba propagada la creencia en los magos y en las hechiceras, que ellos llaman *strigæ* (14). De estas se habló después más, y de los vampiros que iban á chupar á los vivos (15); y los milagros que veremos en Apuleyo y Apolonio Tianeo nos descubrirán cuanto se calentaban la cabeza con semejantes oponiones, no solo el vulgo, sino la gente más educada. No habia rico que no tuviera un astrólogo entre sus siervos; se hacia trabajar ansiosamente al quiromántico ó nigromántico: y cuando caia un rayo ó se descubria algun cadáver, se creia que una revolucion imprevista debia llevar á ciertos hombres desde los palacios á las gemonias. Doncellas ávidas de amor, jóvenes solícitos de una herencia, esposas ansiosas de ser madres, viejos enervados, amantes celosos y ma-

---

(12) PRUDENCIO, *contra Symmachum*, II, 458.

(13) **Apoteosis.**—Después de los funerales del emperador muerto, celebrados con magnífica pompa, se ponia su efigie de cera en un lecho de marfil cubierto de suntuoso tapete de oro, figurando que era el mismo emperador enfermo. Senadores y matronas iban á visitarlo; permanecian sentados algunas horas á su lado, y duraba siete dias esta ceremonia: al octavo, los principales senadores y caballeros paseaban procesionalmente por la via Sacra el lecho con la efigie, tal como estaba, y lo llevaban á la plaza pública, adonde se trasladaba el nuevo emperador acompañado de los señores romanos más ilustres. Allí se levantaba un tablado de madera, imitando la piedra, y adornado de un espléndido peristilo de marfil y de oro, bajo el cual se colocaba la efigie en un lecho lujoso, y alrededor se cantaban por dos coros las alabanzas del príncipe difunto: durante el canto estaba sentado el emperador con su acompañamiento en la plaza, y las matronas debajo del pórtico. Concluida la música se encaminaba la procesion al campo de Marte, llevando tambien las estátuas de los romanos más ilustres desde la epoca de Rómulo, algunas de bronce, representando las provincias sometidas al imperio, é imágenes de hombres célebres. Iban detrás los caballeros, los soldados y caballos de carrera, y en fin, los donativos de los pueblos tributarios, y un altar de marfil y de oro enriquecido de piedras preciosas. Subido el emperador en la tribuna de los oradores, durante esta procesion hacia el elogio del muerto. Habian elevado en medio del campo de Marte una pira, que estrechándose gradualmente, formaba una especie de pirámide, revestida exteriormente de ricos tapices recamados de oro y adornada de figuras de marfil, llena por dentro de leña seca, y teniendo encima el carro dorado de que solia servirse el emperador muerto. Colocábase en el cuerpo inferior el lecho imperial con la efigie de cera por los mismos pontífices, y se derramaban sobre él perfumes y aromas. Después de besar la mano de aquella imágen el nuevo emperador y los parientes del difunto, se sentaban en los sitios que les estaban destinados. Habia enseguida alrededor de la pira carreras de caballos, y desfilaban después soldados y carros, cuyos conductores iban vestidos de púrpura. Verificadas estas ceremonias, el emperador, seguido del cónsul y del magistrado, aplicaba el fuego á la pira, y cuando principiaban á elevarse las llamas, se dejaba volar desde encima de la hoguera un águila, que dirigiéndose al cielo, hacia creer que llevaba al Olimpo el alma del difunto: para las emperatrices, en vez de un aguila se echaba á volar un pavo real. Se construia después un templo en su honor; se le daba el título de divino; se le señalaban sacerdotes, y se instituian sacrificios en su obsequio.

(14) FESTO: *Strigas, ut ait Verrius, Græci* στρίγας *appellant, quod maleficis mulieribus nomen inditum est.*—PLINIO, XI, (39) 95: *Fabulosum arbitror de strigibus, ubera eas infantium labris immulgere.*—APULEYO, *Metam.*, 5: *Scelestarum strigarum nequitia.*—PETRONIO, *Fragm.*, 63: *Cum puerum mater misella plangeret, subito strigæ cæperunt..... Jam strigæ puerum involaverunt, et supposuerunt stramenticium.*

(15) *Post sepulturam visorum quoque exempla sunt.* PLINIO.

gistrados ambiciososos acudian á estas impias locuras, para satisfacer las cuales ni siquiera se temia degollar á los niños.

En tanto que no se creia en los dioses (16), sentia la conciencia la necesidad de acercarse al Dios indignado y decirle *perdona;* esperimentaba una necesidad de purificaciones y expiaciones, de tal manera que para limpiarse de culpa, unos se bautizaban con sangre en las ceremonias de Mitra, otros marchaban por el Tíber helado, ó después de haberse bañado atravesaban de rodillas el campo de Marte; y si está irritado Anubis decreta el pueblo que se vaya á Egipto á traer agua del Nilo para purificar el templo, ó que se ofrezcan vestidos á los sacerdotes de Isis ó cien huevos á los de Belona (17).

Al lado de los soldados se hallaba una gente cada vez más debilitada con el lujo y los vicios, delirante por los juegos del anfiteatro, y que no manifestaba su voluntad sino tomando parte por este ó aquel bailarin, por tal ó cual faccion del circo. A esta chusma prodigaba cada nuevo emperador regalos y juegos, y la corrompia no solo con las crueles y deshonestas diversiones del circo y del teatro, sino tambien con las artes de los retóricos y de los poetas. Estinguido, pues, todo sentimiento noble y elevado, se levantaban el fausto, el egoismo y la indolencia.

Depravacion.—Como no habia nada que refrenase en aquella ciudad al rey en el trono ni á la dama en su gabinete, entregáronse todos á la corrupcion más profunda que nos ofrece la historia. ¿Dónde encontrar una serie de emperadores monstruosos semejantes á la que hemos visto y veremos, suspendida entre las gemonias y la apoteosis? ¿Y qué seria si nos fuese dado penetrar en las casas é indagar la moralidad privada? Nos queda memoria de una familia, la Julia ¡y la simple genealogia de ella es una cadena de crímenes!

Familia Julia.—Mezcla de sangre y de nombres producida por el abuso de adopciones y divorcios: mujeres de tres ó cuatro maridos, emperadores de cinco ó seis mujeres. Augusto se casa con Livia Drusila en cinta de otro: Livia Orestila, tomada por Calígula, es repudiada á los pocos dias y desterrada después de dos años. Calígula arrebata de su marido á Lolia Paulina porque su abuela habia tenido fama de hermosa, y poco después la repudia prohibiéndole casarse con otros, hasta que le envia órden de matarse. Un Druso es envenenado por Sejano, otro recibe órden de morir, y un tercero es asesinado en el destierro. Para seguridad del príncipe son inmolados Agripa Póstumo al comenzar el reinado de Tiberio, Tiberio el jóven, al de Calígula, y Británico al de Neron.

Domicio Enobarbo, padre de Neron, se divierte en lanzar con fuerza su carro contra un niño, en matar á un esclavo que no bebe bastante: saca en mitad del foro un ojo á un caballero; siendo pretor roba los premios en los juegos. Julia, madre, después de su tercer matrimonio, á causa de sus desórdenes es desterrada por su padre Augusto, y la deja morir de hambre Tiberio, su último marido. Convicta su hija, llamada del mismo modo, de adulterio, perece en una isla tras veinte años de destierro. Junia Calvina es desterrada por Claudio á causa de incesto con su hermano Silano: se manchan las hermanas de Calígula con la misma infamia, y una de ellas, concubina de su hermano, es elevada á la categoria de diosa, mientras que en virtud de las leyes protectoras de la moralidad pública son condenados á muerte los amantes de tales mujeres. Se encomia á Claudio por no haber tomado mujer que perteneciera á otro; pero, como Calígula, tuvo cinco mujeres, y entre ellas una Mesalina y una Agripina, cuyos nombres indican aun lo más depravado que ha producido su sexo. Drusilina, hija de Calígula, es degollada al mismo tiempo que su padre, cuando apenas habia cumplido dos años. Claudio abandona desnuda en el umbral del aposento de su esposa á una niña que cree fruto del adulterio. Mesalina hace desterrar y matar á Julia, hija de Germánico, y á otra sobrina de Tiberio. Una Lépida, emparentada con los Césares, compite con Agripina en hermosura, en opulencia, en impudicia y en violencias, y ésta consigue que sea asesinada.

Se podia enseñar en el palacio de los Julios la gruta donde fué degollado Calígula; el calabozo, donde se dejó al jóven Druso morir de hambre, royendo la borra de los colchones y profiriendo inprecaciones contra Tiberio, de que éste mandaba sacar nota para repetirlas después al Senado. En este salon bebió Británico la copa envenenada, y murió tan luego como se humedecieron sus lábios; en aquel aspiró Agripina á provocar los deseos de su propio hijo, y en contiguo jardin el mismo hijo ultrajó con investigaciones curiosas su cadáver sangriento.

Hé aquí los crímenes con que se manchó una sola familia; y sus miembros eran otros tantos *divi* y *divæ* en que se fijaban todas las miradas y á quienes protegia la memoria de ilustres ascendientes. ¿Qué encontraríamos introduciéndonos en el seno de otros hogares? ¿Por ejemplo en casa de Agripa, «donde solo Vipsania murió de muerte natural, y donde los demás fueron víctimas del hierro, segun noticias, ó del hambre ó del veneno, segun conjeturas?» (18). ¿O en los palacios de los patricios, donde se aguardaban de contínuo órdenes de los Césares, ora para prostituirse, ora para darse muerte? ¿O en el laboratorio de Locusta, uno de los principales instrumentos del poder

(16) *Nemo cælum, cælum putat; nemo Jovem pili facit.* PETRONIO, *Satyr.*, c. 44.

(17) JUVENAL, *Sat.*, 6; TERTULIANO, *Apolog.*, 9; SENECA, *De vita beata*, 27.

(18) TÁCITO, *An.*, II.

por largo tiempo (19), donde iban á proveerse de filtros para hacerse amar (20), ó de venenos para acelerar una viudez ó una sucesion, ó de bebidas para no concebir nunca; ó en otro palacio cualquiera donde habia tantos enemigos como esclavos (21), los que concertándose degollaban á sus amos ó denunciaban sus actos y pensamientos á los emperadores?

Tácito, revelador implacable de tamaña depravacion, nos habla, prescindiendo de los crímenes privados, de diez y nueve mil condenados á muerte, lidiando sobre el lago Fucino, al verificarse la loca naumaquia de Claudio. Cuando este emperador restableció el suplicio de los parricidas, hubo en cinco años más condenas por este execrable delito que las que se habian pronunciado en el transcurso de muchos siglos; y Séneca asegura haber visto más sacos que cruces (22). Con tanta frecuencia se reprodudan los suplicios, que hubo que quitar las estátuas del sitio de las ejecuciones para no tener necesidad de cubrirlas con un velo á cada instante. Cuarenta y cinco hombres y ochenta y cinco mujeres fueron sentenciados por envenenamiento. Papirio, jóven de una familia consular, cae de una ventana, de lo cual se acusa á su madre, que repudiada hacia largo tiempo, habia empujado en fuerza de lujo y de seducciones á aquel mancebo á desórdenes tales, que para libertarse del remordimiento puso término á su existencia. Lépida, hija de los Emilios, sobrina de Sila y de Pompeyo, acusada á la vez de adulterio, de envenenamiento, de suposicion de hijo, de sortilegio, se dirige al teatro escoltada por todas las nobles matronas, é invocando á sus ascendientes y á Pompeyo, emplea tanta elocuencia en sus súplicas, que el pueblo persigue al marido acusador con sus imprecaciones. A pesar de todo es convicta por la deposicion de sus esclavos y se la condena á destierro. Plutarco nos dice: «En todas las familias hay mil ejemplos de hijos, madres y esposas asesinados; no tienen número los fratricidios, y es una verdad demostrada que un rey por seguridad propia debe matar á su hermano.»

Ved á este pueblo en los espectáculos; no pretende que se acredite nadie de habilidad y destreza como los griegos, sino que apetece cosas estraordinarias, sensaciones violentas. No hablaremos nuevamente de los gladiadores y de las fieras; pero en el mismo teatro donde se representa el *Incendio* del antiguo poeta Afranio, se prende realmente fuego á las casas, y los histriones están autorizados para el saqueo (23).

Hace aparecer el clemente Marco Aurelio un leon enseñado á comer hombres, lo cual desempeña con tanta gracia, que el pueblo ruega al emperador le ponga en libertad con unánimes voces: un Icaro cae realmente del cielo, y al punto se arroja sobre él un oso para despedazarle; termina con un verdadero suplicio el drama de Prometeo, en que un tal Laureolo es clavado en una cruz y devorado por una fiera: en otro despedazan á Orfeo osos de veras en vez de las bacantes; queman á uno para figurar á Hércules sobre el Oeta; mutilan á otro para imitar á los Atos; lacera un oso á un Dédalo que sin duda quisiera buenas alas; se hace imitar á un esclavo el heroismo de Mucio Escévola, y es condenado á quemarse realmente la mano que se ha engañado. Marcial narra y admira escenas de esta clase (24), y multiplicándolas compraban los emperadores la libertad de aquel pueblo que habia estinguido la libertad en todas partes

¿Cómo podia ser duradero ese sencillo pudor que conserva una feliz ignorancia, en Roma, donde niños de ambos sexos iban juntos á las mismas escuelas primarias, en los baños se lavaban jóvenes y viejos, confundidos y mezclados con las matronas ó sus hijas; donde se colgaba priapos al cuello de las doncellas ó se ostentaban por las calles, y donde las casas estaban llenas de vergonzosas desnudeces (25) Sin dificultad ninguna se permitia leer á las doncellas los cómicos antiguos con sus impudentes obscenidades (26), y los epígramas de Marcial eran conocidos hasta de la pudorosa paduana. Asistia la madre con su hija á los indecorosos deleites de las Lupercales, ó á las fiestas de Venus, á las danzas de las cortesanas en honor de Flora, así como á los teatros, donde el espectador podia pedir que se desnudasen las actrices, ó se representaba la embriaguez de la prostitucion y del adulterio (27),

---

(19) *Diu inter instrumenta regni habita.* TÁCITO, An., II.

(20) En Brescia hay esta inscripcion, tal vez supuesta: D. M. QVI ME VOLENT VALETE MATRONÆ MATRESQVE FAMILIAS VIXI ET VLTRA VITAM NIHIL CREDIDI ME VENERI ALVMNÆ ADDIXI QVOS POTVI PELLEXI FILTRIS ET ASTV VIRO HVMATO NON VIDVA FVI NEC MARITÆ NOMEN ADEPTA QVÆSO NE ME INVIDETE PORTIA FAMILIA EST VENERIS DOMVS ILLICIVM CVPIDINVM GAVE VIATOR NE ME DIV CALCATAM CALCES.

(21) *Arrogantique proverbium jactatur: totidem esse hostes, quot servos.* SÉNECA, Ep. XLVII.—*Intelliges non pauciores servorum ira cecidisse quam regum.* Ep. XI.

(22) Segun el testo de las leyes establecidas en tiempo de los reyes, el parricida era arrojado al mar dentro de un saco de cuero con un gato, una serpiente y un mono. Cuando Neron mandó dar muerte á su madre se vieron sacos pendientes, de sus estátuas.

(23) SUETONIO, en *Neron*, 11.

(24) De *spectac.*, passim; y TERTULIANO, *Apol.*, cap. 15.

(25) MARCIAL, III, 51, 87; PLINIO, *Historia natural* XXXIII, 12.

(26) CICERON, *De orat.*, III, 12.

(27) *Mimos obscæna jocantes*
Qui semper ficti crimen amoris habent
In quibus assidue vultus procedit adulter...
Nubilis hos virgo, matronaque, virque, puerque
Spectat, et e magna parte senatus adest.
Nec satis incestis temerari vocibus aures;
Adsuescunt oculi multa pudenda pati...
Luminibusque tuis (Auguste), *totus quibus utimur orbis,*

ó se ostentaban con brutal realidad los amores de Pasifae (28). ¿Qué pensamientos habian de acompañar á tales espectáculos? ¿Qué discursos debian seguirlos? ¿Qué acciones habian de engendrar posteriormente?

Ricos y pobres tenian igual desvio al matrimonio, éstos por necesidad, aquellos por el refinamiento de sus deleites. Preferian á los inocentes goces del hogar doméstico, dulce compensacion á los sacrificios de dos corazones honrados, las borrascas de un celibato licencioso y la facilidad de las caricias venales. Si por sustraerse á la severidad de la ley Papia-Popea habia quien se decidiera á tomar esposa, tardaba muy poco en ser repudiada; y se multiplicaban los divorcios hasta el punto de hacer legal el adulterio (29).

Si no se apelaba al divorcio, perecian antes de nacer los frutos del himeneo, ó con arreglo al detestable uso de la antigüedad, eran desamparados en la via pública los recien nacidos. Excluidas las mujeres de cuidados más graves, se perdian en un lujo frívolo (30), ó en intrigas de adulterio ó de peculado se consolaban de una vida fastidiosa é inferior: no quedó, pues, en tiempo del imperio más que el esceso de la corrupcion. Apenas se daba un matrimonio que no estuviese contaminado (31): refiere Plinio que Lolia tuvo puesto en una cena un adorno por valor de cuarenta millones de sextercios en perlas (32); Tácito nos muestra las mujeres de su tiempo descendiendo á la arena con los gladiadores, y á las matronas prostituyéndose á porfia con las mujeres perdidas (33), ó entregándose á los esclavos con tal furor, que el Senado tuvo que oponerse al escándalo con aquellos remedios que lo ponen de manifiesto, pero no lo corrigen (34). En el año 19 de Jesucristo prohibia el Senado á las viudas, á las hijas y á las nietas de un caballero romano hacerse empadronar por los ediles en los registros de las que traficaban con sus encantos; estraña prohibicion, cuyo motivo no podria adivinarse, si Suetonio y Tácito (35) no nos revelaran que mujeres de buena casa se declaraban *meretrices* para libertarse de las penas impuestas contra las disolutas.

¿Podia aguardarse otra cosa en lugares donde reinaba la cortesana Actea; donde la meretriz Popea, á la cual solo faltaba ser virtuosa, acusaba á Octavia de adúltera para invadir su lecho; donde las más hermosas eran perseguidas como la caza en los bosques para amenizar una orgia del emperador y ser arrojadas al dia siguiente como las coronas de adormideras?

Refinamiento del lujo.—No se trata aquí de un pueblo mísero é ignorante: el cultivo del talento y la urbanidad habian llegado á su colmo: y el bienestar y los goces del dia distan mucho de poder sustentar parangon con los de entonces: no se necesita más para deslumbrar los ojos de los que solo atienden á la apariencia. En manos de todos circulaban con el atractivo de la novedad las más bellas poesias, las obras históricas más admirables. Recibia la muchedumbre sin trabajo su subsistencia; asistia á espectáculos gratuitos de magnífico é indecible esplendor; se paseaba debajo de soberbios pórticos, prodigios de arte y de riqueza; ejercitaba su agilidad y sus fuerzas en el campo de Marte, en medio de monumentos que todavia causan el asombro de los que no saben más que ver, ó son modelos instructivos para el inteligente; le brindaban ochocientas termas los placeres del baño, desde donde salia para ir á recoger al teatro los homenajes y la admiracion de los reyes extranjeros, para tomar partido en favor de tal ó cual actor y derramar en aquellas disputas de histriones una sangre que vertia en otros tiempos á fin de adquirir derechos civiles.

Respecto de los ricos mucho es si el lujo desenfrenado de Asia podia superar al fausto y la molicie de aquel tiempo. Como las lanas de la Apulia y de España eran de demasiado cuerpo, la India y la Serica enviaban telas de trasparente seda. Quejábanse del peso del calzado romano, y para no sudar se llevaba en la mano una bola de cristal. Centenares de esclavos, máquinas inteligentes, lo hacian todo por sus amos, desde la cocina hasta los versos, de suerte que podian éstos disfrutar á su sabor voluptuosos ocios en el foro, en las basílicas y en los baños. Con bocas de vapor se templaba la atmósfera de los salones de los banquetes; guarnecidas están las ventanas de espejuelos; en el anfiteatro se puede hacer llover sobre el pueblo un perfumado rocío de nardo; sembrada se halla la arena del circo con cierto polvo de ambar y oro.

Así, pues, no era el lujo en Roma un arte como en

Scenica vidisti lentus adulteria.
OVIDIO, Trist., II, 500.

(28) *Junctam Pasiphaen dictæo, credite, tauro*
Vidimus; accepit fabula prisca fidem.
MARCIAL, Spect., 5.

(29) Espresion de Marcial, lib. IV, epíst. 7.
Julia lex populi ex quo, Faustine, renata est,
Atque intrare domos jussa pudicitia est,
Aut minus, aut certe non plus tricesima lux est,
Et nubit decimo jam Thelesina viro.
Quæ nubit toties, non nubit: adultera lege est.
Offendor mœcha simpliciore minus.
Si esto parece exagerado, Juvenal nos dice, VI, 20:
Sic fiunt octo mariti
Quinque per autumnos.
Y San Gerónimo vió en Roma á alguno que enterraba á su vigésima prima esposa, la cual habia enterrado á su vez veinte y dos maridos.

(30) *Graviorum operum negata afectatio, omne studium ad acriosorem sui cultum hortatur conferre.* VALERIO MÁX., IX, 1, n. 3.

(31) *Vix præsenti custodia manere illæsa conjugia.* TÁCITO, *Ann.*, III, 34.

(32) *Hist. nat.*, IX, 58.

(33) *Ann.*, XV, 32 y 37.

(34) *Ann.*, XII, 33, 85.

(35) *Tiberio*, 35; *Ann.*, II, 85.

Grecia, sino voluptuosidad (36); gigantesto á la par que miserable: espresion de una civilizacion material, desproporcionada con la moral. Tambien los placeres del entendimiento debian contribuir á hacer más vehementes los de los sentidos. Veíanse, pues, figurar en las comitivas, en medio de las cortesanas y de los mancebos, el filósofo, el poeta, y el griego especialmente; el griego que lo sabe y hace todo, desde el oficio de tercero hasta el de maestro de niños; que sobrelleva con igual magnanimidad los favores y las injurias, con tal de poder ser admitido á la mesa del dueño de la casa y honrado con la conversacion señoril (37).

(36) *Luxuria incubuit, victumque ulciscitur orbem.*

(37) Cuando se lee en Luciano *(Vida de los cortesanos)* el retrato del profesor griego en las opulentas casas de Roma, se encuentran muchos puntos de semejanza con el poeta de 1500, y con el abate de 1700 y con ciertos literatos del siglo pasado.

«A una edad en que si naciste esclavo era tiempo de pensar en la libertad, te vendiste por algunos óbolos con toda tu virtud, toda tu ciencia, y sin hacer caso de los diferentes discursos que Platon, Crisipo y Aristóteles compusieron en loor de la libertad, y en odio á la servidumbre. ¿No te abochorna hallarte en medio de aduladores, de pícaros y de libertinos, y usar solo entre tan gran muchedumbre de romanos, el manto griego, hablar mal su idioma con mil barbarismos, tomar parte en tumultuosas cenas entre gentes de todas clases y en su mayor número malas? ¿No te dá vergüenza en esos banquetes adular fuera de propósito y beber sin medida, y levantarte temprano al sonido de la campanilla, perdiendo el más dulce instante del sueño, y corriendo de arriba á bajo con los demás, llevando todavia en las piernas las manchas de lodo del dia antecedente? ¿Tan grande escasez esperimentas de altramuces y de cebollas campestres? ¿Careces de manantiales de agua fresca y cristalina para caer en desesperacion tan profunda? ..

»Como usas de larga barba, tienes un no sé qué de venerable en tu figura, llevas con dignidad el traje griego y te conoce todo el mundo por profesor de bellas letras, orador y filósofo, le parece (al dueño de la casa) que es de buen tono mezclar alguno de esta especie con los que le sirven de comitiva cuando sale, en atencion á que así se le reputará por amigo de las ciencias y de las letras griegas, por apreciador esclarecido de los sabios. De este modo, buen hombre, corres riesgo de haber alquilado, no tus maravillosos discursos, sino tu manto y tu barba...

»Si sobreviene otro más moderno, eres despedido, confinado á un rincon de los más humildes, donde languideces, testigo de lo que se saca á la mesa y de lo que de ella se retira. Si por último, llegan hasta tí los platos, roerás los huesos á semejanza de los canes, y el hambre te inducirá á chupar suavemente alguna hoja de malva seca, mezclada con las sobras. Ni te faltarán otros muchos ultrajes. No solo no te servirán huevos, porque no conviene que seas siempre tratado como persona forastera y conocida (pretenderlo fuera además una imprudencia por tu parte), sino que ni aun debes como los demás saborear un pollo: se sirve uno gordo y rollizo al hombre rico, á tí te toca un medio polluelo, ó un pichon viejo reformado, para sonrojarte y en señal de menosprecio. A menudo, si falta por casualidad uno de los convidados y llega de improviso, *Tú eres de la casa*, te dice el lacayo al oido, y te quita al punto lo que tienes delante para servírselo al advenedizo; después cuando se trincha durante la comida, ora un venado, ora un lechoncillo, es necesario que estés bien con el trinchador escudero, ó debes contentarte con la parte de Prometeo, es decir, con el tuétano de los huesos.

»Pero se me olvidaba decir que mientras los demás liban un vino añejo y delicado, es de la peor calidad el que tú bebes; ¡y si al menos te consintieran beber hasta que te saciaras! pero acontecerá más de una vez, cuando lo pidas, que fingirá el paje no haberte oido...

»Si algun criado chismoso cuenta que no has elogiado al rapacillo de la dueña de la casa cuando bailaba ó tañia la cítara, no será flojo el partido que corras. De consiguiente necesitas cantar como una rana sedienta para que entre los que aplauden se te distinga; dar el tono á los más entusiastas, y mil veces, mientras los demás guardan silencio, debes repetir algun elogio meditado con superabundante dósis de lisonja...

»Te corresponde permanecer reclinado y con la cabeza baja, como en los banquetes de los persas, por miedo de que un eunuco te vea hacer guiños á alguna concubina.

»Tal es la existencia ordinaria de la ciudad. ¿Cuál será tu suerte durante un viaje? Frecuentemente cuando llueve, tú que vas el último, porque tal es el puesto que te ha reservado tu destino, aguardas á las acémilas, y á falta de coches, te encaraman con el cocinero y el peluquero del ama á un carro, sin que siquiera se cuide de mullirte el asiento con bastante porcion de paja...

»Si te acontece no prodigar alabanzas, te enviarán muy en breve, como á un sér lleno de rencor é insidioso, á las latomias de Dionisio. Es preciso que te parezcan (los amos de la casa) sabios y elocuentes; y si se les escapa algun solecismo, no por eso han de dejar de exhalar siempre sus discursos cierto perfume del Himeto y de la Atica, y estar destinados á ser en lo venidero modelos de lenguaje. Lo que hacen los hombres no es de lo más insoportable. Mucho peores son las mujeres (porque las mujeres tambien afectan tener á sueldo y llevar en pos de su litera á algun sabio). A veces les prestan oido (sólo como asunto de risa) cuando se hacen el tocado, ó se ocupan en rizarse el cabello. Muy á menudo, mientras se engolfa el filósofo en sus demostraciones, sobreviene la camarera con el billete de algun galan. Entonces interrumpe con suma cordura su discurso, esperando á que vuelvan á prestarle oido, después de haber contestado al amante.

»Al fin, cuando ha transcurrido tiempo y llegan las Saturnales y las Panateneas, te envian un miserable manto, ó bien una túnica ya usada; y es preciso hacer ostentacion de ella. El primero que ha columbrado la idea en la mente del amo corre á anunciártelo y no le vale galardon escaso semejante nueva. Se presentan de madrugada en número de trece á ofrecerte el regalo; cada cual exagerará lo bien que ha hablado de tu persona y el cuidado que tuvo, tan luego como la órden le fué comunicada, de escoger lo mejor que habia. Márchanse enseguida después de que has recompensado á todos, refunfuñando porque no has sido más liberal con ellos. Te se paga el salario por tres ó cuatro óbolos y de mala gana: si pides, pasas por enojoso ó indiscreto: para que lo consigas es necesario que ruegues, acarícies y hagas la corte al mayordomo, lo cual exige un género especial de lisonja. Tampoco hay que descuidar al consejero ordinario y al amigo; y mientras aguardas, eres deudor al sastre, al médico, al zapatero, de lo que aun no has precibi-

Comidas.—Lejos de disminuirse con el despotismo el lujo, lo fomenta para inspirar molicie y aficion á los goces destinados á distraer de la servi-

dumbre y á indemnizar de la tirania. Pero el egoismo hacia incesantemente cada vez más fútil este lujo; ya no se aspiraba, como en tiempo de la república, á enriquecer la patria con bronces y mármoles arrebatados al mundo vencido; ya no se erigian suntuosos monumentos como en tiempo de Augusto; se corria descaradamente tras de los placeres de la gula. Competíase acerca de quien se tragaria cinco comidas en un dia: luego se vaciaba el estómago para atascarse de nuevo. Cada una de estas comidas costaba un millar de sextercios, hablando solo de gentes moderadas, pues hombres hubo que gastaron 30,000 para comprar tres barbos. Tiberio, á quien se hizo regalo de uno cuando no era todavia descaradamente vicioso, le pareció que era para su mesa de escesivo precio, y mandó que lo pusieran en venta. Octavio, que lo compró, lo pagó en 50,000 sextercios. Este Octavio era émulo de Apicio, que fué en Roma tipo de la glotoneria, en la que se mostró consumado maestro (38); de aquel Apicio que, después de haberse engullido en la mesa inmensos tesoros, se quitó la vida para no verse reducido á vivir únicamente con 10.000,000 de sextercios (39).

Sacábanse á subasta especialmente los pescados, y se porfiaba acerca de quien se los proporcionaria de más tamaño y rareza. Se conservaban en los viveros; habia magistrados con encargo de impedir que los alejaran de las costas. Marcial censura á Caliodoro por haber devorado á un esclavo en una comida, á consecuencia de haberle vendido en 1,300 dineros para comprar un salmonete de cuatro libras (40); á veces se servia á la mesa el pescado vivo y coleando, á fin de que alegrasen á los convidados los diversos cambiantes que la agonia del pez hacia esperimentar á los colores; y un instante después de haber sentido el animal deslizarse en la mano, le veian aparecer sazonado. De consiguiente el cocinero era el criado de más importancia, y la preparacion de esquisitos banquetes la principal ocupacion de los esclavos. Luego de repente anhela el rico hacer ensayos de pobreza y se retira bajo el techo de un pequeño aposento á comer por tierra (41); y se encuentra que es un maravilloso invento hacer que la concha de la tortuga imite á madera para tener muebles que valen mil veces más de lo que parecen á la vista.

Lo estraordinario.—A pesar de todo no se porfia tanto por satisfacer la gula ó la molicie como la mania de lo estraordinario (*monstrum*), la primera pasion de aquel tiempo. De aquí los estraños caprichos de los emperadores y de los particulares, las estátuas colosales tan opuestas á aquella *medida* que habia constituido la perfeccion del arte griego; de aquí el gigantesco puente de Calígula, los veinte caballos uncidos al carro de Neron, su desmesurado palacio con sus enormes estátuas; de aquí el vasto anfiteatro de Vespasiano, las termas de Caracalla, el sepulcro de Adriano, tanto más admirados á medida que distaban de lo que se habia hecho antes. Llegóse hasta no querer la luz del dia porque era gratuita (42): hubo grandes bibliotecas que no se abrieron nunca: se pretendió poseer rosas en invierno y nieve en verano: no se querian desórdenes que se perdieran entre la muchedumbre, sino que estribaba el mérito del vicio en el escándalo que produce (43). Un personaje consular paga 6,000 sextercios por dos copas de un vidrio nuevo; deben aguijonear el capricho vasos tan preciosos como frágiles por la idea del peligro de quebrarlos. Son trabajados con habilidad maravillosa el nácar y la concha: una mesa estraordinaria de madera de limonero costó á Cetego 1.400,000 sextercios. Se tuvo por mérito ser bebedor sin igual, y Tricongio se hizo acreedor á este sobrenombre por haber causado la admiracion de Tiberio, tragándose á su presencia tres congios de vino.

En un principio procuró este emperador remediar algun tanto el escesivo número de lugares de libertinage, de tabernas, de histriones, y el lujo de los muebles y especialmente de los vasos de Corinto. Prohibió el Senado el uso de la seda para los hom-

---

do. Así, como estas recompensas no te producen ventaja, no son recompensas en tu concepto.

»Invéntanse mil calumnias en tu contra...

»Te se acusa, ora de haber querido corromper al hijo de la casa; ora, á pesar de tu ancianidad, de haber querido violentar á alguna camarera, ora de alguna otra galanteria. Entonces se elige una magnífica noche y te plantan en la calle de espaldas y empaquetado en tu manto. Miserable y desamparado de todos tienes por única compañera de tu vejez una escelente gota, y como has olvidado hace tiempo lo que sabias, tienes más abultado el vientre que la bolsa. Este es tu mayor tormento, porque no puedes llenar tu estómago, ni hacer que se avenga á razones.»

(38) Cítanse tres Apicios; uno durante la república; este, á quien aludimos, en tiempo de Séneca; y otro en la época de Trajano. Es el más celebre el segundo: muchos guisos conservan su nombre, y se le atribuye un tratado sobre el arte de cocina *(De re culinaria)*.

(39) *Dederas, Apici, bis tricenties verri,*
Sed adhuc supererat centies tibi laxum.
Hoc tu gravatus, ne famem et sitim ferres,
Summa venenum potione ducisti.
Nil est, Apici, tibi gulosius factum.
MARCIAL XII, 3.

(40) MARCIAL, X, 31.

(41) SÉNECA, *Ep.* 18, 100. *Pauperis cella.*

(42) *Fastidio est lumen gratuitum.* Pedo Albinovano nos refiere haber vivido en una casa cerca de la de Espurio Papino, que pertenecia á estos enemigos de la luz. «Hácia la tercera hora de la noche oigo ruido de palos: ¿qué hace? pregunto.—Está tomando las cuentas (era en la época en que se castigaba á los esclavos.) A la media noche, percibo un grito penetrante. ¿Qué es eso?—Se ejercita en el canto. Hácia las dos de la mañana, ¿qué ruido de ruedas es ese?—Es que sale en carruaje. Al apuntar el dia distingo ruido de carreras y voces; se ponen en movimiento cantineras y cocineras ¿Qué será, qué no será? Es que sale del baño y pide vino con miel.» SÉNECA *Ep.* 122.

(43) Idem, id.

bres y de los vasos de oro para la mesa, queriendo que se reservasen para los templos y para las ceremonias sagradas. ¿Pero qué freno cabia donde tan grande era la licencia, y donde el ejemplo de los que gobernaban le comunicaba aliento? Mucho hemos dicho sobre los directores del gobierno y pudiéramos todavia añadir bastante. Agripina pagó por un ruiseñor 6,000 sextercios. Calígula bebia á menudo líquidas perlas en sus banquetes, ó bien mandaba servir las viandas en platos de oro, que distribuia después á los convidados: arrojó al pueblo por espacio de muchos dias inmensas cantidades de oro: hizo construir galeras de madera de limonero con velámen de seda y proas de marfil ornadas de perlas, y trasladar de Epigto un obelisco en una nave de tanto porte, que apenas podian abarcar su mástil cuatro hombres. Neron posee alfombras babilónicas de precio de cuatro millones de sextercios, una copa de murrina de trescientos talentos, gasta en los funerales de su mono todos los tesoros de un rico usurero, á quien ha desterrado, y consume en los de Popea tantos perfumes como puede producir la Arabia en un año. Todo esto se admira solo por la circunstancia de ser estraordinario.

Habia, pues, en esta época grandes riquezas, mucha cultura intelectual, mucho lujo, un vasto imperio, espaciosos y hermosos caminos, ejércitos y escuadras poderosas, un comercio que se estendia hasta los más remotos confines de la tierra. Hallábanse reunidos todos los elementos que constituyen la prosperidad social en sentir de algunos. Pero ¿basta esto? Puede resolver la cuestion una ojeada dirigida al imperio. ¿Y qué descubrimos en su esencia? Desórden del entendimiento, ausencia de los principios sociales, filosóficos y religiosos; una depravacion profunda; el vicio y la impiedad erigidos en sistema; ferocidad en los señores, ferocidad en los esclavos, adulacion en los filósofos; una corrupcion tranquila y una corrupcion impetuosa; un instinto cruel en los soldados, un instinto inquieto y cobarde en el vulgo: en suma, la estupidez de una plebe inmensa que permanece indiferente entre el vencedor y el vencido.

A un estremo se encontraban el emperador, los soldados, los magnates, á otro la muchedumbre sin clase intermedia capaz de regenerar la nacion, muchedumbre trémula como los magnates, como el emperador, todos con miedo unos de otros; consecuencia precisa del egoismo universal. Unos se encumbraban sobre su bajeza originaria acercándose á los magnates y aspirando á ingresar en sus filas á fuerza de espionaje y de lisonjas; otros se complacian en confundirse entre el pueblo para tomar parte en las liberalidades de que era objeto, y para evitar los peligros á que se hallaba espuesto todo el que hacia viso.

De cierto algun moralista clamaba de vez en cuando para revelar, en proporcion de su osadia, las llagas de la época, la impasibilidad de los ricos, las miserias del pobre, la corrupcion de todos. ¡Declamaciones vanas! Y en efecto ¿quién sugeria un remedio al daño? Horacio dice como poeta: *Vamos á habitar las islas Afortunadas*. Juvenal se esplica como un jóven escolar pudiera hacerlo: *Retiraos al monte Sacro*. No hallareis en las páginas de Tácito un solo pensamiento que aluda á la posibilidad de mejorar una civilizacion cuyos palpables desórdenes sabe pintar de mano maestra. Séneca y los demás estóicos responden: *Suicidaos*; los hombres politicos no saben más que recordar, como la memoria de un bien perdido, el tiempo pasado y una aristocracia ya gastada.

¿Pero de dónde se podia esperar el elemento moral? No de los tiranos que regian el imperio, ni de un Senado envilecido, ni de patricios diezmados, ni de la religion en descrédito absoluto, ni de los filósofos víctimas de la duda, ni de los ricos disolutos, ni de la plebe ignorante de sus derechos y de sus deberes: solo se podia esperar del cielo y del amor.

CAPÍTULO VI

JESUCRISTO.

Desde el instante en que Neron prendió fuego á Roma, á fin de proporcionarse el espectáculo de una ciudad incendiada, no hubo ya sacrificios para los dioses, ni órdenes para los magistrados, ni profusion de dinero, ni promesas de reconstruccion más magníficas, que pudieran libertarle del resentimiento del pueblo. Aterrorizado por aquel sordo estremecimiento que le infundia más miedo que el Senado, al cual podia en todo caso imponer silencio mandando dar muerte á los senadores, imaginó dar una satisfaccion bárbara á la muchedumbre, designándole como autores del incendio á una secta nueva de filósofos llamados cristianos, de un Cristo condenado á muerte en Palestina en tiempo de Tiberio, secta que desaprobaba la repugnante corrupcion del siglo y sus innobles vilezas, y que, no viendo en los romanos una raza de naturaleza superior á las de las demás naciones, ni tampoco el derecho en virtud del cual oprimia á todas, se hacia odiosa á aquellos tiranos del mundo.

Sobre estos hombres descargó la venganza de los romanos, á quienes el odio enseñó á conocer una religion llamada á reunir por el amor á todos los pueblos. Persiguiéronles con encono, haciéndoles padecer los más atroces suplicios, y uniendo á la crueldad el insulto, á imitacion de su soberano, respecto de los patricios. Unos, envueltos en pieles de animales, eran abandonados á los perros; aquellos á las fieras en medio del circo; á otros se les quemaba vivos, y en los jardines voluptuosos de Neron servian de antorchas sus incendiados cuerpos (1); ¡cabalmente sobre la colina del Vaticano, donde la religion, naciente entonces, debia enarbolar después su victorioso estandarte!

Aquellos tiempos anunciados por los profetas, figurados por acontecimientos y símbolos en la nacion por Dios escogida, habian al fin llegado. En todo el Oriente cundia el rumor de que un hombre destinado al imperio universal, apareceria en Judea (2). Habíanse cumplido las setenta sema-

(1) A fin de amortigar aquel rumor que le inquietaba, apeló tambien á los libros sibilinos. «Se dirigieron súplicas á Vulcano, á Ceres y á Proserpina, y se reunieron las matronas, para que Juno le fuese propicio, primeramente en el Capitolio, después en la vecina playa: se asperjó con agua del mar el templo de la diosa y su imágen: mujeres casadas hicieron enseguida el lectisterno y las veladas. Mas no eran parte las obras humanas, ni las súplicas divinas, ni las liberalidades del príncipe, á disminuir el grito que le acusaba de haber incendiado á Roma. Con el fin de desvanecerlo persiguió y castigó con los más esmerados suplicios á aquellos detestados malhechores, á quienes el vulgo llamaba cristianos, por el nombre del Cristo que bajo el reinado de Tiberio fué crucificado por el procurador Poncio Pilatos. Esta mala semilla, como se decia, quedó entonces sofocada; pero cobraba vigor no solo en Judea, donde habia nacido, sino tambien en Roma, donde abundan á porfia y adquieren celebridad todas las cosas atroces y repugnantes. Encarcelóse, pues, primeramente á los que profesaban abiertamente la doctrina de los cristianos, luego á una porcion de gentes, á quienes se designaba, no como delincuentes del incendio, sino como enemigos del género humano. Se les quitaba la vida con escarnio, envueltos en pieles de animales para que los perros los destrozasen vivos, se les crucificaba, se les quemaba, y se les prendia fuego después de untarlos con pez, á fin de que alumbrasen por la noche como si fueran antorchas. Cedió Neron para este espectáculo sus jardines y celebró allí la fiesta del circo vestido de cochero, subido en carro y como espectador entre el pueblo. Movian á lástima aquellos infelices, aunque merecedores de toda clase de suplicios, en atencion á que no morian en pro del público sino solamente por la crueldad del príncipe.» TÁCITO, *Annales*, XV, 44.

(2) SUETONIO, *en Vespasiano;* TÁCITO, *Hist.*, V, 13; JOSEFO, *De bello jud.*, VII, 12.

nas enumeradas por Daniel tantos siglos antes: se habia arrancado á la raza de Judá el cetro, y aguardaban los hebreos al Salvador prometido. En contra del desden por su nacionalidad ultrajada, imaginaban verle llegar como conquistador para romper las cadenas de su pueblo, y hacer resplandecer sobre él nuevamente la gloria de David y de Salomon.

Pero los profetas habian aludido á otras cadenas, á otras conquistas, á otra gloria, cosas todas que eran incapaces de comprender espíritus preocupados de ideas materiales. Solo una ilustracion suprema podia hacerle descubrir el regeneramiento, no de una sola nacion, sino de la humanidad toda, rescatada, no de una servidumbre temporal, sino de la esclavitud original que, suscitando un conflicto entre la razon, la inteligencia y la voluntad, habia escluido al hombre de la mansion á que deben propender todos sus esfuerzos.

Luego que Augusto hubo pacificado, ó más bien calmado el mundo á la sazon conocido, reuniéndolo en un vasto conjunto, quiso saber cuanta poblacion obedecia sus leyes y debia pagarle tributos, y mandó que se hiciera un general empadronamiento. Maria, doncella judía, de la raza de David, si bien pobre, casada con José, artesano de Nazaret de Galilea, se encaminó, para que fuera inscrito su nombre, á Belen, poblacion situada en las montañas de la Judea, de donde eran oriundos sus padres: allí dió á luz en un establo á la segunda persona de la Trinidad divina, á Jesucristo, concebido por obra del Espíritu Santo (3). Sencillos pastores, que por la suave temperatura de diciembre apacentaban sus rebaños en las laderas de los montes, acudieron á invitacion de un ángel á adorar los primeros al Salvador del mundo. Al mismo tiempo lo anunciaba una estrella á unos magos de Persia, ó más bien de la Arabia, que tambien fueron los primeros entre los gentiles que corrieron desde Oriente á rendirle homenaje. Herodes el Grande, á quien preguntaron el lugar donde habia nacido el nuevo rey de Judea, concibió recelos, y á fin de esterminar á aquel de quien le habian hablado, mandó degollar á todos los niños de ménos de dos años. Por aviso de un ángel á José fué llevado Jesús á Egipto: luego que Arquelao ascendió al trono, tornó Jesús á Palestina y vivió en Nazaret, en una oscuridad laboriosa. A veces se dirigia al templo, donde se celebraban las asambleas (*enágah*) hebdomadarias ó mensuales, en que comunmente discutian las gentes del pueblo, y los sabios (*nabiim*) predicaban sobre la doctrina. A la edad de doce años asistia á todos el derecho de esponer sus opiniones ó sus dudas: habia no obstante algunos libros, como los primeros capítulos del Génesis y de Ezequiel, cuyo exámen no era lícito sino á una edad más madura, y solo á los treinta años se consideraba que habia llegado el hombre á la plenitud de su fuerza y de su inteligencia.

A esta edad empieza Cristo su mision, presentándose á Juan Bautista, quien retirado desde su infancia en Betabara (4) á orillas del Jordan, predicaba una doctrina llena de moral, en la que á la pureza de los esenios unia el fervor de los fariseos, depurándolo y sublimándolo todo, y bautizaba en el agua, anunciando al que bautizaria en el espíritu (25[2]), y al cual, segun decia, le estaba mandado preparar el camino. Después de haber sido por él bautizado, Cristo se retira al desierto á fin de servir de ejemplo á los hombres venideros, para que, á beneficio de la soledad y de la meditacion se fortifiquen contra las dificultades de su vida. Luego empieza á predicar, y arrastrar en pos de sí á algunos pescadores y otros hombres de condicion humilde, destinados más tarde á divulgar su palabra. Dice: «Bienaventurados los pobres de espíritu: bienaventurados los mansos: bienaventurados los que lloran: bienaventurados los que sufren persecuciones: bienaventurados los que han hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos: bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia: bienaventurados los limpios de corazon, porque ellos verán á Dios: bienaventurados los pacíficos, porque hijos de Dios serán llamados: bienaventurados los que sufren persecucion por la justicia, porque de ellos será el reino de los cielos.»

«Aprended de mí que soy humilde y manso, y vuestras almas encontrarán reposo. El que se enfurece contra su hermano, merece ser condenado. Si os acaece que al presentar vuestra ofrenda en el altar se hallase irritado contra vosotros vuestro hermano, suspended la ofrenda, é id á reconciliaros con él ante todo. Misericordia quiero y no sacrificio. Hasta ahora se os ha dicho *ojo por ojo, diente por diente:* yo os digo, si alguno os diere una bofetada, presentad la otra mejilla. Hasta ahora se os ha mandado no despedir á vuestra esposa sin declarárselo antes que la repudieis y por escrito. Yo os digo que el que abandona á su mujer, fuera del caso de infidelidad, y el que se desposa con la que ha sido repudiada, son culpables de adulterio. Se os ha encomendado hasta ahora

(3) En el año 747 de Roma, 40 de la era juliana, 39 del reinado de Augusto, 25 después de la batalla de Accio, 35 después que Herodes fué declarado rey de Judea, el año segundo de la CXCIII olimpiada y 4708 del período juliano; bajo los cónsules Cayo Antiscio Veter y Decimo Lelio Balbo, 5 años, nueve meses y siete dias antes de la era cristiana; pero en este punto varian las opiniones. Munter es el último que ha tratado esta cuestion, *Der Stern der Weisen*. Cree que la estrella que se apareció á los magos era una constelacion formada por el encuentro de Júpiter y de Saturno en el signo Piscis: combinacion reproducida en 1609 y en 1821; lo cual estableceria seis años antes de la era vulgar el nacimiento de J. C.

(4) *Beth-habarah*, Casa del tránsito, y no Betania, como dice la Vulgata.

amar á vuestro hermano y aborrecer á vuestro enemigo; yo os encomiendo amar á vuestro enemigo; haced bien al que os aborrece; orad por el que os persigue, imitando á Dios que hace resplandecer el sol sobre los buenos y sobre los malos. Haced limosna pero en secreto, y no aguardeis á ser vistos por los demás para hacer justicia. Vuestra mano izquierda ignore lo que haga la derecha. No jureis: sea *sí* ó *nó* vuestra palabra. Para orar retiraos á vuestra morada, y no empleeis muchas palabras á semejanza de los gentiles que creen así ser oidos: pedid ante todo el reino de Dios, y todas las demás cosas os serán añadidas. No todo el que dice, «Señor, Señor,» entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi padre.

«Como juzgueis á los demás, así sereis juzgados vosotros: ¿de qué sirve ver una paja en el ojo ajeno y no ver una viga en el ojo propio? Todo lo que querais que los hombres hagan con vosotros, hacedlo vosotros con ellos, porque esta es la ley de los profetas. El que tiene dos túnicas ofrezca una al que no tiene. Todo el que diere de beber por amor mio una gota de agua á un desventurado, en verdad os digo que no perderá su recompensa. Haced bien, dad prestado sin esperar por eso nada, y vuestro galardon será grande. El sábado se hizo para el hombre y no el hombre para el sábado. No hay cosa fuera del hombre que entrando en él le pueda ensuciar; más las que salen de él son las que ensucian al hombre.

«Yo os doy un precepto nuevo, y es que os ameis unos á otros como yo os he amado. Sereis conocidos por discípulos mios, si os amais recíprocamente. Yo soy la vid y vosotros sois los sarmientos. No os llamaré siervos, porque el siervo no sabe lo que su señor hace; sino amigos, porque os he hecho conocer todas las cosas que he oido de mi padre.

«Y cuando viniere el Hijo del Hombre al fin de los siglos á juzgar á todos, dirá á los que estarán á su derecha: *Tuve hambre y me disteis de comer: tuve sed y me disteis de beber: era peregrino y me hospedasteis; desnudo y me vestisteis; enfermo y me visitasteis; estaba en la cárcel y vinisteis á verme: venid, ¡oh benditos de mi padre! poseed el reino que os está preparado* (5).»

Con milagros de más bondad que poder confirma esta predicacion dulce y afectuosa. Sirven de apoyo á la moral de Jesus el ejemplo y la gracia. Atropéllase la muchedumbre en pos de su huella, y él lleno de humildad y de mansedumbre, dispensaba segun las necesidades, cuanto posee, sin tasa. Hablando de perdon y de amor desvanece las dudas: encomienda nuevamente la observancia de la ley de Moisés, aun cuando ve asentada en su cátedra una raza hipócrita y vana: censura á los ministros, pero no abandona el culto; frecuenta el templo, reconoce la sinagoga; y no queriendo destruir, sino cumplir la ley, dice: «Oid los preceptos: no imiteis las obras de aquellos que multiplican las prácticas esteriores, y aspiran después al primer puesto, á las consideraciones y al título de maestros. Pagan el diezmo del eneldo y la menta, y dejan las cosas que son más importantes, la justicia y la misericordia (6). ¡Ay de vosotros, doctores de la ley, que imponeis á los hombres cargas que no pueden llevar, y vosotros ni aun con uno de vuestros dedos tocais las cargas! ¡Ay de vosotros, que os alzásteis con la llave de la ciencia! Vosotros no entrasteis y habeis vedado á los demás la entrada (7).»

Nó reinaba ya Herodes en Jerusalen, y su reino estaba dividido: Herodes Antipas y Filipo gobernaban como tetrarcas bajo la dominacion romana, el primero la Galilea y Perea, el otro las provincias vecinas: Arquelao habia sido desposeido por los romanos; y Jerusalen, la Judea propiamente dicha, Samaria, é Idumea, estaban agregadas á la provincia romana de la Siria, administrada por un procurador, que si bien dependia del propretor de Siria gozaba de la independencia habitual. Residia en Cesarea ó en el mar y solo rara vez pasaba á Jerusalen. En todos esos pueblos habia guarnicion romana.

Los judios odiaban al extranjero y los impuestos, y de consiguiente á los publicanos, ya gentiles, ya compatriotas renegados. Las cuestiones religiosas se mezclaban con las políticas y discutíanse en el templo, en las plazas, en los terrados y se formaban partidos entre los cuales superaba el de los fariseos. Estrictos observadores de la ley mosaica la falseaban éstos con la exageracion de las prácticas religiosas y con la intolerancia, de donde manaron después las minuciosas y empalagosas prescripciones del Talmud.

Así como en otro tiempo apedreaban los hebreos á los profetas, eran á la sazon los señores de Judá quienes les condenaban á muerte. Habiéndose enamorado Herodes Antipas de su cuñada Herodias, resolvió poseerla, repudiando á su primera esposa. Presentóse Juan Bautista á reconvenirle por la violacion de la ley, y respondió con el argumento de los que poseen la fuerza, metiéndole preso y otorgando después su cabeza á Salomé, hija de Herodias, porque habia bailado bien en su presencia. (8). De este modo fué castigada una ingenuidad virtuosa y se libertó Herodes de un censor severo, cuyos numerosos parciales y cuya irreprensible doctrina le hacian sombra.

Quedaba Jesus que, pudiendo decir sin que nadie le contradijera: *¿Quién de vosotros podrá*

(5) S. Mateo, cap. V, VI, VII, X, XI, XII, XVIII, XXV. S. Marcos, cap. III, V; S. Lucas, cap. III, VI; S. Juan, cap. XV.

(6) S. Mateo, XXXIII, 2, 23;
(7) S. Lucas, XI, 46, 52.
(8) S. Mateo, XIV.

acusarme de pecado? (9), ofendia la ambicion y la hipocresia de los grandes, de los sacerdotes, de los fariseos, del pueblo, apartando de la ley las observancias frívolas, y hablando no solamente á los hebreos, sino á todo el mundo; destruyendo esperanzas hereditarias para elevar los espíritus á un objeto más sublime; enseñando la doctrina más escelsa y más pura que ha oido jamás la tierra. En vez de examinarle, conspiraron los hebreos contra Cristo, unos por religion, otros por política, la mayor parte por envidia y por impostura. Enviaron personas que le tentasen con preguntas capciosas; pero confundióles Cristo, y sus palabras obtenian creencia, como la de todo el que habla con autoridad.

Hace su entrada en Jerusalen sobre un pollino, segun el uso de los jueces (10), para anunciar que su mision no es una mision de conquista, sino de juicio, de paz, de alianza, de buen consejo. Israel le aclamaba diciendo: *Hosana, hijo de David; bendito el que viene en el nombre del Señor;* pero dentro de pocos dias habia de gritar el mismo pueblo: *¡Crucifícale! ¡Crucifícale!*

Era la Pascua la principal solemnidad de los hebreos: celebrábanla en memoria del dia en que Dios les habia libertado con poderosa mano del yugo de la servidumbre. Se empezaba la cena, á que se juntaba toda la familia, gustándose una yerba amarga sazonada con vinagre (11), y sirviéndose un pan duro en memoria de los males padecidos en el cautiverio (12). Después se manifestaba el júbilo de la independencia con la estremada alegria de un abundante banquete, y el padre de familia partia un pan ázimo que distribuia á los convidados. Escanciábase entonces en los vasos un poco de vino, y el padre de familia bendecia en aquel pan y en aquel vino los bienes físicos y morales asegurados por la ley santa al pueblo elegido. Cristo celebró aquella ceremonia como todas las de la nacion judia. Pero después de tomar, con sus discípulos, su parte del cordero místico, instituyó con aquel pan y con aquel vino el eterno sacramento de la memoria de la transustanciacion y de la nueva alianza.

Entretanto una enemistad activa y la hipócrita calumnia maduraban el delito anunciado y deplorado habia tantos siglos. Uno de los discípulos de Cristo le entregó á sus perseguidores; otro le negó tres veces; le abandonaron todos, como se descaria un rebaño cuando el pastor es herido. Se le acusó, ante los tribunales, adonde fué conducido, de blasfemar, de corromper á la juventud, y de sublevar á la nacion contra la dominacion extranjera. Los príncipes de los sacerdotes, es decir, los jefes de cada una de las clases sacerdotales, los ancianos del pueblo y el consejo de los jueces, al cual dejaba la dominacion romana suficiente autoridad para cometer el gran desafuero, se congregaron en el salon donde se celebraba el Sanedrin, y declararon que Jesus merecia la muerte. Pidieron su condena al gobernador Poncio Pilatos, quien interroga al acusado y dice: *¿Eres tú el rey de los judíos?* Cristo responde: *Mi reino no es de este mundo de otro modo mis ministros se opondrian á que fuese entregado á los judíos; pero mi reino no es de aquí ahora.—¿Con qué eres rey?* replica Pilatos:—Y Cristo responde:—*Tú lo has dicho, soy rey; y he venido á este mundo para dar testimonio de la verdad, y aquellos que aman la verdad oyen mi voz* (13).

En un tiempo en que no se sospechaba que para avasallar al mundo hubiese otros lazos que los de la fuerza ¿qué miedo podia infundir al procónsul un poder que no era de este mundo, un rey que no tenia más imperio que el de la verdad, ni otros súbditos que aquellos que la verdad le sometia? Nada habia allí de amenazador para la autoridad que representaba, y el acusado no podia ser á sus ojos más que un insensato. Hizo, pues, que le pusieran un pedazo de púrpura, una corona de espinas y una caña por cetro, como á un rey que solo provocaba á risa.

No obstante, el cetro de caña debia quebrar el cetro de hierro de los señores del mundo. Pero Pilatos que no podia estorbarlo, ni preverlo, declara que en los hechos imputados á Jesus no halla culpabilidad alguna. Asediado entonces por los magnates, que insisten en la condena y amenazan acusarle ante Roma, y estrechado por los clamores del pueblo, como se llamaba á unos pocos ociosos que vociferaban en la plaza, le hace consentir la política en que el Justo sea condenado á muerte. Jesus víctima de la antigua legalidad, á fin de que sea condenada eternamente, es clavado en la cruz, y todo fué consumado (14).

---

(9) S. JUAN, VIII, 46.

(10) Así parece que resulta en nuestro concepto de este pasaje, del cántico de Débora (*Jueces*, V, 10): *Qui ascenditis super nitentes asinos, et sedetis in judicio, et ambulatis in via, loquimini.*

(11) *Exodo*, XII, 8.

(12) —¿Por qué comemos estas yerbas amargas? Significan que los egipcios hacian pasar á nuestros antepasados amarga vida, porque está escrito: Hacian la vida amarga en el cautiverio. (*Haggada* ó plegarias de los hebreos durante la Pascua.)

(13) S. JUAN, XVIII.

(14) Se lee el siguiente pasage en las *Antigüedades judáicas* de Josefo, lib. XVIII, 3: «Entonces vivia Jesus, hombre lleno de sabiduria, dado que se le pueda llamar hombre. Hizo en efecto cosas maravillosas, enseñó á los que acogen la verdad de buen grado, y se le unieron muchos judíos y griegos. Tal era Cristo; y habiéndole mandado crucificar Poncio Pilatos por denuncia de los principales entre nosotros, le permanecieron fieles los que le habian amado, porque al tercero dia se les apareció resucitado, segun lo habian anunciado los profetas de Dios, que tambien habian predicho otros milagros. Todavia existen hoy los que se denominan cristianos en virtud de su nombre.»

Vé la crítica una interpolacion en este pasage, que dice

Ninguna religion, ninguna filosofia podia vanagloriarse de poseer un tipo que se aproximase á éste. Casto y puro en sus costumbres, no buscó Jesús riquezas ni honores. Vivió con los pobres y para los pobres; haciendo el bien verificó su tránsito por la tierra; como amigo afectuoso llora la muerte de Lázaro, y deja que Juan se duerma sobre su seno; se muestra lleno de tolerancia con la Cananea, la mujer adúltera y la Magdalena: ama á la patria, sobre la que gime previendo sus desastres. Cándido y sencillo como los niños, de quienes anhela verse rodeado, llega su energia hasta el punto de padecer con tranquilidad la muerte. ¡Y qué clase de muerte! En fin, su postrer suspiro es una palabra de misericordia, un perdon á sus asesinos.

¿Qué puede compararle la antigüedad pagana? ¡Sócrates, el más santo de los sabios! ¿Pero qué tiene que ver su filosofia burlona y tímida con la filosofia activa y caritativa de Cristo? Sócrates podia prever que sus contínuos ataques á las costumbres, á las doctrinas, á las creencias de su tiempo, le pondrian un dia en peligro; y el *tábano que se habia adherido al corcel potente y generoso* debia esperar ser aplastado de un momento á otro. Adviértese generosidad suma en el modo con que se ofrece á su condena; pero en el instante mismo de su muerte, y á presencia de sus jueces, no profesa más que dudas acerca de la inmortalidad del alma. Por eso esclama Rousseau: «Si el fin de Sócrates es el de un justo, el fin de Cristo es el de un dios (15).»

Apodérase el desaliento de los discípulos de Jesús, quienes juzgan mundanamente las cosas por su éxito inmediato. Se esconden, y viendo su única salvacion en el olvido, lloran á su perdido maestro; pero en breve resucita, segun les habia prometido, y tornando á subir al trono de su Padre, les envia el Espíritu Santo, que trasforma en intrépidos doctores á los tímidos é ignorantes pescadores de Galilea. Revestidos con celeste fuerza obedecen á su maestro, quien les habia dicho: *Id y enseñad á todas las naciones:* se derraman por Jerusalen, y anuncian que la ley se ha cumplido, que han cesado las figuras y ha empezado la nueva alianza; que ha venido la luz de la luz, el Dios de Dios, y esplican aquella doctrina que debia ser la salvacion del mundo.

Jesús no ha dejado ningun escrito; pero mandó á sus discípulos dar testimonio de lo que habian visto y oido. Recogen, pues, sus palabras y sus actos; y divinamente inspirados escriben esas relaciones que ha adoptado como regla de fé la Iglesia. Tales son los evangelios de Mateo, Marcos, Lucas y Juan, donde se muestra la sublimidad de Dios en la simplicidad del hombre, la divinidad del sentimiento en la sencillez de las espresiones. Eran estremadamente simples los principios sentados por Jesucristo; pero tales, que el entendimiento humano no podia abjurar de ellos una vez que los ha comprendido: «Dios es uno; todos los hombres son iguales; amad á Dios vuestro señor sobre todas las cosas; amaos unos á otros como os ama vuestro celestial padre, que será con vosotros hasta la consumacion de los siglos.»

Veneremos en piadoso silencio los misterios de la gracia y de la redencion, la profundidad inaccesible de la naturaleza divina, esas nociones sublimes, que reveló al hombre, en cuyo espíritu se habian oscurecido. Si la historia no puede separar la humanidad de la divinidad de Cristo, los preceptos de los dogmas, el poder de la verdad del triunfo de la gracia, debe limitarse á considerar el efecto que debia de producir esta doctrina en el órden general de la humanidad en su marcha lenta, si bien segura.

¡La humanidad, palabra antes desconocida para los filósofos y legisladores, resonó entonces por la vez primera! Los más esclarecidos de ellos nunca estendieron sus miras más allá de su nacion propia; cuando hé aquí que cerca de un lago de Galilea se establece una sociedad que enlaza las ramas separadas de la gran familia humana, reune los pensamientos de todas las generaciones y de todos los siglos en un vínculo de fé, de esperanza, de amor, cuyo nudo está en el cielo.

¿Era la doctrina de Jesucristo un nuevo progreso de la ciencia antigua? ¿No era más que un perfeccionamiento de la filosofia hebráica (16)? ¿Se enca-

---

sobrado para un judio y no bastante para un cristiano. No hace mencion de ella ningun Padre de la Iglesia anterior á Eusebio. Consúltese especialmente á GODOFREDO LESS, *Disputatio super Josephi de Cristo testimouium* (Gotinga, 1781). Refutando completamente el pretendido testimonio de este historiador, demuestra que su silencio prueba más que un elogio, en atencion á que no hubiera dejado de impugnar una impostura, si le hubiera sido posible señalarla.

(15) Gibbon es el único que en su prevencion insensata y denigrante considera á Sócrates muy superior á Jesús, porque no manifiesta ningun signo de impaciencia ni de esperanza, al paso que Cristo clama de este modo. «¡Dios mio, Dios mio! ¿Por qué me has abandonado?»

(16) T. Salvador, autor del *Moisés y sus instituciones*, ha publicado ultimamente *Jesucristo y su doctrina; Historia del nacimiento de la Iglesia, de su organizacion y sus progresos* (Paris, 1838; dos tomos en 8.º). Demuestra que todo cuanto enseñó Cristo lo tomó de los hebreos, de Filon, de los esenios, y disculpando á los fariseos, hace la apología del sistema judaico, pretendiendo que Cristo echó á perder su pureza con la mezcla de ideas orientales. Por lo demás, no ha procurado esplicar como aquel galileo, uno de los numerosos Mesias que aparecieron entonces, ajusticiado legalmente, segun su aserto, ha podido encontrar creencia en el mundo entero á diferencia de otros taumaturgos. Hasta que haya dado esta esplicacion creemos ocioso impugnar sus doctrinas, copiadas de Strauss y otros alemanes que pretenden *den Shon cnalysiren*, al propio tiempo que menos resueltos que ellos desearia mantenerse en un justo medio inconciliable con la razon. Después Renan se sirvió de todos para formar una placentera novela.

denaba por ventura con las de Sócrates, Aristóteles y Platon? Parece que lo niega toda la historia. El cristianismo nace del judaismo y este se niega á reconocerle: es su complemento, y no obstante las trasformaciones del pensamiento primitivo, tienen tal carácter de novedad, que parecen una refutacion.

Pecado original.—Habia conservado la India en un resíduo de las antiguas tradiciones, la nocion de una primera caida con que habia sido mancillado todo el género humano, y de que podia redimirse el hombre ya por sus obras, ya por la fuerza de la meditacion, desprendiéndose de la materia. Pero aquella primera culpa habia mancillado á los hombres de un modo distinto, y desde entonces permanecian diferentes entre sí las castas, á consecuencia de una inestinguible diversidad de orígen.

Partiendo tambien la sabiduria de Egipto del dogma de una caida, fuente de todas las antiguas creencias, suponia que los hombres eran ángeles condenados á expiar en la tierra un pecado cometido en el cielo, pasando por diversos grados de infortunio, segun la gravedad de la culpa con que se habian mancillado allá arriba, y no debiendo salir nunca, vivos ni muertos, de la casta á que pertenecia cada uno de ellos. Distinguian los pelasgos á los hombres nacidos de los dioses, dotados de almas inmortales, de los otros séres humanos que desprovistos de ellas, podian ser poseidos por los primeros como cosas.

Igualdad.—Tales son las tres fuentes de donde emanaron las ideas que, confundidas y hermoseadas por los griegos, adquirieron la dignidad y la forma de ciencia, gracias á las meditaciones y á la habilidad de sus grandes filósofos. Pero entre estos, entre los legisladores, ¿cuál es el que no admite la preeminencia de algunos hombres sobre otros? Vanamente lo buscareis; donde quiera se os presentará una distincion inhumana entre la raza que manda y la que debe prestar obediencia. Lejos de haber un solo hombre de Estado que al aspirar á establecer la ventura de su pueblo, tenga en vista la ventura de los demás, todos tienen por máxima ¡*Ay de los vencidos*!, todos ven en los extranjeros enemigos con que lidiar y á quienes hacer esclavos; y si la república saca ventaja, toda iniquidad tiene su justificacion. Roma que formuló este cruel derecho en el terrible adagio *Homo homini ignoto est lupus*, llegó de este modo á grandeza tanta, que pudo forzar al mundo á obedecer y venerar á Tiberio y á Calígula sobre el trono y en los altares.

Entre las escuelas no hay una que se eleve hasta encontrar el orígen comun del hombre; todas admiten las consecuencias que tienen en práctica en su sociedad, sin someter á exámen los principios de donde se derivan: aun aquellos que conocen la necesidad de apoyar la justicia en alguna cosa superior á las sociedades humanas y que las haya precedido, ni aun siquiera sospechan que estas reglas eternas son estensivas á toda la especie humana. Aristóteles funda su república en la propiedad y en la raza, las cuales abarcan mujeres, niños, esclavos y los demás bienes. Hasta el mismo Platon, descuidando al mayor número, confia el gobierno de su república á una casta de guerreros. En su teoria quiere que esta casta se reclute y se fortifique con la promiscuidad, y estingue tambien para la raza privilegida el matrimonio y la familia, declarando que todos los hijos deben considerarse comunes.

Séneca habló antes que nadie de un derecho de la humanidad, si bien parecia haber resonado en su oido la revelacion nueva: por otra parte se querella de ver á Claudio hacer estensivo á los galos y y á los bretones el derecho de ciudadania romana: teme verle conferido un dia á todos los hombres.

Hay más, los mismos hebreos, á quienes ordenaba la ley amar á los estranjeros, hallaban escepciones en ella respecto de sus personas, ora cuando permitia la usura, ora cuando les prohibia los matrimonios y los enlaces con ellos. No obstante, sus profetas habian anunciado aquella fraternidad universal en las doctrinas de la verdad cuando se espresaban de este modo: «Siervo mio eres tú, Jacob, sobre tí puse mi espíritu y promulgarás justicia á las naciones. Yo el Señor, te tomé por la mano y te puse para ser reconciliacion del pueblo, para luz de las gentes. Congréguense á una todas las naciones y reúnanse todas las tribus. Un dia, cuando esté preparada la casa del Señor, en la cumbre de los collados, correrán á él todas las gentes y dirán: Venid y subamos al monte del Señor y á la casa del dios de Jacob, y nos enseñará sus caminos, y andaremos en sus senderos, porque de Sion saldrá la ley y la palabra de Jerusalen; juzgará á las naciones, y será árbitro de los pueblos: y de sus espadas forjarán arados, y de sus lanzas hoces; no alzará la espada una nacion contra otra nacion, ni se ensayarán más para la guerra; y cada uno se sentará debajo de su vid y debajo de su higuera, y no habrá quien cause temor. Será la paz obra de la justicia, y el cuidado de conservarla proporcionará una seguridad que durará eternamente (17) »

Consecuencias de aquel espíritu esclusivo de las naciones paganas eran la esclavitud, la crueldad y el menosprecio á las mujeres. Se reconoce generalmente la primera, no solo como un hecho, sino tambien como un derecho. Derramando sangre humana aplaca la religion á una divinidad en que no cree; ofrece la política en espectáculo agonias humanas á un pueblo envilecido. En las obras de arte no aparece la mujer sino como un instrumento en manos de los dioses y del hombre: sigue siempre, jamás conduce: no tiene mas libertad que la del llanto: cuando se ocupan de ella las leyes, es para sujetarla á perdurable tutela, bajo la autoridad de su padre cuando es hija, bajo la de su esposo

---

(17) Isaias II, 1-4; XLI, 8, 9; XLII, 1, 6; XLIII, 9; Miqueas, 4.

cuando se casa, bajo la de algun pariente cuando enviuda (18). Entre los hebreos, si paria la madre un varon, permanecia impura cuarenta dias, y si era una hembra, ochenta. En la India no podia cumplir la hija los sacrificios expiatorios por sus padres, por lo cual su nacimiento era un motivo de luto, y podia ser repudiada la madre por esta causa. En Roma estaba limitada la parte de herencia que se le podia dejar, aun cuando fuese única; allí como en Grecia no tomaba parte la doncella en los esponsales, que se arreglaban entre los padres; en Grecia se disponian los matrimonios por testamento (19); y en Roma, despues de estar casada, podia arrebatarla el padre á su esposo y á sus hijos para entregarla á otro (20), y está escluida de la plenitud del derecho, que no se adquiere más que por la aptitud para empuñar las armas. Privada hasta de la piedad del luto (21) esta encantadora mitad del género humano permanecerá encerrada en los gineceos ó prostituida en los templos ó despreciada toda su vida. Solo algunas se libertarán de una oscuridad funesta á costa de su pudor, como las Tais y las Aspasias, ó por medio de virtudes heróicas, privilegio de escaso número de ellas (22).

La fuerza del sentimiento natural indujo á Platon á proclamar la libertad de la mujer, si bien solo en la casta privilegiada: luego la envileció arrebatándole su carácter más precioso, el de madre que educa con amor á sus hijos, esperanza de la generacion venidera.

Cristo proclama que todos los hombres son hijos de su padre. Todos están mancillados con una culpa original, que él expia igualmente por todos con su sacrificio. Así desaparece toda diferencia de orígen, toda distincion de raza en la fraternidad de Cristo; y vástagos todos de un mismo tronco, grandes y pequeños, hombres y mujeres, libres y esclavos, latinos, bárbaros, judíos, se dirigen por diferentes sendas á un comun destino.

Si el indio ó el egipcio vé á una clase de hombres muy desventurada, ó á un individuo agobiado por el infortunio, creerá que su padecimiento emana de un pecado cometido en el cielo ó en la tierra, y tenerle compasion será casi una impiedad á sus ojos. Pero el cristiano sabe que, si todos han pecado, todos son redimidos. Ahora bien, el distinto sentimiento que debe surgir en semejante caso sobre el uno y sobre el otro, indica suficientemente el diferente efecto que ambas religiones han de producir en la muchedumbre. Jesucristo ama á su patria: aspira á serle útil del modo más positivo, mejorando sus costumbres y sus creencias; gime pensando en la ruina á que la arrastra su obstinacion contra la verdad; pero no le inclina una adhesion parcial y ciega á servirla y á hacerla grande con detrimento ageno: no quiere elevarla sino elevando con ella á todo el género humano.

Unidad.—El adorador fetiquista profesa la religion más individual, puesto que cada cual hace dios al que le inspira amor ó miedo; no apercibe, pues, en el mundo más que séres aislados. Da el politeismo á los hombres tantas divinidades distintas como asociaciones hay sobre la tierra, de donde se sigue que se reviste de un carácter social, si bien limitado. La universalidad no puede pertenecer más que al monoteismo. Tal era sin duda la doctrina profesada en todos tiempos por los hebreos; pero un grande obstáculo se oponia á sus consecuencias, á saber, que era un pueblo especialmente elegido, aunque sus creencias fueran comunes á todas las clases, y aunque el esclavo adorára y conociera la divinidad lo mismo que el levita.

Jesucristo enseña con la unidad de Dios la unidad y la igualdad de la familia humana. En las antiguas religiones habia además de las divinidades peculiares á cada nacion, dioses domésticos, lares, ritos de familia: al revés, por el cristianismo todos los hombres concuerdan en creencias, reuniéndose en una sola iglesia. En todos los paises se cumplen las mismas solemnidades, signos consagrados distinguen en cualesquiera comarcas al creyente, son comunes las oraciones, y frecuentemente se recitan en el mundo entero el mismo dia y á la misma hora. La religion no se circunscribe ya á un lugar solo ni Dios habita el Olimpo ó el Meru; es predicada á todos y no anuncia conquistas ó sea el predominio de alguna nacion; no instituye una casta sacerdotal ni ritos de una solemnidad indispensable: no será forzoso ir á Garizin ó á Sion; oraciones, simples ceremonias, afectuosas conmemoraciones congregarán á los fieles, cualquiera que se el instante en que eleven á Dios sus almas.

Gobierno.—Todo tiene, pues, por objeto la unidad, la asociacion fraternal. Pero la primera no se puede alcanzar mientras el hombre permanece abandonado á su juicio individual y á sus inspiraciones. Jesucristo, cuya reforma era moral y no política, no pronunció en verdad ninguna palabra que se refiriera directamente al órden material del mundo visible; pero hallándose la tierra íntimamente enlazada con el cielo, el tiempo con la eternidad, lo contingente con lo necesario, esta ciencia de las relaciones del hombre con Dios y de su union por la mediacion de un Redentor, renueva el mundo ofreciéndole una regla de eterna justi-

---

(18) *In patrie potestate—in manu—in tutelis proximi agnati.*

(19) Dice Demóstenes *contra Afobo*: «Mi padre deja por legado mi hermana á Afobo, y mi madre á Demofonte.» Y por Formion: «Habiendo muerto Pasio después de hacer testamento, en virtud de este se casó con su viuda.»

(20) Véase á PLAUTO, *Stichus;* LABOÛLAYE, *Derecho romano.*

(21) *Vir non luget uxorem; nullam debet uxori religionem luctus.* Digest., III, 2, 1, 9.

(22) El grave censor Metelo dijo en una asamblea romana el año 622: «Si pudiera perpetuarse la especie humana sin mujeres, nos librariamos voluntariamente de tan grave mal; pero como quiere la naturaleza que ni podamos ser felices ni subsistir sin ellas, está cada uno en el deber de sacrificar su reposo por el bien del Estado.» A. GELIO I. 6.

cia; evita desde luego que unos hombres se consideren como fin y otros como medio; funda en seguida la libertad engendrada por la fé, por la prática de la virtud y por el conocimiento de la verdad (23).

Cuando la mujer del Zebedeo pide á Jesus que sus hijos se sienten en su reino uno á su derecha y otro á su izquierda: *No sabeis lo que pedis*, responde: *todo el que quiera ser mayor, sera vuestro criado, así como el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir y para dar su vida en redencion de muchos* (24).

Estas palabras indican la regeneracion de la sociedad, sustituyendo á la tirania, bajo la cual solo un corto número goza, y la mayoria padece, el gobierno en ventaja de todos, convirtiendo en un deber y no en un privilegio el cuidado de dirigir á los demás hombres. Aquel que se sienta en el lugar más elevado, sabe que tiene obligacion de servir á la sociedad humana, y de consiguiente no ha de envanecerse de su alta categoria. Aquel que se halla en las filas inferiores vé en el poderoso al hombre constituido en su provecho: ámale, pues, y le auxilia. Desde entonces los que tienen el poder reconocen los derechos de los súbditos, y estos últimos comprenden la obligacion de obedecer por respeto al Señor, única fuente de que todo poder emana; y unos y otros concuerdan en no querer más que lo que quiere la voluntad del comun soberano.

Jesucristo designó al hombre que, después de su muerte, debia hacerse siervo de los siervos, y fundó así la unidad del gobierno visible, que no siendo su reino de este mundo, iba á acercar cada vez más á los hombres al reino de Dios, es decir, á la unidad de creencias y de afectos. Con este fin se establece un gobierno encargado de regir las conciencias, y á el corresponde resolver las dudas y determinar las creencias. Nada tiene de violento: sus únicas armas son la persuasion, la gracia que invoca, y la infalibilidad prometida por el Señor que ora en el cielo para que la fé de Pedro no vacile.

Lejos de luchar este poder espiritual con el de la tierra, prescribe dar al César lo que le pertenece; pero propagará á la faz del César doctrinas que insinuándose en la vida social, deben modificarla, y ejemplos cuya evidente santidad induce á imitarlos. En su consecuencia habrá en la sociedad mundana naciones distintas, en la sociedad religiosa una *asamblea universal* (Iglesia católica). En la una dá la nobleza de raza dignidad y poder; en la otra todo proviene del mérito personal, sin grados, ni privilegios hereditarios; de tal manera, que el que nace en el último grado podrá encumbrarse al primero y hasta á los altares. Allí la fuerza es la que impone los gobernantes, y su capricho es el que hace los magistrados; aquí todo es producto de la eleccion libre, desde el acólito hasta el pontífice. Allí ejércitos que avasallan los cuerpos, aquí apóstoles que persuaden el entendimiento y cautivan la voluntad. Allí emperadores que decretan; aquí obispos, diáconos, sacerdotes que instruyen y aconsejan. Allí juicios que castigan; aquí un tribunal en que la declaracion que se hace de las culpas las expia; y si hay uno que, persistiendo en la iniquidad, escandaliza á sus hermanos, la pena más severa en que incurre es verse escluido de la comunion de la Iglesia, es decir, no tomar ya parte en la oracion ni en el banquete de los hombres honrados. Allí en suma, la materia, aquí el espíritu; por un lado la coaccion, por otro la conciencia.

Progreso.—Aquellas palabras *sed perfectos como mi padre celestial*, al mismo tiempo que establecen sobre una base divina la sociedad humana, trastornan la inmovilidad antigua, exigiendo que la actividad humana se ejercite en el afecto, en el sentimiento, en las obras. «No penseis que vine á traer á la tierra la paz sino la guerra: el reino de los cielos se toma por violencia y los violentos son los que lo consiguen. Sed prudentes como las serpientes y sencillos como las palomas. Ved como yo os envio como ovejas enmedio de lobos. Os harán comparecer los hombres en sus audiencias y os azotarán, y sereis aborrecidos de todos por mi nombre. Cuando os persiguieren en una ciudad, huid á la otra; no temais á los que matan el cuerpo y no pueden matar el alma. No ha de ser el discípulo mejor tratado que su maestro. El que quiera venir conmigo, que tome su cruz y sígame. No conteis con los frutos, porque uno es el que siembra y otro el que siega (25).»

Es, pues, la mision de los siglos modernos adelantar y luchar, y si la palabra de Dios no es engañosa, irá desarrollándose y realizándose cada vez mas la ley del amor y de la justicia; y como en ella consiste asimismo el perfeccionamiento del órden moral, será infalible el progreso, porque habrá venido á ser la ley natural de la humanidad. Llegando á enlazarse las ciencias humanas en su conjunto á la sublime unidad de lo verdadero, que es tambien el principio del cristianismo, no las repudia, sino que las trasforma: les asegura realmente un eterno triunfo sobre la tirania del vicio y del error, que es la peor de todas (26).

La adoracion del hombre es la adoracion del mal. El culto de los Césares es el último grado de la idolatria, ó sea de la adoracion del hombre y de la adoracion del mal; las costumbres de su edad

(23) *Si vosotros perseveráreis en mi palabra, sereis verdaderamente mis discípulos, y conocereis la verdad, y la verdad os hará libres.* S. JUAN, XIII, 31, 32.

(24) S. MATEO, XX.

(25) SAN MATEO, X, XI; SAN JUAN, IV.

(26) *Qui philosophi vocantur si qua forte vera et fidei nostru accommodata dixerunt, ab eis, tamquam ab injustis possessoribus, in usum nostrum vindicanda sunt.* SAN AGUSTIN, *De doct. Christ.*, II, 40.

son el grado ínfimo de la impureza de la inhumanidad y de la division, las tres grandes consecuencias de la idolatria. «De un lado están las obras de la carne, olvido de Dios, inconstancia de los matrimonios, envenenamientos, sangre y homicidios, robo y engaño, orgias, tenebrosos sacrificios, veladas llenas de locura, hombres muertos por celos ó afligidos con el adulterio; todas las cosas confusas, y una gran guerra de ignorancia que la locura de los hombres llama paz (27).» No parece sino que estas líneas santas se han escrito para predecir y retratar el siglo de los Césares. De otro lado están «todos los frutos del espíritu, caridad, alegria, paz, paciencia, bondad, longanimidad, dulzura, fe, modestia, templanza, castidad» (28); los cuatro caractéres opuestos á los cuatro de la antigüedad: fe pura á la idolatria, caridad al espíritu de malevolencia, justicia al homicidio, castidad á la corrupcion. Esta guerra principiaba con el Evangelio.

Los antiguos desesperaban de hacer que la mayoria de los hombres practicase la virtud, de suerte que la reservaban á pocos, y á pocos comunicaban la verdad: conocian que era falsa la idolatria; pero la conservaban como medio. Cristo, por el contrario, dijo á sus discípulos: *Id y enseñad á todas las gentes*. Pero para corregir al género humano no quiso variar las masas ni el órden establecido, sino más bien se dirigió á los individuos. Y en efecto, individual era el fin que el Evangelio se proponia, esto es, la virtud y la union íntima con la divinidad. De aquí procedia en cada uno la conciencia de la dignidad propia, derivada de la igualdad de destino. Por consecuencia, Cristo enseñó la manera de oponerse á la corrupcion universal, cuya manera ignoraron los sabios queriendo que se reformasen las costumbres privadas para llegar á la mejora pública.

Cualquiera que sea el grado de perfeccion que pueda imaginar el hombre, lo halla en el Evangelio; cualquiera duda que le ocasione la prudencia y la utilidad de una resolucion, el Evangelio le sugiere siempre la solucion más honesta y generosa; y no hay culpa que no pueda cometerse desviándose de sus máximas ó desconociéndolas.

El prójimo.—Amar á Dios es el primer precepto; amar al prójimo por Dios es el segundo, equivalente al primero. Amando á Dios aborrecemos en nosotros el principio material, este gérmen corrompido, y permanecemos sumisos á los preceptos de Dios hasta regocijarnos en la afliccion, humildes hasta amar el oprobio á fin de que venga á nos su reino. Amando al prójimo como Jesucristo nos ha amado, es decir con una benevolencia social perfecta, no miramos á ningun hombre como medio, sino que consideramos como fin á todos. No hacemos distincion entre el grande y el pequeño, entre el perseguidor y el amigo, y nos hace obrar en el interés comun la nueva virtud de la humanidad. Cuando todo hombre adquiere un premio infinito siendo rescatado con la sangre de la víctima divina, ya no es lícito sacrificar el individuo al Estado, la moralidad personal á la de la asociacion pública, y la verdad moral nace entonces. Poco á poco con la resignacion de la cruz queda abatido el orgullo de los sabios; cesa el perpétuo gemido del pobre, cuando reconoce que los padecimientos son el patrimonio y el mérito del hombre en su terrenal destierro, y que Cristo es el primero que ha llevado la cruz, dejándola como testimonio de la fe, como base de la esperanza, como escitacion á la caridad. No se ve reducido el hombre vicioso á sumergirse en nuevos estravios ó á desesperar de rehabilitarse, puesto que existe un sacramento de reparacion; el ladron salvado en la cruz, la mujer adúltera elevada á la condicion de no pecar nunca, el júbilo del buen pastor al encontrar á la oveja descarriada, prometen el perdon ó el arrepentimiento. Ve el oprimido á Cristo, no encontrando fidelidad en sus amigos ni agradecimiento en aquellos á quienes ha colmado de beneficios, ni justicia en los tribunales, y halla consuelo. Hasta la misma ley, viendo sucumbir á un inocente, respeta la imágen de Dios en el acusado.

Vida futura.—No era un dogma nuevo la inmortalidad del alma, y los mejores filósofos la habian deducido de la conciencia. Pero presumirla, desearla y aun creerla como especulacion doctrinal, es muy distinto de regular por ella la conducta interior y esterior. Hasta los mismos hebreos, á pesar de que enseñaba la doctrina de la inmortalidad, el más puro dogma, no escluian de la sinagoga ni de las funciones políticas á los saduceos que la negaban (29); y aun entre los gentiles, para aquellos en quienes aun quedaba alguna fe en opiniones reputadas como vulgares (30), el Tártaro y

---

(27) *Sap.*, XIV, 22 y sig.
(28) *Galat.*, V, 19, y sig.

(29) De consiguiente, aun cuando los judios poseyeran en sus escrituras algunas promesas de eternas felicidades, y aunque en los tiempos del Mesias, en que debian ser declaradas, se hablase mucho más de ellas, es sin embargo verdad que no constituia un dogma formal y universal del antiguo pueblo, puesto que los saduceos, sin reconocer la inmortalidad, no solo eran admitidos en la sinagoga sino tambien elevados al sacerdocio. (BOSSUET, *Disc.* 2.ª parte, cap. 6.)

(30) *Esse aliquos manes et subterranea regna...*
Nec pueri credunt, nisi qui nondum ære lavantur.
JUVENAL, II, 149.

César en pleno Senado decia:
Mortem ærumnarum requiem esse; eam cuncta mortalium mala dissolvere; ultra, neque curæ neque gaudio locum esse. SALUSTIO, *Catil.*, 49.

Virgilio cantaba en las *Georgicas:*
Felix qui potuit rerum cognoscere causas,
Atque metus omnes et inexorabile fatum
Subjecit pedibus, strepitumque Acherontis avari
VIRGILIO, II, *Georg.*, 490.

el Eliseo están reservados para hechos sorprendentes y conocidos por todos, para actos que ventajosos ó nocivos á la sociedad cívil, única norma de la moralidad, habian sido ya remunerados ó castigados por la ley ó por la opinion.

Al revés Jesucristo dá á cada cual una conciencia individual, y le somete á la obligacion absoluta de perfeccionarse á sí propio. Esponiendo la idea más sublime de la divinidad, que muestra despojada de las nubes de la supersticion y de la ignorancia y colmada de perfecciones, recomienda á los hombres imitarla: les obliga á confiar en una Providencia que vela sobre ellos con solicitud constante, y á hacer memoria de que están en presencia de un remunerador siempre. De consiguiente, se encomienda la pureza interior en vista de la vida futura, y se soportan con paciencia los males del destierro en virtud de la esperanza de llegar á la mansion eterna.

Allí no se cifrará la ventura en goces terrenales, sino en el conocimiento perfecto de la verdad, que constituye el fin más elevado de la inteligencia: frente á frente de Dios, ella perfeccionará la imágen divina impresa en nosotros y nos unirá á todos en el amor más sublime, en la alegria de las recompensas alcanzadas y después de las pruebas de la espiacion, en las glorias del triunfo.

Aun cuando fuera posible establecer que semejantes doctrinas fueron conocidas por los filósofos antiguos, ya lo debiesen á la fuerza del raciocinio ó á un residuo de las primitivas tradiciones que se traslucian entre los inciensos y el denso humo de los sacrificios, eran por decirlo así, patrimonio de un corto número de individuos: jamás habian sido comunicadas al pueblo ni le habian aprovechado en nada. ¿Derribaron Sócrates y Pitágoras ni uno solo de los impúdicos altares que se alzaban á sus ojos? ¿Acometieron Epicureo ó Ciceron la empresa de abatir aquellos dioses á quienes ponian en ridículo en sus fastuosos templos? No, la religion como la ciencia, y en suma, como todas las cosas, era privilegiada y patrimonio de un corto número de hombres. Hasta los mismos platónicos tenian dos grados de iniciacion filósofica, la purificacion (καθάρσις) ó la virtud para el vulgo; y la comprension (νόησις) ó la ciencia para los elegidos; permaneciendo así el pueblo confinado á una categoria inferior á la de los filósofos, y la virtud debajo de la ciencia.

Pero el cristianismo no tiene secretos, no conserva velos en sus templos; no hay un hombre á quien pueda segregarse de la Iglesia por profano. Enseñado á los niños con los primeros vocablos, se arraiga en los corazones, donde imbuye una moral tan suave como sublime, una igualdad afectuosa que solo permite ver hijos de Dios en el mundo. Del cristianismo ha emanado esa moral tan pura sobre la cual no influye la diversidad de los tiempos ni de las personas, y que incesantemente tiene por fin el perfeccionamiento del individuo y la caridad respecto del prójimo. En las antiguas edades era *dulce la venganza para los nobles corazones*; era el *deleite de los dioses* (31): Desde ahora el perdon traerá la paz á la tierra.

El pudor.—Honrábase el impudor y aun se adoraba entre los dioses y se ostentaba entre los hombres; de tal manera, que anualmente acudian los mancebos al sepulcro de un Diocles, afamado por sus infames amores, compitiendo en lubricidad y coronándose al más lascivo (32).

En Roma no se hacia misterio alguno de los más vergonzosos ultrajes contra naturaleza (33). Si algunos hombres denominaban virtud á la honestidad, no creian de ningun modo empañarla abusando de los esclavos y recibiendo de los libertos un infame tributo de agradecimiento (34); y una dama ofrecia quinientas esclàvas á Vénus para ser prostituidas en su templo (35).

Todo hombre que deba respetar á la divinidad en si mismo, no será capaz de adoptar un estado intermedio entre la virginidad y el matrimonio. Intima la nueva ley moderar los apetitos sensuales: se estrechan los vínculos domésticos, y el nudo conyugal se hace duradero para un fin sublime.

¿Es posible que se halle nunca decoro en las costumbres allí donde el hombre puede imponer el vicio á innumerable tropa de mujeres abandonadas al capricho de un amo? ¿Y cuánto no importa que esté ennoblecida la mujer, á fin de que su poder sobre el corazon del hombre devuelva á éste el decoro y la bondad que de él recibe? En la persona de Cristo se confunden el hombre y la mujer de tal modo, que se hacen iguales. Entre los antiguos solo se consideraba el adulterio en la

---

Séneca, en la *Consolacion:*

»*Cogita illa quæ nobis inferos faciunt terribiles, fabulam esse; nullas imminere mortuis tenebras, nec flumina flagrantia igne, nec oblivionis amnem, nec tribunalia. Luserunt ista poetæ, et vanis nos agitavere terroribus.*«

(31) Homero.

(32) Teocrito.—Filon atestigua que en muchos puntos se adjudicaban premios de esta especie.

(33) Plauto, *passim.*

(34) *Impudicitia in servo necessitas, in liberto officium, in ingenuo flagitium est.* Si se necesitan otras pruebas de que los romanos median, por decirlo asi, con arreglo á la ley y á la condicion civil la moralidad de los actos, nos la suministrará una ley de Constantino, del año 326. «Si alguna mujer ha cometido adulterio, se trata de averiguar si es dueña de la hospederia (en las leyes romanas, *caupona y postribulum* son casi sinónimos) ó criada. Si es el ama, no quede de ninguna manera exenta de la pena legal; si la criada se ha entregado á forasteros, rechace la imputacion la condicion de la acusada, y restitúyase la libertad á los reos, atendido á que no se debe exigir pudor mas que de las mujeres obligadas por la ley á ello; pero *las que por la bajeza de su vida no son dignas de la observancia de la ley, están eximidas de la severidad judicial.* Código Teodosiano, IX, 7, 1.

(35) Estrabon, lib. VIII.

mujer, y apenas se nombra el del hombre. Parecian ofendidos en él el pudor, la propiedad y la magestad, por lo cual le imponian penas atroces en un juicio compendioso, que alguna vez se conferia al ofendido ó al tribunal doméstico (36). Entre los hebreos se aventuraba la misma duda al terrible juicio del agua de los celos: entre los celtas se abandonaba á las olas del rio el niño de sospechosa legitimidad, conservándolo solamente cuando las aguas, más piadosas que su padre, lo devolvian. Cristo dice por el contrario: *Aquel de vosotros que esté sin pecado, tire la piedra*, y asi establece paridad entre el delito del varon y el de la hembra, y los Padres de la Iglesia, sus intérpretes, quieren que tambien sea castigado el adúltero (37). Véase, pues, como de la moral nace la libertad, esa necesidad suprema de la naturaleza humana. El pudor maldecido hasta entonces, hollado en las cortesanas, en las esclavas, y lo que es mas, en las diosas, viene á ser el más hermoso ornamento de la mujer, que hasta morirá á trueque de conservarlo. Sabe que para adquirir méritos reales, no está obligada á heróicas virtudes, sino á dulces virtudes conformes con su naturaleza.

Esclavitud.—A fin de que el hombre pueda aspirar en su terrenal destierro á la perfeccion, debe propender la Iglesia á quebrantar los hierros, á derribar las tiranias nacidas de la costumbre de oprimir y de envilecerse, y la esclavitud que era la peor y la más universal de todas. Pero romper de pronto las cadenas, decir á los esclavos: «Sois libres é iguales á vuestros señores», hubiera sido una obra tan inconsiderada, como si, para desecar un lago cuyas exhalaciones infestaran una ciudad, se quisiera romper los diques en el mismo instante: hasta la filantropia de nuestro siglo ha visto y vé aun donde van á parar esos súbitos trastornos. Cristo hace reformas y no revoluciones: derrama entre los esclavos una semilla que llegará á producir con el curso de los siglos lo que jamás hubiera producido ninguna de las doctrinas de los antiguos sabios, la libertad. Es llamado el esclavo con su dueño, ante el Dios de todos, á sentarse á la misma mesa; se le restituyen su personalidad y su conciencia; ha llegado á ser responsable de sus obras y pensamientos. San Pablo envia un esclavo fugitivo á su señor, si bien después de haberle bautizado, y le escribe: *No le recibas como esclavo, sino como hermano muy querido. Si me consideras como compañero, acógele como me acogerias á mi mismo* (38).

Si continuó subsistiendo la esclavitud, culpa fué de los adversarios del cristianismo y de los tiempos; porque la religion nueva no podia primero obligar á abolirla á los voluptuosos romanos, ni después á rudos conquistadores. Tambien fué consecuencia de la reforma de Jesucristo, la cual no trastornaba la sociedad, sino que hacia buenos á sus miembros, y por eso debia ante todo reducir al bien aquella clase tan descarriada. A lo menos la Iglesia, interin termina, ofrece al esclavo, no solo el pan material, sino el del alma, la instruccion religiosa. Hace resonar cotidianamente una protesta contra la iniquidad inveterada; y en tanto que el esclavo llega á verse trasformado en siervo y asociado desde entonces al trabajo libre, donde quiera que la religion penetra, ya no se calcula con bárbara exactitud hasta que punto pueden funcionar sin hacerse pedazos aquellas máquinas vivas. Determina ciertos dias en que se consiente reposo al esclavo, dias santificados por los consuelos de la plegaria y de la instruccion que el sacerdote comunica á todos.

Con la esclavitud debia caer tambien la nobleza fundada únicamente en la raza; pues aunque nada hayan dicho los antiguos por hallarse poco habituados á un análisis profundo, su *ingenuitas* consistia, en definitiva, en descender de personas libres sin mezcla de esclavos ó de libertos; de donde resultaba que no existiendo ya éstos, la distincion natural desaparecia.

Tales son las numerosas é importantes aplicaciones civiles producidas por esa doctrina llena de

---

(36) *Cognati necanto ut volent.* XII TABLAS.

(37) «Lo mismo que se impone á las mujeres, obliga tambien á los hombres (dice San Gerónimo en la vida de Fabiola). Las leyes de Cristo y de los emperadores no son iguales; no enseñan la misma cosa San Pablo y Papiniano. Estas permiten toda impudicia á los hombres con mujeres libres; entre los cristianos si el marido puede repudiar á la mujer por causa de adulterio, tambien puede hacerlo ella con él por el mismo delito. En condiciones iguales, igual es la obligacion.» En efecto, Fabiola se separó de su marido por ser *vicioso*.

(38) *Ep. ad Philemonem.* Causa lástima ver de que modo procura Gibbon atenuar las miserias de la esclavitud entre los romanos, y demostrar que su dulcificamiento fué debido á los decretos sucesivos de los emperadores. Con más lealtad que él, dice Robertson: «En verdad no fué el respeto inspirado por ningun precepto particular del Evangelio el que proscribió la esclavitud de la tierra, sino el espíritu general de la religion cristiana, más poderoso que todas las leyes escritas. Eran benévolos y suaves los sentimientos dictados por el cristianismo: sus preceptos comunicaban tal dignidad á la naturaleza humana, que la arrancaron de la servidumbre deshonrosa en que se hallaba sumida.» Véase su *Discurso sobre el estado del universo á la aparicion del cristianismo*, cap. 2.

Ese importantísimo punto relativo á la marcha del cristianismo como supremo factor de la civilizacion, fué tratado en el *Periódico Teológico* de Tubinga (enero de 1834) por el profesor Mühler, con un *Fragmento de la historia de la abolicion de la esclavitud obrada por el cristianismo en sus primeros quince siglos.*

Posterior á mi trabajo salió la *memoria* de ED. BIOT *sobre la abolicion de la esclavitud* antigua en Occidente, premiada en 1838 por la Academia de ciencias morales de Paris. En ella están coleccionados con muy buen criterio muchísimos hechos, y está demostrada toda la eficacia que tuvo la religion en la trasformacion de gran parte del pueblo.

evidencia, en que los esclavos ven la libertad, los oprimidos la justicia, los pobres la caridad, los sabios la razon y la esperanza; doctrina cuya profundidad admiran los grandes talentos, cuya sencillez aman y acogen con solícito afan los pequeños.

Pero ¡cuánto debia prolongarse la lucha! Madurado habian los abusos y se habian incorporado en cierto modo á la sociedad, al punto de no poder ser estirpados más que con ella. Solo grandes esfuerzos podian llegar á reconciliar, á confundir la civilizacion y la religion, desunidas habia largo tiempo. Al reino de Dios se oponian la fuerza, las preocupaciones y la misma índole del hombre, que no se habia emancipado de la corrupcion, aunque el Redentor le hubo prestado ayuda para regenerarse. Ved que han transcurrido diez y ocho siglos y todavia baña la esclavitud estensas comarcas con sus horrores, aun subsiste la servidumbre feudal en paises civilizados: se ha hundido la aristocracia de sangre, pero se ha elevado la que se funda en el dinero y especula evidentemente con las lágrimas del pobre, computando lo que es preciso darle á fin de que sirva y muera sin rebelarse: una muchedumbre que ha menester razon, industria, amor, permanece todavia descuidada: aun subsiste el desafio, como tambien la guerra y el poder material, que pretenden tiranizar lo que es del dominio del talento.

Pero Cristo no bajó entre los hombres para hacer desaparecer los males que constituyen su legado; vino para traer la caridad, bálsamo que los alivia y consuela. ¡La caridad! virtud sin nombre entre los antiguos, considerada más bien como flaqueza, llega desde entonces á dulcificar inevitables miserias, á llorar con los que padecen y á trasformar las más crueles desgracias en ocasiones de mérito, en vínculos de fraternidad.

CAPÍTULO VII

PRIMEROS TIEMPOS DEL CRISTIANISMO.

No bien fueron vivificados los apóstoles por el Espíritu de consuelo, salieron por las calles de Jerusalen hablando á la muchedumbre que habia acudido á la fiesta de Pentecostés, y convirtieron á tres mil personas, número que debia aumentarse de dia en dia. Admitíase á los prosélitos á la oracion dentro del templo, y al misterio eucarístico, á la comida en comunidad dentro de las casas. Todos rendian á Dios acciones de gracias con sencillez de corazon y con entusiasmo.

Esperaban los hebreos en el Mesias á un redentor terrestre; y los profetas se espresaron de tal modo, que incurriendo en este error hasta los mismos apóstoles pedian á Cristo empleos en su reino, y se escandalizaban á la idea de sus padecimientos. Bastaron á desengañarles los asombrosos hechos con que el Mesias señaló su venida; pero los judios persistieron con obstinacion culpable en un yerro digno de escusa solo á primera vista. Así, á la par que Judea, reconociendo el cumplimiento de las promesas divinas en un sentido más elevado y más fecundo, hubiera podido llegar á ser el punto de partida de la historia de las sociedades modernas, permanece, al revés, marcada con el signo de la reprobacion y deja de operar su porvenir propio. Estinguida quedó la ciudad de la manifestacion y de la paz, desde el momento en que hubo desconocido el símbolo que esplicaba; pero los escombros del templo, cuyas piedras estaban cortadas y dispuestas misteriosamente, debian servir para levantar el admirable palacio del Dios eterno.

Al principio no se separaron los cristianos de los judios, puesto que su religion no destruia la ley mosáica, sino que era al contrario su complemento; pero á fin de que se cumplieran las amenazas del Señor de dar á guardar á otros su viña, empezaron á perseguirles los mismos judios. Pedro y Juan, que atraian cerca de sí á gran número de personas, curando á los ciegos, á los cojos, brindando el don de la palabra á los mudos, son detenidos en la cárcel, prohibiéndoseles hablar de Cristo y decir que habia resucitado. Pero declaran que deben obedecer más bien á Dios que á los hombres, regocijándose de ser blanco de ultrajes por Jesús y de sufrir en su nombre. Mientras bautizan en su calabozo, se elevan por ellos hasta el trono de Dios contínuas plegarias hasta el momento en que llega el ángel á libertarles de sus cadenas. Entonces el Sanedrin se apresta á darles muerte; mas oponiéndose á ello Gamaliel, doctor de la ley, son azotados en medio de la asamblea; y queda la Iglesia llena de edificacion, sabiendo cuanto mérito atribuye su fundador á los padecimientos, á la resignacion, á la esperanza (1).

Vivian los nuevos creyentes en santa armonia, y á fin de borrar entre ellos toda diferencia de fortuna, vendian en Jerusalen todo aquello de que eran poseedores, y luego llevaban á los apóstoles sus productos, para que los distribuyeran segun las necesidades de cada uno y para que nadie sufriese por causa de indigencia (2). Aunque no debia existir entre los miembros de la asociacion diferencia alguna, las viudas de los hebreos obtenian en las distribuciones cotidianas de alimentos alguna preferencia sobre las de los helenistas ó extranjeros. Produjo esto desagrado, y en su consecuencia se nombró á siete diáconos de probidad reconocida, encargándoles no solo distribuir el alimento temporal, sino tambien el cuerpo y la sangre que despues de la cómida de los fieles se consagraba todos los dias en memoria de Cristo.

San Estéban.— Contábase entre el número de

(1) *Actos de los Apóstoles*, V.
(2) Idem, II, IV.

dichos diáconos Estéban, quien lleno de fuerza de alma y de la gracia celeste, iba á discutir á las sinagogas de Jerusalen, donde estudiaban judios de todos los paises. Cierto dia entró en una de ellas, que se componia de los que Pompeyo habia llevado prisioneros á Roma y habian recuperado su libertad posteriormente, adversarios que acometieron la empresa de contradecirle. Estéban les demostró la divinidad de Cristo y les probó que era realmente el Mesias anunciado por los profetas (30?). Siéndoles imposible rebatirle con razones, le acusaron ante los tribunales de haber blasfemado de Dios y de Moisés; y como sostuvo la verdad intrépidamente, se echaron sobre él, le llevaron fuera de la ciudad y le apedrearon. Pidió á Dios, al morir, que les perdonase, y fué el primero que selló las palabras divinas con su sangre.

Santiago el menor, por sobrenombre el Justo, obispo de los fieles de Jerusalen, no bebia vino ni licores, andaba con los pies descalzos, cubierto con un tosco manto, y á fuerza de orar se habian hecho callosas sus rodillas como la piel de los camellos. Anan, el gran sacerdote, le hizo subir al terrado del templo de Dios para interrogarle, y luego que los fariseos oyeron su confesion de fe, le arrojaron abajo desde aquella altura (61?). Ya Santiago el mayor habia sido decapitado por órden de Herodes Agripa.

¡Ay de Jerusalen que mata á los profetas! Se acerca la hora en que las hijas de Sion han de llorar por el fruto de sus entrañas, y en que aquellas cuyo seno es fecundo, envidien á los pechos que no han amamantado nunca.

Santos Pedro y Pablo.—Perseguidos los fieles se derraman por Samaria y por toda la Judea, multiplicando el número de prosélitos. Fué el principal de ellos Saulo ó Pablo, de Tarso en Cilicia, que habiendo nacido ciudadano romano, era de orígen benjamita, y fariseo de creencia. Convertido al Evangelio, vino á ser su propagador más solícito después de figurar como el perseguidor más implacable. Sus epístolas desenvuelven la doctrina cristiana: rompe los lazos que unian á los nazarenos con la sinagoga, los eleva á la categoria de iglesia independiente, no circunscrita á un lugar determinado ni á límites de nacionalidad.

Después de haber sembrado el buen grano en Judea, quisieron los apóstoles llevar la *buena nueva* á las naciones donde no se habia mostrado Cristo. Antes de partir como corderos en medio de lobos, redactan su profesion de fé: entonces Pablo se dirige á Grecia; Andrés visita á los escitas y vuelve por el Epiro y Grecia; Tomás va á predicar á los partos, á los indios; Bartolomé á la Grande Armenia; Mateo á Etiopia; Judas á la Arabia y á la Mesopatamia; Bernabé y Simón á Persia; Matias á Egipto y á Abisinia: de tal modo que *por toda la tierra resonó su palabra, y su voz retumbó hasta los confines del mundo.* Juan siguió á la Virgen Maria á Efeso, y Felipe sufrió la muerte en Hierápolis de Frigia.

De Antioquia, ciudad principal del Asia, donde se aplicó primeramente á los judios conversos el nombre de *cristianos* (42?), Pedro se encamina á Roma (3). El pescador de Genezaret llega á la metrópoli del orbe, para establecer allí la sede de otra unidad, para oponer á las infamias de Mesalina y á las detestables atrocidades de Neron, la alta razon, la sublime verdad que perdona, instruye, consuela, y que sacrificándose por la humanidad, hace inútiles los demás sacrificios sangrientos. El odio de los romanos contra los judios, y especialmente contra los recien convertidos, determinó á Claudio á espulsarlos, y San Pedro hubo de volver entonces al Asia. Me espreso en términos de la probabilidad porque en aquella época de orgullo los grandes renovadores del mundo dejaron ignorar su camino.

Comia en Antioquia con los fieles incircuncisos; pero habiendo llegado algunos judios convertidos, se separó de los primeros para vivir con los otros. Reconvínole Pablo, diciéndole que aquello era atenerse demasiado á las figuras, debiendo caer estas después de la aparicion del figurado, y Pedro oyó con docilidad la advertencia. Enseguida Pablo multiplicando las conversiones, entre las que merecen particular mencion las de Timoteo y Lucas, médico de Antioquia, se dirigió á Atenas. Allí era el asilo de cuanto quedaba de la sabiduria y de las supersticiones de los griegos; tanto ciudadanos como extranjeros andaban siempre en busca de lo que habia de nuevo. Pablo profesó la verdad ante la asamblea más venerada de la Grecia, y le hicieron burla algunos areopagitas: dijéronle varios: *En otra ocasion te oiremos* (4), como si hubieran creido tener ocupaciones más importantes que Dios y el hombre, la redencion y el pecado.

No le estorbaron hacer muchas conversiones la severidad de este tribunal, la indolencia del gran número, la burla de los epicúreos. En todas partes era venerada la Diana de Efeso, símbolo oriental de las potestades de la naturaleza (5). Su culto daba márgen á una porcion de supersticiones, y especialmente á la fabricacion de amuletos y de talismanes, conocidos bajo el nombre de letras ó cartas efesiacas (6).

---

(3) Es objeto de controversia la ida de S. Pedro á Italia, impugnándola vivamente los heterodoxos, porque muchos hacian depender de ella la institucion apostólica de la Santa Sede en Roma; pero está probada por irrefutables argumentos. No es tan cierta la formacion del símbolo apostólico que hemos indicado.

Desde el año 42 que hemos inscrito en el texto, comenzarian los veinte y cinco años que el *Chronicon* de EUSEBIO señala al pontificado de S. Pedro.

(4) *Actos de los Apóstoles*, XVII.

(5) *Cujus numen unicum, multiformi specie, ritu vario, nomine multijugo, totus veneratur orbis.* APULEYO, II. Podian los romanos hacer mandas en favor de esta divinidad. ULPIANO, *Inst.*, tit. XXII.

(6) PLUTARCO, *Alejandro.* CLEMENTE ALEJ., *Strom.*, V.

Pablo ordenó á los neófitos que como primer testimonio de su conversion le llevaran aquellos instrumentos mágicos con los libros de misterios, y aunque su valor ascendia á 50,000 dineros, los entregó á las llamas (7). Esta accion y su resultado que fué quitar la costumbre de comprar, cual se hacia antes, figurillas y otras cosas referentes al culto de Diana, escitaron entre los artesanos que hacian este comercio, una sedicion que se apaciguó con gran trabajo.

A su regreso de Tiro á Jerusalen, mientras predicaba en el templo, fué acometido y maltratado por los hebreos, hasta que se interpuso la guarnicion romana (58). Lisias que era el comandante de esa guarnicion y tenia á su cargo conservar el órden de la ciudad, quiso mandarlo apalear; pero Pablo repuso: *No, porque soy ciudadano romano.* Verificado este aserto, el comandante lo sometió á un consejo de sacerdotes; pero siendo algunos de ellos saduceos, y fariseos los demás, comenzaron á enredarse entre si. Viendo Lisias que no se trataba de ninguna culpa, quitóles repentinamente de entre las manos á Pablo para que no sufriera nuevas injurias, y lo envió á Félix, gobernador de Judea; mas viendo éste que no se trataba en aquella cuestion más que de disputas religiosas, tuvo á Pablo custodiado en Cesarea por espacio de dos años, escuchándole entre tanto las discusiones que tenia sobre la justicia, la castidad y el juicio futuro. Terminado el proceso, apeló Pablo al tribunal de César, por cuya razon le envió á Roma Festo, sucesor de Félix. Allí efectuó muchos prodijios; y puesto á la libre custodia de un soldado con toda confianza y sin ninguna traba (8), convoca á los principales judios, y encontrándolos sordos á sus palabras, les amenaza con que los gentiles recibirán la palabra de gracia que ellos desechan.

Epístolas de S. Pablo.—En el curso de dos años que permanece Pablo allí aguardando el fallo, aumenta el número de verdaderos creyentes; dirige cartas á las iglesias y á sus amigos, para afianzarlos en la fé, para aclarar puntos de doctrina, para estirpar los errores y las supersticiones que en la pureza de la fé hubieran impreso mancha. En ellas están claramente expuestas las ideas del derecho natural. Una gran familia de hijos del mismo Dios habita el mundo, bajo la misma ley moral (9); han caido las barreras que separaban á los hombres, y se han extinguido las enemistades (10); el amor de la humanidad sucede á los rencores de la ciudad, y no hay diferencia entre griegos y bárbaros, entre sabios é ignorantes, entre hebreos y gentiles (11). La nueva ley que regenera á la humanidad, no quiere derribar los poderes establecidos, sino reconocer en los débiles y en los oprimidos, derechos que deben respetar los fuertes (12). El yugo de que debe libertarse el hombre sin dilacion, es el de la materia y los sentidos. De la materia provienen la disolucion, las enemistades, la idolatria y los homicidios, y del espíritu la caridad, la paz, la paciencia, la humanidad y la pureza (13). No se apague, pues, el espíritu, y antes bien sustituya á la carne y á la letra de la ley (14). La verdad será perseguida; y sin embargo no debe refugiarse el cristiano en la muerte voluntaria, sino padecer bendiciendo á sus perseguidores, y pelear con el escudo de la fé, el yelmo de la salvacion y la espada espiritual (15). En ellas tambien funda Pablo la teoria de las dominaciones, enseñando que Dios es la única fuente del poder; prohibe el divorcio que expone la vida de la mujer á una instabilidad peligrosa, y alaba la continencia con tal que no destruya.

Así esas cartas revelan por una parte la sublimidad de un talento lúcido y vigoroso, cuyo vuelo y profundidad no secundaba en ocasiones suficientemente el mismo idioma griego (16); por otra la sencillez del hombre que procura demostrar que no vive á costa de nadie, sino de lo que gana con sus propias manos (17); y recomendaba á Timoteo que le llevara con sus libros el manto que se habia dejado en la Troade. Lo más admirable de sus escritos es el fervor de la caridad que le hace esclamar de este modo: «Si yo hablase lenguas de hombres y de ángeles y no tuviese caridad, seria como un metal que suena ó campana que tañe: si tuviera el don de profecia y supiera todos los misterios y toda la ciencia y tuviese bastante fé para trasladar los montes, sin la caridad nada seria. Y si distribuyera todos mis bienes en dar de comer á los pobres, y si entregara mi cuerpo para ser quemado, y no tuviera caridad, no me aprovecharia nada. Aunque se hayan de abolir las profecias y hayan de cesar las lenguas y de ser destruida la ciencia, solo la caridad no fenece (18).»

Una tradicion, que se remonta á los primeros tiempos, induce á creer que Pedro y Pablo sellaron su fé con el martirio en Roma el 29 de junio

---

(7) *Actos de los Apóstoles*, XIX.
(8) Idem, cap. XXVIII.
(9) *Ad Rom.*, VIII, 14.
(10) *Ad Ephes.*, II, 14.
(11) *Ad Rom.*, I, 14; X, 12.

(12) *Ad Rom.*, XIII, 1; *ad Ephes.*, VI, 5; *ad Coloss.*, IV, 1, etc.
(13) *Ad Rom.*, passim.; primera *ad Corinth.*, II, 15, y *ad Galat.*, V, 19-23.
(14) Primera *Ad Tess.*, V, 19; *ad Rom.*, VII, 14; segunda *ad Corinth.*, III, 6.
(15) *Ad Rom.*, XII, 14; *ad Ephes.*, VI, 13, 17.
(16) Véase el principio de la epístola á los efesios.
(17) Era ley entre los sabios hebreos aprender algun oficio. El Talmud, tratado *Kidouschim, Pessart Aboth, Sota*, dice: «Quien no da una profesion á sus hijos les prepara mala vida. No digais: Yo soy hombre de posicion; esta ocupacion no me conviene. El rabino Joanan era peletero, Nahum amanuense, otro Joanan hacia sandalias, y el rabino Judas era panadero.»
(18) Epistola I, *ad Corintios*, c. XIII.

del año 67, y que santificaron con su sangre la tierra con la de tantas víctimas mancillada.

Entretanto cundia la luz poco á poco, sin que se apercibieran de ello los ojos del mundo, pero ganando siempre terreno y haciéndose sentir por las obras de caridad. Donde quiera que hubiese que enjugar llantos, que ilustrar á ignorantes, que consolar miserias, que infundir valor á almas caidas en desaliento, allí habia un apóstol que, semejante al ángel de Dios, restituia la calma, y desaparecia al punto, dejando á los que habia proporcionado consuelo colmar de bendiciones á una religion que parece se ocupa solo en las cosas del cielo y derrama tanta felicidad sobre la tierra. Nuevos eran del todo aquel afan solícito por la ínfima clase, maldecida y hollada por los doctos y por los poderosos, aquellos ancianos que iban predicando á todos la palabra santa, aquellos diáconos repartiendo á los mismos que les apedreaban, abundantes limosnas, aquellos hombres piadosos apresurándose á acoger á los niños abandonados por sus padres, ó viciosos ú holgazanes, porque Cristo habia dicho: *El que recibiere á un niño en mi nombre, á mí recibe* (19).

Corinto, la ciudad del libertinaje legal, donde se prostituian á millares las jóvenes en honor de Vénus, fué trasformada por las epístolas de los apóstoles, y rayó en una perfeccion edificante: «¿Quién no aprecia, escribia San Clemente á los de aquella iglesia, vuestra firmeza en la fé, la moderacion cristiana de vuestra piedad, la magnificencia de vuestra hospitalidad, la perfeccion y la solidez de vuestra sabiduria? Todas vuestras obras han sido ejecutadas sin escepcion de personas, comunicándoos con ellas segun la ley de Dios, insinuando á los mancebos la honestidad y la templanza, á las mujeres la pureza y la castidad de la conciencia, el amor á sus maridos, la sumision, la economia modesta. Humildes, obedientes á vuestros pastores y respetuosos con los ancianos, más bien prontos á someteros que á someter á los demás, á dar que á recibir, contentos con lo que debeis á Dios, guardando su palabra, reinaba una dulce paz entre vosotros así como el deseo de hacer bien con una voluntad recta y una santa confianza. Ocupados noche y dia en los intereses de vuestros hermanos, sinceros, inocentes, no conservando resentimiento por las injurias, llorais sobre los errores del prójimo como si fueran vuestros.»

De esta suerte estaba dirigido el rebaño por la voz y por el ejemplo de los apóstoles y de los obispos, dispuestos siempre á padecer sin exhalar una queja; porque Jesucristo no habia anunciado riquezas, poder, goces, sino que habia anunciado austeridades, persecuciones, y predicado la obediencia.

Su virtud severa aparecia templada por una benevolencia afectuosa. Juan, el discípulo muy amado, el evangelista del amor, el desterrado de Patmos, habiendo encontrado á un jóven dotado de escelentes disposiciones, se lo recomendó á un obispo; pero éste le concedió una libertad demasiada lata, lo cual le hizo frecuentar malas compañías, y llegó hasta á acometer á los viajeros en los caminos. De vuelta Juan pidió cuenta al obispo del precioso depósito que le habia confiado; y sabedor de que habia muerto, es decir, de que estaba perdida su alma, gimió con toda la amargura de su corazon; luego se dirigió al bosque infestado por las fechorias de aquel infeliz. Tan luego como aquel le hubo conocido, apeló á la fuga; pero Juan siguió su huella, suplicándole que no se escondiese de su anciano padre desarmado, y no halló reposo hasta que se le hubo unido y atraídole á la senda de la virtud nuevamente.

Este mismo evangelista se divertia cierto dia con una perdiz domesticada; y como se asombrara un cazador de ver á un hombre tan venerable complacerse en aquel infantil juego, este le dijo: *¿Por qué no tienes siempre tendido el arco que llevas en la mano?—Porque se romperia*, tuvo por respuesta.—*Esa es la razon*, repuso el santo, *de que yo dé algun solaz á mi espíritu, para que resista mejor nuevas fatigas* (20).

Llegado á la caduca ancianidad ya no podia predicar ni sostenerse; pero hacia que le llevasen á la iglesia, donde solo pronunciaba estas palabras: *Hijos mios, amaos unos á otros;* y como sus oyentes le preguntaran porque jamás les decia otra cosa: *Consiste*, respondió, *en que tal es el mandamiento de Dios, y en que basta con observarlo.*

Al principio tuvieron que adoptar los cristianos todo artificio para ocultarse; consignas secretas, signos especiales, cartas y prendas de reconocimiento, cajitas en que llevar el viático á los enfermos, á los presos y á los que no podian salir de casa.

Comunmente iban los cristianos vestidos de blanco, con telas ordinarias, sin pliegues talares, ni lujo de adornos, á fin de que el traje no tuviera más valor que el hombre. Por la necesidad y no por la sensualidad regulaban la medida de sus alimentos; nutríanse de mejor gana con pescado que con carne, con manjares crudos que con sustancias sazonadas. Solo hacian una comida al ponerse el sol, ó á lo sumo quebrantaban el ayuno con un poco de pan duro por la mañana. Prohibíase á los jóvenes beber vino; era lícito á los viejos con cierta tasa. No se veia rico ajuar entre ellos, ni preciosa vajilla, ni instrumentos de música, ni perfumes. Durante la comida entonaban piadosos himnos, y desterrando las estrepitosas carcajadas, imperaba allí una gravedad modesta. Después de la cena alababan á Dios, y luego iban á reposar sobre un duro lecho, donde abreviaban el sueño á fin de prolongar su vida, levantándose muy temprano para cantar las alabanzas del Señor.

---

(19) S. Mateo, XVIII, 5.

(20) Eusebio, *Hist.*, V, 13.

Para ellos Dios no tenia figura ni más nombres que el de *uno, bueno, espíritu, criador y padre.* Para rendirle homenage no necesitaban volverse hácia la montaña de Sion ni hacia el Capitolio, sino que le hallaban en cualquier lugar y á todas horas, porque residia en su conciencia, y le tributaban veneracion en cada una de sus obras, embebido en tanta grandeza de contínuo su pensamiento. No obstante, destinaban algunas horas especialmente á la plegaria, recitando oraciones en pié, vuelto el rostro hácia Oriente, con la cabeza y las manos levantadas al cielo, y alzando al final un pié como viajeros prontos á abandonar la tierra.

El paganismo habia idoltrado el cuerpo; los cristianos, por reaccion, no quisieron reconocer en él más que fango y pecado. Consideraban por tanto la virginidad como un estado perfecto, llegando á convertirla en una pasion, como lo fué en otro tiempo el libertinaje: y hasta hubo doncellas que se mataron por no casarse. Este nuevo estado tuvo privilegios y divisas, porque las no casadas llevaban lo cabeza descubierta y los cabellos sueltos sobre el cuello; y cuando Tertuliano quiso oponerse á ello, se negaron á cubrirse, porque este era signo de sujecion al marido. Véase aquí á la virtud conduciendo á la libertad.

Sabian, no obstante, el precepto apostólico, *mejor es casarse que abrasarse,* y veneraban el matrimonio como sacramento y como intencion del Criador. *En las enfermedades y en una edad avanzada,* decian los viejos, *no hay cuidados comparables á los que uno recibe de su mujer y sus hijos: amad el alma sin prestar al cuerpo más atencion que la de recordar que es una estátua, cuya belleza induce á pensar en el escultor.*

Mujeres.—A la par que la especie humana se hallaba restituida á su naturaleza, habia salido la mujer de la ultrajante nulidad antigua, llegando á ser igual al hombre por su comun orígen, aunque continuara sometida por la diferencia de sus ocupaciones y de su destino. Maria, la elegida del Señor, santificaba su sexo; al pié de la cruz habian aparecido piadosas mujeres; Cristo habia platicado con ellas, perdonándoles sus culpas. Mujeres seguian á los apóstoles para servirlos, como habian hecho con Jesucristo Magdalena y las dos Marias. A menudo se hace mencion de ellas en las epístolas y se les dirige el saludo de paz (22). Son admitidas en las asambleas, donde toman parte en la instruccion, en el sacrificio, en el ministerio. Bautizaban, profetizaban; y S. Pablo recomienda á Timoteo las que le ayudaron en la obra divina: Poco después fueron instituidas diaconisas, que debian de ser viudas, pero *verdaderamente viudas* (23), esto es, de sesenta años por lo ménos, haber dado de mamar á sus hijos, ejercido la hospitalidad, lavado los piés á los viajeros, consolado á los afligidos, haberse mostrado siempre castas, sóbrias, fieles. Otras mujeres se afanaban por visitar á los presos, por llevarles en secreto el viático ó mensajes, por distribuir á los enfermos los dones de aquella piedad esclusiva de su sexo. Veíaselas socorrer á los mártires, besar sus heridas, presentarles un poco de agua durante sus padecimientos, recoger su sangre y sus huesos luego que habian exhalado el postrer suspiro. Luego comparecian intrépidas ante los tribunales, desafiaban el orgullo de los jueces y la ingeniosa crueldad de los tiranos, confiando su pura inocencia á aquel Dios que multiplicaba los milagros en favor suyo. En el martirio desmentian esa debilidad de que nuestra insultante adulacion forma el dulce atributo de su sexo; haciéndose así más heróicas que los hombres, ya que estaban espuestas no solo á los martirios, sino tambien á los atentados contra el pudor; pues á las que no podian ser dominadas en su debilidad se procuraba vencerlas en su virtud. Así se hacian dignas de combatir á Vénus; y mientras las paganas teniendo los honores de la castidad y los goces de la licencia esclamaban: *Vivir es gozar,* esas virtuosas y ultrajadas decian: *Vivir es sufrir*; y poniéndose al nivel de los hombres enmedio de los suplicios, merecian gozar de los mismos derechos, preparando de este modo á la mujer, á costa de su propia sangre, la igualdad que le estaba reservada en siglos de civilizacion.

Tertuliano escribió dos libros sobre la hermosura y las galas de las mujeres, demostrando que el esceso de adornos sentaba mal á una mujer cristiana, y que ni brazos ni cuellos cargados de brazaletes y collares podian estar preparados á las cadenas y al filo de la cuchilla. En su tratado *Ad uxorem,* aparece la mujer de una manera muy distinta que en la sociedad pagana. Parte con su marido las ocupaciones, las creencias, la fé, como tambien la fortuna empleada en socorrer á hermanos menesterosos. La mujer convertida es una semilla que germina en el hogar doméstico; y si logra inclinar á su esposo á que la imite, inspira á sus hijos, á sus criados, nuevas ideas, nuevas admiraciones, nuevos deseos. La familia de Priscila es la primera en que se verificó el tránsito de las ideas orgullosas en que reposaba el patriciado antiguo, á los sentimientos de la fraternidad humana, que contituyen la igualdad del cristianismo. Tres Priscilas, Hilaria, Flavia, Severina, Fermina, Justa, Ciriaca, muchas Lucinas y otras ricas viudas convertidas en diaconisas, pasaban los dias orando sobre las tumbas de sus maridos, adornándolas con el cuidado y secreto con que otras preparaban los gabinetes lascivos; madres y vírgenes santas expiaban el crímen de las que se prostituian por las diosas, orando asíduamente y socorriendo á los pobres y á los afligidos. Cuando ya no encontraba Vesta quien quisiera consagrarle la virginidad, se

(21) *Actos de los apóstoles.*, I, 14.
(22) 1.ª *ad Corinth.*, cap. XVI.
(23) 1.ª *ad Thimot.*, cap. V.

ofrecian muchas doncellas á porfia para la custodia de los huesos sagrados de los mártires.

Más adelante debian fundar las mujeres con sus riquezas hospitales, y merecer la amistad y los elogios de los santos, como recibieron los de Gerónimo Marcela y Asela, la madre de estas, Albinia, y Principia, hija de la primera. Paula su amiga, Paulina, Eustoquia, Lea, Fabiola, la cual vendió todos sus bienes para fundar el primer hospital que opuso Roma á los monumentos de matanza y de prostitucion, Melania, que mantenia á cinco mil confesores en Palestina; y á todas las veia y admiraba Gerónimo, no solo pacientes, sino militantes. Muy pronto será convertido Agustin por su madre, educado por la suya Juan Crisóstomo, y salvado por la suya Basilio, del mismo modo que posteriormente fué santificado el rey Luis: y sentadas otras en el trono convertirán naciones enteras.

Catacumbas.—Semejante al loto de las fábulas indianas flotando sobre las aguas del diluvio y llevando los gérmenes del porvenir dentro de su seno, aparecia por encima de la inmensa corrupcion de Roma una Iglesia que predicaba al Dios uno, bueno, muerto en la cruz, y la virtud de la resignacion y del perdon. En aquella Roma incestuosa y parricida, almas, que no era digno de poseer el mundo, vivian en otra vida, huyendo de la persecucion en el fondo de las cavernas hasta la hora en que eran llamadas á fecundar con su sangre el árbol de la regeneracion. En el Lacio, en las cercanias de las ciudades de Ostia, Veletri, Tívoli, Preneste y Palestrina, á lo largo de los sinuosos valles que desembocan en la llanura del Lacio, y al lado de las cuevas donde por las noches encerraban los señores á centenares de esclavos, abandonados allí á la promiscuidad y á la blasfemia, se encontraban otros antros donde la humanidad se regeneraba enmedio de sollozos; antros hendidos en las mismas rocas que suministraban materiales para voluptuosas moradas. En las catacumbas era donde los cristianos enterraban á sus muertos en nichos que tapiaban enseguida, encerrando allí los instrumentos de su suplicio, una ampolla con su sangre, insignias de su dignidad, y coronas para las vírgenes; tambien á veces se inscribia el nombre del difunto. Llamaban á aquellos asilos cementerios, es decir, dormitorios; espresion reveladora de una conciencia pura, consolada por la certidumbre de haber de despertar en otra vida.

En las vísperas de las solemnidades acudian alternativamente los piadosos sacerdotes, para cantar las alabanzas del Señor, á aquellos subterráneos lugares durante toda la noche. Servia de norte aquella melodia sagrada á los fieles, que ocultándose de la ciudad y de la *ergástula* de inhumanos señores, acudian en secreto á buscar á los ancianos mutilados en el martirio, á obispos libertados milagrosamente de la hoguera, á filósofos trasformados en apóstoles, que habiendo encontrado al fin la solucion de todas las dudas, se consagraban á llevar la verdad á las naciones rodeadas con la sombra de la muerte, y á testificarla con su sangre.

Presidian la asamblea el obispo y el más anciano de los sacerdotes; mientras roia el egoismo á la sociedad antigua mortalmente, sobraba lozania en la nueva, donde se derivaba el amor del inagotable manantial de la fé. Para sus miembros la vida era un combate; la muerte, un premio de que debian hacerse merecedores. En los lugares dedicados al Señor desaparecian las inhumanas distinciones del siglo. Asentábase el rico junto al pobre á quien nutria con sus beneficios. Vírgenes de la condicion más humilde, cubierta la cabeza con velos de blanco lino, llevando al cuello la imágen del cordero que borra los pecados del mundo, cantaban y oraban con las matronas y las viudas de los senadores y de los procónsules, que después de haber entregado todas sus riquezas á la asamblea de los fieles, distribuian á falta de dinero, los socorros de la caridad. Todo el ornamento de aquel sitio consistia en el sepulcro de un mártir, en algunas flores, en algunos vasos de madera, en un corto número de antorchas ó de lámparas para leer el Evangelio. Allí no se distinguian el obispo, el diácono, el sacerdote, es decir, el presidente, el anciano, el criado, sino por una virtud más eminente, por su mayor caridad y ciencia, á fin de poder consolar y sufrir mejor, restablecer la paz, compadecer y divulgar la palabra.

Unidos en la misma moral, en la misma religion, en la misma esperanza, se reducia su conjuracion á orar á Dios en comunidad y á leer las Sagradas Escrituras. Todo el que podia, llevaba cada mes un poco de dinero para alimentar y dar sepultura á los pobres, para prestar socorros á los huérfanos, á los náufragos, á los desterrados, á los condenados á la última pena. Como hermanos se hallaban dispuestos á morir unos por otros: todo era comun, á escepcion de las mujeres: llamábanse obras de caridad *(agape)* sus comidas; sentados á la mesa de la sinaxis hacian circular los cálices de la sangre divina, luego consumaban la comida á gloria del que la da, amenizándola con el júbilo del perdon y del sacrificio en el seno de una fraternidad afectuosa (24).

---

(24) La parte histórica de la ciencia teológica ha sido estudiada sobremanera en Alemania por católicos y protestantes. La *Kirchengeschichte* de CÁRLOS HASEL (Jena, 1834), protestante, sirvió de modelo al católico Alzog, y ha sido ampliada en las ediciones sucesivas. Véase F. X. KRAUS, *Lehrbuch der Kirchengeschichte* (Tréveris, 1881). *Real Encyclopädie der christlichen Alterthümer*, donde trata principalmente de las catacumbas y descubrimientos del arqueólogo De Rossi.

CAPÍTULO VIII

GALBA, OTON, VITELIO

Si el pueblo y el Senado se habian alegrado de la muerte de Neron, debieron quedar consternados al pensar en el modo con que acababa de ser elegido Galba. Podia, pues, designarse emperador fuera de Roma; este peligroso secreto acababa de ser revelado (1); y residia de consiguiente en el ejército el poder supremo, y el despotismo, aristocrático hasta entonces por la eleccion del Senado, se hacia democrático por la eleccion de los soldados.

Servio Sulpicio Galba habia nacido en Terracina de una familia ilustre; rico y ambicioso, le habian anunciado el imperio una porcion de presagios, y durante su pretura supo grangearse el cariño del pueblo, proporcionándole un espectáculo nuevo, el de elefantes bailando en la maroma. Nombrado para el mando de las tropas de Germania, restableció allí la diciplina. Fué amado por Claudio; luego se oscureció en tiempo de Neron, lo mejor que pudo, para no escitar sospechas. Como aguardaba á cada instante ser proscrito, nunca salia sin proveerse antes de una gruesa suma de dinero, para el caso de que tuviera que apelar de improviso á la fuga. Entre tanto le confió Neron el gobierno de la España Tarraconense, donde después de haber hecho alarde en un principio de rigor estremado, suavizóse en breve, ora por natural indolencia, ora por miedo.

Se hizo amar en esta provincia poniendo coto á las concusiones, y ella le prestó su apoyo cuando se rebeló contra Neron á fin de dar al pueblo, segun su dicho, el primero de los bienes, la libertad que le habia arrebatado un monstruo. Pero cuando Vindex se quitó la vida y cuando declaró Virginio que no queria el imperio ni sufriria que otro lo alcanzase sin beneplácito del Senado, viendo vacilante la fidelidad de sus tropas, se retiró á Clunia (de España) con intencion de darse muerte.

A este tiempo sabe que Neron ya no existe; y súbito reviven sus esperanzas; toma el título de emperador (9 de junio de 68), y luego se encamina á Roma con la muchedumbre de los que se inclinan ante el sol naciente. Pero comienza bajo tristes auspicios su reinado, castigando á las ciudades y á los individuos que habian rehusado sostenerle en su rebeldia. Entre los rivales, que podian infundirle temores, le prestó obediencia Vespasiano, ocupado á la sazon en la guerra de Judea: Virgilio Rufo rehusó el imperio que le habian ofrecido; y solo Ninfidio Sabino, comandante de los pretorianos, á quienes habia ganado con sus liberalidades, recibió los homenajes del Senado, al cual dirigió graves reconvenciones por haber enviado á Galba despachos sin haberlos autorizado con su sello.

Aunque carecia del título de emperador, no por eso dejaba de ejercer la autoridad soberana, y hacia columbrar que si habia caido el tirano, quedaba en pié la tirania. Mientras que senadores y patricios se agolpaban á porfia á su puerta, felicitándole por haber depuesto á Tigelino y salvado la patria, se conciliaba el afecto del pueblo, entregándole los amigos de Neron en espectáculo y para que les dieran muerte: no tardó en llevar el abuso del poder tan lejos que Maurisco, senador venerable, llegó á decir en la curia: *Mucho temo que este nos haga echar de menos el gobierno de Neron.* Pero habiendo querido al poco tiempo Ninfidio sobornar á los soldados, para que le proclamaran emperador, se arrojaron sobre su persona y le arrancaron la vida.

Hízose tanta matanza entre sus cómplices y parciales, que pudo bastar á los romanos el anuncio de que el dulce Galba no se apartaria de los san-

(1) *Evulgato imperii arcano principem alibi quam Romæ fieri.* TÁCITO, *Hist.*, I, 4.

grientos caminos. Al llegar al puente Milvio se le presenta un cuerpo de marinos, que Neron habia organizado en legion, y solicita ser conservado. Galba se lo niega, se amotinan entonces, y manda que cargue sobre ellos la caballeria. Siete mil mueren en la refriega y los demás son encarcelados. A esta ejecucion siguieron otros muchos suplicios, y todos fueron decretados con fria indolencia. Como se le suplicase una vez que ahorrase á un caballero el baldon del suplicio, mandó que se pintara y adornara de flores el cadalso.

No obstante, Galba gozaba reputacion de dulzura, pero le dominaba la indolencia, y si este defecto era tolerable en el hombre privado, sus consecuencias tuvieron mucho de funesto cuando, ascendido al imperio, se dejó conducir á ciegas por Cornelio Laco, Marciano Icelo y Tito Vinio, á quienes llamaba el pueblo sus pedagogos, porque los conservaba continuamente á su lado. Vinio, manchado con los vicios más odiosos, habia llevado su bajeza hasta robar una copa de oro de la mesa de Claudio, quien le castigó solo con hacerle beber al dia siguiente en una copa de loza, miramiento que debió al recuerdo de la astucia y de la audacia que habia acreditado á la muerte de Calígula. Cornelio Laco, jefe de los pretorianos solo hallaba aliento y actividad en la opinion que tenia de sí mismo. El liberto Icelo, elevado por Neron á la categoria de caballero, acumuló en siete meses de privanza más riquezas que los más codiciosos libertos de Neron en catorce años. No habia vergonzoso desafuero á que no se entregaran osadamente aquellos tres hombres. No teniendo en cuenta el mérito para los empleos ni el buen derecho para los juicios, y favoreciendo á los que les proporcionaban más lucro, hicieron renacer las miserias y los horrores del tiempo de Neron. Recaia sobre Galba el odio que infundian sus delitos, al mismo tiempo que su indolencia personal movia á desprecio, y su dominacion se hacia insoportable al pueblo.

Con júbilo habia visto éste condenar á muerte á los que se habian hecho instrumentos de las atrocidades de Neron, entre otros Narciso y la envenenadora Locusta; y siempre que Galba se presentaba en público, clamaban unánimes voces por el suplicio de Tigelino. No hubiera retardado Galba el momento de arrojar aquella cabeza más á la muchedumbre, si Vinio, cuya avaricia codiciaba la inmensa suma que le habia prometido el acusado, no hubiera persuadido al emperador de que habia mucha crueldad en entregar á manos del verdugo un hombre que se moria de consuncion. Con efecto, Galba habló en este sentido á los romanos, y á fin de cohonestar la estratagema, hizo Tigelino sacrificios á los dioses por su pronta cura; pero aquella misma noche celebró una orgia en compañia de Vinio, y al saberlo el pueblo, se irritó estraordinariamente contra Galba.

A la par que el nuevo emperador permitia que los suyos se entregaran á la corrupcion más descarada, llevaba hasta el esceso su rigidez contra los demás, y su mezquina avaricia le ponia en ridículo y le hacia odioso á los ojos de la muchedumbre acostumbrada á locas prodigalidades. Un músico que le habia divertido durante una cena entera, recibió de su mano una moneda, y aun así le advirtió Galba que se la daba de su propio bolsillo. Si veia que le servian más espléndidamente que de costumbre, mostraba grande enojo. Hasta quiso aplicar remedio á las escesivas liberalidades de su antecesor, y mandó que todos los que habian recibido donativos de su mano, entregaran las nueve décimas partes. A este fin creó un tribunal que introdujo el desórden en las propiedades, y produjo más descontento en las masas que riquezas al tesoro. Esta misma mezquindad le indujo á que negara á los pretorianos la distribucion que les habia prometido. *He escogido á los soldados, no les he comprado*, dijo; frase digna de un antiguo romano, si hubiera sabido sostenerla con las obras. Viéndose despreciado por el pueblo y aborrecido por los soldados, especialmente á causa del rigor de la disciplina, y habiendo sabido la rebeldia de algunas legiones en Germania, resolvió adoptar un sucesor en el imperio. Su eleccion fué escelente y dictada por la prudencia: recayó en Pison Liciniano, mozo estimado por su modestia y por la severidad de sus costumbres. Exhortóle á sobrellevar su alta fortuna con no menos dignidad que su condicion oscura, diciéndole que el mejor modo de aprender á reinar bien, era observar lo que se elogiaria y condenaria en otros príncipes, y convidándole tambien á hacer memoria de que la nacion que debia gobernar no sabia soportar la libertad ni la servidumbre.

Aprobaron la eleccion del emperador los soldados y el Senado; pero ofendió vivamente á Salvio Oton, que habiendo sostenido ardorosamente á Galba, esperaba que por gratitud hubiera fijado los ojos en su persona. Viendo, pues, que nada podia aguardarse de un estado de cosas tranquilo, y que solo los disturbios podian brindar á su ambicion lisonjeras probabilidades, intentó una revolucion. Sus deudos y las sugestiones de los libertos, las respuestas de los adivinos, el curso de los planetas, la autoridad decadente de Galba, la de Pison todavia mal segura, le infundieron tanta audacia que, no teniendo en su apoyo más que un puñado de infanteria, acometió apoderarse del imperio, y salió airoso en su empresa.

Oton fue proclamado emperador solo por veinte y tres guardias pretorianos ganados á precio de oro. Asustado al principio de su corto número, estuvo á punto de apelar á la fuga; pero en breve se incorporaron otros á los primeros; no opusieron obstáculo alguno los indiferentes, y los que se habian opuesto al movimiento, permanecieron inactivos. Acudió Pison manifestando cuan vergonzoso ejemplo seria consentir que treinta desertores dieran un soberano al mundo: entonces el pueblo acudió en tropel al palacio con gritos de *¡muera Oton!* como acostumbraba á hacer en los teatros: mas no era por amor á Pison, ni con la idea del

bien público; obedecia al hábito de adular á los príncipes con aclamaciones desordenadas, de acreditarles un favor vano, pronto á cambiar al cabo de una hora.

Muerte de Galba.—Oton se presenta en medio de aquel insensato tumulto estendiendo sus manos; se da golpes en el pecho, envia besos y se humilla de cien modos, á trueque de seguir reinando. Agrúpanse en torno suyo muchos curiosos ó parciales, y primeramente los pretorianos, y luego la legion de los marinos, que conserva memoria del recibido ultraje, le prestan juramento de fidelidad. Galba sale de su palacio armado del todo: aparece sobre una silla porque la edad ha debilitado sus fuerzas, se halla trastornado, sin consejo, en medio de un pueblo ni sublevado ni tranquilo, pero cuyos sordos murmullos revelan inmenso miedo é irritacion suma. Por último, se vé abandonado de todos y condenado á muerte (16 de enero del año 69). Sosegadamente presentó su pecho á los asesinos, diciéndoles que le hiriesen, si redundaba en bien de la república; tenia setenta y tres años, y habia reinado tan solo ocho meses. Era más bien un hombre exento de vicios que dotado de virtudes. Sin codiciar el dinero ageno, fué económico de lo suyo y avaro de lo del Estado. Apacible y moderado vivió bajo el mando de cinco emperadores, y pareció digno del imperio antes de haberlo obtenido. Soberano y amigo demasiado indulgente, se puso á merced de sus ministros corrompidos que le hicieron parecer merecedor de su fin trágico; fin que desde entonces será fatalmente el de todos los emperadores romanos.

Oton.—Cual si no fueran los mismos que antes, pueblo, Senado, caballeros, acudieron porfiadamente á felicitar al nuevo emperador, maldiciendo á Galba, besando las manos de Oton, y prodigándole títulos y aclamaciones; entusiasmo tanto más vivo cuanto que era ménos sincero. Oton recibió con afabilidad aquellos homenajes, y procuró contener á los soldados, avarientos de sangre y de saqueo, pero le asistia poder para preceptuar un delito, no para estorbarlo; y hubo de deponer á muchos magistrados, nombrando otros á medida de su capricho.

Vinio fué asesinado: cupo la misma suerte á Laco, á Icelo, á Pison, y con ellos á otros muchos, tanto inocentes como culpables, cual acontece en las sediciones. Aquel dia de matanza terminó con fiestas y fuegos. Al siguiente, habiendo convocado el pretor al Senado, le hizo decretar el poder tribunicio para Oton, quien cruzó las ensangrentadas calles de Roma, y subió al Capitolio, donde fué saludado con el título de César Augusto. Perdonó á sus enemigos, ó más bien dilató una venganza que no le permitió cumplir la brevedad de su reinado.

Habia costumbre entre los pretorianos de pagar una cuota á su capitan para eximirse de los servicios ordinarios, y el que á fuerza de rapiñas ó de oficios serviles, llegaba á pagarle, sobrecargando á sus camaradas, pasaba en la ociosidad el tiempo de su empeño. Al espirar el término se encontraban aquellos soldados pobres, muelles y henchidos de insolencia, y afiliándose á diversas facciones, en las guerras civiles cifraban sus esperanzas. Oton abolió aquella inmoral cuota, ofreciendo indemnizar á los oficiales á sus espensas.

Entretanto los ejércitos que daban el imperio podian tambien quitarlo. Aulo Vitelio, que se hallaba en la baja Germania, concibió, ya que no la esperanza positiva, el anhelo de ser soberano; y habiéndose asegurado de la asistencia de Alieno Cecina, que habia sublevado en la alta Germania contra Galba sus tropas, se hizo proclamar emperador por los soldados (2 de junio de 69); se apoderó de la autoridad, y quiso conceder recompensas ó imponer castigos. Tambien se declararon en su favor los gobernadores de las Galias Bélgica y Lionense, así como las guarniciones de la Retia y de la Bretaña. Entonces envió á Italia, cada uno al frente de un ejército, á Fabio Valente por el monte Cenis, y á Cecina por el gran San Bernardo. El terror abrió al primero las ciudades de la Galia, y cuando la cruzaba, llegó allí la noticia de la eleccion de Oton y de la muerte de Galba, sin que por eso se calmara la sed de sangre y de saqueo que devoraba á sus soldados. Cecina pasó por el pais de los helvetos, degenerados ya de su antigua bravura, y ganó la Italia, donde Milan, Novara, Ivrea, Verceli se habian declarado ya por Vitelio.

Roma, disputada entre dos hombres igualmente despreciables por sus desórdenes y por su inercia, cualquiera que fuese el vencedor tenia por seguro depender de un mal soberano: asaltaban de pronto su memoria las guerras civiles, la toma de la ciudad, la devastacion de Italia, las águilas combatiendo contra las águilas en Farsalia, en Perusa, en Módena y en Filipos.

A fin de hacerse grato á los ojos del pueblo se desvia Oton de los deleites y de su inerte indolencia; perdona á algunos individuos, ordena á Tigelino que muera; tiende á hacer renunciar á Vitelio proponiéndole las más brillantes promesas, y hasta llegando á ofrecerle que le asociaria al imperio. Vitelio le brinda con iguales proposiciones; luego se dirigen recíprocamente enormes y merecidas injurias, enviándose uno á otro asesinos.

Oton tenia en favor de su causa á la mayor parte de las provincias, á las cuales trataba con miramientos. En Roma acreditaba en fin asiduidad á los negocios, y se conciliaba al pueblo con lisonjeras alocuciones, al Senado con dignidades, y con liberalidades á los pretorianos. Figurándose estos soldados cierta noche que se urde una trama contra Oton, empuñan las armas, corren por la ciudad como locos, se arrojan sobre el palacio, donde trataba el emperador con los principales ciudadanos y senadores, y con gran trabajo se apaciguan aun después de haberle visto vivo. Grande fué el terror, y aunque los amotinados volvieran á entrar en el órden, merced al dinero distribuido, no por eso

quedó la ciudad menos poseida de espanto, y mucho más á tiempo en que adelantándose un emperador hácia Roma, toda parcialidad acreditada en favor del uno podia servir mañana de pretesto á la venganza del otro. Por eso, siendo favorables á Oton los senadores, no se atrevian á decretar nada contra Vitelio. Acrecian el espanto prodigios, apariciones de fantasmas, estátuas derribadas, y nacimientos monstruosos. Un buey habia hablado en Etruria: el Tíber desbordado habia llevado su inundacion más lejos que nunca, destruido las cosechas y ocasionado la carestia. No habia en Roma una sola clase que no temblara y se creyera en peligro. Hallábanse debilitados por los años ó por una larga paz los principales senadores: la nobleza indolente habia olvidado la guerra; ya no sabian que era el servicio militar los caballeros, y todos se sentian más asustados cuanto más se esforzaban en disimular su susto. No obstante, habia algunos qué por loca ambicion compraban escelentes armas, caballos de precio, haciendo tambien ostentacion de festines y de deleites, cual si fueran instrumentos de guerra, y cuando todo hombre sensato temblaba por la paz y por la cosa pública, se manifestaban los espíritus atolondrados, llenos de desatentada osadia y sin temor por lo venidero.

Oton quiso salir de aquella situacion incierta, y marchó en busca del peligro; adelantóse hácia la Provenza con la mayor parte de los magistrados y de los personajes consulares, á la cabeza de las cohortes pretorianas. Secundóle la fortuna en aquella parte de la Galia, que hubo de padecer enormes crueldades, siendo entrada á sangre y fuego. Puesta una madre al tormento para que declarara el paraje donde habia escondido su tesoro, no habiendo escondido más que á su hijo, espiró en la tortura sin decir más que: *Aquí está enterrado;* y señalaba su vientre. Sometióse á Vitelio el pais entre el Po y los Alpes, no por afecto ó por odio, sino por indiferencia al soberano á quien debian mostrarse obedientes.

Batalla de Bedriaco, 14 de Abril.—Por largo tiempo se prolongó la lucha en aquellas comarcas, y fué encarnizada como lo son comunmente las guerras civiles en que toman parte ausiliares extranjeros. Por último, los dos ejércitos se dieron batalla en Bedriaco (2), y el de Oton fué derrotado. Viendo un soldado, que habia ido á llevar la noticia á Brescelo, donde Oton se hallaba, como lejos de creerle, le tenian por fugitivo, se atravesó con su espada. Ante aquel rasgo de bravura, pronunció el emperador las palabras siguientes: *No se dirá nunca que gentes tan denodadas y afectas se esponen por mi causa á nuevos peligros;* y resolvió darse muerte. Vanamente quisieron sus soldados reanimar su valor, diciéndole que nada habia desesperado, mientras todos denotaban voluntad de sacrificar la vida en su obsequio; inútil fué que muchos se suicidaran delante de sus ojos en corroboracion de su promesa; sin resultado alegaron otros que la grandeza del alma consistia en sobrellevar con firme aliento los desastres y no en eludirlos con la muerte; á todos suplicaba le permitieran sacrificar su vida para salvar la de tantos hombres: *No se trata*, decia, *de lidiar contra los galos ó contra Pirro, sino contra conciudadanos; y solo á costa de mucha sangre fraternal puede adquirirse la victoria. Vitelio ha empuñado las armas, he debido defenderme; pero la posteridad sabrá que no he querido esponer más que una vez sola romanos contra romanos. Si otros han conservado más largo tiempo que yo el imperio, nadie le ha abandonado más generosamente. De nadie me quejo, pues quejarse de los hombres ó de los dioses á la hora de la muerte, denota que se ama la vida.*

Muerte de Oton.—El que se espresaba en tales términos habia sido obsequioso con Neron y cómplice de sus fealdades: se habia encargado de guardarle Popea hasta que se hubiera desembarazado de Octavia; encontrábase abrumado de deudas á causa de sus prodigalidades, se quitaba el vello de todo el cuerpo y se afeitaba cotidianamente, se suavizaba el cutis frotándole con miga de pan remojada, llevaba contínuamente consigo un espejo delante del cual se componia marcialmente antes de marchar á los combates.

Luego que hubo persuadido á sus amigos á fin de que no comprometieran su salvacion, oponiéndose á lo que habia resuelto, se dispuso Oton á morir en determinada hora, y dijo: *Añadamos esta noche más á nuestra vida.* Entonces coloca dos puñales debajo de su almohada y se duerme. A la mañana siguiente pone término á su existencia (21 de Abril).

Vitelio.—Llorando sus soldados á un emperador que moria á los treinta y siete años por salvarles, se amotinaron con una furia tanto más formidable, cuanto que no habia allí quien los apaciguara. Ofrecieron el imperio sin encontrar nadie que quisiera admitirlo, y mientras el Senado se declaraba en favor de Vitelio y decretaba gracias á las legiones de Germania, se aumentaba la licencia militar en los dos bandos. Vitelio, que habia acudido á Italia, perdonó á los principales oficiales de su competidor, y castigó á los demás con la muerte. Desde Cremona se dirigió á Bedriaco, para recrear sus ojos ante el espectáculo del campo de batalla, todavia cubierto de cadáveres insepultos (25 de Mayo), complaciéndose en contemplar sus heridas; y pronunciando estas palabras: *Siempre huele bien el cadáver de un enemigo, y todavia más el de un conciudadano,* hizo que le llevaran vino, bebió y distribuyó lo demás á los presentes.

Daba pruebas el nuevo emperador de lo que era, mónstruo de crueldad y de glotoneria. Durante su viaje le brindaban á porfia los más esquisitos pro-

(2) Se ha discutido mucho sobre esta localidad, y algunos la fijan en Caneto, pero más verosímilmente otros en Calvatone del Cremonés, en el ángulo de una via romana, á dos jornadas de Verona.

ductos del pais comarcano. Congregaba los principales ciudadanos en opíparos banquetes; y le imitaban lo mejor que podian, libres de toda sujecion los soldados; de tal suerte, que se hubiera creido que en su campamento se verificaba la celebracion de las bacanales. Aunque no habia reservado cerca de sí más que una parte del ejército, cruzaron la Italia más de sesenta mil soldados, sin contar los hombres de la comitiva en la época de la cosecha, y la talaron, saqueando, violando y vendiendo á sus moradores como en pais enemigo.

Habiéndose acercado el emperador á Roma iba á entrar con la coraza y la espada, como un conquistador arrollando por delante al pueblo y al Senado, si sus amigos no le hubieran invitado á ahorrar aquel nuevo ultraje, y á preferir la vestidura de la paz. En su arenga al pueblo y al Senado habló con pomposas frases de su actividad y de su templanza; y todos aplaudieron sus palabras cuando todos eran conocedores de su glotoneria, de su pereza y de su vergonzoso libertinaje.

Uno de sus primeros decretos prohibió á los caballeros mostrarse en espectáculo en el teatro y en la arena: otro desterró á los astrólogos; y como se fijara un cartel anunciando que Vitelio moriria un dia en que los astrólogos salieran de Roma, mandó dar muerte á todos los que pudieron ser habidos. Frecuentaba asiduamente el teatro y el circo, asistiendo con no menos exactitud á las sesiones del Senado. Cierto dia en que le contradijo Hervidio Prisco, se espresó de este modo: *Nada tiene de particular que dos senadores profesen una opinion distinta.* Incapaz á pesar de todo, de toda ocupacion seria, dejaba el cuidado de los negocios á sus validos Valente y Cecina, que le habian dado el imperio, y á Asiático, su compañero de libertinaje. Acaso es fuerza imputar á sus sugestiones la sangre con que se manchó Vitelio y el asesinato de su propia madre. Habiendo encontrado una lista de las personas que habian pedido á Oton recompensas por haber tomado parte en el homicidio de Galba, condenó á todos á muerte, no tanto por castigo de lo pasado como por prenda de seguridad para lo venidero.

Gula de Vitelio.—Su principal ocupacion se reducia á inquirir nuevos medios de aguzar el apetito. Haciendo cinco comidas cotidianas, todas costosamente servidas, se convidaba á sí propio á desayunarse á casa de un amigo, á comer á casa de otro, á merendar á casa del tercero, á cenar á casa del cuarto, todo en un mismo dia; y habia competencia acerca de quien le trataria mas opíparamente. Pero su hermano Lucio superó á todos los demás, sirviéndole dos mil platos de pescados y siete mil de aves, lo mas esquisito de todos los paises del mundo. El mismo emperador inventó un plato llamado el escudo de Minerva por su amplitud prodigiosa, y que reunia los manjares mas á propósito por su delicadeza para halagar el paladar o el capricho. Habia allí sesos de faisanes, hígados de escaros, lechecillas de lampreas, lenguas de aves raras de mil colores, sacadas de la jaula á cierta hora, sorprendidas las hembras en sus nidos, los machos durante su sueño, atendido que la agitacion hace de su hígado un manjar sabroso. Habia además huevas de peces sacados de los lagos por el mismo método que se empleaba para pescar las perlas; otros peces enviados á Roma dentro de la misma agua en que se les habia cogido; setas cuyo nacimiento se acechaba en el curso de húmedas noches; frutos embarcados con el tallo y la tierra donde brotaban, á fin de que al cogerlos César con sus manos, recibiera las primicias de su perfume y de su borrilla. Por donde quiera que transitara era necesario tener manjares prevenidos; de otro modo se arrojaba sobre cuanto podia llevar á su boca, devorando hasta las ofrendas depositadas sobre los altares de los dioses, y en pocos meses se engulló 900,000,000 de sextercios. Tambien disipó mucho dinero en mandar construir cuadras, en dar carreras, espectáculos de fieras y de gladiadores, en hacer celebrar últimamente en honor de Neron espléndidas exequias, con gran júbilo del populacho, y con profunda indignacion de las gentes honradas.

Vespasiano proclamado emperador. — Las noticias de Oriente llegaron, no á turbar, sino á interrumpir sus inmundos solaces. Habiendo sabido la muerte de Neron, mientras hacia la guerra á los judios, Vespasiano, envió á Tito, su hijo, á felicitar á Galba; pero informado en el camino del fin de aquel príncipe y de la lucha empeñada entre Oton y Vitelio, retrocedió camino para exhortar á su padre á que se enseñoreara del poder que se disputaban aquellos dos rivales. Creyéndose las legiones de Oriente con derecho para imponer un soberano al universo, á semejanza de las de Germania y de la Galia, fijaron naturalmente sus ojos en Vespasiano: sus sesenta años, la idea de que iba á jugar su porvenir y el de sus hijos en una tentativa, cuyo desenlace era el trono ó la horca, le hicieron titubear por algun tiempo: mas por último, permitió que le proclamaran emperador (69). No vacilaron en jurarle obediencia las provincias de Oriente hasta el Asia y la Acaya; y teniendo en su favor entonces legiones aguerridas, reyes fieles á su causa, y una gran pericia militar, se apresto á libertar al imperio del innoble Vitelio.

Estableció en Berito un Senado para la discusion de los negocios, llamó nuevamente á los veteranos, ordenó nuevas levas, hizo fabricar armas, acuñar moneda; y dejando á Tito en Judea para proseguir las hostilidades, se encaminó á Egipto. Contra Vitelio despachó al comandante del ejército de Siria, Craso Muciano, que se consideraba igual á Vespasiano y aumentaba cotidianamente sus fuerzas. Levantando impuestos á su tránsito llegó á Europa, donde proclamaron las legiones á Vespasiano desde Iliria hasta España y la Bretaña.

Queria el nuevo emperador que las legiones de Iliria avanzaran hasta una legua de Aquilea, ocupando los Alpes Panonios para penetrar en Italia

cuando tuvieran otras fuerzas en su apoyo; y entretanto debia cruzar la escuadra por el Mediterráneo con el fin de que reducida por el hambre la península se entregara sin efusion de sangre. Pero Antonio Primo persuadió al ejército de Iliria á bajar los Alpes sin hacer alto; y con Aquilea fueron sorprendidas las ciudades de Altino, de Este, de Padua, de Vicenza, así como la floreciente Verona, lo cual interceptó á Vitelio las comunicaciones con la Germania y con la Retia. Este ahuyentaba todo desvelo saboreando buenos platos, y como no creia tan inminente el peligro, se figuró que bastaria distribuir algunas tropas en las diferentes ciudades para tenerlas á raya. No obstante, cuando se vió amenazado de cerca, se preparó á la lucha y cifró toda su esperanza en las legiones de la Germania; pero le hizo traicion Cecina, jefe de las tropas. La escuadra de Rávena proclamó á Vespasiano. Por ultimo, se dió una batalla bajo los muros de Cremona (29 de Octubre), y treinta mil vitelianos fueron muertos por compatriotas y amigos. Un hijo inmoló á su propio padre, á quien reconoció mientras le despojaba; y después de suplicarle que no le maldijera, le cavó su sepultura. Una vez tomado el campamento de los vitelianos fué asediada Cremona, y después de una tenaz resistencia alcanzaron salvar la vida sus moradores; pero aunque Antonio Primo deseaba ardientemente perdonar á una ciudad ceñida de habitaciones deliciosas, llena de multitud de gentes atraidas por una feria solemne y poseedora de tantas riquezas, no pudo refrenar la sed de botin avivada por un inveterado odio. Cremona fué saqueada por espacio de cuatro dias y destruida casi totalmente. Irritado Primo de la conducta de los soldados, les prohibió retener á ningun cremonés preso, y para obedecerle les quitaron la vida.

Deseoso Valente de restablecer la propicia suerte bajo las banderas de Vitelio concibió el proyecto (y hubiera sido su realizacion terrible) de pasar de la Etruria á la Galia, de sublevarla como tambien á Germania, y preparar á Vespasiano una resistencia vigorosa. Pero una tempestad le arrojó sobre Mónaco, donde sabedor de que las Galias habian prestado juramento á Vespasiano, de que España y Bretaña vacilaban en su fidelidad, licenció sus tropas y anduvo errante hasta las inmediaciones de Marsella, donde fué preso.

Entretanto Vitelio imaginaba remediar el peligro ocultándolo, error comun tambien á otros tiempos. ¡Desventurado del que hubiera dicho cerca del emperador una sola palabra de las desastrosas noticias que circulaban entonces! Enviaba espias de descubierta al campamento de Vespasiano, y cuando regresaban les hacia dar muerte para que guardaran silencio; al mismo tiempo designaba los cónsules para diez años, conferia el derecho de ciudadania á extranjeros con ámplias concesiones, y en los salones de Roma, en los vergeles de Aricia, olvidando lo pasado, lo presente y lo venidero, comia, bebia y se entregaba á la lujuria. Habiendo aspirado en vano el centurion Julio Agreste á sacarle del letargo, le pidió permiso para ir á cerciorarse por sus propios ojos de la fuerza y de la actitud del enemigo. Lo obtuvo, y fué en busca de Primo, á quien declaró el objeto que allí le guiaba. Después de haber visto arruinada Cremona, prisioneras las legiones, y el campamento poderosamente defendido, volvió á dar cuenta de todo á Vitelio; y hallándole incrédulo se suicidó para dar testimonio de la veracidad de su relato. ¡Tan poco caso se hacia entonces de la vida!

Por último, el emperador envió á ocupar los desfiladeros del Apenino; luego, haciéndose cada vez más amenazador el peligro, juntó su ejército con una comitiva de senadores, de lo cual resultaba que aparecia más despreciable. Pidiendo consejos ora al uno, ora al otro, á cada noticia de la aproximacion del enemigo se le veia caer en desaliento y beber hasta embriagarse. Cuando supo que se habia pasado á su rival la escuadra de Misena, tornó á Roma donde para enternecer al pueblo, hizo uso de ruegos, de lágrimas, de promesas, prodigándolas tanto más por la imposibilidad de cumplirlas; y así reunió una turba de gentes vagas, á quien dió el nombre de legion; mas no bien cruzó Primo el Apenino con la velocidad del rayo, desertaron á bandadas, con especialidad al ver la ensangrentada cabeza de Valente, última esperanza de los vitelianos.

Después de haber contravenido á las órdenes espresas de Vespasiano derramando torrentes de sangre, se pensó en poner coto á la matanza, con instar á Vitelio á que renunciára el imperio; y no descubriendo ningun resquicio favorable, Vitelio estaba inclinado á la renuncia, pero se opuso el pueblo. Entonces tenia Roma por gobernador á Sabino, hermano de Vespasiano, quien á pesar de los consejos de la ambicion doméstica, de las exhortaciones de los magnates, y del deseo de terminar la guerra, permanecia fiel á Vitelio. Solo cuando se divulgó la noticia de su abdicacion se decidió á empuñar las armas; pero poseido el pueblo de un frenesí repentino le cercó en el Capitolio (19 de Diciembre), donde le atacó á hierro y fuego: incendiáronse las vecinas casas, y penetrando los vitelianos á través de las llamas en el Capitolio, mientras ardian los pórticos, pasaron á cuchillo á cuantos les opusieron resistencia. Sabino fué asesinado por aquel pueblo furioso, que sacudiendo sin saber cómo su apatía, consagraba sumo fervor á defender una causa que no era la suya, y á un emperador á quien debia arrastrar al Tiber al dia siguiente.

Al saber Primo el asesinato de Sabino y el incendio del Capitolio, se pone en marcha contra Roma. Aunque Vitelio se siente envalentonado por el celo de la muchedumbre, le envia con las vestales un embajador á fin de reclamar que consagre á la reflexion un solo dia, pero no lo consigue, y son arrollados dentro de la ciudad sus parciales. En breve es tomada; pero la batalla continua

por mucho tiempo en las calles, donde perecen cincuenta mil hombres. Hallando el populacho una salvaguardia en su vileza, aplaudia ó silbaba desde el interior de sus moradas á los combatientes como hacia en los espectáculos; si alguno de ellos se refugiaba dentro de una casa, se divertia el pueblo rechazándole de allí, gritando como si estuviese tocado de locura: ¡Viva y Muera!

Muerte de Vitelio.—Abandonado Vitelio, tentó emprender la fuga: después se escondió en una pocilga, donde no tardó en ser descubierto. Entonces, desgarrada su vestidura, con una soga al cuello y atados los brazos á la espalda, fué paseado por la ciudad en medio de los ahullidos de aquel populacho que le adoraba dos dias antes. A todos los ultrajes con que le abrumaban, no respondia más que estas espresiones: *He sido á pesar de todo, emperador vuestro.* Pocos momentos después habia dejado de existir (20 de diciembre de 69). Era el octavo emperador de Roma, y el sesto que perecia de muerte violenta.

Su hermano Lucio Vitelio, que mandaba un ejército en Terracina, depuso las armas y fué muerto. Así acabó la guerra sin que por eso sobreviniera la paz. Perseguian los soldados vencedores á los del opuesto bando, les quitaban la vida donde quiera que los encontraban, y bajo pretesto de buscarlos penetraban en las casas, presa á la sazon de sus rapiñas; el populacho les servia de guia y se mostraba no menos codicioso que ellos. Primo se servia del mando para robar más que los otros. Domiciano, hijo del nuevo emperador, habia huido durante el popular tumulto, disfrazado de sacristan de Isis, y ya reconocido por César, se engolfaba en toda especie de fealdades. Por todas partes se cometian desórdenes y delitos, y reducida al último apuro la pobre Italia, apenas tenia aliento para proclamar al nuevo Augusto Vespasiano.

CAPÍTULO IX

VESPASIANO.—ESTERMINIO DE LOS JUDIOS.

La familia Flavia, que no era antigua ni ilustre, procedia de Rieti. Tito Flavio, abuelo de Vespasiano, peleó durante las guerras civiles, y después de la batalla de Farsalia, regresó á su pais natal en clase de recaudador de impuestos. Su hijo, que tenia el mismo nombre, desempeñó igual empleo en muchas ciudades de Asia con reputacion de hombre honrado. Enseguida se retiró al pais de los helvecios, donde se enriqueció prestando dinero, y tuvo de una tal Vespasia Pola á Sabino y á Vespasiano. Este último, nacido el 17 de noviembre del año 9, fué elevado por Calígula á la categoria de senador. Habiendo servido con honra, fué posteriormente cónsul, después procónsul en Africa, y tomó por esposa á una esclava africana, llamada Flavia Domitila. Debió sus adelantos á su talento para la lisonja. Cuando Calígula se hizo pasar por vencedor de los germanos, festejó su triunfo con estraordinarios juegos. Solicitó entonces que los ciudadanos acusados de traicion fueran ejecutados públicamente y privados de sepultura: dió gracias en pleno Senado porque Calígula le habia convidado á una cena. Sirvió á Neron en Africa con sobrado celo para atraerse la animadversion pública. A su retorno se halló en tan mala situacion de fortuna, que empeñó sus tierras á su hermano, y para subsistir apeló á medios poco decorosos. Pero corrió gran peligro á causa de haber cedido al sueño mientras Neron leia versos de su cosecha. Retirado al campo, aguardaba á cada instante siniestras noticias, cuando se vió elegido para hacer la guerra en Judea. La oscuridad de sus abuelos, que no infundia á Neron recelo alguno, le valió aquel mando, en el cual se mostró escelente capitan, animoso en sobrellevar las fatigas, y pronto siempre á participar de los padecimientos del soldado. Deshonrábale no obstante una avaricia que contrastaba singularmente con la prodigalidad rapaz de su tiempo.

Fué el único que cambió para hacerse mejor cuando ascendió al imperio. Apenas supo la muerte de Vitelio despachó víveres á Italia, donde se dejaba sentir cruelmente la carestia. Confirió gobiernos y mandos á sus amigos, hombres esperimentados tanto en la vida privada como en los campamentos, y no se vió en la necesidad de mimar á los soldados con liberalidades intempestivas. Craso Muciano, conjunto de buenas y de malas cualidades, afeminado y activo, orgulloso y afable, ávido de placeres é indomable en la fatiga, fué por él investido con un poder ilimitado; desplegando en Roma una severidad oportuna, puso bajo buen pié las cosas, hasta que Vespasiano, que hacia milagros en Alejandria y encontraba quienes le prestaran asenso (1), llegó á Italia (70).

Si en el momento de su eleccion acudió tal muchedumbre á rendirle homenaje en el vasto recinto de Alejandria, se puede calcular la que afluyó entorno á su llegada á la metrópoli del mundo. Cada cual se lisongeaba de verle restablecer la disciplina, de restituir al imperio su esplendor y pujanza: todos esperaban de él lo que esperan los pueblos

---

(1) Restituyó la vista á un ciego humedeciéndole los ojos con su saliva. Un hombre paralítico á quien tocó, recuperó inmediatamente el uso de su mano, todo en honra y gloria de Serapis. Entrando Vespasiano en el templo de este dios, vió detrás á un cierto Basílides, que en aquel mismo instante se hallaba enfermo á ochenta millas de distancia. Atestiguan estos hechos Suetonio, Dion y Tácito, quien dice que en su tiempo no se hubiera podido propagar una impostura.

mal gobernados, al mudar de soberano. Con efecto, reprimió la licencia militar, no siendo pródigo con los soldados y acostumbrándoles á un régimen severo. Asistia á las deliberaciones del Senado, é invitaba á cada cual á que emitiera su opinion francamente. Investido con la censura elevó á mil el número de senadores, de los cuales apenas habian sobrevivido doscientos á las matanzas anteriores; degradó á los caballeros que se habian hecho indignos de aquella categoria, mejoró la administracion de justicia, se afanó por borrar las huellas del deplorable incendio que habia desolado á Roma, y recogió tres mil láminas de bronce, en que estaban trazados antiguos plebiscitos, tratados de paz y de alianza, privilegios y diferentes acontecimientos notables.

A pesar de que volvia del espléndido Oriente, conservó sencillas costumbres, y aunque habituado á la vida de los campamentos, lloraba siempre que habia necesidad de condenar á alguno á muerte. Hablaba á menudo de lo humilde de su nacimiento, y se mofaba de los que pretendian hacerle descender de Hércules; y teniendo en muy poco los títulos, costó mucho trabajo inducirle á que admitiera el de padre de la patria. Todos tenian cerca de él libre acceso; protegió y casó á la hija de Vitelio dándole un buen dote, y sobrellevó pacientemente al jactancioso Muciano, que suponia haberle dado el imperio. Con no menor sosiego toleró los epígramas fulminados contra su avaricia, y las invectivas de los filósofos, á quienes habia condenado á destierro. Aunque desterrado con los demás el cínico Demetrio, no solo permaneció dentro de Roma, sino que osó comparecer en su presencia y dirigirle mil injurias: *Todo lo haces*, le respondió, *para que te quite la vida; pero yo no mato á un perro que ladra*. No conservó ningun recuerdo de las afrentas de que en tiempo de Neron habia sido blanco, ni envió al suplicio á ninguno de los que conspiraron en contra suya, ni prestó oidos á los delatores. Habiéndole prevenido alguno que desconfiara de Mecio Pomposiano, porque habia nacido bajo el influjo de una constelacion que le prometia el imperio, le elevó al consulado, diciendo: *Hará memoria de este acto de amistad cuando suba al trono.*

A fin de equilibrar las rentas, restableció los impuestos suprimidos por Galba, y aumentó los demás; creó otros nuevos y entre ellos uno sobre la orina. Como Tito le manifestase lo que habia en esto de innoble, Vespasiano le dió á oler el dinero que provenia de este tributo, preguntándole: *¿Huele mal por ventura?* Anunciándole cierto dia los diputados de una ciudad que su senado habia decretado erigirle una estátua de gran precio: *Hé aquí la base*, les respondió tendiendo la mano: *bastará con que pongais encima el valor de vuestra estátua*. No habia delito alguno de que no fuera fácil eximirse por dinero. Cuéntase tambien que confiaba las administraciones más lucrativas á los que sabian entregarse mejor á la rapiña, considerándolos como esponjas que son esprimidas luego que lo han absorbido todo. Solicitando con grande instancia uno de sus favoritos la mayordomia de la casa imperial para alguno á quien llamaba hermano, el emperador no respondió palabra; pero llamó al indivíduo recomendado, y después de hacerle entregar la suma prometida al favorito por la proteccion que acababa de dispensarle, le confirió el empleo apetecido. Cuando el favorito volvió á la carga, contestó Vespasiano: *Busca otro hermano, pues ha resultado que el que me recomendaste, es hermano mio y no tuyo.*

Esta es sin duda una conducta indigna de un príncipe; pero si se medita sobre el estado de penuria en que encontró las rentas, cuando, segun su declaracion propia, era imposible administrar la república con menos de 4,000.000,000 de sextercios al año (800,000.000 de pesetas), se inclina uno á disimularle un vicio que no le indujo á las dilapidaciones á que la prodigalidad habia arrastrado á sus predecesores. Con doble motivo puede perdonársele, porque aquello no le estorbó mandar ejecutar trabajos de interés público, auxiliar á los senadores poco acomodados, reedificar ciudades destruidas, reparar caminos y acueductos, protejer las artes y las ciencias; pues fué el primer emperador que mantuvo en Roma á espensas del Estado profesores de elocuencia griega y latina.

Guerras: los dacios. — Entretanto la independencia del mundo hacia de vez en cuando alguna tentativa para sacudir la opresion romana. Apenas acababa de recibir Vespasiano el título de emperador, cuando los dacios empuñaron las armas. No hallándose ya contenidos por el ejército que ocupaba la Mesia, atacaron los cuarteles de invierno de los auxiliares, y pasando el Danubio, amenazaron la trinchera de las legiones. Muciano envió prontos socorros, y Fonteyo Agripa pudo arrollar al enemigo más allá del rio, cuyas riberas guarneció con una línea de fortalezas.

Irritado por otra parte Aniceto, liberto de Polemon II, rey del Ponto, á consecuencia de haber convertido Neron en provincia aquel reino, reunió tropas, y bajo pretesto de socorrer á Vitelio, ocupó Trebisonda, redujo á cenizas la escuadra que vigilaba las costas, y habiéndose aliado con los bárbaros, taló las riberas del Asia (68). Virdio Gémino, enviado en contra suya, atacó á sus tropas cuando se entregaban al saqueo y las obligó á refugiarse á bordo de sus naves, pero dándoles luego alcance con galeras equipadas á toda prisa, amenazó á Sedoquesoro, rey de los dacios en la Cólquide, con hacerle la guerra, si no ponia en sus manos á Aniceto, y aquel consintió en entregarle.

Bátavos. —Hácia el año 8 de Cristo una tribu de catos, repelida de la Germania, se estableció en la isla que forman dos brazos del Rhin, bajo el nombre de bátavos, y aliada de Roma, sin ser súbdita suya, hubo de suministrarle cierta cantidad de tropas al mando de los principales de aquel territorio. Ocho cohortes de bátavos se habian señalado en

las gueras precedentes tanto en Germania como Bretaña; después habian seguido á Vitelio, contribuyendo á la victoria de Bedriaco en gran manera; pero las envió á su pais por mostrarse demasiado turbulentas.

Dos hermanos llenos de valentia, Julio Paulo y Claudio Civilis (69), vástagos de una de las principales familias, figuraban allí en el primer puesto; y habiendo ingresado el último todavia mozo en el servicio de Roma, habia obtenido el título de ciudadano y el grado de prefecto de cohorte.

Sospechosos ambos de maquinaciones contra los romanos, Paulo fué decapitado y Civilis enviado á Roma, y puesto al fin en libertad por Galba. Acusado de nuevo por Vitelio, amparóle después Vespasiano, á quien fingió ser adicto. Sin embargo nutria el deseo de vengar á su hermano y de libertar á su patria. Habiendo, pues, estudiado las disposiciones de sus compatriotas, congregó en un bosque sagrado la flor y nata de la nobleza y del pueblo: después de haberlos escitado escanciándoles vino, hace allí el elogio de la nacion, y enumera los ultrajes que ella ha recibido, de tal suerte, que todos se comprometen á la venganza. El, por su parte, jura no cortarse más el cabello hasta ver libre á su patria.

Civilis.—Civilis, tuerto como Aníbal y Sertorio, no les cedia en denuedo ni en recursos: su esperanza era mantenerse á la sombra de las divisiones que agitaban al imperio. Requirió ayuda de los camninefatos y de los frisones, y la obtuvo de unos y otros: enviáronle los primeros tropas mandadas por Brinnon, guerrero de feroz bravura: asesinaron los frisones en plena paz á todos los romanos que se hallaban en su pais. Habiendo atacado Civilis á Aquilio, le derrotó, merced á las deserciones, y su victoria le valió armas, una escuadra, las simpatias y la alianza de muchos pueblos de la Germania, y de triunfo en triunfo llegó á encerrar á las legiones dentro de sus trincheras.

Vacilaban los generales romanos ignorando en beneficio de qué emperador se empeñarian en lides. Como pagara Hordeonio Flaco el sueldo en nombre de Vespasiano, prorumpiendo las legiones en gritos de alborozo, se pusieron á beber y pasaron de la embriaguez á la ira. Algunos dan en decir que Flaco se halla en inteligencia con Civilis; se les presta crédito, y sorprendido Flaco en su lecho, es asesinado por los soldados. Derriban enseguida las estátuas de Vespasiano, tornan á levantar las de Vitelio y cometen toda clase de desórdenes. Después de haber saciado su furia, entran otra vez en sus deberes, reconocen á Vespasiano, y como por indemnizacion de su rebeldia, atacan de improviso á los bátavos y los ponen en derrota.

Aquellos levantamientos habian despertado el deseo á la esperanza de libertad en toda la Galia. No tardan los bardos en abandonar los albergues donde han procurado eludir las asechanzas del enemigo; salen de allí con sus cantos, sus sacrificios y todo el acompañamiento de la supersticion antigua: hacen oir oráculos que prometen el imperio del mundo á un pueblo situado más allá de los Alpes, y señalan el incendio del Capitolio como preludio de la caida de Roma. Clásico, Julio Tutor, de Tréveris, y Julio Sabino, de Langres, que figuraban por aquella época en primer puesto entre los galos, resolvieron sublevar el pais después de haber sondeado las disposiciones de sus compatriotas. Pero ¿qué se habia de hacer de los romanos que guarnecian las Galias? Degollarlos, decian los más resueltos; pero á los demás les parecia que bastaba con desembarazarse de los jefes, con la idea de que podrian entrar en la confederacion los soldados. Con efecto, se entendieron con cierto número de romanos para dar muerte á sus oficiales, y revestido Clásico con las insignias de magistrado romano, hizo prestar á las legiones juramento de fidelidad al *imperio galo* (71).

Comenzóse inmediatamente la guerra. Civilis, que habia cumplido su voto, pudo ya cortarse el cabello; y la profetisa Veleda, recorriendo las filas de los sublevados, acrecentaba su valor afirmándoles en sus esperanzas. Pero era como siempre entre aquellos hombres denodados un fervor sin disciplina, capaz de vencer, no de sacar partido de la victoria. Mútuas rivalidades impedian á las ciudades formar una confederacion compacta y homogénea, y ponerse de acuerdo para la eleccion de una capital; y á este tiempo se sabia que aprestándose Roma á sofocar la insurreccion y reuniendo sus fuerzas á las órdenes de un emperador belicoso, hacia avanzar cuatro legiones de Italia, dos de España, una de Bretaña.

Muchos se sometieron entonces por prudencia ó por miedo; otros se vieron obligados á rendirse por la fuerza; hasta las mismas legiones que habian jurado fidelidad al imperio galo, volvieron á entrar en el círculo de sus deberes, y obtuvieron indulto (72). Tambien Civilis hubo de ceder después de una larga y vigorosa resistencia, y le fué permitido vivir en paz. Clásico, Tutor, dos Alpinos y otros jefes, que habian permanecido fieles á la bandera de la independencia, apelaron á la fuga ó se dieron muerte; algunos fueron entregados á los romanos, juzgados y ejecutados.

Julio Sabino.—Julio Sabino, que se habia hecho proclamar emperador, fué derrotado cuando andaba propagando la insurreccion, y solo se libertó de la muerte quemando la casa donde se habia refugiado y dando á entender que habia perecido entre las llamas. Su mujer Eponina, que le amaba tiernamente, lo creyó del mismo modo, y le lloró con desesperacion hasta el momento en que él pudo hacerle saber que se habia retirado á una caverna con sus riquezas y dos libertos. Disimulando con esmero su regocijo al recibir esta noticia, continua haciendo vida de viuda y llevando luto; pero bajo pretesto de sus negocios vivia mucho tiempo en el campo para estar cerca de su esposo. Dió á luz y crió dentro de aquella gruta á dos hijos; hasta pudo hacer salir á su marido, ignorándose la causa,

con direccion á Roma, donde fué de incógnito, tornando luego á su retiro.

Así pasaron nueve años; al cabo de ellos miradas curiosas espiaron los pasos de Eponina, se descubrió el misterio, y encadenados los dos esposos fueron conducidos á Roma. La magnanimidad del uno, su largo martirio, la singularidad del caso, las lágrimas de la generosa Eponina que decia *He criado, como lo hubiera hecho una leona, á estos dos hijos en la cavidad de un antro, á fin de que fuésemos más en número á demandar perdon*, enternecieron á Vespasiano hasta hacerle prorumpir en llanto, lo cual no le impidió enviar á aquellos desventurados al suplicio. Así lo queria la razon de Estado.

Renació el órden en la Galia, es decir, la paciencia de la servidumbre, y trasformados los druidas empezaron á enseñar las ciencias romanas.

Judea.—Nos detendremos más tiempo en hablar de Judea, á la cual dejamos reducida á provincia romana y gobernada por procuradores, entre quienes fué mas célebre que otro alguno Poncio Pilatos (26-36), (lib. V, cap. XXII.) Aquel representante del emperador, ignorando la energia de un pueblo á quien hacian insoportable el yugo extranjero sus antiguas instituciones, osó vulnerar sus costumbres enarbolando dentro de Jerusalen las enseñas romanas, aborrecidas por los hebreos, como toda representacion de hombres y de animales. Ante esta afrenta nacional y religiosa corrieron en tropel los hebreos á suplicar á Pilatos que apartara de enmedio de ellos tamaño escándalo, y permanecieron dia y noche á la puerta del pretorio; luego en vez de retirarse cuando mandó disipar aquellos grupos á viva fuerza, presentaron al acero su pecho inerme, gritando: *Menos dolorosa nos será la muerte que la desobediencia á nuestra ley*. Conmovido Pilatos de aquella inesperada firmeza, oyó su ruego; pero como quisiera más tarde tomar dinero del tesoro del templo, se sublevó el pueblo, y enfurecido el procurador hizo morir á gran número de judíos. Otra vez recurrió á la fuerza cuando los samaritanos empuñaron las armas á las órdenes de Simon el Mago en la cumbre del monte Garizin, para buscar los vasos sagrados, que decian haber sido allí depositados por Moisés. Irritados de aquel rigor los samaritanos, le acusaron cerca de Vitelio, gobernador de Siria, quien le intimó fuera á justificarse á Roma.

Cuando posteriormente murió sin hijos el tetrarca Filipo (36), Tiberio reunió sus Estados á la Siria, mientras Herodes Antipas, hermano de Filipo, conservaba la otra parte de la herencia de Herodes el Grande, ejerciendo, merced á la amistad del emperador, una autoridad casi ilimitada en aquella comarca. Fué derrotado en una guerra que emprendió contra Aretas, su suegro, rey de Arabia, y los judíos vieron en este suceso un castigo del cielo por el asesinato de Juan Bautista.

Maltratado á su lado su sobrino Agripa, se dirigia á Roma con el fin de implorar el socorro de Calígula, que ascendido al trono, le libertó de la prision, donde le habia mandado encerrar Tiberio y le regaló una cadena de oro del mismo peso que la de hierro con que habia estado cargado dentro de su calabozo. Añadió á esto una tetrarquia en Judea con el título de rey (37), y acaso á instigacion suya envió desterrado á Lion á Herodes con su esposa (39).

Bastará aquí indicar la resistencia opuesta por los judíos de Jerusalen y de Alejandria á los decretos del emperador, que se empeñaba en violentar sus conciencias (lib. VI, pág. 28), así como el servicio prestado por Agripa á Claudio, quien en cambio sometió á su autoridad la Judea con la provincia de Samaria y dió la Cálcide á su hermano.

Llegado Agripa á Jerusalen (42) se grangeó el afecto de sus compatriotas persiguiendo á los cristianos y restableciendo los antiguos usos. Embelleció la capital de Judea, la fortificó hasta el punto que se lo consintiera la rivalidad de sus señores, y dió á la ciudad santa el espectáculo de cuatrocientos reos lidiando en el circo á estilo de Roma. Pero los buenos frutos producidos por su moderacion y por el brillo que restituia al reino, estaban contrabalanceados por su condescendencia servil hácia los romanos y por su ambicion, que le inducia á admitir hasta el título de dios.

Agripa no dejó más que un hijo de edad de diez y siete años (44), con su mismo nombre, que habia sido educado en Roma. Claudio queria enviarle inmediatamente á tomar posesion de la herencia paternal, pero mudó de consejo. Confió, pues, el gobierno de Judea á Cuspio Fado, y la administracion del templo y del tesoro á Herodes, tio del nuevo monarca. En la época de la pascua y á fin de prevenir disturbios casi inevitables en medio de tan escesiva concurrencia, habia destinado el gobernador una legion á la custodia del templo. Pero aconteció que, habiéndose desnudado un soldado indecorosamente, indignado el pueblo del ultrage hecho á su templo, se pronunció en tumulto. Hicieron los romanos uso de las armas, y se dice que en aquella sedicion perecieron hasta veinte mil ciudadanos.

Todo iba para el pais lo peor posible; hallábase debilitado interiormente por la division de los reinos de Judea y de Samaria, no menos que por las sectas de los fariseos y de los saduceos. Aunque esencialmente religiosas aquellas sectas, se cambiaron fácilmente en partidos políticos en un reino constituido como aquel lo estaba. Adictos los fariseos á la legalidad y al órden de cosas existente, se habian declarado en apariencia á favor de los romanos, si bien en secreto hacian votos por el cumplimiento de las profecías en que cifraban su esperanza, ateniéndose á la letra muerta, en el sentido de una regeneracion política: convencidos los saduceos de la necesidad de una mudanza, habian renegado de las antiguas tradiciones; legitimistas pertinaces y liberales inconsiderados, propendian á una disolucion total. Fuerza es añadir además á los

sectarios de un tal Judas, que participando de la creencia de los fariseos, repudiaban á todo soberano, hasta temporal, que no fuera Dios mismo, precipitándose de esta suerte en un republicanismo exaltado, que hacia todo órden imposible y aceleraba la ruina de la patria.

Por su parte disputaban entre sí los sacerdotes, y no solo con palabras. Esto provenia de que los pontífices, elevados á las funciones supremas por la intriga y el dinero, ó depuestos por los mismos medios, pretendian recibir mayor porcion en la distribucion de los diezmos. Habíanse corrompido las costumbres: así Antipas pregona el adulterio; Drusila, hija de Agripa, abandona á su esposo para unirse á Félix, gobernador de la Judea y hermano del liberto Palas; Berenice, hermana de Drusila, suscita sospecha de incesto con su hermano Agripa, y á semejanza de su otra hermana Mariana, cambia de marido á medida de su antojo. Todo anunciaba que habia llegado al colmo la cólera divina. Al mismo tiempo en la fiesta de los tabernáculos se puso á gritar un judío con sobrenatural impulso: *¡Desventurada Jerusalen! ¡Infortunado templo! ¡Una voz se hace oir de los cuatro vientos! ¡Una voz clama contra Jerusalen! ¡Una voz clama contra el pueblo todo!* Y dia y noche corria anunciando en tono funeral aquel siniestro aviso.

Al mismo tiempo cuadrillas de bandidos que usurpaban el nombre de *celosos*, infestaban osadamente el territorio, mezclándose entre la muchedumbre, y clavaban el puñal en el seno de sus enemigos, ó de aquellos por cuyo asesinato se les pagaba. Habiéndose quejado el sumo pontífice Jonatás ante el emperador contra los actos tiránicos del gobernador Félix, fué degollado en el templo por uno de aquellos asesinos, á quien se habia remunerado por accion tan indigna (54). Posteriormente el mismo Félix hizo la guerra á aquellas bandas: esterminó tambien á ciertos fanáticos que sublevaban al pueblo: anunciándose uno de ellos como profeta habia arrastrado en pos de sí hasta treinta mil hombres, para espulsar, segun decia, de Jerusalen á los romanos. Derribado un caudillo se presenta otro, que sosteniendo el patriotismo con la impostura, se anunciaba como el Mesias vaticinado por los profetas, y cotidianamente eran ejecutados sin distincion ninguna patriotas, magos ó bandoleros.

Hacia mucho tiempo que se debatia la cuestion de averiguar si debia pertenecer Jerusalen á los hebreos ó á los sirios; reclamábanla los primeros como edificada por Herodes; pedianla los segundos como ciudad griega, apoyándose en que Herodes habia mandado erigir allí estátuas y templos. Elevada la causa á conocimiento de Neron, fué decidida por su fallo en favor de los sirios. Esta fué la señal de un general levantamiento entre los judios. Mientras Agripa II, cuyos Estados habia aumentado Neron, procuraba sosegarlos, el gobernador Floro atizaba el incendio con la esperanza de sacar provecho de las turbulencias. Entre tanto el pais era víctima del hierro y fuego, como acaece en todas las guerras civiles. Sin darse cuartel se degollaban sirios, romanos y judios. Veinte mil de estos, residentes en Cesarea, fueron pasados al filo de la espada dentro del circo; dos mil corrieron la misma suerte en Tolemaida; cincuenta mil en Alejandria; otros tantos en Babilonia, resíduos del antiguo cautiverio. En Jerusalen el gobernador Floro, que mantenia comunicaciones con los bandidos, quiso robar el tesoro del templo; y como se lo estorbase el pueblo en masa, escogió un dia de mercado para saquear y matar indistintamente; luego mandó á los ciudadanos que salieran al encuentro de las legiones romanas procedentes de Cesarea; y en el momento en que saludaban los estandartes imperiales se lanzaron los soldados sobre la inerme muchedumbre, é hicieron en ella horrible matanza.

Duplica la desesperacion el denuedo de los que sobreviven á tamaño desastre; corren á las armas, salvan el templo, son repelidos los romanos, y Floro se ve reducido á bloqueo dentro de Cesarea. Uniéndose entonces los *celosos* á los insurgentes, espulsaron á los romanos de todas las fortalezas, quemaron los palacios, y pasaron á cuchillo las guarniciones, contraviniendo á la fé de los tratados. No menos crueles por represalias los de Betsan (*Escitópolis*) inmolaron á trece mil judios establecidos en aquel territorio (66). Un tal Simon, á quien inspiró un furor repentino tan horrenda carniceria, degolló por su propia mano á padre, madre, esposa é hijos, y se suicidó enseguida.

Entonces Cestio lleva de Siria un ejército numeroso, y destruyendo á su tránsito ciudades y chozas, mata á cuantos judios caen á sus manos. Pero desplomándose rabiosos estos sobre sus tropas, las ponen en derrota, y no es poca su ventura de poderse escapar por las gargantas de Betoron. Al saber esta noticia los habitantes de Damasco, encierran en el gimnasio á diez mil judios, y les cortan la cabeza (19 de Noviembre).

¡Cómo pesaba á la sazon sobre Israel la sangre del Justo inmolado!

Guerra.—Pensando con exactitud los judios que no se haria esperar largo tiempo la venganza de Roma, se pusieron en estado de defensa (67), y eligieron muchos gobernadores, entre cuyo número se contaba Josefo, el historiador de los acontecimientos cuya narracion nos ocupa. Neron confió esta espedicion á Vespasiano, que habiendo reunido en Siria todas las fuerzas romanas y las de los aliados, comenzó la guerra en union de su hijo Tito, á la cabeza de un ejército que no pasaba de sesenta mil hombres. Habiendo entrado en Galilea asediaron á Jotapa, tomándola tras una horrible matanza. Josefo, que tenia allí el mando, se habia refugiado á una caverna, donde fué descubierto. Entonces imploró la misericordia de Vespasiano, quien le trató generosamente y obtuvo en cambio servicios y lisonjas.

Otras ciudades cayeron del mismo modo, y fué avasallada toda la Galilea. Si á lo menos la grave-

dad de las circunstancias hubiera dado á conocer á los judios la necesidad de olvidar sus divisiones y de unirse en un patriotismo generoso contra el comun enemigo, quizá se hubieran libertado de los desastres que les abrumaron con enorme peso; pero al revés, cada vez se encarnizaban más los partidos: contrarias opiniones les hacian venir de continuo á las manos, queriendo salvar unos á la patria con un próximo sometimiento, y no respirando los *celosos* más que guerra. Se multiplicaban atrocidades que se creian necesarias para la salvacion comun en nombre de Dios y de la patria.

Juan de Giscala.—No solo se hacia la guerra en las calles, sino tambien en el seno de las familias: era el padre enemigo del hijo, el hermano tendia asechanzas al hermano. Lanzándose los *celosos* á Jerusalen dirigidos por Zacarias y por Eleazar ocuparon el templo; mas asaltados por el pueblo se retiraron al último recinto. El gran sacerdote Anan les envió en clase de parlamentario un hombre manchado con muchos delitos, que fingia pertenecer al partido moderado; llamábase Juan de Giscala: en vez de inducirles á entrar en acomodos, les aconsejó oponer resistencia, y llamar en su socorro á los idumeos; verificáronlo así, é inmediatamente aparecieron bajo los muros de Jerusalén veinte mil de aquellos auxiliares, profiriendo amenazas contra Anan y los suyos, á quienes llamaban vendidos á los romanos y traidores á la patria. Penetraron en la ciudad auxiliados por una partida de los *celosos*. Aquellos que saben lo que son las guerras civiles, pueden imaginar los horrores con que fué manchada Jerusalen entonces, donde el terror era el sentimiento dominante.

Anan, único hombre capaz de contener á los partidos y de enderezarlos al bien comun, fué muerto en el tumulto (69), y cuando se retiraron los idumeos, poseidos de espanto al aspecto de la sangre vertida, quedó espedito el campo á los *celosos* para entregarse á nuevas atrocidades.

Simon de Jora.—En breve volvieron las armas unos contra otros, y divididos en dos facciones, unos combatian y otros sustentaban á Juan de Giscala. Solo concordaban en la ruina de la patria, y durante aquel tiempo talaban las campiñas las hordas mandadas por Simon de Jora, mozo audaz y ambicioso, entorno del cual se agrupaban los esclavos por conquistar su libertad, los hombres libres por obtener recompensas, y hasta personas de consideracion por seguridad de sus bienes.

Obedecido Simon como un monarca, se arroja sobre la Idumea y se apodera de ella, merced á los traidores que le prestan ayuda; precedido por la devastacion y el espanto llega á asediar á Jerusalen. Dentro de sus muros se habian refugiado los idumeos fugitivos; pero no pudiendo soportar la barbarie de Juan de Giscala se sublevaron y le encerraron en el templo. Temeroso el pueblo de que se hiciera una salida, abrió las puertas de Jerusalen á Simon, y este, maltratando igualmente á amigos y adversarios, estrechó con nuevo rigor el asedio del templo.

Vespasiano, á quien se censuraba por su lentitud dijo: *Los judíos me allanan el camino para conquistar la Palestina*. En efecto, cuando vió el pais agotado, puso manos á la obra. Después de haberse apoderado de las plazas circunvecinas marchó sobre Jerusalen, y llamado al imperio, dejó á Tito el cuidado de tomar la ciudad, interin se dirigia á Roma á establecer el órden.

En la ciudad santa, ó más bien en el recinto del templo, Eleazar, que pertenecia á la casta sacerdotal y no carecia de habilidad, se habia puesto al frente de los que pertenecian á las tropas de Juan de Giscala y profesaban horror á sus delitos, y mientras Simon recorria audazmente la ciudad con dos mil *celosos* y cinco mil idumeos, Eleazar y Juan urdian tramas uno contra otro. Juan ocupaba con seis mil hombres el átrio de los israelitas, manteniéndose con lo que saqueaba en sus salidas. Eleazar que se habia atrincherado en el átrio de los sacerdotes con dos mil cuatrocientos hombres, se alimentó con las ofrendas que el pueblo llevaba al templo, hasta el instante en que Juan llegó á desalojarle por traicion de aquel punto, y se entendió con Simon para reunir sus esfuerzos contra el extranjero, sin suspender por eso sus querellas interiores.

Toma de Jerusalen.—A este tiempo (70) habia acudido de todas partes estraordinaria muchedumbre para celebrar la pascua en la ciudad santa. Tito aprovechó aquel momento para sitiarla, y procediendo con anhelo en los trabajos, rodeó á Jerusalen con un foso de circunvalacion muy en breve.

Solo el fanatismo de los *celosos* y las promesas de los falsos profetas sustentaban el valor de una multitud en que el hambre hacia tal estrago, que hubo madres que degollaron á sus hijos para nutrirse con sus carnes. Agréguese á esto la epidemia; añádase el furor de los *celosos*, que ora por buscar víveres, ora por saciar su gusto de sangre, mutilaban y asesinaban implacablemente. Josefo, el historiador, fué enviado muchas veces á la ciudad por los romanos para atraer á los sitiados á un acomodo; pero como acaece comunmente á los desertores, era sospechoso á los romanos y á sus compatriotas. Por último, Tito juró el esterminio de aquella ciudad rebelde, declarándose inocente de los desastres que habia acumulado ella voluntariamente sobre todos sus moradores. Cuantos judios caian prisioneros, eran crucificados por órden del clemente Tito. Se prometió la vida á todo el que se rindiera; pero apenas salieron en corto número algunos de aquellos infelices, implorando perdon, fueron asesinados por los romanos. Al abrir un soldado un cadáver, halla dinero, y divulgándose al punto la noticia de que los judios se tragan sus riquezas para ponerlas en salvo, son degollados todos los prisioneros, y se rebuscan tesoros en sus entrañas.

Destruccion de Jerusalen.—En breve es tomada la ciudad, y el vencedor pasa á cuchillo á todos sus habitantes: se interrumpe el sacrificio cotidiano, que no habia cesado desde el tiempo de los Maca-

beos. Sufre tambien asalto el templo (17 de julio de 70), y aunque Tito habia recomendado salvar aquel notable edificio, un tizon encendido, arrojado allí casualmente, le prende fuego y lo deja reducido á cenizas. Así el símbolo material de la religion mosaica era presa de las llamas casi al mismo tiempo que el Capitolio, centro de la religion pagana (2), como si una y otra hubieran querido ceder el puesto á la iglesia del Dios vivo.

Después de la más obstinada resistencia cayeron prisioneros Juan y Simon, y fueron reservados para el triunfo con setecientos judios de los de más nota. Ni el mismo Tito pudo reprimir el llanto viendo el miserable estado de Jerusalen, atestada de cadáveres y de ruinas.

Todavia se defendieron algunos judios en diferentes puntos fortificados. No pudiendo resistir por más tiempo los que se habian refugiado á Masada, mataron á las mujeres y á los niños, luego escogieron á diez de ellos para que mataran á los demás, y por último se quitaron la vida á sí propios. Esta guerra costó millon y medio de hombres (3) animados do quiera que se encontraran, del deseo de defender la libertad, la religion y el templo de Dios. Vespasiano mandó esterminar todo lo que restaba de la raza de Judá, á fin de quitar toda esperanza á los judios que habian sobrevivido. El producto del botin le sirvió para construir el templo de la Paz en Roma, y colocó en su recinto el candelabro de oro con los demás despojos sagrados. Quiso que todos los judios desparramados por el imperio estuviesen obligados á verter en el tesoro la suma que tenian costumbre de pagar por su contribucion para los gastos del santuario. Tito, delicia del genero humano, pudo recrear al pueblo ofreciéndole en el circo de Berito y de Cesarea el espectáculo de judios acuchillándose recíprocamente y despedazados por fieras. Otros que habian sido llevados á Roma sirvieron de ornamentos á su magnífico triunfo, durante el cual fueron degollados los principales de ellos por remate de fiesta. Los demás quedaron de reserva, segun costumbre, para los trabajos del Coliseo.

Nos adelantaremos á los tiempos para espiar las últimas señales de vida de este pueblo tan grande en la prosperidad y en los reveses. Cuando el emperador Adriano visitó la Judea, hizo que Jerusalen fuera reedificada, aunque prohibió espresamente la entrada á los judios, á menos que compraran á precio de oro el permiso de ir á llorar sobre las ruinas de su patria.

Barcocebas.—Encargados por el emperador de fabricar armas para sus tropas, se sirvieron de ellas para insurreccionarse bajo la direccion de un tal Barcocebas *(hijo de la estrella)*, que se anunciaba por el Mesías, rey de victorias y de venganza (34-35). Agrupáronse entorno suyo los judios proclamándole el astro de Jacob, el cetro de Israel, el elegido destinado á realizar la prediccion involuntaria de Balaam, á romper los cuernos de Moab, á destruir á los hijos de Set (4). En un mismo instante se sublevaron en todas partes contra la dominacion extranjera con el furor del esclavo que quebranta sus hierros. Se estremece uno de horror al considerar las matanzas de que fueron ejecutores. Doscientos veinte mil griegos fueron degollados en Cirene, doscientos cuarenta mil en Chipre, y gran número en Egipto. Llevaron la barbarie hasta dividir en dos pedazos á sus víctimas con una sierra, devorar sus carnes, beber su sangre y ceñirse la frente con las entrañas de los que acababan de ser inmolados (5).

Disipó aquella tempested la espada de los romanos destruyendo locas ilusiones; pero no lo alcanzaron sin derramar otra vez torrentes de sangre. Fueron muertos quinientos setenta y seis mil hebreos, ¡tantos habia reunido la esperanza! Aquellos

---

(2) El templo de Jerusalen el 10 de agosto del año 70; el Capitolio el 19 de diciembre del año 69, cuando tuvo lugar el ataque dirigido por Sabino contra los parciales de Vitelio.

(3) Justo Lipsio (*De constantia*, II, 21), hace el cómputo siguiente de los que perecieron en la última guerra de los judios:

Muertos en Jerusalen de órden de Floro. . .	630
— en Cesarea por los habitantes. . . .	28.000
— en Escitópolis.	30,000
— en Ascalon.	2,000
— en Tolemaida.	2,000
— en Alejandria.	50,000
— en Damasco.	10,000
— en la toma de Joppe (Jafa).. . . .	8,400
— sobre la montaña de Zabulon. . . .	2,000
— en una batalla cerca de Ascalon. . .	10,000
— en una emboscada..	8,000
— en la toma de Afek.	15,000
— ahogados en Joppe.	4,200
— sobre la montaña de Garizin. . . .	11,600
— en Tariquea..	6,500
— en Gamala, donde no se escaparon más que dos hermanas.	1,000
— evacuando á Giscala.	2,000
— en el asedio de Jotapa, donde mandaba Josefo..	30,000
— en la aldea de Idumea.	10,000
— entre los gadarenianos sin contar los que se ahogaron.	13,000
— en Gerasio.	1,000
— en Maqueron.	1,700
— en el desierto de Jardes.	3,000
— en Masada se suicidaron.	960
— en Cirene por órden de Cátulo.. . .	3,000
— en Jerusalen durante el asedio.. . .	1.100,000
TOTAL. . . .	1.353,990

Josefo dice que en el sitio de Jotapa perecieron 40,000 hombres, no 30,000. No se numeran aquí los que fenecieron dentro de cavernas, desterrados, ó de otra manera, ni los 97,000 prisioneros, ni los 11,000 que murieron de hambre ó voluntariamente ó por crueldad de sus carceleros.

(4) *Libro de los números*, cap. 24.

(5) DION, LXVIII.

que sobrevivieron, fueron vendidos en el mercado de Terebinto y de Gaza, ó arrastrados á Egipto, ó muertos parcialmente. Demolidas quedaron cincuenta plazas fuertes y nuevecientas ochenta y cinco aldeas. Entonces la ruina total del pais arrancó á aquella nacion desventurada, no sólo la esperanza, sino tambien la posibilidad de volverse á levantar nunca (6).

A fin de estinguir su religion y la de los cristianos, se erigió un templo á los ídolos en el lugar donde tenia asiento el templo antiguo; otro sobre el sepulcro de Cristo, y otro dedicado á Adonis en el sitio donde se hallaba el santo pesebre. Jerusalen cambió su nombre en el de Elia Capitolina, y tan completamente olvidado fué el primero, que habiendo dicho en tiempo de Diocleciano un mártir como era natural de Jerusalen, ni el gobernador de la Palestina, ni ninguno de los asistentes supieron donde se hallaba situada una ciudad con semejante nombre (7).

Antonino Pio dulcificó este rigor escesivo, y restituyendo á los judios sus privilegios, les permitió circuncidar á sus hijos, aunque prohibiéndoles hacer prosélitos extranjeros (8). Aun cuando proseguian desterrados de Jerusalen pudieron formar en otros puntos sinagogas y asambleas y obtener los derechos de ciudadano. Residiendo en Tiberíade pudo elegir el patriarca á los ministros dependientes suyos, percibir una contribucion de sus dispersos hermanos, ejercer una jurisdiccion doméstica; y la fiesta del *Purim*, es decir, del sacudimiento del yugo de Aman, se celebraba en las ciudades paganas con una solemnidad ruidosa (9). Apaciguados con aquella tolerancia los judios no hicieron estallar más su odio contra los extranjeros de otro modo que procurando engañarles en las operaciones de comercio, y profiriendo contra ellos las misteriosas imprecaciones consignadas en la Biblia contra los hijos de Edom (10).

Constantino estableció el verdadero culto en la ciudad donde se habian cumplido los misterios de la redencion: posteriormente Juliano el Apóstata procuró hacer revivir la nacionalidad judia para desmentir la profecia de Cristo; pero aunque de todas partes acudieran los judios á su llamamiento, y contribuyeran con sus riquezas particulares á aquella especie de reedificacion nacional, quedó totalmente interrumpida (11). Justiniano elevó la iglesia de Jerusalen á la dignidad patriarcal. Cuando Cosroes II, rey de Persia, ocupó aquella ciudad, vendió á los judios noventa mil prisioneros cristianos, á quienes dieron muerte. En breve los persas fueron espulsados por Heraclio; pero nueve años más tarde el califa Omar, segundo sucesor de Mahoma, asedió á Jerusalen y se apoderó de ella al cabo de cuatro años. Dominánonla los musulmanes hasta la época en que para libertarla, enarboló Europa la cruz y se arrojó sobre el Asia.

El pueblo hebreo, á quien uno de sus filósofos ha llamado pontífice y profeta de todo el género humano (12), fué el custodio de la tradicion santa; predicó una doctrina que proclamaba el bien de la vida y de la esperanza, cuando los demás orientales en su misticismo consideraban la muerte como un beneficio divino, y situaban la verdadera vida en las ciudades subterráneas, y fué grande mientras la unidad nacional de Israel sirvió de símbolo á la unidad de la fé. Cuando en tiempo de Roboan se dividieron las tribus, el nuevo reino de Siquen ó de Samaria dió márgen á una escision en los dogmas religiosos, no menos que en la asociacion política; y el monte Garizin, que vino á ser rival de la montaña de Sion, tanto para el culto como para el gobierno, levantó ídolos en frente del arca del Señor. Hizo la reaccion que cierto número de fieles se atuviera más estrictamente á la letra de la ley, restringiendo su sentido; y esto dió nacimiento al verdadero judaismo y á la secta de los fariseos.

---

(6) La sublevacion de Barcocebas ha sido siempre el tema favorito de las fábulas rabínicas. Cuentan que era uso entre los hebreos plantar un cedro cuando les nacia un hijo, y un pino cuando era hija, cuya madera servia para hacer su tálamo nupcial en la época de su matrimonio. Como la hija de Adriano viajara por Judea se rompió su carro, y para componerlo se derribaron muchos de aquellos árboles, lo cual vieron con tan malos ojos los hebreos, que se sublevaron en masa. Es de notar que Adriano no tuvo hijos, y además que se hubiera necesitado diferir mucho los matrimonios para aguardar á que un tierno pino que

Lenta venit, seris factura nepotibus umbram,

tuviese el tronco de suficiente espesor para trabajarlo. Léese además que para dar pruebas de valor, se habian cortado un dedo cien mil adictos de Barcocebas, de modo que los sabios de la nacion enviaron á preguntarle: *¿Hasta cuando has de mutilar á los judios?* y habiendo respondido Barcocebas *¿Y cómo hé de esperimentar su fuerza?* le dijeron que alistara á los que pudieran arrancar un cedro del Líbano, y doscientos mil llevaron á feliz remate tamaña empresa. Las sangrientas proezas que narran los mismos escritos, se asemejan á las de los libros de caballeria. Lo cierto es que en una letania que cantaban los hebreos el noveno dia de Ab, fecha de la publicacion del edicto de Adriano que prohibia poner el pié en Jerusalen, es comparado á Nabucodonosor, sin que se haga mencion alguna de Vespasiano ni de Tito. *Recordare, Domine, qualis fuerit Adrianus, crudelitatis consilia amplexus, consuluit idola se pervertentia, et sustulit combussitque quadraginta et octoginta synagogas.* Véase JUAN DE LENTH. *De Judæorum pseudo-messiis.*

(7) EUSEBIO, *De Pal.* c. XI.

(8) V. CASAUBONO, *ad Hist. Aug.*, pág. 27. El jurisconsulto Modestin hace mencion de este edicto. *Regul.*, lib. VI.

(9) BASNAGE, *Historia de los judios*, III, 2, 3.

(10) Segun ciertas tradiciones suyas, Etsefo, nieto de Esaú, condujo á Italia el ejército de Eneas, rey de Cartago; una colonia de idumeos, perseguida por David, se habia refugiado á Roma. Por eso aplicaban el nombre de Edom al imperio romano.

(11) Véase el Libro VII, cap. 7.

(12) FILON.

De aquí las disputas en las escuelas, las disensiones en el seno de las familias, las luchas sobre el campo de batalla, la dispersion y la servidumbre; de aquí las reconvenciones de los profetas y la confusion de la política y de la fe.

Aquellas disidencias con motivo del significado y de la aplicacion de la ley, no podian menos de ser estremadamente funestas á un pueblo gobernado por la ley rigurosamente (13). Por eso todas las querellas de los judios entre sí y con los extranjeros, se presentan á nuestros ojos bajo un aspecto religioso, á contar dèsde la salidá de Egipto hasta Herodes. Este por interés político favorecia las costumbres y el poder de los extranjeros, á quienes era deudor de la corona, con detrimento de la nacionalidad judia; y al revés los doctores se adherian al sentido de la ley más obstinadamente, exageraban el celo por las prácticas esteriores y la observancia minuciosa de la letra muerta.

Ahora bien, la letra prometia un Mesias vencedor y triunfante: de consiguiente se negaron á reconocerle en el hijo del humilde artesano, en el que muerto á sus manos, cambió para ellos en tesoro de cólera las riquezas de la misericordia (14), y cuando llegó á colmo la medida de sus delitos, arrancó su viña del terreno ingrato, que no producia mas que lambrusca.

Cumplida su mision cayó Jerusalen: rompióse la cáscara cuando se desarrolló la idea que encerraba, cuando no bastó ya un símbolo inmoble, es decir, un templo hecho por mano del hombre. Después de alguna tentativa para reconstituir su ciudad y su nacionalidad, se dispersaron los infelices judios por la superficie de la tierra: pero puestos á prueba con tantos reveses, perseguidos por los gentiles, por los cristianos, por los mahometanos, no renunciaron á su religion ni á la esperanza. Aun ahora, el dia en que su templo fué reducido á cenizas (9 de Ab) ayunan rigurosamente; y dedicándose á la industria, al trabajo, continuando en la observancia de su ley, viven confiados en que aquel Dios que les sacó en otro tiempo del cautiverio de Babilonia, hará aun resplandecer su dia.

Este dia será aquel en que la sangre vertida por sus padres caiga sobre los hijos como señal de perdon y de redencion.

---

(13) Ya hemos dicho que el nombre de teocracia cuadraba mal al gobierno hebreo, en el sentido en que se entiende vulgarmente, es decir, una autoridafl ejercida por sacerdotes. Se le podria aplicar con más propiedad el nombre de nomocracia, atendido á que todo estaba determinado por la ley, que traia su eficacia de Dios, de quien emanaba.

(14) *Crucifixerunt salvatorem suum, et fecerunt damnatorem suum.* SAN AGUSTIN.

CAPÍTULO X

LOS FLAVIOS.

En medio de la mediania universal parecieron de tan grande éxito la espedicion llevada á buen término por Tito y la sumision de una nacion, que Vespasiano se mostró celoso hasta de su propio hijo. Pero éste acudió á su lado diciéndole: *He llegado, vedme aquí, padre mio*, y dejando de abrigar recelos Vespasiano, le asoció al poder tribunicio, le confirió el mando de la guardia pretoriana, y le permitió celebrar el triunfo con la mayor magnificencia (1). Entonces fué cuando se levantó el arco que todavia lleva el nombre de Tito, monumento que, con la clausura del templo de Jano y la crea-

(1) **Triunfo de Tito.**—«El dia señalado para celebrar la victoria, no quedó nadie en las casas. Todos acudieron desde muy temprano á coger sitio, y ocupaban calles y plazas, no dejando en claro más que el espacio preciso para que pasaran los triunfadores. Todavia era de noche cuando los soldados formaron ordenadamente en filas y se colocaron al rededor de las puertas, no del palacio, sino del templo de Isis, donde Vespasiano y Tito habian pasado la noche. Estos salen al asomar la aurora coronados de laurel y vestidos con un manto de púrpura, y se dirigen con la comitiva que les circunda hacia los pórticos de Octavio, donde aguardan su arribo los senadores, las diversas órdenes de magistrados y los caballeros. Habíase levantado delante de los pórticos un estrado en que habia carros de marfil para el emperador y su hijo. Subieron allí y tomaron asiento. Entonces prorumpieron los soldados en gritos de alborozo dando testimonio de su denuedo. Hallábanse los soldados sin armas, vestidos de seda y coronados de laureles. Vespasiano dió gracias por aquellas demostraciones, y como quisieran proseguir hizo seña para que callasen. Sucedió un profundo silencio: levantóse entonces, y cubriéndose casi enteramente con su manto, hizo las plegarias de costumbre, imitándole Tito. Concluidas las plegarias, despidió Vespasiano en pocas palabras á los soldados para que asistieran á la comida preparada comunmente por los emperadores, y se retiró hácia la puerta triunfal. Allí padre é hijo tomaron un refrigerio, enseguida se pusieron los trajes de triunfadores; y después de haber hecho un sacrificio á los dioses custodios de aquella puerta, empezaron la marcha triunfal pasando por los teatros, á fin de que pudiera verles con más facilidad la muchedumbre.

»Es imposible dar cuenta de la multitud de espectadores, y de las magnificencias de todas clases, de que nadie podria formarse idea, tanto en lo concerniente á las obras de arte, como con relacion á las riquezas de diversas especies ó á las rarezas naturales. Allí se encontraba reunido en un solo dia cuanto los hombres más afortunados han llegado á poseer de grande y maravilloso en tiempos y lugares diferentes y brindaba á los ojos el esplendor del imperio romano. Veíase allí una infinita cantidad de obras de oro, de plata y de marfil, no llevadas por gala, sino corriendo, por decirlo así, como un rio: telas de vestiduras, unas de púrpura más preciosa, otras pintadas á estilo de Babilonia, cargadas de los más delicados dibujos y fulgurantes pedrerias, unas engastadas en coronas de oro, otras dispuestas de distinto modo. Su profusion indujo á creer que era un error suponer que aquellas cosas fuesen raras. Llevábanse tambien las estátuas de los dioses de tamaño prodigioso y de un trabajo nada comun por su esmero; además no habia una que no fuera de una materia preciosa. Veíanse asimismo animales de diversas especies, enjaezados todos con ricos arneses con ocasion tan solemne. Todos aquellos objetos preciosos eran llevados por una multitud de personas vestidas de telas de púrpura con realces de oro; y los que habian sido elegidos para tomar parte en el triunfo, iban engalanados con una magnificencia de ornamentos esquisita y admirable. Hasta la turba de prisioneros aparecia con variedad y lujo: la elegancia de sus trajes ocultaba á los ojos la deformidad de sus cuerpos mutilados.

»Movian especialmente á asombro la estructura de las máquinas que en su mayor parte eran de tres y cuatro pisos; y al ver la magnificencia con que estaban decoradas, se esperimentaba placer y estupor á un mismo tiempo. Habia muchas de donde colgaban paños recamados de oro, y todas estaban incrustadas de oro y de marfil con sumo arte. Allí iba figurada la guerra de muchos modos

cion del templo de la Paz, atestiguó el fin de las guerras.

Pero no tardó en hacer que renaciera otra Cesenio Peto, gobernador de la Siria; deseoso de señalarse en alguna espedicion militar, hizo á Antíoco, rey de Comagene, sospechoso á los ojos del emperador, quien le encargó marchara inmediatamente en contra suya. Ocupó, pues, este reino, reduciéndolo á provincia bajo el nombre de Eufratesiana. Vino á ser tambien Grecia, á la cual Neron habia emancipado, provincia con la Licia, la Tracia, la Cilicia, Rodas, Bizancio y Samos. Habiendo empezado á desembocar los alanos de las comarcas situadas entre el Tanais y el Palus-Meótides, y á hacer incursiones en el territorio de los medos y de los armenios, Vologeso, rey de los partos, invocó contra ellos el socorro de Vespasiano; pero se lo negó dándose la enhorabuena de que aquellos terribles vecinos encontraran por otro lado en que ocuparse.

Agrícola.—Dióse el gobierno de Bretaña á Cneo Julio Agrícola, quien mereció tener por panegirista á Tácito, su yerno. Nacido en Frejus en la Galia Narbonense, estudió en Marsella filosofia y jurisprudencia más de lo que para un romano y senador parecia conveniente. Se habituó al arte militar en Bretaña. Nombrado tribuno del pueblo en Roma, se abstuvo de obrar por no infundir á Neron sospechas. Encargado por Galba de cerciorarse de las ofrendas hechas á los templos, puso término á las acusaciones de sacrilegio: su madre fué muerta por los soldados de Oton en Vintimilia: se puso de parte de Vespasiano, y obtuvo el mando de la vigésima legion acuartelada en la Bretaña; gobernó la Aquitania; después fué cónsul, y luego pontífice y gobernador de la Bretaña, donde puso coto á las espediciones de los montañeses. Habiendo intentado la isla de Mona (*Anglesey*) reconquistar su independencia, la atacó sin naves, cruzando el canal á nado con sus tropas, y para quitar toda ocasion á futuras sublevaciones, reprimió la licencia militar, tuvo cuidado de que reinase la justicia y no el espanto, de que los empleos fueran conferidos á personas honradas; castigó á los prevaricadores, disminuyó los impuestos, esforzándose á fin de que se sintiera lo menos posible la servidumbre. Durante los años siguientes (78—85) continuó haciendo nuevas conquistas ó consolidando las antiguas; auxiliado en efecto por la inconstancia y la desunion de los bárbaros, que combatiendo aisladamente, quedaban avasallados unos en pos de otros, se adelantó hasta la embocadura del Tay, hasta las orillas del Clide y del Forth; hasta se preparaba á desembarcar en Irlanda, que por la creencia en que se hallaba de estar situada entre la Bretaña y la España, hubiera facilitado sus comunicaciones con la Galia. Recelosos los caledonios á consecuencia de sus triunfos, redoblaron sus esfuerzos en contra suya y le aguardaron en número de treinta mil por lo menos, á la falda de los montes Grampianos bajo el mando de Galcaco, si bien fueron totalmente derrotados. Agrícola dió vuelta á Bretaña y subyugó las Orcades; y merced á su influjo, una guerra comenzada bajo el emperador más estúpido, proseguida bajo el emperador más libertino, y terminada bajo el emperador más miedoso, proporcionó al imperio el único engrandecimiento que recibió durante el primer siglo. Pero no aguantaron mucho tiempo el extran-

---

y por cuadros diferentes, lo cual ofrecia un espectáculo brillante. Veíanse fértiles campos devorados por el incendio, falanges enemigas pasadas á cuchillo, unas fugitivas, otras prisioneras. Al golpe de las máquinas caian muros de estraordinaria altura; rendíanse á los vencedores las guarniciones de las fortalezas; eran tomadas ciudades populosas con baluartes construidos en altísimas cumbres: arrojábase el ejército victorioso á lo interior de los muros, donde corrian arroyos de sangre y donde suplicaban los que ya no podian oponer resistencia. Consumia el fuego sagrados edificios, desmoronábanse las casas sobre las cabezas de sus habitantes, y después de la matanza, no corrian ya los rios en medio de campiñas cultivadas para pasto de los hombres y de los animales, sino en medio de un territorio todavia devastado por las llamas. Habian suministrado los judios el asunto de todas aquellas representaciones, que reproducian sus padecimientos durante la guerra. Habia tal arte y perfeccion en el trabajo, que hacian ver el suceso á los que no lo conocian como si se hubieran hallado presentes. Sobre cada una de las máquinas se habia colocado el comandante de la ciudad en la misma postura que tenia cuando fué tomada.

»Iban detrás muchos buques: seguian en confusion otros despojos, formando especialmente grande efecto los que habian sido arrancados del templo de Jerusalen, una mesa de oro de peso de muchos talentos, un candelabro tambien de oro, poco distinto en la hechura del que se usa entre nosotros. Formábalo una columna de donde se prolongaban hácia fuera ramas rematadas por tridentes, y cada una de ellas sostenia una lámpara, sujeta allí con mucho arte. Aquellas lámparas eran en número de siete, y representaban la veneracion que profesan los judios al número septenario. Llevábase el código de las leyes judáicas detrás del candelabro; era el último despojo. Seguian hombres con simulacros de la Victoria, todos de marfil y de oro. Luego se adelantaba Vespasiano y le seguia Tito: marchaba Domiciano inmediatamente después de ellos, vestido tambien espléndidamente y montado en un caballo que merecia ser visto.

»Terminaba la marcha de la comitiva en el templo de Júpiter Capitolino, donde entraron y se detuvieron los emperadores, atendido que el antiguo uso era aguardar allí á saber que los enemigos del general habian muerto. Tal era Simon de Jora que acababa de figurar entre los prisioneros. Echáronle, pues, una soga al cuello, y le arrastraron hasta un lugar del foro, dándole de golpes en el camino. Allí es donde, segun la ley de los romanos, se mata á los que son condenados á muerte por delito. Cuando se hubo anunciado que habia dejado de existir, y se mostraron todos contentos, se dió principio á los sacrificios; y cuando fueron venturosamente consumados con plegarias de costumbre, volvieron los emperadores al palacio, donde reunieron muchos personajes en un banquete Al mismo tiempo se sentaron todos los ciudadanos en sus casas á mesas opíparamente servidas, porque los romanos solemnizaban aquel dia tanto por un triunfo sobre sus enemigos como por término de sus discordias civiles y principio de sus esperanzas de ventura para lo futuro JOSEFO, *De bello Jud.*, VII, 5.

jero yugo aquellas ásperas montañas donde se perpetua un borrascoso invierno, aquellos lagos cubiertos de espesa niebla, las frias selvas en que salvajes desnudos iban á caza de ciervos.

Elvidio Prisco.— En tanto respiraba Roma después de tantas atrocidades y locuras, aunque no habian cesado enteramente los suplicios. Elvidio Prisco de Terracina, habia estudiado filosofía, no para cubrir con este nombre una inercia voluptuosa, sino para ocupar más dignamente las magistraturas, y se habia casado con la hija de Traseas Peto, generoso ciudadano que le dejó por herencia su constancia en obrar bien y decir la verdad. Desterrado al tiempo de la muerte de su suegro, vuelto á llamar después por Galba, no cesó en su celo por la libertad de oponerse á los actos arbitrarios de este emperador y de sus sucesores. Permitióse, pues, enérgicas frases contra Vespasiano sin incurrir en ninguna pena; y habiendo celebrado públicamente el nacimiento de Bruto y de Casio, exhortando al pueblo á que los imitara, mandó el emperador que se le pusiera preso, aunque le restituyó la libertad muy en breve. No cambiando, empero, de modo de pensar Elvidio, ni moderando su lenguage, fué al fin desterrado; y como clamara luego contra el emperador con todas sus fuerzas, el Senado decretó su muerte. Vespasiano envió órdenes á toda prisa para que se suspendiera la ejecucion, pero Muciano ó la casualidad hizo que llegaran tarde.

Al ver las alabanzas que Tácito, Plinio el Jóven, y Juvenal prodigan á este héroe imprudente, nos sentimos inclinados á hacer tristes reflexiones sobre los medios á que se ve obligada á apelar la virtud cuando carece de los recursos legítimos que al abuso del poder deben oponerse.

Fué urdida una conjuracion contra Vespasiano por Alieno, Cecina, Eprio Marcelo, espia de Neron, y muchos pretorianos; pero habiendo sido descubierta la trama, Marcelo se anticipó á su condena quitándose la vida: luego como no bastase para pronunciar la de Cecina haberle hallado encima la proclama preparada para sublevar á los soldados, le convidó Tito á una cena y mandó que fuera asesinado: ¡género de procedimiento muy espeditivo!

Muerte de Vespasiano.— Sintiendo Vespasiano acercarse la muerte, dijo: *Creo que me trasformo en dios*, burlándose de este modo de la dignidad que concedian á sus príncipes los romanos. Mostróse tranquilo hasta el postrer instante (24 de junio de 79) y como hiciera esfuerzos para levantarse, esclamando: *Un emperador debe morir en pié*, espiró á la edad de sesenta y nueve años después de diez de reinado.

Era uso representar en los funerales de los magnates comedias en que salia á la escena el muerto, y á menudo de una manera jocosa. Al tiempo de celebrarse los funerales de Vespasiano, el bufon, que hacia el papel del emperador difunto, preguntó á los mayordomos de su casa cuanto costarian sus exequias; y al saber la enorme suma que á ellas destinaba Tito, repuso: *Dadme ese dinero, y arrojad el cuerpo al Tíber*. No obstante, Roma podia considerarse como venturosa, si no hubiera tenido que echar en cara más que su avaricia al sucesor de Neron y de Tiberio. La grandeza y la magestad, dice Plinio, no produjeron en él otro efecto que el de igualar el poder de hacer el bien al deseo que tenia de ello.

Tito.—Sucedióle Tito Flavio, su hijo. Educado con Británico se hizo muy hábil en elocuencia, en los versos, y todavia más en la guerra. En vida de su padre, su codicia y su arrogancia inducian á que se concibieran de su persona esperanzas poco lisongeras. Apoyaba cerca del emperador á todo el que le ofrecia dinero; si estaba mal con alguno, hacia pedir su muerte en el teatro ó en el campo de Marte por personas asalariadas; y en fin, tanto los romanos como los judios miraban de reojo sus amores con Berenice, hermana del judio Agripa II; aquellos por temor de tener una emperatriz extranjera, y estos escandalizados de que una princesa compatriota suya se rebajase hasta el estremo de recibir los abrazos del destructor de su nacion.

Pero ascendido al imperio Tito envió á Berenice fuera de Italia, á pesar del amor que le profesaba. No solo no irrogó ningun perjuicio á su hermano Flavio Domiciano, intrigante y díscolo, sino que le ofreció partir con él la autoridad suprema. Confirmó con un edicto las prerogativas otorgadas por sus antecesores á las personas ó á las ciudades. Siempre tenia el pueblo fácil acceso para hablarle, incluso cuando se hallaba en el baño. Tocándole dar juegos invitó á los ciudadanos á decirle cuando y como los deseaban, y en su porte la afabilidad no perjudicaba en lo más mínimo al decoro. Como se le censurase su demasiada facilidad en otorgar mercedes, respondió de este modo: *Conviene que nadie se aleje apesadumbrado de la presencia del príncipe;* y una noche que hacia memoria de no haber concedido ningun beneficio desde por la mañana, dijo: *He perdido el dia*. Lejos de envidiar el bien ageno rehusó admitir donativos y mandas; y sin embargo gastó enormemente en regalos, espectáculos y edificios, no cediendo en este punto á ninguno de sus predecesores. Al inaugurarse su colosal anfiteatro, además de los gladiadores ofreció al pueblo en espectáculo un combate naval y hasta cinco mil fieras. Públicos desastres le proporcionaron coyuntura de acreditar una generosidad más ilustrada. Con efecto, habiendo consumido un incendio el Capitolio, el Panteon, la Biblioteca de Augusto, el Teatro de Pompeyo y otros edificios de ménos importancia, declaró Tito que tomaba sobre sí la reparacion de todo aquel estrago. Rehusando de consiguiente las sumas de dinero que le ofrecian tanto las ciudades como los príncipes extranjeros, vendió hasta muebles de su palacio para cumplir su palabra.

Erupcion del Vesubio.—Bajo su reinado el Vesubio, que no habia hecho desde tiempo inmemorial

erupcion ninguna, se despertó con tal furor (8 de Setiembre de 79) que sepultó las dos ciudades de Herculano y Pompeya; y Pozzuolo y Cumas fueron destruidas, y toda la Campania quedó conmovida y trastornada por frecuentes terremotos. Tito reparó á sus espensas todos los males á que fué posible aplicar remedio; recorrió personalmente el pais, observando los desastres causados, no para satisfacer una curiosidad indiferente, sino prodigando dinero á los que habian sido víctimas de ellos. Hasta la peste, declarándose en el imperio, suministró á Tito ocasion de manifestar bajo un nuevo aspecto su beneficiencia, y aun casi diríamos su caridad.

Al aceptar el pontificado declaró que á contar desde aquel momento se conservaria puro de toda efusion de sangre. Y en efecto, á nadie condenó á muerte, hallándose dispuesto á perecer más bien que hacer morir á otro. Habiendo sido condenados á muerte dos patricios como conspiradores, por el Senado, hizo Tito que rogaran á la asamblea que renunciara á un castigo infructuoso, dado que la duracion de los reinados dependia de un poder superior al de los hombres: al mismo tiempo envia á tranquilizar á las madres de los reos, convidándolas á cenar en su compañia aquella noche. Al dia siguiente las conduce á los espectáculos y pone en sus manos las espadas de los gladiadores que le presentan para examinarlas segun costumbre.

Derogó la ley de lesa magestad y no quiso que se acusara á nadie en lo sucesivo por haber hablado mal de su persona ó de sus predecesores. *O el que murmura de mí se equivoca, en cuyo caso le compadezco, ó le asiste la razon, y entonces seria injusto castigarle por haber dicho la verdad. Respecto de los predecesores, si son dioses actualmente, pueden castigar á su antojo sus propios ultrajes sin necesidad de que yo les preste ayuda.*

¿Quién pudiera creer, que bajo semejante príncipe, encontrara muchos parciales un supuesto Neron, que salido de Armenia después de haber recorrido las riberas del Éufrates, se refugió entre los partos?

En el momento en que respiraba Roma bajo el bondadoso Tito, á quien denominaba delicia del género humano, una muerte prematura le arrebató á aquel buen príncipe á la edad de cuarenta y un años (31 Setiem. 81). Segun se dice aceleró su fin Domiciano, hermano suyo, el cual hizo que se le colocara en la categoria de los dioses, á la par que intentaba denigrarle entre los hombres.

Domiciano.—Ya los desenfrenados desórdenes de Domiciano habian escitado la cólera de su padre, á quien habian apaciguado trabajosamente las instancias cariñosas de Tito. No se habia aplicado durante su juventud á ninguna clase de estudio, y estaba abrumado de deudas. En la guerra habia tenido gran cuidado de sustraerse á las fatigas y á los peligros; posteriormente, para rivalizar con su hermano, vencedor de los judíos, fué á combatir á Germania y contra el imperio galo; la incapacidad en que se hallaba para el ejercicio de las armas le indujo á dedicarse á la poesia. Después de la muerte de su padre procuró ganar á los pretorianos, á fin de suplantar á Tito, y éste le perdonó generosamente. Cuando su hermano exhaló el último aliento, de muerte natural ó violenta, fué proclamado emperador, prodigándole á la vez todos los títulos y cargos con que sus antecesores habian sido revestidos poco á poco.

Al principio manifestó tanta repugnancia á toda especie de crueldades, que llegó hasta á prohibir todo sacrificio sangriento. Mostrábase liberal con empleados del Estado, á fin de que su pobreza no les pusiera en el caso de ser corrompidos; rehusaba heredar á los ciudadanos que dejaban hijos; y después de haber distribuido las tierras confiscadas entre veteranos, no reservaba lo sobrante para sí, como era costumbre, sino que se lo restituia á los antiguos propietarios. Mandó hacer suntuosas construcciones, reformó la biblioteca incendiada, gastó 21,000 talentos en los dorados del templo de Júpiter en el Capitolio, y sin embargo, nada valia la magnificencia de este templo en comparacion de una sola de las galerias ó de las salas del palacio. Ocupábase en administrar justicia, fulminaba la nota de infamia contra los jueces que admitian dinero, y contra los gobernadores concusionarios: reprimió la licencia pública y la impudencia de los libertos; prohibió á los caballeros salir á los teatros públicos; degradó á un senador por haber bailado; escluyó á las mujeres perdidas de la facultad de recibir legados y de ir en litera; declaró indigno de ser juez á un caballero que habia vuelto á admitir en su compania á su esposa después de repudiarla por impúdica; castigó á muchos adúlteros con la última pena, y prohibió severamente hacer eunucos.

Apesar de todo, disimulaba Domiciano trabajosamente su índole feroz, sanguinaria y vilmente recelosa. Tan anhelante de gloria militar como incapaz de adquirirla, tomó cuatro veces en un año el título de *imperator* en virtud de victorias alcanzadas por otros. Habiendo caido de improviso sobre los catos, nacion la más civilizada y belicosa de los germanos, les cogió algunos prisioneros á quienes arrastró en triunfo, y ya no se despojó de la toga de triunfador nunca. Pero cuando los catos espulsaron del trono á Cariomero, rey de los queruscos, que se habia hecho aliado de los romanos, no se atrevió Domiciano á sostenerle, y dejó á los suevos y á los sármatas sublevados contra el imperio, esterminar ejércitos enteros en la Mesia, la Dacia y la Germania, por culpa de los generales tímidos ó temerarios. El despecho que le causaban las victorias de Agrícola sobre los caledonios, hizo que fuera llamado este gran capitan, el cual solo pudo conjurar la cólera del emperador viviendo oscuramente; además, si hemos de dar crédito á las sospechas de los contemporáneos, su alejamiento de los negocios no le salvó del veneno (85).

Guerra con los dacios.—La guerra más peligrosa que tuvo que hacer fué la que sostuvo con los da-

cios (*deutsch?*) pueblo belicoso, á quien un antiguo filósofo llamado Zamolxis habia enseñado á considerar la muerte como el término de una vida ingrata y de transicion, al mismo tiempo que el principio de una existencia feliz y eterna. Habian sido gobernados sábiamente por Dura, quien trasmitió su autoridad á Decebalo. No menos hábil en las lides que prudente en el consejo, pasó este caudillo el Danubio, derrotó á los romanos y mató al gobernador de Mesia; no solo señaló su tránsito con horribles devastaciones, sino que ocupó todos los fuertes construidos por los romanos en aquellas comarcas.

Cuando Decebalo supo que Domiciano se acercaba con el ejército, propuso deponer las armas y renovar la antigua alianza, lo que le fué negado. Pero Cornelio Fosco, capitan de las guardias pretorianas, que marchó en contra suya, fué vencido. Entonces Decebalo exigió que los romanos le pagasen dos óbolos por cabeza, amenazándoles en el caso contrario con invadir su territorio y llevarlo todo á sangre y fuego. Tanta insolencia irritó la cólera de los soldados, y después de vencidos los dacios en nueve combates, les negaron la paz, que imploraban á su vez.

En vez de proseguir por aquel lado su fortuna, volvió Domiciano sus armas contra los cuados y marcomanos, culpables de haber socorrido á los dacios, y mandó degollar á sus embajadores (90). No tardó en arrepentirse de ello, pues acometido con furia vió á su ejército reducido á huir en una completa derrota. Tan cobarde en los reveses como insolente habia sido en la victoria, diputó algunos indivíduos cerca de Decebalo, á fin de suplicarle que consintiera en la paz, enviándole ricos presentes, artesanos de todas clases, y una corona de oro en señal de que le reconocia por rey. Al fin se resignó á pagarle un tributo anual: esta fué la primera guerra contra el imperio cuyo desenlace fuera venturoso para los bárbaros.

A pesar de todo, Domiciano escribió al Senado, diciéndole que al fin habia puesto freno á los indómitos dacios; y después de haber causado á su regreso más estragos en un pais tranquilo que puede originarse en tiempo de guerra, se adjudicó el triunfo, mientras que los poetas (2) le comparaban á César y á los Escipiones.

Posteriormente fué reunido al imperio (91) el pequeño reino de Cálcide, poseido por el hermano y luego por el hijo de Agripa, ultimo rey de los judios. Tambien marchó Domiciano contra los sármatas, que habian esterminado una legion, si bien no sacó de esta espedicion más que un motivo de fingidos triunfos y de poéticas adulaciones.

Durante la paz sabia soltar la rienda á aquella feroz energia que le faltaba en el campo de batalla. Habiendo proclamado el heraldo, por un error involuntario, emperador en vez de cónsul á Flavio Sabino, yerno de Tito, mandó dar muerte al heraldo y á su sobrino. Este fué el preludio de terribles trajedias. Ocurrióle hacer sacar el horóscopo á los magnates del imperio, y de aqui tomó ocasion para derramar la sangre de muchos senadores y caballeros. Alentados por él los delatores le proporcionaron henchirse, atestándose tambien ellos, con las riquezas que confiscaba bajo los más frívolos pretestos. ¿Se hacia popular un ciudadano ilustre? Consistia en que meditaba en la guerra civil. ¿Vivia retirado? Era una censura indirecta que dirigia al tiempo presente. ¿Se calificaba de ejemplar su conducta? Era un nuevo Bruto. El que aparecia indolente y estúpido ocultaba sanguinarios proyectos: si uno era activo y resuelto se ocupaba en preparar intrigas y trastornos: el rico poseia demasiado dinero para un particular; el pobre podia arrojarse á alguna peligrosa empresa, puesto que no tenia que perder nada. Cuanto más viles y detestables eran los espias, los sustentaba y acariciaba el emperador con más empeño: si quedaban convictos de calumnia, esta circunstancia hacia que tuvieran más mérito á sus ojos: en indivíduos de esta laya recaian los despojos del Estado, las dignidades pontificales, y hasta el consulado. Unos eran enviados á las provincias como procuradores; otros permanecian á su lado como confidentes y como ministros. Se sobornó á los esclavos para deponer contra sus señores, á los libertos contra sus patronos; y aquellos que no tenian enemigos, se encontraban vendidos y eran víctimas de la traicion de hombres de cuya amistad no habian podido abrigar nunca la más mínima duda.

Bajo el reinado de este tirano no osaban los romanos comunicarse sus pensamientos, ni aun gemir juntos. Veian con pusilánime silencio á los tribunales convertidos en instrumentos de ruina; las rapiñas y los asesinatos paliados con el nombre

(2) ESTACIO y MARCIAL. Hé aquí algunos fragmentos de sus adulaciones:

Invia sarmaticis domini lorica sagittis
Et Martis getico tergore fida magis...
Felix sorte tua, sacrum cui tangere pectus
Fas erit, et nostri mente calere dei!...
Redde deum votis poscentibus: invidet hosti
Roma suo, veniat laurea multa licet.
Terrarum dominum propius videt ille totoque.
Terretur vultu barbarus, et fruitur...
Hiberna quamvis Arctos, et rudis Peuce
Et nugularum pulsibus calens Ister
Fractusque cornu jam ter improbo Rhenus
Teneat domantem regna perfidæ gentis,
Tu, summi mundi rector, et parens orbis,
Abesse nostris non tamen potes votis...
Nunc ilares, si quando mihi, nunc ludite, Musæ.
Victor ab Odrysio redditur orbe deus...

En otro pasaje se lamenta Jano, al ver pasar á Domiciano, de no tener bastantes ojos para mirarle (MARCIAL, VIII, 2). Puede la estrella de la mañana dilatar su salida, porque si se presenta César no se apercibirá el pueblo de su ausencia (Id., cap. 21). ¡Oh poetas!

de multa y de castigo, las islas infestadas de bandidos, los escollos henchidos de infelices degollados. Algunos arrastraban con intrepidez la muerte: madres y mujeres generosas siguieron al destierro á los objetos de su cariño.

A semejanza de todos los malos príncipes tenia Domiciano horror á la historia y á los historiadores. Herennio Senecion fué acusado de escribir la vida de Elvidio Prisco; y aunque habia dulcificado sus espresiones, como es fuerza resignarse á hacerlo bajo los tiranos, bastó que hubiera concedido elogios á un ciudadano generoso, para que se le juzgara digno de muerte. Fannia, esposa de Herennio, confesó ingénuamente que habia impulsado á su marido á aquel trabajo prestándole ayuda, y fué despojada de sus bienes y desterrada; pero llevó consigo el manuscrito culpable. Se tuvo por delito capital en Aruleno Rústico haber alabado á Traseas Peto: Hermógenes de Tarsos fué condenado á muerte porque se creyó haber encontrado en la historia que habia compuesto, alusiones á Domiciano, y fueron crucificados todos los que le habian ayudado á divulgar sus obras. Por un género de barbarie nuevo en un todo, Domiciano mandó quemar públicamente los libros de más general renombre, y en que brillaban más generosos sentimientos. Finalmente, desterró á todos los filósofos y hombres de letras. Hubo algunos que renunciaron al estudio para entregarse al infame oficio de delatores; habiéndose refugiado el famoso sofista Dion Crisóstomo al pais de los getos sin llevar consigo más que un tratado de Platon y una arenga de Demóstenes, se ganó la vida cavando y llevando agua.

Siendo un año abundantísima la cosecha de vino al mismo tiempo que habia escasez de granos, dedujo el emperador que se descuidaba el trigo por la viña, y decretó que no se plantaran nuevas vides en Italia: debia á más arrancarse en las provincias la mitad de las cepas, si bien no llegó á ejecutarse esta última medida.

Segunda persecucion contra los cristianos.— Tambien concibió odio Domiciano contra los cristianos é hizo morir á gran número de ellos en Roma y en las provincias, cómo enemigos de la república (95). Habia entre ellos miembros de la familia imperial, como Flavio Clemente, primo del tirano y su cólega en el consulado; la esposa y la sobrina de Flavio, ambas llamadas Domitilas. Para Domiciano era un deleite ver lágrimas, contar los suspiros, y le encantaba observar como al eco de su voz temblaba el Senado. Se complacia en su interior en bromas llenas de crueldad. Así, una noche convida á un banquete á los principales senadores y caballeros: á medida que llegan son conducidos á un salon todo cubierto de negro, donde el fulgor macilento de las lámparas permite descubrir ataudes, é inscrito en cada uno de ellos el nombre de los convidados. Ante aquel espectáculo se convencen de que el instante fatal ha llegado para ellos: efectivamente les habia amenazado el emperador diciéndoles cierto dia que consideraba á la mayor parte de los caballeros como enemigos suyos, y que no se creeria seguro mientras quedase un senador con vida. Por último, después de una larga ansiedad, aparecen hombres desnudos pintados de negro, con el acero desenvainado en una mano y una tea en la otra, y después de haber dado vuelta á la sala guardando el más profundo silencio, abren las puertas y despiden á los dos primeros cuerpos del Estado, para quienes sucede al espanto la vergüenza de un escarnio insultante.

Habilísimo en tirar el arco, Domiciano hacia pasar una flecha por entre los dedos de un esclavo que le servia de blanco colocado á larga distancia; y en los solitarios solaces de su gabinete ejercitaba su destreza el señor del mundo en atravesar moscas. Por eso Vibio Crispo, á quien se preguntaba si habia alguien con el emperador, dió por respuesta: *Ni siquiera una mosca.*

No cediendo en crueldad ni en deleites vergonzosos á ninguno de sus predecesores, Domiciano era adulado como ellos vilmente por los romanos. Llamábanle señor, dios, hijo de Minerva; títulos que se atribuia él mismo en sus epístolas y que le prodigaban Marcial, Quintiliano, Juvenal y otros escritores (3). Llenas estaban las calles que conducian al Capitolio de víctimas degolladas delante de sus estátuas, que segun el texto de un decreto, no podian ser más que de oro ó de plata. Instituyó los juegos capitolinos, que á semejanza de los de Olimpia debian ser celebrados cada cinco años con la mayor pompa. Además dió otros juegos, los más espléndidos que habia visto Roma. Hizo abrir cerca del Tíber un ancho lago, donde combatieron dos escuadras: hubieron de mezclarse mujeres en las sangrientas luchas de los gladiadores: ofreció á los ojos del pueblo verdaderas batallas de ejércitos enteros dentro del anfiteatro, ¡un hombre que temblaba de miedo en frente del enemigo! Habiendo sobrevenido durante el espectáculo una tempestad en que caia el agua á torrentes, prohibió que saliese de allí nadie, lo cual causó muchas enfermedades agudas y algunas de ellas mortales.

Ningun medio creia ilícito para subvenir á todas aquellas prodigalidades. Se apoderaba fácilmente de ricas herencias, ora acusando al difunto de haber hablado mal de su persona, ora apostando gentes para afirmar que le habia instituido por heredero. Aumentaban los magistrados la carga en los impuestos hasta el punto de que muchas provincias se rebelaran abiertamente; así lo verificaron los nasamones de Africa.

Otra vez apareció un falso Neron en Asia, y acabó por retirarse entre los partos, quienes amenazaron con hacer la guerra al imperio. Lucio Antonio, gobernador de la Germania, tomó el título de Augusto, que le fué confirmado por la mayor parte

---

(1) Plinio, *Panegírico de Trajano.*

de los germanos, pero en breve fué derrotado y muerto. Solo dos tribunos, de cuantos fueron acusados de cómplices suyos, lograron salvar la vida, si bien probando que se habian prestado al más vergonzoso libertinaje, haciéndose incapaces desde entonces de toda atrevida empresa.

Una conjuracion descubierta asustaba á Domiciano hasta el estremo de hacerle temer de continuo, y con más motivo á consecuencia de haberle anunciado un fin próximo diversos prodigios y predicciones. De consiguiente temblaba en proporcion al terror qne infundia, lo cual le obligó á tomar las mejores precauciones que pudo contra el peligro, hasta revestir sus aposentos con una piedra que reflejaba los objetos, á fin de que nadie pudiera acercársele sin ser visto. Además, pensó en deshacerse de todos aquellos que le inspiraban desconfianza, y ya habia formado la lista de ellos, cuando un niño con quien se divertia, se la quitó durante su sueño llevándosela consigo.

Muerte de Domiciano.— Asustada la emperatriz Domicia Longina de ver allí su nombre y el de los primeros personages, se concertó con ellos á fin de ganarle por la mano. Partenio, su primer criado, introdujo al liberto de Domicia, Estéban, que, llevando la mano á su cuello en la actitud de un hombre herido, le presentó un escrito que revelaba la conjuracion, y aprovechó el momento en que leia para descargar el golpe. Domiciano se defiende, y el asesino es muerto por gentes del palacio estrañas á la trama, pero sobrevienen los demás conjurados y hacen exhalar al emperador el último aliento.

Acababa de cumplir cuarenta y cinco años y habia reinado quince. Convocado inmediatamente el Senado profirió mil ultrages contra aquel á quien poco antes prodigaba sus adulaciones: hizo borrar su nombre de las inscripciones, derribar sus estátuas y sus arcos de triunfo, y anuló sus actos. Permaneció el pueblo indiferente, porque no descendian hasta él las persecuciones y disfrutaba de magnificencias y espectáculos. Sintieron más su muerte que la de Vespasiano y de Tito los soldados á quienes habia aumentado sus .haberes, y se hubieran entregado á escesos á no ser contenidos por sus oficiales.

Domiciano es el último de los príncipes designados con el nombre de los doce Césares.

CAPÍTULO XI

NERVA Y TRAJANO.

Pareció al Senado la muerte de Domiciano ocasion oportuna para libertarse del despotismo militar. Aqui se nos presenta un nuevo fenómeno, y es la escuela estóica acometiendo la empresa de oponerse al tiránico influjo del ejército. Con efecto, preponderante esta escuela filosófica en el Senado se esfuerza por colocar en el trono á sus hechuras, y consigue dar á Roma una série de Césares que es justo contar entre los buenos. Fué el primero Marco Coceyo Nerva, oriundo de Creta y nacido en Narni, quien se hizo agradable á los ojos de Neron por sus poesias, hasta el punto de erigirle el emperador una estátua. Tal maña se dió la faccion estóica, que contaba con su persona, á divulgar predicciones y horóscopos acerca de su futuro reinado, que á pesar de su timidez, le determinó á aceptar el trono. Después de consagrar los pretorianos la devocion al emperador difunto, no tardaron á reconocer al nuevo. Entretanto, en medio de los parabienes que recibia Nerva, Arrio Antonino se afligió con él de que después de haber escapado por su virtud y su prudencia de tan malos príncipes, se hallara á la sazon en una situacion en que descontentaria á los amigos y adversarios, y más todavia á los primeros tan luego como les negara una gracia.

Nerva se creia encumbrado á la categoria suprema en interés del pueblo y no para satisfaccion propia; de este modo supo armonizar la dulzura de la libertad con el sosiego de la monarquia. Restituyó á los ciudadanos desterrados por delitos de lesa majestad su patria y su hacienda: amenazó con su ira á los delatores, castigó á los esclavos y á los libertos que habian denunciado á sus amos. Prohibió todo procedimiento por delito de lesa majestad y contra los que vivian á estilo de los judios (1) y juró no condenar á ningun senador á muerte. A fin de aligerar los impuestos y de poder abolir el odioso tributo del vigésimo sobre toda sucesion ó manda, disminuyó los gastos suprimiendo espectáculos y sacrificios, no permitiendo que se erigieran estátuas de plata ni de oro, y moderando el boato de su palacio. Posteriormente, como se hallara todavia demasiado pobre para recompensar servicios ó para socorrer infortunios, vendió parte de su vagilla particular y muchas de sus propiedades. Tambien distribuyó muchos terrenos á la clase de ciudadanos pobres. Hizo educar en todas partes, á espensas del Estado, á los niños menesterosos; prohibió la eviracion, y se aplicó á corregir las costumbres y á administrar justicia. Siempre se condujo, en fin, como si en un instante dado hubiera debido tornar á la vida privada.

Acostumbrados como estamos á ver comenzar venturosamente reinados detestables, pudiera esperarse ver desmentida la conducta de Nerva; mas no fué así por fortuna, y la única inculpacion que puede dirigírsele, es que por esceso de benignidad ni aun castigaba á los perversos. Cierto es que habiéndose restituido al Senado la libre posesion de los juicios, admitió las acusaciones contra los espias del reinado precedente, y que castigó á algunos con la pena de muerte y á otros con la de destierro; pero cuando quiso intentar procesos contra ciertos conspiradores, fiel Nerva á su juramento impidió que se llevaran adelante. Semejante clemencia pareció impolítica al cónsul Julio Fronton, quien decia que si es una gran desgracia vivir bajo el gobierno de un príncipe que todo lo prohibe, no lo es menos tener un príncipe en cuyo reinado es lícito todo.

En efecto abusaron de aquel esceso de bondad los pretorianos, y habiéndose promovido un tumulto, asaltaron el palacio para obligar á Nerva á

(1) Probablemente los cristianos. DION, LXVIII.

que les entregara los asesinos de Domiciano. Vanamente se opuso á su furia, llegando hasta presentarles desnudo su pecho; hubo de ceder, de permitir dar muerte á los conjurados, y de agradecer á los pretorianos por haber purgado de ellos el mundo.

Entonces comprendió la necesidad de elegir por sucesor un hombre capaz de empuñar con mano firme las riendas del Estado; y la más bella accion de su reinado fué haber adoptado á Marco Ulpio Trajano (27 de junio de 98), con quien dividió al punto la autoridad elevándole al tribunado. Poco después murió habiendo apenas reinado diez y seis meses y fué contado en el número de los dioses.

Trajano.—Trajano, vástago de una familia de Itálica más antigua que ilustre, habia nacido cerca de Sevilla, sirviendo en su mocedad contra los partos. En tiempo de Domiciano se habia retirado para vivir seguro, á su patria, desde donde se le envió á gobernar la baja Germania. Allí se hizo amar de los soldados; pero sin maquinar á impulsos de un pensamiento ambicioso, sin esperar nada siquiera, se contentaba con aquella posicion, cuando le designó Nerva por sucesor suyo, llevado de su buena fama: y cuando le sucedió á los cuarenta y dos años no defraudó sus esperanzas.

Hizo su entrada en Roma á pié en medio de inesplicables transportes de alegria; y en el momento de entrar en el palacio, volviéndose al pueblo su esposa Pompeya Plotina, dijo: *Espero salir de aquí como he entrado.* Robusto de cuerpo y duro para la fatiga, de noble apostura y de afables modales, con poca instruccion literaria (2), aunque afecto á los hombres instruidos, fué el mejor capitan de su siglo; en los campamentos no se le hubiera distinguido del último soldado; pues vestia como ellos, compartiendo su sobriedad y sus ejercicios. Hacia las marchas á pié, conocia individualmente á sus veteranos y sus hechos de armas, sin que su afabilidad dañase en nada á la disciplina.

Al tomar posesion del poder supremo declaró que se consideraba obligado á observar las leyes respecto de cada ciudadano, y jamás faltó á su palabra. En las liberalidades que hizo tanto á los soldados como al pueblo, comprendió á los ausentes, y, cosa nueva, á los niños de menos de doce años. Segun se cuenta, sus larguezas proporcionaban el sustento á dos millones de personas. Siempre mantuvo el trigo á un módico precio; destinó considerables sumas á la educacion de los niños pobres, dió espectáculos de gladiadores, si bien desterró á los cómicos, á quienes Nerva habia permitido aparecer nuevamente. Gastó mucho dinero en abrir el puerto de Civitavecchia y ensanchar el circo, donde prohibió que se pronunciase su nombre, á fin de libertarse de los aplausos prodigados á tantos malos príncipes. Por último, vedó á los abogados recibir dinero de los litigantes, quienes debian jurar no haberle dado ni prometido cosa alguna (3).

Deseoso de curar las llagas de la anarquia y de la tirania disminuyó, siempre que el bien público parecia requerirlo, las rentas, la autoridad y las prerogativas del emperador. Derogó las leyes de lesa majestad, castigó á los delatores y puso coto á los concusiones, alentadas por la indulgencia escesiva del reinado precedente. Cerca de él tenian libre acceso los ciudadanos de todas las categorías, y acogia bondadosamente sus pareceres. Para los destinos buscaba las personas más dignas, y era de opinion que no se necesitaba de fingimientos en política como tampoco en las relaciones privadas. A sus ojos no bastaba la sospecha para imponer un castigo, y preferia la impunidad de cien culpables á la condena de un inocente. Dijo á Suburano entregándole la espada como prefecto del pretorio: *Esgrímela en mi favor si cumplo con mi deber, y si falto á él en contra.*

Revistió con toda su confianza á Licinio Sura, por cuya instancia le habia adoptado Nerva. Habiendo intentado alguno inspirarle recelos de su persona, fué á pedirle de cenar sin ser convidado, se hizo curar los ojos por su médico y afeitar por su barbero; y al dia siguiente respondió al que le repetia las mismas acusaciones: *Si hubiera querido matarme ayer lo hubiera hecho.*

Tambien incurrió en errores y tuvo defectos. Era aficionado al vino hasta tal punto, que prohibió ejecutar las órdenes que diera al levantarse de la mesa. Todo el tiempo de que podia disponer lo consagraba á los placeres. Por vanidad dejaba inscribir su nombre en todos los edificios, ya los hubiese construido ó solamente restaurado, lo cual le valió el apodo de *Parietaria* con alusion á la yerba parásita que se adhiere á los muros. Toleraba que se le diera el título de señor, que se hicieran sacrificios á su estátua y que jurase el pueblo por su vida y por su eternidad.

3.ª persecucion contra los cristianos.—Acaso por sostener su papel de dios, desmintió la dulzura habitual de su carácter, ordenando persecuciones contra los cristianos (106). Es sumamente curiosa su correspondencia con Plinio sobre este asunto (4). Nótase tambien allí la alegria, por pueril que sea, que esperimentaban los patriotas romanos viendo convocadas las asambleas del Senado tres dias consecutivos, y prolongarse las sesiones hasta la

(2) Esta falta de instruccion y no la pereza, como dice Juliano en los *Césares*, fué el motivo de que se sirviera siempre de Sura para escribir sus cartas.

(3) Eran pagados por el tesoro público.

(4) Véase el capítulo XXVI. No conocemos acerca de esto ningun senado-consulto ni edicto imperial; y Plinio los habria citado. Probablemente era alguna decision tomada en el consejo imperial, que entonces adquiria importancia, y sobre el estricto derecho hacia prevalecer el justo y bueno.

noche (5). ¿Pero qué idea se puede concebir de aquella asamblea, cuando leemos en el mismo Plinio que Trajano se oponia á que se formara una asociacion para reformar los baños públicos de una ciudad de Asia, diciendo que toda reunion ó sociedad que se proponia por objeto intereses privados era contraria á la salvacion del imperio?

Guerras.—Los germanos, que conocian el mucho valor de Trajano, le enviaron de todas partes diputaciones; y los bárbaros del otro lado del Ister no se aventuraban ya á sus escursiones ordinarias cuando estaba helado el rio. Pero las intenciones de Trajano se revelaban en este habitual juramento: «Así pueda reducir la Dacia á provincia, y cruzar el Éufrates y el Danubio sobre puentes por mí construidos.» (6)

Guerras con los dacios.—Hemos dicho que Domiciano habia comprado á los dacios una paz vergonzosa, sometiéndose á un tributo anual. Trajano tuvo por muy indigno sobrellevarlo más tiempo, cuando aquellos pueblos adquirian de dia en dia nuevas fuerzas, y cuando Decebalo, su rey, mantenia inteligencias con Pacoro, rey de los partos. Tomando, pues, por pretesto una de sus correrias en el territorio romano, reunió un ejército numeroso, y cruzando el rio, empezó á talar sus campos. Sin pérdida de tiempo llamó Decebalo á las armas á toda la juventud, y se adelantó contra los romanos (103). Aunque Trajano recibió en el momento de venir á las manos un escrito que decia: *Vuestros aliados os aconsejan hacer la paz y retiraros*, arriesgó la batalla y triunfó. Habiendo agotado el gran número de heridos las vendas preparadas para los apósitos, dió el emperador sus propias vestiduras á fin de suplir aquella falta.

Prosiguió con tanto ardor la victoria, que reducido Decebalo al último apuro, envió á solicitar la paz, y la obtuvo, aunque bajo durísimas condiciones. Hubo de obligarse á restituir el pais usurpado á sus vecinos; á entregar sus armas y sus máquinas de guerra, con los obreros que las habian fabricado y con todos los desertores; á no admitir ya á su servicio ningun individuo nacido bajo la dominacion romana; á desmantelar sus plazas fuertes, y por último, á tener los mismos amigos y adversarios que Roma.

Trajano construyó fuertes donde lo creyó necesario; estableció puertos militares, y después de haber recibido una especie de homenaje de Decebalo (105), tornó á Roma á desplegar las pompas del primer triunfo sobre los dacios. Pero Decebalo, que solo habia cedido á la necesidad, no tardó en reclutar nuevas tropas, en fortificar sus plazas y en solicitar ayuda de sus vecinos. Acogieron sus proposiciones los escitas, rehusáronlas los yacigos, pero fueron derrotados. Corrió Trajano á hacer entrar á los dacios en sus deberes, y Decebalo envió desertores fingidos con encargo de asesinarle, si bien abortó su proyecto. Fué más venturoso con Longino, teniente del emperador, á quien atrajo bajo pretesto de entrar en acomodo, haciéndole prisionero. Pretendia obtener por su rescate todo el pais hasta el Danubio; pero Longino halló manera de envenenarse.

Puente sobre el Danubio. — Construyó Trajano sobre el Danubio un puente de piedra, cuyos arcos se apoyaban sobre veinte pilones de sesenta piés de espesor, cincuenta de altura y setenta de separacion; defendíale un fuerte en cada uno de sus estremos. Aquella obra, tanto más maravillosa por ser mayor la rapidez de la corriente en aquel paraje á consecuencia del menor ensanche de sus riberas, fué no obstante terminada en el curso de un verano, bajo la direccion y con arreglo al plano de Apolodoro de Damasco.

En la siguiente primavera (106) atravesó Trajano el rio por encima de aquel puente, y dirigió la guerra con menos actividad que prudencia á fin de no esponer sus tropas. Pero la sangre fria con que arrostra personalmente el peligro, escita el valor de los soldados, quienes renuevan sus antiguas proezas. Uno de ellos es conducido con una herida bajo una tienda, y cuando oye decir á los médicos que es mortal, vuelve al combate, donde exhala el último suspiro. Finalmente fué tomada la capital de los dacios, y reducido su pais á provincia tuvo por límites el Dniester, el Tibisco, el Danubio inferior y el Euxino (7). Decebalo no quiso sobrevivir á su derrota. En testimonio de aquellas victorias fué erigida la columna Trajana, y las solemnidades del triunfo valieron al pueblo ciento veinte y tres dias de espectáculos, en que murieron más de diez mil fieras.

Partos.—Hallábase cumplido uno de los deseos de Trajano, puesto que habia atravesado el Danubio; entonces pensó en realizar el otro, y marchó hácia el Éufrates con intencion de dominar á los partos, enemigos los más formidables que quedaban á los romanos (114). Segun estuviese la Armenia por los romanos ó por los partos estaban amenazadas el Asia Menor y el Asia superior, pudiendo la infanteria romana penetrar por aquellos montes hasta el corazon de la Persia sin temer los desastres de Craso en las llanuras de Mesopotamia. En cambio podian desde allí emprender sus contínuas correrias sobre el Asia Menor y la Siria. Mucho importaba, pues, la posesion de Armenia.

(5) *Jam hoc pulchrum et antiquum, senatum nocte dirimi, triduo vocari, triduo contineri.* PLINIO, *Epist.*

(6) AMMIANO, XXIV.

(7) Aun se hallan vestigios de una via militar desde el Danubio hasta cerca de Bender. Véase CONRADO MANNERT, *Res Trajani imperatoris ad Danubium gestæ.* Nuremberg, 1793.—CRIST. ENGEL, *Commentatio de expeditionibus Trajani ad Danubium, et origine Valachorum.* Viena, 1794; obra coronada por la Academia de Ciencias de Gotinga. Véase así mismo una memoria de Anville en el tom. XXIII de las *Actas de la Academia de Inscripciones y Bellas Letras.*

Al recibir Tirídates la corona de manos de Neron, habia colocado su reino de Armenia bajo la dependencia de Roma, mientras que Exedaro, al subir al trono, habia reconocido la supremacia de Cosroes, rey de los partos. Habiendo pedido Trajano cuenta de este acto de soberania á Cosroes, quien solo le contestó con vanas palabras, avanzó en contra suya. Procuró el rey parto desarmarle con embajadas y con regalos, asegurándole que habia depuesto á Exedaro y rogándole que adjudicase la corona á Partamaspates, hijo como él de Pacoro, rey de los partos; pero Trajano se limitó á responder que se encaminaba á Siria, y deliberaria desde aquel punto.

Después de haber recibido en Antioquia el homenage de algunos príncipes (7 de Enero), entró en la Armenia, donde se enseñoreó de muchas plazas, lo cual decidió al rey Partamaspates á que depusiese su corona á los pies del trono imperial. Ante aquel espectáculo prorumpió el ejército en tales gritos de alegria, que asustado el parto quiso apelar á la fuga; pero viéndose rodeado por todas partes, se quejó de que se tratase como prisionero á un príncipe que se habia presentado espontáneamente, y salió del campamento con el corazon rabioso de ira.

Armenia reducida á provincia. — Sin embargo, todos sus esfuerzos no bastaron á estorbar que Trajano redujera la Armenia á provincia; y entonces se inclinaron á sus plantas los reyes de Iberia, Sarmacia, Bósforo y Cólquide. Solo por el terror de sus armas fué avasallada la Mesopotamia; y habiendo sometido Cornelio Palma una porcion de la Arabia, vió el emperador á los saurómatas del norte y á los indios del sud solicitar al mismo tiempo la amistad de los romanos.

Se inclina uno á creer que Cosroes habia admitido tambien las condiciones dictadas por Trajano; pero cualesquiera que fuesen los motivos, el emperador hizo nuevamente la guerra á los partos. Cruzó el Tigris sobre un puente de barcas, y se apoderó sin un solo combate de Adyabena, ocupó la Asiria y visitó á su tránsito Nínive, Arbelas y á Gaugamela, lugares célebres por las victorias de Alejandro (116). Aprovechándose de las discordias de los partos avanzó hasta Babilonia, y empezó á abrir un canal entre el Éufrates y el Tigris para el paso de las naves destinadas al sitio de Ctesifonte.

Asiria provincia. — Opúsose á tamaña empresa la diferencia de nivel de los dos rios; hizo, pues, arrastrar aquellos bajeles por tierra, tomó por asalto á Seleucia y Ctesifonte, donde cayó en su poder la hija del rey de los partos, como tambien su trono de oro. Cosroes logró escaparse, se sometió todo el pais circunvecino, y la Asiria hubo tambien de pagar tributo como provincia romana.

Desastres.—Volvió Trajano á Antioquia en aquel entonces; y alli en el momento en que se hallaban reunidos el ejército, la corte y un inmenso gentio atraido por la curiosidad, tembló la tierra con tal violencia, que la ciudad fué destruida; hasta el mismo Trajano salió contuso y todo el imperio tuvo que sufrir por el desastre de una ciudad sola. Otras calamidades señalaron además su reinado: el hambre, la peste, los terremotos. En Roma salió de madre el Tíber, y escitaron el horror general tres vestales que fueron convictas de haber violado sus votos y enterradas vivas. Como si no bastara este sacrificio á las añejas supersticiones, ordenaron los libros sibilinos, como ya lo habian hecho, sepultar vivos en el *Forum boarium* á dos griegos y á dos galos, tomando de cada uno de los dos pueblos una mujer y un hombre; y obedecieron los romanos, á pesar de que clamaban en alta voz contra la barbárie de los galos y de los bretones, porque rociaban con sangre humana los altares de sus divinidades.

Escursion de Trajano.—Al asomar la primavera empezó Trajano una escursion que puede llamarse verdaderamente histórica, no proponiéndose por objeto tanto conquistar como desplegar á los ojos de las naciones la majestad y el poderio del imperio romano. Después de haber visitado las colinas de donde descendió la primera civilizacion del mundo, se embarcó en el Tigris con rumbo al golfo Pérsico, entró en el Océano, y descubriendo un barco que navegaba hácia la India, dijo: *Si yo fuera más jóven, llevaria la guerra á esa comarca.* Entonces se encamina á la Arabia Feliz, se hace dueño del puerto de Aden, allende el estrecho de Bab-el-Mandeb reduce á provincia la Arabia Petrea que aseguraba el comercio entre el Asia y el África, y no cesa de anunciar al Senado la sumision de nuevos paises. Por último, no pudiendo pasar adelante, regresa á Babilonia, y sobre sus ruinas ofrece sacrificios en honor de Alejandro.

Sublevacion de los judios.—A la sazon rayaba el imperio en el apogeo de su grandeza, habiéndole agregado cinco nuevas provincias: la Arabia Petrea, la Armenia, la Mesopotamia, la Asiria, en Asia, y en Europa la Dacia. Sin embargo, duró poco tiempo, puesto que el mismo Trajano vió malogrados sus propios trabajos. El terremoto, que produjo trastornos en tantas comarcas, pareció á los judios una señal precursora de la caida del imperio, y en todas partes, y con especialidad en África, se sublevaron furiosos. Al principio alcanzaron ventajas en Alejandria; pero cobrando brio los griegos, restablecieron su fortuna y asesinaron á todos los rebeldes sin ninguna distincion. Los de Cirene, promovedores de la rebelion, recorrieron las llanuras de Egipto, señalando su tránsito con el saqueo, y no satisfechos con matar á sus enemigos, se los comian y se vestian con su piel sangrienta. Cuéntase que asesinaron á doscientas mil personas en la Libia, á doscientas cincuenta mil en la isla de Chipre, y redujeron á cenizas á Salamina. Trajano envió tropas para espulsarlos de la Libia; fueron aniquilados en Chipre, y si posteriormente se encontraba arrojado allí alguno de ellos por su mala fortuna, era hecho pedazos. Así quedó sofocado en todas partes el incendio.

Pero el ejemplo fué contagioso, y muchos países recien conquistados quebrantaron sus cadenas, lo cual obligó á Trajano á correr de un lado á otro para tenerlos á raya. Obligóle una hidropesia á tornar á Italia, y todos aquellos paises se insurreccionaron á un mismo tiempo. Levantados en masa los partos depusieron al rey Partamaspates que les habia sido impuesto: los armenios eligieron uno á su gusto: la Mesopotamia se sometió á los partos, y fueron infructuosos tantos gastos y tal derramamiento de sangre.

Muerte de Trajano.—Llegado á Selinunte en Cilicia, murió el emperador (10 de agosto), después de un reinado de diez y nueve años y medio. En Roma se recibieron como en triunfo sus cenizas llevadas allí por Plotina su viuda, y por Avidia su sobrina; y contra las antiguas leyes, fueron depositadas en lo interior de la ciudad, bajo la columna destinada á recordar sus conquistas.

Magníficos trabajos debian conservar su memoria, y con especialidad sus escelentes caminos desde el Ponto Euxino hasta las Galias, el que cruzaba las ciénagas Pontinas, y otro de Benevento á Brindis. Abrió en Roma bibliotecas y un teatro, ensanchó el circo, reparó importantes edificios, llevó á la ciudad nuevas aguas. Admirábase especialmente el foro que recibió su nombre. Sobre el sitio de una colina que se habia aplanado, de figura cuadrada (144 piés), rodeado de pórticos, ornado con cuatro arcos de triunfo y con gran número de palacios y de pequeños templos, parecia un prodigio en la ciudad de las maravillas.

Algun esplendor restituyó á las letras la felicidad harto rara de que se gozó bajo su reinado, en cuyo curso podia cada cual pensar lo que queria y decir lo que pensaba.

Duélenos observar que la historia, tan perfectamente informada de las atrocidades de un Neron ó de un Calígula, esté reducida á no conocer lo concerniente á Trajano sino por un inexacto compendio (8), y un panegírico elocuente. Pero no olvida que dos siglos y medio después de la muerte de este príncipe, y al saludar á un nuevo emperador el Senado, le deseó que fuera más feliz que Augusto y más virtuoso que Trajano (9).

---

(8) El de Dion hecho por Sifilino. No hacemos mencion de los informes retazos de Aurelio Victor y de Eutropio. Su panegírico fué escrito por Plinio Cecilio.

(9) EUTROPIO, VIII, 5.—Posteriormente se divulgó la estravagante opinion de que el papa Gregorio Magno habia conseguido con sus oraciones el rescate de Trajano, confinado al infierno hacia cuatro siglos. Segun nuestras noticias, el primero que la consignó en un escrito, fué Juan de Salysbury (*Polycr.*, V, 8): *Virtutes ejus legitur commendasse ss. papa Gregorius, et fusis pro eo lacrymis, inferorum compescuisse incendia... donec ei revelatione nuntiatum sit Trajanum á pœnis inferni liberatum, sub ea tamen conditione ne ulterius pro aliquo infideli Deum sollicitare presumere.* Santo Tomás se prevale de esta tradicion, y Dante alude á ella en estos versos:

l' alta gloria
Del roman prence, lo cui gran valore
Mosse Gregorio alla sua gran vittoria.
Purgatorio, X, 73.

CAPÍTULO XII

ADRIANO.

Abriendo al acaso la *Eneida* Publio Elio Adriano, español que habia nacido en Roma, fijó sus ojos en estos versos del canto VI relativos á Numa:

Quis procul ille autem, ramis insignis olivæ,
Sacra ferens? Nosco crines incanaque menta
Regis romanis, primam qui legibus urbem
Fundavit, Curibus parvis et paupere terra
Missus in imperium magnum:

y creyó leer en ellos un vaticinio que le anunciaba que seria emperador y legislador (1). Efectivamente, fué lo uno y lo otro. Sirvió bajo Trajano y se grangeó su afecto filial, procurando y consiguiendo hacerse sucesor suyo, después de haber recibido en matrimonio á Sabina, sobrina de su hermana. Saludado como emperador por el ejército reunido en Antioquia, escribe al Senado para escusarse de haber admitido, y á fin de suplicarle la confirmacion de aquel título. Decrétale el Senado el triunfo; pero él lo rehusa y coloca sobre el carro la estátua de Trajano. Fastuoso y avaro, grande y frívolo, clemente y vengativo alternativamente, ofrece un prodigioso conjunto de vicios y virtudes. Le bastaba haber leido un libro para saberlo de memoria. Dictaba á la vez muchas cartas y daba audiencia á muchos ministros: conoció por su nombre á cuantos habian servido á sus órdenes. Tambien era versado en las ciencias, en la gramática, en la elocuencia, tanto como el hombre más instruido de su siglo. Además de la filosofia, magia, astrologia y matemáticas, poseia la medicina, esculpia, cantaba, tocaba instrumentos, pintaba especialmente figuras obscenas, así como imitaciones ó mas bien falsificaciones de la naturaleza. Compuso muchas obras en verso y en prosa, entre otras un poema titulado la *Alejandriada*, discursos sobre la gramática, otros sobre el arte de la guerra (2), y sus propios fastos publicados bajo el nombre de sus libertos. Es supuesto el diálogo con Epicteto en que somete diversas cuestiones al mejor filósofo de su tiempo, el cual las resuelve (3); pero entre máximas falsas, ridículas ó triviales, se encuentran otras escelentes;

(1) ESPARCIANO, *in Hadr.*, 2. Esta era una de las supersticiones de los antiguos. Abrian un libro y creian hallar en la primera frase que heria sus ojos una prediccion del porvenir y una respuesta á las dudas de su entendimiento. Practicóse primero este horóscopo con Homero, después con Virgilio. Cuenta Julio Capitolino que consultando Clodio Albino, de este modo la Eneida, se fijó en estos versos del libro VI:

Hic rem romanam, magno turbante tumultu
Sistet eques, sternet Pœnos, Gallumque rebellem.

Alejandro Severo halló del mismo modo:

Te manet imperium cœli, terræque, marisque.

Y como quisiera aplicarse á las artes liberales obtuvo esta respuesta:

Excudent alii spirantia mollius æra...
Tu regere imperio populos, Romane, memento.

Véase LAMPRIDIO. Esta supersticion sobrevivió al paganismo. San Agustin (Ep. 55 *ad Januar.*) la señala y la condena, asi como el concilio de Agda, con el nombre de *suertes de los santos*. Gregorio de Tours *(Hist. Fran.*, IV, 6,) escribe: *Positis clerici tribus libris super altere, id est, Prophetiæ, Apostoli atque Evangeliorum, oraverunt ad Dominum ut Christiano quid eveniret ostenderet. Aperto igitur omnium Prophetarum libro, reperiunt:—Auferam maceriam ejus*, y (V, 49.) *Mœstus turbatusque ingressus oratorium, Davidici carminis sumo librum, in quo ita repertum est:—Eduxit eos in spe, et non timuerunt.*

(2) Háse impreso en 1664 en Upsal un *Tratado de la guerra* que se creia ser el del emperador Adriano, publicado por el cónsul Mauricio; pero es de fecha muy posterior esta obra.

(3) Publicado por Froben en 1551.

por ejemplo esta:—*¿Qué es la paz?—Una libertad tranquila.—¿Qué es la libertad?—Virtud é inocencia.*

Adriano tenia un gusto estrámbotico en materia de literatura: preferia Caton á Ciceron, Antímaco á Homero, Emilio á Virgilio, Celio á Salustio: llegó hasta á meditar la destruccion de los poemas de Homero. Si queria uno conciliarse su valimiento, bastaba dar á luz destempladas críticas, como hizo Largio Lucinio, autor del *Ciceromastix*, diatriba violenta contra el padre de la elocuencia latina. Cantaba en licenciosos versos las alabanzas de sus favoritos, y otros poetas le hacian coro por el mismo tono. Rodeábanle los sofistas, raza impudente, codiciosa, venal, que hablaba de un modo y procedia de otro, y solo servia para defender el pro y el contra. Adriano que sin abrazar ninguna secta las toleraba todas, se complacia en oir sus disputas, así como en hacer improvisar á los poetas. ¡Infeliz del que pretendiera disputarle la palma á que aspiraba en todas las cosas! Tomó odio á Dionisio de Mileto y á Caninio Celer porque no se prestaron á permitirle brillar á espensas de su renombre, como lo hacia sin duda Heliodoro su favorito. Cierto dia que habia criticado el emperador una espresion empleada por el filósofo Favorino, este reconoció su falta aunque podia apoyarse en ejemplos clásicos; y como esto llenara de asombro á sus amigos les dijo: *¿Queriais que compitiera en sabiduria con un hombre que manda treinta legiones* (4)? Apolodoro, el célebre arquitecto, que habia dirigido las construcciones de Trajano, no tuvo en verdad la misma prudencia. En respuesta á una censura que le dirigia el emperador sobre su arte le dijo, aludiendo á un género de pintura que le divertia particularmente: *Id á pintar cohombros.* Habiendo visto otra vez una Vénus y una Roma esculpidas por su mano, estátuas sentadas, si bien de desproporcionada estatura para el pequeño templo destinado á recibirlas, se esplicó de esta manera: *Y en el caso de que las pongan de pié ¿dónde han de colocarse?* Su ingenuidad le costó la vida; nuevo ejemplo de lo peligroso que es chancearse con los poderosos.

Edificios.—Adriano impuso el nombre de Elia á las colonias y á las ciudades por él fundadas ó reconstruidas (5), y por todas partes multiplicó monumentos en que hacia inscribir su nombre: Atenas y Grecia quedaron llenas de ellos. En Roma se edificó el Panteon, el templo de Neptuno, la gran plaza de Augusto, los baños de Agripa, sin hablar de las nuevas construcciones, contándose entre las principales su sepulcro conocido con el nombre de Mole de Adriano, y su casa de recreo de Tívoli. Consistia esta mole en un puente sobre el Tíber y en un mausoleo que es actualmente el castillo de Santo Angelo. Aun es un admirable monumento después de haber suministrado estátuas, columnas y ornamentos á los edificios del tiempo de la decadencia, y proyectiles durante las guerras entre Totila y Belisario. El carro sobrepuesto al cornisamento parecia desde abajo muy poca cosa, y sin embargo era tanta su mole, que segun Esparciano, hubiera podido pasar un hombre por los ojos de los caballos. Adriano imitó en sus jardines de Tívoli todo lo que habia admirado en sus viajes: los puntos de vista más celebrados de Grecia y Egipto; el Liceo, la Academia, el Pritaneo, el Pecilo, el valle de Tempe. Veíase tambien allí una pintura del infierno. Habia dado á diferentes compartimientos los nombres de las provincias que habia recorrido, y plantas exóticas las traian á la memoria. Embellecian aquella mansion vasos, estátuas, inscripciones, una porcion de objetos raros y de todas clases.

A su advenimiento al trono dijo á los que le habian ofendido cuando era simple particular: *Podeis contaros seguros.* Como se le escitara á enfurecerse contra personas sospechosas de querer trastornar el Estado, respondió que seria injusto querer castigar un delito solo porque fuera probable. Habiendo desatendido las súplicas de una mujer anciana con decirle: *No tengo tiempo*, ésta repuso: ¿Y *entonces por qué eres emperador?* de cuyas resultas hizo justicia á su demanda. Cierto dia que el pueblo pedia durante el espectáculo una cosa inconveniente, envió el heraldo para que le impusiera silencio. Pero habiendo dicho éste, por el contrario: *El emperador pide que procedais de tal ó cual manera*, le agradó que hubiera modificado así sus órdenes y aun le dió recompensas.

Trataba familiarmente á sus amigos y á sus libertos y exigia que le tratasen con entera libertad, no negándoles nada y anticipándose á menudo á sus deseos. Sin embargo no concedió á sus libertos dominante influencia. Y aunque hasta entonces habian sido su patrimonio esclusivo los empleos de secretario y mayordomo de su casa, instituyó caballeros á algunos de ellos. Por lo demás, ¡infelices de aquellos que traficando con su crédito hubieran admitido regalos! Habiendo visto á un esclavo suyo pasearse entre dos senadores, envió á que le dieran una bofetada y le dijo: «¿Cómo tienes valor para igualarte con personajes de quienes mañana puedes ser esclavo?»

Prodigó más liberalidades que el mismo Trajano á los niños pobres y al pueblo. Señaló pensiones y distribuyó donativos á los caballeros, á los senadores y á los magistrados de escasa fortuna. Al celebrarse las fiestas de Saturno, cuando sus amigos iban segun costumbre á ofrecerle aguinaldos, se

(4) Sin embargo cayó en la desgracia de Adriano porque decia que le asombraban tres cosas; 1.ª que habiendo nacido galo hablase griego; 2.ª que siendo eunuco fuese llamado á juzgar de los casos de adulterio; 3.ª que siendo aborrecido del emperador viviera todavia.

(5) Jerusalen, Cartago, dos ciudades en España, Meursia en Panonia, Estratónica en la Macedonia, Palmira en Siria, Neocesarea en el Ponto, Adrianópolis, Adriana en la Libia Cirenáica, Antinópolis en Egipto, Adrianótera en la Mesia.

aprovechaba de aquella coyuntura para hacerles todavia más ricos; y durante sus viajes, que consumieron diez y siete años de los veinte que ocupó el trono, dejó por todas partes insignes pruebas de su largueza.

A nadie despojaba de su hacienda; antes bien alivió el peso de muchos impuestos y no admitió ninguna manda de los que á su muerte dejaban hijos. A su advenimiento al trono perdonó todo cuanto se debia al tesoro, así en Roma como en Italia, y estinguió las deudas contraidas hacia diez y seis años por las provincias; quemó las obligaciones, dando así márgen á uno de los más esplendentes fuegos de alborozo que pueden ver jamás los pueblos (6).

Iba á casa de los cónsules, asistia á las asambleas, dispensaba á los senadores de acudir á visitarle, á menos que tuvieran que hablarle de negocios, y se dirigia en litera á la curia, á fin de que no hubiera necesidad de escoltarle. Arrancó á los caballeros el juicio de las causas en que estaban implicados los senadores, y no admitió la apelacion al trono de las decisiones del Senado.

A pesar de todo no supo cerrar los oidos á los delatores, y esto por mania de conocer lo que hacian los demás, defecto reprensible en todos y deplorable en un príncipe más que en ningun otro. Tuvo ojeriza y alejó de su lado á aquellos á quienes debia el imperio. Por miedo de que se sacara provecho de sus contínuos viajes para una revolucion, restringió el poder de los magistrados de dia en dia, y puso el gobierno en la senda de una monarquia verdadera. Trató á Julia Sabina menos como mujer que como esclava, y se cree que acabó por hacer que se le administrara veneno. No carecia de fundamento su desvio hácia ella, pues se jactaba descaradamente de haber tomado precauciones para no tener hijos suyos, por estar persuadida de que si le nacia un hijo, habia de ser para baldon y ruina del género humano.

Para prefectos del pretorio escogió á Celio Taciano, su tutor, y á Similis. Este último, poco ambicioso, hizo dimision á los tres años: y habiéndose retirado al campo, donde vivió todavia siete, mandó escribir sobre su sepultura: *He pasado setenta años sobre la tierra; he vivido siete.* Al revés, Taciano, incitaba á su soberano á mostrarse riguroso: y la opinion pública le imputó la muerte de cuatro personajes consulares, antes amigos de Adriano, condenados después por el Senado como culpables de conjuracion, aun cuando generalmente se les reputaba por inocentes. Siguiéronles muchos otros como cómplices, hasta que Adriano prohibió los procedimientos por delitos de lesa majestad, y cayó de consiguiente Taciano en desgracia.

(6) Habiendo quemado el embajador de Venecia en presencia de Enrique IV los recibos en que éste se reconocia deudor de la serenísima república, dijo el rey de Francia: *Nunca he visto más brillante fuego.*

Antinoo.—Omitiendo hablar de su pasion por los perros y por los caballos, que llevaba hasta el estremo de erigirles monumentos suntuosos, dejó testimonio de su vergonzosa depravacion en los versos que prodigó estraordinariamente en loor de sus queridos. Amó con estravagante pasion á un jóven bitinio llamado Antinoo; y sin embargo, habiéndole dado á entender las operaciones mágicas á que se entregaba con ardor, que para prolongar sus dias se necesitaba que un hombre derramara voluntariamente su sangre, como no hallara á nadie bastante generoso para consagrarle de este modo su vida, aceptó el sacrificio que Antinoo consintió en hacerle de su mocedad, de su hermosura y de su existencia. Cuando hubo inmolado al favorito, le lloró como á una amante adorada, mandó construir sobre el Nilo una ciudad á que dió su nombre, y quiso que los griegos le colocaran en la categoria de los dioses; llenó el mundo con sus estátuas y con sus templos, levantóle uno especialmente en Mantinea, teatro en otro tiempo de la gloria de Epaminondas, convertido á la sazon en palestra del envilecimiento de los griegos, quienes acudian allí á celebrar solemnes juegos y recoger los oráculos de aquel dios innoble. Obtuvo el poeta Pancrates recompensas y un destino en el Museo, por haber llamado Antinoyano á una especie de loto que habia brotado sobre la sepultura de aquel mancebo. Descubrieron los astrónomos su estrella en el cielo, como se habian descubierto las de César y de Berenice. Erigióse un templo sobre su sepulcro, donde no cesaron de multiplicarse los milagros; allí se instituyeron juegos y misterios, disputándose todos la palma de ser sacerdotes de aquella divinidad estraña.

4.ª persecucion contra los cristianos.—Facil es de imaginar lo que pensaban los cristianos de tamañas indignidades (7). Respecto de ellos no usó la misma tolerancia que con las demás sectas, y por devocion á sus dioses permitió quitar la vida á los que les hacian ultraje. Conociendo entonces los cristianos el poder que da el número, no se contentaron ya con morir bendiciendo á sus perseguidores, sino que se dirigian al tribunal para justificar allí públicamente su inocencia; y Justino proclamaba que el poder de los príncipes, cuando prefieren la opinion á la verdad, no se diferencia

(7) Prudencio, en su poema contra Simaco, hace notar que el favorito de Adriano fué más venturoso que el de Júpiter, puesto que Antinoo toma asiento en el banquete de los dioses, donde no figura más que como escanciador Ganímedes.

Quid loquar Antinoum, cœlesti in sede locatum?
Illum delicias nunc divi principis; illum
Purpureo in gremio spoliatum sorte virili;
Hadrianique dei Ganimedem, non cyathos dis
Porgere, sed medio recubantem cum Jove fulcro,
Nectaris ambrosii sacrum potare lyæum,
Cumque suo in templis vota exaudire marito.

Lib. I, 271.

del poder de los bandidos en el desierto (8). Cuéntase que conmovido Adriano por las apologias de Cuadrato y de Arístides, suspendió las persecuciones, y hasta se proponia abrir un templo á Cristo (9), cuando los oráculos le apartaron de aquel propósito, haciéndole presente que aquel nuevo templo haria que todos los demás quedaran vacios.

Ejércitos.—En el ejército vivia como los soldados, marchando á pié y con la cabeza descubierta en medio de las escarchas de los Alpes ó de las abrasadas arenas del Africa. Como conocia individualmente á todos sus soldados, no daba ascensos sino á los más dignos. Operó muchas reformas, y fué la primera de ellas agregar á cada compañia zapadores é ingenieros, provistos de todo el material necesario para las construcciones militares. Lejos de dilatar sus conquistas, ni aun siquiera conservó todas las de Trajano. Ya fuese por envidia de su predecesor, ó moderacion y prudencia, llamó sus tropas de la Armenia, de la Mesopotamia y del Africa, y dejando á los armenios que escogieran un rey á su gusto, á los partos restablecer á Cosroes, fijando por aquel lado en la ribera del Éufrates el límite del imperio. Hubiera renunciado de la misma manera el territorio arrancado á los dacios, si no le hubiera apartado de este designio la consideracion de haberse establecido allí gran número de romanos; pero bajo el pretesto de que el puente sobre el Danubio podia facilitar el paso á los bárbaros, mandó que fuera cortado; y obstruida la corriente del rio con sus escombros, hubo de abrirse otro cauce.

Decia la tradicion que el dios Término no habia querido retirarse del Capitolio, ni aun para ceder el puesto á Júpiter: era símbolo de la inmobilidad del imperio. Ahora bien, este primer paso hácia atrás dado por los romanos al abandonar sus conquistas, fué considerado como un siniestro presagio, y así lo confirmó el tiempo.

Ya hemos hablado (capítulo IX, pág. 86) de la nueva sublevacion de los judios á las órdenes de Barcocebas (135), y de qué modo fueron castigados por Adriano, quien hasta insultó su culto. Pero tan cara costó la victoria, que el emperador no se atrevió á empezar el despacho en que la participaba al Senado con la fórmula ordinaria: «*Yo y el ejército estamos bien* (10).»

Farasmanes, rey de Iberia, se presentó en Roma para refutar las quejas dirigidas por Vologeso, rey de Armenia: llevó magníficos regalos, en cambio de los cuales le hizo Adriano otros más espléndidos todavia, contándose entre ellos cincuenta elefantes con quinientos hombres destinados á su cuidado. Ensanchó sus Estados, le mandó erigir una estátua ecuestre, y le permitió sacrificar en el Capitolio; luego ostentó el estraño capricho de hacer lidiar en la arena á trescientos reos vestidos con los ricos trajes que le habia regalado aquel monarca.

Periplo de Adriano.—Habiendo penetrado en la Armenia los alanos ó mesagetas se adelantaron hasta Capadocia; pero fueron detenidos por Flavio Arriano, gobernador de esta provincia. Era probablemente el qué hizo un viaje al Ponto Euxino, y escribió su relato. Partiendo desde Trebisonda, donde el emperador mandaba levantar un templo á Mercurio y abrir un puerto, hizo rumbo al Oriente inspeccionando las guarniciones romanas. Cruzó el Faso, cuyas aguas se mantenian por largo tiempo flotantes, á causa de su mayor lijereza sobre las del mar, y abordó en último lugar á Sebastopol. Después envió al emperador una relacion detallada, agregándole una noticia sobre las costas de Asia, de Bizancio á Trebisonda, de Sebastopol al Bósforo Cimeriano, y desde allí á Bizancio.

Viajes.—Diciendo Adriano que el emperador debe fijar sus ojos á semejanza del sol en todos los paises, visitó todas las provincias sometidas á su obediencia. Empezó por las Galias, después de haber inspeccionado las plazas fuertes; pasó á Germania, donde estaban acantonadas las mejores tropas, y restableció allí la disciplina.

Muralla de Adriano.—En Bretaña reformó los abusos; y como desde que habia abandonado Agrícola el pais, recobraran los caledonios su salvaje independencia, mandó construir para atajar sus escursiones una muralla que, partiendo del golfo de Solvay, se estendia hasta el Tyne en el Northumberland, en una longitud de ochenta millas. Habiéndose encaminado á España reedificó el templo de Augusto erigido por Tiberio en la Tarraconense, y se esforzó á fin de poner término con una asamblea general á las disensiones que existian en aquel territorio. En Atenas hizo que le iniciasen en los misterios de Eleusis, é inspirado por la divinidad, se pregonó dios y se dejó adorar en el templo de Júpiter Olímpico, que empezado por Pisistrato hacia quinientos sesenta años, se acabó por órden suya. Reconstruyó parte de la ciudad bajo el nombre de Adrianópolis, dándole dinero, granos, la isla entera de Cefalonia, y una constitucion, que modelada sobre la antigua, atribuia el gobierno al pueblo y los juicios al Senado. En cambio le saludaron los atenienses con el nombre de legislador panhelenio, y le dedicaron un templo, así como una ciudad en Delos bajo el nombre de Olimpia (11).

Una conferencia que tuvo con Cosroes desbarató una amenazadora guerra de los partos, lo cual le permitió visitar sosegadamente la Cilicia, la Li-

---

(8) Τοσοῦτον δὲ δύνανται οἱ ἄρχοντες πρὸς τῆς ἀληθείας δόξαν τιμῶντες, ὅσον καὶ λησταὶ ἐν ἐρημείᾳ, I, 12.

(9) LAMPRIDIO, *Vida de Alejandro Severo.*

(10) DION LXIX.

(11) Véase GREPPO, *Memorias sobre los viajes del emperador Adriano, y sobre las medallas que se refieren á ellos.* Paris, 1842. ¡Qué importancia para la historia y la geografia si tuviésemos el diario de este viaje!

cia, la Panfilia, la Capadocia, la Bitinia, la Frigia. Donde quiera dejó templos, plazas, monumentos notables, como habia hecho en Nimes, como hizo en Nicomedia, en Nicea, en Cízico y en otros puntos. Reedificó tambien las ciudades de la Bitinia, trastornadas por el terremoto, y los reyes que habian acudido á saludarle y los embajadores diputados cerca de su persona, recibieron inequívocas señales de su munificencia.

Recorriendo las islas del Archipiélago ganó la Acaya y se dirigió á Sicilia, donde trepó á la cumbre del Etna, como habia trepado al monte Casio en Siria, para contemplar desde allí el sol haciendo resplandecer á su salida los colores del arco iris. Su llegada al Africa fué señalada con un fenómeno en que se quiso ver un prodigio: cayeron en abundancia las lluvias aguardadas inútilmente hacia cinco años. En Pelusa honró el sepulcro del Gran Pompeyo; en Tebas fué á oir los sonidos que producia la estátua de Memnon; en Alejandria admiró el museo fundado por Tolomeo Filadelfo y aumentado por el emperador Claudio, interrogó á los hombres de letras á quienes halló reunidos y les contestó con la discrecion y talento que debia distinguir siempre á cuanto sale de boca de un emperador. Restituyó á los alejandrinos la integridad de sus privilegios, restringidos por sus predecesores. Pero los humildes parabienes que le tributaban cuando se hallaba presente, se tornaron en befa y escarnio luego que estuvo lejos.

«He estudiado perfectamente, escribia á Serviano, su cuñado, á los egipcios, de quienes me hablas. Es un pueblo versátil y ligero: los que adoran á Serapis son cristianos, y sus obispos hacen profesion de honrar á este Dios. No hay un jefe de la sinagoga de los judios, ni en la de los samaritanos, ni un sacerdote cristiano que no sea matemático, arúspice, charlatan. Hasta el patriarca cuando va á Egipto, se vé obligado por los unos á rendir el homenaje á Serapis y por los otros á Cristo. Son sediciosos y están henchidos de vanidad: solo para criticar tienen ojos. Su ciudad abunda en todo, y nadie está ocioso en su recinto, ni aun siquiera los ciegos. Uno sopla el vidrio, otro hace papel, tejen algunos, y todos se ocupan en algun oficio.» (12)

Edicto perpétuo.—Entre estos diferentes viajes volvió Adriano de vez en cuando á Roma, donde organizó sobre nuevas bases los cargos del palacio, el servicio militar, la administracion de justicia, lo cual subsistió hasta el siglo IV (13). Procedió con sujecion á los consejos de los mejores jurisconsultos, Neracio Prisco, Juvencio Celso, Salvio Juliano; y de órden suya recogió este último en el *Edicto perpétuo* (131) las mejores leyes emanadas hasta allí de los pretores. Quizás Adriano arrancó así á estos magistrados el derecho de determinar los principios legales, con arreglo á los cuales administraran justicia durante el tiempo de su ejercicio, obligándole á atenerse á este edicto imperial, que figuró como base del derecho romano, hasta el *Código Teodosiano*, y vino á ser el fundamento de las *Pandectas*.

Entre el número de leyes promulgadas en su tiempo citaremos las prescripciones siguientes: una duodécima parte de los bienes paternales debia quedar siempre á los hijos de los proscritos: el que hallaba un tesoro en terreno de su propiedad podia considerárselo como suyo; y le pertenecia la mitad si lo hallaba en territorio ajeno: debian ser azotados los pródigos en el anfiteatro y desterrados luego. Prohibió los sacrificios humanos; y sin embargo continuaron inmolándose en Africa niños á Saturno y hombres dentro de la misma Roma hasta el tiempo de Constantino.

Las *ergástulas* en que los romanos hacian trabajar á los esclavos, servian de refugio á ciertos individuos que conseguian de este modo libertarse del servico militar ó de los castigos á que se les habia condenado. Tambien á veces eran conducidos allí hombres libres para un trabajo forzado, y no se oia hablar más de ellos. Adriano las abolió, á escepcion de las que pertenecian al emperador ó al Estado, y vedó á los señores quitar la vida á los esclavos.

Elio Vero.—Atacado de hidropesia designó (137) por su sucesor á Lucio Annio Aurelio Cesonio Commodo Elio Vero: con la vanidad se aumentaba el número de los nombres. De magestuosa apostura y rico de conocimientos, si bien de costumbres relajadas, la malignidad, que no siempre da el golpe en vago, hizo circular siniestros rumores acerca de las condiciones misteriosas que le habian valido ser adoptado por el emperador (14). Cuando viajaba Vero llevaba entorno de su carro esclavos á quienes daba los nombres de los vientos y llevaban alas. Su lectura favorita eran el *Arte de amar* de Ovidio y los epígramas de Marcial, á quien llamaba su Virgilio. Reconviniéndole un dia su esposa porque daba la preferencia á mujeres perdidas, le respondió: *El nombre de esposa es un título de honor, no de placer*. Acababa de llegar de la Panonia cuando murió en Roma, donde se le hicieron exequias imperiales seguidas de la apoteosis. (138) Entonces adoptó Adriano á Aurelio Fulvio Antonino á condicion de que habia de adoptar á Lucio Vero, hijo, y á Marco Aurelio (15), sobrino é hijo adoptivo del difunto Lucio Annio Aurelio Vero.

A la sazon se retiró Adriano, como Tiberio á

---

(12) Flegon segun FLAVIO VOPISCO, *Vit. Sat.*

(13) *Officia publica et palatina, nec non militæ in eam formam statuit, quæ, paucis per Constantinum immutatis, hodie persevera.* AURELIO VICTOR, Epist. XIV.

(14) EPARCIANO, in *Elio Vero.*

(15) Originariamente se llamaba este Catilio Severo. De ilustre familia romana, fué educado á la vista de Lucio Annio Aurelio Vero, su abuelo materno, que lo adoptó llamándole Marco Elio Aurelio Vero.

Caprea, á su casa de recreo de Tívoli, donde habia amontonado todas las magnificencias; y allí se abandonó, en cuanto su debilitada salud se lo permitiera, á todos los desórdenes de que el paganismo no sabia sonrojarse. Tocado en medio de los placeres de accesos de crueldad, despachaba desde allí órdenes sanguinarias, que arrastraron á la muerte á muchos como conspiradores, y otros fueron escondidos por Antonino. Adriano buscaba en la mágia remedios á su enfermedad, y sus dolencias le indujeron á probar muchas veces á darse muerte. Se llegó hasta á recurrir á milagros para distraerle de su mal. Presentósele una mujer ciega diciendo: *En un sueño se me avisó de que te intimara que conservaras tu vida; y como haya dilatado obedecerle, se ha oscurecido mi vista; pero en otro sueño se me ha asegurado que la recobraria tan luego como besara los piés al emperador;* lo cual no dejó de acontecer al punto. Apenas fué tocado por él otro ciego, cuando recuperó el uso de sus ojos, al mismo tiempo que cesaba un fuerte acceso de calentura que padecia Adriano. Divertíase Roma con aquellos ridículos medios que infundian algun valor al emperador cada vez más decaido.

Muerte de Adriano.—Cansado, en fin, de remedios, dijo: *Los médicos me han de quitar la vida*, y se puso á comer y á beber á su antojo. A consecuencia de sus escesos murió (10 de Julio de 138), después de haber vivido sesenta y dos años y medio y de haber reinado casi veinte y uno. En sus últimos momentos pareció recobrar la calma que habia perdido, si es verdad que hizo estos versos, criticados entonces (16), y que forman sin embargo una de las composiciones mas delicadas de aquel tiempo.

Animula, vagula, blandula,
Hospes comesque corporis,
Quæ nunc abibis in loca?
Palidula, rigida, nudula,
Nec, ut soles, dabis jocos.

Irritado el Senado de sus últimas crueldades, quiso derogar sus disposiciones y negarle los solemnes funerales; pero cediendo después á las amenazas de los soldados y á los ruegos de Antonino, le concedió todos los honores de costumbre. Sus cenizas fueron depositadas en la soberbia Mole á orillas del Tiber. Fué colocado entre los dioses, y se le erigió un templo en Pozzuolo.

(16) A lo menos por Esparciano.

CAPÍTULO XIII

LOS ANTONINOS.

Habia sido el reinado de Trajano una perpétua guerra; el de Adriano un movimiento contínuo; Antonino vivió en una tranquilidad constante, y en veinte y tres años no se movió de Lanuvio, donde tenia su casa de recreo. Habia nacido en Nimes (en el año 98), y su natural dulzura le hizo ganar el afecto de deudos y amigos. Dedicóse con preferencia al servicio de la milicia, que á pesar de todo no le estorbó ejercer muchas magistraturas, hasta que llegó á ser (138) uno de los mejores príncipes de que hace mencion la historia. Acogiendo á los más humildes ciudadanos prestaba oidos á las quejas alegadas contra los oficiales y los magistrados. Sin intrigas de ninguna especie se conquistó el favor del pueblo: desdeñando los ruidosos aplausos, delicia de sus antecesores, no queria adular ni ser adulado. Magnífico sin lujo, económico sin ruindad, se complacia en acomodarse á los antiguos usos sin hacerse esclavo de ellos. Respetuoso hácia los dioses de su patria intervenia en las ceremonias públicas del culto, y ofrecia como pontífice supremo los sacrificios que los sacerdotes inferiores ofrecian antes á nombre del soberano del imperio. Tampoco persiguió á los cristianos, antes bien aceptó la apologia hecha por el mártir Justino, y prohibió que se les inquietara. Con este fin escribió á las ciudades de Atenas, de Tesalónica, de Larisa y á todos los griegos (1), elogiando la virtud de aquellos hombres así como su vida del espíritu, su valor y sus costumbres; y aun cuando solo juzgaba en comparacion de las virtudes antiguas, la tradicion filosófica le permitió respetar en ellos su fé y su grandeza.

Tenia completa confianza en sus amigos, y como los habia escogido probándolos, no tenia necesidad de cambiar de amistades. Con dificultad se resolvia á mudar de dependientes, á menos que lo solicitasen ellos, y durante todo su reinado dejó á Gavio Máximo ejercer las funciones de prefecto de los pretorianos. Enemigo clemente soportaba la ingenuidad y hasta la injuria. Disminuyó los suplicios, contentándose con reducir á los delicuentes á la imposibilidad de producir daño. Prometió no castigar á ningun senador con la pena de muerte, y cumplió tan fielmente su palabra, que por declaracion de uno de ellos, culpable de parricidio, le confinó únicamente á una isla deshabitada. Dos fueron acusados de conspiracion; pero se suicidió uno de ellos, y el otro fué proscrito por decreto del Senado, á quien vedó el emperador continuar las indagaciones, diciendo: *Tengo poquísimos deseos de dar á conocer el número de personas que me profesan odio.* Solia repetir á menudo: *Vale más salvar a un ciudadano que esterminar á mil enemigos.*

Escitando su admiracion ciertas columnas de pórfido que veia en casa de Valerio Hómulo, preguntó al dueño de la casa donde las habia comprado, y su huésped le respondió de este modo: *No se deben tener ojos ni oidos en casa agena;* y el emperador halló ajustada á la razon esta respuesta. A su llegada al Asia en calidad de procónsul, se alojó la primera noche en casa de Polemon, el más célebre sofista de Esmirna. Retirándose éste muy tarde se quejó de que se hubieran apoderado de aquel modo de su casa; y Antonino salió de ella, para buscar otro albergue, á pesar de ser hora muy avanzada de la noche. Ya ascendido al imperio llegó Polemon á Roma á hacerle la corte,

(1) Eusebio, IV, 13, 26; Julio Capitolino, 20. En los Antoninos empieza la historia de Gibbon, *Decline and fall of the roman Empire*. Basilea, 1787. Me valgo de la edicion anotada por Guizot, Paris, 1828.

y Antonino le recibió con las más honoríficas distinciones: la única venganza que tomó fué recordarle su dureza, recomendando que nadie osara echarle de su aposento ni aun de dia. Posteriormente como llegara á quejarse un cómico de que Polemon le habia espulsado del teatro á la mitad del dia, le respondió Antonino: *A mí me echó de su casa á media noche, y sin embargo no me quejé á nadie.*

Envió á Cálcide de Siria en busca del estoico Apolonio para encargarle la educacion de Marco Aurelio. Llegado á Roma con una multitud de discípulos, que Lucio compara á los argonautas yendo á la conquista del vellocino de oro, Antonino le invitó á que se presentara en palacio, á lo cual contestó el filósofo orgulloso: *Al discípulo corresponde venir á buscar á su maestro.* El emperador haciendo justicia á la necia vanidad del estóico dijo: *¿Ha venido de Cálcide á Roma, y ahora encuentra largo el camino para ir de su posada á palacio?* Pero mandó á Marco Aurelio que fuera á visitarle.

Manteníase Antonino en guardia hasta contra toda ostentacion filosófica, y cuando sus cortesanos reprobaban las lágrimas que vertia Marco Aurelio por la muerte de su abuelo, les dijo: *Dejadle y tolerad que sea hombre, puesto que ni la filosofía ni la dignidad imperial deben estinguir en nuestros corazones los sentimientos de la naturaleza.* Mostróse, pues, hombre siempre afectuoso hácia Adriano, despues de su muerte como durante su vida, y mereció así el sobrenombre honorífico y nuevo de *Pio.*

Se siente saber muy poco de su persona (2) y que sea necesario rebuscar aquí y allá algunas noticias que le sean concernientes, sin poder seguir el órden de los tiempos. Deferente hasta lo sumo con senadores y caballeros, les daba cuenta de su administracion, permitia al pueblo elegir los magistrados, y solicitaba como simple particular el nombramiento de los cargos para sí y para sus hijos. Suprimió las pensiones señaladas por Adriano á los aduladores de oficio, no por avaricia, pues rehusaba la herencia de los que dejaban descendientes y restituia á los hijos los bienes confiscados al padre, salvo las reparaciones respecto de las provincias que habian sido esquilmadas. Indultó completamente á las ciudades italianas, y por mitad á las demás, del donativo que era costumbre ofrecer al nuevo emperador (*aurum coronarium*); aligeró los impuestos, y veló á fin de que fueran recaudados con humanidad. Si acontecia algun desastre, era su primer cuidado otorgar descargo de impuestos á los paises que lo habian sufrido. Sustentaba á muchos niños pobres, recompensaba á los que se dedicaban á su educacion, ayudaba á los senadores poco acomodados, á sostener el decoro de su categoria, y gastaba mucho en espectáculos, delicia del pueblo. Como se lamentara Faustina su esposa de que habia dispuesto de la mayor parte de los bienes particulares en favor de los menesterosos, le respondió: *La riqueza de un príncipe es la felicidad pública.*

No descuidó los trabajos de utilidad general. Ya en vida de Adriano habia contribuido con sus consejos y con su dinero á las contribuciones á que era particularísimamente aficionado su padre adoptivo. Posteriormente mandó abrir el puerto de Gaeta y reparar el de Terracina: terminó la Mole Adriana, y mandó construir en Loria de Toscana, donde se habia educado, un palacio admirable. De órden suya fueron restaurados muchos monumentos en Grecia, en Jonia, en Africa y Siria. Elevó á la categoria de ciudad á la aldea de Palancio en Arcadia, concediéndole la inmunidad de todos los cargos por respeto á la tradicion que hacia partir de aquel punto á Evandro para dirigirse al Lacio.

Natural era que un príncipe justo y bueno fuera amado de aquellos á quienes gobernaba; hasta los mismos extranjeros sometian sus diferencias á la equidad de Antonino. Una carta de su puño y letra bastó para decidir á los partos á salir de la Armenia. Admitieron los reyes que quiso darles, los lacios, los armenios, los cuados y otros pueblos: rindiéronle homenaje los de la Hircania, de la Bactriana, de las Indias y de la Iberia. Fueron domeñados los brigantes que se habian sublevado en Bretaña, acaeciendo lo mismo con los moros, que habiéndose rebelado, fueron repelidos más allá del Atlas (146). Bajo su reinado acreditó el imperio que en su pujanza no tenia necesidad de guerra para sostenerse.

Su vida interna fué perturbada por la mala conducta de la lujuriosa Faustina, su esposa, que no por eso dejó de ser divinizada después de su muerte. Hemos dicho que de órden de Adriano hubo de adoptar á Marco Aurelio y á Lucio Vero hijo de Lucio Annio Aurelio Vero, césar. Entregó su hija Annia Faustina por esposa al primero, apreciando sus bellas cualidades, al mismo tiempo que adivinaba el alma perversa del segundo.

Muerte de Antonino.—Acometido de una fiebre en Loria, confirmó la adopcion de Marco Aurelio, le recomendó el imperio y le designó por sucesor suyo, haciendo trasladar á su aposento la estátua de oro de la Fortuna, que segun costumbre se hallaba en el del emperador constantemente (161). Murió á la edad de sesenta y tres años, después de haber reinado veinte y tres, llorándole todos sinceramente y colocándole en la categoria de los dioses, como á los príncipes más perversos.

Su sucesor hizo su mejor elogio, y al copiarlo en este lugar, no nos mueve tanto á ello lo fiel del retrato, como la consideracion de ser un monumento en elogio del autor de semejante escrito. «Hé aquí, dice, lo que me recomendaba mi padre adoptivo; ser dulce, y sin embargo inflexible en las resolucio-

(2) Capitolino dirigió á Diocleciano una vida de Antonino, si bien de redaccion confusa. Se han perdido los libros de Dion Casio referentes á este príncipe.

nes tomadas despues de un maduro exámen; no envanecerse de lo que se llama honores; ser asíduo en el trabajo; estar siempre dispuesto á oir amonestaciones útiles á todos; dar al mérito lo que le corresponde; saber donde es preciso tirar de la rienda, y donde conviene aflojarla; renunciar á las locuras de la mocedad; proponerse el bien general como esclusivo objeto. No exigia que sus amigos fueran á cenar con él cotidianamente ni que le acompañaran á todos sus viajes. Aquel que no habia podido acudir, no por eso dejaba de ser bien recibido cuando se presentaba. En los consejos buscaba esmeradamente el mejor partido y deliberaba largo tiempo sin atenerse á las primeras inspiraciones. Jamás se disgustaba de sus amigos, y nunca llevaba al esceso sus antipatias ni sus afectos. En todas las circunstancias de su vida se bastó á sí propio. Con el espíritu comunmente sereno preveia de lejos lo que podia acontecer, y sin ostentacion regulaba los más minuciosos pormenores. Sofocaba sin ruido las primeras chispas de sedicion, reprimia las aclamaciones y toda baja lisonja, velaba incesantemente por la conservacion del Estado. Media los gastos de las fiestas públicas sin inquietarse porque se murmurara de aquella rigurosa economia.

«Adoró sin supersticion á los dioses, y no se hizo adicto el pueblo por gestos ni por saludar con afectacion á todo el mundo. Sombrio y enérgico en todas las cosas no se permitió nada singular ni inconveniente. Usó modestamente de las ventajas con que le colmaba la fortuna, sin codiciar aquellas de que carecia. Jamás le reconvino nadie por hacer alarde de buen talento, de ser sofista, chocarrero, declamador, pródigo del tiempo. Al revés, se le calificaba de sensato, de inaccesible á la lisonja, de dueño de sí mismo, de formado para mandar á los demás. Honraba á los verdaderos filósofos sin insultar á los que profesaban una falsa doctrina; se mostraba culto y moderadamente jovial en la conversacion, y no se enojaba nunca. No se ocupaba de su persona más que con justa medida, y no como un hombre apasionado á la vida ó ardientemente enamorado de los placeres. Sin descuidarse, limitaba su atencion á conservar la salud, para tener ménos necesidad de la medicina y de la cirujia. Ageno á la envidia cedia de buen grado la superioridad á los demás en elocuencia, en jurisprudencia, en filosofia moral y en todo, y procuraba que cada cual fuese conocido con relacion á aquello en que sobresalia. En el curso de su vida imitó sin ostentacion á nuestros antepasados.

«No le gustaba mudar amenudo de lugar ni de objeto; no se cansaba de permanecer en un mismo sitio, y se ocupaba de un solo negocio. Después de sus violentas jaquecas, se dedicaba con ahinco al trabajo ordinario. Tuvo muy pocos secretos, y esos por el bien comun solamente. En los espectáculos, en los trabajos públicos, en las distribuciones y en ocasiones semejantes, acreditó prudencia y mesura, proponiéndose, no adquirir celebridad, sino hacer lo que convenia. No se metia en el baño á horas estraordinarias, no tenia la pasion de las construcciones, ni esmero alguno en el servicio de su mesa, en el color ó en la calidad de sus trajes, ni en la eleccion de hermosos esclavos. Usaba en Loria una túnica comprada en la vecina aldea, y telas de Lanuvio. Nunca se ponia manto sino para ir á Túsculo, y aun á veces se escusaba de ello. En general dentro de su casa no se advertian toscos modales ni acciones indecorosas ni esa afanosa prisa que induce á decir: *Ten cuidado que no sudes*. Hacia una cosa después de otra, pausadamente, sin desórden y con exacta armonia en su conjunto. Se podia decir de él, como de Sócrates, que sabia gozar y pasarse sin la mayor parte de las cosas de que los hombres no saben privarse sino con sentimiento, ni disfrutar sino con esceso; conservarse fuerte y moderado en ambos casos, y siempre hombre perfecto. Tal es su retrato.»

Marco Aurelio.—Hé ahí lo que escribia de él su sucesor. Antonino llamaba á Marco Aurelio, á causa de su sinceridad, el Verísimo. Le educó por sí mismo, confiándole luégo á los mejores maestros de entonces. Enseñáronle las bellas letras, el derecho, y especialmente la filosofia, que amó hasta el punto de usar el manto de los que la cultivaban, de adoptar su género de vida austera, y de dormir sobre el duro suelo. Este régimen riguroso debilitó su salud y le obligó á recurrir á la medicina: sanó adoptando una existencia más metodizada, y vivió sesenta años de una vida sumamente laboriosa.

Honrando y consultando á sus maestros interin los conservaba, iba á visitar sus sepulturas y ornarlas de flores luego que los hubo perdido. Enemigo de placeres, si por respeto al uso asistia á los espectáculos, leia allí ó se ocupaba de negocios, dejando que el pueblo se entregara á la alegria. Desde la edad de diez y seis años habia renunciado la herencia paternal en favor de su hermana, reservándose solamente la de su abuelo materno. Mucho le afligió la adopcion que le designaba para la pesada carga del imperio; y los honores no le quitaron nada de su sencillez ni de su adhesion á sus amigos, ni de su aficion á las ciencias.

Su colega Lucio Vero.—Apenas habia cerrado los ojos Antonino Pio, cuando Marco Aurelio nombró Augusto á su hermano Lucio Vero, y le hizo su cólega; ejemplo nuevo en la historia. Hechas las usuales liberalidades gobernaron juntos. Pero eran muy diferentes. Lucio Vero tan desprovisto de talento como de virtudes, pasaba los dias á la mesa, y las noches en discurrir como un loco por las calles, ostentando libertinaje con gente licenciosa y de baja estofa. Convertia los palacios en tabernas; y después de haber cenado con su virtuoso hermano se retiraba á sus aposentos, entregándose á desórdenes con personas desacreditadas y hasta con sus esclavos, á quienes permitia libertades dignas de las saturnales. Poseia en la via Claudia una casa de recreo, donde reunia para sus orgias á aquella

depravada turba: un dia tuvo la osadia de convidar allí á Marco Aurelio, quien estuvo á su lado cinco dias dándole estérilmente ejemplo de una vida frugal y comedida. Para conservar sus cabellos de color rubio, matiz preferido por los romanos, se los cubria con polvo de oro. Un solo banquete le costó 6.000,000 de sextercios y distribuyó á cada uno de los doce convidados una corona de oro, un airoso esclavo y un mayordomo, con la vagilla de oro y plata; agregando á esto cada vez que se bebia una copa murrina ó de cristal de Alejandria, ú otras copas no menos preciosas, enriquecidas de diamantes; coronas de flores, raras por la estacion; y por último, esquisitas esencias dentro de frascos de oro. Luego, en el momento de partir, halló cada cual á la puerta un carro tirado por mulas con magníficos arneses. Celer, su caballo favorito, no se alimentaba mas que con uvas y almendras, tenia una manta de púrpura y por cuadra un palacio. Hizo que le erigieran una estátua de oro, y después de su muerte un soberbio mausoleo en el Vaticano.

Renováronse las inundaciones, los incendios, los terremotos, que habian afligido al imperio y dado márgen á la liberalidad de Antonino en las provincias, donde se padeció además una epidemia: tambien se notó una estraordinaria carestia, todo lo cual puso á Marco Aurelio en el caso de afanarse mucho para consolar tantos males.

Guerras.—Hicieron los catos una irrupcion en Germania; andaban inquietos los bretones: irritado Vologeso III, rey de los partos, de que Antonino se hubiera negado á restituirle el trono de que le habia privado Adriano, comenzó la guerra con formidables fuerzas. Agitábase en aquel momento la Armenia, y espulsaba al rey Soemo: fué muerto el rey de los eniocos, pueblo que habita entre el mar Caspio y el Euxino, por Tirídates, que prisionero posteriormente de los romanos, fué desterrado á Bretaña (162).

Guerra con los partos.—Marco Aurelio envió á su hermano Vero á pelear contra los partos, con la esperanza de arrancarle de una molicie indigna de un príncipe; pero no bien habia salido éste de Roma, le detuvo en Capua una violenta enfermedad causada por sus desórdenes. Curado, aunque no corregido, surca las olas; y Atenas, las costas de Asia, la Panfilia, la Cilicia, le ofrecen mil coyunturas de satisfacer sus pasiones; Antioquia le prodiga placeres de todas clases, y pasa el tiempo en la voluptuosa Dafne, en medio de bufones y de cortesanos, dejando á sus tenientes el mando del ejército, flor y nata del imperio. Alcanzaron muchas victorias é hicieron cerca de Europa junto al Éufrates una gran matanza de partos. Soemo, rey de Armenia, fué restaurado en el trono. Por último, habiéndose adelantado Avidio Casio hasta Ctesifonte, quemó el palacio de los reyes partos, se apoderó de Edesa, de Babilonia y de toda la Media (163). Habiéndosele rendido Seleucia á orillas del Tigris, la entregó al saqueo y pasó á cuchillo á cuatrocientos mil habitantes. Proclamado Vero, sin haberlo merecido, vencedor de los partos, distribuyó los reinos, y confirió el gobierno á los senadores que llevaba en su compañia.

Guerra con los marcomanos.—A este tiempo escitados los bárbaros en la Germania por los belicosos marcomanos, se sublevaron desde las Galias hasta la Iliria contra el imperio, que se encontraba en una situacion muy embarazosa por hallarse ocupadas sus mejores tropas en Oriente: por fortuna las que se hallaban acantonadas en las fronteras pudieron contener aquel torrente impetuoso, aunque desordenado, hasta que Vero se adelantó hácia Germania, acompañado de su hermano. La aproximacion de los dos emperadores sembró el desaliento en las filas del enemigo. Parte de sus tropas se refugiaron al otro lado del Danubio, asesinando á los que los habian impulsado á la guerra; y el resto se sometió ó solicitó la paz.

Lucio Vero aprovechó aquel instante para volver á tomar el camino de Roma, donde le aguardaban nuevos deleites; pero desconfiando con razon Marco Aurelio de lo que podia acontecer, se detuvo á establecer nuevas fortificaciones; aumentó las de Aquilea y atendió á la seguridad de Iliria y de Italia. No fué aquello precaucion vana, pues en breve estalló con más violencia el mal apagado incendio; y los dos Augustos hubieron de acudir allí á toda prisa.

Muerte de Vero, 169.—Vero murió en Altino á la edad de treinta y nueve años. Han pensado algunos, aunque sin alegar pruebas, que abrigaba el proyecto de matar á Aurelio á fin de apoderarse del imperio, y que éste le cogió la delantera envenenándole. Aurelio hizo colocar á aquel libertino en la categoria de los dioses, y libre de su persona continuó marchando por la senda del bien con paso cada vez más firme.

Guerra en Germania.—Prosiguió con varia suerte la guerra contra los germanos, pues más de una vez vieron los marcomanos huir á los soldados de Roma (170). Hasta les rechazaron acosándoles con sus espadas en direccion de Aquilea, de que se hubieran apoderado á no ser por la habilidad de los generales. No obstante penetraron en Italia sembrando en todas partes el incendio y entregándose á la rapiña. Roma, tanto más llena de espanto por ejercer la peste sus estragos dentro de sus muros, armó á los esclavos, á los gladiadores, á los desertores, á los germanos mercenarios. Vendió el emperador los muebles preciosos de su palacio, vagilla de oro, estátuas, cuadros, los vestidos de la emperatriz, una magnífica coleccion de perlas que habia traido Adriano de sus viajes; y con la enorme suma que sacó de esta venta, subvino á las necesidades del hambre, á los gastos de una guerra de cinco años; y todavia le quedó bastante para rescatar parte de lo que habia vendido.

Se habian dilatado las devastaciones de los bárbaros á muchas provincias; habian cruzado el Danubio los cuados, los sármatas, los yacigos, ocupa-

do la Panonia los vándalos y los marcomanos, inundado los castobocos la Grecia hasta Elatea en la Fócide. En todas partes los combatió Marco Aurelio como héroe; si bien como héroe humano ahorrando sangre cuando podia y animando con su ejemplo á generales y soldados. Por último, la fortuna coronó sus esfuerzos. y llegó á arrollar al enemigo más allá del Danubio.

En el orgullo de la victoria pidieron los soldados una gratificacion á Marco Aurelio; pero se la negó diciendo que no podia hacer liberalidades sin sobrecargar á sus deudos, y como murmuraran prorumpiendo en amenazas, añadió que no les temia porque solo Dios dispone de los imperios, y les impuso silencio su energía.

Lluvia milagrosa.—Al continuar la guerra allende el Danubio se halló cercado Marco Aurelio por los marcomanos en la alta Hungria frente de la antigua Estrigonia; aunque el valor de los suyos le preservó de caer en poder del enemigo, se hallaron reducidos al último apuro por la carencia de agua. En el momento en que les inducian á la desesperacion los martirios de la sed, oscurecióse el cielo de pronto y derramó á torrentes (174) una lluvia que á todos pareció milagrosa. Pero al recibir los soldados en sus cascos ó hasta en la boca abierta (3) aquel bienhechor líquido, á fin de apagar una sed devorante, cayeron los bárbaros sobre ellos haciéndoles gran matanza; pero entonces de aquella misma nube cae sobre los enemigos un diluvio de granizo acompañado de rayos, que ayuda á los romanos á vencerlos y á ponerlos en fuga.

Este suceso, uno de los que más ruido metieron en aquella época, se calificó de milagroso tanto por los gentiles como por los cristianos, con la diferencia de que unos se lo atribuyeron á Arnufis, mago egipcio, mientras otros imaginaron deberlo á la legion Melitina, llamada de este modo por Melitene de Armenia, donde se habia formado. Pero el mismo emperador escribió al Senado, si bien con la circunspeccion reclamada por el tiempo, que debia aquella victoria á los cristianos (4); y dió pruebas de la obligacion que creia deberles ordenando castigar con la mayor severidad á todo el que profiriera calumnias contra ellos.

Marco Aurelio fué proclamado por la sétima vez imperator, y Faustina, su esposa, denominada madre de los ejércitos. No obstante, á fin de asegurar la tranquilidad permaneció en la frontera; y habiendo empezado á agitarse nuevamente los cuados y los marcomanos, los estrechó tan vivamente, que el hambre les obligó á implorar la paz. Habiéndose, pues, presentado con regalos, llevándole los desertores y trece mil prisioneros hechos durante la guerra, obtuvieron la cesacion de las hostilidades, á condicion de no traficar ya sobre el territorio romano, y de retirarse por lo menos á seis millas del Danubio.

En breve se unieron los cuados á los yacigos, á los nariscos y otros pueblos que aun no habian depuesto las armas: y habiendo espulsado á Furio, su caudillo, que les disuadia de marchar á la pelea, le sustituyeron con Ariogeso. Otra vez más les venció Marco Aurelio é hizo prisionero á su nuevo príncipe, á quien confinó á Alejandria de Egipto. Desalentados entonces los demás germanos solicitaron así mismo la paz, y les fué concedida bajo suaves condiciones. Fueron reprimidos con severidad los movimientos de los secuanos, y los moros que habian invadido la España fueron repelidos por la fuerza.

Guerra en Oriente.—En Egipto el caudillo de una banda, llamado Isidoro, mata traidoramente á un centurion y á algunos soldados romanos: en breve se aumenta su tropa con cierto número de egipcios y llega á derrotar á los romanos y á talar el territorio. Avidio Casio, el vencedor de los partos, acude desde su gobierno de Siria y logra restablecer el sosiego, menos por la fuerza de las armas que sembrando la discordia entre sus adversarios. Tambien en la Armenia y en la Arabia dió pruebas de valor y de prudencia.

Casio.—Aquel Casio era tan severo con los soldados como se mostraba valeroso en las lides. El que se hacia culpable del menor hurto respecto de los moradores, era crucificado en el mismo lugar del delito. Algunos eran quemados vivos, otros encadenados juntos y arrojados al mar. Hacia cortar piés y manos á los desertores, diciendo que la vista de aquellos hombres mutilados produciria el efecto deseado mejor que una ejecucion capital.

Satisfecho de sus victorias contra los partos le habia enviado Marco Aurelio contra los sármatas sus aliados. Hallábase acampado cerca del Danubio, pasaron el rio algunos de los ausiliares, y habiendo acometido de improviso al enemigo, le mataron tres mil hombres y regresaron cargados de botin al campamento. Los centuriones que les habian escitado á aquel golpe de mano, esperaban recibir de Casio elogios y recompensas; pero al revés mandó que fueran crucificados ignominiosamente para servir de escarmiento á todo el que faltara á la disciplina.

Rigor tan escesivo hace estallar una revuelta en el ejército: entonces Casio se presenta sin armas en medio de los sediciosos y grita: *Matadme, pues, y al olvido de vuestros deberes, añadid el asesinato de vuestro general.* Esta intrépida sangre fria desarmó á los amotinados; todo volvió nuevamente al órden; é informado el enemigo de lo que acababa de pasar, desesperando de vencer á semejante jefe, solicitó celebrar una paz de cien años.

---

(3) De este modo se hallan representados en la columna Antonina en Roma.

(4) Atestiguan el hecho todos los historiadores: cita Tertuliano en su *Apología* la carta como una cosa conocida é incontestable. Eusebio y San Gerónimo hablan de ella como de un monumento existente. Pero es imposible aceptar como original la carta que acompaña comunmente á las apologias de San Justino y que ha sido reproducida por Baronio en latin.

Terminada la guerra de los marcomanos, Casio fué enviado á Siria en calidad de gobernador. Escribia entonces el emperador á su teniente en aquel pais de este modo: «He confiado á Avidio Casio las legiones de la Siria, que Cesenio Vitaliano ha encontrado en gran desórden. Sabes que es rígido en la observancia de la antigua disciplina, sin la cual es imposible mantener á los soldados en sus deberes. Acuérdate de este verso:

Moribus antiquis res stat romana, viresque.

»La disciplina es verdaderamente el más firme sosten del imperio. Cuida de que haya víveres suficientes para las legiones, de que espero hagas buen uso.»

Con efecto en el espacio de seis meses puso Casio remedio á la indisciplina y á la inmoralidad de sus tropas. Cuando llegó á Antioquia, foco del desórden, envió á los oficiales á sus respectivos cuarteles, y les prohibió bajo pena de muerte poner el pié en Dafne. Cada ocho dias inspeccionaba en una revista el vestuario, las armas, el equipo de las legiones, les hacia ejecutar frecuentes ejercicios, y á pesar de su rigidez, sabia hacerse amar de los soldados.

Pero el nombre que llevaba, traia á su memoria el de un hombre que habia intentado restituir la libertad á Roma. Acérrimo enemigo del gobierno monárquico deliraba por el establecimiento de la república. Ya en tiempo de Antonino habia revelado algo de sus intenciones, si bien la dulzura de aquel reinado habia impedido fijar la atencion en esto. Lucio Vero le habia denunciado á su hermano como un descontento que trataba á uno de los dos de filósofo, al otro de libertino, y acumulaba tesoros y fijaba en muy alto puesto sus miras. Aurelio le dió una respuesta que acredita la bondad de su alma y la indolencia de una filosofia fatalista: «¿Y por qué me he de inquietar de eso? Si la suerte destina el imperio á Casio, nadie mata á su sucesor; si no le destina, se enredará en sus propias redes. No conviene desconfiar de un hombre que no es acusado y á quien recomiendan sus servicios. Si he de perder la vida para bien del Estado, poco me importa que mis hijos padezcan por esta desgracia.»

En lo más recio de la guerra de Germania cundió el rumor, ó lo hizo nacer Casio, de que el emperador habia muerto. Temerosa Faustina, esposa del emperador, de que el imperio cayera en manos desconocidas con peligro de su existencia y de la de sus hijos, estrechó á Casio para que lo tomara y se casara con ella. Sea como quiera, Casio se hizo proclamar emperador (175), y muy pronto reconocieron su autoridad el pais más allá del Tauro y el Egipto; abrazaron su causa los príncipes y los pueblos extranjeros, especialmente los judios, que siendo á la sazon tan desventurados, solo cifraban su esperanza en las revueltas.

Cuando Aurelio no pudo ya mantener oculto aquel suceso, se lo participó al ejército por sí mismo, lamentándose con dulzura de la ingratidud con que Casio pagaba la amistad que siempre le habia manifestado, y de que aun le daria nuevo testimonio luego que volviera á entrar en sus deberes. Concluida posteriormente la guerra, se dirigió por la Iliria en busca de Casio para cederle el imperio, si tal era la voluntad de los dioses. *Porque*, decia, *si sobrellevo tantas fatigas, no es por interés ni por ambicion, sino por el deseo de hacer el bien del pueblo que me está confiado.*

A Casio no le ocurria alegar en contra del emperador otra cosa que su aficion á la filosofia, la cual le hacia descuidar negocios de suma importancia, y su escesiva bondad que le inducia á dejarlo todo al acaso. Pero en breve el puñal del centurion Antonio puso término á su reinado de tres meses y seis dias. Habiendo marchado Marco Vero en contra suya, halló las cartas de sus parciales, y las quemó diciendo: *Esto será del agrado de Marco Aurelio; pero aun cuando hubiera de enojarle, al menos á costa de mi vida salvaria la de otros muchos.* Tambien perecieron el capitan de los guardias de Casio y su hijo Muciano, gobernador de Egipto. Tocó á otro igual suerte, aunque sin noticia del emperador, quien mandó que los desterrados volvieran á sus hogares y se les repusiera en la posesion de sus bienes. Al trasmitir al Senado el exámen de la conjuracion, añadió lo siguiente: *Sean eximidos por vosotros los senadores y los caballeros, cómplices de esta muerte, de la infamia y de todo castigo. Dígase en honra vuestra y mia que esta insurreccion solo ha costado la vida á los que perecieron en el primer tumulto. ¡Ojala pudiera yo volverlos á la vida! ¡Indigna es de un soberano la venganza!*

Como Casio habia encontrado grande ayuda en Siria, donde habia nacido, decretó Marco Aurelio que en lo sucesivo nadie fuera nombrado gobernador de una provincia donde habia tenido cuna. A pesar de todo tomó bajo su proteccion á su esposa, al suegro y á los hijos del rebelde, prohibiendo que nadie les echara en cara la culpa de su padre: hasta los elevó á las dignidades, aun cuando no ignorase los manejos de que se habia hecho culpable aquella familia para enagenarle el afecto del pueblo y de los soldados. Cuando Faustina le impulsaba á mostrarse riguroso, le citó el ejemplo de César y de Antonino su padre. A sus amigos que le decian que no hubiera usado de tanta moderacion Casio respecto de su persona, contestó lo siguiente: *No servimos tan mal á los dioses que temamos verles declarados en favor de Casio.* Añadió que muchos de sus predecesores habian sido arrastrados á su ruina por sus crueldades, y que jamás era vencido ó muerto por un usurpador un buen soberano. *Neron, Caligula, Domiciano*, decia, *merecieron el fin que les cupo. Oton y Vitelio eran incapaces de gobernar. La avaricia de Galba causó su ruina.*

Perdónesenos estendernos en estos actos de clemencia, tan raros en la historia como los oasis en

el desierto, donde pueda reposar el viajero un instante de sus fatigas.

Situacion interior.—Dentro de Roma se disfrutaba de toda la libertad de que habian disfrutado los antiguos; y á las órdenes de un emperador honrado y generoso todos erguian con dignidad sus frentes. Jamás salia Marco Aurelio del Senado sin que el cónsul hubiera pronunciado el *Nihil vos moramur, patres conscripti.* Volvia de la Campania siempre que habia que hacer algun informe. Aumentó el número de los *dias fastos* para facilitar el despacho de los negocios; instituyó un pretor especial para las tutelas, y fulminó la nota de infamia contra los delatores. Hacia asíduamente justicia y á menudo remitia la decision de las causas al Senado, pareciéndole más equitativo someterse al parecer de tantos hombres ilustrados que obligarles á seguir el suyo. Su bondad le inducia, no obstante, á perdonar con frecuencia hasta al delincuente. Herodes Atico, retórico famoso, inmensamente rico, tenia entablado un proceso con la ciudad de Atenas: viendo al emperador inclinarse á la parte contraria, en vez de razones se puso á fulminar injurias, censurándole porque se dejaba dominar por el influjo de una mujer y una muchacha, aludiendo á Faustina y á su hija, que intercedian por los atenienses. Luego que Herodes desahogó su bilis, Baseo, capitan de los guardias, le dijo: *Tu insolencia podrá costarte la vida;* á lo que respondió: *Nada tiene que temer un hombre de mis años;* y desapareció de su presencia. Apenas habia partido, dijo el emperador, que le habia escuchado tranquilamente, á los diputados de Atenas: *Ahora esponed vuestras razones; puesto que Herodes no ha tenido por oportuno aducir las suyas.* Les escuchó atentamente, y asomaron lágrimas á sus ojos al oir el relato de los ultrajes que habian padecido por causa de Herodes y de sus libertos: sin embargo, solo condenó á estos últimos, y aunque la pena no fué proporcionada á la ofensa, los indultó posteriormente. Y cuando Herodes le dirigió sus quejas porque ya no le escribia, este le respondió escusándose de haber condenado á gentes colocadas bajo su dependencia (5).

Faustina.—Este esceso de bondad redundó en perjuicio de sus súbditos, ora cuando no castigó á los gobernadores prevaricadores, ora cuando no previno la rebeldia de Casio, ora cuando admitió por cólega al libertino Vero, y todavia más cuando designó al malvado Cómodo por sucesor suyo. Su estremada condescendencia le hizo tolerar hasta el descarado libertinaje de su mujer Faustina; llegando á nombrar á sus amantes para los principales destinos. Como le aconsejaran sus amigos repudiarla, les respondió de este modo: *Entonces seria necesario devolverle su dote, es decir, el imperio que he recibido de su padre.* Chanza ó raciocinio indigno de un hombre sensato. Ella se suicidió (176) después de la revuelta de Casio, avergonzada, en sentir de algunos, viéndose acusada por sus cómplices. Marco Aurelio en sus recuerdos deplora su pérdida como la de una fiel esposa, recomendable por su amor y por la admirable sencillez de costumbres. Elevó á la categoria de ciudad, dándole el nombre de Faustinópolis, la aldea á la falda del Tauro donde habia terminado sus dias, y rogó al Senado que la colocara en la categoria de los dioses; prestóse el Senado complaciente á sus deseos, erigiéndole estátuas y un altar, donde las recien casadas debian hacer sacrificios á la emperatriz adúltera.

Continuando su marcha hácia Oriente, Marco Aurelio perdonó á todas las ciudades que se habian declarado en favor de Casio, y á Egipto que habia abrazado fervorosamente su causa. Solamente prohibió á Antioquia los juegos, que formaban su vida, arrancándole tambien sus privilegios. Pero habiéndose dirigido allí en persona hasta la indultó de este castigo. En Atenas hizo que le iniciaran en los misterios de Céres, y estableció allí profesores de todas las ciencias; luego á su arribo á Italia, ordenó á los soldados que volvieran á usar la toga, no habiéndose mostrado jamás él ni los suyos en traje de guerra.

Al entrar en Roma como triunfador superó en liberalidades á todos sus antecesores. Entre otras leyes sabias prohibió á los gladiadores servirse de mortíferas armas, lo cual fué más honorífico para su fama que agitar en las escuelas cuestiones de filosofia á instancias de los literatos, que temian que su ausencia estinguiera el recuerdo de los sistemas filosóficos.

Muerte de Aurelio.—Llamáronle los marcomanos á nuevas lides y á nuevas victorias; pero murió en medio de sus triunfos en Sirmio de Panonia (17 de marzo de 180). Tenia cincuenta y nueve años y habia reinado diez y nueve. Lloráronle sinceramente todos, á escepcion tal vez de su hijo Lucio Cómodo que incurrió en sospechas de haber acelerado el fin de su existencia. Aurelio vió aproximarse con serenidad su última hora. «No me sorprende, decia, que mi estado os conmueva y enternezca, porque es natural al hombre sentir compasion hácia sus semejantes, y todavia más vivamente cuando es testigo de sus padecimientos. Pero aguardo de vosotros algo más que sentimientos comunes inspirados por la naturaleza. Mi corazon me asegura del vuestro; mis sentimientos hácia vosotros me prometen igual correspondencia por vuestra parte. Os toca probar que no me he enga-

(5) Filostrato nos ha conservado en las *Vidas de los sofistas* esta carta singularísima para un emperador: «Deseo que goces de salud y estés convencido de lo mucho que te amo. No me culpes si por haber hallado delincuentes á algunos de los que de tí dependen, les he castigado, aunque del modo más suave que he podido. No me guardes rencor, si he hecho algo que te desagrade: imponme una multa que te pagaré en el templo de Minerva de Atenas al celebrarse los misterios; pues en el ardor de la guerra hice voto de presentarme á la iniciacion, y es mi voluntad que presidas la ceremonia...»

ñado consagrándoos mi estimacion y mi cariño, y que no habeis perdido la memoria de mis beneficios. Os recomiendo á mi hijo aquí presente, tomad su educacion con empeño; en la primera efervescencia de la juventud necesita, como sobre un mar proceloso, de un guia y de un piloto, á fin de que nunca se estravie ni se estrelle en los escollos por falta de esperiencia. No le abandoneis, servidle de padre, dadle de continuo buenos consejos y saludables instrucciones; encuentre otro yo en cada uno de vosotros. No bastan las más inmensas riquezas para los placeres y el desenfreno de un príncipe voluptuoso; si es aborrecido de sus súbditos, no está en seguridad su vida por muchos guardias que estén encargados de su defensa. Los príncipes que dedicaron más atencion á hacerse amar que á hacerse temer, han reinado sin verse espuestos á las conspiraciones y revueltas. El que obedece de buen grado, está exento de sospechas en su conducta y en sus acciones; es súbdito humilde sin ser esclavo, no niega la obediencia sino cuando por casualidad se trasmite el mandato con estremada dureza, agregándose á la autoridad el ultraje. Como es realmente difícil usar con moderacion de un poder ilimitado, repetid á menudo á mi hijo las instrucciones que oye ahora y otras semejantes; así educareis para vosotros y para el imperio un príncipe digno del mando: de este modo me probareis vuestro cariño y honrareis mi memoria por ser este el único medio de inmortalizarla.»

Sus cenizas fueron depositadas en el mausoleo de Adriano. Fué elevado á la categoria de los dioses, y cada cual hubo de tener su efigie en su casa, sopena de ser considerado como sacrílego. Independientemente de sus ejemplos dejó Marco Aurelio preceptos por escrito (6), en los cuales hallamos lo más sublime que pudo concebir la filosofia pagana. Consistia en que sin apercibirse de ello estaba iluminado su espíritu con un reflejo de aquella sabiduria suprema ante la cual se obstinaba en cerrar los ojos.

«Un solo Dios, decia, existe en todas partes; una sola ley, que es la razon, comun á todos los séres inteligentes. El espíritu de cada cual es un dios y una emanacion del Ser supremo. El que cultiva su propia razon debe considerarse como sacerdote y ministro de los dioses, porque se consagra al culto del que ha sido colocado dentro de él como en un templo. Guárdate de injuriar á ese genio divino que mora en el fondo de tu corazon, y haz por conservarle propicio tributándole como á dios un modesto testimonio. Descuida todo lo demás para ocuparte únicamente de aquel que es tu guia, de lo que hay en tí de celeste; sé dócil á las inspiraciones de esta emanacion del gran Júpiter, que la ha dado á cada uno de los vivientes por guia y por direccion, es decir, el espíritu y la razon; conduzca y gobierne el dios que mora en tí á un hombre verdaderamente hombre. No hallarás cosa mejor que el genio que reside en tí é impera sobre tus propios deseos. Una misma razon nos prescribe lo que debemos hacer y evitar. Una ley comun nos rige de consiguiente, y somos ciudadanos bajo un mismo gobierno.

»Empiécese cada mañana por decirse á sí mismo: Tengo que habérmelas con intrigantes, con ingratos, con insolentes, con pícaros, con ambiciosos y con gentes groseras. Si tienen estos defectos, consiste en que no conocen los verdaderos bienes ni los verdaderos males. Pero yo que he aprendido que el verdadero bien consiste en lo que es honrado, y el verdadero mal en lo que es vergonzoso; yo que conozco la índole del que me ofende, y que es mi hermano, no por la sangre y por la carne, sino por una participacion comun en el mismo espíritu, emanado de Dios, no puedo considerarme ofendido por su parte, puesto que no está en su mano despojar de honradez mi alma. Hombre, eres ciudadano de la gran ciudad del mundo ¿Qué te importa no haberlo sido más que cinco años? Nadie puede quejarse de desigualdad en lo que se hace con arreglo á las leyes del mundo. ¿A qué enfurecerte, pues, si te hallas desterrado de la ciudad, no por un tirano ó un juez inícuo, sino por la naturaleza misma que allí te habia colocado? Es como si un actor fuera despedido por el empresario del teatro á donde lo habia llamado.—No he acabado mi papel, todavia no he representado más que tres actos.—Tienes razon, pero en la vida tres actos constituyen toda una comedia; pues siempre se termina á propósito por el autor que manda interrumpirla. No has sido causa ni autor de nada de esto; véte, pues, en paz, ya que te despido con bondad completa.

»Debo, sin duda, á mi abuelo, la tranquilidad y la sencillez de costumbres; pero al recuerdo de mi padre un carácter viril y modesto: á mi madre la piedad y la liberalidad, no solo por abstenerme del mal, sino hasta para pensarlo, y la frugalidad en los alimentos, el desvio del fausto; á mi bisabuelo no haber ido á las escuelas públicas, sino haber tenido en mi casa preceptores distinguidos, y sabido que jamás se gastaba en esto mucho; al que me ha educado á no tomar nunca partido por el color verde ó por el color azul en las carreras del circo, ó en punto á gladiadores por el escudo grande ó pequeño; á sobrellevar la fatiga, á contentarme con poco, á servirme á mi mismo, á no prestar oidos á los delatores.

»He aprendido de Diagnoto á no ocuparme en vanidades, á no creer en los prestigios ni en los encantamientos, ni en los conjuros, ni en los de-

(6) *Recuerdos de Marco Aurelio Antonino, emperador y filósofo*, en doce libros. Joly en su traduccion francesa los ha distribuido por órden de materias, hallándose confundidos en el original griego como pensamientos que se ponen por escrito á medida que se ocurren. May ha encontrado en el *Fronton* de la biblioteca Ambrosiana muchas cartas de Marco Aurelio á su maestro.

monios malos, ni en otras supersticiones; á dejar que hablen de mí con plena libertad, á dormir en una camilla sobre una simple piel, y á perseverar en los demás hábitos de la educacion griega. Hé aprendido de Rústico á apercibirme de la necesidad de corregir mis costumbres, á evitar la ambicion de los sofistas, á no escribir sobre ciencias abstractas, á no declamar arengas por via de ejercicio, á no rebuscar la admiracion haciendo alarde de generosidad y de profundas ocupaciones; á hacer uso en las cartas de un estilo sencillo; á perdonar sin demora al que se arrepiente, á leer con atencion, á no contentarme con comprender superficialmente. He aprendido de Apolonio á ser libre, enérgico y no vacilante; á tener en vista solo la razon, á manifestarme igual en todas las circunstancias de la vida, á recibir los regalos de mis amigos sin frialdad ni bajeza. De Sexto la benevolencia, á ejemplo de un buen padre, la gravedad sin arte, el esmero contínuo de ser agradable á mis amigos, á sufrir á los ignorantes y á los inconsiderados, á hacer á los demás mi compañia más grata que la de los aduladores, sin dejarme de conciliar su respeto, á aplaudir sin estruendo y á saber sin ostentacion alguna. Del gramático Alejandro á no tachar las voces bárbaras ni las faltas contra la sintaxis y la pronunciacion, sino á hacer comprender el yerro, apresándome á responder ó alegar pruebas, ó desenvolver la misma idea espresada de distinto modo, ó usando de otro medio que no tenga vicios de correccion. De Fronton á reflexionar en la envidia, en el fraude y en el disimulo de los tiranos, y á convencerme de que no tienen corazon los patricios. Del platónico Alejandro á no decir *me falta tiempo*, y á no eximirme de los deberes sociales, bajo pretexto de negocios. De Máximo á dominarme á mí mismo y á no caer en el abatimiento por ningun accidente: me ha enseñado moderacion, dulzura, dignidad en los modales, á estar ocupado sin quejarme nunca, á no ser precipitado, ni lento, ni irresoluto, ni irascible, ni desconfiado, á no mostrarme con los demás desdeñoso, á no creerme mejor que ellos, á amar la chanza inocente.

»Me reconozco deudor á los dioses como de un beneficio, de haber tenido buenos padres, buenos preceptores, buenos amigos, buenos criados, que son las cosas más apetecibles; de no haber ofendido á ninguno de ellos inconsideradamente, á pesar de estar inclinado á esto por naturaleza; además de haber conservado hasta en la flor de la mocedad la inocencia, de no haber usado de la virilidad prematuramente, de haber estado bajo la direccion de un príncipe y de un padre que alejaba de mi corazon el orgullo, persuadiéndome de que un príncipe puede habitar dentro de su palacio y prescindir de guardias y de pomposas vestiduras, de antorchas, de estátuas y de todo lujo de esta clase; de no haber hecho en la retórica, en la poética y en semejantes estudios, progresos que me hayan distraido (7); de no haber carecido de dinero cuando he querido socorrer á un menesteroso; de no haber necesitado agenos socorros; de que los remedios propios para aliviar mis males me han sido sugeridos en sueños; de no haber caido al estudiar filosofia en manos de ningun sofista, y de no haber perdido mi tiempo en hojear comentarios, en resolver silogismos y discutir sobre la meteorologia.»

---

(7) No quiere decir esto que no se deleitara en este género de estudios, porque prueban lo contrario sus epístolas á Fronton, á que ya hemos aludido; dice una de ellas: *Mitte mihi aliquid, quod tibi disertissimum videatur, quod legam, vel tuum, vel Catonis, vel Ciceronis, aut Salustii, aut Gracchi, aut poetæ alicujus,* Χρήζω γάρ ἀναπαύλης, *et maxime hoc genus: quæ me lectio extollat et diffundat* ἐκ τῶν κατειληφυιῶν φροντιδίων. *Etiam si qua Lucretii aut Ennii excerpta habes,* εὔφωνα καὶ... φρα, *et sicubi* ἤθους ἐμφάσεις, Lib. II, 1.

CAPÍTULO XIV

EL IMPERIO BAJO LOS ANTONINOS.

Antes de llegar á los infortunados tiempos que debian suceder á la prosperidad del reinado de los Antoninos, detengámonos un momento á considerar la condicion civil, moral y literaria del imperio en la época de su mayor brillo.

Italia.—A escepcion de la Bretaña y de la Dacia ningun pais nuevo le fué agregado de una manera estable, aun cuando otros, sobre los cuales ejercia influjo, fueron reducidos á provincias. Italia, centro de aquella vasta unidad, era constante residencia del emperador y del Senado, cuyos miembros debian tener aquende los Alpes, por lo menos una tercera parte de sus propiedades. En Italia no habia qué pagar tributos, ni arbitrariedades de gobernadores, y las comunidades municipales estaban encargadas de la ejecucion de las leyes supremas. Pero después de Trajano empezó á ser considerada la Península del mismo modo que las demás provincias, y se puede decir que se las asemejó completamente, cuando Adriano confió el gobierno de ella á cuatro personajes consulares. Cada vez se hacia más aristocrática la organizacion municipal de sus ciudades, como acontece en un Estado monárquico, por elegirse los magistrados, no entre el pueblo, sino entre los decuriones ilustres, y por estar basada su jurisdiccion sobre las sumas que pagaban al Estado.

Provincias.—Luego que Roma hubo estendido sus conquistas fuera de Italia, que no bastaron para administrarlas el Senado y sus magistrados propios, se enviaron á ellas procónsules y pretores, reuniendo el poder de hacer las leyes al de aplicarlas y obligar á que fueran ejecutadas; déspotas tanto más absolutos á medida que se hallaban á más distancia. Como eran dueños de las vidas y haciendas de todos, se daban prisa á robar durante un año en las provincias lo suficiente para ser ricos durante toda su existencia. En su séquito iban caballeros que como arrendatarios de los impuestos, sujetaban á los infelices moradores á toda clase de vejaciones, á la par que los ciudadanos romanos diseminados entre ellos, exentos de tributos y solo justiciables por la asamblea del pueblo, no sentian lo ominoso de tan dura tirania (1).

(1) Cf. con el cap. II del Libro V.

Al principio tenian los romanos el *ager* como patrimonio ó como cosa sagrada, y no podia agravarse con impuestos ú otras restricciones. Y el pais conquistado se consideraba como una prolongacion del *ager romanus*, diverso de las provincias. Después de la guerra social tuvo la ciudadania toda la Cisalpina; y de consiguiente no tenia gobernadores interpuestos entre los magistrados supremos y los municipales, como las provincias, quedando exenta de tributos, impuestos, ó de la capitacion, que eran una especie de rescate de la servidumbre de los vencidos. Mas debian pagar varias contribuciones.

Pero ese privilegio no podia regir, al languidecer la religion en que estaba fundado, sobre el sentimiento de igualdad que se difundia, sobre la necesidad de una administracion regular entre tantos pueblos reunidos bajo el imperio.

La inmunidad itálica fué mermada por Augusto con las leyes Julia y Papia-Popea, que traia al fisco las herencias legadas á los célibes, y exigia el vigésimo de las otras, así como con dividir la Italia en doce regiones, á cada una de las cuales enviaba delegados en su nombre y no del Senado: estos eran intermediarios entre los italianos y el Gobierno. Desde entonces el italiano fué no solo ciudadano de Roma y de su municipio, sino que á más estuvo inscrito en una de las doce regiones.

Comenzaba, pues, una vida provincial, acelerada luego por los Antoninos con nuevos magistrados, del *curator rei publicæ* para lo administrativo, y del *juridicus* para lo judicial, que eran ó parecian órganos de una autoridad central distinta de la del antiguo Senado. Caracalla dió después á todo el imperio el derecho de ciudadania, no distinguiendo á vencedores y vencidos: cesaba el privilegio itálico. El impuesto no era ya signo de servidumbre, sino una carga

Se mejoró sensiblemente la condicion de las provincias en tiempo de los emperadores; ya no dependieron de la codicia y de las pasiones brutales de un Verres ó de un Pison, ni se agitaron enmedio de los odios de tribu ó de familia. Permaneciendo los gobernadores por largo tiempo en las provincias que les estaban señaladas, se instruian acerca de su condicion, de sus necesidades, y contraian en ellas relaciones amistosas. Vigilados además por un receloso despotismo, á semejanza de los modernos bajaes de Turquia, debian temer los súbditos el castigo de un emperador, á quien los pueblos oprimidos podian hacer llegar libremente sus quejas, ó quien podia hallar en sus riquezas mal adquiridas una tentacion para proscribirlos. En apoyo de nuestro aserto podemos citar por ejemplo á las Galias, que vemos crecer en riqueza, en instruccion, y hasta en independencia, puesto que los libertos no se ven allí obligados á recurrir para su seguridad á un patronato.

A fin de consolidar Roma la dominacion, cuidaba ante todo de arrebatar á los vencidos la fuerza pública y la libertad constitucional, de disolver las confederaciones, y de introducir en el pais una poblacion romana por medio de colonias y conferir los derechos de ciudadania.

Ciudadania.—Si Atenas y Esparta habian perecido por su loca testarudez en conservarse puras de toda mezcla extranjera, Roma por el contrario se asimilaba de contínuo nuevos elementos; la circulacion de los habitantes era constante desde las provincias y desde los paises conquistados á la metrópoli, que concedia los derechos de ciudadania con diferentes gradaciones. Estos derechos, de que se mostraron en un principio los romanos tan celosos que sostuvieron terribles guerras para no dar participacion en ellos á los que les habian ayudado en sus conquistas, se estendieron enmedio de los peligros de la guerra social á toda Italia, es decir, á todos los que habitaban desde el Rubicon y desde Luca hasta el Faro, luego á los venetos y á los galos cisalpinos.

Portándose bien podian los esclavos llegar á ser libertos y entrar de este modo en la sociedad política de su patrono. Si la *manumision* se hacia legalmente, adquirian los derechos privados de ciudadanos, aunque quedaban escluidos de los empleos, así como del servicio militar, y sus hijos, hasta la tercera ó cuarta generacion, no podian ser admitidos en el Senado.

Halló Augusto cuatro millones ciento sesenta y tres mil ciudadanos. Pero luego que se abandonó el sistema de las conquistas, restringió la facultad de hacer ciudadanos á los esclavos libertos, no concediéndola más que á los magistrados y á los grandes propietarios de las provincias. Esta medida consolidaba el poder imperial, si bien proporcionaba al ejército un número de hombres más limitado. Tan exacto es esto, que el año 745 de Roma se vió Augusto obligado de nuevo á alistar libertos y esclavos, para protejer á las colonias próximas á las fronteras del Rhin y á la Iliria; Mecenas le aconsejaba que concediese la ciudadania á todos los súbditos, con lo cual se habria borrado toda huella de gobierno municipal, reduciéndose así el imperio á la unidad monárquica; pero los ciudadanos estaban exentos del impuesto predial, de los derechos de aduana y de los peajes, y se negó á reconocérselos, mostrándose en lo general avaros de esta inmunidad los emperadores. Sin embargo, los sucesores de Augusto, no mirando con tan parciales ojos á Roma, consintieron que se estendiera el derecho de ciudadania. Adquirian este derecho los magistrados al salir de su anual empleo, así como los que ingresaban en las legiones ó prestaban algun importante servicio. Ya fuera por desvio, ó por orgullo de su parte, ó por rivalidad de sus vencedores, los sirios y egipcios fueron admitidos en número muy escaso en la ciudad romana, y hasta Séptimo Severo ningun egipcio tuvo ingreso en el Senado (2).

Cuando el interés por la patria ó el amor á la gloria cesaron de impulsar á los ciudadanos á esgrimir las armas, hubo necesidad de llenar las legiones con hombres que no eran italianos, ni aun ciudadanos siquiera, y confiar el mando á extranjeros, recompensando después sus servicios con introducirles en la ciudad, elevarlos á los primeros honores, y dejarles que llevaran en su séquito á sus deudos y á sus amigos; de modo que el ejército, el Senado, los magistrados, no fueron ya romanos más que de nombre. Claudio admitió en el Senado á muchos extranjeros, es decir súbditos y no ciudadanos. Sin embargo, el número de estos se elevaba en la época de su reinado á cinco millones setecientos ochenta y cuatro mil setenta y dos, al decir de Tácito, y á seis millones novecientos cuarenta y cuatro mil, segun Eusebio. Este aumento en el número de ciudadanos debe atribuirse á los favoritos, que traficaban con una merced muy apetecida: pero las rentas públicas se resentian de ello, dando por resultado la necesidad de las confiscaciones y de las proscripciones. Además, sucedia en su consecuencia otro inconveniente para las provincias, y era que las propiedades se reconcentraban en manos de algunas personas á quienes el título de ciudadanos eximia del pago de impuestos. Esto hizo que la exencion se restringiera en tiempo de Galba, para los ciudadanos de reciente fecha, á determinadas contribuciones; y hasta Trajano se continuó haciendo una distincion

necesaria á los servicios públicos. Y más se acabó el privilegio al dividirse el Imperio y unirse la Iliria y el Africa: con Constantino perdió además el de contarse Roma como capital del Imperio.

Véase CAMILO JULLIAN.—*Trasformaciones políticas de Italia en tiempo de los emperadores romanos*. Paris, 1884.

(2) DION CASIO, LXXVII.

acerca de privilegios entre los antiguos y los modernos ciudadanos. Aun parece que á contar desde Vespasiano los provincianos admitidos á los derechos de ciudadania no se sustrajeron á ninguna carga.

Una vez suprimidas estas exenciones, ya no habia tanto motivo como en otro tiempo para ambicionar el título de ciudadanos. Las prerogativas otorgadas á los miembros de la ciudad, de ser esclusivamente promovidos á los empleos, de no ser juzgados más que en la asamblea del pueblo, de no pagar tributos, de decretar la paz y la guerra, habian caido con la república, y no quedaba otra ventaja que la de no ser preso por deudas y de poder apelar al emperador. Era provechoso en Roma el derecho de tener participacion en los donativos y en las distribuciones públicas; pero venia á ser casi nulo en las provincias. Al revés servia de penosa carga á los ciudadanos estar sometidos al servicio militar, no contraer matrimonio con personas extranjeras, quedar escluidos de toda sucesion abierta *ab intestato*, salvo muy raras escepciones, y tampoco hablamos de algunos empréstitos que solo pesaban sobre ellos.

No fué, pues, un beneficio por parte de Caracalla estender el derecho de ciudadania á todos los súbditos del imperio, dado que no hizo más que someter á los provincianos á todas las cargas que agravaban á los ciudadanos, cuyos privilegios habian dejado de existir en un todo. Entibióse el amor é interés á una patria comun á la generalidad, y subió de punto la arbitrariedad de los emperadores, la violencia de los soldados, á la par que se debilitaron la autoridad del pueblo y la dignidad del Senado. En su consecuencia se multiplicaron las guerras; guerras intestinas sin ser civiles, cuyo objeto era encumbrar ó derrocar del trono á un caudillo estranjero, ignorante de los sentimientos de la nacion y poco solícito de los intereses del imperio.

Además, Roma se adheria los demás pueblos divulgando el uso de la lengua latina que se propagó fácilmente en Africa, en España, en la Galia, en la Bretaña, en la Panonia, modificándose allí por los idiomas primitivos. Costóle más trabajo introducirla en Germania y entre los montañeses; pero los orgullosos griegos jamás se hubieran sometido á cambiar el habla de Homero y de Demóstenes, por la de sus imitadores, afectando hasta no saberla (3).

Caminos.—Facilitaban las comunicaciones con las provincias admirables caminos, cuya solidez ha desafiado á los siglos. Por órden de Augusto se pusieron en buen estado los cuarenta y ocho de Italia, que se estendian por espacio de tres mil leguas desde Roma hasta Brindis y hasta los Alpes, y se continuó hasta Cádiz el que atravesaba los Pirineos Orientales, mientras que Agripa dirigió otros por la Galia. Trajano hizo uno que atravesaba las lagunas Pontinas desde *Forum Apii* hasta Terracina, y acabó la via *Apia* desde Benevento hasta Brindis. Los demás emperadores abrieron otros por todo el imperio. La via *Aurelia*, que atravesaba la Etruria, la Liguria y la provincia Narbonense hasta Arlés, se continuó por Narbona, Tarragona y Cartagena hasta Cádiz, y después del estrecho llegaba hasta Tanger. La via *Flaminia*, desde Roma por la Italia Septentrional, la Panonia, la Mesia, la Tracia, el Asia Menor, la Siria, el Egipto y el Africa llegaba al Océano Atlántico, pasando por Rímini, Bolonia, Módena, Plasencia, Milan, Verona y Aquilea; penetraba después en Panonia por Chichia y Sirmio; en Mesia por Singiduno, Naiso y Sárdica; en Tracia por Filipópolis, Adrianópolis, Heraclea y Constantinopla; en Bitinia por Dadastane, después por Ancira, y las ciudades de Capadocia y de Pisidia, y cruzado el Tauro, pasaba por Iso, Antioquia, la Siria, la Palestina, el Egipto, las ciudades marítimas del Africa, Alejandria, Cirene, Cartago y Tanger. Otros caminos partian de estos para llegar á las grandes ciudades, donde desembocaban otros menores. Así como Roma era el centro de la baja Italia, Milan lo era de la septentrional, Arlés de la provincia Narbonense, Burdeos de la Aquitania, Lion de la antigua Céltica, Reims de la Bélgica, Tréveris de la Germania, Augusta de la Retia y del alto Danubio, Sirmio de la Panonia, Durazo de la Grecia, Naiso de la Mesia, Ancira, Tavio y Damasco del Asia Menor y la Siria, Alejandria y Cartago de Egipto y de Africa, Mérida, Astorga, Zaragoza y Córdoba de España, Lóndres de la Bretaña, etc.

Desde la muralla de Adriano á Roma y desde Roma á Jerusalen, en una estension de cuatro mil sesenta millas romanas (4) se unian las provincias y facilitaban el trasporte de las legiones, órdenes y noticias. En estos caminos establecieron los emperadores postas regulares con posadas á cada cinco

(3) Segun nuestras noticias, hasta Libanio no hace mencion ningun griego de Horacio ni de Virgilio.

(4) Esto es, desde la muralla á York.. . . . 221
á Lóndres.. . 227
á Ruthepia ó Sanwich.. . . . 67

Trayecto hasta	Boulogne.	45
—	Reims.	174
—	Lion.	330
—	Milan.	324
—	Roma.	426
—	Brindis..	360
—	Durazo..	40
—	Bizancio.	701
—	Ancira.	283
—	Tarso.	301
—	Antioquía.	141
—	Tiro.	252
—	Jerusalen.	168

Wesseling ilustró los diversos itinerarios conservados. Véase BERGER, *Historia de los caminos reales;* y con mayor exactitud WALKENAER.—*Geografía antigua de los galos.* Paris, 1839.

ó seis millas, provistas de cuarenta caballos, de manera que se podian caminar cien millas al dia, y así Tiberio pudo correr en veinte y cuatro horas doscientas millas desde Lion á la Germania. Pero á diferencia de los correos modernos, los de los romanos solo servian para el gobierno ó para aquellos que tenian una autorizacion especial del mismo. Protegidas estaban las comunicaciones marítimas por escuadras que cruzaban en diferentes playas, y á que en caso de necesidad ofrecian abrigo escelentes puertos.

Cultura.—Por todos estos motivos se hallaba la dominacion de Roma mejor asentada que lo habia estado jamás la de los antiguos imperios del Asia. Aunque se clama con razon contra las inmensas estensiones de territorio, cuyo resultado es encadenar á las mismas leyes naciones esencialmente distintas en carácter y cultura, no deshacer nunca los agravios, no satisfacer nunca las necesidades y producir la llegada de órdenes cuya oportunidad ha cesado, desde una capital distante, fuerza es no obstante confesar que borrándose las fronteras, se ayudó mucho á la aproximacion de los pueblos; que la lengua oficial, las magistraturas, las legiones estendieron la civilizacion, aunque no les debió incremento. Llamando á los pueblos á contribuir á unos con sus fuerzas, á otros con su talento, á otros con sus tesoros, les enseñó Roma á fraternizar después de conocerse; hizo estensivos á una vasta parte del mundo los privilegios que reservados primeramente á un corto número de bandidos ó á algunos millares de ciudadanos, hacian de la política romana una gran injusticia en provecho de pocas personas y con grave detrimento del género humano.

Aquella estension inmensa habia derribado las barreras que en tiempo de la república habian opuesto el amor de la patria y el respeto hácia las costumbres nacionales á los abusos. Estas costumbres iban alterándose poco á poco por la introduccion de elementos diferentes, por el advenimiento al imperio de un extranjero y hasta de un bárbaro. Los ciudadanos que encerraba Roma en su seno, distaban mucho de ser descendientes de los antiguos republicanos esterminados por las guerras civiles, por las proscripciones de la república, por las matanzas imperiales, sino los de los libertos y los esclavos, que heredando el nombre de romanos, no habian heredado las tradiciones.

Poder imperial.—Si las añejas costumbres sobrevivian en algunos por haberlas adquirido con la educacion de la infancia, en la literatura, en los recuerdos de que estaban circundados, servian solo para hacerles más ominoso el yugo de un déspota que de un dia á otro podia confiscar las haciendas y enviar al hombre más justo la órden de darse muerte. Esta opresion sin freno hubiera parecido ménos penosa á pueblos asiáticos, en un pais donde, por decirlo así, se respira la servidumbre con el aire, pero aun subsistian en Roma nombres y formas republicanas; hacíanse las acusaciones de alta traicion en nombre de la libertad y de la seguridad pública, y dirigiéndose al emperador, representante del pueblo en razon de la autoridad tribunicia con que se hallaba investido, era como se castigaba este género de delito. ¡Cuán amargo no debia de ser el dolor de los que conservaban suficiente nobleza de sentimientos para no lanzarse á buscar alivio de tamaña indignacion en el seno de los deleites! ¿Y qué recurso les quedaba? ¿Tal vez la fuga? ¿Y dónde huir cuando todo el mundo civilizado estaba sometido á la dominacion romana?

Entonces más que nunca suministró Roma la prueba de que la prosperidad de los Estados es más bien debida á la fuerza de las instituciones que á la rectitud y mérito de los príncipes. Sin duda tuvo algunos soberanos escelentes; pero ni aun podia gozar con plena confianza de sus virtudes, pensando en que el mismo hombre podia convertirse al dia siguiente en un sanguinario mónstruo, ó ser reemplazado por un sucesor detestable, pues todo dependia á la sazon de las buenas ó malas cualidades de un monarca. Augusto no quiso admitir oposicion ninguna, á fin de que no apareciera la exorbitancia del poder que habia usurpado. Sus sucesores se desembarazaron de la poca que resultaba todavia, si bien muy debilitada, del hábito y de las formas republicanas dejándolas gastarse poco á poco.

Lex regia.—Se hace mencion de una *lex regia* en virtud de la cual hubo de conferirse al emperador el poder supremo, pero es dudoso que haya jamás existido. Su nombre no puede pertenecer ciertamente á los primeros tiempos del imperio, y quizá no fué adoptada hasta Justiniano, al componerse las Pandectas. Si una ley general hubiese creado un poder supremo, no hubiera tenido necesidad de confirmacion para sus actos. Ahora bien, sabemos que los actos de un emperador no eran valederos despues de su muerte, si no obtenian la aprobacion del Senado, depositario en derecho de la soberania que de hecho residia en la voluntad de uno solo.

No obstante, parece que de vez en cuando se conferian al emperador los poderes de príncipe en el momento de ser elegido, y siendo desde entonces legal su orígen daban fuerza de ley á su voluntad (5). Es probable que se dispensara al emperador por aquellos senado-consultos de la observancia de ciertas leyes, como de la ley *Papia Poppea;* lo cual inducia á que se dijera generalmente que el príncipe estaba emancipado de toda ley (6).

---

(5) Gayo lo dice espresamente: *Constitutio principis est quod imperator decreto, vel edicto, vel epistola constituit, nec unquam dubitatum est, quid id legis vicem obtineat, cum ipse imperator per legem imperium accipiat. Instit.* 1, 2, § 6.

Existe el senado-consulto hecho cuando la eleccion de Vespasiano.

(6) *Princeps legibus solutus est.* Dig. I, 3, fr. 31.

Pueblo.—A pesar de todo se consideraba la soberania como emanada del pueblo, y hasta en una época muy avanzada se hace mencion de los comicios y de las leyes formadas por ellos.

Senado.—Pertenecian al Senado la jurisdiccion criminal y la administracion esterior de algunas provincias. Nombraba los cónsules, los procónsules, los pretores; tenia entre el número de sus atribuciones la reforma de las leyes, á la cual no procedia sin embargo más que á propuesta de los emperadores. Hubiérase podido creer que Tiberio aumentaba el poder del Senado atribuyéndose los juicios por crímenes de lesa magestad y el nombramiento de los magistrados, que arrebataba al pueblo; pero solo aspiraba á crearse un instrumento sobre el cual recayera la odiosidad de sus actos. Mientras subsistió el imperio conservó el Senado el derecho de censurar y de deponer al jefe del Estado, si abusaba de la autoridad; pero pusilánime y dividido, nunca lo ejerció sino contra los príncipes caidos: condenó á Neron cuando ya habia apelado á la fuga: maldijo á Calígula, á Cómodo y á los demás, cuando la muerte les impedia infundir miedo. Vendiendo los empleos por estar en sus facultades, habian aprendido á venderse al emperador los senadores. Como ya no poseian inmensas propiedades é innumerables clientes, desde que la nueva constitucion del Estado les impedia adquirir en lo esterior desmesuradas riquezas, á la par que no se dismunuian los gastos y se aumentaba el lujo, se hallaban constantemente dispuestos á merecer las liberalidades del emperador prestándose á sus deseos. Ahora bien, si este emperador era un Tiberio que se complacia en derribar á medida de su antojo las cabezas más ilustres, no podian abrigar esperanza alguna de que una voz osara decir en el Senado *no*. Por el contrario, Tiberio se quejaba en son de mofa de verles tan vilmente dóciles á sus más mínimas voluntades.

Una vez envilecido el Senado no se detuvo en su abyeccion; y sin embargo el recuerdo de lo que habia sido, bastaba á inspirar desconfianza á los emperadores, y á hacer que tanto los buenos como los malos príncipes aspiraran á porfia á quitarle hasta la posibilidad de recuperar la más ligera sombra de su autoridad antigua. Contra los patricios y los senadores dirigian los tiranos sus espias y sus sicarios. Solia decir Calígula dando un golpe en su espada: *Esta me dará razon del Senado.* Un adulador decia á Neron: *Te aborrezco porque eres senador;* y un sicario á Cómodo: *El Senado te envia este puñal.* Domiciano declaraba que mientras existiera un senador, no se creeria seguro, y queriendo envilecerlos aguardando la hora de quitarles la vida, les manda reunir un dia á toda prisa: luego cuando están sentados en la curia les consulta acerca de la salsa con que debe condimentar un enorme rodaballo que le ha llegado del Adriático.

Hasta Claudio, el más incapaz de los Césares, y el más adicto á las tradiciones, disminuye las atribuciones de aquel cuerpo. Antes de su reinado habia conservado el derecho de decidir sobre la paz y la guerra, de oir á los embajadores, y de fallar acerca de la suerte de los reyes y de los pueblos extranjeros. Claudio le obliga á decretar, para facilitar la sumision de la Bretaña, que todo tratado concluido por el emperador ó sus delegados con los britanos será considerado como sancionado por el Senado y por el pueblo (7). Consintió el Senado; y este fué un acto de inútil servilismo que en breve hizo pasar derecho tan importante á manos de los emperadores, cuando se trató de las demás provincias.

Todos los actos políticos de Claudio propendieron además á acrecer la autoridad imperial con detrimento de las magistraturas curules. Arrancó á los cónsules el juicio de ciertos negocios criminales, de modo que ya no les quedaba otra atribucion que la de dar nombre al año. Transfirió á los pretores, cuyo número fué elevado á diez y ocho, la mayor parte de la jurisdiccion criminal, y les quitó la custodia del tesoro, que confió á los cuestores: á estos les despojó de las prefecturas de la Italia, suprimiéndolas, y les impuso la obligacion onerosa de dar espectáculos de gladiadores al encargarse de su empleo. Dejó á los caballeros á quienes favorecia, usurpar los juicios, es decir, el derecho por el cual habia corrido tanta sangre en las guerras civiles de Mario y de Sila. En breve quedaron reducidos los tribunos al simple papel de inspectores de policia; y el prefecto de la ciudad, que, encargado en un principio del mantenimiento del órden, fué á poco investido con la jurisdiccion criminal, adquirió suma importancia, hasta el punto de decidir en apelacion sobre los juicios ordinarios y aun en materias civiles.

Sabemos que Adriano restringió la autoridad del Senado y que creó nuevos empleos tanto en el ejército como en palacio (8), aunque no se pueden determinar exactamente. Confió el gobierno de Italia á cuatro personajes consulares; tomó por secretarios caballeros romanos, sirviéndole asimismo de refrendarios y de consejeros; instituyó el abogado del fisco, que hubo de asistir á todas las causas en que el tesoro imperial se hallaba interesado. Simplificó la legislacion promulgando el *Edicto perpétuo*, aunque de este modo dió á sus sucesores el ejemplo de considerar el Estado como propiedad suya y de no retroceder ante ninguna innovacion.

Consejo del príncipe.—Un consejo del príncipe, que venia á ser como alma del gobierno, y daba decretos bajo la presidencia del emperador, formaba un tribunal supremo de apelacion. Desde entonces se halló reducido el Senado á determinar los nuevos dioses á quien debia tributar Roma sus inciensos (9).

---

(7) DION, LX, 23.
(8) AURELIO VICTOR, *Epístolas.*
(9) CAMILO JULLIAN.—*Trasformaciones políticas de*

El envilecimiento de un cuerpo que no era elegido por el pueblo ni sostenido por las tropas, no hallaba fuera oposicion ni escitaba queja ninguna. Además, propagándose de dia en dia los derechos de ciudad en las provincias distantes, introducíase en el pueblo una multitud de extranjeros totalmente estraños á los recuerdos de libertad y de república, y por el contrario adictos en estremo é ilimitadamente á los emperadores. Ya Claudio nos enseña, al privar de la dignidad ecuestre á quien rehusaba el puesto de senador, que lo que en otro tiempo era blanco de la ambicion más elevada, se habia convertido en una carga; y bajo Cómodo se dijo de alguno: *Ha sido confinado al Senado.*

De consiguiente los padres conscriptos confirmaron primeramente como un hecho y después como un derecho, el poder absoluto del monarca sobre las vidas y haciendas de todos, sin que las leyes civiles opusieran ningun freno. Diríase que Dion solo por demostrar esta verdad escribió su historia; y los jurisconsultos Papiniano, Paulo, Ulpiano y otros muchos, cuyas decisiones están recogidas en las Pandectas, dieron un fundamento legal á esta exorbitante prerogativa de los emperadores. Por eso en tiempo de Severo pudo arrojar la monarquia la máscara con que la habia cubierto Augusto.

Hé aquí de que modo cupo en lo posible la tirania de semejantes mónstruos; pero aquel daño era fruto tardio de la inmoralidad política de la república. Roma se habia acostumbrado con sus victorias á los abusos de la fuerza, y desde entonces el vencedor la sujetaba al mismo tratamiento que ella habia considerado como justo respecto de Cartago y de Corinto. Las miserias de los pueblos avasallados, el espectáculo de los triunfos, las luchas de los gladiadores, la vista continua de los esclavos, hacian que los romanos manifestaran menos compasion hácia el homicidio que la que esperimentamos actualmente, habituados por la civilizacion y la religion á denominar tirano, no solo al que mata, sino tambien al que prolonga inútilmente un solo dia los padecimientos de un acusado.

Es de notar así mismo que si los patricios y los senadores tenian mucho que sufrir en tal órden de cosas, no habiendo nada que intimidara en su oscuridad al pueblo, viéndose halagado, colmado de liberalidades, desvanecido por los espectáculos, acariciado á porfia por los emperadores más infames, hasta podia amar á los que eran oprobio del género humano. Cuando Calígula fué asesinado pidió la enfurecida muchedumbre la muerte de sus asesinos, y la encontraron dispuesta en favor suyo dos falsos Nerones. Toda su política consistia en desear un soberano de mejores prendas; y los sollozos y lamentos en que prorumpió á la muerte de Germánico revelan un pueblo que no sabe esperar consuelos más que de la bondad de un caudillo.

Omnipotencia imperial.—Conviene, sin embargo, decir que el gobierno imperial era el más popular que habia tenido Roma. No habia sido la república otra cosa que una oligarquia más ó menos estensa, en que la muchedumbre tenia algunos tiranos por señores. A la sazon veinte mil tiranias de patricios se hallaban confiscadas en provecho de una sola que, más distante del ínfimo pueblo, le era menos opresiva. Insulta y mata el emperador á los caballeros y senadores, á la par que respeta la plebe y se muestra condescendiente con ella: la divierte con juegos, la gratifica con donativos, vá con ella á la plaza y á los baños públicos, y se guardaria muy bien de someterla á los ultrajes que le prodigaban los Emilios y los Escipiones. Si ya no solicita su voto en los comicios, oye á lo menos sus gritos en el circo y en el teatro. No se atreve á poner allí á prueba su impaciencia haciéndose aguardar demasiado. Hasta el mismo Neron cuando se entrega al libertinage sentándose á la mesa entre Páris y Popea, no bien oye su tumultuoso estremecimiento al pié del palacio, tira por la ventana su servilleta en señal de que está pronto á satisfacerla.

Además casi todos los emperadores se ocuparon en administrar justicia personalmente, lo cual libertaba á los litigantes de la intrincada red de corrupcion que les envolviera en tiempo de la república. No habian presidido las intrigas ni la corrupcion donde no se trataba del interés del príncipe ni de sus favoritos. Desde este momento la libertad de los ciudadanos depende especialmente de la justa aplicacion de las buenas leyes criminales.

A mayor abundamiento el emperador es el tribuno de la plebe. De que parte proceda su protector nada le importa; pagarán los ricos y ella tendrá espectáculos y distribuciones; y en punto á libertad política se reirá de ella como de un juguete que hacen brillar á sus ojos los que faltos de poderio y de oro anhelarian adquirirlos. No dedicándose á ningun oficio, á ningun trabajo, no viviendo más que de noticias, de liberalidades, de espectáculos, la multitud romana amaba á los que le proporcionaban todo esto; envidiosa de los ricos, cual siempre lo es el pobre, se complacia en verlos despojados de una opulencia adquirida con la opresion de los clientes y de las provincias, y temia que se destruyera el imperio para devolverles la orgullosa crueldad de los patricios.

Vése, pues, que no podia pensar en la república ninguno que conservara sano el juicio, y tanto ménos por la razon de que, siendo totalmente desconocido, no solo en la práctica, sino hasta en las utopias filosóficas, el gobierno representativo que da participacion á los súbditos en el gobierno del pais, cualquiera que sea la distancia que les separe, aquel número inmenso de ciudadanos llamados á

Italia bajo los emperadores romanos. Paris, 1884.—EDUARDO COQ.—*El consejo de los emperadores desde Augusto á Diocleciano.* Paris, 1884.

concurrir á los comicios, no hubiera suministrado más que instrumentos de corrupcion y de tumulto.

En su consecuencia, no habia otro remedio que moderar la autoridad de los emperadores; pero ¿cómo lograrlo cuando ni los nobles ni los plebeyos ni el sacerdocio estaban constituidos en un cuerpo capaz de oponerle contrapeso? La *ley regia* hacia al emperador superior á todas las leyes: él conferia los empleos: dependia de su voluntad el ejército: en virtud de la autoridad tribunicia con que estaba investido, podia anular todo lo que hubieran decretado el pueblo ó el Senado: y esta autoridad hacia sagrada su persona, de donde resultaba que la más leve resistencia era un acto de impiedad y de rebeldia, digno de ser castigado como un atentado á la seguridad pública.

Hubiera cabido en lo posible limitar el poder imperial después del asesinato de un tirano, y el Senado lo intentó después de la muerte de Calígula; pero aunque el pueblo lo hubiera llevado en paciencia, todavia quedaba un poder de hecho, poder vivo y preponderante cual lo era el ejército. Queria ante todo las liberalidades de costumbre; si se tardaba en escoger sucesor al imperio, lo proclamaba por sí propio; y hubiera mirado de reojo al que hubiera pretendido moderar la autoridad absoluta de un emperador, privándole así de los medios de ser tan liberal con el ejército, como éste deseaba y aun exigia.

Pretorianos.—Efectivamente, á fin de que la fuerza militar estuviera encarnada en el Estado, creó Augusto la guardia pretoriana, es decir, un ejército permanentemente acantonado en el corazon de Italia contra el espíritu de la constitucion antigua. Tiberio, bajo pretesto de libertar á las ciudades de la molestia de los alojamientos militares y de mantener la disciplina, estableció las diez cohortes de los pretorianos, en el Quirinal y Viminal, en un campamento bien fortificado que amenazaba á Roma. Vitelio elevó á diez y seis mil el número de los pretorianos, lo cual era más que suficiente para mantener á raya á un millon de habitantes inermes. Pero aquellos soldados, corrompidos en los ocios de una vida opulenta, viendo de cerca los vicios del soberano y la debilidad del gobierno, comprendieron que nada podia oponerles resistencia; y llegaron á dar y á quitar á su albedrío el imperio, y á menudo sin otro motivo que la esperanza de nuevas liberalidades. Contemplábanles los emperadores por prudencia, cerraban los ojos respecto de su indisciplina, compraban su favor y el voto que pretendian asistirles como representantes del pueblo, de que eran flor y nata. Los capitanes de aquella guardia eran llamados á juzgar los crímenes de Estado (10); lo cual hizo que superaran en poder á los mismos cónsules y contribuyeran á estinguir el poder del Senado. Consolidóse aun más el despotismo cuando Cómodo añadió al mando militar del prefecto del pretorio una autoridad civil, como ministro de Estado, presidente del consejo del príncipe. Entonces esta dignidad vino á ser la primera del imperio; y Ulpiano, Papiniano, Paulo, Modestino y otros jurisconsultos célebres tuvieron á gloria ser investidos con ella.

Cuando se apercibieron de que la autoridad suprema pertenecia en su consecuencia á los más fuertes, las legiones de las provincias se abrogaron tambien el derecho de saludar por emperador al que se proponian sostener con su espada. Especialmente después de la época á que acabamos de referirnos, los príncipes á quienes elegian, eran á menudo extranjeros, frecuentemente en lucha uno contra otro, y como escogidos entre los soldados y obligados á vivir en los campamentos, tomó cierto aspecto militar el imperio; no siendo ya el emperador el primer magistrado de Roma, sino el general del ejército, ocupado únicamente en satisfacerle ó en refrenarle. Pero como el engrandecimiento del imperio imponia la necesidad de mantener muchos ejércitos, la rivalidad hacia que uno se declarase contra el emperador elegido por otro; y la caña en que se habian apoyado los césares les heria rompiéndose en sus manos.

Ejército.—Era además el ejército, tanto en la forma como en la esencia, muy distinto del que habia vencido al mundo. En otro lugar (Tomo II, pág. 307) hemos dado á conocer el modo de componerse las legiones, con su masa compacta, su fuerte armadura y su inevitable jabelina. Augusto las redujo á verdaderas tropas sin cesar distribuidas en las provincias fronterizas, reservándose el mando de ellas. Ahora la jóven nobleza de Roma y de Italia no se abria paso, sirviendo en la caballeria, á la carrera de las públicas magistraturas, sino administrando justicia y las rentas del Estado: si acontecia que abrazara el partido de las armas, no obtenia por el mérito ó por la antigüedad el mando de un escuadron ó de una cohorte, sino á precio de oro ó en consideracion de una sangre ilustre. Tiberio se quejaba de que no fuesen voluntarios los soldados y estuviesen mal disciplinados. Trajano y Adriano, que dieron al ejército la organizacion que conservó hasta el fin del imperio (11), reclutaron en las provincias, y aun entre sus súbditos, la caballeria lo mismo que los legionarios; y

(10) LAMPRIDIO, *Vida de Alejandro*, pág. 12.

(11) El resumen de Vegecio, *De re militari*, está fundado en sus reglamentos. Augusto señaló á cada pretoriano dos dracmas ó dineros por dia (82 céntimos). Domiciano elevó su paga á novecientos sesenta dracmas anuales. En tiempo de Cómodo recibian mil doscientos cincuenta, segun parece resultar de un pasage confuso de Dion, LXXII, discutido por Valois y Reimar. Por lo que hace á las demás tropas, desde el año 536 hasta el 703 tuvieron veinte y cinco céntimos al dia: bajo Julio César cincuenta y uno; bajo Augusto cuarenta y nueve; cuarenta y ocho bajo Tiberio; cuarenta y cinco bajo Neron; cuarenta y cuatro bajo Galba; cuarenta y tres bajo Oton; cuarenta y cuatro bajo Vitelio, Vespasiano y Tito; cincuenta y siete bajo Domiciano.

después bajo Claudio II, se introdujeron los bárbaros, acogiéndolos sin miramientos ni medida.

Ciertos paises estaban obligados á proporcionar tropas auxiliares que se ejercitaban en la disciplina romana, si bien con las armas á que cada cual estaba acostumbrado, segun su educacion y su patria. De aquí resultaba que toda legion podia afrontar á cualquiera nacion que se le presentase, sin parar mientes en la manera con que estaba armada. Además, llevaba consigo diez grandes máquinas de guerra y cincuenta más pequeñas para arrojar proyectiles, sin olvidar el aparato necesario para formar un campamento.

Diez y seis de las veinte y cinco legiones que sostenia Augusto, fueron licenciadas después de su muerte é incorporadas á las otras, si bien formaron otras trece Neron, Galba, Vespasiano, Domiciano, Trajano, Marco Aurelio y Severo. Cada una se componia de cinco mil hombres (12); y en tiempo de Alejandro Severo, tres de ellas estaban acantonadas en Bretaña, una en la alta y dos en la baja Germania, una en Italia, otra en España, otra en Numidia, otra entre los árabes, dos en la inquieta Palestina, otras tantas en la Mesopotamia, igual número en la Capadocia, dos en la baja y una en la alta Mesia, una en la Nórica, otra en la Retia: se ignora donde se hallaba la otra (13).

Varió su número, y hubo hasta treinta y siete en tiempo de Diocleciano. La distincion de las tropas en *palatinas* y *de la frontera* produjo la corrupcion de las unas y el desaliento de las otras; destinadas aquellas á los ocios de las ciudades con sueldo mayor, y estas á los trabajos del campamento, se sentian muy mal dispuestas á rechazar al enemigo cuando pensaban que sus compañeros de armas vivian en regalados ocios.

Los campamentos romanos se convirtieron luego en ciudades importantes á orillas del Ródano y del Danubio, como *Castra Regia* (Ratisbona), *Batavia Castra* (Passau), *Præsidium Pompei* (Raschia), *Castellum* (Kostendil-Karaul) y los muchos nombres ingleses que concluyen en *chester*. Así quedaban guardadas las fronteras. Donde la naturaleza habia fortificado el pais, se disponia una simple línea de fuertes como los cincuenta castillos de Druso, construidos á lo largo del bajo Rhin, y otros á orillas del alto Rhin y del Danubio: cuando no habia esta barrera natural que protegiese contra las invasiones de los bárbaros, se construian murallas, como la de Bretaña, y la que se estableció entre el Rhin, el Danubio y la Dácica.

Defecto capital de la constitucion imperial era establecer una separacion completa entre el estado civil y el estado militar, dejando á los ciudadanos desarmados delante de las legiones en pié de guerra, las cuales, obligadas á la vida de los campamentos, y á pelear de contínuo, eran las únicas que conservaban algun resíduo del antiguo espíritu romano. Contra ellas no podia más el pueblo que lo que en la actualidad pueden cien millones de indios contra veinte mil ingleses; pero tampoco se hallaba un emperador en aptitud para sostenerse, á menos que fuera un capitan valeroso. Veremos, pues, ocupado el imperio por una série de insignes guerreros, que tal vez retardaron la invasion que le amenazaba por todas partes, si bien llevaron al trono los hábitos despóticos y crueles contraidos en los campamentos. De súbito se hundia su pujanza tan luego como las legiones desenvainaban la espada contra ellos; embarazaba toda reforma su duracion efímera, así como la necesidad en que se hallaban de velar sin tregua y armados contra los extranjeros y los usurpadores: estos, sublevándose con un derecho igual al suyo, no bien eran legitimados por el buen éxito, consagraban todo su esmero á conservar el afecto de los soldados, por gratitud á lo pasado y por miedo de lo futuro. Eran, pues, el todo los soldados, y como después de la estincion de las familias de los Césares, de los Flavios y de los Antoninos, no quedaba la más leve sombra de legitimidad para sostener á los príncipes de fortuna, se sintieron con poder para hacer y deshacer, para elevar sobre su pavés emperadores ó para atravesarlos con sus espadas.

Hacienda.—Tambien la hacienda mudó de aspecto con el imperio (14). Al principio los triunfos habian llenado el tesoro é hinchado á Roma. Cuando cesaron, la obra bienhechora del comercio trasladó á los paises distantes lo que habia afluido en Italia. El sostenimiento de un ejército inactivo y de una corte aumentó sin medida los gastos; y Vespasiano, príncipe más bien avaro que económico, decia que la administracion y la defensa del imperio costaban anualmante cuatro millones de sextercios (15). ¿Cuánto no costaria en tiempo de soberanos localmente disipadores?

Italia estaba libre del impuesto sobre inmuebles (*numeraria*); solo la Italia anonaria debia contribuir con una prestacion en especie. Era carácter del *ager provincialis* el estar sometido á un tributo territorial; pero en proporcion y condicion diferentes, lo cual embrollaba la administracion, hasta que en tiempo de los emperadores se adoptó una base uniforme. En tiempo de Ulpiano no habia más tributo que el impuesto sobre todos los terrenos, y la misma Italia cesó de ser privilegiada en tiempo de Maximiano Hercúleo, á causa de la division que se hizo entonces del imperio.

---

(12) LAMPRIDIO, *Vida de Alejandro*, pág. 151.

(13) DION, IV.

(14) El tratado de Hegewisch *Sobre la hacienda de Roma* cumple mucho más de lo que promete.

(15) SUETONIO. *Vida de Vespasiano*, 17. Algunos leen 40,000.000,000, lo cual ascenderia á 7,000.000,000 de pesetas. Esto es escesivo; pero el otro guarismo es poco elevado, á menos que Vespasiano quisiera hablar del dinero contante, sin evaluar las contribuciones en especie y los servicios personales.

Para atender á los gastos estableció Augusto derechos de gabela hasta en Italia, y un impuesto general sobre las haciendas y las personas de los ciudadanos romanos, exentos de toda carga hacia siglo y medio. Eran tan ominosos los impuestos, que los emperadores se veian obligados de vez en cuando á indultar á los particulares de sumas de consideracion debidas al tesoro. Las mercancias de todas clases pagaban un derecho de entrada desde la octava hasta la cuadragésima parte de su valor. Se puede calcular lo que producia este derecho cuando se sepa que se sacaban anualmente de la India hasta 24.000,000 de pesetas en géneros, vendidos en Roma al céntuplo de su valor primitivo (16).

Generalmente el derecho sobre las ventas no escedia de un uno por ciento, si bien no habia objeto por insignificante que fuera que no estuviese sujeto á esta gabela. Hallábase destinada á la subsistencia del ejército; pero como no bastaba, hubo que recurrir á un vigésimo, es decir á un derecho de cinco por ciento sobre todas las mandas y sucesiones, que ascendieran á cierta suma y no tocaran á algun pariente cercano. Debió ser muy considerable el producto en medio de familias estremadamente ricas, en las que la relajacion de los vínculos domésticos hacian que á menudo diesen la preferencia sobre sus propios hijos á los libertos ó á los extranjeros que habian sabido adular las pasiones del testador ó satisfacerlas. De aquí resultaba que en el trascurso de pocos años ingresaban todas las herencias en el tesoro; además producian mucho las multas impuestas á los célibes en virtud de la ley Papia-Popea. Además, iban á parar al fisco, 1.° todo lo que recaia en virtud de un testamento en una persona que muriera antes de que se hubiera abierto; 2.° los donativos ó mandas hechas á personas indignas, ó bajo ilícitas condiciones; 3.° lo que venia á ser rehusado por el heredero ó por el legatario, negativa que ocurria frecuentemente en los casos de rebelion para no aparecer como amigos del reo; 4.° todo lo que se habia legado á célibes que no se casaban en el término de un año, y la mitad de las mandas hechas á los esposos sin hijos; 5.° nueve décimas partes de los donativos entre marido y mujer sin prole; 6.° todo lo que tocaba al que suprimia un testamento ó impedia á alguno testar libremente.

Además de los crímenes de Estado que eran muy frecuentes, innumerables delitos traian consigo la confiscacion, y entre otros el parricidio, el incendio, la falsificacion de la moneda, la sodomia, el rapto ó la violacion de doncellas, el sacrilegio, el peculado, la prevaricacion, el estelionato, el monopolio y el acaparamiento de granos destinados á Roma ó al ejército, el atentado á la libertad agena. Incurrian en la misma pena el magistrado que sobornaba testigos contra un inocente el señor que esponia á sus esclavos en el anfiteatro, los falsarios; después de Alejandro Severo, los adúlteros, el que operaba ó permitia que se operara en su persona la castracion, el que usaba de violencia á mano armada, el que mudaba de domicilio para librarse del impuesto, el que tomaba dinero á préstamo de las cajas públicas, el que suponia un hijo, el que ocultaba los bienes de un proscrito, el que trasportaba oro fuera del imperio y vendia armas á los extranjeros, el que compraba de mala fé una cosa en pleito, el que vendia púrpura ó abria el testamento de un vivo ó despojaba de sus ornamentos un edificio de la ciudad para hermosear una casa de campo (17).

Los bienes que volvian al fisco, por efecto de la ley ó de las confiscaciones, eran en tanto número, que hubo necesidad de instituir *procuradores de los bienes caducados* para recogerlos y administrarlos en las provincias, cargo que no se conferia á gente insignificante, sino á personages eminentes, y hasta á individuos consulares (18).

Tambien se hacian á los emperadores considerables mandas; y si bajo este concepto rennió Augusto en veinte años 4,000.000,000 de sextercios, puede calcularse cual seria su producto en tiempo de emperadores de una perversidad descarada, entre los cuales hubo algunos que rompian todo testamento en que no se les daba parte.

Como solo los ciudadanos estaban sometidos á las cargas aquí numeradas, Caracalla declaró tales á todos los que disfrutaban de libertad; elevó tambien el vigésimo al décimo, lo cual no duró más que el tiempo de su reinado: Alejandro Severo lo redujo á la trigésima parte. Por lo demás, los impuestos aumentaban segun el carácter de los emperadores y el acrecentamiento de las necesidades. Pero el abuso de arrendar la recaudacion á contratistas subsistió siempre, lo cual hacia pesar sobre los súbditos crueles é inauditas vejaciones (19).

Leyes.—El cambio de constitucion introdujo un nuevo manantial de derecho. En un principio no habia más que leyes y edictos. Eran las determinaciones tomadas por los patricios y los plebeyos de comun acuerdo, á propuesta de un magistrado superior (20) ó en los comicios por centurias á propuesta de un magistrado plebeyo. Estos últimos, denominados plebiscitos, son los más importantes:

(16) PLINIO, *Hist. nat.*, VI, 23; XII, 18. Véase lo dicho en la nota de la pág. 116.

(17) Véase NAUDET. *De las mudanzas*, parte 1.ª, página 194.

(18) MURATORI, *Thes.*, I, p. 714, 896; VI, 433, 443, 1112.

(19) Justo Lipso hace ascender las rentas del imperio á ciento cincuenta millones de escudos de oro: Gibbon las reduce á 15 ó 20.000,000 de libras esterlinas, es decir, de 360 á 480.000,000 de pesetas; los autores de la *Historia Universal*, á 960.000,000.

(20) Ulpiano define la ley diciendo en el libro I *De legibus; Communis reipublicæ sponsio.*

queda muy poco de los senados-consultos de los tiempos republicanos, de manera que un republicano ha pensado que no habian venido á ser fuente de derecho hasta después de Tiberio, no siendo anteriormente más que proposiciones vigentes solo por un año. Mas ahora está demostrado lo contrario (21); pero en los tiempos republicanos, absorbido por la política el Senado, no tenia espacio para ocuparse en el derecho civil, que abandonaba á los tribunos; y al reves, cuando vinieron los emperadores no pudo fijar su atencion sobre otro objeto.

Emanaban los *edictos* de los pretores y de los ediles, como reglas conforme á las cuales juzgaban durante el tiempo de sus magistraturas; y eran correcciones que el espíritu flexible de la democracia hacia al severo é inflexible derecho del patriciado, enseñando acciones ó excepciones para suprimir el efecto de las fórmulas, protegiendo la propiedad natural contra la quiritaria de manera que aquella se igualase con esta. Asi, al lado de la usucapcion que protegia solo las posesiones italianas, elevaban la prescripcion, extendida tambien á las provinciales; el testador podia desheredar á sus hijos, pero rompia el pretor aquel testamento, suponiendo que solo lo podia hacer un loco. El derecho civil no conocia otras fuentes de obligacion más que los contratos ó los delitos calificados; pero la equidad pretoria inventaba los casi contratos y los casi delitos, con los cuales hacia pasar al fuero externo algunos deberes reservados primeramente á la inspiracion de la conciencia.

Así se conciliaba la veneracion hácia lo pasado con la necesidad de innovaciones, mediante lentas y sucesivas mejoras.

Constituciones de los príncipes.— Posteriormente se estableció que tuvieran fuerza de ley los *actos* de los emperadores. Algunos de estos actos introducian verdaderamente un nuevo derecho *(mandata, edicta);* otros no hacian más que aclarar ó aplicar el derecho existente *(rescripta, epístolæ, decreta, interlocutiones)*. Los rescriptos y los decretos eran redactados por los mejores jurisconsultos, y de consiguiente estimadísimos sobre todo en cuanto á la aplicacion del derecho. Nos quedan más de mil doscientos desde Augusto á Constantino (22). Deben añadirse las sanciones ó fórmulas pragmáticas; rescriptos imperiales para el gobierno de las provincias, dirigidos á los gobernadores, como ordenanzas especiales para la ejecucion de las leyes; en suma, decretos ejecutorios que presuponen otros anteriores.

Edicto perpétuo.—Así se multiplicaron las leyes, pero los edictos del pretor continuaban siendo de sumo peso, y como las adiciones sucesivas los habian estendido mucho, habia necesidad de coordinarlos. Ofilio, contemporaneo de Ciceron, los reunió antes que nadie: pero Salvio Juliano hizo sobro ellos un trabajo más célebre de órden del emperador Adriano (libro VI, pág. 105), quien mandó después que fuera aprobada aquella compilacion por el Senado, tal vez al tiempo de instituir las cuatro magistraturas judiciales de Italia. No es cierto que impidiera con esta medida á los pretores modificar el edicto como anteriormente (23); pero la redaccion de Juliano sirvió de texto á los jurisconsultos y fué inserta íntegramente en las *Pandectas*.

No introdujo Juliano en su trabajo nuevos principios; sin embargo modificó el derecho, suprimiendo lo que no convenia ya al tiempo. Muchos acometieron la empresa de comentarlo, empezando el mismo Juliano; posteriormente Pomponio y Ulpiano consagraron á esta tarea ochenta y tres libros; Paulo ochenta; Furio Antíoco, cinco; Saturnino y Gayo se ocuparon tambien de este trabajo. Además muchos modernos han aspirado á restablecer el texto (24).

Otras dos innovaciones pusieron trabas al efecto de esta institucion escelente, que arrebataba á los pretores su arbitrariedad legislativa y daba reglas comunes al gobierno del imperio. Fué la primera que los emperadores, especialmente después de Adriano, espidieron frecuentemente á solicitud de los litigantes, rescriptos en que no solo interpretaban las leyes, sino que las aplicaban á los casos particulares, constituyéndose de este modo en legisladores y jueces. Fué la segunda la autoridad otorgada á las respuestas prudentes.

Respuestas prudentes.—Hasta el tiempo de Au-

---

(21) HUGO, *Lehrbuch der Gesch, des römischen Rechts bis auf Justinian.*

(22) Responden á las preguntas por las *epistolæ literæ;* y á consecuencia de una peticion hacen una *subscriptio, adnotatio*, llamada *sanctio pragmatica*, si se dirige á una ciudad ó á una corporacion. Las concesiones de privilegios están designadas especialmente con el nombre de *constitutiones personales;* los *decreta*, ó las *interlocutiones*, son las decisiones de causas elevadas por via de apelacion ante el emperador ó su consejo: los *mandata* son las órdenes trasmitidas por el emperador á los gobernadores de las provincias: los *edicta* son las órdenes dirigidas al pueblo.

(23) Heinecio, Bach, y todos los autores hasta Hugo, han sustentado en este punto la afirmativa; Hugo la negativa, y con razones fundadísimas.

(24) Entre otros JULIO BAUCHIN, en 1597, segun POTHIER, *Pandectæ justinianeæ*, tomo I.

WESTEMBERG.—*Manual del derecho romano.* Berl., 1822.

WIELING.—*Fragmenta edicti perpetui.* Francker, 1733.

LOD. FRIEDLAENDER.—*Historia de las costumbres de Roma desde Augusto hasta el fin de los Antoninos* (aleman). Tres tomos. Leipzig, 1862 71.

Véanse además:

H. GIFANIUS, *Œconomia juris;*

G. NOODT, *Comentarius ad Digesta;*

HEINECIO, *Edicti perpetui ordini et integritati suæ restituti, partes duo;*

C. G. L. DE WEYHE.—*Libri tres Edicti*, ó sea *De origine fatisque jurisprudentiæ romanæ, præsertim Edictorum prætoris, ac de forma Edicti perpetui.* Cella, 1821.

gusto todo el que habia estudiado leyes respondia á los consultantes sin necesidad de estar autorizado para ello. Este emperador confirió á algunos jurisconsultos el privilegio de dar respuestas, que se consideraban como emanadas de su autoridad. Esponian su dictámen, y si habia unanimidad, éste tenia fuerza de ley; en el caso contrario el juez decidia; medio favorabílisimo para evitar las discusiones de derecho poco convenientes á las monarquias. Adriano hizo posteriormente un rescripto por cuyo texto este privilegio se concedia á los jurisconsultos clásicos, sin que fuera necesario presentar particular instancia (25).

Jurisconsultos.—Con atribuir tanta importancia á la ciencia de las leyes se inclinaron hácia este lado muchos talentos, que no veian abiertas ante sus ojos las carreras en que se ejercitaban en otro tiempo. Entonces aparecieron ilustres jurisconsultos, cuya reputacion añadió tantos quilates á la confianza en su sabiduria, que se llegó hasta el estremo de consultar sus respuestas con preferencia al texto, especialmente las que aclaraban y daban solucion á puntos difíciles de derecho.

De aquí resultó un fenómeno particular entre los romanos: poseyeron una literatura legal, si es lícito esplicarnos de este modo, que no cedia á las demás en nada, y ofrecen obras que, por la pureza del lenguaje, por la concision, y por una admirable claridad en el desenvolvimiento de las cuestiones más complicadas, especialmente por un análisis severo, serán por siempre asombro de los doctos y baldon de los que no ven en ellas más que una masa confusa, en que no se sabe si choca más la incoherencia de las razones ó la barbarie del estilo. Estos jurisconsultos plantean las cuestiones en términos precisos, las desenvuelven á estilo de los matemáticos, y emplean alternativamente el análisis para penetrar en la naturaleza de las cosas, la gramática para esplicar el significado de las voces, la sutil dialéctica para elevarse á la interpretacion rigurosa, la síntesis para combinar no solo la autoridad de los demás jurisconsultos y de los emperadores, sino tambien la de los filósofos, de los médicos y de los físicos. En vez de definiciones buscan espresiones de un sentido técnico y exacto, que por su índole escluyen toda duda; en vez de recurrir á las divisiones de escuela, van en derechura á la aplicacion práctica; lo cual hace que evitando toda divagacion alcancen su objeto con tal rapidez, que sus consultas no llenan una página, por complicadas que sean las cuestiones. Así se preservaron de las desgraciadas innovaciones introducidas en la literatura y en la lengua por Séneca y sus imitadores. Del mismo modo que Galileo escribia con límpida sobriedad en medio de los períodos ampulosos del siglo XVII, la concisa pureza de aquellos jurisconsultos forma admirable contraste con los pretenciosos estravios de los literatos. Solo más tarde hicieron uso algunos de la lengua griega, que es tan poco adecuada á la jurisprudencia como el latin á la filosofia. Aquellos que han advertido cuan desgraciadas son ciertas etimologias tomadas por nosotros de los primeros autores latinos, no estrañarán que en este punto no salieran más airosos los mismos jurisconsultos (26).

La parte más importante de la filosofia romana era la jurisprudencia, y como uno de los principales oficios del patrono consistia en defender al cliente, todas las grandes familias querian tener un jurisconsulto. Pero su creacion, como ciencia, se atribuye por Ciceron á Quinto Mucio Escévola, su contemporáneo, el cual á la habilidad literaria y á la elegancia de la exposicion, asoció el arte de distribuir, distinguir, definir é interpretar (27). Alcanzaron nombre en ella Aulo Ofilio, Alfeno Varo, Servio Sulpicio Rufo, Aquilio Galo que pasaba parte del año en su quinta escribiendo obras, Aulo Cascelio, el cual, ingenioso en sus dichos, independiente en sus acciones, jamás quiso componer una fórmula de derecho con arreglo á las leyes publicadas por los triunviros, diciendo que la victoria no confiere título para mandar; y á quien le aconsejaba moderarse al hablar de César, contestaba:

---

(25) Tal es en mi concepto el significado más natural del célebre pasaje de Pomponio. Fr. I, § 47, D. I, 2: *Sussurius Sabinus in equestri ordine fuit, et publice primus respondit; posteaque hoc cæpit beneficium dari a Tiberio Cesare. Hoc tamen illi concessum erat. Et, ut obiter dicamus, ante tempora Augusti publice respondendi jus non a principibus dabatur, sed qui fiduciam studiorum suorum habebant, consulentibus respondebant. Neque responsa utique signata dabant, sed plerumque judicibus ipsis scribebant, aut testabantur qui illos consulebant. Primus divus Augustus, ut major juris auctoritas haberetur, constituit ut ex auctoritate ejus responderent: illo tempore peti hoc pro beneficio cæpit. Et ideo optimus princeps Hadrianus, quum ab eo viri prætorii peterent ut sibi licere respondere, rescripsit eis, hoc non peti, sed præstari; et ideo delectari se, si quis fiduciam sui haberet, populo ad respondendum se præpararet.*

No se prestaba fe alguna á esta autoridad tan imponente, cuando un pasaje de Gayo, recien descubierto (*Comm.*, I, 7), vino á desvanecer toda especie de dudas. Es el siguiente: *Responsa prudentum sunt sententiæ et opiniones eorum, quibus permissum est jura condere: quorum omnium si in unum sententiæ concurrant, id quod ita sentiunt, legis vicem obtinet; si vero dissentiunt, judici licet, quam velit sententiam sequi: idque rescripto divi Hadriani significatur.*

(26) *Familia* de *fons memoriæ*, *metus* de *mentis trepidatio*, *furtus* de *furvus*, *stellionato* de *stellio* tarantula, *testamentum* de *testatio mentis*.

(27) *Sic enim existimo, juris civilis magnum usum et apud Scævolam, et apud multos fuisse: artem in hoc uno. Quod nunquam effecisset ipsius juris scientia, nisi eam præterea didicisset artem, quæ doceret rem universam tribuere in partes, latentem reperire definendo, obscuram explanare interpretando, ambigua primum videre, deinde distinguere...—Sed adjunxit etiam et literarum scientiam, et loquendi elegantiam.* Brutus, 41; pro Muræna, 10, 14.

Dos cosas me hacen franco, el ser viejo y el no tener hijos.

La filosofía del derecho se descubre abiertamente en Ciceron, al cual vemos burlarse de las fórmulas del derecho estricto, y sostener con franqueza la ley natural y la equidad, religion de lo pasado, insuficiente para en adelante. Entonces se declaró en abierta lucha el derecho natural con el civil, reducido á la defensiva.

Los jurisconsultos posteriores se fundan principalmente en la escuela estóica, como la más austera y castigada, no tan rígida sin embargo como aparecia en las palabras de Caton y Tuberon y en las burlas de Marco Tulio, sino pulida, más tolerante y menos supersticiosa, la cual proclamaba con los filósofos más recientes el gobierno de la Providencia, el parentesco de los hombres y el poder de la equidad natural. Sabian estos además recurrir á las otras filosofías, y especialmente á la metafísica de Epicuro. Teniendo siempre en vista las cosas prácticas, con razon se llamaban *sacerdotes que buscan la verdadera y no la simulada filosofía* (28). Después de haber definido la jurisprudencia diciendo que es el *conocimiento de las cosas divinas y humanas, la ciencia de lo justo y de lo injusto, el arte del bien y de la equidad*, se apercibieron de la necesidad de dar al derecho una base más sólida que la sucesion fortuita de los sucesos y la voluntad humana; hicieron, pues, que se derivara de una ley eterna de justicia, innata en el hombre, de donde emanan tres reglas fundamentales: *vivir honradamente, no ofender á otro, dar á cada cual lo que le pertenece.*

Nótase en ellos la eficacia del estoicismo modificado por el cristianismo cuando Florentino enseña que la servidumbre es una institucion del derecho de gentes contra natura (29) y que la naturaleza estableció una especie de parentesco entre los hombres (30); y Ulpiano que todos los hombres en cuanto á derecho natural son iguales y nacen libres (31).

Distinguieron el derecho en derecho natural, derecho de gentes y derecho civil, segun que sus principios nacen de la naturaleza animal, del hombre en su naturaleza racional, ó del órden político de cada pueblo. Sin embargo, en la práctica confundieron el primero y el segundo, no admitiendo distincion más que entre el derecho civil y el derecho de gentes, siendo uno para los ciudadanos y otro para los extranjeros. El derecho civil formaba parte del que todavia hoy llamamos así, y determinaba la facultad y las prerogativas de los ciudadanos romanos. El derecho de gentes se diferenciaba del natural en que este reconocia en cualquier individvo el derecho de satisfacer sus necesidades y sus instintos naturales, y aquel ponia al hombre en relacion con sus semejantes. Si estos pertenecian á la misma unidad social, se regian por el derecho civil; pero el de gentes era diferente de lo que nosotros entendemos por este nombre, porque los romanos se cuidaban poco de los deberes recíprocos entre los pueblos, y solo consideraban lo que hacen la mayor parte de estos. En sus obras se atuvieron con más frecuencia al órden práctico, es decir, al del edicto perpétuo (32). Sin embargo, algunos como Gayo y Ulpiano, siguieron clasificaciones filosóficas distinguiendo los derechos, segun concernian á las personas, á las cosas, ó á las acciones.

La determinacion histórica de las leyes, que en la actualidad nos parece de tanta importancia, la desdeñan, á menos que sea absolutamente indispensable para comprender el derecho. De mejor grado se detienen á esponer el orígen de las opiniones adoptadas por los jurisconsultos, y los principios que han introducido (33).

Escuelas de derecho.— Aquellos jurisconsultos formaron escuelas que más tarde se organizaron y vinieron á estar en contradiccion entre sí, como acontece siempre que se aplica á la discusion el raciocinio. Ya en tiempo de Augusto disentian Antistio Labeon y Ateyo Capiton, célebres jurisconsultos, habiendo permanecido fiel el primero á las libertades antiguas, y habiéndose consagrado enteramente al emperador el segundo (34); aquel deseoso de perfeccionamientos progresivos, éste pertinazmente adicto á las doctrinas tradicionales; ambos representando en suma la division más general en las doctrinas, la del progreso y la de la inmobilidad (35). Labeon pasaba en la ciudad seis meses respondiendo á los argumentos, y seis en el campo componiendo; y escribió cuatrocientos volúmenes comentados por los jurisconsultos posteriores.

Otros jurisconsultos continuaron su escuela; luego se formaron algunas nuevas, diferentes entre sí, ora por el método, ora por el punto de partida, ora por la sustancia de las discusiones: daban unas

(28) Fr. I, § 1, D. 1, 2.
(29) L. IV, § 1, D. *de statu hominum.*
(30) L. III, D. *de just. et jure.*
(31) L. XXXII. D. *de reg. juris;* L. IV, *de just. et jure.*

(32) Por ejemplo las *Receptæ sententiæ* de Paulo.
(33) Estas esplicaciones degeneran á veces en minuciosidades, como se vé en los fragmentos hallados en la biblioteca del Vaticano en 1823. Véase WARNKÖNIG, *Historia esterna del derecho romano*, Bruselas, 1836.
(34) Habiendo empleado Tiberio en un edicto una palabra que no era latina, y aprovechando un senador la coyuntura de ostentar libertad sin peligro, se levantó para notar la falta. Capiton sostuvo que si bien no se habia usado nunca, se debia admitir como latina por respectos á Tiberio. Un tal Marcelo respondió que Tiberio podia dar derecho de ciudadania á los individuos, no á las palabras. ¡Oposicion magnánima!
(35) *Antistius Labeo, ingenii qualitate et fiducia doctrinæ, qui et in cæteris sapientiæ partibus operam dederat, plurima innovare studuit; Atejus Capito in his quæ ei tradita erant perseverabat.* POMPONIO, fr. 2, § 47, D. I, 2.

la preferencia al derecho estricto, á la equidad otras, estas á los principios teóricos, aquellas á la espresion de la ley.

Sobre el porvenir ejercieron una accion pasmosa los libros de los jurisconsultos. Con efecto, algunos de ellos aclararon el derecho y fueron puestos á contribucion por Justiniano (36); otros, que han llegado hasta nosotros, instruyeron y guiaron á menudo á los legisladores y á los jurisconsultos, si bien fueron asimismo á veces para ellos una traba; y durante largo tiempo constituyeron la ley de todos los Estados modernos.

Salvio Juliano.—Nunca acabaríamos si hubiéramos de citar á todos los que se hicieron célebres como jurisconsultos y cuya historia escribió Sexto Pomponio, ilustre jurisconsulto (37). Semejante á este fué Salvio Juliano, probablemente milanés, que vivia aun bajo Antonino, y desempeñó los más honoríficos empleos, incluso el de prefecto de Roma. Además de la compilacion del *Edicto perpetuo*, escribió noventa libros de *Digestos:* y trescientos setenta y seis fragmentos de ellos han sido conservados en las Pandectas.

Gayo.—Posteriormente viene Gayo ó Cayo Tacio, cuyos *Institutos*, destinados á enseñar el derecho fueron comenzados bajo Antonino, acabados bajo Marco Aurelio y forman la esencia de los de Justiniano (38). Es la obra que nos dá á conocer más minuciosamente el derecho clásico; y á pesar de notarse lamentables vacios, ha aclarado muchos puntos de legislacion y de historia. Gayo escribió además sobre el Edicto provincial y sobre las Doce tablas (*Libri ad edictum* Δώδεκα δελτοι), luego otra obra con el título *Rerum quotidianarum, ó Aureorum libri* en el género de sus *Institutos*.

Papiniano.—Otros marcharon en pos de su huella hasta el instante en que aparecieron Emilio Papiniano, Julio Paulo, Domicio Ulpiano, Herennio Modestino. Papiniano, fenicio, prefecto del pretorio y presidente del consejo privado de Séptimo Severo, enviado á la muerte por Caracalla á consecuencia de no haber querido justificar su fratricidio, fué considerado como príncipe de los jurisconsultos. Valentiniano III declaró que su autoridad debia prevalecer sobre la de todos los demás. Justiniano le prodiga los títulos más distinguidos.

Paulo y Ulpiano.—Paulo y Ulpiano, colegas suyos en el consejo del emperador, compusieron gran número de obras que sirvieron mucho para las Pandectas, puesto que los estractos de Ulpiano forman una tercera y los de Paulo una sexta parte de ellas; además sus comentarios sobre el Edicto perpétuo pueden ser considerados como la base del Digesto. Paulo era natural de Padua; en las Pandectas se hallan pasajes sacados de setenta y ocho

---

(36) Imprímese comunmente á la cabeza de las *Pandectas* el catálogo de autores cuyos escritos consultó Justiniano, catálogo sacado del famoso manuscrito del Digesto conservado en Florencia.

(37) Fragmento inserto en el lib. I, tít. 2 del Digesto.

(38) Entre los numerosos manuscritos que enriquecen la biblioteca de Verona, y cuyo catálogo ha dado Escipion Maffei en su *Verona illustrata*, se encuentran algúnas hojas de pergamino, que aquel docto anticuario conjeturó haber pertenecido á un código manuscrito, ó formado parte de un trabajo de algun antiguo jurisconsulto. En la *Historia de la teologia* describió más detenidamente aquellos fragmentos de que publicó el *facsímil*, que fué reproducido en el *Nuevo tratado de diplomacia*. Desde entonces no se volvió á hablar de ellos hasta el instante en que Haubold hizo imprimir en Leipzig en 1816 una *Notitia fragmenti veronensis de interdictis*. Niebuhr, que pasaba entonces por Verona para dirigirse á Roma en calidad de embajador de Prusia, habiéndose detenido alli dos dias, sacó copia de un fragmento sobre *præscriptionibus*, y de otro sobre los derechos del fisco. Examinó además diferentes manuscritos, y especialmente uno que contenia las epístolas de San Gerónimo, reconocido como palimsesto por Maffei y por Mozotti, aunque no descifrado. Niebuhr descubrió bajo aquella escritura cuanto bastaba para convencerse de que era obra de un jurisconsulto. Informó de ello á Salvigny, y juntos publicaron en los periódicos este descubrimiento, demostrando que el fragmento de las *prescriptiones* pertenecia á los *Institutos* de Gayo. La academia de Berlin comisionó á los señores Goschen y Bekker en 1817 para que se dirigieran á Verona, y superando las dificultades que comunmente oponen á todo el que quiere hacer el bien, los que no quieren ó no saben hacerlo, consiguieron leer las nueve décimas partes del libro: el resto era ilegible.

Componiase el manuscrito de ciento veinte y siete hojas: la escritura más reciente estaba en letras mayúsculas y presentaba veinte y seis epístolas de San Gerónimo: la escritura ofrecia los *Institutos* en caractéres muy elegantes; y entre esta y aquella se encontraba otra que no cogia más de la cuarta parte del manuscrito: reproducia epístolas y meditaciones del mismo santo. De consiguiente, el pergamino habia sido raspado tres veces, y sin embargo, ofrece un texto completo, aunque su lectura haya exigido un trabajo penoso y obstinado. La primera edicion se hizo en Berlin en 1820.

Como aquel manuscrito no contenia título alguno, se necesitaba próbar como se encontraban allí verdaderamente los *Institutos* de Gayo. Justiniano en el proemio de sus *Institutos* declara haber bebido en las de Gayo: *Quas ex omnibus antiquorum iustitutionibus et præcipue ex comentariis Gaii nostri etc. Proemium.* Ahora bien, si se cotejan estas dos obras es evidente la semejanza, salvo que en los *Institutos* de Justiniano ya no se encuentran muchas leyes que habian sido derogadas, como la ley Elia Sentia, que asimilaba después de la emancipacion los *servi penæ* á los extranjeros, *dedictitii*. Además los *Institutos* de Gayo corresponden al resúmen hecho de esta obra por los autores del *Breviarium Alarician-um*. En fin allí se encuentran casi todos los pasajes citados en las Pandectas, en la coleccion de las leyes mosaicas y romanas, y por último por Boecio y por Prisciano.—Niebuhr y Knopp creen la escritura anterior al reinado de Justiniano; Bluhm coleccionó la primera edicion con el texto de Verona, é hizo una *princeps* en 1824. Otros van perfeccionando aquel trabajo.

Véase GAII.—*Institionum commentarii quatuor, quos tentat rubricis, adnotationibus, additionibus, versioneque italica explanare, quæque hujusque proditæ editiones fortunæ sustinuerunt damna sarcire Frasciscus Lisius.* Bolonia, 1859.

obras suyas, sin hablar de los cinco libros titulados *Receptæ sententiæ*, que contiene todos los principios de derecho no disputados, y que están dispuestos en el órden del Edicto perpétuo. Pasando gran parte de sus axiomas al código de los visigodos, vinieron á ser ley práctica en España, en la Galia meridional y entre los borgoñones, hasta el momento en que se introdujeron allí la compilacion de Justiniano y los códigos bárbaros. Su estilo es á veces oscuro, á la par que el de Ulpiano es siempre claro y preciso, á pesar de algunos solecismos semíticos, que revelan su orígen fenicio (39).

Tuvo por discípulo á Modestino, cuyas obras, así como las de sus tres antecesores ya mencionados, adquirieron fuerza de ley en tiempo de Valentiniano III.

Fuerza es atribuir en parte á los consejos de estos últimos jurisconsultos muchas mejoras reales introducidas en la legislacion; en parte tambien á la índole de la nueva constitucion, pues no embarazando al emperador los privilegios de ningun cuerpo, y hallándose segregados de la vida política los ciudadanos, procuraron estos desquitarse con la mayor independencia civil; y por último, en parte á las nuevas doctrinas que oponian los galileos á los sistemas orgullosos é inhumanos de las antiguas escuelas.

A fin de que la nobleza no hiciese sombra á los emperadores, propagaron estos los derechos comunes de la naturaleza humana: favorecieron los peculios de los hijos de familia y las emancipaciones; aumentaron los efectos y restringieron las solemnidades de las manumisiones; estendieron el derecho de ciudadania, y mejoraron la condicion de los esclavos, refrenando la crueldad de los señores. Bajo este aspecto todavia era popular el jefe del Estado; pues queria la ley para todos, humillar á los soberbios, tener á la muchedumbre escudada contra las opresiones privadas y satisfecha en lo relativo á las necesidades de la vida y al uso de la libertad natural; con cuyo objeto no otorgaba privilegios á ninguna clase de personas, á fin de tener la facultad de elevar á las dignidades á quien le parecia digno de ello. Ponia remedio á gran número de abusos el celo de los emperadores por la justicia, é imprimia á los magistrados un saludable miedo, y aproximaba cada vez más el derecho á la equidad natural y al sentido comun. De este modo continuaba adelantando la humanidad hasta bajo el peso de sus padecimientos; y con el gran nombre del imperio, y á tanta distancia como él, se estendia esta idea de igualdad bajo un solo gobierno, y opuesta á todo lo que la antigüedad habia practicado, debia constituir la base de las sociedades modernas.

(39) Los fragmentos de estos tres jurisconsultos famosos, constituyen la parte principal de la coleccion de las fuentes del derecho romano publicado en Paris con el título de *Juris civilis ecloga*, 1822-1827.

CAPÍTULO XV

RIQUEZA, COMERCIO.

Temerosos los ricos cuya ambicion no podia ejercitarse ya en las magistraturas, de hacer sombra al emperador, duplicaban las prodigalidades del lujo privado, embriagándose de placeres como personas que quieren olvidar la espada pendiente de un hilo sobre sus cabezas.

Cuentos orientales parecen las narraciones del lujo y de las riquezas de entonces. En vano habian propuesto y vuelto á proponer los buenos las leyes agrarias: el predominio de la espada prevalecia sobre todo; y en medio de un pueblo inmenso, pobre, mendigo, algunos rebosaban de increibles riquezas. Uno que deploraba las graves pérdidas que habia sufrido en tiempo de la guerra civil, dejó al morir cuatro mil ciento diez y seis esclavos, tres mil seiscientas yuntas de bueyes, doscientas cincuenta mil cabezas de otros ganados y sesenta millones de sextercios, sin calcular las tierras (1). Crispo de Vercelli tenia doscientos millones de sextercios; trescientos millones el filósofo Seneca; cuatrocientos el augur Cneo Léntulo y Narciso liberto de Claudio; más aun Icelo, favorito de Galba; y Palas, otro liberto de Claudio, reunió tantas riquezas, que reduciéndolas á terrenos habrian cubierto la trigentésima quincuagésima parte de la Francia (2). Segun Plinio, los bienes de Neron confiscados á seis ricos, constituian la mitad del Africa proconsular (3). Por Vopisco sabemos que Aureliano tenia en una quinta privada del emperador Valeriano cinco mil esclavos, dos mil cabezas de ganado vacuno, mil de ganado caballar, diez mil ovejas y quince mil cabras (4), lo cual destruye la declamatoria exageracion de Séneca cuando dice que aquellos reinos y provincias bastaban apenas para apacentar los rebaños de algunos y cuyos esclavos eran mas numerosos que bélicas naciones, y las casas más vastas que una ciudad (5).

Apenas bastaba todo el incienso de Arabia para las apoteosis de los emperadores. Neron consumió en liberalidades 4.000.000,000 de sextercios y Calígula 2,700.000,000; Domiciano 12,000 talentos solo por dorar el Capitolio (6); Adriano, en honor de su suegra y de su predecesor, hizo donativo al pueblo de increible cantidad de aromas, exhalando bálsamos en los teatros y en los jardines. Heliogábalo nadaba en piscinas donde estaba mezclada el agua con esencias, y prodigaba á calderas el nardo (7). Hasta los guerreros, en los dias solemnes ungian sus banderas y sus águilas y perfumaban sus personas con aromas preciosos. Plinio se adelanta á decir que los romanos iban inundados de ungüentos por dentro y por fuera, y que una mujer, cuyas embalsamadas emanaciones provocaban á su tránsito á los que se hallaban ocupados en otros asuntos, podia estar segura de ser encomiada (8).

Herodes Atico.—Apenas puede darse crédito á la portentosa riqueza de algunos particulares. El abuelo de Lolia Paulina, víctima de Agripina, atesoró tanto gobernando el Asia, que ella pudo presentarse en un banquete llevando encima un valor de cuarenta millones de sextercios en joyas. Y entre los ciudadanos más espléndidos de aquella época se ha de mencionar á Herodes Atico. Su

(1) PLINIO; y véase tomo II, pág. 422.
(2) PAUCTON, *Metrologia*, cap. XI.
(3) Lib. XVIII, 6.
(4) En *Aureliano*, cap. X.
(5) *De beneficiis*, VII, 10.
(6) SUETONIO. Dion dice tres mil trescientos millones.
(7) LAMPRIDIO. En la vida de este príncipe, XIX, 24.
(8) PLINIO, *Hist. nat.*, XIII.

padre Julio, de pobre y humildísima nacion, descubrió en un viejo caseron un tesoro ilimitado, sabido lo cual por el emperador Nerva le dijo que hiciese de él lo que más le conviniese, eximiéndole de la cuota que por ley debia entregar al fisco. Y habiendo aquel replicado que temia emplearlo mal, el emperador, más generoso que prudente, le replicó: «Usa y abusa de él como te acomode.»

Inmenso patrimonio heredó, sin embargo, Herodes, con el gravámen de dar cada año á todo ciudadano de Atenas una mina (pesetas 87); del cual se redimió pagando de una vez la suma de cinco años, que pasó de veinte y dos millones. Educado por los más doctos maestros de Grecia y Asia, tuvo gran fama de orador, segun los tiempos; obtuvo en Roma el consulado y la prefectura de las ciudades libres del Asia; y allí para conducir aguas á los habitantes de la Troade, consiguió de Adriano trescientas miríadas de dracmas, pero como el gasto ascendia al doble y los ministros del erario murmurasen, Atico mandó seguir las obras supliendo de su peculio.

Retirado de los negocios vivia en Atenas y sus cercanias discutiendo con los sofistas, que se dejaban vencer por tan generoso contrincante. Interin prodigaba su hacienda en obras públicas. Presidió los juegos en dicha ciudad, y fabricó en cuatro años un estadio largo de seiscientos piés, todo de mármol blanco, el cual podia dar cabida á la poblacion entera. Consagró á la memoria de Regila su esposa, un teatro que no tenia igual, sin otra madera que cedro esculpido. Restauró en su antigua magnificencia el Odeon, que habia hecho edificar Pericles con las entenas de los buques persas: hermoseó el templo de Neptuno sobre el istmo, que se proponia cortar: donó un teatro á Corinto, un estadio á Delfos, baños á las Termópilas, un acueducto á Canucio en Italia. No hablamos aquí de los trabajos menos importantes ejecutados á su costa en la Tesalia, en el Epiro, en la Eubea, en la Beocia, en el Peloponeso, ni de sus liberalidades respecto de las ciudades que le elegian por su patrono.

Hé aquí lo que hacia un simple particular; y aun cuando no pueda servir de término de comparacion para los demás, sirve á lo menos para dar una idea del lujo ostentado por aquellos ciudadanos opulentos, á quienes el mundo entero pagaba su tributo de deleites y de esplendores.

Apartad un momento los ojos de esa superabundancia y fijadlos en los establecimientos donde se refinaba el incienso en Alejandria: se ponian una máscara los jornaleros allí empleados, y se les hacia salir desnudos de los talleres, con objeto de que no se desperdiciara una sola partícula (9).

Gemas.—Plinio insertó en su historia natural un tratado de las piedras preciosas, sacado de un trabajo redactado por Mecenas sobre este punto, y que prueba cuánto más lejos que nosotros habian llevado esta clase de lujo los antiguos. Escepto el dedo del corazon todos los demás dedos de las manos iban cargados de anillos (10). De piedras preciosas eran las copas, y se estimaban muy particularmente los vasos murrinos, que procedian de la Caramania ó de lo interior de la Partia, y cuya fragilidad ofrecia el picante placer de ver continuamente un tesoro en peligro. Un personaje consular pagó un vaso de esta especie en 70 talentos, Neron en 40.000,000 de sextercios: Petronio, ministro de sus placeres, poseia una copa murrina de precio de trescientos talentos, y antes de morir la hizo pedazos á fin de que no la poseyera Neron, á quien habia concebido odio (11).

Estimadísimas eran las perlas, y se adornaban las mujeres con ellas ó más bien se cargaban la cabeza, el cuello, el pecho, los brazos: hasta se las ponian en el calzado. Calígula se mostraba lleno de perlas y las prodigaba en adornos para la proa de los buques, como Neron para los lechos destinados á sus desordenados placeres: y sin embargo, se pagaban al triple de oro en las costas del golfo Pérsico y de la Taprobana (12), y una sola fué comprada en seis millones de sextercios.

Seda.—Comprábase la seda á peso de oro. Así, cuando César hizo cubrir su teatro con una tienda de esta tela, murmuraron los soldados como si hubiera agotado su tesoro. Se censuró á Claudio por haber coronado bajo un pabellon de seda á los dos reyes del Asia, de que hemos hablado (13). Propagóse, no obstante, el uso de la seda, por más que Alejandro Severo y Aureliano intentasen aplicar á su remedio alguna medida. Sacábase la seda de Persia.

Babilonia enviaba sus alfombras de mil colores: un emperador compró una al precio de 4.000,000 de sextercios (14); no debemos omitir que el severo Caton de Utica habia ya poseido una que valia 800,000 sextercios. Tambien eran muy buscadas las telas de la India, si bien no tanto como su marfil y el de la Etiopia y de la Troglodítide, con que se adornaban los templos, las sillas curules de

---

(9) Plinio, *Hist. nat.*, XIV.

(10) *Sardonicas, smaragdos, adamantos, jaspidas uno Portat in articulo.* Marcial, V, 11.

Digitus medius excipitur; cæteri omnes onerantur atque etiam privatim articuli. Plinio, *Hist. nat.*, XXXVII.

(11) ¿De qué materia eran estos vasos murrinos tan estimados por los antiguos? Mercator y Baronio han dicho que de benjuí; Paulmier de Grentemesnil, de arcilla petrificada con mirra; Cardan, Escalígero, Mercuriale, de porcelana; Belon, de conchas; Guibert, de piedra ónice; otros, de sustancias diferentes. Le Blond, en las *Mem. de la Academia de Inscripciones*, tomo XLIII, demuestra que ninguno de ellos lo ha adivinado, é invita á hacer nuevas indagaciones. Aun no sabemos que hayan producido resultados.

(12) *Margaritas quæ contra triplum aurum obrizum, atque id quidem in India effosum, veneunt.*

(13) Dion Casio, XLIII, LIX.

(14) Plinio, *Hist. nat.*, VIII, 48.

los magistrados, los muebles y las techumbres de los ricos; y de tal suerte se aumentó el consumo, que se agotó la materia, y para suplirla hubo necesidad de aserrar los huesos de elefante. No eran menos estimados el ébano y el cedro de Africa. Estraíase de los mares del Norte el ámbar amarillo; y algunos llevaban encima figurillas que costaban más que un hombre vivo (15). Bajeles egipcios zarpaban del puerto de Berenice para ir en busca de tortugas á lo largo de las costas de Africa; pero la escama dorada de las de la Oceanítide, isla situada en la embocadura del Ganges, era de más estima.

Cada provincia enviaba además á Roma lo más selecto de sus productos: Egipto, papiro, vidrio, lino; Africa, pluma y frutas; la Mesopotamia, alfombras; España, lanas finas, miel y cera; Galia, paños, ganado, aceite, obras de cobre, de hierro, de plomo, de estaño; el Ponto, cueros y pescado salado; Grecia, trabajos de arte y finos tejidos; Inglaterra, estaño.

Otro objeto de horrible lujo eran los eunucos, viciosos instrumentos del vicio, uno de los cuales fué pagado por Sejano en cincuenta millones de sextercios (9.190,000 pesetas.) (16).

Fieras.—Del Africa y de la India traíanse las fieras con las cuales se ofrecia un espectáculo de matanza al pueblo, obligado por la fuerza de los tiempos á la paz. Esta costumbre que se introdujo hácia el fin de la república, como ya indicamos (Libro V, cap. X), se aumentó después en tiempo de los emperadores hasta rayar en frenesí. A costa de grandes gastos, cazábanse leones (17), elefantes, hienas y cocodrilos, ideando el modo de cojerlos sin herirlos. Tan frecuentes eran las cacerías, que ya en tiempo de Plinio (18) no se veian leones en Europa, y Amiano Marcelino aseguraba que tampoco se encontraban hipopótamos más acá de las cataratas del Nilo (19). Habian llegado á adquirir grande habilidad los que se dedicaban á domesticar fieras, los cuales por medio de amuletos, ó mejor dicho, por medio del hambre, las amansaban y acostumbraban á combates ó á juegos, tales como enseñar á los elefantes á lanzar armas, trazar letras con la trompa, y bailar en la cuerda; á los peces acudir cuando se les llamaba; á los leones á cazar liebres y á no comérselas; y á las águilas á levantar el vuelo con un niño entre las uñas. Augusto se alababa en su inscripcion de haber hecho matar en los anfiteatros cerca de tres mil quinientos animales; doscientos leones fueron muertos en los juegos presididos por Germánico; murieron en otros nueve mil fieras regaladas por Tito, habiendo tambien mujeres en el número de los matadores; en los juegos de Trajano, que duraron ciento veinte y tres dias, se dió muerte á mil ciento; diez mil murieron en los de Adriano, y Probo soltó mil avestruces y otros muchos animales en el circo, dispuesto á modo de selva (20).

Firmemente consolidada la dominacion de los emperadores, y desesperando los súbditos de recuperar su independencia, se ingeniaban acerca del modo de embellecer su servidumbre, rodeándola de todos los placeres compatibles con la tranquilidad del príncipe.

Edificios.—Alzábanse, pues, edificios por todas partes, y sus vestigios causan todavia nuestro asom-

---

(15) *Taxatio in deliciis tanta, ut hominis quamvis parva effigies vivorum hominum vigentiumque pretia superet.* PLINIO, *Hist. nat.*, 47.

(16) PLINIO, *Hist. nat.*, VII, 39.

(17) Plinio dice hablando de los leones (lib. VIII, capítulo 16): «En un principio era empresa muy arriesgada el cazar leones, y para conseguirlo se abrian hoyos. En el imperio de Claudio enseñó la casualidad un medio más sencillo y casi indigno de un animal tan feroz: un pastor de la Getulia (en el Africa Septentrional) apaciguaba el furor del animal echándole un paño por encima. Reprodújose inmediatamente este maravilloso espectáculo en los juegos públicos, y apenas se daba crédito á los ojos, cuando veian caer súbitamente en una inercia absoluta á un animal tan feroz, y dejarse ligar sin defenderse al arrojarle el más ligero trapo sobre la cabeza: toda su fuerza por tanto está en los ojos. Por eso causa ménos admiracion oir que encerrado Lisímaco con un leon por órden de Alejandro, pudiese matar al animal.» Si se duda de un hecho ocurrido á la vista del pueblo romano, y del cual pudo muy bien Plinio ser testigo no pocas veces, no dejará de interesar el saber que aun se usa este medio en la India.

El capitan Williams, autor de un escrito titulado *Diario de un cazador durante una temporada en la India* (*Biblioteca universal* de Ginebra, 1820, abril, p. 387), describiendo la caza de una hiena refiere que los dos indios empleados á este fin llevaban únicamente una barra de hierro aguzada, de la longitud de un pié, un lio de cuerdas y un pedazo de tela de algodon «destinado probablemente, dice, á cubrir la cabeza del animal para quitarle la vista.» Atrevidos charlatanes se sirven tambien de este medio para detener el furor de los leones.

Nemesiano (*Cynegeticon*, 303 y sig.) describe una especie de caza menos peligrosa, pero no menos extraordinaria, y que produce la misma admiracion. «Es menester, dice, entre otros instrumentos de caza, proveerse de una tela que pueda extenderse en un espacio bastante grande, y encerrar en sus madrigueras á los animales espantados á la vista de las plumas que ha de haber colocadas en ella, porque estas plumas, como los relámpagos, deslumbran á los mayores jabalíes, á los ciervos más veloces, á las zorras y á los lobos más audaces, y les impiden romper el leve obstáculo que se les opone, á la vez que entontecen á los osos. Téngase cuidado de teñir estas plumas de diversos colores, mezclándolas con las blancas, y de que los colores sean muchos, procurando que abunden más las plumas teñidas del color que inspira más espanto á los animales selváticos... El color rojo debe ser el preferido.»

Marcial, *De spect.*, XI, habla de un oso que en el circo romano fué cogido con liga, ni más ni menos que nosotros lo hacemos con los pajaritos.

(18) PLINIO, VIII, 16.

(19) Lib. XXII, 15.

(20) Mongez, en las *Memorias de la Academia*, t. X, 1833, enumeró y describió todas las fieras que en el circo se habian soltado para que combatiesen, en el tiempo que medió entre el año 502 de Roma y la muerte del emperador Honorio.

bro: éstos eran obra de los Césares, aquellos de los magistrados, otros de los concejiles, y tambien de los particulares. Hemos mencionado sucesivamente los primeros. Apenas hubo erigido Roma el Coliseo, cuando Verona y Capua quisieron poseer circos que rivalizaran con aquel monumento: algunos concejos lusitanos echaron sobre el Tajo el admirable puente de Alcántara. Plinio halló las ciudades de Bitinia edificando á competencia unas de otras: en Nicomedja se acababan una nueva plaza, un canal y un acueducto; en Nicea un gimnasio y un teatro; en Claudiópolis y en Prusias, termas; en Sinope, un acueducto de quince millas. Se consagraba especial solicitud á la construccion de acueductos, merced á los cuales prosperaban poblaciones numerosas, en sitios que la incuria de los berberiscos deja invadir actualmente las arenas de la Libia; los de Espoleto, Metz, Gard y Segovia, parecen anunciar más bien vastas capitales que ciudades de provincia. En Nimes, en Arlés, en Narbona, se ven todavia en pié notabilísimos monumentos. ¿Qué no debian ser Antioquia, Cesarea y Alejandria, donde se encerraban naciones enteras? Sin duda con el fin de que podamos formar idea de ello, se han conservado dos ciudades completas bajo las cenizas y las lavas, de donde salen ahora, que nos revelan toda la magnificencia de aquella época (21).

Sin embargo, no nos haga olvidar la admiracion que las construcciones de los emperadores era una ominosa carga para los súbditos, obligados á ejecutarlas con sus propios brazos. A pesar de que Vespasiano emprendió en todo el imperio tantos y tan grandes trabajos, los condujo á remate sin molestar á los agricultores (22), de lo cual se le elogia, á la par que se censura á Diocleciano su insaciable mania de edificar; de donde resultaba que la requisicion de los obreros, de los peones y de los carros necesarios para estas construcciones, no era menos onerosa que la recaudacion de los impuestos (23).

Estas construcciones nos ponen en aptitud de juzgar acerca del sistema político de los antiguos, cuya atencion se fijaba de una manera esclusiva en las ciudades, sacrificando completamente los campos. Al revés, después de la Edad Media no se halla un rincon de pais donde no se alce una aldea con un palacio, un castillo y una iglesia. Entonces todo se reconcentraba en las ciudades; á ellas conducian las grandes carreteras, sin que tuvieran por accesorio esa red de caminos inferiores que enlazan actualmente las más insignificantes aldeas. En suma, entonces eran los ciudadanos, hoy es el pueblo; entonces algunos privilegiados, hoy la humanidad entera.

Posesiones.—¡Cómo se engañaria, pues, aquel que á la vista de tales magnificencias presumiera que la poblacion de aquel tiempo era estremadamente rica! No resulta la prosperidad de las naciones de las numerosas riquezas acumuladas en manos de algunos, sino de la distribucion equitativa entre todos de lo que sirve para las necesidades, para las comodidades, para los goces. Roma, después de haber arrebatado á los vencidos su territorio, lo divide en pequeñas porciones para distribuirlo á título de recompensas militares; conserva ella lo restante como dominio nacional (*ager publicus*), para arrendarlo, ora por término de cinco años, ora á perpetuidad, mediante un rendimiento que formaba una de las principales ramas de la renta pública. En razon del poder que les atribuia la constitucion, los patricios se apropiaban la mejor parte, y su principal cuidado era conservarla y acrecerla. Todo les ayudaba en su proyecto: las materias preciosas que la conquista hace entrar en el pais, disminuyen el valor del dinero; de donde se sigue que el rendimiento que pagaban se reducia á poco ó á nada, y que era insignificante lo que tenian que gastar en comprar esclavos y hacer cultivar los campos (24).

Permiten á estos esclavos economizar sobre lo necesario, ó dedicarse á un pequeño negocio, con el cual se crean un peculio que ponen á interés en poder de su mismo amo; y éste se encuentra así propietario, cultivador y banquero. Sostenidas las grandes propiedades por un capital superabundante, propenden á aumentarse y absorben cada dia un modesto patrimonio, llegando las cosas al punto de que el territorio romano podia pasar por una confederacion de pequeños reinos. Poblada la Italia de naciones industriosas, habia visto agotados sus hijos, parte oponiéndose á la tirania de Roma, parte en las proscripciones que señalaron los triunfos de la ciudad victoriosa, parte auxilándola en sus nuevas conquistas. Apenas habia reparado con el tiempo las pérdidas causadas por las guerras de Anibal y por la más mortífera todavia de los marsos, cuando sobrevinieron las luchas civiles; y á los males de la guerra se agregaron en breve los de la victoria, cuando Sila, y aun más Augusto, repartieron aquellas hermosas comarcas entre sus veteranos. Estos espulsaron de sus campos, de sus hogares, de sus templos y hasta de sus sepulcros á los antiguos propietarios, que acudieron á Roma desnudos y sin recursos á pedir pan (25).

Pero el veterano enriquecido tan fácilmente no conocia la industria, que adquiere, ni la economia, que conserva; habituado á la imprevision del soldado y á la disipacion, fruto de las liberalidades y de la rapiña, se entregaba á los placeres, se veia

(21) Véase el capítulo XXXIII de este libro.
(22) AURELIO VICTOR, *De Cæsar.*, cap. 9.
(23) LACTANCIO, *De morte persec.*, § 7.
(24) Véase el libro V, cap. II.
(25) *More latrocinii veteribus possessoribus ademerunt agros domos, sepulcra, fana... juvenes pariter ac seniores, mulieresque cum parvis liberis conquerentes se pelli agris focisque.* APIANO, *De bello civ.*

reducido muy pronto á hipotecar su hacienda, su ajuar y su casa: desnudo luego como antes y más vicioso, tornaba á Roma para hartarse de pan y saciar su sed de tumultos y placeres. Tácito dice: «Tarento y Ancio debian volverse á poblar con veteranos; pero la mayor parte de los soldados se diseminaban por las provincias en donde habian terminado el servicio, y avezados por otra parte á prescindir del matrimonio, y careciendo de hijos, morian sin posteridad.»

Entretanto permanecian incultos los campos: apoderábase de ellos el fisco, ó venian á ser presa de las personas ricas, que formaban así inmensos dominios con los despojos de los pequeños. De aquí aquellos *latifundios* que arruinaron la Italia (26), donde á menudo poseia un solo individuo un territorio cuya conquista habria bastado para el triunfo de un caudillo.

Pobres.—Debia ir creciendo hasta lo infinito el número de los pobres con los propietarios desposeidos, con los cultivadores libres á quienes aniquilaba la competencia de vastas esplotaciones de esclavos, con deudores á quienes devoraba la usura; en fin, con todos los plebeyos, salvo aquellos que, á fuerza de valor ó de talento, llegaban á ocupar un lugar en la órden de los caballeros; aristocracia del dinero que sustituia á la de la cuna.

Acaso seria imposible citar entre las naciones modernas una dividida del mismo modo: en un escaso número de poseedores de pingües riquezas, y en una infinidad de miserables (27); pero estos, de quienes se compadece el orgullo, cuando no les insulta con el nombre de populacho, forman en la actualidad la clase ínfima, laboriosa y oscura, que antignamente estaba representaba por los esclavos pertenecientes á un amo, de quien dependia tambien su sustento.

Por el contrario, la plebe se componia de hombres libes y privilegiados en el órden civil, que formaban un partido formidable por el número, por sus hábitos guerreros, por el poder de la legalidad y del comun acuerdo. Aquellos podian sostener de consiguiente una lucha; y los pobres, sucumbiendo con los Gracos, triunfaron durante las proscripciones cuando los bienes arrancados á los antiguos propietarios fueron distribuidos, no como se decia para llegar á una distribucion equitativa, sino para recompensar á los que habian ayudado á las victorias de los triunviros.

Economia rural.—Este cambio de señores produjo bajo el imperio un nuevo sistema de economia y de hacienda. Por tradicion continuaban los antiguos miembros de la aristocracia haciendo cultivar los campos por esclavos puestos bajo la direccion de otros esclavos; y no pensando los nuevamente enriquecidos más que en disfrutar el lujo de su desmesurada opulencia, arrendaron sus tierras á cultivadores libres que las hicieron valer por su cuenta y riesgo. Este arrendamiento se hacia generalmente por cinco años, y se pagaba en metálico á menudo, segun el número de esclavos inherentes al dominio. Mas puede calcularse cuan incierta debia ser la renta, si se piensa en la multiplicidad de las distribuciones gratuitas, cuya munificencia, ya fuese del emperador ó de los ricos, entorpecia toda especulacion privada. Agréguense á esto los monopolios, los tesoros que de repente ponia en circulacion la victoria, y que alteraban caprichosamente el valor de los géneros enviados al mercado por el propietario.

Habiéndose aumentado de dia en dia la dificultad de arrendar los bienes á cultivadores libres y garantes, se introdujo desde el siglo II de la era vulgar un nuevo sistema de economia rural; se cambió en colono servil al esclavo; le fué lícito tomar mujer, tener hijos, disponer de su peculio, á condicion de pagar un censo al año (28). Esto hubiera podido producir el rescate del esclavo; pero siendo cada vez mayor la desproporcion entre pobres y ricos, y aumentada por el horrible sistema de hacienda adoptado á consecuencia de las necesidades crecientes de la república, se llegó á temer que el propietario vendiera los esclavos y dejara los campos sin cultivo. Por eso se resolvió entonces que el colono permaneciera con su prole apegado al terruño y fuera vendido con éste. Semejante medida hizo aun más mísera la condicion del esclavo, y produjo mucha desigualdad en la distribucion de los trabajadores, que acumulados en ciertos puntos, se hallaban muy diseminados en otros. Resultó de todo que á fines de aquel siglo quedaron baldíos muchos campos, productivos en otro tiempo bajo las poblaciones activas de los ecuos, de los sabinos, de los volscos, de los etruscos, de los cisalpinos, y que terrenos inmensos fueron invadidos por jardines de recreo totalmente improductivos (29).

Aniquilada de esta suerte la agricultura italiana, hubo necesidad de traer de fuera hasta el vino, ora de las islas de Grecia, ó de Siria, de España ó de las islas Baleares, y de aquella misma Galia, cuyos hijos habian bajado á Italia atraidos por sus ricos viñedos. Producto en otro tiempo la lana de los renombrados rebaños de la Apulia y de la Euganea, tuvo que ser pedida á España, á Mileto, á Lao-

---

(26) *Latifundia perdidere Italiam.* PLINIO, *Hist. nat.*, XVIII.

(27) El fenómeno de la espropiacion se reproduce hoy precisamente en Escocia, donde la supremacia de los *lairds* se ha cambiado en propiedad absorbiendo cada uno de ellos las tierras de todo el *clan*.

(28) Hablamos más largamente de la condicion del colono en el libro VII, cap. 5.

(29) G. Zumpt (*Ueber den Stand der Bevolkerung*, Berlin, 1841), estudió el aumento y disminucion de la poblacion entre los antiguos. Refutando á Gibbon, que colocaba el máximo de ella en tiempo de los Antoninos, demuestra que entonces entre los griegos era muy reducida, porque se estendia hasta el imperio romano.

dicea; y la más comun á la Galia. Habiendo adoptado generalmente las personas más ilustres el lujo, antes regio, de usarla teñida de púrpura, se hacia venir de Tiro, de la Getulia, de la Laconia, y se pagaba hasta á 1,000 dracmas cada libra.

Industria.—En la época en que á consecuencia de los espedientes fiscales ó de la urgencia de las necesidades, tenia que padecer la agricultura estos funestos cambios, sufrió tambien una revolucion la industria. Las corporaciones de obreros libres, antiquísimas en Roma, no habian podido medrar al lado de las manufacturas serviles, haciendo fabricar cada ciudadano dentro de su casa todo lo que exigian sus necesidades y su lujo. Posteriormente los advenedizos que pulularon en Roma, se apercibieron de que toda tela, todo utensilio, que se compraba en una tienda, costaban más baratos que los que se fabricaban en las propias casas por los esclavos, lo cual hizo que la industria doméstica fuera abandonada: aumentóse el número de artesanos libres, y esto secundó el sistema de igualdad adoptado por los emperadores. Pero no se quiso dar á aquella multitud de artesanos la libertad arrebatada á las gentes del campo, y bajo pretesto de querer sujetarlos á un órden regular, fué encadenado cada uno de ellos á su oficio, como se encadenó á los colonos al terruño. Sin la idea más remota de la libre competencia y considerando como una necesidad la intervencion de la ley en todo para asegurar esa prosperidad pública, á que pensamos basta aun actualmente la prevision del interés privado, se reforman las corporaciones (asociaciones ó compañias), y se organizan en cada ciudad las que se necesitan para satisfacer convenientemente las necesidades de sus moradores. Aquellas corporaciones que pueden calificarse de accesorias, son agrupadas entorno de la principal, se las escalona por grados y se concede como un privilegio el paso de una á otra. Establecen un fondo social el emperador, ó el comun, ó los miembros de la corporacion misma; pero como el que nada apronta, puede tener allí parte, como puede entrar en la asociacion todo hombre libre, resulta de aquí que el más mínimo valor adquiere precio. Sin embargo, el asociado no puede vender ni legar su peculio sino á uno de sus consocios; de modo que contra lo que actualmente existe, el industrial pertenece á su industria. Hasta en esto se hacia sentir la deplorable influencia del fisco, porque cada una de aquellas comunidades estaba abrumada con enormes cargas. Además de los derechos de venta y de peaje tenian que pagar una contribucion llamada *auraria*, porque se pagaba en oro, y todos sus miembros estaban obligados á ella solidariamente con la hipoteca de sus bienes raices.

Así no habia agricultura para crear la riqueza, ni industria para trasformarla, ni comercio para esparcirla. Afluia en Roma de Italia y de todas partes un inmenso gentio; calcúlese cuanta miseria y corrupcion debia haber entre aquella multitud desocupada, queriendo vivir todos de las distribuciones públicas ó de su infamia. Entonces se multiplicaban los ciegos instrumentos de lujo y de libertinaje: verdaderos ejércitos de esclavos llenaban las casas de los principales ciudadanos, hasta el punto de necesitarse un nomenclator para recordar los nombres de cada uno de ellos.

Alimentar y contentar á la muchedumbre debia ser uno de los principales cuidados de los emperadores, que con este fin sacaban de continuo trigos de Sicilia, Africa y Egipto; y mantener la libertad de las comunicaciones con aquellos paises, era la primera ocupacion de su política. Desventurados de ellos el dia en que no llegara el alimento á tantas bocas hambrientas (30). Llamábase sagrada la escuadra que trasportaba los trigos á Italia; los bageles que abordaban á Roma cargados de trigo, quedaban eximidos de todo derecho; y cuanto más perverso era el príncipe, concedia más al pueblo, que hacia consistir en esto la bondad del gobierno, y la justicia.

Recientemente se ha dado á luz un edicto de Diocleciano, testimonio elocuente de la miseria de aquel tiempo: tiene por objeto fijar en un momento de carestia el máximum de las subsistencias y de los salarios (31). Allí se encuentra la prueba de que los objetos de primera necesidad costaban diez ó veinte veces más caros que actualmente (32).

---

(30) Aureliano escribia al prefecto de subsistencias que tuviera cuidado de hartar á la plebe: *neque enim populo romano saturo quicquam potest esse lætius.* VOPISCO.

(31) Es quizás del 303. Lo encontró Guillermo Sherard en Estratonicea de Caria en 1709, y lo publicó Bankes en Londres el 1826. Contiene 433 artículos de mercancias y manufacturas tasadas; pero tiene muchos vacios.

(32) Moreau de Jonnès ha estractado del Edicto de Diocleciano el siguiente cuadro en relacion con las monedas y medidas del dia.

PRECIO DEL TRABAJO.

	Pesetas.
Al peon (25 dineros al dia).	5'62
Al albañil.	11'25
Al peon que amasa la cal.	11'25
Al marmolista que hace los mosaicos.	13'50
Al sastre por la hechura de un vestido. . . .	11'25
Al zapatero por la hechura de *calcei*, calzado de los patricios.	33'70
Al zapatero por la hechura de *caligæ*, calzado de los artesanos.	27
Al zapatero por la hechura de calzado para soldados y senadores.	22'50
Al zapatero por la hechura de calzado para las mujeres.	13'50
Al zapatero por la hechura de *campagi*, sandalias militares.	16'87
Al barbero por cada barba.	0'45
Al veterinario por esquilar á los animales y recortarles los cascos.	1'35
Por un maestro en arquitectura.	22'50
Al abogado por una citacion ante tribunales. .	25
Al abogado por un proceso.	225

Aunque la abundancia de dinero y la poca industria elevasen el precio del trabajo á una escesiva suma, se ve que un palurdo ó un peon podia proporcionarse apenas con su jornal un alimento tosco é insalubre, cosa grande para una nacion cuyas tres cuartas partes estaban reducidas á vivir de pan, queso y peces, á no beber más que agua acídula, á la par que Vitelio gastaba para su mesa ciento setenta y cinco millones al año.

Comercio.—El único medio de remediar el mal hubiera sido el comercio: y á la verdad los habitantes de las provincias que aun no habian padecido á consecuencia de las agitaciones de los bárbaros, y que estaban á bastante distancia de los emperadores para no ser víctimas de sus iniquidades personales, ó que eran favorecidos por la paz, dirigian de buen grado sus hijos hácia el negocio, desde que la carrera pública estaba cerrada ó llena de trabas, á fin de que tuvieran menos contacto con los peligrosos monarcas. Continuaban traficando los romanos en la Mesopotamia al través del Desierto por el camino que vemos abierto desde los principios de la sociedad, al cual debió su prosperidad Palmira, que en medio de la soledad la adquirió en tiempo de los Seléucidas, y no la perdió después de haber sido conquistada la Siria por los romanos; antes al contrario, estos y los partos rivalizaron para conservar su amistad.

En tiempo de los últimos Tolomeos, pasaba el comercio por Petra desde la Arabia y desde la India al Mediterráneo: ejércitos de camellos llevaban las mercancias desde Leukecome, situada á orillas del mar Rojo, hasta Rinoclura (*El Aric*), atravesando por Petra, situada en el valle de Moisés (*Ouadi Mousa*) (33). Parece que entonces no comerciaban aun los griegos directamente con la India, y que únicamente hacian el comercio de cabotaje á manera de los árabes, los cuales recorrian el mar en barcas cubiertas de cuero, acumulando aquellos tesoros que dieron envidia á Augusto, y que tanto le costaron.

El Digesto nos ha conservado una tarifa de las mercancias indias, que nos prueba su variada calidad (34), lo cual consta tambien en un *Periplo* del Eriteo que se atribuye á Arriano. Segun este, los bajeles egipcios abordaban á Palata, á orillas del Indo, llevando allí telas ligeras, telas labradas, piedras preciosas y aromas estraños á aquel pais, corales, estoraque, vidrios de todas clases, joyas de plata y de oro, y algunos vinos, que cambiaban por especias, zafiros y otras piedras preciosas de allí, seda labrada ó en telas, telas de algodon y pimienta negra. Aun más frecuentada era Barigaza (*Barouch*) á orillas del Nerbuddah, que facilitaba los trasportes del interior, cuando no se querian llevar por tierra, partiendo de Tagara (*Dultabad*) y atravesando las altas montañas de Ballagaut. Allí se conducian vinos de Italia, de Grecia y de Arabia, cobre, estaño, plomo, cinturones raros, la yerba del meliloto, vidrio blanco, arsénico rojo, plomo negro, monedas de oro y plata, y se exportaban ónice y

PRECIO DE LOS VINOS.

	Pesetas.
Los del Piceno, Tiburtino, Sabino, Amineano, Sorrentino, Setino, Falerno, cada litro. . . .	13'50
Otros vinos añejos de superior calidad. . . .	10'90
Los vinos ordinarios (vino rústico).	3'60
La cerveza (*camum*).	1'80
El vino traido del Asia (*caranium mæonium*). .	13'50
El vino de cebada de la Atica.	10'90

PRECIO DE LAS CARNES.

Carne de vaca, cada libra.	2'40
Carne de cordero, de cabra, de cerdo.	3'60
El mejor tocino, los mejores jamones de Westfalia, de Cerdeña y del pais de los marsos. .	4'80
Manteca de cerdo fresca.	3'60
Hígado de cerdo cebado con higos (*ficatum*). .	4'80
Cada pata de cerdo.	0'90
Salchichon de cerdo fresco (*isicium*), el peso de una onza.	0'40
Idem ahumado y sazonado (*lucanicæ*). . . .	3'60
Idem de vaca fresco ó ahumado (*isicia*). . . .	3'37

PRECIO DE LAS AVES Y DE LA CAZA.

Un pavo cebado.	56'25
Una pava idem.	45
Pavo silvestre.	28'12
Idem, pava.	22'50
Un pato cebado..	45
Un pato no cebado.	22'50
Un pollo.	13'50
Una perdiz.	6'75
Una liebre.	33'75
Un conejo.	9

PRECIO DEL PESCADO.

Pescado de mar de primera calidad, cada libra. .	5'40
Pescado de rio de superior calidad.	2'70
Idem, salado.	1'35
Ostras, el ciento.	22'50

PRECIOS DE LAS HORTALIZAS.

La mejor lechuga, cada manojo de á cinco. . .	0'90
Las coles, cada una.	0'90
Las mejores coliflores, cinco cogollos. . . .	0'90
Remolachas de superior calidad, el manojo de á cinco.	0'90
El apio y los cardos más gruesos.	0'90

OTROS COMESTIBLES.

La mejor miel, cada litro.	18
El aceite de superior calidad.	18
Liquémen para estimular el apetito.	2

Hay, sin embargo, mucha incertidumbre en esas cifras, y no se ha podido tomar cuenta del elevado precio de varias mercancias.

(33) Burkhardt fué el primero que visitó en 1812 las ruinas de Petra á los 30° 21' 21" de latitud, y posteriormente en 1818 lo hicieron tambien los capitanes Irby y Mangles, quienes encontraron allí muchos sepulcros abiertos en la roca, y uno singularmente bello. Leon Delaborde y Linant dieron en 1830 otra descripcion. Los árabes creen que hay allí tesoros ocultos, que inútilmente buscan, por cuya razon con dificultad dejan penetrar á los europeos en la Idumea.

(34) Tit. *de publicanis vectigalibus*, leg. 16.

otras piedras, marfil, mirra, telas de algodon lisas ó con flores, y pimienta de la mejor calidad. Casi las mismas mercancias se conducian á Musiris, en la costa que hoy llamamos de Malabar; pero se extraian en más cantidad y á mayor precio, por la inmediacion de la India, y especialmente perlas y diamantes, y pimienta de la mejor calidad. Las telas y el copo de algodon que costituyen hoy la principal exportacion de la India, no tuvieron tanta importancia para los antiguos, que vestian generalmente de lana, como tampoco el nitrato de potasa de Bengala ni la seda cruda.

En tiempo de los Tolomeos Latur y Fiscon, trató Eudoxio de Cizico de llegar por un camino más directo de las Indias, de donde llevó los primeros diamantes, y de dar vuelta al Africa por el Occidente (35). Unos ochenta años antes que el Egipto se hubiese unido á Roma, se atrevió Diodoro Hipalo á salir del acostumbrado camino, y habiendo desembocado por el golfo Arábigo encontró por fortuna vientos en direccion favorable que le llevaron á Musiris. El conocimiento del viento regular del Sud-Oeste que recibió de él su nombre, es la revolucion más importante del comercio antiguo, porque entonces se atrevieron las naves á atravesar los mares, y volver con el viento contrario.

En tiempo de Augusto, Elio Galo, gobernador de Egipto, hizo salir del puerto de Mioshormos, en la costa egipcia del golfo Arábigo, una flota de ciento veinte bajeles mercantes (36); y desde entonces, conocida la ventaja del camino que siguió esta flota, siguieron sus huellas. Embarcándose, pues, los mercaderes en el Nilo, en Juliópolis, ciudad poco distante de Alejandria, en doce dias llegaban á Copto, recorriendo trescientas millas: desde allí en camellos ó de otra manera se trasladaban por un camino de doscientas cincuenta millas al puerto de Berenice, golfo Arábigo, viajando doce jornadas, generalmente de noche. A la mitad del verano se embarcaban, y en treinta dias atracaban al puerto de Ocelis ó de Can (*cabo Fartaco*), en la Arabia Feliz, desde donde en cuarenta dias de navegacion llegaban á Musiris ó á Berax en el moderno Concan. En los primeros dias del mes egipcio *thibi*, correspondiente á nuestro diciembre, emprendian la vuelta con el viento del Nord-Este, que á la embocadura del golfo Arábigo se cambia en Sur ó Sud-Oeste.

Josefo dice que en un mes contribuia Alejandria al tesoro de los césares más que todo el resto del Egipto en un año. Pero esto es una exageracion, porque en tiempo de los últimos Tolomeos apenas salian veinte naves del golfo Arábigo para la India, y Estrabon no encontraba en Mioshormos más de ciento veinte buques, que á lo sumo podemos suponer de cien toneladas. No obstante, Plinio nos asegura que los romanos llevaban allí todos los años por valor de cinco millones en mercancias y ganaban el céntuplo, lo cual justifica el temor que les hizo prohibir á todo extranjero la entrada en el mar Rojo.

Y todo este tráfico se hacia desde la época de Augusto por los romanos ó para ellos: tanto se aparta de la verdad quien supone que aquella gente descuidaba enteramente el comercio (37). Una capital tan poblada, rica y voluptuosa, buscaba con avidez las delicadezas orientales, los aromas, las piedras preciosas, los tejidos, y todo cuanto lisonjea el gusto ó el capricho. El incienso que humeaba en mil altares; los aromas con que quemaban los cadáveres, para que la muerte fuese tambien costosa á quien siempre habia vivido en la suntuosidad (en los funerales de Sila se pusieron en la pira doscientos diez fardos: Neron quemó en los de Popea más canela y cañafístula que se recoje en un año); los bálsamos con que las bellas conservaban y restauraban sus gracias; las piedras preciosas en que se gastaban patrimonios enteros; las perlas que se querian de extraordinario tamaño y que impulsaban á las conquistas á Julio César y eran instrumentos de prodigalidad en manos de Cleopatra; y la seda que se consideraba como lujo excesivo para los hombres hasta el tiempo de Heliogábalo, eran los principales objetos que se extraian de las orillas del Ganges, mientras que procedian de las del Fasos los tejidos de la China, vendidos por los persas y los partos, y de Dioscura los productos del Ponto Euxino y del Caspio. De las especias extraidas de allí, el cinamomo se vendia á mil quinientos dineros la libra (1060 ptas.), y en proporcion la mirra, el nardo, el cardamomo, el clavel, la cañafístula, la calanquea, el mirabolano, el mazir, el cáncamo, el gizir y otras gomas y made-

(35) Posidonio seg. ESTRABON, II, 98.

(36) Entonces cantaba Propercio:

Arma deus Cæsar dites meditatur ad Indos,
Et freta gemmiferi findere classe maris.
Magna viæ merces; parat ultima terra triumphos;
Tigris et Euphrates sub tua jura fluent.
Seres et Ausoniis venient provincia virgi...
Ite agile: expertæ bello date lintea proræ.
III, 4.

Este poeta romano no sabia concebir una expedicion más que con el objeto de conquistas: de la misma manera la juzgaba Horacio.

(37) «Demostraré en la primera época que los romanos, pobres y soldados, no tuvieron genio ni conocimiento del comercio.

»En la segunda, que grandes y poderosos con la guerra, descuidaron por orgullo el comercio, y no pensaron más que en enriquecerse con los despojos de todas las naciones.

»En la tercera, que esclavos y sensuales, con un comercio pasivo y ruinoso, cayeron en la pobreza y en la barbarie.»

MENGOTTI, *Del comercio de los romanos*.—Aserto que ya nadie puede aceptar.

ras, de que se componian las pomadas. En Arabia intentó en vano Seleuco hacer que prosperase el amomo y el nardo, pero en cambio abundaban la mirra, la canela, árboles olorosos é incienso, además de perlas y piedras preciosas. De la Persia y Siria se extraian además seda y pieles; de Tiro púrpura, y de la Etiopia perfumes, marfil, algodon (38) y fieras. La industria del Egipto era muy activa, habiéndose dedicado libremente sus naturales á ejercer la que habian aprendido bajo la tirania paternal de los sacerdotes. Arsinoe fabricaba paños, Naucrates y Copto vasijas, Dióspolis vidrios, Alejandria lino y tapiceria, además de la industria del papiro. Estos objetos, vasijas de barro y bagatelas de vidrio, se llevaban á la India y á la Etiopia para cambiarlos con las mercancias de estos paises, y asimismo el hierro, el plomo, el estaño estraido del Norte, y aceites, vino, rosas (39) de Itália y de Laodicea.

La Escitia servia de tránsito para las mercancias de la India. La Germania, silvestre y pantanosa, ofrecia poco al comercio, y sin embargo, Séneca dice del Danubio que era abundante en piedras preciosas, y que en sus orillas se recogia el ámbar. La Istria daba vino dulce y aromático; la Retia; vino y madera; la Iliria esclavos, pieles, ganados y el hierro del Nórico tan celebrado. Más beneficioso era el comercio que se hacia con Grecia, con la Galia y España: esta última suministraba con abundancia, plata, miel, alumbre, cera, azafran, pez, trigos tambien, y buenos vinos, además de los caballos, el cáñamo y el lino. De las Galias se estraia cobre, caballos y lana, el oro de los Pirineos, vinos, licores, ganado, hierro, paños y telas: los jamones de Bayona se llevaban hasta los mercados del Mar Negro. Las islas Británicas suministraban estaño y plomo. El bronce de Corinto se apreciaba tanto como el oro: la miel de Himeto, el vino, el azufre, la trementina, la cera, el nardo, las telas, las piedras preciosas, los esclavos del mar Egeo y del de Creta, las lanas del Atica, la púrpura de Laconia, el eléboro de Anticira, el aceite de Sicione, y el grano de Beocia, daban mucha importancia al comercio con la Grecia. Recibia Roma del Asia Menor quesos y anillos; y hierro del Euxino; madera de la Frigia; goma del monte Ida; lanas de Mileto, las mejores después de las de Tarento; azafranes, vinos del monte Tmolo, y vidriado de Lidia.

Bien sé que Platon, combatiendo el comercio como causa de corrupcion, decia que hubiera sido mejor para Atenas continuar pagando el tributo anual de siete doncellas al Minotauro que convertirse en potencia marítima; bien sé que colocaba á diez millas, por lo menos, del mar su ciudad ideal; pensamientos inspirados á los filósofos por el estado de la sociedad antigua, en la cual la division de libres y esclavos fomentaba en la soberbia de los dominadores la gloria de no hacer nada. Los romanos, sin embargo, si no ejercian por sí el comercio, lo favorecian en los pueblos sometidos con buenas leyes y con lo que es su mejor auxilio, con la libertad. Así es que adotaron la ley marítima de los rodios, hicieron expediciones lejanas, y recibieron embajadas de los seres, de los sármatas, de los escitas, y de los taprobanos, que no podian tener otro objeto más que conservar abiertos los caminos por donde llegaba tanto oro á su pais.

A pesar de tanta facilidad en realizar un comercio muy activo entre tan diferentes pueblos unidos por el idioma y las leyes, no cesaron los romanos de creer que era una degradacion el ocuparse en las artes, siendo considerados aun en tiempo de Constantino infames los que se aplicaban á vender al por menor y á utilizarse con la industria, y sus hijas igualadas á las bailarinas y á las esclavas. Honorio y Teodosio prohibieron comerciar á los nobles y á los ricos, como una cosa perjudicial al Estado (40). Además, los arrendadores de las rentas públicas dificultaban la circulacion con contínuas gabelas y peajes, y otros compraban á los emperadores el monopolio de una ú otra mercancia.

Aun cuando tantos frutos y obras servian para el cambio con el extremo Oriente, los árabes no aceptaban en cambio más que el dinero, y asimismo los paises del Ganges, y los seres, que no apetecian lo que les faltaba; de tal manera, que asegura Plinio que por lo menos se exportaban del imperio mil millones de sestercios (190.000,000) cada año á aquellos paises (41). Cálculo ciertamente exagerado é imposible de comprobar, pero que basta para indicar la situacion pasiva del comercio romano; situacion que debió aumentarse en proporcion del lujo, que llegó á su colmo cuando las córtes imperiales se multiplicaron, y cuando Diocleciano creyó necesario ocultar la decadencia bajo el lujo oriental.

---

(38) *Nemora Æthiopum molli canentia lana.* VIRGILIO.

(39) *Mitte tuas meses; accipe, Nile, rosas.* MARCIAL.

(40) Ley 5. Cod. *de commerciis et merc.*

(41) «Mínima computatione, millies centena millia sestertium annis omnibus India et Seres, peninsulaque illa (*Arabia*) imperio nostro adimunt: tanto nobis deliciæ et fœminæ constant.» *Hist. nat.*, XII, 41.

CAPÍTULO XVI

FILÓSOFOS MORALISTAS.

Desde Vespasiano hasta Marco Aurelio la ausencia de guerras y el movimiento intelectual produjeron un renacimiento de los espíritus en el imperio. Viéronse, pues, prosperar nuevamente la literatura bajo los primeros Flavios, las artes bajo Adriano, la filosofía bajo los Antoninos. Ya hemos visto á Marco Aurelio cultivarla, componiendo por sí mismo (1), y colmando de favores á los que la escogian por asunto de sus debates ó de sus escritos. Continuaban muchos enseñando en Grecia á perorar en las escuelas mostrándose indignos del título de filósofos por su ostentacion orgullosa. Entre los más afamados se contaba Polemon de Laodicea, que atraia á Esmirna una multitud de griegos, siempre ávidos de discusiones y de sutilezas. Maravillado de su sabiduria Herodes Atico le envió una crecida cantidad de dinero, que rehusó hasta que fué considerablemente aumentada. Habiendo llegado el rey del Bósforo á admirar á los sabios del pais, para ver á Polemon hubo de dirigirse personalmente á su casa y ofrecerle 10 talentos. Habiéndole atacado la gota, hizo que le bajaran vivo al sepulcro de sus mayores, á fin de que el sol no pudiera verle reducido al silencio (2).

Luciano escribió la vida del cretense Demonax, cínico menos rudo que los demás, el cual aunque rico é instruido, se redujo á una pobreza voluntaria: inhábil por su vejez para atender á sus necesidades sin agena ayuda, se dejó morir más bien que solicitar asistencia. Proponiéndose los atenienses introducir en su pais las luchas de los gladiadores, les dijo: *Ante todo derribad el altar de la Piedad.* Al emperador, que le preguntaba el mejor modo de reinar, le respondió de este modo: *Hablar poco, escuchar mucho, evitar la ira.*

Filostrato podria proporcionarnos otras curiosas anécdotas acerca de aquellos profesores de filosofía. En su mayor parte eran gentes turbulentas, perezosas, envanecidas de la tosquedad con que peroraban y reprendian á los demás, de una existencia consagrada solo á discutir, asestar flechas contra los ricos, pordiosear sus comidas ó las funciones de pedagogos de sus hijos (3). Una vez in-

(1) B. B. WATSON.—*M. Aurelius Antoninus.* Nueva-York, 1884.

(2) FILOSTRATO, *Sofistas;* y SUIDAS, *ad vocem.*

(3) Luciano, en *el Icaro Menippo,* hace tambien que Júpiter reprenda á los filósofos en la asamblea de los dioses. «No hace mucho que han aparecido en el mundo; es una raza holgazana, traviesa, arrogante, rabiosa, demente, orgullosa y perversa; una carga inútil para la tierra. Se dividen en sectas y han inventado diversos argumentos retorcidos: unos se llaman estóicos, otros académicos, estos epicúreos, aquellos peripatéticos: aun son más ridículos los títulos de algunos otros. Escudándose con el nombre imponente de virtud, fruncidas las cejas, con larguísima barba, ocultan bajo este ademan fingido, depravadas costumbres, y van introduciéndose por todas partes con maña, como los actores del teatro; y si se les arranca la máscara, quedan reducidos á unos pobres petates, cuyos ejercicios se compran por siete dracmas. Cuentan de los dioses las colas más absurdas, y dirigiéndose preferentemente á mancebos incautos á quienes es fácil inducir á engaño, reducen á tragedia esa virtud declamatoria, enseñándoles á profesar la duda. De continuo ponderan ante sus discípulos la energía de alma y la templanza, condenan la riqueza y el deleite; pero ¿quién puede esplicar, luego que se encuentran solos, sus festines, su lujuria, su avaricia, que llega hasta hacerles cercenar los óbolos? Es lo peor que no dedicándose á ningun trabajo público ni privado, no siendo útiles para nada en tiempo de paz, ni aptos para la guerra, no por eso dejan de acusar á los demás, zurciendo algunas frases ásperas, algunas palabras groseras, riñen y censuran al prójimo; y el que sabe gritar con más fuerza, maldecir con más temeridad y descaro, merece entre ellos el primer puesto.

troducidos en las casas, no habia bajeza á que no descendieran con tal de satisfacer las exigencias de los señores, que hacian de los pedagogos una especie de bufones, de terceros, y peor todavia.

Epicteto.—Epicteto de Jerápolis (Frigia), esclavo de Epafrodito, liberto, y ministro de los placeres de Neron, se mantuvo separado de aquella turba. Restituido á la libertad, se puso á correr por las plazas de Roma, como habian hecho Diógenes y Sócrates, sus modelos; pero la muchedumbre romana tenia distintos hábitos que los de Grecia: le maltrató y hubo de retirarse á una escuela. Desterrado con los demás filósofos por el decreto de Domiciano el año 90, regresó luego que la tempestad hubo amainado, y vivió en Roma hasta el año 117.

Estraño á los manejos en que se ocupaban activamente los estóicos, así como á su ostentacion, decia á sus discípulos: *Si sabeis contentaros con poco, no lo hagais por vanidad; si bebeis agua no lo ostenteis en público; si os ejercitais en trabajos penosos, sea privadamente;* y añadia que es necesario consagrarse á la filosofia con un alma pura, pues de otro modo se corrompen sus preceptos. Desdeñando las galas de la elocuencia preferia un lenguage sencillo y nervioso, y habia reducido su filosofia á este axioma: ἀπέχου καὶ ἀνέχου; *sufre lo que conviene y abstente de lo que no debes permitirte.* Comparaba la fortuna á una doncella bien nacida que se entrega á sus esclavos. Se burlaba de los magnates, no haciendo más caso de ellos que de los esclavos, de quienes solo se diferencian porque visten de púrpura en vez de vestir de sayal, en su concepto, y se les adula como se almohaza á los jumentos para sacar de ellos servicios. Combatia sin tregua la opinion y la fortuna, las dos cosas que gobiernan al mundo. Creia en la existencia de un solo Dios y en la inmortalidad del alma; y pensaba que ciertas cosas dependen de nosotros, como la opinion, la inclinacion, el deseo, la abstinencia y todos los actos; no lo demás, como el cuerpo, las riquezas, la reputacion, el mando. «Lo que depende de nosotros, decia, es libre por su naturaleza y nadie puede contrariarlo; al revés, lo que no depende de nosotros es instable; de consiguiente, seria un delirio tomarse pena por ello. Nuestra felicidad consiste en ser libres, y esto se consigue menospreciando todo lo que se halla á nuestro alcance. Si pensais cotidianamente en los males de esta vida y en su fin, nada apetecereis ardientemente. Procede mal el que somete su voluntad á la ajena, haciéndose mísero esclavo. Cuando nos sucede una desgracia observemos si es por culpa nuestra ó por culpa de otro; si lo primero, quejémonos de nosotros mismos, y si trae su orígen de la perversidad agena, no nos atormentemos, puesto que no somos dueños de las acciones de otros. No son molestados los hombres por las cosas, sino por las opiniones. Nunca deseeis qué las cosas sean de otro modo que son. No adhirais vuestro corazon á lo que poseeis con más apego que el viagero á la hospederia; no os hagan montar en cólera una mala mujer ni un esclavo insubordinado. ¿Qué importa que el vulgo nos crea insensatos, con tal de que estemos satisfechos de nosotros mismos?»

Tambien decia que empieza á ser sabio el que se acusa á sí propio de sus desgracias, y que lo es del todo cuando no se acusa por ellas ni á los demás tampoco. Se mostraba en la práctica lo mismo que en la enseñanza; vestia con aseo aunque detestaba el lujo, no queria que se aguardara el consejo de los oráculos para asistir á un amigo; y añadia que solo el sabio puede tener amistades, porque es el único capaz de distinguir al hombre bueno del malo.

Cierto dia que su maestro se esponia á torcerle la pierna, le dijo Epicteto: *Mirad que vais á rompérmela.* Continuando este y rompiéndosela en efecto, añadió el filósofo estas otras palabras: *Ya os lo habia dicho.*

Toda su riqueza consistia en una lámpara de barro que fué posteriormente vendida á muy subido precio. Su estremada pobreza no le impidió recoger y educar al hijo de un amigo suyo, que le habia abandonado por su indigencia. Tenia lástima de las debilidades agenas, y lejos de aconsejar el suicidio, decia que estamos obligados á conservar el puesto que nos ha señalado la Providencia hasta que nos haya relevado.

Es imposible designar hasta qué punto ha podido adicionar sus palabras y sus acciones el historiador Arriano, discípulo suyo, quien nos las ha trasmitido, como Jenofonte las de Sócrates; mas después de seducirle á uno la lectura de su *Manual* por su apariencia de severidad y fuerza, bien reflexionado se echa de menos mucho; á través del estoico asoma el orgullo, un egoismo sin entrañas, una apatia de escuela, una rigidez desgarradora, que no es la virtud.

Senéca.—Marco Anneo Séneca, de Córdoba, denominado el declamador porque recogió las aren-

---

Pero si os ocurre preguntar al que clama contra los demás y los censura: *¿Qué haces de provechoso á la vida humana?* ciertamente deberá responder si quiere ser sincero:—*Navegar, cultivar la tierra, esgrimir las armas, ejercer un oficio cualquiera, me parece cosa ociosa; pero grito, me desfiguro, me lavo con agua fria, ando con los piés descalzos en invierno, y á semejanza de Momo, calumnio las acciones ajenas. Si algun rico da opíparos banquetes ó mantiene alguna cortesana, me inquieto y me encolerizo estraordinariamente. En tanto, si alguno de mis amigos ó de mis compañeros es víctima de una dolencia, si necesita mi solicitud ó mi ayuda, no me tomo por él ningun cuidado.*—Ved aquí ¡oh dioses! lo que son tales animales. Aquellos que se llaman epicúreos aventajan á los demás en impertinencia: nos maltratan sin medida, diciendo que nosotros, los dioses, en nada nos ocupamos de las cosas humanas, ni prestamos atencion alguna á lo que acontece en el mundo: de consiguiente os convencereis de que ya es tiempo de que nos ocupemos de ellos, pues si logran que se persuada el mundo de lo que aventuran en sus discursos, os morireis de hambre, porque no habrá quien os haga sacrificios, sabiendo que no se ha de esperar provecho.»

gas de los oradores más famosos de su tiempo, fué á buscar fortuna á Roma, bajo el reinado de Augusto, con dos hijos, Marco y Lucio, dejando en España al tercero, que fué padre del poeta Lucano. Inscrito en Roma entre los caballeros, educó á sus hijos esmeradamente; y Lucio Anneo se consagró primero con fervor á la elocuencia, y á la filosofía estoica luego. Con arreglo á las doctrinas pitagóricas empezó á abstenerse de toda especie de carnes; pero volvió á hacer uso de ellas para no confundirse con los egipcios, ni con los hebreos, cuando vió que eran blanco de persecuciones. A pesar de todo, se abstuvo siempre de las setas y de las ostras, como escitantes á la intemperancia, del vino, de los perfumes y de los espectáculos (4).

Envidioso Calígula de su elocuencia, resolvió darle muerte, pero una concubina le disuadió de su intento haciéndole observar que tan endeble era la salud del filósofo que no tardaria en fallecer naturalmente. Sobrevivióle, no obstante, lo suficiente para ver á varios sucesores suyos. Elevado á la cuestura fué enseguida desterrado á Córcega por Claudio, por haberse hecho culpable de adulterio, segun se dice, con Julia, hija de Germánico, y con Agripina. Habiendo muerto un hermano de Polibio, liberto del emperador, le dirigió Séneca una carta de pésame desde su destierro. Esta epístola, como todas las que conocemos antiguas y modernas, es un tejido de lugares comunes sobre la necesidad en que estamos de morir todos, sobre todo los personajes ilustres que han perdido padre, hijo, hermano ó esposa; sobre tantas y tan diversas desgracias padecidas por otros, sin olvidar la ruina de las ciudades y de los imperios. Agotado este tema añade Séneca. «Sin embargo, te sugeriré un medio, ya que no más seguro, más fácil á lo menos para curar tu melancolía. Puedes tener la afliccion cuando te halles solo en tu casa; pero desde que fijas los ojos en tu divinidad, ¿podrá enseñorearse el dolor de tu pecho?... Mientras Claudio sea soberano del mundo no puedes abandonarte ni al dolor ni al placer, pues de él proviene todo. Mientras él esté sano y salvo nada has perdido, en él lo tienes todo, pues de todo hace veces. Tus ojos no se deben arrasar de lágrimas, sino que han de fulgurar de alborozo... Desde que Claudio se ha consagrado al mundo, se ha arrebatado á sí propio, y á semejanza de los astros que prosiguen su revolucion sin detenerse, no se puede fijar en ningun punto... Sé, pues, como Atlas; nada te doblegue. César es tu fuerza y tu consuelo: cuando se humedezcan de lágrimas tus ojos, tórnalos á César, y el aspecto del dios ha de enjugarlos: su esplendor fijará tus miradas, y en rededor no distinguirás otra cosa: ¡conserven por largo tiempo dioses y diosas sobre la tierra á aquel que nos han prestado! Mientras es mortal, no le recuerde nada entre los que le rodean la necesidad de la muerte. Sepan solo nuestros nietos el dia en que su posteridad ha de comenzar á adorarle en el cielo. ¡Oh fortuna! no te acerques á su lado; déjale aplicar remedio á los prolijos padecimientos del género humano! ¡Resplandezca siempre este astro en el mundo, cuyas tinieblas se han desvanecido con su luz!»

No apuntamos estas bajezas en descargo de los séres débiles que no se sonrojan de renovarlas, sino como una censura contra Séneca por haber ultrajado con encono después de su muerte á aquel á quien tan cobardemente habia exaltado en vida, y por haber descrito su *apocolocunthosis*.

Tal vez se propuso el filósofo hacer por este medio la corte á Neron, augusto discípulo confiado á su cuidado. Si hay demasiado rigor en imputarle los crímenes de este mónstruo, en creer que sus consejos le impulsaron al parricidio, á lo menos permite la justicia que se le acuse por no haberle abandonado cuando se manchó con tamaños desafueros. Dion Casio, que le prodiga elogios sin tasa, le reconviene por haber puesto al príncipe en la senda de las más repugnantes obscenidades. Al mismo tiempo que declamaba contra las riquezas, acumuló 300.000,000 de sextercios, y sus usurarios préstamos produjeron la sublevacion de la Bretaña. Acriminaba el lujo y poseia quinientas mesas de limonero con pies de marfil; encomiaba una vida oscura (5) y aspiraba al brillo, á ostentosos empleos; anatematizaba á los aduladores, escribiendo que preferia ofender con la verdad á halagar con la lisonja (6), y prodigaba adulaciones á Neron, que *podia vanagloriarse de un mérito que ningun otro emperador tenia, la inocencia; y hasta hacia olvidar los tiempos de Augusto* (7).

¿Habremos ahora de prestarle crédito cuando nos dé á entender que todas las noches hacia exámen de sus palabras y de sus obras durante el dia (8), si de vez en cuando se presenta como modelo, y si en el momento de morir deja su propia vida como ejemplo á sus amigos (9)? Tuvo dos filosofías diferentes, una para la escuela y otra para la vida práctica, lo cual nos esplica el desacuerdo

---

(4) SÉNECA, *Epp*, 108, 83.

(5) «Quæris quid me maxime ex his quæ de te audio delectet? Quod nihil audio; quod plerique ex his quos interrogo nesciunt quid agas.» *Epist.* 32.

(6) *De clementia*, II, 2. Conoció el flaco de su época y el flaco de otras muchas cuando escribia en otro lugar: «Hemos llegado á tal demencia, que el que adula sin reserva pasa por malévolo..... Crispo Pasieno decia á menudo que oponemos la puerta á la lisonja sin cerrarla, y que se la oponemos como el amante á su querida, agradándole que la empuje y mucho más que la rompa.» *Quæst. nat.*, III.

(7) *De clementia*, I, 1.

(8) *De ira*, III, 36.

(9) Justo Lipsio suprimió en las obras de Séneca todos los pasajes en que se elogia y propone al hombre como modelo de heroismo en todo. Diderot con una estravagancia paradógica encomia el carácter moral de Séneca. Véase tomo VIII de sus obras. *Ensayo sobre los reinados de Claudio y de Neron.*

entre sus doctrinas y sus acciones. Pronunció, pues, su propia condena escribiendo estas palabras. «Es vergonzoso decir una cosa y sentir otra; y ¡cuánto más vergonzoso es aun escribir otra cosa de lo que se siente! (10)»

Tenemos de Séneca tres libros *De la Ira*, que pueden compararse al de Plutarco sobre el mismo asunto: (περὶ ὀργῆς), uno del *Consuelo*, dirigido á Helvia, su madre, durante su destierro en Córcega, con el dirigido á Polibio y que antes hemos citado, y otro á Marcia sobre la muerte de un hijo, el más antiguo modelo de cartas de pésame. Luego escribió el tratado *De la Providencia ó ¿por qué pesa la desventura sobre las personas honradas puesto que hay una Providencia?* Y deduce la necesidad del suicidio. Habiéndole participado Anneo Severo sus vicisitudes, Séneca respondió con un opúsculo titulado *De la serenidad del alma*, donde enseña como es posible adquirirla, y la aconseja como medio de aplicarse á los negocios públicos, á la par que por efecto de una de sus frecuentes contradicciones, aparta de ella á Paulino en su tratado sobre la *Brevedad de la vida*. Aproxímase mucho á las paradojas estóicas en el tratado *De la Constancia del sabio*, en el cual pretende que este es innaccesible á las injurias. Hablando á Galion, su hermano, *De la vida feliz*, se escusa de poseer tantas riquezas, y defiende el estoicismo contra los epicúreos en lo relativo á las opiniones sobre la felicidad. Dirigió á Neron tres libros *sobre la Clemencia*, de un estilo muy noble y muy sencillo, brindándole ejemplos y preceptos de lo que es un deber para todos y una virtud encomiada en los príncipes, porque la poseen raras veces. Su tratado *De los beneficios*, en que tanto habria que añadir á lo que dice sobre el modo de hacer bien, de recibirlo y de agradecerlo, mereceria que alguno acometiera la empresa de rebatirlo. Sus ciento veinte y cuatro epístolas son otras tantas disertaciones sobre diversos puntos de moral.

A diferencia de los filósofos que especulaban en ociosos retiros, se muestra siempre hombre de accion y práctica: acumula con sus escritos sentencias propias para corregir y ennoblecer los caractéres, para enseñar la moderacion en la prosperidad, la constancia en los reveses, y para facilitar el imperio de la razon sobre las pasiones. Su ciencia le impulsa á un fatalismo más bien filosófico que religioso (11); pero lejos de ser esclusivamente estóico, se jacta de no haber inscrito su nombre en ninguna escuela: y con efecto, se inclina por instantes á Platon, otras veces se acerca al mismo Epicuro, negando que haya cosa alguna después de su muerte (12), é imputando á la injusticia de los dioses el mal que ve sobre la tierra (13).

Hay ciertamente algo de seductor en esta filosofia de los estóicos, que lucha contra las inclinaciones vacilantes y perversas de la naturaleza humana; pero cuando se han oido sus preceptos, fuerza es preguntar qué derecho les asiste para imponerlos. Séneca dice á una madre: *No es un mal la pérdida de un hijo; llorar el fin de un mortal es locura.* Dirá á un desterrado: *Contempla á los veteranos que no se desconsuelan bajo la mano del cirujano; sé veterano del infortunio, nada de clamores ni de lamentos ni de dolores afeminados.* Predicará á todos que lo que es un mal para uno es un bien para muchos; que ni el mismo Dios puede preservar del mal cuando lo ordena el destino; recomendará á los sabios no *caer* en la compasion, no entristecerse, no lamentarse, no perdonar (14). ¿Y para qué esta firmeza sobrehumana? ¿Qué razon hay para creer en ella? ¿De dónde nace la fuerza para practicarla? ¿De dónde sino del orgullo?

Con efecto el orgullo es el que inspira al adulador de Neron y el que le domina; diríase que se siente destinado á reformar el género humano, á juzgar por el tono magistral que toma para el menosprecio, la befa, la reprension, el mandato; para enseñar virtudes imposibles, que lógicamente conducen al suicidio, conclusion obligada de todos sus preceptos.

A pesar de todo se percibe más generalmente una mezcla de luz y de oscuridad en la moral de los latinos que en la de los griegos, una lucha entre doctrinas especulativas, tomadas de la escuela extranjera, y ciertas verdades prácticas peculiares de su nacion. A veces tambien respira Séneca algo más puro y más sublime; aconseja al hombre tender la mano á los náufragos, poner en buen camino al viandante estraviado, partir su pan con el que tiene hambre (15). Dice que el hombre debe evitar la mania de la muerte, y llegar al término, no como para apelar á la fuga, sino para emprender la partida (16).

No admite ya al dios ciego é impotente de los estóicos, ni al que fulmina rayos desde lo alto del

---

(10) *Epist.* 24.

(11) «Nihil cogor, nihil patior invitus, sed assentior; et quidem magis, quod scio omnia certa et in æternum dicta lege decurrere. Fata non ducunt et quantum cuiquæ restat, prima nascentium hora disposuit. Causa pendet ex causa; privata ac publica longus ordo rerum trahit. Ideo fortiter omne ferendum est quid gaudeas, quid fleas; et quamvis magna videatur varietate singulorum vita distingui, summa in unum venit: accepimus peritura perituri.» *De provid.* 5.

(12) «Neg magis in ipsa (morte) quidquam esse molestiæ, quam post ipsam.» *Ep.* 30.—«Mors est non esse.» *Ep.* 54.—«Hoc erit post me quod ante fuit.» *Idem.*

(13) «Deorum crimen erat Sylla tam felix.» *De const.*, XII.

(14) *De providentia*, 3.—*Ad Marciam consolatio*, 20.—*Ad Helviam consolatio.*—*De constantia sapientis.*—*De clementia*, II, 4, 5, 6, etc.

(15) *Epist*, 95.

(16) «Vir fortis ac sapiens non fugere e vita, sed exire debet. Et ante omnia ille quoque vitetur affectus, qui multos ocupavit, libido moriendi.» *Ep.* 24.

Olimpo y corrompe á las mujeres agenas; sino á un dios incorpóreo, independiente, que es su propia necesidad, que antes de hacer el mundo lo concibió en su mente (17) y que quiere ser amado (18), porque nos ama: somos sus asociados y sus miembros (19); y mora en el corazon del hombre virtuoso (20), cuya alma permanece adherida á aquel que es su orígen, como se adhiere al sol el rayo que nos ilumina. Sin su bondad es nula la majestad de los dioses; de donde se sigue que debe someterse el hombre á la Providencia que rige el mundo, no como madre ciega, sino cual prudente padre, y de ahí resulta que es libertad prestar á Dios obediencia (21). Consiste el bien supremo en poseer rectitud de corazon y lucidez de entendimiento. Ver á un hombre luchar valerosamente con una fiera es un espectáculo de niños, á la par que es un combate digno de Dios contemplar al hombre de corazon en pugna con la adversidad.» (22)

Como romano supo tener lástima al hombre espuesto á las fieras y al filo del acero en el anfiteatro. «Vosotros decis: ha cometido un delito y merece la muerte. En hora buena; pero ¿qué crimen habeis cometido vosotros para ser espectadores de su suplicio?» (23).

Además, hé aquí como habla de sus esclavos: «El espíritu divino pertenece al esclavo como al caballero; esclavo, liberto ó noble, son voces inventadas por la vanidad ó por el desprecio. La virtud no escluye á nadie. Todos son nobles porque descienden de Dios; si en su genealogia hay algun grado oscuro, pásalo y remóntate más arriba, y hallarás su nobleza más ilustre; remóntate y encontrarás que son hijos de Dios todos (24). No les llamen esclavos, sino hombres, comensales, amigos menos nobles, compañeros de servidumbre, porque la fortuna tiene sobre ellos los mismos derechos que sobre nosotros. Aquel á quien llamas esclavo, procede de tu misma alcurnia. Consúltale, admítele á tus pláticas, á tus comidas, no pretendas infundirle miedo, debes contentarte con lo que basta á Dios, con amor y con respeto.»

Esta estension á todos los hombres de lo que los demás filósofos no aplicaban más que á los ciudadanos, y ciertas alusiones que tienen todas las apariencias de citas, hicieron creer á algunos que Séneca habia conocido á los cristianos y hasta habia tenido amistad con el apostol de las gentes (25).

Estos rudimentos fragmentarios del perfeccionamiento humano los habia desarrollado ya el cristianismo derivándolos de principios perfectos y aplicándolos inmediatamente. Por lo demás, la indicada semejanza podria significar solamente que Séneca conoció los libros de los cristianos, tanto más cuanto que la mayor parte de sus obras se manifiestan ercritas antes de la venida de San Pablo. No obstante, la de la *Vida feliz* y sus *Beneficios*, donde más abundan las espresiones cristianas, y especialmente las *Epístolas*, son posteriores á esa época.

Después de haber recomendado ocultar el beneficio añade: «¡Y qué! ¿Ignorará quién le ha hecho el bien? Que lo ignore, si esta es una parte más del beneficio; luego hará tantas otras cosas, le servirá de tan diversos modos, que al fin reconocerá al autor de los primeros servicios. Y aunque él no conozca que ha recibido, yo sabré que he dado.

---

(17) *De benef.*, VI, 7, 23.—*Quæst. nat., præf.*, I, 1; III, 4.
(18) «Deus ametur.» *Ep.* 42, 47, 96.—*De benef.*, VII, 2.
(19) «Hujus socii sumus et membra.» *Ep.* 93.
(20) *Epp.* 41, 73.
(21) «Parere Deo libertas est.» *De vita beata*, 15.—«Colite in pia et recta voluntate.» *De benef.*, I, 6; *Dp.* 116.
(22) *De provid.*, 2.
(23) *Epist.* 7.
(24) *De benefi.*, III; *Ep.* 44.
(25) Esta es una tradicion antiquísima San Gerónimo y San Agustin no ponen en duda la autenticidad de catorce epistolas de correspondencia entre Séneca y San Pablo, epístolas que la crítica no admite. Otros fueron á buscar pruebas de sus relaciones en las mismas obras de Séneca, cotejando algunos pasajes de sus obras y ciertas frases de las epístolas de San Pablo. Efectivamente, se hallan en Séneca muchas espresiones empleadas en el sentido del Nuevo Testamento: Así *Caro* (Animo cum hac carne, *grave certamen est, ne abstrahatur* (De consolat. ad Marciam, 24). *Animus liber habitat; numquam me caro ista compellet ad metum* (Ep. 65). *Non est summa felicitatis nostræ in carne ponenda* (Ep. 74). *Angelus* en el mal sentido que le da San Pablo en su 2.ª Epístola á los Corintios, 12, llamando *ángel de Satanás* á un falso profeta, se encuentra en Séneca del mismo modo: *Non ego Epicuri angelus scio...* (Epístola 20). Otras veces denomina al hombre de bien *progenitura de Dios*. En otro lugar nombra al *Espíritu Santo*. Tambien es bíblica la comparacion de la vida al estado de guerra (Ep. 51, 96).

Grande es en Séneca la cantidad de ideas cristianas. Si á propósito de esto se dice que á fuerza de meditar sobre la naturaleza humana y las relaciones entre Dios y el hombre, puede llegar uno por sí mismo á este punto, preguntaremos porqué no se encuentra nada semejante en los *Diálogos* de Platon, ni en la *Moral* de Aristóteles, ni en los *Memorables* de Jenofonte, ni en las obras de Ciceron, ni aun en Marco Aurelio, ni en Epicteto, que pertenecen á la misma escuela que Séneca.

Históricamente nada se opone á que existieran relaciones de amistad entre Séneca y San Pablo. Llegado á Roma el apostol de las naciones, segun se cree, en el año 61, obtuvo del prefecto del pretorio Burro, amigo de Seneca, cierta libertad como preso; acaso Séneca habia oido ya hablar de él á su hermano, Marco Novato Galion, gobernador de la Acaya, ante cuyo tribunal habia sido conducido San Pablo cuando habitaba en Corinto. *Actos de los Apóst.*, capítulo XVIII.

En suma, hay razones en pro y en contra; pero si se reflexiona que Séneca renunció á la dieta pitagórica, á fin de no pasar por hebreo y de no desagradar á Tiberio; si se piensa en sus culpables condescendencias con Neron, se sentirá uno poco propicio á tenerle por santo. Sobre esto se puede consultar la obra de CH. GELBKE; Leipzig, 1812. *Tractatiuncula de familiaritate quæ Paulo apostolo cum Seneca philosopho intercessisse traditur verisimillima;* y el Seneca de Durosoir en la coleccion de Pankouke.

Eso es poco, dirás, poco si quieres que entre el interés por algo; pero si entiendes dar de la manera más provechosa para el que recibe, darás satisfecho de tu propio testimonio. En el caso contrario, no es hacer bien lo que te gusta, sino que vean como lo haces. Dices: *Quiero que lo sepa*, buscas un deudor de consiguiente *¿Quieres que lo sepa?* ¿Y si le fuere más útil, más honroso, más grato no saberlo? *¿Quieres que lo sepa?* ¿Con qué tú no salvarias á un hombre en el seno de las tinieblas? No niego que cuando el asunto lo tolera, se goza con la gratitud del obligado; pero si le halla menesteroso y se abochorna de ser socorrido; si lo que hacemos ofende, cuando no se oculta, no me parece que es real el beneficio. Pues qué, ¿le haré sabedor de que le he ayudado cuando entre los primeros y más grandes preceptos se cuenta el de no echar en cara el bien y ni aun mencionarlo siquiera? Cuando se trata de un beneficio, hé aquí la ley de ambas partes: olvide una inmediatamente lo que ha hecho, jamás se borre de la memoria de la otra lo que ha recibido (26).

Asi es como procede á menudo por periodos severos y cadenciosos. Declamador siempre, siempre en pos de las antítesis, de las metáforas atrevidas y de las alusiones estudiadas, presenta las ideas con cierto brillo, aunque sin solidez y envolviéndolas á menudo bajo espresiones oscuras y enredadas. Pero antes de considerarle como corruptor de la literatura, prosigamos examinándole como uno de los más prácticos moralistas de la antigüedad, escogiendo en caso de necesidad algunas de sus máximas, en nuestro sentir las mejores:

«Ningun caso hagais de esos molestos censores de las vidas agenas, enemigos de su propia conducta, especie de pedagogos públicos; no vacileis en preferir ser hombres de bien á pasar por tales (27). Ninguno es bueno por accidente; requiere la virtud ser aprendida, y es difícil de adquirir, al paso que los vicios se aprenden sin maestro. El alma libre y recta es aquella que somete á sí todas las cosas sin someterse á ninguna. Aquel que no sabe sufrirse á sí mismo, busca el tropel de los hombres y de las cosas. ¿A qué conduce prever los males?

»Nos acaecen muchas desgracias imprevistas; y no se presentarán muchas que son esperadas. Y aun cuando hayan de acaecer ¿de qué sirve salirles al encuentro? Harto padecerás cuando el dolor sobrevenga; entre tanto prométete lo mejor siempre. Entre los demás males de la necedad se cuenta el de estar de contínuo al comienzo de la vida. Una gran parte de la libertad estriba en la buena educacion del vientre. No hables la verdad sino al que te escucha. Jamás he enderezado mis afanes á agradar al pueblo, atendido que las cosas que sé, no las aprueba, y las que le gustan, las ignoro. He visto á muchos despreciar la vida; pero tengo en más á los que llegan á la muerte sin odio á la existencia. Si crees á tu mujer fiel, harás que lo sea, porque muchos han enseñado á las suyas á engañarles, solo por el temor de ser engañados; y sospechando de ellas les han dado el derecho de incurrir en falta. El que es amigo de sí mismo es amigo de todos. Para muchos la adquisicion de las riquezas no fué el término de sus miserias, sino un cambio. Mira con quien comes y bebes, más bien que lo que bebes y comes. Una pequeña deuda constituye un deudor, una deuda crecida hace un enemigo. ¿En qué consiste la sabiduria? En querer y rechazar incesantemente las mismas cosas. Pocas personas se rigen por la reflexion; y la mayor parte, á semejanza de los que nadan en los rios, no andan por sí propios, sino que son llevados por la corriente. No solo es indispensable arrancar la máscara á los hombres, sino tambien á las cosas, presentándolas bajo sus verdadero aspecto (28).»

---

(26) *De beneficis*, II, 10.

(27) Ep. 123. Sócrates habia dicho: Συντομωτάτη τε καὶ ἀσφαλεστάτη καὶ καλλίστη ὁδὸς, ὦ Κριτόβουλε, ὅ τι ἂν βούλῃ δοκεῖν ἀγαθὸς εἶναι, τοῦτο καὶ γενέσθαι ἀγαθὸν πειρᾶσθαι. Véase JENOFONTE, *Mem.*, II.

HORACIO habia escrito este elegante verso, *Ep.* 16 del lib. I:

Tu recte vivis si curas esse quod audis

(28) Véanse *Epp.* 123, 124, 13, 29, 30, 3, 6, 17, 19, 20, 23, 24.

CAPÍTULO XVII

CIENCIAS.

Séneca merece asimismo atencion bajo el aspecto de la ciencia. Con efecto, aunque sus *Cuestiones naturales* sean un hacinamiento confuso é indigesto y una esposicion verbosa de conocimientos empíricos, sin punto de apoyo en las ciencias exactas ni en los propios esperimentos hechos segun sistema, es el único libro que nos atestigua que los romanos se hayan ocupado de física; pues lo que hallamos en el poema de Lucrecio, en Ciceron y en la compilacion de Plinio, es una copia y no un exámen. El libro de Séneca señala hasta donde rayaron los antiguos en esta ciencia. Así, esta obra sin valor efectivo, vino á ser en Europa por espacio de muchos siglos lo que habian sido entre los griegos las obras de Aristóteles, el repertorio de los conocimientos físicos.

Allí encontramos mencionado el aumento que producen á la vista los globos de vidrio por refraccion (1) y los espejos por reflexion. Se habla allí de los colores del arco iris, formados artificialmente por un vidrio prismático ó tallado en faces (2); de la disminucion del calor en las regiones elevadas de la atmósfera (3); de la formacion de las islas por la accion volcánica (4); de los diferentes colores de las estrellas, de los planetas, de los cometas (5). Estos últimos son considerados por Séneca como astros de curso regular, y solamente visibles cuando pasan cercanos á la tierra (6). Tambien señala una diferencia de densidad entre el nucleo y la cola (7). Parece haber conocido el peso del aire (8), y el enfriamiento producido por la evaporacion (9), y atribuye los terremotos á fuegos subterráneos que se inflaman de repente (10). Refiriéndose á una opinion de Empedocles sobre las aguas termales, propone calentar los aposentos por medio de corrientes de agua caliente: esplica de que modo infiltrándose el agua del mar por los poros de la tierra se dulcifica y forma manantiales; penetra, segun dice, á través de la tierra, como la sangre en las venas; de lo cual pareceria resultar una alusion á la circulacion de la sangre (11).

---

(1) «Literæ quamvis minutæ et obscuræ, per vitream pilam aqua plenam majores clarioresque cernuntur.» *Quæst. nat.*, I, 6.

(2) «Virgula solet fieri vitrea, stricta, vel pluribus angulis... hæc si ex transverso solem accipit, colorem talem, qualis in arcu videri solet, reddet.» *Idem*, I, 7.

(3) *Idem*, IV, 11.

(4) *Idem*, 21.

(5) *Idem*, I, 1.

(6) *Idem*, VI, 17.

(7) «Per stellas ulteriora non cernimus, per cometam aciem transmittimus.» *Idem*.

(8) «Ex his gravitas aëris fiit.» *Idem*, V, 5. «Eo enim crassior aër est, quo terris propior.» *Idem*, VII, 22.

(9) Con tal de que en vez de leer *trahit saporem evaporatio*, se lea *trahit calorem evaporatio*, III, 24.

Véase LIBRI, *Historia de las ciencias natur.* lib. I.

(10) *Quæst. nat.*, VI, 4-31.—San Patricio, obispo de Pertusa, á fines del siglo III daba la verdadera causa de las fuentes termales de Cartago. «No solo las nubes sino tambien las profundidades de la tierra contienen fuego, como lo demuestra el Etna y un monte cerca de Nápoles. Las aguas subterráneas suben como por una especie de sifon: las que corren lejos del fuego interno, brotan frias; pero las que pasan cerca, se calientan y llegan á la superficie de la tierra con un calor insoportable. *Acta S. Patrici*, pág 155, y Ruinart.

(11) «Placet natura regi terram, et quidem ad nostrorum corporum exemplar, in quibus et venæ sunt et arteriæ; illæ sanguinis, hæ spiritus receptacula. In terra quoque sunt alia itinera, per quæ aqua et alia per quæ spiritus currit: adeoque illam ad similitudinem humanorum corporum na-

Plinio.—Cayo Plinio Secundo, natural de Como, fué el latino más ilustre en las ciencias, y uno de los hombres más laboriosos (23–79), si bien de sus muchos escritos solo su *Historia de la naturaleza* ha llegado hasta nosotros. Es una enciclopedia en que espuso en treinta y siete libros los descubrimientos, las artes, los errores del espíritu humano, buscando á veces ocasion de trazar la descripcion de los cuerpos. Después de haber dado en el primer libro un resúmen de las materias y de los autores de quienes habla, trata en el segundo del mundo, de los elementos y de los metéoros. Siguen cuatro libros de geografía; el sétimo está consagrado á las diversas razas, á los caractéres de la especie humana y á los principales descubrimientos. Tienen por objeto los cuatro siguientes los animales, clasificados segun su tamaño é importancia; discute sobre sus hábitos, sobre sus cualidades buenas ó malas, y sobre sus propiedades menos comunes. Trata con estension de la botánica; que comprende diez libros en los cuales describe las plantas, habla de su cultivo y de sus usos en la economía doméstica y en las artes; luego en otros cinco enumera los remedios sacados de los animales. Emplea cinco libros más en hablar de los metales, de la manera de estraerlos y de hacerlos servir para las más ordinarias necesidades y para el lujo. De aquí toma ocasion para ocuparse de escultura, de pintura y de los principales artistas: así, á propósito del cobre, pasa á las estátuas de bronce más notables; las materias colorantes le conducen á hablar de los cuadros, etc. En suma, la obra ofrece en su conjunto una distribucion caprichosa y mal digerida.

No se debe considerar en Plinio un naturalista que recoje, observa, esperimenta, para añadir algo al tesoro de los conocimientos adquiridos, sino un erudito que roba algunas horas á las ocupaciones de la guerra y de la magistratura para hojear libros. Tiene esclavos que le leen mientras come: tambien los tiene destinados á este efecto cuando va de viaje. Otros toman nota de todo lo que indica, y le ayudan en la redaccion de un trabajo utilísimo en su tiempo, porque ahorraba la dificultad de inmensas lecturas; preciosa para el nuestro, puesto que de dos mil obras que Plinio habia consultado, casi todas han perecido.

Lejos de igualar á un Buffon, á un Cuvier, se queda muy en zaga del mismo Teofrasto (12). Compilador sin crítica ni ingenio, lee de prisa, no entiende ó copia mal los pasajes, ó los esplica segun sus prevenciones personales, y del modo que cree convenir mejor á las reflexiones ó á las declamaciones de una filosofía atrabiliaria, acusando de contínuo al hombre, á la naturaleza y á los dioses. Pensando más bien en escitar la curiosidad que en descubrir la verdad; propendiendo más bien que á la precision á la elegancia, dirige su eleccion con preferencia á lo que tiene visos de singularidad y de estravagancia: admite absurdos ya refutados por el gran Estagirita, y copia con muy poco discernimiento para no distinguir la diversidad de las medidas de longitud, para juntar hechos contradictorios y andar á tientas entre sistemas disparatados y hasta opuestos. Su elocuencia aparatosa no hace más que oprimir la miseria humana; y su raciocinio descubre los trastornos de este mundo sin elevarse á las armonías de otro.

Hubieran podido enriquecer los romanos estremadamente la Historia Natural con tantas conquistas; pero aun cuando hallamos algunas colecciones, ni estaban hechas con esmero, ni enderezadas á un objeto científico. Contenian los archivos del palacio las relaciones geográficas de los generales, que brindaran una fecunda mina de documentos á cualquiera que las hubiera consultado; mas parece que Plinio ni aun siquiera conoció su existencia. Su mérito proviene, pues, principalmente de la pérdida de las obras de que se sirvió para su trabajo; y efectivamente, sin su indigesta compilacion, gran parte de la antigüedad seria para nosotros un arcano, y la lengua latina poseeria un tesoro menos.

Conviene, pues, mostrarle agradecimiento; y ahora que han sido enmendados sus errores en punto á medicina y á bellas artes, merece que alguno acometa la árdua tarea de corregir en su totalidad el texto de la obra.

Enérgico y preciso en su estilo, dista mucho de la sencillez y correccion de los contemporáneos de César; tropieza en la afectacion y en la oscuridad amenudo. Sintiéndose animado, á semejanza de Traseas, Helvidio, Tácito y algunos otros hombres distinguidos, del espíritu de la antigua república, acredita á veces en sus opiniones fervor y hasta elocuencia; pero el mal gusto y el énfasis de sus espresiones dañan á la lozanía y á la elevacion de su pensamiento. Nunca sabe columbrar una idea superior en la contemplacion de las cosas naturales: opina que ningun interés ofrece escudriñar lo que se sobrepone á la naturaleza (13); ó niega á Dios completamente, ó le confunde con el mundo, y se mofa de la Providencia (14). El escepticismo desolador en que cae, le hace considerar al hombre

---

tura formavit, ut majores nostri aquarum apellaverint venas.» *Quæst. nat.*, III, 15.

Citaremos además un pasaje de la Cábala, que se cree de los más antiguos: «Sicut sanguis manat per anastomoses venarum, modo in unam, modo in alteram, modo huc, modo illuc, ex loco hoc in locum alium, et isti sinus corporis rigant se invicem, et illuminant se invicem, donec illuminentur omnes mundi, et benedictionem accipiant propter illos.» En el *Idra Rabba*, tomo I, pág. 509 de la coleccion de *Cabala denudata* de KNORRIUS.

(12) Cuvier le juzga con más justicia y menos retórica que Buffon.

(13) «Mundi extera indagare nec interest hominis, nec capit humanæ conjectura mentis.»

(14) Véase, III, 7; VIII, 53.

como al ser más desventurado y soberbio (15), insulta á la divinidad «que no puede conceder al hombre la inmortalidad, ni privarse á sí propia de la vida, que es el mejor don que nos ha hecho.»

A pesar de todo no puede sustraerse á las ideas nuevas, á las cuales vanamente cerraba sus ojos: al nombre de bárbaros sustituyó el de hombres: echa en cara á César la sangre derramada: elogia á Tiberio por haber puesto término á ciertas supersticiones en Africa y en Germania; filosofia tolerante y cosmopolita, cuyo manantial desconocia ó del que renegaba.

Solino. — Puede considerarse el *Polihistor* de Julio Solino como un estracto de su obra; vivió quizás dos siglos después este autor, que recogió nociones diversas especialmente en geografia, y gozó de gran crédito en la Edad Media, aunque en realidad carece completamente de criterio.

Estrabon.—Estrabon, de Amasis, viajó por el Asia Menor, por Siria, Fenicia y Egipto hasta las cataratas. Posteriormente recorrió la Grecia, la Macedonia, la Italia, escepto la Galia Cisalpina y la Liguria; y en lo concerniente á estos paises dice lo que ha visto: en lo demás habla sobre la fé agena. Presenta en diez y siete libros la historia de la geografia desde Homero hasta Augusto; y tratando de los orígenes y de las emigraciones de los pueblos, de las fundaciones de las ciudades y de los Estados, de los más célebres personajes, da muestra de crítica más que mediana. En el décimo sesto libro dice que la Comagene acababa de ser reducida á provincia; y este hecho, cuya fecha se refiere al año 18 de Cristo, es la única noticia que nos queda acerca de la época en que vivia.

Ya nos ha servido de norte para recorrer el mundo; y si no estuviéramos habituados á ver como ignoran los antiguos los escritos de sus más famosos predecesores, nos sorprenderia que tan importante obra como la de Estrabon no fuera conocida por Pausanias, Plinio, Josefo ni Plutarco.

Pomponio Mela.—No vió por sus propios ojos el español Pomponio Mela (43), como Estrabon habia visto, *De situ orbis* en que compendia el sistema de Eratóstenes, es de estilo conciso y elegante; se halla sembrado de graciosas descripciones y de discusiones de física ó de recuerdos históricos, y elude la aridez de una nomenclatura. Pero como el autor bebe sus noticias en todas partes sin gran discernimiento, da todavia como subsistente lo que no existe hace largo tiempo, á la par que se buscan infructuosamente en su libro Cannas, Munda, Farsalia, Leuctra, Mantinea, lugares famosos por grandes batallas; Persépolis, Ecbatana y Jerusalen, notabilísimas capitales, ó Estagira, patria del gran filósofo.

Dionisio Perigetes.—Durante el reinado de Tiberio murió Dionisio Perigetes, el cual hizo una descripcion del mundo en buenos versos griegos; mas algunos han atribuido la obra que lleva su nombre á un contemporáneo de Marco Aurelio. No añade á lo dicho por Estrabon cosa alguna.

Esclavos los antiguos geógrafos del rancio espíritu literario, estropean á menudo los nombres y hasta los pasan en silencio, cuando no les parece posible apropiarlos bien á su lengua (16), dejando así que se perdieran aquellos que tenian más originalidad, y por cuyo medio hubiera podido la filologia esclarecer la historia de las poblaciones. A mayor abundamiento no habian dado una base matemática á sus sistemas, contentándose con situaciones terrestres, con latitudes groseramente señaladas, y apoyándose en itinerarios *pintados* ó *anotados*, es decir, dibujados en el papel ó redactados.

Tolomeo.—Al cabo fué tratada la geografia científicamente por Claudio Tolomeo, que vivia por los años 100 de Jesucristo. Se declara deudor de sus conocimientos á Marino de Tiro, quien habia recogido las relaciones de los viajeros rectificándolas, y acaso tuvo tambien proporcion de servirse de las descripciones que los fenicios depositaban, segun costumbre, en sus templos, así como de los mapas sobre que aquellos intrépidos navegantes apuntaran lo que habia llegado á su conocimiento durante sus escursiones, ora acerca de la configuracion de la tierra, ora sobre la situacion de los diferentes paises. Pero la obra de Marino de Tiro se ha estraviado; y tampoco poseemos la de Tolomeo, sino solo una compilacion, y esa posterior segun todas las probabilidades. Respecto de este príncipe de los geógrafos de la antigüedad, se sabe que hizo su última observacion el 2 de febrero de 141. En el primero de los ocho libros de su *Geografia* (γεωγραφικὴ ἀφήγησις) enuncia el orígen y el objeto de su trabajo, asi como su método de formar las cartas geográficas: los seis libros siguientes no son más que una nomenclatura de ciudades, de montañas, de rios, acompañada no obstante de las indicaciones de su situacion por longitud y latitud. Contiene el último una lista de trescientas cincuenta ciudades, en la que se menciona la duracion del dia mas largo del año en cada una de ellas, á fin de determinar su posicion respectiva. A la obra van unidos veinte y seis mapas, diez relativos á Europa, cuatro á Africa y doce á Asia: en los ejemplares que subsisten son atribuidos á Agatodemon, mecánico de Alejandria (Ἀγαθοδαίμων μηχανικὸς ἀλεξανδρεὺς ὑπετύπωσε), quien no hubo de hacer más que reproducir lo que Tolomeo le ponia delante.

Su mapa mundi estaba cubierto con una red, y en cada cinco grados se veia trazado un meridiano, á la par que los paralelos pasaban por las ciudades principales, tales como Siena, Alejandria, Rodas

(15) «Solum certum nihil esse certi, et homine nihil miserius aut superbius.» III, 7.

(16) *Digna memoratu, aut latiali sermone dictu facilia.* PLINIO. Lo cual se vé tambien en Estrabon, Mela, etc.

y Bizancio. Como habia dado al grado quinientos estadios de longitud, es decir, cerca de una sesta parte menos de la verdad, todas sus demás indicaciones resultaron falsas. Al revés, se aproxima á la exactitud en punto á las latitudes; pues siendo el grado de 485 estadios bajo el paralelo de Rodas, él lo evaluó en 444, diferencia leve, y reduciendo los estadios con tal proporcion, prueba que sacaba provecho de las observaciones anteriores (17). ¡Cuánto dista del saber de Tolomeo aquel Eratóstenes, que como director de la biblioteca de Alejandría, tenia á su disposicion tan ricos materiales! Estrabon, que se apoya en Eratóstenes, aun no conoce el Norte de Asia: cree que el mar Caspio es un golfo del gran Océano; y confiesa que desde allí hasta el Elba camina á oscuras: dice muy poco de la India aquende el Ganges, y nada de la situada mas allá de este rio: de la Arabia no conoce mas que lo que le ha contado en Egipto el general Elio Galo.

Por el contrario, Tolomeo conoce, aunque inexactamente, no solo las costas, sino tambien el centro de la India, y una veintena de ciudades y puertos de la Taprobana: es el primero que describe los paises situados allende el Ganges; nombra muchas localidades de lo interior de Arabia: conoce la península de Jutland y sus moradores: determina los territorios habitados por diferentes pueblos germanos desde la Polonia hasta el Báltico, y sabe que se dilatan estensos paises al Norte del mar Caspio. Habia adelantado la ciencia en el trascurso de siglo y medio, no tanto por efecto de las conquistas como por el comercio, ya mas libre y regularizado, y por las espediciones de descubrimientos (*periplos*) por mar y tierra. Así Tolomeo debió dar noticias sobre el Asia Oriental á la relacion de Ticiano, negociante macedonio que habia enviado por tierra sus agentes á Mesopotamia y á lo largo del Tauro, á las Indias y hasta la capital de los seres.

Hiciéronle incurrir en crasos errores la confusion que formó de los estadios de los diferentes pueblos, la poca crítica en la eleccion de los materiales, y observaciones astronómicas inexactas. Sin embargo, durante catorce siglos no se conoció otro manual sistemático que su *Geografía*, y siempre es lo mejor que poseemos en punto á noticias sobre esta ciencia entre los antiguos. Su *Gran construccion* (μεγάλη συντάξις) en trece libros, comprende todas las observaciones y problemas de los antiguos sobre la geometría y la astronomía. No fué grande astrónomo, aunque si buen matemático, y se mostró laboriosísimo en el cuidado de reunir cuanto habia esparcido en los tratados de sus predecesores. Su obra fué traducida al árabe en 827, con el título de *Tahrir al magesti*, de donde proviene el nombre de *Almagesto* bajo el cual es conocida (18).

Tolomeo dió su nombre al sistema que coloca la tierra en el centro del universo y hace girar los cielos entorno de ella desde Oriente á Occidente, no porque él lo inventara, sino porque lo esplicó sustentándolo contra Aristarco de Samos, que enseñaba el movimiento de la tierra. En su concepto tienen cuatro movimientos las estrellas: el primero de veinte y cuatro horas, como los planetas, en rededor de la tierra; el segundo diurno, que les hace inclinarse un poco del Poniente al Levante; el tercero es aquel en virtud del cual flotan ora de Levante á Poniente, ora en sentido opuesto; el cuarto las hace vacilar entre los dos polos. Hay tres cielos; uno, que llama el primer movil, hace que giren las estrellas y los planetas entorno de la tierra: los otros dos cristalinos, dotados de un movimiento de vibracion, imprimen á los planetas los demás movimientos. Para dar razon de las enormes variedades que presentaba su sistema, hubo de suponer una complicacion de círculos escéntricos y de epiciclos, cruzándose unos con otros de una manera tan contraria á la sencillez magestuosa de la naturaleza, que el rey Alfonso X de Castilla pudo permitirse este reparo más sabio que prudente: *Si yo hubiera estado cerca del Criador, le hubiera aconsejado hacer mejor las cosas.* Hasta en esto hicieron ver los progresos de la ciencia que las faltas atribuidas á la Providencia son efecto de nuestra soberbia y de nusstra ignorancia.

Su estraordinaria reputacion se debe á lo raro de los escritos de Hiparco, que él copió en lo que es verdaderamente irreprensible de su *Sintaxis*, ó sea la trigonometría, la parte puramente esférica y la teoría matemática de los eclipses.

Tolomeo formó el catálago de las estrellas de Hiparco, indicando la situacion de mil veinte y dos de ellas. Creyó que avanzaban un grado por siglo, al paso que Hiparco, alejándose menos de la verdad, les habia señalado un movimiento de dos grados en ciento cincuenta años. Describió la esfera armilar de Hiparco, y el astrolabio de que se servia para observar la altura de los astros, y las

(17) En vano pretendieron los modernos *rehacer* los mapas de Tolomeo con métodos más ingeniosos que satisfactorios.

(18) La primera edicion latina de Tolomeo fué publicada en 1475: el texto griego no fué impreso más que en 1533 en Basilea, por la solicitud de Erasmo, luego en Paris en 1546 con todos los errores de la precedente. Hízose en Francfort la tercera edicion greco-latina en 1605, con mapas de Mercator: posteriormente se reprodujo en 1616 y en 1618. El abate Halma comenzó una por los años de 1813 y 1815 en Paris, con una traduccion suya y notas de Delambre; pero no pasó del primer libro, amen de que el traductor tenia escaso conocimiento del griego. Es mucho mejor edicion la publicada por Frid. Guill. Wilberg: *Claudii Ptolomei Geographiæ libri octo; græce et latine ad. cod. mss. fidem edic.* Essendiæ, 1840. Se ha publicado recientemente una magnífica edicion de Tolomeo en la coleccion de los clásicos griegos de Didot (1883).

paralajes. Supo que la luz de los astros, al venir á nosotros, se refracta en la atmósfera; pero en vez de aprovecharse de esta nocion para esplicar su mayor dimension aparente cuando están al horizonte, la creyó producida tan solo por un falso juicio de nuestra mente. Enseñó á determinar la hora combinando la posicion del sol ó de una estrella con la latitud del lugar donde uno se encuentra: descubrió la elevacion de la luna, y demostró que la ecuacion del centro del orbe lunar es más pequeña en las sizigias que en las cuadraturas: por último redujo á sistema la paralaje lunar, describiéndola mayor de lo que es realmente.

Tambien trató de la música, y aun parece que le cupo el mérito de reducir á siete los trece ó quince tonos de los antiguos, como tambien de determinar las verdaderas relaciones de ciertos intérvalos, haciendo la octava diatónica más conforme á la armonia. *Para juzgar del canto*, dice, *no basta oido: conviene que el sentimiento y la razon tengan su parte.* Y sobre este punto diserta segun los métodos pitagóricos.

Su *Canon real*, redactado para comodidad de los astrónomos, ha prestado servicios á la historia, atendido á que apunta exactamente, con referencia al calendario egipcio, los años del reinado de cincuenta y cinco reyes.

Segun confiesa el mismo Ciceron, nunca fueron muy cultivadas las matemáticas en Roma; y hasta Boecio, ni Euclides, ni Tolomeo, ni Arquímedes, habian sido traducidos á la lengua latina. Los matemáticos, de que tan frecuente mencion se hace en las leyes romanas, son los astrólogos que siempre desterrados, regresaron de continuo á la ciudad. Encontraba el orgullo romano algo de abyecto en una ciencia que se ponia al servicio de las artes mecánicas, calculaba la ganancia y llevaba registros. Horacio atribuye al estudio de las matemáticas la depravacion del gusto. Séneca lo rechaza como humillante (19). Plutarco dice que por los filósofos es menospreciada (20).

(19) «Metiri me geometria docet latifundia... numerare docet me arithmetica, et avaritiæ commodare digitos... Quod mihi prodest agellum in partes dividere, colligere pedes jugeri, et comprehendere etiam si quid decempedem effugit?... Quid tibi prodest si, quid in vita rectum sit, ignoras?...»

(20) Todavia se espresa más claramente que Séneca: «Eudoxio y Arquitas fueron los primeros inventores de esta arte mecánica... Pero habiéndose levantado Platon contra ellos, considerándolos como gentes que arruinaban y corrompian todo lo bueno de la geometria, que de las cosas incorpóreas é intelectuales descendian de este modo á las cosas sensibles, y á hacer uso de los cuerpos que reclaman un trabajo manual, enojoso y servil, la mecánica quedó degradada y separada de la geometria, como un arte militar desdeñado por los filósofos... Reputando Arquímedes por cosa innoble y vil la industria relativa á los trabajos mecánicos, y todas las demás artes á que se entrega uno por necesidad, puso toda su ambicion en cosas cuya belleza y escelencia no se mezclan con la necesidad.» *En Marcelo.*

Frontino.—El único escritor que se haya ocupado de matemáticas aplicadas es Sexto Julio Frontino (40–106), que bajo Vespasiano mandó las legiones en Bretaña antes que Agrícola, y fué cónsul y augur posteriormente. Era amigo de Plinio, y Marcial le tributó elogios. Al morir prohibió que se le levantara ningun monumento, diciendo: *Harto se conservará memoria mia, si mi vida me ha hecho acreedor á ello* (21). Encargado de la vigilancia de los acueductos, escribió la historia de estas construcciones memorables y verdaderamente italianas (22). Tambien dejó cuatro libros de *Estratagemas*, compilacion militar é histórica en un todo, donde se halla poca crítica y un estilo desaliñado, pero donde se descubre el fácil aplomo del hombre que posee la materia de que trata. Sus obras sobre el arte militar se han perdido. Escribieron así mismo sobre el arte militar el arquitecto Apolodoro, el emperador Adriano, el historiador Arriano; pero especialmente Onesandro, filósofo platónico, de quien volveremos á hablar más adelante y de cuyas obras tomaron muchos griegos y latinos, que le han conservado fama hasta nosotros.

Isidoro.—Halló Isidoro la duplicacion del cubo, y un instrumento para describir la parábola por medio de un movimiento contínuo. Menelao de Alejandria compuso el primer tratado de trigonometria (σφαιρικά), en el que habla de triángulos, aunque sin enseñar á calcularlos. Sus teoremas son todos de pura especulacion, salvo el que denominaron los árabes regla de interseccion, y esplica la relacion entre los seis arcos de una especie de cuadrilátero formado en la superficie de la esfera: este teorema es la única base de la trigonometria de los griegos. Sereno demostró que la seccion del cono produce la misma elipse que la seccion del cilindro. Perseo inventó las líneas esfericas, ó curvas formadas cortando el sólido engendrado por la rotacion de un círculo entorno de una cuerda ó de una tangente. Filon de Tianes imaginó otras y perfeccionó la teoria de las curvas.

Columela. — Lucio Julio Moderato Columela, natural de Cádiz, se lamentaba de que permaneciera tan descuidado el estudio de la agricultura. «Hay, decia, escuelas de filosofia, de retórica, de geometria, de música; hay gentes esclusivamente ocupadas en preparar manjares sabrosos; otras en peinar los cabellos; y no hay nadie que enseñe agricultura. No obstante, hubo un tiempo en que las ciudades eran harto felices sin las artes de recreo, y lo serán todavia; pero sin agricultura está fuera de duda que los hombres no pueden subsistir ni alimentarse. ¿Cuáles son los mejores medios de que cada uno conserve y fomente su patrimonio? ¿Son acaso las armas con cuyo auxilio se ad-

(21) PLINIO, *Ep.*, IX, 61.

(22) El título poco elegante *De aquæductibus urbis Romæ commentarius*, debe haber sido dado á su obra por los copistas de la Edad Media.

quieren despojos teñidos de sangre? ¿Será el comercio que arrancando á los ciudadanos de su patria les espone á las ondas y á las tempestades, trasladándoles á desconocidos confines? ¿Se contará con la usura cuyos provechos son más probables sin duda, aunque se la mira de reojo por los mismos á quienes sustenta? Si la tierra produce menos actualmente, no consiste en que esté cansada, como algunos nos dan á entender, ni en que envejezca: de nuestra inercia es la culpa.»

De consiguiente escribió (42), para alentar á que se practicara este arte, un tratado (*De re rustica*), cuyo primer libro habla de la utilidad y del placer de la agricultura, el segundo de los campos, de la siembra y de la cosecha; el tercero y cuarto de las viñas y de los jardines; el quinto del modo de dividir y de medir el tiempo, de los árboles, del ganado menor y mayor y de sus enfermedades, de las abejas y de las aves separadamente, de los deberes de un buen arrendatario: lo terminó con instrucciones para el uso de los que se ocupan en economia rural. El décimo libro, que está en verso, se halla tambien consagrado á los jardines, pero á los útiles, á diferencia del francés Delille, que cantó los de recreo.

Escribe con pureza; pero á veces es sencillo hasta la trivialidad, siendo otras elegante hasta la afectacion. Puede ser agradable á los hombres de letras la lectura de su libro, si bien para agricultor no es nada instructivo. Columela prefiere á los prados, que consideraba Caton como el género de cultivo de más lucro, las viñas que tambien coloca sobre el trigo (23).

Dioscórides.—Presúmese que Pedanio Dioscórides, de Anazarbo en Cicilia, vivió en tiempo de Marco Aurelio. Sus cinco libros de *Materia médica* pasaban no hace mucho en Europa y pasan todavia en Oriente por la mejor obra de botánica. No obstante, se limita á indicar la virtud medicinal de las plantas (único objeto de sus investigaciones) sin remontarse á las causas de las enfermedades, y sin proporcionar sus dosis á la edad ni al sexo.

Hasta la época de Plinio no habia sido cultivada la medicina por ningun romano (24), á pesar de ser tan lucrativa, que los emperadores pagaban hasta doscientos cincuenta mil sextercios anuales á los médicos. La mayor parte de estos eran esclavos ó extranjeros; César fué el primero que los hizo partícipes del derecho de ciudadania (25); y en una tienda pública (*yatreon*), hacian sangrias, sacaban muelas y verificaban otras operaciones entre bromas é historietas (26). Otros se aplicaban al estudio y ensayaban sus doctrinas sobre los infelices clientes, proclamando novedades singulares y teorias estrañas, con ese tono de seguridad que seduce las imaginaciones enfermas y da reputacion y riqueza entre la docil credulidad. Una de sus escuelas se llamaba *Medicina contraria*, porque en las fiebres lentas y obstinadas abandonaba el profesor de repente los remedios hasta entonces intentados, para aplicar precisamente los contrarios. Augusto, gravemente enfermo, tomaba remedios calefacientes, y su liberto Antonio Musa lo curó sustituyéndolos de pronto con baños frios. Era el caso de decir con Celso: *Quos ratio non restituit, temeritas adjuvat.* Otra vez curó el emperador con lechugas, por lo cual le concedió éste el anillo, y en agradecimiento la inmunidad á todos los de su profesion.

Asclepiades.—El empirismo puesto en boga por Serapion (Lib. IV, pág. 203.), fué derribado por Asclepíades de Prusias (60 á C.), al cual equivocadamente quizá se confunde con el retórico, y que habiendo ido á ejercer su arte en Roma, aplicó á él los dogmas de Demócrito y de Epicuro, entrando con franqueza por nuevos senderos, y rechazando las hipótesis de los humores para sustituirlas con la física mecánica.

Segun él los cuerpos son un compuesto de átomos que dejan intersticios; la salud consiste precisamente en la igual proporcion entre el diámetro de estos y los fluidos que por ellos pasan y se evaporan; y las diferentes enfermedades proceden de la viciosa proporcion de los sólidos y de los poros. Solamente, pues, hay dos causas de enfermedad, la dilatacion y la contraccion, y la práctica se reduce á suministrar remedios que produzcan el efecto contrario. Simplificada de tal manera la terapéutica, llamaba *meditacion de la muerte* á la paciencia del arte que espia la naturaleza para socorrerla, censurando así á Hipócrates, aun por su doctrina de las crísis. Segun él la curacion debia ser *pronta, segura y agradable*, por lo cual se limitaba á propinar dieta, gimnástica, fricciones y vino, desterrando todo medicamento violento é interno, y usando con frecuencia de los simples. Se pretende que fué el primero que practicó la incision de la laringe, y reconoció la hidrofobia y la elefantíasis.

Con tal seguridad aplicaba Asclepíades su méto-

---

(23) GASTOS PARA EL CULTIVO DE SIETE *campos* DE VIÑAS.

	Sextercios.
Para la compra de un esclavo que baste por sí solo.	8,000
Para la compra de siete *campos*.	7,000
Para las estacas y otros gastos.	14,000
Interés al seis por ciento sobre estas sumas durante los dos años que no produce la viña.	3,480
Total. . . .	32,480
Rendimiento de siete campos de viña cada año.	6,300

Además de diez mil sarmientos que se obtienen anualmente, vendiéndose en 3,000 sextercios.

(24) «Solam hanc artium græcarum nondum exercet romana gravitas in tanto fructu.» *Hist. nat.*, XXIX.

(25) SUETONIO, en *Cæs.*, 42.

(26) BERNEGAU.—*De servi medici apud Græcos et Romanos conditione.* Halle, 1733.

do, que llegó á decir que consentia en perder todo su crédito, si alguna vez enfermaba. No enfermó, á la verdad, porque se mató cayendo de una escalera, y sus contemporáneos lo tuvieron por un dios. Galeno y otros le llaman impostor; pero sus teorias son las más plausibles y las menos absurdas que dió de sí la antigua física. Con su suave modo de tratar las enfermedades reconcilió á los romanos con la medicina, de la cual estaban disgustados por el método sanguinario del cirujano Arcagato, al cual mudaron el sobrenombre de vulnerario en el de verdugo, y acaso por esto atrajo á su profesion las exageradas invectivas de Caton el antiguo (27).

Temison.—Los gérmenes que Asclepíades habia dejado en sus obras, fueron fecundados por Temison de Laodicea, el cual en tiempo de Augusto redujo la medicina á sistema, haciéndose gefe de la secta metódica. Adoptando la teoria de los poros, y la division general de las enfermedades en contraccion y dilatacion sin considerar las diferencias particulares, procuró simplificar la doctrina y facilitar la práctica. A las causas ocultas de los dogmáticos, y á las evidentes de los empíricos, sustituyó las próximas como fundamento del diagnóstico, excluyendo injustamente las causas remotas. La medicina era para él *el método evidente de conocer lo que hay de comum en las enfermedades*, y *de tratarlas;* bastaba, pues, fijarse en las analogias comunes, debiendo curarse las enfermedades diferentemente, segun que fuesen crónicas ó agudas, y de distinta manera segun que se hallasen en aumento ó en disminucion. Se elogió la diligencia con que describió el principio, el aumento y la disminucion, y como él decia, las *relaciones temporales* de las enfermedades, que unidas á las comunes, debian servir de regla para el método curativo.

Metodistas.—Los metódicos se lanzaron después de los dogmas medios á los estremos, en un círculo resumptivo y metasincrítico, rara serie de remedios aplicados en tiempo y en órden determinados, añadiendo que no era menester cambiar el tratamiento segun las partes afectadas, ni hacer caso de las individualidades y cosas semejantes. Generalmente, sin embargo, se atuvieron á los remedios simples y naturales, rechazaron los purgantes, y en vez de ostentar riqueza de medicamentos, los redujeron á laxantes y astringentes, haciendo consistir el arte en procurar su uso apropiado y discreto.

Tesalo.—Tesalo, uno de ellos, hombre presumido que despreciaba á sus predecesores, se atribuia la gloria de haber introducido el verdadero sistema metódico, porque enseñó la mutacion entera del estado de los poros de la parte enferma *(metasincrésis)*, extendió la doctrina de las comunidades temporales á las enfermedades quirúrgicas, y prefijó tres dias de abstinencia al principio de todo plan de curacion. Con el atrevimiento acostumbrado por los creadores de sistemas, propalaba que enseñaba la medicina en seis meses, por lo cual puede comprenderse cuantos alumnos concurririan á su escuela.

Sorano.—Más sobrio Sorano, modificando algo la secta metódica, le grangeó crédito; pero es tal la sutileza de sus divisiones, que difícilmente se puede comprender su fondo, aun estudiando su método en Celio Aureliano, que lo adoptó y usó moderadamente, y en Baglivi y en Próspero Alpino, que intentaron restablecerlo después. Sin embargo, acaso no merezca esta escuela el desprecio de que la cubrió Galeno, porque aun cuando culpable de descuidar las causas remotas, y alguna vez tambien la fisiologia y la anatomía, supo mejor que Hipócrates y el mismo Galeno establecer la conexion entre la doctrina y la práctica.

Otras escuelas.—Despues nacieron otras escuelas, la *episintética* ó recolectora, fundada por Leónidas de Alejandria, la *ecléctica*, instituida por Arquígenes de Apamea, y la *neumática*, por Ateneo de Atalia: las dos primeras tenian por objeto escojer lo mejor entre sus predecesores, y la última añadia á los cuatro elementos, calor, frio, humedad y sequedad, el espíritu que penetrando en los cuerpos, da orígen á las diversas afecciones, y á la palpitacion del corazon y de las arterias.

Escribonio Largo Designaciano, del tiempo de Claudio, siciliano ó rodio, trató de combinar las doctrinas metódicas con el empirismo, y es notable por haber enseñado á no extraer el diente dañado, sino á separar de él solamente la parte corrompida, y aun más por haber aplicado la electricidad al dólor de cabeza, sugiriendo el medio de poner en ella un torpedo vivo (28), remedio adoptado tambien por Dioscórides.

Celso.—Algunos han pretendido que en la época de Augusto vivió Cornelio Aurelio Celso (29), cuya patria y vida se ignoran y de cuya enciclopedia *(Artium)* no nos han quedado más que ocho libros de medicina, bien escritos para su época, pero que acaso no son más que traducciones del griego. Hipocrático, esto es observador, apoyándose tambien en la induccion, recomienda en la higiene no tomar nuevos hábitos ni dejar la templanza, y

---

(27) Escribia este á su hijo: «Jurarunt inter se barbaros necare omnes medicina. Et hoc ipsum mercede faciunt, ut fides iis sit, et facile disperdant. Nos quoque dictitant barbaros et sparcius nos quam alios Opicos appellatione fædant. Interdixi de medicis.» Ap. PLINIO, XXIX, 1.

(28) «Capitis dolorem quemvis veterem et intollerabilem protinus tollit et in perpetuum remediat torpedo viva nigra, imposita eo loco qui in dolore est, donec desinat dolor et obstupescat ea pars: quod quum primum senserit, removeatur remedium, ne sensus auferatur ejus partis. Plures autem parandæ sunt ejus generis torpedines, quia nonnunquam vix at duas tresve respondet curatio, idest torpor; quod signum est remediationis.»

(29) BIANCONNI, *Cartas Celsianas*, 1779. Brillantes y falsas.

reunió después cuanto dijeron sus antecesores, juzgándolo con buen sentido y exponiéndolo con elegancia. Parco de teorias, solo cree importante en la medicina lo que se dirige á sanar. No desaprueba el uso de algun médico de entonces de abrir á los hombres vivos, pero no lo encuentra necesario, pudiendo las heridas de los gladiadores, de los guerreros y de los asesinados, ofrecer campo para estudiar las parte internas, por remedio y piedad, no por barbarie.

Arquígenes y otros.—Arquígenes de Apamea, que se considera como fundador de la ecléctica en medicina, fué contemporáneo de Trajano. Sus sutilezas apropósito de las diferentes clases de pulso, cuyo número eleva á siete, subdividiéndolas además en no sé cuantas variedades (30), recuerdan casi las de los médicos chinos. La oscuridad de su estilo no permite comprender sus descripciones hasta que le comentó Galeno. No desplegó menos sutilezas de raciocinio y distincion de voces, para determinar cada especie y cada gradacion de dolor, segun la víscera afectada. En la práctica seguia el empirismo, y proclamaba que la enfermedad era fuerte especialmente al principio.

Areteo.—Areteo de Capadocia, tambien ecléctico, aunque con más vastas miras, y el mejor observador entre los antiguos después de Hipócrates, parece haber sido contemporáneo suyo. Empieza la descripcion de cada enfermedad por la de la parte afectada, y se muestra adelantado en anatomía; niega que los vasos del brazo se comuniquen con vísceras diferentes (31). Cree que el hígado está destinado especialmente á la elaboracion de sangre; y que la bilis se forma en la vejiguilla de la hiel; acaso conoció los vasos lácteos y hasta los canales de Bellini en los riñones, y la membrana vellosa de Hunter en el útero fecundado. Sabe que los nervios toman nacimiento en la cabeza y son los agentes de la sensacion, aunque á veces los confunde con los tendones. Es de sentir que la mania de adornar su estilo, demasiado comun entre los médicos, le haya arrastrado hasta á sacrificar la verdad. Pueden citarse especialmente como prueba de ello su descripcion de la lepra, en la cual se obstina en seguir una marcha contraria á la natural, y en comparar la piel del leproso á la del elefante, de donde procede el nombre de *elefantiasis*. El cólera se halla descrito punto por punto en Areteo (32), quien parece creerlo contagioso; porque una vez agotados los remedios aconseja al médico que se aleje inmediatamente del enfermo (33). Mostróse en la práctica más moderado que sus contemporáneos.

Casio Yatrofista dejó una escelente coleccion de problemas de medicina y de física, que todavia son útiles actualmente. Antilo contribuyó mucho á los adelantos de la cirugia y de la terapéutica, y aconsejaba troncotomia en las anginas, y la incision del hidrocéfalo; tambien dió escelentes consejos para batir la catarata.

Galeno.—Pasaremos á los demás en silencio para llegar á Claudio Galeno (131-202) natural de Pérgamo, cuyo talento, tan vasto como el de Aristóteles, tan profundo y más libre, abarcó toda la ciencia. Ya cuando asistia á las escuelas señalaba los defectos de los sistemas dominantes, y poco satisfecho de la enseñanza que recibia, recurria á las fuentes de la doctrina y á la investigacion de la naturaleza. Tomando á Hipócrates por norte, le siguió con respecto, aunque sin idolatria; comparó sus observaciones á los hechos, reconoció su habilidad, y habiendo acometido la empresa de reproducir sus ideas bajo diferentes aspectos, de repetir sus esperimentos, hizo revivir su medicina con más esplendor que tuvo en su nacimiento.

Opulento con la sabiduria que el tiempo habia aumentado continuamente, adoptó en la teoria el dogmatismo del maestro con motivo de las facultades sensitivas y activas de los órganos regulados

---

(30) Βλιτοριζόμενος σκινδαψιζόμενος, ἀποκεκρημνισμένος, πτύζων, ὑγροψάνης, καρώδης, βομβῶν, ἐκτεζαμένος, ἀναλήθης, ἀτενής, ἀδρανής, ἀποπεπηγώς, διαπεφυσημένος, διηγκωνισμένος, ἐγκαλυπτόμενος, y así sucesivamente.

(31) Sin embargo, recetaba siempre la sangria en la parte opuesta al sitio de la inflamacion, pues la práctica le habia enseñado que siempre vale más estraer sangre lo más lejos posible de la parte dolorida.

(32) «Cholera est materiæ a moto corpore in gulam, ventriculum et intestina retro fluens motio, vitium acutissimum; supra enim per vomitum erumpunt, quæ in ore ventriculi et gula congesta fuerant: infra dejiciuntur humores in ventriculo intestinisque natantes. In primis quæ evomuntur, aquæ similia sunt; quæ anus effundit, stercorea, liquida, tetrique odoris sentiuntur; siquidem longa cruditas in malum excitavit. Quod si per clysterem eluantur, primo pituitosa, mox biliosa feruntur. Initio quidem facilis morbus est, dolore vacans; postea vero tensiones in ore ventriculi et gula, tormina in ventre nascuntur. Si magis sæviat morbus et tormina augescant, anima deficit, membra resolvuntur, cibos exhorrent, animus consternatur. Si quid acceperint, cum magno tumultu, nausea et vomitu mandit, tum sincere flava bilis expellitur: dejectiones quoque similes sunt; nervi tenduntur, tibiarum brachiorumque musculi convelluntur, digiti incurvantur; vertigo oboritur, singultiunt; ungues livent, algent estrema, totum corpus rigore concutitur. Si malum ad ultimum venit, tum verò ægrotus sudores perfunditur; bilis atra supra infraque prorumpit; convulsione impedita vescica, lotium cohibetur; quod tamen, cum in intestina humores deriventur, abundare non potest: voce privantur; arteriarum pulsatus minimi sunt ac frequentissimi; cujusmodi in syncopa proposuimus. Conatus ad vomendum perpetui ac inanes fiunt: inclinatio ad dejiciendum prompta, quam tenesmon Græci vocant; sicca tamen, nihilque succi egerens; mors demum sequitur doloribus plena et miseranda, per convulsionem, strangulatum et inanem vomitum.» *De cholera*, lib. II, c. 3.

(33) En el c. 4, *Curatio cholerœ* dice: «At contra, si omnia vomitu rejiciat, sudor perennis affluat, frigeat laborans, et lividus fiat, pulsus etiam prope extinti sint et vires cadant; cum ita, inquam, se habuerit, inde honestam fugam capessere bonum est.»

por la naturaleza. Fundó sobre la anatomia el conocimiento de la medicina; pero como las leyes romanas, que permitian matar á los vivos, vedaban disecar á los muertos, tuvo que dedicarse á la autopsia de los monos, por lo cual se equivocó en todos los músculos que en el mono se diferencian de los del hombre. Acontece lo mismo con la osteologia; dice por ejemplo que la mandíbula superior se compone de cuatro huesos, lo cual es verdad en el mono, y no en el hombre; cuenta en el hueso sacro menos vértebras que tiene el hombre. Admite, sin embargo, en el hombre dos conductos biliares.

Hizo muchos descubrimientos en miologia y en fisiologia. Basaba cuatro temperamentos sobre los cuatro humores ya señalados por Hipócrates, la sangre, la pituita, la bilis y la atrabilis, y sobre las cuatro cualidades, aplicándolas universalmente, y pretendia esplicar de este modo no solo el carácter y el orígen de todas las enfermedades, sino tambien las propiedades de los cuerpos naturales y la eficacia de los remedios. Sobresaliendo en las generalidades de la terapéutica, se engaña á menudo en la aplicacion práctica, en que permanece fiel á los principios de Hipócrates. Señaló después de él y después de Asclepíades la tercera época del arte de curar, y continuó siendo la principal autoridad hasta el siglo décimo sesto, en que tuvo nacimiento la medicina química. Vesalo añade algo á su libro *De usu partium*. Forzoso es decir que el brillo que Galeno dió á la medicina, fué nocivo á su sencillez, y que la naturaleza permaneció sofocada y embarazada bajo todo aquel aparato de ciencia y de dogma.

En Roma, á donde se dirigió, adquirió crédito á pesar de las intrigas de los médicos, que á la ignorancia juntaban tal envidia, que á impulsos de ella envenenaron á un médico griego y á dos de sus ayudantes. Suministró sus cuidados á Marco Aurelio, y gusta ver algunas de las enfermedades del filósofo emperador, descritas por el médico filósofo.

Aunque muchas de sus obras perecieron en el incendio de su casa, nos quedan ochenta y dos de autenticidad segura; diez y ocho acerca de las cuales cabe duda, diez y nueve fragmentos, y diez y ocho comentarios sobre Hipócrates, sin hablar de unos cincuenta que están inéditos. Su modo de escribir es prolijo, minucioso, lleno de repeticiones, y á veces ostenta una jactancia que apenas puede perdonarse ni aun á su mérito inmenso. Poseia muchos idiomas, entre otros el de los persas que preferia á los demás, tal vez porque en él encontraba la raiz de muchas voces griegas y latinas, cuyo orígen no se sabia que se remontara á una comun fuente, el sanscrito.

Además de los servicios que prestó á la medicina y á la anatomia (34), le es deudora en general la filosofia, porque derramó luz sobre la psicologia empírica, y fundó una teoria más exacta de las sensaciones y de las operaciones animales del cuerpo, distinguiendo los nervios de los tendones, y demostrando que los primeros, sin los cuales no hay sensibilidad posible, van á parar al cerebro. Pero no bastando los nervios para esplicar la accion sensitiva, introdujo, ó más bien estableció claramente la distincion entre la vida animal y la vida intelectual, suponiendo que el alma tiene su asiento en la cabeza, y que el espíritu animal, fluido sutilísimo, está derramado por todo el cuerpo, como un órgano intermedio entre el sentimiento y el movimiento, al paso que las fuerzas vitales residen en el corazon, y las fuerzas naturales en el hígado.

Hemos visto más de una vez á la medicina conducir al materialismo, y escudriñando armada con su escalpelo la inagotable fuente de la vida, negarse á creer en ese soplo desconocido que se oculta á todas sus indagaciones, y hace que de simple máquina la reunion de los miembros se convierta en un hombre. Por el contrario, Galeno después de haber enseñado la admirable relacion de todas las partes, se detiene poseido de admiracion y se espresa de este modo: «Consagrándome á esta demostracion me parece cantar un himno á tu gloria, ¡oh, tú que nos has creado! Mejor te honro revelando tus obras maravillosas que ofreciéndote hecatombes de toros é incienso. Primeramente consiste la verdadera piedad en conocerme á mí propio, luego en manifestar á los demás cuan inmensas son tu bondad, tu poder y tu sabiduria; tu

---

(34) El caballero napolitano Pantoro examinó los instrumentos quirúrgicos encontrados en Pompeya, mostrando que ya se conocian entonces algunos que se creen de reciente invencion, y especialmente el fórceps que se usa en obstetricia. El señor Scoutetten presentó á la Academia de Medicina de París los siguientes instrumentos desenterrados en Pompeya y Herculano: 1.° una sonda curva para hombre; 2.° la sonda recta; 3.° la sonda de mujer; 4.° la sonda curva para niño; 5.° la lima para quitar las asperezas óseas; 6.° el *speculum ani;* 7.° el *speculum uteri* de tres ramas; 8.° tres modelos de agujas para pasar cuerdas ó sedales; 9.° la lanceta y la cuchara de la cual se servian los médicos constantemente para examinar la naturaleza de la sangre después de la sangria; 10.° ganchos recorvos, de varia longitud, destinados á levantar las venas en la extirpacion de las várices; 11.° una cuchara *(curette)* terminada al lado opuesto por un levantamiento en forma de aceituna, destinada á cauterizar; 12.° tres ventosas de forma y tamaños diversos; 13° el tricuarto; 14.° las tijeras; 15.° la sonda terminada por una lámina plana y hendida, para levantar la lengua en la operacion de cortar el frenillo; 16.° muchos modelos de espátulas; 17.° escalpelos de canal muy pequeños para aserrar los huesos; 18° bisturies rectos y convexos; 19.° el cauterio numolario; 20.° pinzas epilatorias; 21.° el fleme de los veterinarios para sangrar los caballos; 22.° el elevador para la operacion del trépano; 23.° una caja de cirujano para contener trociscos y diversos medicamentos; 24.° pinzas con el mordiente de diente de raton; 25.° una pinza de pico de grulla; 26.° una pinza que forma una cuchara con la reunion de los brazos; 27.° muchos modelos de martillos cortantes por un lado; y 28.° tubos conductores para dirigir los instrumentos cauterizantes.

bondad, en la igual reparticion de tus dones, habiendo recibido cada uno los aparatos secretos que le son necesarios, tu sabiduria en tan escelentes dones; tu poder en la ejecucion de tus designios.» (35)

Sin embargo, no supo evitar el contagio de su siglo: Esculapio le aconsejó una sangria en sueños: el mismo dios le apartó del designio de seguir en su espedicion á los emperadores. Temia los encantamientos y combatia el cristianismo como absurdo. Despues de él la teosofia hizo mucho daño á la medicina. Pretendia ella esplicar las enfermedades por la influencia de los demonios, de los eones, de las potestades ocultas, y tratarlas con ayuda de sortilegios, haciendo llevar piedras de Efeso donde estaban inscritas las palabras misteriosas que se leian en la estátua de Diana (36), ó bien amuletos, piedras preciosas cargadas de figuras egipciacas, ó símbolos tomados del culto de Zoroastro ó de la cábala hebráica (37).

(35) *De usu partium*, III, 10.

(36) Ἄοκι κάτασκι αὖξ τέραξ δαμναμένευς αἴσιον. ESIQUIO, *Lexicon*, en la voz ἔφες. γραμμ.

(37) Sereno Samónico, maestro de Gordiano el Jóven, nos ha dejado un poema sobre la medicina en que aconseja la *Abracadabra* en los casos de calentura hemitrea:

Inscribes chartæ quod dicitur Abracadabra
Sæpius et subter repetes, sed detrahe summam,
Et magis atque magis desint elementa figuris
Singula quæ semper rapies, et cætera figes,
Donec in augustum redigatur litera conum:
His lino nexis, coltum redimire memento.

CAPÍTULO XVIII

LITERATURA LATINA.

No declinó por grados la literatura, tan brillante en tiempo de Augusto; cayó de repente. Esto prueba que el dichoso triunviro influyó poco en el siglo que conservó su nombre, y sobre los ingenios de que fué contemporáneo y no creador. A su muerte ya no se oia resonar más que la voz lastimera de Ovidio, cuya abundancia parásita con sus giros forzados, su abuso de detalles, sus retruécanos, le colocan á tanta distancia de Horacio, de Virgilio y de Tíbulo, como Eurípides lo está de Sofocles (1). Despues la literatura, á decir verdad, quedó más bien estinguida que corrompida, pues si esceptuamos á Fedro, cuya autenticidad es dudosa, no se cuenta durante medio siglo ni un solo escritor romano. Al cubrir Augusto con el manto imperial á los sabios, les habia acostumbrado á considerar el estudio, no como una noble aplicacion del espíritu y como un desahogo necesario á sentimientos puros y sublimes, sino como una profesion, como un oficio, y así cuando llegaron á faltar las casas de campo, los donativos, los banquetes, perdieron su voz las musas. Tan peligroso era alabar á Tiberio como censurarle. Calígula envidiaba á todo el que sobresalia en algo. Claudio, erudito imbécil, y otros emperadores, suspicaces ó locos rematados, condenaron á muerte ó á destierro á los que les superaban en elocuencia; y á veces pretendieron conferir el título de orador por decretos. Algunos imprudentes versos valieron á Elio Saturnino ser arrojado del Capitolio. Sexto Paconiano fué ahogado dentro de un calabozo: Marco Escauro fué condenado á muerte por haber escrito una tragedia en que Tiberio se creyó retratado en el personaje de Agamemnon: Cremucio Cordo se vió tambien acusado por haber encomiado á Bruto, y llamado á Casio el último romano (2). Tanta desconfianza tenia Plinio en tiempo de Neron, que se puso á escribir sobre cuestiones de gramática.

Si se esceptua el emperador, ¿qué fuente de inspiracion quedaba á la literatura romana que llena de sentimiento político de la grandeza de la patria, jamás habia bebido en la vida del pueblo el inagotable manantial de ideas? Hubo, pues, de sumergirse en la lisonja. Estacio adula, no solo á Domiciano, sino á todos los ricos de Roma: Valerio Máximo y Veleyo Patérculo exaltan las virtudes de Tiberio; Quintiliano, la *santidad* de Domiciano y su talento en punto á elocuencia, lo cual debia ser aun más costoso á su gusto: le llama el más insigne de los poetas, dándole gracias por la proteccion divina que dispensa á los trabajos literarios, y por haber desterrado á los filósofos, que habian llevado su arrogancia al punto de creerse más sabios que el emperador. Marcial besa el polvo que huella Domiciano con su planta, y todavia le parece poco ponerle en la categoria de los dioses. Juvenal adula, Tácito hace lo mismo, ni más ni menos que adulaban los papagayos, saludando en el umbral de toda noble casa al sagacísimo Claudio y al clementísimo Calígula. Plinio Cecilio no sabe tributar á Trajano más que exagerados encomios; el otro Plinio adulaba á Vespasiano, y quizá le fué grata la dedicatoria de la Historia natural, porque escitando á los ciudadanos á la contemplacion del universo, les apartaba de reflexionar sobre sí mis-

(1) En los *Estudios de costumbres y de crítica sobre los poetas latinos de la decadencia*, por NISARD (Paris, 1834), el autor hace más uso de la delicadeza de su gusto para atacar á sus contemporáneos que para apreciar en su justo valor á los escritores del tiempo pasado.

(2) DION, LVII, 22.—TÁCITO, *Anales*, VI, 39 y 9; IV, 34.

mos. Pero cuando bajo su reinado escribió Materno una tragedia de Caton, tuvo que moderar á toda prisa espresiones que vibraban mal en oidos poderosos. Séneca adula á Claudio, y para invitar á Neron á la clemencia, le concede el derecho de matar a todo el mundo, de aniquilarlo todo; poniendo hasta cierto punto su fuerza en oposicion con la debilidad del universo, procura inspirarle piedad con auxilio del orgullo.

¿Y cómo podia ser de otro modo? Fuera de la aristocracia nadie leia entonces; de consiguiente el autor no podia abrigar la esperanza de crearse un público. Tampoco la flor y la nata de la sociedad podia comprar, como actualmente, bastante número de ejemplares de un libro para que el autor hallase una recompensa proporcionada á su mérito ó á su nombradia. Cada personaje opulento tenia esclavos esclusivamente encargados de transcribir y de uniformar el número de ejemplares que se proponia poseer de una obra. No leia la masa del pueblo más que algunos escritos puestos á su alcance por los emperadores en los baños públicos ó en las bibliotecas. Así el escritor que se aplaudia de ser leido en toda la estension del mundo en que habia gobernadores ó comandantes romanos, se veia en la necesidad de mendigar su sustento y una limosna cerca de un patrono, cerca del mayordomo de algun Mecenas, ó del distribuidor de las públicas liberalidades (3). ¿Y cómo conseguirlo de otro modo que alabando? ¿y cómo alabar á nuestros amos ó á sus viles servidores sin hacerse adulador?

Por otra parte, ¿qué recuerdos de un tiempo más libre, qué tradiciones republicanas habia que despertar en aquellos extranjeros que acudian á Roma á ser partícipes de las larguezas imperiales, á aquellos libertos que llegaban á tomar asiento en el Senado á fuerza de arrastrarse á los piés de sus señores? No tendian sus ojos más allá del dia presente, y esto les bastaba para hacer la apoteosis de los soberanos del mundo.

La vida pública de los tiempos de libertad habia cedido el puesto al mudo sosiego de la tirania: habia cesado el juicio formidable y sin apelacion de las asambleas populares; y decidia del mérito de los autores el simple capricho de algunas limitadas sociedades, y el de los magnates á quienes debian benévola acogida las gentes de letras. Augusto se burlaba del pretencioso estilo de algunos escritores y de las espresiones anticuadas de Tiberio; decia á su sobrina Agripina: *Yo hago particular estudio de hablar y de escribir con naturalidad* (4); pero si no le agradaba el estudio de los antiguos, consistia quizá en las ideas contenidas en sus obras: luego su fiel Mecenas tenia un estilo flojo y alambicado (5). Asinio Polion era más que severo respecto de los escritores de gran renombre: reconvenia á Salustio por haber empleado espresiones ya en desuso, á Tito Livio por haber conservado algunas locuciones usadas en Padua, su patria; á César la mala fe y el desaliño. Mostróse con especialidad enemigo declarado de Ciceron. Cierto dia que se hallaba en casa de Mesala en el momento en que un tal Pòpilio Lena se disponia á leer un poema sobre la muerte del gran orador, no bien hubo oido el primer verso, *Deflendus Cicero est latiæque silentia linguæ*, se levantó enojado y se marchó de aquel sitio, como si le enfureciera verse contado entre los mudos, cuando su hijo acababa de escribir un libro en que le adjudicaba la palma de la elocuencia sobre Tulio. El estilo de Polion era seco, oscuro, indeciso (6),

---

(3) *Omnis in hoc gracili xeniorum turba libello*
Constabit nummis quatuor emta tibi.
Quatuor est nimium; poterit constare duobus,
Et facies lucrum bibliopola Tryphon.
Hæc licet hospitibus pro munere disticha mittas
Si tibi tam rarus quam mihi nummus erit.
MARCIAL, XIII, 3.

(4) SUETONIO, *Vida de Augusto*, 86.

(5) Isidoro nos ha conservado algunos versos dirigidos á Horacio por Mecenas:

Lugent, o mea vita, te smaragdus,
Beryllus quoque, Flacce: nec nitentes
Nuper candida margarita, quæro,
Nec quos Thynica lima perpolivit
Anellos; nec jaspios lapillos.

Y Suetonio estos otros:

Ni te visceribus meis, Horati,
Jam plus diligo, tu tuum sodalem
Ninnio videas strigosiorem.

Macrobio nos ha trasmitido un billete en que Augusto se burlaba de Mecenas remedando su estilo:

«Idem Augustus, quia Mæcenatem suum noverat esse stylo remisso, molli et dissoluto, talem se in epistolis, quas ad eum scribebat, sæpius exhibebat, et contra castigationem loquendi, quam alias ille scribendo servabat, in epistola ad Mæcenatem familiari, plura in jocos effusa subtexuit: «Vale, »mel gentium, melcule, ebur ex Etruria, laser aretinum, »adamas supernus, tiberinum margaritum, cilniorum sma»ragde, jaspi figulorum, berylle Porsenæ carbunculum ha»beas, ἵνα συντέμω πάντα μάλαγμα, mæcharum.» *Saturna.*, II, 4.

(6) Séneca nos ha conservado un pasaje de Polion (*Suasor.*, 7), que dice ser el más elocuente de sus historias, y lo copiamos como bosquejo filosófico y porque en él se habla de Ciceron sin esa hostilidad que se imputa á Polion: «Hujus ergo viri, tot tantisque operibus mansuris in omne ævum, predicare de ingenio et industria supervacuum est. Natura autem pariter, atque fortuna obsecuta est. Ei quidem facies decora ad senectutem, prosperaque permansit valetudo: tum pax diutina, cujus instructus erat artibus, contigit, namque a prisca severitate judicis exacti maximorum noxiorum multitudo provenit, quos obstrictos patrocinio, incolumes plerosque habebat. Jam felicissima consulatus ei sors petendi et gerendi magna munera, deum consilio, industriaque. Utinam moderatius secundas res, et fortius adversas ferre potuisset! namque utraque cum venerat ei, mutari eas non posse rebatur. Inde sunt invidiæ tempestates coortæ graves in eum, certiorque inimicis adgrediendi fiducia: majori enim simultates appetebat animo, quam gerebat. Sed quando mortalium nulla virtus perfecta contigit, qua major

pero era amigo del emperador y poseia una buena biblioteca, una lindísima casa de campo, y un escelente cocinero: por lo tanto debia encontrar no solo la indulgencia que negaba á los demás, sino tambien alabanzas, y sus juicios no podian menos de ser oráculos. Tambien Adriano preferia Caton á Ciceron, Ennio á Virgilio, Celio á Salustio (7), y el fallo de un príncipe halla siempre miles de aprobadores.

Bibliotecas.—En aquella época vino á ser un objeto de lujo formar bibliotecas. Además de las que fueron anexas por Augusto al templo de Apolo Palatino y al pórtico de Octavia, Tiberio estableció una en el Capitolio. No parece que la consumieron las llamas en el incendio prendido por Neron como acaeció probablemente con la del Palatino, y con otra que en tiempo de Cómodo fué reducida á cenizas en el Capitolio (8): esta última es quizá la que fundara Sila. Vespasiano colocó tambien en el templo de la Paz con diversos monumentos de artes y de ciencias, una biblioteca que Domiciano enriqueció con el ausilio de los copistas que mantuvo constantemente en Alejandria. La de Trajano, llamada Ulpia, fué posteriormente trasladada á las termas de Diocleciano. La última biblioteca de que se nos hace mencion es la que Sereno Samónico legó por testamento al emperador Gordiano III, que habia sido discípulo suyo: componíase de sesenta y dos mil volúmenes, número prodigioso para un particular.

Educacion—Ciertos emperadores se ocuparon además de un cuidado, desdeñado en tiempo del gobierno republicano, el de la instruccion pública: César otorgó los derechos de ciudadania á los médicos y á los profesores de las artes liberales, es decir, á los legistas, á los gramáticos, retóricos y geómetras; Vespasiano fué el primero que señaló del tesoro 100,000 sextercios (17,800 pesetas) por año á los retóricos, griegos y latinos, á la par que se daban, en una proporcion que se ha aumentado actualmente, 200,000 á un músico, y 400,000 á un actor trágico. Adriano protegió á los sábios, á los literatos, á los artistas, á los astrólogos; destinaba al retiro á las profesores incapaces conservándoles sus asignaciones; el Ateneo, fué fundado por él á fin de reunir las letras y las ciencias. Antonino y Marco Aurelio propagaron la enseñanza á fuera de Roma; el primero instituyendo escuelas de filosofía y de elocuencia en las provincias, el otro estableciendo en Atenas maestros de todos los ramos de ciencias. Estos profesores, pagados de los caudales de las ciudades en proporcion de sus riquezas, algunos á razon de 10,000 dracmas por año (7,500 pesetas), recibian además una retribucion de los alumnos: concedíanseles honores y estaban exentos de las cargas más onerosas, del servicio y de los alojamientos militares. En general la condicion de los maestros varió segun el carácter y generosidad de los emperadores. Frecuentemente estos encargaron á los mismos profesores examinar y escoger lo que debia ser objeto de su enseñanza. Es probable que entonces se dieran las lecciones con órden y regularidad periódica.

Pero no basta ver escuelas, conviene saber lo que son en el fondo. Habíase alterado la educacion á consecuencia de las nuevas instituciones. Ya no se confiaban los hijos como en otro tiempo á alguna matrona bien reputada, encargada de cultivar su talento y su corazon inocente, sino á criados griegos ó á esclavos. Después de haber pasado siete años sin aprender nada, estudiaban el griego y luego el latin bajo la direccion de gramáticos (9). Estos les enseñaban á leer y escribir, á comprender á los poetas en lo relativo á la forma, y á ejercitarse en pequeñas composiciones: al mismo tiempo otros maestros les enseñaban baile, música, geometria, considerados como necesarios para la retórica.

Constituia la base de la enseñanza de los gramáticos la mitologia griega, que no hacia sombra á los soberanos. Antes de confiarles los hijos se ponia su habilidad á prueba, preguntándoles por ejemplo, como se llamaba la madre de Hécuba, cual era el nombre y el número de los caballos de Aquiles; y asegurábanse así de que se hallaban en estado de enseñar á sus discípulos de qué color eran los cabellos de Vénus, cuantos corceles tiraban del carro de Febo, en qué dia habia nacido Hércules.

Pasaban los niños de sus manos á las de los retóricos, gente venal, sin conocimiento de la filosofía, ni de las leyes; muy diferente de aquellos insignes oradores á quienes el padre de Ciceron y el de Hortensio confiaban sus hijos, á fin de que les instruyeran todavia más con sus ejemplos que con sus preceptos. Entonces se apoderaba de los jóvenes una emulacion noble, viendo á su maestro invocado por las ciudades y por las provincias como su defensor y su apoyo, y disponer de la suerte de los reyes y de las naciones al son de los

---

pars vitæ atque ingenii stetit, ea judicandum de homine est. Atque ego ne miserandi quidem exitus eum fuisse judicarem, nisi ipse tam miseram mortem putasset.»

(7) ESPARCIANO, en *Adriano*.

(8) OROSIO, VII, 16.

(9) Quintiliano recomienda mucho la gramática que enseña á hablar y escribir correctamente, segun la *razon*, la *antigüedad*, la *autoridad* y el *uso*. De él tomamos esos detalles sobre la educacion, y del diálogo *De corrupta eloquentia* atribuido por unos á Quintiliano, por otros á Tácito, sin que nadie alegue razones suficientes. El único motivo que milita en favor del último, es que este diálogo presenta cierta estructura que le es propia; asi sus asociaciones de sinónimos «nova et recentia jura velera et antiqua nomina, incensus ac flagrans animus,» etc., se repiten amenudo en este diálogo: «memoria ac recordatione, veteres ac senes, vetera ac antiqua, nova et recentia, conjungere et copulare.»

aplausos del pueblo soberano. Al revés los retóricos poseian particular empeño en amoldar el espíritu pesado y enfático de los romanos á la lijereza y verbosidad de los griegos, para quien era generalmente una mania hacer arengas, improvisaciones y entregarse á disputas. ¡Dichoso del que tenia más robustez de pulmones! Tenian tambien la pretension de parecer eruditos, de empeñarse en argumentos capciosos, de murmurar de los clásicos y sobre la erudicion ó sobre la verdad de los hechos: para ellos era la filologia un juego de sutilezas. Venia á ser la historia en sus manos un hacinamiento confuso de detalles que alteraban hasta la verdad, y escluian aquella energia que hubiera infundido recelo á los tiranos: por último, habian hecho de la lógica una especie de esgrima, cuyo objeto se reducia á cambiar por medio del raciocinio la verdad en mentira, y de la moral una ostentacion de exageradas virtudes.

Con tales escuelas y semejantes maestros nada más fácil á la tirania que proclamarse protectora oprimiendo sin tasa. Por otra parte la instruccion no suple á las instituciones sociales, ni alcanza á reparar los males causados por el despotismo. Así un cortesano, que oia á un emperador quejarse de que todos sus esfuerzos no bastaban á contener el decaimiento de la elocuencia, le respondió con no menos ingenuidad que razon: *Cerrad las escuelas y abrid el Senado.*

No, la paz es insuficiente á rejuvenecer y á hacer florecer nuevamente las letras: hasta parece que bajo la uniformidad del gobierno imperial se adormeció el ingenio, como el espíritu militar se estinguia. Es verdad que se divulgaba el amor al saber; y no solo la Galia, sino tambien la Germania y la dividida Bretaña conocian las obras maestras de la literatura. Aquellas provincias hasta proporcionaban á las letras bellos nombres, pero la originalidad ya no existia, y ni el favor de los príncipes, ni las larguezas de los particulares podian engendrarlas. Arrastrábanse los filósofos en pos de la huella de los antiguos, á cuyas doctrinas daban hasta cierto punto un segundo revoco: imitaban los literatos servilmente á sus antecesores ó querian abandonar del todo los senderos trillados y se estraviaban locamente, habiendo perdido las tradiciones de la antigua civilizacion nacional sin haberse identificado con la moderna. Apenas fijaban los ricos sus ojos en alguna sátira ú hojeaban algun opúsculo galante (10). La mayor parte de los jóvenes que acudian en gran número á estudiar á Roma no hacian más que entregarse al libertinaje, de tal modo, que la ley hubo de intervenir muchas veces para volverlos á enviar á su patria (11). Bajo el título de filósofos y de matemáticos pululaban charlatanes y astrólogos por todas partes.

Elocuencia.—En los primeros tiempos no se estudiaba la elocuencia como una ciencia aparte, sino que entraba en la educacion necesaria á la vida, como las nociones relativas á la guerra, al culto y al derecho. Sin embargo, tenia el culto sus ministros especiales: la jurisprudencia se consideraba solamente como el último refugio de los que no tenian el órgano bastante poderoso para hablar en público, ni el brazo suficientemente robusto para las lides: hasta en la guerra, no menos que en las magistraturas civiles, convenia á menudo arengar: de modo que la elocuencia era una necesidad capital en todas las condiciones.

Ya la igualdad habia abierto á todos paso á los empleos y á los mandos, y aumentando la competencia, impedia que una misma persona pudiera ser investida con diversas funciones. De aquí resultó que el que se sentia con valor, se dedicaba á la guerra, y ceñia la espada, después de haber abogado ante un tribunal por primera vez en una causa: el que tenia facilidad para espresarse, se ejercitaba en las luchas del foro. Tan luego como podia dejar el servicio de la milicia, el que no tenia aficion á la una ni á la otra carrera, suspendia á su puerta una rama de laurel y daba consultas. Habia, pues, tres distintas carreras á que lanzarse, las armas, la jurisprudencia y la elocuencia.

¿Y qué podian buscar en la elocuencia, un pueblo sin emulacion, una juventud sin libertad ni esperanzas, y un Senado sin autoridad, sino un nuevo espectáculo? Una vez igual para todos el derecho, reconcentrando el emperador en su persona la república, y no pudiendo apartarse los jueces de las respuestas de los prudentes, ya no habia que consagrarse laboriosamente á la interpretacion de la ley, ni á defender la causa de las provincias y de los reinos, ó de la patria. Hallábase de consiguiente muda la tribuna, se agotaba la curia en cumplimientos, y se veia reducido el foro á miserables y estrechas aplicaciones del derecho. Desheredada la elocuencia de la publicidad, que es su elemento, se divertia en ejercicios tan estériles como estravagantes: á espensas del tesoro habituaba á los hijos de los magnates á dedicar ampulosas lisonjas á los Césares cuando se dignaban consultar al Senado acerca de lo que ya habian resuelto, y á merecer de este modo ascender á magistraturas desprovistas de poder como de dignidad.

Salvo en los alegatos que eran públicos para los casos de lesa majestad, la declamacion, ya en uso en tiempo de Ciceron, sobreviviendo á las instituciones antiguas se habia convertido en una ostentacion de pomposas miserias. Hízose un código entero acerca de los requisitos declamatorios. Allí se decia: cuando el orador se presenta en la tribuna, puede frotarse la frente, mirarse las manos, hacer chasquear sus dedos, y manifestar, suspirando, la ansiedad de su ánimo. Debe estar derecho, con el pié izquierdo hácia adelante, los brazos ligeramente separados del cuerpo, y durante el exordio su mano debe estar más alta del pecho por poco

(10) Ammiano Marcelino, lib IV.

(11) Código Teodosiano; *De studiis utriusque Romæ.* lib. XIV, I, 1.

que sea, aunque sin arrogancia. Alentado por el calor oratorio ha de pronunciar con calculado desaliño los periodos más trabajados, y manifestar que titubea en los pasajes en que está más seguro de su memoria. En medio de una proposicion no debe tomar aliento, ni cambiar de gesto, sino de tres en tres palabras; nunca ha de llevar los dedos á las narices: ha de toser y escupir lo menos posible: debe evitar menear el cuerpo para que no parezca que está á bordo de un barco: no ha de caer en los brazos de sus clientes, á menos que sea por ago amiento verdadero de fuerzas. Tampoco es bueno que se pasee y se detenga después de haber pronunciado una frase de efecto, para que no aparezca que aguarda aplausos. Al final debe caerle la toga en desórden, lo cual es un gran signo de pasion.

Respecto á la averiguacion de si es conveniente ó no enjugarse el sudor del rostro y descomponerse el cabello, discutieron Nigilio y Plocio, Quintiliano y Plinio. Esos os dirán como hay que vestirse para ser hombre elocuente: para esto se ha de llevar una túnica que baje poco por delante de la rodilla y caiga por detrás hasta la pantorrilla: si fuera más larga, se pareceria á la de las mujeres; y si fuera más corta, á la de los soldados. Envolverse la cabeza y las piernas de lana y de cintas, es propio de un enfermo; arrollar la toga en derredor del brazo es propio de un loco: echar una de sus puntas sobre el hombro derecho trasciende á afectacion, y declamar con los dedos cargados de anillos es propio de un afeminado.

Os designarán determinadamente los preceptores cada una de las gradaciones de la voz (12), indicandoos la que conviene á cada sentimiento. Hé aquí los graves estudios en que se ocupaba á la juventud romana para hacerla rivalizar con Graco y Ciceron. ¡Tan antiguo es por parte de los malos gobiernos el sistema, no de abolir el saber, sino de sofocarlo en medio de futilidades y de reglas indeclinables!

No valia más el fondo de las cosas que la forma. Así como el pintor que se aparta de lo verdadero cae en lo amanerado, reducidos los retóricos á suponer causas para discutirlas, á inventar asuntos de arengas, hacian que se trataran cuestiones ridículas y estravagantes: agréguese á esto la ausencia de conviccion, la falta de moralidad en los medios alegados, y la seguridad de no aguardar del público un fallo supremo. Dividianse las arengas que tenian que hacer los discípulos por via de ejercicio en *suasoriæ* y en *controversiæ*. Tenian por objeto las primeras el elogio de la virtud, de la amistad, de las leyes, y otras muchas esplanaciones filosóficas de fácil ejecucion ó á veces de sofística sutileza: consistian las otras en discusiones de diferentes clases, judiciales en su mayor parte. Se subdividian en *trattatæ*, para las cuales daba el retórico el asunto y la marcha que debia seguirse, y en *coloratæ*, cuya materia y disposicion quedaba á discrecion del alumno. Una vez compuestas y corregidas por el maestro, las aprendia el discípulo, recitándolas delante del paciente auditorio.

¿Se quiere conocer los temas que suministraba el maestro á los jóvenes romanos? Véanse aquí algunos. Esplicar porqué se rompe un vaso cuando cae; disuadir á Caton del designio de suicidarse; exhortar á Agamemnon á que perdone á Ifigenia; á Alejandro, conquistador de la tierra, á que no domine sobre el Océano; á Sila á abdicar la tiranía (13); á Aníbal á no engolfarse en la molicie dentro de Cápua; á César á tender la mano á Pompeyo, á fin de que Roma pueda oponer á los bárbaros sus dos más insignes capitanes. Discutíase asimismo en averiguacion de si los trescientos espartanos, abandonados de todos en las Termópilas, debieron apelar á la fuga; si Ciceron debia escusarse con Marco Antonio y entregar á las llamas sus escritos, á instancias de este último.

Enseguida se pasaba á cuestiones más sociales, más palpitantes, como suele decirse, proponiendo casos en que la ciencia de las leyes venia en ayuda de la elocuencia, así: una vestal precipitada de la roca Tarpeya ha conservado la vida. ¿Se le quitará luego?—Un marido y una mujer han jurado recíprocamente no sobrevivir uno á otro; enojado el esposo de su mujer, parte y hace que llegue á los oidos de la esposa la noticia de su muerte. Se tira ella por la ventana y cura; descubierto el artificio, pide su padre el divorcio, al cual ella se niega: abogue uno por el padre y otro por la esposa.—Ticio recoje dos niños espósitos; les educa; luego rompe un brazo á uno y una pierna á otro (caso que no era raro entonces); les envia á mendigar y se enriquece: encárguese uno de la acusacion y otro de la defensa.—Una ciudad, en lo fuerte de una carestia, envia un delegado á comprar granos, con órden de volver en una época determinad. Parte, hace las compras, pero á su regreso le empuja una tempestad á otro puerto: allí vende su cargamento á doble precio; compra el doble de granos, y al fin vuelve á su destino; mas en el intérvalo ha sufrido la ciudad una horrible hambre, se han devorado unos á otros los ciudadanos, y el delegado es perseguido por crímen de *cadáver comido*. —Un hombre penetra en una ciudadela para ga-

(12) Quintiliano dice: «Si ipsa vox non fuerit surda, rudis, immanis, rigida, vana, præpinguis, aut tenuis, inanis, acerba, pusilla, mollis, effeminata... Ornata est pronuntiatio cui suffragatur vox facilis, magna, beata, flexibilis, firma, dulcis, durabilis, clara, pura, secans aera, et auribus sedens.» *Ins. orat.*, XII.

(13) *Et nos ergo manum ferulæ subduximus, et nos Concilium dedimus Syllæ, privatus ut altum Dormiret,*

Esto dice Juvenal (*Sat.*, I, 15), y trabajo cuesta creer que esto se hiciese cabalmente en nuestras escuelas del siglo XIX.

nar la recompensa prometida al que mate al tirano: no encontrándole, mata á su hijo y le deja la espada clavada en el seno. Al volver el tirano, vé muerto á su hijo y hunde en su pecho el acero que le ha traspasado. El asesino del hijo reclama el galardon como tiranicida (14).—Las abejas de un pobre liban el jugo de las flores de un rico: este pide una indemnizacion al primero, y como se niegue á ello, envenena sus flores, mueren las abejas y el rico es citado á juicio.—Una madre volvia á ver en sueños al hijo que habia perdido: se lo participa á su marido que va en busca de un mago á quien obliga á exorcizar el sepulcro; la madre que no torna á ver en sueños á su hijo, acusa al marido de mal proceder respecto de su persona. —Abandonados de los médicos dos gemelos, hay quien promete curar á uno de ellos, si se le permite examinar los órganos vitales del otro: con el beneplácito del padre se abre el vientre á uno y sana al otro: la madre acusa á su marido de infanticidio. Siempre se trata de acusacion y de defensa. La ley condena (es una invencion de estos pedantes) al que pega á su padre, á que le corten las manos. Un tirano manda á dos hijos que maltraten á su padre. Uno de ellos por no obedecer se tira desde lo alto de la ciudadela: impulsado el otro por la necesidad, ultraja al autor de sus dias, é incurre en la pena señalada por la ley. Llamado á juicio para cortarle las dos manos, le defiende su mismo padre. Aquí hay asunto para una doble arenga.—Otra ley (del mismo código) deja á la doncella violada el derecho de elegir la muerte de su raptor ó casarse con él sin llevarle dote. Un jóven roba á dos doncellas, una quiere que muera, y otra le pide por esposo. Es fuerza defender la causa en uno y otro sentido.—Otra ley impone al calumniador la pena padecida por aquel á quien ha calumniado. Un rico y un pobre, enemigos irreconciliables, tenian cada uno tres hijos: nombrado general el rico, le acusa el pobre falsamente de traicion, y enfurecido el pueblo, apedrea á sus tres hijos. A su vuelta pide el rico que los hijos del pobre sean condenados á muerte: éste se ofrece á padecer la pena. ¿En qué sentido fallareis este proceso?

Tratando esas estrambóticas cuestiones se pervertia el gusto y se descarriaba la imaginacion de los jóvenes romanos (15): arrastrados de esta suerte fuera de la vida ordinaria y de la fuerza natural de las humanas pasiones, se acostumbraban á las exageraciones y á las sutilezas. Tenia, pues, razon Petronio cuando decia: «Soy de parecer que en las escuelas se hace á los jóvenes totalmente necios, en atencion á que no ven ni oyen nada de cuanto acontece comunmente, sino más bien corsarios que están encadenados en la ribera, tiranos que ordenan á los hijos cortar la cabeza de su padre, oráculos que mandan inmolar á tres ó más vírgenes en tiempo de epidemia (16).»

Si no habia bastante con el embarazo del asunto, se le añadian dificultades artificiales, determinando por ejemplo con que palabra convenia empezar ó concluir el período: después se debia sostener todo con gran copia de figuras, de agudezas, de lugares comunes, de oropeles, con el único objeto de merecer alabanza ó rechifla en una escuela por parte de cuatro ó cinco ociosos, ó de ser en alguna sala objeto del favor ó de la envidia de una sociedad particular. El último término de la ambicion de un orador era verse elegido para componer el panegírico de un emperador, á menos que la sed de oro y de poder le empujara á aquella *elocuencia lucrativa y sanguinaria*, de que fueron víctimas Cremucio, Elvidio y Traseas. Hemos dicho que en tiempo de la república se estrenaban comunmente los jóvenes en el foro con una acusacion ruidosa (Lib. V, cap. XXIV), lo cual podia servir en algun modo de freno á la corrupcion, bajo un régimen de libertad en que la ley permitia al delincuente prevenir la sentencia con un destierro voluntario, pero habian cambiado estraordinariamente los tiempos. El fondo ó el pretesto de todas las acusaciones estribaba en tener ódio á la tirania, y éste era á la sazon un delito que se castigaba con el rigor más severo. ¡Magnífico campo para la elocuencia de una juventud generosa, proferir invectivas á estilo de Ciceron, anonadando á Catilina y Marco Antonio, y eso para exagerar los horrores de la alta traicion, para interpretar en el más siniestro sentido las palabras y los hechos más sencillos, y para producir la condena de algun ciudadano magnánimo, y adquirir el valimiento de un Calígula ó de un Domiciano!

Quintiliano.—Apenas se empezó á respirar algun tanto cuando los hombres ilustrados coincidieron en declarar la guerra á aquella miserable elocuencia, vasalla de la calumnia. Plinio tronó contra los delatores: Juvenal desahogó su hiel contra los retóricos, Tácito aludió á ellos señalando las causas de la corrupcion del arte oratorio; al fin apareció Marco Fabio Quintiliano (42 á 120?), quien enseñó antes que otro alguno la elocuencia á espensas del Estado. Nacido en Calahorra de España y educado en Roma, recibió las lecciones del orador Domicio Afer, y fué encargado por el emperador Domiciano de la educacion de sus sobrinos, que debian sucederle; escribió bajo los auspicios de este dios, pues así le denomina en sus *Instituciones oratorias*, destinadas á formar un orador completo. Fué testigo de las miserias á que se hallaban reducidas las letras, especialmente por los ejemplos de Séneca, que gozando valimiento

(14) Este es el asunto del *Tiranicida* de Luciano, en cuyas obras se encuentran muchas arengas de esta clase.

(15) Se les designaba en las escuelas con los títulos de *gemini languentes, venenum effusum, cadaveris pasti, apes pauperis*. Las hemos sacado de las *Deliberaciones* y *Controversias* de Séneca.

(16) *Satirycon*, cap. I.

como preceptor del príncipe, habia desacreditado el estilo de los antiguos, á fin de asegurar la preferencia al suyo, que consistiendo solamente en afectacion y argucia, aparece de contínuo tirante, y no concede al lector un momento de reposo. «Es falsa opinion, dice, que yo censure á Séneca y hasta sea enemigo suyo. Consiste la única causa en los esfuerzos que he necesitado para someter á un exámen severo una clase de elocuencia nuevamente introducida, clase corrompida é infestada con todos los defectos. Séneca era á la sazon el único autor que corria en manos de los jóvenes. De ningun modo queria yo arrancárselo de repente; pero tampoco podia tolerar que fuese preferido á otros mejores, á quienes no habia él cesado de criticar nunca, atendido á que conociendo bien el género de elocuencia que habia adoptado, desesperaba de agradar á aquellos que gustaran de los otros. Ahora bien, los jóvenes le amaban más que le imitaban, distando de él tanto como se habia alejado de los antiguos; porque tambien seria de desear que hubieran podido igualarle ó aproximársele á lo menos. Pero les agradaba solo por sus defectos; cada cual tomaba de allí á medida de su voluntad, y después se jactaban de hablar como Séneca; y así resultaba que perdia su renombre. Por lo demás fué un hombre de gran mérito, de talento fácil y abundante, asiduo al estudio y poseedor de vastos conocimientos, aunque fuera engañado á veces por aquellos á quienes encargaba hacer indagaciones. Casi cultivó toda clase de ciencias, y nos ha dejado poemas, discursos, epístolas y diálogos. Poco diligente en los argumentos filosóficos, no dejó, empero, de ser un egregio censor de los vicios. Se hallan en sus escritos escelentes sentimientos y una porcion de cosas dignas de ser leidas como reglas de costumbres. Pero su estilo es generalmente corrompido, y tanto más peligroso cuanto que son seductores sus defectos. Seria de desear que al escribir hubiera hecho á la vez uso de su talento propio y del juicio ajeno; porque si él no se hubiera ocupado demasiado de ciertas cosas, si no se hubiera manifestado tan deseoso de gloria, si no hubiera amado con preferencia lo que era suyo, si no hubiera enervado con lo rebuscado de la espresion los más nobles sentimientos, tendria en favor suyo el asentimiento de los doctos en vez de contar solamente con el amor de los niños. Sin embargo, tal como es, debe ser leido por hombres ya maduros y habituados á una sólida elocuencia, aunque no fuera más que por perfeccionarse en distinguir lo malo de lo bueno. Con efecto, repito que para quien sabe escoger hay en sus obras muchas cosas dignas de elogio, y tambien muchas que merecen ser admiradas. Doloroso es que no procediera él del mismo modo. Un talento como el suyo, que pudo todo lo que quiso, era ciertamente muy digno de querer lo mejor siempre.» (17)

(17) *Inst. orat.*, X, 1.

Quintiliano es un modelo de los críticos oficiosos, que no hacen una herida sin aplicarle al punto un remedio, y quienes llevan á veces la precaucion tan lejos, que no permiten comprender si se atienen á la alabanza ó á la censura. Esforzóse, pues, Quintiliano á fin de restablecer el crédito de los clásicos y de inducir á dar la preferencia á la fuerza real, aunque sin ornamento, sobre las insulsas gracias, al estilo natural sobre un lenguaje erizado de metáforas (18).

Para convencerse de que este campeon oficial del buen gusto fué tambien acometido hasta la médula de los huesos de la epidemia corriente, basta saber que él mismo nos ha suministrado la mayor parte de las reglas apuntadas antes para formar un elocuente orador, en concepto de Quintiliano. No parece sino que jamás echó de ver que faltaba á Roma, después de sus grandes oradores la libertad y el foro. O desconoce el sublime destino de la elocuencia, ó lo teme; de aquí resulta que se pierde considerándola como un arte difícil é ingenioso, que se adquiere reuniendo á una disposicion natural la probidad y el estudio, y que puede existir hasta en los tiempos más calamitosos, si se dedica uno á la alabanza.

El mismo fué pródigo de adulaciones, y aunque aspirara á formarse un estilo rico, delicado, vigoroso, sabiendo cuanto daño hacen el desaliño y la afectacion á un buen raciocinio (19), no pensó lo bastante su obra. No trabajó en ella arriba de dos años, y este tiempo lo pasó más bien en hacer indagaciones y en leer una porcion de libros que en pulimentar su estilo. Su intencion era revisar después su trabajo, como debe hacerlo todo escritor pasado el primer calor de la composicion (20); pero las *reiteradas instancias* de su librero le impidieron poner en práctica resolucion tan cuerda. Bueno seria que esta confesion, merced á la cual han procurado tantos otros paliar sus descuidos, pudiera moderar el esceso de algunos admiradores de Quintiliano, que no contentos con verlo en él todo perfecto, miran como infalibles preceptos de buen gusto lo que él mismo conviene en que no está suficientemente meditado.

Hizo tambien arengas y defendió á la reina Be-

(18) «Si antiquum sermonem nostro comparamus, pæne jam quidquid loquimur figura est.»

(19) «Plerumque nudæ illæ artes, nimia subtilitatis affectatione frangunt atque concidunt quidquid est in oratione generosius, et omnem succum ingenii bibunt et ossa detegunt, quæ ut esse et adstringi nervis suis debent, sic corpore operienda sunt.»

(20) «Quibus componendis, uti scis, paullo plus quam biennium, tot alioqui negotiis districtus, impendi: quod tempus, non tam stylo, quam inquisitioni instituti operis prope infiniti, et legendis auctoribus qui sunt innumerabiles, datum est... Usus deinde Horatii consilio, qui in Arte poetica suadet ne præcipitetur editio, nonumque prematur in annum, dabam iis otium, ut, refrigerato inventionis amore, diligentius repetitos tamquam lector perpenderem.»

renice, que oyó el alegato de su abogado. Se recogian sus discursos, y las copias que se sacaban de ellos, se vendian á distancia; pero hoy se duda acerca de que le pertenezcan realmente los que llevan su nombre. En el pasaje más elocuente de su libro se columbra que se habia dejado dominar por aquellos temas artificiosos en que se exageraba el sentimiento, y en que se propendia al efecto, al arte, no á la espresion verdadera de un afecto del alma. La pérdida de una esposa jóven muerta á los diez y nueve años, y la de dos hijos ya adolescentes, brindaban cierto asunto de dolor harto poderoso para un corazon paternal y bueno como el de Quintiliano: sin embargo no sabe olvidar totalmente los artificios del escritor (21), y se engolfa en vanas quejas contra la fortuna. Después de haber dicho con tanto afecto: *Aquel niño era para mí todo caricias; me preferia á su nodriza, á su abuela, que dirigia su educacion, á todo lo que agrada á una edad como la suya*, enjuga sus lágrimas próximas á correr en raudal copioso, añadiendo que era un lazo que le tendia el destino para hacerle padecer más todavia (22); y se lanza á protestas exageradas de no querer soportar más tiempo la existencia (23).

A pesar de todo era uno de los mejores maestros: reprobaba las tésis simuladas; reprimia el orgullo de la juventud con críticas hechas oportunamente; recomendaba la lectura de los mejores autores, á la sazon muy descuidada, y moderaba al mismo tiempo la idolatria hácia los clásicos, previniendo que *no se debe reputar perfecto todo lo que sale de su boca, atendido á que se engañan á veces, ya sea porque sucumben bajo el peso, ya porque se abandonan á su capricho ó se encuentran fatigados: es verdad que son grandes, pero son hombres.* Insiste particularmente en la necesidad de que sea hombre honrado todo el que aspire á figurar como orador de punta. Esta recomendacion, que no seria más que un lugar comun de moral actualmente, venia como de molde en un tiempo en que los delatores y los espias esplotaban la elocuencia, para provocar ó para justificar la crueldad de los gobernantes. Conviene, no obstante, mostrarle agradecimiento, no solo por haber conocido la relacion que existe entre la controversia en la escuela y la discusion en el foro, sino tambien por haberse espresado en cuanto estuvo á su alcance, con valor é ingenuidad bajo el reinado de un emperador brutal.

Favorino.—Favorino de Arlés tuvo por maestro á Dion Crisóstomo, y él lo fué de Aulo Gelio y de Herodes Atico. Amigo de Plutarco, luchaba con él á quien de ambos escribiria más. Ocupóse en filosofia y en historia. Adriano, que le amó al principio mucho, se enojó de él ó le tomó envidia, y los magistrados de Atenas derribaron las estátuas del favorito caido en desgracia. Entonces esclamó de de este modo: *Sócrates no salió tan bien parado.*

Fronton.—Omitiremos el nombre de otros muchos retóricos y oradores: sin embargo, hablaremos de Marco Cornelio Fronton, nacido en Numidia, el cual no se quedó atrás de Ciceron, al decir de algunos (24), y fué superior á todos los antiguos por la gravedad de la espresion, si bien para conservar este renombre hubiera tenido necesidad de que un erudito no llegara á exhumar fragmentos de sus escritos. Desempeñó muchas magistraturas; y si queremos referirnos al retrato que bosqueja de sí propio, en una de esas coyunturas en que parece que el sentimiento de que se halla uno afectado no dá vado á la mentira, por sus virtudes mereció realmente ser maestro de Marco Aurelio (25). Se atre-

---

(21) «Non sum ambitiosus in malis, nec augere lacrymarum causas volo.»

(22) «Illud vero insidiantis, quo me validius cruciaret, fortunæ fuit, ut ille mihi blandissimus, me suis nutricibus, me aviæ educanti, me omnibus qui sollicitare illas ætates solent, anteferret.»

(23) «Tuos ne ego, o meæ spes inanes, labentes oculos, tuum fugientem spiritum vidi? tuum corpus frigidum exsangue complexus, animam recipere, auramque communem haurire amplius potui? dignus his cruciatibus, quos fero, dignus his cogitationibus. Tene consulari nuper adoptione ad omnium spes honorum patris admotum: te avunculo prætori generum destinatum; te omnium spe atticæ eloquentiæ candidatum, superstes parens, tantum ad pœnas, amisi! Et, si non cupido lucis, certe patientia vindicet te reliqua mea ætate; nam frustra mala omnia ad fortunæ crimen relegamus: nemo nisi sua culpa diu dolet...» Introduccion al libro VI.

Se pueden comparar por oposicion ROLLIN en su *Curso de estudios* y NISARD en los *Poetas latinos de la decadencia.*

(24) EUMENIO, 14, dice que fué «eloquentiæ romanæ non secundum, sed alterum decus.» En 1815 descubrió el cardenal Mai en la biblioteca Ambrosiana parte de la corresponcia de Fronton con Vero y Marco Aurelio, y luego encontró lo restante en la del Vaticano.

(25) Habiendo perdido á un sobrino, desahogó el dolor que esperimentaba en una epístola á Marco Aurelio: es una de las que fueron descubiertas por Mai: «Me consolatur ætas mea prope jam edita et morti proxima. Quæ cum aderit, si noctis, si lucis id tempus erit, cœlum quidem consalutabo discedens, et quæ mihi conscius sum protestabor. Nihil in longo vitæ meæ spatio a me admissum, quod dedecori aut probro aut flagitio foret; nullum in ætate agunda avarum, nullum perfidum facinus meum extitisse; contraque multa liberaliter, multa amice, multa fideliter, multa constanter, sæpe etiam cum periculo capitis consulta. Cum fratre optimo concordissime vixi: quem patris vestri bonitate summos honores adeptum gaudeo, vestra vero amicitia satis quietum et multum securum video. Honores, quos ipse adeptus sum, numquam improbis rationibus concupivi. Animo potius quam corpori juvando operam dedi. Studia doctrinæ rei familiari meæ prætuli. Pauperem me, quam ope cujusquam adjutum, postremo egere me quam poscere malui. Sumptu numquam prodigo fui, quæstui interdum necessario. Verum dixi sedulo, verum audivi liberter. Potius duxi negligi quam blandiri, tacere quam fingere, infrequens amicus esse, quam frequens adsentator. Pauca petii, non pauca merui. Quod cuique potui, pro copia commodavi. Merentibus promptius, immerentibus audacius opem tuli. Neque me parum gratus quispiam repertus segniorem effecit ad beneficia quæcumque possem prompte impertienda. Neque ego unquam ingratis offensior fui.»

vió á decirle la verdad mientras fué simple particular (26): luego cuando fué emperador le escribió con el abandono que sienta bien á un antiguo amigo, que nada pide, como su sabio discípulo merecia (27). Cuando ya anciano, depuso la carga de las funciones públicas, sin salir de su casa por los dolores de la gota; la convirtió en punto de reunion de los literatos, esforzándose por atraerles á la sencillez de la antigua elocuencia, declarando guerra al estilo ampuloso y al neologismo. En su concepto era de dificilísima adquisicion la elocuencia: censuraba á los que consideran como una belleza repetir la misma idea de diferentes modos, á estilo de Séneca, ó de Lucano, que no dice en sus siete primeros versos otra cosa sino que quiere cantar guerras más que *civiles*. A su modo de ver debe el orador ser atrevido sin esceso y escoger bien sus espresiones. Recomendaba no obstante, y esto no podia menos de conducir á la afectacion, buscar las más inesperadas y sorprendentes (28). Así cedió demasiado á la corriente de su siglo, aconsejando decir y hacer lo que es grato al pueblo (29); método que arrebata al gusto toda regla cierta. Acaso pensaba así, mostrando indulgencia tanto en buscar imágenes, y recomendándoselas á Marco Aurelio. Este á su vez le anunciaba haber encontrado diez como una fausta nueva (30).

Plinio Cecilio.—El literato más digno de atencion en esta época (61 á 115) es Cayo Plinio Cecilio, natural de Como, hijo de una hermana de Plinio el naturalista. Adoptado por su tio, heredó su fortuna y su amor al estudio. Muy jóven todavia fué educado por Virginio Rufo, aquel gran romano que preferia una honorífica tranquilidad al imperio del mundo. Después de haber recibido á su lado preceptos y ejemplos de virtud, se ejercitó en la elocuencia en la escuela de Quintiliano. A los quince años se presentó en el foro para defender allí los derechos de la justicia, y continuó abogando gratuitamente, hablando á veces siete horas consecutivas sin que la muchedumbre disminuyera entorno suyo.

Conservóse puro en tiempo de detestables emperadores, y hasta osó muchas veces acusar á los agentes y á los consejeros de sus iniquidades: no por eso dejó de obtener cargos públicos y el respeto de todos. Habiendo ingresado en el servicio, blandió por primera vez las armas en Siria: á su vuelta á Roma recitó en presencia de Trajano su panegírico. Habia leido, segun costumbre, á muchos amigos suyos este trabajo, en que se habia ocupado por mucho tiempo, y el relato que nos hace de que eran más elogiadas las partes que le habian costado menos, nos da escelente idea de su gusto: se sorprende de ello, sin llegar á com-

---

(26) Le decia entre otras cosas. «Non numquam ego te, coram paucissimis ac familiarissimis meis, gravioribus verbis absentem insectatus sum... cum tristior quam par erat in cœtu hominum progrederere, vel cum in theatro tu libros, vel in convivio lectitabas; nec ego, dum tu theatris, nec dum conviviis abstinebam. Tum igitur ego te durum et intempestivum hominem, odiosum etiam nonnunquam, ira percitus appellabam.» Lib. VI, 12.

(27) Véanse aquí tres billetes elegidos, como los pasajes anteriores, entre las M. CORNELII FRONTONIS, ET M. AURELII IMPERATORIS EPISTOLÆ... FRAGMENTA FRONTONIS ET SCRIPTA GRAMMATICA. *Editio prima romana... curante* A. MAJO. Roma, 1823. «Magistro meo. Ego dies istos tales transegi. Soror dolore muliebrium partium ita correpta est repente, ut faciem horrendam viderim: mater autem mea in ea trepidatione imprudens angulo parietis costam inflixit; eo ictu graviter et se et nos adfecit. Ipse cum cubitum irem, scorpionem in lecto offendi: occupavi tamen eum occidere priusquam supra accubarem. Tu si rectius vales, est solacium. Mater jam levior est, Deis volentibus. Vale, mi optime, dulcissime magister, Domina mea te salutat.»

—«Domino meo. Modo mihi Victorinus indicat dominam tuam magis valuisse quam heri. Gratia leviora omnia nuntiabat. Ego te idcirco non vidi, quod ex gravedine sum imbecillus. Cras tamen mane domum ad te veniam. Eadem, si tempestivum erit, etiam dominam visitabo.»

—«Magistro meo. Caluit et hodie Faustina: et quidem id ego magis hodie videor deprehendisse. Sed Deis juvantibus, æquiorem animum mihi facit ipsa, quod se tam obtemperanter nobis accommodat. Tu, si potuisses, scilicet venisses. Quod jam potes et quod venturum promittis, delector, magister mi. Vale, mi jucundissime magister.»

(28) Esplica con especialidad este pensamiento en el juicio que emite de Ciceron: «Eum ego arbitror usquequaque verbis pulcherrimis elocutum, et ante omnes alios oratores ad ea quæ ostentare vellet, ornanda, magnificum fuisse. Verum is mihi videtur a quærendis scrupulosius verbis abfuisse, vel magnitudine animi, vel fuga laboris, vel fiducia non quærenti etiam sibi, quæ vix aliis quærentibus subveniri, præsto adfutura. Itaque videor, ut qui ejus scripta omnia studiosissime lectitaverim, cetera eum genera verborum copiosissime uberrimeque tractasse, verba propria, translata simplicia, composita, et quæ in ejus scriptis amæna; quam tamen in omnibus ejus orationibus paucissima admodum reperias insperata atque inopinata verba, quæ nonnisi cum studio atque cura, atque vigilia, atque veterum carminum memoria indagatum. Insperatum autem atque inopinatum verbum appello, quod præter spem atque opinionem audientium aut legentium promitur; ita ut si subtrahas, atque eum qui legat quærere ipsum jubeas, aut nullum, aut non ita ad significandum adcommodatum verbum aliud reperiat.»

Opondremos á esta doctrina el parecer del mismo Ciceron, quien decia en el ORADOR: «Rerum copia verborum copiam gignit;» y en otra parte: «Res atque sententiæ vi sua verba parient, quæ semper satis ornata mihi quidem videri solent, si ejusmodi sunt ut ea res ipsa peperisse videatur.»

(29) «Te, Domine (escribe á Marco Aurelio) ita compares, ubi quid in cœtu hominum recitabis, ut scias auribus serviendum; plane, non ubique, nec omni modo... Ubique populus dominatur et præpollet. Igitur ut populo gratum erit, ita facies atque dices. Hic summa illa virtus oratoris atque ardua est, ut non magno detrimento rectæ eloquentiæ auditores oblectet... Vobis præterea, quibus purpura et cocco uti necessarium est, eodem cultu nonnumquam oratio quoque amicienda est. Facies istud, et temperabis et moderaberis optimo modo ac temperamento.»

(30) «Ego hodie a septima in lectulo nonnihil legi; nam εἰκόνας decem ferme expedivi.»

prender la mucha falta que le hacia la naturalidad. Con efecto, en este panegírico, lleno de espresiones y de frases estudiadas, limadas, acompasadas, parece haberse aplicado contínuamente á alejarse del modo más sencillo de pensar y de esplicarse, y á mantenerse á una gran elevacion haciendo pompa de un fino talento, dando cierto aire de novedad á todo, hallando antítesis y analogías inesperadas. Ha habido quien se atreva á llamarle conciso en razon de sus períodos cortados, mientras que realmente gira como Séneca entorno de una misma idea, sin saber dejarla á tiempo.

Trajano era un emperador á quien podia elogiarse de otra manera y mejor que con generalidades vacías de sentido, y con lisonjas de esclavo prosternado á los piés de un tirano Continuó siendo amigo de Plinio cuando ascendió á la cumbre de la grandeza; y son dignas de ser consultadas las epístolas que le dirigió, especialmente cuando gobernaba la Bitinia. Las de Plinio (31) dejan mucho que desear cuando se piensa en la sencillez encantadora de las epístolas familiares de Ciceron: se descubre que están destinadas al público y á la posteridad. Sin embargo, tienen atractivo, á pesar de su tono académico y declamatorio, porque nos revelan una índole escelente y nos introducen en la vida de entonces, especialmente en la vida literaria. Sabido es que Plinio estaba relacionado con lo más selecto de Roma y del imperio.

Tambien escribió versos, entre otros, endecasílabos lascivos, por los cuales pide se le perdone, aunque cita otros numerosos ejemplos. Estudiaba las obras de Demóstenes y de Ciceron, si bien confesaba que á pesar de haberse revestido con los honores de este último, estaba muy lejos de igualarle.

Dos espléndidas quintas tuvo en el Lario, que llamaba la *Comedia* y la *Tragedia*, á más de la magnífica que tenia en Laurento junto al mar. Protegido por los magnates patrocinaba á su vez á sus amigos é inferiores; y ejercitaba á los jóvenes en la elocuencia. Su gratitud hacia Quintiliano, de quien era alumno, le indujo á dar á su hija 50.000 sextercios de dote. A su vuelta de España recibió Marcial de él una asignacion generosa; y Romano Firmo, su conciudadano y discípulo, simple decurion de provincia, un socorro de 300,000 sextercios, á fin de que pudiera ser admitido en la categoría de caballero. Dió á su nodriza un terreno que valia 100,000 sextercios: hizo vender por uno de sus libertos á Cornelia Proba, ilustre dama romana que la deseaba, y á un precio inferior á su valor, una casa de campo que habia heredado á la márgen del lago Como. Se encargó de pagar todas las deudas del filósofo Artemidoro; libertó á muchos esclavos, y concedió á otros el derecho de testar; mandó erigir un templo para los habitantes de Tiferna, y los etruscos tuvieron parte en sus liberalidades. Envió á Como, su país natal, para el templo de Júpiter una estátua antigua debida al cincel griego, de un trabajo precioso, é instituyó escuelas para los mancebos, tomando á su cargo la tercera parte del gasto. Además señaló un capital de 500,000 sextercios para el sustento de niños nacidos de padres libres y caidos en la miseria, y fundó en la misma ciudad una biblioteca junto á las termas. Se le debieron otros beneficios, cuyo mérito fuera mayor todavía, si no tuviera la vanidad de contárnoslo el mismo. Pero ¿seremos rigurosos contra esa vanidad?—«Si no merecemos que se hable de nosotros (decia) somos desaprobados; y si lo merecemos, no se nos perdona hablar de nosotros por nosotros mismos.» (32).

Refiere una antigua leyenda que se habia dejado convertir en Creta por Tito, discípulo de San Pablo, padeciendo después el martirio. Dolíales á los cristianos tener que creer condenado al hombre que habia hecho justicia á sus virtudes.

Poesía.—Aletargado el arte de los versos bajo los primeros Césares, se despierta en tiempo de Neron con el furor de una moda de que es imposible libertarse. Doctos é ignorantes, jóvenes y viejos, patricios y parásitos, todos hacen versos. Se versifica en el baño, en la mesa, en el lecho. Recitan los ricos sus composiciones á la muchedumbre que les rodea, y á la cual pagan los aplausos en patrocinio, en comidas ó en distribuciones. Se instituyen juegos anuales y otros que se celebran cada cinco años en Nápoles, en Alba, en Roma, y basta que los versos leidos en las reuniones públicas tengan el metro determinado para que se les proclame superiores á los de Horacio y Virgilio.

Estacio.—Ni una sola vez desde la edad de trece años á la de diez y nueve dejó de ser coronado el napolitano Estacio en las fiestas literarias de su patria: alcanzó posteriormente las palmas nemeas, píticas é ístmicas (33). Tan numerosos triunfos determinaron á los grandes á hacerle abandonar la escuela. Acercóse, pues, á ellos y fué convidado á sus banquetes, en cambio de los cuales prodigaba sus versos. Cuando vió á los parciales de Vitelio y á los de Vespasiano batirse dentro de Roma, y el Capitolio presa de las llamas, se aprovechó con entusiasmo de ocasion tan propicia, é hizo un poema de que se maravillaron sus compatriotas, viendo que la rapidez de la composicion habia igualado á la velocidad de las llamas.

---

(31) Hízose la primera edicion en Bolonia en 1498, aunque solo contenia un escaso número de cartas. Las demás fueron encontradas en Francia por el arquitecto Fra Giocondo; y Aldo Manucio las publicó en Venecia en 1508.

(32) *Epist.* I, 8.

(33) *Ille tuis toties præstrinxit tempora sertis*
Cum stata laudato caneret quinquennia versu...
Sit pronum vicisse domi. Quid achea mereri
Præmia, nunc rami Phœbi, nunc germine Lernæ,
Nunc athamantœa protectum tempora pinu?

Su hijo (*Sylv.*, III, lib. 5), no vacila en compararlo á Homero y Virgilio. Adulaba á su padre como á los tiranos.

Papinio Estacio, 61-96.—Trasmitió su númen á su hijo Papinio. Ya se trate de un matrimonio ó de una ceremonia fúnebre, ya haya perdido alguno su mancebo ó su esposa (34), ora haya perdido otro su perro ó su papagayo (35), Estacio se encuentra inspirado á todas horas. Se envanece un hombre rico de una linda casa de campo, ensalza otro un árbol preferido, alaba el etrusco Claudio unos magníficos baños; al punto se pone á describir Estacio en detalle aquel árbol, aquellos baños, aquella casa de recreo. Confecciona seculares genealogias de aquellos opulentos advenedizos que el dia antecedente habian abandonado la ergástula para instalarse en un palacio. No hay accidente por frívolo que sea que no haga bajar del cielo dioses y diosas. Citerea hará que el mar sea propicio á los cabellos de un eunuco que se dirige al Asia; los faunos y nayades cuidarán del plátano de Atedio Melior. Si llega la época de las saturnales Estacio pondrá en verso la lista de los *bellarii* que se truequen entre amigos, y de todos los que los romanos hayan prodigado á Domiciano, su padre y su dios. «Lejos de aquí, Febo, y tú, severa Palas, y vosotras, alegres musas; os recordaremos con enero. Ven ahora, Saturno, y diciembre chorreando vino. Apenas el alba anuncia el nuevo Oriente, llueven los donativos sobre César como el rocio de la mañana. Todo lo mejor que cae de los nogales del Ponto, cuanto Ivica sazona en sus cañas, se entrega espontáneamente al generoso pillaje, delicados huesos, conservas preciosas, dátiles, frutos del algarrobo. Vengan á nuestro Júpiter tales lluvias hasta que Júpiter celeste derrame un chaparron sobre los alegres campos. Llena los teatros la plebe, hermosa de aspecto, ornada con trages de fiesta, llevando cestas de pan, blancos manteles, manjares y vino á pasto. Compárese ahora la edad de oro á esta, cuando no corria con tanta profusion el vino, cuando la mies no abundaba todo el año. Aquí los ciudadanos de toda categoria tomamos el alimento á la misma mesa, mujeres, niños, plebe, caballeros, senadores; y la libertad hace olvidar el respeto. Tú mismo ¡quién hubiera podido esperar otro tanto de los dioses! te sientas á nuestra mesa, y el más pobre se envanece de haber comido con el jefe del Estado. Hasta las mismas mujeres se entregan á combates que constituyen el recreo del Valor y de Marte. Luego á la caida de la noche entran las jóvenes de fácil precio; se vé enseguida aparecer en los teatros todo lo que agrada por la forma, todo cuanto se encomia por el talento. Aquí se aplaude á las lidias orgullosas de sus rebaños; allí á las mujeres de Cádiz con sus címbalos y sus crótalos ó panderetas; en otra parte se ven bandas de sirias, ó la turba escénica sobre la cual caen de lo alto y de improviso nubes de pájaros procedentes del sacro Nilo, del helado Fasos y de la abrasada Numidia. Entonces hinchado el seno, todas levantan su voz al cielo cantando á su señor querido. Luego durante la noche espléndidas iluminaciones ahuyentan el reposo indolente y el inerte sueño.» (36)

El leon familiar de Domiciano fué muerto por un tigre recien traido de Africa. Abascancio propuso al Senado dirigir al emperador el pésame de una manera solemne: Estacio contó los méritos del difunto, y deploró con el pueblo y el Senado la pérdida que en el favorito leon acababa de hacer el mundo (37). Véase en que fuentes se inspiraban los poetas de aquella época: de este modo merecia Estacio coronas de pino en los juegos, el oro de César y los aplausos cuando leia.

Lecturas públicas.—La lectura pública es el secreto de toda la poesia de entonces. Veinte, cuarenta, cien amigos se reunian para aplaudir, no para dar consejos, para divertirse, no para prestar ayuda al poeta. El mismo emperador toma parte en aquellas reuniones; Claudio se contenta con oir; Neron y Domiciano leen sus propios versos, y llevan al esceso la mania de los aplausos obligatorios.

La declamacion habia sido reducida á preceptos para la poesía como para la elocuencia. Que el lector se muestre modesto y los oyentes sean indulgentes. ¿A qué viene crearnos un enemigo, con argucias literarias, en aquel á quien acabais de prestar favorable oido? Sea la obra más ó menos notable, elogiad siempre (38). Preséntese el lector con una desconfianza respetuosa, segun lo requiere el uso; tenga siempre estudiado un cumplimiento ó una escusa: «Esta mañana se me rogó que abogara en una causa; os ruego que me dispenseis esta mezcla de los negocios con la poesia, porque tengo costumbre de preferir los negocios á los placeres, mis amigos á mí propio.»

Cuando el orador tiene un órgano ingrato encarga á un esclavo la lectura de su manuscrito (39).

---

(34) . . . . . *Me fulmine in ipso*
Audivere patres: ego juxta busta profusis
Matribus, atque piis cecini solatia natis.
Sylv. II, 1.

(35) *Psittace, dux volucrum domini facunda voluptas,*
Humanæ solers imitator, Psittace, linguæ.
Quis tua tam subito præclusit murmura fato?
Sylv. 4.

(36) *Sylv.* I, 6.

(37) *Magna tamen subiti tecum solatia lethi*
Victe, feres quod te mæsti populusque patresque
Ingemuere mori, magni quod Cæseris ora,
Inter tot scyticas, lybicasque, et littore Rheni
Et Pharia de gente feras, quas perdere vile est,
Unius amissi tetigit jactura leonis. Idem, II, 5.
Por ese leon hizo Marcial diez epígramas.

(38) PLINIO, *Ep.* VI, 17.

(39) Hállase en Plinio el Jóven la descripcion dirigida á Adriano (lib. VIII, 21) de una de estas lecturas: «Tengo la persuasion de que en los estudios como en la vida, nada conviene mejor á la humanidad que mezclar lo festivo con lo severo, por miedo de que lo uno degenere en melanco-

Si declama por sí mismo observa fijamente la espresion que produce en su auditorio, y se detiene de vez en cuando, á guisa de hombre que teme haberle fatigado, y haciéndose de rogar para proseguir la lectura. En los pasajes más bellos, y especialmente al final, rompen los aplausos, que segun las reglas del arte se dividen en categorias. Comprende la una el trivial *bien, muy bien, admirable;* la otra el batir de palmas; la tercera los saltos sobre las sillas y las trepidaciones; en la cuarta se agita la toga, y así sucesivamente cada vez á mayor. Los oyentes ensalzaran al poeta hasta las nubes; el poeta no escatimará un cumplido al periodista, y dirá *Unus Plinius est mihi*, y el periodista Plinio publicará al siguiente dia: «Nunca he saboreado mejor la escelencia de tus versos.» El abogado Régulo leyó composiciones familiares; Calpurnio Pison, un poema; Pasieno Paulo, elegias; Sencio Augurino, poesias ligeras; Virginio Romano, una comedia, Titinio Capiton narró los últimos instantes de personajes ilustres, etc. (40). Plinio se consuela ó disgusta segun sea numeroso ó corto el auditorio de tales lecturas (41).

Tal era el público á quien pretendia agradar Estacio, y al cual agradó en efecto. Jamás salia á la calle sin que le circundara numeroso séquito de amigos, y era una fiesta en Roma cuando enviaba billetes de convite para oir sus versos en el salon de Abascancio (42). Crispino, el más ardiente de sus admiradores, apresta todo lo necesario: convida, enardece, riñe á los que dan señales de tibieza, hace la señal de los aplausos, los reanima si la necesidad lo requiere; y entretanto el poeta declama sus versos, en los que, vibrando algunos débiles sonidos del escaso número de cuerdas que la tiranía ha dejado á la lira romana, cree conciliarse los triunfos del instante, y las alabanzas de la posteridad á un mismo tiempo.

¿Cuál será su recompensa? La gracia del emperador, y el insigne honor de abrazar las rodillas del Júpiter terrestre, pero para hartar su hambre no necesitará vender al actor Paris una de sus tragedias, atendido á que los bailarines y los cómicos tienen el poder y la riqueza, siendo los que crean los caballeros y los poetas, y dan lo que no saben dar los magnates (43).

---

lia, y lo otro en impertinencia. Por este motivo, después de haberme ocupado de trabajos importantes, invierto siempre mi tiempo en algunas bagatelas. Para darlas á luz he adoptado el tiempo y el lugar oportunos con intencion de acostumbrar á las gentes ociosas á oirlas á la mesa. He escogido, pues, el mes de Julio en que hay vacaciones completas y he colocado á mis amigos en sillas arrimadas junto á muchas mesas. Cierto dia acaeció casualmente que llegaron á buscarme para abogar en una causa cuando menos lo pensaba. Aproveché esta coyuntura para hacer á mis convidados un ligero cumplimiento y dirigirles á la vez mis escusas; porque después de haberles citado en corto número para asistir á la lectura de la obra, la interrumpí como cosa poco importante para correr al foro, donde reclamaban mi presencia otros amigos. Les aseguré de que observaba el mismo órden en mis composiciones, que siempre daba preferencia á los negocios sobre los placeres, á lo sólido sobre lo agradable, á mis amigos sobre mi propio. Por lo demás, la obra de que les dí cuenta es esencialmente variada, no solo por el asunto, sino tambien por la medida de los versos. Por eso desconfiando siempre de mi talento, suelo prevenirme contra el enemigo. Dos dias lei en alta voz para satisfacer el anhelo de los oyentes: aunque otros suprimen varios pasajes, yo no salto ni suprimo nada, y se lo aviso á los que me escuchan. Lo leo todo á fin de poderlo corregir todo; lo cual no pueden hacer aquellos que solo leen los pasajes más esmerados. Con esto inducen á creer á los demás que tienen menos confianza en ellos que la que yo cifro en la amistad de mis oyentes. Efectivamente, se necesita amar mucho para no tener miedo de fastidiar á los que son amados. ¿Además, tendríamos obligaciones con nuestros amigos si acudieran á escucharnos solo para divertirse? Para mí es indiferente y aun ingrato el que prefiere hallar en las obras de sus amigos la última perfeccion, á dársela por si mismo. Tu amistad hacia mí no me permite dudar de que te agrada leer prontamente esta obra en su novedad. La leerás, pero retocada, atendido á que solo con el objeto de retocarla doy lectura de ella. Ya conoces mucha parte. Estos pasajes no te parecerán menos nuevos, ora porque han sido perfeccionados, ora porque á fuerza de repasarlos se han borrado como acontece á menudo. Con efecto, cuando la mayor parte de un libro ha sido modificada, todo lo demás parece que se ha cambiado al mismo tiempo, aunque no sea así realmente.»

---

(40) *Epist.* I, 13. «Tenemos este año buena cantidad de poetas. En todo el mes de Abril casi no ha pasado un dia sin que se haya leido alguna composicion. Me encanta que las ciencias se cultiven actualmente, y que los talentos de nuestra época procuren darse á conocer, aun cuando se reunen con mucha lentitud los oyentes. Con efecto, permanecen en su mayor parte sentados fuera, informándose de vez en cuando acerca de si el que debe recitar ha entrado, ó si ha acabado el prefacio, ó si ha leido la mayor parte del libro: entonces se encaminan por último al lugar señalado con pasos muy lentos, y eso sin aguardar tampoco á que termine la lectura. Al revés, se marchan mucho antes, los unos con algun pretesto ó de escondidas, los otros á la descubierta y sin ningun miramiento. No fué tal la conducta de Claudio César en otro tiempo, pues habiendo oido esclamaciones cierto dia que se paseaba en el palacio, y sabedor de que Novaciano leia cierta obra original suya, se agregó aquel príncipe de improviso al círculo de los oyentes. A la sazon todos quieren que se les ruege mucho, por muy pocas que sean sus ocupaciones, luego no acuden y si lo hacen, se lamentan de haber malgastado el dia, cabalmente porque no lo han malgastado. Pero los que no dejan de escribir por la ignorancia ó por el orgullo de semejantes gentes, son más dignos de alabanza.»

(41) NISARD, *Poetas latinos de la decadencia.*

(42) *Invitari auditores solebant per libellos et codicillos.* PLINIO.

(43) *Currítur ad vocem jucundam et carmen amicæ*
Thebaidos, lætam fecit cum Statius urbem,
Promisitque diem: tanta dulcedini captos
Afficit ille animos, tantaque libidine vulgi
Auditur! Sed cum fregit subsellia versu,
Esurit, intactam Paridi nisi vendat Agaven!
Ille et militiæ multis largitur honorem,
Semestri vatum digitos circumligat auro.

Pero Estacio solo sacará aplausos de sus ponderados versos. El orgullo que le han inspirado, no le permite atenerse á sus *silvas;* quiere componer un poema, ó mas bien dos, no por inspiracion, como Voltaire, sino con propósito deliberado, y llega á feliz remate si basta haber hecho la introduccion de la *Aquileida* en doce libros de ochocientos versos cada uno, que contiene la *Tebaida*: quizá se proponia presentarnos completamente á aquel Aquiles, héroe de Homero, que en su concepto no habia hecho más que bosquejarlo; como un escultor que pretendiera desleir en una série de bajo-relieves el gran pensamiento del Moisés de Miguel Angel.

A fuerza de escribir un autor, por poco que sea su talento, acabará por dar á la lengua nuevas formas, espresivos ó elegantes giros; y en efecto se atribuye al mérito de Estacio alguna invencion de estilo. A pesar de todo careció de la espontaneidad que enriquece una lengua, y no de la facultad de cambiar el modo ordinario de aplicarla, de encarecerla, desnaturalizándola, á fin de disimular la imitacion. Así salió á veces de los lugares comunes y supo hallar caractéres verdaderos, dibujarlos con sencillez y lozania, aunque no sabia sostenerlos hasta el fin á igual altura. Su facilidad le fué nociva; era tan prodigiosa, que no temió alabarse de haber compuesto en dos dias el epitalamio de Estela en doscientos setenta y ocho exámetros. Así enervaba la pujanza de un espiritu escelente y cultivado (44), si bien sacrifido á los defectos del tiempo.

Marcial, 40—103.--Marco Valerio Marcial fué otro de los poetas que compuso versos para todas las circunstancias (40): era español y nacido en Bílbilis. Dirigióse á Roma y fué á pedir pan á la corte de Domiciano. La mitad de los mil quinientos epígramas que escribió, consiste en repugnantes lisonjas en loor de Júpiter romano, en memoriales variados, por los cuales mendiga con mucho talento y sin la más mínima vergüenza, dinero, vestidos, privanza, comidas, y un hilo de agua para su casa de campo: «Hace poco pedí á Júpiter algunos miles de libras, y fué su respuesta: *Te los dará el que me da templos*. Se han dado templos á Júpiter, y no á mí las mil libras. Sin embargo habia leido mi memorial con no menos bondad que cuando concede la diadema á los getas suplicantes, yendo y viniendo por las avenidas del Capitolio. ¡Oh Palas, secretario de nuestro Dios Tonante! dime: si su ademan es ese cuando niega, ¿qué será cuando otorgue? Hablaba yo de este modo y me contestó Palas: «Insensato ¿crees por ventura negado lo que aun no se ha concedido?» (45)

Y en otro lugar: «Si me hallara invitado á cenar al mismo tiempo por César y por Júpiter, aunque estuvieran muy cerca de mí las estrellas, y el palacio de César á gran distancia, responderia á los dioses: «Buscad quien apetezca ser convidado por el dios Tonante; mi Júpiter me detiene en la tierra.» (46)

He aquí, pues, á Júpiter muy inferior á Domiciano, y no solo en esta frase, sino perpétuamente, como si el crédito del dios hubiera menguado hasta el punto de haber sido una débil alabanza compararle al soberano del mundo. Por eso hablando de la reconstruccion del Capitolio, le dice á propósito de tanta magnificencia, que aun cuando Júpiter hiciera almoneda del Olimpo y de toda la hacienda de los dioses, jamás lograria reunir la décima parte del costo (47).

En otro pasaje ruega á Domiciano que suba lo más tarde posible á las regiones donde se bebe el néctar, añadiendo que Júpiter no necesita más que ocupar un puesto á la mesa, si quiere disfrutar de su compañia (48).

No obstante parece que ni estas lisonjas ni otras todavia peores ausiliaron en su pobreza á Marcial, que abrumado de deudas y con una capa raida mendigaba algunos sextercios. Vióse reducido á vender los regalos que habia recibido para proporcionarse el sustento, é hizo versos sobre toda clase de manjares, á fin de ser convidado á saborear algunos (49).

¡Y sin embargo, en el seno de aquella miseria necesita sostener el peso de su fama! Necesita ser no solo tribuno honorario, sino tambien caballero honorario, *padre* honorario, sin empuñar por eso las armas, sin pagar el censo, sin tener tres hijos. Continuará cantando y ensalzando hasta las nubes el más mínimo beneficio que haga Domiciano, la más leve virtud ó la cualidad más imperceptible que llegue á descubrir en su persona. Una vez muerto Domiciano le maldecirá y ensalzará á Nerva por haberse conservado hombre honrado bajo

---

Quod non dant proceres, dabit histrio: tu Camerinos,
Et Bareas, tu nobilium magna atria curas!
Præfectos Pelopæa facit Philomela tribunos,
Haud tamen invideas vati quem pulpita pascunt.
JUVENAL, V, 82.

(44) «Cultissimus poeta atque ingeniosissimus; neque enim nullus veterum aut recentiorum propius ad virgilianam majestatem accedere valuit; etiam propinquior futurus, si tam prope esse noluisset. Siquidem natura sua elatus, sicubi excellere conatus est, excrevit in tumorem.
ESCALÍGERO, *Poéticos*.

(45) *Epígrama*, VI, 10.
(46) Lib. IV, 92.
(47) *Quantum jam superis, Cæsar, cœloque dedisti*
Si repetas, et si creditor esse velis,
Grandis in æthereo licet auctio fiat Olympo,
Coganturque dei vendere quidquid habent,
Conturbabit Atlas, et non erit uncia tota,
Decidat tecum qua pater ipse Deûm...
Expectes et sustineas, Auguste, necesse est:
Nam tibi quod solvat non habet arca Jovis.
Lib. IV, 4.
(48) Lib. VIII, 39.
(49) Véase el libro XIII, titulado *Xenia*.

un príncipe cruel (50); representará á Júpiter asombrándose de los ruinosos placeres y del oneroso lujo de aquel soberbio tirano (51).

La misma necesidad de adular produjo las obscenidades con que manchó sus versos (52), porque no tenia que adular solo á un hombre, sino las costumbres depravadas de la ciudad entera; y hasta cuando aguza la sal del epígrama contra alguno, lo hace siempre con el libertinaje de espresion más vil, más detestable, como si á la sazon nada hubiera bueno para escitar la risa más que los vicios que debieran causar sonrojo.

Con todo, á semejanza de Estacio, parece que Marcial fué capaz de saborear la vida doméstica y de comprender que la felicidad no consiste en el oro ni en el brillo. «¿Sabes qué cosas hacen á un hombre dichoso? Una fortuna adquirida sin fatiga y por herencia, un campo fértil, un hogar en que siempre haya lumbre; nada de procesos; un corto número de patronos; un espíritu tranquilo; fuerzas naturales; un cuerpo sano; una sencillez prudente; amigos adecuados; una mesa hospitalaria; un alimento sin arte; noches sin embriaguez y libres de desvelos; un lecho cómodo y, sin embargo, púdico; un sueño que abrevie las noches; amar la situacion en que uno se encuentra; no ambicionar otra mejor; no temer ni desear el último dia (53).»

Este epígrama que es uno de los mejores revela una gran pobreza de poesia. Es una fria enumeracion desprovista de imágenes. El mismo solia decir de sus versos: *Hay en ellos cosas buenas, las hay medianas, y malas más* (54). Las alabanzas que le han prodigado los comentadores, prueban hasta que punto es posible apasionarse por un autor, cuando se ha envejecido en la tarea de encontrarle méritos de que carece (55). Jamás se halla en Marcial un sentimiento profundo; y nadie soportaria aquellas sales contínuas, triviales, desabridas ó rebuscadas, á no ser por el lenguaje que frecuentemente es correcto y espresivo, tanto como podia serlo en una época en que sofocaba toda inspiracion espontánea el miedo de escitar la desconfianza de soberanos suspicaces, ó desagradar á intolerantes protectores.

Pero la índole de las obras de Marcial, instantáneas de ejecucion como de pensamiento, le salva de uno de los defectos más habituales entre sus contemporáneos, el de no ser más que pálidos reflejos del siglo de Augusto. Seguro de su imaginacion inventa modos nuevos y espresivos, y emplea felizmente las espresiones que los extranjeros introducian en la lengua de la ciudad cuyas murallas se habian abierto para ellos. Distinguióse, pues, de sus iguales creando una poesia, no de erudicion ni de reminiscencia, sino inspirada por las sensaciones del momento, por la vista de los vicios presentes, poesia que hablaba el idioma usado en la sociedad de entonces.

Lucano.—Marco Anneo Lucano (38-65), natural de Córdoba, fué tambien español, y sobrino de Séneca por desgracia. Hizo su educacion en Roma con aquellos gramáticos y aquellos retóricos encargados de pervertir todas las felices disposiciones de que podian estar dotados los talentos. Su tio le introdujo en la corte, á fin de que pudiera practicar allí el arte de la lisonja que le habian enseñado en la escuela. Además Séneca le ejercitaba en componer y en hacer amplificaciones desnudas de ideas y de sentimientos, alentando su escesiva facilidad en vez de refrenarla, y presentándole en aquellos círculos donde se iba á sembrar fastidio para alcanzar aplausos. Neron, que habia estudiado con él filosofía y poesia, le hizo cuestor antes de la edad requerida, luego su teniente, y augur enseguida; pero alteraron su amistad rivalidades del oficio. Acostumbrado Lucano á triunfos desde la infancia, osó hacerse competidor de Neron y jactarse de su victoria. Entonces le prohibió leer en lo sucesivo en asambleas; y el poeta irritado se dejó arrastrar por Pison á una conspiracion que fué descubierta. Preso Lucano, denunció á sus amigos y á su propia madre: no por eso dejó de ser condenado, y abandonó á lo héroe una vida que habia aspirado á conservar como cobarde.

Aquellos que atribuyen la inferioridad de la *Farsalia* á la eleccion de un asunto demasiado reciente, que vedaba la ficcion, deducen consecuencias erróneas de principios arbitrarios. Una epopeya debe fundarse en un hecho al que haya dado nacimiento la inspiracion más que el frio cálculo. La guerra entre César y Pompeyo era la lucha de dos sistemas políticos opuestos, y habia allí sobrada especulacion para suministrar asunto de un poema. Por otra parte Lucano no comprendió el sentido de esta lucha, dado que piensa que el ganar una batalla hubiera podido producir el restablecimiento de la antigua república, es decir, consolidar la tirania de los patricios sobre el pueblo. Ahora bien, el hombre que echando de menos lo pasado, no endereza al porvenir las fuerzas de su talento y la energia de sus sentimientos, nunca será poeta. Pompeyo no podia ser tampoco héroe de un poema, es decir, un personaje popular cuan-

---

(50) *Tu sub principe duro,*
Temporibusque malis, ausus es esse bonus.
Lib. XII, 6.

(51) *Miratur scythicas virentis auri*
Flammas Jupiter, et stupet superbi
Regis delicias, gravesque luxus.
Lib. XII, 15.

(52) Se escusa de ello alegando el ejemplo de sus antecesores: «Lascivam verborum veritatem, id est epigrammaton, linguam excusarem, si meum esset exemplum. Sic scribit Catullus, sic Marsus, sic Pedo, sic Getulicus.» Prefacio del lib. I.

(53) Libro X, 47.

(54) «Sunt bona, sunt quædam mediocria, sunt mala plura.»

(55) En cambio Andrés Navajero quemaba todos los años en un dia fijo algunos ejemplares de Marcial en holocausto al buen gusto.

do no era más que una mediania, y cuando se mostró muy inferior á su papel en la última guerra, durante la cual se abandonó á las lisonjas, con las que se habia dejado deslumbrar repetidamente. César, acaso el romano más insigne, era notablemente poético, en razon de ser popular por su actividad infatigable; pero Lucano lo toma por mal lado; desfigura sus buenas acciones, descuida sus verdaderas faltas, y queriendo pintarle como un ambicioso furibundo que adopta siempre el medio más atroz en el caso de duda (56), recurre á particularidades absurdas de todo punto. En Farsalia le hace examinar todas las espadas á fin de calcular por la sangre en que están empapadas el valor de cada guerrero; se presenta acechando al que mata con serenidad ó con tristeza, contemplando los cadáveres amontonados sobre el campo de batalla, negándoles los honores fúnebres, y mandando que le sirvieran la comida sobre una cumbre para gozar lo más posible del espectáculo de aquellos restos humanos. ¿Consigue á pesar de todo estorbar que aparezca César como el primer personaje de la accion? ¿Vé el lector por ventura otra cosa en lo concerniente á Pompeyo, que las lisonjas con que le acaricia el poeta por el mismo tono en que adulaba á Neron?

Agrada su amor á la libertad: seduce á las almas generosas la brusca ingenuidad de sus espresiones; pero si se penetra en el fondo, no se encuentra nada más que lo que esperimentaban todos los romanos instruidos de aquel tiempo, un horror profundo á las guerras civiles, nacido de la aficion al reposo y del agotamiento de las fuerzas: un recuerdo casi religioso por la antigua república, procedente, no de la inteligencia de sus instituciones, sino de los ejercicios de las escuelas, donde los pedantes proponian los inocentes elogios de Bruto y de Caton, á los futuros ministros de Neron y de Domiciano. Semejante sistema de educacion debia naturalmente traer por fruto un poema en que se culpa á los dioses del infortunio de la patria, en que están consideradas bajo el aspecto más superficial las discordias civiles; es decir, en que se pone de manifiesto como se matan entre sí hermanos, padres é hijos, en que se encomian las intempestivas virtudes de Caton, que tanta parte tomó en aquellas guerras, y en que se califica su juicio de superior al de los dioses (57). No creyendo Roma en los dioses, no podian estos representar en la accion papel ninguno, falta que suplió el poeta con un sobre-natural del género más desgraciado. Unas veces es la patria que bajo la figura de una anciana aspira á alejar á César del Rubicon: otras son magos que resucitan cadáveres para sacar de ellos oráculos, ó bien son profecias de sibilas y presagios naturales, más amenudo es la Fortuna, que se considera presidiendo como árbitra los destinos humanos.

El que ha llamado este poema la Efeméride en verso de la guerra de Farsalia, ha dicho la cosa más distante de la verdad, haciendo, sin apercibirse de ello, la sátira de los periódicos. Efectivamente, en Lucano, como en estos, se hallan ensalzadas las cosas pequeñas; las grandes no son comprendidas ó están denigradas: se fija la atencion en insignificantes pormenores, y se aparta de lo capital: el juicio cede el puesto al sentimiento, se amenguan los grandes debates, porque solo se ponen de manifiesto los accidentes momentáneos.

Falseada la historia en la *Farsalia*, nada se encuentra que revele el corazon ni haga penetrar la vista en sus mil pliegues. Allí se ven bosquejadas virtudes inflexibles ó monstruosas tiranias, no esos infinitos matices de sentimiento en medio de los cuales flota la naturaleza humana. Sin embargo, esta es la naturaleza que cumple estudiar al poeta, y no los preceptos de los retóricos, ni los métodos de los declamadores, en cuya escuela aprendió Lucano á hacer sus largas descripciones, sus digresiones estemporáneas de todo punto, aprovechándose de la más leve conyuntura. Es verdad que allí es únicamente donde se muestra poeta; y si bien desprovisto de buen criterio y de gusto, aspira á suplir con la erudicion la falta de variedad, el entusiasmo y la dignidad con la pompa de las máximas estóicas, y con frecuencia apenas bosqueja un concepto ó es incomprensible. Su colorido es uniformemente sombrío. Si á veces se nota en su verso magnificencia, es casi siempre duro y contorneado. Abusa de los detalles, y si le acontece remontarse á mayor grandeza, no posee el arte de detenerse á tiempo, y va más allá de lo que se propone. Como si no fuera suficiente el horror de una guerra *más que civil*, cree necesario mostrarnos las serpientes errantes por bandadas en los desiertos de la Libia; los árboles de una selva no caerán, por lo espesos que están unidos unos á otros, aun cuando los corte el hacha; serán las guerras enteramente homicidas y correrán arroyos de sangre; quedarán los muertos en pié á consecuencia de lo estrechado de las filas, se abrirán en las heridas bocas como el antro de la Pitia; el clamor de los combatientes tronará con más estruendo que el Mongibelo.

Se pretenden escusar sus defectos diciendo que la muerte impidió dar la última mano á su poema, como si un trabajo de revision pudiera modificar el plan general, como si no hubiera sido lo mismo de Virgilio. Pero la lengua épica que Virgilio habia trasmitido, fué pervertida por Lucano, de la misma manera que Séneca pervirtió la prosa. Lo que el primero habia dicho con límpida pureza, éste lo tortura, lo exagera, lo ahoga completamente en una pomposa miseria de palabras, de frases, de antítesis y énfasis.

Hallábase, no obstante, dotado de imaginacion y de pujanza poética en más alto grado que Virgilio; pero este tuvo arte para apoderarse de tradiciones

(56) *Cæsar in armas furens, nullas nisi sanguine fuso Gaudet habere vias.* Lib., II, 439.

(57) *Causa diis victrix placuit, sed victa Catoni.*

no discutidas é igualmente queridas por la nacion entera: Lucano se atuvo á un hecho acerca del cual estaban en desacuerdo sumo los intereses y las opiniones. Virgilio aduló más bien á Roma que á sus soberanos. Resignado Lucano á obedecer á Neron, exaltaba á un hombre que no era el del pueblo. y que á lo sumo solo escitaba simpatia en la faccion patricia. Virgilio hizo por sí mismo su poema; el de Lucano se hizo en aquellas reuniones de amigos y comensales que miman al autor igualmente con sus críticas que con sus elogios. Virgilio llevó á remate su obra en secreto, desconfió de ella hasta el punto de encargar á la hora de su muerte que fuera arrojada á las llamas; Lucano embriagado con los aplausos que habia recogido á cada lectura, se persuadia de que sus versos, como los de Homero *y de Neron*, sérian leidos eternamente (58); y los recitaba al morir como para darse á sí propio la seguridad de que aquel que le quitaba la vida, no le arrebataba la gloria que habia conquistado.

Perdónesenos tanta rigidez respecto de faltas comunes tambien á nuestra época, y que han perdido ó perderán á otros muchos insignes talentos.

Tampoco reconoceremos más que un debil mérito de estilo á otros dos poetas épicos, Valerio Flaco y Silio Itálico. Desprovistos de ese ingenio que sabe inventar y coordinar, escogieron su asunto, no á impulsos de un sentimiento, sino por erudicion ó por recuerdo. Para sustentar su mediania hubieron de recurrir al resorte comun del entusiasmo fuera de tiempo, de sentimientos convencionales, especialmente de descripciones, espedientes de aquellos á quienes la naturaleza no hizo poetas.

Valerio Flaco, 111.—Marcial aconsejaba á Valerio Flaco, nacido probablemente en Padua, abandonar los versos por el foro, carrera lucrativa en tiempo de decadencia. Acaso el poeta epigramático cubria con la idea de una ventaja pecuniaria un consejo que le daba en virtud de haber comprendido cuan mal le habia organizado la naturaleza para la poesia (59). Con todo, Flaco se atrevió á emprender un poema, *los Argonautas*, en que se propuso imitar á Apolonio de Rodas. No podia ser peor la eleccion en lo relativo al asunto y al modelo. Allí se encuentra todo lo necesario para un poema, nada de lo que se requiere para una obra de arte intachable; no el carácter de la época ni el interés dramático ni la revelacion del gran objeto de aquella espedicion, que ciertamente merecia la pena de ocupar á una sociedad culta y positiva. Prendado de las descripciones y de las digresiones enseñadas por los alejandrinos, las multiplica hasta el esceso. Entra en mil pormenores de viajes y de astronomia: su erudicion mitológica es maravillosa: sabe deciros á punto fijo que dios ó qué diosa preside los destinos de tal ó cual ciudad, de tal ó cual individuo; cuantos leones figuran en la historia de Hércules; el grado de parentesto que une á cada héroe con los dioses, y conoce la historia exacta de los adulterios de estos. Pero carece de la sencillez de los antiguos tiempos que induce á creer en todo, y de la crítica de los siglos adelantados, que escudriña el sentido oculto.

Flota su estilo entre las reminiscencias de los libros, y cae en el lenguaje familiar sin alcanzar á la naturalidad nunca. Es más atrevido y más elegante cuando no imita á Apolonio (60).

Silio Itálico, 25-100.—Silio Itálico tuvo mejor inspiracion al escoger su asunto; pero desprovisto de imaginacion, no hace más que poner en verso lo que narró Polibio tan perfectamente, y tradujo con tanto esmero Tito Livio, cuya prosa tiene imponderablemente más poesia que la epopeya de Silio. Este, fiel á lo que ha aprendido en las escuelas, á fin de elevar la historia á la dignidad épica, le añade inoportunos incidentes sobrenaturales é inverosímiles ficciones: á pesar de todo, la accion languidece, y no alcanza á disimular este defecto lo bien acabado de algunas descripciones.

Silio conocia á fondo los mejores autores, y era tan apasionado á Ciceron y á Virgilio que compró dos casas de campo que habian sido de su pertenencia; y aun celebraba todos los años el aniversario del nacimiento del cantor de Eneas. Tributaba á los clásicos un culto más ilógico, sacrificándoles su propio entendimiento, haciendo entrar á la fuerza sus pensamientos en los hemistiquios que tomaba de ellos, subordinando, por decirlo así, las ideas á las palabras, y llenando con gran copia de erudicion y de memoria el lánguido vacio de su poema (61), que ni aun siquiera tiene los brillantes defectos de sus contemporáneos; defectos que á los ojos de algunos pasan por bellezas (62).

Plinio el Jóven dice que Silio Itálico adquirió el valimiento de Neron dedicándose en su obsequio al espionaje, si bien redimió esta infamia con una

---

(58) *Nam si quid latiis fas est promittere musis,*
Quantum smyrnæi durabunt vatis honores,
Venturi me teque legent (Neron)*: Pharsalia nostra*
Vivet et á nullo tenebris damnabitur ævo.
IX, 883.

(59) *¿Quid tibi cum Cyrrha? ¿Quid cum Permessidos unda?*
Lib. I, 77.

(60) Los primeros libros de la *Argonáutica* fueron hallados por el florentino Poggio en la abadia de San Galo; los demás fueron descubiertos posteriormente. Juan Bautista Pio hizo una edicion de ellos en 1519, supliendo con versos de su cosecha los que faltan en los libros VIII, IX y X.

(61) Plinio el Jóven, su amigo y encomiador, dice: «Scribebat carmina majore cura quam ingenio.»

(62) Petrarca trató después, en su *Africa*, el asunto *de la segunda guerra púnica*, en la persuasion de que se habia perdido el poema de Silio, ó segun afirmaron otros malignamente, en la creencia de que poseia el único ejemplar de esta obra. Poggio descubrió tambien este poema durante el concilio de Constancia.

vida virtuosa, llegando á ser hombre de buena reputacion. Fué tres veces cónsul, procónsul en Asia en tiempo de Vespasiano; y se retiró después con las manos llenas de latrocinios á la Campania, donde vivió hasta que, atacado de una enfermedad incurable, se dejó morir, como sea que entonces esto parecia virtud.

A esta época pertenece tambien probablemente Terenciano Mauro, autor de un poema sobre las letras del alfabeto, las sílabas, los piés y los metros poéticos. Tratando este asunto árido con todo el talento y toda la elocuencia de que era capaz, para ayudar al conocimiento de la prosodia latina, juntó el ejemplo al precepto, haciendo uso de versos que tenian la misma medida que aquellos de que él hablaba.

Líricos.—Lucilio el Jóven, amigo de Séneca, cantó la *Erupcion del Etna*. Solo conocemos el nombre de los poetas líricos de eesta época; Cesio Baso, amigo de Perseo, Aulo Septimio Severo, Vestricio Espurina. Quizá pertenezcan tambien á este tiempo los dísticos morales (*Disticha de moribus, ad filium*) de Dionisio Caton, atribuidos al Censor equivocadamente, y que gozaron de inmenso crédito en la Edad Media.

Calpurnio.—De Julio Calpurnio Sículo quedan muchas églogas, que si le señalan el segundo lugar entre los poetas bucólicos latinos, le dejan no obstante á mucha distancia de Virgilio. No puso á semejanza suya en escena pastores de ideal naturaleza, sino á semejanza de Teócrito, segadores, leñadores, hortelanos verdaderos en su sencillez y en su rudeza; y para imitarlos mejor afectó un modo de hablar desusado. Es interesante para la historia la séptima égloga en que á su vuelta de Roma, cuenta un pastor las luchas que ha visto en el anfiteatro.

Pervigilum Veneris.—Llamábanse *pervigilia* ó *vigiliæ* (παννύχιδες) ciertas solemnidades nocturnas que, habiendo llegado á ser ocasiones de desórdenes, fueron reducidas por la ley á un número muy corto, y aun se escluyó de ellas á los hombres y á las personas nobles. Viéronse muy pocas en tiempo de la república, y se hicieron más frecuentes bajo el imperio. Probablemente la velada de Vénus fué introducida por Augusto. Allí formaban coros las doncellas; y después de un banquete se entregaba la juventud á bailes que se prolongaban durante tres noches consecutivas en el curso del mes de Abril (63). Posteriormente esta conmemoracion del nacimiento de Quirino fué celebrada en una deliciosa isla del Tíber, en que los ciudadanos celebraban al abrigo de tiendas una fiesta de las más alegres, presidida por un cónsul ó por el prefecto. Quizá estaba destinado el *Pervigilium Veneris* á cantarse en aquella ceremonia. Es un corto poema en loor de la diosa, madre del universo y de todos los animales y protectora del imperio.

(63) Ovidio, *Fastos*, IV, 133, y en otras partes.

Pero si de estos poetas se tratara de citar un pasaje verdaderamente sublime ó patético, de aquellos que aceleran los latidos del corazon ó hacen tomar vuelo á la fantasia, una pintura á la vez exacta y sorprendente de los caractéres, situaciones reales del corazon y de la vida, no sabriamos donde encontrarlo. A veces superan estos poetas á los del siglo de Augusto en abundancia y en riqueza de sentimientos; pero su númen se evapora en sentencias y en imágenes, y no pueden seguir el curso de una pasion progresivamente. Hacen consistir el arte en dar vueltas y revueltas á una idea en todos sentidos, en vencer las dificultades al describir lo que no debe ni puede ser descrito. Cuando bastaria la voz propia, acompañada de un epiteto espresivo, hacen gran alarde de ciencia y de anatomia; y enderezándose al efecto de la imaginacion, lo malogran, y echan á perder lo que es realmente bello.

Dramáticos.—Verdadero teatro eran todavia el circo y la gimnástica, á los cuales habia estremada aficion. Roscio, amigo de Ciceron, la actriz Dionisia, los mímicos Publio, Siro y Laberio, habian cedido el puesto á las pantomimas, en que no tenian que temer los emperadores las saetas de la palabra. Y sin embargo, continuaban los espectáculos sangrientos. En tiempo de Gordiano III habia dos mil gladiadores pensionados por el Estado; Calígula, Caracalla y el mismo Adriano, descienden personalmente á la arena; y Cómodo cargaba espada en mano á los gladiadores armados de un palo. Domiciano hizo luchar juntos enanos y mujeres. Se quiso ver á los atletas pelear con los ojos vendados: posteriormente se ofrecieron en el circo batallas verdaderas; Heliogábalo dispuso un combate naval en canales donde corria vino. Mientras se degollaban recíprocamente el cisne de Leda y el toro de Pasifae, representábanse en otro lugar las más repugnantes obscenidades. ¿Cómo habia de prosperar el arte dramático en medio de todo esto?

Tragedias de Séneca.—No hay uniformidad de pareceres acerca de quien es el autor de las tragedias vacias de accion y con grande hinchazon de estilo, generalmente atribuidas á Séneca. Basta saber que son obra de un estóico, que hace hablar y morir á Polixeno y al jóven Astianax como un Zenon ó un Caton de Utica. Sin embargo, no es tan fiel al estoicismo que no reniegue de él á veces; hasta el coro (muy degenerado del de los griegos) despues de haber envidiado la felicidad de Príamo en los Campos Elíseos, dirá en la misma tragedia que todo acaba con la muerte (64). En estas tra-

(64) En el primer acto de las *Troyanas*.

. . . . . *Felix Priamus.*
Dicimus omnes. . . . . . .
. . . . . *Nunc Elysii*
Nemoris tutis errat in umbris

gedias es la pasion falsa, contradictoria, siempre exagerada, así en lo bueno como en lo malo. Pinta el autor con preferencia el furor y los caractéres atroces: ama los colores más pronunciados, sin complacerse jamás en la sosegada armonia de los cuadros ni en la marcha graduada de las pasiones. Debe sentirse el espectador poseido de asombro, aterrado desde el principio y no lograr tregua ni reposo. Hasta las mismas mujeres respiran una energia masculina de amor carnal, de furores insensatos, hasta tal punto, que Fedra envidia á Pasifae, y esclama: *A lo menos era amada.*

Hombre de imaginacion sin juicio, con más talento que gusto, desprovisto de ingenio dramático, no acierta este escritor á concebir la tragedia como un todo cuyas partes se encadenan, ni ofrecer esa variedad de caractéres en que el observador se recrea. Ni aun nos representa naturalmente las situaciones que seducen al vulgo. Es verdad que sabe derramar el colorido trágico en sus relaciones, y hallar pensamientos atrevidos, lacónicas sentencias, que si bien se hallan frecuentemente fuera de situacion, han parecido á Corneille, Racine, Alfieri y Weisse, dignas de ser imitadas. Quizá es allí donde ha tomado la tragedia moderna esa pompa y ese aire de declamacion que tanto se alejan de las tradiciones griegas, y esas respuestas cortas y de bulto, que antes jamás se hallan en parte alguna, y que después han parecido bellezas (65).

Hemos hablado de estas tragedias (66), cual si todas fueran de una misma pluma; pero el estilo revela diferentes manos, y debemos considerarlas como destinadas á ser declamadas en las reuniones á la sazon en moda, no á ser representadas. Hállase en la *Medea*, á que se da la preferencia sobre las demás, un coro de corintios, en que se pretende ver una profecia del gran descubrimiento de Colon (67); habiéndolo anunciado en tal caso un español catorce siglos antes de que España cooperara á tan alta empresa.

Satíricos.—Generalmente la sátira es un género peligroso, que rara vez aprovecha, por no decir nunca, á aquellos cuya correccion se pretende. Infructuosamente crea enemigos, y arrastra amenudo al censor desatentado á asestar sus tiros contra lo que más deberia respetarse, la virtud, las convicciones profundas, y la actividad desinteresada. Solo pueden merecer alabanza un corazon benévolo, y la intencion evidente de hacer á los hombres mejores.

¿Es esto por ventura lo que se encuentra en los satíricos latinos? Hemos visto á Horacio esponer verdades como resultado de la esperiencia, encomiar pequeñas virtudes domésticas, dar lecciones minuciosas sobre cosas que en verdad no se aprenden hasta que han encanecido los cabellos; pero ama las costumbres que describe; se contenta con hallar asunto de risa, sin querer enderezar á los demás hácia el bien. Elogiando, á ejemplo de Augusto, las antiguas virtudes y abrazando los vicios modernos, se mostraba él mismo vicioso por no inspirar recelos á la corrupcion que provocaba.

Juvenal 42-122.—Sobrevinieron tiempos peores, y Décimo Junio Juvenal asegura que la indignacion le dicta sus versos. Con efecto, á primera vista se diria que afectado á causa de la ignomiosa decadencia del imperio, lejos de mofarse se enfurece, y da vado en sus versos á una generosa ira. Pero si profundizais algo más que la corteza, hallais un declamador honrado, que jamás siente hondamente. A estilo de los retóricos desenvuelve su tésis, no pasando de una cosa á otra ligeramente, sino empleando tanto arte, que se hace oscuro, y manifestándose con propósito deliberado, grave hasta en la burla.

Cuando la adulacion ha gangrenado todos los corazones, se complace uno en oir contra la corrupcion tan enérgica protesta; pero no olvidemos que Juvenal publicó sus sátiras en tiempo de Tra-

---

Interque pias felix animas
Hectora quærit.

Y en el segundo acto.

. . . . . *Ut calidis fumus ab ignibus*
Vanescit spatium per breve sordibus,
Sic hic quo regimur spiritus effluet;
Post mortem nihil est, ipsaque mors nihil. . . .
Quæris quo jaceas post obitum loco?
Quo non nata jacent.

(65) En *Tieste*, Atreo le sirve las carnes de sus hijos degollados, y le dice:

Expedi amplexus pater;
Venere natos ecquid agnoscis tuos?

Tieste responde:

Agnosco fratrem.

Furiosa Medea por haber sido vendida, exclama entre otras cosas:

Parta jam, parta ultio est;
Peperi.

Y cuando su nodriza se compadece porque ya no le quedan deudos ni riquezas, ella responde:

Medea superest.

En el *Hipólito* pregunta Teseo á Fedra qué delito cree que va á expiar con su muerte, y ella responde:

Quod vivo.

Se encuentran otros muchos rasgos de esta clase.

(66) Las diez tragedias son: *Medea, Hipólito, Agamemnon, las Troyanas, Hércules furioso, Tieste, las Fenisas* ó la *Tebaida*, encomiada por algunos como digna del siglo de Augusto, y hasta como preferible á cuanto hizo Grecia, á la par que Escalígero vé en ella la obra de algun escritor escolástico; de todas las tragedias latinas es la única que no tiene coros. Vienen en seguida: *Edipo*, imitada del *Edipo rey* de Sofocles; *Hércules en el Oeta*, y *Octavia*, cuyo asunto es romano y que de ningun modo puede ser de Séneca, ya que declama contra el siglo.

(67) *Venient annis sæcula seris,*
Quibus Oceanus vincula rerum
Laxet, et ingens pateat tellus,
Tethysque novos detegat orbes,
Nec sit terris ultima Thule.

jano, habiendo cesado el mérito de la franqueza, puesto que ya no existia ningun peligro; y que trata de loco al que por dar cima á una accion eminente arriesga la seguridad que acompaña comunmente á una vida oscura ó la ausencia de talento. Es verdad que se pregunta uno, *¿habla con formalidad ó de chanza?* pregunta que hay necesidad de hacer á cada instante, por lo frecuentemente que le ocurre acabar una declamacion violenta con un epígrama delicadamente agudo ó con una comparacion alambicada. Neron, asesino de su madre, es un Orestes, aunque peor que éste por haber salido en el teatro. Al narrar que un egipcio de Coptos ha sido devorado por los habitantes de Tentira, á causa de la diferencia de culto, se pone á demostrar la atrocidad del desafuero, en atencion á que las serpientes no se comen á las serpientes, y á que el oso vive seguro entre osos: termina por preguntarse qué hubiera dicho de esto Pitágoras, que preceptuaba á sus discípulos abstenerse de ciertas legumbres (68).

Se propone contar en sus diez y seis sátiras cuanto los hombres piensan, hacen ó sufren (69). En la primera se queja de que ya no existe la libertad del discurso, y para evitar el peligro, dice que no se las habrá más que con los muertos. Alude la segunda á los filósofos de esterior severo, y corrompidos interiormente, y á los magnates que son modelo de depravacion. En la tercera, que es de las más vivas, bosqueja las dificultades de Roma y los inconvenientes de una gran ciudad. Una pone en ridículo al Senado convocado gravemente por Domiciano para deliberar acerca de la salsa en que estaria mejor condimentado un rodaballo que le habian enviado del Adriático; otra va dirigida contra las mugeres vanas, imperiosas, disimuladas, libertinas, avarientas, supersticiosas. En esta demuestra que la nobleza no consiste en el número de abuelos, sino en el mérito personal. En aquella cá á un amigo, á quien convida á cenar, la lista de los platos que han de servirle, y de aquí toma ocasion para hacer el elogio de la frugalidad y la sátira del lujo. Más lejos convida á una fiesta á un amigo suyo, que ha escapado sano y salvo de un naufragio; y para que no crea que el alborozo que esperimenta es fingido, previene que el convidado tiene hijos, y se pone á bosquejar los artificios que suelen emplearse para adquirir la herencia de los célibes (70).

Nos describe á Roma llena de griegos gramáticos, de retóricos, de geómetras, de pintores, de augures, de saltimbanquis, de médicos, de magos, de aduladores, y de séres ruines Llegaron primeramente á la ciudad con una carretada de higos y de ciruelas, y después se dedicó cada cual á algun oficio. Estas gentes ponderan el talento de un tonto, hacen un Hércules de un lisiado, prodigan vilmente la alabanza, y alcanzan crédito; vengan á su patria avasallada, corrompiendo á sus vencedores. Allí el judio se esconde en los bosquecillos de Numa, obligado á pagar hasta la sombra de los árboles de que han sido espulsadas las musas. Reclinado el cliente sobre la misma mesa que su patrono, sufre allí la humillacion contínua de ver como le sirven el pan tierno, puro el vino y cristalina el agua, á la par que él no tiene más que una galleta de harina enmohecida, agua cenagosa, y el olor de las frutas y de las golosinas, además de las burlas del dueño de la casa; ¡y para hacerle la corte ha abandonado antes del alba á su mujer y á sus hijos, ha llegado á pasearse sobre las heladas baldosas de su palacio! El rico admira al poeta, le presta su salon para leer sus versos, y sus libertos para aplaudirle, pero enseguida le despide en ayunas. El historiador no está mejor remunerado que un amanuense; el diezmo del salario del dramático se aparta por el preceptor y por el mayordomo. Es abogado á la moda el que ha mandado sacar su busto y su estátua, que tiene ocho porteros, muchos anillos, y lleva litera detrás, á la cual sigue un numeroso cortejo de amigos; mientras que otro que no es más que hombre honrado, recibe en recompensa de sus fatigas un jamon seco, mal pescado y peor vino; ó si al cabo recibe alguna moneda de plata, está obligado á repartirla con los corredores que le proporcionaron el cliente.

El que quisiera juzgar por Juvenal de la vida privada de los romanos, que pinta con colores bastante sombrios para estar en armonia con el cuadro que ha trazado Tácito de su vida pública, correria riesgo de caer en error prestando fé á este gracioso embustero, que por engolfarse en la hipérbole y en la declamacion, la contempla bajo un falso punto de vista.

---

(68) En su primera sátira, dice: «¿Cómo se prescinde de escribir sátiras á la vista de una ciudad perversa? ¿Quién puede contenerse con una voluntad de hierro, cuando encuentra la litera nueva del abogado Maton llena con su enorme panza? ¡Pues qué! ¿Hé de presenciar tantos vicios sin azotarlos con mis versos? ¿Quién puede dormir en medio de esos padres que corrompen á sus nueras por sobra de avaricia; en medio de esos adolescentes adúlteros y de esos esposos infames? A falta de talento natural es la cólera la que me dicta estos versos, tales como Cluvieno y yo podemos hacerlos.»

Hé aquí como el ardor patriótico se evapora en personalísima agudeza.

(69) *Quidquid agunt homines, votum, timor, ira, voluptas,*
Gaudia, discursus, nostri est farrago libelli.

(70) ¿Qué dirán ciertos preceptores y ciertos versificadores del dia, viendo que Juvenal reprobaba ya como absurdo, hace catorce siglos, el empleo de la mitología en los versos?

Nota magis nulli domus est sua, quam mihi lucus
Martis, et æoliis vicinum rupibus antrum
Vulcani; quid agant venti quas agat umbras.
Æacus...

Sat. I.

Tales eran las costumbres, que para corregirlas se necesitaba otra cosa que la risa de un poeta. No podia erigirse en reformador el que lamentándose de que la religion está descuidada, hace escarnio de ella (71); el que opone á los vicios más vergonzosos aforismos doctorales de una virtud absoluta y al mismo tiempo vaga (72); el que no sabe aconsejar á los padecimientos otro consuelo que la fuerza de alma y el desprecio de la muerte: *bienes*, añade, *por los cuales se pueden ofrecer á los dioses los gruesos intestinos de un cerdo blanco* (73); el que después de haber presentado en toda su desnudez las miserias del pobre, comunes á todas las épocas ó especiales de aquella, dice por via de insinuacion ó de consejo, que todos los pobres de los tiempos antiguos se hubieran desterrado voluntariamente de Roma (74).

No alcanzamos, pues, en que pudo ser útil á sus contemporáneos. Por lo que hace á la posteridad, se felicita, al leerle, de haber mejorado mucho; pero retrocede á Horacio, cuyos semi-caractéres se hallan reproducidos amenudo en los semi-hombres de nuestro siglo.

Escribiendo la sátira con un estilo fácil y popular habia dado Horacio nn inimitable ejemplo (*sermones per humum repentes*), los que vinieron posteriormente se complacieron en un estilo cortado y amanerado; pero Juvenal superó á todos por su áspera energia. En sus escritos, el verso, la frase, los vocablos presentan una originalidad vigorosa, fruto de un asíduo trabajo, no de la naturaleza; no hay una sola palabra ociosa, ningun pasaje parásito, nada que no añada fuerza, nada de imitacion que sacrifique á la espresion el pensamiento.

Juvenal, nacido en Aquino, hizo su educacion en las escuelas de declamacion, y siguió la carrera del foro hasta la edad de cuarenta años. Habiendo recitado á algunos amigos suyos una sátira contra Domiciano, y contra un poeta lisonjero suyo, fué tan aplaudido, que se consagró enteramente á este género de composicion. Algunos rasgos mordaces, que creyó Adriano dirigidos á su persona, le valieron, siendo ya octogenario, ser enviado á Egipto, donde por mofa se le dió el mando de una cohorte. Murió allí lleno de pesadumbre y de vejez.

(71) Sátira XIII.

(72) . . . . . *Semita certe*
Tranquillæ per virtutem patet unica vitæ.
Sat. X.

(73) *Ut tamen et poscas aliquid, voveasque sacellis*
Exta et candiduli divina tomacula porci
Orandum est ut sit mens sana in corpore sano;
Fortem posce animum, mortis terrore carentem...
Nesciat irasci, cupiat nihil, et potiores
Herculis ærumnas credat, sævosque labores
Et Venere, et cœnis, et pluma Sardanapali.
Sat. X.

(74) . . . . . *Agmine facto,*
Debuerant olim tenues migrasse Quirites.
Sat. III.

Persio.—Aulo Persio Flaco (34-62) natural de Volterra, de una familia ecuestre, quedó huérfano, y después de haber estudiado seis años en su patria, fué á Roma á la edad de doce años, para cursar las lecciones de maestros que no sabian más que dar preceptos. Luego que hubo cumplido diez y seis años, Anneo Cornuto le enseñó la filosofía estóica y le presentó á Lucano, quien admiraba estremadamente los versos de aquel mancebo. Cuando murió apenas tenia veinte y ocho años. Cornuto publicó sus sátiras, suprimiendo lo que era defectuoso ó podia ofrecer peligro. Entonces escitaron una viva admiracion, quizás en virtud de aquel sentimiento que induce á ver tantas esperanzas sobre el sepulcro de un jóven. ¿Pero hubieran podido la esperiencia y las correcciones hacer desaparecer de sus composiciones la abundancia vacía y afectada, ó darle imaginacion, sin la cual no existe poesia?

Su libro forma un solo trabajo, que los gramáticos hubieron de dividir en seis discursos sobre asuntos morales, precedido el todo de algunas palabras por via de prefacio. En el primero se burla de sus contemporáneos por la mania de hacer versos y por el mal gusto que acreditan en sus juicios. En el segundo señala la incoherencia frívola de los votos que incesantemente dirigen los mortales á los dioses. Reprende en el tercero á los jóvenes afeminados que tienen horror á toda ocupacion seria. Asesta sus tiros en el cuarto contra la presuncion, que induce á que todas crean capaces de llegar á los más altos empleos, y especialmente á regir el Estado. Examina en el quinto cual es el hombre verdaderamente libre, y deduce que es el sabio. Dirígese el último contra los avaros, que privándose de lo necesario, acumulan tesoros para herederos disipadores.

Persio habia sido mimado por el estoicismo de las escuelas, que desdeñoso, no solo de lo supérfluo sino de lo necesario (75), tenia por crímen el acto más inocente, si no era aprobado por la razon (76); diciendo al hombre que no es libre porque tiene pasiones; condenando el refinamiento de la civilizacion, los vestidos elegantes, el uso de las «lanas de Calabria teñidas con una púrpura alterada; el uso de los perfumes; la estraccion de la perla arrancada de su concha, y la reunion en encendida masa del metal que dormia en las venas de la tierra.» Habia otros muchos vicios que anatematizar en su tiempo; un espantoso libertinaje; una repugnante bajeza en los pequeños, un lujo desenfrenado en los magnates, la infamia de los

(75) *Messe tenus propria vive; et granaria, fas est,*
Emole. Quid metuas? occa et seges altera in herba est.
Sat. VI, 25.

(76) *Nil tibi concessit ratio; digitum exsere, peccas;*
Et quit tam parvum est?
Sat. V, 119.

delatores, el envilecimiento del Senado, la insolencia de los libertos, la decadencia general: esto era bastante para escitar una generosa ira en el alma de todo el que tenia el sentimiento del bien.

Persio no se apercibia de ello, atendido á que nada se le habia dicho en las escuelas de semejante cosa, ni tampoco lo habia leido en los libros. Pero habiendo oido decir en general que el siglo estaba corrompido, se impuso la tarea de manifestar su descontento en una discusion sumamente vaga, si bien metódica y completa, tal como podia hacerla encerrado en su gabinete, sobre argumentos establecidos de antemano, no sobre los que le hubieran irritado ó inspirado, si lo hubiera visto con sus propios ojos; diferente en esto de Horacio que, hombre de mundo, tropezándose con los hombres y tropezado por ellos, es siempre actual, sin que se pueda suponer que ha pensado el dia antecedente en lo que derrama sobre el papel cuando el vicio ó la necedad se encuentra en su camino. Hé aquí la razon porque Horacio os traslada á su terreno; personifica el vicio, le da un nombre, y os pone en disposicion de reconocerle en todas partes; á la par que Persio únicamente se atiene á las generalidades, á pinturas vagas, á costumbres, á escenas, á personajes indeterminados. Si por casualidad aspira á imitar los giros dramáticos de Horacio, se hace todavia más oscuro que de costumbre. Entonces es un verdadero trabajo aplicar á tal ó cual interlocutor las réplicas y los ataques: se necesita toda la paciencia de hábiles comentadores, y Persio les ha suministrado asunto para ejercitarse en su estilo ambicioso que contrasta con la esterilidad de las ideas, mal disfrazadas con la estravagancia del lenguaje y la hinchazon de las palabras. Aquellos que pretenden hallarle mérito, suponen que atacaba á Neron, y que este fué el motivo porque embozó su pensamiento. Estraño modo de censurar el de hacerse incomprensible. Por lo que á nosotros toca, permitiendo á los admiradores de Persio hallar sus exámetros más armoniosos que los de Horacio, nos adherimos al dictámen de San Gerónimo, que los arrojó al fuego á fin que las llamas iluminaran su oscuridad, y al de San Ambrosio, quien decia que no merecia uno ser leido cuando no queria hacerse comprender por los lectores (77).

Sulpicia, mujer de Galeno, escribió una sátira *(De corrupto reipublicæ statu temporibus Domitiani)* cuando este emperador arrojó de Italia á los filósofos.

Poesia popular.—A más de la poesia de los literatos, generalmente aduladora y venal, habia en Roma otra que podemos llamar demócratica, libre espresion digna del desden á veces, y del aplauso otras, cuyos autores pasaban desconocidos, y que es la legítima antecesora de los modernos pasquines. Suetonio, inexorable recolector de anécdotas, conservó muchas sátiras de esa clase, y nosotros nos proponemos presentar de ellas un bosquejo que den idea mejor que las poesias aristocráticas de la época (78).

---

(77) Cuéntase por el contrario que Lucano era entusiasta de Persio; Marcial decia:

Sæpius in libro memoratur Persius uno,
Quam levis in tota Marsus Amazonide.

Y Quintiliano (*Inst.*, VI.) «Multum et veræ gloriæ, quamvis uno libro, Persius meruit.» Lo cual no constituye después de todo más que uno de esos fallos prudentes que solia pronunciar aquel retórico acerca de sus contemporáneos, y que cada cual puede interpretar á su antojo, como estos conocidísimos versos de Boileau:

Perse en ses vers obscurs, mais serrés et pressans,
Affecta d'enfermer moins de mots que de sens.

Selis, su admirador apasionado, señala cuatro razones á la oscuridad voluntaria de Persio, y la mejor es la alusion perpétua á Neron, que ya hemos mencionado. Juan Gerardo Vossio la atribuye á que el estilo de este jóven tan distinguido no respiraba más que grandeza, como su alma. El abate Garnier, tomo XLV de las *Memorias de la Academia de Inscripciones y bellas letras*, procura purgarle de todos los defectos que le achaca. Harris, padre de lord Malmesbury, dice que Persio es entre los clásicos el único escritor difícil, cuyas ideas merecen ser seguidas á través de las oscuridades en que están envueltas. Tambien Delille le estimaba mucho, así como Monti, que le ha traducido, y Passow de Weimar, que le califica de uno de los talentos más privilegiados de la antigüedad clásica. Escalígero le llama «ostentator febriculosæ eruditionis, cætera neglexit.» Véase la obra de Nisard ya citada.

(78) Cuando César introducia muchos galos en el Senado, se cantaba por las calles.

Gallos Cæsar in triumphum ducit, idem in curiam;
Galli bracas deposuerunt, latum clavum sumpserunt.

Y cuando hacia algo tomando la mano al colega Bíbulo:

Non Bibulo quidquam nuper, sed Cæsare factum est;
Nam Bibulo fieri consule nil memini.

Al pié de sus estatuas se escribió:

Brutus quia reges ejecit, consul primus factus est;
Hic quia consules ejecit, rex postremo factus est.

Cuando Augusto al tiempo de la proscripcion ambicionaba los vasos corintios, se escribió bajo sus estatuas:

Pater argentarius, ego corinthiarius.

Y aludiendo á su afan de jugar:

Postquam bis classe victus naves perdidit,
Aliquando ut vincat, ludit assidue aleam.

Y cuando Livia después de tres meses de matrimonio dió á luz á Druso:

Τοῖς εὐτυχοῦσι καὶ τρίμνα παιδία

«A los venturosos hasta les nacen hijos de tres meses.»

Cuando dió aquel banquete de lasciva impiedad:

Cum primum istorum conduxit mensa choragum
Sexque Deos vidit Mallia, sexque deas;
Impia dum Phœbi Cæsar mendacia ludit,
Dum nova divorum cænat adulteria;
Omnia se a terris tunc numina declinarunt,
Fugit et auratos Jupiter ipse toros.

Más violento fué este contra Tiberio:

Asper et immitis, breviter vis omnia dicam?
Dispeream si te mater amare potest.

Y contra el mismo:

Non es eques. Quare? non sunt tibi milia centum;

Petronio, 66.—Los colores que pueden faltar á la vida doméstica de los romanos los suministra Petronio Arbitro, marsellés, en su *Satiricon*, en prosa y verso. Respecto de este autor no ha llegado á nosotros ninguna noticia, y solo por induccion se supone que era mayordomo de los placeres de Neron. Su obra, de la cual quedan muchos oscuros y embrollados fragmentos, no permite columbrar la intencion exacta del autor; solo se descubre la de bosquejar en obsceno estilo el libertinaje de su tiempo. Corruptor, al reprobar la corrupcion, se exalta en la orgia hasta el delirio, como un hombre ébrio que va á exhalar el último aliento. Presenta á un ricachon de inmensa fortuna y de prodigioso fausto, rodeado de parásitos, de filósofos, de poetas, de todos los deleites infames que hacian execrable la córte de los magnates. Unos han pretendido ver en este personaje tan vanidoso como estúpido, que el autor llama Trimalcion, una alusion al emperador Claudio, otros á su sucesor; nosotros nos inclinamos más á considerarle como el tipo ideal de tantos ricos desordenados como abundaban á la sazon en Roma (79).

Eumolpo, uno de los personajes puestos en escena, quiere enseñar á los convidados lo que debe ser el verdadero poeta: les dice que para esto no basta ensartar sonoras palabras en armoniosos versos, sino que conviene estar dotado de un talento generoso, evitar toda bajeza en la espresion y dar relieve á las sentencias. Llega á proponer como ejemplo una de sus composiciones sobre las causas de la guerra civil, crítica dirigida probablemente contra Lucano, que efectivamente en su composicion se olvida de mencionarlas. Después de haber reprendido en términos graves la corrupcion de las costumbres (80) hace aparecer como máquinas épicas la Fortuna y el Infierno, que predicen las vicisitudes venideras; luego la Discordia que hace que vengan á las manos César y Pompeyo.

Apuleyo.—El *Satiricon* es la primera novela latina que conocemos; pero la de Lucio Apuleyo, cuya vida puede reputarse por sí sola como una novela, metió mucho ruido. Nacido en Madaura de Africa, de una buena familia, en tiempo de los Antoninos, estudió en Cartago, en Grecia y en Roma, donde aprendió el latin (81) con gran tra-

---

Omnia si quæras, et Rhodos exilium est.
Aurea mutasti Saturni sæcula, Cæsar:
Incolumi nam te, ferrea semper erunt.
Fastidit vinum, quia jam sitit iste cruorem:
Tam bibit hunc avide, quam bibit ante merum,
Adspice felicem sibi non tibi, Romule, Sullam;
Et Marium, si vis, adspice, sed reducem:
Nec non Antoni, civilia bella moventis,
Nec semel infectas adspice cæde manus.
Et dic, Roma perit, regnabit sanguine multo;
Ad regnum quisquis venit ab exilio.

Zaherian el parricidio de Neron los siguientes:

Νέρων, Ορέστης, Αλκμαίων, μητρόκτονοι
Νεονύμφων Νέρων, ἰδίαν μητέρ' ἀπέκτεινεν
Quis negat, Æneæ magna de stirpe Neronem?
Sustulit hic matrem, sustulit ille patrem.
Dum tendit citharam noster, dum cornea Parthus,
Noster erit Pæan, ille ἑκατηβελέτης.

Sobre el inmenso edificio del Palacio de oro:

Roma domus fiet; Vejos migrate Quirites,
Si non et Vejos occupat ista domus.

El mismo dió Popea á Odon para que la guardase con el título de esposa y no otro; y habiendo querido aquel usurpar los derechos de marido, lo desterró. Entonces se escribió:

Cur Otho mentito sit, quæritis, exsul honore?
Uxoris mœchus cæperat esse suæ.

Domiciano mandó que se arrancase la mitad de las viñas, pero se retractó en vista de los pasquines que decian: «Por muchas vides que destruyas, siempre quedará bastante vino para inmolar á César.»

Κἂν με φάγῃς ἐπὶ ρίξαν, ὅμως ἔτι καρποφορήσω
Ὅσσον ἐπισπεῖσαι Καίσαρι δυομένῳ.

Es parodia de uno contra un chivo.

No pude consultar los *Versus indicri in Romanorum Cæsares priores olim compositi; collatos, recognitos, illustratos edidit* G. H. HEINRICHS. Halle, 1810.

(79) Bajo el reinado de Luis XIV, Bussy de Rabutin y el abate Margon quisieron renovar el obsceno brillo del banquete de Trimalcion. Cuéntase en el *Heliogábalo ó bosquejo moral de la disolucion romana bajo los emperadores*, que algunos años antes se habia dado por cierto personaje una comida de esta especie.

(80) «Ya el romano tenia bajo su yugo al mundo entero, y á pesar de esto aun no se sentia harto: andaba esplorando por los golfos más ignorados, y si descubria una tierra que produjera oro, la trataba como enemiga. No tenian atractivo alguno para él los placeres conocidos del vulgo ni los deleites comunes. Sacaba púrpura de la Asiria, mármoles de la Numidia, sedas de la Sérica, perfumes de la Arabia. Dirigíase en busca de fieras á las selvas de los moros, y para proporcionarse marfil iba hasta cerca de Amnon al estremo de Africa. ¡Oh baldon! Se interrumpe la pubertad en los adolescentes para retardar la fuga de los años veloces; pero se ama á los mancebos, la muelle apostura de su enervado cuerpo, sus cabellos caidos, los nombres nuevos de los vestidos que sientan mal en un hombre. Se posee una mesa de limonero cuya madera fué cortada en el territorio africano, tropas de esclavos, espléndida púrpura: y se quiere adornar hasta el mismo oro.

La glotoneria es ingeniosa: el escaro que nada en el mar de Sicilia, se presenta vivo sobre la mesa con las conchas arrancadas de las orillas del Lucrino. Ya la onda del Fasos queda despoblada de pájaros, y en la muda ribera solo las brisas murmuran en las desiertas ramas. No es menor la rabia en el campo; los quirites comprados hacen de sus votos un objeto de lucro, es venal el pueblo, venal la curia de los padres conscriptos; se paga el valimiento; no existe ya la virtud entre los ancianos, y el poder y la majestad yacen corrompidos por las riquezas, de tal modo que Roma minada se vende como una mercancia y no puede rescatarse á si misma.»

(81) Madaura era una colonia romana, y sin embargo Apuleyo, hijo de uno de los primeros magistrados municipales *(duumvir)*, no comprendia una palabra de latin cuando llegó á Roma; tampoco su yerno hablaba más que la lengua púnica, y entendia un poco del griego, merced á su madre que era tesaliana: «Loquitur nunquam, nisi punice: et si quid adhuc á matre græcisat, latine enim neque vult,

bajo. Viajó asociándose á diversas cofradias religiosas (82), y pronunciando por todas partes discursos, segun la costumbre de entonces. Nos han llegado algunos (*Florida*) tan ricos de erudicion como pobres de crítica: en ellos está llevada la credulidad al esceso: no obstante, le valieron tal reputacion, que muchas ciudades le erigieron estátuas. A fuerza de gastos se halló reducido á tal penuria, que queriendo que se le consagrara al servicio de Osiris, tuvo que empeñar hasta su manto para proporcionarse el dinero necesario. Sin embargo, se felicita por haber ingresado con los más distinguidos en el culto de este dios, á quien llama *Deûm magnorum potior, et majorum sumus, et summus, et summorum maximus; et maximorum regnator.*

Entonces se ocupó en ganar dinero abogando causas, pero lo consiguió mejor casándose con Pudentila, viuda rica de 4.000,000 de sextercios. Acusáronle los padres de ésta de haberse conquistado su amor con ayuda de sortilegios; cosa poco verosímil por parte de un jóven gallardo tratándose de una mujer de cuarenta años. Pero citado ante el procónsul de Africa se disculpó con una apologia que nos ha quedado y es la estraña historia de las preocupaciones de entonces.

Su *Libro de Mundo* es una traduccion libre del que se ha atribuido á Aristóteles: en otro titulado de *De deo Socratis*, admite el ingenio del filósofo griego, y procura indagar á que clase de demonios pertenecia. El *De habitudine doctrinarum et nativitate Platonis*, es una introduccion á las obras de Platon. Trata la primera parte de la filosofia natural; la segunda de la moral; la tercera del silogismo categórico. Supone que el mundo está formado de la reunion del cielo y tierra con sus naturalezas respectivas, y que la armonia es producida por la concordancia de los cuatro elementos con un quinto elemento de género divino. Dios no penetra ni llena el mundo, sino que le rige con su poder, y no puede ser más que uno. El supremo bien moral es Dios; la virtud, el espíritu puro; lo demás se reduce á accidentes.

Rico de conocimientos históricos, Apuleyo dista mucho de Luciano en la fecundidad de su talento, ó en la aptitud para penetrar el sentido de las doctrinas filosóficas, y para descubrir su lado ridículo. Tambien es menos cuidadoso en su estilo; pues á la par que se halla en Luciano un aticismo, sino siempre puro, á lo menos siempre estimable, Apuleyo no cesa de haceros conocer como cada vez degeneraba en más bárbara la lengua romana, y cuan poco capaz era él de regenerarla con sus arcaismos, con su estilo pretencioso, prolijo, oscuro, lleno de espresiones y de giros nuevos. Después de haber creido en la mágia y en mil supersticiones de la misma especie, las puso en ridículo, aunque sin desprenderse totalmente de ellas, pues aunque en *las Metamórfosis* las satirice, estaba en la persuasion de que los demonios ejercian un poder inmediato sobre el hombre y sobre la naturaleza.

La idea del *Asno de oro* está sacada de Luciano, quien la tomara asimismo de Lucio de Patrás; pero el episodio de Amor y Psiquis es nuevo, y merece ser contado entre lo más perfecto que la antigüedad ha producido. La oscuridad del *Asno de oro* ha sido causa de que se interprete de distintas maneras. Vieron los paganos en Apuleyo un semi-dios milagroso que se podia oponer á Cristo: luego en la Edad Media se propendió á buscar en su libro el secreto de la piedra filosofal. Por su parte los metafísicos hallaron una alusion al envilecimienio producido en el alma por el pecado, hasta que la gracia vino á rescatarla. Hay algunos que ven en él la intencion de sacar del descrédito, en que habian caido, los misterios; pero no parece que esto pueda conciliarse con las abominaciones que revela. Justo es decir que el undécimo libro espone en toda su belleza los misterios de Isis y de Osiris, dándonos preciosas noticias.

---

neque potest.» Véase la *Apologia*. Esto desmiente á los que creen que el latin se hablaba generalmente en las colonias. Añádese que Apuleyo creyó hacer un esfuerzo prodigioso aprendiendo en Roma el latin sin maestro: «Quiritium indigenum sermonem ærumnabili labore, nullo magistro præeunte, agressus excolui.» *El Asno de oro*.

(82) «Sacris pluribus initiatus, profecto nostri sanctam silentii fidem. *Metam.*—Sacrorum pleraque initia in Græcia participavi, eorum quædam, in signa et monumenta tradita mihi á sacerdotibus, sedulo conservo... Ego multijura sacra, plurimos ritus, varias cæremonias, studio veri et officio erga deos, didici.» *Apologia*.

CAPÍTULO XIX

LITERATURA GRIEGA.

Gramáticos.—Podia sentirse ya en Eurípides la decadencia de la lengua griega; y su perezosa abundancia, sus juegos de palabras, su universal escepticismo y la vaguedad de su filosofía sirvieron de ejemplo y escusa á los alejandrinos para echar á perder el más hermoso idioma que se haya hablado. Pretendian restaurarlo los gramáticos; y viendo la infinidad de palabras extranjeras que en el griego introducia la mezcla de los diversos pueblos en la capital de Egipto, pensaron en conservar la parte más pura (1) comenzando así la útil novedad de los *léxicos*, coleccion de palabras notables por la forma y el significado, y de los *glosarios*, catálogo de palabras anticuadas ó procedentes de los extranjeros ó especiales de algun dialecto. Apolonio, que vivió poco después de Augusto, compiló las *dicciones homéricas* (Λέξεις ὁμηρικαὶ); el gramático Herociano ó Herodiano del tiempo de Neron, las de Hipócrates; Timeo, las de Platon; Tolomeo de Ascalona, un diccionario de sinónimos (περὶ διαφορᾶς λεξέων); Juliano Polux, el *Onomástico*, especie de *Regia Parnasi*, que sugeria los diversos modos de nombrar variadamente las cosas. Sobre los antiguos dialectos hizo estudios Trifon de Alejandria; sobre el alejandrino, Ireneo; sobre el ático, el árabe Frínico, distinguiendo las voces segun se apliquen al estilo oratorio, histórico ó familiar (ἐκλογὴ ἀττικῶν ῥημάτων καὶ ὀνομάτων). El hebreo Filon habia hecho lo mismo con las palabras hebráicas de las Sagradas Escrituras, pero ya no tenemos su obra sino quizás en latin. Por exiguo que parezca á primera vista el trabajo de estos gramáticos, sin embargo, es lo cierto que separando las granzas del grano útil, facilitan el estudio de los clásicos, ya en razon de los trozos de autores que nos han conservado, ya porque las ricas bibliotecas de Alejandria les proporcionaban los críticos antiguos más doctos, ó porque podian conocer á fondo la lengua que entonces se hablaba.

No habia decaido el culto de Homero; y Apion, á quien Julio Africano llamaba el más esmerado de los gramáticos (περιεργότατος γραμματικῶν), heredando el gusto de su maestro Didimo, que en tiempo de Julio César habia compuesto hasta cuatro mil volúmenes de comentarios sobre los autores, la patria de Homero, la verdadera madre de Eneas, las costumbres de Anacreonte y Safo (2), así como sobre materias de igual importancia, recurrió á la caza de semejantes sutilezas y hasta á evocaciones mágicas para averiguar quien fuese Homero y de donde procedia. Fué el último revisor del meonio y le pareció gran cosa descubrir que las dos primeras letras de la Iliada (μη) espresaban cuarenta y ocho, número de los libros que constituyen los dos poemas. Enviado á Roma por los alejandrinos para pedir la espulsion de los judios, escribió contra estos un libro que Flavio Josefo refutó. Tambien escribió sobre las maravillas de Egipto, y le somos deudores de las dos famosas anécdotas sobre la gratitud de los animales, el delfin de Pozzuolo que amaba á un niño y el leon curado por el esclavo Androclo y que se convirtió en su protector. Apion se ostentaba pomposamente haciéndose apellidar segundo Homero y alabándose de inmortalizar á aquellos á quienes dedicase sus libros.

(1) Los gramáticos alejandrinos son los primeros que estudiaron á fondo la gramática para evitar la corrupcion del griego, penetrando así en la naturaleza de las varias partes del discurso.

(2) SÉNECA, *Ep.* 88.

Habia decaido la poesia griega, y apenas debe mencionarse el médico Marcelo Sidetes, que compuso en tiempo de los Antoninos un poema en cuarenta y dos cantos sobre la medicina (Βιβλία ἰατρικὰ), y de otro médico, Heliodoro de Atenas, de cuya *Justificacion* ('Απολυτικά) habla Galeno. Opiano de Cilicia compuso en su destierro un poema sobre la pesca ('Αλιευτικά), y cada verso le valió una moneda de oro por parte de Severo. Dedicó á Caracalla otro sobre la caza (Κυνεγετικά), que Escalígero trata de divino, y que casi no puede considerar el gusto como mediano. Hay algunos que creen que estos dos poemas, de género descriptivo y en su consecuencia el último de todos, son de autores diferentes.

No habia degenerado menos la retórica en la patria de Demóstenes, donde la aficion natural á los debates, á falta de ocasiones de aplicar la elocuencia á los intereses nacionales, se abria vado en las lecturas públicas, en las plazas ó en las escuelas. En tiempo de los Antoninos habia recuperado tal crédito la lengua griega en Roma, que se contaban cinco retóricos griegos por cada tres latinos, y las cátedras de estos retóricos eran numerosas. Atenas conservaba la escuela más afamada en retórica, como Alejandria en matemáticas, y Berito en jurisprudencia. A uso del tiempo se ejercitaban en aquella los niños en asuntos imaginarios: de ciudad en ciudad iban los oradores declamando cosas que, repetidas cien veces, parecian nuevas á muchas personas en virtud de la escasez de libros. No se verificaba espectáculo ni diversion popular sin que un orador proporcionara á la muchedumbre griega el placer, en que gozaba estremadamente, de oir su hermosa lengua empleada con todos los resortes del arte. Como Nostradamo de los trovadores, así el Filostrato de los sofistas y retóricos recogió los dichos y hechos en que aparecen el desparpajo y las arterías de aquellos que van en pos de renombre y dinero, atentos á suplantarse y roerse el uno al otro.

Y para dar gusto á la plebe se sacrificó el verdadero gusto, en tanto que el genio sofístico sutilizaba en las subdivisiones de los discursos, materias y argumentos. Distinguíanse los discursos en μελέτη, σύστασις, λόγος, λαλία, προλαλία, σχεδίον, διαλέξις, ἐπιδείξι. Era la *melete* una declamacion preparada cuidadosamente en que el orador representaba el papel de un personaje antiguo ó fabuloso, y trataba un asunto imaginario como si hubiera sido verdadero: la *sistasis* era un pequeño discurso de recomendacion á un protector: el *logos*, todo discurso, si bien más especialmente una arenga sobre un asunto importante: la *lalia*, un cumplimiento: la *prolalia*, un prólogo á las lecturas públicas: el *schedion*, un discurso no preparado: la *dialexis*, una disertacion: la *epidixis*, una composicion de aparato pronunciada en un teatro ó en una asamblea solemne. Aquellos que tengan valor suficiente, pueden leer la *melete* en que Lesbonax exhortaba en tiempo de Tiberio á los atenienses, que habian vivido dos siglos antes, á vengarse de Tebas y á combatir denodadamente contra los lacedemonios: otra en que Arístides invitaba con instancia á aquellos mismos atenienses á enviar socorros á Nicias en Sicilia, ó á celebrar la paz con los espartanos después de la batalla de Pilos, ó á prestarles ayuda después de la de Leuctra. Luego mudando de tema, aquella en que les aconsejaba unirse á Tebas contra Esparta, ó más bien mantenerse neutrales; ó bien la otra en que desleia en seductora prosa los versos puestos por Homero en boca de Ulises para aplacar la cólera del Pélide.

Algunos de aquellos retóricos no cedian á los mejores oradores de la antigüedad en pureza de lenguage y dignidad de estilo; pero no sabian más que repetir, á semejanza de los latinos: nada presentaban que fuera nuevo ni sentido. Algun vigor adquirió la retórica cuando se asoció á la filosofia para tratar de ciertas materias, no ya haciendo uso del árido diálogo de los discípulos de Sócrates ó adoptando la severidad científica de Aristóteles, sino por un método oratorio, cual lo vemos en los neoplatónicos y en los filósofos que florecieron desde Adriano hasta Juliano.

Dion.—Uno de los más ilustres oradores fué Dion Crisóstomo, de Prusias, en Bitinia. Habiéndole hallado Vespasiano en Alejandria, y habiéndole preguntado si haria bien en admitir el imperio que se le ofrecia, sin conocer el mundo más que por los libros, le exhortó á restablecer la república. Más tarde fué diputado á Roma por sus conciudadanos para hacer una reclamacion á Domiciano: *He dado*, dijo, *una gran prueba de valor osando decirte la verdad, cuando pareceria el mentir cosa saludable á todos. He arrostrado el odio, no de un hombre vulgar, sino de un príncipe tan cruel como poderoso, á quien los griegos y los bárbaros daban cobardemente los nombres de soberano y de dios, cuando le hubiera convenido mejor el de demonio.*

Habiéndose escapado solo y disfrazado, probablemente para libertarse de la cólera de este emperador, se vió reducido á ganar su sustento plantando árboles ó sacando agua para los baños, y en su destierro tuvo por único consuelo el *Fedon* y una arenga de Demóstenes. Su saber le valió el afecto de los bárbaros de la Dacia y de la Mesia, como tambien el de los getas, de quienes escribió la historia. Tornó tan luego como variaron las circunstancias. Significándole sus compatriotas el deseo de verle á su tránsito, les citó á Cízico donde acudió en efecto una inmensa muchedumbre; pero en el momento en que se aprestaba á pronunciar una arenga preparada con esmero, se divulgó el rumor de que acababa de llegar un músico famoso y todos abandonaron al orador por oir al músico. Establecido más tarde en su patria encontró en ella los honores y los disgustos que aguardan en todas partes á los hombres superiores. Hasta se vió condenado como delincuente de lesa magestad por haber erigido una estátua al emperador en medio de sepulcros. Por fortuna aquel emperador era

Trajano, quien no solo le declaró absuelto, sino que descubriendo á Dion entre la muchedumbre cuando hacia su entrada triunfal despues de su victoria sobre los dacios, le hizo subir á su carro.

Su estilo, formado sobre el de Platon y Demóstenes, carece de su límpida sencillez, si bien reproduce su elegancia. Respecto á la esencia, gira en parte sobre los argumentos sofísticos á la sazon en voga; y entre el número de sus discursos tiene alguna importancia la discusion que suscita acerca de *si habia sido tomada Troya*. Aplicóse Dion sucesivamente á las más grandes cuestiones relativas á filosofia, moral y literatura; abundan en sus escritos escelentes sentimientos y conocimientos preciosos de la antigüedad.

De los ochenta discursos que ha dejado, se atribuye la palma al que dirigió á los rodios á fin de apartarles del uso què habian adoptado cuando querian honrar á un contemporáneo, el cual se reducia á tomar una estátua antigua y á cambiar solamente la inscripcion de ella. Para nosotros es más importante el que dedicó á los alejandrinos con objeto de apartarlos de su pasion al teatro y los juegos. En medio de un torbellino de palabras, les dice mucho más difusamente:

«El órgano auditivo del pueblo es solo el teatro, y en este, con vuestro perdon, nunca ó rara vez se ve algo que sea razonable, decoroso, honesto; abundan, si, cantinelas, trinos, chocarrerias y risotadas, cosas mucho menos hermosas que el oro. Llenos de ellas los oidos del pueblo, no trateis ya de buscar en el juicio, ni religion, ni justicia, sino tan solo insensatas rencillas, descompuesta vanidad, melancolia, alegrias frenéticas, deshonra, dispendios. No digo esto porque trate de privar á la ciudad de sus diversiones, cualesquiera que sean; ¡guárdeme el cielo de ello! ni es tal mi locura que lo intente; pero si quisiera que pues sois ávidos y delicados conocedores de estas delicias, sufriéseis tambien de vez en cuando la exposicion de un sabio discurso y permitiéseis una saludable libertad de dirigiros la palabra.

»Los atenienses obraban perfectamente en este particular, pues sus poetas estaban facultados para censurar no solo este ó aquel objeto, sino á la misma república, siempre que cometia alguna falta. Las antiguas comedias estan llenas de tales censuras, que ellos permitian en las fiestas solemnes y en los dias de concierto universal, cuando se gobernaban republicanamente y dominaban á la Grecia entera; cuando eran dueños de castigar con la muerte á todo el que osaba molestar en lo más mínimo sus oidos. Ahora bien, vosotros no teneis coros ni poetas, ni nadie que os reprenda amistosamente; y plugiera al cielo que yo fuese un músico, pues entonces os aseguro que no hubiera comparecido ante vosotros sin traer una pequeña aria que cantaros.

»Con todo, fiado en la persona que aquí me dirigió, quise aventurarme á hablaros, no pudiendo desesperar de vosotros antes de conoceros. A vosotros toca ahora justificar mis esperanzas, escuchándome hasta el fin modestamente, lo que os granjeará tanto más aplauso y admiracion, cuanto menos se contaba con ello, y desmentirá la voz de que los alejandrinos no entienden sino de cuerdas puestas en vibracion y de piés que se mueven en el aire.

»Esta ciudad, tan admirable, adolece de una estraña enfermedad; la loca pasion que tiene á la carrera y al canto; y sus habitantes, que en los sacrificios, en los negocios, en las conversaciones familiares, no manifiestan señal alguna de rareza morbosa, apenas ponen el pié en el teatro ó en el estadio, cuando, como si encontrasen allí un brevaje maléfico, se olvidan repentinamente de todo lo pasado y de sí mismos, y no se avergüenzan de hacer y de decir cuanto puede imaginarse de más estravagante; y lo más curioso es que, gustando muchísimo de ver y de oir, ni miran ni escuchan; en suma, viejos y jóvenes, niños y mujeres, se muestran dominados por el vértigo y el frenesí. Cuando salen luego de allí, se debilita algo, es cierto, la violencia de la enfermedad, pero no se calma; y las plazas, las encrucijadas, toda la ciudad, se resiente durante muchos dias de este sacudimiento, á la manera que aun después de apagado un grande incendio, se ven acá y allá humo, chispas, hollin y tizones quemados ó en ascuas...

»Esto dirán de vosotros los pueblos. No pretendo yo que semejantes juegos no deban verificarse ni verse en la ciudad, no; pues es preciso respetar el flaco de la multitud, y ocupar sus ocios (además de que hasta las personas más eminentes necesitan á veces esparcir y recrear el ánimo): lo que digo es que todo esto deberia hacerse con el decoro y la dignidad propios de hombres libres. Podeis estar seguros de que vuestro silencio no echará á perder en nada el asunto; ningun bárbaro dará por eso con más lentitud un solo paso; ningun cantor se equivocará en una sola nota... Pero no; vosotros no creeis asistir á los juegos, si no os abandonais á furiosos trasportes... y más de uno ha sido víctima de su loco apetito músico...; y hasta, si se ha de creer lo que cuenta la fama, alguno de lo desgraciados que perecieron por tal causa, quiso echarla de héroe, prestándose gustoso á morir con tal de que saciasen su sed de canto unos instantes más... ¡Nuevo, á la verdad, é inaudito género de heroismo! pues, mientras que era grato á los antiguos sacrificar su vida por el honor, por la libertad, por la patria, hoy lo es á los habitantes de Alejandria, morir por un trino... ¿Y qué diré de los otros que, saltándoseles los ojos y con el alma en los labios, como si absorbiesen por los oidos una completa dicha, llaman salvador y dios á un miserable digno de la argolla?

»¿Y no sentis vergüenza, ya que no otra cosa, al salir asi de quicio por musicastros necios, que no tienen en sí nada de grandes? Si á lo menos se tratase de un Ismenias, de un Timoteo, ó de aquel Arion que enamoraba á los delfines... Pero todo lo

contrario; se trata de los destructores de la antigua música, de los que la corrompen, destrozan y maltratan de un modo raro. ¿Cuándo se ha oido nunca á estos una armonia pura, noble y varonil? No teneis de ellos sino cantinelas propias de mujercillas, saltos de bailarines, batahola de gente ebria, quiebros de voces é inflexiones tan estrañas, que ha sido preciso introducir nuevos vocablos para poderlas indicar. Anfion, segun se dice, fundó una ciudad al son de la cítara; vuestros citaristas la destruyen. Orfeo domesticó las fieras y les inspiró el amor al canto; estos, de hombres que erais os han cambiado en animales enemigos de la instruccion y del órden.

»¡Qué diferencia entre la conducta de los espartanos y la vuestra! Aquellos, noticiosos de la llegada de un célebre citarista, cabalmente porque sabian que tocaba con la más esquisita dulzura, lejos de honrarle, le arrebataron el instrumento, y haciendo pedazos las cuerdas, obligaron al músico á salir de la ciudad: tan sospechosa les era semejante maestria, y con tanto celo creian deber preservar sus oidos de que se corrompiesen y en seguida esclavizasen su alma! Ahora bien, ¿cuáles han sido los efectos de conducta tan diversa? Los espartanos triunfaron constantemente de los bárbaros, y estuvieron largo tiempo al frente de la Grecia; vosotros lejos de saber mandar, no sabeis siquiera obedecer y hace poco que el orgullo os lanzó á la rebelion. Digo el orgullo, porque no hubo en vosotros verdadero aspíritu de rebelion. ¡Ah! ¿Sois vosotros hombres capaces de rebelaros? ¿Lo sois de pelear un solo dia?.

»Pero, ya basta del teatro; pasemos á hablar del estadio. Apenas habeis puesto en él los piés, ¿quién puede describir los gritos, la confusion, la agonia del ánimo, las palpitaciones. la variedad sucesiva de los gestos, y los cambios de color y de voz que indican y acompañan vuestra enfermedad? Ciertamente, si en vez de ser hostigados los caballos lo fuéseis vosotros, ó mejor dicho, si se os azotase con la férula de las tragedias, vuestro furor no seria más extraordinario ni violento. Los poetas ataron á Ixion, como última pena, á una rueda que debia girar eternamente: esto no pasa de ser una chanza; pero vosotros estais fijos realmente con toda el alma en las ruedas de los carros, y girais perpetuamente con ellas, lo cual constituye la más cara de vuestras delicias. A fe mia, si alguno de los dioses se os pusiese delante y os gritase: *Desgraciados ¿á qué fin tantos delirios? ¿á qué tantas locuras? Ese que corre no es Pelope, ni Enomao, ni Mirtilo; no se pelea por el reino, por la esposa, ó porque esté en peligro la vida: son despreciables esclavos que sudan para ganar una vil moneda, ya vencedores, ya vencidos; los mismos siempre:* ¿qué podriais responder á estas reprensiones? Nada. Sin embargo, creo que si el mismo abuelo de Pelope os hablase, no le prestariais oido. ¿Qué remedio tendrá, pues, vuestro mal? ¿Y qué númen os curará de él?»

De este modo reprendia Dion en su tiempo locuras que ni aun hoy dia se han desterrado.

Consultado por un personage ya maduro que anhela saber como procederia para ser elocuente, le responde indicándole los autores á cuyo estudio debia consagrarse: antes que otro alguno Homero (3) primera y última lectura del hombre, niño, adulto ó viejo; Homero que brinda cuanto puede necesitar á cada uno de sus lectores. Enseguida le recomienda los historiadores, con especialidad el grave Tucídides, el dulce Herodoto, y Teopompo; entre los escritores dramáticos Menandro y Eurípides; el primero como superior á todos los antiguos, el segundo como utilísimo para un hombre de Estado (πολιτικῳ ἀνδρὶ). Aun cuando concede la palma á Demóstenes, aconseja estudiar más bien á Hipérides y á Esquines, no menos elegantes aunque más fáciles y sencillos; luego á los cuatro retóricos modernos Antipatro, Teodoro, Plution y Conon, por el singular motivo de que su lectura no desalienta arrancando la esperanza de igualarles.

Herodes.—Tiberio Claudio Herodes Atico, de quien ya hemos hablado, superaba, en sentir de Aulo Gelio, á todos los oradores por la gravedad, la facundia y la elegancia. A lo menos era generoso en comidas y regalos.

Adriano.—Adriano de Tiro, discípulo suyo y secretario de Cómodo, trató los asuntos siguientes conocido por nosotros. Una maga condenada á ser quemada viva es defendida por su arte contra las llamas: escitada otra para destruir el encantamiento, lo consigue, y Adriano pide que sea quemada como hechicera: unos soldados logran torcer el curso de un rio y así les es dado ahogar al ejército contra el cual debian trabar la pelea, y se presentan á reclamar la recompensa prometida si salian vencedores.

Arístides.—De gran reputacion gozó Elio Arístides, natural de Bitinia (129); viajó muchos años, y después de haber dejado en todas partes monumentos de su sabiduria y de su fama en las estátuas é inscripciones que le fueron dedicadas, se fijó en Esmirna como custodio del templo de Esculapio. Tenia especial devocion á este dios, y á la verdad no sin motivo, pues atacado de una estraña enfermedad que le atormentó por espacio de diez años, siendo infructuosos médicos y métodos curativos, solo Esculapio le proporcionaba alivio con su frecuentes apariciones y le sugeria los remedios de que debia hacer uso, y por último se arrojó de órden suya á un torrente impetuoso y salió de allí curado (4). Emplea particular estudio en seguir las huellas de Demóstenes, y aun cuando quede á mucha distancia, muestra energia en la espresion y en el pensamiento; sabe mantenerse

(3) Καὶ μέσος, καὶ ὕστατος, καὶ πρότος παντὶ παιδὶ, καὶ ἀνδρὶ, καὶ γέροντι.

(4) Cuenta la enfermedad y su curacion en sus cinco libros de *Las cosas sagradas.*

exento de la superabundancia de sus contemporáneos, y es de sentir que no le ocurrieran asuntos capaces de elevarle á la altura á que podia rayar de cierto. Si obtuvo de Marco Aurelio la reconstruccion de Esmirna destruída por un terremoto (178), toca el mérito mas bien á la bondad del príncipe que á su elocuencia.

Hermógenes.—Hizo célebre el infortunio á Hermógenes de Tarsos, que escitaba á los quince años la admiracion de Marco Aurelio y de las escuelas; á los veinte y cinco años perdió la memoria y arrastró una existencia imbécil hasta una edad avanzada.

Longinos 210-273.—Sin detenernos en otros muchos, mencionaremos aun á Casio Longinos (5), que fué amante de Zenobia, reina de Palmira, y pagó con su vida la fidelidad que le guardara. Seguia la filosofia de Platon y superaba á todos en el conocimiento perfecto de los méritos y de las faltas de los autores sobre los cuales escribió disertaciones admiradas por sus contemporáneos (6). Bajo su nombre poseemos un tratado *De lo sublime*, atribuido por algunos á Dionisio de Halicarnasio, y tambien á otros. Ya Cecilio, retórico siciliano del tiempo de Augusto, habia escrito sobre este asunto, indicando en qué consistia lo sublime, aunque no dá las reglas que deban seguirse para obtenerlo. Longinos quiso suplir este defecto.

Si se considera esta obra como tratado de retórica, se verá que el autor no se divierte en detallar las partes del discurso y en reducir el arte á una tecnologia pedantesca; al revés, enseña de una manera más estética que dogmática: los ejemplos en que apoya sus doctrinas están sacados de una crítica juiciosa de los más insignes autores, y cuando se fija en un escelente pasaje, lo acaricia con noble complacencia, adhiriéndose mejor á las bellezas que á los lunares. A estilo de Ciceron, de Aristóteles y de Quintiliano, parece que la emulacion le acosa, que adquiere el fuego y magnificencia de Homero y Esquino y tributa el homenage de su elocuencia á la inspiracion que le viene de ellos. Pero su pretension de enseñar lo sublime anuncia ya que lo entendia en un sentido falso. En efecto, lo confunde á veces con lo bello, á veces con lo figurado; rara vez se eleva hasta la fuente del verdadero sublime, la potestad incomunicable del carácter moral ó del genio.

No contento con reducir á teoria los vuelos de la mente que se exalta y las cualidades de la espresion oratoria cuando es magestuosa y viva, quiere además demostrar como pueden adquirir elevacion todos los géneros literarios hasta los más simples y sencillos; cuán puras galas se enlazan á lo que es natural y verdadero, evitando las estravagancias y la rudeza que á veces se toma por energia, y la trivialidad que se querria hacer pasar por atrevimiento. Pretende especialmente que el amor del bien se asocie al sentimiento de lo bello, y atribuye la aridez de los talentos, la ausencia de lo sublime, al amor desarreglado á las riquezas y á los placeres, á la admiracion de las cosas frívolas y caducas.

Novelas.—A este siglo haremos el honor de las primeras novelas, sin que entablemos discusion para averiguar si las hubo ó por que no existian antes. Indica su esencia el nombre de *relatos eróticos* que se les ha dado; más no se debe buscar allí el interés de una accion bien conducida, ni el desarrollo de caractéres, ni aun el conocimiento de los tiempos. Arístides de Mileto habia escrito, no se sabe en que época, aunque ciertamente con anterioridad á Ovidio y á Craso (7) ciertos cuentos licenciosos, cuya escena se suponia en su patria, recibiendo por esta causa el nombre de *Fabulas milesias*, que se hizo comun á otros cuentos. Uno de los más antiguos es el *Asno* de Lucio de Patras, considerado como el original de las *Metamórfosis* de Luciano y de Apuleyo. Antonio Diógenes cuenta en sus *Cosas increibles de Tule* (τὰ ὑπὲρ Θούλην ἄπιστα), tipo de todos los viajes imaginarios publicados posteriormente, que, después de haber recorrido un tal Dinias el Asia y la Europa, llega á Tule, donde encuentra á Dercílida de Tiro, que le refiere las maravillosas aventuras acaecidas á ella y á su hermano Mantinias: hácelas escribir en tablillas de ciprés y depositar en el sepulcro de Dercílida en Tiro, donde son halladas al tiempo de apoderarse de la ciudad Alejandro. ¡Cuántos manuscritos desde entónces debian encontrarse del mismo modo, condimentarse ó rehacerse.

Entre otros relatos de aventuras nos han quedado las *Efesiacas* de Jenofonte de Efeso; las *Pasiones amorosas* de Partenio, que ya hemos citado; y las cartas de Alcifron, á quien sus profundos estudios sobre los cómicos griegos pusieron en aptitud de darnos utílisimas noticias sobre las costumbres de la antigüedad.

Luciano, 120-200?—Es sin disputa el escritor más notable de aquel tiempo Luciano, nacido en Samosata, de una familia pobre, y segun se cree, en tiempo de los Antoninos: á los quince años terminó sus estudios. Su padre vaciló entonces acerca de si le colocaria cerca de algun tio suyo á aprender el oficio de escultor ó le destinaria á la elocuencia; y cediendo á las inclinaciones de su hijo adoptó este último estremo. Encaminóse, pues, Luciano á Antioquia, donde se dispuso á seguir la carrera del foro; mas como encontrase poco estímulo en la abogacia, empezó á vagar de ciudad en ciudad pronunciando arengas y trozos de de-

(5) LONGINI *quæ supersunt, græcæ... concinnavit A. E. Egger*. Paris, 1837.

(6) EUNAPIO, cap. 2.

(7) Ovidio le cita en los *Fastos*, II, 412: y en el verso 443 menciona una traduccion que habia hecho Sisena. El surena de los partos reprendió á los soldados de Craso por la lectura de estos cuentos que fueron hallados en sus tiendas. Véase el tom. II, pág. 401.

clamacion á estilo de los retóricos de entonces. Obtuvo así renombre en el Asia Menor, en la Macedonia, en la Grecia, en Italia y en las Galias. Sus disertaciones versaban sobre los argumentos frívolos ó ficticios que conocemos: algunas de ellas han llegado hasta nosotros, como el «Elogio de la mosca, el Tiranicidio, el Hijo llorado, Zeuxis y Antíoco, la Calumnia, los Baños de Hipias, el Elogio de la patria ó de Demóstenes.» (8)

Tan pueriles asuntos no bastaban á distraer su alma de los males del tiempo. Veia á la sociedad caminar á su disolucion por falta de fé religiosa, de creencias morales, de instituciones estables, fuertes y respetadas: veia asimismo luchar á la tirania y á la vileza acerca de cual iria más lejos, y venderse las naciones: era testigo del desenfreno de las costumbres: el fausto de los magnates arrastraba en pos de sí por las calles un pueblo de esclavos y de clientes, prontos á satisfacer apetitos insensatos ú obscenos, y sustentaba filósofos, retóricos y bufones. Hediondas orgias, casas de recreo, madrigueras de libertinaje, voluptuosos baños: á esto se reducia para los ricos la ocupacion de una existencia que terminaba en triunfo con pomposos funerales, en que una multitud de plañideras derramaban lágrimas venales, á la par que gran número de esclavos, libertos por testamento, acompañaba á los muertos, con el gorro en la cabeza, hasta sus suntuosos mausoleos. Venia á ser la riqueza el objeto de todos; para adquirirla, el uno vende su voto, el otro la fidelidad de su consorte ó la suya propia; aspiran en su mayor parte á ser inscritos en los testamentos, y recurren á los más afrentosos amaños, haciendo la corte á los viejos y hasta acelerando su muerte. El filósofo, el sacerdote de las religiones falsas, como el de la verdadera, se esforzaban cada uno por diferentes medios á fin de aplicar remedio á tamaños males, y á la par que muchos gemian ante el espectáculo de una segura ruina, otros se aturdian.

De haber sido más severo Luciano hubiera podido remediar el mal ó manifestar por lo menos desconsuelo; pero satírico mordaz, ingenioso, abrazó el partido de reirse, de divertirse con la humanidad presentando en toda su desnudez sus llagas, y de minar con el sarcasmo y la duda las añejas instituciones que permanecian en pié todavia.

De consiguiente traspasó los límites de la existencia, y así como los cristianos apelaban á la muerte, punto donde vá á parar todo, Luciano saca á la escena á los muertos con el fin de formar proceso á los vivos, acusándoles de sus defectos. Atónito Caron de oir á los muertos echar de menos la vida, consulta á Mercurio para saber cuales son los inmensos beneficios que se dejan sobre la tierra: este dios le guia á nuestro mundo y vé los malos ratos que se dan todos por allegar riquezas, y Caron no puede menos de admirarse de tal locura, sabedor de que muy pronto meterá en su barca á cuantos se agitan con desconcierto, y pronto, y desnudos.

Otras veces escoge por blanco de sus tiros la hermosura ó los placeres. En el tribunal de Radamanto comparecen el lecho de un tirano ó la lámpara de un retrete, y revelan con cínica franqueza las fealdades de aquel tiempo. El galo de Micilo consuela á los pobres de su condicion humilde, si bien tranquila. Insistiendo en este punto recuerda Luciano que, despues del último viaje, ya no existe diferencia alguna entre el hombre más mísero y el más opulento potentado. Quizá habia oido salir de labios más puros este pensamiento, aunque no aspira á deducir una verdad práctica al emitirlo; concluye que todo lo que vemos, inclusa nuestra existencia, no es nada, y sumerge al hombre en la desgarradora duda.

Como después de pesar las doctrinas de los filósofos las habia encontrado huecas ó engañosas, y siempre en contradiccion con las obras de sus propagadores, no intentó averiguar si habia una senda distinta del error que condujera á la verdad y se dejó ir al escepticismo. «Cuando reconocí la vanidad de las cosas humanas, menosprecié grandezas, tesoros, placeres, para dedicarme á buscar la verdad. Abarcando mi entendimiento la causa de los fenómenos que aparecen á nuestros ojos, el autor del universo, y otras cuestiones de esta especie, me dirigí á los filósofos que consumen su vida entera en la investigacion de la verdad: escogí aquellos cuya ciencia era más profunda y de virtud más austera; consintieron en instruirme mediante un crecido salario; pero ¿qué me enseñaron? términos bárbaros y ya incomprensibles, dejándome en más incertidumbre que nunca.»

Así, su talento jocoso no le conduce, y esto es achaque de todos los tiempos, á nada sólido ni grande; no le consiente apreciar la virtud de Epicteto y de Marco Aurelio (9), ni el heroismo de los mártires. Al casar Aristeneto á su hija con un rico banquero convida á la fiesta filósofos y literatos. Estos suscitan las cuestiones que les mantienen divididos, de tal modo que el banquete se trasforma en una arena ó lidia, donde cada cual esgrime los argumentos más sutiles que se ocurren á su mente: esto suministra ocasion á Luciano para poner de relieve las locuras y la inmoralidad de las diferentes sectas. Unas veces saca á plaza á los más ilustres filósofos de la antigüedad, quienes se ven obligados á dar cuenta de sus propios defectos, á semejanza de los esclavos espuestos en el mercado. Otras veces pone en ridículo á un tal Peregrino

(8) No hay absoluta certeza de que sean suyos. La mejor edicion de Luciano es la que hizo Federico Reitz en Amsterdan, año de 1744, 4 tom. en 4.°. Hace poco ha dado Jacobitz otra edicion en Leipzig.

(9) Se cree que el *Hermótimo* fué dirigido contra este príncipe, y escrito quizá á instigacion de Avidio Casio emperador.

que, por hacer alarde de apatia, da voluntariamente al público el espectáculo de su muerte. Como le habia acontecido divulgar las imposturas de un filósofo paflagonio llamado Alejandro, que se decia profeta, este hombre, disimulando el odio que le profesaba, le ofreció una nave para llevarle de nuevo al Ponto, oferta que admitió Luciano; luego que estuvieron mar adentro, le confesó el piloto que habia recibido órden de arrojarle al mar; pero no queriendo mancillar su vejez con un delito, se contentó con desampararle en una isla desierta. Una vez en salvo Luciano quiso entablar querella contra Alejandro; aunque atendido el valimiento del impostor, le disuadió de aquel designio el gobernador del Ponto: entonces por toda venganza se dedicó Luciano á escribir la vida de su enemigo.

¡A pesar de todo, se consideraba que la cordura era patrimonio de aquellos hombres! Tuvo Luciano en estima y profesó amistad á los filósofos Nigrino y Demonax: platónico el primero practicaba en Roma las virtudes que enseñaba, instruyendo en el bien, y en buscar lo mejor á los hombres: residia el otro en Atenas, donde se habia reducido voluntariamente á la pobreza, por amor al estudio, no queriendo esclavos, en atencion á que le parecia injusto que un hombre recurriera á otro para aquello que podia hacer por sí mismo. Su bolsa y su brazo estaban á disposicion no solo de sus amigos, sino de todos sus conciudadanos. Hablaba por sentencias á semejanza de los antiguos sabios, y escogiendo entre las sectas lo mejor que tenia cada una. Aun cuando prefiriera las doctrinas estóicas y admirase á Sócrates, proclamaba osadamente la verdad y jamás plegó sus hábitos á las costumbres atenienses. Acusado de no manifestar devocion á Minerva, responde que no pensaba que ella lo necesitara; luego comparecia ante la asamblea coronado de flores, y como produjera asombro, dijo: *He venido adornado como una víctima, pronto á ser sacrificado si tal os place.* Interrogado por qué motivo no se ha hecho iniciar en los misterios de Eléusis, responde que si le hubieran parecido reprobables, no se hubiera cansado de apartar de ellos á los hombres; al paso que si los hubiera reconocido como buenos los hubiera divulgado en provecho de todos.

Apoyándose en la autoridad de estos dos sabios, Luciano asesta sus tiros contra los dioses, tales como se nos presentan en Homero y en Hesiodo; pero mientras que los filósofos se esfuerzan en justificar el politeismo, queriendo encontrar en él alegorías ó la forma simbólica de las ideas eternas que nutren y elevan á la humanidad, él lo presenta en la desnudez de las formas poéticas y vulgares; abandona á la irrision de la muchedumbre las metamórfosis y las hazañas de los dioses con festivo númen, que no se puede tratar de impio, puesto que demuestra que no se creia en nada. Mercurio, el dios ladron y tercero, Vénus la prostituta, Júpiter el corredor de aventuras, le suministran un asunto fértil en chistes y agudezas; pero no contento con esto quiere además demostrar la impotencia y la nulidad de aquellos habitantes del Olimpo: y tan pronto les hace convencerse de debilidad, hallándose sumisos á la voluntad superior del destino, como los presenta en la más viva alarma, porque el estóico Timocles se esforzaba vanamente en la tierra para sostener su existencia contra el epicúreo Damis. Allí está Momo quien les da zumba en virtud de que los argumentos del último reducen á su adversario al silencio y á la desesperacion á los dioses; después les consuela diciéndoles que la muchedumbre ignorante suministraria siempre sobrados adoradores. Jamás habia tenido que habérselas el antiguo Olimpo con un burlon más intrépido, el cual no solo cae como una plaga sobre las tradiciones, sobre los oráculos, sobre los santuarios, sino que llega hasta negar la Providencia.

De este modo derrocaba los antiguos dioses, sin pensar en sustituirles otros nuevos. Aquellos que Persia y Egipto enviaban á Roma salen tan mal parados como los demás en la *Asamblea de los dioses: No hay piedra que una vez coronada de flores y frotada con perfumes no tenga la pretension de hacerse diosa; y dentro de poco ya no quedará lugar para los antiguos dioses en el Olimpo.* A fin de conjurar el peligro, convoca Júpiter á los inmortales; pero ¿quién acude á su llamamiento? estátuas de mármol, de pórfido, de hierro, de oro, de bronce, á las que Júpiter, intima el precepto de probar su divinidad, sopena de ser precipitadas en el infierno.

Preséntase á sus ojos el cristianismo solo como una supersticion más; se ceba en las preocupaciones de la alta clase y en las bachillerías del vulgo. La trinidad, el bautismo, la creacion del mundo, el Espíritu santo, le parecen insustanciales cuentos ó resurrecciones tardías de las doctrinas pitagóricas; y no se liberta la constancia de los mártires de su petulante sarcasmo.

Luciano gozó de gran reputacion entre sus contemporáneos. Acudia la muchedumbre de las ciudades para verle á su tránsito, y Cómodo le nombró para la prefectura de Egipto. Si la historia no debiera pedir estrecha cuenta á los hombres, no tanto del talento con que fueron dotados como del uso que de él hicieron, colocaria á Luciano en la categoria de los más esclarecidos, por la sencilla belleza del lenguaje, por la delicadeza de los giros, por la esquisita sal de la espresion, por la oportunidad y la mesura que resalta en sus escritos. Pero ¿cómo llena su vocacion social el que declara guerra á la religion, á las costumbres, á las ideas, y minando todos los principios, abandona las almas al torrente de las pasiones? Ciertamente debe haber hombres que destruyan para facilitar la tarea de los que se ocupan en reconstruir; pero ¡cuán desgraciado es el papel de tales Voltaire! (10)

---

(10) «Hásele comparado á Voltaire, si bien solo se le

Al oficio de historiador tocó tambien alguna parte de los epígramas de Luciano. Cuando Marco Aurelio y Lucio Vero llevaron la guerra al pais de los partos, se dedicaron á dar cuenta de aquella espedicion una nube de escritores, imitando unos á los antiguos, apartándose otros de ellos por orgullo, é inspirados por la adulacion todos. Entonces compuso Luciano una diatriba en que pone en ridículo el estilo de aquellos aduladores y el de los demás historiadores tanto antiguos como modernos, y aunque se atuviera como retórico á la forma esterior termina por consejos, que, en nuestro sentir, merecen ser compendiados.

«El deber de un historiador es contar una cosa tal como ha acaecido ¿y puede hacerlo por ventucuando teme á Artajerjes, ó aguarda de su mano vestidos de púrpura, un collar de oro, un corcel niceo en recompensa de sus alabanzas? Jenofonte, escritor equitativo, no hubiera procedido de este modo: Tucídides, tampoco: es preciso atenerse á la verdad más bien que á las propias enemistades, y no hacer gracia á aquellos á quienes se estima. Efectivamente la verdad solamente es propia de la historia; lo demás deben echarlo en olvido todos los escritores, y no pensar en los que les oyen en el momento, sino en los que han de llamar al tiempo actual antiguo El que halaga lo presente, será con razon contado entre el número de los aduladores. Haced memoria de Alejandro, que dice: *¡Cuanto desearia volver! ¡oh Onesicrito! después de mi muerte á la vida por poco tiempo á fin de saber lo que piensan los hombres que en lo venidero lean estas cosas! ¿Qué tiene de estraño que me alaben ahora, cuando cada cual piensa captarse mi benevolencia con auxilio de tan liviano cebo?*

»Mi historiador no ha de tener miedo, debe ser incorruptible, ingénuo, amigo de la libertad y de la verdad, y como se dice vulgarmente, ha de llamar pan al pan, sin conceder nada á la amistad ni al odio, y debe mostrarse sin piedad, sin miramiento, sin rebozo, juez equitativo y benévolo para todos. Huésped de sus libros, no debe tener patria ni príncipe; diríjase por sí propio, sin buscar lo que agrada á este ó al otro; sino que ha de referir los hechos tales como han acaecido. Tucídides tiene en vista la utilidad y el fin que todo escritor juicioso debe proponerse en la historia; es decir, que si acontecen en lo sucesivo cosas semejantes á las que narra, se pueda en caso de necesidad sacar provecho de lo escrito. Respecto del estilo, sea conciso y vigoroso, ajustado en los períodos y en los argumentos. Haga de modo que escriba, no con demasiada acritud y violencia, sino con calma y aplomo; hállense frecuentemente sentencias; sea la esposicion lúcida, en buenos términos, y presente el asunto con toda la claridad posible. Tampoco conviene emplear voces oscuras é inusitadas, ni otras propias solo de las tabernas y mercados, sino aquellas que comprende el vulgo y que aprueban las gentes instruidas. No sean enfáticos los giros, ni trasciendan á haber sido rebuscados; de otro modo harán un discurso semejante á un brevage sazonado con especia. Se puede hacer uso del arte poético en ciertos pasajes; porque tambien la historia da cabida á maneras y espresiones grandiosas, especialmente cuando la narracion versa sobre batallas, y se necesita algo de soplo poético para hinchar la vela y hacer que se balancee la nave sobre la cima de las olas; pero crezca solo la palabra con la belleza y magestad del relato, y mantengase igual en cuanto sea posible, sin divagar caprichosamente ni elevarse fuera de propósito, á fin de no perder los estribos y de no caer en el furor poético. Hay que ocuparse, pues, en refrenarlo, atendido que la escesiva briosidad en el discurso, como en los caballos, es un gran defecto. Es escelente cosa que la elocucion llegue á tirar de la rienda al espíritu que se arrebata, y á dirigirle, como se hace con un corcel, para no verlo arrastrado nunca. Después no se han de desenvolver los hechos al acaso, sino con esmero y laboriosamente, repasando muchas veces lo escrito, especialmente si se trata de cosas presentes y que ha visto uno con sus propios ojos. En otro caso debe uno referirse á los escritores más fidedignos, y que exentos de prevenciones no hayan querido falsear su relato.

»Una vez que lo haya recogido todo ó lo más posible, haga primeramente un borrador, una especie de masa informe, dándole enseguida hermosura y colorido con auxilio de la diccion, del órden, de la elegancia. Muéstrese el escritor semejante al Júpiter de Homero, tan pronto mirando á la tierra de los caballeros tracios como á la de los misios, es decir, que se ocupe alternativamente de las cosas concernientes con especialidad á los romanos, bosquejándolas tales como aparecen vistas desde arriba, y de las cosas relativas á los persas; y si combaten, no tome parte en la refriega por ninguno de los dos campos, ni esclusivamente por un caballero ó un infante. Sea mesurado en todo, sin aparecer en la narracion pueril, fatigoso ni grosero; proceda con facilidad, y después de haber colo-

---

parece bajo un aspecto. Voltaire era inmenso y juntaba á su ironia el entusiasmo y el amor á la humanidad. Condujo su siglo á los confines del nuestro y á todos los adelantos á que hemos dado cima. Por el contrario Luciano, privado del instinto del porvenir, no sabe más que sofocar lo presente con su inagotable gracejo. Pero el mundo se hallaba agitado por la necesidad de creer y de apoyarse en algo sobrehumano. Peregrino procura escitar en torno suyo la admiracion de los hombres; y todavia pudiera citar la historia de un tal Alejandro que habia atraido en pos de sí la muchedumbre en Asia y en Italia: dogmatizaba, pretendia haber tenido pláticas con la divinidad, y solo muchos años después fué convicto de impostura. A estas necesidades de la humanidad atendia completamente el cristianismo; y mientras que Luciano hacia escarnio de la antigua filosofia, propagaban los cristianos su fe por la caridad, la resignacion, la paciencia y el martirio. Apaleados, no apaleaban á nadie; vivian en las catacumbas calumniados, humillados; pero duraban siempre y se multiplicaban en la escuela del infortunio.» LERMINIER.

cado cada cosa en su sitio de la manera conveniente, pase á otros relatos, vencido el caso, y retroceda cuando sea oportuno. Ponga particular estudio en abreviar cuanto pueda, distribuyendo su materia cronológicamente; vuele de la Armenia á la Media, y desde allí sacuda de nuevo sus alas en la Iberia, luego en Italia, sin perder un solo instante. Sea su espíritu semejante á un espejo nítido y claro, retratando tal como la recibe la imágen de los objetos, sin ningun elemento estraño, sin diferencia de color y de figura.

»Con efecto, los historiadores no deben escribir como los oradores, sino referir lo que acontece; sin hacer otra cosa que coordinarlo. Conviene, en suma, que el historiador se repute semejante á Fidias, á Praxiteles y á Alcamenes. Estos no hacian el marfil, la plata ni el oro, sino que modelaban cada uno de estos metales como se los suministraban los eleos, los atenienses, los argios: serraban el marfil, lo pulian, lo encolaban, lo ponian en su lugar, y aplicaban encima un poco de oro; consistiendo su arte en disponer la materia segun la necesidad lo requeria. Toca al historiador dar cima á la misma tarea, es decir, disponer los hechos con tanto órden, y esplicarlos con tal claridad, que el que le escucha crea haberlos visto.

»Después de haber dispuesto cada cosa, empiece su prólogo con tal de que no exija preparacion el asunto. Si hace un prólogo, reclame solo dos cosas y no tres á semejanza de los oradores; y dejando á un lado lo que atañe á la benevolencia, solicite la atencion y la docilidad de sus oyentes. Le prestarán atencion si habla de cosas grandes, necesarias, prácticas y provechosas. Serán dóciles si les presenta con claridad aquello de que habla, esponiendo ante todo las causas, y remontándose al orígen de los sucesos. Un prólogo imponente debe ir seguido de hechos que estén enlazados con él íntimamente; y no siendo otra cosa la historia que una narracion no interrumpida, debe encadenar una transicion fácil y natural las diversas partes del relato.

»Sin embargo, vaya ornado este relato con algunas galas; proceda por un método igual y compacto; sea siempre semejante á sí mismo, sin encumbrarse ni decaer, y produciendo la claridad hija de la concordia de los hechos. No será perfecto mientras no sujete como con una cadena lo que antecede á lo que sigue; no parezca que coloca muchos relatos unos al lado de otros, sino que se enlaza el primero con el segundo y con los últimos, por oportunos intermedios.

»Es utilísima la rapidez en toda tarea, y especialmente donde abundan las cosas de que se necesita dar cuenta. Conviene, pues, ser breve, cercenando, no en palabras, sino en hechos, es decir, resbalando velozmente sobre las cosas de poca importancia y menos precisas, á fin de hablar con estension de las grandes.

»Se requiere sobre todo atencion cuando se trata de la descripcion de montes, mares y rios. Observad cuan compendiosa es la forma de Tucídides cuando describe una máquina, ó espone el curso de un asedio, cosa útil en sí misma y necesaria, ó cuando bosqueja la figura del Epípoli ó puerto de los siracusanos. Cuando el historiador juzgue oportuno hacer hablar á alguno, diga cosas adecuadas á las personas y á las circunstancias, y siempre con la mayor claridad. Sean las alabanzas y las censuras modestas, circunspectas, y nunca calumniosas; sean breves, demostradas y colocadas en su lugar correspondiente. Si hallais alguna fábula en vuestro camino, referidla aunque sin afirmarla, para que cada cual conjeture lo que le plazca, y os pongais á cubierto de la censura. Por último, repetiré á menudo el consejo de escribir, no contemplando solo el tiempo presente para ensalzar y honrar á los hombres del dia, sino trasladándose mentalmente á todos los siglos, ó más bien diré que se escriba para las generaciones venideras, esperando de ellas la recompensa prometida á los buenos escritos, y haciendo de manera que se espresen en la forma siguiente: *Este fué un hombre libre é ingénuo: no se advierte en lo que dice adulacion ni vileza, sino la verdad en todo.* Aquel que está dotado recto de juicio considerará el fallo de la posteridad como superior á las estrechas y limitadas esperanzas de esta vida. Tal fué la conducta de aquel arquitecto de Gnido que, después de haber erigido la torre del Faro, escribió en lo interior su nombre sobre la piedra, y dándole un baño de cal enseguida, trazó el nombre del rey, previendo lo que sucedió realmente. Con efecto, desprendiéndose las letras del muro con el baño de cal, dejaron en descubierto: *Sóstrato, hijo de Desifanes, de Gnido, á los dioses salvadores de los navegantes.* No tuvo en consideracion su tiempo, conociendo la corta duracion de la vida; pero su arte será honrado ahora y siempre, mientras continue en pié el Faro. De este modo conviene escribir la historia, con verdad, fiándose en el porvenir, y no captándose los elogios de los contemporáneos á fuerza de lisonjas.»

CAPÍTULO XX

HISTORIADORES.

¿Hasta qué punto siguieron estos consejos los historiadores que vivian en aquella época?

Tácito, 54-134?—Cornelio Tácito se eleva como un águila sobre todos. Natural de Terni en la Umbria y de familia plebeya, educado en las escuelas de los declamadores y de los estóicos, contrajo algunos de sus defectos y llegó á ser allí admirador de las antiguas virtudes romanas. Adquirió en sus sentimientos y en la lectura de lo que habian producido los filósofos más puros, horror á todo lo que era servil y bajo, así como la penetracion de que hizo uso para sondear el corazon humano en sus más ocultos repliegues. Militó, luego se hizo abogado. Ejerció las funciones de cuestor, y de pretor bajo Domiciano, vió la Germania y la Bretaña, y fué tambien promovido al consulado. Su vida fué larga y más tranquila de lo que induciria á suponer el descontento severo que reina en sus escritos.

En medio de aquellos asombrosos contrastes de buenos y de malos príncipes, de aquella lucha del bien y del mal, se detuvo á contemplar en silencio la marcha de los acontecimientos, y antes de esponerse á las miradas del público aguardó la madurez de los años. Tenia más de cuarenta cuando escribió por gratitud la vida de Agrícola su suegro. En esta obra elevó la biografia á la dignidad de la historia, haciendo entrar en ella los sucesos relativos á un pueblo nuevo (los bretones), de quien supo recoger las más notables particularidades.

Enseguida emprendió la descripcion de la Germania, y marchando sobre las huellas de César pintó las costumbres de los pueblos que la habitaban. Parece que adivinando una invasion inminente por su parte, hubiera querido poner el imperio á cubierto del peligro, haciendo fijar la vista en las costumbres groseras, si bien honradas de aquellas hordas belicosas que amenazaban á la corrompida civilizacion de los romanos. Esta pequeña obra es uno de los trabajos más importantes de la antigüedad, y un modelo acabado del arte de decir mucho en pocas palabras, aunque las alabanzas concedidas al autor no hayan permanecido siempre á prueba del progreso de los estudios. En lo concerniente á los hechos es en general verídico, habiéndolos presenciado por sí mismo, ó aprendiéndolos de su padre. Pero al trazarlos, abusa de una especie de moral que le sugiere su disgusto de la sociedad romana, lo cual hace que para oponer á la corrupcion de su siglo la rectitud vigorosa de las naciones nuevas, caiga en las estravagancias de los numerosos encomiadores de la vida salvaje. Como no sabia la lengua teutónica, hubo de engañarse en muchas cosas, é inclinado como todos sus conciudadanos á no ver en ninguna parte más que usos romanos, halló los dioses de Grecia y Roma en la Germania (1). Cuando aquella comarca, apenas abierta por las armas, ofrecia aun á la curiosidad poco afanosa de los romanos, una porcion de misterios, empleó las equivalencias inexactas de una civilizacion totalmente distinta para traducir las imperfectas noticias que recogiera. Auméntanse además la vaguedad y la incertidumbre por la espresion misma que en su concision estudiada no basta ni con mucho á trasmitir lo que el escritor ha concebido, ó se halla empleada en un sentido diverso del que tiene comunmente. Esto no quita á Tácito, aunque lo disminuye, el mérito de ofrecernos las primeras páginas de la historia moderna.

Después de haber probado de este modo sus fuerzas, emprendió la historia de Roma en treinta

(1) Al oir la palabra *Mar*, adjetivo teutónico que significa glorioso, y el vocablo *Herl* ó *Kerl* aplicado á Odin, formó Mercurio. Y asi respecto de otros.

libros desde Galba hasta Nerva. Reservó para su vejez el reinado de este príncipe y el de Trajano, como un tema más rico y menos peligroso (2). Dejó incompleto este proyecto, pareciéndole que era más conforme á su genio describir en forma de anales las atrocidades de los cuatro primeros sucesores de Augusto. A pesar del cuidado que dedicó uno de sus descendientes ascendido al imperio, á multiplicar los ejemplares de sus obras (3) se han perdido gran parte de ellas. De sus Historias no quedan más que los cuatro primeros libros y el principio del quinto, que no abarcan más de un año, el 69 de Jesucristo. Esto indica que debian ser numerosos. Quedan seis de los *Anales* con muchos vacios; todo lo que bosquejaba el fin del reinado de Tiberio, el de Calígula y gran parte del de Neron ha perecido. Del resto nos queda menos, cuando tanta importancia le habria dado describirnos el cambio de dinastia.

Después de Herodoto y Tito Livio, que son poetas, de Polibio y Jenofonte, que son escritores políticos, Tácito, historiador y filósofo, es el eslabon que enlaza los antiguos con los modernos. Antes que otro alguno hizo descender la historia á los cuadros de lo interior y de las costumbres, ejercitando su insigne habilidad dramática bajo el techo doméstico no menos que en el foro ó sobre el campo de batalla. No se atiene únicamente á su patria, antes bien se fijan sus ojos asimismo en los nuevos mundos del Norte y del Oriente. No olvidando nunca el sublime sacerdocio del historiador, juez severo de la moralidad, honra á la virtud hasta cuando sucumbe, y ataca al vicio por muy poderoso que se ostente. Aplica á cuanto se presenta á sus ojos la crítica, y la reflexion, y el sentimiento; lo aprecia como juez implacable y pronuncia con una sola palabra su sentencia. Por insignificante que sea un hecho, nunca lo narra sin remontarse á sus causas y sin desenvolver sus consecuencias. Pero como la política entra en su sentir en todo, inclusas las acciones más sencillas, escudriña los motivos más distantes y complicados, lo cual le hace incurrir á veces en el esceso de la argucia más refinada, y le pone en el caso de verlo todo bajo un aspecto tan sombrio, que hasta parece riguroso respecto de un siglo tan depravado. Honrado en el fondo del corazon, siempre verídico hasta en el énfasis, ama la libertad apasionadamente, si bien no sabe concebirla más que bajo las anticuadas formas de la república: reconoce no obstante que es posible mostrarse magnánimo aun á las órdenes de príncipes perversos, y que entre la servidumbre abyecta y la resistencia peligrosa, existe un modo de vivir exento de peligro y de vileza (4). Al mismo tiempo que condena á los tiranos á eterna infamia, sabe encomiar á un Nerva porque asocia la libertad al poder supremo, á un Trajano bajo el cual todo hombre es libre de pensar lo que quiere y de decir lo que piensa.

Pero ¿qué pensaba el mismo Tácito de su tiempo? ¿Creia que la sociedad debia derrumbarse de abismo en abismo? ¿No alcanzaba que pudiera aplicarse remedio? Se inclina uno á creer que no le ocurria, puesto que no propone ninguno. ¿Qué eleccion hace entre aquella porcion de supersticiones de que instruye á su lector fielmente, respetándolas como instituciones políticas y nacionales, y una divinidad que abandona á aquel esceso de corrupcion su más bella obra? ¿Rechaza verdaderamente las esperanzas cifradas en otro órden de cosas, creyendo que *los dioses se ocupan, no de la salvacion, sino de la venganza?* Esto es lo que no se puede afirmar de una manera positiva, porque ejerce su observacion con la frialdad de un anatomista que diseca un cadáver y descubre la úlcera que ha causado la muerte. Si en el curso de esta investigacion encuentra bajo su escalpelo alguna parte en que se manifiesta el progreso de una vitalidad reciente, la trata con la misma sangre fria, y describe el suplicio de los cristianos como el de tantas otras víctimas, cuya sangre no hace más que brindar un espectáculo al tirano y al pueblo.

Os estremece la pintura uniforme de las atrocidades y de los desórdenes de los emperadores de quienes bosquejó la historia, la dócil vileza del Senado, la indiferencia brutal del pueblo; pero en vano le preguntareis como han descendido hasta aquel estremo los hijos de los Catones y de los Brutos: en vano le preguntareis el secreto de aquella profunda habilidad con cuyo auxilio puso Augusto freno al pueblo, corcel indomable, y como los antiguos republicanos, segados por la guerra y por las proscripciones, no dejaron otra herencia que resignacion y debilidad.

Produce no obstante placer y provecho ver á un escritor sin mancha enmedio de la corrupcion general, mostrar en el hombre la existencia de algo superior al poder de los tiranos y que no pueden arrancar ni aun con la vida.

Este tipo antiguo de las sutilezas políticas modernas, este filósofo á estilo de Rochefoucauld, proscribió de su obra todo modo de concebir y de esponer natural y sencillo: forma un conjunto artificial que le pertenece de una manera esclusiva: dotado unas veces de rápida vivacidad, otras de majestad tranquila, aparece siempre original por no decir más ni menos. No hay que buscar en sus escritos espresiones floridas, lujo de imágenes, cadencia ni períodos: no busca el arte de agradar, sino que quiere que se medite, que cada frase ins-

(2) «Principatum divi Nervæ et imperium Trajani, uberiorem securioremque materiam, senectuti se posui.» *Historia*, I.

(3) El emperador Tácito que no reinó más que seis meses.

(4) «Liceatque, inter abruptam contumaciam et deforme obsequium, pergere iter, ambitione ac periculo vacuum.» *Anales*, IV, 20.

truya, que cada palabra contenga un sentido, una enseñanza; y sea de consiguiente precisa en cuanto á su objeto, vaga respecto de su alcance. Por eso Tácito, á pesar de sus defectos ha merecido alabanzas de todo el que leyendo medita (5) y ser llamado por Bossuet el más grave de los historiadores, por Racine el más insigne pintor de la antigüedad: por eso le han apreciado siempre los que enmedio de las calamidades públicas tienen necesidad de estremecerse y de vigorizar su carácter contra la seduccion y los terrores.

Así como Tácito no tuvo modelo, quedó sin imitadores, porque para imitarle seria necesario vivir á semejanza suya en un imperio donde sin haberse olvidado la libertad se soportaba la servidumbre, reuniendo á tradiciones gloriosas una degradacion innoble: se necesitaria haber pasado la primera mocedad enmedio de guerras civiles en que disputaran dos facciones sobre cual de ellas daria al mundo peor soberano, y luego se necesitaria haber respirado bajo un Vespasiano, un Tito, haber temblado bajo un Domiciano, hasta un instante en que cabia desahogar la indignacion del pecho bajo un Nerva en páginas largamente meditadas en la escuela del infortunio. Entonces estas páginas se hallarian impregnadas en la sublime tristeza del hombre que se ocupa de los males públicos, sin pensar en sí propio; tristeza acompañada de cuanto hay de enérgico, de grande, de sublime, y se derrama sobre la vida, sobre la mente, sobre todos los sentimientos profundos.

Tácito tuvo la ventaja de gozar de su gloria, aun cuando quizá lo debió menos á sus trabajos históricos que á sus versos y á sus discursos perdidos completamente para nosotros, así como á una coleccion de chistes, de que tuvo conocimiento el gramático Fulgencio Plaucíades.

Suetonio, 70-121? — Cayo Suetonio Tranquilo, grande apreciador de antigüedades, de que hacia coleccion, poseia el anillo de un emperador, el sello de otro y una vieja estatuilla de bronce, que habia pertenecido á Augusto. Con no menos celo y felicidad recogió anécdotas concernientes á los doce Césares. Conocia la fisonomia de cada uno de ellos, su modo de vestir, su apostura, sus delirios; á que hora se sentaba cada cual á la mesa, cuantos platos se le servian, que muebles decoraban sus aposentos, las agudezas que proferia, las obscenidades en que hallaba recreo; y todo lo cuenta sin rebozo, sin elevacion, sin reflexiones, sin talento. Frio y lacónico archivero de los Césares, solo en la erudicion se fija; poco le importa la moral, y es mucho si trata á Calígula de mónstruo. No se inquieta por la política, ni aun siquiera se apercibe de la gran revolucion que se ha operado en el mundo desde César á Domiciano. En vez de seguir el órden de los tiempos, distribuye en categorias vicios y virtudes, á estilo de los panegiristas, separándolos así de los hechos de que son producto, y que les dan su significado, su valor, y sin indicar tampoco cual ha sido su influjo bueno ó malo en los destinos del príncipe ó en los del Estado.

Su estilo es correcto sin galas ni afectaciones. Además escribió algunas obras, como las vidas de los retóricos, de los gramáticos y quizá de los poetas, sobre los juegos de los griegos, sobre las palabras injuriosas y sobre el vestido de los romanos.

---

(5) Es muy singular la estimacion profesada por muchos príncipes á este acérrimo enemigo suyo. Cristina de Suecia leia cotidianamente algun pasaje de su historia: siempre le tenia en la mano el papa Paulo III, del mismo modo que Cosme de Médicis. La tradujo el marqués de Espínola, general famoso; Leon X hizo imponderables promesas al que hallara algun escrito suyo más de lo poco que se poseia en su tiempo, y que habia sido publicado en 1468 por Vindelino de Spira. Con efecto, Angelo Arcimboldi descubrió en el monasterio de Corvey, en Westfalia, un manuscrito que contiene los cinco primeros libros de los *Anales*, dados á luz en 1515.

Cuéntase que Napoleon tuvo la siguiente plática, á propósito de Tácito, con Suard, uno de los secretarios perpétuos del Instituto de Francia; el hombre de accion con el hombre de letras, el hombre práctico con el artífice de preceptos:

«¿No os parece, decia el emperador, que Tácito á pesar de su gran talento, no es de ninguna manera modelo para la historia ni para los historiadores? Como es profundo, supone profundos designios en todo lo que se hace ó se dice; y sin embargo nada hay en el mundo más raro que estos designios.

»Eso es verdad, respondió Suard, verdad incontestable en cualquier otro punto: pero en Roma eran muy comunes. Durante los seiscientos años de la república, en todo se procedió por designios y por ejecuciones: durante el imperio se abandonaron demasiado á las pasiones los soberanos del mundo, pero no se abandonaron á la casualidad bajo ningun concepto. Tiberio, á pesar de estar lleno de extravagancias, reflexionaba en el fondo de las cosas.

»NAPOLEON.—Tácito debió empaparse en el espíritu del imperio, cuya historia trazaba, y conservó por el contrario el de la república. Tambien yo desearia la república, mas no cabe en lo posible, etc.

»SUARD.—Señor, Tácito comprendió mejor que ningun otro historiador de la antigüedad como el más alto poder del príncipe puede hermanarse con la mayor libertad de los pueblos, hermanamiento que considera como una rara ventura.

»NAPOLEON.—No importa, es historiador de un partido, y el pueblo romano no era del partido de Tácito. Amaba á los emperadores con que Tácito quiere infundirnos miedo, y nunca se ama á los mónstruos. Las atrocidades del imperio nacian de las facciones.

»SUARD.—Perdonad, señor; á la sazon no habia pueblo romano en Roma, sino una plebe, hacinamiento del universo todo, que aplaudia con arrebato al peor de los emperadores, convertido en cómico, con tal de que ella tuviese pan y los juegos del circo.

»NAPOLEON. ¿Y os parece su estilo exento de censura? Después de haber leido uno á Tácito se pregunta como piensa. Me gusta que un historiador proceda más claramente. En esto nos hallaremos acordes. ¿No es verdad, señor secretario?»

Pero el secretario no tuvo tiempo de replicarle.

Véase GARAT.—*Memorias históricas sobre la vida de Suard.* Paris, 1819.

Veleyo Patérculo, 19 a. C.-31? d. C.—Veleyo Patérculo, oriundo de Campania, sirvió bajo Tiberio en Tracia y en Germania: ejerció funciones civiles y trazó la historia universal desde el orígen de Roma hasta su tiempo; pero solo nos ha quedado lo concerniente á Grecia y Roma desde la derrota de Perseo hasta el décimo sesto año del reinado de Tiberio. Narrador sincero para los demás, adula bajamente á los Césares hasta el punto de suprimir y de alterar los hechos. En su sentir Germánico es un ocioso, Tiberio un dios, Sejano un héroe. Cuéntase tambien que Veleyo fué envuelto en la desgracia de este favorito, no como cómplice, sino como amigo (6).

Aunque su modo de escribir sea castigado, es desigual, y solo recuerda el de Tito Livio para hacer resaltar la distancia que les separa. Se esfuerza á fin de que en pos de cada hecho vengan sentencias de efecto, propende á brillar con antítesis y con palabras retumbantes; trascienden á declamacion tanto sus alabanzas como sus censuras, y después de haber narrado la muerte de Ciceron, fulmina contra Antonio invectivas de escuela, que caen en lo ridículo á fuerza de vehemencia.

Valerio Máximo.—A partir desde la caida de Sejano empezó Valerio Máximo (14) su coleccion de *Hechos y de palabras memorables* en nueve libros, cuyos materiales están reunidos sin discernimiento, dispuestos sin crítica y empleados sin gusto. Amante de lo maravilloso, se adhiere con preferencia á los acontecimientos en que se nota prodigio, á las circunstancias que ofrecen alguna cosa estraña, lo cual no escluye á pesar de todo la verdad y sencillez de la historia. Así gozó de inmenso crédito en los tiempos intermedios en que fué copiado y recopiado mil veces y cargado de glosas. Sus defectos de estilo, su declamacion constantemente fria y severa han inducido á suponer que la obra que poseemos ahora es un compendio de la suya, ó más bien un estracto hecho por un tal Julio Paris. Precédela un prólogo á Tiberio, abundante en viles lisonjas.

Justino, 138.—Justino dedicó á Marco Aurelio (7) un estracto de Trogo Pompeyo, que en tiempo de Augusto habia escrito una historia en cuarenta libros titulada: *Filípica*, porque desde el séptimo libro trataba del imperio macedónico. ¿Debe imputarse á los abreviadores haber causado la pérdida de los originales, ó conviene agradecerles que nos hayan conservado alguna parte de sus escritos? A decir verdad es dificil considerar como un compendio la obra de Justino, que no carece de digresiones, y cuyo relato es siempre estenso, escepto cuando omite lo que no le parece curioso é instructivo (8); pero altera la cronologia, no sabe enlazar las diferentes partes de su narracion y comete crasos errores: acaso es culpa del original á que tambien podria atribuirse el mérito de Justino.

A fin de asegurarse hasta que punto era fidedigno han indagado los eruditos las fuentes en que habia podido beber Trogo, no indicadas por su abreviador (9). En los seis primeros libros, que sirven como de introduccion á la historia de Macedonia, ha seguido á Teopompo, traduciéndole casi en los cuatro libros siguientes, en que habla especialmente de Macedonia y de Persia hasta Dario Codomano. Lo que dice del reinado de Alejandro en los libros XI y XII, es totalmente conocido; no acontece lo mismo con las guerras de sus sucesosores, en las que deja mucho que desear. Los libros XVIII hasta el XXIII nos han conservado preciosas noticias sobre los cartagineses antes de las guerras púnicas. Sin duda hubo de consultar el autor á Filarco, respecto de los acontecimientos sobrevenidos hasta la guerra de Filipo contra los romanos, y á Polibio respecto de los que se consumaron hasta Mitrídates. Para el reinado de este último y para la historia de los partos casi no tenemos otro recurso que Justino, por no quedarnos cosa alguna de Posidonio de Rodas, a quien siguió segun todas las probabilidades: acontece lo mismo con la historia de España contenida en el libro XLIV.

Floro.—Lucio Anneo Floro, probablemente español, escribió en cuatro libros el compendio de la historia romana (10), ó más bien un panegírico que está escrito en estilo tan poético, que hasta se encuentran á veces hemistiquios enteros de Virgilio. Resulta de esto que descuidó la cronologia y pintó todo con brillantes colores, realza la cosa más mínima con el énfasis, con la interrogacion que exige asombro. Muchos de sus pensamientos son ingeniosos, y amenudo se espresa con energia y precision; pero el esceso de sentencias y de hinchazon poética hace frio y monótono el relato. Dice que los galos después de destruir á Roma, fueron acometidos á retaguardia por Camilo, y murieron en tanto número, que «con la inundacion de su sangre se apagó todo vestigio de incendio.» Las guerras de los galos servian á los romanos de piedra para afilar su valor; ocupando Fabio Máximo las alturas, descarga sobre el enemigo las armas «y fué hermoso ver casi del cielo y de las nu-

---

(6) F. Jacobs.—*Des V. Paterculus röm. Geschichte übersetzt von* etc. Leipzig, 1793.

Morgenstern.—*De fide historica V. Paterculi, imprimis de adulatione ei objecta.* Leipzig, 1800.

(7) Dado que esas líneas no hayan sido intercaladas en el manuscrito, pues su estilo indica una época posterior.

(8) *Omissis his, quæ nec cognoscendi voluptate jucunda, nec exemplo erant necessaria.*

Justino.

(9) Heeren, *De Trogi Pompei et Justini fontibus et auctoritate*, en las Memorias de la Sociedad de Gotinga, 1803, tomo XV.

J. Ch. Gatterer, *von Plan des Trogus und seines Abkürzers des Justini.*

(10) Desde la fundacion de Roma hasta que Augusto cerró el templo de Jano.

bes arrojar dardos sobre los habitantes de la tierra.» Si narra la espedicion de Décimo Bruto á lo largo de las riberas célticas, asegura que no detuvo su marcha victoriosa hasta que vió al sol sumergirse en el Océano y en que oyó el chisporroteo producido por el disco al contacto de las aguas.

Incurren en grave error los que suponen que su obra es un compendio de Tito Livio, pues se aparta con frecuencia de su texto: además aventura una idea que se acerca mucho á lo que denominamos filosofía de la historia, atribuyendo tres edades al imperio romano, la infancia, la pubertad y la virilidad, subdividiendo esta en dos siglos á los cuales les añade como corona la época de Augusto.

Curcio.—Algunos colocan en este tiempo á Quinto Curcio Rufo; otros en el reinado de Constantino. Pero como ningun autor antiguo le menciona, hay quien le cree un monje moderno, tanto más cuanto que carece de todo carácter propio. El que se satisfaga con considerar su obra como una novela y no se sienta disgustado por la hinchazon y por el tono sentencioso que reina en ella, hallará la narracion clara y floridas las descripciones; pero inútilmente se buscará una historia. En vez de seguir el autor á los mejores biógrafos de Alejandro, se atiene desgraciadamente á los más crédulos y fabulosos, como Clitarco y Egesias, aunque pase en silencio y hasta ponga en duda algunos de sus prodigios (11). Jamás se inquieta por la cronologia ni por conciliar los hechos contradictorios que recoge de uno y otro lado, ni por investigar si las fábulas ocultan alguna verdad importante. Sabia muy poco el griego, tenia escasísimas nociones del arte militar, ninguna de geografía, é ignoraba la astronomía completamente. Pone el Tanais allende el mar Caspio; dice que el Ganges viene del Sud; y volviéndose al Oriente hace desembocar el Indo en el mar Rojo que está al Occidente; coloca á Hora junto á las fuentes del Indo; confunde el Tauro con el Cáucaso, el Yaxartes con el Tanais, á la par que distingue el mar Caspio del mar de Hircania; el desierto que tantas fatigas costó atravesar, no es sino una marcha de tres dias; la inmensa Babilonia apenas coge noventa estadios, ¿y qué más? llega hasta hacer que se verifiquen los eclipses en la luna nueva (12). Revelan sus arengas un retórico que se empeña en hacer alarde de palabras sonoras, y de fastuosas sentencias, sin cuidarse de averiguar si se hallan en el lugar correspondiente. De este modo pone en boca de los escitas sentencias del pórtico griego, y en boca de los héroes fanfarronadas del teatro. Después de haber referido en cuantas indignidades empleaba Alejandro al eunuco Bagoas, añade que los placeres del conquistador macedonio fueron siempre lícitos y naturales.

Dícese que bajo el reinado de Neron se habia descubierto, á consecuencia de un terremoto, el sepulcro del cretense Dictis, compañero de Idomeneo, en el sitio de Troya, y que dentro se habia encontrado el relato de la famosa guerra escrita por él en caracteres fenicios, sobre hojas de palmera. Aun nos queda la obra falsa, resultado de esta impostura, traducida al latin en el curso del siglo II por Quinto Septimio.

Fenestela.—Otros historiadores de aquel tiempo se mencionan: Lucio Fenestela; pero el tratado *De los magistrados romanos* que se le atribuye, es del florentino Andrés Domenico Flocco; Servilio Noniano y Fabio Rústico, contemporáneo este último de Neron y admirador de Seneca, ambos citados por Tácito; una griega llamada Panfila, que compuso en tiempo de Neron una historia universal en treinta y tres libros; Suetonio Paulino, uno de los mejores generales de Neron, refirió su espedicion allende el Atlas en el año 41, y Plinio el mayor le cita frecuentemente: se apoya para lo relativo á Oriente en el testimonio de Licinio Muciano, que compiló una coleccion de discursos, de actas y de cartas de los antiguos romanos. Este último llevaba consigo una mosca viva como preservativo para la vista (13). Julio Secondo cuenta la vida de un tal Juliano Asiático; Vipsanio Mesala, la guerra entre Vespasiano y Vitelio: estos dos últimos figuran como interlocutores en el diálogo de Tácito *Sobre la corrupcion de la elocuencia*. Cluvio Rufo bosquejó el reinado de Neron, y las guerras civiles que precedieron al de Vespasiano. Se han perdido las obras de este escritor, pero sirvieron de base á las de sus sucesores. Como vivian en un tiempo en que la administracion se envolvia en el misterio dentro de palacio, hubieron de atenerse á los rumores públicos, y omitir todo lo que podia desagradar á los tiranos.

Historia Augusta.—Los autores de la *Historia Augusta*, Esparciano, Lampridio, Vulcacio, Capitolino, Polion, Vopisco, escribieron bajo Diocleciano ó al poco tiempo. Biógrafos formados con arreglo al modelo de Suetonio más bien que historiadores, nos dan á conocer menos las grandes revoluciones operadas entonces que los vicios y las virtudes de los emperadores, su educacion, su modo de alimentarse y de vestirse. Diríase que la confusion siempre en aumento en el imperio romano, pasó á sus narraciones faltas de órden y de estilo (14).

---

(11) *Plura transcribo quam credo; nam nec affirmare sustineo de quibus dubito, nec subducere quæ accepi.* Lib. IX.

(12) *Luna deficere cum aut terram subiret, aut sole premeretur*, IV, 10. Le Clerc ha demostrado sus yerros en su *Ars critica*.

(13) PLINIO, XXVIII, 2.

(14) Catálogo de las vidas escritas por los autores de la *Historia Augusta*.

Príncipes.	Autores presuntos.
Adriano.	Elio Esparciano.
Antonino Pio.	Julio Capitolino.

Quizás solo Vopisco fué testigo de lo que narra; los otros escriben sin apoyarse más que en tradiciones inciertas, ó copiaron á los autores precedentes, cambiando de estilo y de modo de pensar segun las fuentes en que beben. Pero desprovistos como están de criterio, después de copiar á un autor pasan á otro y sacan de allí los mismos hechos, sin apercibirse de la repeticion, que á veces es hasta triple. ¿Qué confianza pueden inspirarnos?

Sin embargo, son los únicos que nos trasmiten gran número de hechos y de costumbres durante los ciento setenta y ocho años que abarcan sus treinta y cuatro biografías, que parecen haber sido escogidas por un anónimo en tiempo de Constantino entre otras muchas.

Flavio Josefo, 37-95 —El judio Josefo en su *Vida* escrita por él mismo nos manifiesta que nació el primer año de Calígula, y que desciende por su madre de los Macabeos y de una familia sacerdotal por su padre. Siendo todavia mozo discutia con los doctores que llegaban á consultarle llenos de fé en su ciencia. Estudió las tres sectas que dividian á su pais, y á fin de conocer la de los esenios vivió tres años en el desierto con Banun, que hacia una vida de las más ásperas, alimentándose con lo que le suministraba la tierra y haciendo hasta tres abluciones al dia para mantenerse puro. Vuelto á Jerusalen tomó partido en favor de los fariseos y se dedicó á los negocios; luego cuando sus conciudadanos quisieron declarar la guerra á los romanos se esforzó inútilmente á fin de apartarles de aquel designio. No permaneció ocioso en medio de las discordias intestinas que desgarraron á su pais, y mandó un cuerpo de tropas en las guerras que produjeron la sumision de la Judea. Hecho prisionero en Jotapa predijo el imperio á Vespasiano, lo cual le valió la libertad; y segun costumbre de los libertos adoptó el sobrenombre de Flavio. Acompañó á Tito al sitio de Jerusalen y volvió en su compañia á Roma donde terminó su existencia.

Escribió en veinte libros las *Antigüedades judáicas* desde la creacion del mundo hasta el duodécimo año del reinado de Neron, no para uso de los hebreos, sino para dar á conocer á los griegos y á los romanos su nacion, harto despreciada por ellos. Por eso omite cuanto hubiera podido mirar como supersticioso, teniendo siempre particular esmero en presentar su pueblo por el lado que más podia agradar á sus dominadores. Para él no son los libros sagrados más que documentos; y altera la noble y patética sencillez que los caracteriza, reproduciendo sus narraciones mutiladas, desleidas ó desfiguradas. Sin embargo llena un vacio de cuatro siglos en la historia de los hebreos, y suministra mil detalles de costumbres.

Cuando acomete después la empresa de referir en siete libros las *Guerras de los judios*, en que fué testigo y actor, deja que se entrevea la intencion de ser grato á los vencedores. «La guerra que ha estallado entre judios y romanos, dice, es la más famosa, no solo entre las de nuestra época, sino quizás de todas las guerras de que se ha hablado de ciudad á ciudad, de nacion á nacion. No obstante, puesto que los que no asistieron á ellas, apoyándose en relaciones falsas y desacordes, las cuentan como gentes engañadas, y puesto que los que fueron testigos de los hechos, ora por adular á los romanos, ora por odio á los judios, disfrazan la verdad y hacen de sus escritos, unas veces una acusacion, otras un panegírico, nunca una historia exacta; yo, Josefo, hijo de Matias, de raza judia, nacido de Jerusalen, de linage sacerdotal, habiendo hecho personalmente la guerra contra los romanos y asistido á los últimos acontecimientos, me he propuesto traducir al griego la historia que escribí en el idioma paternal para los extranjeros de las provincias superiores. Me ha parecido conveniente que no se desconociera la verdad sobre asuntos de tan grave importancia; y mientras que los partos, los babilonios, los árabes más distantes, nuestra nacion más allá del Éufrates y los adiabenos, saben, merced á mi solicitud, como empezó la guerra, los accidentes que ocurrieron en su curso y su definitivo desenlace, es mi intento que aquellos griegos y romanos, que no han tomado parte en los sucesos, no continuen en las tinieblas sobre este punto por no haber leido más que adulaciones y falsedades.»

Tradujo, pues, al griego su obra escrita en hebreo moderno para presentársela á Vespasiano; y Tito mandó hacer una traduccion latina. De este

---

Príncipes.	Autores presuntos.
Elio Vero	Esparciano. Capitolino.
Marco Aurelio	Capitolino.
Avidio Casio	Vulcacio Galicano.
Cómodo	Elio Lampridio.
Pertinax	Capitolino.
Didio Juliano	Esparciano.
Septimio Severo	
Pescenio Niger	
Clodio Albino	Capitolino.
Caracalla	Esparciano.
Geta	
Macrino	Capitolino.
Diadumeno	Lampridio.
Heliogábalo	
Alejandro	
Los dos Maximinos	Capitolino.
Los tres Gordianos	
Máximo y Balbino	
Los dos Valerianos	Trebelio Polion.
Los dos Galienos	
Los treinta tiranos	
Claudio II	
Aureliano	Flavio Vopisco.
Tácito	
Floriano	
Probo	
Firmo, Saturnino, Próculo y Bonoso	
Caro	
Numeriano	
Carino	

modo fué trasmitida á los dos idiomas literarios de aquel tiempo. Conociendo á fondo las sectas de su pais ofrece el espectáculo instructivo de sus disensiones en el momento en que perecia la patria. Quedó satisfecho de ello el rey Agripa (15): se erigió á Josefo una estátua en Roma; y los primeros escritores cristianos le ensalzaron hasta las nubes, aunque una crítica sincera puede señalar en sus libros una porcion de inexactitudes. Tambien poseemos dos libros suyos contra Apion, que maltrató á los judios en *las Cosas egipciacas*; y por último un discurso en loor de los siete mártires Macabeos.

Filon.—Filon, que era tambien judio (n. 30 antes de Jesucristo), escribió el relato de su embajada á Calígula; compuso además bajo el título de *Virtudes de Calígula* cinco libros sobre los males que aquel loco rematado hizo padecer á los judios. En otro lugar habremos de hacer mencion de las opiniones filosóficas de este retórico prolijo.

Herennio Filon, n. 24 de C.—Herennio Filon trazó la historia de la Fenicia, su patria, y puso en griego la obra de Sanconiaton.

Arriano, n. 105 de C.—Arriano Flavio, de Nicomedia, discípulo de Epicteto sirvió en los ejércitos romanos y llegó hasta el consulado. Habia escrito la historia de los partos y de los bitinios, que ha perecido por desgracia; pero nos queda su *Vida*, cuatro de los ocho libros de las pláticas familiares de Epicteto, y doce de los discursos de este filósofo. De Arriano poseemos además el relato de siete espediciones de Alejandro, y es el mejor documento que se nos ha trasmitido de aquel gran rey: para escribirlo se apoyó en Aristóbulo y en Tolomeo, compañeros del conquistador; y por último compuso otro libro concerniente á las Indias. Imita servilmente el estilo de Jenofonte, diciendo que asi se le ha intimado por inspiracion divina. Es de consiguiente conciso sin espontaneidad, y sin embargo no carece de gracia, ni adolece de oscuro; además aparece parco en prodigios y arengas.

Apiano.—Apiano de Alejandria habia quedado poseido de asombro viendo nuevas naciones llegar a ofrecerse á Roma, y á ésta rehusándolas, anhelante ya de conservar y no de adquirir. Pero si encierra de algun modo su talento dentro de los límites de la unidad romana, estiende su atencion mucho más lejos; y cuando por su desgracia llega un pueblo á las manos con Roma, él se para á estudiarlo y á esponer sus vicisitudes con el intento de dar importancia á las demás naciones, cuyo nombre no pronuncian Tito Livio ni otros escritores, sino cuando proporcionan á los romanos la ocasion de un nuevo triunfo. Nos quedan suyas las guerras púnicas, las de Mitrídates y de la Iliria, cinco libros de la guerra civil y algunos fragmentos de las guerras contra los celtas; este es un monumento precioso. Apiano conocia el arte militar y narró en tono sencillo, lo cual se aviene con la verdad perfectamente; no obstante se le censura por haberse apropiado opiniones y hasta espresiones de autores que ha hecho le paguen tributo.

Pausanias, 174.—Aunque Pausanias en su *Viaje á Grecia* fija principalmente su atencion en los edificios públicos y en los monumentos de arte, sirve de grande ayuda para inteligencia de los antiguos tiempos, atendido á que, no contento con describir aquellos monumentos, estudia la historia discutiendo los hechos auténticos y las fábulas. Si á veces observa y recoge con la rapidez de un viajero, en otros momentos examina y pesa esmeradamente. Si hubiera podido prever la tempestad que amagaba sobre el mundo, no se hubiera contentado con rápidas indicaciones, propias para escitar nuestra curiosidad, no para satisfacerla. Su estilo cortado y de una concision afectada imita trabajosamente el de Herodoto. Natural de Cesárea en Capadocia, visitó la Grecia, la Macedonia, el Asia, el Egipto, hasta el templo de Júpiter Amnon; y parece que se fijó en Roma bajo los Antoninos.

Herodiano.—Herodiano, que escribió en griego, nos ha dejado ocho libros sobre la historia de los emperadores desde la muerte de Marco Aurelio hasta la de Máximo y la de Balbino; declara no haber referido cosa ninguna de que no haya sido testigo ocular. No se ocupa de cronologia ni de geografia, pero escoge con buen criterio y narra con brevedad los hechos más adecuados para dar á conocer una época sin ventura, en que la política no podia menos de obecer á las circunstancias, y en que la paciencia de los romanos alentaba los escesos audaces de sus señores.

Dion Casio, 229.—Autor más importante es Casio Coceyo Dion, de Nicea en Bitinia, que elevado á las más altas dignidades por Cómodo y por sus sucesores, escribió en ocho décadas la historia de Roma desde Eneas hasta el emperador Alejandro. Fuéle impuesta esta tarea por un sueño; y tenia tanta fé en lo que soñaba, que dedicó una obra especial á ello. Diez años empleó en reunir los materiales y doce en escribir su narracion que hasta la muerte de Heliogábalo es sumamente detallada; después no se halla más que un compendio. Exacto en las cosas que ha visto por sí propio, carece en lo demás de carácter peculiar suyo, y compila más que medita: se queda muy atrás de Tucídides, á quien se propone por modelo, tanto acerca del modo de escribir como del pensamiento. Claro, aunque incorrecto y abundante en paréntesis, siembra su relato de prodigios y ensueños. Os dice que el sol se mostró unas veces más grande y otras más pequeño que de costumbre, antes de la jornada de

(15) Josefo copia en su *Vida* cap. XXXII, estos dos billetes de Agripa: «He leido tu libro con sumo gusto y me parece que lo has hecho con más exactitud que ninguno de los que han escrito sobre estas cosas. Proporcióname los siguientes.»—«Segun has escrito parece que no necesitas ningun informe para enseñarnos á todos lo que ha acontecido desde el principio; sin embargo, si vienes á verme, te revelaré yo mismo muchas cosas ignoradas.»

Filipos (16). Vespasiano curó á un ciego con su saliva: en Egipto se apareció el fénix el año 790 de Roma (17). Maltrata á Ciceron, á Bruto, á Séneca, á Casio y á otros personajes ilustres, solo porque son republicanos, y casi es el único entre los antiguos que se adhiere al partido de César y de Antonio; por lo demás nunca cesa de sostener la legitimidad del gobierno imperial. Como habia recibido la investidura de altas funciones, da esmerada cuenta del órden de los comicios, de la institucion de los magistrados y de las modificaciones que esperimentó el derecho público. Es, pues, de sentir estremadamente que gran parte de su obra haya perecido, así como su historia de los persas y de los getas.

Diógenes.—El epicúreo Diógenes Laercio vivió bajo Antonino; sus *Vidas de los filósofos*, aunque hechas de prisa y alteradas en muchos pasajes, nos han conservado las opiniones de un gran número de escuelas.

Filostrato.—Escribió el ateniense Filostrato la vida de Apolonio de Tiana; además cuatro libros acerca de los cuadros que adornaban el pórtico de Nápoles, sin contar las vidas de los sofistas, un tratado de los héroes y otro de las epístolas familiares.

Plutarco.—Plutarco, el más divulgado de los escritores de la antigüedad, nació cincuenta años después de Jesucristo, y quizás fué maestro en filosofia de Adriano. Se le deben las *Vidas comparadas de los hombres ilustres*, en que coloca siempre á la vista un griego y un romano. Nos anuncia que escribia en Queronea de Beocia, su patria, pequeña ciudad poco provista de recursos para el estudio; y no la abandonó á pesar de todo. ¡Cuán inmensa debia ser su bibloteca!

Con efecto su erudicion no es producto de un estudio que le asimilara los conocimientos adquiridos en una porcion de autores; pues no hace más que citarlos de contínuo, y pasearnos de asertos en asertos que se contradicen amenudo, sin que se tome el trabajo de resolver la dificultad (18). Se apoya tambien en los monumentos y en las actas públicas, si bien con frecuencia se equivoca, porque ignoraba las lenguas extranjeras y hasta el latin, aunque habia residido en Roma. Conocia perfectamente que le hubiera sido agradable y provechoso aprenderlo; pero no lo estudió á causa de la dificultad, y de que hubiera necesitado para esto más juventud y más ócio. Con esto se espuso á crasos errores; y prescindiendo de los que comete parcialmente, su costumbre de no colocar los sucesos en el órden cronológico produce confusion grande, aumentándola con alusiones frecuentes y oscuras y con viciosas digresiones de moralidad (19), que revelan la ausencia de un pensamiento fijo y fecundo.

---

(16) Libro XLVII.

(17) Libro LVIII.

(18) Cita doscientos cincuenta autores de los cuales se han perdido ochenta.

(19) Elijamos solamente la vida de Demóstenes.—«En aquel tiempo conduciendo al parecer hácia su fin un funesto destino la libertad de Grecia, se opuso á lo que intentaba Demóstenes é hizo aparecer muchas señales anunciando lo venidero. Tambien la Pitia proferia oráculos terribles y se repetia además este oráculo antiguo sibilino, etc.

»Dice que el Termodonte es un pequeño arroyo que resbala cerca de nuestra ciudad de Queronea y desagua en el Cefiso. No sabemos que al presente exista ninguna corriente con este nombre, si bien pensamos que el que se llama Emon ahora, es precisamente el Termodonte de entonces: se desliza cerca del templo de Hércules, donde acampaban los griegos, y se conjetura que habiéndose llenado de sangre y de cadáveres durante la batalla, hubo de cambiar posteriormente de nombre. Duris asegura que el Termodonte no era un rio, sino que al cavar entorno para levantar una tienda, encontraron algunos una pequeña estátua con ciertos caractéres indicativos de que representaba á Termodonte, llevando en sus brazos á una amazona herida, y cuenta que habia allí tambien en aquella ocasion otro oráculo diciendo etc... De consiguiente, es dificil determinar lo que es realmente, etc.

»Contábase en aquel número Arquias que fué nombrado en seguida Figadoteras. Es fama que, turiano de origen, habia representado en otro tiempo tragedias; tambien se cuenta que fué discípulo suyo aquel Polo de Egina que superó á todos los demás actores. Pero Hermipo enumera á este Arquias entre los discípulos del orador Dácrito; y Demetrio dice que frecuentó la escuela de Anaximenes. Este Arquias, pues, arrastró fuera del templo de Ayax en Egina al orador Hipérides, á Aristónico á Maratonio y á Himereo hermano de Demetrio de Faleria, que allí se habia refugiado, y los envió cerca de Antipatro á la ciudad de Cleone, donde fueron muertos: dícese que á Hipérides le cortaron la lengua. Sabedor luego que Demóstenes se mantenia suplicante en Calauria dentro del templo de Neptuno, se trasladó allí en una barca con satélites tracios, y quiso persuadirle que abandonara aquel albergue para ir cerca de Antipatro, cual si no tuviera que temer ningun mal tratamiento. Pero casualmente Demóstenes habia tenido aquella noche un estravagante sueño, pues le habia parecido luchar con Arquias en la representacion de una tragedia, y aunque salió airoso y á satisfaccion de la asamblea, habia quedado inferior en galas y magnificencia. Por eso habiéndole dicho Arquias mil palabras llenas de humanidad, le miró fijamente: y sentado como se hallaba, le habló de este modo:—«¡Oh Arquias! No has podido conmoverme en la representacion, tampoco me conmoverias ahora con tus promesas.»

»Ariston cuenta que Demóstenes chupó el veneno de la caña, como se ha dicho; y un tal Papo, cuya historia fué escrita por Hermipo, asegura que después de haber caido junto al ara, se encontró sobre una tablilla el principio de una carta en que estaba escrito de su puño *Demóstenes á Antipatro*, sin que pudiera leerse otra cosa. Añade que habiendo producido estrañeza una muerte tan repentina, los tracios, que se hallaban á la puerta, contaron que habia sacado algo de un lienzo, y que cogiéndolo en la mano se lo habia acercado á la boca. Entonces fué cuando tragó el veneno, mientras estos creian que se tragaba oro. Interrogada por Arquias una mujer de su servicio, declaró que hacia mucho tiempo que Demóstenes llevaba aquel lienzo consigo como un amuleto. Eratóstenes dice que Demóste-

Dotado Plutarco de gran criterio, pero sin sentimiento del pasado, del siglo, la patria, y la edad, no establece condicion alguna entre sus héroes, pintados con los mismos colores: todos dotados de una virtud maravillosa ó de una perversidad infernal, sin esos matices y esa mezcla de bien y de mal que revelan la verdadera fisonomia del hombre. Plutarco no ve más que al hombre de quien habla; le sigue á todas partes, al campamento, á la cumbre del trono, á su morada, al seno de los negocios, recogiendo todas las anécdotas sin discrecion ni buen tino, no importándole contradecirse en la vida de otros; de tal modo, que los eruditos discuten acerca de si debe colocarse su obra entre las historias ó entre las novelas históricas. Dista mucho sin embargo de representarnos á los personajes bajo todas sus fases. Pinta á César y á Pompeyo muy diferentes de lo que son en la historia. Cuenta los sueños, las agudezas de Ciceron y no su vida pública; ni aun siquiera ha leido sus arengas. Totalmente desprovisto de inteligencia política, llega á ser más que mediano por poco que fije sus ojos más allá de la vida de su héroe.

En sus paralelos, más ingeniosos que sólidos, dista mucho de la grandeza, de la maestria, y de la profundidad de Tácito; y deteniéndose en semejanzas superficiales, se inclina á favor de los griegos, á fin de demostrar que nunca estuvieron tan envilecidos como en su tiempo. Animado de los autores á quienes consulta, no es siempre buen juez de la virtud; así presenta como heroismo el olvido de los sentimientos naturales; exalta á las nubes á Timoleon y á Bruto, matando el uno á su hermano y el otro á sus hijos, y atribuye á mérito en Caton lo que debe abominar todo hombre honrado.

Ecléctico en sus ideas, lo es tambien en su estilo, medio griego, medio latino, verboso y nada suelto. Pretende reproducir todos los estilos y no puede lograr la energia dórica, ni la elegancia ática, ni la fluidez y armonia jónicas. No obstante, Plutarco se grangea el afecto de sus lectores como hombre sincero, persuadiéndoles de que piensa realmente lo que les dice y no aspira á engañarlos, ni aun cuando él mismo se engañe. Jamás presume de autoridad doctoral: seduce á los lectores hasta la misma secillez de sus reflexiones, no henchidas de ideas, como las de Tácito, si bien más conformes al buen sentido de todos: en general, basta á los lectores que el historiador les sugiera precisamente lo que ya se ha presentado á su mente. Da tambien atractivo á su lectura el retrato de las costumbres y la grandeza de los hombres á quienes pinta, los cuales, mostrándose como lo permitia la constitucion de la sociedad antigua en todas las partes de la vida política, se hacen admirar por un efecto de imaginacion hasta cuando la razon los reprueba.

Plutarco compuso otras muchas obras: de este número son las *Cuestiones romanas*, que tratan del orígen de ciertos usos en aquel pueblo. Examina por qué al celebrarse un matrimonio se dice á la nueva esposa que toque el agua y el fuego, y á causa de qué se encienden cinco antorchas, ni más ni menos; por qué al regresar á sus hogares los viajeros á quienes se ha creido muertos, no deben penetrar en su recinto por la puerta, sino bajando por el techo; por qué se cubren la cabeza para adorar á los dioses; por qué empieza el año en enero; por qué las tres partes del mes no tienen igual número de dias; por qué ninguno emprende un viaje el dia de las calendas, de las nonas y de los idus; por qué las mujeres besan á sus parientes en la boca; por qué están prohibidas entre marido y mujer las donaciones. Si las soluciones son á menudo insustanciales, suministran á veces preciosos datos sobre las costumbres.

Dedicóse á investigaciones semejantes acerca de los griegos en sus *Cuestiones helénicas*, ocupándose en penetrar en el fondo de las cosas más estrañas referidas en su historia. Averigua, por ejemplo, el motivo por que durante la solemnidad de las tesmoforias ponen mujeres eretrias á secar al sol sus viandas en vez de asarlas al fuego; de dónde provienen los distintos proverbios, y así sucesivamente. En seguida establece un paralelo entre los sucesos griegos y los sucesos romanos, para probar que los primeros se reputan erróneamente como fabulosos, pues se encuentran otros análogos en la historia verdaddra; tarea inmensa, que fué mal desempeñada. Su tratado *De la fortuna de los romanos y de la de Alejandro*, en que acomete la empresa de demostrar que los unos se lo debieron todo á la buena suerte y los otros á su propio mérito, es una obra de sofista. Acusa la *malignidad de Herodoto*, más bien que por su celo de la verdad, por amor á su patria.

Si hemos de creer á Plutarco se mostró indulgentísimo con los esclavos; y despues de haberse airado muchas veces contra ellos, acabó por convencerse de que valia más echarlos á perder en fuerza de bondades, que pervertirse á sí propio con la ira por querer corregirlos. Hace estensiva su piedad hasta á los animales, diciendo que por nada del mundo venderia un buey que se hubiera hecho viejo en su servicio. Sin embargo, Aulo Gelio cuenta que un esclavo, á quien habia mandado dar de golpes, se dirigió á él en medio de sus gemidos, echándole en cara aquel acto de cólera,

---

nes tenia veneno en un aro hueco, con que se ceñia el brazo. No hay necesidad de mencionar aquí las diversas opiniones de los demás autores que han escrito sobre lo relativo á su persona: sin embargo no debo omitir que Demócrates, que se hallaba enemistado con Demóstenes, creia que habia muerto sin dolor y repentinamente, no por efecto de que hubiera tomado veneno, sino por un beneficio y una providencia de los dioses, que quisieron arrancarle de la crueldad de los macedonios.»

Es inútil multiplicar esta clase de ejemplos con que se tropieza á cada paso.

cuando lo reprobaba en sus escritos; á lo que respondió el filósofo con sosegado tono: *¿Tengo por ventura el rostro encendido? ¿Se me ha escapado ninguna palabra de que deba sonrojarme? Estos son los signos de la cólera que he censurado en los sabios.* Y habiendo suspendido el ejecutor los golpes durante este coloquio, añadió: *Continúa tu oficio mientras sostenemos ambos este debate.*

¿Nos detendremos á hablar de las supersticiones en que abundan tan lastimosamente sus escritos? El á quien califican de *juicioso*, cree en el horóscopo de Pirro, en los sueños de Sila, en los cuervos que caen al fragor de los aplausos, en cabezas de bueyes sacrificados que sacan la lengua y lamen su propia sangre. Aguardais á que esplique las causas de un gran acontecimiento, y se pone á hablaros de serpientes que fabrican en el tálamo nupcial sus nidos, y de aves de siniestro vuelo ó de fatales presagios; y todo esto con una sencillez y una hombria de bien que demuestra como se rebaja el hombre cuando en vez de religion adopta falsas creencias. Plutarco tiene en sus dioses una fé sincera, como si ninguna palabra hubiera amenazado todavia sus altares. Habiéndose suscitado una diferencia entre él y los deudos de su esposa, poco despues de su matrimonio, temiendo esta que aquel disgusto se sintiera en lo interior de rechazo, invitó á su marido á trepar con ella á la cima del Helicon, para hacer allí al Amor un sacrificio. No fué estéril la peregrinacion, pues se amaron más tiernamente. Por largo tiempo fué sacerdote de Apolo Pitio. Tambien se hizo iniciar con su esposa en la cofradia mística de Baco. Jamás le ocurre decir en sus numerosas obras de moral una sola palabra acerca de los cristianos. A falta de pruebas históricas se le podria creer de consiguiente contemporáneo de aquellos antiguos filósofos de quienes copió las mejores máximas, apoyándolas con hechos y embelleciéndolas á veces con vivas imágenes y felices alegorias.

A la par que estos componian, criticaban ó coleccionaban á otros, adquirieron tambien los gramáticos y filósofos suma importancia, y así fué dado á la mediania inmortalizar el nombre de algunos genios que de otro modo habrian caido en el olvido. ¡Triste consideracion!

Aulo Gelio.—Aulo Gelio ó A Gelio ó Agelio (que ni siquiera el nombre se sabe), que vivia en tiempo de Marco Aurelio, escribió sus *Noches áticas*, compilacion de lo mejor que habia oido ó leido, para uso de sus hijos. Aunque en la eleccion se eche de menos gusto y discernimiento ilustrado, nos ha conservado importantísimas noticias, así como antiguos documentos, asemejándose de este modo á esos museos formados de fragmentos estraidos de ciudades que ya no existen.

Es con especialidad importante el libro XX, en que hace una digresion sobre las XII Tablas. Su estilo, variado segun los autores á quienes consulta, es á veces enérgico y bello; pero ya se conoce allí la transformacion de la lengua latina, y la afectacion del arcaismo, signo deplorable de decadencia como el chochear de los viejos.

Refiere que, designado por los pretores para decidir sobre querellas de menor cuantia entre particulares, se presentó un hombre afirmando haber prestado á otro una suma de dinero, lo cual negaba este. No habia testigos ni escritura, si bien el demandante gozaba de buena reputacion, y era pésima la de su adversario. Mucho apuraba este caso á Aulo Gelio: sus cólegas sostenian que se podia condenar sin pruebas. Favorino le citó el recuerdo de Caton, que en una circunstancia análoga decia que se debia fallar teniendo en consideracion la virtud de las dos partes. Pero Aulo Gelio no supo que decidir en un asunto á su parecer tan embrollado.

Ateneo.—Vivia en tiempo de Cómodo, Ateneo, natural de Naucrates en Egipto. Supone que en casa de un tal Laurencio se hallan reunidas veinte y una personas entre jurisconsultos, médicos, gramáticos, músicos, poetas y sofistas; les hace hablar de todo lo concerniente á los preparativos de una fiesta, como manjares, vinos, vasos, juegos, perfumes y guirnaldas. De aquí toma pié para decir una infinidad de cosas sobre medicina, historia, ciencias naturales y filosóficas, sobre las costumbres y usos públicos y privados de los griegos. Cita más de setecientos autores y los títulos de más de dos mil setecientas obras, tanto en prosa como en verso; y dice haber estractado más de ochocientas comedias de la época alejandrina. Ha podido apercibirse el lector de que infinitas veces hemos puesto á contribucion su *Banquete de los sabios*, (Δειπνοσοφίσται): y aunque colecciona sin discernimiento, es de sentir ciertamente que esta compilacion se haya perdido, á escepcion de un estracto de los primeros libros hecho en Constantinopla en tiempos muy posteriores.

Carecen de utilidad para el arte militar las *Estratagemas* del macedonio Polieno, dedicadas á Marco Aurelio y á Lucio Vero; mas nos han conservado muchas noticias preciosas en un estilo ornado con ostentacion: consiste la mania del autor en ver sagacidad en todo, de donde resulta que desnaturaliza los hechos y cambia los Aquiles en Ulises.

Sesto Julio Africano, de Emaus, hizo una miscelánea de cosas agradables ó graciosas que tituló *Cesti* con alusion al cesto ó cinturon de Vénus.

Flegon.—Flegon de Trallas en la Lidia, liberto de Adriano, escribió en griego una descripcion de Sicilia, de las fiestas de los romanos, y diez y seis libros de las olímpicas y crónicas en que habia dispuesto la historia universal con arreglo á los años de las olimpiadas; lo cual daria importancia á su obra, á pesar de la aridez de que se le tacha. Consignó allí en el décimo octavo año del reinado de Tiberio un eclipse tan oscuro, que á la hora sesta se vieron las estrellas, acompañándole un terremoto, y es cabalmente el que mencionan los evangelistas. Nos quedan dos opúsculos suyos: *De*

las personas que han vivido largo tiempo y de las cosas maravillosas, y hubiera podido decir absurdas. Allí describe un hipocentauro cogido en Arabia y llevado al museo de Adriano; y cuenta haber visto con sus propios ojos y en compañia de muchas personas fidedignas, aparecerse una doncella medio año después de su muerte, comiendo y andando, cual si estuviera viva, hasta el momento en que acudiendo sus padres á reconocerla, dijo que con presentarse ponian fin á su nueva existencia, y cayó á sus plantas.

Eliano.—Eliano que escribió en griego sobre la ordenanza de los ejércitos, no debe confundirse con el que nos ha dejado la *Historia varia y el tratado de la naturaleza de los animales:* este último salvó en una coleccion, hecha sin gusto ni crítica, muchos fragmentos de obras perdidas.

A estos autores conviene que se añada Tolomeo Quenno, quien, bajo el reinado de Trajano compiló en griego las *Nuevas historias de erudicion varia*, y Antonio Liberalis que escribió *Metamórfosis*, en tiempo de los Antoninos.

Seria un error creer que estas colecciones y estos compendios tenian por objeto propagar la instruccion en la clase que más la necesita, pues sabido es que esa no estudiaba: su único destino se reducia á economizar trabajo á aquella juventud bien nacida, que por su posicion debia saber muchas cosas, y que por la índole de los tiempos y de la sociedad se sentia hastiada del estudio como de todo.

CAPÍTULO XXI

DESDE CÓMODO Á SEVERO.

Denomináronse la época más venturosa de la humanidad los ochenta y cuatro años trascurridos desde la muerte de Domiciano hasta la de Marco Aurelio (1) y fué tan querido para los romanos el nombre de los Antoninos, que los emperadores que les sucedieron, lo agregaron al suyo, sin curarse mucho de merecerlo. Tardó poco en ser deshonrado por Cómodo, rico solo de vigor, de lujuria y de cobardia. Fué el primer emperador nacido de un padre dueño del trono; pero la lubricidad de Faustina indujo á creer que era hijo de uno de los gladiadores á quienes llamaba desde la sangrienta liza para manchar el tálamo de Marco Aurelio. No se mejoró su índole perversa con el ejemplo y las enseñanzas paternales; y encontrando á la edad de doce años el agua de su baño demasiado caliente, mandó echar en un horno al que la habia calentado.

Con tales disposiciones ascendió al trono á los diez y nueve años (17 Marzo 180), y aunque no tenia rivales que le opusieran estorbo, ni ambiciones ni recuerdos que sofocar con urgencia, se abandonó á todas las crueldades que pudo sugerirle un carácter atroz escitado por mala gente. Complacíase en ver atormentar á los hombres: como se preciaba de habil cirujano, hacia sus ensayos en infelices á quienes obligaba á recurrir á sus consejos. En sus correrias nocturnas corta un pié á uno, saca un ojo á otro, y todo por divertirse. Habiéndose permitido decir de él un infortunado que habia nacido el mismo dia que Calígula, fué arrojado de órden de Cómodo á las fieras. Encontrando á un hombre muy corpulento le divide en dos pedazos de un solo golpe á fin de hacer alarde de sus fuerzas. Se presenta en público con los atributos de Hércules, y con el auxilio de una enorme clava reduce á polvo la cabeza de gentes disfrazadas de fieras, y de esta manera aspira al título de vencedor de mónstruos.

Su fuerza era verdaderamente prodigiosa. De una lanzada atravesó á un elefante de una parte á otra. En un dia mató cien leones en el circo, cada uno de un solo tiro de arco. Su flecha traspasaba el cuello de un avestruz que corria; atravesó á una pantera sin tocar al hombre sobre que se habia arrojado. A fin de que no faltaran animales feroces para que el emperador se divirtiera, fué prohibido á los africanos matar leones, y hasta ahuyentarlos, cuando el hambre les trajera á la vecindad de las habitaciones; y para ostentar mejor su mérito á los ojos del *género humano*, bajó desnudo á la arena, vedada por los que le habian precedido á los senadores. Despues de haber salido de setecientas treinta y cinco luchas, sin recibir ninguna herida, tomó el título de *Cómodo, vencedor de mil gladiadores*. Se embriaga de aplausos del populacho, y para grangearse su afecto instituye una compañia de mercaderes, y manda equipar una escuadra para traer trigo de Africa en el caso de que llegara á faltar el de Egipto. Pero imaginando un dia que el pueblo le hacia burla, ordena una matanza general acompañada del incendio de la ciudad, y con gran trabajo consigue el prefecto de los pretorianos hacerle retirar aquel decreto, dictado por la rabia.

No se señaló menos por sus desórdenes: ya en vida de su padre habia convertido en un lupanar su palacio; después de su muerte instaló en su recinto un rebaño de trescientas concubinas acompañadas de otros tantos mancebos. Violó á sus pro-

(1) HEGEWISCH la describió con el título de *Ueber die für die Menschheit glücklichste Epoche in der röm. Geschichte.* Hamburgo, 1800.

pias hermanas: sobre lo demás nos cumple tender un tupido velo (2).

Necesitando dinero para sus locas prodigalidades aumentó todos los impuestos, traficó con los empleos públicos, vendió su absolucion á los delincuentes, y á precio de dinero consintió hasta los asesinatos y las venganzas privadas. Una multitud de inocentes perecieron víctimas de aquel iracundo, que habiéndose desembarazado en breve de los tutores que le habia impuesto Marco Aurelio, dejó plena autoridad á los compañeros de su libertinaje, salvo para deshacerse de aquellos que contrariaban sus designios. Perenne, que habia adquirido su valimiento adulando sus pasiones, asistia con él á los juegos capitolinos, cuando sale al teatro un filósofo cínico, y dirigiéndose á Cómodo esclama: «Mientras te engolfas en los deleites, Perenne y su hijo atentan contra tu vida.» Inmediatamente mandó Perenne que aquel hombre fuera arrojado á las llamas: pero el emperador concibió sospechas de su persona, creyéndole capaz de aspirar al trono, porque tenia capacidad para ocuparlo. Así, habiendo diputado las legiones de Bretaña mil quinientos hombres para que fueran á Roma á pedir la muerte del ministro, dejó que le matasen, inocente ó culpable, con su esposa, su hermana y sus tres hijos: de este modo conoció el ejército la debilidad del gobierno.

Perenne fué reemplazado por Cleandro, que nacido en Frigia, habia sido llevado á Roma en calidad de esclavo. Primeramente habia pertenecido á Marco Aurelio, despues á Cómodo, quien le habia dado con la libertad una de sus concubinas por esposa. No teniendo que recelar de su habilidad ni de su virtud le otorgó un poder ilimitado. Cleandro abusó de su autoridad para venderlo todo, empleos, provincias, rentas públicas, justicia y hasta la vida de los inocentes. Habiendo acaparado los trigos, redujo al hambre á la ciudad para enriquecerse y para grangearse el afecto de la muchedumbre con distribuciones. Hizo patricios á muchos esclavos que apenas acababan de soltar sus cadenas, dándoles ingreso en el Senado; y eligió en un año hasta veinte y cinco cónsules. Pero cierto dia, durante la celebracion de los juegos, entra de repente en el circo una tropa de muchachos, llevando á su cabeza una mujer alta y robusta, y todos prorumpen en terribles gritos contra Cleandro. Aplaude el pueblo, corre en tumulto al palacio suburbano, donde se hallaba el emperador, y pide la muerte del ministro; carga la caballeria sobre la muchedumbre, que haciendo uso de las armas populares, es decir, de tejas y piedras, pone en fuga á los pretorianos. Sumido Cómodo en los desórdenes más inmundos ignoraba lo que acontecia. Cuando lo supo, queda poseido de espanto, y manda que se arroje á los sediciosos la cabeza de su favorito, cuyo cadáver es arrastrado por las calles con los de su esposa, sus hijos y sus amigos.

Cómodo habia tenido además otro consejero de sus crímenes en el liberto Antero de Nicomedia: cuando fué muerto por los pretorianos, sostenidos por Cleandro, se vengó el emperador de ellos encrudeciéndose cuanto pudo contra sus filas. Cotidianamente se mudaban los prefectos del pretorio: algunos no duraron más que seis horas, y la mayor parte perdieron la vida al mismo tiempo que su empleo.

No solo remitia este príncipe, tan perezoso como libertino, todos sus cuidados á gente de esta laya, sino que hasta se niega á firmar los despachos oficiales, y con dificultad escribia el *vale* al pié de las cartas dirigidas á sus amigos. Sin embargo, este príncipe se atrevia á atribuirse en sus medallas el título de *venturoso:* quiso que su siglo se denominara comodiano; Roma colonia comodiana; y el Senado, vilmente adulador, inscribió sobre el lugar de sus asambleas: *Casa de Cómodo.* Fueron cambiados los nombres de los meses en adjetivos de loor suyo y escribia al Senado: *El emperador César Lucio Elio Aurelio Cómodo Antonino Augusto, venturoso, leon, piadoso, sarmático, británico, germánico, pacificador, invencible, Hércules romano, padre de la patria, pontífice supremo, cónsul por la séptima vez, imperator por la octava, tribuno por la décima séptima, á los ilustres senadores comodianos, salud.*

Impulsada por la ambicion su hermana Lucila creyó poder hacer una revolucion conspirando con los principales senadores; pero detenido el asesino en el instante en que levantaba el brazo diciendo: *Hé aquí lo que te envian los senadores,* fué condenado á muerte con sus cómplices. Desterrada la princesa á Caprea, fué allí á su vez inmolada; y posteriormente tambien la emperatriz Crispina, confinada á aquella isla por haber querido imitar el libertinaje de su esposo.

Las palabras del sicario que supo hablar y no ejecutar, exasperaron á Cómodo contra el Senado. Feroz en un principio por inclinacion, no por cálculo, habia podido hasta otorgar perdon; así á ejemplo de su padre habia arrojado al fuego las revelaciones que le remitió Manilio, secretario del usurpador Avidio Casio; pero en breve hizo revivir los delatores y los procesos de lesa majestad con su ordinario cortejo de inocentes condenados al suplicio, y especialmente aquellos cuya virtud contrastaba con la corrupcion imperial. Entre otros, citaremos á los dos hermanos Quintilios, Máximo y Condiano, de la Troade, célebres por su amor fraternal, que siempre les hacia proceder de comun acuerdo, cual si no hubieran sido más que un solo hombre. Juntos habian gobernado provincias y mandado ejércitos: juntos habian ejercido el consulado y otras fnuciones que les habian conferido Antonino y Marco Aurelio, y juntos los ase-

(2) *Sororibus suis constupratis, ipsas concubinas suas sub oculis suis stuprari jubebat; nec irruentium in se juvenum carebat infamia, omni parte corporis atque ore in sexum utrumque pollutus.* Hist. Augusta, pág. 47.

sinó Cómodo. Julio Alejandro de Emesa mató á los soldados enviados por el emperador para quitarle la vida, y huyó con la intencion de retirarse entre los bárbaros; pero embarazado en su marcha por un amigo lento en seguirle, le dió muerte y se suicidó en seguida.

¡Si a lo ménos hubiera sabido emplear Cómodo su feroz bravura en defender las fronteras! Pero no bien ascendió al trono, cedió á los cuados todos los fuertes levantados en su territorio, á condicion de que permanecerian á cinco millas de distancia del Danubio, rendirian sus armas, suministrarian tropas á los romanos, y no se reunirian más que una vez al mes en presencia de un centurion. Tambien compró la paz de otros germanos y dejó á los sarracenos (mencionados aquí por la vez primera) alcanzar ventajas sobre el imperio. Habiéndose hecho jefe de una banda de desertores un simple soldado, llamado Materno, trastornó la España y la Galia; y viéndose luego cercado por todas partes dispersó á sus compañeros y se encaminó á Italia, seguido de los más audaces, con el pensamiento de degollar á Cómodo y de hacerse emperador. Ya se habian mezclado algunos con los guardias de palacio, cuando Materno fué vendido por otros, y su suplicio hizo abortar su trama (188).

Entretanto el valor de los generales pudo reprimir á los frisones y repeler á los caledonios, que habian traspasado la muralla de Trajano; por lo que hace á Cómodo se atribuia el honor de estas victorias y el título de emperador sin ver jamás el campo de batalla. Solo una vez anunció el designio de pasar á Africa; mas luego que hubo reunido con este fin mucho dinero, lo disipó en festines y en desordenados placeres.

Aumentáronse las miserias de su reinado con desastres accidentales. Hubo muchos terremotos; declaróse la peste en Roma, produciendo la muerte de dos ó tres mil individuos por dia: el templo de la Paz fué devorado por las llamas; aquella construccion de Vespasiano, donde estaban depositados los despojos de la Judea, las obras de literatura y las más preciosas producciones de Arabia y de Egipto. Propagóse el fuego á palacio y al templo de Vesta, de donde huyeron las vírgenes sagradas, esponiendo por la vez primera á la vista de los profanos el Paladion, salvaguardia del imperio.

Al fin un peligro privado supo consumar lo que no podia la indignacion pública. Con efecto, Marcia, concubina del emperador, Leto, capitan de su guardia, y electo su gentilhombre, sabedores de que habia resuelto su muerte, envenenaron á Cómodo (31 de diciembre de 192). Apenas habia cumplido treinta y un años, y contaba casi de reinado trece (3).

(3) Su vida privada, por Lampridio, se halla en la *Historia Augusta*, y la Historia de Herodiano empieza en su reinado.

El Senado, que se habia rebajado hasta el último grado de abyeccion respecto de su príncipe, cobró brios cuando le vió muerto: mandó derribar sus estátuas y borrar su nombre de las inscripciones: negó sepultura al vil gladiador, al parricida, al tirano más sanguinario que Neron mismo. Mas no hay que temer; dentro de poco Septimio Severo le hará colocar entre los dioses, instituyéndole sacrificios y solemnidades aniversarias por su natalicio.

Corrieron los conjurados á la morada de Publio Helvio Pertinax (193), antiguo senador consular y prefecto de la ciudad entonces. Oyendo que le llamaban, y como era media noche supuso que iban de parte de Cómodo á darle muerte: indújoles á entrar y les dijo, que hacia mucho tiempo que les esperaba, atendido á que Pompeyano y él eran los dos únicos amigos de Marco Aurelio que aun quedaban con vida.

Pompeyano era el virtuoso esposo de Lucila, hermana de Cómodo. Siempre conservó una digna continencia, rehusando presentarse en el anfiteatro y ver al hijo de Marco Aurelio prostituir allí su persona y su clase. Residió, pues, frecuentemente en el campo, bajo pretesto de enfermedades, que no cesaron hasta que terminó el reinado bien corto del sucesor de aquel soberano.

Pertinax.—Helvio habia nacido cerca de Alba, en el Monferrato, de un carbonero esclavo que le dió el nombre de Pertinax por su obstinacion en querer abandonar el oficio paternal para hacerse maestro de griego y de latin en Roma. Produciéndole esta profesion escasas ventajas ingresó en el servicio, llegó á ser centurion y luego prefecto de una cohorte en Siria y en Bretaña. Marco Aurelio le degradó á consecuencia de una acusacion fulminada en contra suya; mas habiendo reconocido su falsedad, posteriormente le envió con la primera legion á hacer la guerra á los germanos. Después de haber sometido á la Retia fué Pertinax nombrado cónsul; vióse enseguida bajo el reinado de Cómodo alternativamente ensalzado y abatido, y llamado por último al gobierno de Roma. Hombre de bien, asiduo para los negocios, grave sin orgullo, blando sin flaqueza, prudente sin astucia, frugal sin avaricia, grande sin ostentacion, amigo de la sencillez romana, juzgáronle Leto y los conjurados muy idóneo para reparar el mal causado por aquel á quien habian quitado la vida.

Lleváronle, pues, al campo de los pretorianos, que á pesar de su interesado afecto hácia Cómodo, aceptaron al nuevo emperador mediante la promesa de tres mil dracmas por cabeza, y le condujeron ceñido de laureles al Senado para que su eleccion fuera allí aprobada. Ahogaron los aplausos la voz de Pertinax, cuando rogó á los senadores que le eximieran de tamaña carga: confiriéronle el título de Augusto, de padre de la patria, de príncipe del Senado, y pronunciaron los cónsules su panegírico (3 Enero). No consintió que llamaran Augusta á su esposa, que no lo merecia, ni á su

hijo César mientras no se mostrara digno de ello. A ambos les cedió cuanta fortuna poseia, á fin de que nada tuvieran que pedir al Estado: después con objeto de que no se echara á perder su hijo con el enervante lujo de la corte, le envió á educarse al lado de su abuelo materno.

Pertinax conservó en el trono sus virtudes privadas. Sencillo en su manera de vivir continuó sus relaciones con los senadores de más estima, convidándoles á cenas sin etiqueta, de que se reian los que daban la preferencia á las profusiones sanguinarias de Cómodo. Sin embargo, ellos habian agotado el tesoro hasta el punto que Pertinax se vió obligado á acuñar la plata de las estátuas de su predecesor derribadas al suelo, y á sacar á subasta sus armas, sus caballos, sus vestiduras de seda, sus muebles, así como un carro que señalaba la hora y el camino recorrido (4), sus concubinas y sus esclavos, á escepcion de aquellos que nacidos libres habian sido reducidos violentamente á la servidumbre. Puso á los favoritos del tirano en la necesidad de restituir parte de sus mal adquiridas riquezas, y se sirvió de ellas para pagar á la guardia pretoriana, y además á los acreedores del Estado las pensiones vencidas, y á los que habian sufrido algun perjuicio. Abolió los derechos onerosos que embarazaban el comercio, y eximió de impuesto por término de diez años á los que tornaran á cultivar los desiertos campos de la Italia. Declaró que no admitiria ninguna manda con detrimento de los legítimos herederos, restituyó patria y bienes á los desterrados por causa de traicion, castigó á los delatores, y vedó que se inscribiera su nombre en los parajes de costumbre, diciendo: *Pertenecen al público y no al Emperador.*

Si merecia de este modo el afecto de las personas honradas, las cuales recordaban los nombres de Trajano y Marco Aurelio, no por eso dejaban de ser numerosos los que se aprovechaban del desórden y del silencio de las leyes. Ya los pretorianos echaban de menos á Cómodo, recelando que intentara reformar la disciplina; y Leto, que habia esperado proceder á su antojo bajo un emperador hechura suya, escitaba entre ellos el descontento. Tres dias después de la elevacion de Pertinax quisieron encumbrar al imperio al senador Materno Lascivio, quien se arrancó con esfuerzo de sus manos para correr al lado de Pertinax y protestar de su inocencia. Prestóles oido más benévolo el cónsul Quinto Falcon; y el emperador se quejó de esto sin consentir que fuera condenado. Pero apenas habian trascurrido ochenta y seis dias (30 de Marzo) desde su advenimiento, algunos centenares de pretorianos cruzaron Roma en tumulto y se abalanzaron al palacio que les abrieron los guardias é infames libertos.

Muerte de Pertinax.—Presentándose el emperador á aquellos sediciosos, les reprendió por su rebelion y les hizo observar los males que resultarian de ella; avergonzados algunos de ellos volvian su acero á la vaina, cuando un bátavo atravesó al emperador con su javelina, y los demás imitaron su ejemplo. Envolviéndose Pertinax la cabeza con su toga, espiró bajo sus golpes invocando la venganza del cielo; y su cuerpo fué paseado en triunfo por las calles de la ciudad poseida de espanto.

El imperio á subasta.—Aquí ocurre una nueva escena: anunciando aquella soldadesca que el imperio estaba en venta y se adjudicaria al mejor postor, no tuvo reparo Sulpiciano, suegro del emperador y por él enviado al campo para apaciguar el tumulto, de ceder á su ambicion presentándose á comprar un trono mancillado con el asesinato de su deudo. Mas tambien salian al frente otros competidores; habiendo llegado á oidos de un milanés muy opulento, llamado Didio Juliano, que sin pensar en las calamidades públicas regalaba en aquel instante con un espléndido banquete á sus amigos, estos le escitaron á que se presentara tambien en la subasta. Después de haber vacilado un poco se dirige aquel anciano al campo y puja con Sulpiciano, promete restablecer las larguezas hechas por Cómodo, y de 5,000 dracmas ofrecidas para soldado hace subir la postura á 6,250 pagaderas al contado.

Didio Juliano.— ¡Oh Yugurta, ha encontrado Roma comprador!

Proclamado Didio con grandes voces, es conducido enmedio de los pretorianos á través de las desiertas calles de Roma, luego al Senado, que, después de haberle oido enumerar sus propios méritos y encomiar la libertad de su eleccion, le felicitó en términos obsequiosos por la pública ventura.

Habiéndose dirigido á palacio seguido de la misma comitiva de soldados vió allí el trono de Pertinax y la comida frugal que le tenian preparada; mas no por eso se entibiaron su ambicion ni su prodigalidad. Hizo que le sirvieran con más esplendidez que nunca y pasó la noche á la mesa jugando á los dados y admirando al bailarin Pilades.

Didio elevado á los empleos por Marco Aurelio en virtud de recomendacion de su madre, habia mandado en Germania, y defendido la Bélgica y la Iliria: habia sido cónsul y provisor de víveres en Roma. Cómodo le habia contemplado y Pertinax se mostró su amigo. Prodigaba locamente sus inmensas riquezas. Pero después de haber adquirido el cetro de aquel modo, debió apercibirse de cuan pesado era. Cuando los pretorianos seducidos por el estímulo del dinero y por el nombre de Cómodo que Didio habia tomado, le acompañaron al Senado, no se oyó un solo aplauso entre el pueblo: algunos hasta prorumpieron en injurias, aunque se manifestaba afable y á pesar del dinero que distribuia á la plebe. Aquel vergonzoso método de eleccion escitaba la indignacion en todas partes.

Descontenta la muchedumbre no tarda en sublevarse, é irritada de la resistencia que esperi-

(4) *Vida de Pertinax*, pág. 56.

menta corre á las armas y se abalanza al circo: Didio asistia á los juegos; renuévanse las imprecaciones en contra suya y se llama á los ejércitos de las fronteras para que lleguen á vengar la majestad del imperio, prostituida de aquel modo.

Este grito fué oido, y los ejércitos de Bretaña, de Siria, de Illiria, mandados por Clodio Albino, Pescenio Niger y Septimio Severo, ora por orgullo, ora por rivalidad de los soldados, ora por ambicion de los jefes protestaron contra aquel indigno mando. Clodio Albino, de familia más noble que los demás generales, era natural de Adrumeto en Africa: despues de haber escrito sobre agricultura, abandonó las letras por la espada. Sobre toda ponderacion austero, jamás habia perdonado, y habia mandado crucificar á centuriones por levísimas faltas. Pendenciero en el seno de su familia y con todo el mundo, era tambien gran comilon, de tal modo que se comió de una sola sentada quinientos higos, cien melocotones, diez melones, cien becafigos y cuatrocientas ostras. Mandaba el ejército de Bretaña, cuando al circular la falsa noticia de la muerte de Cómodo, propuso restablecer la república. Esto le hizo caro al Senado y odioso á Cómodo: y solo el puñal de los conjurados le salvó del castigo. Rehusando esta vez prestar obediencia á Didio pudo fácilmente sostenerse en la isla donde mandaba, aunque nunca tomó el título de Augusto.

Pescenio.—Pescenio Niger, natural de Aquino, de fortuna mediana y poca instruccion, llegó á los primeros grados militares como soldado valeroso y capitan escelente. Observador de la disciplina no permitia que los oficiales maltrataran á los soldados; mandó que fueran apedreados dos tribunos que habian sustraido alguna cantidad de la paga, y con gran trabajo accedió á las instancias del ejército que pedia el perdon de diez merodeadores, á quienes queria condenar á muerte por robo de aves. No consentia que se bebiera vino en su campamento, queria que sus criados fueran cargados en las marchas á fin de que no aparecieran ociosos, y el mismo andaba á pié con la cabeza descubierta. Habíase grangeado la estima general en el gobierno tan importante como lucrativo de la Siria, hermanando la energia con una afabilidad benévola; lo cual hizo que al saberse el asesinato de Pertinax le exhortaran todos á apoderarse del imperio; inmediatamente se declararon las legiones de la costa oriental en favor suyo, asi como todo el pais desde la Etiopia hasta el Adriático; y recibió las felicitaciones de los monarcas que reinaban allende el Tigris y el Éufrates.

Al celebrarse la solemnidad de la aclamacion, Pescenio interrumpió al orador que pronunciando el panegírico acostumbrado, le comparaba á Mario, á Aníbal y á otros grandes capitanes. *Cuéntanos más bien*, le dijo, *lo que hicieron imitable. Es propio de un adulador alabar á los vivos y especialmente al emperador, que puede distribuir recompensas y castigos. Mientras viva deseo agradar al pueblo, cuando muera hareis mi elogio.*

Poseia aquellas modestas virtudes estimables en el segundo puesto y en el primero insuficientes. En vez de conciliarse Pescenio los ejércitos de Occidente y de marchar sobre Italia, donde urgia su presencia, se detuvo en la voluptuosa Antioquia, persuadido de que su elevacion no seria disputada ni manchada con sangre de ciudadanos.

Septimio Severo.—Entretanto acababa de manifestarse un rival más hábil que él; este era Septimio Severo, nacido en Leptis, en el Africa Tripolitana, de una familia senatorial. Instruido en las letras, en la elocuencia, en las artes liberales y en la jurisprudencia, habia desempeñado magistraturas y mandado ejércitos; activo de cuerpo y de espíritu, enemigo del fausto y de la glotoneria, violento y tenaz en el amor como en el odio, ocupándose del porvenir y de los medios de esplotarlo en su provecho, pronto á sacrificar reputacion y probidad á la ambicion, era inclinado á la avaricia y más aun á la crueldad. La astrologia, aquella pasion de sus compatriotas, le habia acariciado con la esperanza del imperio; lo cual le indujo á contraer matrimonio con una siria llamada Julia, porque los astros la habian prometido que seria esposa de un soberano; y en tiempo de Cómodo fué acusado de haber consultado á los adivinos para averiguar si llegaria á emperador.

Al saber la muerte de Pertinax mandaba el ejército de Panonia; entonces reunió á los soldados, á quienes revela la infamia de los pretorianos, y les escita á la venganza en un elocuente discurso y con la promesa más elocuente todavia de un donativo doble que el de Didio. Enseguida con la prontitud que exigia el caso, escribe á Albino, prometiendo adoptarle y en nombrarle César, y absteniéndose de todo paso cerca de Pescenio, por creerlo incorruptible, se adelanta hácia Italia sin otorgar descanso á las tropas ni á sí propio.

Asustado Didio de aquellas siniestras nuevas que se sucedian rápidamente, hacia fortificar Roma y su mismo palacio, cual si hubiera cabido en lo posible defenderse; pero los pretorianos, idóneos solamente para la rebeldia, temblaban al oir el nombre de las invencibles legiones de la Panonia, y de su gran caudillo. Si al salir de los teatros ó de los baños querian ejercitarse en el manejo de las armas, apenas sabian sostenerlas; tiraban los elefantes al suelo á sus inhábiles conductores; maniobraba mal la escuadra de Misena; se reia el pueblo y se regocijaba el Senado.

Presa Didio de la incertidumbre, unas veces hacia que Severo fuera declarado enemigo de la patria, otras pensaba en asociársele al imperio: un dia le enviaba mensajes, al siguiente asesinos. Mandó que salieran de la ciudad las vestales y los colegios de sacerdotes para ir al encuentro de las legiones, si bien recibió una rotunda negativa. Armó á los gladiadores de Capua, aspiró (5) á con-

(5) DION, LXXIII, *Vida de Didio*, pág. 62.

jurar la tempestad con ayuda de ceremonias mágicas y de la sangre de gran número de niños.

Pero los soldados de la Umbria que custodiaban el Apenino se pasaron á las filas de Severo: otro tanto hicieron los pretorianos inmediatamente que se les prometió perdonarles de todo castigo, á condicion de que los asesinos de Pertinax le serian entregados. Luego que el Senado se aseguró de que estaban presos, decretó la muerte de Didio, adjudicó el imperio á Severo y tributó á Pertinax honores divinos.

Muerte de Didio, 2 Junio.—Fueron diputados senadores ilustres cerca de Severo, y enviados asesinos á Didio, á quien encontraron sollozando y enteramente propicio á ceder el imperio con tal de que le dejaran la vida. *¿Qué daño he hecho?* clamaba. *¿Hé quitado por ventura á nadie la existencia?* Mas tuvo que pagar con su sangre los sesenta y cuatro dias de reinado que habia comprado con su oro.

Severo, que en cuarenta dias habia andado con su ejército ochocientas millas desde Viena á Roma, obtuvo el apetecido imperio sin más asesinatos. Antes de entrar en Roma mandó reunir á los pretorianos vestidos de toda gala dentro de un cuadro formado por sus guerreros, y subiendo á su tribunal les reconvino por su perfidia y por su vileza, ordenándoles entonces entregar sus caballos y sus enseñas, les licenció por traidores y les desterró á cien millas de Roma. Después dispuso que fueran ejecutados los asesinos de Pertinax, y apenas le hubo tributado fúnebres honras, se dedicó á adular al pueblo y al Senado; pero si algunos le creian sincero, sospechaban muchos que fuera un trasunto de Tiberio.

En sustitucion de los pretorianos, á quienes habia espulsado, escogió cuádruple número de ellos, no solo en Italia, España y Macedonia, sino tambien entre sus valientes soldados, sin atender á la provincia de que eran naturales; de aquí resultó un nuevo gravámen en las cargas públicas. Aquellos cincuenta mil hombres, flor y nata de los ejércitos romanos, debian ser considerados por las legiones como sus representantes y destruir todas las probabilidades de una rebelion. Así cada uno de los soldados tuvo esperanza de entrar en el cuerpo de los pretorianos, mientras que despojada así de su privilegio la juventud romana, se lanzó á la vida de bandoleros ó al oficio de gladiadores.

Siempre fué en aumento la autoridad del perfecto del pretorio, pues continuó á la cabeza del ejército, y reunió además en sus manos la administracion de las rentas y de la justicia.

Ora fuese por gratitud ó por condescendencia política, Severo concedió á los soldados el anillo de oro y el aumento de sueldo, lo cual fomentó su lujo y su molicie. Cada vez se relajó más la disciplina, y ostentando los oficiales fausto y refinamiento en todo, escitaron á los soldados á imitar su ejemplo.

Esto no aconteció sino posteriormente: entonces Severo se puso en marcha al frente de tropas aguerridas y leales para asegurarse el imperio que tan fácilmente habia adquirido y empeñó la lucha contra sus dos rivales: lucha en que ya no se trataba de vencer á bárbaros, sino á tropas en que habia paridad de armas, de táctica y de fuerzas. Sobresalia Severo por la velocidad, la mala fé y el golpe de vista; prometia y faltaba á su palabra; ambos contaban con lo que decia, y quedaban burlados. Cuando partió con direccion á Oriente, en vez de declarar su intento de combatir contra su competidor, anunció que apetecia restablecer el órden en las provincias. Hablaba de Niger con la miel en los labios como de un generoso vengador de Pertinax y de un antiguo amigo; hasta se proponia, segun propalaba, hacerle sucesor suyo. Hizo que se educaran los hijos de éste, á quienes habia mandado poner presos, con los suyos propios. No obstante rehusó asociársele al trono é indujo al Senado á que le condenara al destierro. Tenaz en sus proyectos, derrotó posteriormente (194), á poca distancia de Cízico á Emiliano, general de Pescenio, y enseguida á éste cerca de Nicea.

Muerte de Niger.—No reputándose aun por vencido después de este doble desastre, allegó Niger nuevas tropas y fortificó los desfiladeros del Tauro; pero batido nuevamente en Iso, en el mismo punto que Dario, fué muerto cerca de Antioquia, en el momento en que procuraba refugiarse al pais de los partos.

Severo ejerció crueles venganzas con los parciales de su antiguo amigo: condenó á muerte á los senadores que le habian servido como tribunos ó como generales, desterró á los demás y confiscó sus bienes. Muchos de los que tenian cargos inferiores, fueron sentenciados al suplicio. Envolvió en la condena de los padres á los hijos, que habia guardado en rehenes, y esterminó la familia de su antagonista. Arrancó sus privilegios á las ciudades que se habian declarado en favor de este, especialmente á Antioquia, que sometió á Laodicea. Aquellos que de grado ó por fuerza habian suministrado dinero á Niger, tuvieron que aprontarle el cuádruplo de aquella suma; y en vano se alzaban quejas de todas partes, pues no hacia de ellas ningun caso.

En el calor de la victoria pasa el Éufrates, cae sobre los habitantes de la Osroene y de la Adiabena, que durante las últimas disensiones habian dado muerte á los romanos y sacudido su ominoso yugo. Después de haberles vencido penetra en Arabia para castigarla por haber abrazado el partido de Niger; hace enseguida la guerra á los partos, conquista parte de la Mesopotamia, que reduce á provincia con Nisibe, su capital, y pone asedio á Bizancio. Esta ciudad, la más populosa y estensa de la Tracia, admirablemente fortificada, y cuya escuadra ascendia á quinientas velas, se defiende con estremado denuedo, arrojando al enemigo hasta las estátuas de los héroes y de los dioses. Al cabo el hambre la obliga á rendirse después

de tres años de resistencia, y no perdonando el vencedor á hombres ni á edificios, destruye el principal baluarte del imperio contra los bárbaros.

Albino, que hubiera debido moverse mientras Severo se hallaba ocupado en Oriente (197), olvidando sus veleidades patrióticas, desde que éste le habia dado el título de César, se durmió halagado por sus promesas. A la sazon se encontró solo contra un ejército ensoberbecido por la victoria. Conocedor Severo de que le tenia tanto afecto á aquel el Senado, como odio le profesaba á él, no osaba romper con él abiertamente y le escribia lisongeras cartas; pero al mismo tiempo despachaba emisarios para que le asesinaran. Su deslealtad fué descubierta y pregonada por Albino, que tomando el título de emperador pasó á la Galia y vió reunirse entorno suyo personajes de nota.

Muerte de Albino. —Severo sacrifica entonces á una doncella para analizar en sus entrañas cual seria el desenlace de la guerra (6), y hace frente á Albino con formidables fuerzas (17 febrero). Ciento cincuenta mil romanos llegan á las manos unos contra otros cerca de Lion; prolóngase indecisa la batalla entre dos ejércitos de igual bravura: corre gran riesgo la vida de Severo, quien al fin alcanza la victoria, y Albino, herido mortalmente espira á los piés de su competidor, quien con bárbara alegria hace que le pisotee su caballo, y le abandona á los perros en el umbral de su tienda.

Habia bastado á Severo ocupar á Roma para encontrarse soberano del imperio; dos batallas le habian hecho vencedor de la faccion de Niger, una sola la de Albino; tan de poca monta era para el pueblo saber á quien debia prestar obediencia. Hasta los mismos soldados combatian por la gratificacion, y no por opinion ó por un sentimiento de preferencia. Caido un soberano aspiraban á las liberalidades de otro, y querian tener su parte en el saqueo de las provincias que tardaban á implorar clemencia.

El deseo de venganza no fué adormecido en Severo por la seguridad: aunque prometió indulto á la mujer y á los hijos de Albino, mandó que fueran degollados y arrojados al Ródano, así como todos sus deudos y amigos, cuyos bienes enriquecieron á sus soldados y á él mismo. Al enviar al Senado la cabeza de Albino se quejó en la carta burlona que la acompañaba de las disposiciones de los padres conscriptos respecto de su persona; y haciendo el elogio del reinado de Cómodo, añadia: *Vosotros que le amais* (á Albino), *contemplad en esa cabeza lívida los efectos de mi resentimiento.* De vuelta en Roma profirió posteriormente en la curia injurias contra Albino, leyó las cartas dirigidas á aquel, y ensalzó las precauciones tomadas por Mario, Sila, Augusto, diciendo que Pompeyo y César habian perecido en virtud de una clemencia intempestiva. No quedaron desmentidas con los hechos las palabras; y en el trascurso de pocos dias cayeron cuarenta y dos senadores consulares ó antiguos pretores, inmolados con otros muchos á la venganza, á la envidia, á la avaricia del emperador. Hizo deificar á Cómodo y ejecutar á Narciso que le habia ahogado: luego partió á nuevas lides.

Desde Brindis se dirigió á Siria y á Nisibe de Mesopotamia para repeler á los partos. Habiendo pasado el Éufrates se apoderó de Seleucia y de Babilonia que encontró abandonadas, y tomó á Ctesifonte, capital del enemigo, después de una larga resistencia y de pérdidas considerables, causadas por las enfermedades y el hambre (198). Roma recibió órden de alegrarse por aquellos triunfos, y enmedio de las fiestas proclamó augustos á sus dos hijos Caracalla y Geta.

5.ª persecucion contra los cristianos. — Severo toma algun descanso en Siria: después visita la Arabia y la Palestina, donde prohibe la religion hebráica ó cristiana, de lo cual proviene una persecucion nueva. Quiso ver los monumentos de Egipto; y los alejandrinos obtuvieron de él un consejo público, que hasta entonces les habia sido negado. De órden suya se recogieron en los templos los libros relativos á las ciencias ocultas, y él los encerró en el sepulcro de Alejandro Magno, queriendo que nadie fijara sus ojos en aquellos libros ni en el monumento.

Durante aquel tiempo no se olvidaba, como dice Tertuliano, de espigar algunos de los fautores de Niger y de Albino, y de desembarazarse de los que le hacian sombra. Habia depositado toda su confianza en Flavio Plauciano, prefecto del pretorio, cuyo elogio hacia de contínuo en sus conversaciones familiares y en el Senado, procediendo á semejanza de Tiberio respecto de Sejano. Senadores y soldados ofrecian á aquel favorito estátuas, votos, sacrificios como al emperador, y juraban por la fortuna de Plauciano. Solo por su mediacion se llegaba á presencia del emperador, y disponia de todos los empleos. Así abusaba de su autoridad hasta el punto de conducir á la muerte á personajes ilustres sin informar siquiera á Severo (202), que le creia lleno de celo y de probidad, colmándole de honores, y casando á su hija Plautila con Caracalla. Dion dice que el dote que ella le llevó hubiera bastado á cincuenta reinas. Cien personas de familias nobles, y padres con hijos algunas, fueron reducidas para su servicio á la condicion de eunucos.

Envidioso Severo á causa de las muchas estátuas erigidas á Plauciano en Roma, ordenó que fueran derribadas; y viendo en esto ciertos gobernadores una señal de desgracia, se apresuraron á hacer lo mismo en sus provincias, lo cual valió á los unos la destitucion y á otros el destierro; declaró en su consecuencia el emperador que todo el que faltara á Plauciano seria castigado severamente.

No debia ser duradero aquel esceso de privanza. Descontento Caracalla del fausto de Plautila, concibió tanto odio hácia ella y hácia su suegro, que

(6) Suidas, pág. 257.

juró su pérdida. Informado Plauciano de sus disposiciones proyectó apoderarse del trono asesinando á Caracalla y á Severo; mas instruido éste muy pronto de lo que se preparaba, le llamó á su lado, y al entrar en el aposento se lanzó á él Caracalla é hizo que le degollaran en aquel mismo sitio, después de lo que podria denominarse un reinado de diez años (204).

Papiniano.—Su hija y sus cómplices fueron desterrados ó condenados á muerte: sustituyóle como prefecto del pretorio el famoso jurisconsulto Papiniano, quien se asoció, á fin de juzgar mejor los procesos, otros dos célebres legistas, Paulo y Ulpiano. Con su asistencia promulgó el emperador leyes de gran justicia, aunque de severidad estremada. Las decretó y las ejecutó por sí mismo despóticamente, porque habituado á la vida de los campamentos, y sabiendo cuanto le aborrecia el Senado, desdeñó y holló con sus plantas aquel simulacro de poder intermedio respecto de los súbditos y del soberano. Jamás otorgó gracia, si bien, una vez aniquilados sus enemigos, hizo florecer el imperio. No dejando que le asediaran los libertos, y no confiriéndoles funciones públicas, corrigió los abusos que se habian introducido desde Marco Aurelio. Habia hallado agotado el tesoro: después de su muerte lo dejó atestado de oro, y los almacenes quedaron llenos de trigo para siete años (7), de aceite para cinco; pues habia adoptado sus disposiciones para la distribucion á perpetuidad de cierta cantidad de aceite á cada ciudadano. Voluntariamente y para honrar al emperador, nacido en su seno, y por gratitud de haber reprimido á los bárbaros, de quienes sufria frecuentes devastaciones, ofreció la Libia Tripolitana gran porcion de aceite (8).

Severo levantó nuevos monumentos dentro de Roma y restauró los antiguos: otro tanto hizo en Antioquia, en Alejandria y en todas las grandes ciudades, que olvidaron la guerra civil, y de las cuales muchas se consideraron como colonias suyas adoptando su nombre. Obtuvo el pueblo espectáculos y larguezas, y le debió la paz interior que supo mantener siempre.

Guerras en Britania.—Ya cuando se lidiaba en Oriente habian hecho los caledonios una incursion en la Bretaña; y teniendo pocos soldados á su disposicion, Lupo que la gobernaba, hubo de comprar la paz á peso de oro. Posteriormente se sublevó la parte septentrional de la isla, talando el territorio, y espulsando de allí á las legiones. A la sazon acudió Severo llevando consigo á sus dos hijos, para arrancarles de una vida desordenada (208). Espantados los bretones solicitaron la paz sin obtenerla; pero aunque jamás hubo una batalla en línea, las contínuas escaramuzas de los caledonios, unidas á las fatigas de la guerra, hicieron perder á los romanos cincuenta mil hombres (9).

Persiguiendo al enemigo sin tregua Severo, á pesar de su edad avanzada y de la gota, y llevándolo todo á sangre y fuego hasta sus más inaccesibles guaridas, les obligó á la paz: á fin de separar luego sus nuevas conquistas del pais que quedaba independiente, alzó sobre el istmo una muralla de un mar á otro entre el Forth y Clyde. Poco tiempo continuaron tranquilos los caledonios: sabedores de que Severo se hallaba enfermo, hicieron una nueva irrupcion, y el emperador envió á Caracalla con el encargo de emprender una guerra de esterminio.

Este príncipe habia causado con su infame conducta la enfermedad de su padre: intentó asesinarle en una batalla, impeliéndole su ambicion á abreviar los dias del anciano emperador. Como se hallara á la sazon á la cabeza de un ejército le pareció ocasion oportuna de dar cima á sus inicuos planes. Ya antes de partir de York cierto número de soldados y de tribunos habian negado obediencia al achacoso viejo. Severo reconvino al ejército y mandó decapitar á los más delincuentes, si bien perdonó á su hijo; y este acto de clemencia, único en su vida, fué más pernicioso para el mundo que todas sus crueldades. Entre tanto el pesar acabó de roerle y consumirle.

Muerte de Severo, 211, 4 febrero. — Conociendo que se acercaba el término de su existencia, hizo leer á sus dos hijos el discurso que Salustio pone en boca de Micipsa para exhortar á sus herederos á la concordia: les recomendó especialmente (y en esto estriba la principal habilidad de los tiranos) grangearse el afecto de los soldados con liberalidades, sin ocuparse de lo demás un solo punto. Mandó trasladar la estátua de oro de la Fortuna al aposento de Caracalla, luego al de Geta, y esclamó de este modo: *Lo he sido todo y todo es nada* (10). Enseguida pidió la urna preparada para recibir sus cenizas, añadiendo: *Encerrarás a aquel para quien fué pequeña la tierra.* No pudiendo soportar

(7) A razon de setenta y cinco mil modios por año.
(8) Constantino la rescató de este tributo.

(9) Sobre la conquista de la Bretaña por los bretones y cimbrios y el nombre que se le dió de Armórica, tuvieron poco ha vivas discusiones el profesor V. de Vit, Mommsen, J. Loth y otros. Macpherson atribuyó á la época de esta espedicion los poemas de Osian y su Fingal imaginario, de que tanto se habló en el pasado siglo, y que valió á un poeta mediano ser comparado á Homero y á la Biblia. Haciendo celebrar por el ciego padre de Malvina las victorias del rey de Morven á orillas del Carun, donde *Caracul, rey del mundo, huye á través de los campos de su orgullo,* no hizo memoria de que el nombre de Caracalla introducido más tarde, no estuvo en uso hasta después de la muerte del emperador, conocido entonces solo bajo el de Antonino. Esta observacion es de Gibbon. Llamaban los galos *caracalla* á cierta túnica larga: como la adoptó el hijo de Severo, y mandó que se distribuyeran al pueblo túnicas de esta clase no admitiendo á su lado sino á los que la llevaban, se le dió el sobrenombre de Caracalla.

(10) *Omnia fui. et nihil expedit.* Historia Augusta, 71.

sus espasmos quiso que le sirvieran veneno, y como se negaran á proporcionárselo comió hasta ahogarse.

Su apoteosis.—Frisaba en los sesenta y seis años de los cuales habia reinado diez y siete y ocho meses. Su efigie de cera fué colocada sobre un lecho de marfil con paños de oro; y por espacio de sjete dias se agolparon entorno senadores vestidos de negro y damas con traje blanco. Continuaron los médicos con toda regularidad sus visitas, anunciando los progresos del mal hasta el séptimo dia, en que la muerte fué declarada oficialmente. Entonces fué llevado el lecho fúnebre al foro en hombros de caballeros, acompañado de senadores y de la juventud que entonaba himnos en loor del difunto. Habíase levantado en el campo de Marte una magnífica pirámide de madera con cuatro cuerpos, conteniendo cuatro aposentos uno encima de otro, estrechándose gradualmente. Colocóse en el segundo el simulacro de Severo, cubierto de aromas y de flores; y después de verificarse por los caballeros en derredor de la pirámide carreras de caballos, se la prendió fuego: entonces remontó su vuelo un águila desde el centro de las llamas, símbolo del alma de Severo ascendiendo á la mansion de los dioses.

Cuando cesaron de hacer temblar sus crueldades se encomió sobremanera la justicia de sus leyes, y la perversidad de su sucesor le valió ser comparado á Augusto. Si consideramos no obstante que estirpó los últimos vestigios de la república hollando al Senado, y que introdujo tanto con la práctica como con las doctrinas el sistema despótico, habremos de pedirle cuenta del abuso que sus sucesores hicieron de este sistema y de la ruina á que precipitó el imperio.

CAPÍTULO XXII

DESDE CARACALLA Á ALEJANDRO.—RESTAURACION DEL IMPERIO PERSA.

Aquella Julia Domna, con quien se habia casado Severo á consecuencia de predecirle las estrellas por marido un soberano, poseia, independientemente de su hermosura, una imaginacion viva, un alma enérgica, y un notable buen sentido, Instruida en artes y letras fué protectora de los hombres de talento, cuyas alabanzas no alcanzaron á adormecer ciertas aventuras escandalosas. Jamás tuvo ascendiente sobre su marido, austero y celoso: pero en tiempo de su sucesor administró con moderacion y prudencia.

Caracalla.—Caracalla y Geta, sus hijos, uno de veinte y tres y otro de veinte y un años, juntaban á la indolencia natural de los que nacen bajo la púrpura, monstruosos vicios y estremada animosidad uno contra otro. Su padre habia puesto por obra consejos y reconvenciones para ahogar aquella enemistad: hacia particular estudio en tratarles con igualdad perfecta, hasta conceder á ambos (cosa inusitada) el título de augustos. Pero Caracalla consideró esto como un ultraje, y Geta aspiró á conciliarse la voluntad del ejército y del pueblo. Pudo, pues, decir Severo sin ser profeta: *El más fuerte de los dos matará al otro, y al que sobreviva le perderán sus propios vicios.*

No bien hubo cerrado los ojos cuando los dos augustos pusieron término á la guerra, abandonando los paises recientemente conquistados, para presentarse cada uno de ellos en Roma. Proclamados ambos por el ejército, uno y otro ejercieron una autoridad independiente. ¿Cabia en lo posible aguardar que gobernaran de concierto? En el camino jamás habian comido juntos, ni dormido bajo un mismo techo: al llegar á Roma se repartieron el palacio que era más espacioso que la ciudad toda (1), fortificando uno contra otro la parte que se reservaba, y colocando allí centinelas. Nunca se encontraban sino con la injuria en los labios y la mano en la empuñadura de su espada.

Muerte de Geta, 17 febrero 212.—A fin de evitar una guerra inminente entre los dos hermanos, se les propuso repartirse el imperio; pero la emperatriz les hizo renunciar á un tratado que, rompiendo la compacta unidad del Estado, produciria una guerra civil, y el predominio de un partido sobre el otro; ó el quebrantamiento de ambos. Determinó á Caracalla á celebrar una entrevista con Geta en su aposento para reconciliarse; pero el primero degolló al otro en los brazos de su madre.

En lucha con sus remordimientos y con la satisfaccion de su delito, huye el monstruo al campo de los pretorianos: se prosterna ante las estátuas de los dioses, y anunciando que acaba de libertarse de las emboscadas de su hermano, declara que quiere vivir y morir con sus leales soldados. Estos preferian á Geta; mas una vez dado el golpe, tuvieron por mejor disimularlo: además una gratificacion de 2,500 dracmas, concedida á cada uno de ellos, contribuyó á adormecer los murmullos. Su padre le habia dicho: *Házte amar de los soldados y esto basta:* nada tenia que recelar del Senado: á fin de distraer al pueblo permitió Caracalla que deificaran á Geta: *Sea dios* (divus) *con tal de que no esté vivo* (vivus), y consagró á Serapis la espada con que le habia atravesado.

Pero las furias vengadoras desgarraron al fratricida. En medio de las ocupaciones, del libertinaje, de las lisonjas, se le aparecian amenazantes las imágenes de su padre y de su hermano. A fin de borrar todo recuerdo de su víctima amenazó de muerte á Julia, que le lloraba; hizo perecer á Fadila, última hija de Marco Aurelio, derribó las estátuas de Geta, y fundió las monedas acuñadas con su efigie: hizo en fin degollar á veinte mil personas por la amistad que á este príncipe les unia. Mandó á Papiniano, á quien aborrecia porque

(1) HERODIANO. Nada tiene esto de improbable, si se comprenden en este espacio los jardines.

Severo le habia recomendado velar por la administracion del Estado, y mantener la concordia en su familia, escribir una apologia de su fratricidio, como lo habia hecho Séneca respecto de Neron; pero Papiniano le respondió: *Es más fácil cometer un delito que justificarlo*, y murió intrépidamente, sellando así el renombre que le habian conquistado sus conocimientos, sus funciones públicas y sus obras.

Habituado desde entonces á la sangre, nunca cesó de derramarla, y bastó á un senador ser rico ó virtuoso para ser delincuente. Un año después de la muerte de Geta salió de Roma para no tornar nunca á su recinto, y recorrió las diversas provincias, con especialidad las de Oriente, satisfaciendo con avidez su sed de suplicios, no solo contra los magnates y los ricos, sino contra todo el género humano.

Donde quiera que se hallaba debian prepararle los senadores banquetes y diversiones de enormes dispendios, que abandonaba enseguida á sus guardias; levantarle palacios y teatros, en que ni siquiera fijaba los ojos y que mandaba demoler acto contínuo. A fin de hacerse popular vestia al uso de cada uno de los paises. En Macedonia, como testimonio de su admiracion respecto de Alejandro, hizo organizar un cuerpo de su ejército segun el modelo de la falange, dando á los oficiales los nombres de aquellos que habian servido á las órdenes del héroe macedonio. Fué idólatra de Aquiles en Asia; donde quiera cómico y verdugo. En la Galia derramó torrentes de sangre, y mandó dar muerte hasta á los médicos que le habian curado. Para vengarse de una sátira decretó una matanza general de alejandrinos: y desde el templo de Serapis dirigió la carniceria de muchos miles de infelices, delincuentes todos, segun escribia al Senado. Abolió en Alejandria las reuniones literarias, espulsó á los extranjeros, á escepcion de los mercaderes, y separó los barrios con murallas guarnecidas por tropas.

Prodigaba oro á farsantes, á cocheros, á cómicos, á gladiadores; y echando mano á su espada, respondió á Julia que le dirigia reconvenciones: *Mientras tenga ésta, nunca me faltarán riquezas.* Sin embargo, cuando hubo disipado el inmenso tesoro de Severo llegó hasta á fabricar moneda falsa. Por lo demás, no se ocupaba ni de negocios ni de justicia: confiados se hallaban los primeros puestos del Estado á libertos, histriones y eunucos. ¿Qué importaban las querellas del mundo entero? *Házte amar de los soldados, y esto basta.* Pues bien, Caracalla los colmó de larguezas mayores que las de su padre, sin refrenarlos con igual energia. Cada año les distribuia 70,000,000 de dracmas sin contar el sueldo que aumentó bastante. Les consentia apoltronarse dentro de sus cuarteles, y provocaba su familiaridad imitando su modo de vestirse, sus hábitos y sus vicios.

Muerte de Caracalla.—Natural era que fuese amado por ellos y que le ampararan contra el odio de los demás. La perfectura del pretorio, que, como ya hemos dicho, abarcaba entonces todas las atribuciones del poder supremo, habia sido dividida entre Avento para lo militar, y Opilo Macrino para lo civil. Predijo el imperio á este último un adivino africano. Caracalla supo tal noticia en Edesa, en el momento en que dirigia un carro, y remitió el despacho á Macrino. Este comprendió al punto que le cumplia inevitablemente morir ó darle la muerte. Abrazó este postrer partido y compró al centurion Marcial, que descargó el golpe sobre Caracalla en el intante en que se dirigia al templo de la luna en Carres (8 de abril de 218). Tenia veinte y nueve años; y Julia, su madre, que no queria sobrevivirle, se dejó morir de hambre.

Este mónstruo es memorable por haber declarado ciudadanos romanos á todos los súbditos del imperio (2), no por generosidad, sino por someter así á los habitantes de las provincias al derecho del vigésimo sobre las sucesiones, derecho que solo pesaba sobre los ciudadanos (3). Así cumplia después de siete siglos la constitucion de Servio Tulio en virtud de la cual se podia entrar en el patriciado por mérito ó por dinero, y la Italia quedaba reducida á provincia no diversa de las otras.

Tambien hizo algunas guerras, primero contra los catos y los alemanes, cuyo nombre suena á la sazon por la vez primera. Aun cuando acreditó personal bizarria, llegó á comprar á los bárbaros una paz vergonzosa. Hechas prisioneras algunas mujeres alemanas y viéndose puestas en venta, se suicidaron despues de dar muerte á sus hijos. Entonces se sublevaron en contra suya todos los pueblos de la Germania, por querer parte delos tesoros romanos ó una guerra ilimitada: prefirió aquél el primer partido. Sin embargo, no recibió á los embajadores, sino solo á sus intérpretes, á quienes mandó asesinar al punto para que no pudieran dar testimonio de su ignominia. Arrancó la vida al rey de los cuados; y habiendo llamado á las armas á los jóvenes de la Retia, ordenó que fueran degollados todos. En esto sobresalia su bravura.

Se proponia atacar á los partos debilitados por sus disensiones intestinas, si bien quiso mejor trasladarse á Armenia y á Osroene, en paz con los romanos; y habiendo invitado á Tirídates á acudir á Antioquia, lo retuvo prisionero. De este modo pudo reducir la Osroene á provincia; pero zozobró su proyecto contra la Armenia. Sin declaracion de guerra penetró así mismo en el territorio de los partos esterminando á los habitantes, destruyendo las aldeas y propasándose hasta á soltar fieras en

---

(2) *Fecisti patriam diversis gentibus unam*
Urbem fecisti quæ prius orbis erat.
RUTILIO, *Itinerario.*

(3) Algunos atribuyen esta ley á Marco Aurelio. J. G. MANAERI. *Commentatio de M. Aur. Antonino constitutionis de civitate universo orbi dato auctore.* Halle, 1772. Quizá le habia puesto restricciones que Caracalla abolió.

pos de los míseros fugitivos: es lo cierto que jamás vió la cara al enemigo, sin que por eso dejara de vanagloriarse en el Senado de haber vencido al Oriente; y al concederle aquel cuerpo los honores del triunfo, le dió los títulos de Germánico, Gético, Pártico. Helvio Pertinax, hijo del emperador asesinado, dijo que el único sobrenombre que le convenia era el de *Gético*, aludiendo al asesinato de Geta, y pagó estas palabras con la vida.

Macrino.—Por espacio de tres dias estuvo vacante el imperio del mundo, y al cuarto, no ocurriendo á quien dárselo, proclamaron los pretorianos á Macrino (12 de abril de 218), quien fingiendo rehusarlo y deplorar la muerte de Caracalla, se apresuró á distribuir donativos, promesas, y á promulgar una amnistía. Era natural de Argel, y Plauciano le habia confiado la intendencia de sus bienes porque era versadísimo en el estudio de las leyes. Desterrado á Africa por Severo, ejerció allí la profesion de abogado hasta el momento en que fué nombrado para la prefectura del pretorio; funciones que desempeñó con toda la equidad que se puede aplicar bajo un tirano á la resolucion de los negocios.

Cuando el Senado recibió el despacho en que Macrino le anunciaba que *Caracalla habia sufrido la suerte de que parecia digno, y que el ejército le habia elegido por sucesor suyo*, aquel cuerpo, perplejo hasta entonces, se desahogó en imprecaciones contra el difunto é infamó su memoria, y prodigando á Macrino más honores que á otro alguno, dió el título de César á su hijo y el de Augusta á su esposa. Le suplicó que castigara á los ministros de Caracalla y esterminara á los delatores. Macrino le permitió desterrar á algunos senadores y á ciertos ciudadanos, como tambien crucificar á los esclavos y libertos que habian denunciado á sus amos. Por otra parte consintió en que el ejército deificara á Caracalla, y el Senado siempre docil prestó su asentimiento.

Proponiéndose Macrino aplicar remedio á los desórdenes del reinado precedente con la abolicion de los edictos contrarios á las leyes de Roma, castigó con el suplicio del fuego el adulterio, cualesquiera que fueran la condicion y clase de quien lo cometia: obligó á los esclavos fugitivos á luchar con los gladiadores: á veces dejó á los reos morir entre las angustias del hambre: pronunció la pena capital contra los delatores que no probaban su acusacion, y cuando la probaban les otorgó la recompensa ordinaria de la cuarta parte de los bienes del acusado, aunque declarándoles infames. Alternativamente castigó ó indultó á los que conspiraban en contra suya. Semejante rigidez y la destitucion de personajes ilustres cuyas funciones confió á sugetos sin mérito ni nobleza, produjeron imponderable descontento: se tuvo á deshonra ver ocupado el trono por un hombre que ni siquiera figuraba como miembro del Senado, sin que tampoco compensara lo ínfimo de su orígen ninguna cualidad eminente.

Ya fuera por justicia ó por miedo restituyó el emperador la libertad á los prisioneros hechos á los partos por Caracalla; pero envalentonado con la moderacion de los romanos, Artaban IV, que juntaba un ejército para vengar el recibido ultraje, exigió que reedificaran las ciudades destruidas por Caracalla, que restituyeran la Mesopotamia y pagaran una multa por el insulto hecho á las sepulturas de los reyes partos. Al saber su negativa atacó á las legiones cercanas de Nisibe, las derrotó, y solamente concedió la paz al precio de 50.000,000 de dracmas. El restablecimiento de Tirídates en su trono aplacó á los armenios.

Aquellas derrotas consistian principalmente en la falta de disciplina de las tropas: de consiguiente Macrino buscó los medios de restablecerla. Desde las ciudades, donde se enervaban en la molicie, trasladó á los campos los cuarteles de los soldados, prohibiéndoles acercarse á las poblaciones, y castigándoles severamente la más lijera falta. Hasta quiso disminuir el sueldo de las tropas, que alzaron entonces unánimes clamores echándole en cara sus suntuosos solaces de Antioquia y la hipocresia con que habia fingido lamentarse del asesinato de Caracalla, ordenado por él mismo.

Heliogábalo.—Atizaba el fuego de la sedicion Julia Mesa, hermana de Julia Domna, que juntaba la sagacidad de una mujer al valor un hombre. Macrino le habia dejado inmensas riquezas, confinándola, no obstante, á Emesa, en Fenicia, con sus dos nietos Vario Avito Basiano, de edad de trece años, y Alexiano, que tenia nueve. Habia consagrado el primero al sol, adorado en aquella ciudad bajo la forma de un cono de piedra negra. Llegó á ser gran sacerdote del dios, y á consecuencia del nombre que se le daba en aquel territorio, fué llamado Heliogábolo (4). Por su dulzura y afabilidad se hizó amar de los soldados del campamento de Macrino, asentado á poca distancia; y todavia fué mayor el cariño de las tropas cuando Julia Soemis, hija de Mesa, divulgó el rumor de que le habia tenido de Caracalla, haciendo á la ambicion el sacrificio de su honra. Sostuvo esta opinion con indecibles larguezas, y no se necesitó más para determinar al ejército á proclamarle emperador bajo el nombre de Marco Aurelio Antonino Heliogábalo (218). Fué asesinado Ulpio, prefecto del pretorio, enviado para apaciguar el tumulto. Después de titubear Macrino entre el rigor y la indulgencia, acabó por declarar á Heliogábalo enemigo de la patria: proclamó Augusto á su propio hijo Opilio Diadumeno, y prometió á cada soldado 5,000 dracmas, y al pueblo 150 por cabeza. A pesar de tamaña liberalidad, se declaró el ejército en favor del jóven emperador. Dieron muerte los soldados á sus oficiales para sucederles en sus bienes y en sus grados, segun se les habia prometido.

(4) Se ha discutido mucho á fin de averiguar si debe decirse Hliogábalo, de *Ela*, dios, *gabal*, formar, dios criador ó Heliogábalo, de la voz griega *elios*, sol.

Muerte de Macrino.—Enseguida se dió una batalla en los confines de la Siria y de la Fenicia, donde Heliógabalo, su abuela, mujeres y eunucos desplegaron valor y firmeza, á la par que Macrino decidió la victoria de su rival con su intempestiva fuga. Alcanzado en Arquelaida de Capadocia, le conducian á presencia del vencedor, cuando sabedor de que se habia cortado públicamente la cabeza á su hijo, por dos conceptos ilustres, se precipitó desde el carro que le llevaba, y los soldados de la escolta terminaron sus congojas y su vida (1.° de junio). Pereció totalmente el escaso número de sus parciales que opuso resistencia, y la revolucion quedó terminada en veinte dias.

Heliogábalo invirtió muchos meses en hacer su viaje tan frívolo como pomposo, desde la Siria á Italia, donde hizo que le precedieran las ordinarias promesas, y además su retrato, que le representaba con vestiduras sacerdotales de seda y oro, flotantes á la oriental, con tiara en la cabeza, cubierto de collares, de brazaletes y de piedras preciosas, las cejas teñidas de negro y las mejillas con afeites. Hubo entonces de apercibirse Roma de que se hallaba amenazada del despotismo oriental después de haber padecido el régimen del sable.

Con efecto, el sacerdote del sol sobrepujó en impiedad, en prodigalidades, en libertinaje y en barbarie á los mónstruos que le habian precedido. Entre el número de seis mujeres que adoptó por esposas, y repudió ó mató en el curso de seis años, se contaba una vestal, atentado inaudito hasta entonces. En sus aposentos no habia más colgaduras que telas de oro. Uncia á su carro cubierto de este fino metal y de pedrerias, á mujeres con el seno desnudo, y subia allí tambien en cueros. Desde el lugar de donde salia hasta su carro solo debia pisar polvos de oro. De oro eran todas las vajillas destinadas á su servicio, y por la noche repartia á sus convidados aquellas de que habia hecho uso durante el dia. Sus vestidos de las más finas telas estaban cargados de pedreria: nunca se puso uno mismo dos veces, observando igual método con los anillos. Regalaba á los soldados y al pueblo vajilla de plata y oro, piedras finas, billetes que representaban diversas sumas. Llenó los viveros de esencia de rosa: hizo correr vino por el canal que servia para las naumaquias: una profusion de flores adornaba sus aposentos, sus galerias, sus lechos. Daba festines en que no se servian más que lenguas de pavos reales y de ruiseñores, huevos de rodaballo, sesos de papagayos y de faisanes. No comia pescado sino cuando se lo traian de remotos mares, y entonces distribuia gran cantidad de este manjar delicado á la muchedumbre, complaciéndose en que fuera del mejor y más caro transporte. Alimentaba sus perros con hígados de pato, á sus caballos con uvas, á las fieras con faisanes y perdices. Todo el que inventaba un manjar apetitoso era galardonado generosamente; pero si no atinaba con el gusto del emperador, era condenado á no comer otra cosa hasta que descubriera alguna golosina sabrosa. Servíanse además en sus banquetes guisantes mezclados con polvos de oro, lentejas y habas con ámbar, arroz con perlas, falerno con vino de rosa, trufas y peces salpicados de ámbares. Eran de plata las mesas, y los vasos de impúdica figura: para alimentar las lámparas usaba de nardo: llovian en abundancia sobre los convidados jacintos y rosas; y á veces se recreaba el emperador en sofocarles con esta ordorífera lluvia.

A las nauseabundas infamias de que fué receptáculo su palacio, convidaba amigos á quienes llamaba camaradas por su complicidad inmunda. Las proezas más libidinosas valian á sus favoritos los primeros cargos del imperio. Aconteciole un dia espulsar de súbito á todas las cortesanas y sustituirlas con mancebos; y degeneró hasta el punto de hacer que se casaran con él un oficial y un esclavo: este matrimonio brutal se consumó á la faz del mundo.

Tanto cariño profesó á un tal Gannis, de condicion servil, que pensó en casarle con su madre y en hacerle césar; pero habiéndole este exhortado á proceder con más decoro, le dió muerte. Condenó á la última pena á otros muchos en Siria y en otras partes bajo pretesto de que desaprobaban su conducta. Cuando se presentó por primera vez en la curia quiso que se incluyera á su madre en el número de padres conscriptos con derecho de votar como ellos. Hasta instituyó bajo su presidencia un senado de mujeres, cuyas atribuciones consistian en deliberar sobre el traje de los romanos, los grados, las visitas y otros objetos de igual importancia.

Heliogábalo dios.—A impulsos de su loca devocion al dios á quien debia su nombre y su trono, hizo que se le erigiera un suntuoso templo en la cima del Palatino, para observar allí los ritos extranjeros. Entendia que Júpiter y los demás dioses debian ser humildísimos servidores de aquel intruso, y hasta que él fuera únicamente objeto de las adoraciones. De consiguiente se profanaron y despojaron los demás templos, y se trasladaron al suyo el fuego eterno de Vesta, la estátua de Cibeles, los escudos sagrados de Anco, el Paladion; y habiendo hecho venir de Cartago á la diosa Astartes con todos sus ornamentos, la casó con su dios y celebró su enlace con inaudita magnificencia. Para el culto de este dios extranjero no le bastaba la circuncision de los nuevos creyentes y la abstinencia de la carne de cerdo, sino que le sacrificaba niños robados á las más ilustres familias. A fin de conducir procesionalmente aquella piedra en bruto, hizo sembrar de oro la carrera que debia seguir el carro tirado por seis caballos blancos en que iba depositada: el emperador en persona llevaba las riendas, andando hácia atrás para no apartar los ojos de su divinidad muy amada. En los sacrificios que le ofrecia, se prodigaban esquisitos vinos, víctimas sumamente raras, preciosos aromas, y en medio de lascivas danzas ejecutadas por jóvenes sirias, representaban los más graves

personajes del órden civil y militar los papeles más abyectos y estravagantes, al compás de bárbaros instrumentos.

En vano aspiraba Mesa á poner freno á aquel insensato: previendo que los romanos ó los soldados no le aguantarian por mucho tiempo, le persuadió que adoptara á su primo Alexiano (221), á fin de que, segun decia, no le distrajera de sus ocupaciones divinas el cuidado de los negocios. Pero viendo que el nuevo príncipe no tomaba parte alguna en sus desórdenes y se hacia amar del pueblo y del Senado, probó Heliogábalo á darle muerte; y como se lo estorbasen su abuela y su madre, pidió al Senado que fuera depuesto. Sublevároнse en esto los pretorianos, resueltos á matar al emperador, si éste no hubiera obtenido con sus lágrimas que le dejasen la vida y su esposo, abandonando á su indignacion los demás compañeros de su libertinaje.

Muerte de Heliogábalo.—Al año siguiente atentó otra vez á la vida de Alexiano, y los pretorianos se sublevaron nuevamente. Heliogábalo hubo de conducirle á su campamento, y entonces al jóven César se le prodigaron aplausos y á él denuestos. Irritado el emperador sentencia á muerte á algunos; pero son arrancados de manos del verdugo: se traba una refriega, y Heliogábalo se esconde en las letrinas, donde es descubierto y degollado, como tambien su madre. (10 de Marzo 222) ¡Tenia diez y ocho años!

Alexiano Severo.—Alexiano, que solo contaba catorce, fué proclamado emperador con el nombre de Alejandro Severo, al cual añadió los de Augusto, padre de la patria, Antonino, grande, aun antes de ser conocido. Este príncipe mozo se dejó dirigir modestamente por Mamea su madre (5), que ambiciosa por gozar de un poder efectivo, como lo habia disfrutado su hermana con el título de emperatriz, conservó siempre sobre su hijo una autoridad absoluta. Celosa del amor que profesaba á su mujer y á su suegro, hizo que éste fuera condenado por traicion, y confinada aquella al África (223). A lo menos dirigió á su hijo hácia el bien, instituyendo á su lado un consejo compuesto de diez y seis senadores de los más esclarecidos, bajo la presidencia del famoso Domicio Ulpiano, á fin de que aplicaran remedio al desórden del gobierno y de las rentas, separaran á tantos funcionarios indignos, y especialmente para que guiaran por el camino de la virtud al jóven emperador.

De índole suave y benévola, respetuoso con su madre y Ulpiano, aborreciendo á los aduladores, amó la virtud, la instruccion y el trabajo. Levantábase antes del alba, y después de cumplir sus devociones en la capilla doméstica, que habia mandado adornar con las imágenes de hombres bienhechores, se ocupaba de los negocios públicos en el consejo de Estado y fallaba sobre las cuestiones privadas: enseguida se recreaba con una amena lectura, ó estudiando poesia, historia y filosofia, especialmente en Virgilio, Horacio, Platon y Ciceron, sin descuidar los ejercicios corporales, en que superaba á todos los de su edad por el vigor y por la destreza. Consagrándose después de esto otra vez á los negocios, despachaba cartas, leia memorias hasta la hora de la cena, comida frugal y sencilla, servida para él y un corto número de amigos instruidos y virtuosos, cuya conversacion, ó cuyas lecturas sustituian á los bailarines y á los gladiadores, ordinaria comitiva de los banquetes de los demás romanos. Sencillamente vestido hablaba con bondad y daba audiencia á todos á determinadas horas: un heraldo repetia en alta voz esta fórmula de los misterios de Eleusis. *No entre aquí aquel cuya alma no esté inocente y pura.* Solia decir á menudo y habia mandado inscribir sobre las puertas de su palacio la máxima siguiente: *Haced á los demás lo que desearíais que hicieran con vosotros.* Su corte estaba llena de cristianos, y se ha dicho que adoraba en secreto á Abraham y á Cristo, y que hasta pensaba en erigir un templo al Dios verdadero, si bien le habian respondido los oráculos que con esto haria que quedaran desiertos los demás templos. A ejemplo de los cristianos, á quienes veia usar este método para la eleccion de sus sacerdotes, publicaba el nombre de los gobernadores designados para las provincias, invitando á hablar libremente á los que tuvieran que oponer algo.

Necesitábase no menos que un príncipe de tales prendas para dar realce al imperio, después de cuarenta años de diferentes tiranías. Persuadidos los gobernadores de que el amor de los gobernados era el único medio de agradar á Alejandro, dejaron respirar á las provincias. Moderándose el lujo hizo disminuir el precio de los géneros y el interés del dinero, sin que por eso careciera el pueblo de larguezas ni de diversiones.

Faltaba curar la llaga más peligrosa, la indisciplina de los soldados, incapaces de aguantar ningun freno. Alejandro se grangeó su voluntad con liberalidades y aliviándoles de algunas obligaciones penosas, como la de llevar en las marchas su racion para diez y siete dias. Su lujo tuvo por objeto los caballos y las armas. Sometiéndose en persona á las fatigas, visitaba á los enfermos, no dejaba ningun servicio en olvido ó sin recompensa, y decia que la conservacion de los soldados le ocupaba más que la suya propia, porque sobre ellos reposaba la seguridad del Estado. Pero ¿cabia aplicar remedio á un mal tan gangrenado?

Indisciplina militar.—Al fin cansados los pretorianos de la virtud de su hechura, decian que Ulpiano, su prefecto, le aconsejaba que se mostrara riguroso. Sublevándose en fin iracundos corrieron durante tres dias por las calles de Roma, como si fuera una ciudad enemiga, prendiendo aquí y allá fuego, hasta el instante en que habiéndose apode-

(5) El obispo Eusebio la llama religiosísima y de gran piedad (VI, 21), lo cual hizo creer á algunos que era cristiana.

rado de Ulpiano, le asesinaron á la vista del emperador, cuya dulzura fué impotente (230). Todo ministro fiel se veia amenazado con un fin de esta especie: pudo el historiador Dion salvar su vida ocultándose en tierras de Campania. Imitaban las legiones el funesto ejemplo de los pretorianos, y por todas partes estallaban rebeliones acompañadas del asesinato de los oficiales; señal inequívoca de que la indulgencia es impotente contra una licencia tan desenfrenada. En Antioquia promueve una sublevacion el castigo de algunos soldados que habian sorprendido algunas mugeres en el baño. Acto contínuo sube Severo á su tribunal, y hace presente á la legion rebelde la necesidad de castigar el abuso y de mantener la disciplina, única salvaguardia del imperio. Le interrumpen gritos sediciosos y amenazas; no obstante prosigue de este modo: *Guardad esos gritos para el dia en que os encontreis al frente del enemigo. Ante vuestro emperador, de quien recibis trigo, vestidos, dinero, enmudeced ó habré de llamaros ciudadanos y no soldados. Podeis arrancarme la vida, mas no infundirme miedo; y la justicia vengará mi asesinato.* Continuan el tumulto y las vociferaciones y esclama: *Ciudadanos, deponed las armas y retiraos á vuestros hogares.*

En otro tiempo habia apaciguado César una rebeldia con esta frase; á la sazon produjo el mismo efecto. Confesando los soldados la justicia del castigo, se despojaron de todas las insignias militares y se retiraron á las hospederias de la ciudad. Duró el castigo treinta dias, durante los cuales Severo mandó dar muerte á los tribunos culpables ó negligentes: luego reorganizó la legion, que ya continuó siempre leal y adicta.

Otros ejércitos se hallaban tambien trabajados por sus hábitos de desobediencia, ó por la ambicion de algunos jefes. Aspiraba al imperio el senador Orvinio Camilo; y habiéndole hecho Alejandro prisionero le dió gracias por quererle prestar ayuda; y nombrándole su cólega, le señaló habitacion en palacio; y principiada posteriormente la guerra quiso tenerle consigo. Como vió que la marcha á pie le era muy penosa, le hizo montar á caballo, y no pudiendo soportar tampoco la fatiga del caballo, le facilitó un carro. Tanta bondad indujo á Camilo á entrar en meditaciones, y se humilló hasta el estremo de pedir que se le permitiera abdicar. Alejandro le aseguró que nada tenia que temer por su parte (6).

Partos.—En su tiempo agitó una gran revolucion el reino de los partos y se regeneró la Persia. Mas, antes de describirla, cumple esponer las causas que la promovieron.

Artaban III.—Cuando á consecuencia de haber sido Vonon destronado (7), quedó Artaban, rey Arsácida de la Media, dueño tranquilo de la Partiana, se hizo allí tirano (18); por lo que sus súbditos teniendo á la cabeza al ibero Mitrídates, y encontrándose apoyados por Tiberio, le espulsaron y proclamaron en su lugar á Tirídates (36). Artaban tornó en breve; y lanzado de nuevo, volvió á subir al trono y lo conservó, merced á su templanza, hasta que murió á los treinta años de reinado.

Entre sus siete hijos habia elegido por sucesor á Bardanes (44), que derrocado y muerto en breve, fué reemplazado por Gotarses (47). Cansado de su rigor, pidieron los partos á Claudio que les diera por rey á Meherdates; pero vendido este príncipe por sus parciales, fué derrotado y cayó en poder de Gotarses, quien mandó que se le cortaran las orejas para insultar á los romanos.

Vologeso.—Gotarses tuvo por sucesor á Vonon II y poco después á Vologeso I, que invadió la Armenia, después de haber ocupado las dos principales ciudades, Artaxata y Tigranocerta, estableciendo por rey de la primera á Tirídates, y de la Media á Pacoro, sus dos hermanos (50). Cuando aprovechándose posteriormente Domicio Corbulon de los estragos de una epidemia, espulsó á Tirídates, de improviso cayó Vologeso al frente de un numeroso ejército sobre los romanos y obtuvo algunas ventajas. Pero no queriendo empeñarse en una guerra general, envió á Roma á su hermano Tirídates para que recibiera la corona de manos de Neron. Alcanzóla, como ya hemos dicho, y Vologeso quedó amigo de los romanos.

Artaban favoreció al falso Neron por odio á Vespasiano; pero éste no juzgó prudente atacar á tan formidable enemigo.

Cosroes, 90-107.—Pacoro I (*Firuz*), sucesor de Artaban, vivió en paz con los romanos; si bien Cosroes, su hermano y sucesor, encendió la guerra espulsando de la Armenia á Exedaro, allí establecido por Trajano, y sustituyéndole su propio hijo Partamaspates (8). Trajano invadió de súbito la Armenia, la redujo, é hizo prisionero al nuevo soberano. Enseguida se apoderó de la Mesopotamia, y aunque repelido muchas veces, cruzando al fin el Éufrates, llevó las águilas romanas á comarcas que nunca habian sentido su rapiña ni sus picotazos (114). Ocupó la Caldea y la Asiria, tomó á Ctesifonte, capital de los partos, y colocó en el trono á Partamaspates, príncipe de la real estirpe (116).

No bien murió Trajano, sacudieron los partos el yugo, y volvieron á llamar á Cosroes, que se habia retirado á Hircania (117). Pero deseoso de paz Adriano, ó por envidia, cedió todas las conquistas de su predecesor más allá del Éufrates, y soltó sin rescate á todos los prisioneros de guerra, entre cuyo número se contaba una hija de Cosroes: este príncipe profesó constante amistad á los romanos.

Vologeso II, 121-150.—Bajo Vologeso II invadió una horda de alanos la Media, sometida á los par-

(6) La vida de Alejandro en la *Hist. Augus.* es una especie de novela como la *Ciropedia*. Herodiano parece más fidedigno; y concuerda además con los fragmentos de Dion.

(7) Véase la pág. 39 de este tomo.

(8) Véase la pág. 99 de este tomo.

tos, si bien, aceptando cuantiosos donativos, consintió en retirarse. Libre de temores por aquel lado, penetró Vologeso III en la Armenia, dando muerte á cuantos legionarios halló en su camino (161); derrotó al gobernador de Siria, y marchó sobre Antioquia. El emperador Vero, ó más bien su ejército, le rechazó fuera de la Armenia, y deshizo sus tropas repetidas veces, aun cuando estaba al frente de cuatrocientos mil hombres. En cuatro años recuperó el ejército de Roma las conquistas de Trajano, saqueó é incendió á Babilonia, á Ctesifonte y sus cercanias, pero la peste que contrajo en aquellos confines y llevó á Italia, hizo pagar á muy caro precio sus triunfos. Antonino consintió en restituir á Vologeso todas las provincias conquistadas en su tiempo, á condicion de que reconoceria haberlas recibido del imperio.

Su sobrino Ardavan (9), favoreciendo á Niger, provocó la venganza de Severo (197-207), que habiéndose adelantado hasta Ctesifonte, tomó aquella capital por asalto; pero no bien habia pasado el Éufrates, recuperó Vologeso cuanto le habia pertenecido, á escepcion de la Mesopotamia. Roma debia comprender que no era posible conservar conquistas en comarcas tan distantes y fieles al nombre de los Arsácidas; pero quizá le hacia fuerza la necesidad de combatir a los partos, á fin de evitar sus irrupciones. Con este objeto no cesaba de atizar sus discordias, y escitó tambien contra Vologeso IV á su hermano Artaban IV, que á su muerte le sucedió en el trono (209). Bajo el reinado de este príncipe hizo Caracalla su desleal invasion, de que Artaban tomó venganza entrando en la Siria á sangre y fuego (216). Habiendo marchado en contra suya el emperador Macrino, sostuvo por espacio de dos dias una batalla de las más sangrientas, jurando pelear mientras quedara en pié un parto ó un romano; pero sabedor de que ya no existia Caracalla, consintió en pasar otra vez las fronteras, mediante la restitucion de todos sus prisioneros y una indemnizacion por las pérdidas esperimentadas.

Comprendian los Estados del último Arsácida las provincias occidentales de la Persia, es decir, la mayor parte del Irak-Adjemí, del Aderbijan, del Irak-Arabí y de la Mesopotamia. Pero su último esfuerzo le habia costado la flor y nata de sus guerreros, y el reino se hallaba dibilitado A pesar de verse vencidos y oprimidos los magos por los partos, jamás habian perdido la esperanza de restablecer el culto de Zoroastro; y nutrian esta esperanza con el espíritu de independencia vivo entre los persas.

Artaxar.—Exhalaban los vencidos el impotente estremecimiento de hombres débiles que están divididos; pero llegó el instante en que Artaxar (Ardechir) trocó en voluntad sus deseos. Este oscuro persa, nacido del adulterio (10), si bien animado por predicciones artrológicas á lanzarse á las más peligrosas tentativas, impulsó á sus compatriotas á recuperar su perdida supremacia y hacer revivir la gloria de los Darios. Apenas tuvo el valor de la rebeldia, se vió secundado por todos los persas. Artaban IV, que marchó en contra suya, fué vencido en tres batallas por un ejército igual en número al que conducia, aunque inflamado por otro ardor muy diferente: cayendo prisionero en el último choque fué sentenciado á la última pena (226). De este modo se hallaron los partos bajo la dependencia de un pueblo al que habian dado la ley en el curso de cuatrocientos ochenta y un años. Solo los sátrapas de la sangre de Arsaces se sostuvieron en la Armenia con el apoyo de los romanos, y más aun por su propio denuedo, de tal manera que alternativamente vencedores ó sometidos, aunque siempre recalcitrantes, permanecieron independientes hasta el tiempo de Justiniano.

Despues de haber restaurado el estandarte de Ciro (11), tomó Artaxar la doble corona y el título de rey de reyes (*schah in schah*), y su primer cuidado fué reanimar el espíritu nacional con el ausilio de la antigua religion de Zoroastro, profanada durante la servidumbre. Llamó á los magos de todos los puntos del imperio, para que se dedicaran á estirpar la idolatria, y reunió en un concilio general á las setenta sectas restantes de la distinta interpretacion del Zendavesta. Cuéntase que se congregaron allí ochenta mil sacerdotes del fuego. Este número fué reducido á la mitad en un principio, despues á cuatro mil, luego á cuatrocientos, á cuarenta, y por último á siete, los más venerados por su piedad y sabiduria. Entre ellos se contaba el santo jóven Erdavirabo, que habiendo bebido tres tragos de un vino somnífero, que le escanciaron sus hermanos, quedó sumergido en un profundo sueño. Al despertar contó su viage al cielo, así como las cosas que habia visto y aprendido, y eran tales, que se desvanecieron todas las dudas relativas al Zendavesta. Balk tornó á ser la sede del archimago, y la gerarquía sacerdotal se derramó por todas las provincias, viviendo con el producto de gran número de tierras y con el diezmo sobre los frutos y la industria. Vedóse cualquiera otro culto, cerráronse los templos de los partos, y se derribaron las imágenes de sus deificados reyes: una terrible persecucion esterminó á los herejes, á los hebreos y á los cristianos.

---

(9) Artaban, llamado tambien Vologeso IV.

(10) Era hijo de la mujer de Babec, zurrador de pieles, y de un soldado llamado Sasan. Del primero provino su renombre de *Babecano*, y del segundo el de *Sasánida* que se dió á el y sus descientes.

(11) Carecemos de historiadores contemporáneos, y en parte suplimos esta falta con los escritores griegos y latinos que hablan incidentalmente de estos sucesos, y cuyos fragmentos han sido recogidos en la compilacion indigesta de PEDRO BIGARO titulada: *Rerum persicarum historia*. Francfort, 1601. Véase sobre los historiadores orientales á D'HERBELOT, *Biblioteca oriental*. Paris, 1697;—C. F. RICHTER, *Historisch-kritischer Versuch über die Arsaciden und Sassaniden Dynastie*. Leipzig, 1804.

Restituido así el imperio á la unidad de creencia, tenia necesidad de una administracion vigorosa y uniforme. Habian concedido los Arsácidas hereditariamente á sus hijos y hermanos las provincias y los empleos más importantes del reino. Llevaban el título de rey los diez y ocho sátrapas principales *(vitasi)*. Casi independientes quedaban los bárbaros en sus montañas, así como la mayor parte de las ciuades griegas del Asia Superior, de modo que el imperio de los partos era más bien un sistema feudal que una monarquia.

A fin de abolir este sistema recorrió Artaxar las provincias al frente de un ejército poderoso, obligando á todos á rendirle homenaje, consolidando su autoridad donde quiera, de modo que desde entonces ya nadie se interpuso entre su persona y el pueblo. Así se vió único soberano de cuantos moraban entre el Éufrates, el Tigris, el Araxo, el Oxo, el Indo, el mar Caspio y el golfo Pérsico. Tambien promulgó un código que duró tanto como la monarquia, á fin de asegurar al pais una administracion ilustratada y uniforme. *La autoridad de un príncipe*, decia aquel hábil conquistador, *debe ser protegida por la fuerza militar: ésta no se sostiene sino con los impuestos: los impuestos pesan en último resultado sobre la agricultura; y ésta no puede prosperar sino donde la protegen la moderacion y la justicia.*

Haciendo la guerra habian perdido los persas el fogoso ímpetu de un pueblo bárbaro, sin haberse perfeccionado en la estrategia de los griegos y de los romanos, y sin haber aprendido á atacar ni á defender las plazas fuertes. Se reducia la infanteria á un tropel reunido un momento con la esperanza del botin, y supliendo con el número al valor y á la disciplina. Mujeres, eunucos, caballos, camellos, embarazaban las marchas y consumian víveres y forrajes. Pero la caballeria era, como es actualmente, la más bella y mejor ejercitada del Oriente: componíase de la nobleza, que desde la niñez se habituaba á disparar el arco, á la templanza, á la sumision, y recibia del rey los señorios á cargo del servicio militar: así acudian todos desde el momento en que se les llamaba, y era terrible su primera acometida.

Con esta organizacion militar se mostró Artaxar amenazador para sus vecinos. No solo quiso repelerlos de las fronteras á su antojo, sino que tambien se propuso conquistar todo lo que habia poseido Ciro, de quien pretendia ser sucesor. Sin miramientos á Alejandro Severo, cruzó el Éufrates y sujetó á muchas provincias contiguas (232). Entonces envió al emperador que se adelantaba con sus tropas, cuatrocientos hombres de los más robustos, quienes le hablaron de este modo: *El rey de reyes manda á los romanos y á su caudillo evacuar la Siria y el Asia Menor, y restituir á los persas el pais aquende el mar Egeo y el Ponto, poseidos por sus mayores.*

Por benigno que fuera Alejandro se irritó de tanta arrogancia, y habiendo mandado despojar á aquellos enviados de sus galas todas, los confinó á la Frigia; entrando en seguida en la Mesopotamia, la recuperó sin descargar un solo golpe (233). Acudió Artaxar con ciento veinte mil caballos, diez mil hombres de infanteria pesada, mil ochocientos carros de guerra y setecientos elefantes: no por eso dejó de ser derrotado. Alejandro dividió su ejército en tres cuerpos, que invadieron la Partia por diferentes puntos: este ataque bien combinado hubiera podido derrocar el poderio de los persas, si el ejército no se hubiera negado á avanzar asesinando á sus oficiales. De vuelta en Roma, Alejandro (23 de setiembre de 234), hizo al Senado un brillante relato de sus proezas, y triunfó sobre un carro tirado por cuatro elefantes; fué honrado con los sobrenombres de Pártico y de Pérsico; pero quedó la victoria por Artaxar, quien tornó á apoderarse de todas las conquistas de los romanos, y consolidó en quince años de reinado su poder naciente, hasta el punto de hacerse amenazador para la existencia del imperio de Roma.

Guerra con los germanos.—Preparábase Alejandro á emprender de nuevo las hostilidades, cuando desistió de su propósito á consecuencia de haber pasado los germanos el Rhin y el Danubio (19 de marzo de 235). Acudiendo, pues, al Rhin los repelió más allá de este rio: pero fué detenido, no tanto por la timidez que le atribuye Herodiano, como por el desórden de sus tropas, que negándose á la fatiga y enemigas de toda disciplina, se irritaban de la rigidez con que castigaba las más leves faltas; además se indignaban de oir á los heraldos repetir de continuo durante las marchas su máxima favorita: *Proceded como querais que procedan con vosotros.*

El godo Maximino, que mandaba un cuerpo de panonios, no se iba á la mano en anécdotas y chistes referentes á aquel emperador sirio, quien no obraba, segun su dicho, sino con arreglo al capricho del Senado y de su madre: se hizo parciales, y acometió á Alejandro en Siclingen, cerca de Maguncia, donde le asesinó juntamente con Mamea, cuando aun no tenia más que veinte y seis años. Mataron los soldados á sus asesinos, á escepcion de su jefe. Pueblo y senadores lloraron al jóven Alejandro tanto como merecia, y el dia de su nacimiento fué celebrado con una fiesta anual.

CAPÍTULO XXIII

DESDE MAXIMINO Á CLAUDIO II.

Cuando á la vuelta de Oriente solemnizó el emperador Severo en la Tracia el nacimiento de su hijo Geta con juegos militares, se le presentó un mozo robusto implorando en bárbaro idioma tomar parte en la lucha. Su apostura anunciaba una enorme fuerza: á fin de que el bárbaro no triunfara de un soldado romano, se le opusieron los esclavos más robustos del campamento; pero derribó á tierra á diez y seis, uno tras otro. Obtuvo por recompensa algunos insignificantes regalos; y habiendo sido alistado, divirtió al dia siguiente á los soldados haciendo piruetas á estilo de su pais. Como se apercibiera de haber llamado la atencion de Severo, se puso á seguir á su caballo durante una larga carrera, sin dar señales de la más leve fatiga. Una vez llegado, el emperador quiso esperimentar su fuerza, y le propuso una lucha: aceptó el bárbaro y venció á siete soldados vigorosos. Severo le obsequió con un collar de oro, y mandó que le inscribieran entre sus guardias con doble sueldo, porque lo que se daba comunmente no bastaba para su subsistencia.

Este coloso se llamaba Maximino; habia nacido en Tracia de un padre godo y de una madre alana. Tenia ocho piés de estatura, y con su nervudo brazo arrastraba en pos de sí un carro, que no bastaba á poner en movimiento un par de bueyes: arrancaba los árboles de cuajo, rompia de un puntapié la pata de un caballo, comia cuarenta libras de carne, y bebia en un solo dia veinte y cuatro pintas de vino por lo menos; entre sus dedos reducia á polvo los pedernales.

Con el trato de los hombres reconoció este gigante la necesidad de refrenar su feroz índole, y supo mantenerse en el favor bajo diferentes emperadores. Alejandro le nombró tribuno de la legion cuarta: luego, como hacia que se observara bien la disciplina, le dió un mando superior, ingresó en el Senado, y aun se proponia entregar en matrimonio á un hijo del bárbaro su propia hermana: llamábase Julio Vero, dotado de no menos soberbia que gallardia y de tanto vigor como denuedo.

En vez de encadenar a Maximino tantas mercedes, le inspiraron el pensamiento de atreverse á todo, en ocasion en que todo lo podia la fuerza. En su consecuencia urdió la muerte de Alejandro, y proclamado emperador al punto, se asoció su hijo, á quien los soldados besaron no solo las manos, sino tambien los piés y las rodillas. Confirmó el Senado lo que no podia deshacer, y al punto comenzaron las venganzas y las crueldades. A semejanza de los que salidos de las últimas filas alcanzan una alta fortuna, temia Maximino el menosprecio y las comparaciones. A sus ojos eran dos crímenes un nacimiento ilustre ó un mérito reconocido; tambien era delito haberse reido de su persona y haberle socorrido en su pobreza.

Acusado Magno, personaje consular, de querer romper el puente que habia echado sobre el Rhin, á fin de dejarle á la otra orilla en poder de los bárbaros, fué degollado, sin formacion de proceso, con cuatro mil presuntos cómplices, todos personas importantes. A la más leve sospecha, gobernadores, generales, individuos consulares, eran encadenados, metidos en carros y llevados á presencia del emperador, quien no contento con la confiscacion y la muerte, hacia que fueran abandonados á las fieras, ó cosidos á pieles de animales recien muertos, ó apaleados mientras les quedaba un soplo de vida. Ni su rigor contra los cristianos pudo saciar su ferocidad (236).

No menos avariento que bárbaro confiscó todas las rentas que cada ciudad tenia de reserva para las distribuciones y las públicas fiestas; despojó los templos, acuñó moneda con las estátuas de los héroes y de los dioses: fué la indignacion general, y

aun hubo levantamientos en ciertos puntos. Así, habiendo sido despojados en Africa de todos sus bienes algunos jóvenes ricos por un procurador avariento, armaron á los esclavos y á los paisanos, mataron al magistrado y proclamaron emperador á Marco Antonio Gordiano, procónsul de la provincia (Abril 237).

Gordiano.—Este senador, bienhechor y opulento, que descendia de los Gracos y de Trajano, ocupaba en Roma el palacio de Pompeyo, ornado de trofeos y de pinturas: en el camino de Preneste poseia una casa de recreo de vasta estension con tres salones de cien pies de longitud cada uno de ellos, y un pórtico sostenido por doscientas columnas de los cuatro mármoles más estimados. En los juegos que daba al pueblo nunca permitia que se presentaran menos de ciento cincuenta parejas de gladiadores: á veces llegó su número á quinientas. En un mismo dia hizo que se mataran cien caballos sicilianos y otros tantos de la Capadocia, mil osos, é infinito número de animales de menor valor. Mientras fué edil reprodujo todos los meses juegos de esta clase, y cuando fué cónsul los hizo estensivos á las principales ciudades de Italia.

Toda su ambicion se reducia á esto; y por lo de más, apacible hasta el punto de no escitar la envidia de los tiranos, cultivaba las letras y celebró en treinta libros las virtudes de los Antoninos. Casi era octogenario cuando fué llamado al imperio. Despues de haber empleado sin fruto lágrimas y ruegos, vió que no podia libertarse, ora de los soldados que le asediaban, ora de Maximino. A ascender á emperador aceptó y estableció su residencia en Cartago. Su hijo, que tenia veinte y dos concubinas y habia reunido sesenta y dos mil volúmenes de autores diversos, fué proclamado emperador en su compañia, y se sirvió de los libros para escribir por sí mismo: algunas de sus obras han llegado hasta nosotros. De cada una de sus concubinas tuvo tres ó cuatro hijos.

Al avisar de su eleccion al Senado, protestaban los nuevos emperadores que se hallaban prontos á deponer la púrpura, si tal era su voluntad: ordenaron que no se publicaran sus decretos interin no tuvieran el asentimiento del Senado: llamaron á los desterrados, hicieron generosas promesas á los soldados y al pueblo, é invitaron á sus amigos á libertarse del tirano. Triunfó la resolucion del cónsul de la incertidumbre del Senado, quien declaró enemigos públicos á los Maximinos y á sus parciales, prometiendo galardonar al que les diera muerte. Entonces se propagó la rebelion en toda la Italia, donde se manchó con demasiada sangre. Después de haber permitido que le envileciera un grosero tracio, cobró el Senado dignidad y energia: hizo preparativos de defensa y de guerra, invitando por medio de diputados á los gobernadores á acudir en socorro de la patria (238).

Muerte de los Gordianos.—Donde quiera hallaban benévola acogida los mensajeros; pero habiendo juntado todas sus fuerzas Capeliano, gobernador de la Mauritania y enemigo particular de Gordiano, atacó á los nuevos emperadores en Cartago: pereció el hijo en la pelea, y á la noticia de su muerte se ahorcó el padre después de haber reinado treinta y seis dias escasos. Cartago fué tomada, y hartaron torrentes de sangre la venganza de Maximino.

A las primeras noticias de la rebelion habia montado en cólera el salvaje emperador como una fiera, arrastrándose por los suelos, y golpeándose la cabeza contra las paredes; arrojándose enseguida sobre los que estaban en su rededor los atravesó con la espada hasta que se la arrancaron á viva fuerza. Sin dilacion se puso en camino para Italia. Anunció un perdon absoluto; pero ¿quién podia fiar en su promesa?

Máximo y Balbino.—La desesperacion inspiró al Senado un denuedo que rechazaba el buen sentido. Habiéndose reunido en el templo de la Concordia nombró emperadores á dos senadores ancianos, Máximo Pupieno y Celio Balbino, uno para administrar la ciudad y otro para dirigir la guerra. Aquel era hijo de un carpintero, sobrado inculto, si bien valeroso y sensato, que de grado en grado habia ascendido á los primeros puestos y á la prefectura de Roma. Sus victorias contra los sármatas y germanos, los austeros hábitos de su vida, que no escluian por cierto la humanidad, le habian valido el respeto del pueblo. Balbino, orador y poeta de fama, gobernador íntegro de muchas provincias, era generalmente amado, era tambien sumamente rico, liberal y amigo de placeres sin esceso.

Pero mientras ambos ofrecian en el Capitolio los primeros sacrificios, se amotina el pueblo y pretende hacer una eleccion por sí solo; pide que se le agregue un sobrino de Gordiano, mancebo de trece años: admiten al César, y aplacado el tumulto piensan en consolidarse.

Maximino á la cabeza del ejército, con que habia vencido muchas veces á los germanos y proyectaba estender los límites del imperio hasta el mar del Norte, se adelantaba furioso hácia Italia que no habia visto después de su advenimiento. Al bajar los Alpes Julianos halló el pais desierto, consumidas las provisiones, cortados los puentes, siendo la intencion del Senado agotar sus fuerzas bajo los muros de las plazas, que habia puesto en estado de defensa lo mejor que pudo. Primeramente le detuvo Aquilea, la que rechazó sus asaltos con heróica bravura en la confianza de que el dios Beleno peleaba dentro de sus murallas. Si Maximinio hubiera dejado detrás de sí esta ciudad y marchado en derechura á Roma ¿qué fuerzas hubiera podido oponerle Pupieno llegado hasta Rávena para hacerle frente? ¿De qué hubiera servido la habilidad política de Balbino contra las sediciones interiores?

Muerte de Maximino, 238.—Pero las tropas de Maximino empezaron á murmurar viendo el pais devastado y una resistencia impensada: les castigó

con rigor estremado. Por último, los pretorianos que temblaban por la vida de sus mujeres é hijos, abandonados en el campamento de Alba, asesinaron al tirano con su hijo y sus más fervorosos parciales (7 de marzo).

Al aspecto de sus cabezas separadas del tronco se abrieron las puertas de Aquilea: abrázanse sitiados y sitiadores, arrebatados de júbilo por haber recuperado la libertad. En Rávena, en Roma, en todas partes, se encuentran la ventura, la embriaguez, las acciones de gracias á los dioses en proporcion del terrror ispirado por los que ya no existen, y las esperanzas á que dan nacimiento los nuevos soberanos. Suprimieron ó moderaron los impuestos introducidos por Maximino, restablecieron la disciplina, publicaron leyes oportunas con el asentimiento del Senado, y procuraron cicatrizar las llagas que manaban sangre. Preguntando Máximo á Balbino: *¿Qué recompensa debemos aguardar por haber librado á Roma de semejante mónstruo?* le respondió Balbino de este modo: *El amor del Senado, del pueblo y de todos.* Pero más avisado el otro, repuso: *Más bien será el odio de los soldados y su venganza.*

Y lo adivinó. Aun duraba la guerra, cuando el pueblo y los pretorianos se habian sublevado, inundando las calles de sangre, prendiendo fuego á los almacenes y á las tiendas. Quedó aplacado el tumulto, no estinguido; de tal modo que para salir á la calle se proveian de un puñal los senadores, y acechaban los pretorianos una ocasion para vengarse. Todos se reian igualmente de los débiles diques que oponian los emperadores al torrente de las facciones. Aumentóse aun más la fermentacion de los ánimos cuando la totalidad de los pretorianos se reunió en Roma. Estremecíanse y no sin motivo al recapacitar como todos los emperadores elegidos por ellos habian sido asesinados, y no podian tolerar que gobernasen el imperio hechuras del Senado, con la pretension de poner en vigor las leyes y la disciplina.

Gordiano III.—De los pensamientos y de las palabras llegan muy pronto á vias de hechos; asaltan el palacio; asesinan á los dos emperadores, y llevan al campamento al jóven Gordiano III proclamándolo unico señor.

Con efecto, este niño parecia haber nacido para reconciliar los corazones más rebeldes: hermoso y lleno de dulzura, era vástago de aquellos dos emperadores antes de haber podido malearse. Querido por el Senado, que le llamaba su hijo, veian en él los soldados su propia hechura, y la muchedumbre le amaba más que á ninguno de sus predecesores. Misiteo, su maestro de retórica, después su suegro y capitan de sus guardias, alejó á los intrigantes que habian usurpado la confianza del soberano, obtúvola en su lugar, merced á la influencia que tenia sobre su discípulo, y supo hacerse digno de ella por su probidad y su mérito, así en la paz como en la guerra.

Habian roto los persas las hostilidades bajo el mando de Sapor (1), sucesor de Artaxar, conquistando la Mesopotamia, apoderándose de Nisibe y Carres y asolando la Siria (242). Habiéndose adelantado contra ellos Gordiano derrotó en la Mesia á los godos y á los sármatas que le interceptaban el paso, y aunque le hicieron sufrir un revés los alanos en los célebres campos de Filipos, prosiguió su marcha; repeliendo después á los persas mereció los honores del triunfo, que le fueron otorgados como tambien á Misiteo.

Filipo.—Pero este último murió al poco tiempo, y el mando de los pretorianos fué confiado á Marco Julio Filipo (244) que, no contento con aquel puesto elevado, tramó entre los soldados tales intrigas, que obligó á Gordiano á reconocerle por cólega suyo (10 de marzo); enseguida depuso á su bienhechor, y acabó por asesinarle en Zeit á orillas del Éufrates.

Filipo era árabe, hijo de un jefe de caravana, nacido en Bosrra de la Idumea, y se ha dicho que fué cristiano, contra lo cual deponen sus obras (245). Hizo un convenio con Sapor y regresó á Antioquia, donde queriendo asistir á las solemnidades de Pascua, le declaró indigno de ello el obispo Babila hasta que sufriese la penitencia (247). Llegado á Roma se ganó el afecto del pueblo por su dulzura, domeñó á los carpos que habian invadido la Misia y celebró el milésimo aniversario de la fundacion de Roma, con juegos en que lucharon dos mil gladiadores, treinta y dos elefantes, diez osos, sesenta leones, un caballo marino, un rinoceronte, diez leones blancos, diez girafas, diez asnos y cuarenta caballos salvajes, sin contar los animales menores. No podian menos de ser sangrientas las fiestas de la gran ciudad.

Entretanto surgian de todas partes nuevos emperadores: entre todos fué el más venturoso Cneo Decio de Sirmio, gobernador de la Mesia y de la Panonia. Filipo marchaba en contra suya cuando fué asesinado en Verona, después de un reinado de cinco años.

Decio.—Habia dejado que se propagara la religion cristiana, contra la cual siguió opuesta conducta Decio, promulgando los más severos edictos (250). Todo el que la profesaba fué despojado de su hacienda y arrastrado al suplicio.

7.ª persecucion contra los cristianos.—Entonces se renovaron los horrores de las proscripciones: hermanos vendieron á hermanos, hijos á padres, y los que podian libertarse de tanto furor, se refugiaban á las selvas y á los lugares desiertos.

Decio se sentia impulsado á proceder de este modo por amor á la antigua disciplina, que aspiraba á resucitar por todos los medios. Atribuyendo á la corrupcion las vicisitudes del imperio, habia pensado en restablecer la censura, institucion añeja y ya imposible; porque en ese caso hubiera sido preciso estender la inspeccion á todo el mun-

(1) *Schah-pour*, hijo de rey.

do civilizado, y apelar de la depravacion del ejército ante un juez inerme. Como el emperador quiso que el Senado eligiera un censor á pesar de todo, fué proclamado por unanimidad Valeriano, y al conferirle aquella dignidad le habló el emperador en esta forma:—«Dichoso por la aprobacion universal, recibe la censura del género humano, y sé juez de nuestras costumbres. Escogerás á los que consideres dignos de tomar asiento en el Senado; restituirás á la órden ecuestre su antiguo brillo, aumentarás las rentas públcas y aliviarás las cargas. Dividirás por clases á la infinita muchedumbre de ciudadanos, y será de tu incumbencia cuanto concierne á las fuerzas, á las riquezas, á las virtudes y al poderio de Roma. La corte, el ejército, los jueces, los dignatarios del imperio son justiciables por tu tribunal, á escepcion solo de los cónsules en ejercicio, del prefecto de la ciudad, del rey de los sacrificios, y de la primera de las vestales mientras conserve su virginidad.»

La ejecucion de este proyecto, impracticable de todo punto, fué además interrumpido por los godos que invadieron la baja Mesia, y después la Tracia y la Macedonia (251). Victorioso unas veces el emperador por la fuerza, servido por la traicion otras, los redujo á tal apuro, que ofrecieron devolver los prisioneros y el botin, bajo la única condicion de permitirles la retirada; pero Decio, que anhelaba esterminarlos completamente, les cerró el paso por su desdicha, pues empeñándose una lid desesperada, murió en ella su hijo. Al verle caer exánime, esclamó Decio: *Solo hemos perdido un hombre, tan leve pérdida no debe inducirnos al desaliento;* y arrojándose á lo más recio de la pelea encontró allí la muerte.

Treboniano Galo.- Los restos del ejército disperso se incorporaron á las tropas de Treboniano Galo, enviado para cortar la retirada á los godos. Este, que tal vez era causa de la derrota sufrida, aparentó intenciones de vengarla, y se concilió así el ejército que le proclamó señor del imperio. Mas apenas fué confirmada su eleccion por el Senado, celebró con los godos una paz vergonzosa, llegando hasta prometer un tributo. Se reservaba acreditar su valor persiguiendo á los cristianos.

Durante su reinado de año y medio desolaron muchas comarcas la peste y la sequia (252); los godos, los boranos, los carpos y los burgundios, hicieron una irrupcion en la Mesia y la Panonia; los escitas devastaron el Asia; los persas ocuparon la Siria hasta Antioquia.

Emiliano.—Entonces el moro Emiliano, que mandaba en la Mesia, ensoberbecido como vencedor de los bárbaros y desdeñando á Galo, que se encenagaba dentro de Roma en los placeres, hizo que le aclamaran emperador; y antes que el otro despierte de su letargo, penetra en Italia, le halla en Terni, y le vé asesinado con su hijo por sus propios soldados (23 de Mayo 253). Pero el ejército le asesina y se pone de acuerdo con el Senado y con las legiones de la Galia que habian aclamado á Licinio Valeriano.

Valeriano.—Una ilustre cuna, unida á la modestia y á la prudencia, inspiraba amor hácia Valeriano, que habiéndose preservado de los vicios de aquel tiempo, empleaba sus ocios en el cultivo de las letras. Adicto á los antiguos usos detestaba la tirania; aparecia, pues, bajo todos conceptos digno del imperio, mas luego que le hubo obtenido, dió muestras de ser débil para tan enorme carga. Para ayudarle á llevarla no supo escoger otro brazo más robusto que el de Galieno, su hijo, mozo vicioso y afeminado. A lo menos las medidas que adoptaba eran suaves y oportunas, como lo prueba su conducta cuando fué llamado á las armas por los germanos y los francos (2), que por el lado del Rhin invadian las Galias. Al mismo tiempo los godos y los carpos se derramaban por la Mesia, la Tracia y la Macedonia: caian los escitas sobre el Euxino, avanzando hasta Calcedonia, Nicea y Apamea. Ya Sapor habia ocupado toda la Armenia, sometido la Siria, y tomado á Antioquia. En aquella empresa habia cedido al impulso y al consejo de un tal Ciríades, jóven de una familia noble, aunque deshonrada, que fatigado de las reprensiones de su padre, después de haber robado considerables sumas de dinero, huyó al territorio de los persas donde tomó el título de Augusto.

Valeriano, vencedor de los godos, llegó demasiado tarde para contener los estragos de los escitas, que devastaban el pais retirándose aceleradamente; pero marchó contra Sapor, que le venció é hizo prisionero (259). Sobre toda ponderacion envalentonado el rey de los reyes con aquel triunfo y con tan escelente presa, le condujo encadenado á través de las principales ciudades, poniendo el pié sobre su espalda para montar á caballo. Al morir el emperador después de muchos años de cautiverio, fué desollada y colgada su piel en un templo, quedando allí como perpétua memoria del baldon de los romanos. Tal es por lo menos el aserto de algunos historiadores: otros afirman por el contrario, que el rey victorioso no se mostró cruel con su prisionero, cuya mayor pesadumbre consistió en ver á su hijo regocijarse de un revés que anticipaba la hora de su reinado, en vez de procurar la inmediata libertad de su padre.

8.ª persecucion contra los cristianos.—A los ojos de los cristianos fué este desastre un castigo de la persecucion dirigida por el emperador contra los fieles, á instigacion de Marciano, célebre mago procedente de Egipto, quien le persuadió de que jamás prosperaria el imperio mientras no se estinguiera un culto abominable para los dioses de la patria.

Treinta tiranos.—Al saber la noticia de la derrota de Valeriano, todos los enemigos de Roma se

(2) Esta es la vez primera que menciona la historia á los francos, pueblo ó confederacion germánica que vivia entre el Océano, el Rhin y el Weser, es decir, en la Westfalia y en el Hesse.

precipitaron contra ella, cual si obraran de comun acuerdo: devastan godos y escitas el Ponto y el Asia; se lanzan sobre la Retia alemanes y francos, y penetran hasta Rávena: ocupan cuados y sármatas la Dacia y la Panonia; otros invaden la España y se apoderan de Tarragona. Habia despertado el peligro la energia de los senadores, quienes hicieron partir á los pretorianos que habian quedado de guarnicion, agregándoles los plebeyos más robustos, lo cual determinó la retirada de los bárbaros.

Galieno.—Este acceso de bravura inspiró recelos á Galieno que habia quedado solo al frente del gobierno, y temiendo por su propia persona las consecuencias de aquellos arrebatos belicosos, prohibió á los senadores todo empleo en la milicia, no permitiéndoles ni aun aproximarse al campamento de las legiones: aquellos á quienes habian enervado sus riquezas admitieron este veto como un favor.

Una vez rechazados los bárbaros de la Dacia y de Italia, Galieno procuró atraérselos contrayendo con ellos vínculos de parentesco, y se casó con la hija de Pipas, rey de los marcomanos, aunque la vanidad romana reputó siempre como profanos estos enlaces. Entonces hubo de acudir á la Iliria, donde derrotó y mató á Ingénuo que se habia hecho proclamar emperador; luego para vengarse mandó que fueran pasados á cuchillo todos los habitantes de la Mesia, inocentes ó culpables (3). No *basta*, escribia á Valeriano Celer, *que hagas morir á los que contra mí han esgrimido las armas, y hayan podido perecer en la refriega: quiero que en toda ciudad estermines á mozos y ancianos, sin perdonar á uno solo, á todos los que me han querido mal ó me han tomado en boca injuriosamente, siendo como soy hijo, padre y hermano de príncipes. Mata y destroza sin piedad. Procede como procederia yo mismo, que te escribo de mi puño y letra* (4).

Regilo.—Iba á ser ejecutado este decreto dictado por el furor, cuando impelidos por la desesperacion aquellos á quienes amenazaba, proclamaron emperador á Nonio Regilo (261). Dacio de origen y descendiente de Decébalo, que lidió contra Trajano, era tal su bravura, que Claudio (futuro emperador) le habia escrito con motivo de sus victorias: *Hubo un tiempo en que se te hubiera concedido el triunfo: hoy te aconsejo que venzas con la mayor precaucion, y no olvides que hay alguno á quien harán sombra tus laureles.* Este valor le encumbró al trono, mas no pudo mantenerse allí por largo tiempo, pues le asesinaron sus propios soldados (262).

Postumio.—Otro emperador habia surgido en las Galias (259); Casiano Postumio, de baja estraccion, aunque escelente capitan, asedió en Colonia á Salonino, hijo de Galieno, le dió muerte, y recibió el homenage de la Galia, de España y de Bretaña. En el curso de los siete años que se sostuvo, espulsó á los germanos de la primera de estas provincias, restableció la tranquilidad y mereció el general afecto.

Tantos disturbios interiores facilitaban á los persas la ocasion de destrozar á su antojo las provincias de Oriente. Habiendo penetrado Sapor en la Cilicia, saqueó á Tarso, ocupó á Cesarea, cuyos moradores pasó á cuchillo, declarando que queria pasar de una montaña á otra después de colmar con cadáveres el valle que las separaba (260). Cotidianamente hacia conducir á los prisioneros al abrevadero como un rebaño, y solo se les arrojaba el alimento necesario para prolongar sus padecimientos.

Balisto.—Entretanto Balisto, capitan de los pretorianos bajo Valeriano, reune los restos del ejército de este príncipe, y osa hacer frente á los persas; supliendo al número con la rapidez y la táctica, liberta á Pompeyópolis en Cilicia, destroza á los persas en la Licaonia, hace muchos prisioneros, y se apodera de las mujeres de Sapor: retirándose luego antes de que le dé alcance este príncipe, llega con la velocidad del rayo á Sebastes y á Corisa de Cilicia, donde sorprende y mata á los invasores.

Odenato.—Tuvo además Sapor por adversario á Odenato de Palmira, chaique de una tribu de sarracenos, aguerrido desde la infancia por la caza y por los combates. Cuando vió que Sapor se habia hecho formidable en virtud de su victoria sobre Valeriano, le dirigió palabras de sumision y una larga hilera de camellos cargados de donativos no comunes. Parecióle al rey de reyes insolencia que osara escribirle un hombre sin nombre: rompió la carta, mandó echar sus regalos al rio, y respondió que le enseñaria sus deberes con el esterminio de su persona y de todos los suyos, á menos que llegara á postrarse á sus plantas de hinojos con las manos atadas á la espalda.

Este ultraje hizo temblar de indignacion al árabe, quien juró perecer ó humillar tanta soberbia. Declarándose, pues, en favor de los romanos, de quienes Palmira era entonces colonia, se unió á Balisto y le auxilió con toda su pujanza. Desconsolado Sapor por la pérdida de sus mujeres y temiendo mayores desastres, emprendió la retirada delante de aquellos dos audaces adversarios. Mas como pasara á través de la Eufrasiana y á corta distancia de Palmira, cae Odenato sobre la retaguardia y la aniquila completamente. Obligado á pasar el Éufrates en desórden, perdió mucha gente, y se vió reducido á comprar á la guarnicion romana de Edesa la facultad de retirarse sin ser inquietado, mediante todo el oro que llevaba consigo del saqueo de Siria (261).

Al penetrar en el año siguiente en Mesopotamia

---

(3) Véase en *Los Scriptores Historia Augusta.* TREBELIO POLION, *Valerianus, Gallieni duo, Triginta tyranni;* MANSO, *los Treinta Tiranos* (aleman), que siguen á su vida de Constantino.

(4) *Vida de los Treinta Tiranos,* cap. VIII.

recuperó Odenato á Nisibe y Carres, adelatándose después hácia el centro del imperio para libertar á Valeriano. Derrotó á Sapor en campal batalla y le puso en la necesidad de encerrarse con su familia en Ctesifonte. Entonces acudieron de todo el reino á defender la capital los magnates persas; pero Odenato les deshizo y quizá hubiera coronado un buen éxito sus esfuerzos, si las sediciones recientes en el corazon del imperio no hubieran hecho imposible toda grande empresa.

Palmira.—Nombrado por Galieno, en recompensa de sus señalados servicios, comandante general de todas las fuerzas romanas de Oriente, tomó Odenato el título de rey de Palmira (263). La historia de esta ciudad es un episodio oriental enmedio de las invasiones de los bárbaros y de los sombrios horrores de los tiranos latinos. Hemos visto con cuanta oportunidad la habia fundado Salomon en el desierto, á tres jornadas del Éufrates, para servir de punto de parada á las caravanas que iban desde Europa á la India. Floreció bajo los Seléucidas, y durante una larga paz se aumentaron su comercio y sus riquezas. Estrabon no la menciona siquiera; Plinio dice que era considerable por su situacion, por la riqueza de su territorio y sus agradables riachuelos, y que aislada del mundo por el vasto desierto de que estaba rodeada, se habia conservado independiente entre los partos y los romanos, deseosos á porfia de que tomara parte en sus intereses.

Mientras que Balisto y Odenato daban allí cima á sorprendentes empresas, se degradaba Galieno en medio de las más abyectas prostitutas. Su crueldad se ejercitaba, no contra los senadores, como la de los empreradores precedentes, sino contra los soldados, de los cuales hacia morir hasta tres ó cuatro mil cotidianamente. Una vez le ocurrió el estravagante capricho de presentarse como triunfador, seguido de fingidos prisioneros disfrazados de godos, de sármatas, de francos y de persas. Algunos burlones se acercaron á estos últimos, y jocosos con poca oportunidad, se pusieron á examinarlos atentamente; como se les preguntara que era lo que examinaban con tanto esmero, respondieron: *Buscamos al padre del emperador*. Galieno hizo que fueran quemados vivos; pero no se queman las palabras, y menos todavia la opinion. Tambien se divertia en discutir con el filósofo Plotino, y se proponia confiarle una ciudad para que realizara la república de Platon en ella. Además componia hermosos versos y admirables arengas: sabia adornar un jardin y preparar con habilidad suma un opíparo banquete. Hacia que le iniciaran en los misterios de la Grecia, solicitaba un lugar en el Areópago de Atenas, y prodigaba en sus inmerecidos triunfos ó en el lujo de su corte, los tesoros que reclamaban la miseria general é inmensas calamidades. Por los negocios públicos no se tomaba interés ninguno. Se le participaba la muerte de su padre. *Sabia que era mortal*, responde. Se le anuncia la pérdida de Egipto: *Nos pasaremos sin sus telas;* la ocupacion de las Galias. *¿Perecerá Roma por ventura aunque le falten las sederias de Arras?* El saqueo del Asia por los escitas. *¿No podremos bañarnos acaso sin salitre?*

Esta indolencia suscitaba usurpadores por todas partes: son conocidos en la historia bajo el nombre de los *Treinta tiranos*, aun cuando el número no sea exacto. Pero ¿cómo seguir sin confusion y sin fastidio á todos aquellos ambiciosos en su corta travesia desde el trono al sepulcro?

Ascendiendo por su valor á los primeros grados militares, Flavio Macriano se rebeló contra el hijo de Valeriano y se hizo proclamar emperador con ayuda de Balisto. Al saber esta noticia adoptó el mismo título Valerio Valente, procónsul en la Acaya: otro tanto hizo Calpurnio Pison enviado contra él. Este era el último vástago de una familia ilustre y un hombre dotado de grandes virtudes; pues el mismo Valente sabedor de que habia sido muerto, dijo: *¡Qué cuenta habré de dar á los dioses infernales á consecuencia de la muerte de un hombre que no tenia igual en el imperio!* Decretó el Senado su apoteosis, diciendo que jamás habia existido hombre mejor ni de más energia.

Habiéndose adelantado entonces Macriano contra Galieno fué derrotado en los confines de la Tracia y pereció en el combate (264). Entonces tomó el título de emperador Balisto en Emesa, dando muerte á todo el que tardaba á rendirle homenage; pero un sicario de Galieno le arrancó la vida. Abrogóse aquel título un tal Sempronio Saturnino, cuyo pais se ignora. Emiliano se hizo proclamar en Egipto: se ocupó en restablecer el órden en aquel pais víctima de tantos trastornos, hasta el momento en que el egipcio Teodoto, enviado en contra suya por Galieno, le batió y habiéndole aprisionado, le hizo conducir á Roma, donde fué estrangulado en su calabozo, segun la antigua costumbre. En el Asia Menor los isaurios proclamaron á Annio Trebeliano ; habiendo sucumbido éste en el campo de batalla, rehusaron someterse y devastaron el Asia Menor y la Siria hasta el tiempo de Constantino. Un tal Tito Cornelio Galo, proclamado Augusto en Africa, fué crucificado al cabo de siete dias.

Casiano Postumio, que se habia sostenido en las Galias, se asoció á Aurelio Victorino: y resistió á los repetidos ataques de Galieno: venció tambien á Lucio Eliano (266), que se habia hecho emperador en Maguncia, pero no habiendo consentido que entraran á saco la ciudad sus soldados, fué asesinado con su hijo por ellos. Servilio Loliano, sucesor suyo, fué asesinado á instigacion de Victorino, quien quedó por único dueño de las Galias, y fué degollado posteriormente por un esposo ultrajado. Habia designado á su hijo para sucederle; mas indignándose los galos de obedecer á un niño, eligieron á Marco Aurelio Mario, armero de una fuerza y una valentia á toda prueba, á quien tres dias después atraviesa el corazon uno de aus obreros con una espada diciendo: *Tú eres el que la ha*

forjado. Reemplazáronle los soldados con Pesuvio Tétrico, senador y personage consular, el cual quedó en posesion de la Galia, de la España y de la Bretaña (268). Estos príncipes efímeros y transitorios, eran elevados y destituidos por Victoria, madre de Victorino, que desplegaba contra Galieno varonil bravura y disponia de inmensas riquezas.

Odenato, que en galardon de haber conservado las provincias de Oriente, habia sido asociado al imperio por Galieno, proseguia el curso de sus triunfos contra los persas. Asedió á Ctesifonte y aun quizá se apoderó de ella; pero en el momento en que corria á oponerse á las invasiones de los godos, fué asesinado en Emesa al cuarto año de su reinado. Colocándose Zenobia, su segunda esposa (cómplice talvez del asesinato), al frente del gobierno en nombre de tres hijos de menor edad que le habia dejado, tomó el título de reina de Oriente y las águilas imperiales, declarándose contra Galieno.

Obligado éste, bien á pesar suyo, á tener siempre las armas en la mano contra los enemigos de dentro y de fuera, tuvo que acudir á Italia. Su general en la Iliria, Acilio Aureolo, se habia visto obligado por el ejército á admitir la púrpura; y pasando los Alpes habia batido al ejército imperial, junto al Adda, entre Bérgamo y Milan. Después de echar sobre este rio un puente, que todavia conserva su nombre (*Pons Aureoli*, Pontiroli), entró en Milan y fué allí sitiado por Galieno.

Muerte de Galieno.—Pero una conjuracion puso término á la existencia de este príncipe (26 de marzo de 268) de edad de treinta y cinco años y al décimo quinto de su reinado. Al pronto quisieron vengarle los soldados, si bien se les apaciguó con dinero, y le trataron después de tirano: declaróle el Senado enemigo de la patria, y despeñó desde lo alto de la roca Tarpeya á sus deudos y amigos, para deificarle al poco tiempo.

Verdaderamente la época de Galieno fué de las más deplorables de que ha conservado recuerdo la historia. De tal modo se hallaba agitado el Egipto, que apenas era posible comunicarse ni aun por cartas en Alejandria de un barrio á otro. Los más frívolos motivos, un saludo, un calzado producian sangrientas disputas. Sobrevinieron el hambre, la peste, cuyos estragos fueron tales, que se contaban en la ciudad menos personas desde catorce años hasta ochenta, que las que habia comunmente desde cuarenta á setenta (5). Doce años duraron aquellos desórdenes tumultuosos; por último el Bruchio, la parte más hermosa y fuerte de Alejandria, que encerraba en su recinto el palacio de los reyes, el museo, la biblioteca, los arsenales, fué asediado por los romanos, á las órdenes del emperador Teodoto, y reducido á rendirse por hambre.

Entretanto los escitas, bajo cuyo nombre son designados á menudo los godos, talaban la Bitinia y destruian muchas ciudades. Recorrieron la Tracia, la Macedonia, y amenazaron la Grecia, que fortificó de nuevo las Termópilas, rodeó Atenas de murallas y cerró el istmo del Peloponeso. Habiendo atravesado los bárbaros el Helesponto y devastado gran número de ciudades y de monumentos de arte y de historia, saquearon el templo de Diana en Efeso, que, sobreviviendo á siete destrucciones, estaba adornado con todos los tesoros de la opulencia asiática y del arte griego. Diversos monarcas le habian hecho el donativo de ciento veinte y siete columnas de mármol jónico de cincuenta piés de altura; el altar, esculpido por mano de Praxiteles, representaba las acciones de Apolo y Baco. Agenos los escitas á los terrores de la supersticion y al respeto hácia lo bello, lo redujeron á cenizas.

Perdiéronse tambien todas las conquistas de Trajano en la Dacia. No pudieron defender los Pirineos á España. Los francos que penetraron en ella, la saquearon y pasaron de allí al Africa, después de haber destruido á Tarragona. En Sicilia, sublevados los esclavos y los labradores, renovaron los horrores de la guerra servil, con inmenso perjuicio de los senadores, que tenian en aquella isla sus principales propiedades.

Seria imposible describir en detalle todas las atrocidades cometidas por los invasores y por los que se defendian contra ellos. Galieno asedia á Bizancio y entra por capitulacion en la ciudad: manda pasar á cuchillo á la guarnicion y á los habitantes, de manera que segun dice un autor (6), no quedó en la ciudad un solo hombre. Cada tirano que surgia debia prodigar oro á los soldados. ¿Y de dónde podian sacar este oro, sino del pueblo? Sucedíanse sin fin las vejaciones y las crueldades, cortejo de todo gobierno nuevo; luego la rápida caida de los usurpadores envolvia en la misma ruina al ejército y á las provincias que se habian declarado por su causa. Tambien se aliaban á veces aquellos soberanos de un dia, para sostenerse contra sus competidores, con los bárbaros, cuyas incursiones eran favorecidas por aquellas contínuas rivalidades. El hambre y la peste que ejercieron sus destrozos desde 250 á 265, ponian colmo á tantos males; y además terremotos, eclipses de sol, sordos mujidos subterráneos, acrecentaban el desaliento de los espantados pueblos. ¡Desdichados, desdichados!

(5) EUSEBIO, VII, 23. Parece que se inscribian en registros los nombres de los habitantes, y se hizo una distribucion de trigo.

(6) POLION, *Vida de Galieno*, pág. 179.

CAPÍTULO XXIV

DESDE CLAUDIO II Á DIOCLECIANO.

En este momento retardaba la caida del imperio una sucesion de valientes emperadores. Proclamó el ejército á Marco Aurelio Claudio (24 de marzo de 268) como el más digno de sostener el nombre romano y la dignidad imperial; y su eleccion fué confirmada por el Senado, quien repite en alta voz que siempre ha deseado por emperador á Claudio ó á un príncipe semejante. Ascendido este ilirio al trono, sin haberlo conquistado con un delito, continua el asedio de Milan, y acaba por apoderarse de Aureolo, á quien da muerte á instancias del ejército. Enseguida bate á los germanos que se habian adelantado hasta el lago de Garda. De vuelta en Roma se ocupa en reparar lo mejor que puede los desórdenes causados por las precedentes turbaciones. Deja al Senado condenar á muerte á los amigos y á los deudos de Galieno, y después de pronunciada la sentencia les concede indulto.

Avanzando contra los godos, que después de haber talado las provincias, se retiraban por la alta Mesia (269), escribia en estos términos al Senado: «Me hallo enfrente de trescientos veinte mil enemigos: si salgo vencedor, cuento con vuestro agradecimiento; si el resultado no corresponde á nuestras esperanzas, hareis memoria de que el imperio quedó agotado á consecuencia del reinado de Galieno: suya es la culpa y de los tiranos que han desolado nuestras provincias. No tenemos lanzas, espadas, ni escudos. Hállanse en poder de Tétrico las Galias y la España, alma del imperio: y están ocupados los arqueros contra Zenobia. Por poco que obtengamos, atendida nuestra situacion, será mucho.»

A los pocos dias pudo escribirle nuevamente: «Hemos derrotado á los godos y destruido su escuadra de dos mil buques: el campo está cubierto de cadáveres y de escudos; y hemos hecho tantos prisioneros, que á cada soldado le han tocado en el reparto dos ó tres mujeres.» No se necesitaban victorias menos insignes para fijar la vacilante república: pero apenas habia reinado Claudio dos años, cuando le arrebató la vida una epidemia. Decretóle el Senado los honores divinos (270), y mandó colgar en el salon de sus sesiones un escudo de oro con su efigie; erigióle el pueblo dos estátuas, una de oro y de seis pies de altura, otra de plata y de peso de mil quinientas libras. Su hermano Marco Aurelio Quintilo fué llamado con unánimes voces á sucederle, pero á los diez y siete dias se suicidó ó fué asesinado por las tropas.

Aureliano.—Domicio Aureliano fué proclamado sucesor suyo (270). Nacido en Panonia en condicion oscura, habia dado tantas pruebas de valor y de fuerza, que los soldados le designaban con el nombre de *Manus ad ferrum* y repetian en su obsequio canciones con el siguiente estribillo: *Mil mil, mil mató,* pues corria acreditado el rumor de que habia derribado con su espada en diferentes combates á novecientos cincuenta enemigos. Los godos que se habian librado de la última derrota, pusieron coto á su propia arrogancia y le pidieron la paz; concedióselá de buen grado, atendido á que los alemanes, los yutongos y los marcomanos amenazaban la Italia: hasta penetraron en ella á pesar de sus esfuerzos, y habiéndole derrotado cerca de Plasencia se encaminaron en derechura á Roma. Entonces llegó á su colmo el espanto; se consultaron los libros sibilinos, y el emperador en persona se quejó al Senado de que se procediera muellemente al cumplimiento de los ritos religiosos: *Pues qué,* decia, *¿os habeis congregado en una iglesia cristiana, y no en el templo de todos los dioses? Examinadlo, y sabré hacer que os suministren cualquier gasto, cualquier animal ó cualquier hombre que exijan los libros sagrados.* Procesiones de sacerdotes vestidos de blanco, enmedio de coros de vírge-

nes y mancebos, recorrieron la campiña, ofreciendo sacrificios místicos y reanimando el valor de los romanos. Aureliano, que habia rehecho los vestigios de su ejército, batió á su vez á los bárbaros cerca de Fano, y acabó de esterminarlos en ótros muchos combates. Tambien derrotó á los vándalos que habian atrevesado el Danubio, y los obligó á entregarle en rehenes los hijos de sus dos reyes (271). No obstante, como apetecia más una ventaja efectiva que una apariencia seductora, abandonó las conquistas hechas por Trajano allende el Danubio; y declarada independiente la Dacia, prestó al imperio eminentes servicios, ora acostumbrando á los bárbaros á la agricultura, oro repeliéndolos, mientras que la Dacia de Aureliano, como se denominó á la Mesia, recibió á los que habian sido arrojados de aquella.

Al volver á Roma halló tal desórden en todo, que hubo de apelar á las más rigorosas medidas. Muchos senadores fueron condenados á muerte por ligerísimas acusaciones, desprovistas hasta de pruebas. Despues se ocupó en reparar las murallas de la ciudad, dándoles un desarrollo de veinte y una millas. Si tamaña estension lisongeaba el orgullo romano, humillábalo la idea de que la capital del imperio estaba reducida á atender á su propia seguridad con el auxilio de baluartes. Aureliano restableció la disciplina (1) y castigó severísimamente las más insignificantes faltas de los soldados. Habiendo violado uno de ellos á la mujer de su huésped, hizo que le ataran á dos árboles inclinados con fuerza tal, que al volver á levantar sus ramas le dividieran en dos pedazos. Por eso cantaba la soldadesca: *Este ha derramado más sangre que vino ha bebido cualquiera otro.* Por otra parte hacia que la disciplina fuera menos pesada, sujetándose él mismo á sus prescripciones. Ageno á toda especie de fausto, prohibió á su mújer gastar vestidos de seda, porque se vendian á precio de oro (2).

Zenobia.—Luego que lo preparó todo para la paz y para la guerra marchó contra Zenobia. Apenas fué la viuda de Odenato reina de Oriente, se creó para ella una genealogia, haciéndola descender de los Tolomeos; y efectivamente era vástago de una ilustre familia: entendia el latin, el griego y el egipcio; sabia historia y se ocupaba en escribirla. Además habia aprendido á discutir sobre Platon y Homero en la escuela de Longinos. En la caza competia con su esposo, en la guerra con los más insignes capitanes. Hizo que vistieran la púrpura sus tres hijos Hereniano, Timolao y Valbalates; asociados al imperio les hizo abandonar el idioma griego por la lengua latina, y gobernó cinco ó seis años en calidad de tutora. Alternativamente grande en la guerra y eminente en el gobierno, prudente en el consejo, firme en sus resoluciones, admirablemente generosa, exenta del amor y de las demás pequeñeces que deshonran las cortes femeninas, unas veces rivalizaba en magnificencia con los monarcas persas y se hacia adorar como ellos reclinando en tierra la frente, otras con el casco del soldado y el manto imperial, marchaba á la cabeza de las tropas á escape, en un caballo ó en un carro de guerra. De vez en cuando daba banquetes, y á estilo de los Césares, bebia con los oficiales del ejército y con los embajadores de Persia y Armenia.

Habiendo quedado, en virtud de la derrota de Heracliano, dueña de la Siria y de la Mesopotamia, se habia aprovechado del momento en que Claudio combatia contra los godos para enseñorearse de Egipto. Se habia sometido á su ley gran parte del Asia, y fijaba sus ojos en Bitinia.

Resuelto Aureliano á detenerla, entró en esta última provincia (272) y después en la Capadocia; habiéndole opuesto resistencia Tiane, juró esterminar allí hasta los perros. Pero habiendo caido la ciudad en su poder por traicion de Heraclamon, dijo que se le habia aparecido Apolonio, el famoso taumaturgo tianés, prohibiéndole que maltratara á sus compatriotas. En su consecuencia intimó á sus soldados no saciar su rábia sino en los perros de la ciudad y en Heraclamon, que habia entregado á su patria.

Encerrada Zenobia en Palmira, empleó Aureliano contra los de esta ciudad todas las máquinas de guerra conocidas, pero los sitiados se defendian con heroismo. *Es increible*, escribia el emperador, *la cantidad de dardos y de piedras que hacen llover sobre nosotros sin treguas ni reposo; pero confio en los dioses que han secundado siempre mis empresas.*

Zenobia aguardaba socorros de los persas y sarracenos; más los primeros fueron copados en su marcha, y los otros sobornados: entonces resolvió

---

(1) Sobre este punto descendia á los más infimos pormenores, y lo testifica la siguiente carta dirigida á uno de sus tenientes. «Si quieres ser tribuno, y aun si en algo estimas tu existencia, manten á tus soldados dentro del círculo de sus deberes. Ninguno de ellos robe gallinas, ni ovejas de otro; prohíbaseles hurtar uvas, echar á perder los sembrados, exigir á los habitantes aceite, sal, leña, debiendo contentarse cada cual con lo que el príncipe le suministra. Deben regocijarse los soldados del botin hecho sobre el enemigo, no de las lágrimas de los súbditos romanos. Tengan todos bien limpias y relucientes las armas, estén las espadas con buen filo y corte, y bien cosido el calzado: reemplacen vestidos nuevos á los que estén ya muy usados; depositen la paga en sus bolsillos y no en las tabernas. Lleve cada cual su anillo, su collar, su brazalete, y no los venda ni malgaste su precio. Cúidese de que limpie el caballo y la acémila que lleva el bagage, y el macho comun de la compañia, y de que no se venda la avena que les está destinada. Ayúdense unos á otros, como si fuesen siervos; nada les cuesta el médico que tienen; no gasten, pues, su dinero en consultar á los adivinos. Vivan constantemente en sus alojamientos, y si se quejan, castígueseles con buenas palizas.»

(2) *Absit ut auro fila pensentur; libra enim auri tunc libra serici fuit.* Vopisco, en la *Vida de Aureliano.*

ir personalmente á reclamar de nuevo la ayuda de los persas. Pero en el momento en que, á favor de la noche, se escapaba con sus tesoros montada en un dromedario, fué alcanzada por Aureliano, y quedó en su poder en calidad de prisionera. Cuando le preguntó como siendo mujer habia osado resistir á los emperadores romanos, respondió ella que le reconocia por Augusto, pero que no habia creido á Galieno ni á los demás dignos de tan gran nombre.

Palmira logró ser perdonada entregando sus riquezas: sin embargo, muchos de los que habian ayudado á la reina fueron anegados ó degollados, entre otros el filósofo Longinos, maestro de Zenobia. Desde entonces la amistad de Aureliano fué solicitada á porfia por los blemos, oxumitas, árabes, bactrianos, iberos, sarracenos, albaneses, armenios, y hasta por los etiopes, indios y chinos.

Mas apenas se habia puesto el emperador en camino, supo que los de Palmira, levantando otra vez la cabeza, habian asesinado al gobernador y á la tropa que guarnecia la plaza. Retrocede entonces, y cayendo sobre ellos antes de que tengan espacio de organizar la defensa, mata á sus moradores, sin distincion de edad ni sexo y destruye la ciudad.

Ruinas de Palmira.—Tan completamente desapareció el nombre de Palmira de la historia, que hasta se ignoraba en Europa su existencia cuando oyendo unos mercaderes ingleses en Alepo (1690) contar á los beduinos las maravillas de los inmensos escombros hacinados en el desierto, quisieron juzgar por sí mismos de lo que habia de cierto en aquel relato. Despojados de todo en el camino la vez primera, y detenidos en el viaje, volvieron á la carga, y entonces descubrieron los vestigios de aquella ciudad prodigiosa, y publicaron su existencia. No vieron los europeos en todo aquello más que una ficcion brillante, hasta el momento en que dos ingleses, Dawkins y Wood, ordenaron la descripcion y los dibujos exactos de aquellas magníficas ruinas, que se estienden en un espacio de cinco mil setecientos setenta y dos metros, y superan en su sentir á cuanto poseen Italia y Grecia (3). Alzase un hermoso arco de triunfo en una plaza donde desembocan tres calles, cuya longitud total no baja de dos mil doscientos veinte y nueve metros; pórticos ornamentados con estátuas é inscripciones; mil cuotrocientas cincuenta columnas, de las que todavia hay en pié ciento veinte y nueve, las guarnecian por ambos lados: dos de estas columnas se elevan á veinte metros, y su basamento supera la altura de un hombre. Aquellas mutiladas cañas, de las cuales conservan algunas un fragmento de arquitrabe, sin un solo muro macizo, cortan de una manera singular el horizonte sin límites del desierto. Conducen los pórticos á magníficos sepulcros construidos en forma de torres cuadradas de cuatro y cinco cuerpos, de mármol blanco, con figuras y arabescos de relieve. Se atribuyen á los primeros siglos de la era vulgar aquellas admirables construcciones de ejecucion y de estilo, á pesar de la profusion de ornamentos debida al génio oriental. Lo más notable que ofrecen es el templo del sol, con su átrio de seiscientos setenta y nueve piés cuadrados, rodeados de trescientas sesenta y cuatro columnas en doble hilera, de quince metros y medio de altura, y un metro y cuarenta centímetros de diámetro. En medio está el templo, cuya fachada tiene cuarenta y siete piés, y los lados ciento veinte y cuatro: en rededor se descubre un peristilo de cuarenta y una columnas de mármol blanco, de más de diez y seis metros de altura. Arquitrabes, cornisas, techos, puertas, están cubiertos de esculturas maravillosas, de elegantes proporciones y de un dibujo perfecto, aunque son demasiado lujuriantes. Adiciones posteriores indican que ha servido para el culto de Cristo, y luego para el de Mahoma.

Balbek.—No podríamos alejarnos de estas ruinas sin decir algo de las de Balbek ó Heliópolis. Todavia se ven dos templos de treinta y ocho metros sobre treinta y siete, y de noventa y seis sobre cuarenta y siete, con un recinto de doscientos noventa y nueve de longitud sobre ciento treinta y seis de anchura, un gran pórtico, un vasto patio octógono y otro rectangular con una galeria. Aun se halla en pié un grupo de seis columnas corintias: tienen diez y nueve metros de altura y siete de circunferencia: las diferentes piezas están unidas con tanta solidez, que no se han desprendido muchas de ellas ni aun despues de haber caido. Pedruscos que cuentan hasta once metros de longitud y tres de espesor, forman un muro, encima del cual hay tres piedras que ocupan cincuenta y siete metros: otras piedras pasan de veinte y tres metros sobre cuatro, es decir, que tienen más volúmen que el de un obelisco. Nada sabemos de esta ciudad, que debió tambien su prosperidad al comercio y al tránsito de las caravanas, sino que su estado era floreciente en tiempo de los Antoninos.

¡Y todo esto en medio del desierto, donde no existe una sola cantera! Pero los habitantes de aquellas ciudades, que carecian de territorio, quisieron hermosear su patria en testimonio de cariño, á semejanza de los de Venecia, de Génova y Pisa. ¡Oh qué impresion esperimenta el viajero cuando enmedio de aquellas inmensas arenas donde no encuentra ni una choza, ni un árbol, descubre delante de sus ojos la ciudad de poético nombre, que debia al comercio una existencia tan activa, transformada en vasto sepulcro por la espada de Roma! Ahora ocupan treinta ó cuarenta familias cabañas de barro en el recinto del templo de Palmira: están rodeadas de magestuosos vestigios, sin que investiguen su orígen ni comprendan su magestad. Volney exhalaba al frente de aquellas ruinas sus

(3) *Ruinas de Palmira*. Lóndres, 1753;—*Ruinas de Balbek*. Lóndres, 1757.

desgarradoras elegías, presentándonos los pueblos como una mísera raza que se eleva, crece y sucumbe al acaso, juguete constante de la fuerza y de la impostura.

Egipto.—Tambien se habia sublevado Egipto á consecuencia de los manejos de un tal Firmio de Seleucia, el cual habia adquirido tantas riquezas traficando con los árabes, los blemos de la Etiopia y los indios, que segun se decia, estaba en disposicion de mantener un ejército, solo con el beneficio que sacaba del papiro y de la cola. A fin de auxiliar á Zenobia tomó el título de Augusto, y estorbó la esportacion de granos, lo cual ponia á Roma en grande apuro (273); pero habiendo caido sobre él Aureliano con su presteza y ventura acostumbradas, le envió al suplicio, y encaminóse enseguida hácia Europa con intencion de recuperar la España, la Galia y la Bretaña, arrancándolas del poder de Tétrico. Este que en el trascurso de seis años habia más bien obedecido que mandado á las tropas turbulentas, se presentó á rendírsele espontáneamente; y de este modo después de trece años volvieron á quedar incorporadas estas provincias al imperio (274).

Triunfo de Aureliano.—El triunfo de Aureliano fué pomposo como el que más. A la cabeza marchaban veinte elefantes, cuatro tigres con doscientos animales de los ménos comunes y más curiosos del Oriente y del Mediodía; veíanse luego mil seiscientos gladiadores destinados al anfiteatro. En pos seguian los tesoros del Asia y de la reina de Palmira con escelente órden bajo apariencias de confusion: por último, estandartes, cascos, escudos y corazas sobre una infinidad de carros. Tanto por su estraña fisonomía como por la singularidad de su traje, llamaban la atencion los embajadores de las naciones más remotas, etiopes, árabes, persas, bactrianos, indios y chinos. Productos de todas las comarcas, y coronas de oro, ofrecidas al emperador en señal de gratitud por las ciudades, atestiguaban la obediencia y la adhesion del mundo hácia aquella Roma que se encontraba á la sazon al borde del sepulcro.

Detrás iban largas filas de godos, vándalos, sármatas, alemanes, francos, galos, sirios, egipcios encadenados, diez guerreras godas cogidas con las armas en la mano y denominadas amazonas: después aparecieron asimismo en este triunfo el emperador Tétrico y la reina Zenobia; el primero con las bragas de los galos, el manto de púrpura y la túnica amarilla, acompañado de su hijo y de los cortesanos galos: la reina de Oriente cubierta de pedrerías, de cadenas de oro en las manos y el cuello, sostenida por esclavas persas, seguida del magnífico carro que habia mandado preparar para subir triunfalmente al Capitolio, y de otros dos carros no ménos lujosos, el de Odenato y el de un rey persa. Conducia el cuarto carro á Aureliano, tirado por cuatro ciervos (renos?), arrebatados á un rey godo. Senadores y ciudadanos ilustres cerraban la comitiva, que se adelantaba á compás de alegres aclamaciones. Juegos del circo, representaciones escénicas, luchas de gladiadores y de fieras, naumaquias, coronaron la fiesta é hicieron aquella solemnidad memorable.

Aunque el ejército habia pedido á voz en grito en Siria la muerte de Zenobia, conservando Aureliano su existencia, le cedió en los alrededores de Tívoli tierras considerables para que viviera de un modo correspondiente á su categoría: estableció á sus hijas, y confirió al único hijo que habia sobrevivido, un pequeño principado en la Armenia. Por lo que hace á Tétrico, le otorgó el título de cólega y el gobierno de la Lucania.

Con la idea de aplicar remedio al desenfreno de las costumbres, promulgó entonces leyes contra el adulterio y el concubinaje, que no fué lícito sino con las mujeres de condicion servil. Castigaba severamente á sus esclavos y á sus libertos, y los entregaba al magistrado ordinario, si cometian un delito. Erigió en Roma un templo al sol, resplandeciente de metales preciosos y de perlas, con vasos de oro del peso de quince mil libras. Adornó el Capitolio y otros templos con los donativos recibidos de los príncipes extranjeros, y señaló rentas para los sacerdotes y para el culto. Distribuia al pueblo carne de cerdo, además del pan y el aceite, y aun queria agregar á esto el vino; pero el prefecto del pretorio le hizo observar que si lo concedia, como pensaba, acabaria la muchedumbre por exigir gallinas. Determinó la cantidad de trigo, papiro, vidrio y lino que tendria obligacion de suministrar anualmente el Egipto. Después de haber perdonado todas las deudas contraidas por los particulares con el tesoro, publicó una amnistía general para los delitos de Estado. Mas vino á despertar el carácter severo de Aureliano un levantamiento escitado por la reforma del sistema monetario, ignorándose en que consistia ésta, y aquel fué dificilmente ahogado con torrentes de sangre. Fueron senadores especialmente los sepultados en calabozos y enviados al suplicio. Desde entonces su soberbia no reconoció más derecho que el de la cuchilla, y trató al imperio como pais conquistado.

Muerte de Aureliano.—Así el Senado llegó á profesarle un odio igual al amor que le tenia el ejército: y sin embargo, en el seno de éste fué donde encontró la muerte. Como se aprestara á vengar á Valeriano sobre la Persia, Mnesteo, su liberto y secretario, á quien habia amenazado con motivo de algunas estorsiones, previno el castigo, enseñando á los principales oficiales del ejército una falsa lista de proscritos, y persuadiéndoles de que dieran muerte al emperador para evitar la suya propia. Con efecto, fué asesinado por sus guardias entre Heraclea y Bizancio (enero de 275). Cuando se reconoció ser falsa la lista que habia causado su muerte, echaron los conjurados á Mnesteo á las fieras, y erigieron un templo al *restaurador del imperio*. Es verdad que durante los cinco años de su reinado cicatrizó Aureliano las llagas de que habia sido única causa la indolencia de Galieno; repelió

á los bárbaros de Italia; restituyó su unidad al imperio; recibió el homenaje de Hormisdas, sucesor de Sapor, y si no permite que se le cuente entre los buenos príncipes su rigor escesivo, fué uno de los más útiles en una época en que solo la espada podia salvar á un imperio fundado tambien por la espada. En un principio habia tolerado á los cristianos, si bien tenia en la mente su esterminio cuando la muerte le llamó á cuentas.

Avergonzados los principales oficiales de haberse manchado con la sangre de Aureliano, no se atrevieron á darle sucesor: de consiguiente, escribieron al Senado para que escogiera un príncipe capaz de sustituir en aquellas circunstancias al que habia sido muerto, y que estuviese limpio de su asesinato. Marco Claudio Tácito, príncipe del Senado, disuadió á sus cólegas de admitir lo que se les proponia por miedo de escitar turbulencias si desagradaba al ejército la eleccion del Senado. Remitióse, pues, la eleccion á las tropas, que delegaron nuevamente al citado cuerpo la facultad de elegir. Tres veces se repitió este acto, de manera que el imperio estuvo vacante ocho meses.

Tácito.—A pesar de todo no se resentia la tranquilidad interior de este interregno, pero como los enemigos del otro lado del Éufrates y del Danubio se hacian cada vez más emprendedores, fué proclamado al fin de comun acuerdo emperador Tácito (25 Setiembre). Vanamente quiso buscar escusa en sus setenta años, pues fué obligado á «aceptar el cuidado del Estado y del mundo que le decretaba la autoridad del Senado, y que merecia no menos por su alta clase que por sus actos.»

Descendia de Tácito el historiador este nuevo soberano, y mandó que cada año se hicieran diez copias de las obras de su ilustre abuelo. De carácter dulce, admirador de la sencillez antigua, cedió su patrimonio al Estado, declaró libertos á cuantos esclavos habia en Roma, y halló en su templanza y en su economia los necesarios recursos para las liberalidades imperiales. Mandó cerrar completamente las casas de prostitucion y baños públicos antes de ser de noche: destinó templos y sacrificios á los buenos emperadores, rechazó el testimonio de los esclavos contra sus amos, y prohibió dorar y amalgamar los metales (4). Restituyó sus antiguas atribuciones á los senadores, que llenos de alborozo, hicieron procesiones solemnes y se apresuraron á escribir á todas las ciudades así como á los pueblos aliados, que les dirigieran las apelaciones de los procónsules, dejando de hacerlo al emperador y al capitan de guardias. Ellos fueron quienes designaron los procónsules, y confirieron con tan absoluta libertad las magistraturas, que negaron el consulado á un hermano de Tácito, recomendado por éste á sus sufragios. Por ellos eran sancionados los edictos imperiales, siendo esta la última manifestacion de la autoridad senatorial.

Tácito se concilió el ejército con larguezas y guiándole contra el enemigo; mas, por una parte el rigor del clima, y por otra las turbulentas instancias de los soldados envalentonados en vista de su índole bondadosa, le arrastraron al sepulcro (abril de 276), hallándose en Capadocia y contando apenas seis meses de reinado.

Probo.—Floriano, su hermano, hizo que le revistieran con la púrpura, y obtuvo la obediencia de las provincias de Africa y de Europa (junio). Pero en Asia se declararon tres legiones en favor de Valerio Probo, y comenzó una guerra civil en que fue muerto Floriano. Probo, natural de Sirmio, reunia todas las cualidades de un buen príncipe; dió pruebas de valor batiendo á los bárbaros que habian invadido la Galia, y rechazándolos más allá del Rhin; redujo á los godos y á los persas á la necesidad de solicitar la paz; avasalló los isaurios, diseminándolos en las provincias más distantes; derrotó á los blemos que habitaban entre la Etiopia y Egipto, y aseguró la paz en lo esterior. Habia concebido un proyecto más galano que de fácil ejecucion, y consistia en desarmar á los germanos, é inducirlos á remitir á los romanos la decision de sus querellas. Entre tanto mandó construir una línea de defensa contra ellos, no reducida á troncos de árboles y empalizadas, como la de Trajano, sino formando un muro de mamposteria, que se estendia desde las inmediaciones de Neustadt y de Ratisbona á través de montes, valles, rios y pantanos, hasta Wimpfen junto al Necker, y llegaba hasta el Rhin después de recorrer doscientas millas. Obligó tambien á los germanos á aprontar cada año diez y seis mil hombres de los más robustos, que repartió en las tropas nacionales: efectivamente, el reclutamiento se hacia cada vez más difícil en las provincias de lo interior y en las poblaciones enervadas de la Italia.

Halló un competidor en Sexto Julio Saturnino (280), á quien apoyaban los turbulentos alejandrinos, aunque pronto fué vencido y muerto. Próculo se rebeló en contra suya en las Galias: haciendo el corso por mar, á semejanza de sus antepasados, habia acumulado tantas riquezas, que pudo armar á dos mil esclavos; mas derrotado por Probo, le hicieron traicion los francos. El español Bonoso, que, desde el oficio de maestro de escuela habia llegado á ser jefe de la escuadra del Rhin, habiendo dejado que la sorprendiera é incendiara el enemigo, se sublevó por miedo del castigo y se sostuvo bastante tiempo: vencido al fin, se quitó la vida. No se habia hecho menos célebre en las proezas de Baco que Próculo en las de Vénus.

Cuando terminaba la guerra, empleaba Probo á los soldados en trabajos provechosos: así fué como les hizo plantar de vides las colinas de la Galia, de la Panonia y de la Mesia, reedificar más de diez ciudades destruidas y abrir canales. Pero habiendo

(4) De Claudio II á Diocleciano no se acuñaron monedas de plata, sino de cobre plateado: continuaron las monedas de oro sin liga de ninguna especie, porque el impuesto se pagaba en oro.

manifestado la esperanza de asegurar la paz general en breve, y de pasarse sin soldados, estos le dieron muerte (agosto de 282). Esta era una catástrofe inevitable, ora se tratara de un emperador despreciable como Galieno, ora de un soberano justo, prudente y respetado como Probo.

Caro.—Proclamaron las tropas á Marco Aurelio Caro, prefecto del pretorio, quien nombró césares á Carino y á Numeriano, sus hijos; derrotó á los sármatas en la Tracia, asegurando así la tranquilidad de Italia y de Iliria. Posteriormente pensó en hacer la guerra meditada por mucho tiempo contra los persas, guerra definitiva é indispensable.

Ascendido otra vez Varanes II al trono, habia ya invadido la Mesopotamia; mas al saber que los romanos se adelantaban hácia aquel punto emprendió la retirada y despachó embajadores á Caro. Halláronle en traje militar y cubierto con un tosco manto de púrpura, comiendo reclinado sobre la yerba un pedazo de tocino con guisantes. Cuando le esplicaron el objeto de su mision, les respondió quitándose un pequeño casquete que cubria su enorme calva: *Si vuestro príncipe rehusa humillarse ante los romanos, dejaré la Persia tan desnuda de árboles cual lo está de pelo mi cabeza.*

A fin de que no se creyera que habia proferido una inútil fanfarronada entró en Persia (283), víctima á la sazon de las facciones y distraida por una guerra con la India. Ya habia tomado á Seleucia y Ctesifonte cuando murió herido de un rayo (enero de 284). Los soldados, que reconocieron en aquella muerte un fatal agüero, obligaron á su hijo Numeriano á alejarse del Tigris, término fatídico de las conquistas romanas. Este príncipe, dotado de insignes prendas, era como poeta superior á todos los hombres de su tiempo, y tambien figuraba como el orador más elocuente del Senado; pero fué muerto en la retirada.

Desde la Galia, en que habia hecho, no sin habilidad, la guerra, tornó Carino á Roma, donde llegó á ser jefe único del imperio. En el espacio de pocos meses tomó por esposas y repudió á nueve mujeres, sin contar el gran número de ellas á quienes deshonró su lujuria. Pasaba el tiempo en conciertos, en danzas, en placeres obscenos. De órden suya se dió muerte á los amigos, á los consejeros de su padre, á los que podian reprenderle por sus vicios, ó á los que habian sido sus iguales en la vida privada. Orgulloso con los senadores se jactaba de querer distribuir sus dominios á la plebe, á la cual divertia con fiestas, escogiendo entre ella sus favoritos, sus ministros y cómplices aun mismo tiempo, pues descansaba sobre ellos de todos los negocios, hasta del cuidado de firmar los despachos y decretos.

Diocleciano.—Al borde del abismo se entregaba á la ociosidad y á los placeres, pues apenas llegó á Calcedonia de Asia, el ejército con que su padre habia combatido á los persas, proclamó emperador á Diocleciano, comandante de los guardias domésticos (5). Este habia nacido en Dalmacia de padres oscuros; era valiente en las lides y hábil en los negocios: se mostró amigo del buen saber, poseyendo solo conocimientos militares, y fué enemigo del fausto y de la molicie. Como cundieran ciertos rumores de que se habia manchado con el asesinato de Numeriano, juró que estaba limpio de aquel delito; y habiendo mandado comparecer á Aper, suegro del príncipe difunto, dijo: *Hé aquí el asesino del emperador*, y le hundió la espada en el pecho (6).

Quiso á la vez convencer al ejército que se satisfizo con esta prueba y cumplir con el vaticinio de una sacerdotista druida. Habíale anunciado que seria emperador cuando hubiera dado muerte á un jabalí, *aper* en lengua latina. Desde entonces perseguia á estos animales en la caza, y esta vez, después de haber herido á su antagonista, dijo: *Al fin di muerte al jabalí fatal.*

Se dispuso el ejército á sostener en la guerra civil la inocencia de Diocleciano y la profecia gala, mientras él, á fin de preparar el triunfo, se ocupó en fomentar el descontento entre las tropas de Cariño, quedando airoso en su empresa; pues si bien fué vencido en una batalla regular dada á orillas del Danubio, para vengarse un tribuno de un adulterio hirió á Carino con mortal golpe (285); y en su consecuencia se halló Diocleciano dueño del imperio y tuvo la generosidad ó la política de perdonar á los parciales de su enemigo.

En los noventa y dos años trascurridos desde Cómodo á Diocleciano estuvo vacante el imperio veinte y cinco veces, y veinte y dos de ellas á consecuencia de la muerte violenta del que ocupaba el trono. De treinta y cuatro emperadores fueron asesinados treinta por los que aspiraban á sucederles. Dueños de todo, los soldados eran á un mismo tiempo electores y verdugos. Ignórase, pues, qué podian hacer los bárbaros para empeorar semejante estado de cosas.

---

(5) Los *domésticos*, introducidos desde poco tiempo, eran una especie de guardias inferiores á los pretorianos y destinados á la defensa particular de la persona del príncipe. Justiniano elevó su número de tres mil quinientos á cinco mil quinientos: hallábanse divididos en diversas *scholæ* y mandados por un *comes domesticorum*, cuyo empleo fué importantísimo en el siglo IV.

(6) La era de Diocleciano ó de los mártires, en uso por largo tiempo en la Iglesia, y todavia entre los coftos y abisinios, data desde el 29 de Agosto de 284, dia en que aquel fué proclamado.

CAPÍTULO XXV

EMPERADORES CÓLEGAS.

Apenas hubo consolidado su autoridad en Roma, marchó Diocleciano contra los germanos y bretones: luego se dirigió á Oriente donde urgia más su presencia (1.° de abril 286); pero ántes de partir asoció al imperio á Maximiano, aldeano de las cercanias de Sirmio, una de las mejores espadas de la época, si bien cruel y perverso hasta el punto de que Diocleciano pudo parecer generoso, interviniendo para moderar sus actos de severidad, acaso después de aconsejárselos él mismo. Maximiano, tomó el nombre de Hércules, Diocleciano el de Jovio. Profesaba el primero gran respeto á Diocleciano considerándole como un genio superior; necesitaba el segundo del valor de su colega enmedio de tantos enemigos frenéticos de ira. (292). A fin de poder hacer frente á todas partes, Diocleciano subdividió además la autoridad, escogiendo para darles el título de césares, á dos generales esperimentados: Galerio, pastor de nacimiento y de sobrenombre, y Constancio, noble, denominado Cloro á causa de su estraordinaria palidez. Maximiano dió á este último una hija en matrimonio, y Diocleciano otra á Galerio. De este modo dividieron entre ellos, si no la administracion, la defensa del imperio. Confiáronse á Constancio la Galia, la España y la Bretaña, y residia como corte en Tréveris de Bélgica ó en Eboraco (*York*) de la gran Cesariana; á Galerio las provincias de Iliria junto al Danubio, la Mesia superior, la Macedonia, el Epiro, la Acaya, teniendo por capital á Sirmio; á Maximiano parte del Africa, la Italia con las dos Retias, las dos Nóricas y la Panonia; Diocleciano se reservó la Tracia, el Egipto y el Asia. Sin embargo, este acomodo no produjo el efecto de destruir la unidad monárquica, porque aquellos que Diocleciano se habia agregado, miraban sin oposicion como el primero y un *gran Dios* á aquel á quien debian su encumbramiento. Obrando con un concierto no comun entre los poderosos, único entre cuatro guerreros, de patria, de edad y de carácter diferentes, se asistian recíprocamente con sus consejos y sus brazos; fueron vigiladas más de cerca las provincias, y las legiones aprendieron á respetar la vida de sus jefes, viendo que no hubiera producido ningun resultado el asesinato de uno de ellos.

Carausio emperador británico.— Maximiano esterminó en la Galia á los plebeyos que con el nombre de bagaudos se habian insurreccionado contra la opresion de los ricos; pero Carausio, ciudadano oscuro de la Menapia, investido con el mando de la escuadra estacionada en Gesoriaco (*Boulogne*) para defender la Bretaña de las incursiones de los francos, los dejó pasar á la isla, y de allí se entregaron al saqueo; cayendo después sobre ellos á la vuelta les despojó de su botin (287). Temeroso entonces del castigo sublevó á los insulares y tomó el título de Augusto. Sostúvose en el pais por espacio de siete años contra los caledonios y los romanos. Habia alistado á la flor de la juventud franca, á la cual ejercitaba en las maniobras de mar y tierra, y haciendo el corso con sus naves, asolaba las costas del Océano hasta las columnas de Hércules.

No pudiendo someterle Maximiano por falta de naves, celebró con él un acomodo, por cuyo texto le cedió la soberania de la Bretaña con los honores imperiales. Posteriormente Constancio comenzó de nuevo las hostilidades; pero en lo más reñido de la lucha supo que Carausio habia sido asesinado por Aleto (294), quien le sucedió en su poder vacilante. Poco tiempo después fue vencido este último por Asclepiodoto, general de Constancio, y tornó á ser incorporado al imperio la Bretaña (297.

Encamináronse á Milan Maximiano y Diocleciano, el primero desde la Galia y el otro desde la

Arabia, á fin de ponerse de acuerdo sobre los medios de defensa, siendo cada vez más amenazador el peligro en presencia de los bárbaros, que multiplicaban sus irrupciones por todas partes. Los godos habian sometido á los borgoñones, á los vándalos, á los gépidos: los blemos estaban en guerra con los etíopes y los moros. Cuando los persas daban tregua á sus discordias intestinas, se lanzaban sobre la Mesopotamia y la Siria. Habíanse ligado los quincuagentanos de Africa contra Roma. Marco Aurelio Juliano en Italia y Aquileo en Alejandria, habian tomado el título de emperadores; pero los esfuerzos reunidos de los cuatro soberanos pudieron orillarlo todo. Constancio afirmó la dominacion romana en Germania; Diocleciano domeñó á Aquileo y el Egipto, castigando severamente al pais (1), del cual cedió una parte á los nubios para oponer una barrera á los blemos. Maximiano pasó de las Galias á Africa para someter á los moros.

Fué más importante y gloriosa que otra alguna la espedicion contra los persas. Cuando estos subyugaron la Armenia bajo el reinado de Valeriano, Tirídates, hijo de Cosroes, que acababa de ser asesinado, fué puesto en salvo por algunos amigos. Educado en Roma en la escuela del infortunio, pudo amaestrarse allí en las artes de la paz y de la guerra, y adquirir amigos. Dueño de la Armenia el extranjero durante este período, la hermoseaba con magníficos monumentos; mas no por eso aparecia menos odioso á los ojos de los habitantes, en virtud de las medidas tiránicas que le inspiraba el temor de revoluciones y más especialmente á consecuencia de su intolerancia, que después de haberle inducido á derribar las estátuas del sol, de la luna y de los reyes divinizados, le inclinaba á encender el fuego de Ormuz sobre la cumbre del monte Bagavo.

En el tercer año de su reinado confirió Diocleciano á Tirídates el trono de Armenia. No bien se presentó este príncipe en la frontera, se agrupó toda la nobleza entorno de su estandarte: fué espulsada la guarnicion persa y se prepararon todos á defender la independencia nacional. Auxiliólos en su empresa un escita llamado Mango, cuya tribu se habia instalado algunos años antes en las fronteras del imperio chino, que se estendia entonces hasta la Sogdiana. Incurriendo en la cólera de Vu-ti, príncipe á la sazon reinante, se retiró hácia el Oxo, y se puso bajo la proteccion de Sapor. Este príncipe por no hacer traicion á la hospitalidad se negó á entregarle á los chinos, y solo evitó la guerra prometiendo confinarle al extremo occidental de sus Estados. Señalóse, pues, un inmenso territorio deshabitado en la Armenia á la tribu escita, para que se trasformase allí á su albedrio y con ayuda del tiempo. Pero en estas circunstancias en vez de defender Mango á su huésped, se unió á Tirídates y le auxilió poderosamente para recuperar su reino.

No solo libertó el príncipe armenio su pais de los persas, sino que avanzó en sus escursiones hasta la Asiria, aprovechándose de la agitacion que alimentaban allí las disensiones entre los dos hermanos Ormuz y Narses: á pesar de haber solicitado aquel la asistencia de los bárbaros, que moraban á orillas del mar Caspio, salió vencedor éste. Entonces dirigió todos sus esfuerzos contra Tirídates, que destronado otra vez, se vió en la necesidad de refugiarse á Roma (294).

Reclamaban igualmente la guerra el honor y seguridad del imperio, y para dirigirla estableció Diocleciano su residencia en Antioquia; pero menos dotado de valor que de destreza, confió el mando del ejército á Galerio, quien se adelantó contra Narses y fué batido cerca de Carres, en el lugar ya testigo de la derrota de Craso. Humillado por los desdenes con que le abrumó Diocleciano, reunió nuevas fuerzas; y vencedor esta vez cogió á Narses un inmenso botin con una multitud de prisioneros, entre cuyo número se hallaron las mujeres y los hijos de Narses. En vista de aquel desastre demandaron la paz los persas, y la obtuvieron á condicion de ceder á los romanos la Mesopotamia, y cinco provincias más allá del Tigris, de modo que el Araxes formara la frontera de ambos imperios. Tirídates ascendió nuevamente al trono y devolvió á Narses sus mujeres y sus hijos.

Fué más larga la paz que de costumbre, pues se mantuvo hasta fines del reinado de Constantino. Mucho ganaron los romanos en verse seguros por aquella parte, y especialmente con la alianza de los carducos, tales como los habia encontrado Jenofonte, es decir, valientes defensores de la libertad, y por el lado de la Iberia, comarca estéril y salvaje, pero cuyos habitantes, feroces guerreros, debian oponer una barrera á las hordas sármatas, á quienes el amor al botin atraia por intérvalos á las ricas comarcas del Mediodia.

Para la defensa de sus fronteras estableció Diocleciano, desde Egipto hasta el territorio de los persas, una línea de campamentos provistos de buenas armas, que suministraron los arsenales recientemente formados en Antioquia, en Emesa y en Damasco: ejecutó lo mismo desde la embocadura del Rhin hasta la del Danubio por medio de los antiguos campamentos y de nuevas fortalezas, tan perfectamente dispuestas, que nunca se aven-

---

(1) La famosa columna de Tolomeo en Alejandria, cuya caña es de una sola pieza de granito rojo y tiene treinta metros de longitud y tres de diámetro, se eleva sobre un basamento cargado de adornos del gusto del tercer siglo, y conserva una inscripcion que durante mucho tiempo se ha reputado como ilegible. Al fin Leake y Hamilton la descifraron lo bastante para afirmar que se habia erigido en honor de Diocleciano, dios tutelar de Alejandria (πολιοῦχος Ἀλεξανδρείας), en aquella ocasion probablemente, por ser costumbre de los pueblos encomiar la clemencia de los príncipes que no les matan del todo. Mas no por esto debe creerse que sea obra de aquella época dicha columna. (Véase *Clasical journal*, XIII, 152.)

turaron los bárbaros á traspasarlas, distraidos además por sus disensiones intestinas, que Diocleciano sabia fomentar para agotar sus fuerzas. Pero cada vez que suspendieron sus luchas para arrojarse al territorio romano, encontraron allí para repelerles las felices disposiciones de Diocleciano y el brazo de sus cólegas. Este hacia distribuir los prisioneros entre las provincias, reservándolos especialmente para aquellas cuyos habitantes habian sido diezmados por la guerra, á fin de emplearlos en guardar rebaños ó en la agricultura, y á veces tambien en la milicia. Esto equivalia á alimentar una serpiente en el propio seno.

Cambio de constitucion. — No pareciéndole á Diocleciano conveniente la situacion de Roma para la defensa, estableció á su cólega en Milan, que alzándose al pié de los Alpes, ciudad populosa, bien construida, con circos, teatros, fábrica de moneda, palacios, termas, pórticos adornados de estátuas, y un doble muro, le permitia vigilar más de cerca á los bárbaros de la Germania. Escogiendo después para sí propio el punto de Nicomedia, en los confines de Asia y Europa, se dedicó á hermosearla, y en pocos años rivalizó la nueva residencia imperial con Roma, Alejandria y Antioquia. Aquella mansion gustaba mucho á Diocleciano cuando estaba cansado de Roma, de su insolente plebe, y de su Senado que todavia pensaba en abrogarse algunos derechos, cuando todo se plegaba ante la omnipotencia de la espada. Fuera de Roma los augustos podian desplegar en los campamentos y en los consejos de las provincias una autoridad absoluta. Acerca de la confeccion de las leyes no consultaban más que á los ministros, sin referirse, ni pedir parecer al gran consejo de la nacion. A fin de arrancar á aquel cuerpo hasta las últimas apariencias de consideracion, permitió Diocleciano a su cólega dar vado á su feroz índole, castigando conspiraciones imaginarias. Los pretorianos que, conociendo cuanto decaia su importancia bajo aquella administracion vigorosa, se inclinaban á prestar ayuda al Senado, fueron disminuidos en número y privados de gran parte de sus privilegios. Dos legiones ilirias les sustituyeron para custodiar á Roma; bajo el nombre de jovianos y hercúleos.

Ya no parecieron necesarios los nombres de cónsul, de censor, de tribuno para ejercer bajo designaciones republicanas una autoridad que habia destruido la república. El emperador, que ya no era general de los ejércitos de la patria, sino jefe del mundo romano, fué llamado *dominus*, no solo por los aduladores, sino tambien en los actos públicos, con títulos y atributos divinos (2).

Reconociendo quizá que al pasar por manos viciosas, á antojo del ejército, la autoridad imperial habia decaido en la opinion considerablemente, y cuán imposible era volverla á su principio, pensó Diocleciano en renovar su esencia. Como no era italiano, no sentia arrancar á su patria una supremacia comprada á costa de tanta sangre. Habituado en los campamentos á la disciplina que no razona, y al esplendor que fascina las almas, lo amoldó todo al uso oriental. A aquella sencillez que habian conservado los emperadores virtuosos en sus vestiduras, en su trato interior y en las públicas audiencias, porque solo se consideraban como los primeros ciudadanos, sustituyó el fausto asiático, y tomó la diadema que habia costado á César la vida. Seda, oro, pedrerias, cubrieron de piés á cabeza su sacra persona: las *escuelas de oficiales domésticos* custodiaron las avenidas del palacio, donde comenzaron á anudarse las intrigas de los eunucos. Todo el que enmedio de aquella muchedumbre, y después de un ceremonial interminable, se acercaba á la majestad del emperador, debia prosternarse en muestra de adoracion, como los persas ante el representante de la divinidad en la tierra. Así el trono en que se asentaba con tanta sencillez Augusto, habia recibido á un Ciro, á un Sesostris, á un autócrata, que á beneficio del ministerio y de la pompa con que se rodeaba, pretendia imponer respeto á las gentes de guerra y sumision al pueblo.

Dos emperadores y dos césares multiplicaban aquellas esterioridades fastuosas, así como los empleados, los sirvientes, y todos aquellos cuyos oficios reclama el lujo. Rivalizando entre sí en esplendor las cuatro cortes, se aumentaron por una parte las intrigas, y por otra los impuestos: de consiguiente, mientras subsistió el imperio, nunca cesaron de alzarse quejas sobre la aprobacion de las contribuciones. Si las medidas indispensables para el sosiego interior y para la defensa esterior eran ahora más ejecutivas, el sentimiento de la unidad se debilitaba, y los ánimos se preparaban para la distribucion que se efectuó más tarde é hizo de uno dos imperios.

Aunque la culpa recae sobre Diocleciano, como autor del nuevo sistema, justo es decir que procedió moderadamente en todas sus reformas. Continuó haciendo al pueblo las distribuciones acostumbradas; pero queriendo durante una carestia, fijar los géneros á un precio barato, solo consiguió que fuera más subido. Debiéronsele suntuosas construcciones en Milan y en Cartago, independientemente de las de Nicomedia, y de las termas con que embelleció á Roma, magnífico edificio donde podian

(2) En 1856 se encontró la estátua de Cayo Saturnino en Roma, teniendo escrito en la base su *cursus honorum*. Aquella serie de grados por que pasó, hubo de dar mucho que hacer á los eruditos; y de allí se desprende á la vez la importancia de aquella *epigrafia jurídica* que hemos mencionado en el tomo primero pág. XXXII, en virtud de la cual se han alcanzado en estos últimos tiempos muchos conocimientos relativos á la vida civil y á la constitucion de la Roma imperial, mejor que en virtud de los palimsestos, exceptuando los de Cayo.

bañarse treis mil personas, y al cual reunió la biblioteca de Trajano. No hubiera sido, pues, tan odiosa su memoria á no haber perseguido con estremada ferocidad á los cristianos.

Con justicia se atribuyó en el vigésimo año de su reinado los honores del triunfo (17 de Noviembre 303), y al ver el pueblo romano llevar las imágenes de los rios y ciudades persas todavia no avasalladas, las de los hijos y la mujer de Narses, pudo hacerse ilusion acerca de la eternidad de Júpiter Capitolino.

Pero ¿podian mirar los romanos con buenos ojos al que habia arrebatado á su ciudad el privilegio de ser la capital del mundo? Desaparecia la magnificencia con que se rodeaba Diocleciano ante la de los triunfos de Carino y otros; así disparaban contra el autócrata frases picantes é insoportables para su orgullo: acreditó todo su despecho abandonando repentinamente las siete colinas, sin aguardar el próximo dia de entrar como cónsul en el ejercicio de sus funciones.

Habiéndose dirigido entonces hácia las provincias de Iliria contrajo allí una enfermedad que le puso á las puertas del sepulcro. No obstante consiguió restablecerse, mas no sintiéndose con bastante robustez para sostener la carga del imperio resolvió abdicar, no por filosofía, como los Antoninos, ni por cansancio de las contrariedades esperimentadas, como Cárlos Quinto, sino con un pensamiento de bien público.

Desde lo alto de un trono erigido en medio de la llanura, cerca de Nicomedia, declaró su resolucion al pueblo y á los soldados, nombrando césares á Maximino Daza y á Severo (4 de mayo de 305). Maximiano abdicaba en Milan el mismo dia cumpliendo el juramento con que se habia comprometido de antemano con su colega. Diocleciano se retiró á un suntuoso palacio que habia mandado construir en Salona, en el sitio donde se alzó despues Spalatro (3). Allí vivió nueve años en una condicion privada, respetado, y consultado por los príncipes á quienes habia cedido el imperio. Solia esclamar á menudo: *Ahora vivo; ahora contemplo la hermosura del sol.* Cuando Maximiano, que se habia retirado á la Lucania, le estrechó para que tomara el poder nuevamente, obtuvo por respuesta: *No me darias ese consejo, si vieras las escelentes lechugas que he plantado por mi mano en Salona.* Cuando le ocurria reflexionar acerca de los peligros que rodean á un soberano, decia: *¡Cuántas veces se ponen de acuerdo dos ó tres ministros para engañar al príncipe, que separado del resto de los hombres, rara vez llega á informarse de la verdad, ó no la sabe nunca! No viendo, no oyendo más que por los ojos y los oidos agenos, confiere los empleos á hombres viciosos ó incapaces, descuida á las personas de mérito; y aunque sea sabio, permanece como presa de cortesanos corrompidos.*

Muerte de Diocleciano.—Sin embargo, perturbaron su soledad los disturbios que se suscitaron en el imperio, las desgracias de su mujer y de su hija, algunas injurias recibidas de sus sucesores; y hasta se dice que se quitó la vida casi á los ochenta años.

Constancio y Galerio.—No bien se dejó de sentir la mano robusta que habia empuñado por largo tiempo las riendas del Estado, tornaron á agitarse las discordias, admirablemente reprimidas hasta entonces en el imperio, que fué disputado entre diferentes príncipes en el trascurso de diez y ocho años. Constancio y Galerio habian sucedido con el título de augustos á Maximiano y á Diocleciano: el primero, mayor en edad, continuó gobernando la Galia, la España y la Bretaña con una suavidad generosa y modesta; queria, segun su dicho, que fueran sus súbditos ricos más bien que el Estado. Cuéntase (4) que Diocleciano le envió un dia quejas porque no habia oro en caja: Constancio invitó á los diputados á volver dentro de unos dias para darles respuesta; en aquel intérvalo informó á los principales habitantes de sus provincias de como necesitaba dinero, y se lo llevaron á porfia. Poniendo entonces de manifiesto aquellos tesoros á los enviados, les rogó que esplicaran á Diocleciano como era el más rico de los cuatro príncipes; solo que depositaba aquellas riquezas en manos del pueblo, reputando su amor por el tesoro más seguro y abundante de un soberano: después de la partida de los diputados volvió á enviar el dinero á aquellos á quienes pertenecia (303). En lo más sañudo de la persecucion dió asilo á los cristianos, cuya gratitud le ensalzó hasta las nubes. Si hemos de dar crédito á Eusebio, aconteció que Constancio, fingiendo querer perseguir tambien á los cristianos, intimó á los oficiales del palacio y á los gobernadores optar entre su fé y sus empleos. Algunos por haber abjurado, oyeron sus reconvenciones y fueron destituidos, en atencion á que habiendo sido traidores respecto de Dios, debian hacer traicion al príncipe más fácilmente; y al revés, otorgó su confianza y los empleos superiores á aquellos que habian escuchado la voz de la conciencia con preferencia á sus intereses. Por un rescripto que, insertó en el código, mereceria ser adoptado por los que han sacado de allí tantas tiránicas leyes: rechaza los libelos anónimos «no habiendo manera de concebir sospechas de un ciudadano que no tiene acusador, aunque no le falta un enemigo» (5).

(3) La catedral de Spalatro está fabricada sobre el lugar donde tuvo asiento un templo de Esculapio. El de Júpiter fué tambien trasformado en iglesia. Aun queda del palacio de Diocleciano, de construccion muy sólida, un pórtico sostenido por columnas de granito, á cuya entrada hay una esfinge de sienita. Tambien se ven en Spalatro las ruinas de un gran acueducto hecho de piedras enormes y tres bellísimas puertas. En 1828 asignó fondos el emperador de Austria para formar un museo con las antigüedades halladas tanto en Spalatro como en Salona.

(4) Eusebio, VIII, 13, 17, y *Vida de Constantino*, II, 13.

(5) Código Teodosiano, lib. VI., *de famosis libellis.*

Maximino Daxa.—Por el contrario Galerio, hombre valeroso, si bien astuto y arrogante, pasa por haber puesto en planta ruines artificios para determinar á Diocleciano á perseguir á los cristianos, y para hacerle abdicar enseguida. Maximino, su sobrino, tosco en sus palabras y en sus obras, gobernó en calidad de césar el Egipto y la Siria; Severo, otro césar, el África y la Italia: Galerio, que dominaba á aquellos dos príncipes, sus hechuras, y á Constancio, cuya salud era delicada, se lisonjeaba de ser único soberano del imperio y de trasmitirlo á su familia; pero en los hogares de su cólega habia nacido el que debia desbaratar sus proyectos.

Constantino I.—Constancio habia casado en primeras nupcias con una mujer de condicion oscura, si bien en estremo piadosa llamada Elena (27 febrero 274), en quien tuvo Constantino, dándole á luz probablemente en Naiso, ciudad de la Dacia. Ora fuese por contemplaciones á su nueva esposa, ora por desconfianza de ella, envió su hijo á la corte de Diocleciano. Seducido éste por las cualidades no comunes de aquel mancebo, gallardo, generoso, afable, cuyo ardor juvenil templaba una varonil prudencia, haciéndose querer del pueblo y de los soldados, cuidó de que le educaran con esmero. Galerio concibió celos, y cuando Diocleciano tuvo que nombrar otros césares, prescindió de Constantino con gran disgusto de las legiones. Ascendido á augusto tuvo siempre en él fijos sus ojos, y le hubiera dado muerte á no tener miedo al ejército, que le era favorable, y si por otro lado no hubieran abortado sus traidores proyectos. Habiendo llamado Constancio cerca de sí á su hijo, le opuso mil obstáculos Galerio; mas pudo libertarse de ellos, y habiéndose unido á Constancio, hizo venturosamente en su compañía la guerra en Bretaña á los pitios y á los caledonios (305).

A la muerte de Constancio (25 de Julio de 306), fué saludado Constantino emperador por los soldados, y segun costumbre, dirigió al otro augusto, así como á los césares su propia imágen con las insignias del imperio. A pesar de la cólera que ahogaba á Galerio, se decidió á enviarle la púrpura, por evitar la guerra civil, dándole solo el título de césar, y á Severo el de augusto.

Majencio.—Entretanto las crueldades de Galerio, su larga ausencia, y un encabezamiento general de las riquezas de todos, hecho con un rigor que recurria al tormento para obtener la confesion de los bienes ocultos, habian determinado un levantamiento general en Italia (29 Octubre). Majencio, hijo de Maximiano y yerno de Galerio, se hizo proclamar augusto. Algunos han creido que habia sido supuesto por su madre; por lo demás, feo, vicioso, aborrecido, ganó á la guardia pretoriana á fuerza de dinero. Prestáronle ayuda y apoyo los romanos con la esperanza de librarse de Galerio, los paganos con la de restablecer el antiguo culto. Sa iendo entonces Maximiano de su retiro, volvió á entar su mano en los negocios, y recibió en calidad de cólega de su hijo los homenajes del pueblo y del Senado (307).

Severo acudió desde Milan para refrenar á aquellos usurpadores, pero su ejército que en un tiempo habia obedecido á Maximiano, se pasó á las filas de su emperador antiguo. Hallóse de consiguiente asediado en Rávena y obligado á ceder la púrpura á su rival, que le prometió la vida y se la arrancó luego. Tranquilo por aquel lado Maximiano, quiso asegurarse la amistad de Constantino; dióle, pues, en matrimonio á su hija Fausta con el título de augusto (1.° de Marzo de 307). Entre tanto habia penetrado en Italia Galerio; pero viendo la inmensidad de Roma, ó más bien la constancia con que ella empleaba sus riquezas contra el que queria arrebatárselas, no osó ponerle asedio y se retiró, desconfiando luego de las disposiciones de su ejército: retrocedió camino, causando más destrozos que hubieran podido hacer los mismos bárbaros.

Licinio.—Viéndose Maximiano menos considerado de lo que habia presumido, aspiró á suplantar á su propio hijo; pero engañado en su esperanza, se encaminó á donde estaba Galerio, segun unos, para escitarle contra Majencio, y al decir de otros, para acechar la ocasion oportuna de venderle. Sea como quiera, Galerio dió por sucesor de Severo á Licinio, dacio, amigo suyo, como él valeroso é ignorante, y hasta enemigo del saber, y además avaro, y á pesar de su vejez, libertino. Al saber esta noticia Maximino que gobernaba, ó más bien oprimia el Egipto, tomó tambien el título de augusto. Véanse, pues, seis emperadores presidiendo los destinos del mundo; Constantino y Majencio en Occidente; Maximino y Licinio en Oriente; Maximiano, á quien sostenian los primeros, y Galerio que tenia de su parte á los segundos; y deteniales en su deseo de venir á las manos solo el miedo que tenian unos de otros. Repelido Maximiano por Galerio, se refugió cerca de Constantino, y depuso la púrpura nuevamente; pero quiso volverla á tomar al poco tiempo.

Muerte de Maximiano.—Aprovechándose del instante en que Constantino estaba ocupado en combatir á los francos, esparció la noticia de su muerte, abrió el tesoro de Arlés, y á fuerza de larguezas invocando gloriosos recuerdos, sublevó á los galos y tendió la mano á Majencio. Pero Constantino se presentó inmediatamente y le sitió en Marsella, y luego que le tuvo en sus manos, solo le permitió elegir el género de muerte (310).

Menos infortunado Galerio que su cólega, dividió su existencia entre trabajos de utilidad pública, placeres y crueldades. Habituado á la sangre por sus persecuciones contra los cristianos, mostraba en general tanta barbarie, que se tenia por feliz el que, condenado á perecer, era decapitado sin ninguna agravacion de pena. Envidioso de la sabiduria y de la independencia desterró á los jurisconsultos, á los abogados, á los literatos, é hizo que fallasen en los juicios los guerreros, completamente estraños á las leyes. Mas se vió devorado por úlce-

ras vergonzosas y por repugnantes insectos, sin que pudieran proporcionarle alivio los médicos que enviaba á menudo al suplicio, ni Apolo ni Esculapio, á quienes no cesaba de invocar un solo punto.

Muerte de Galerio.—Creyendo que el cielo le castigaba por la persecucion contra los cristianos, la suspendió por un edicto promulgado en su nombre, en el de Licinio y Constantino, y murió al poco tiempo (311).

Maximino acudió desde Oriente para ocupar sus provincias; y no se dió menos prisa Licinio para oponerse á este proyecto. Al fin celebraron un convenio que les dió por límites el Helesponto y el Bósforo de Tracia; pero aquello era una transaccion de enemigos. Con efecto, las riberas fueron cubiertas de tropas. Licinio solicitó la amistad de Constantino, Maximino la de Majencio, y fatigados los pueblos del delirio de los príncipes, permanecieron en una ansiosa espectativa.

Valeria, hija de Diocleciano y viuda de Galerio, se habia retirado cerca de Maximino, que enamorado de ella, le ofreció su mano, repudiando á su esposa: al oir su negativa concibió tanto odio en contra suya, que la desterró á los desiertos de la Siria con su madre. Se escedió hasta el punto de castigar con la muerte á sus amigos y á las personas que estaban á su servicio. Jamás pudo conseguir de él Diocleciano que llegasen á consolar su ancianidad su esposa y su hija.

Majencio tiranizaba el África y la Italia: un emperador más que surgió de aquella provincia, le suministró ocasion de llevar allí la matanza, de entrar á saco Cirta y Cartago, y de prolongar los suplicios y las confiscaciones. Sus locas prodigalidades agotaban á Roma y á la península. Exigia en multiplicadas ocasiones donativos voluntarios de parte de los senadores, desencadenaba su cólera contra ellos á la menor sospecha, á la par que deshonraba á sus mujeres y á sus hijas por la seduccion ó por la violencia. Obligó al gobernador de Roma á que le cediera Sofronia, su esposa; pero esta, virtuosa y cristiana, pidió algunos instantes para vestirse de una manera conveniente, y se quitó la vida después de haber orado. Los soldados á quienes consentia que imitaran su ejemplo, robaban, mataban y violaban: uno recibia de Majencio la casa de campo de un senador, otro su esposa, mientras él se ocupaba de magia en un voluptuoso palacio; procuraba leer en las entrañas de las mujeres ó de los niños, y se jactaba de ser el único emperador, figurando los otros como sus tenientes. El contraste hacia resaltar más la ventura de que gozaban las provincias gobernadas por Constantino que, protegidas contra los bárbaros, habian esperimentado algun alivio con la disminucion de los impuestos. A la noticia de que Majencio reunia un ejército numeroso para arrebatarle el imperio, bajo pretesto de vengar á su padre, le tomó la delantera y marchó sobre Italia, aguijoneado por el pueblo y el Senado, que le llamaban á redimir á la antigua reina del mundo.

Majencio, que cifraba toda la confianza en sus soldados, se esforzaba por mantenérselos adictos. Habia reorganizado los cuerpos de los pretorianos y armado á ochenta mil italianos, agregándoles moros de África y además sicilianos, lo cual hacia ascender á ciento setenta mil infantes y á diez y ocho mil caballos las fuerzas de que disponia (6). Constantino no juntaba más que noventa mil infantes y ocho mil caballos. Habiéndoles distribuido en los puntos que eran necesarios para la defensa de su territorio, solo pudo hacer que le siguieran cuarenta mil soldados. Pero eran hombres escogidos, valerosos contra los robustos germanos, y tenian á su cabeza un caudillo esperimentado, que se habia hecho amar por ellos.

Mientras su escuadra atacaba la Córcega, la Cerdeña y los puertos de Italia (312), traspuso él los Alpes Cocios, y por el Mont-Cenis entró en Susa, antes de que Majencio supiera que habia abandonado las orillas del Rhin. Después de apoderarse de esta ciudad á viva fuerza, halla en las llanuras, donde resbala el Dora, un cuerpo de tropas italianas, cargados de hierro sus hombres y caballos, y lo aniquila. Entra en Turin, después en Milan y se le rinde á discrecion Verona, apenas habia vencido á Pompeyano, que la defendia hábilmente.

Muerte de Majencio.—Durante este tiempo se hacia ilusiones Majencio ó se aturdia en medio de los placeres; por último, sus oficiales se decidieron á hacerle presente la inminencia del peligro. Fué puesto un tercer ejército en pié de guerra, y él tomó el mando bien á pesar suyo, avergonzado de los gemidos de la muchedumbre, y alentado por esta respuesta ambigua de los libros sibilinos: *En este dia perecerá el enemigo de Roma.* A nueve millas de esta ciudad se encontraron los dos adversarios en un lugar llamado *Saxa rubra*. Majencio vió su ejército hecho pedazos, y fugitivo él, cayó desde el puente Milvio en el rio Tíber. Así terminó Constantino la guerra á los cincuenta y ocho dias de su salida de Verona.

Dueño de Roma esterminó á cuantos pertenecian á la familia del tirano: peró se negó firmemente á ceder á los clamores de la muchedumbre dando muerte á los principales partidarios de Majencio. Puso término á la crueldad tan luego como no fué necesaria, olvidó lo pasado, licenció á los pretorianos y destruyó su campamento. Fueron rechazados los delatores, y se hallaron consolados aquellos á quienes habia oprimido Majencio. En dos meses, dicen los panegiristas de este soberano, quedaron cicatrizadas las llagas abiertas por seis años de tirania.

Restituyó al Senado su brillo, y obtuvo en cam-

(6) Romagnosi *(De la indole y factores de la civilizacion*, p. II, c. 2, párr. 2) adoptando la opinion de algunos, representa á Majencio como *una oposicion armada en sentido nacional.* He investigado cuidadosamente en que podia fundarse esta opinion, y no le he hallado ningun fundamento.

bio toda clases de honores. Entre los emperadores ocupó el primer puesto: se le erigió un arco de triunfo que todavia subsiste: se dedicaron á su nombre muchos edificios empezados por Majencio; y omitimos hablar de las brillantes fiestas que atrajeron de fuera infinita muchedumbre. Constantino dió por esposa su hermana al emperador Licinio; y habiéndose negado Diocleciano á asistir á las ceremonias del matrimonio, le escribieron los emperadores cartas concebidas en tan áspero tono, que tal vez fueron causa de acelerar su muerte. Constantino marchó en seguida (313) contra los francos, que reunian fuerzas para atacar el imperio, y habiéndoles anticipado, devastó su territorio haciéndoles gran número de prisioneros, muchos de los cuales fueron arrojados á las fieras.

Muerte de Maximino Daza.—Entretanto no aflojaba Maximino en sus persecuciones contra los cristianos, que miraban como un castigo del cielo el hambre y la epidemia que desolaban las provincias, así como la guerra de la grande Armenia, que se sublevó porque el tirano quiso estorbar el culto del Dios verdadero (7). Vino á parar á una abierta ruptura con Licinio, que le habia inspirado recelos, y á quien acometió con arrojo; pero completamente vencido, huyó hasta Capadocia, y asaltado de horribles dolencias murió en Tarsos (1.° de Mayo de 313).

De este modo Licinio y Constantino quedaron dueños, el primero de todas las provincias de Oriente, el segundo de todas las de Occidente, pudiendo preverse que pronto habria un rompimiento entre ambos; y no tardó. Constantino derrotó á su rival en la Panonia y en las llanuras de la Tracia (8 de Octubre de 314) y luego le concedió la paz, que duró algun tiempo; pero habiendo perseguido Constantino á los sármatas y á los godos en derrota hasta el territorio de Licinio, se renovaron las quejas y la guerra fué su resultado. Nuevamente batido Licinio cerca de Adrianópolis vió destruida en el estrecho de Galípolis su escuadra (3 de Julio de 323), no quedándole más arbitrio que solicitar la paz que le fué concedida.

Muerte de Licinio.—Informado Constantino de que volvia á levantar tropas y de que hasta á los bárbaros llamaba en su socorro, le previno en sus proyectos, derrotándole tan completamente, que no vió otro medio de salvacion que el de arrojarse á las plantas del vencedor y deponer la púrpura. Constantino le acogio bondadosamente, fué su voluntad que se sentara con él á la mesa y le envió á Tesalónica con toda clase de miramientos: poco despues mandó ahogarlo; y así se halló reunido el imperio bajo la vigorosa mano de Constantino.

(7) Eusebio, IX.

CAPÍTULO XXVI

EDAD HEROICA DEL CRISTIANISMO (1).

Cuéntase que al marchar Constantino contra Majencio á Italia suspendió su atencion y la de todo el ejército un verdadero prodigio; pues se le aparecieron encima del sol y en forma de cruz dos radiantes líneas con la siguiente inscripcion en letras de fuego: *Vencerás con esta señal* (ταύτῃ νικᾷς). Reve-

(1) Véanse: BOLLANDI Y HENSCHENII.—*Acta sanctorum quotquot orbe coluntur.* Amberes, 1643-1694. La edicion interrumpida por la Revolucion, fué continuada en Bruselas por los jesuitas y actualmente (1883) llega á todo el Octubre.

MOSHEIM.—*De rebus Christianorum ante Constantinum Magnum commentarii.* Helmstadt, 1753. *Dissertationes ad hist. ecclesiasticam.* Altona, 1767.

BARONIO.—*Annales ecclesiastici a Christo nato ad annum* 1198, *cum critica Pagii.* Luca, 1738-57; 38 tomos en folio. Esta edicion comprende la continuacion de Raynaldo hasta 1565 y la de Pagi con las correcciones de Manso y Georgi.

LE NAIN DE TILLEMONT.—*Memorias eclesiásticas de los seis primeros siglos.* Paris, 1693, 16 tomos en 4.°. Llega hasta el 513.

TOMMASINO, *Veteris et novæ Ecclesiæ disciplina.*

MAMACHI, *Origines et antiquitates Christianorum;* 4 tomos.

MONTFAUCON, *Biblioteca Patrum:* y el estracto hecho de ella por GUILLON, *Biblioteca selecta de los santos padres de la iglesia griega y latina.*

MABILLON, *Acta Sanctorum etc.*

PETAVIO.—*De ecclesiastica hierarchia.* Amberes, 1700.

J. DEVOTI.—*Juris canonici universi publici et privati, libri quinque.* Roma, 1827.

AUGUSTO, *Archeologia cristiana;* 5 tomos (aleman).

CELLIER, *Historia de los escritores eclesiásticos.*

CAVE, *Historia literaria de los escritores eclesiásticos.*

BINGAM, *Origines ecclesiasticæ,* lib. IX.

ALFONSO CIACCONIUS.—*Vitæ et res gestæ pontificum romanorum, et S. R. E. Cardinalium ab initio nascentis Ecclesiæ usquæ ad Clementem IX; ab* A. ADOINI *recognitæ.* Roma, 1676-77.

BLAS UGOLINI.—*Thesaurus antiquitatum sacrarum.* Venecia, 1744-69.

FLEURY. *Historia eclesiástica.* Paris, 1691-1720; en 20 tomos. Llegó hasta 1414, y Fabre la continuó hasta 1595. Fleury escribió tambien *Costumbres de los cristianos.*

NATALIS ALEXANDRI.—*Historia eclesiástica.* Paris, 1699, y Venecia, 1750. Llega hasta el siglo XVI.

BERAULT BERCASTEL.—*Historia de la Iglesia.* Paris, 1778; 24 tomos. Va hasta su tiempo.

GIUS AGCST. ORSI.—*Historia eclesiástica.* Roma, 1748; 20 tomos. Comprende los seis primeros siglos y la continuó hasta 1585 BECCHETTI. Roma, 1770.

Es muy precioso el *Liber pontificalis,* biografia de los papas, desde S. Pedro á Martin V, escrito en gran parte por contemporáneos. Atribuiase la primera serie á Anastasio bibliotecario en el siglo IX, pero se ha probado que ese libro se remonta lo menos al año 514, tomando parte en las cuestiones que entonces dividian á Roma y á la Iglesia entre eutiquianos, nestorianos, etc. Además de las vidas. deben estudiarse en ella la historia del exarcato de Rávena y de los príncipes de la señoria papal.

Preparó de esta obra una edicion Jorge Waitz en los *Monumenta* de Pertz, otra el abad Luis Duchesne en la *Coleccion de la escuela francesa de Roma,* y de la cual publicó una amplia informacion Hizo sobre el *Liber pontificalis* un importante estudio, que luego dió márgen á útiles discusiones.

Pontificum romanorum vitæ ab æqualibus conscriptæ; editado por J. M. WATTERICH. Leipzig, 1862.

Regesta pontificum romanorum, editada por PH. JAFFÉ.

Las completa y continua ahora D. J. V. PFLUGK-HARTTUNG. *Acta pontificum romanorum inedita.* Stuttgard, 1881; 2 tomos.

DOELLINGER.—*Gesch. der christlichen Kirche.* Landshut, 1833 y sig.

GIESELER.—*Manual de la Historia eclesiástica* (aleman). Bona, 1827; 3 tomos. Es protestante. El citado Döllinger. hizo un manual católico.

lósele después en sueños que era voluntad del cielo que adoptara aquella cruz por enseña, y mandó hacer una que puso en su *lábaro* ó estandarte imperial, con el monograma de Cristo, ☧, sustituyéndole á las imágenes de los dioses que se hallaban á la cabeza de los ejércitos segun costumbre.

Desde el oprobio del Gólgota ha sido llamada la cruz á guiar los ejércitos, á resplandecer en la frente de los reyes, á abrir una civilizacion nueva, si bien á costa de grandes luchas y de estraordinarios sacrificios.

BLUMHARDT.—*Historia general del cristianismo en todos los paises en que penetró después de Cristo*, traducido del aleman al francés por COST. Valence, 1838.

Hay además gran número de autores modernos entre los cuales citaremos:

STOLBERG.—*Gesch. der Religion J. Christi.* Hamburgo, 1806; 15 tomos. Llega á 431.

WALTER, *Lehrbuch des Kirchenrechts.*

G. J. PLANCH.—*Gesch. der Chistlich-Kirchlichen Gesellschafts-Verfassung.* Hannóver, 1804.

DE POTTER, *Historia filosófica, política y crítica del cristianismo y de las iglesias cristianas desde Jesus hasta el siglo XIX.—Espíritu de la iglesia ó historia de los concilios.*

HENKE. *Historia general de la Iglesia.* Brunswick, 1800; 6 tomos, continuada por VATER, 8 tomos.

M. J. MATTER. *Historia Universal de la iglesia cristiana.* Estrasburgo, 1822; 4 tomos.

MUENSCHER.—*Manual de la historia del dogma* (aleman); 4 tomos.

SPITTLER, *Gesch des kanonischen Rechts.*

STANDLIN. *Historia de la moral de Jesucristo;* 4 tomos.

SCHROECHII, *Historia eclesiástica*; 45 tomos, los dos últimos son de Tzschirner.

MUENTER, *Símbolos y monumentos de arte de los primeros cristianos* (aleman), en 4.º

KIST.—*De commutatione, quam Constantino Magno auctore societas subiit christiana.* Utrecht, 1818.

RUEDIGER.—*De statu et conditione Paganorum sub imperatoribus christianis post Constantinum Magnum.* Breslau, 1825.

NEANDER.—*Allgemeine Geschichte der christlichen Religion und Kirche.* Hamburgo, 1825-1830; 6 tom.

Son protestantes *Las Centurias de Magdeburgo* ó sea *Ecclesiastica historia, congesta per aliquot studiosos et pios viros,* que eran *Flacius, Copus, Wigandus, Judex* y otros. Basilea, 1559-1574. 13 tomos; cada uno de los cuales abarca un siglo.

G. BASNAGE.—*Historia de la Iglesia.* Roterdam, 1699; 2 tomos.

MOSHEIM. *Institutionum historia eclesiástica,* lib. IV. Helmstadt, 1755, 4 tomos.

Existen además historias particulares de las iglesias de cada uno de los paises, tales como la *Italia Sacra* por UGHELLI; la *Gallia Christiana,* por SAINTE-MARTHE; la *España sagrada,* por FLORES; la *Anglia Sacra.* Lóndres, 1691; el *Africa christiana* de MORCELLI. Brescia, 1816. Esta es un portento de exactitud, mas no tiene otra cosa: no aplica una sola idea á los hechos, ni deduce ninguna consecuencia general de sus asertos particulares.

En estos últimos años han dado los orígenes del cristianismo materia para estudios profundos, y la crítica negadora ha encontrado valerosos opositores.

Difusion del cristianismo.—Ya hemos hecho mencion (pág. 67) de los primeros que propagaron el cristianismo con el ejemplo, con la muerte, con la gracia, hasta en los confines más remotos. Resonara la voz de los apóstoles en todo el ámbito de la tierra; mas como su humildad no nos ha dejado recuerdos de todos los paises en que operaran innumerables conversiones, hemos de limitarnos casi esclusivamente al mundo romano. No cabe que admita la crítica en todo su rigor la espresion de San Justino, mártir, cuando esclama: *No existe pueblo griego ni bárbaro, no hay nacion, cualesquiera que sean su nombre y sus costumbres, por ignorante que aparezca en agricultura y artes, ya more bajo tiendas, ya ande errante sobre carros cubiertos, donde no se eleven, en nombre de Cristo crucificado, oraciones al criador de todas las cosas*(2). No por eso es menos cierto que el cristianismo se divulgó con tanta celeridad, atendido el sin número de obstáculos, que bastaria esta prueba para hacer fé de su orígen divino. Además de la Judea, de Italia, Grecia y Egipto, recibieron el Evangelio de boca de San Pablo las provincias situadas entre el Éufrates y el mar Jónico: háblanos el Apocalipsis de las siete iglesias asiáticas de Efeso, Esmirna, Pérgamo, Tiatira, Sardis, Laodicea y Filadelfia. En Siria eran ilustres las de Damasco, Berea (Alepo) y Antioquia. Chipre, la Creta, la Tracia y la Macedonia acogieron á los Apóstoles, quienes tambien sembraron la verdad en el seno de las antiguas repúblicas de Corinto, de Esparta y de Atenas.

Desde Edesa, donde abrazaron muchas personas el cristianismo, pudo propagarse á las ciudades griegas y siriacas, que prestaban obediencia á los sucesores de Artaxar, á despecho de la gerarquia vigorosa de los magos persas y de su intolerante culto. Recibiólo muy pronto de Siria la grande Armenia, aunque no se convirtió enteramente hasta el siglo IV, cuando Tirídates fué bautizado por San Gregorio *Illuminator.* Una cautiva cristiana lo llevó al Cáucaso impulsando á un príncipe ibero á confesar la divinidad de Jesus y á pedir misioneros á Constantinopla.

Pero así como las ciudades antiguas querian traer su orígen de los semi-dioses, aspiraron las iglesias en gran número al honor de haber sido fundadas por los Apóstoles, y algunas de ellas aun subsistiendo testimonios en contra. Sulpicio Severo atestigua que la religion de Cristo no pasó hasta muy tarde al otro lado de los Alpes, y cita una populosa aldea donde todavia nadie conocia a Jesucristo en su tiempo (3). Solo aparecen en las

---

(2) *Dial cum Tryphone.* Gibbon, que procura disminuir el número de cristianos, dice que no podian ser más que la vigésima parte de la poblacion del imperio. Aun así hubiera estado en una proporcion inmensamente superior á la de cualquiera otra secta.

(3) *Nemo noverat Christum.* Dial. II.—*Serius trans Alpes Dei religione suscepta.* Hist. ecles., II.

Galias las iglesias de Lion y de Viena bajo los Antoninos, y bajo Decio únicamente las de Arlés, Narbona, Tolosa, Limoges, Clermont, Tours y París. Si bien es cierto que muchas ciudades abrazaron la fé cuando aun podia costar el martirio, la masa de la poblacion no se hizo cristiana hasta que cesaron las persecuciones, cuando el celo de San Martin de Tours y de su sucesor San Brixio, de San Corentino de Quimper, de San Marcelo de París, fué recompesado con gloriosos triunfos.

Sin prestar asenso á la idea de que el año 180 enviara el papa Eleuterio misioneros á la Gran Bretaña á instancias de un rey denominado Lucio, leemos en Tertuliano que *los cambrios y los caledonios, invencibles hasta entonces contra los ejércitos romanos, fueron avasallados por Cristo* (4).

Santiago el Mayor, á quien se atribuye la conversion de los españoles (5), no parece haber salido de Palestina, donde padeció martirio nueve años despues de Jesucristo y antes de la dispersion de los Apóstoles. Cubre igual incertidumbre el orígen de las iglesias de Africa, en las que prosperó la buena semilla, merced á los obispos establecidos en gran número hasta en las más pequeñas ciudades, y al celo de los elocuentes campeones de la fé, especialmente de San Cipriano. En el siglo II se habian traducido los sagrados libros en Etiopia; y luego instituyó allí la iglesia Frumencio, que despues de haber convertido al *nego* y la nacion, fundó el obispado de Axo. Ya en tiempo de Neron, treinta y tres años después de la muerte de Cristo, habia en Roma muchos cristianos (6); ya se distinguian bien á las claras de los judios; ya no se les puede castigar sino inventando contra ellos absurdas calumnias; ya han logrado penetrar en provincias remotas, á la par que se vanagloria de haberlos estirpado, como de un triunfo (7). Luciano halla el Ponto, su patria, invadido por epicúreos y cristianos (8). A los ochenta años de la venida de Cristo se queja Plinio de que están desiertos los templos y de que carecen las víctimas de compradores, y acusa de ello á esta supersticion cristiana divulgada hasta en las cabañas y chozas.

A la sazon no eran los prosélitos solamente gentes vulgares: hallábales Plinio de *todas condiciones y edades*. Tertuliano declaraba al procónsul que si persistia en hacer la guerra á los cristianos de Cartago, tendria que diezmar la ciudad, y encontraria muchos delincuentes de su categoria, senadores, matronas, amigos. Supone el edicto del emperador Valeriano haber sido convertidos senadores, caballeros y damas de encumbrada estirpe.

Circunstancias favorables al Cristianismo.—Esta difusion fué favorecida en parte por circunstancias humanas (9): aun cuando se habian vedado por un edicto de Augusto las nuevas sociedades (ἑταιρίαι), se toleró al principio como una secta judáica el cristianismo (10). Hallándose reunido el mundo civilizado en la estension del imperio, sus propagadores no tuvieron que luchar contra enemistades nacionales, y redundaron de este modo en provecho suyo las conquistas de los romanos. Agréguese á esto el uso del idioma griego adoptado por los Apóstoles, que, propagado en todo el Oriente desde la conquista de Alejandro, y siendo al propio tiempo el más perfeccionado, se conocia en Italia y en las Galias por todas las personas educadas liberalmente. Hombres llenos de erudicion y profundamente versados en las bellas letras, no tardaron en ganar la estimacion de las clases superiores hácia la enseñanza de los pescadores galileos, desdeñada en un principio, y se espuso en el habla de Aristóteles y de Platon un sistema que presentaba en toda su desnudez la pobreza de las filosofías.

Además, la Providencia no habia dejado á los hombres abandonados y careciendo de luces para escudriñar la verdad ni de las inclinaciones instintivas para respetar á lo ménos lo que no tenian fuerza de seguir. En vano procuraban los hombres aturdirse en medio de los negocios y de los deleites, pues no podian sofocar en las conciencias aquel poderoso instinto que induce á buscar lo que es Dios y lo que es el hombre, qué relaciones existen entre el uno y el otro, cómo el pecador puede ser redimido, que será después de la muerte. ¿Qué podian responder á semejantes preguntas el helado orgullo de los estóicos, la depravacion epicúrea, la groseria de los cínicos, el escepticismo académico? Hasta los mejores maestros engendraban el deseo de la verdad en vez de aplacarlo, respondiendo con dudas y sutilezas cuando el alma demandaba el reposo de la certidumbre.

¿Podia ofrecer esta certidumbre la religion pagana? Casi habian perdido su voz los oráculos desde que se habian hecho secretos los negocios al tratarse en el consejo de los reyes; era difícil precaver la decision de ellos y hasta peligroso revelarla, y además parecia inútil persuadir en nombre de los dioses lo que imponia el decreto de un soberano. Aparecia la muchedumbre cansada de los

---

(4) Apologia.

(5) Así lo sustenta ENRIQUE FLORES, *España sagrada*, tomo III. San Pablo manifiesta intencion de dirigirse á España en su epístola á los romanos (XV, 24 y 28). Han supuesto algunos que San Pedro estuvo en Tarragona, mudando este nombre con el de Tarracina.

(6) *Multitudo ingens*. TÁCITO.

(7) Hase encontrado en España una lápida con la inscripcion siguiente: NERONI CL. CAES. AVG. PONT. MAX. OB PROVINC. LATRONIB. ET HIS QUI NOVAM GENERI HVMANI SVPERSTITION. INCVLCAB. PVRGATAM. Muratori, I, 99.

(8) *In Alexand.*, 25.

(9) DOELLINGER, obra citada.

(10) KRAFFT.—*Prol. de nascenti Christi ecclesia sectæ judaicæ nomine tuta*. Erlang, 1771, y SEIDENSTUCKER.—*De Christianis ad Trajanum usque á Cæsaribus et senatu romano pro cultoribus religionis mosaicæ semper habitis*. Helmstadt, 1790, han exagerado mucho al sostener que los cristianos se propagaron á la sombra del judaismo.

antiguos dioses, y mucha prisa se daba á introducir nuevas divinidades, cuyo símbolo no hubiera aun sido amenguado con ritos é interpretaciones materiales, para reanimar su fe en una contínua alternativa de incredulidad y de supersticiones. Si el pueblo creia, hallaba en los dioses ejemplos de todas las corrupciones, y, temeroso de que el homenaje tributado al uno fuera un insulto para el otro, se abismaba en prácticas supersticiosas. Tocante á los talentos cultos, ¿cabia en lo posible tener fé en aquella turba de divinidades y en sus poéticas aventuras? ¿Podia insultarse al hombre dotado de un alma generosa delante del ara donde se incensaba á un Antinoo y á una Drusila? Así filósofos, sacerdotes, hombres de Estado consideraron los diferentes cultos como igualmente falsos é inútiles; y no encubrian más que el ateismo tanto la tiara del pontífice como la talar túnica del augur y la toga del magistrado.

En cambio los cristianos esponian una doctrina sencilla, clara, humana: «Lo que es y lo que debia ser; la miseria y la concupiscencia; la idea siempre viva de la perfeccion y del órden que hallamos igualmente en nosotros; el bien y el mal; las palabras de la divina sabiduria y los vanos discursos de los hombres; la vigilante alegria del justo; los dolores y los consuelos del arrepentimiento; el espanto ó la imperturbabilidad del malo; los triunfos de la justicia y los de la iniquidad; los designios de los hombres llevados á término á través de mil obstáculos ó trastornados por un obstáculo imprevisto; la fe que aguarda la promesa y comprende la vanidad de lo que pasa; la misma incredulidad, todo se esplica con el Evangello, todo confirma el Evangelio; la revelacion de un pasado del cual lleva el hombre en su alma los tristes testimonios, sin poseer por sí mismo la tradicion ni el secreto, y de un porvenir de que solo nos quedaba una idea confusa de terror y de deseo, es la que nos muestra en claro el presente que tenemos delante de nuestros ojos: los misterios concilian las contradiciones, y las cosas visibles se comprenden por la nocion de las cosas invisibles.» (11)

No era conducido el prosélito á esta sublimidad por su iniciacion en misterios cuyas esplicaciones físicas pudieran revelar la impostura de los sacerdotes, y poner sus convicciones en oposicion con las prácticas esteriores, sino que se le esponian las altas verdades de la Encarnacion, de la Redencion, de la Eucaristia. Estaban en perfecta armonia la enseñanza uniforme y sólida de la escuela con la predicacion; el misterio con la doctrina esterior; las ceremonias del culto con la consumacion del sacrificio. A la opinion, á la duda, al miedo sustituia el cristianismo tres virtudes ignoradas, fé, esperanza y caridad. Mientras en la idolatria no eran otra cosa las fiestas que alusiones á accidentes naturales, ó á lo sumo conmemoraciones patrióticas mancilladas amenudo con desórdenes é impurezas, en las fiestas cristianas era signo de renacimiento espiritual el velo de la alegria. Al paso que allí se consultaba el porvenir á causa de no conocer la Providencia, aquí se confiaba en la omniciencia divina, y, exento el espíritu del temor de siniestros presagios, hallaba la esplicacion de la vida en lo que debia acontecer después de la muerte.

Roma habia apurado todos los bienes terrenales, el poder y la gloria, la riqueza y la voluptuosidad, y sin embargo no estaba satisfecha. Algunos de sus pensadores deploraban todavia á Farsalia, vacilaban entre una impetuosa resistencia ó la desesperacion de la cosa pública. Los más jóvenes, dominados por la legalidad, la patria potestad, la esclavitud y el destierro, esperaban en medio de sombria fermentacion grandes y misteriosos acontecimientos que los oráculos habian predicho. Los tiempos y los hombres infelices tienen fácilmente esperanzas, y creyeron entonces en aquel nuevo bien que se predicaba.

De esta suerte al anuncio de una religion divina en su orígen, sencilla y verdadera en su doctrina, pura y sublime en su práctica, despertaba el entendimiento, cuando la voluntad vacilaba todavia. Si no triunfaba la gracia de los hábitos de la educacion primera y del interés, bastaba el conocimiento del cristianismo para ofrecer ideas más sanas. Efectivamente, cuando se trató de reanimar las antiguas creencias, hubo necesidad de mezclar á ellas algo puro y elevado que nunca habian tenido: el grosero politeismo se aproximó al conocimiento de un solo Dios: restringióse el culto casi únicamente á Júpiter y á Apolo: hasta se consideró á este último como medianero entre Dios y los hombres, encargado de revelarles por medio de los oráculos la voluntad suprema, y tambien como el salvador de la humanidad, porque después de ser encarnado, habia vivido esclavo sobre la tierra, sometiéndose á padecer por expiacion (12). Máximo de Tiro afirmaba que todos los pueblos, cualesquiera que fuesen sus ideas, creian en un solo Dios, padre de todas las cosas. Lo mismo afirmaba Prudencio en sus versos (13). Siempre tenia el pueblo en la boca: *Sábelo Dios; Dios te bendiga; si Dios quiere* (14), ¿y qué más? hasta los oráculos reconocian un Dios.

Infructuosos eran cuantos esfuerzos hacia la idolatria por cobrar aliento á beneficio de los dogmas católicos. ¿Podia ofrecer acaso la consoladora doc-

---

(11) MANZONI, *Moral católica.*

(12) BAUR.—*Apolonio de Tiane y Cristo.* Tubinga, 1832, pág. 168.

(13) *Et quis in idolis reubans, inter sacra mille,*
Ridiculos deos venerans sale, cespite, thure,
Non putat esse deum summum et super omnia solum,
Quamvis Saturnis, Junonibus, et Cytherèis
Portentis aliis fumantes consecret aras?

(14) TERTULIANO

trina de un redentor y de la remision de los pecados? No asistia al hombre otro medio de apaciguar los remordimientos de su conciencia que el de los holocaustos, haciendo caer sobre su cabeza la sangre de las víctimas degolladas (15), ó bien el auxilio de otras prácticas, cuya supersticiosa vanidad era conocida. ¡Cuán *buena nueva* debia ser, pues, la de haberse encargado Dios de aplacar aquella cólera inexorable, y de que cada cual podia apropiarse los frutos del sacrificio de la cruz por la fé en el redentor divino! Los leales partidarios de aquellas religiones, de aquellas sociedades que no reservaban á los delicuentes más que el castigo, acusaban con aplomo á los cristianos de que acogian en su seno á los pecadores; pero los cristianos respondian á la acusacion regenerando con la penitencia á aquellos á quienes habian acogido.

Estas consideraciones arrastraban á las gentes de buena fé á seguir, ó á lo menos á venerar el cristianismo; pero daba márgen á otra acusacion la circunstancia de abrazarlo en tropel los hombres vulgares y los esclavos. No habia ejercido la corrupcion tantos estragos en las clases laboriosas como en la aristocracia; creyendo lo que creian sus padres, frecuentaban los plebeyos los templos, y comprendian la necesidad de la divinidad. Del mismo modo entre los esclavos; y si muchos de ellos eran vergonzosos instrumentos de los vicios de su amo, otros más distantes del teatro del libertinaje permanecian fieles á sus obligaciones. ¡Cuán consolador era para estos oir hablar de un Dios igual para ellos y para sus tiranos, saber que las fatigas, los tratamientos inícuos podian cambiarse por la paciencia en tesoro para otra vida, cuando los opresores y los oprimidos fueran llamados ante el juez incorruptible!

Aquellos que han sufrido, pueden concebir cuantos consuelos encierra semejante idea. Ahora bien, ¡cuántos padecimientos debian inclinar á que se acogiera favorablemente el cristianismo en aquellos tiempos que, como si no hubiera bastado aquella alternativa contínua de anarquia y de despotismo, la brutalidad de los emperadores, la licencia feroz de los soldados, las exacciones de los magistrados, habia que temer además la peste, los terremotos, las inundaciones, el hambre, las incursiones de los bárbaros y una disolucion universal. En medio de tal desórden apareció la sociedad cristiana.

Cabia en lo posible desdeñar las palabras de los apóstoles de la ley nueva y responderles: *Tenemos que ocuparnos en otra cosa*, ú *os oiremos mañana*; pero á la vista de todos se presentaban ejemplos de virtud á que no podia negar su admiracion nadie: todos eran testigos de una fraternidad que proporcionaba á los miembros de la familia cristiana los goces de una vida interior suficiente por las ideas y los sentimientos para ocupar á las almas fuertes, para ejercitar las imaginaciones activas, para satisfacer las necesidades intelectuales y morales reprimidas por la tirania y por el infortunio, aunque no sofocadas. Aplicándose á corregir las costumbres privadas para mejorar las costumbres públicas, no imitaban los cristianos á los grandes filósofos declamando contra un siglo perverso, á la par que seguian la corriente, sino que mortificaban las pasiones, enseñaban á dominar los malos deseos, á no hacer ni decir nada deshonesto: ellos mismos podian ser tomados por modelos de beneficencia, de virtudes, de mortificaciones personales. Agenos á la presuncion y al orgullo, huyendo de los honores y del fausto, se les veia á la cabecera del enfermo, en los calabozos, sobre el cadalso. Durante las pestes que hicieron indecibles estragos, se hallaban junto á los que se sentian atacados de aquella plaga, asistiéndoles, llevándoles limosnas, dándoles sepultura, mientras que los otros no pensaban más que en resguardarse de la epidemia. Además enseñaban á los pobres á no envidiar á los ricos, porque el mismo Jesucristo habia sido pobre, y porque de los pobres es el reino de los cielos; apartaban á los esclavos del designio de denunciar á sus señores, á los hombres libres de oprimir á los esclavos y daban á conocer á todos que habia otra vida diferente de aquella de que podia disponer el César.

Desde muy luego se organizaron los cristianos en sociedad con jefes y leyes, ingresos y gastos comunes: reunidos por vínculos voluntarios y morales, no menos sólidos por esta circunstancia, sobrepujaban en mucho á las congregaciones religiosas de los antiguos, débiles y diseminadas. Estas no tenian ritos ni opiniones comunes; lo que se creia en Élide era objeto de mofa en Delos, cuyos milagros servian de irrision en Epidaura. Independientes unos de otros los sacerdotes de los distintos templos, á ejemplo de los dioses, eran rivales y enemigos. Al revés, entre los cristianos, adictos hasta la muerte á una misma causa, no habia más que un espíritu, una moral, un culto: creian *en la unidad de la fé y en el conocimiento del hijo de Dios* (16), en la infalibilidad del concilio de sus sacerdotes, y dependian de jefes que habian platicado con el hombre-Dios, ó con los que habian vivido á su lado. Al ver aquella comunidad íntima, aquella union fraternal consolidada entre los cristianos por la unidad de creencias y de esperanzas, esclamaban los gentiles: *¡Miradlos como se aman!* Y con razon decia Tertuliano: *Están poseidos de asombro los que no saben más que aborrecerse.*

Si se esceptúan algunos fanáticos egipcios ó sirios ¿qué sacerdote pagano hubiera padecido por su dios, no ya tormentos, sino algunas privaciones? ¿Quién hubiera querido, al predicar un culto, emplear más celo del necesario para adquirir crédito y riquezas? No considerando su ministerio más que

(15) Tauróbolos y crióbolos.

(16) San Pablo, *Ad Ephes.*, IV, 13.

como una funcion del Estado, estaban propicios, si el Senado lo decretaba, á sustituir Júpiter á Tina, Mitras á Apolo, y á colocar sobre el ara al tirano y á la prostituta.

El cristianismo era profesado por hombres que no habian nacido casualmente en su seno, sino que habiéndolo adoptado por un íntimo convencimiento, después de una larga lucha y de penosos sacrificios, habian contraido el empeño de conservarlo y de propagarlo con una exaltacion natural y una ferviente confianza. Persuadidos de que fuera de su fé no hay salvacion, descienden hasta el alcance del vulgo, de los niños, de las mujeres, para persuadirles, resolver sus dudas, regular su conducta, para comunicar á todos el conocimiento mas esencial, el de sus propios deberes. Patrimonio de todos vienen á ser los principios del órden social por medio de catecismos, homilias, profesiones de fé, cánticos y oraciones; formas diversas de una fe y esperanza adaptadas á la capacidad comun. Ocúpase el padre convertido en atraer su familia á una creencia que es la única que guia á la salvacion. Y la predica el soldado á su cohorte, el esclavo á sus compañeros de cautiverio, y á veces á su mismo amo. Muchos, segun el testimonio de Eusebio, distribuian sus bienes á los pobres, y luego se iban á paises remotos; allí establecian iglesias, y se engolfaban cada vez más en comarcas ignoradas hasta entonces: ¿cómo era posible que la indiferencia pagana resistiera por largo tiempo á semejante apostolado?

Y luego aquellos romanos y aquellos griegos, que no querian comprender el decaimiento de su patria, y se complacian en recordar á los Leonidas, Escévolas, Brutos y Catones, pródigos de su vida por una libertad que parecia más hermosa después de perdida; encomiaban en secreto el heroismo del escaso número de aquellos que les imitaban ó falsificaban, resistiendo á los césares y arrostrando la muerte. A estos ofrecian los cristianos una familia que proclama la libertad, no la libertad que escluye el órden y se adquiere con la rebeldia, sino la libertad que resiste á todo atentado contra la independencia del espíritu y de la conciencia, y por la cual sabian aquellos galileos, no darse la muerte, sino aguardarla con intrepidez (17). Cuando en todas partes se compite acerca de quien se envilecerá más á las plantas de señores envilecidos, enseñan los cristianos que solo de Dios depende el hombre (18); en lo concerniente á la fé y al ejercicio de su religion, no reconocen ninguna autoridad terrestre: lejos de descender á la apostasia, ni de prestarse á quemar un grano de incienso ante las aras del dios Júpiter ó del dios Antinoo, ni aun siquiera se someten á renunciar en cumplimiento de los decretos, á sus asambleas religiosas, ni á las prácticas de su culto (19), ni á entregar á los magistrados sus santos libros. Son sus medios de accion la sinceridad y la paciencia, no la fuerza ó la astucia, no la habilidad que transige ó aguarda el momento favorable.

¿Pretenden los emperadores, el Sanedrin, ó los procónsules obligarles por la violencia? Si son débiles apelan á la fuga: en otro caso padecen, sin doblegarse nunca: el refinamiento de la crueldad no hace más que duplicar su constancia; y aunque los sabios la tratan de obstinacion y de locura (20), escita el celo de los demas, de manera que *la sangre es la semilla de los cristianos* (21). Es verdad que los romanos estaban acostumbrados á cotidianos suplicios, á las luchas de los gladiadores, á las lides armadas en la ciudad ó en el campo, á suicidios estóicos; pero los que perdian la vida de este modo, ó perecian forzadamente, ó porque la vida les servia de insoportable peso, ó á lo sumo la abandonaban con indiferencia, como un bien de que se habian cansado. Al revés, entre los cristianos, niños, ancianos, mujeres, morian, no con la orgullosa dignidad de la escuela, sino sin ostentacion y sencillamente; no por doctrinas muertas, sino por palabras de vida; no por ellos mismos, sino por todo el género humano. En medio de inauditos tormentos no lanzaban un gemido; al contrario, se regocijaban y perdonaban á sus verdugos.

Allí se revelaba una fuerza sobrenatural que multiplicaba las conversiones, ó inspiraba amor hácia la nueva doctrina. Generalmente están atestiguados los milagros, y aducidos con pruebas en las apologias, donde importaba no sentar falsedad ninguna: ni aun los niegan los enemigos de la nueva creencia, sino que los atribuyen á la mágia. De consiguiente el escritor de buena fé se detiene antes de refutarlos ó de reirse de ellos, obligado á

---

(17) *Ipsam libertatem, pro qua mori novimus.* TERTULIANO, *ad Nat.*, I, 1.

(18) *Solius Dei homo.* TERTULIANO, *Scorp.*, 14.

(19) Orígenes, *adv. Celsum*, sostiene que los cristianos pueden violar las leyes que prohiben las reuniones piadosas.

(20) Κατὰ ψίλην παρατάξιν. MARCO AURELIO en los monólogos.—*Pervicaciam et inflexibilem obstinationem.* PLINIO, *Ep.* Εἶτα ὑπὸ μανίας μὲν δύναταί τις οὕτω διατεθῆναι πρὸς ταῦτα ὑπὸ ἔθους ὡς οἱ Γαλιλαῖοι: ARRIANO epicureo.

(21) Lactancio describe admirablemente el efecto de los suplicios sobrellevados con valor. *Institut.* lib. 5, capítulo XIII: *Nam, cum videat vulgus dilacerari homines variis tormentorum generibus, et inter fatigatos carnifices invictam tenere patientiam, existimat id quod est, nec consensum tam multorum, nec perseverantiam morientium vanam esse, nec ipsam patientiam sine Deo cruciatus tantos posse superare. Latrones et robusti corporis viri ejusmodi laceraciones perferre nequeunt, exclamant et gemitus edunt; vincuntur enim dolore, quia de est illis inspirata patientia. Nostri autem ut de viris taceam, pueri et mulierculæ, tortores suos taciti vincunt, et expromere illis gemitum nec ignis potest. Ecce sexus infirmus et fragilis ætas dilacerari se toto corpore utique perpetitur, non necessitate, quia licet vitare si vellent, sed voluntate, quia confidunt in Deo.*

admitir el mayor de todos, el de convertir al mundo, el de hacer entrar á tantos ignorantes en el conocimiento de misterios tan elevados, el de inspirar sumision á los doctos, el de persuadir á tantos incrédulos de cosas increibles, á pesar de los obstáculos más poderosos.

Obstáculos privados.— Entre estos obstáculos conviene contar ante todo la costumbre. El gentil habia respirado, por decirlo así, el politeismo en sus primeras ideas, en sus primeras palabras: los dioses estaban asociados á las impresiones de la juventud, que tanta influencia ejercen sobre el resto de la vida; habian sido objeto de su educacion; la ligaban á ellos las preocupaciones; llenos estaban de ellos los libros que habian cultivado su talento, ocupado sus ocios, distraido sus penas. A los dioses se habia encomendado en sus necesidades; á sus oráculos habia recurrido en sus incertidumbres; después de haberse libertado de una enfermedad, de un naufragio, de los furores de Calígula ó de la venganza de Sejano, cumplia ante sus aras los votos hechos en la hora del peligro.

Son tan risueñas y tan vivas las imágenes mitológicas, que su prestigio seduce todavia la imaginacion después de tantos siglos y estinguida ya la fé en ellas. Aun debia ser mayor el poder de aquellas imágenes cuando todas las artes las consideraban como un inagotable manantial de lo bello. El cristiano, que en los dioses protectores de la música, de la poesia, de la elocuencia, no veia más que demonios, queda reducido á abstenerse de las bellas artes. A cada paso halla peligros y contaminacion (22). Se ve, pues, obligado á no tomar parte en los goces que traen consigo dias de recíproco anhelo, conmemoraciones solemnes; á no suspender lámparas ni ramos de laurel á las puertas; á no ceñirse de flores cuando todo el pueblo corona con ellas su cabeza; antes bien, es deber suyo protestar contra todo lo que tenga visos de idolatria. Si se canta en un matrimonio á Talasio é Himeneo; si una ceremonia fúnebre va acompañada de expiaciones; si en un banquete se hacen libaciones á los dioses hospitalarios, si se venera á los lares en lo interior de la familia, debe huir el cristiano y manifestar el horror que aquello le infunde. De aquí disgustos contínuos y la necesidad en que está el convertido de vivir solo, de renunciar á las más queridas distracciones, de consagrarse enteramente á las abnegaciones, al aislamiento: «Me parecia muy difícil, dice San Cipriano, renacer y hacer una vida nueva con el mismo cuerpo, y ser otro hombre distinto que ántes. ¿Cómo es posible, me decia á mí mismo, despojarse de repente de los hábitos del alma, tan numerosos y tan arraigados, inherentes á la misma naturaleza ó á un largo uso? ¿Cómo hacerse frugal después de haber tenido un alimento abundante y delicado? ¿Cómo salir á la calle con una vulgar vestidura, cuando se han gastado siempre ricas telas, púrpura y oro? ¿Se resolverá á vivir como simple particular un personaje acostumbrado á los haces y á los honores, á una multitud de amigos y de clientes? ¿No es un verdadero suplicio vivir solo? Esto es lo que me decia, y desesperando de encontrar cosa mejor, amaba aquel mal que habia llegado á ser en mí una segunda naturaleza.» (23)

Atenta siempre la juventud al porvenir é inclinada por lo mismo al movimiento, hallábase en oposicion con sus padres preocupados con el presente y propensos á conservar. El cristiano que queriendo captarse las almas se dirigia principalmente á la juventud, era acusado de aconsejar la rebelion, porque arrancaba la generacion nueva de la generacion frívola, caduca, ignorante del verdadero bien. Así, pues, los padres desheredaban á sus hijos, repudiaban á sus mujeres, castigaban á los esclavos, reos de cristianismo; y así resultaba la desunion en las familias y sacudida aquella autoridad en que se basaba la sociedad romana.

Agradar al príncipe era el único medio de ascender á los empleos y á las dignidades; ahora bien, el príncipe quemaba á los cristianos, y untándolos con pez les hacia servir de antorchas en sus jardines. Una multitud de mercaderes y de gentes de oficios vivian de la venta del incienso, del suministro de víctimas, de los preparativos de los juegos y de la fabricacion de los simulacros; sacerdotes, augures, reyes de sacrificios, magos, astrólogos, apegados obstinadamente á las costumbres y al lucro de toda su vida, profesaban odio á los que arruinaban su profesion: se esforzaban por sostenerla reanimando el fervor en obsequio del antiguo culto, haciendo de modo que los oráculos despertasen más atencion, y los artesanos de prodigios, más supercheria. A falta del sentimiento moral, todos los actos de la vida civil habian sido rodeados de ceremonias religiosas. ¿Cómo podian, pues, prestar el juramento los cristianos que ejercian magistraturas? ¿Cómo podian sacrificar á los dioses? ¿Cómo podian asistir al Senado, que se reunia dentro de un templo y cuyas sesiones empezaban por libaciones á las divinidades? ¿Cómo podian, en fin, presidir los juegos gentílicos?

Hemos visto cuan aficionados eran los romanos y los asiáticos á las diversiones del circo: pues bien, la religion de Jesucristo prohibia los espectáculos en que se derramaba sangre por gusto; y se conocia á los neófitos en su desvio respecto de aquellas diversiones crueles. Tertuliano decia que la aficion á los espectáculos apartaba á más gente del cristianismo que el temor á la muerte. Cuenta San Agustin que un amigo suyo, Alipio, habia renunciado después de su conversion á los espectáculos sangrientos. Sin embargo, no pudiendo resistir un dia á las instancias de sus compañeros se dejó llevar al circo, decidido á permanecer

(22) *Recogita sylvam, et quantæ latitant spinæ.* TERTULIANO, *De cor. militis*, 10.

(23) *Ep.* 59 *ad Corn. Cypr.*

allí con los ojos cerrados mientras durara la lucha de los gladiadores. Mas llega á escitar su curiosidad la algazara del pueblo entre estrepitosos aplausos, abre los ojos, y la vista de la sangre hincha su corazon con tal deleite, que ya no puede apartar su vista de la víctima: se embriaga de placer su alma, y se muestra impaciente por saborear los furores del circo. «Ya no era el hombre llevado allí por fuerza, sino uno que formaba número de la loca muchedumbre, conmovido por las apuestas, por el clamoreo, ciego de alegria, como los que le rodeaban, y deseoso de volver á gozar los furores del circo.» Así triunfaba la costumbre de las más firmes resoluciones.

Desplegaba la idolatria toda la solemnidad de un culto público en las fiestas nacionales é imperiales: el cristianismo no ofrecia más que una austeridad humilde é indigente. Remontándose el politeismo á los primeros tiempos de la historia nacional, deificaba á los fundadores y á los legisladores del pueblo ¡y se les derrocaba de los altares para sustituirles el hijo de un artesano, muerto en el patíbulo! Veia la muchedumbre en el culto de la patria el de la gloria; y así la piedad se confundia con el patriotismo. ¿Cómo habian, pues, de ser acogidos los que predicaban la condenacion eterna de los hombres más queridos y venerados, de los grandes filósofos, de los grandes monarcas?

¿Y quienes eran los que llegaban á minar creencias tan antiguas como el mundo y tan divulgadas como todo el género humano? ¿Acaso griegos ó indios? Aun estimándolos, estaba acostumbrado el mundo á reirse de los filósofos cínicos y de algunos gimnosofistas; esta vez los predicadores eran individuos de aquella raza judia, atea ó panteista (24) renombrada por su credulidad, nacida para la esclavitud, blanco de la burla de todos por la singularidad de sus costumbres y por sus abstinencias. Su maestro no habia empuñado, á semejanza de los demás autores de religiones, el cetro ó la espada, ni aun siquiera la pluma ó la lira. Sus discípulos no eran más que una turba de hombres pobres, arrancados al remo ó á las herramientas de su oficio (25), rodeándose de mancebos sin esperiencia ó de ancianos de espíritu debilitado, para contar absurdos; prohibiendo discutir los motivos de la adoracion y de la creencia, proclamando que es un mal la sabiduria del mundo, y un bien la locura: *Vuestro patrimonio es la ignorancia*, les decia Juliano, *toda vuestra sabiduria consiste en repetir estúpidamente;* yo *creo.*

Llamada era, pues, la religion de Cristo por los latinos, *insania, amentia, dementia, stultitia, furiosa opinio, furoris insipientia.* Repugnaba al orgullo tener nada de comun con una raza abyecta, con artesanos y esclavos; parecian ridículos á los doctos los misterios, cuya sublimidad no se comprende sino por la gracia. Un dios haciéndose hombre, un ajusticiado resucitando, parecian necedades. La pobreza y los suplicios de los Apóstoles suministraban un poderoso argumento contra la debilidad del fundador, en una sociedad que no consultaba más que el resultado del momento, y para la cual todo tenia su conclusion en este mundo. Exagerando después y falsificando segun les convenia, pretendian los adversarios de los nazarenos que adoraban el sol, una cruz, un cordero, una cabeza de burro (26); y el vulgo, siempre muy numeroso, se reia á su costa y los tenia por más estúpidos que perversos.

Pero tambien se les acusaba de perversidad: obligados como estaban á celebrar secretamente sus juntas, suministraban con esto los cristianos un pretesto para las acusaciones, que de ordinario van dirigidas á todo lo misterioso, y se interpretaban los ritos en el sentido más siniestro. Se supone que las sóbrias agapas son festines en que se entregan á todos los escesos de la intemperancia; que ultrajan al pudor y á la naturaleza en el silencio de las catacumbas; que se presenta al neófito un niño cubierto de harina, y lo traspasa sin saber lo que hace, recogiéndose la sangre en cálices que pasan de mano en mano, y comiéndose la carne de la víctima. Se trata de personas indolentes á aquellos que hacen dimision de sus magistraturas, por no poder seguir desempeñándolas sin tributar homenaje á los dioses: los milagros son sortilegios, la constancia de los mártires es resultado de los maleficios; y los cristianos, por que no tienen templos ni sacrificios, son proclamados ateos (27).

¿Y cuál era la moral que enseñaban aquellos hombres perversos? La más pura y austera que ha existido nunca. Predican la pobreza á un mundo idólatra de la opulencia, la humildad en el siglo del orgullo, la castidad en medio de una disolucion desenfrenada. Personas que para echar en olvido tantos males se habian engolfado en el deleite sin sospechar siquiera que así podian ofender á los dioses, no solo oian vedar los placeres de la carne, sino tambien condenar hasta el simple deseo: prohibicion de fornicar hasta con los esclavos: prohibicion de vengarse, cuando poco antes era un deber, una religion la venganza: prohibicion

---

(24) Diodoro *(fragmen.)* dice que los judios consideraban como único dios supremo, el cielo ó el universo; Estrabon que adoraban como única divinidad el cielo, el mundo y la naturaleza de los séres: οὐρανὸν καὶ κόσμον καὶ τὴν ὄντων φύσιν.

(25) Ὄχλος ἀφιλόσοφος. *Ab indoctis hominibus scriptæ sunt res vestræ.* ARNOBIO, I, 39.

(26) Minucio Félix hace decir á Cecilio: *Audio eos turpissimæ pecudis caput asini consecratum, inepta nescio qua persuasione, venerari.*

(27) Αἶρε τοὺς ἀθεους. Tal era el grito que se lanzaba contra ellos en tiempo de Adriano.

En el diálogo de Minucio Félix, el interlocutor gentil esclama: *Cur nullas aras habent? templa nulla? nulla nota simulacra?... Unde autem, vel quis ille, aut ubi, Deus unicus, solitarius, destitutus?*

de recrearse en el fausto. Oian decir de contínuo: ¡Bienaventurados los que padecen! ¡Bienaventurados los de corazon humilde! ¡Anatema contra los afeminados, contra los adúlteros, contra los sodomitas! ¿A cuántas personas no debia apartar tambien del cristianismo aquella guerra á las pasiones, aquel freno puesto á las inclinaciones naturales?

Tambien le oponian un inmenso obstáculo los judios. Aquel pueblo elegido de Dios, que favorecido por milagros evidentes habia levantado la cabeza tras enormes desastres, y se habia librado milagrosamente de la destruccion en medio de un mundo enemigo, después de haberse nutrido con las promesas de los patriarcas y de los profetas, se veia de súbito defraudado en sus esperanzas; y además aquellas esperanzas se convertian en base de una nueva fé proclamada por uno de ellos; pero le habian negado y perseguido; le habian condenado á muerte.

Si al principio se habia abrigado la iglesia á la sombra de la sinagoga, esto duró poco tiempo, pues en breve declaró el imperio una guerra de esterminio á los judios, que de todas partes se sublevaron contra el yugo extranjero; y se halló envuelto el cristianismo en el odio y en la persecucion de que eran blanco.

Conviene agregar á esto las heregias que llegaron á perturbar desde muy luego la unidad de la fé y la pureza de la moral. Incapaces los paganos de distinguir en medio de sutilezas, la línea á veces casi imperceptible que separaba lo verdadero de lo falso, ridiculizaron aquellas obstinadas cuestiones sobre lo que llamaban necedades sin resultado; parecióles la doctrina católica un manantial de pueriles disputas; y si los hereges se abandonaban á los desórdenes y á los vicios reprobados por la Iglesia, á ella acusaban los gentiles, quienes confundian en un odio comun la verdad y el error, bajo el nombre de cristianismo.

Simon Mago.—Parecia que hasta el infierno desencadenaba sus potestades todas, multiplicando los energúmenos y secundando prestigios atestiguados por los mismos cristianos. Un samaritano, llamado Simon, habia adquirido gran celebridad en su patria combatiendo á Moisés y á los profetas: sus discusiones eran consecuencia de la antigua rivalidad de las dos razas, que componian el pueblo hebreo. Habiendo oido á Felipe predicar en Samaria, donde convertia á multitud de personas, supuso que aquello era efecto de algun encantamiento por su parte, y se introdujo en el número de los neófitos, fingiendo haberse convertido á fin de arrancarle el modo de operar prodigios. No podia ofrecerle la nueva religion ningun procedimiento misterioso; pero persuadido de que los cristianos reservaban aquel conocimiento para los prosélitos de un grado superior, procuró tentar á San Pedro (28) ofreciéndole dinero, si queria concederle la facultad de conferir el Espíritu Santo por la imposicion de las manos.

Rechazado severamente por San Pedro, se separó de la Iglesia y tornó á su primera vida. A semejanza de los orientales y algunos judios especulativos, que personificaban la idea primitiva del universo, pretendió levantar un dios contra otro, y se proclamó él mismo como una manifestacion divina. Decia que para bajar á la tierra habia pasado por diferentes cielos, trasformándose en las diversas inteligencias que los habitan; que aquí abajo habia tomado la forma humana; que se habia presentado en Jerusalen donde solo se le habia crucificado en apariencia; en fin, á darle crédito, era la palabra de Dios, su belleza, el paracleto, el omnipotente, todo lo que existe en Dios (29). Para formar una de aquellas parejas tan comunes en las regiones orientales, como la de Isis y Osiris, por ejemplo, se habia asociado una mujer; era, segun su dicho, la primera inteligencia de Dios (Ἔννοια), por cuyo mérito habia concebido el Padre el pensamiento de criar á los ángeles. Descendida más abajo, ella los habia engendrado, sin comunicarles nocion ninguna del Padre. Enseguida criaron los ángeles las cosas terrestres, y temerosos de que su orígen fuera descubierto, retuvieron consigo la inteligencia, sometiéndola á mil padecimientos en sus transmigraciones de cuerpo á cuerpo.

Esta hubiera sido una manera singular de esplicar el gran enigma del gobierno del mundo, sin recurrir á la dualidad del principio supremo, si el innovador no hubiera pretendido que el primer pensamiento de Dios se hallara encarnado en una esclava tiria llamada Elena, tan disoluta como hermosa, y tipo de la degradacion. Simon contaba las diferentes metamórfosis de aquella mujer, especialmente en aquella Elena, que produjo la ruina de Troya, hasta el momento en que segun decia, se sintió destinada á rescatar en la prostituta de Tiro la última metamórfosis de la verdad caida, para hacerla digna de volver á subir á las esferas de donde habia bajado, y de entrar nuevamente en el seno del supremo Padre.

Con auxilio de esta mezcla de ideas platónicas, evangélicas y cabalísticas, se aplicaba á apartar los espíritus del Cristo verdadero, y seducia á muchas gentes corriendo de provincia en provincia. Tambien escribió muchas obras, de las cuales ninguna ha llegado hasta nosotros, si bien tenia por principal objeto combatir la divinidad de Jesucristo, suponiendo que Dios, orígen y causa de cuanto existe, se manifiesta ante cualquiera que sabe buscarle, y que Jehová, Cristo y el Espíritu Santo, no son más que virtudes del mismo Dios.

---

(28) Desde entonces los que venden ó compran dignidades eclesiásticas, y aun los bienes y poderes inherentes á ellas, son llamados *simoniacos;* y esta palabra escrita en la historia con letras de sangre, designa la primera heregia que apareció y la última en desaparecer.

(29) JUSTINO, *Apologia.*—EUSEBIO, *Historia eclesiástica.*—*Actos de los Apóstoles.*—SAN IRENEO.—SAN EPIFANIO, etc.

Así como los magos de un Faraon oponian prodigios á los que operaba Moisés, Simon oponia prestigios á los milagros de los Apóstoles, vanagloriándose de volar por los aires, de hacerse invisible á su antojo, de convertir las piedras en panes, de pasar á través de las montañas. Cuéntase que hizo el viaje á Roma en tiempo de Claudio (30), y que, habiendo ensayado allí á tomar vuelo en el espacio, cayó pesadamente y se reventó en la caida.

Apolonio de Tiane.—Otro artífice de prodigios, (1? de C.) Apolonio de Tiana en Capadocia, después de haber estudiado en las principales escuelas de Asia, y especialmente enmedio de los pitagóricos, quiso fundar su doctrina en la antigua tradicion itálica, así como las doctrinas cristianas se ingertaban en las de Platon. Habiendo abandonado á su familia cuanto poseia para consagrarse esclusivamente al estudio de la sabiduria, moró largo tiempo en el templo de Esculapio en Cilicia, ocupándose en curar enfermos: se esforzó por volver al camino del bien á un hermano estraviado, luego se dedicó completamente á la filosofia, hácia la cual le arrastraba su espíritu irresistiblemente.

A estilo de los pitagóricos se impone un silencio de cinco años, y no lo rompe sino enmedio de una sedicion popular donde es llamado á poner freno á la muchedumbre: se limita á hacer una señal al pueblo para que se sosiegue: oye sus quejas y después la justificacion de los magistrados: entonces indica con nn gesto que de parte de estos últimos está la justicia, y el pueblo se apacigua ante aquella decision muda.

Se encamina tambien á la fuente del idealismo, á Nínive, en medio de los magos de Babilonia: pasa veinte meses en la corte de los partos, donde aprende el grande idioma de los animales. Como se le presentase la imágen del rey para que la adorara, dijo: *Ya seria mucho si el que os gobierna merece que yo le estime y le alabe.* Platica en la India con los bramines, luego regresa á la Jonia, predicando el culto de las ideas, de la inteligencia, del idealismo puro. Allí le sigue un tropel de gentes; abandonan sus talleres los artesanos para arrastrarse en pos de su huella; repiten los oráculos sus alabanzas; le envian las ciudades embajadores para ofrecerle su hospitalidad ó reclamar sus consejos: se le erigen estátuas y altares, atribuyéndole un poder sobrenatural.

Inspira en Efeso, ciudad totalmente consagrada á las danzas, á los conciertos, á las vanidades, aficion hácia la filosofia, y exhorta á sus moradores á hacer comunidad de bienes. En el momento en que peroraba sobre este punto, abatiendo un ave su vuelo se aproxima á otras aves como para contarles alguna cosa, y todas remontan su vuelo en bandada. Apolonio, que ha fingido prestar oido á sus gorgeos, dice á sus oyentes que aquella ave ha llegado á anunciar á las demás que un mancebo se habia caido en cierto parage, quedando desparramado el grano que conducia, y las invitaba á recogerlo. Habiéndose apresurado los efesios á correr para cerciorarse del hecho, reconocieron su cabal exactitud, y concibieron la más alta idea de Apolonio, quien continuó exhortándoles á hacer comunidad de bienes á ejemplo de aquellos animalitos.

Tambien les predijo que se declararia entre ellos la peste, y la hizo ceder tan luego como hubo estallado. ¿Cabia en lo posible dudar de su divinidad después de esto? No habiendo querido el jerofante admitirle en Atenas á los grandes misterios, le dijo Apolonio: *No serás tú el que me inicies, sino tu sucesor*, y en efecto cuatro años después fué admitido. Hizo el viaje á Roma, donde Neron, enemigo de los filosófos, acababa de encarcelar á Musonio, quien apenas cedia en saber á Apolonio. Los discípulos de éste que temian le cupiera una suerte semejante, le dejaron solo; pero dió tan buena cuenta de sí propio al cónsul y á Tigelino, que le permitieron residir en la ciudad y alojarse en los templos, como era costumbre. Viajó por Siria y Egipto, donde dió consejos sobre el arte de bien gobernar á Vespasiano, que acababa de ser ascendido al imperio. En Etiopia le opusieron los sacerdotes sus quejas sobre haber visitado primeramente á los indios, que les eran tan inferiores en cultura.

El carácter de este nuevo Zoroastro, regenerador del paganismo, está más en armonia con el tiempo en que fué escrita su historia que con aquel en que se supone que viviera. Independientemente de sus predicaciones sobre la vida humana y sobre la inteligencia de las cosas, esplicaba la razon misteriosa de las sacras efigies y de sus atributos, el modo con que debian hacerse, y en que momentos las libaciones y los sacrificios. Reprimió las obscenidades de las bacanales, hizo renunciar á los atenienses á los juegos de los gladiadores: reconvino á los alejandrinos por su escesiva aficion á las carreras de carros. Además espulsaba los demonios, y predecia lo venidero. A propósito del istmo de Corinto habia dicho: *Esta lengua de tierra será cortada y no lo será*, y pareció haber profetizado cuando Neron probó á ejecutar aquella travesia é interrumpió el trabajo. Otra vez anunció que sucederia una cosa y no sucederia, y se pretendió que habia querido hablar del rayo que cayó cerca de Neron sin causarle más daño que hacer que se le cayera una copa de la mano.

Acusado ante Domiciano por un griego, se presentó en Roma para justificarse, y estuvo el mismo dia en Pozzuolo y en Efeso. Se hallaba en esta última ciudad en el momento en que Domiciano

---

(30) Cuenta San Justino que se habia ilustrado en aquella ciudad por sus milagros, hasta el punto de erigirle en la isla del Tíber una estatua con la inscripcion siguiente: *A Simon, Dios Santo.* Pero San Justino se engañó con estas palabras: SEMONI SANCTO DEO FIDIO SACRUM, que se han hallado efectivamente en un sitio retirado del Tíber, y se refieren á una de las antiguas divinidades de Italia.

era inmolado en Roma, y arengaba á la muchedumbre, cuando suspendiendo su discurso como si su atencion se hubiera fijado en otra cosa, *hiere*, dijo, *hiere;* dirigiéndose después á sus atónitos oyentes, añadió: *Ya no existe el tirano* (31).

Apenas fué elevado al imperio Nerva, que le profesaba amistoso afecto, le llamó á su lado; pero se escusó y le dirigió buenos consejos enviándole Damis su discípulo. Enseguida desapareció y no se le encontró más vivo ni muerto. Erigiéronle un templo los habitantes de Tiane; en otros templos fué colocada su estátua. Adriano recogió sus epístolas; Caracalla le tributó honores divinos: tenia el emperador Alejandro cerca de sí su imágen entre las de Abraham y Jesucristo. Aureliano fingió ceder, por una vision, del pensamiento de destruir á Tiane. Haya existido Apolonio realmente, ó sea un personaje supuesto por los sectarios de las doctrinas que llevan su nombre, es lo cierto que se creia en él. Fácil es comprender que semejantes locuras habian de dañar mucho al cristianismo, pues ellas apartaban del conocimiento del verdadero Dios á los que las creian, á la par que los que las rechazaban, las consideraban como las verdades del Evangelio y los milagros de los santos, á quienes trataban de magos y de charlatanes.

En efecto, estos últimos se multiplicaron entonces desmesuradamente. Imbuidos de devocion hácia los nombres de Apolonio y de Pitágoras, enseñaban que una infinidad de genios, partícipes de la naturaleza divina en diferentes grados, ocupaban el intérvalo entre el hombre y Dios, y que el hombre podia celebrar pactos con ellos por medio de ciertas ceremonias, de ayunos y de purificaciones. El pueblo les temia y les pagaba; tambien les prestaban asenso los magnates, y no solo Caracalla, sino hasta Marco Aurelio, que estaba rodeado por ellos. Ahora bien, la malignidad les confundia á menudo con los cristianos, quienes realmente miraban con horror todas sus prácticas.

Obstáculos públicos.—La más grave imputacion dirigida contra los cristianos era la de aborrecer al género humano, lo cual significaba para la vanidad romana aborrecer al imperio (32). Dando Mecenas consejos á Augusto sobre el modo de gobernar le habia dicho:—«Honra siempre y donde quiera á la divinidad, segun las leyes y los usos de nuestros antepasados, y *obliga* á los demás á proceder de la misma manera. *Detesta* y *castiga* á los que introduzcan en el culto alguna cosa estraña, no solo por consideracion á los dioses, sino porque semejantes innovadores arrastran á muchos ciudadanos á alterar los usos nacionales, lo cual produce conjuraciones, inteligencias, asociaciones peligrosas. (33) Estaban espresamente prohibidas las asambleas hasta cuando tenian un motivo de utilidad pública, y con doble razon cuando se proponian un objeto religioso. Los jurisconsultos, *custodios de las cosas divinas y humanas*, declaraban que el antiguo culto debia conservarse á toda costa, y Domicio Ulpiano reunió todas las leyes que se habian promulgado sobre este punto (34). En aquel grande amor á la legalidad, carácter distintivo de los romanos, bastaba observar las constituciones para hacer la guerra á los cristianos; y la frase constante de Juliano el Apóstata era la que se ha repetido de tantos modos, y todavia se repite, *nada de innovaciones*.

Era en un todo nacional la religion de los latinos, y se identicaba hasta cierto punto con las instituciones de la república. Roma, ciudad santa, se envanecia de traer su orígen de los dioses, y consideraba la conservacion del imperio como enlazada á siete cosas (tomo II, pág. 53); los libros sibilinos contenian los oráculos que enseñaban los medios de salvacion en las circunstancias graves; no se celebra-

(31) En 1838 un francés llamado Michel vió desde Paris, donde se encontraba, la toma de Constantina, y caer el general Damremont, herido de muerte. Este es uno de los numerosos milagros del magnetismo, que el siglo de las doctrinas positivas opone á los de los siglos de la ignorancia.

Su vida está escrita por Filostrato. Sin embargo, si se reflexiona que un personaje tan públicamente maravilloso, á quien se supone que era deudora del imperio la familia de los Flavios, no se halla jamás nombrado en aquella época, sino solo cien años después de Luciano y de Apuleyo, se inclina uno á reputarle como un personaje de invencion. Si por otra parte se presta atencion al esmero con que Filostrato ha aderezado ciertas analogias, como el nacimiento de Apolonio, anunciado por Proteo, encarnacion suya, los milagros que acompañaron á su nacimiento y á su vida, por último su ascension al cielo, parece muy probable que se propuso parodiar en él á Jesucristo. Bajo este aspecto es defendido por MEINERS, *Gesch. der Wissenschaften in Griechenland und Rom.*, tomo I, p. 158, y por TIEDEMANN, *Geist der speculat. Philosophie*, tomo III, 116. Vopisco queria tambien componer una vida de Apolonio. «Sabio de gran nombradia, verdadero amigo de los dioses, dice, y digno de ser contado entre ellos;» luego añade: «¿Vivió jamás entre los hombres personaje más santo, más respetable, más divino? Restituyó la vida á los muertos, dijo é hizo cosas superiores á las fuerzas naturales.» *Hist. Augusta.*

(32) GRUNER.—*De odio humani generis Christianis a Romanis objecto.* Coburgo, 1755.—*Genus humanum*, en este sentido está consagrado por Tácito. Pison dice: *Galbam consensus generis humani, me Galba Cæsarem dixit.* Hist., I. Por eso Tito fué llamado *delicia del género humano.*

(33) DION, libro LII, 36. Las palabras son precisas: ἀνάγκαζε..... τοὺς δὲ δὴ ξενίζοντας..... μίσει καὶ κόλαζε. Esto es muy digno de atencion para los que encomian la tolerancia religiosa de los antiguos, olvidando las matanzas de Cambises, los templos incendiados por Jerjes, los procesos contra Protágoras, Diágoras, Sócrates, Anaxágoras, etc.; por no decir nada de los egipcios. Hasta Platon y Ciceron en sus repúblicas imaginarias entienden no tolerar los cultos extranjeros.

(34) *Domitius Ulpianus rescripta principum nefaria collegit, ut doceret quibus pœnis affici oportet eos qui se cultores Dei confitentur.* LACTANCIO, *Inst.*, V, 2.

baninguna asambleasin haber tomado los auspicios; nunca se declaraba la guerra ni se concluia la paz sin la mediacion de los feciales; no se podia nombrar á un emperador ó á un cónsul sin recurrir á los sacrificios; reunían se las poblaciones confederadas para solemnidades comunes; y llevando las teorias cada año á la madre patria el homenaje de las colonias remotas mantenian los vínculos que las unian á ella. Atentar á la religion equivalia á querer atentar al Estado, era declararse enemigo del género humano.

Augusto al fundar el imperio habia reconocido la necesidad de despertar las antiguas ideas religiosas, «de restaurar los templos y los simulacros vacilantes de los dioses» (35), para restablecer la armonia entre la religion y las instituciones. En testimonio de alianza reunió el supremo pontificado al poder imperial, y colocó dentro del Senado el altar de la Victoria. Entonces aquellas voces, que en la Roma republicana invitaban orgullosamente á los ciudadanos á desterrar todo miedo de los dioses y de la vida futura, dejaron de oirse, y nunca se multiplicaron tanto sacrificios, inscripciones votivas y templos, como en los primeros años del imperio: luego como si no hubiera bastado con las divinidades nacionales y con las de la Grecia, se engertaron, por decirlo así, otras nuevas en un carcomido tronco, ya la Isis egipciaca, ya el Mitras persa. Así suplia la habilidad política á la falta de creencia (36).

Si el politeismo de los romanos, conforme con la índole de sus instituciones, adoptaba fácilmente los dioses extranjeros, poco importaba á la fe que las divinidades ascendieran al número de veinte ó doscientos. Si era un medio político de asimilarse los vencidos adoptar sus creencias, no se podia ciertamente proceder del mismo modo con una religion que escluia todas las demás, que se llamaba universal, y destinada á edificar su templo con los escombros de los templos enemigos (37).

Pero los nuevos sectarios habian aprendido de Cristo, su maestro, á respetar las potestades del siglo: bajo emperadores que deshonraban á la naturaleza, sus doctores les exhortaban á la docilidad, indispensable en una sociedad, que todavia compuesta de pocos miembros, es insuficiente para representar un voto nacional y cambiar una constitucion. San Victor responde al prefecto que le interroga: *Nada he hecho contra el honor ó los intereses del emperador ni de la república: no he rehusado defenderla siempre que el deber me lo imponia: todos los dias ofrezco el sacrificio por la salvacion de César y del imperio, todos los dias inmolo á mi Dios en favor de la república víctimas espirituales.*

Otro de los méritos del cristianismo consiste en haber colocado la religion á tal altura, que prescinde de la parte accidental y variable de la sociedad, para fijarse en lo que tiene de esencial y permanente; lo cual permite al hombre, bajo cualquier gobierno ó clima, buscar la perfeccion y ganar el cielo. A las órdenes de príncipes crueles y libertinos no se rebela contra la sociedad de cuyos pecados huye: se somete sin procurar su trastorno, si bien su enmienda. Sin desprenderse del siglo combate sus vicios.

De aquí resultó que los cristianos, ignorados ó tolerados en un principio, aumentaron de tal modo el numero de sus prosélitos, que los príncipes y los magistrados hubieron de otorgarles tímidas concesiones que no hubiera podido negar la legalidad mas rígida respecto de una opinion que se hacia cada vez más fuerte.

Pero los dueños de esclavos se apercibian del cambio que se operaba en la sociedad, no en las filas elevadas, sino en las inferiores. Entonces algunos sofistas se pusieron á argumentar sobre sus creencias: por otra parte veian los sacerdotes paganos aclararse la muchedumbre en los templos y disminuir las ofrendas. Hubo, pues, necesidad de abrir los ojos, y se observó el fenómeno nuevo de una sociedad que nacida ayer, llenaba ya el foro, los tribunales, las legiones: sin armas, sin defensa, sin miedo á los suplicios y á la muerte, se negaba á obedecer órdenes al parecer tan sencillas como las de quemar un grano de incienso sobre el altar

---

(35) Horacio.

(36) Hablamos aquí más particularmente de Roma, porque la Grecia, privada de independencia política hacia mucho tiempo, sintió menos el efecto producido en las instituciones civiles por el cambio de principios religiosos.

(37) La Academia de Inscripciones de Francia, propuso para el certamen de 1830, la cuestion siguiente: «Bosquejar la historia de la decadencia y de la destruccion del paganismo en las provincias del imperio de Occidente, á contar desde el tiempo de Constantino; recoger en cuanto sea posible con ayuda de escritores paganos y cristianos, monumentos é inscripciones, todo lo que concierna á la resistencia opuesta al cristianismo por los paganos, principalmente por los de Italia y de Roma; emplear en fin grande esmero en determinar la época en que cesó el Occidente de invocar nominalmente á las divinidades de Grecia y de Roma.»

Todos los historiadores han hablado incidentalmente de aquella revolucion importante, pero ninguno ha tratado la cuestion de una manera especial. Los alemanes, cuya literatura es tan rica en investigaciones históricas y críticas, han reunido una porcion de hechos, de anécdotas y de observaciones. Especialmente el profesor Tzchirner de Leipzig, que ha terminado la Historia eclesiástica de Schröck, publicó una obra titulada *Der Fall des Heidenthums (Caida del paganismo.* Leipzig, 1829).

Podia, pues, considerarse como intacto el asunto cuando Beugnot, respondiendo á la cuestion suscitada en el certámen, obtuvo el premio académico. Su libro se titula: *Historia de la decadencia del paganismo en Occidente.* Paris, 1853; 2 tomos en 8.°. Aunque muchas de las opiniones profesadas en esta obra no puedan obtener la aprobacion de un católico y estén en contradiccion con la historia, se sigue en ella bien la lucha entre el cristianismo y la idolatria, entre la religion del pasado y del porvenir.

de un dios ó de un emperador. ¿Cuánto no debia escitar aquella desobediencia la indignacion de los romanos, gentes de legalidad, para quienes era delito oponerse á un decreto, cualquiera que fuese? Bien sabian los hombres de Estado que no podia prosperar Roma, desprovista de moralidad y abandonada á las bacanales de la fuerza: pero no ignoraban que en el cadáver de un gran Estado aun mantienen la vida galvánica las antiguas instituciones, dado que la aristocracia recuerda lo que ha sido, el ejército está amoldado á cierta disciplina, el pueblo se halla habituado á una administracion cualquiera, y se reconcentran en el príncipe la opinion y la fuerza. De aquí aquella obstinada adhesion á las antiguas formas propias en general de los gobiernos más débiles en el fondo: de aquí aquel odio de los hombres políticos de Roma contra el cristianismo.

Sacaban su fuerza las instituciones romanas del espíritu de familia, base sobre la que se habia elevado la gran ciudad, y de la veneracion hácia los antepasados, consecuencia natural de aquel espíritu de familia. Ahora bien, el cristianismo llegaba á debilitar éste, poniendo en pugna al padre con sus hijos, al hermano con sus hermanos; llegaba á destruir la veneracion á los mayores ofreciendo asunto de respeto en otras glorias y otras virtudes. Cuando apoyada Roma en la cuchilla concedia el título de héroe al que habia esterminado mayor número de hombres, cifraba su grandeza en arrebatar la independencia á muchos pueblos, y consideraba la guerra como único medio de adquirir gloria y poderio, la conquista como su único objeto, entonces penetraban los cristianos dentro de sus muros para predicar la paz, la justicia, la fraternidad, es decir, para condenar toda la república romana, tanto antigua como moderna. Trataban de impostores y de demonios á los dioses bajo cuyos auspicios se habia levantado la ciudad reina y su gran Capitolio: segregados los espíritus de los ciudadanos del amor de la patria terrestre, se encaminaban á una patria invisible, de que todos los hombres eran ciudadanos, hasta los vencidos, hasta el bárbaro y el esclavo. Negar obediencia á la ley equivalia á amenazar un órden de cosas en que la aristocracia podia defender aun sus antiguos privilegios; pronunciarse abiertamente contra los templos, los pontífices, los emblemas, los sacrificios, destruia todo el aparato bajo el cual se disfrazaba el vacio que habia dejado la desercion de la fe.

Eran, pues, enemigos públicos los cristianos; no bastaba que los judios hubieran ya acusado á Cristo de querer hacerse rey, y denunciado á Pablo como parcial de otro soberano que César, pues los mismos cristianos se declaraban delincuentes proclamando un reinado futuro de Jesucristo y la destruccion de la impia Babilonia. Rehusaban tributar homenage, incienso y el título de señor al emperador, personificacion del poder senatorial, de la autoridad pontifical, de los recuerdos nacionales, de la sociedad entera en suma: no querian jurar por su genio, ni unirse á los que dirigian por él votos públicos á los dioses. ¿Cómo no habia de aborrecerles todo buen ciudadano? ¿No estaba aquel gobierno en el deber de encarnizarse contra aquella supersticion nueva?

En la misma época caian nuevos desastres sobre el imperio, y los cristianos repetian que eran avisos del cielo; que Roma y el mundo abismados en un mar de vicios merecian aquellos castigos y todavia otros mayores. Bramaban de cólera los gentiles al oirles proclamar la necesidad de aquellas plagas; el hombre político se afirmaba en la idea de que el Estado tenia en ellos otros tantos enemigos: las gentes religiosas imaginaban que escitaban con sus blasfemias la ira de los dioses, que solícitos hasta entonces por la grandeza de Roma, la dejaban á la sazon desmoronarse en ruinas. Para conjurar su destruccion y aplacar el furor de los dioses convenia, pues, sacrificar á los innovadores; y el cristiano, solo en razon de su nombre, debia ser considerado como *enemigo de los dioses, de los emperadores, de las leyes, de las costumbres, de la naturaleza entera* (38).

---

(38) TERTULIANO, *Apolog.*, I. Tenemos una sentencia contra muchos cristianos, cuyo tenor es el siguiente. «En atencion á que Esperato, Citino etc., confiesan ser cristianos y rehusan tributar homenaje y respeto al emperador, ordenamos que sean decapitados.» BARONIO, *ad ann.* 202, § 4.º.

CAPÍTULO XXVII

PERSECUCIONES.

La persecucion.—Al parecer la persecucion en en tiempo de Neron no tuvo otro objeto que dar una satisfaccion al pueblo, y no se estendió más allá de los límites de Roma (1). Cuando posteriormente quiso Domiciano levantar de nuevo el templo de Júpiter Capitolino, obligó á los judios á contribuir mediante un encabezamiento; y como los cristianos, comprendidos bajo esta denominacion, no quisieron pagar bajo condicion ninguna para aquella restauracion, que era en su sentir un acto de idolatria, resultó una nueva persecucion, en que perecieron Flavio Clemente y Domitila, parientes del señor del imperio. Juan, el apóstol predilecto de Jesús, fué desterrado á la isla de Patmos donde se le reveló el Apocalipsis. Entre el número de los que comparecieron ante el procurador de la Judea se encontraron los nietos del apóstol San Judas, hermano, es decir, primo de Jesucristo, acusados de querer restaurar la casa de David de que eran descendientes. Pero la sencillez de sus vestidos y de sus respuestas, y la vista de sus manos, callosas á consecuencia del cultivo de su pequeño campo, dieron al traste con la acusacion y con todas las sospechas de pensamientos ambiciosos.

Plinio Cecilio, elevado á las funciones de procónsul en la Bitinia y en el Ponto, sintió revelarse su conciencia contra el deber que la ley le imponia de condenar á los cristianos: escribia, pues, á Trajano, para informarse de su voluntad, en la forma siguiente: «Señor, tengo por costumbre esponerte mis escrúpulos, porque puedes mejor determinarme é instruirme. Nunca he asistido á un proceso de cristianos; así es, que ignoro verdaderamente sobre que recae la demanda que se dirige contra ellos, ni hasta que punto debe ser agravado su castigo; y la diferencia de edades es para mí otro motivo de incertidumbre. ¿Deben ser castigados todos sin distincion entre jóvenes y viejos? ¿Conviene perdonar á los que se arrepienten, ó es inútil renunciar al cristianismo después de haberlo abrazado? ¿Se ha de castigar el solo nombre de cristiano á causa de los desafueros que son de él inseparables? Hé aquí no obstante las reglas que he seguido en las causas que he tenido contra los cristianos. Les he preguntado si lo eran realmente, y á los que lo han confesado, les he advertido dos y tres veces amenazándoles con el suplicio; he condenado á los que han perserverado, atendiendo á que, cualquiera que fuese la índole de lo que confesaban, creí dignas de castigo su desobediencia y su obstinacion invencible. He reservado algunos para enviarlos á Roma porque son ciudadanos romanos. Al propagarse esta especie de delito ha engendrado otros muchos. Se me ha remitido una memoria anónima en que se acusa como cristianas á muchas personas que declaran no haberlo sido nunca; y en prueba de ello, á mi presencia y en los términos que he prescrito, han invocado á los dioses, y ofrecido á su imágen incienso y vino. Enseguida han proferido imprecaciones contra Cristo, á lo cual no se propasan nunca los que son verdaderamente cristianos. Me ha parecido, pues, que debia absolverlos. Otros que me fueron denunciados, confesaron primeramente que eran cristianos, si bien lo negaron acto contínuo, declarando haberlo sido, y haber renunciado á ello, unos hacian tres años, otros veinte. Por otra parte todos adoraron tu efigie y las estátuas de los dioses, y fulminaron mil maldiciones contra Cristo. Afirmaban que todo su delito, ó todo su error, consiste solo en que en dia determinado se congregan antes del alba, y cantan alternativamente himnos á Cristo, como si fuera dios; que se obligan por juramento á

(1) Véase la inscripcion de la pág. 237, nota 7.

no cometer hurto, adulterio, ni otra culpa; á no negar depósito alguno. Después de esto tienen por costumbre reunirse para comer en comunidad manjares inocentes, á lo cual habian renunciado cuando publiqué tu decreto, que prohibia toda clase de reuniones. Parecióme necesario arrancar la verdad por la fuerza de los tormentos á dos jóvenes esclavas consideradas como adictas al ministerio de este culto; pero solo descubrí una supersticion llevada hasta el esceso, lo cual me ha inducido á suspenderlo todo, aguardando tus órdenes. Este asunto es digno de tus reflexiones, en vista de la multitud de los que se hallan envueltos en este peligro. Un gran número de personas de todas clases, y de ambos sexos, son y serán comprendidos en la acusacion, porque este contagio no ha infestado solamente á las ciudades, sino que se ha divulgado en las aldeas y en los campos.»

El emperador le responde: «No conviene buscarlos; pero si son acusados y quedan convictos hay que castigarles. Si el acusado niega y suministra la prueba invocando á los dioses, cumple perdonar á su arrepentimiento alguna sospecha que haya pesado sobre su persona. Por lo demás no se han de admitir las denuncias tenebrosas para ningun delito; es un ejemplo pernicioso y no entra en nuestras intenciones alentarlo.»

¡Estraña revelacion del contraste que hemos señalado mil veces entre la legalidad y la justicia! El procónsul no halla á aquellos sectarios delincuentes más que de nombre, y reconoce la inocencia de sus juntas: sin embargo los somete al tormento para descubrir sus delitos, y no pide que se les perdone, sino la medida con que debe castigarlos. Hasta el mismo emperador vacila entre su propio sentimiento y el rigor de una legislacion de hierro. ¿Y cómo? La ley es tan vaga, que hasta los más doctos no saben como interpretarla, y no solo puede suspenderla el emperador, sino tambien el procónsul: sin embargo, á las dudas de éste el emperador no contesta sino que ¡ha hecho bien! Pero si aquellos hombres son culpables; ¿porqué no buscarlos? ¿Porqué no admitir todas las denuncias? Si son inocentes. ¿Porqué castigarles de lo que no es delito? (2) ¿Qué legislacion es esa que ni siquiera exige que se presente al que acusa? ¿Qué legislacion es esa en que no se castiga por un hecho, sino por un sentimiento? ¡Cuán sanguinario testimonio del poco ó ningun caso que hacian los antiguos de la vida de sus semejantes!

Si tanto se dejaba á la arbitrariedad de los tribunales bajo un Plinio y un Trajano, ¡qué no aconteceria en las desordenadas y tumultuosas asambleas, cuando en los dias consagrados á los dioses, y en medio de la embriaguez sanguinaria del anfiteatro, clamaba la plebe á voz en grito: *¡Cristianos á las fieras! ¡Cristianos á las llamas!* Ya Caifás habia considerado como *útil que se derramara la sangre de un justo para la salvacion del pueblo:* cuando se trataba de apaciguar una sedicion ó de grangearse la voluntad del pueblo, inmolaban todavia más fácilmente los procónsules á aquellos galileos odiosos ó despreciados. Adriano y Antonino prohibieron por edictos apoyarse únicamente en el rumor público para pronunciar su condena; pero ¿de qué servia esto, si los mismos acusados confesaban ó se glorificaban de su delito? ¡Cuánto debia irritarse la soberbia de los emperadores y de sus ministros, cuando veian á un niño, á una mujer, á un ciudadano oscuro, confesar francamente el crímen que se le imputaba, y negarse, no á un delito, sino al más simple acto del culto nacional, resistiendo á promesas, amenazas y seducciones! Entonces les aplicaban al tormento, no para arrancarles la confesion de su culpa, sino para obtener una retractacion. A veces sujetaban á las más terribles pruebas la continencia de los mancebos y la castidad de las vírgenes. Luego, enfurecidos por su resistencia, los entregaban á los verdugos y á la muchedumbre, cuya ferocidad, hija del hábito de asistir á los suplicios y á los juegos del circo, se exaltaba aun más por el fanatismo.

Ocurria que algunos gobernadores humanos se negaran á admitir las acusaciones, ó salvaran á los acusados por medio de benevolos subterfugios; limitábanse otros á espulsarlos ó desterrarlos; pero otros los encerraban en las ergástulas ó en las minas (3), donde ejercitaban contra ellos todos los rigores autorizados por la ley, soberanamente inícua, porque era completamente indeterminada.

Si sucumbian los acusados á la prueba eran cubiertos de aplausos por los paganos, mirados con horror y lástima por los cristianos. Al revés, los que soportaban generosamente los tormentos sin perder la vida, eran venerados; se besaban las cadenas que habian arrastrado y sus cicatrices. Instituyéronse para los muertos conmemoraciones anuales: esmeradamente escogidos sus huesos y su sangre eran depositados sobre los altares, especie de mesa, donde tomaban el viático los que declaraban estar prontos á imitarlos (4). Un celo generoso hacia á algunos desear el martirio: llegaban entonces hasta á denunciarse á sí mismos, á perturbar las ceremonias del culto idólatra, á rehusar la cle-

(2) Tertuliano exclama con su natural energia: *O sententiam necessitate confusam! negat inquirendos ut innocentes, et mandat puniri ut nocentes: parcit et sævit, dissimulat et animadvertit... Si damnas, cur et non inquiris? Si non inquiris, cur et non absolvis?* Apologética.

(3) *In metalla damnamur, in insulas relegamur.* TERTULIANO, *Apolog.*, 12. Cipriano dirige cartas á nueve obispos y á muchos eclesiásticos y fieles encerrados en las minas de Numidia. *Ep.* 76, 77.

(4) *Certatim gloriosa in certamina ruebatur, multoque avidius tunc martyria gloriosis motibus quærebantur, quam nunc episcopatus pravis ambitionibus appetuntur.* SULP. SEVERO, II.

mencia, y á provocar en los anfiteatros la rabia de las fieras y la cólera de los verdugos (5).

Los jefes de las diferentes iglesias moderaban con prudencia aquellos arrebatos de celo que á veces no resistian á la prueba; así como si se entablaba una acusacion contra alguno de los suyos, le aconsejaban apelar á la fuga, si no se sentia con fuerza para sufrir el martirio.

Libeláticos.—Algunos compraban á la avaricia de los magistrados una declaracion escrita *(libellus)*, atestiguando que habian cumplido los ritos preceptuados; mentira que la Iglesia hacia expiar con una penitencia. Aun aquellos cuya firmeza habia sucumbido en las pruebas, acudian á casa de sus hermanos tan luego como la persecucion habia cesado, pretendiendo ser reintegrados por la penitencia en la comunion. Pedro, obispo de Alejandria, publicó para ellos las siguientes reglas (306): «Todo el que haya sucumbido después de largos padecimientos, pase cuarenta dias en un riguroso ayuno y en obras piadosas, y sea admitido á la comunion enseguida: un año de penitencia para los que nada padecieron, y poseidos de susto apelaron á la fuga. Aquel que haya engañado á los perseguidores con ayuda de artificios, comprando declaraciones libeladas, ó sustituyéndose con paganos, haga seis meses de penitencia: un año si se ha sustituido con esclavos cristianos que se hallan en poder de sus señores: tres años de penitencia para los señores que hayan permitido ó mandado que sus esclavos sacrifiquen. Perdónese á los que, después de haber sucumbido la vez primera, tornen al combate y padezcan con constancia. Aquellos que se arrojen inconsideradamente á la batalla, esponiéndose á la persecucion ó provocándola, sin acordarse de que dice el Evangelio *No os espongais á las tentaciones, sereis conducidos a los tribunales, y no os presentareis á ellos*, no queden escluidos de la comunion; pero si son clérigos, suspéndaseles del santo ministerio. Aquel que haya dado dinero para poner término á las vejaciones de que era blanco, no merece castigo.»

3.ª persecucion.—A pesar de los escrúpulos de Trajano, consta que durante su reinado padecieron muchos el martirio, entre otros Ignacio, obispo de Antioquia, y Simon, obispo de Jerusalen. El papa Clemente fué desterrado de su sede.

4.ª persecucion.—Adriano fué impulsado á derramar sangre por celo en favor de las supersticiones y de la magia, y tambien porque confundia á los cristianos con los judios sobre quienes queria castigar la rebelion de Barcocebas. Por eso insultó los más venerandos recuerdos, mandando colocar ídolos en los lugares consagrados por la cuna y por el sepulcro de Jesucristo, y ordenó suplicios en que perecieron los papas Alejandro, Sixto y Telesforo.

Bajo los Antoninos, los *mejores de los príncipes y los mejores de los hombres*, como Gibbon los llama, no faltaron mártires tampoco (6). Si el primero de ellos, el Piadoso, no promulgó contra los cristianos ningun nuevo edicto, continuaron los magis-

---

(5) Visconti ha respondido á los que pretenden reducir el número de víctimas, reuniendo en sus *Memorias romanas de la antigüedad* (Roma, 1825) las numerosas inscripciones relativas á los mártires. Muchas de estas inscripciones no indican nombres sino solo números, como las siguientes:

MARCELLA ET CHRISTI MARTYRES CCCCCL
HIC REQUIESCIT MEDICUS CUM PLURIBUS
CL MARTYRES CHRISTI.

Quizá son tambien números de mártires los que se han encontrado sin otra designacion que palmas y coronas en las sepulturas. Nos atestigua esta costumbre el siguiente epígrama de Prudencio:

Sunt et multa tamen, tacitas claudentia tumbas
Marmora, quæ solum significant numerum.
Quanta virum jaceant, congestis corpora acervis.
Scire licet, quorum nomina nulla legas.
Sexaginta illic, defossa mole sub una,
Reliquias memini me dedicisse hominum.
Carm. XI.

Por ejemplo una de estas inscripciones se halla de este modo:

N. XXX, SVRRA ET SENEC. COSS.

y la copiamos, 1.º porque nos dá cuenta de treinta personas condenadas á muerte en tiempo del piadoso Trajano; 2.º porque contradice á los que pretenden (como BURNET, *Cartas escritas de Italia*, pág. 224) que los cristianos no tenian catacumbas antes del siglo IV. Precisamente esta inscripcion, que corresponde al año 107, está sacada de una catacumba.

Gibbon, que se obstina en reducir á algunas decenas el número de mártires, rechaza absolutamente el testimonio de los escritores cristianos; pero en abono de su sistema disimula asi mismo el testimonio de los paganos que dan fe de los suplicios á que él no presta asenso. Celso censuraba á los cristianos por celebrar sus asambleas en secreto. «Porque si sois descubiertos, decia, vais al suplicio, y antes de ser condenados á muerte padeceis toda clase de tormentos.»—ORÍGENES, *contra Celso*, I, II, VI, VIII. Libanio dice de los cristianos exaltando á Juliano: «Estos sectarios de una religion corrompida estaban en una continua aprension de que Juliano inventara tormentos todavia más refinados que aquellos á que se les sujetaba antes, como ser mutilados, quemados vivos, etc. porque los emperadores ejercieron contra ellos todas estas crueldades.»

Parentalia in Jul.

(6) Del tiempo de los Antoninos poseemos el epitafio siguiente sacado de una catacumba: revela á la vez la profunda tristeza y las esperanzas de los perseguidos:

ALEXANDER MORTVVS NON EST SED VIVIT SVPER ASTRA ET CORPVS IN HOC TVMVLO QVIESCIT. VITAM EXPLEVIT CVM ANTONINO IMP. QVI VBI MVLTUM BENEFITII ANTEVENIRE PRÆVIDERET PRO GRATIA ODIVM REDDIT. GENVA ENIN FLECTENS VERO DEO SACRIFICATVRVS AE SVPPLICIA DVCITVR. O TEMPORA INFAVSTA QVIBVS INTER SACRA ET VOTA ÑE IN CAVERNIS QVIDEM SALVARE POSSVMVS. QVID MISERIVS VITA? SED QVID MISERIVS IN MORTE CVM AB AMICIS ES PARENTIBVS SEPELLIRI NEQVEANT?

Lo trae ARINGHI, *Roma subterránea*, II, p. 685; pero no es segura su autenticidad.

trados ejerciendo grandes rigores, y apoyándose en las antiguas leyes.

5.ª persecucion.—Posteriormente Marco Aurelio con todas sus virtudes no poseyó la de saber resistir á los filósofos, que le escitaron contra los cristianos: persiguiólos, pues, ó consintió que fueran perseguidos como culpables de atentar á la religion del Estado, y de nutrir sentimientos hóstiles á la república, hasta el momento, segun se dice, que suspendió la efusion de sangre al milagro precedentemente referido de la legion Fulminante.

6.ª persecucion.—No se renovó bajo Cómodo y sus sucesores, lo cual hizo que se aumentara mucho en aquella época el número de creyentes, hasta entre las personas de elevada alcurnia. Septimio Severo concibió recelos de los cristianos á fines de su reinado, y confundiéndolos con los turbulentos hebreos, fulminó un decreto que en realidad no recaia más que sobre los nuevos prosélitos, si bien podia estenderse á los demás fácilmente, y con especialidad á los que hacian conversiones: así la persecucion comenzada en Egipto cundió al resto del imperio. Doce cristianos de Scila en el África proconsular, que no cedian á las lisonjas ni amenazas, sufrieron el martirio sin lanzar una queja; y su nombre repetido con veneracion, en las reuniones de fieles, alentó á los cristianos, é impulsó hácia la verdad á muchos gentiles.

Después de la muerte de Severo cobraron los cristianos tanta energia y confianza, que en vez de reunirse como al principio en casas particulares ó en sitios ocultos, pudieron levantar iglesias, comprar terrenos en Roma y hacer públicamente sus elecciones: admitióles el emperador Alejandro Severo dentro de su palacio como filósofos y como sacerdotes; y obtuvieron obispos y doctores su privanza. Pero cuando le sucedió Maximino, airándose contra los amigos de su antecesor, fueron envueltos en la proscripcion muchos cristianos: después cupo igual suerte á otros con motivo de un temblor de tierra que se sintió en Capadocia y en el Ponto.

7.ª persecucion.—Si el emperador Filipo, llevado quizá de las exhortaciones de Orígenes, favoreció á los cristianos hasta el estremo de hacer presumir que habia abrazado su fé, Decio se mostró horriblemente hóstil respecto de ellos.

8.ª persecucion.—Un poeta fanático se puso á deplorar en público el abandono en que se encontraba la religion antigua: solicitó la muchedumbre que corriera la sangre de los impios en reparacion de aquel agravio, y los magistrados probaron á ganarse el favor popular accediendo á sus deseos.

La peste, que desoló el imperio por aquel tiempo, contribuyó tambien á escitar el furor del pueblo y la supersticion de los agentes del poder contra aquellas víctimas inocentes, que solo se vengaban prodigando sus buenos oficios, caridad y oraciones. Entonces fueron inmolados ó desterrados los principales obispos. Durante diez y seis meses se vió el clero de Roma reducido á la imposibilidad de proceder á la eleccion de un nuevo pontífice, en reemplazo de Fabio, que habia sido condenado á muerte. Ejerciéronse las crueldades más refinadas. Hubo juez que, después de haber hecho sufrir á un infortunado el suplicio del caballete y de las planchas hechas ascua, mandó que se le untara de miel y se le pusiera al sol para ser devorado por las moscas. Otro en la lozania de su edad fué conducido á un jardin ameno y atado á un blando lecho con una prostituta; entonces no sabiendo como resistir á sus impúdicas escitaciones, se cortó la lengua con los dientes y se la esculpió al rostro (7). Otros no supieron resistir á los tormentos, y se contaron en este número dos romanas, Numeria y Cándida. Informado del hecho Luciano, que se hallaba encarcelado en Cartago, escribió en estos términos á Celerino, que le preguntaba si eran dignas de perdon. «*Cuando vivia en el mundo el bienaventurado mártir Pablo, me llamó y me dijo: Luciano, te anuncio ante Jesucristo, que si después de mi muerte te pide alguno la paz, se la concedas en mi nombre; porque todos nosotros, á quienes Dios se ha dignado llamar á sí en esta persecucion, hemos espedido de comun acuerdo letras de paz á los que han faltado.* Sabed, pues, hermano mio, que estoy dispuesto á ejecutar la órden que me trasmitió Pablo, y que la hemos restablecido tambien desde que nos hallamos en esta afliccion, habiendo mandado el emperador que se nos dejara morir de hambre, encerrados en dos horribles calabozos en donde el calor es sofocante. Ahora ya vemos un poco de luz. Os ruego, pues, que saludeis á Cándida y á Numeria, las cuales tendrán paz, segun la recomendacion de Pablo y de los demás mártires, cuyos nombres son los siguientes: Baxo, que murió en las canteras; Mapalico, ahorcado; Fortunion, en el calabozo; Pablo, después del tormento; Fortuna, Victoriano, Víctor, Herennia, Crédula, Hereno, Donato, Fermo, Vento, Fructo, Julia, Marcial y Ariston, que por la voluntad de Dios, han muerto de hambre en la cárcel. En breve se os anunciará que nosotros les hemos seguido, porque hace ocho dias que se nos ha encerrado de nuevo, después de haber recibido durante cinco dias un poco de pan y agua, estrictamente tasado. Pido que cuando el Señor otorgue la paz á la Iglesia, la consigan tambien los que han errado, segun la voluntad de Pablo y nuestra deliberacion, después de haber espuesto su falta ante el obispo y hacer penitencia, y no solo ellos, sino todos aquellos á quienes sabeis que nuestra intencion es estensiva.»

9.ª persecucion.—A fines de su reinado persi-

---

(7) A esta época se refiere la historia de los siete durmientes. Eran hermanos que, habiendo huido de Efeso á consecuencia de la persecucion, se refugiaron en el fondo de una caverna y se durmieron en el Señor. Sus cuerpos fueron hallados mucho tiempo después y cundió entre el vulgo el rumor de que habian dormido hasta entonces.

guió Valeriano nuevamente á los cristianos, á instigacion del prefecto Macriano, oriundo de Egipto y versado en la magia. Cayeron entre aquellas ilustres víctimas los papas Esteban y Sixto II, y el obispo Cipriano. Lorenzo, que guardaba los tesoros de la iglesia, viéndose estrechado á revelar donde los tenia depositados, señaló á una multitud de pobres, lo cual le valió ser asado en unas parrillas.

Galieno suspendió las persecuciones, y aunque hubo algunas víctimas bajo Aureliano, pudo aumentarse la Iglesia y adquirió aquella apariencia de legalidad que confiere el tiempo.

Pablo de Samosata, 260.—Se acrecentó el número de prosélitos hasta el punto de ser preciso ensanchar en todas partes las iglesias. Cristianos eran promovidos á las magistraturas, se honraba y veneraba á los obispos. Esto se comprendió notablemente á propósito de Pablo de Samosata, que, habiendo depuesto el espíritu evangélico, introducia el fausto pagano en las cosas sagradas, hacia exacciones de dinero, vendia las dignidades, complicaba los negocios, predicaba más bien como sofista que como apóstol; se recreaba en la molicie, y acabó por caer en la heregia. Habiéndose concertado inútilmente los obispos para volverle á verdadero camino, le depusieron y eligieron un sucesor sin tomar parecer del pueblo ni del clero. Esta irregularidad fué denunciada á Odenato y á Zenobia, cuyo favor mantuvo á Pablo en sus funciones hasta la victoria de Aureliano. Este príncipe mandó que comparecieran en su presencia los dos partidos, y no sintiéndose en disposicion de pronunciar el fallo, remitió la decision á los obispos de Italia; ya porque les reputara como más imparciales, ya porque quisiera aumentar el ascendiente de la capital sobre las provincias.

Está en la índole del hombre dejar languidecer una creencia cuando no encuentra escollos, y reanimarla cuando es combatida. Los paganos, que miraban la religion con indiferencia ó con desprecio, se adhirieron por reaccion á ella, cuando los cristianos se consagraron á demostrar su falsedad y su desdoro. Pretendieron que las cosas á que el buen sentido hacia justicia desde que fueron conocidas, eran adiciones populares ó símbolos de una sabiduria misteriosa ó de una moral sublime. Se apeló de consiguiente al respeto de las antiguas fábulas, y el despecho de verlas denigradas por los nuevos sectarios hizo que se intentara sostenerlas á toda costa. Fueron, pues, los sacrificios más multiplicados y pomposos que nunca; y se introdujeron otros nuevos. Propusiéronse á los creyentes iniciaciones y expiaciones, cuyo objeto era consumar lo que prometia la Iglesia por el bautismo y la confesion; vinieron en pos los milagros, los profetas, los oráculos, las repetidas curaciones en el templo de Esculapio é Igia; de tal modo se exaltó el fanatismo del pueblo, que las ciudades y las corporaciones solicitaban á porfia de los emperadores la ejecucion de las antiguas leyes, esto es, el esterminio de los cristianos.

Secundáronlas en esto Maximiano y Galerio. Habiéndose reunido este último con Diocleciano después de la guerra de Persia, á fin de acordar sobre la suerte de los cristianos, deliberaron con un corto número de personages eminentes: todos fueron de dictámen de que debia estirparse una secta que, propagándose independiente en el seno del Estado, embarazaba su accion y podia amenazar su existencia. Cierto es que estraordinariamente divulgado el cristianismo descomponia la unidad tan necesaria de las leyes y de las creencias; y convenia, pues, para consolidarla, hacer que la nueva religion fuera la dominante, ó destruirla hasta sus más hondas raices. Diocleciano no tuvo la buena inspiracion ó la voluntad de optar por el primer partido: adoptó el segundo.

10.ª persecucion.—El dia de las fiestas terminales entraron á la fuerza el prefecto del pretorio y los principales funcionarios en la iglesia mayor de Nicomedia (23 de febrero de 303); y no encontrando allí ningun objeto del culto, quemaron las Sagradas Escrituras, y en pocas horas derribaron el templo, que dominaba el palacio imperial por hallarse en la parte más alta y poblada de la ciudad. El edicto general de proscripcion fué publicado al dia siguiente. En todas las provincias debian de ser demolidas las iglesias; se imponia pena de muerte á cuantos asistieran á los conventículos secretos; se intimaba la presentacion de los libros santos para quemarlos públicamente; se vendieron á subasta los bienes eclesiásticos, ó fueron confiscados ó donados á corporaciones y á cortesanos. Además se castigó la negativa de rendir homenaje á los dioses, para los hombres libres con la esclusion de los honores y empleos, y con perder toda esperanza de libertad para los esclavos. Cesó de proteger la ley á unos y á otros: hubieron de admitir los jueces toda acusacion contra los cristianos, rehusando en su obsequio toda reclamacion ó escusa. Si no atestiguaran uniformemente este decreto de tan tiránica perversidad numerosos historiadores, apenas se podria creer que fuera obra del jefe de una nacion civilizada, porque envolvia en la persecucion más furiosa á una gran parte del mundo, dando libre curso á todas las violencias, á todos los odios privados, sin dejar siquiera á los pacientes el derecho de quejarse.

Al leer aquel edicto, fijado en Nicomedia, un cristiano más generoso que prudente (8), le hizo pedazos, y prorumpió en amargas invectivas contra los césares. Como nada castigan más severamente los gobernadores injustos que una manifestacion que tiene por objeto desaprobar y condenar sus desafueros, aquel infortunado fué quemado á fuego lento, á pesar de ser de condicion algun

(8) *Et si non recto, magno tamen animo*, dice LACTANCIO, cap. 12; y es admirable esa rectitud de juicio en medio de la admiracion de los partidarios y el insulto de los enemigos.

tanto elevada; y se refinaron sus padecimientos para vengar la injuria hecha á la majestad imperial, sin conseguir alterar la sonrisa que arqueó sus labios durante su atroz agonia.

Aquel espectáculo y los aplausos prodigados por los cristianos á aquel héroe, infundieron á Diocleciano cierta especie de turbacion y un sentimiento de miedo. Habiéndose prendido fuego á su palacio dos veces en aquel dia, vió en aquel acontecimiento una venganza de los cristianos conjurados con los dependientes más íntimos de su casa. Fingiendo Galerio descubrir emboscadas por todas partes, no quiso permanecer en aquella ciudad por más tiempo, de donde resultó que el débil emperador dejó libre vado á las más feroces ejecuciones. «Se encarcelaba á los sacerdotes, dice Lactancio, y á todos los ministros de la religion; luego se les arrastraba á la muerte sin oirlos y hasta sin interrogarles. Sin distincion de edad ni de sexo eran condenados los cristianos á las llamas, y como se contaban muchos, no se les conducia aisladamente al suplicio, sino que se les amontonaba sobre las hogueras. Arrojábase al mar á los esclavos con piedras al cuello: á nadie perdonaba la persecucion: instalándose los jueces en los templos obligaban á sacrificar á todo el mundo: estaban atestadas las prisiones; se imaginaban nuevos géneros de tormentos, y para que nadie se libertara de crueldad semejante, se erigian altares delante de las rejas de los calabozos y de los tribunales, á fin de que los acusados sacrificaran antes de abogar por su causa: así se les hacia comparecer no solo ante los jueces, sino en presencia de los dioses.»

Imitáronse á porfia las escenas de Nicomedia en las demás provincias; fueron espoliadas las iglesias (9) y enseguida incendiadas. Una ciudad de Frigia, donde se temia resistencia en virtud del gran número de cristianos que habia en su recinto, recibió un destacamento de legionarios. A su llegada todos los fieles se refugiaron en la iglesia, resueltos a defenderse ó á morir allí dentro. Prendieron fuego los soldados al edificio y no salvó la vida uno solo de los cristianos.

Tambien se les acusó entonces de algunas rebeliones en Siria y en los confines de Armenia. En ello encontró Diocleciano un motivo para agravar cada vez más el rigor de sus preceptos manifestando la intencion de abolir el nombre cristiano (10).

Recibieron órden los gobernadores de las provincias de prender á todos los eclesiásticos; los jueces de acreditar la mayor severidad y de condenar á muerte á todo el que opusiera resistencia; y así la mision del juez no tuvo por objeto fallar sobre una acusacion apoyada en pruebas, sino descubrir, perseguir ó aplicar el tormento á todo el que era cristiano ó queria salvar á un cristiano.

Aunque regida España por Constancio, halló un feroz ejecutor del edicto de proscripcion en el gobernador Daciano. Fué menos cruda la persecucion en Bretaña. Estremadamente rigurosa en Africa, envolvió hasta á Adauto, tesorero privado del emperador. Eusebio oyó decir en Egipto que fueron separadas en un solo dia tantas cabezas del tronco, que el hacha quedó embotada, y los verdugos obligados á alternar en su vil oficio. Después de la condena de muchos cristianos, vió por sus propios ojos á otros muchos correr al tribunal confesando su fe y pidiendo á voces la muerte: luego todos entonaban cánticos de accion de gracias hasta el momento en que exhalaban el postrer aliento. La iglesia de Italia produjo abundante cosecha de mártires: en Roma el cómico Genesio, Pancracio de edad de catorce años, Inés de doce, el milanés Sebastian, el sacerdote Marcelo, el exorcista Pedro; en Benevento el obispo Genaro, glorificado por los napolitanos; en Bolonia, Agrícola y Vital su esclavo; en Milan, Nazario, Celso, Nabor, Félix, Gervasio y Protasio; en Aquilea, Cancio, Canciano y Cancianila, de la familia Anicia; nuevas glorias de un pais, donde la gloria habia consistido hasta entonces no en padecer, sino en matar.

Tambien fué fecundada la iglesia de Galia con la sangre de una porcion de mártires, é ilustrada con prodigios. *Los siervos de Cristo residentes en Viena y en Lion*, escribian en estos términos *á sus hermanos que profesaban la misma fé y la misma esperanza*, refiriéndoles las particularidades de los suplicios. «Tan animado estaba el odio de los paganos contra nosotros, que nos echaban de las casas, de los baños, de las plazas y no sufrian generalmente que se presentara en público ninguno de nosotros. Pusiéronse en salvo los más débiles y se espusieron á la persecucion los fuertes de ánimo. En un principio se arrojaba contra ellos el pueblo confusamente por masas, con vociferaciones y golpes, arrastrándoles, desgarrando sus vestiduras, apedreándoles, destrozándoles, haciéndoles padecer cuanto el furor puede inventar en su infame delirio. Conducidos luego á la plaza, interrogados públicamente por el tribuno y por los magistrados de la ciudad, eran encarcelados hasta la llegada del gobernador. Enseguida comparecian en su presencia, y como les tratara cruelmente, no pudiendo tolerar semejante conducta, Vesio Epagato, jóven

(9) Se ha conservado el inventario de lo que contenia la iglesia de Cirra en Numidia, y resultan: dos cálices de oro, y seis de plata, seis urnas, una caldera, siete lámparas del último metal, sin contar los utensilios de cobre y las ropas.

(10) El romano Agatángelo describe y probablemente vió las persecuciones de aquel tiempo en Armenia, en que las vírgenes Ripsima y Gayana fueron espuestas á las brutalidades del rey Tirídates; y muchas otras sufrieron la muerte; pero el martirio de aquellas fué causa de que se convirtiera la Armenia. La historia de Agatángelo traducida del armenio al italiano, constituye uno de los eslabones de la cadena histórica que los padres mequitaristas habian empezado en su isla de Venecia.

de costumbres irreprensibles y sumamente celoso, pidió que se le oyera para presentar su defensa y demostrar que no éramos impios. Cuantos estaban en torno del tribunal se alzaron en contra suya; y en vez de acoger el gobernador su súplica le preguntó si tambien era cristiano; Vesio lo confesó en alta voz y fué colocado entre los mártires con el título de abogado de los cristianos. A diez les faltó fuerza para resistir ó por no haberse preparado de antemano al combate. Su caida nos causó una viva afliccion y disminuyó el valor de los demás que no habiendo sido todavia presos, asistian á los cristianos por muchas penas que aquello les ocasionara. Nos infundió temores la incertidumbre en que nos hallábamos respecto de su confesion, no porque nos asustaran los tormentos, sino porque pensábamos en el fin, y recelábamos que algunos de ellos pudieran permanecer constantes.»

Entre esta legion gloriosa, que por espacio de cuatro siglos renovó en sus miembros la pasion de Jesucristo, escogeremos y haremos especial mencion de algunos que se señalaron por su heróica constancia.

San Ignacio.—En el momento en que Trajano se adelantaba contra los partos, hizo comparecer á su presencia en Antioquia á Ignacio, obispo, discípulo de los Apóstoles, y le preguntó: «¿Quién eres tú, miserable, que desprecias mis órdenes, y aconsejas á los demás su ruina?» Habiéndole contestado Ignacio que se llamaba Teoforo, esto es Porta-Dios, añadió el emperador: «¿Qué quiere decir Porta-Dios?—Aquel que tiene á Jesús en el corazon.—¿Crees tú, pues, que nosotros no llevamos tambien en el corazon á los dioses que combaten en favor nuestro contra nuestros enemigos?—Te engañas llamando dioses á los demonios de los gentiles. Hay un solo Dios, que hizo el cielo, la tierra, el mar, y todo lo que existe: no hay más que un Jesucristo, hijo único de Dios, á cuyo reino aspiro.—¿Hablas del que fué crucificado en tiempo de Poncio Pilato? replicó Trajano.—Si, de aquel que me libró de mis pecados y de su autor, y el cual pone toda la naturaleza y los demonios á los piés de los que le llevan en el corazon.»

Habiendo oido Trajano esta confesion absoluta de la divinidad de Cristo, le envió á Roma para que le diesen la muerte. De todas partes acudian obispos, diáconos, fieles enviados por las iglesias para socorrerle, para rogar por él, para recibir su bendicion, y era un espectáculo nuevo para el mundo el triunfo de un hombre cargado de cadenas. Cuando llegó á la capital temió que alcanzara su perdon la piedad de los fieles (11) y les suplicó que le permitieran recojer la triunfal palma. Postrándose de hinojos con sus hermanos, rogó al hijo de Dios por las iglesias, por el fin de la persecucion, por el sostenimiento de la caridad de los fieles. Arrastrado enseguida al anfiteatro (21 de diciembre de 167) fué abandonado á las fieras para diversion del pueblo-rey en ocasion de las fiestas sigilarias. Aplaudian los gentiles á los leones que desgarraban sus carnes, mientras los fieles oraban por él y daban aviso de su martirio á todos sus hermanos en Jesucristo, á fin de que aquel dia fuera solemnizado perpétuamente.

San Policarpo.—Esto acontecia bajo el pio Trajano. En tiempo del filósofo Marco Aurelio fué martirizado Policarpo, obispo de Esmirna (21 diciembre 107), á la edad de setenta años. Sabedor de que le buscaban para conducirle á la muerte, se retiró al campo pasando allí los dias y las noches en orar con algunos fieles por la Iglesia. Habiendo llegado á prender los arqueros á aquel anciano inofensivo, les hizo servir la cena, y se puso á orar tan fervorosamente, que hasta se enternecieron los satélites de la tirania. Le acomodaron sobre un asno y le llevaron á la ciudad. Herodes, juez de paz (εἰρηνάρχης), que le habia salido al encuentro con Nicetas su padre, le invitó á subir en su carroza y ambos le invitaron á que cediera. *¿Qué perjuicio se origina*, le decian, *de llamar á César señor, de sacrificar y salvarse?* Pero como persistiera en la negativa, le arrojaron del carruaje y se hirió una pierna. Sin lanzar una queja les siguió á pié al anfiteatro en medio de los clamores del pueblo entero. A las reiteradas exhortaciones del procónsul respondió de este modo: «Si pensais que es para vos honroso hacerme jurar por lo que llamais fortuna de César, y si dais así testimonio de no conocerme, os diré quien soy. Me glorio de cristiano, y si quereis saber mi doctrina, concededme un solo dia, y os la pondré de manifiesto.» Como el procónsul le replicara que habria de persuadir á la muchedumbre, repuso: «Consiento en hablaros porque nuestra ley enseña á tributar á las potestades establecidas por Dios la honra que les es debida; pero no creo á esta plebe digna de que yo me disculpe delante de ella.» Y como añadiera el magistrado: «Jura por la fortuna de César y dí conmigo ¡desaparezcan los impios del mundo!» Policarpo dirigió sus miradas á la muchedumbre, estendió sobre ella la mano y levantando luego los ojos al cielo esclamó con un suspiro: *¡Desaparezcan los impios del mundo!* Entonces el procónsul hizo que un heraldo pregonara en el anfiteatro que Policarpo se confesaba cristiano, y la muchedumbre empezó á gritar con furiosos ahullidos: *¡Muera! ¡muera!* Cuando estuvo preparada la hoguera, no quiso que le ataran á un madero como era costumbre: *Aquel*, dijo, *que me concede fuerzas para arrostrar el suplicio del fuego, me otorgará bastante para soportarlo sin ausilio de esas ligaduras.* Sin cesar de orar ni de bendecir, se encontró en medio de las llamas.

(11) Es imposible manifestar la sed del martirio con palabras más vehementes que las de San Ignacio. Han sido conservadas por San Gerónimo en el *Catálogo de los escritores eclesiásticos: Utinam fruar bestiis quæ mihi sunt præparatæ! quas et oro veloces, esse ad comedendum me, ne sicut aliorum martyrum, non audeant corpus meum attingere. Quod si venire noluerint, ego vim faciam ut devorer.*

Acacio, obispo de una iglesia de Oriente, fué llevado (250) delante de Marciano, personaje consular, quien le dijo: «Vosotros que vivis con arreglo á las leyes romanas, debeis amar á vuestros príncipes.» Y dió por respuesta. «¿Quién ama al emperador más que los cristianos? Oramos por él, por los soldados, por todo el mundo.»—*Está bien*, repuso Marciano; *pero para que vuestra adhesion sea más patente, ofreced con nosotros un sacrificio.* Negándose el obispo á sacrificar ante un hombre, empezaron á discutir sobre la divinidad, y Acacio entró en el detalle de las fechorias de Apolo, añadiendo: «Aunque me fuera en ello la vida. ¿Os parece que debo adorar á aquellos á quienes no me cumple imitar, á aquellos cuyos imitadores serian castigados por vos mismo?»—*He aquí*, replicó Marciano, *como los cristianos inventan calumnias contra nuestros dioses, ¡esa es vuestra costumbre! sacrifica ó mueres.* Acacio dijo entonces: «¡Eso mismo dicen los bandoleros de Dalmacia! La bolsa ó la vida. No se trata de averiguar quien tiene la razon, sino á quien asiste la fuerza.» Trasmitida fué al emperador punto por punto aquella discusion que duró largo tiempo. Decio se rió de ella con toda su alma, ordenó que se restituyera la libertad á Acacio y confirió un gobierno á Marciano.

Hipólito, sacerdote romano, habia adoptado la heregia de Novato; pero cuando se le condujo al suplicio, no cesó de repetir al pueblo que se agolpaba á su tránsito: *Tornad á la fé católica.* Tan luego como el gobernador de Ostia, que habia mandabo ya dar muerte á una multitud de aquellos creyentes obstinados, oyó el nombre del sacerdote, ordenó que le ataran, á semejanza del Hipólito de la fábula, á dos corceles no domados, que le descuartizaron horrorosamente.

Ginés, hábil cómico, representaba por burla en el teatro un bautismo cristiano, cuando el Espíritu Santo le inspiró y le hizo abrazar el cristianismo, haciendo al concluir la farsa, ardiente profesion de cristiano, por lo cual dió á los concurrentes el espectáculo de su martirio.

Sapricio, sacerdote, y Nicéforo, lego, ambos de Antioquia, de amigos que eran habian llegado á aborrecerse de tal modo, que evitaban encontrarse en la calle. Pareciendo á Nicéforo que aquella hostilidad no convenia entre cristianos, envió muchas personas cerca de Sapricio para reconciliarse con él: no consiguiendo así su designio, fué en persona y siempre en vano. En esto estalló la persecucion, y Sapricio, confesando ser cristiano, fué condenado á muerte. Nicéforo le siguió durante toda la travesia, rogándole que cediese á una reconciliacion sincera, mientras le escarnecian los verdugos, oyéndole implorar perdon á un hombre á quien conducian al suplicio. Sapricio no le contestaba y permanecia inalterable. Aquel hombre, que carecia de caridad, careció tambien de constancia: al llegar al pié del cadalso declaró que estaba pronto á sacrificar á los dioses. Nicéforo hizo cuanto estuvo de su parte á fin de que renunciara á tan mal pensamiento y para que no rehusara la corona que le esperaba. Estériles fueron sus esfuerzos, por lo cual se confesó cristiano y dispuesto á padecer la muerte. El magistrado le concedió lo que pedia.

Cuando terminó Adriano su espléndida morada de Tívoli quiso inaugurarla con pomposos sacrificios; pero las víctimas, los auspicios, los augurios no ofrecian ningun resultado, ó si lo ofrecian era siniestro. Consultados los dioses con auxilio de las evocaciones más poderosas respondieron:—«¿Cómo hemos de dar oráculos cuando cotidianamente nos ultraja, invocando á su dios, Sinforosa con sus siete hijos?»—Hízola comparecer el emperador á su presencia, y preguntándole quien era, le dijo: *Mi marido Getulio y su hermanio Amancio, tribunos militares, padecieron ambos por Jesucristo, y por no sacrificar á los dioses se sometieron á que les cortaran la cabeza, adquiriendo asi el oprobio en la tierra y la gloria entre los ángeles.* Intimándole Adriano que optara entre sacrificar á los dioses, ó ser sacrificada á ellos, no vaciló un solo punto, suspirando por el instante de unirse nuevamente á su esposo. Mandó, pues, el emperador que la condujeran al templo de Hércules, donde fue abofeteada, colgada de los cabellos, sin desmentir su firmeza: entonces ordenó que fuera despeñada desde aquellas cascadas celebradas por los voluptuosos cantos de Horacio. Sus hijos imitaron su constancia.

Cuando Sinforiano fué conducido en Autun al martirio, le gritaba su madre desde los baluartes: *Hijo mio, levanta tu corazon al cielo; no te arrancan la vida; por otra mejor vas á trocarla.* Felicitas, matrona de ilustre nacimiento, exhortó tambien á una muerte valerosa á sus siete hijos, asistiendo á su suplicio para seguirlos bien pronto al cielo.

El ministro de las violencias de Valente en Edesa, preguntó á una mujer:—*¿Adónde vas tan apresurada?—A la iglesia.—¿No sabes que se da la muerte á todos los que se encuentran en ella?—Por ese me apresuro.—¿Y ese niño?—Quiero que él tambien participe del martirio* (12).

Durante la persecucion de Diocleciano se vió á un niño de edad de siete años, llamado Barulas, confesar á un solo Dios y negarse á adorar á otros, y el juez mandó que le azotaran hasta hacer saltar la sangre en presencia de su madre, que intrépida, á la par que los asistentes derramaban copioso llanto, le exhortaba á la constancia. Cuando oyó que le condenaban á muerte, le llevó ella misma al lugar del suplicio y le puso en manos del verdugo, después de haberle abrazado y de recomendarse á sus oraciones: luego estendió sus vestidos para recoger su sangre y su cabeza que se llevó consigo.

---

(12) SOZOMENES, lib. VI, c. 18; SÓCRATES, lib. IV, 18. Véase para todos estos hechos la coleccion de RUINART, —*Acta primorum martyrum sincera et selecta.* Paris, 1689.

Orilo, niño de Cesarea, tenia siempre en la boca el nombre de Jesus, lo cual fué causa de que muchos adolescentes de su edad le cobraran odio y de que su padre le echara de su casa, dejándole en el mayor desamparo. Hizo el juez que se le presentara y puso en planta las caricias y las amenazas, sin sacar en limpio no más que estas espresiones: *Me regocijan las reconvenciones, porque Dios me alabará; espulsado de mi casa, tengo otra mejor.* Sabedor el juez de que la vista de la hoguera no le habia asustado, le envió al suplicio, que padeció intrépidamente.

Cuéntase que en tiempo de Diocleciano sufrió el martirio toda la legion Tebana en el Valés, en frente de la magnífica cascada de Pissevache, por no querer perseguir á los cristianos. «Somos vuestros soldados, decian; de vos recibimos el sueldo; pero recibimos de Dios la vida y debemos conservarle la inocencia. ¿Quereis que esgrimamos nuestra espada contra el enemigo? Lo haremos de buen grado, mas no así contra los inocentes. Tenemos las armas en la mano, y sin embargo no os oponemos resistencia alguna, prefiriendo morir sin tacha á vivir asesinos.» (13) Distincion ignorada de los soldados antiguos, la cual anunciaba los tiempos en que la obediencia habia de ser razonada.

En Sebaste, durante la persecucion de Licinio, habiéndose declarado generosamente cristianos cuarenta soldados de diferentes paises, por un refinamiento de nueva crueldad, fueron espuestos por espacio de una noche entera y en medio de un crudo invierno, en un baño helado, mientras que un baño tibio les convidaba á buscar alivio á su padecimiento. Uno solo corrió en pos de aquel consuelo, falto ya de resistencia; todos los demás se exhortaban recíprocamente como en un dia de batalla. A la mañana siguiente por una transicion súbita fueron arrojados á las llamas. De intento habian olvidado los verdugos á uno con la esperanza de que abjuraria; pero su madre le empujó á la hoguera, diciendo: *Vé y termina con tus hermanos la obra que tan bien has comenzado, á fin de que no te presentes el último delante de Dios.*

Como el juez echase en cara á Afra su antigua ignominia de cortesana, ella le respondió que habia distribuido á los pobres el dinero mal ganado: confesaba no obstante, que le habia costado mucho hacerles admitir aquel precio de su infamia. Y comprendia que Jesucristo habia venido para redimir á los pecadores, puesto que le permitia poder confesar su santo nombre en presencia de la muerte, y pedir misericordia por sus culpas.

Potamiana, esclava egipcia de singular hermosura, fue denunciada como cristiana por su amo, á cuyas deshonestas obsesiones habia resistido. No se sonrojó el prefecto Aquila de descender con ella á la mediacion más innoble, estrechándola á que cediera; y al oir su negativa la condenó á ser sumergida en una caldera de pez hirviendo, después de haber sido violada por el verdugo. Ella suplicó que le perdonase este último suplicio esclamando: *Por la vida del emperador os ruego que no me hagais despojar de mis vestidos y presentarme desnuda; sino que me sumerjan poco á poco en la caldera cubierta con mi vestido.*

Siete vírgenes de Ancira, respetables por su santidad y por sus años, fueron condenadas á ser ahogadas y espuestas antes á los insultos de una turba de libertinos; pero alzándose el velo Tecusa, la mayor de ellas, y enseñando sus cabellos blancos al que pretendia ultrajarla, dijo: *Acaso tengas una madre con la cabeza cana como la mia. Déjanos con nuestras lágrimas, y reserva para tí la esperanza del galardon que te concederá Jesucristo.*

Aglae era una dama romana tan opulenta, que habia dado espectáculos públicos tres veces á su costa. Setenta y tres agentes administraban sus rentas, y tenia por mayordomo general á Bonifacio, que vivia con ella en el pecado; hombre aquel de costumbres relajadas, aunque hospitalario y generoso con los pobres. Descontenta Aglae de su vida deshonesta, encargó á su amigo que fuera á Oriente y le trajera reliquias de los mártires, á fin de que pudiera honrarlos y obtener por su mediacion el perdon de sus culpas. Púsose él, pues, en camino con doce caballos, tres literas y muchos perfumes, y en el camino empezó á pensar seriamente en una comision que habia admitido como por broma. Ante todo se dedicó á ayunar y hacer abstinencia. Al llegar á Tarsos fué testigo del martirio de muchos cristianos, y conmovido por su firmeza se puso á abrazarlos y á pedir que le tuvieran presente en sus oraciones. Hizo el gobernador que le prendieran y entregaran á los tormentos más crueles, que soportó con ejemplar paciencia en expiacion de los desórdenes pasados. Sabedora Aglae del martirio de aquel á quien habia amado, rescató su cadáver á enorme precio, y abjurando de sus errores, distribuyó á los pobres su hacienda, dió libertad á sus esclavos, y se retiró del mundo con un corto número de personas.

Santas Perpétua y Felicitas.—En Cartago, Perpétua y Felicitas se hicieron célebres por su santo heroismo (167). Hija la primera de noble familia, de edad de veinte y dos años, y con un niño de pecho, vivia en compañia de sus padres y de dos hermanos: era la segunda esclava, y estaba á punto de ser madre. Solícito pagano el padre de Perpétua, la apremiaba á fin de que sacrificara á los dioses. «Habiendo permanecido algun tiempo (dice ella al narrar su martirio) sin ver á mi padre, dí gracias al Señor por aquel beneficio, y su ausencia me permitió cobrar aliento. En el trascurso de estos pocos dias fuimos bautizadas, y al salir del agua

(13) *Milites sumus, imperator, tui, sed tamen servi, quod liberi confitemur, Dei. Et nunc, non nos hæc ultima vitæ necessitas in rebellionem coegit; tenemus ecce arma et non resistimus, quia mori quam occidere satius volumus.* RUINART, *De ss. Maur, et soc.*, t. 4.

imploré la paciencia en las penas corporales. Al poco tiempo fuimos encarceladas, lo cual me llenó de susto, por no haber visto jamás tales tinieblas. ¡Qué horribles horas! ¡Qué calor producia el hacinamiento de tanta gente! Nos maltrataban los soldados. Yo me sentia devorada de inquietud por mi hijo: entonces los diáconos Tercio y Pomponio, que nos asistian, obtuvieron á costa de dinero que nos permitieran respirar algunos instantes. Salimos, y cada cual pensaba en sí propio. Yo dí de mamar á mi hijo, se lo recomendé á mi madre y consolé á mi hermano; pero me desgarró el corazon ver cuanta pesadumbre le ocasionaba, y pasé muchos dias sobre cruz semejante...

»Habiendo cundido el rumor de que íbamos á ser interrogadas vino mi padre desde la ciudad á la cárcel, y me dijo sumamente afligido: *¡Hija mia, ten lástima de mis canas! ¡Compadece á tu padre! Si merezco este nombre, si te he educado hasta la edad que tienes, si has sido la preferida entre todos mis hijos, no me cubras de oprobio. Piensa en tu madre, piensa en el hijo que sustentas y no podrá sobrevivirte. Renuncia á esa obstinacion para no causar la pérdida de todos, pues ninguno de nosotros osará ya erguir la frente si te acontece una desgracia.*

»Así me habló con enternecimiento, besándome las manos, arrojándose á mis plantas, llorando, y llamándome, no ya su hija, sino su señora. Yo estaba conmovida de compasion viendo que entre toda la familia él seria el único que no se regocijara de mi martirio, y para consolarle, le dije: *Será lo que Dios quiera, pues no estamos en nuestro poder, sino en el suyo.* Retiróse al fin contristado. Al dia siguiente á la hora de comer vinieron á llamarnos para el interrogatorio: inmediatamente se divulgó la noticia por los vecinos barrios, y atrajo un tropel de gentes. Subimos al tribunal... El procurador Flaviano me dijo: *Piensa en la ancianidad de tu padre, en la debilidad de tu hijo; sacrifica por la prosperidad de los emperadores.—No haré tal*, respondo:—Y él *¿Eres cristiana?—Soy cristiana*, repuse. Como se esforzaba mi padre por arrancarme del tribunal, mandó Flaviano que fuera espulsado; y le dieron un latigazo que sentí cual si yo misma le hubiera recibido: tanto me afligia ver maltratado á mi anciano padre. Entonces Flaviano pronunció la sentencia mandando que se nos arrojase á las fieras. Tornamos alegres á nuestro calabozo, é inmediatamente envié al diácono Pomponio á casa de mi padre en busca de mi hijo, que estaba acostumbrado á permanecer á mi lado y á tomar mi leche. Mas no pude lograrlo, y quiso Dios que mi hijo no buscara mi seno y que la leche no me mortificara.»

Tambien ha descrito su fin la piedad de los que sobrevivieron á su suplicio: «Felicitas se hallaba en el octavo mes de su preñez, y viendo aproximarse el dia del espectáculo, vivia con la zozobra de que se dilatara su martirio, porque la ley vedaba matar á las mujeres en cinta. Afligianse por su parte los compañeros de su sacrificio de dejarla sola en el camino de sus comunes esperanzas. Reuniéronse, pues, todos para orar y gemir juntos tres dias antes del espectáculo. Apenas se habia terminado las oraciones, sintió agudos dolores, y siendo el parto naturalmente muy penoso, padeció en estremo, y lloraba. Por eso uno de los carceleros, dijo: *Si te lamentas ahora ¿qué harás cuando te espongan á las fieras?* Dió á luz una niña, que ha criado una cristiana cual si fuera suya propia... Los hermanos y todos los demas obtuvieron permiso de entrar en la prision para alentarse mútuamente. Ya se habia convertido el carcelero. Segun costumbre, se les sirvió la víspera del combate el *banquete libre, que se hacia en público;* pero los mártires le convirtieron en una agapa, y hablaban al pueblo con la libertad acostumbrada, diciéndole: *Miradnos bien de frente para que nos reconozcais el dia del juicio.*

»Llegada la hora de la lucha salieron los mártires de la cárcel con direccion al anfiteatro como para el cielo, contentos y más conmovidos de alegria que de espanto. Perpétua les seguia con sereno rostro y tranquilo el paso, como una persona perteneciente á Jesucristo, y bajos los ojos para ocultar su brillo á los espectadores. Felicitas iba satisfecha de encontrarse en aptitud de poder hacer frente á las fieras. Al llegar á la puerta se les queria obligar á que tomaran los ornamentos de los que figuran en espectáculos semejantes: á los hombres el manto rojo de los sacerdotes de Saturno, á las mujeres las cintas que llevan en la cabeza las sacerdotisas de Céres; pero los mártires rehusaron las libreas de la idolatria.

»Cuando Perpetua y Felicitas fueron despojadas de sus vestidos y envueltas en redes para ser espuestas á un novillo furioso, se estremeció el pueblo horrorizado, viendo á la una tan delicada, y á la otra aun no restablecida del parto: se las retiró, pues, de aquel sitio cubriéndolas con anchas vestiduras. Embestida Perpetua la primera, cayó de espaldas, y al ver su ropaje desgarrado por un lado, tiró del pedazo para cubrir su muslo, ocupándose más de su pudor que de su padecimiento. Recogió los cabellos que caian flotantes, para no aparecer como de luto, y viendo á Felicitas tendida, le alargó la mano para ayudarla á que se levantase. Enseguida fueron hácia la puerta Sana-Vivaria, donde fué recogida Perpetua por un catecúmeno llamado Rústico. Entonces cual si despertara de un profundo sueño empezó á mirar en torno suyo, diciendo: *¡Y bien! ¿cuándo nos esponen á ese novillo?* Y luego que supo lo que habia pasado, no quiso creerlo hasta que reparó en su cuerpo y en su traje, rastro de lo que habia padecido.

»Habiéndose acercado á ella su hermano, le dijo como tambien á Rústico: *Perseverad en la fe, amaos unos á otros, y no os escandalicéis de nuestros padecimientos.* Tornó á pedir el pueblo que se presentaran en el anfiteatro, donde se encaminaron por su propio pié las dos mártires después de ha-

berse dado el ósculo de paz. Felicitas tocó en suerte á un gladiador inesperto, quien la pinchó entre los huesos, obligándola á lanzar un grito, porque los suplicios de los pacientes casi muertos, eran el noviciado de los gladiadores. Perpetua por sí misma dirigió á su garganta el brazo mal seguro de su verdugo.»

Con tal heroismo aseguraban la emancipacion de la mujer aquellas víctimas generosas, y redimian su sexo de una esclavitud vergonzosa, elevándole á la santa dignidad de la mujer cristiana.

San Cipriano.—En las últimas persecuciones se habian aumentado de tal manera el número de cristianos que obligaba á algunos miramientos: á menudo se castigaba al obispo, sin causar á su grey ninguna molestia y se permitia á quien quisiera, asistir á los sentenciados y recoger sus reliquias. Cecilio Cipriano, obispo de Cartago, se habia sustraido por largo tiempo á las persecuciones de que le hacia blanco su celo, ora ocultándose, ora huyendo, lo cual le valió reconvenciones de la iglesia de Roma. Pero cuando el procónsul Paterno le intimó la órden imperial, obligando á los que habian abandonado la religion antigua á volver á ella y á practicarla, Cipriano no titubeó en desobedecer este mandato, alegando no obstante su título de ciudadano romano, y protestando de su adhesion á los emperadores. Fué, pues, desterrado, llamado otra vez y condenado por último á muerte. Dos oficiales llegaron á prenderle en su carro, y habiéndole conducido á casa de uno de ellos, le custodiaron para cenar en una mesa bien servida, permitiendo que vinieran á platicar con él muchos de sus amigos, mientras á la parte de afuera llenaba la calle una multitud de fieles. Cuando fué pronunciada la sentencia gritaron todos: *Moriremos en su compañía:* luego al ser conducido al suplicio le siguieron sus diáconos y sus presbíteros ayudándole á despojarse de sus vestiduras. Tendieron por el suelo pedazos de tela, para recoger su sangre, y cuando fué degollado dieron al verdugo veinte y cinco monedas de oro, á fin de cumplir la voluntad del santo. Su cadáver fué llevado por ellos en fúnebre triunfo al cementerio cristiano (258). ¿Quién no se conmueve ante esa mezcla sublime de cordero y de leon?

Modificáronse los edictos de Diocleciano en tiempo de sus sucesores, segun el carácter de cada uno de ellos. Los suavizó Constancio, aumentaron su rigor Maximiano, Galerio y Maximino. Majencio concedió al Africa algun reposo, quizá para hacerse adicto un partido de cuya fuerza daba testimonio la persecucion de que era objeto. Durante su reinado vemos á Marcelo obispo de Roma, imponer severas penitencias á los que habian sucumbido en la persecucion precedente; rigor que escitó muchas disensiones, de las cuales resultó que el emperador le envió á destierro (14). Mensurio, obispo de Cartago, dió asilo en su casa á un diácono que habia escrito contra el emperador, y rehusó entregarle. Llamado á Roma para dar cuenta de su conducta fué allí absuelto (15).

Galerio desplegó mucha más severidad en la Iliria, en la Tracia y en el Asia, así como en Siria, Palestina y Egipto. Y hasta cuando otorgó descanso á la Iglesia, Maximino que administraba en su nombre, continuó por crueldad y por supersticion la matanza de los cristianos, y procuró dar al paganismo lo que le faltaba, una constitucion modelada con arreglo á la de la Iglesia. Después de haber reparado y adornado los templos de las principales ciudades, subordinó los sacerdotes de las diferentes divinidades á pontífices encargados de escitar y de producir la idolatria; estos á semejanza de los obispos que dependian de los metropolitanos, estuvieron bajo la vigilancia de grandes sacerdotes, que, vestidos de blanco y escogidos entre las principales familias, obraban como vicarios inmediatos del emperador. Hizo además que le exhortaran todas las ciudades á seguir más bien la justicia que la clemencia respecto de los cristianos, generalmente aborrecidos; y confió la ejecucion de sus edictos á los magistrados y á los sacerdotes, que no solo los espulsaron, sino que los sujetaron á mil tormentos y aun á la muerte. Acaso pretendia por este medio grangearse la voluntad de la fraccion pagana; pero como Galerio se aproximaba á su fin, no quiso tener por enemigos suyos á todos los cristianos y aflojó en las persecuciones. Por eso en el año de 310 vemos gozar á Siria de tan gran sosiego que se reedificaban allí iglesias (16).

No se declaraba, pues, la guerra á los cristianos por sentimiento religioso, ni se les concedia la paz, sino por política (17): se trataba de aniquilar ó de dar realce á una fraccion ya poderosa para mantener en equilibrio la fortuna del imperio.

---

(14) Véase su epitafio en GRUTERO, *Inscr.*, 1172. En la misma obra se hallan dos inscripciones concebidas en estos términos: Diocleciano Jovio, Maximiano Herculeo, césares augustos, después de haber dilatado el imperio romano en Oriente y Occidente, y de haber destruido el nombre de los cristianos, que perdian á la república...

«Diocleciano, césar augusto, después de haber adoptado á Galerio en Oriente, y destruido en todas las comarcas la supersticion de Cristo, propagando el culto de los dioses...»

No es muy cierta su autenticidad; y todavia es más notable la inscripcion que trae MASDEU en su *Historia de España*, V, 372.

III INVICTI CÆSARES—MATRI DEUM—SACELLO—IN DVRII AMNIS ANCONE—INSTRVCTE SVB MAGNÆ PASIPHAES NVMINE—PRIVATVM DIANÆ SACRVM—FORDAM VACCAM ALBAM—IMMOLAVERE—OB CHRISTIANAM—EORVM PIA CVRA SVPPRESSAM EXTINCTAMQUE—SVPERSTITIONEM—DIOCLEC—MAXIMIAM—GALERIVS—ET CONSTANTIVS—IMPER. AUGGGG PERPETVI.

El piadoso Constancio Cloro es aquí cómplice de la persecucion.

(15) OPTATO, *contra Donatist.*, I, 17 y 18.

(16) EUSEBIO, *De martyr. Palestinæ*, c. 13.

(17) MOSHEIM dice: *Talem fuisse Christianorum statum, qualem reipublicæ*, p. 955.

CAPÍTULO XXVIII

APOLOGIAS Y CONTROVERSIAS.

Algo existe sin duda más penoso para los propagadores de la verdad que las persecuciones y la muerte, y es la calumnia ó la indiferencia, y ambas sometieron á duras pruebas la paciencia de los primeros cristianos. Juvenal describe uno de sus suplicios con la indolencia del libre pensador que ve dar muerte á fanáticos (1). Tácito dice, por ignorancia ó por malignidad, que los cristianos formaban una secta odiosa entre las que infestaban á Roma, cloaca de todas las inmundicias (2). Plinio el Jóven no puede creerlos delincuentes, y sin embargo los castiga. Plinio el Mayor, Plutarco, Séneca, Quintiliano, ni siquiera hacen mencion de ellos: tampoco los nombra Dion Casio en su larga historia. Pocas líneas les consagra la *Historia Augusta*, tambien muy estensa. Luciano se burla de ellos absurdamente (3). Todos los doctos acusan á los predicadores del Evangelio de dirigirse á las mujeres, á los niños, á los esclavos, y de evitar habérselas con gentes ilustradas. «En las casas particu-

---

(1) *Pone Tigillum: tæda lucebis in illa.*
Qua stantes ardent, qui fixo gutture fumant,
Et latum media sulcum deducit arena.
Sat. I, 155.
Alude á los fanales de los jardines de Neron.

(2) *Anales*, XV, 44.

(3) Dado que el diálogo titulado *Philopatori* no sea de autor más antiguo, de este modo describe una de sus asambleas:

Critias. Iba yo por una callejuela de la ciudad cuando vi una porcion de gentes que se hablaban al oido: fijé mi vista en ellos por si encontraba algun conocido, y distinguí al político Craton, con quien me une la más estrecha amistad desde la infancia.

Trifon. No se de quien hablas. ¿Es por ventura aquel que dirige el reparto de los impuestos? Y bien, ¿qué sucedió?

Critias. Rompiendo por medio de la muchedumbre, me puse á su lado y después de seguirle, oí á un anciano de poca estatura llamado Cariceno, quien con voz débil y gangosa se esplicó de este modo, no sin toser y escupir antes. «El que te he dicho pagará lo restante de los tributos; satisfará todas mis deudas públicas y privadas, y recibirá, sin informarse de su profesion, á todas las personas.» Cariceno añadió otras futilidades igualmente aplaudidas por los asistentes, atentos en virtud de la novedad de las cosas. Otro hermano, llamado Clevocarmo, descalzo y sin sombrero, con un manto remendado, murmuraba entre dientes. Me lo enseñó un hombre de usado traje, que venia de las montañas y traia rapada la cabeza. Entonces uno de los asistentes de torva mirada me tiró del manto, creyendo que yo era de la congregacion, y me invitó por mi desgracia á asistir á la asamblea de aquellos hechiceros. Ya habiamos traspuesto *el umbral de bronce y las puertas de hierro*, como dice el poeta, cuando despues de haber trepado á lo alto de una casa por una tortuosa escalera, llegamos, no á un salon de Menelao, resplandeciente de marfil y de oro, sino á una hedionda bohardilla. Alli vi rostros pálidos, macerados, inclinados al suelo, que, apenas nos descubrieron, se tornaron alegres, preguntándome si era portador de alguna siniestra noticia. Parecia como si aquellas gentes desearan acontecimientos terribles y se recrearan en la narracion de desastres. Hablándose al oido se informaron de quien yo era y de donde venia... Enseguida como gentes que moran en los aires, me pidieron nuevas de la ciudad y del mundo. Cuando les respondí: *todo el pueblo rebosa de alegria y rebosará en lo venidero*, fruncieron las cejas y replicaron que eso no seria cierto; que se preparaban grandes calamidades y en breve descargaria la nube..... Entonces comenzaron á perorar sobre lo que les ocurria, manifestando que cambiarian de faz los negocios y Roma seria turbada por las facciones, y veria nuestros ejércitos en derrota. No pudiendo aguantar más tiempo, dije fuera de mí.—«¡Ah miserables! ¡Caigan sobre vuestras cabezas los males que profetizais, ya que tan poco amor teneis á la patria!»

Trifon. ¿Y qué respondieron los que tienen la cabeza rapada y tambien el espíritu?

lares, dice Celso, se ve á hombres incultos, á toscos obreros permanecer mudos ante los ancianos y padres de familia. Pero si encuentran niños ó mujeres peroran, dándoles á entender que no se debe prestar oido á padres ni á pedagogos, que dicen despropósitos y son incapaces de imbuir el conocimiento de la verdad y aun de apreciarla. Alientan á los niños á sacudir el yugo y á acudir, ora al gineceo, ora á la tienda de un lavandero, ora á la de un zapatero para aprender allí lo que es perfecto.»

Complacíanse en ridiculizarles de este modo; mas no deja de ascender el sol á la esfera porque plazca á algunos cerrar á la luz sus ojos. En balde se queria sofocar ó escarnecer la palabra, pues no por eso dejaba de resonar en todas partes; penetraba en las escuelas, era sostenida en escritos notables por su argumentacion apremiante; de tal manera que no fué lícito á las gentes ilustradas descuidar la nueva doctrina que provocaba el exámen y reclamaba justicia.

Ya es poderosa una opinion cuando el partido que puede oprimirla con la fuerza se siente arrastrado á combatirla con razones. Una vez trasladada la cuestion al terreno del debate, pudieron los cristianos admitir el reto, y á la par que los mártires atestiguaban la verdad con su sangre, la defendieron los apologistas con su talento.

Fué presentada la primera apologia por el filósofo Arístides y por Cuadrato, obispo de Atenas, al emperador Adriano, cuando se hallaba en aquella ciudad para ser iniciado en los misterios de Eleusis. Serenio Graniano, procónsul de Asia, se habia dirigido antes á este príncipe á fin de hacerle presente cuan poco conveniente era otorgar á las vociferaciones del vulgo la sangre de tantos inocentes que solo eran culpables de nombre. Habíale respondido el emperador que no se debia dejar sin exámen aquella clase de procesos, pues de otro modo se daria lugar á desórdenes, si bien tampoco se habia de prestar oido á quejas confusas ni á vagos rumores, si no hacer justicia siempre que se acusara á los cristianos de quebrantar las leyes; y además ordenaba castigar á los calumniadores (4). Así no suspendia la persecucion, pero aflojaba en ella. Marco Aurelio comunicó instrucciones en igual sentido, determinándole quizá á ello las representaciones de dos obispos, Meliton de Sardis y Apolinar de Hierápolis.

1.ª apologia de San Justino.—Después de haber estudiado en todas las escuelas de filosofia sin encontrar la verdad en ellas, Justino de Siquem en Samaria (103-167) abandonó la idolatria por el cristianismo: dirigiéndose á Adriano, á Lucio Vero, al Senado y al pueblo romano en una apologia, se queja de que solo los cristianos sean perseguidos cuando se toleran tantas absurdas religiones y tantos impostores; de que se les acuse de no seguir los ritos de los gentiles cuando estos mismos no concuerdan y disputan á fin de averiguar cual será la víctima y cual el dios entre los animales.

Aunque el secreto de las asambleas no se revelaba á los profanos, Justino espone á los emperadores la forma del bautismo y de la eucaristia: «Los que se persuaden de nuestra doctrina y prometen vivir conforme á ella, están obligados por nosotros á ayunar, á orar ó pedir á Dios la remision de sus culpas pasadas, y nosotros creemos y ayunamos con ellos; después los conducimos al agua, y son regenerados de la manera que lo hemos sido nosotros.

»Después del baño, admitido el nuevo fiel, como decimos, entre los demás hermanos, lo conducimos á donde estos están reunidos, á fin de orar en comun con recogimiento, ya por ellos, ya por el iluminado, y por todos los demás fieles en cualquier parte que se encuentren, con objeto de que conocida la verdad, nos sea permitido con las buenas acciones y con la observancia de los mandamientos llegar al lugar de salvacion eterna. Terminadas las oraciones nos saludamos con un beso. Después presenta el que preside á los hermanos, pan y una copa de vino y de agua. Luego que los toma, alaba y glorifica al Padre en nombre del Hijo y del Espíritu Santo, y les da infinitas gracias por los beneficios que nos han concedido. Terminada la oracion y la accion de gracias, los asistentes dicen en alta voz *Amen*, y enseguida los que se llaman diáconos distribuyen el pan, el vino y el agua consagrados en accion de gracias, y los llevan á los ausentes.

»Llamamos nosotros á esta comida *Eucaristia*, y no es permitido acercarse á ella ó quien no crea la verdad de nuestra doctrina, y no ha sido lavado para la remision de sus pecados y para la nueva vida, ó no vive segun los preceptos de Jesucristo; porque aquello no lo tomamos por pan comun ó como una bebida ordinaria, sino que así como por la palabra de Dios se encarnó Jesucristo y tomó carne y sangre por nuestra salvacion, del mismo modo aquel alimento santificado por la oracion de su Verbo, se convierte en la carne y la sangre del mismo Jesucristo encarnado, y se convertirá en nuestra carne y nuestra sangre por la mutacion que ocurre en el alimento. Recordamos las cosas dichas entre nosotros. Aquellos á quienes es permitido hacerlo, socorren á los pobres; nosotros estamos siempre unidos, y en todos nuestros ofrecimientos bendecimos al criador en su Hijo y en el Espíritu Santo.

»En el dia del sol, todos los que habitamos en una ciudad ó aldea, nos reunimos en un mismo

---

Critias. Me oyeron con calma y recurrieron á sus habituales subterfugios, pretendiendo ver aquellas cosas en sueños, después de haber ayunado diez soles y de pasar la noche entonando himnos..... Entonces se levantaron de los miserables lechos en que estaban reclinados vagando en sus labios una falsa sonrisa, etc.

(4) EUSEBIO, *Hist.*, IV, 8, 9.

lugar, y se leen los escritos de los apóstoles y de los profetas, cuando el tiempo lo permite. Al concluir el lector, el presidente dirige un discurso al pueblo exhortándolo á imitar tan claros ejemplos; después nos levantamos, y hacemos nuestras oraciones, concluidas las cuales se ofrece, como he dicho, pan, vino y agua. El prelado hace una oracion de gracias del mejor modo que puede, y todos responden *Amen*. Se distribuyen á los asistentes las cosas consagradas, y se envian por medio de los diáconos á los ausentes. Los más ricos dan á los demás liberalmente y por su voluntad una contribucion, y lo que de tal manera se reune, lo custodia el prelado, para auxiliar á los huérfanos, á las viudas y á aquellos que por enfermedad ó por otra causa se ven reducidos á la pobreza, y para socorrer á los presos y extranjeros, debiendo en suma ser socorridos todos los que están necesitados. Generalmente nos reunimos el dia del sol, porque es aquel en que principió Dios el mundo, y en el cual resucitó Jesucristo y apareció á sus discípulos, enseñándoles lo que os exponemos.»

Continuando esplica lo que piensan los cristianos de las cosas celestes. El reinado que aguardan, dice, no es de este mundo, porque entonces habrian menester alcanzarle en esta vida; y al revés van alegres á la muerte que acelera el reinado de Dios. A fin de tocar á este término de sus deseós se abstienen del mal y hacen beneficios; entre ellos el hombre guarda una perfecta continencia, ó si se casa, no cree que le sea lícito esponer sus hijos como lo hacen comunmente los gentiles con la aprobacion de los filósofos y la tolerancia de los príncipes: «Creemos que solo los hombres perversos abandonan á sus hijos, ante todo porque observamos que la mayor parte no los educan más que para prostituirlos, pues en todas las naciones se ven millares de niños destinados á malos usos, y que se les cria como á otros tantos rebaños. Sacan de esto un tributo en vez de estirparlo en el imperio, y los que abusan de aquellos infelices además de cometer un pecado, pueden ser conducidos casualmente á abusar de sus propios hijos.»

Tales eran las costumbres de los romanos bajo uno de sus más sabios emperadores, y sin embargo no lo revela todo San Justino. Continuaba de este modo: «Por temor de que perezca un niño espósito y para no ser homicidas, no nos casamos sino cuando está á nuestro alcance criar á nuestros hijos; y cuando renunciamos al matrimonio, guardamos una continencia perfecta.» Y poco después añade:

«Si nuestros usos os parecen razonables, respetadlos; si os parecen inconvenientes, miradlos con desprecio; pero no condeneis por esto á muerte á personas que no causan ningun daño, porque os afirmamos que no os escapareis del juicio de Dios perseverando en semejante injusticia y por nuestra parte os diremos únicamente: ¡Cúmplase la voluntad de Dios!»

Agrada oir esclamar á estos hombres calumniados: «Hubo un tiempo en que amamos los placeres licenciosos, ahora amamos la pureza: practicábamos las artes de la magia, ahora confiamos en la voluntad de Dios: procurábamos adquirir el bien ageno por todos los medios, ahora son comunes los nuestros: nos aborrecíamos unos á otros, ahora vivimos en familia y oramos por nuestros enemigos... Muchos han adoptado un método regular de vida, después de haber sido violentos y vanidosos.»

Pero los cristianos tenian que padecer á causa de su virtud misma. Una mujer que se ha convertido, no quiere secundar el libertinaje de su esposo; irritado éste acusa de su conversion á un tal Tolomeo, que llevado ante Urbicio, prefecto de la ciudad, es condenado á muerte. Entonces un individuo llamado Lucio reconviene al prefecto porque envia al suplicio á un hombre sin ser adúltero, ladron, ni homicida, diciendo que no puede ser tal la intencion del emperador ni del Senado. Urbicio le pregunta si es tambien cristiano, y contestándole afirmativamente, pronuncia la sentencia capital en contra suya. Lucio le da gracias porque le liberta de este modo de los malos soberanos para enviarle á Dios, el mejor de los padres y de los reyes. Sobreviene un tercero que se confiesa cristiano y es condenado asimismo á morir con los otros.

2.ª apologia de Justino.— Entonces fué cuando Justino dirigió á Marco Aurelio su segunda apología, donde clama contra los procesos en que se arrancaba á mujeres, á niños y á esclavos, con el ausilio de horribles torturas, la confesion de supuestos delitos, y pide que se le permitan publicar las doctrinas cristianas á fin de que vean los hombres de juicio recto cuán superiores son á todas las demás filosofías. No aparece que produjeran la paz de la Iglesia estos escritos, que el autor selló con su sangre.

Atenágoras.—El ateniense Atenágoras dirigió tambien quejas á Marco Aurelio y á Lucio Vero porque solo se negaba á los cristianos la tolerancia concedida á todos. «No se contentan los perseguidores, dice, con arrebatarnos nuestros bienes, sabiendo que renunciamos á ellos de buen grado; nos atacan en nuestra existencia con acusaciones que convienen mejor á los que nos las ponen. Convénzasenos del menor desafuero y no rehusaremos el más cruel castigo. Pero todo lo que se nos ha imputado hasta ahora es simplemente un rumor vago; jamás ha sido convicto de crímen ningun cristiano, y entre ellos no hay más perversos que los hipócritas.»

Especialmente les disculpa de tres delitos, y son el ateismo, el incesto, y los festines de carne humana. «Hallareis entre nosotros, prosigue, hombres de trabajo, mujeres honradas, que no podrian demostraros con palabras la verdad de nuestras doctrinas, sino con obras, la utilidad práctica de sus sentimientos. Su espíritu no les inspira razones, pero dan cima á buenas obras; se les maltrata y

no lanzan un suspiro; aman á los demás como á sí mismos. ¿Nos esmeraríamos tanto en ser buenos sino estuviéramos persuadidos de que Dios nos mira, y de que después de la vida mortal nos aguarda más hermosa existencia? Nuestra esperanza en la otra vida nos induce á despreciar ésta y á detestar hasta el pensamiento del pecado. Segun la diferencia de edades consideramos á los demás hombres como hijos, ó como hermanos y hermanas, ó como padres y madres. Preservando la pureza de aquellos á quienes tenemos por deudos, nos besamos con gran recato, como quienes satisfacen un acto religioso; y si este fuera manchado con el más mínimo deseo, nos privaria de la vida eterna. Cada uno de nosotros se casa por tener descendientes, é imita al agricultor que después de esparcir la semilla en su campo, aguarda con paciencia el fruto. Hay algunos que envejecen en el celibato con la esperanza de unirse así á Dios más estrechamente. No nos es lícito oponernos al que nos ofende de obra ni dejar de bendecir al que nos maldice, porque en vez de contentarnos con la justicia que refrena, debemos mostrarnos buenos y pacientes. ¡Y cómo puede creerse que comemos hombres! Tenemos criados que ven todo lo que hacemos y ninguno de ellos ha depuesto contra nosotros. ¿Cómo era posible que nosotros comiéramos hombres cuando ni aun podemos tolerar la vista de justas acusaciones, ni soportamos como vosotros á los gladiadores y á las fieras en los espectáculos del pueblo, ni creemos que exista diferencia entre el que asiste á la matanza y el que la comete, y tratamos de homicidios el aborto y la esposicion de los niños?»

Minucio Félix.—Octavio y Cecilio, convertido el primero, todavia pagano el segundo, se habian dirigido á Ostia, donde Marco Minucio Félix, abogado famoso, se hallaba en su casa de campo. Paseándose una mañana en la playa vió Cecilio un ídolo de Serapis, y llevó su mano á la boca, besándola en señal de adoracion, segun costumbre; censuróle por ello Octavio, considerándolo como una puerilidad indigna de su nombre. Detuviéronse después en la playa á contemplar unos niños que hacian rebotar guijarros en el agua, y Cecilio permaneció algo pensativo en razon de las palabras que le habia dirigido Octavio. Propusiéronse, pues, someter el asunto á una discusion entre ellos. Tal es el tema de un diálogo de Minucio Félix (5), que á veces exhala cierto perfume de platonismo. Cecilio sostiene á los dioses, y la creencia antigua y general contra aquella gente nueva, mancillada con tan inmundas infamias y perseguida; pero los otros dos baten en brecha sus argumentos de tal modo, que acaba por declararse derrotado y convertido.

Tertuliano, 160-245.—Quinto Septimio Florencio Tértuliano, natural de Cartago, reputado como el padre de la Iglesia más elocuente en la lengua latina (6), compuso una apologia en favor de los cristianos, perseguidos á la sazon en Africa, demostrando, con motivo de la famosa carta de Trajano á Plinio, la injusticia que habia en castigarlos solo á consecuencia de su nombre, en negarles la defensa y el ministerio de los abogados, de que jamás se habia visto privado ningun presunto reo, en no aclarar los delitos confesados bajo el influjo de los tormentos, y en no indagar la calidad, el tiempo, el modo y los cómplices. «Así procedeis contra nosotros de una manera inusitada. Interrogais á los demás para saber si son delincuentes, y á nosotros para hacernos negar que lo somos. Un hombre dice *Soy cristiano*, y lo dice con verdad: tomais asiento en el tribunal para arrancar la verdad de boca de los culpables, y solo á nosotros quereis hacernos proferir lo que es mentira. Este método inverso del método ordinario, deberia no obstante haceros sospechar que solo una fuerza secreta puede impeleros á obrar contra las leyes y contra los usos que donde quiera rigen en el foro. Cerca de los tiranos sirven para castigar la falsedad los tormentos; y cerca de vosotros se emplean cuando se dice la verdad. Si la confesion tiene lugar antes de que se apele á los tormentos, no se debe recurrir á ellos: basta pronunciar la sentencia. Os figurais que un cristiano se halla mancillado con toda clase de culpas, que es enemigo de los dioses, de los emperadores, de las leyes, de las buenas costumbres, de la naturaleza, y solo le pedis una retractacion para declararle inocente. Esto es proceder contra las leyes.....»

Después de hacer resaltar la ilegalidad del procedimiento, clama contra lo irritante que es castigar á tan gran número de personas. «¿Qué hareis, dice, de los millares de hombres y mujeres de todas edades y condiciones, que tienden los brazos á vuestras cadenas? ¿Cuántas hogueras y cuchillas no necesitareis para su castigo? ¿Diezmareis á Cartago?» Hasta osa remontarse á la fuente de la autoridad, diciendo que las leyes humanas no son infalibles, que unas son abolidas y se introducen otras.

---

(5) MINUCII FELICIS, *Octavius*. Leida, 1672, en 8.°. Recientísima es la edicion de Minucio Félix hecha por Cárlos Halm en el 2.° tomo del *Corpus scriptorum ecclesiasticorum latinorum*, publicado á espensas de la Academia de Ciencias de Viena.

(6) *Q. Sept. Florentis Tertulliani opera, cum adnotationibus Rigaltii jurisconsulti*. Paris, 1634-1664. Tertuliano, en su *Apologética*, c. V, enuncia que Tiberio, á quien se habia dado cuenta de los milagros de Jesucristo, propuso al Senado reconocerle por Dios, y que el Senado se opuso á ello. Su aserto ha sido recogido, no solo por la fe tímida, sino por historiadores de nota. Si por otra parte se reflexiona que Tertuliano no se apoya en autoridad ninguna; que el Senado no se hubiera atrevido á contradecir á Tiberio sobre propuesta de cualquiera clase que fuese; que este príncipe habia abolido poco antes el culto de Isis, y desterrado á Cerdeña cuatro mil hebreos, la crítica no puede admitirlo.

Para refutar la acusacion de comer niños, se rebela contra la costumbre de inmolárselos á Saturno, continuada en Africa hasta el proconsulado de Tiberio, que mandó atar á los sacrificadores á los árboles que prestaban sombra al templo. No obstante, si aquel uso habia cesado en público, todavia se practicaba secretamente. Recuerda los hombres inmolados á Mercurio por los galos; la sangre humana derramada en Roma en honor de Júpiter, cuando por el contrario los cristianos se abstenian de probar sangre cualquiera que fuese (7).

A la imputacion del sacrilegio, responde presentando en toda su desnudez el delirio del culto pagano, comparándole al de los cristianos. «Adoramos á un solo Dios que por su palabra, su espíritu y su poder, sacó de la nada este universo con todo lo que le compone, es decir, con los elementos, los cuerpos y los espíritus, para que fuesen ornamento de su grandeza. ¿Quereis conocerle en sus obras? Teneis el testimonio de vuestra alma, que á despecho de la mala educacion, de las pasiones y de la sujecion á los falsos dioses, cada vez que despierta le llama con el solo nombre de Dios. diciendo; *¡Oh gran Dios! ¡Oh buen Dios! Lo que á Dios plazca; Dios lo quiere; le encomiendo á Dios; Dios me lo concederá.* Esta es una confesion del alma que no se dirige al Capitolio, sino al cielo. A fin de que tuviéramos de él y de su voluntad un conocimiento más perfecto, nos ha dado el socorro de las Sagradas Escrituras; porque en un principio envió á la tierra hombres dignos, por su santidad y su justicia, de conocerle y de hacer que por los demás fuera conocido. Llenos de su espíritu proclamaron que no hay más que un Dios, que crió todas las cosas, formó al hombre de la tierra, reguló el curso del mundo, dió preceptos cuya observancia fué un medio de serle grato, preceptos que vosotros ignorais ó habeis echado en olvido; un Dios, que al fin del mundo juzgará á los que le sirven para darles en premio la vida eterna, y condenará al fuego eterno á los impios después de hacer resucitar á los muertos. En un tiempo nos reimos de estas doctrinas y fuimos de vuestro partido; los hombres no nacen cristianos, llegan á serlo.»

En lo concerniente á la calumnia de lesa majestad, responde asegurando que si los cristianos no manifiestan su adhesion por juramentos y bajezas, oran á lo menos por el emperador, no á divinidades imaginarias, sino al verdadero Dios, á fin de que le otorgue larga vida, un reinado tranquilo, seguridad dentro de su palacio, soldados valerosos, un Senado fiel, un pueblo virtuoso, y la paz en todo el mundo. «Se honra poco al príncipe estableciendo lares y aderezando mesas en público, comiendo en medio de las calles y convirtiendo en taberna la ciudad toda, y mezclando el vino con el fango, ó corriendo en tropel á cometer bajezas ¿No es posible dar muestras del público regocijo sino por medio de la vergüenza pública? ¿Seremos delincuentes porque consumamos los votos que hacemos en favor del emperador con castidad, sobriedad y modestia; porque no cubrimos nuestras puertas con ramos de laurel, y porque nos abstenemos de encender lámparas á la luz del dia, como se hace para señalar los sitios infames?

Demuestra que aquellos que más se afanaban en dar tan vanos testimonios á los emperadores, eran sus súbditos menos fieles y los más prontos á rebelarse. Luego añade que aun perseguidos, obedecen los cristianos, hasta cuando el pueblo se anticipa á las órdenes supremas, quitándoles la vida y violando hasta sus cadáveres. No albergan ningun pensamiento de venganza; y sin embargo, *nacidos ayer ocupan las islas, las ciudades, las plazas fuertes, los campos, el palacio, el foro, el Senado; no os dejamos más que vuestros templos. Siendo tan numerosos podemos hacer la guerra al gobierno ó abandonarle; pero nuestra creencia nos aparta de la ambicion y del derramamiento de sangre. No es verdad que por esto permanezcamos inactivos; al revés nos dedicamos al comercio, á la navegacion, á las artes, á la agricultura; pagamos los impuestos, y si no enriquecemos los templos, ni á mujeres perdidas, ni á astrólogos, tampoco damos que hacer á los tribunales.*

«Bien sé, añade, que nuestras modestas comidas de la noche gozan de mala fama, no solo como culpables, sino tambien por ser demasiado esquisitas; y sin embargo nada se dice de los banquetes de tantas congregaciones paganas. Nuestra cena indica de donde trae su orígen en su nombre agapa, que significa en griego caridad; es un alivio que brindamos á los pobres. Allí no se ven desórdenes ni vilezas. Sin haber orado al Señor nadie se sienta á la mesa: se come lo que se necesita, y no se bebe más que lo conveniente sin ofender la pureza. Se toma un alimento mesurado, como gentes que deben orar hasta de noche, y se habla como entre gentes que saben que Dios las mira. Después de haberse lavado las manos y encendido las lámparas, todos son invitados á cantar las alabanzas de Dios, sacadas de los libros sagrados ó compuestas por alguno de nosotros. Con la oracion termina el banquete. Por último, nos separamos con modestia y recato. Tales son las asambleas de los cristianos; somos los mismos juntos ó separados: nadie es ofendido ni molestado por nosotros.

»Deberíase dar más bien el nombre de facciosos á los que conspiran contra los cristianos bajo el vano pretesto de que son causa de todos los públicos desastres. Si el Tíber sale de madre, si el Nilo no se desborda, si hay falta de agua, si tiembla la tierra, si sobreviene una carestia, una peste, se clama al punto: *¡Cristianos á los leones!* Dígaseme por favor si no han ocurrido semejantes y más numerosos males antes del reinado de Tiberio y

(7) En ejecucion de una regla emanada del Concilio de los Apóstoles y observada por largo tiempo, se abstenian los cristianos de la sangre, y no comian la carne de los animales ahogados. Reliquias de los usos hebraicos.

de la venida de Jesucristo. Estos son efectos de la cólera de Dios justamente irritado contra los hombres culpables é ingratos. Y no obstante, cuando la sequía hace temer la esterilidad, sacrificais á Júpiter, frecuentando los baños, las hospederias y demás sitios de libertinage. Nosotros procuramos ablandar al cielo con el auxilio de la continencia, de la frugalidad, de los ayunos, vistiéndonos con un saco, cubriendo de ceniza nuestras cabezas, y rendimos homenage á Dios después de haber alcanzado misericordia. Pero no nos abaten estas desgracias, porque solo abrigamos en este mundo el deseo de abandonarle lo más pronto que nos sea posible.»

Tertuliano acreditó asimismo toda su energia *contra los espectáculos*, especialmente contra los teatros, en estremo nocivos. tanto por su orígen idólatra como por los peligros inherentes á su índole, y por las pasiones que escitan entre los asistentes. Trata de diferentes casos de idolatria, así como del tocado de las mujeres, del martirio, del bautismo, de la penitencia, de la oracion, reprobando siempre los abusos y las supersticiones. Su libro *De las prescripciones*, es una obra de grande autoridad: combate en ella á los hereges con razones legales, como incapaces de ser admitidos á discutir sobre las Sagradas Escrituras, en atencion á que no las conocen. Les confunde recordándoles que han nacido ayer, á la par que la Iglesia cree lo que fué enseñado por los Apóstoles y por las iglesias de que fueron fundadores.

No va por tanto en pos del arte por amor al arte. Tertuliano se destaca enteramente de los clásicos por su vehemencia, por su colorido. Es apasionado apóstol y su importancia literaria nace del contraste; y hasta se distingue por su lenguaje y frases originales. Fué el primero en aducir del cristianismo las pruebas sociales. Libre por completo del simbolismo de los orientales, y positivo en un todo, es en sus obras austero, grave, pero incorrecto y á la vez tan afectado en su estilo como en sus pensamientos: profuso por espontánea abundancia y oscuro á veces por sobra de concision (8).

A pesar de todo se puede censurar á Tertuliano por apasionarse demasiado de sus opiniones, por ser demasiado absoluto aun con sus grandísimos conocimientos, y por haberse dejado llevar de los errores de los montanistas, que estaban en relacion con la severidad de su talento. Esforzando entonces sus doctrinas hasta el esceso, negó que fuera lícito sustraerse á la persecucion con la fuga: multiplicó los ayunos obligatorios, y no quiso que los que habian caido en la impureza fueran admitidos á la penitencia. Perseveró en estos errores hasta el punto de hacer dudar de su salvacion.

San Cipriano.—Cecilio Cipriano, natural de Cartago, tan apasionado como Tertuliano, procede no obstante con más mesura: y no se sabe si domina más en sus obras la gracia ó la lozania. Escribió gran número de ellas con suave y límpida abundancia, contribuyendo quizá más que otro alguno á separar estas dos cosas; la fe y el exámen, la revelacion y el raciocinio, cuya mezcla produce el avasallamiento ó el error del entendimiento; mientras que su distincion abre al espíritu humano al campo de lo infinito, haciéndole pasar del símbolo á la realidad. Impugna especialmente, en sus tratados de *Vanitate idolatriæ*, y de *Unitate Ecclesiæ*, el antiguo culto y los modernos cismas, estableciendo la unidad de la fe en la unidad de la cátedra romana (9). Sabedor de que el Papa iba á hacer concesiones al cismático Felicísimo, le escribia de este modo: *Carísimo hermano, un obispo puede ser muerto, no vencido. Abrazo, pues, tiernamente al que manifiesta verdadero arrepentimiento; pero si*

---

(8) A más de los escritores eclesiásticos, véase AUGUSTO NEANDER.—*Antignostikus Geist der Tertullianus und Einleitung in dessen Schriften*. Berlin, 1823.

J. P. CHARPENTIER.—*Estudio histórico y literario sobre Tertuliano*. Paris, 1838.

(9) San Pablo echa los cimientos de la unidad de la Iglesia con estas palabras: «Trabajando con esmero en conservar la unidad de un espíritu con el vínculo de la paz, no sois todos más que un espíritu y un cuerpo, así como todos habeis sido llamados á una misma esperanza. No hay más que un Señor, una fe, un bautismo, un Dios padre de todos, que es superior á todos, que á todos hace estensiva la providencia y que en todos reside.» (*A los efesios*, IV, 4). Tal es el principio de la unidad á que debemos adherirnos inviolablemente, y con especialidad nosotros los obispos, que tenemos el honor de presidir la Iglesia.

«Como no hay más que un solo Jesucristo, así tampoco hay más que una sola Iglesia, y una sola cátedra, fundada por San Pedro por la misma palabra de Jesucristo; desde entonces no hay más que un mismo altar, un solo sacerdote; no deben contarse dos en ningun caso, ni existir otro que sea diferente. Solo una criminal demencia y una impiedad sacrílega pueden tener derecho de violar el órden establecido por Dios mismo.

»No hay más que un solo episcopado del cual forma cada obispo solidariamente parte. Existiendo un solo episcopado no hay más que una sola Iglesia esparcida en la inmensa muchedumbre de miembros que la componen. Del sol parten gran número de rayos, y el foco de la luz es uno solo; un árbol tiene muchas ramas, pero todas brotan de un mismo tronco, que ha echado en la tierra profundas raices; muchos arroyos nacen de un manantial; pero todos se derivan de un mismo orígen.

»Un rayo no se puede separar del sol, no da luz cuando ya no está en relacion con su principio; una rama desprendida del tronco ya no echa raices; un arroyo que se desvia de su manantial se seca en breve. Tal es la imágen de la Iglesia. La divina luz con que está dotada, abarca en sus rayos al mundo entero, si bien proviene de un solo punto, que distribuye el esplendor en todos los lugares sin que se descomponga la unidad del principio. Su inagotable fecundidad estiende sus ramas sobre toda la tierra y derrama á lo lejos sus abundantes aguas; pero donde quiera procede del mismo orígen, del mismo principio, es la misma madre que acredita su vigor en el número de sus hijos.» *De unitate.—Epistola ad plebem.*

alguno piensa en hacerse abrir las puertas por el terror, sepa que el campamento de Cristo no se toma con amenazas. Lleno de ardor y de sentimiento tiene, en concepto de Fenelon, una grandeza y una vehemencia que recuerdan á Demóstenes. Tambien se descarrió por la senda del error, si bien redimió su falta con el generoso martirio que hemos narrado (pág. 258).

Arnobio.—Arnobio era tambien africano. Después de sustentar por largo tiempo el paganismo, se declaró vencido y se rindió á la Iglesia, que le instó á emplear contra la idolatria la influencia de su palabra (303), y dirigiéndose en sus siete libros *contra los Gentiles* (10) á los hombres instruidos, capaces de juzgar las nuevas creencias y las antiguas, hizo de estas la refutacion más completa. Difuso y afectado como un hábil retórico, sin ser profundo en el conocimiento de la verdad, rara vez cita el Nuevo Testamento, el antiguo nunca: por lo demás emplea cuanta fuerza le asiste para confundir á la idolatria y á los que pretendian que «desde el cristianismo habia perecido el mundo, y que el género humano habia sido presa de todos los males.»

Lactancio.—Su mérito consiste en haber educado otro poderoso campeon del cristianismo, este es Celio Lactancio, quien fué encargado por Constantino de iniciar á Crispo, su hijo, en las ciencias que habia aprendido en Asia (318). Tiene más imaginacion oratoria que verdad histórica en su pequeño tratado *De la muerte de los perseguidores.* Cuando en el momento en que la verdad era refutada con la cuchilla, vió levantarse filósofos para desacreditarla con sus libros, concibió tanta indignacion que se propuso impugnar á todos los enemigos de la religion cristiana. Esto hizo en sus *Instituciones divinas* (11) publicadas á fines del reinado de Constantino. Débil teólogo, combate los errores. sin que sepa evitarlos, y es menos notable por una elocuencia elevada que por lo selecto de la espresion; por eso, aun siendo el más elegante de los autores eclesiásticos latinos, dista bastante de merecer el título de Ciceron cristiano. Bien lejos de participar de la indignacion de Julio Firmico (12) que reclamaba sobre la idolatria el rigor de de las leyes, proclamó que la religion es la cosa más espontánea y más libre (13). *Lejos de nosotros la idea de vengarnos de nuestros perseguidores; quede para Dios este cuidado. La sangre de los cristianos caerá gota á gota sobre la cabeza de los que la han vertido.*

Panteno.—Ya en tiempo de Marco Aurelio se hace mencion de una iglesia cristiana fundada en Alejandria en oposicion de la academia pagana. Tenia por objeto formar defensores de la verdad; pero no adquirió importancia hasta fines del segundo siglo, cuando el estóico Panteno, convertido á la fé, dirigió la escuela de *las palabras sagradas* (Διδασκαλεῖον ἱερῶν λόγων) y enseñando desde lo alto de una cátedra cristiana las doctrinas metafísicas del Museo alejandrino, pensó antes que otro alguno en reducir la religion á sistema.

Clemente Alejandrino.—Tuvo por sucesor á Clemente de Alejandria (muerto en 247) versadísimo en la filosofia de Platon, y cuyas principales obras son el *Pedagogo* y los *Estromatas* (14). En la primera, que es un compendioso resúmen de la moral cristiana para uso de los catecúmenos, desciende á las más mínimas reglas de la vida y del vestido. Quiere que este sea blanco, sin color ni flotantes pliegues, y más cuidado entre las mujeres, éstas deben ir calzadas y los hombres descalzos: prohibe el oro y las pedrerias, teñirse el rostro y los cabellos, así como el esceso de adornos, el gran número de esclavos, especialmente de eunucos, de enanos y de mónstruos, y alimentar á muchos animales en vez de dar pan á los pobres. No quiere que se frecuenten los baños, y menos cuando son comunes á los dos sexos; y recomienda ejercitar las fuerzas corporales en la lucha, en el juego de pelota, en el paseo, y más todavia en las ocupaciones domésticas, en sacar agua, en cavar, en cortar leña. Proscribe los dados y demás juegos de gentes ociosas, el circo y el teatro; así como los saludos en alta voz enmedio de la calle, para no darse á conocer inútilmente á los infieles.

Estas prohibiciones suyas demuestran con cuanta dificultad cambiaria el cristianismo las costumbres depravadas que encontró; y asombra oir como los bautizados se abandonaban todavia á las frivolidades é infamias gentiles, rodeándose de criados, engalanándose con esceso, con perfumes y cediendo á las intemperancias; á la vez que las mujeres iban cargadas de perlas y piedras preciosas, se desnudaban en presencia de los hombres y entraban en los baños cuya magnificencia parece increible (15).

Su otra obra los *Estromatas* ó sea las alfombras, dió nombre á un tejido de filosofia cristiana; es una coleccion de nociones variadas, sin trabazon alguna sobre la historia, la cual nos ha conser-

(10) *Disputationum adversus Gentes libri* VII. Leida, 1651. La obra de Arnobio, editada por A. Reifferscheid, se halla tambien en el IV volúmen de la *Coleccion de escritores eclesiásticos latinos*, que se publicó á costa de la Academia de Viena.

(11) CÆLII LACTANTII *Opera, edit. Galæi et variorum.* Leida, 1660.

(12) *De errore profanarum religionum.*

(13) *Nihil est tam voluntarium quam religio*, V, 20.

(14) CLEMENTIS ALEXANDRINI *Opera græce et latine quæ extant*, edidit POTTER. Oxford, 1715; 2 tomos en fólio, reimpresos en Venecia.

(15) «Su baño es una cámara de maravilloso artificio, portátil, trasparente, cubierta con una tienda llena de sedas, oro, plata, vasos de estos metales y en que se sirve de beber en unos y de comer en otros, y algunos para el baño. Hasta las calderitas para calentar el agua son de plata. Su intemperancia es tanta, que no entran en el baño sin estar ebrias; y ostentan suntuosos adornos de plata, ó lo más rico y pomposo que puede halagar su vanidad.»

vado interesantísimos pormenores que no se encuentran en ninguna otra parte; sobre la lógica, es decir, sobre la distincion de la fé y de la ciencia, y sobre las reglas de la argumentacion; sobre la teoria; allí pesa filosóficamente la doctrina evangélica y la certidumbre de los conocimientos humanos.

En su *Exhortacion á los Gentiles* acomete la empresa de probar que en cada siglo la unidad de Dios y las verdades más capitales fueron profesadas por los filósofos y por los poetas, y que las han sacado del pueblo hebreo (16), lo cual sostiene con grande aparato de ciencia. A veces es elocuentísimo al desenvolver sus pensamientos.

Fulminando enérgicamente la invectiva contra el paganismo, dice: «Desgarraré el velo que cubre vuestros misterios y haré conocer á los contempladores de la verdad los prestigios ocultos en vuestros secretos ritos... ¡Qué esceso de impudencia! Hubo un tiempo en que la noche escondia entre sus sombras los deleites de los hombres moderados; ahora, consagrada á la incontinencia, revela las infamias de los iniciados, y las antorchas iluminan la pasion y el vicio... Cántanos, Homero, tu magnífico himno; *los amorosos hurtos de Marte y Vénus*. Pero no, enmudece, no es magnífico el canto que enseña el adulterio. No queremos que se mancillen nuestros oidos escuchando palabras de fornicacion y de estupro..... Vuestros dioses, crueles é implacables respecto de los hombres, no solo oscurecen su espíritu, sino que se complacen en ver correr su sangre en las feroces luchas del circo y de la arena, en las batallas mortíferas donde se invoca su nombre, en los sacrificios que exigen de las ciudades y de los pueblos. Aristomenes inmola en la Mesenia una triple hecatombe de hombres al Júpiter de Itoma, y entre el número de las víctimas se cuenta Teopompo, rey de Lacedemonia. Los habitantes del Quersoneso Táurico inmolan á su Diana todos los náufragos que abordan á sus playas, y en una tragedia de Eurípides son celebrados estos sacrificios. Mónimo cuenta que en Pela de Tesalia se sacrificaba un aqueo á Peleo y á Quiron; Anticles y Dosidas dicen que los licios, oriundos de Creta, ofrecian á Júpiter víctimas humanas; los lesbios á Baco; los focidios á Diana Táurica. Erecteo de Atenas y el romano Mario degüellan á sus propias hijas, uno á Proserpina y otro á los dioses Averruncos. De este modo hacen ver los demonios cuanto aman á los hombres. ¡Y tales supersticiones encuentran sectarios! ¡Y no se aperciben de que estos no son holocaustos, sino homicidios; de que ni el lugar, ni el nombre pueden alterar la esencia de las cosas; de que inmolar á Diana y á Júpiter es lo mismo que inmolar á la cólera, á la avaricia, á la venganza y á otros demonios de la misma especie: de qué es completamente igual matar á un hombre sobre el ara ó en la encrucijada de un camino!»

Opone la idea del progreso á la estabilidad, que era el refugio del paganismo amenazado. «¿Direis acaso que no es lícito destruir los usos recibidos de nuestros mayores? ¿Y por qué no tornais á vuestro primer alimento, á la leche á que cuando acababais de nacer os acostumbraron vuestras nodrizas? ¿Por qué aumentais ó disminuis los bienes paternos en vez de conservarlos tales como se os han trasmitido? ¿Por qué hemos renunciado á las cosas que hacíamos en la infancia? Nos hemos corregido nosotros mismos sin necesidad de maestros. Pero si en lo concerniente á esta vida pasajera no os mostrais celosos observadores de las instituciones paternales, ¿por qué no habeis de renunciar á una costumbre que seria mortal en lo más importante que existe? Habeis encanecido en el culto de las falsas divinidades; llegad ahora á rejuveneceros en el del Dios verdadero. Es un magnífico himno que el hombre entona á su criador cuando consuma obras de justicia, y en aquel resuenan todas las palabras de la verdad. Siga el ateniense las leyes de Solon, el argio las de Foroneo, el espartano las de Licurgo, pero si eres cristiano, el cielo es tu patria y Dios tu legislador. ¡Salud, oh luz bajada del cielo, más pura que la del sol, más amable que lo más dulce que hay en la vida!... Quien la sigue conoce sus errores, ama á Dios y al prójimo, cumple la ley y alcanza recompensa. El Evangelio es la trompeta de Cristo: la ha llenado con su soplo, nosotros hemos escuchado su sonido; y cubriéndonos con la coraza de la justicia, con el escudo de la fé, estamos dispuestos á combatir el pecado.»

A menudo se ha abusado del precepto evangélico de la pobreza, ora exagerándolo en la aplicacion, ora considerándolo como funesto á la sociedad. Merece ser citada la esplicacion que da de él Clemente en el tratado que lleva por título *¿Qué rico se ha salvado?* «Se cumple el precepto, dice, cuando se convierten las riquezas en materia é instrumento de buenas obras. Indiferentes por su índole no conviene censurarlas, ni desacreditarlas sin motivo. Todo depende del uso que de ellas se hace. Tampoco hay porqué imputarlas los males que ocasionan, sino á las pasiones, á las inclina-

(16) Hemos procurado demostrar esto mismo, aunque probando estas verdades deduciéndolas de la tradicion primitiva antes de la dispersion de los hombres.

Guizot escribia á Augusto Gasparin: «En el panteismo oriental no hay el hombre; en el panteismo griego no hay Dios. En el cristianismo hay Dios y hombre; ve las cosas sencillamente como son, y dejó á cada cual en su lugar, es decir, en su naturaleza. El hombre del cristianismo es un sér real, individual, que nace un dia fijo y no muere nunca; que vive y vivirá por propia cuenta en la eternidad. El Dios del cristianismo es el sér supremo, no el sér único, el soberano soberanamente inteligente del mundo, y no el mundo mismo. No tiene la inmovilidad del Gran Todo oriental, ni la fragilidad humana del Jove griego. Es Dios, como hombre es el hombre. El cristianismo no es una cosmogonia filosófica, ni una mitologia poética; es una religion, esencialmente la religion.»

ciones viciosas que desnaturalizan los dones del Criador apartándolos de su uso, y que emplean en el mal lo que puede convertirse para nosotros en un manantial de méritos.»

No podemos pasar en silencio entre otros apologistas el nombre de Apolonio, mártir, que defendió la causa de la fé ante el Senado (17); de Dionisio, obispo de Corinto, que en diferentes epístolas esplicó la doctrina católica, y combatió las heregías; y de Taciano de Siria, que fué discípulo de San Justino. Escribiendo contra los helenios (18) demuestra este último la vanidad de sus estudios, especialmente las contradicciones de sus filosofías, á las cuales opone la verdad católica sobre la naturaleza de Dios y sobre el libre albedrío. «Cuando algunos cínicos, dice, cuyo único mérito estriba en ofrecer á los ojos una espalda descuidadamente cubierta, cabellos erizados, barba y uñas largas, y decir que no necesitan de nada, reciben de pension hasta doscientas monedas de oro, ¿se pretenderá obligar á los cristianos á seguir la costumbre de los gentiles?» Y se dedica á probar largamente que la virtud es incompatible con la idolatría, con los monumentos erigidos á las mujeres deshonradas, con la infamia del teatro que revela los delitos envueltos en el manto de la noche; con la inutilidad de los atletas y la atrocidad de los gladiadores, espresamente mantenidos para divertir con la muerte. No siendo la filosofía de los cristianos solamente para uso de los ricos, se les escarnece sin justicia de que se detengan á discutir con niños y necias mujeres. Taciano aspiró á enderezar la filosofía oriental hácia el sentimiento cristiano, considerándola como infinitamente superior á la de los griegos, aunque viciada por la idolatría. Pero fué á veces muy lejos queriendo conciliar las emanaciones con el dogma católico; luego por esceso de rigor se estravió totalmente, condenando el matrimonio, declarándose contra los que comian carne ó bebian vino. En esto consistia la heregía de los hidroparastatos y encratitos.

Tambien fueron combatidos los errores de la filosofía griega por Hermias que vivió en el segundo siglo (19): y las de los filósofos orientales por San Ireneo, apóstol de las Galias y obispo de Lion, que fué martirizado á principios del siglo III.

Dionisio Areopagita.—Bajo el nombre de Diosisio Areopagita se han publicado muchas obras mal aplicadas por algunos al siglo V, puesto que ya Orígenes hace mencion de ellas. Instruido en la filosofía oriental la representa el autor como trasformada por el dogma cristiano: y sus libros sobre la *Gerarquía* y los *Nombres divinos* esplican, en cuanto está al alcance del hombre, la generacion del Verbo y de las ideas. En esto encontró la escolástica en la Edad Media un abundante manantial de discusiones.

Atenágoras aniquiló las esplicaciones alegóricas que no ha mucho quisieron reproducirse en defensa ó escusa del paganismo, y dice: «Ya sea Júpiter el fuego, Juno la tierra, Pluton el aire, Tetis el agua, todo esto constituye elementos, pero no forma dioses; la divinidad manda, los elementos obedecen, y atribuir la misma virtud al ente que manda y al que sirve, es asimilar la materia mudable, perecedera y corruptible, á un Dios increado, eterno y siempre semejante á sí mismo.» Justino dice al mismo objeto: «Yo abandono á Platon; no porque su doctrina sea contraria á la de Cristo, sino porque no es en todo semejante: otro tanto digo de los discípulos de Zenon, y de los poetas y de los historiadores. Percibieron ellos una parte solamente de la razon, diseminada por todas partes, y expresaron de una manera admirable la que se encontraba al alcance de su capacidad. ¡Pero en qué contradiciones no incurrieron respecto de puntos más graves, por no haber sabido elevarse á la doctrina por excelencia, á la ciencia divina que nunca falla! Lo que dijeron admirable, pertenece á nosotros los cristianos, que amamos y adoramos, después del Dios Padre la Palabra divina, el Verbo engendrado por este dios increado, infalible. Mediante la razon que depositó en nosotros como un gérmen precioso, pudieron vuestros filósofos descubrir la verdad, pero siempre como un débil crepúsculo. Este gérmen sencillo, este bosquejo ligero, proporcionado á nuestra debilidad, ¿puede compararse nunca con la verdad misma, comunicada en toda su plenitud y en toda la estension de la gracia?»

Orígenes.—Orígenes (188-253) natural de Alejandría, resplandece en primera línea entre los filósofos cristianos, Avido del martirio, cuya palma habia alcanzado su padre Leonidas en Egipto durante la persecucion de Severo, visitaba á los presos, les acompañaba al tribunal y al suplicio sin asustarse de las vociferaciones del pueblo, ni de los castigos de los magistrados. Obligado á platicar continuamente con las mujeres para catequizarlas, se despojó de la virilidad, interpretando el Evangelio segun la letra, á fin de no dar orígen á maliciosas murmuraciones. Se dirigió á Roma anhelante de conocer su Iglesia, y acabó por fijarse en Cesarea, donde concibió afecto á Ambrosio, su rico prosélito, y se puso á comentar la Sagrada Escritura: asistíanle siete secretarios á quienes dictaba otros tantos libros, y algunas jóvenes que sacababan copias de sus obras.

En la persecucion de Decio fué encarcelado Orígenes y puesto en tortura; pero se le dejó la existencia con la esperanza de que sucumbiria, arrastrando á otros á imitar su ejemplo; no obstante, permaneció firme, y dirigió á los demás fervorosas

(17) *Cum judex multis eum precibus obsecrasset, petiisset-que ab illo uti coram senatu rationem fidei suæ redderet, elegantissima oratione pro defensione fidei pronuntiata.* Eusebio, V, 21.

(18) Los paganos eran designados con este nombre en Oriente.

(19) *Irrisio gentilium philosophorum.*

epístolas para exhortarles á la constancia. Cuando sobrevino la persecucion de Maximino se retiró al lado de una dama piadosa, sacando provecho de su rica biblioteca. En su casa compuso los *Exápolos* y la *Exhortacion al martirio* dirigida á Ambrosio, que se hallaba preso; siguió después comentando los libros santos, apartando los apócrifos y coleccionando las partes auténticas: copió las diferentes traducciones en tres ejemplares, una de tres, otra de seis y otra de ocho columnas: luego la de los Setenta por separado, indicando con anotaciones interlineales lo que habia añadido al testo hebreo. Escribió veinte y cinco libros sobre el Evangelio segun San Mateo, y muchos sobre los profetas menores no tanto para desarrollar el sentido real como para adaptarles á su propio pensamiento, y de tal modo que al ver el bulto de sus obras sorprende que un solo hombre haya podido componerlas, ni aun escribirlas (20).

A más de tarea tan laboriosa tenia conferencias con los fieles y discusiones con los herejes; además estaba en correspondencia con muchas personas, ora para disculparse, ora para dar consejos ó para dirigir consultas al emperador Filipo, ora para reanimar el fervor de los fieles, con especialidad á fin de que no dejaran de asistir el domingo y el viernes á la lectura y á la esplicacion de los testos sagrados. El gobernador de la Arabia, y Mamea, madre del emperador Alejandro, quisieron oirle tratar del alma, y una multitud de discípulos permanecian á su lado desde la mañana á la noche. Benévolo con ellos estudiaba su carácter, y San Gregorio, obispo de Neocesarea nos describe el modo como les educaba este su maestro: «Después de haberles acostumbrado al raciocinio práctico, les acostumbraba á la lógica, enseñándoles a no admitir ni á negar las pruebas al acaso, á no pararse en las apariencias, á no asustarse de lo que tiene apariencias de paradoja; y que amenudo son muy verdaderas; en suma á juzgar santamente de todo y sin prevencion. Les aplicaba luego á la física para considerar el poder y sabiduria infinita del autor del mundo, tan propias para humillarnos, les enseñaba tambien las matemáticas, principalmente geometria y astronomia, y por último, la moral, no queriendo que se desvaneciera en vanos discursos, en definiciones y en distinciones superfluas, sino que fuese práctica é indujera á meditar sobre sí propio desarraigando los vicios, fortificando la razon y engendrando la virtud. A sus palabras agregaba los ejemplos, siendo él mismo un modelo de todas las virtudes. En último lugar venia la teologia diciendo que el conocimiento más necesario es el de la causa primera y para cuyo estudio les daba á leer todo lo que habian escrito los poetas y los filósofos griegos y bárbaros, escepto solamente aquellos que negaban á Dios, persuadido de que es necesario conocer el lado fuerte y el flaco para preservarse de las preocupaciones, no someterse á la autoridad de ningun particular. Pero en tal lectura les guiaba como por la mano para evitar que tropezasen y manifestarles lo que tiene de útil cada secta, á todas las cuales conocia admirablemente. Aconsejábales que no se adhiriesen á ningun filósofo por renombrado que fuera, sino á Dios y á sus profetas. Por último les esplicaba las Sagradas Escrituras, de las que era el intérprete más erudito.»

La obra de Orígenes que produjo los resultados más útiles fué su escrito contra el epicúreo Celso, que en tiempo de Adriano habia compuesto un *Discurso sobre la verdad*, en que combatia á los judios y á los cristianos; se vanagloriaba de haber leido sus libros, en los que hallaba motivos de desden y de calumnias, en lo que fué miserablemente copiado por los pretendidos filósofos del siglo XVIII. Orígenes confirmó la religion, menos con auxilio de argumentos que con hechos, discutiendo las profecias sobre los milagros de Jesucristo, que no negaba Celso, si bien los atribuia á la magia, y sobre los que se renovaban frecuentemente en la Iglesia. Le oponia especialmente el cambio de las costumbres, la continencia, el celo por la conversion agena.

Así como la escuela de Alejandria habia propendido á absorber el cristianismo en su filosofia universal, aquel Leibnitz de los primeros siglos pretendió adaptar el platonismo á la religion cristiana. Buscó el triple sentido á los relatos evangélicos, suponiéndoles uno místico; queria que contuvieran á la vez dos verdades, una histórica, otra moral, primer paso hácia la escuela protestante de los modernos exegetas de la Alemania, la cual pretende que hasta en los hechos de pura narracion no siempre rige el sentido literal. Mas nunca deja de ser difícil construir un sistema con materia llena de profundos misterios, estando colocada la fé mucho más alta que la ciencia, y no pudiendo el cristianismo por infinito que sea ceñirse á formas limitadas sin que la revelacion pierda en valor ó en poder espiritual.

Viajando por la Acaya para destruir las heregias fué ordenado sacerdote; pero cuando se supo que era eunuco, y escluido de consiguiente de las sacras órdenes por los cánones, se suscitó gran murmullo entre los fieles. Este motivo y tambien algunos errores diseminados en sus escritos determinaron (230) á Demetrio, obispo de Alejandria, á prohibirle en nombre de un concilio enseñar y residir en aquella ciudad; hasta le declaró depuesto y luego escomulgado.

Orígenes se descarrió principalmente en un tratado *De los principios* (21), en que negando la dua-

(20) *Quis nostrum tanta potest legere, quanta ille conscripsit?* SAN GERÓNIMO, Can.—*Nemo mortalium plura; ut mihi sua omnia non solum non perlegi, sed ne inveniri quidem posse videantur.* VICENTE DE LERINS, Com.—De La Rue, prior de San Mauro, publicó, ORIGENIS *Opera omnia quæ græce vel latine tantum extant*, en 4 tomos. Paris. 1733.

(21) Περὶ ἀρχῶν. No nos queda más que la traduccion

lidad del principio de las cosas, sostiene que Dios es bueno é inmutable, libres las criaturas y capaces del bien como del mal; pero va muy allá en las consecuencias, pretendiendo que proviene de su mérito la desigualdad de las criaturas. Dios, criador necesario porque es omnipotente, Señor y dueño, debió criar desde toda la eternidad séres que le presten obediencia; produjo en un principio algo pasivo que fué el asunto de las formas, es decir, la materia. En su orígen vivieron los espíritus (22) la vida divina, como inteligencias perfectas; y hallándose dotados como estaban de libertad variable, y entibiados en la caridad posteriormente, abusaron de la libertad algunos y se condenó su esencia, lo cual les hizo caer en el estado de almas encarceladas en diversos cuerpos proporcionados á su demérito (23). Los menos culpables animaron á los planetas, otros á los ángeles, otros á los hombres; de donde se sigue que la creacion entera es una gran caida, de la cual propende á levantarse pasando por diferentes estados, hasta que la misma materia sufra una trasformacion gloriosa. No teniendo las penas otro objeto que la correccion de aquel á quien son aplicadas, resulta de aquí la negacion de la eternidad del castigo, debiendo volver todo en la consumacion de los siglos á entrar en la unidad de donde saliera (*apocatastasis*).

Estos errores, la preexistencia y la caida personal, de que abjuró quizá, fueron reproducidos más tarde por los arrianos, que no dejaron de apoyar con esta autoridad sus nuevas sutilezas, y fueron entonces alternativamente sostenidas y refutadas. No sabia que hacer de los cuerpos después de la resurreccion y creia que se resolvian en una sustancia espiritual.

Aquel hombre de una vida irreprensible y que creyó siempre en la potestad de la razon, fué venerado por sus contemporáneos, que casi le consideraban como á un nuevo Platon. Le reputa la Iglesia como uno de sus más ilustres doctores, y San Gerónimo no vaciló en llamarle el *gran maestro de la iglesia, después de los Apóstoles;* diciendo que estaria pronto á tomar sobre sí los errores que le imputaban, con tal de que poseyera su sabiduria: Pero después moderó sus alabanzas, conforme veremos, porque si el modo de espresarse intrincado y confuso, la aparente refutacion, el lenguaje escritural y el respeto debido á un gran hombre no dejaron al principio observar sus errores, luego se vieron en él los gérmenes de las heregias de Arrio sobre el Verbo, de Macedonio sobre el Espíritu Santo, de Pelagio sobre la gracia, y de Nestorio y Eutiquio sobre la Encarnacion.

Todos estos se apoyaron en él, quizá porque no tuvo toda la precision que emana solamente de largos debates y controversias. Todo esto dará materia para hablar de él largamente, porque el origenismo, amen de los dogmas representa el contraste del cristianismo contemplativo oriental con el laborioso y mundano del Occidente.

Diferencia entre los P.P. griegos y latinos.— Se habrá podido notar una diferencia entre los padres latinos y los padres griegos; pues aunque el Oriente hubiera trasmitido al Occidente gran parte de su cultura intelectual, y recibiera de allí sus leyes y su gobierno, se diferenciaban, no obstante, en carácter, costumbres y creencia. Se servian de dos lenguas oficiales, y cada una de ellas tenia su literatura propia; adoraban á los mismos dioses, pero de diferente modo. Las personas ilustradas entendian, pues, predicar el cristianismo bajo la influencia de ideas distintas en Roma que en Nicomedia y en Alejandria; así fué combatido en estas diversas comarcas con armas diferentes. En parte habia sido la lengua causa de que la metafísica y la filosofia sublime jamás prosperaran en Roma, mientras que la sana inteligencia y el espíritu práctico se desarrollaron allí hasta el más alto punto en la legislacion. Los apologistas latinos conservan algo de la fiereza romana: tirantes, obstinados desdeñan humillarse y transigir con el enemigo, y hasta emplear contra él otras armas que las suyas propias; así descuidan las galas de la elocuencia, los recursos de la lógica, las reminiscencias de una literatura á que tenian aborrecimiento. Aun se hallaba floreciente en Grecia la cultura intelectual cuando apareció el cristianismo, lo cual hizo que encontrara allí enérgica resistencia. Muchos padres griegos habian pasado como San Clemente de una filosofia á otra, buscando un objeto á la vida, una regla á las acciones, hasta el momento en que con la misma intencion se aproximaron al cristianismo; habian satisfecho su espectativa y habian bajado al palenque, ceñidos á semejanza de David con la espada del gigante.

Hasta el enemigo que unos y otros tenian que combatir era diferente. Roma, para quien la religion y el Estado son una misma cosa, no sabe condenar rigurosamente al cristianismo, sino declarándole enemigo del género humano, es decir, del imperio: su genio legal decreta y mata, no discute: por su parte oponen rigor á rigor los apologistas: contentándose con esponer el dogma y atenerse á la letra escrita. Al revés los griegos se han visto arrancar las instituciones de sus antepasados sin dejarles más que el recuerdo de sus antiguas glorias; el gusto de la discusion y de las sutilezas se ha arraigado y connaturalizado entre ellos, y á esto se debe que

---

hecha por Rufino, alterada con frecuencia, segun propia confesion, como veremos en el libro siguiente, capítulo XI.

(22) Para él no es incorporeo el espíritu. Escribe *Contra Celso*, lib. I. «La naturaleza de Dios es la única que vive con independencia de la vida corporea... El alma invisible é incorporea por su naturaleza no puede existir en lugar alguno corporeo sin necesidad de un cuerpo adecuado á la naturaleza dicho lugar.»

(23) Si bien en otras obras se contradice, aquí sienta que la materia se sutiliza tanto más cuanto más se ama á Dios; de donde se sigue lógicamente la absorcion panteística.

fastidiados de examinar maduramente las añejas cuestiones sofísticas y metafísicas, se lanzan con avidez á lo que brinda nuevo pasto, al más vital alimento. Pero los retóricos y los sofistas ciegamente adictos á las doctrinas de escuela, consideran á los cristianos como innovadores insensatos y peligrosos, que rechazando las ideas unánimemente admitidas, y desconociendo la autoridad de la tradicion, sumen la conciencia humana en la incertidumbre. Así á la par que en Roma enviaban los magistrados á la muerte, examinaban y discutian los sabios de Grecia, lo cual obligaba á los apologistas á entrar en minuciosos detalles, á admitir la objeccion capciosa, á batir en brecha las sutilezas paradójicas Conociendo cuanto poder ejerce la libertad de la palabra, pedian solo que en la discusion de la verdad no interviniera la fuerza.

Especulativo por su índole el genio griego, prendado de toda cultura intelectual, pregona los servicios hechos por la filosofía: organizador por esencia el genio romano, señala sus abusos y la declara inhábil para fundar un órden de cosas real y efectivo: tiende á establecer la sociedad espiritual y su gobierno por medio de instituciones. Por eso los papas se aplican especialmente á mantener y á desarrollar la constitucion cristiana, á moderar la vivacidad de los espíritus, hasta que todo lo que se enlaza con la fé quede completamente consolidado.

A veces los doctores griegos y latinos aparecen más anhelantes por derribar al enemigo que por ilustrarle, no teniendo por falta emplear argumentos y hechos que la crítica rechaza. No es, pues, difícil descubrir en sus obras algun lado débil ó poner en ridículo la insistencia con que impugnan las objecciones pueriles (24), es señalar las exageraciones parciales á que arrastra toda gran lucha de doctrinas. Pero si no se tiene en cuenta la clase de enemigos á quienes tenian que combatir, se les podrán dirigir todavia más censuras, y especialmente la debilidad, cuando se sirven de armas adecuadas á sus adversarios. Entre estos, unos lo niegan todo al estilo griego; otros á la oriental se fundan en ciertas tradiciones antiguas cual lo hicieron los protestantes del siglo XVI, que por oposicion á los católicos, combatian toda autoridad, al paso que pretendian establecer una para su peculiar uso. Convenia, pues, á los padres probar á los racionalistas griegos que no era posible llegar á la verdad con la filosofía independiente; á los orientalistas que reposaba sobre la autoridad de la tradicion el cristianismo y no el paganismo. Se necesitaba, pues, recurrir á un sistema de argumentacion diferente; si no se presta atencion á aquellos contra quienes se debia hacer uso de este sistema, es fácil decir que el uno ó el otro era inoportuno.

Pero la filosofía que contempla las cosas bajo el aspecto más lato, vé á los Padres de la Iglesia abrir el camino de la sociedad moderna, aun colocándose en el terreno de la antigua. Combatiendo ésta ponen de manifiesto sus secretos y sus debilidades; revelan las vacilantes y contradictorias bases en que se apoya; al geroglífico oriental sustituyen el racionalismo cristiano, que en su magestuosa carrera lo abarca todo, y nada aventura sin probarlo: rasgan el velo de los oráculos, de las iniciaciones, y muestran la ignorancia del hombre acerca de las verdades más necesarias á su conducta, más caras á su corazon, más dulces á sus esperanzas.

Suyo fué el triunfo. Desde aquel tiempo cesaron los reyes de condenar á muerte á los cristianos, aunque no dejaron de combatirles: aun forma el voto de las personas honradas la libertad de la conciencia tal como Tertuliano lo pedia, no solo para el Senado, para una ciudad ó para una nacion, sino para todo el universo. Han caido en olvido las cuestiones debatidas por ellos; pero lucharon en favor de nosotros plebe sin leyes, sin fuerza, sin divinidad; á fin de que no fuéramos ya esclavos en las ergástulas, ó pasto de los leones, para diversion del pueblo rey, ó juguete de los sofismas de los filósofos y de los insolentes caprichos de los dominadores. Lucharon para que pudiéramos poseer el sentimiento de nuestra igualdad, y proclamarla como un derecho hasta que el tiempo la sancione y consagre como tal.

(24) Minucio Félix se ocupa en demostrar que se imputa falsamente á los cristianos adorar una cabeza de asno.

CAPÍTULO XXIX

PAZ Y CONSTITUCION DE LA IGLESIA.

Desde muchos años duraba la persecucion comenzada por Diocleciano, cuando inducido Galerio, sin duda por su enfermedad, á mejores sentimientos, publicó tanto en su nombre como en el de Licinio y Constantino un edicto concebido en esta forma (1.° marzo, 311): «Entre el número de las más asiduas solicitudes que hemos dedicado al bien público, contamos la de restablecer las cosas conformemente á la antigua disciplina romana, y la de atraer á los cristianos que, despreciando presuntuosamente las prácticas de la antigüedad, habian abandonado la religion de nuestros padres, y obstinándose en ciertas ideas, se daban leyes á su capricho y se reunian en lugares diferentes. En ejecucion de uno de nuestros edictos, que intimaba á todos no apartarse de las reglas de sus padres, han padecido muchos de ellos y otros han perecido. Viendo, no obstante, que la mayor parte persisten en su opinion obstinadamente, de manera que no quieren rendir á los dioses el culto que les es debido; por un efecto de nuestra clemencia y de la costumbre que siempre hemos tenido de hacer gracia á todos, les permitimos profesar libremente sus opiniones particulares y congregarse en sus conventículos, sin miedo de que se les perturbe, con tal de que conserven el debido respeto á las leyes y al gobierno establecido. Esperamos que nuestra indulgencia impulsará á los cristianos á rogar á Dios por nuestra prosperidad y salud, y por la de la república (1).»

Todavia se trata aquí con desden la opinion poco antes perseguida, si bien á lo menos es tolerada. Entonces salen los confesores de los calabozos y de las minas; los apóstatas volvian á la penitencia; tornan á sus hogares los fugitivos, y pueden todos profesar libremente su fé y su culto volviendo á cantar su Dios fuerte que de las piedras puede hacer salir hijos de Abraham.

Sin embargo, á instancias de los paganos de Antioquia, Maximino II restringió en un principio la libertad de los cristianos, luego comenzó otra persecucion nueva, no solo con tormentos, sino publicando blasfemias atribuidas á Cristo y á sus sectarios. Aunque por un efecto de la soberana clemencia no debieran los cristianos ser condenados á muerte, sino (¡soberana clemencia!) solo mutilados de alguno de sus miembros, acontecia más de una vez que los ejecutores no temian escederse.

Al revés Constantino mereció el nombre de Grande por parte de todo el que honra á un príncipe en virtud de admitir ideas nuevas, combatidas vanamente durante mucho tiempo. Acaso ignoraba entonces las doctrinas cristianas; á lo menos es cierto que distaba mucho de ajustar á ellas sus acciones. En 308, después de su victoria sobre los francos, rinde gracias á Apolo, á quien hace magníficas ofrendas (2). Eusebio, su eterno panegirista, cuenta que á su partida con direccion á Italia se puso á deliberar acerca del Dios que escogeria (3), y que después del milagro del *Lábaro*, envió á buscar doctores cristianos para ser instruido por ellos. Pero tenia delante de sus ojos el ejemplo de la piadosa Elena, su madre; y el de su padre, que toleró á los cristianos y les brindó asilo, aunque por condescendencia á Diocleciano les vedara la pública profesion de su culto. Por otra parte cuando sus rivales aspiraban á grangearse el favor

(1) Este edicto nos ha sido trasmitido en griego por Eusebio, VIII, 17, y en latin por LACTANCIO, *De morte persecutorum*, 34.

(2) *Panegyrici veteres*, p. 215.

(3) *Vita Constantini*, c. 28.

popular secundando los furores de los gentiles, la política aconsejaba á Constantino apoyarse en los cristianos, menos numerosos, si bien dotados de juventud y de aquella fuerza que anima á los reformadores. Ahora bien, un espíritu hábil podia vaticinar que acabarian por arrastrar en su ímpetu la inercia pagana, y quedarian en pié sobre los escombros de la idolatria. Constantino, que les conocia por haberlos visto de cerca, no podia temer su ambicion, ni los delitos de que se les acusaba por boca de los que juzgaban apoyándose en falsos rumores, ó cediendo á las inspiraciones de la ira.

Eusebio ha intentado representar la lucha de Constantino contra Licinio como una religion; pero en realidad cada uno de los dos emperadores aspiraba á reinar solo; aunque Licinio escitara á los suyos contra Constantino, presentándole como peligroso para los ritos paternales y la constitucion antigua. Lidiaron de consiguiente, y triunfante Constantino hizo brillar sobre la cruz la aureola de la victoria.

Tolerancia de Constantino.—Pero el paganismo tenia por puntales los sacerdotes, la aristocracia, los cuerpos municipales, que habian provocado la persecucion amenudo, una porcion de magistrados y de generales. Roma, á la que permanecian enlazados muchos personajes de alta categoria por el recuerdo de los antiguos arúspices y por la larga sucesion de sus pontífices, por un dócil impulso los libertos y los esclavos, era considerada como glorioso centro de la religion. Para el vulgo las ceremonias del culto, los juegos, servian de ocupacion y de recurso más bien que de divertimiento. Acudia desde las provincias la flor de la juventud á aquella sentina de todas las supersticiones, como la llama San Gerónimo, y adquiria en los templos, en los teatros, en las escuelas, odio al nombre cristiano. Ya era, pues, mucho que el emperador tolerara la nueva religion concediéndola una libertad igual á la del antiguo culto, sin correr de súbito las eventualidades de un cambio que hubiera trastornado el Estado (4).

No obstante á fin de preparar los ánimos descuidó algunos ritos nacionales: no celebró los juegos seculares en 314: no estorbó que se celebraran los juegos capitolinos, á que hubiera debido asistir rodeado de los pontífices y del Senado, á la cabeza del ejército, pero hizo mofa de ellos (5).

Mucho horror debia inspirar á los romanos aquella conducta de un sucesor de Augusto, poniendo á la par con el culto romano una religion poco antes proscrita, eximiendo á los sacerdotes cristianos de las cargas municipales como lo estaban los de las divinidades nacionales (6), y prohibiendo á los ciudadanos trabajar el dia del Señor, á los jueces y á los demás funcionarios ocuparse en otra cosa que en la emancipacion de los niños y de los esclavos (7). Luego que Constantino se halló desembarazado de sus cólegas y de sus rivales, y cuando la traslacion del trono imperial á Bizancio le libertó de la recelosa oposicion de los romanos, favoreció sin rebozo á los cristianos y colmó á la Iglesia de donativos. Viósele asistir en pié de las predicaciones de los obispos, presidir los concilios y tomar parte en las discusiones.

Háblase de una ley por cuyo testo prohibia el culto de los ídolos; pero sin duda concernia solamente á los desórdenes (τὰ μύσαρα τῆς εἰδωλολατρείας) y á los sacrificios en las cosas particulares. Por lo demás decia en un edicto: «Consiento que los que aun están sumergidos en los errores del paganismo disfruten del mismo reposo que los fieles. La equidad de que se usará respecto de ellos y la igualdad de trato con unos y otros contribuirán á ponerlos en el buen camino. No se molesten uno á otro; escoja cada cual su culto como le plazca; tengan los que sustraigan á vuestra obediencia, si tal les cumple, templos consagrados á la mentira; no se inquiete á nadie por su creencia: el que goce de la luz aprovéchese de ella segun su poder para iluminar á los demás, si no lo consigue, déjeles en reposo. Una cosa es combatir para adquirir la corona de la inmortalidad y otra usar de violencia para obligar á alguno á abrazar una religion (8)». De consiguiente, lejos de declarar la guerra al paganismo, conservó á semejanza de sus sucesores el título de soberano pontífice, y en calidad de tal determinó el modo con que convenia consultar á los arúspices cuando caia un rayo sobre un monumento público: mandó cerrar los templos cerca del Líbano y Heliópolis de Siria, convertidos en foco de libertinage: declaró vigente la ley de las XII Tablas sobre los augures secretos (9), prohi-

---

(4) Constantino escribia á Arrio: «Estoy persuadido de que si fuera tan venturoso que indujera á todos los hombres á adorar á un mismo Dios, este cambio de religion produciria una revolucion en el gobierno.» Y añade que procura consumar este proyecto *sin meter mucho ruido*. EUSEBIO, *Vita Constantini*, lib. II, 65.

(5) Zósimo le imputa esto á gran delito, II, 7 y 30.

(6) *Código Teodosiano*, XVII, tít. 2, 2.

(7) *Código Justiniano*, III, tít. 12, 3.

(8) EUSEBIO, *Vida de Constantino*, II, 56.

(9) El tratado de Jámblico sobre los misterios egipcios supone una diferencia entre la adivinacion legal y pública y la profana y secreta; semejantes en su objeto, aunque en los medios distintos. Llamaban los griegos á la primera teurgia, y á la segunda goetia. La magia teúrgica propendia á perfeccionar el espíritu y á purificar el alma, segun las ideas de entonces; y el que por su medio llegaba á la *auptosia*, es decir, á tener un comercio íntimo con los dioses, creia participar de su omnipotencia.

La magia goética ó hechiceria, era profesada por hombres en relacion con los espíritus malignos, y pasaba por perversa, como propendente á las malas acciones ó ausiliar de ellas. Se creia que los que la practicaban moraban en subterráneos; y en las tinieblas de la noche consumaban, segun se dice, ritos profanos con víctimas negras, huesos de

biendo toda práctica religiosa que no se verificara á la luz del dia, á la par que exhortaba á cumplir los ritos solemnes (10). Confirmó á los flámines perpetuos y á los decenviros la exencion de ciertos cargos (11); además permitió que le representaran en ciertas medallas con títulos de idolatria y con las imágenes de los dioses; luego, á su muerte, se hicieron sacrificios segun el antiguo uso, colocándole en la categoria de los dioses. Tan lejos estaban los gentiles de creer que hubiera destruido el culto nacional, y de presagiar que no tardaria en triunfar la verdad apenas estuviera en actitud de combatir al error con armas iguales.

Lucha prolongada.—Por su parte la Iglesia no creyó definitivamente conseguida la victoria: al revés se apresto á combatir con más fervor que nunca la resistencia que le oponian la política en Occidente, las doctrinas en Oriente. ¿Debe causar estrañeza que fuera larga la batalla? Científica en un todo la filosofia griega, se aplicaba más á investigar la verdad que á regular las acciones, y aun aquellos que propendian á este objeto solo tenian en cuenta al menor número, como en los estóicos y en los neoplatónicos se observa. Por el contrario el cristianismo se presentaba como una doctrina, no científica y especulativa, sino práctica en su esencia. Se proponian por objeto cambiar la condicion moral, gobernar la voluntad y la existencia: no se inclinaba, pues, á operar sobre la opinion con ayuda de la sociedad, sino sobre la sociedad misma penetrando en las creencias, y por estas en las leyes, como un elemento indestructible. En revoluciones de esta especie lejos de pararse el movimiento en la superficie, se insinua en las ideas y modifica las acciones: se desliza en el hogar doméstico y se estiende á la sociedad entera; estrecha los lazos de la familia y los del Estado, cambia sus resortes. De este modo la opinion nueva halla que tiene en frente un órden legal que derrocar, afectos que combatir, costumbres inveteradas que desarraigar, juicios consagrados por el tiempo de que necesita renovar el debate.

Es menos difícil triunfar de todos estos obstáculos cuando los innovadores llevan consigo una organizacion enteramente preparada y completa, una legislacion en armonia con los dogmas de que brindan enseñanza, como Dario trasladando á los medos la religion de Zoroastro, ó los españoles la fé católica al pais de los americanos. Pero cuando al proponerse el cristianismo, sociedad espiritual, convencer á los entendimientos y hacer rectos los corazones, más bien que destruir las relaciones y la condicion esterior del hombre, salió del estrecho círculo de las iglesias, sin poseer ninguna teoria social que pudiera ofrecer á los emperadores convertidos, se halló reducido á las inevitables vacilaciones de un aprendizaje.

Sin embargo, los sucesores de Constantino encontraron en el Evangelio y en los consejos de la Iglesia con que mejorar en la parte moral las leyes, establecer la indisolubilidad del nudo conyugal, restringir la autoridad de los padres y de los esposos, proteger la caridad y suavizar la condicion de los esclavos. Pero á la par que el espíritu de la legislacion civil se hacia cristiano, la administracion del imperio proseguia pagana. Identificado como antes el soberano con el Estado, continuó poseyendo una autoridad sin límites que aseguraba á sus vicios un influjo inmenso: no cesaron de reinar las malas costumbres en la corte, teatro de las intrigas de los eunucos y de los cortesanos, y las creencias evangélicas fueron falseadas por el despotismo de teólogos coronados.

Fuerza es añadir á esto la obstinacion irreflexiva de muchas gentes en no separarse de las creencias de sus padres; la inevitable necesidad de dejar subsistentes ciertas formas gubernamentales, único apoyo de la constitucion minada en sus cimientos; los numerosos desastres que cayeron sobre el imperio; por último las discordias intestinas que agitaron á la misma Iglesia: entonces se comprenderá porqué el dia de su triunfo definitivo asomó tan lentamente, porqué se mezclaron estraños elementos á su realizacion visible.

Cuando posteriormente dieron los bárbaros el golpe de gracia á añejas instituciones, nada quedó en pié más que la gerarquia eclesiástica y la sociedad cristiana. Luego cuando el órden legal sugerido por las necesidades de las pequeñas tribus no bastó á los invasores, dueños de tantas provincias, se apresuró el cristianismo á brindarles uno nuevo. Solo entonces pudieron introducirse en los gobiernos los máximas evangélicas del amor del prójimo, de la fraternidad humana, de una justicia, y de una moral superiores á todo derecho positivo, de la obediencia debida por los príncipes como por los súbditos al Criador.

No nos adelantaremos á los tiempos para señalar los acontecimientos que se cruzaron delante de esta obra, y estorbaron arrancar enteramente los gérmenes renacientes de contínuo, del egoismo y

---

muerto y cadáveres enteros; á veces buscaban tambien el porvenir en las entrañas de los niños y de los hombres.

Esto acontecia en Grecia: probablemente seria lo mismo en Roma, puesto que además de los augures públicos, respetados por la ley y por la opinion, habia hechiceros, magos, adivinos, astrólogos, que inducian á la supersticion por medio de prácticas criminales que la ley condenaba.

Se sentenciaba á estos últimos á la pena de muerte conforme á la ley de las XII Tablas; Tiberio *haruspices secreto ac sine testibus consuli vetuit* (SUETONIO, 63): Diocleciano declaró que *ars mathematica damnabilis est, et interdicta omnino* (Código Justiniano, IX, 8, 2) y precisamente contra esto va el sentido de las leyes de Constantino.

Véase en las *Memorias de la Academia de Inscripciones*, tomo VII, BONNAMY, *Analogia de la magia con la teologia pagana*.

(10) *Adite aras publicas atque delubra, et consuetudinis vestræ celebratæ solemnia; nec enim prohibemus præteritæ superstitionis officia libera luce tractari.* Código Teodosiano, IX, 16, 1.

(11) *Código Teodosiano*, XXII, 1, 21.

de la tirania pagana. Además, después de haber considerado aquí la esencia misma del cristianismo, nos resta observar la forma esterior que resulta de ella, es decir la Iglesia (12).

Gerarquia eclesiástica.—Una doctrina verdaderamente católica, cuya identidad corria riesgo de ser destruida por el menor desvio de la fé comun. debia necesariamente constituir un sacerdocio de modo que perpetuara la conformidad rigurosa de las creencias en el número infinito de los Estados, donde se hallaba diseminada la comunidad espiritual, Estados independientes, distintos por la variedad de los lugares, de las razas, de los idiomas. Si así como son múltiples los gobiernos temporales, se hubiera atribuido un clero particular cada pueblo ¿cómo se hubiera llegado á concordar entonces acerca de la interpretacion de los sagrados testos? ¿Cómo se hubiera precisado la tradicion sin dejarse llevar ora de la vanidad nacional, ora de un despotismo caprichoso, ora de la ignorancia que produce el aislamiento? Era, pues, indispensable la unidad del sacerdocio para que las diversas comunidades civiles se unieran en una sola asociacion espiritual y para obtener una civilizacion universal, tanto de hecho como de nombre.

De este modo se halla asegurada la autoridad eclesiástica al lado de la autoridad temporal sin que la una amenace á la otra. No formando más que un solo cuerpo donde quiera, los miembros de la sociedad espiritual, se sostienen, y vigilan mútuamente siempre que se trata de derechos y deberes comunes; y si en un pais el miedo ó la corrupcion les hace caer en el error, los de los demás se alzan al punto para tornarles á las tradiciones primitivas, para fortificar las conciencias vacilantes, y para oponer á la voluntad de los fuertes la barrera más sólida, más legal, la única que puede reducirles á no reinar más que sobre los cuerpos, dejando en plena libertad las almas y los entendimientos.

Por lo que hace á los pueblos se hallan sometidos á una autoridad que no impone la fuerza, sino de tal especie que el espíritu pueda inclinarse ante ella sin que se envilezca, puesto que obliga y no fuerza.

El órden esterior de la Iglesia emana de los israelitas, solo que está perfeccionado. Sustituye á los levitas de la antigua ley el nuevo sacerdocio, que comenzando por la comunicacion del Espíritu Santo en los Apóstoles, se continua en sus sucesores. Este sacerdocio toma el nombre de *clero*, es decir, herencia, porque como la tribu de Leví, tiene por herencia el servicio divino.

Con el sacerdocio se introdujo una distincion desconocida de los griegos y romanos entre eclesiásticos y seglares; distincion que se halla entre los cristianos desde su orígen. Los sacerdotes destinándose al servicio especial de Dios, recibian su mision y su dignidad de los obispos por la imposicion de las manos. No comunicaron los Apóstoles igual poder á todos los eclesiásticos, sino que nombraron á algunos sacerdotes *(ancianos)*, á otros obispos *(mayordomos)*, y aunque se dé á veces el título de sacerdote á estos en razon de las funciones que ejercian, jamás se verifica lo contrario, digan lo que quieran aquellos que suponen que el episcopado es una usurpacion ambiciosa. San Ignacio suministra una prueba de que la gerarquia se hallaba establecida desde los primeros tiempos, cuando exhorta á los de Magnesia á obrar en union con su obispo representante de Jesucristo, con los sacerdotes representantes de los Apóstoles, y con los diáconos encargados del cuidado de los altares; gradacion confirmada por los escritores sucesivos.

Cada comunidad no tenia más que un obispo, en cuya unidad se reproducia la de la Iglesia (13). Mientras vivieron los Apóstoles fueron los obispos sus coadjutores en los trabajos evangélicos; enseguida fueron sus sucesores como depositarios de la pureza de la doctrina y de la plenitud del sacerdocio. *Cristianos para sí, obispos para los demás* (14), no revelaba su categoria ningun distintivo en su vestidura, y continuaban las obras á que se habian acostumbrado desde un principio: vivian frugalmente, ganándose la subsistencia con el trabajo de sus manos (15), presidiendo los ritos y la enseñanza, terminando las diferencias que repugnaban los fieles llevar ante los tribunales laicos, infestados de fórmulas paganas. No procuraban sustraerse á la más mínima funcion del sacerdocio, como consolar, socorrer, proteger, ni otro deber que la religion cristiana impone á aquellos á quienes eleva. Todo nuevo obispo comunicaba su eleccion á sus hermanos por medio de cartas pastorales (γράμματα κανωνικὰ) en las que hacia profesion de su fé; los unos á los otros se participaban después la lista de los excomulgados, á fin de que ninguno de estos se trasladase á otras iglesias, y daban cartas de recomendacion (*literæ formatæ*) para los fieles de la propia diócesis que viajaban. De este modo multiplicaba sus relaciones la universidad cristiana, y habia encontrado uno de los medios de civilizacion más poderosos.

---

(12) San Agustin define la Iglesia *populus fidelis per universum orbem dispersus. In Ps.* XLIX. Después del cisma de Oriente fué definida la Iglesia, «una asamblea de personas unidas por la profesion de la misma fe cristiana, y por la participacion de los mismos sacramentos, bajo la suprema guia del papa, primer vicario de Cristo.» Casi da la Iglesia griega la misma definicion, pasando en silencio, la unidad del jefe visible. La Iglesia protestante, se llama *congregatio sanctorum in qua evangelium recte docetur, et recte administrantur sacramenta.* Confessio Augustana, art. VII, Los socinianos dicen: *Ecclesia visibilis est cœtus eorum hominum, qui doctrinam salutarem tenet et profitentur.* Catech cracoviensis, p. 108.

(13) *Unde scire debes episcopum in ecclesia esse, et ecclesiam in episcopo; et si qui cum episcopo non sint, in ecclesia non esse.* Cipriano, *Epist.* 69.

(14) San Agustin, *Serm.* 359.

(15) San Epifanio, *in Har.*, lib. 4.

La iglesia de Roma á la ventaja de encontrarse en la primera ciudad del mundo unia la gloria de haber sido fundada antes que otra alguna entre las iglesias de Occidente y por el más insigne de los Apóstoles; haber sido regada con su sangre y con la de San Pablo; lo cual hacia considerar de buen grado á su obispo como al jefe de la gerarquia, aunque los demás patriarcas promovieran de vez en cuando pretensiones en contra.

Los papas.—Siendo la supremacia del obispo de Roma el punto capital de la constitucion católica, todos los disidentes, y hasta muchos católicos, se alzaron para negarla ó restringirla. Sin entrar en esta cuestion, diremos que el viage de San Pedro á Roma está atestiguado desde los primeros siglos, y que á contar de aquella fecha, ejercian los obispos de Roma, en ciertos casos, una jurisdiccion sobre los demás obispos: de esto dan fé diversos pasages de los padres, y especialmente el concilio de Sárdica (16), que permite á los prelados apelar de la sentencia sinodal al obispo de Roma (347). Sin embargo, esta supremacia era más bien de órden y de dignidad que de poder ó de jurisdiccion, á lo menos en la práctica (17). Cuando la Iglesia universal fué legalmente reconocida, y pudo congregar sus representantes y promulgar sus decretos por todo el imperio, se fundó la autoridad de la santa sede en actos legítimos emanados de la potestad eclesiástica y confirmados por el poder civil. Graciano y Valentiniano I ordenaron que todo obispo pudiera apelar ante el pontífice de Roma contra las sentencias del metropolitano, quien en este caso debia esplicar los motivos de su decision. Valentiniano III, á pesar de la oposicion de San Hilario, obispo de Arlés, quiso que los obispos estuvieran obligados á someterse al fallo emanado del papa de la ciudad eterna (18). El concilio de Calcedonia pidió á San Leon la confirmacion de sus decretos; los obispos de Oriente escribieron al papa Simaco, reconociendo que las ovejas de Cristo habian sido confiadas al sucesor de San Pedro *en todo el mundo habitado*: los del Epiro solicitaron de Hormisdas que aprobara la eleccion que acababan de hacer de un obispo. Este papa redactó un formulario que los obispos hubieron de trasmitir firmado por ellos á los metropolitanos, estos á los patriarcas, los patriarcas al pontífice, como símbolo de la unidad que aceptaron las iglesias de Oriente (318), apresurándose á merecer la comunion de la sede apostólica, *en la cual reside la verdadera y entera solidez de la religion cristiana*. Más tarde veremos lo que contribuyó todavia más á consolidar la supremacia papal aun esteriormente.

Patriarcas.—En los primeros siglos no conocia la Iglesia otros patriarcas que los obispos de Roma, de Alejandria y de Antioquia. «Estos tres antiguos patriarcas, escribe Gregorio Magno, están sentados sobre una misma y sola cátedra apostólica: ejercen una supremacia que han heredado de San Pedro y de la iglesia de Cristo, fundada en la unidad, dando un jefe único para presidir las tres sedes principales de las tres ciudades reales, á fin de que estuvieran ligadas con el indisoluble nudo de la unidad, y enlazasen íntimamente á las demás iglesias con el jefe divinamente instituido para ser la cima de la unidad entera.» Estos patriarcas dependian del de Roma, en atencion á que San Pedro fué el que ordenó á San Evodio y á San Ignacio, patriarcas de Antioquia, y á que San Marcos fué enviado por él á fundar la sede de Alejandria. Pero á su vez los patriarcas ejercian su autoridad sobre los metropolitanos y sobre los obispos de toda la provincia (19): les ordenaban, recibian la apelacion de sus sentencias, convocaban los sínodos, y fallaban las causas importantes. Los gloriosos recuerdos que se enlazaban al nombre de Jerusalen hicieron que se estableciera allí luego un patriarca, que después de la destruccion de la ciudad se trasladó á Cesarea. Tornó á Jerusalen en tiempo del concilio de Calcedonia, y tenia bajo su direccion la Arabia Petrea y las tres Palestinas. Tambien fué elevado á esta dignidad el obispo de Constantinopla, cuando esta ciudad llegó á ser sede del imperio. El de Aquilea obtuvo en tiempo del cisma por los Tres Capítulos el mismo título, y lo trasmitió posteriormente al obispo de Venecia.

En Oriente gobernaban otros dignatarios bajo

---

(16) Can. 3, 4, 5.

(17) «La supremacia monárquica del supremo pontifice... no fué sin duda en su orígen lo que algunos siglos después; pero precisamente en esto se muestra divina, porque todo lo que existe legítimamente y se prolonga en el trascurso de los siglos, existe primero en gérmen y se desarrolla sucesivamente.» DE MAISTRE, *Del papa*, cap. 6.

(18) *Hoc perenni sanctione decernimus, ne quid tan episcopis gallicanis quam aliarum provinciarum contra consuetudinem veterem, liceat sine papæ urbis æternæ auctoritate tentare, sed illis omnibus pro lege sit quidquid sanxit vel sanxerit apostolicæ sedis auctoritas, ita ut quisquis episcoporum ad judicium romani antistitis evocatus venire neglexerit, per moderatorem ejusdem provinciæ adese cogatur.* Cod. Teod., año 445.

Siendo esta supremacia el fundamento de la unidad católica, todos los que se apartaron de ella debieron combatirla. Objetaron, pues, que el decreto de Graciano se referia al cisma de Ursicino, alegando que solo para este caso particular habia estendido el emperador la jurisdiccion del obispo de Roma á todos los lugares donde se habia propagado el cisma. En lo concerniente al concilio de Sárdica y el decreto de Valentiniano III como es imposible no ver allí el reconocimiento de la supremacia papal, pretendieron que el primero solo se componia de obispos de Occidente, y que el emperador no podia promulgar leyes que obligaran al Oriente.

(19) «Pensamos que como ordenais á los metropolitanos por vuestra *autoridad propia* no debeis permitir que otros nombren obispos sin vuestra aprobacion y noticia.» *Epístola* de Inocencio I á Alejandro, patriarca de Antioquia.

el nombre de *católicos* las iglesias principales fuera del imperio, como las de Armenia, de Persia, de Abisinia, teniendo su sede en Sis, en Seleucia, en Axo: recibian la investidura eclesiástica de los patriarcas de Antioquia ó de Alejandria; y una vez instituidos ejercian la misma jurisdiccion que los patriarcas, reuniendo los concilios, consagrando y juzgando á los obispos, dando la solucion de las controversias, delegando vicarios y exarcas á las provincias distantes.

Se llamaban vicarios apostólicos los legados enviados por el papa con poderes estraordinarios para mantener ó restablecer el órden y la union de la Iglesia, instituir obispos y monasterios en paises recien convertidos. Eran diputados los exarcas con las mismas atribuciones, por los patriarcas, y en los puntos donde no existian estos les suplian los primados, que tenian bajo su dependencia los metropolitanos de todo un pais ó reino, y que residian en las ciudades donde se hallaban los vicarios imperiales. En 417, el papa Zósimo confirió el título de primado de las Galias á Patroclo de Arlés, con el derecho de ordenar á los obispos de la Narbonense y de la Vienense, de fallar sobre sus diferencias, de delegar la decision de los negocios á personas de su eleccion, reservando sin embargo á la santa sede las causas de mayor importancia. En lo sucesivo quisieron las demás iglesias hacerse independientes de la de Arlés, y en consecuencia de esto Francia acabó por tener ocho primados, á saber: los obispos de Arlés, de Viene, de Narbona, de Lion, de Sens, de Bourges, de Burdeos y de Ruan. En Italia las principales sedes estaban en Roma y en Milan. En la España Citerior, Tarragona; en la ulterior, Sevilla; en el pais de los suevos, después Portugal, Braga; Cantorbery, en Inglaterra; Armagh, en Irlanda; San Andrés, en Escocia; Maguncia, en Germania; Gnesne, en Polonia; Upsal, en Suecia; Lundel, en Dinamarca; obtuvieron en diferentes épocas un primado, con diferentes privilegios políticos y espirituales.

Sacerdotes.—En el orígen los presbíteros, estraños al culto y á la instruccion religiosa, eran ancianos encargados por los obispos de la vigilancia de las buenas costumbres y de la administracion de los intereses temporales; en lo sucesivo vinieron á ser sus ayudantes y consejeros, y ordenados por la imposicion de las manos, dirigian las oraciones, celebraban el santo sacrificio. Cuando los obispos no podian hacerlo, bautizaban, imponian la penitencia, si los casos eran urgentes; tambien á veces administraban la palabra (20). No se pedia la ordenacion como el bautismo y la penitencia· sino que la reclamaba el pueblo para aquellos que le parecia merecerla, ó bien eran elegidos por el obispo con el asentimiento de los fieles, á veces hasta contra la voluntad del elegido (21).

Nombraron los Apóstoles en Jerusalen, antes de haber comunicado el sacerdocio, siete diáconos que propagaban la verdad, recibian y distribuian las limosnas de los fieles, llevaban los mensajes de una á otra iglesia, y regulaban la disciplina.

Ordenes inferiores.—Cuando la Iglesia hubo obtenido la paz, fueron instituidas sucesivamente las órdenes inferiores de los subdiáconos, de los acólitos, de los lectores, de los exorcistas, de los hostalarios y de los clérigos ó heraldos. No eran, sin embago, grados necesarios como actualmente, y cada uno permanecia en su puesto mientras placia al obispo, siendo diversas las tareas en la casa de Dios. A imitacion de la complicadísima gerarquia introducida entonces en el imperio por Constantino, los clérigos inferiores fueron multiplicados hasta el esceso; de tal modo que en Alejandria habia seis mil *parabolanos* para visitar á los enfermos y mil cien *copiatos* en Constantinopla para abrir sepulturas. Al mismo tiempo se instituian las nuevas dignidades de archiprestes, archidiáconos, cartularios, notarios, sincelos. Se regulaba la elevacion por grados y por intérvalos; cada grado tenia diferente traje y tonsura, el celibato era más rigurosamente exigido, y se prohibia á los eclesiásticos ciertos oficios así como ciertas ocupaciones seculares.

Bienes.—La comunidad de bienes, posible en una sociedad de estrecho círculo, dejó de ser oportuna cuando se estendió la Iglesia: entonces pudieron los prosélitos conservar sus propiedades, y aumentarlas individualmente por el negocio, por la industria, por las sucesiones: solo estaban obligados á socorrer á sus hermanos indigentes, y á hacer una ofrenda en las asambleas hebdomedarias ó mensuales, para las necesidades del culto y de sus ministros, ó para obras pias. Una cuestacion en Cartago produjo en un instante 100,000 sextercios destinados á rescatar á los hermanos de Numidia, reducidos á esclavos por los bárbaros del desierto (22). Sin embargo, como las leyes imperiales prohibian á los colegios y á las corporaciones poseer bienes raices sin una autorizacion del emperador ó del Senado, las iglesias no tuvieron bienes inmuebles hasta fines del siglo tercero. Recogia el dinero el obispo, quien lo distribuia por medio de los diáconos segun las necesidades. Generalmente se dividia en tres partes, la primera para el sostenimiento del obispo y del clero, la segunda para el culto y para los banquetes de caridad, la tercera para los pobres, los viajeros, los esclavos, los presos, para salvar la vida y el alma de los niños espósitos, y especialmente para los que habian padecido ó padecian por la justicia. No ponian límites á la caridad la distancia de las provincias, ni la diversidad de las naciones, ni aun la diferencia de religion. La iglesia romana socor-

(20) *Sacerdotem oportet offerre, benedicere, præsse, prædicare, baptizare.* El Pontifical.

(21) *Quod plebs ipsa maximam habeat potestatem vel eligendi dignos sacerdotes, vel indignos recussandi.* San Cipriano, *Epist.* 67.

(22) San Cipriano, *Epist.* 62.

ria á los que estaban más lejos de ella (23). Juliano el Apóstata censura á los suyos porque no imitan á los cristianos que asisten á los pobres, aun cuando sean gentiles (24).

Escomunion.—Esta sociedad inerme enmedio de un mundo armado, sin tener á su disposicion ningun medio coercitivo, no castigaba á sus miembros viciosos más que escluyéndolos de su seno, como puede hacerlo toda congregacion respecto de cualquiera que falta á lo establecido. La primera escomunion fué fulminada en Corinto por San Pablo (25) El pecador escandaloso, el apóstata, el homicida, el herege, eran privados de la participacion en las oblaciones de los fieles y en sus oraciones: se huia de ellos como de séres manchados, hasta que espiaran sus culpas con una larga penitencia, haciéndose mejores y sirviendo á los demás de útil advertencia. Al principio no hacian los obispos más que denunciar á los escomulgados y cortar toda comunicacion con ellos, pero más tarde doce sacerdotes, teniendo cada uno de ellos un cirio encendido en la mano, le tiraban de repente al suelo y le hollaban con sus plantas: luego despojaban el altar de sus ornamentos, tendian la cruz en tierra, por último, pronunciada la escomunion por el obispo doblaba la campana á muerto y se proferian los anatemas. Si un escomulgado entraba en la iglesia se suspendia el oficio divino, y si se negaba á salir de ella abandonaba el altar el sacerdote.

Penitencias.—El que queria someterse á la penitencia se presentaba el primer dia de cuaresma modestamente vestido en el umbral de la iglesia, donde el sacerdote le echaba ceniza en la frente. Habia cuatro clases de penitentes; los llorosos, los oyentes, los prosternados, los consistentes. Escluidos los primeros del templo permanecian junto al umbral llorando, distantes de todos los fieles; podian los oyentes colocarse en el fondo de la iglesia, si bien solamente al ofertorio; eran admitidos los demás á la lectura y al sermon, después lo fueron al sacrificio, pero no á la comunion, y permanecian siempre separados de los otros, tocando la tierra con su frente; iban además vestidos de luto, desaliñados los cabellos, cubiertos de ceniza, y debian abstenerse de todo esmero, de baños, de ungüentos perfumados, de festines; además estaban obligados á vivir en la oracion y el ayuno y á llevar cilicio.

Imponia el obispo las penitencias y podia reducirlas en parte, aunque no eximir de ellas totalmente. Su duracion variaba segun las iglesias. Solian ser de dos años por el robo, de siete por la fornicacion, de once por el perjurio, de quince por el adulterio, de veinte por el homicidio; el apóstata no alcanzaba la absolucion sino en el artículo de la muerte.

Cumplida la penitencia ó reducida por medio de indulgencias alcanzadas por el mérito de los mártires y por la oracion de los hermanos, se presentaba suplicante en la iglesia el pecador arrepentido; entonces saliendo el obispo á la puerta entre doce sacerdotes, le preguntaba si queria someterse á la penitencia canónica; y después de confesar éste su pecado, implorando la correccion y prometiendo enmendarse, recitaba el obispo los siete salmos penitenciales, tocándole de vez en cuando con el báculo; luego pronunciaba la absolucion y el pecador corregido volvia entre sus hermanos. Habiéndose entibiado el celo de los fieles á medida que se aumentó su número, no fueron ya posibles las penitencias rigurosas. Se dividieron, pues, los pecados en públicos y en secretos, aquellos denunciados por la voz general, y estos confesados por el reo: y continuó respecto de los primeros la penitencia y la absolucion pública, y la secreta para los demás. Los obispos fueron después liberales en el ejercicio del derecho que les habian dado los concilios de moderar y permutar las penitencias, las cuales fueron así endulzándose poco á poco; y después del siglo VI, apenas se encuentra un ejemplar de rigurosa penitencia pública, excepto para delitos capitales. En Occidente oian la confesion los obispos, y en Oriente se valian de un penitenciario.

Monjes.—Hubo penitentes voluntarios, no menos maravillosos que los mártires, y eran los monjes que aparecieron en Oriente antes que en parte alguna. Se distinguian en cuatro clases; los *cenobitas*, que en comun vivian, comian y hacian sus ejercicios piadosos; los *ermitaños*, que vivian en grutas y cabañas separadas; los *anacoretas*, solitarios en el desierto; los *errantes*, que andaban mendigando de aldea en aldea, y distribuyendo signos de devocion, instrumentos de martirio y tambien más tarde reliquias.

Terapeutas.—Ya en la religion mosáica se habian visto personas piadosas que por entregarse más esclusivamente á la vida contemplativa, abandonaban su hacienda, su patria, y se retiraban á lugares desiertos. Aquellos solitarios pertenecian á los esenios y se llamaban en griego *terapeutas*: se fijaban principalmente en los alrededores del lago Meris en Egipto, en habitaciones separadas, si bien no tan distantes unas de otras, que no pudieran prestarse recíproco socorro contra los bandoleros. Vivian en la abstinencia, no tomando cosa alguna hasta después de ponerse el sol, y algunos cada tres ó seis dias solamente comian no más que pan con un poco de hisopo con sal. Su vestidura estaba en relacion con su régimen austero; oraban por la mañana y por la noche, y pasaban el resto del dia en leer, en meditar sobre los libros sagrados, en buscar alegorias, en componer himnos y en cantarlos. Congregábanse el sábado en oratorios comunes, donde separados por un muro de las mujeres, se sentaban por orden de edades, con las

(23) Dionisio de Corinto en EUSEBIO, IV, 23.
(24) *Epist.* 49, y LUCIANO, *Peregrin.*
(25) 1.ª *ad Corinthos*, V, 4 y 5.

manos ocultas sobre el pecho, la izquierda sobre la derecha; el de más edad y más instruido se levantaba y llevaba la palabra con tono sencillo y sosegado.

Cada siete semanas celebraban una fiesta y se reunian entonces, vestidos de blanco, para comer y orar juntos, admitiendo tambien á las mujeres y sentándose sin distincion ninguna. El profundo silencio que reinaba en aquellas asambleas se interrumpia de vez en cuando por uno de los asistentes que proponia alguna cuestion sencilla y la desenvolvia tambien sencillamente bajo el velo de la alegoría, en atencion á que consideraban las palabras como los cuerpos, y el sentido como el alma de la Escritura. Cuando habia terminado y obtenido aprobacion, entonaba el orador un cántico que repetian los demás á coro; sentábanse enseguida á la mesa, pero no se servia más que agua y pan ordinario é hisopo con sal. Enseguida empezaban otros cantos, luego una danza imitando el paso del mar Rojo, Después de haber pasado la víspera de la fiesta, á la naciente aurora, se volvian hácia Oriente y rogaban á Dios que les concediera con un dia venturoso, la verdad y el espíritu para entenderle. Luego cada cual se entregaba á sus ocupaciones habituales (26).

Ya fuera que los terapeutas se convirtiesen á la fé, ya que les imitaran los primeros cristianos, es lo cierto que hacian muchos fieles este género de vida en tiempo de San Marcos en los alrededores de Alejandria; gentes que indignadas de la ignominia del siglo, en vez de quedar con los demás para combatirlas, se separaban de ellos oponiendo pasiones austeras á pasiones impuras.

San Antonio.—Libre Pablo de Tebas de la persecucion de Decio vivió como solitario en la Tebaida. Treinta años después se retiró allí Antonio (251-336) nacido en Coma en el Egipto superior. Habia sido educado cristianamente por su opulenta familia; pero á fin de impedirle que se comunicara con los otros niños, no le enviaron á las escuelas, ni aprendió á leer y á escribir de consiguiente. Cuando perdió á sus padres recordó que Cristo habia dicho: *Si quieres ser perfecto vé y vende cuanto poseas, distribúyelo á los pobres, stgueme y tendrás un tesoro en el cielo.* Distribuyó, pues, sus tierras entre sus vecinos, vendió su mobiliario, y habiéndoselo repartido á los pobres, abrazó la vida ascética trabajando, orando, platicando con los ermitaños que tenian olor de santidad, y tomando, para hacerse mejor, ejemplo de sus virtudes. Estableció su residencia en una de las innumerables grutas, con que puede decirse que está socavado el territorio de Egipto, luchando con la carne y con el espíritu impuro; luego vivió muchos años en una fortaleza arruinada de la Tebaida, donde le echaban pan solamente dos veces al año. Fuera de su retiro á instancias de sus amigos les hizo una descripcion tan seductora de los bienes celestiales, que muchos de ellos le siguieron cuando tornó al desierto. Asi se trocó la vida eremítica en cenobítica; y de pronto el Egipto todo se llenó de monasterios, fundándose en donde quiera que un ermitaño ha doblado la rodilla. Parecen otras tantas ciudades sin familia, sin mujeres, hallando la union en el aislamiento; y acaso en su larga vida pudo ver el patriarca instalarse más de cien mil. Pero el cristianismo tenia menos tendencias á las prácticas monacales que á insinuarse en la sociedad, lo cual hacia que los mismos solitarios salieran de vez en cuando de sus ermitas para enseñar, y que sus ejemplos contribuyeran á corregir el vicio. Desprendidos de los cuidados mundanos y hasta de los de familia, no pensando más que en la salvacion del alma, buscaban la perfeccion mortificando el cuerpo para añadir claridad á las luces espirituales. Hallábanse poblados los desiertos de la Tebaida, de aquellos mártires voluntarios que se ejercitaban en obras piadosas y de penitencia, estudiando la moral, sin engolfarse en discusiones, sin desdeñar á nadie y aun casi sin hablar palabra; ni aun siquiera sabian leer muchos de ellos. Enseguida se juntaban para alimentarse con raices del desierto, para trenzar esteras y para oir á los decanos hacer la lectura de los libros sagrados, sobre cuyo texto prolongaban sus meditaciones solitarias. No pedian limosnas, pero tampoco las rehusaban: cierto número de ellos conservaban un pequeño campo, con la idea de que el trabajo era necesario para no estar á cargo ageno. Toda comunidad tenia su abad, y muchas comunidades juntas dependian de un archimandrita.

Antonio gobernaba aquellos monasterios como padre, y unas veces vivia con los *lauros* ó anacoretas en medio de los trabajos, cantos piadosos, estudios, ayunos, oraciones y contemplacion de los bienes futuros, oyendo las palabras de los demás, y esclamando con alborozo cuando hallaba alguna cosa útil: *Hé aprendido.* Otras veces se encaminaba á Alejandria á fin de confortar á las almas en el tiempo de la persecucion, ó bien se retiraba á apartadas grutas, ó cavaba la tierra, ó trenzaba cestas que daba en cambio de presentes que le hacian los que acudian á él para obtener consejos ó milagros.

Los jueces iban ó enviaban á pedir su parecer desde las ciudades; hasta el emperador y sus hijos le escribieron; y á los solitarios que manifestabau aquella admiracion demasiado frecuente con motivo de las condescendencias de los príncipes les decia: *Si admirais la dignacion de un emperador, polvo como nosotros, y que volverá á ser polvo, ¡cuánto más no debeis maravillaros de que nos haya escrito y hablado aquel que es monarca eterno!* (27)

(26) FILON, *De la vida contemplativa.*

(27) El mismo sentimiento respira este pasaje de San Juan Crisóstomo. «Si un grande de la tierra va á visitarlos, entonces principalmente se deja sentir la nada de todo lo

Tales eran los sentimientos de dignidad que le inspiraba aquella misma humildad que aconsejaba como primera virtud. Decia á sus discípulos: *Cuando callais, no creais que dais prueba de virtud, sino de que no sois dignos de hablar;* y habiéndosele manifestado en una vision cubierto todo el mundo de peligros; preguntó al Señor: *¿Quién podrá evitar tantas asechanzas?* y le fué contestado: *El que sea verdaderamente humilde.*

Pero Antonio preveia la decadencia futura de la vida monástica, *y llegará un dia*, decia afligido, *llegará un dia en que los monges se construirán magníficos edificios en las ciudades, amarán la vida delicada, y en nada se distinguirán de los mundanos más que por el traje. Sin embargo, en la corrupcion general, alguno conservará siempre el espíritu de su estado, y la corona de estos será más gloriosa, porque no habrán cedido á la multitud de los escándalos* Así vivió hasta la edad de ciento cinco años.

San Pacomio, 292-348.—Tal fué el género de vida de los *lauros* hasta el año 336. En esta época Pacomio, que habia aprendido sirviendo bajo Constantino á conocer y á admirar á los cristianos, cuando figuró como discípulo de Antonio perfeccionó aquella clase de vida, reuniendo á los anacoretas en casas comunes (*cœnobia*), ó estableciéndoles en lugares aislados (*monasteria*) ó rodeándolos de una clausura (*claustra*): destinó algunos de aquellos establecimientos á las mujeres.

¡Singular poblacion la que sucedia á la que habitaba antiguamente el Egipto! Trabajo, sobriedad, caridad, formaban su vida. La humildad era la virtud más recomendada, siendo además necesaria y esencial para la estabilidad de aquellas pequeñas repúblicas, en que todo se hacia bajo el mando de uno solo y á fin de seguir el Evangelio. *Cúmplase no mi voluntad sino la de mi Padre.* Debia olvidarse todo parentesco sin legar consorcio ni recuerdo alguno á un mundo que se habia abandonado. De ahí la privacion de toda propiedad, de todo afecto, hasta de la dignidad personal y de la voluntad no teniendo á la vista más que el porvenir eterno. Era aquella severidad que Orígenes habia reducido á teoria para abolir el orígen animal del hombre y no conservar más que su fin puramente angelical.

Casiano, 440.—Habiendo ido á visitar Juan Casiano, escita de nacion, á aquellos piadosos reclusos, con German, su compañero de vida monástica (28), fué acogido en Egipto por Arquebio, que después de haber permanecido treinta y siete años entre los anacoretas, habia sido espulsado de entre ellos, segun decia por indigno, pues habia sido nombrado obispo de Panefisa. Después de haber tomado la piel de cabra y el báculo, les guió á través del pais inundado, cerca de otros ermitaños con quienes platicaron de las virtudes cristianas y de las austeridades. Encontraron llenos los valles de aquellos hombres piadosos sumidos en los antros de los antiguos trogloditas, ó en los sepulcros de la Tebaida. Llevaban una ancha túnica de lino (*colobá*), que apenas llegaba hasta la rodilla, y cuyas mangas no pasaban del codo. Se la apretaban por medio de un cinturon ó torzal de lana, que bajando por cada lado del cuello pasaba por debajo de los sobacos y se cruzaba sobre los riñones de modo que dejaba los brazos libres; colgaba por detrás una pequeña capucha. Se echaban sobre la túnica una especie de muceta tambien de lino (*maforte*), que cubria el cuello y las espaldas, y por encima una piel de cabra (*melote*). No hacian uso de cilicios, y no aparentaban ninguna señal de padecimiento, andando por lo demás descalzos ó calzados con sandalias, y siempre llevando el báculo en la mano. No contenian sus celdas más que una estera de junco ó de palma para acostarse, con un monton de hojas de papiro para apoyar su cabeza durante la noche, y servirles de asiento de dia; la esperiencia les habia enseñado á preferir por alimento el pan y el agua á las legumbres y á las frutas. Solo comian doce onzas al dia, divididas en dos raciones (*paximacia*), una á la hora nona, otra por la noche, y no aprobaban abstenerse de alimento por muchos dias consecutivos. El banquete servido por ellos á Casiano, á quien querian tratar dignamente, se compuso de una salsa de sal y aceite, de tres aceitunas, de cinco guisantes, de dos ciruelas y de un higo por cabeza. Casiano nos da una muestra de su paciencia, refiriendo que para dar el superior á aquellos estraños una leccion, aplicó una sonora bofetada á un cenobita, y que éste no manifestó el más pequeño descontento.

Melania, á quien conoceremos después como discípula de San Gerónimo, se fué al desierto de Nitria á la edad de veinte y dos años, y encontró al anacoreta más famoso, Pambo, el cual vivia haciendo cestos. Llevábale 300 libras de plata, que pueden apreciarse hoy en 200 mil pesetas. Sin dejar el ermitaño su ocupacion, dijo tranquilamente: *Dios os lo recompense,* y mandó á un discípulo que

---

que el mundo presenta de más magnífico. Allí vereis un sencillo anacoreta, acostumbrado á remover la tierra, ignorante de todas las cosas del siglo, sentado en un terron, al lado de un general orgulloso de su poder y autoridad sobre un ejército. No salen de la boca del solitario viles adulaciones, sino consejos saludables, sublimes discursos, que no lisonjean el orgullo, y que serán provechosos para quien los escucha, á lo menos todo el tiempo que permanezca en aquel santo consorcio: quedará él tambien elevado por los grandes pensamientos expuestos á sus oidos; pero ¡ay! en breve tornará á la bajeza de sus ideas mundanas. Para aquellos piadosos solitarios los nombres de los grandes, de los príncipes de la tierra, no son más que palabras vacias de sentido; se rien de su fausto y de su magnificencia, como nos reimos nosotros de aquellos niños que hacen de reyes en sus juegos.»

(28) GENNADIO, c. 60; CASIANO, *Collat,* XXIV, 1; y superior á todos ROS-WEYDE, *Vitæ Patrum.*

distribuyese aquella suma entre los anacoretas de Libia, aun más necesitados. «Yo estaba esperando (decia despues Melania) que me honrase con alguna bendicion ó que hiciese algun elogio de tan gran presente,» por lo cual, viendo que habia vuelto á su silencio le dije: «Padre, os ruego que advirtais que son trescientas libras de plata.» Y él sin mover la cabeza, ni mirar tampoco la cajita, contestó: «Hija mia, aquel á quien haceis este don no necesita saber de vos su valor: el que pesa las montañas y tiene en su balanza las colinas con sus selvas, sabe mejor que vos el peso de vuestra plata».

Efrem, encomiador y modelo de la vida eremítica, observó que un monge vecino suyo, habia borrado en todos los libros el nombre de Dios y de Jesús y preguntándole la causa recibió esta respuesta: «La pecadora bañó con sus lágrimas los piés del Salvador, y los enjugó con sus cabellos. Donde quiera que yo veo el santo nombre, lo inundo de lágrimas para obtener el perdon de mis pecados,» á lo cual le dijo Efrem graciosamente: «Dios recompense tu piadosa intencion; pero te suplico que tengas alguna consideracion con los libros».

Congregábanse para orar por la tarde y por la noche, recitando cada vez dos salmos tales como les habian sido enseñados por un ángel bajado á su seno para entonar la salmodia: en esto como en la oracion y en la actitud que debian tomar, seguian absolutamente la direccion del que presidia sus ejercicios. Llamábales á la oracion el sonido del cuerno, y uno de ellos observaba las estrellas para advertir durante la noche las horas de las vigilias prescritas. No se congregaban de dia más que para orar juntos el domingo, y para comulgar el sábado. Lo demás del tiempo oraban en sus celdas, y se ocupaban en hacer esteras, cestas y otras obras manuales, trabajos que se les recomendaban espresamente para ahuyentar la ociosidad y proveer á su subsistencia.

Habitaban cinco mil monges el monte Colsim, quinientos un solo monasterio, en el cual, segun la tradicion, habia vivido prófugo Jesús en su infancia, mil, en otro de la Tebaida, en el que solo entraban aquellos que estaban decididos á no quebrantar jamás la clausura; existiendo además unos dos mil cerca de Antinópolis. En Oxirrinca, eran más numerosos los monges que los ciudadanos, y ocupaban los edificios públicos, los templos purificados, las puertas y las torres de la ciudad; veinte mil vírgenes y diez mil monges entonaban allí de noche y dia alabanzas al Señor, ejercian la hospitalidad, dedicándose tambien á obras de caridad. Sin hacer mencion de una multitud de monasterios de menos importancia, mil cuatrocientos monges formaban parte del de Tabena en la Tebaida superior; y cuando en la Pascua, acudian á él de todas partes, llegaba su número á cincuenta mil. Encontrábase lo restante del tiempo cada monasterio dividido en muchas casas, en las que residian de veinte á cuarenta monges ocupados en el mismo oficio; siendo el de trenzadores de pleita, tejedores, sastres y bataneros. Cada casa estaba designada con una letra del alfabeto que llevaban en su túnica todos los monges que la habitaban. De este modo estos hombres piadosos, apartados del mundo, no solo con su espíritu y corazon, sino tambien con su persona, parecia no tenian necesidad ni de ideas para la vida intelectual, ni de alimento para la corporal, semejantes á ciertas plantas que desenvuelven y esparcen su fresco verdor sobre las más escarpadas rocas, ó como aquel arbusto que sin profundizar sus raices en la tierra, prospera con solo el alimento que de arriba recibe.

Propágase la vida monástica, desde el Egipto, á la Palestina, á la Siria y á toda la cristiandad; dotándola después San Basilio y San Agustin con reglas particulares, sin que por esto la sujeten con votos: San Benito la sometió en fin á una disciplina más rígida. No se consideraba á los monges como parte del clero; pero pronto se entregaron á la predicacion y recibieron las órdenes sagradas. Desagradó al pronto esta innovacion al clero secular; pero el segundo concilio de Nicea dando á los abades de los monasterios el derecho de conferir las órdenes inferiores, aseguró á los monges la dignidad eclesiástica.

El afan con que vemos á los grandes santos huir del sacerdocio, era comun á los monges de virtud más austera. San Epifanio, obispo de Chipre, escribia al de Jerusalen la manera de que se sirvió para ordenar á Pauliniano en estos términos: «Mientras se celebraba misa en una iglesia de una aldea junto á nuestro monasterio, y él no lo esperaba le cogieron varios diáconos, y taparon la boca á fin de que no nos conjurase en nombre de Cristo para escaparse; ordenado diácono, le intimamos en nombre de Dios que desempeñase sus funciones. El se resistia con todo su poder, sosteniendo que era indigno de ello; y fue preciso casi violentarlo, después de haberle fatigado bastante, persuadiéndole con los testimonios de la Escritura y las órdenes de Dios. Cuando hubo llenado las funciones de diácono en el sacrificio, le hicimos de nuevo tapar la boca, y le ordenaron de sacerdote con mucha dificultad, determinándole después con las mismas razones á sentarse entre los sacerdotes».

Napoleon decia que era menester un asilo para las grandes desventuras, un refugio para las imaginaciones escitadas; pero aquellos monges, dedicados á la oracion, á la instruccion, a la hospitalidad y á la conversion, causaban miedo en el siglo pasado á los libres partidarios de la tirania. Nuestra época está libre de ellos; es feliz, y puede considerar sin miedo si han producido algun bien, y si eran oportunos en su tiempo. Hombres cansados de las pasiones sanguinarias y soberbias, amantes de Dios y del prójimo con un amor que los separaba de sí mismos, almas melancólicas, que se complacian en una tranquila admiracion de la verdad, y buscaban la suave poesia del silencio y el varonil pla-

cer de la abstinencia, se retiraban al desierto ó á los conventos, refugio de las persecuciones, buscando en ellos algo estable en medio de la conmocion universal y el olvido completo del mundo, ó el valor para volver á él á curarlo de sus males y errores.

Simon estilita.—Mucho tiempo continuaron en Oriente aquellos prodigios de mortificacion que la Iglesia propone para que se admiren, no para que se imiten. Algunos se llamaban no durmientes *(acemáticos)* porque ni de dia ni de noche cesaban de entonar salmodias; otros disputaban en la Persia el alimento á las fieras; Macario de Alejandria permanecia una cuaresma de pié sin comer otra cosa más que algunas hojas espinosas el domingo; otros no pronunciaban una palabra hasta la muerte, y Simon estilita vivió treinta años encima de una columna.

¡Locuras! decimos nosotros: pero entonces aquella renuncia admirable de la vida y del amor de sí mismos, seducia la imaginacion de los pueblos rudos, y daba á los civilizados una idea sublime de una religion capaz de conseguir el triunfo absoluto del espíritu sobre la materia. Acudian en tropel los peregrinos á la columna del Estilita; las reinas de Arabia y de Persia pedian su intercesion, y Teodosio II sus consejos: en vida se disputaban los sarracenos sus bendiciones, y después de muerto sus reliquias.

El estilita Daniel fué más admirable, por vivir en un clima rígido al Norte del Euxino, sobre una montaña expuesta á los vientos y á los hielos; en su columna recibia las visitas de los bárbaros y los romanos; el emperador Leon le consideraba como la salvaguardia de su reino, y remitió á su decision un tratado que habia hecho con algunos extranjeros. Cuando después agitó un cisma á la Iglesia de Antioquia, el patriarca de Constantinopla envió órden á Daniel para que descendiese á fin de apaciguarlo; obedeció éste después de una larga resistencia, y así que hubo calmado los ánimos, volvió á su estraña penitencia.

Refieren los hagiógrafos que habiendo salido un dia Teodosio el Jóven de su palacio para hacer ejercicio, se dirigió á uno de los barrios de Constantinopla para visitar á un solitario de gran santidad. Habiendo entrado de incógnito en la pobre celda, se puso á hablar con él acerca de la vida monástica y de aquellos prodigios del Egipto, y mirando alrededor, y no viendo más que algun mendrugo de pan en la cesta, le dijo: «Padre, dadme vuestra bendicion, y después comeremos.» El solitario tomó agua, echó en ella algunos granos de sal y un poco de pan, y bebieron y comieron juntos. El emperador así que se hubo descubierto exclamó: «¡Oh! ¡Felices vosotros, que en la soledad, libres de las penas del mundo, pasais la vida pacífica y tranquila sin más cuidado que el de las almas, sin más pensamiento que vuestra perfeccion, y el de haceros dignos de las recompensas eternas! Yo que he nacido entre la pompa del trono, puedo decir con verdad que siempre me he sentado á la mesa con el ánimo oprimido por los cuidados».

Seria menester para que estas cosas agradasen á alguno de mis lectores, que impusiese á estos penitentes los nombres de Crates, Diógenes y Fabricio. Es muy natural que se burlen de estas virtudes aquellos que admiran á los héroes homicidas, la libertad arrebatada á las naciones, y la gloria de matar á mayor número de hermanos. Pero si algun hombre feroz, no conociendo más freno que los límites de su propia fuerza, á la vista, ó á la voz de un piadoso anacoreta suspendió la muerte de un padre, ó la violacion de una doncella, yo bendigo á Dios que escoge en su misericordia los medios más á propósito segun los tiempos.

Concilios.—Habíanse reunido los Apóstoles en Jerusalen para fijar el símbolo de la fé comun (página 68), pero no puede decirse que esto fuera un sínodo. Encuéntranse ya las formas en la asamblea á que fueron llamados los cinco Apóstoles (50) que se pudo convocar, cuando discutian los fieles sobre si los nuevos convertidos estaban ó no obligados á circuncidarse y á someterse á las demás ceremonias judáicas. Presidió Pedro la asamblea sentando las cuestiones y emitiendo el primero su parecer, seguian los demás con el suyo. Fundada la decision en las Santas Escrituras y en el general asentimiento, fué espresada con la fórmula: *Place así al Espíritu Santo y á nos*, enviándola después á las iglesias, no para ser discutida, sino para que se adoptase con entera sumision (29). Hízose este concilio el tipo de los demás (30). No confiando los obispos, en sus propias luces, llamaban en su ayuda las de los demás, y decidiendo en comun, encontraban á sus hermanos más solícitos para ejecutar lo que habian deliberado de concierto. Algunas veces además de los sacerdotes, de los diáconos y de los principales miembros del clero, se consultaba el de todos los fieles, sobre todo en los asuntos de interés general, como por ejemplo, cuando se trataba de las ordenaciones.

En la Grecia y en el Asia se reunieron los primeros concilios provinciales donde existian las huellas ó recuerdos de las ligas de los anfictiones y del Panionio; convocáronse después una ó dos veces al año en épocas fijas y bajo la presidencia del metropolitano á quien servian de consejo. Así como la Inglaterra en los primeros tiempos de su gobierno representativo, cuando se creó la Cámara de los Comunes, no cesaba de clamar porque se

---

(29) *Act. apóst.*, cap. XV. Los cincuenta ú ochenta y cuatro *Cánones* que tienen el nombre de los Apóstoles, y las *Constituciones apostólicas*, citadas por Labbe, pueden ser de aquellos tiempos pero no de los Apóstoles. Los cuarenta y siete relativos á la obligacion de rebautizar á los herejes, son de fecha posterior, puesto que nunca las vemos citadas en las controversias sobre este asunto.

(30) Y por algunos cronologistas está comprendido en la série de los ecuménicos.

juntasen con frecuencia y regularidad los parlamentos, del mismo modo deseaba la Iglesia que hubiese concilios dos veces al año, no separándose el primero sin fijar antes la época y el lugar en que habia de reunirse el otro. Por este medio se mantenia la union entre los sacerdotes con reunirlos, y se consolidaba la disciplina; cuando las persecuciones no les permitian reunirse se suplia empleando cartas. Reforzadas, por decirlo así, las decisiones de los concilios *(cánones)* por el comun asentimiento de los obispos, sostenidos por la representacion popular y por el derecho divino, tenian fuerza de ley en la provincia.

El primer concilio verdadero, (el de Antioquia, 152; se considera supuesto) tuvo lugar en Pérgamo (173), siguióse otro en Hierápolis contra las heregías de Valentin, de Montano y de Teodoto. La discusion que sobrevino respecto de la época en que debia celebrarse la Pascua, hizo que se reuniesen muchos. En Asia se solemnizaba el décimo cuarto dia de la luna de marzo, en cualquier dia de la semana que cayera, continuando lo que habian establecido los apóstoles Juan y Felipe; pero Pedro y Pablo la celebraban el domingo que seguia inmediatamente al plenilunio de este mes; esta era una costumbre que habian conservado los papas. Habiéndose suscitado controversia sobre este punto, muchos concilios se declararon por la segunda opinion (196-197). Pero Policrates, obispo de Efeso, sostuvo la primera con tanta obstinacion, que el papa Victor hubo de escomulgarle: sin embargo, San Ireneo le indujo enseguida á no romper la comunion por tan leve asunto, y cada iglesia prosiguió obrando con arreglo á la tradicion recibida.

Entre otros concilios mencionaremos el tercero que se celebró en Cartago (252) se componia de sesenta y seis obispos, presididos por San Cipriano, quienes decidieron que se administrara el bautismo á los recien nacidos; el de Arlés (314?), donde se estableció (contra el parecer de los demás concilios de Cartago), que cuando volvia á la verdad el hereje bautizado canónicamente, no debia ser bautizado de nuevo, sino que bastaba imponerle las manos; el de Ancira (315?), en que se estableció que si el diácono declaraba en el momento de la uncion no poder observar el celibato, podria casarse sin que se le despojara de sus funciones; pero que si no lo hacia en aquel momento ya no debia pensar en tomar esposa.

Aquellas asambleas, las primeras en que se veia al pueblo llamado á discutir sus propias creencias, son independientemente de todo lo demás, importantísimas para la historia, porque dan á conocer la disciplina y las costumbres. Con efecto, se halla la Iglesia tan admirablemente constituida, que permaneciendo inmutable en cuanto al dogma, se adapta por lo que hace á la disciplina, á las necesidades de los tiempos y á las variaciones de la sociedad.

Bajo este aspecto el concilio de Elne *(Illiberis)* en la Galia (300?) nos parece digno de particular mencion: diez y nueve obispos, veinte y seis sacerdotes y gran número de diáconos hicieron allí á presencia del pueblo ochenta y un cánones de disciplina. Los primeros concernientes á la idolatria, preven los casos numerosos que multiplicaban entonces los hábitos de la vida, é imponen graves penitencias á los que suben al Capitolio, dan espectáculos, proporcionan vestidos para las fiestas mundanas, toleran ídolos entre ellos, á no ser que lo hagan para no escitar sublevaciones entre los esclavos, pues el que es muerto derribando ídolos, no debe contarse entre los mártires, ya que esto no lo prescribe el Evangelio. El ama que mata á una de sus esclavas dándola de golpes está sujeta á siete años de penitencia. El que ha denunciado á alguno, solo obtendrá la comunion en el artículo de la muerte: el adúltero no obtendrá perdon sinó al fin de su existencia, y aun entonces será privado de ella, si reincide después de la penitencia, así como el que ha tenido connivencia en la deshonra de su esposa, ó ha ayudado á un aborto ó ha abusado de mancebos, ó empujado á sus propias hijas al mal camino (31). Se prohibe el divorcio. No deben las cristianas ser dadas en matrimonio á gentiles ni á judios. Se veda ordenar en una provincia á los que han sido bautizados en otra, así como á los libertos de amos paganos. Los obispos, los sacerdotes, los diáconos no pueden tomar esposa, ni tener en su compañia otras mujeres que sus hermanas ó doncellas consagradas á Dios: no deben abandonar su residencia para ir á los mercados. La cortesana, el cochero del circo, el mímico que piden el bautismo están obligados á renunciar á su oficio. Se prohibe á las mujeres pasar la noche orando en los cementerios, lo cual brinda ocasion propicia á desórdenes. No debe haber pinturas en las iglesias: el diácono que antes de la ordenacion ha cometido algun pecado secreto, debe declararlo por sí mismo y sujetarse á tres años de penitencia; cinco si es otro el que le denuncia. Esto indica que los clérigos estaban sujetos á la penitencia pública, al paso que más tarde se necesitaba ante todo que fueran degradados.

Privilegios.—Otorgaron los emperadores diversos privilegios al clero (321), y desde luego el edicto de Constantino atribuyó á las iglesias el derecho de poseer bienes raices; lo cual hizo que no tuvieran por único recurso las limosnas de los fieles; los donativos y las mandas, bastaron á la vez para el culto, para las necesidades de los pobres y para mantener decorosamente á los ministros del Señor. Estos no pudieron disponer por testamento de los bienes que habian adquirido, ni enagenar las propiedades eclesiásticas.

Trajes.—Como la Iglesia encerraba en su seno

(31) La Iglesia tiene el derecho de atar y desatar. Sin embargo, la romana se mostró siempre muy clemente y reprobó á Novaciano porque pretendió poner límites á la misericordia de Dios.

cuanto habia de eminente por el nacimiento, por el talento, por la habilidad, por la esperiencia de los negocios, por la virtud, colocada fuera de la sociedad hubo de dar á sus ministros aquel brillo, que no aumenta el valor moral del hombre, si bien le honra y le da consideracion poniéndole al nivel de los grandes de la tierra. Si los magnates que ciñen espada creen indispensable el esterior aparato, ¿por qué negárselo á un poder que solo ejerce una moral influencia? No asistiria derecho para censurarlo sino en tanto que la Iglesia tomara el medio como objeto, y por lo principal lo accesorio, y si en vez de espiritualizar sus prerogativas por la vida interior, hiciera ésta material, cargándola de intereses mundanos.

El sacrificio que se consumaba primeramente en particular en la prision de los mártires, ó sobre el sepulcro, ora por el obispo, ora por el sacerdote sin otros asistentes que el diácono, y hasta dentro de las celdas, se celebró más tarde solemnemente con todos los obispos ó sacerdotes y todo el clero que fué posible reunir. Entonces pareció necesario introducir para mayor pompa en las iglesias vasos de oro y de plata.

Primitivamente no se vestian los eclesiásticos de otra manera que los seglares, obligados como estaban á esconderse (32), y la vestidura ordinaria de los cristianos se componia del manto filosófico puesto sobre la túnica, la cual se conserva aun actualmente con poca diferencia por los sacerdotes. Ya caia en desuso la magestuosa toga en tiempo de Augusto (33); solo se reservaba para algunas ceremonias públicas, aun cuando el mismo emperador, y posteriormente Adriano, intentaran restablecer aquella moda: abandonóse totalmente en tiempo de la invasion de los bárbaros, y solo los eclesiásticos conservaron algun vestigio del antiguo traje; así llegaron á vestirse de un modo distinto que los demás ciudadanos.

Ya en el siglo IV los obispos en el ejercicio de sus funciones se cubrian la cabeza con un birrete ó mitra, semejante á las tiaras y diademas (*infulæ*) de los sacerdotes egipcios, griegos y hebreos; pero la mitra elevada y de doble punta (34) no estuvo en uso antes del siglo VIII, y los pontífices no gastaron antes del X la tiara, que fué en un principio sencilla y lisa. Luego Alejandro III la ciñó con una corona. Bonifacio VIII, añadió otra, y Urbano V la tercera. De este modo se aumentaron los signos á medida que decrecia la realidad.

El anillo que distinguia á los caballeros romanos hubo de ser adoptado muy pronto como signo de dignidad eclesiástica. El baston pastoral, figura del cayado con que el pastor conduce su rebaño, se remonta á los primeros tiempos; era de madera y en forma de muleta, como lo han conservado los sacerdotes griegos, ó bien corvo por arriba, pulido hácia el medio y puntiagudo en la parte de abajo (35).

El palio, como signo distintivo de los arzobispos, es una banda, que cae sobre los hombros y sobre el pecho y sobre la cual hay trazadas cruces. Quizá tambien la estola representa la sobrevesta llamada *stola*, ó bien el *orarium;* el pañuelo blanco con que se ceñian el cuello á fin de que el sudor no manchara la vestidura, fué conservado en las sacras funciones; el manípulo proviene de la servilleta que llevaba al brazo el que servia á la santa mesa. La dalmática es la antigua *penula* con una especie de bolsillo cuadrado, pendiente de la cintura y cerrada toda ella alrededor. Cuando se sustituyó al lino el hilo de oro, y fué sobrecargada de piedras preciosas y de bordados, se hizo pesada para el sacerdote, quien la sostenia recogida debajo del brazo: abrióse luego por ambos lados, y así se formó la casulla. El uso que todavia subsiste de sostenerla cuando alza el sacerdote la hostia, es un resto inútil del servicio que prestaba entonces el acólito por necesidad.

Véase, pues, á la Iglesia organizada como monarquia electiva y representativa, juntando á la obediencia absoluta debida al jefe escogido por el pueblo, la libertad y la igualdad. Ningun otro culto del mundo supo crear una gerarquia, coordinada de modo que pudiera desarrollarse indefinidamente, quedando al mismo tiempo subordinada á una magistratura suprema é infalible, así en derecho como de hecho. Reyes y súbditos, individuos y asambleas, solo están sumisos á la ley de Dios, promulgada é interpretada por la Iglesia, á la cual dijo Cristo: *Quien os oye me oye; llevad á apacentar mis ovejas; lo que desatareis será desatado, lo que atareis será atado,* de donde se sigue que la autoridad y la obediencia están igualmente ennoblecidas.

La potestad moral de los pontífices, tan eficaz en la Edad Media, se redujo á una negacion protectora, á un contrapeso que bastó para impedir que fueran holladas la moral y la justicia. El pontífice, pacífico é inerme, decide como pretor romano con arreglo á la equidad, sobre las diferencias suscitadas entre los hombres por el interés ó la ambicion; como censor reconviene á los que se muestran injustos ó violentos, como tribuno protesta en favor de los oprimidos.

Sus ministros, absolutamente distintos de los del órden temporal, están obligados á enseñar una doctrina reasumida en símbolos conocidos de todos, y

(32) Hablamos más largamente de esto en el lib. VII, cap. XIX.

(33) SUETONIO, *Vida de Augusto*, 40.

(34) La vemos concedida por el papa como un favor especial, en 847.

(35) *In baculi forma, præsul, datur hæc tibi norma:*
Attrahe per primum, medio rege, punge per imum.
Attrahe peccantes, rege justos, punge vagantes.
Attrahe, sustenta, stimula, vaga, morbida, lenta.
Glos., *in cap un. de sacra unct.*

espuestos á las miras del sacerdote, del lego, del incrédulo, lo cual rechaza tanto las esclusiones de las castas orientales, como las fluctuaciones de los reformados modernos. Acercándose al soberano, el sacerdote le recuerda de la igualdad de todos y la preferencia que es debida á los pobres: acercándose al pueblo como ministro de la monarquia de la Iglesia le predica la sumision razonada.

Celibato.—Cuando impuso la Iglesia, el celibato, se preparó una milicia, pronta á llevar á la primera seña la verdad hasta las estremidades de la tierra, á esponerse al contagio, á velar á la cabecera del lecho del moribundo, junto á la tarima del preso, sin contenerle el sentimiento, tanto más fuerte cuanto que es legítimo, del amor conyugal y de la paternidad. La suerte de los hijos, la esperanza de colocarlos, no harán el sacerdote esclavo de aquel mismo poder de exigencias abusivas á que debe oponer resistencia. La idea de asegurar á su familia la autoridad y los beneficios eclesiásticos no podrá inducirle, aun en los tiempos más bárbaros, á querer hacerlos hereditarios, ni á sustituir las castas orientales á la igualdad cristiana. A no ser por el celibato los papas y los obispos feudatarios hubieran reducido la Italia y el mundo desde el año 1000, á la esclavitud sacerdotal; y con esta medida rigurosa y previsora ha podido el cristianismo regenerar al hombre y la sociedad.

CAPÍTULO XXX

SINCRETISMO RELIGIOSO (1).

Aun cuando el imperio continuara unido, ya se podia presentir aquella division que hizo estallar entre el griego, el latino y el bárbaro, primero Constantino y después la guerra. No tenia el bárbaro accion sobre los demás más que por la fuerza; el campo del pensamiento era disputado entre Oriente y Occidente, y ya hemos dicho (pág. 269) de que diferentes armas hacian uso aquellos dos mundos. En Oriente, donde se mataba menos y se discutia más, se divulgó con rapidez el cristianismo; pero al mismo tiempo nacieron las dudas, las innovaciones, y aquella série de disentimientos próximos siempre á brotar de toda verdad desde que es arrojada en medio de los hombres: en efecto, aquí abajo puede ser oscurecida por amigos y enemigos y por los mismos medios de que el hombre está obligado á servirse para propagarla, por la palabra y la escritura. Hé aquí lo que prepara una persecucion nueva, y á veces sangrienta, á la esposa de Jesucristo, que, segura ya de la constancia de sus mártires hubo de temer la seduccion del error y de tomarse el trabajo de conservar en la integridad apostólica aquel vasto símbolo de la revelacion, en que cada parte, cada palabra, corresponde al conjunto.

La verdad, único principio objeto de la filosofia, es tambien del cristianismo, no como simple luz natural del espíritu, sino como claridad absoluta, completa, eficaz. Estando, pues, acordes en cuanto al objeto, la filosofia y el cristianismo se pueden solo diferenciar en cuanto á los medios de alcanzarlo. La inteligencia humana, con el sentimiento de su alta dignidad, con el júbilo de ejercer su actividad para elevarse á las regiones sublimes de donde emana toda existencia. y para descubrir los misterios de la vida, se indigna cuando se le quiere imponer que crea lo que estima que puede comprender por sus propias fuerzas; y cuando vé señalar una fuente suprema á todos los conocimientos, se vanagloria de ser bastante para separar la luz de las tinieblas, para discernir el bien y el mal por su libre juicio.

De aquí las trabas puestas á toda verdad y más todavia al cristianismo, que no limitándose á un tiempo y á una nacion, sino que dando cima de pueblo en pueblo á la educacion universal, hubo de encontrar las mayores resistencias fuera, las más grandes agitaciones dentro. Dios revela la verdad por Cristo; pero hay quienes le niegan; hay quienes no ven en él nada mejor que uno de aquellos sabios aparecido de vez en cuando para traer alguna nueva aclaracion al insoluble problema de la humanidad. Otros le consideran la senda, la verdad y la vida, si bien segun la medida de su propio juicio, de su voluntad, y solo en tanto que puede admitirlo la inteligencia humana; así cuanto más crece y se ensancha esta institucion espléndida más se ingenia su orgullo en querer hallar un flaco y en minar las bases del edificio que se alza hasta el cielo. Además, otros, prestando sobrada atencion á las formas esteriores, tales como el servicio divino y la constitucion gerárquica, y ateniéndose á las espresiones literales ó á los simples actos del fundador divino, se erigen en censores de las ceremonias y del gobierno de la Iglesia; su celo se inflama, y se estravian hasta hacerse enemigos del dogma.

Así entre los enemigos interiores de la Iglesia, unos dirigieron el ataque contra las doctrinas profesadas por ella como las únicas verdaderas; otros contra las formas esteriores. Pero como todo cam-

(1) Συγκρητισμός indicó primero la confederacion de los diferentes pueblos de la Creta; fué aplicada despues á la reunion de las diferentes sectas. ¿Quién hará algun dia la historia de las palabras?

bio esencial en la doctrina debia producirlo en la forma esterior, así como toda tentativa contra la forma debia apoyarse sobre la doctrina, por lo que unos se confundieron fácilmente con los otros. Por eso las disidencias, como lo han repetido muchos papas, se manifestaron bajo diversas fases; pero en la esencia todas fueron lo mismo.

No descuidaremos en adelante mencionar las diferentes heregías nacidas en la Iglesia, en atencion á que representan la série de ideas que durante diez y ocho siglos han comunicado movimiento á la humanidad. Desde este momento las especulaciones filosóficas pueden dividirse en dos grandes ramificaciones; unas sometiendo la razon á la fé, adoptando el símbolo cristiano; otras rechazándolo y sometiendo la fé al raciocinio. Ante todo empezaremos, pues, por examinar los sistemas filosóficos que se estravian más ó menos de la verdad segun su manera de proceder; 1.°, modificando la tradicion mosáica; 2.°, alterando el cristianismo por las tradiciones orientales y desnaturalizando su verdadero sentido; 3.°, oponiéndole lo más sublime de la filosofia griega, y procurando perpetuarla al través de la religion naciente. Por último, espondremos la doctrina de los primeros padres, dejando á una ciencia más sublime el cuidado de buscar en ellos las pruebas y el complemento de la revelacion.

Judios.—Ya hemos notado que la pureza de la doctrina judáica se habia alterado después de la destruccion del primer templo, quizá por la mezcla de los hebreos con los orientales; que de allí habian nacido tres sectas, cuyos caractéres, segun la division ordinaria de todo sistema religioso en decadencia, pueden reunirse en tres palabras, *adhesion obstinada á las antiguas tradiciones, crítica, misticismo.* Encontrábanse, pues, los fariseos sumisos á las formas; los saduceos, no admitiendo por ley ni por creencia más que lo que estaba escrito en los libros santos; los esenios, consagrados á la vida ascética (2).

Alejandrinos.—Puede considerarse como otra escuela judáica la que fué fundada en Alejandria, y propendia á despojar la doctrina nacional de todo lo que tenia de local, á presentarla bajo formas convenientes al mundo griego. Esponíala en efecto en la lengua helénica y daba al mismo tiempo curso al odio que profesaban sus adeptos á sus hermanos de Jerusalen, desde la ereccion del santuario de Leontópolis por el gran sacerdote Onias.

Ya bajo el reinado de Tolomeo Evergetes II, habia introducido Aristóbulo innovaciones en las doctrinas judáicas. Interpretando los hechos particulares de la Biblia como alegorias de sentido misterioso, atribuia á Moisés ideas, que los griegos, con grande asombro suyo, hallaban referirse idénticamente á las de sus más sublimes genios (3). No contento con demostrar que Platon habia bebido sus más altas inspiraciones en el Código sagrado, compuso bajo el nombre de Orfeo, de Lino, de Homero, de Hesiodo, himnos impregnados de doctrinas judáicas (4), á fin de atestiguar de este modo la prioridad de ésta sobre las de los sistemas filosóficos. A imitacion suya sus sectarios tomaban de aquí ocasion para comparar la profunda moralidad de las leyes mosáicas con la tendencia inmoral del paganismo; pero á veces hacian doblegarse á los dogmas para atraer el espíritu de las naciones hácia el mosaismo.

Filon, 20 a. C.—50 d. C.—Esta obra fué continuada por Filon más ingenioso y más sabio que Aristóbulo. En su concepto la Biblia, que es fuente de todas las doctrinas filosóficas y religiosas (5), tiene dos sentidos; uno literal para el vulgo, otro figurado, donde se oculta bajo la alegoria, los símbolos y las ceremonias, una doctrina secreta, verdadera filosofia religiosa, accesible solo á los que han meditado sobre la ciencia, se han purificado por la virtud y se han remontado por la contemplacion hasta Dios y hasta el mundo intelectual. Filon cree haberlo conseguido. Iniciado, como dice, en los grandes misterios de Moisés y de Jeremias, espone la parte que puede ser divulgada. «Lejos de nosotros los hombres de espíritu mezquino que se tapan los oidos; trasmitimos misterios divinos á los que han recibido la iniciacion sagrada, que practican la piedad verdadera, que no están encadenados por el vano aparato de palabras ni por los prestigios del paganismo... Iniciados, vosotros cuyos oidos están purificados, recoged todo esto en vuestra alma y no lo reveleis á ningun profano; guardadlo oculto como un tesoro incorruptible, más precioso que el oro y la plata; porque es la ciencia de la gran causa, de la virtud y de lo que nace de una y de otra (6).

---

(2) Véase el lib. IV, cap. XIV.

(3) Orígenes, *contra Celsum*, IV, 4.

(4) Eusebio, *Præp. evangel.*, XIII, 12.

(5) En su tratado, *Que el mundo es corruptible*, insinúa que Aristóteles tuvo á la vista el Código hebreo: μήποτε εὐσεβέως καὶ ὁσίως ἐπιστάμενος; y más claramente en el libro *Del juez:* τῶν παρ' Ἕλλεσιν ἔνιοι νομοθέτων μεταγράψαντες ἐκ τῶν ἱεροτάτων Μωσέως στελῶν etc. En el tratado, *Que todo hombre probo es libre*, presenta á Zenon como imitador de Moisés: Ἔοικε δὲ ὁ Ζένον ορύσασθαι τὸν λόγον ὥσπερ ἀπὸ τῆς πηγῆς τῆς Ιουδαίων νομοθεσίας.

(6) *De cherubim.* Los tratados de Filon que han llegado hasta nosotros, son los siguientes:—La creacion del mundo.—Las alegorias del Génesis.—Los querubines.—Cain y Abel.—El cultivo de las almas.—Noé ó la embriaguez.—Los gigantes.—La inmutabilidad de Dios.—La confusion de lenguas.—Abraham ó la vida del justo.—José ó los sueños.—Vida de Moisés.—El amor de los hombres.—La creacion del principio.—El Juez.—El verdadero valor.—El Decálogo.—Las leyes particulares.—La monarquia de Dios.—Los sacrificadores.—Las víctimas.—Que el probo es libre.—La vida contemplativa.—La nobleza.—Los premios y castigos.—Que el mundo es incorruptible.—La providencia contra Flaco y la embajada á Cayo César.

Conforme al precepto, envuelve su pensamiento á veces de tal modo, que cuesta mucho comprenderlo. Procuraremos, no obstante, esponer el conjunto de sus doctrinas. Dios es el alma del mundo: ha producido el universo, dando una forma á la materia inerte. La imágen de Dios es el Verbo (λογος), forma más luminosa que el fuego, puesto que éste es únicamente una luz pura. Hay dos Verbos, el primero es la inteligencia divina conteniendo los tipos de todas las cosas, es decir, el mundo ideal, que como primer producto de la actividad de Dios, es su hijo primogénito. El segundo es la palabra ó el conjunto de las cualidades divinas, en tanto que operan sobre el mundo físico, en suma, la accion de Dios sobre éste. Dios el padre, como criador, se ha desposado con la sabiduria su madre, que ha engendrado á su hijo primogénito, es decir, el mundo físico. El Verbo, como primer nacido del Criador, es el instrumento que empleó en la creacion, y el tipo con arreglo al cual dió forma á la materia (7). Es el soberano pontífice, el gran mediador entre la divinidad y el hombre; es el espíritu de Dios que instruye al género humano.

Aun cuando el mundo esté formado segun las ideas del Sér Supremo, el conocimiento propio de éste no puede provenir de aquel, es una especie de intuicion concedida á aquellos que se desprenden de las cosas terrenales. En tal estado llega el hombre á merecer comunicaciones inmediatas, irradiaciones por parte de Dios, ó éxtasis que le trasportan ante su faz. Sin embargo, á nadie es dado profundizar la índole del Sér Supremo: solo es posible conjeturar que es análoga al espíritu humano en cuanto á la mente, á la materia del sol en cuanto á la esquisita pureza de la esencia.

Este talento curioso en quien la cábala y el platonismo se mezclaban á la ortodoxia mosáica, no sin alguna reminiscencia de la doctrina de Pitágoras, se pone entonces á esplicar la creacion cuya obra requeria Dios, los cuatros elementos, el Verbo y la bondad divina. Además de las criaturas visibles hay muchas invisibles que llenan el espacio, y que exentas de la enfermedad y de la muerte, son, segun sus gradaciones, ángeles, genios ó demonios; están encerradas donde quiera en los cuerpos, á veces son el alma de los astros. Jamás el hombre fué obra de Dios solo, porque debia ser susceptible de virtudes y de vicios. En parte es necesario el mal para la conservacion del todo, en parte es efecto inevitable de la alteracion de los elementos, en parte un medio de castigo, en parte causado por el hombre mismo.

El hombre consta de cuerpo y alma, y ésta se compone de una parte racional y de otra irracional; á la primera se enlazan el entendimiento, el sentimiento, el lenguaje; á la otra las pasiones físicas. El primer hombre criado por Dios era una copia escelente del Verbo divino; pero como la vista de la mujer le escitó al deseo de la propagacion, se enamoró del deleite, lo cual arrastrándole á la corrupcion siempre en aumento y á una vida desventurada, le hizo caer de tanta altura. Dios envia su espíritu á aquellos á quienes quiere atraer de nuevo á la virtud, y se hace uno digno de este don con la meditacion; confiando en el Verbo divino, combatiendo la sensualidad, aislando el alma de la materia.

Las almas purificadas se elevan á la region eterna, que «no es un inmenso desierto, sino que está poblado de ciudadanos de alma inmortal é incorruptible, tan numerosos como las estrellas. Algunas almas más próximas á la tierra y sus placeres, descienden para unirse á cuerpos mortales á quienes aman. Otras se desprenden de allí para remontarse á más altura, segun el término señalado por la naturaleza, pero entorpece su vuelo el deseo de la vida terrestre. Enojadas otras de las vanidades, huyen del cuerpo como de una cárcel, y se elevan con ligeras alas hácia las etéreas regiones, donde pasan la eternidad (μετεωροπολοῦσι τὸν αἰῶνα). Dirigidas las mejores de todas por ideas más sabias y más divinas, desdeñando cuanto puede ofrecer la tierra, se hacen ministros del Dios Supremo, los ojos y los oidos del gran rey; lo ven y lo oyen todo. Los filósofos los llaman *demonios*, el código sagrado *ángeles*, es decir, mensageros divinos, porque trasmiten á los hijos los mandamientos del padre, al padre las súplicas de los hijos, bajan á la tierra y suben á los cielos, no porque el que todo lo sabe tenga necesidad de noticias, sino porque es bueno que los mortales tengan mediadores é intérpretes, á fin de que reverencien mejor al árbitro supremo de sus destinos.» (8)

Entre todos los pueblos, Dios favoreció especialmente á los israelitas, dispersos á la sazon por sus pecados; pero cuando tornen á la virtud, aplacado Dios por los ruegos de los patriarcas, les restituirá á su patria y á su prosperidad antigua. Estará la Palestina en seguridad contra los extranjeros; poniéndose un varon insigne á la cabeza de los hombres de bien, someterá á muchas naciones por el amor, por el respeto, por el miedo. Exento el mundo de disturbios y de pasiones, no se ocupará más que en contemplar á Dios.

En punto á moral, merece mucha atencion este filósofo, ora se le quiera considerar como una preparacion del Evangelio, ora hubiese podido deducir de los primeros apóstoles las grandes verdades

---

Se engañó May creyendo haber descubierto en la Ambrosiana un tratado suyo de las virtudes y sus partes, que era obra hecha por Gemistio Pleton. Algunos le suponen autor del libro de la Sabiduria.

(7) Llamó á la materia οὐκ ὄν, no ya porque no exista, sino porque no posee la forma, sin la cual no puede concebirse realidad ninguna. Otro tanto hicieron Plotino y otros neoplatónicos y cristianos.

Si comparan con los conceptos modernísimos, para los cuales no hay materia sino solamente fuerza y movimiento.

(8) *De los sueños*, p. 586.

que proclama, pues que procura en todo acontecimiento, precepto ó personaje, ya ingeniosamente, ya como sofista, deducir lo que mejor favorece á la moralidad humana (9).

Aquel superior que aguardaba Filon para regenerar á su nacion habia aparecido entre sus compatriotas; pero éstos le habian desconocido porque habian imaginado encontrar en él los caractéres de un libertador temporal, de un rey de victoria y de venganza. Por eso se vieron repudiados y fueron llamados otros á cultivar la viña del Señor. Quizá fué entonces cuando los esenios abrazaron el cristianismo y cuando dieron los primeros ejemplos de la vida monástica: los otros cesaron sus discusiones cuando Roma cumplió sobre ellas la prediccion de Cristo.

Escuela de Tiberiade.—No obstante, los fariseos conservaron una especie de Sanedrin en Galilea, y fundaron en Tiberiade una escuela de intérpretes, célebre en el mundo entero. Esta escuela continuó las que se habian perpetuado desde Esdras y habian conservado la *cábala* ó tradicion, este venerable resíduo de la primitiva ciencia, que se puede reputar por tan antigua como el hombre, aun cuando no se admita la autenticidad del *Libro del hombre*, de las *Diez hojas*, obra de Adan, y del *Iscirah*, de Abraham.

«Debeis saber, dice Maimónides en el prólogo del *Seder Zerahim*, que los preceptos trasmitidos por Dios á Moisés fueron acompañados de una interpretacion, habiendo dado Dios el texto primeramente y la explicacion luego. Cuando Moisés volvió á su tienda encontró á Aaron, á quien repitió el texto y el comentario tales como los habia recibido. Cuando Aaron fué á colocarse á la derecha de Moisés, entraron Eleazar é Itmar, sus hijos, á quienes repitió Moisés lo que habia contado á Aaron. Después que Eleazar é Itmar se pusieron uno á la derecha y otro á la izquierda de Moisés, entraron los setenta ancianos de Israel que fueron instruidos por Moisés del mismo modo. Llegó enseguida el pueblo buscando al Señor y se le anunciaron las mismas cosas hasta que las hubieron oido.

Entonces se retiró Moisés, y Aaron repitió á los que quedaban lo que ya habian oido cuatro veces. Luego se fué Aaron, y Eleazar é Itmar dijeron nuevamente á los ancianos y al pueblo lo que ya habian oido cuatro veces. Habiendo partido Eleazar é Itmar repitieron los ancianos al pueblo lo que ya habian oido cuatro veces. Josué y Fineas enseñaron estas cosas á sus sucesores, por quienes la cadena de las tradiciones descendió sin ser interrumpida hasta los tiempos de Judas Hakadosh, fénix y principal ornamento de su siglo, quien las recogió y escribió.

Rabi Akiba.—Fuera de la Palestina se formó una cábala diferente de la antigua: fué introducida posteriormente por Akiba, presidente de dicha escuela y el más sábio de los rabinos. Favoreció la insurreccion de Barcocebas proclamándolo por el verdadero Mesias, ya porque creyera en él, ya porque esperara dar realce á su nacion de cualquier modo que fuese, y hasta le sirvió de escudero, aunque tenia más de cien años. Hecho prisionero fué condenado á muerte. Marchó al suplicio con entusiasmo, recitando la oracion ritual bajo el hacha del verdugo, quien le interrumpió á la mitad de ella. Fué sepultado enmedio de sus veinte y cuatro mil discípulos y «á su muerte pereció la gloria de la ley.»

Judas.—El mismo dia en que moria el último doctor de la ley oral, nació Judas, el santo ó el príncipe (*hakadosh* ó *anasci*), descendiente de Hilel, que habia dado por base de la religion que predicaba amar al prójimo como á sí mismo; desesperando Judas de ver la regeneracion de su nacion, sobre cuyos escombros pesaba Roma con todo su peso, y queriendo consolar á sus compatriotas dispersos sobre la haz de la tierra é impedirles caer en el materialismo, donde podria conducirles la lectura del texto hebráico, recogió por escrito las tradiciones que trasmitidas verbalmente, se hubieran perdido infaliblemente ó á lo menos alterado y compiló la *Misna*, es decir la ley secundaria (10). Este libro engendró una série de intérpretes y de comentadores, cuyas obras constituyen la *Guemara*, ó gran glosa, que con la *Misna* forma el *Talmud*, ó doctrinal.

Guemara.—Hay dos Guemaras, la de Jerusalen

---

(9) «Reprensible es quien celebra la nobleza como sumo bien y causa de gran bien, y cree noble al que nace de un matrimonio ilustre y rico... Han de llamarse solamente nobles los prudentes y justos, aunque sean hijos de siervos.. Por consiguiente, la nobleza, si Dios le diese voz humana, creo que diria: El buen nacimiento no solo se estima por la sangre, sino por los hechos y por las inclinaciones; vosotros, al contrario, amais lo que yo aborrezco, y reprobais lo que á mi me agrada.» Περὶ εὐγενείας.

«Una vida, por larga que fuese, no bastaria para decir las alabanzas de la igualdad y de la justicia que procede de ésta. Porque la igualdad es madre de la justicia... En la ciudad produce la democracia, ó la administracion popular, la mejor y más legítima especie de gobierno... sin ser agitados por la olocracia, en la cual la multitud lo destruye todo.» Περὶ καταστάσεως, y Περὶ γεοργίας. Entre los hebreos no habia nobleza de estirpe, sino aquella sola que se deriva de la ciencia y de las armas, y por cuyo medio podia ascender el último hombre hasta la dignidad de jefe del Sanedrin y del Estado.

Véase á MATTER, *Hist. crit. del Gnosticismo*, sect. I, cap. I.

(10) Podria oponerse á los detractores de este libro, la autoridad fortísima de ciertos cristianos que hacen su elogio, y que la miran como sumamente útil para entender ciertos pasajes oscuros del sacro libro. Véase el *Diccionario* del profesor De Rossi.

El abate Chiarini, profesor en Varsovia, prepara una traduccion del Talmud que ha hecho preceder de la publicacion de una *Teoria del judaismo*. Paris, 1830.

reunida en un volúmen por el rabino Johanan, muerto en 279 y la de Babilonia comenzada por el rabino Ache, muerto en 427 y terminada 73 años después, en doce volumenes, por el rabino José. Esta es la más célebre y más completa, como fruto maduro de las escuelas que se conservaron florecientes hasta el duodécimo siglo; pero la de Jerusalen más pura de interpolaciones da tambien más luz sobre la antigüedad. Comparan los rabinos la Biblia al agua, la Misna al vino, la Guemara al aguamiel; y por otra parte la primera á la sal, la segunda á la pimienta, la tercera á los aromas. Eliezer en el lecho de muerte decia á sus discípulos: *Leed las escrituras y ateneos al Talmud.* Otro rabino escribe: *Hasta el mismo Dios lee el Talmud, se somete á sus prescripciones, y el capítulo de su predileccion es el de la Ternera roja.*

Derivando de Dios ambas por mediacion de Moisés merecen igual fé la ley escrita y la oral, que es su interpretacion ó aplicacion. Propende la segunda á esclarecer la primera apoyándose en cinco puntos fundamentales; 1.° las esplicaciones tradicionales que el menor raciocinio basta á encontrar en la escritura; 2.° el *derecho* redactado por Moisés; 3.° el *derecho* que se deduce por raciocinios de aquel escrito cuando se necesita cotejar las diversas opiniones para estraer la más probable; 4.° los decretos emanados de los profetas y de los personajes distinguidos: estos decretos son *los baluartes de la ley*, es decir reglas, no de absoluta necesidad, sino propias para remediar la decadencia de la fé y el relajamiento de la moral; 5.° las convenciones humanas, cuyo objeto es elevar el espíritu, refrenar las pasiones, y dirigirlas á un fin noble.

Para entender la Guemara se necesita un profundo conocimiento del hebreo, atendida la mezcla de los dialectos; pero se encuentra no menos recreo que utilidad en recorrer aquella série de sentencias estremadamente sutiles, y aun sublimes á veces.

Simon el justo decia: «Las bases del mundo son tres: el estudio de la ley divina, la justicia y la caridad.»

Antígono, su discípulo, decia: *No seais respecto de Dios como los criados que sirven á su amo por amor de la recompensa, sino como el que no se propone fin semejante; y que el temor del cielo sea sobre vosotros.*

Josué ben ó hijo de Peraia (considerado por algunos como maestro de Jesucristo) decia: *Hazte un preceptor, adquiere un amigo, juzga bien á todo hombre.*

José, hijo de Joazar: *Haz de tu casa una academia para los sábios, cúbrete con el polvo de sus piés, bebe con avidez sus palabras.*

José, hijo de Johanan: *Esté abierta tu casa á la liberalidad, sean tus íntimos los pobres, y no andes en chismes con las mujeres.*

Samay: *Ama el arte, odia la grandeza, no te des á conocer á los poderosos.*

Hilel era leñador, ganando cada dia una moneda de plata, y gastaba la mitad en su humilde subsistencia y la de su familia, y la otra en el estudio. Desprovisto un dia de medios se sentó sobre el sofito de la academia para oir las esplicaciones, y con la nieve que le cayó encima se quedó helado. Allí se le encontró; y llegó á ser un célebre maestro. Decia: «El que va en pos de un nuevo renombre, pierde el primero. El que no añade estudio á lo que sabe, olvida. El que no ha aprendido, es digno de muerte. El que se sirve de la ley divina como de un arma, muere. Si yo no soy en mi favor ¿quién será? Cuando soy ¿qué es lo que soy? Si al presente no soy ¿cuando seré?»

Simon, su hijo, decia: «Fuí educado entre los sabios y no hallé cosa mejor que guardar silencio; no es la palabra, sino el estudio, lo que constituye al hombre. El que habla mucho, peca con frecuencia.»

Raban Gamaliel: «Sed prudentes con los poderosos, que acarician al hombre solo cuando le necesitan, y le abandonan cuando ya no les hace falta. Haz tu voluntad de la de Dios, y él hará de tu voluntad la suya. Anula la tuya por la suya, y él anulará las agenas por la tuya. No te separes del comun de los hombres, ni confies en tí mismo hasta el dia de la muerte. No digas una cosa que no deba saberse. No digas, estudiaré cuando tenga tiempo, porque puede ser que no le tengas nunca. El ignorante no teme el pecado. Un espíritu vulgar no puede tener devocion verdadera. No puede aprender el pusilánime, ni enseñar el irascible. Donde no haya hombre, haz de modo que lo seas.» Viendo un cadáver flotar sobre el agua, dijo: «Tú estás sumergido en el agua, y tú has sido sumergido en ella, y los que te han ahogado serán ahogados. El hombre grueso, tiene más gusanos que le roan que otros, el rico más dolores. El polígamo está en el caso de temer más pérfidas pasadas que otro alguno; el que tiene muchas esclavas, se vé en la necesidad de temer más lujuria: el que cuenta muchos esclavos, es víctima de muchos hurtos: el que ha estudiado mucho la ley, tiene mucha vida; el que es sedentario, adquiere más ciencia; el que mucho se aconseja, tendrá mucha prudencia; el que es bienhechor, goza de sosiego; el que busca fama, la busca para sí; el que observa la ley divina, adquiere la vida eterna.»

Raban Johanan Ben Zacai tenia cinco discípulos á quienes preguntó: *¿Qué sendero debe seguir el hombre?* El primero respondió: *Verlo todo con buenos ojos*; el segundo: *Poseer un buen camarada*; el tercero: *Un buen vecino*; el cuarto: *Prever lo venidero*; el quinto: *Tener buen corazon.* Johanan elogió el último consejo porque lo abarca todo (11).

Contiene el Talmud además de los dogmas y de la disciplina, gran número de cuestiones de física, de medicina, de historia, de astronomia, de astrologia judiciaria, de geografia.

---

(11) Estractos de la novena subdivision del IV órden de la Misna *Pirké-Avot (Máximas de los Padres).*

Tambien hay una parte que se llama *Baridá*, es decir, *fuera* porque en la época en que se componia el Talmud muchos doctores, á cuya cabeza se encontraba el rabino Isaac, después de haber asistido á las discusiones teológicas salian para discutir con más detenimiento; y porque aquellos debates, que fueron recogidos por escrito empiezan frecuentemente con la palabra *baridá* ó con la de *savrá*, es decir, creen.

Así los rabinos que contribuyeron á la composicion del Talmud son de cuatro clases: los mísmicos (*tanaim*); los dicentes (*emoraim*); los talmúdicos (*sevorae*) y los creyentes ó de la *Baridá*. Se llama literalistas (*caraim*) á los que refutando la interpretacion talmúdica, no admiten más que la escritura libremente interpretada.

Cábala filosófica.— Sobre estos libros y estos autores se funda la nueva filosofia cabalística, que se puede distinguir en práctica y en contemplativa, y esta última en filosófica y literaria. La filosofia cabalística literaria es una esplicacion artificial y simbólica de los libros santos, á la cual se llega por la trasposicion de las palabras ó de las letras de los versículos; la otra presenta una metafísica elevada, que si se aplica á conocer las perfecciones de Dios y de las inteligencias superiores, se llama *mercava*, es decir, carro, aludiendo á la vision de Ezequiel, y si se detiene en el mundo sublunar, recibe el nombre de *berescit*, que es la primera palabra del Génesis. Sus sectarios llegan por este medio á un sistema de física y de metafísica, que se reduce en el fondo á un probabilismo, sacado de las doctrinas panteísticas del Oriente y bosquejado en sus narraciones. Segun lo que cuentan *Or-Hensoph*, océano de luz, es la sustancia primitiva, que colocando delante de sí un velo, bosqueja en él la forma de los objetos y crea de este modo. Su primera emanacion fué Adan Cadmon, imágen de Dios y tipo del hombre, figurado por un anciano admirable de magestad y de lozania, con barba y cabellos compuestos de innumerables mundos (12), y del cual salen emanaciones decrecientes; tales son los diez *Sefirot*, ó círculos luminosos, y los cuatro mundos *Aziluth*, *Briah*, *Jesirah*, *Aziagh*. Pero la materia, oscurecimiento de los divinos rayos, no existe más que en idea. Dios guia inmediatamente al pueblo hebreo, y confia al cuidado de los ángeles las otras setenta naciones, situadas entorno de Jerusalen, centro de la tierra.

Aplicando al universo un pensamiento de Moisés relativo al hombre (13) supusieron una circulacion universal en el mundo, es decir, una radiacion en todo el espacio, con el auxilio de infinito número de canales, de la sustancia primitiva, desarrollando en sus inmensos circuitos todos los mundos posibles y sus propiedades, estableciendo sus relaciones, sus simpatias y una unidad ilimitada. Al principio la sustancia ensófica llenaba todas las cosas, idéntica en todas partes, si bien encerrando en sí la facultad de producir fuera un interminable número de atributos y de propiedades. Esta sustancia se contrajo en si misma, lo cual produjo un vacio orbicular donde no habia más que puntos luminosos, á distancias diversas, para indicar el lugar de los mundos venideros. Creado el espacio de este modo, llegó allí á derramarse la sustancia, como una ola, y á formar el primer canal de la circulacion interior. Hasta aquí, sin embargo, permanecia idéntica á si misma sin producir nada; pero los cabalistas enseñan que la sustancia primitiva puede multiplicarse por sí misma y dividirse por decenas. Las diez propiedades de su naturaleza se llaman *Sefirot*, y sus variedades esternas debian manifestarse por su medio. Los *Sefirot* se denominaban, corona, inteligencia, sabiduria, fuerza, misericordia, belleza, triunfo, gloria, fundamento, imperio; y cada uno de ellos, así como sus diferentes emanaciones, podian descomponerse en decenas.

Habiéndose lanzado la onda primitiva de la sustancia ensófica á la profundidad del espacio orbicular, dejó emanar de sí otros canales (*kelim*) secundarios, divididos y subdivididos hasta lo infinito, cuya complicacion llenó de nuevo el espacio, pero de un modo diferente de la inmovilidad primera; de aquí el movimiento y el desarrollo de todas las propiedades, potestades y esplendores, de que resulta el universo.

Así cuanto más se aproxima á su orígen la sustancia circunlante más rica es de propiedades; cuanto más mundo ha atravesado más pierde en luz, en pureza y en fuerza. El hombre debe, pues, esforzarse en disminuir el intérvalo por la fuerza del pensamiento y la pureza del alma, á fin de llegar á ser vaso de eleccion.

El célebre judio Espinosa (n. 1632) dedujo de aquí su hipótesis y dijo terminantemente: «La naturaleza es Dios; el hombre no pudo haber nacido malo; de otro modo seria preciso establecer que Dios es malo, y todo se confunde en Dios.» (14)

A la doctrina de las emanaciones se enlaza una porcion de fantasias sobre los demonios, sobre los cuatro elementos del alma, sobre su formacion y su orígen, sobre el hombre considerado como microscomo, envuelto completamente en nubes, cuya

---

(12) *In quadraginta millia mundorum extenditur album calvariæ capitis senioris... in cranio quotidie consistunt tresdecies mille myriades mundorum, qui accipiunt ab eo, et fulciuntur super eo.* Zohar, Idra Rabba, es decir, Gran Simbolo, sec. III.

(13) *Anima omnis carnis in sanguine est; unde dixi filiis Israel: Sanguinem universæ carnis non comedetis, quia anima carnis in sanguine est.* Levit., XVII, 14.

(14) Una informacion sobre la Cábala y sobre los dos libros fundamentales de ella, esto es, el *Zohar* y el *Jetsirá*, se lee en el primer volúmen de las *Memorias de la Academia real de ciencias morales y políticas del Instituto de Francia; Sabios extranjeros*, 1842.

separacion es difícil en estremo. Si se hace mencion de Zoroastro se encontrará una semejanza fundamental entre sus escritos y la Cábala (15). Se podria, pues, suponer que data de la época en que el cautiverio puso á los hebreos en contacto con los persas. Las relaciones que posteriormente tuvieron los dos pueblos abrieron un camino más á las ideas orientales, que propendian á pasar á Occidente.

Cábala práctica.—La Cábala práctica multiplica las prescripciones ya minuciosísimas de Moisés, y llega á hacerlas prevalecer sobre la moral. La doctrina de los demonios da nacimiento á una especie de magia particular que opera prodigios con la aplicacion artificial de las palabras y del sentido de los libros. Segun dicen ellos, los nombres fueron puestos á las cosas por Dios, que asociándolos comunicó á su reunion una gran eficacia. Segun la Biblia los de los hombres están escritos en el cielo. La música de David operaba prodigios. Existe, pues, una virtud secreta en las palabras ordinarias, y una mayor todavia en las de la Escritura ó en las que denotan la divinidad. Por eso Moisés y Daniel como conocian aquellas superaron á los magos de Faraon y al rey de Babilonia. Los milagros de los demás profetas se cumplieron con ayuda de la disposicion de palabras esplicando el nombre de Dios y sus perfecciones ó el de los ángeles y los demonios.

Suben al cielo las cosas de la tierra por una especie de encadenamiento; á tal palabra, á tal nombre está enlazada la idea de una parte del cuerpo, de una planta, de un animal, de un vicio, de una virtud, de un astro, de un ángel, de manera, que combinando palabras y números, se produce una agitacion simpática que corresponde á los elementos de cada cosa.

De aquí las aplicaciones teúrgicas, las prácticas supersticiosas y las locuras á que esta ciencia arrastró más tarde á los espíritus inclinándolos particularmente á la teurgia, en tiempo de Reuclino, de fray Zorzi, de Cornelio Agripa y de Raimundo Lulio (16).

Así aquel pueblo, que antes de doblegarse al yugo permitió que fuera destruida su patria, se humilló en el destierro ante sus supersticiosos señores. Emancípanse no obstante los más ilustres y conservan la integridad de la tradicion, aunque sus mismas oraciones no estén siempre puras de las estravagancias de los místicos.

Hebraizantes.—A la par que ciertos hebreos refutaron el cristianismo, otros le abrazaron introduciendo heregías de infinitas formas aunque de una sola naturaleza. Querian los hebreos convertidos conservar en la nueva Iglesia muchas prácticas y ceremonias de la sinagoga, de que se habian emancipado los creyentes. Pero como el mismo Jesucristo se habia sometido á ella, como los *primeros obispos* de Jerusalen habian sido circuncisos, y como los creyentes distantes habian mirado la iglesia de la capital de Judea como la principal, hasta que se constituyeron numerosas sociedades en Antioquia, Corinto, Efeso, Alejandria y Roma, los cristianos judaizantes ó nazarenos, pretendian poder imponer como ley á la iglesia católica lo que solo en el orígen habia sido tolerado.

Ebionitas.—Habiendo sido reprobados, se retiraron á Pela, en Tesalia, hasta el momento en que para sustraerse á la proscripcion de Adriano, y siguiendo el ejemplo de Marcos, su obispo, que habia nacido gentil, renunciaron á los ritos mosáicos, conformándose con los usos de la iglesia católica. Poco numerosos los disidentes, crearon una pequeña iglesia en Berea ó sea Alepo de Siria, y tomaron el nombre de ebionitas, es decir, el de pobres; siendo repudiados por los judios como apóstatas y por los cristianos como hereges. Rechazaron estos ebionitas á San Pablo, como de origen gentil y apóstata de la ley mosáica, y propagaban en nombre de San Pedro errores como los siguientes: que Dios habia dividido el imperio de las cosas entre Jesucristo y el demonio, dando á este último el poder del siglo, y al primero el de la eternidad: que Cristo, humanamente nacido (17), se habia hecho digno por sus virtudes de ser hijo de Dios. Que no era bastante para salvarse creer en él, pues que además era necesario observar la ley mosáica; y por último, estaban todos obligados á casarse, siendo lícita la poligamia.

Cerinto.—Habia Simon el Mago formado discípulos, á cuya cabeza se colocó después de él Menandro, que bautizaba por sí mismo y ofrecia la inmortalidad. Menos ambicioso que estos, no se creyó Cerinto ni como emanacion de Dios, ni como profeta; pretendiendo solo saber por revelacion de los ángeles que el mundo no era obra de Dios; pero si de un poder distinto al supremo: que Cristo ni habia nacido ni padecido, pero si Jesús, en el cual habia morado algun tiempo; y adoptando en esto las preocupaciones nacionales y las antiguas esperanzas de los hebreos, añadia que habria con el tiempo en Jerusalem un reinado terrestre de mil años, durante el cual todos los deseos de la carne se verian satisfechos (18).

Gnósticos.—No fueron sino los precursores de

---

(15) Véase el lib. III, cap. III; y MAX MÜLLER, *Los libros sagrados de Oriente.*

(16) El nombre de Cábala no parece aplicado á estas doctrinas sino por Pico de la Mirándola. Algunos de los numerosos comentadores, que procura derramar alguna luz sobre tantas tinieblas, han sido reunidos por Knorrius de Rosenroth en la *Cábala descubierta*, 1677.

(17) Trifon, segun S. Justino, dice claramente: Πάντες ἡμεῖς τὸν Χριστὸν ἄνθρωπον ἐξ ἀνθρώπου προσδόκομεν γενήσεσθαι.

(18) Fué adoptada esta doctrina del milenario por algunos ortodoxos, como Justino *(Dial cum Tryph.)* y Lactancio, lib. VIII.

los gnósticos. Estos no se limitaron á borrar del símbolo católico algunos dogmas, sino que subordinaron todo el cristianismo á doctrinas anteriores, con las cuales lo refundieron para sacar una concepcion enteramente nueva: *gnosis* era una palabra que estaba en uso en las escuelas para indicar una ciencia superior á las creencias comunes (19), aplicándose asimismo el nombre de gnósticos á los cristianos que conocian mejor esta ciencia (20). Algunos libres pensadores lo usurparon enseguida, pretendiendo que siendo su doctrina independiente de una revelacion, era superior á los sistemas paganos, pues que ella esplicaba sus símbolos á la religion hebráica, de la cual descubria las imperfecciones y los vicios, del mismo modo que de la comun creencia de la Iglesia cristiana.

El sincretismo de los gnósticos se practicaba en todas las doctrinas y religiones por diversas que fueran. Habíanse introducido en la religion hebráica algunas derivaciones nuevas de una sabiduria modificada por el tiempo, por el vulgo y por los sabios. Ostentaba la Persia las doctrinas de Zoroastro, que pretendia (séanos permitido el repetirlo) que la primitiva luz emanaba del tiempo indefinido *(Zervan Akerene)*, y que de esta provenia Ormuz, rey de la luz, el cual ayudado de la Palabra *(Honover)*, creó el mundo puro, de quien es conservador y juez. Procedió gradualmente el primer nacido del tiempo en esta creacion, formando desde luego sus *amchaspandos*, que rodeando su trono eran sus órganos para con los espíritus inferiores y los hombres; seguian los veinte y ocho *izedos*, que velan por el bien del mundo, y son los intérpretes de las súplicas humanas: después los *ferveros*, ideas del demiurgo. Al mismo tiempo Arimanes, segundo del Eterno, condenado por su envidioso orgullo á dos mil años de tinieblas, se preparó á combatir la luz, y produjo en oposicion á las criaturas de Ormuz, siete *archivedis* y gran porcion de *devis*. De su lucha con los buenos genios proviene la mezcla del bien y del mal que se nota en todas las cosas de este mundo, y que durará hasta que la obra de Ormuz triunfe completamente.

Uniéronse á estas ideas las doctrinas astronómicas, las influencias de las estrellas, con todo lo que constituyó la religion de los gauros, y todo lo que ingertado en las teorias hebráicas, engendró la cábala.

Fenicios.—Las concepciones asiáticas habian esperimentado otras modificaciones por parte de los fenicios, quienes tambien suponian que, escrita una palabra divina en los astros, habia sido comunicada por los semi-dioses á las castas superiores del género humano. El principio de todas las cosas, segun esta palabra, es un sér medio materia y medio espíritu, que enamorado de sus mismos principios (τῶν ἰδίων ἀρχῶν), engendró el universo. Produjo desde luego la materia (*mot*), de donde salió el gérmen de cada criatura, al paso que los admiradores del cielo, nacian de séres superiores; y de este modo y gradualmente, los cuerpos celestes, los fenómenos de la luz y del viento, y todo lo demás. El espíritu, voz de Dios, creó con la noche (*baavi*), á Eon y Protogeno, primeros hombres, quienes produjeron los *genos*, habitantes de la Fenicia; estos se propagaron por parejas, y dieron cuna á los inventores de las diversas industrias terrestres que han sido honrados con un cultivo divino.

Procedente igualmente del Asia, la doctrina de los espíritus, habíase propagado lejos alrededor del Mediterráneo, asociándose á la teologia, á la antropologia y aun á la cosmogonia, por medio de la cual esplicaba este misterioso acuerdo que impera en el universo, en donde el mundo intelectual debe desempeñar el principal papel. Con el fin, pues, de salvar el inmenso intérvalo entre el Criador y el hombre, se habia admitido esta cadena de graduacion de séres intermedios y la manifestacion contínua de Dios bajo denominaciones y formas diferentes.

Egipcios.—En Egipto, por lo que se deja ver del culto de la misteriosa Isis, *Amon-ra*, Dios oculto, desconocida oscuridad, con su *palabra* hizo salir de sí mismo un sér femenino, *Neit;* que fecundada por él produjo á *Cnef*, demiurgo ó poder creador. Hizo éste salir de su boca un huevo, es decir, la materia del universo, que encierra el agente divino, y la ordenadora inteligencia *Fta*. De este último y de *Buto*, la gran madre, nace *Fré* ó el sol, y su compañera *Tife (Urania)*.

---

(19) Γνῶσις conocimiento opuesto á πίστις fé.

(20) Véase independientemente de los autores eclesiásticos en general:

MUNTER.—*Ensayos sobre las antigüedades eclesiásticas del gnoticismo*. Anspach, 1790 (aleman).

LEWALD.—*Comentario sobre la doctrina gnóstica*. Heidelberg, 1818.

NEANDER.—*Desarrollo genético de los principales sistemas del gnosticismo*. Berlin, 1818 (aleman) y su libro titulado: *Antignóstico de Tertuliano*. Berlin, 1825.

HAHN.—*Antitheses Marcionis*, y el *Evangelio de Marcion restablecido*. Könisberg, 1823 y 1824.

FULDNER.—*De carpocratianis*. Leipzig, 1824.

BELLERMANN.—*Sobre las piedras preciosas abraxas*. Berlin, 1820 (aleman)

Y muchos más, los cuales todos han sido tomados en consideracion por JACOBO MATTER.—*Historia crítica del gnosticismo, y de su influencia sobre las sectas religiosas y filosóficas de los seis primeros siglos de la era cristiana*. Paris, 1828; 2 vol. con láminas. Al aproximarse la historia al gnosticismo, no supo sustraerse á la admiracion que hace parecer bellos é importantes los puntos sobre los cuales meditamos larga y profundamente.

Los libros de los gnósticos se han perdido; pero recientemente Delauvrier ha encontrado en el *British Muscum* de Londres, un manuscrito del sétimo ú octavo siglo, que contiene, segun él, la *fiel doctrina* de Valentin, jefe de una de las más célebres escuelas gnósticas del Egipto; es una obra traducida al copto en forma dramática. Supone el autor de este curioso libro, que Jesucristo pasó después de la resurreccion, doce años con sus discípulos, y les espuso una revelacion superior, y la ciencia del mundo y de la inteligencia.

Dividiéronse aun las emanaciones divinas en tres grados sucesivos: el primero de ocho, el segundo de doce y el tercero de diez ó de trescientos sesenta y cinco dioses. Es notable entre estos últimos, *Tot* ó Hermes, pues tiene forma terrestre y celeste: es trimegisto como Dios; es redentor como hombre y revelador de misterios; da en fin la ciencia á la raza humana degenerada, á quien hace instruir por medio de Osiris é Isis, á fin de hacerla digna de subir al cielo (21).

Tifon, genio del mal, se habia confundido con la materia y se invocaba contra él á los genios tutelares de cada uno de los dias del año, genios que formaban la tercera série de las divinidades. Su tarea era mantener correspondencia entre los dos mundos.

Todos estos sistemas encontraban parciales, y como se habia divulgado donde quiera una necesidad de trasladar, por decirlo así, las creencias más allá de las barreras del mundo sensible, se les daba la preferencia sobre la mitologia griega, en que el genio estético de los helenos habia disfrazado y sepultado el misticismo bajo las formas y las tradiciones tomadas del Asia. Desprenderlas y sacar de allí una filosofia depurada de todo lo que podia ser contrario á los dogmas, tal era la intencion de los gnósticos que veneraban las doctrinas evangélicas, aunque sin aceptarlas en su sencillez nativa. Incapaces de conocer el mérito de esta confianza positiva por la cual se llega á la solucion de los problemas más importantes para la moral humana, supusieron que se necesitaba un órden filosófico y que la ciencia accesible á todos (*exotérica*) debia ser diferente de la que estaba reservada para un corto número (*esotérica*). A la par que la teosofia cristiana, reconociendo la fé como un hecho, resuelve las cuestiones por la autoridad divina, de manera que no discute el fondo de las doctrinas, sino que tan solo comprueba su esposicion, su concordancia con los textos y con las interpretaciones legítimas, el gnoticismo sustituye ó asocia á la revelacion auténtica, revelaciones particulares y naturales hasta cierto punto; aspira á alcanzar con sus propias fuerzas una altura inaccesible á la razon y no revelada á la fé: pretende dar el carácter y la autoridad de la inspiracion á sus investigaciones místicas, con cuyo auxilio resuelve los problemas más elevados, como el orígen del mal, la creacion, la redencion, las relaciones entre el mundo intelectual y el mundo moral.

Considerado bajo este aspecto el gnosticismo es la heregia que se reprodujo más generalmente en Asia y en Europa, en diferentes periodos, ora en la escuela renovada de Pitágoras y de Platon, ora en las escuelas trascendentales del siglo XVI, que asociaban á su misticismo la alquimia, la astrologia y la magia.

Doctrinas comunes de los Gnósticos.- Ciertos gnósticos hollaban completamente las enseñanzas apostólicas; otros decian haber descubierto en ellas por medios secretos la verdad bajo la forma imperfecta ó alterada con que se presenta al vulgo; otros aun veneraban los libros canónicos, salvo interpretarlos de otro modo que la Iglesia. Eran la mayor parte gentes instruidas y ricas de la Siria y del Egipto, que abandonando al vulgo y á los pobres las humildes prácticas del evangelio, imaginaban estar reservado para ellos el conocimiento íntimo de los misterios, y querian superar en profundidad mística al cristianismo. Concordaban en distinguir un mundo superior de pura luz y de inmortal ventura, y otro de tinieblas, de miserias, de muerte. Existe un sér infinito, invisible, padre desconocido, abismo de inmensa noche (προῶν βύθος), como el Bram indio y el Piromis egipcio, que no pudiendo permanecer inactivo, se esparció en emanaciones.

Las emanaciones superiores, no creadas, sino emitidas del abismo eterno y partícipes de los atributos de la esencia divina, se llaman *eones* ó séres (22): es-

(21) Independientemente de las esplicaciones que grabó en columnas, Tot compuso veinte mil, y aun hay quien diga treinta y seis mil volúmenes; nos quedan algunos fabricados probablemente en los primeros tiempos del cristianismo por los neoplatónicos; el más célebre es el *Pimander* ó de la naturaleza de las cosas (véase tomo I, pág. 238). Otros aparecieron enseguida con su nombre, referentes á la alquimia.

(22) Mucho se ha escrito para esplicar el sentido de esta palabra y la aplicacion que de ella se ha hecho á la inteligencia emanada de Dios. Díjose que el sentido corresponde al de צלם, que significa no solo el *siglo*, sino tambien el *mundo* y *lo que el mundo comprende*. Pero el que pretendiese que αἰῶνες fuese traduccion de la palabra hebráica y que tal denominacion se hubiese tenido que derivar necesariamente de las lenguas orientales, puesto que las opiniones de los gnósticos se tomaron de los sistemas orientales se aproxima solamente á la verdad. Ante todo no es cierto que el gnosticismo sea una copia de otra parte: pues con la palabra *eones* los gnósticos no quieren indicar ni *el siglo, ni el mundo,* ni *lo que el mundo comprende,* ni *la duracion del mundo,* ni *un espacio de tiempo cualquiera,* sino inteligencias, emanaciones de Dios, séres hipostáticos de la misma naturaleza que Dios. Los cabalistas daban á todas las inteligencias superiores y especialmente á los Sefirot, el atributo de Ei, de Jehová, de Elohim ó de Adonai, para significar, *cuanto emana de Dios y hasta Dios.* La misma idea tuvieron los gnósticos y por esto llamaron αἰῶνες la inteligencia emanada de él. Consideran *la eternidad* como el atributo más característico del ente supremo y por esta razon usaron aquella espresion tan célebre. Ireneo, en el capítulo I del primer libro lo declara abiertamente: Λέγουσι γὰρ, τινά εἶναι ἐν ἀοράτοις καὶ ἀκατονομάστοις ὀνόμασι τελεῖον Αἰῶνα πρόοντα... τοῦτον δὲ καὶ βύθον παλοῦσιν; «puesto que estos (los valentinianos) dicen que existe en las alturas invisibles é inefables un eon enteramente perfecto... y lo llaman abismo.» El ente supremo era llamado por ellos el *Eon,* el *Eterno* y con el mismo nombre se indicaba *lo que era todavia él.* En este mismo sentido se usa el equivalente de צלמים en el código de los nazarenos, publicado

tos séres se hallan en números diferentes y distribuidos por clases de siete, ocho, doce, en conformidad con los números simbólicos que hemos encontrado en casi todas las teogonias y cosmogonias. Reunidos á la sustancia forman el *pleromo*, ó la plenitud de la inteligencia. A medida que se alejan de su orígen disminuyen en perfeccion hasta la última emanacion del pleromo que es el *demiurgo*, equilibrio de luz y de ignorancia, de debilidad y de fuerza, que sin mandato ni concurrencia del padre desconocido produjo este mundo, conjunto tan desordenado y tan vicioso, que no cabe considerarlo como obra de Dios.

Allí están colocadas las almas con el peso de la materia, ora por efecto de un capricho del demiurgo, ora porque las degradara una primera culpa. No podia el demiurgo regenerarlas. Hubo necesidad de que una de las sublimes potestades del pleromo, el pensamiento divino, la inteligencia, el espíritu, descendiera personalmente hasta el último grado de la creacion para hacer que el hombre tornara al pleromo. Esta potestad celeste es Cristo, que reforma la concepcion defectuosa del demiurgo y aniquila su creacion.

Pero como la materia es perversa, Cristo solo tomó sus apariencias; á la par que la religion natural y la de Moisés son obra de Jehová, demiurgo imperfecto, al revés el evangelio espresa la inteligencia del padre desconocido.

Estos gnósticos habrian podido bosquejar con sujeccion á tales ideas una historia de la humanidad en dos épocas; durante la primera habia seguido la ley del demiurgo, y la de Dios en la segunda. Hasta los hombres están divididos en tres clases segun el principio de vida dominante en ellos; los *úlicos*, cuyo principio es la materia (ὕλη), están subordinados al mundo inferior; los *pneumáticos* segun el espíritu (πνεῦμα) aspiran á tornar al pleromo: los *psíquicos* se elevan hasta el demiurgo, al cual corresponde el alma (ψυχή), que no es espíritu ni materia. Sometidos los hebreos al demiurgo Jehová, fueron *psíquicos; úlicos*, los paganos consagrados á la vida inferior; *pneumáticos* los verdaderos cristianos (23).

¿A qué está, pues, destinado el género humano? A elevarse desde la vida úlica y desde la vida psíquica á la vida espiritual ó divina. El principio úlico está sujeto á la muerte, y quizá los que le han seguido durante toda su existencia caerán en la nada: los psíquicos obtendrán las recompensas imperfectas que puede conceder el demiurgo; los pneumáticos alcanzarán volver al pleromo eterno.

Sus sectas.—Concuerdan los gnósticos en estos diferentes puntos; pero abandonados á las alucinaciones de su razon, no es sorprendente que se hallen divididos en más de cincuenta sectas, teniendo cada una sus obispos y sus asambleas, sus doctores, sus milagros y sus evangelios; porque si el hombre puede elevarse á los dogmas de la existencia y de la unidad de Dios, se presentan delante de sus ojos mil cuestiones cuando llega á meditar sobre la naturaleza del sér necesario, sobre los atributos que no se derivan inmeditamente de su perfeccion suprema, sobre las sustancias que son emanacion suya, las diversas órdenes de espíritus superiores é inferiores, el estado primitivo del mundo, el encadenamiento de las causas y de los efectos, los tipos universales de las ideas, la realidad ó la ilusion, la trasformacion de las cosas. De aquí la innumerable subdivision de los gnósticos, por aceptar rara vez los hombres de imaginacion otro norte que sus propios pensamientos. Pero semejante fraccionamiento produjo la ventaja de que no se introdujera en la Iglesia aquel monton de ficciones metafísicas, que se enlazaban con la mitologia científica y la teologia poética de los indios, de los persas y de los cabalísticos.

Pueden ser clasificados los gnósticos, segun se aproximan más á las máximas de Egipto ó á las de

---

por Norberg, para indicar una clase de ellos enteramente igual á los eones.

La palabra αἰών se usa amenudo en el nuevo testamento con diverso significado. Es probable que los valentinianos, así como no rechazaban las epístolas de San Pablo, hayan tomado en su sentido este pasaje de la epístola á los hebreos: δι' οὗ (Χριστοῦ) καὶ τοὺς αἰῶνας ἐποίησε *por el cual* (Cristo) *tambien hizo los siglos*; cuyo pasaje está acorde con su sistema sobre el νόος, como imágen de Dios y órgano de toda criatura. Pero no hay duda de que el autor de aquel escrito adoptó la palabra αἰῶνας en el sentido de mundos; ya que en la doctrina ortodoxa la creacion de los ángeles no se atribuye á Jesucristo, aunque S. Juan abiertamente le atribuye la del mundo.

Cerinto y Basilides tuvieron ideas análogas á las de Valentin; pero es dudoso que aplicasen la espresion de *eon* á las inteligencias divinas. Saturnino llamaba á los ángeles *elohim*; Bardesanes, posterior á Valentin, empleó en Sirio una palabra semejante. Se buscaron analogias al término de *eon* en una palabra india que parece corresponder á צלם (MIGNOT, *Sobre los antiguos filósofos de la India*, tomo I, pág. 227 *de las Memorias de la Academia de las Inscripciones*); pero aun cuando no rechazamos las investigaciones de Mignot, en este punto nos inspira poca confianza, porque la manera con que escribe la palabra צרם (por אלהים) parece demostrar que no conoce el hebreo. Se pretende tambien recurrir á los *ingés* de los caldeos (BRUCKER, *De ideis*, p. 5), y á las *ideas* de Platon (Id. p. 36), y en cuanto á las opiniones, se halla en ellas en verdad alguna analogía; pero ninguna respecto del lenguaje. En ALCINOUS, *De doctrina Platonis*, c. 9, se encuentra una analogia enteramente engañosa, allí donde aquel filósofo platónico, dice: Ὁριζονται δὲ τὴν ἰδέαν παράδειγμα τῶν κατὰ φύσιν αἰώνων; *definen la idea un modelo segun la naturaleza de los eones*. Lo mismo sucede respecto de las presentadas por Mosheim *(Comment. de rebus christianis ante Constantinum*, pág. 29), de cuyas investigaciones relativas al gnosticismo, hacemos gran caso. Y es tanto mayor el mérito de aquellos trabajos suyos, cuanto que consideraba las doctrinas de los gnósticos como sueños de una imaginacion desarreglada. Véase MATTER.

(23) Teoria desenvuelta especialmente por Valentin.

Persia, en dos familias principales; los *panteistas*, como Apeles, Valentin, Carpocrates, Epifanio; y los *dualistas*, como Saturnino, Bardesanes y Basilides.

Dualistas.—Saturnino, que vivia en Antioquia en tiempo de Adriano, parecia haber considerado como coeternos á Dios, á Satanás, principio del mal, espíritu y materia. Pero ¿cuál de los elementos precedió al otro? Bardesanes, de Edeso, contemporáneo de Marco Aurelio, responde que la materia constituye el elemento primitivo del mal, y que Satanás fué una manifestacion espiritual de éste. Así como el abismo del bien (βύθος) engendró la inteligencia y por ella una série de emanaciones de aspectos diferentes, del mismo modo el abismo del mal, es decir, la materia engendró á Satanás y por él una série de emanaciones análogas, en hostilidad armónica con las primeras; de tal suerte que el universo fué la manifestacion de un doble desconocido (24). Bardesanes sostuvo sus doctrinas con firmeza, y amenazado en tiempo del emperador Vero, respondió: *No temo la muerte, y no me libertaria de ella aun cuando cediera á lo que el emperador quiere.* Compuso ciento cincuenta himnos, mereciendo alabanzas su espresion poética y sus melodias; para él era la poesia un medio de insinuar en los espíritus la parte esterior de la gnosis.

Se ocupó particularmente en la cuestion del destino, es decir, en averiguar si las cosas de este mundo están regidas por decretos inmutables, sin que los votos ni los esfuerzos humanos puedan alterar nada de lo que decidió una potestad ciega. Como suponia que el mundo no habia sido inmediatamente criado por Dios, no podia atribuirle su gobierno; pero le daba el hermoso nombre de padre y decia: *Todo puede hacerse con el beneplácito de Dios, nada de lo que quiere puede ser evitado, atendido que nadie podria luchar contra su voluntad. Si alguno puede resistirle, es por efecto de su bondad, que concede á cada uno lo que es adecuado á su índole y á su voluntad independiente.* Así procuraba conciliar el libre albedrio con la astrologia, en la suposicion de que el hombre esterior estaba solo sujeto á la accion del destino, permaneciendo libre en lo relativo á la existencia racional.

Basilides, sirio como Bardesanes, enseñaba en Alejandria. Supone la eternidad de los dos principios, y añade que las emanaciones del espíritu de las tinieblas, enamoradas de la luz, se elevan hasta el seno del pleromo; en oposicion á otros gnósticos, que suponen que el pleromo se precipita en el imperio de las tinieblas, se esfuerza por esplicar en un sentido contrario el problema que en todos tiempos ha atormentado á la mente humana, á saber, la misteriosa combinacion del bien y del mal, unida originariamente á la eficacia del bien: la coexistencia del mal moral con un Dios bueno. Su pleromo estaba, al estilo de Egipto, compuesto de trescientas sesenta y cinco inteligencias que esplicaba con la palabra ΑΒΡΑΞΑΣ; convertida en símbolo y en señal de reconocimiento entre sus discípulos (25).

No exageraba á semejanza de otros, los males de esta vida; hasta veia en ellos una manifestacion de las ideas divinas, y decia: *Haré cualquier cosa mas bien que acusar á la Providencia.* Daba de ésta una definicion ingeniosa, designándola como una potestad que impele á todas las cosas á desenvolver las fuerzas que encierran naturalmente (26); y consideraba la redencion como un medio empleado por esta Providencia para guiar el género humano hácia un estado superior al que naturalmente podia alcanzar. Si ve males aquí abajo los mira como una prueba, como una espiacion (οἰκονομία τῶν καθαρσεῶν), afirmando que las dudas suscitadas por nuestra ignorancia sobre la justicia de Dios, se desvanecerian si pudiéramos descubrir concordancia entre las causas y los efectos.

Hace servir á su sistema la doctrina de la metempsicosis, modificada á estilo de los gnósticos: la hace estensiva á todas las naciones, y la emplea para esplicar su estado de civilizacion.

Valentinianos, 161.—Pero como en el dualismo cuanto existe constituye solo formas del sér bueno y del sér malo, esta doctrina torna á caer en el panteismo: allí es en efecto á donde va á parar Valentin, concibiendo la materia como una emanacion grosera, una forma del espíritu ó una ilusion. Este egipcio, el más célebre entre los gnósticos, reconocia una série de eones. El primero de ellos, segun él, llamado preexistente (προών), profundidad inefable (βύθος) (27), permaneciendo en reposo y por largo tiempo desconocido con *Ennoia*, (la imaginacion), engendró á *Nous* (la inteligencia), semejante á él, que fué padre de todos los séres, y aun siendo unigénito tenia por hermana á *Aletheia* (la verdad). Estas dos parejas formaron un cuadro que fué la base de todas las cosas. *Nous* engendró otros dos eones, *Logos* y *Zoe*, (el verbo y la vida) y estos á *Antropos* y *Ecclesia* (el hombre y la sociedad); los dos primeros produjeron cinco

(24) Bardesanes escribió, con arreglo á las noticias suministradas por los embajadores enviados de la India cerca del jefe del Imperio. *Comentarios* sobre la India, de que nos quedan dos fragmentos. Se puede deducir su doctrina de la de Capila (tomo I, pág. 185) segun la cual la materia *Prakriti*, engendró la inteligencia, y comenzó por ella á manifestarse.

(25) De aquí las piedras *abraxas*, famosas entonces y después.

(26) CLEMENTE DE ALEJANDRIA, *Stromat.*, lib IV.

(27) IRENEO, *Adversus hæreses*, I, cap. 1.

TEODORETO, *Hæret. fab.* I, cap. 7.

Siempre y donde quiera se hallan las mismas ideas fundamentales esto es de la eternidad y de la incomprensibilidad del Sér Supremo, es el *Zervan-Akerene*, el *Ensof*, el πατὴρ ἄγνωστος, el πατὴρ ἀνονόμαστος.

nuevas parejas de eones, que con su conjunto constituyeron el pleromo, y están figurados en los treinta años que Jesucristo vivió ignorado. El pleromo está completo con la nueva pareja de Cristo y el Espíritu Santo, que vieron nacer al mismo tiempo que ellos una larga série de ángeles de la misma naturaleza.

Si dejamos á un lado este lenguaje místico, hallamos en esta doctrina que la materia procede del espíritu; luminosa si sonrie, acuosa si llora, opaca si está triste; no es, pues, más que una forma del alma, espaciándose en el alborozo, condensándose en la afliccion. El mal es una falsa direccion del bien, atendido á que nace de la oposicion entre el deseo de los eones de unirse en el gran abismo, y la impotencia de lograrlo.

«Sois desde el principio inmortales, decia Valentin á sus sectarios; sois hijos de la vida eterna, os habeis atraido la muerte para vencerla, destruirla, aniquilarla en vosotros mismos, pero si disolveis el mundo de la materia sin dejaros arrastrar por él, sois señores de la creacion y dominais sobre todo lo perecedero (28).» La idea fundamental del valentinianismo es la de la más pura ortodoxia, es decir, la de la redencion y del cristianismo, antes de conducir todos los séres espiritnales á su condicion primitiva. El último dogma de Valentin es tambien el de los ortodoxos, porque enseña que el órden de cosas actual cesará cuando el objeto de la redencion quede enteramente cumplido sobre la tierra. Entonces el fuego que se halla esparcido y latente en el mundo brotará por todas partes y destruirá la materia hasta sus escorias, último refugio del mal (29). Llegados entonces los espíritus á perfecta madurez, ascenderán al pleromo para gozar allí de todas las delicias de una íntima union con sus compañeros, así como el con Jesus se unirá allí con sus *Syzygos*, *Sofia Achamot* (30). Los valentinianos dieron nacimiento á los ofitas, á los cainitas y á otras variedades.

Su moral.—Respecto de la moral los gnósticos la hacian consistir en suministrar al cuerpo lo necesario con esclusion de lo supérfluo, en nutrir el espíritu todo lo que sirve para ilustrarlo, fortificarlo y hacerlo semejante á Dios, de quien emana, pero se descarriaron á menudo.

Aunque ciertas máximas de los gnósticos propendieron al perfeccionamiento moral del hombre, llegaban sistemáticamente á la inmoralidad. Suponiendo, en efecto, con los panteistas, que Dios solo opera en todas las cosas ¿qué diferencia real queda entre la virtud y el vicio? Suponiendo con los dualistas que el hombre emana de un doble principio, la libertad queda destruida, y toda nocion de virtud con ella. Admitiendo enseguida que la creacion sea obra de un sér imperfecto y falible, la ley moral dictada por él debe ser tambien imperfecta, y es posible emanciparse de ella. Además la revelacion comprende dos partes correspondientes á los dos principios espiritual y material: el primero literal, que prescribe los actos esteriores: el otro espiritual, que produce la libertad de los hijos de Dios. Aquellos que son imperfectos se atienen á lo esterior: á la revelacion espiritual se elevan los verdaderos gnósticos, ellos para quienes la distincion aparente de los actos buenos y malos desaparece entre los torrentes de luz del pleromo.

Aplicando estas doctrinas á la sociedad, debian crear la unidad absoluta aboliendo la propiedad y el matrimonio, ó suponiéndolas un doble orígen, clasificar á los hombres en superiores y en inferiores. En el primer caso hubieran engendrado la anarquia, en el segundo la servidumbre como leyes necesarias de la sociedad humana.

Las relaciones con el mundo intelectual inspiraban la confianza arrogante de poder servirse de él para las cosas de aquí abajo. De aquí los delirantes errores de la magia. Además enseñaban que los psíquicos (y comprendian en este número á los católicos) eran incapaces de llegar á la ciencia perfecta, y no podian salvarse sino en virtud de la simple fé y de las buenas obras. Nada de salvacion para los hombres carnales; pero aquellos cuyo principio es espiritual, ni aun siquiera necesitan de las

---

(28) CLEMENTE DE ALEJANDRIA, *Stromat.*, lib. IV.

(29) Aquí Valentin se aproxima á Zoroastro, en cuyo concepto, torrentes de metales purificarán el mal, los demonios y Arimanes. *Bundehesch*, XXXI, 416, edicion de Anquetil.

(30) Valentin no admite un principio eterno del mal, diferenciándose en esto de Basilides, pero seguia las doctrinas persas y se aproximaba más bien á las doctrinas griegas con motivo de la ὕλη. Suponia una materia muerta é informe, privada de todo elemento de vida divina, y no tenian nada de real por consiguiente. Pero como á pesar de todo la vida divina debe penetrar en un principio en todo lo que existe, y como la materia resiste á toda accion de la divinidad, hay en el elemento que la constituye un vicio efectivo, una oposicion, una manera de existir perversa, que es ó produce el genio del mal, ó Satanás por otro nombre. —Esto no es más dificil de concebir que las creaciones operadas por los deseos de Sofia; y esta creencia estableció entre Valentin y los gnósticos, que le precedieron, una diferencia fundamental. Para estos, como en las doctrinas de Zoroastro, del judaismo y de la cábala. Satanás es un ángel caido, ó un genio del mal, en la teoria de Valentin es el producto de la materia. Por lo demás, esta opinion no era nueva, sino que habia nacido de la opinion antigua de que la materia era viciosa por su índole, y que siendo de mala naturaleza pudo engendrar el genio del mal. Es verdad que no se llegaria á esta conclusion raciocinando segun los principios de la filosofia moderna. En efecto, lo que está vacio y privado de Dios es contrario á su naturaleza, y por resultado de su condicion propia debe resistir á la accion de Dios, sin que se pueda decir que hay en esta resistencia perversidad ó vicio. Dificilmente llegaremos á imaginar como la resistencia de la materia, aun siendo vicioso, podria engendrar nunca un principio intelectual: y si pudiéramos imaginarlo se lo atribuiriamos en definitiva al que provocó semejantes resistencias, y las consecuencias que dedujéramos serian terribles (Véase MATTER).

buenas obras, atendido que siendo perfectos por índole, no pierden la gracia en ningun caso.

Algunos gnósticos fueron modelos de virtud, especialmente los jefes. Pero si la legislacion moral basta al filósofo religioso, carece de fuerza sobre la muchedumbre, que pierde todo freno cuando se arrancan los obstáculos que oponen al mal un dique. No habia, pues, mala accion que no creyesen lícita los gnósticos de baja estofa. No solo comian sin escrúpulo las viandas consagradas á los ídolos, sino que asistian á las solemnidades paganas, á los juegos del teatro, y se entregaban á toda clase de placeres creyéndolos permitidos: á pesar de todo y aun conociendo la corrupcion de aquellos tiempos, apenas llegamos á creer verdaderas las infamias que se les atribuian, y de que los gentiles acusaban á todos los cristianos por ignorancia ó por malicia. Desaprobaban el martirio, diciendo que Cristo nos habia eximido de él al morir por nosotros, y que Dios, que tiene horror á la sangre de los toros, no puede mirar con gratos ojos la de los hombres.

Marcos, que fingia ser inspirado por un genio familiar, seducia principalmente á las mujeres, halagando la vanidad y exaltando su imaginacion hasta tal punto que no podian negarle nada, en recompensa del don de profecia que se comprometia á proporcionarles (31). Carpocrates de Alejandria, enemigo del judaismo y de todas las escuelas anteriores, enseñó el desprecio de las leyes, la comunidad de bienes y de mujeres, fundándose en preceptos falsamente atribuidos á Zoroastro y á Pitágoras (32). En su concepto habiéndonos dado Dios las pasiones, era necesario satisfacerlas á toda costa para merecer la vida eterna. Uno de los siete diáconos de Jerusalen, llamado Nicolás, dió su nombre á una secta que estendiendo sin medida la comunidad de las cosas, minaba las bases de la sociedad, la propiedad y la familia.

Montanistas.—Otros gnósticos, como los encratistas ó continentes caian en el estremo opuesto. Creyéndose elegido el frigio Montano (212) para perfeccionar la moral predicada por Cristo, reprobaba todo placer, todo esmerado adorno, así como las artes y la filosofía. Menos dotado de talento filosófico que de imaginacion mística, enemigo como Rousseau de la ciencia, creia á semejanza de Cromwell, en la inspiracion por medio de la cual, decia, podia todo hombre hacerse rey y profeta, hasta el momento en que cesando el éxtasis volvia á entrar en las filas del vulgo. Le servia para operar prodigios del género de aquellos de la antigua Pitonisa y del moderno magnetismo. Tenia las esterioridades de piedad que engañó hasta al gran Tertuliano. Los valesianos y los origenistas exageraban más todavia la autoridad de Montano y recurrian hasta á la mutilacion para dominar los sentidos.

Marcionitas.—En el fondo pueden reducirse las demás heregias de aquella época á estos dos puntos generales, aunque á menudo los mismos que discutian no se apercibieran de ello. Se refieren al dualismo todos los que abusando del dogma de una primera caida, y de la lucha entre el espíritu y la carne, creyeron perversa una parte de la creacion. Marcion, hijo del obispo de Sinope, sedujo á una jóven, y no habiendo querido su padre admitirle á la penitencia, sembró disturbios en la Iglesia, predicando la existencia de dos principios, imponiendo austeridades demasiado rigurosas para destruir el mal principio. Es uno de los más célebres entre los gnósticos, y su escuela severa y raciocinadora subsistió hasta el siglo VI. Lejos de querer, á semejanza de los demás, depurar el Evangelio con ayuda de las doctrinas de Egipto, Grecia y de la Persia, proclamó que la antigüedad no habia producido jamás nada más hermoso, puesto que Dios no se habia revelado á otros antes de revelarse á Cristo. Pero Cristo, añadia, calló á los Apóstoles *muchas cosas que eran incapaces de comprender*, y los sucesores de éstos habian alterado en los escritos la verdad. Aquí empezaba un trabajo de crítica con una osadia igual á la de los exegetas alemanes, nuestros contemporáneos. Con efecto, rechazando todos los evangelios menos el de San Lucas, en el que todavia modificaba y suprimia muchas cosas, compuso uno que se conoce con el nombre de Evangelio de Marcion. Dispuso y corrigió de la misma manera otras partes de las Sagradas Escrituras, sin hablar de los libros apócrifos que eliminó habiéndose convertido Egipto en un taller de ellos.

Repudiaba el Antiguo Testamento como obra de los malos genios, y para demostrar la superioridad del Nuevo, señalaba en el otro errores y faltas, que repitieron á su vez los espíritus que blasonaban de despreocupacion en el pasado siglo, hacia ver cuan inferior era el Mesias prometido por el demiurgo antiguo al verdadero Cristo, cuya doctrina es toda perfeccion.

---

(31) Ireneo cita este discurso suyo: *Participare te volo ex mea gratia, quoniam pater omnium angelum meum semper videt ante faciem. Locus autem suæ magnitudinis in nobis est; oportet nos in unum convenire. Sume primum a me et per me gratiam; adapta te ut sponsa sustinens sponsum suum, ut sis quod ego, et ego quod tu. Constitue te in thalamo tuo... Ecce gratia descendit in te, aperi os tuum et propheta.*

(32) Pensamos que se debe atribuir á los carpocracianos la inscripcion fenicio-griega hallada en la Cirenáica en 1824, cuyo sentido fenicio es asunto de debate, y cuyo significado griego es el siguiente: La comunidad de bienes y de mujeres es el manantial de la justicia (δικαιοσύνη) y de la tranquilidad (εἰρήνη) para los hombres honrados, superiores al vulgo que, segun Zorades y Pitágoras, jefes de los hierofantes, deben vivir en comun.»

Otra inscripcion hallada en la misma comarca, dice: «Simon el Cireneo, Tot, Saturno, Zoroastro, Pitágoras, Epicuro, Masdaces, Juan, Cristo y los Cireneos nuestros jefes, nos han enseñado á mantener las leyes (primitivas) y combatir su transgresion.» Este es seguramente un estraño sincretismo.

Tambien los priscilianistas colocaban al frente de su sistema dos principios coeternos; segun ellos, el alma criada por el buen genio es buena; pero mancillada por el malo se aparta de Dios y desciende de esfera en esfera hasta la tierra, donde se purifica para tornar de nuevo á la luz; las estrellas ejercen grande influjo sobre las almas.

Algunos hicieron estensiva la dualidad á la encarnacion del Verbo, y así como anteriormente se habia dividido la unidad sustancial del Criador, Nestorio descompuso la unidad personal del Redentor en dos personas. En vez de tomar por punto de partida las ideas dualistas, llegó á esta descomposicion suponiendo el contraste de dos voluntades, de dos naturalezas, divina y humana, difíciles de combinar en la sola persona de Jesucristo.

Maniqueos.—Un tal Escitiano, de orígen sarraceno, perteneciente á la escuela de Aristóteles, escribió cuatro libros contra el cristianismo y los dejó al morir con cuanto dinero poseia á Terebinto. Este no pudiendo propagar el error en la Palestina se dirigió á Persia, donde tomó el nombre de Budda (33). Pero contrariado por los sacerdotes de Mitras se retiró al lado de una viuda de Ctesifonte, y una caida que dió desde lo alto de la casa, le arrastró al sepulcro. La viuda que habia heredado sus libros y su dinero compró un esclavo egipcio llamado Cubrico, le adoptó é hizo que se instruyera. Cuando murió aquella, tomó éste el nombre de Manés, que en lengua persa significa la dialéctica, arte en que era hábil hasta lo sumo. Habiendo encontrado el cristianismo sectarios en los confines, donde se creia en los dos principios, procuró ingertar la religion nueva en las antiguas doctrinas (34), aplicar á Cristo las obras de Mitras; esplicar los misterios del Evangelio con los dogmas del sabeismo. Se vanagloriaba de ser el Paracleto y de hacer milagros. Un *esteng* ó evangelio fué publicado por el mismo con arreglo á su doctrina. Fundaba, pues, el cristianismo en el Zendavesta, asegurando que las doctrinas de Zoroastro fueron reproducidas por el Mesias. Los magos le persiguieron como los mosaistas persiguieron á Cristo, destruyendo casi la doctrina que pretendia realzar; y Varanes, rey de Persia, en cuyas manos cayó (274), mandó que le desollaran con la punta de una caña, y que le devoraran luego las fieras. Doce apóstoles continuaron luego predicando su doctrina, que se apoya solamente en la distincion de los dos principios; la luz materia sutil y pura, á que preside una divinidad bienhechora; y la materia grosera, maligna, colocada bajo el imperio de un mal genio. Cada una de estas dos potestades eran en un todo distintas é independientes; creó otras de su propia naturaleza y las distribuyó en el mundo. Las tinieblas produjeron cinco elementos, el humo, la oscuridad, el fuego, el agua y el viento. El primero dió nacimiento á los bípedos, la oscuridad á las serpientes, el fuego á los cuadrúpedos, el agua á los peces, el aire á las aves. Dios envió otros cinco buenos elementos para combatir á aquellos y se mezclaron en la lucha. El cuerpo humano ha sido criado por el mal principio, el alma por el bueno, de donde resulta la contradiccion perpétua que existe entre el espíritu y la carne, y la necesidad moral de reprimir los apetitos sensuales, de emancipar el alma de los lazos corporales. Purgadas las almas de los creyentes de los elementos perversos, son transferidas á la luna, de donde pasan al sol que las hace subir hácia Dios para que se junten á él. Las otras van al infierno hasta que purificadas emigran á otros cuerpos. El que mata á un animal será cambiado en animal. Siendo la carne inmunda no debe el hombre procurar que se multiplique con el matrimonio, y no se ha de creer que Dios la haya revestido, ni tampoco conviene venerar las reliquias.

Dividíanse los maniqueos en elegidos y en oyentes; observaban los primeros la pobreza y una abstinencia rigurosa, podian poseer los otros; pero todos rehusaban el vino, la carne, los huevos, el queso. Su iglesia era presidida por un vicario de Cristo, bajo cuya autoridad representaban á los apóstoles doce elegidos, denominados maestros: setenta y dos obispos consagrados por ellos consagraban á su vez á los sacerdotes y á los diáconos en número indeterminado.

Estos heresiarcas hacian, pues, una mezcla de gnosticismo con las doctrinas de Zoroastro, modificando no obstante la dualidad de este último, en que no partian de la unidad, del abismo primitivo, quizá con el pensamiento de que este orígen idéntico no está en relacion con la distincion eterna de los dos principios. El bien y el mal, decian algunos gnósticos, se mezclaron porque tuvieron capricho los espíritus de las tinieblas de unirse á los de la luz; pero si estaban separados desde la eternidad, ¿cómo pudieron conocerse unos á otros? Manés respondia á esto que el mal ó la materia está en desacuerdo, que el desacuerdo engendra la guerra, que ésta produce movimientos en el espacio, cuyo impulso hizo traspasar á las potestades de las tinieblas las distancias que les separaba de los espíritus de la luz (35). De aquí hubiera debido deducir Manés, y no lo hizo, la preponderancia del buen principio, puesto que el mismo mal empuja á los séres hácia el bien.

Antes de él nadie habia afirmado más osada-

(33) Esta es una noticia notable por que puede poner en camino de las relaciones entre los budistas y los heréticos cristianos.

(34) San Agustin dice que los maniqueos se ponian de cara al sol para hacer sus oraciones, y durante la noche hácia la luna cuando aparecia en el Oriente y si no hácia el Norte. Este era un residuo de los ritos guebros.

(35) Estas doctrinas se hallan en dos pasajes que San Agustin nos ha conservado. *Liber contra epistolam Fundamenti.*

mente que la esencia divina se mancilló en las almas emanadas de ella, y que la voluntad humana fluctua fatalmente por la doble accion de Dios y de la materia, de donde se sigue que en la redencion Dios se regeneró á sí mismo. ¡Qué inmoralidad tan desastrosa no habia de resultar de esto!

Si aislándose los gnósticos en su sabiduria orgullosa no eran comprendidos del pueblo, ni aspiraban á serlo, los maniqueos debian ejercer influjo sobre la muchedumbre con la esplicacion poética y palpable que daban de un problema que agitaba á la vez á los espíritus reflexivos y al vulgo, á saber, de la coexistencia del mal y de un Dios bueno, y por la habilidad con que señalaban los males de esta vida. Se derramaron, pues, y vivieron bastante para agitar mil años después la Francia y la Italia bajo el nombre de patarinos y de albigenses. Aun no están estirpados de ciertos valles de los Alpes.

Aplicada á las doctrinas cristianas la concepcion dualista se transformó en estas dos heregías. El pensamiento panteista fué aplicado á la encarnacion por Eutiques, que negaba la realidad de la naturaleza humana en Jesucristo absorbiéndola en la naturaleza divina, y queriendo que la carne no hubiera sido otra cosa en él sino una apariencia. Todavia es más preciso el panteismo en Sabelio, que hace emanar de la unidad silenciosa, tranquila, absoluta de Dios, el alma de Jesucristo, el Espíritu Santo, y por último, el alma del hombre y todo el universo moral.

Tambien se puede considerar como derivado del panteismo gnóstico y de las emanaciones divinas decrecientes, el arrianismo, que consideraba al Verbo divino como emanacion inferior al Padre, á la par que como una criatura, y la criatura misma, no siendo más que una série de emanaciones. Pero posteriormente habremos de hablar de estas heregías.

CAPÍTULO XXXI

FILOSOFIA ECLÉCTICA.

No se debe creer, porque seria un error grave, que la filosofia hubiese abandonado sus trabajos é interrumpido la tradicion de las doctrinas racionales griegas, como tampoco la de las doctrinas sacerdotales indianas, egipcias y persas. Hemos ya hecho mencion de cinco ramas nacidas del árbol socrático, ya porque no vieron en las cosas sino apariencias é ilusiones, ya porque no reconocieron realidad sino en los objetos físicos, bien porque negasen toda existencia fuera de la conciencia personal, bien porque reuniesen bajo un aspecto único el mundo intelectual y el mundo esterior, sin preferir el uno al otro, ó sea en fin, que se elevasen hasta la unidad íntima y suprema que igualmente vivifica el espíritu y la materia. Habia pasado á Italia el epicurismo para vengar á la Grecia, corrompiendo á los señores y á los esclavos.

Sexto Empírico.—El escepticismo habia hecho su último esfuerzo con el médico Sexto Empírico que vivia en el segundo siglo, y que por medio de la ciencia pretendió llegar á obtener el resultado que Luciano, se esforzaba en alcanzar empleando para ello la sátira, es decir, derrocar toda creencia. Sus *hipotiposis pirronianas*, tendian á destruir toda filosofia positiva; y en tanto que los dogmáticos se jactaban de poseer la verdad objetiva, la cual, negaban los académicos, que nadie pudiese conseguir, pretendió demostrar esta verdad, siendo esta la regla que alegaba en su apoyo; no anticipar como dogma ninguna razon á la que pueda oponerse otra de igual fuerza, consistiendo asi el arte de los escépticos en comparar las apariencias de los sentidos y los juicios de la razon con el fin de inculcar la indecision del juicio (ἐποχή), perfecto manantial de la tranquilidad (ἀταραξία). En su obra *contra los matemáticos*, es decir, contra los profesores de las ciencias positivas, toma á su cargo rebatir la gramática, nombre que abraza las ciencias históricas, la retórica, la geometria, la aritmética, la astrologia y la música, combatiendo asimismo á los lógicos, los físicos y los moralistas. Nótase en esta lucha que sostiene con la mayor erudicion y sutileza, una claridad y precision á la que en vano han intentado llegar los muchos que de vez en cuando han intentado rejuvenecer sus argumentos.

Nada podia ser más inoportuno que una escuela escéptica en Alejandria, ciudad consagrada enteramente á los dogmas y á la teosofia. Así la doctrina de Sexto Empírico murió con él, y no añadió á la ciencia más que lo absurdo después de haber negado con Enexidemo hasta la causalidad, anticipándose á Hume.

Al principio habia sido adoptada la moral de Zenon por los jurisconsultos, y ya hemos visto sus aplicaciones. En ella sobrevivieron los vestigios trasformados de la escuela pitagórica, y de las dos escuelas especulativas de Platon y de Aristóteles.

Neopitagóricos.—Si la filosofia neopitagórica, no ponia en lucha á semejanza del estoicismo, la moral con las pasiones del hombre, y al manifestar los encantos de la virtud no la hacia inaccesible (1), secundaba no obstante las inclinaciones populares con un aparato de milagros y de arcanos, lo cual dejaba libre curso á los impostores. Entre estos conviene citar á Anaxilao de Larisa, médico charlatan, y á Apolonio de Tiane, que se quiso hacer pasar por una trasmigracion del antiguo Pitágoras ó por el Mesias del politeismo en peligro. Modificó las doctrinas itálicas con el ascetismo y el misti-

(1) *Hoc quoque egregium habet, quod et ostendet tibi beatæ vitæ magnitudinem, et desperationem ejus non faciet. Scies esse illam in excelso, sed volenti penetrabilem.* SÉNECA, Ep. 66.

cismo que forman el verdadero carácter de su escuela. Con este pensamiento introdujo en ella apariencias religiosas, el uso de los sacrificios y de la magia. Supuso un Dios único, el primero de los séres, á los cuales, sin embargo era poco superior, atendido á que todos estuvieran encadenados con una especie de órden fatal, y en su concepto conocer á Dios era el objeto de la adivinanza.

Entre los neopitagóricos figuran como los más notables Sextio, Socion, Nicomaco y Moderato. En tiempo de Augusto rehusó la dignidad de senador el primero: fué jefe de una secta dotada de la energia romana, para servirnos de la espresion de Séneca, que nos ha conservado esta hermosa imágen suya. «Así como un ejército amenazado por todas partes se forma en cuadro, debe guarnecer el sabio sus flancos con virtudes que, á semejanza de centinelas, estén prontas donde quiera al peligro; y debe hacer tambien que estas virtudes obedezcan sin tumulto á las órdenes de los jefes.»

Socion habia sido discípulo de Séneca, Moderato de Cadiz, que vivia bajo Neron, restableció el crédito de Pitágoras, considerando los números como un lenguaje necesario para esplicar los principios de las cosas, á lo cual no bastan las palabras comunes. Nicomaco y Jamblico de Calcis en Celesiria, se dedicaron tambien al estudio de los números; pero en vez de atenerse á las doctrinas matemáticas como en otro tiempo, mezclaron fábulas, supersticiones, alegorias, tanto más inútiles cuanto que la mejor parte de su sistema y la sola práctica habia pasado en el platonismo.

Jámblico (muerto en 133) en el libro *sobre los misterios de los egipcios y de los caldeos*, nos trasmite preciosas noticias sobre las doctrinas orientales. En la *vida de Pitágoras* da un buen testimonio de muchas partes de la filosofia itálica. Estas palabras encierran una escelente definicion de la filosofia. «Filosofamos, cuando sin la concurrencia de los sentidos y de las funciones corporales (es decir sin apoyarnos en las sensaciones) hacemos verdadero uso de nuestra inteligencia para comprender la verdad que reside en las esencias, en las cuales sabemos que consiste la sabiduria.» (2)

Neoplatónicos.—Platon y Aristóteles, estos dos hombres de genio que se dividieron el campo del pensamiento y de la ciencia, no habian completado su doctrina. Admitiendo el primero una fuente sobrenatural de la verdad no habia alcanzado á aquel punto fijo en que la reminiscencia ó la inspiracion beben la certidumbre de la revelacion. Queriendo Aristóteles deducir la verdad del raciocinio y de la esperiencia, después de haber apartado toda revelacion superior, no pudo abarcar con observaciones especiales la totalidad de las cosas ni penetrar en su esencia. Completar su obra, acudir en socorro del arte de Platon con la ciencia de Aristóteles, esto es lo que se propuso la escuela ecléctica de Alejandria. Llamóse neoplatónica porque allí prevaleció la doctrina del primero, modificada y enriquecida con lo mejor de las tradiciones órficas, pitagóricas, egipciacas, orientales y con el cristianismo, cuyos filósofos podian combatir el mérito, mas no evitar su influencia (3).

La espada de Alejandro y la de Roma habian roto las barreras dentro de las cuales conservaba cada pueblo su carácter nacional hasta entonces, y después se habian mezclado idiomas, costumbres, cultos, gobiernos. Esta mezcla se manifestó especialmente en Alejandria, donde acudian los extranjeros, atraidos por el comercio, los sabios llamados por los Lágidas á la sombra de su trono. Allí se encontraron los griegos al lado de los judios, casi ignorados hasta entonces, y tambien de los orientales, de quienes habian recibido su civilizacion, y á quienes habian recurrido siempre que habian querido remontarse á la fuente de las doctrinas alteradas por su genio artístico. Hasta los mismos sacerdotes egipcios para hacer la corte á sus maestros extranjeros, atribuian á sus ritos nacionales un sentido alegórico que las aproximaba á las ideas griegas.

Al mismo tiempo se alzaba la voz de cristianos para demostrar que ninguno de los sistemas de la filosofia pagana no podia sostener el parangon con la doctrina del Evangelio; porque se destruian unos á otros; que no habia uno solo que fuera completo; y que todos eran inexactos en lo concerniente á la moral. Pareció, pues, que los alejandrinos concordaron para buscar en cada sistema filosófico ó religioso lo mejor que contenia á fin de probar que si la verdad no se halla enteramente en ninguno, está no obstante diseminada por fracciones en todas las doctrinas. Pero como no osaban ó no podian elevarse hasta el punto en que se unen la religion y la filosofia, se estraviaron al estremo de aceptar los absurdos de la magia y del misticismo. Así empañaron todo el esplendor del

(2) Οὕτως δὲ τὸ φιλοσοφεῖν ὡς ἀληθῶς, καὶ ἄνευ αἰσθητησίων εὐεργειῶν, καθαρῷ τῷ νῷ χρῆσθαι εἰς κατάληψιν τῆς ἐν τοῖς οὖσιν ἀληθείας ἥπερ ἐπιγνῶσθαι σοφία οὖσα. *In expos. symb.*, 15.

(3) El más firme adalid del eclecticismo M. Cousin, define la doctrina neoplatónica de este modo. «El eclectismo alejandrino era no menos que una tentativa audaz y sabia para terminar la lucha de los numerosos sistemas de la filosofia griega, y hacer que viniera á parar aquel rico y vasto impulso á algo positivo y armónico, que pudiera pasar de las escuelas al mundo, servir de forma á la vida, y consolidar la sociedad antigua trastornada. Este sistema era el platonismo, enriquecido con todos los desarrollos que le habian prestado seis siglos de gloria y de contradiccion, las luces de muchas ciencias nuevas ó nuevamente engrandecidas, y todas las ideas de las demás escuelas que se pudieron combinar con el platonismo, dejándole siempre la supremacia. El espíritu general del tiempo mezcló á él muy pronunciadas tintas de misticismo y de superstición teúrgica.

espectáculo de una sociedad reconociendo sus propias imperfecciones, y procurando regenerarse con fundar la doctrina sobre las creencias del pueblo, y hacerlas todo lo morales y racionales que fuera posible, y levantarlas á la dignidad de la ciencia.

Como se apercibieron de la imposibilidad de salvar el politeismo de la acusacion de inmoralidad grosera, trataron de volverlo á los símbolos sofocados hasta entonces bajo las formas esteriores. Recogieron aquellos que habian sobrevivido de las religiones griega y oriental, y remontándose hácia la primitiva revelacion, quisieron reconstruir el venerable edificio de las antiguas creencias, decorándole con los nombres de Orfeo, de Hermes y de Zoroastro.

Herederos de los trabajos acumulados en el espacio de diez siglos, desde Tales hasta Amonio Sacca, y teniendo á la mano la mayor coleccion de libros que haya existido, se acercaban, sin embargo, los alejandrinos á una época de lasitud y decadencia. En vez de lanzarse tras de la verdad con aquel ardor innato en los antiguos griegos, parece que desesperados de haber tentado en vano todas las vias para descubrir el orígen de la razon, detuviéronse á demostrar y á aplicar: sabios ingeniosos más bien que pensadores audaces y seguros, desnaturalizaron frecuentemente las doctrinas con el fin de conseguir el triunfo de un partido.

El eclecticismo, con que se honra á esta escuela, se empapa por lo comun con las opiniones de cada siglo. Mientras el cristianismo no sufria ninguna mezcla, como es propio en una religion fundada sobre la autoridad y persuadida de ser infalible; la escuela ecléctica queria la libertad, la inteligibilidad, llevándolas hasta el esceso. Rechazaban los alejandrinos las doctrinas escépticas y el sensualismo que las engendra; y no tomaron de Aristóteles sino las formas. El idealismo de Platon lo llevaron hasta el misticismo, haciéndolo el carácter distintivo de esta escuela, el solo que le asignó un lugar en la historia de la filosofia y de la humanidad. El método filosófico de los alejandrinos empieza con la dialéctica y acaba con el misticismo: después reconocida la impotencia de la razon recurren á una facultad intuitiva superior á ésta. Todos estos filósofos pretendieron tener comunicaciones directas con los dioses; segun ellos, el éstasis era preciso para alcanzar la verdadera sabiduria, siendo el destino final del hombre el absoluto conocimiento y una intíma union con el (ἕνωσις) por medio de la contemplacion (θεωρία).

Plotino, 203-270.—Vivia Amonio Sacca, esto es, faquin á fines del segundo siglo; quizá fuera cristiano, pero habia apostatado. Abrió una escuela (4) con intencion de conciliar los dos sistemas de Aristóteles y de Platon, cuya tentativa hizo igualmente Palemon, pero en la cual solo Plotino pareció tener éxito. Nació este último en Licopolis de Egipto, y afligido con la pobreza de la enseñanza filosófica, se aplicó á inquirir la verdad con una erudicion igual á su entusiasmo, pretendiendo que por este medio tendria relaciones íntimas con los dioses. Después de haber visitado el Oriente con el ejército de Gordiano, habitó en Roma por espacio de veinte y seis años, y murió en Campania en 270.

Visionario y haciendo un género de vida estraña, era no obstante afable, bondadoso, casto y de templadas costumbres. El emperador Galieno le señaló una ciudad ruinosa de la Campania para que en ella formara la república de Platon. Aunque no sea lícito hacer esperimentos en una sociedad humana, es de sentir que entre las numerosas estravagancias de la época imperial, no hubiera tenido ésta efecto. Permitia á sus discípulos que le propusieran cuantos problemas quisieran, y dirigia por escrito sus respuestas, las que se han recopilado bajo el título de *Eneadas*, pero provocadas por cuestiones accidentales y no resultando un encadenamiento preciso de ideas, es oscura y difusa la esposicion.

Es elevadísima su idea de la belleza.—«Las cosas bellas no solo se reconocen como tales, sino que producen en el que las mira un dulce arrobamiento, una agitacion, mezcla de placer, de deseo y de amor; no en todos igualmente, sino especialmente en las almas amorosas. Y no habiendo belleza que por sí misma produzca esta atraccion, de ahí que de su forma se desprende algo más bello que la belleza y á la cual la belleza debe el ser bella. No es ya una forma, puesto que el alma, donde quiera vé una forma, siente que más allá de ella hay algo, que es su orígen: algo que existe por sí mismo sin límite ni medida. Es el principio y el fin de la forma y de la belleza: es el bien. El bien origina el amor; el deseo del bien turba el alma, la cual aspira á unirse al bien. El objeto en sí mismo es solo lo que es; se hace deseable cuando el bien lo ilumina dando á las cosas la gracia y á quien lo desea los amores. El alma recibe uno de sus rayos; entonces se conmueve, siéntese herida por un puñal oculto, entra en delirio y de él nace el amor. Hay algun rostro de correctísima belleza y que sin embargo no atrae porque le falta la gracia. La verdadera belleza es más bien aquel no sé qué, que resalta en la proporcion, que la proporcion misma. ¿Por qué en el rostro de un vivo se refleja la belleza y después de muerto solo quedan los vestigios, aunque no se alteren poco ni mucho los contornos? ¿por qué, entre muchas estátuas las que tienen vida parecen más bellas que otras bien proporcionadas? ¿y por qué un animal vivo es más bello que pintado, aunque tenga más perfectas formas? Porque este es más deseable.»

Porfirio, 203-304.—Fueron ordenadas las *Eneadas* por Porfirio *(Malk)*, natural de Tiro y muerto en Roma, después de haber viajado mucho. Conoció y combatió las doctrinas hebráica y cristiana. De-

(4) Tuvo por discípulos á Orígenes, Plotino, Herennio y el crítico Longinos.

ploraba como Plotino la ceguedad de las inteligencias, el peso de la materia, y creia ser favorecido de las visiones sobrenaturales. Escribió la vida de Pitágoras, ya divulgando lo que se conservaba antiguamente en los misterios, ó ya esplicando las doctrinas y prestando á los cultos pretensiones que jamás habian tenido. Preciso es convencerse de la imposibilidad de descubrir allí la huella de las antiguas creencias, pues más bien se deja ver un esfuerzo hecho para sostenerlas algunas veces con ideas sanas; pero siempre con gran talento.

Porfirio y Jamblico su discípulo, muy inferior á Plotino, llevaron al misticismo la escuela de Alejandria, prefiriendo la tradicion á la dialéctica y empezaron aquella imponente guerra contra el cristianismo por la cual se presentó el mundo antiguo en lucha con el nuevo.

Proclo, 412-485.— Proclo de Bizancio dió después más brillo á esta escuela. Queria ser el último eslabon de una cadena de hombres consagrados á Hermes, (σειρὰ ἑρμαϊκή), en la que la doctrina secreta de los misterios se trasmitia por herencia, pero que parece acabó con él (5). Tuvo comercio en los demonios, obró milagros y á su muerte fué colocado entre los dioses.

Estos filósofos cuyo fin era armonizar los distintos elementos, tomaron del Oriente las ideas relativas á la unidad originaria, á las emanaciones, á la materia, á las trasmigraciones y á la absorcion final; tomaron de Platon la idea de la triade, la distincion del mundo ideal y del mundo sensible, los demonios y la teoria de las facultades del alma; de Aristóteles, la distincion de la forma y de la materia, y la lógica aplicada á las emanaciones. Resultó de todo, como vamos á ver, cuan difícil fué reducir todas estas ideas á la unidad.

Existe desde el principio una unidad pura y absoluta, (τὸ ὄν, τὸ ἕν, τὸ ἀγαθὸν), inmutable, sin ninguna diversidad, no teniendo ni aun la que lleva consigo la idea de objetivo y de subjetivo, de conocido y de conocente, y sin ninguna de las cualidades que podemos concebir. De esta unidad, como aureola de la luz, emana contínuamente la inteligencia, (νοῦς), necesariamente inferior á su principio, la cual produce á su vez otra inteligencia menos elevada de grado, es decir, el alma universal, (ψυχὴ τοῦ παντὸς), principio del movimiento.

La inteligencia abraza las ideas de todo contingente; y como á su vez son estas la inteligencia y su objeto, se hacen idénticas con las realidades, el conocente se identifica con lo conocido (6). Pero puesto que ellos existen en la inteligencia como en un asunto, hay una diferencia entre la forma y la materia, siendo ésta la inteligencia y aquella las ideas.

El alma en su actividad plástica propende irresistiblemente á producir fuera las ideas, y las ideas producidas son las almas. Pero no pudiendo existir estas más que en un asunto, se necesita que el alma, al producir las formas (εἶδος, μορφή), produzca tambien la materia. Esta última se deriva del mundo intelecctual, puesto que los filósofos de quienes hablamos enseñan de una manera vaga y oscura que el alma participa con medida determinada de la luz infinita de la inteligencia, en cuyos límites descubre las tinieblas, y como no sufre entorno suyo cosa alguna que no contenga un pensamiento, aplica formas á los objetos para que sean mansion de las ideas. La materia, asunto indeterminado, desprovisto de todas las cualidades y simplemente susceptible de recibir estas ideas, pasa, tan luego como las ha recibido, de la facultad al acto, de donde resulta el compuesto, es decir, el cuerpo.

No es, pùes, el universo sensible más que la gran alma que dá forma á la materia por medio de las ideas; es eterna porque jamás ha podido el alma permanecer inactiva. Concurrieron á producirlo la inteligencia y el alma, asunto la primera de las ideas, principio la otra del movimiento, y reunidas constituyen el mundo, conjunto de las ideas dotadas por el alma de actividad y de vida. Este principio inmediato de las cosas se particulariza en los diversos fenómenos, porque hay tantas razones seminales en el mundo como hay ideas en la inteligencia.

Regula la necesidad el mundo, y así como la gran alma no podia cesar de producirlo, las almas que de allí manan operan como ella por impulso de su propia esencia, cuya accion es su voluntad. No formando más que uno solo el mundo intelectual y el mundo sensible, ora en sí mismos, ora en su imágen, el uno opera paralelamente al otro, y el uno esplica el otro, á quien sabe consultarlo por la magia y la astrologia (8).

---

(5) Necesario es convenir en que las siguientes palabras de Cousin se resienten algo de la idolatria del que la comenta:

Talem autem virum Proclum dicimus in quo coire ac effulgere mihi videntur quæcumque variis temporibus Græciam illustraverunt philosophicorum ingeniorum lumina, Orpheus videlicet et Pythagoras, Plato, Aristoteles, Zenoque, Plotinus, Porphyrius atque Jamblicus. Prefacio de las obras de Proclo.

(6) Gott. Gul. Gerlach, ha buscado en qué consiste la diferencia de esta doctrina con la de Schelling en su obra titulada: *De differentia quæ inter Plotini et Schellingii doctrinam de numine summo intercedit.* Viteb., 1811.

(7) Las ideas son llamadas por Plotino *Dioses inteligibles,* en un pasaje que conviene referir como esplicacion de la doctrina pitagórica: Γενόμενον δὲ ἤδη τὰ ὄντα σὺν αὐτῷ γεννῆσαι, πάν μὲν τῶν ἰδέων κάλλον, πάντας δὲ θεοὺς νοητοὺς: *el cual Dios engendrado, engendró juntamente consigo todos los entes, toda la belleza de las ideas, todos los dioses inteligentes.* Así Vico sostiene que *dioses inmortales* se llamaron por los antiguos latinos las esencias de las cosas, esto es, las ideas.

(8) Gérmen del espinosismo y de la *Teodicea* de Leibnitz.

En su consecuencia, el mundo no puede menos de ser bueno; el mal es la desigualdad de las almas, y la manifestacion de esta desigualdad, consiste en una fatalidad y un optimismo funestos á la moral; por lo demás, los alejandrinos procuraron sustraerse á las consecuencias del principio, diciendo que el libre albedrio puede triunfar del mal moral.

Todas las partes del mundo sensible comprenden almas, es decir, ideas producidas, si bien de clases diferentes; en primer lugar se hallan los dioses intelectuales, libres de pasiones, que contemplan ideas no producidas y rigen el cielo y los astros; vienen enseguida los eones, luego los demonios, que dirigen, aquellos las fuerzas creadoras del universo, estos las fuerzas vitales y las cosas humanas; en fin, son los hombres, y más abajo las almas de los brutos, de las plantas y del resto de la naturaleza.

Las almas del mundo intelectual toman solamente un cuerpo á su entrada en el mundo terrestre. En el momento en que una de ellas asume la carga humana, deja en el mundo superior una partícula, aunque indivisible de sí misma; está presente toda entera en cada parte del cuerpo, ó mas bien el cuerpo está en ella, y cada vez que en él hacen impresion los objetos esteriores, no se siente afectada el alma, sino que fija su atencion como en una cosa fuera de ella.

Distantes de Dios las almas por el desarrollo de la creacion propenden á tornar á su seno; pero las que abusando de los sentidos descienden aun más abajo de la vida sensitiva, renacerán después de la muerte bajo la forma de brutos; las que hayan vivido humanamente volverán á cuerpos humanos: para volver á Dios es necesario que hayan cultivado dentro de sí propias el alma divina.

A ella deben concurrir los socorros superiores con los esfuerzos humanos que, relativamente á la inteligencia y á la voluntad, producen la virtud y la ciencia. Apoyan la ciencia en los procedimientos lógicos con ayuda de los cuales combina el hombre las ideas, queda necesariamente imperfecta, por ser Dios superior á toda fórmula. Solo por via de intuicion inmedia (παρουσία), cabe adquirir la ciencia perfecta, porque se puede decir que es una presencia íntima de Dios en el alma, colocado en el mismo estado en que se hallaba antes de descender al mundo intelectual.

Acontece lo mismo con las virtudes, no siendo algunas de ellas más que una preparacion á las virtudes divinas; tales son las virtudes físicas, morales, políticas, purgativas, teoréticas, ó de otro modo las que se refieren al perfeccionamiento del cuerpo, á los deberes del hombre y del ciudadano, que desprenden las afecciones corporales y contemplan el alma por sí misma. Las virtudes divinas hacen al que las posee capaz de conversar con los dioses, de evocarlos, y de imperar sobre los demonios; y en un grado sublime hasta trasformar en Dios al hombre.

El socorro de los dioses, necesario para comunicar energia á todo acto humano se obtiene ó por la oracion, movimiento impreso al alma por la elevacion hasta ellos, ó por los símbolos y los ritos esteriores, y cuanto más al vivo representan las cosas divinas, más violencia hacen á las divinidades; de aquí los sacrificios, la adivinacion, la idolatria, y todo el culto pagano. El que no llega por estos medios á identificarse con la esencia divina, debe arrastrarse por la via de las transformaciones.

Aquí encontramos las antiguas máximas de la India, así como se podrán conocer las de Aristóteles en los trabajos sobre la lógica, como instrumento de conocimiento, y la inspiracion oriental en la investigacion de la ciencia por la iluminacion y por la intuicion. Tributaban los alejandrinos homenaje al paganismo y á todas las religiones falsas, sosteniendo el culto de los astros, de los elementos, de los demonios, de los eones, y por su doctrina de las ideas personificadas en dioses, en hombres y en otros séres. Tomaron del cristianismo una idea más exacta de la Trinidad, de la creacion, y hasta la necesidad de la mediacion con ayuda de los ritos simbólicos, que eran por decirlo así, los canales de la divina gracia (9). Proclo clasificó la fé (πίστις), como superior á la ciencia, como la union más perfecta con el Bien, con el Uno.

La escuela alejandrina fué, pues, un progreso, dado que reconoció y determinó los elementos peripatéticos que se hallan en la droctrina de Platon, y los fundió con ésta después de haberlos depurado, es decir, elevándolos á lo absoluto en que se reconcilian lo posible y lo actual, la unidad, principio supremo de Platon, con la variedad principio supremo del Estarigita. Pero como se vé, la potestad del sér neoplatónico se realiza por una emanacion perpétua é involuntaria: solo el cristianismo, religion del espíritu y de la moral, produjo la idea verdadera de la accion libre del Criador, enseñando que el sér sale de su reposo por sí mismo, cambiando la virtualidad en virtud, en accion la energia.

Esta idea se oscureció en la Edad Media con los mil rodeos de la dialéctica, en las disputas de los realistas y de los nominalistas, con motivo de lo que llamaban principio de la individuacion, cuando aspiraron á esplicar la relacion del general con el particular en la realidad á que van á parar ambos principios. Más tarde la escuela de Descartes segregó el segundo principio, absorbiendo la variedad en la unidad de la sustancia inactiva. Por último, Leibnitz, haciendo claro lo que habia aparecido como un fulgor fugitivo en el empirismo de Campanela, perfeccionó el pensamiento de Aristóteles, diciendo, que toda sustancia es activa por su esencia; que es la causa cuyo fenómeno es el efecto;

---

(9) Jamblico ilustró singularmente esta parte teosófica y litúrgica, Plotino la metafísica, Porfirio la lógica. A propósito de las expiaciones es insigne el pasaje de Olimpiodoro por nosotros reproducido en la pág. 324, del tomo I.

que es una fuerza, cuya existencia consiste en su desarrollo. Una vez concebido así el poder como principio personal (y esta es una idea que pertenece á Leibnitz esclusivamente), resultó de aquí la nocion de la gerarquia de los séres y de la armonia del mundo. Entonces se vió mejor cual habia sido el yerro de Aristóteles, que confundia el sér con la simple forma.

Independientemente del cuidado que empleó en asociar la filosofia á la creencia nacional y del nuevo camino que abrió á la razon, queremos hablar de la senda del idealismo místico, la escuela alejandrina fué tambien un progreso en estension; porque indujo á los romanos y á los judios á familiarizarse con las doctrinas griegas y orientales, de que los mismos Padres de la Iglesia sacaron partido para la defensa y el esclarecimiento del cristianismo. Sin embargo, careciendo esta escuela de sólidas bases, y no siendo más que una transicion de lo falso á lo verdadero que no se atrevian á abrazar, no fué popular nunca. Perdió todo brillo después de Proclo, aunque contara numerosos discípulos, entre los cuales se cuentan las famosas Hipacia, Sosipatra, Edesia, Asclepigenia. Impregnándose cada vez más en las ideas orientales, que se propagaban por medio de las sociedades secretas, adoptó los ritos mágicos, que no solo estraviaban el entendimiento, sino que conducian á actos atroces.

Grande error de la escuela alejandrina fué el hacerse adversaria del cristianismo después de Plotino, adoptando el politeismo no ya en la antigua forma vulgar, sino trasformado en símbolos. Pero la filosofia no necesita símbolos, y el pueblo se dejaba llevar no por éstos sino por el sentimiento y las pasiones. Trasformados de filósofos en apóstoles no cumplieron su mision; incrédulos y supersticiosos, aceptaron todas las religiones, pero desnaturalizándolas todas con mutilaciones; quisieron unir las dos necesidades que dividen á los hombres, la de creer ciegamente y la de ver con evidencia; y sometiéndose á ciertos dogmas hasta el punto de renegar de la razon y criticando otros sin freno, les perjudicó la ciencia, poniendo de manifiesto todos los males y ningun remedio y privándose, á fuerza de acojer todos los principios, del vigor que da el permanecer fijo en uno solo.

Plutarco.—Entre los neoplatónicos citaremos al compilador Juan Estobeo, á Simplicio de Cilicia, comentador de Aristóteles, y aun á Plutarco, y á Máximo de Tiro. Plutarco discutió cuestiones filosóficas en su libro *contra Colotes* epicúreo, en el *Banquete de los siete sábios;* en sus tratados sobre el vocablo ει, escrito en el templo de Delfos, sobre los oráculos, sobre el destino, sobre los caprichos de los filósofos, sobre las cuestiones platónicas, sobre la procreacion del alma, sobre las contradicciones de los estóicos. Sienta por principio que la materia es eterna; Dios formó los cuerpos á los cuales descendieron las almas inmateriales, diversas en los diferentes hombres, dotadas de una luz divina, y de algun resíduo de las propiedades de que gozaban antes de entrar en ellos. Versado en la filosofia griega y conocedor tambien de la de Oriente, escogia entre las diferentes opiniones, combatiendo á los epicúreos y á los estóicos, preferia las doctrinas platónicas, sin adoptar, á pesar de todo ningun sistema; ponian especialmente trabas á la libertad de su pensamiento los errores supersticiosos en que abundan todos sus escritos, y más que ninguno su tratado de *Isis y de Osiris*, dedicado á la gran sacerdotisa de Delfos. Bajo esta tristísima influencia quiere hallar en los misterios egipcios un sentido filosófico que los justifique á los ojos de la razon; pero además de desnaturalizar la idea originaria de Isis y de Osiris, no está de acuerdo consigo mismo, considerándolos unas veces como cualidades del Dios único, otras, como símbolos de fuerza y de naturaleza, algunas como simples ideas.

Máximo de Tiro.—Máximo de Tiro supone que el objeto de la filosofia es la felicidad, y el supremo placer el raciocinio. Reconocia un solo Dios, padre de todos y de quien se deriva una série de séres, que declinando de grado en grado unen á la divinidad con el más ínfimo bruto.

Por lo que hace á Luciano ponia en ridículo á teólogos y filósofos y se limitaba á saber de sus diferentes sistemas aquello de que necesitaba hacer mofa. Sin embargo, aparecia dar preferencia á los epicúreos cuando negaba todo lo que se hallaba fuera de los bienes sensibles, y á los cínicos cuando á nadie economizaba injurias.

Horapolo.—Nos inclinamos á colocar en esta época á Horo, ó como otros le llaman Horapolo, que se ha creido anterior á Homero. Ciertamente no era egipcio, y hubo de pertenecer á los tiempos en que la teologia de Egipto se mezcló con la de la Grecia. Escribió sobre los geroglíficos, no para dar la clave de ellos, sino para esplicar los emblemas y los caractéres de los dioses; en lo cual ayudó algo á los modernos en sus tentativas para esplicar aquella escritura misteriosa.

CAPÍTULO XXXII

FILOSOFIA CRISTIANA.

Es un error creer que la teologia, esto es, la ciencia que discurre sobre las cosas divinas segun las verdades reveladas por la Iglesia no es capaz de variaciones ni acrecimiento, enlazada como está á una tradicion superior. Si el hombre no hace más que admitir las afirmaciones divinas, es nada más que creyente; pero si esclarece las relaciones de esta tradicion con los hechos tanto interiores como esteriores del universo, su fé se hace científica. De este modo la teologia asocia al elemento divino el elemento humano, que se lanza hasta los límites de la certidumbre, y aun á veces llega á traspasarlos.

Tiene, pues, la teologia dos objetos muy distintos; el primero consiste en exponer las verdades dadas y reveladas, los dogmas contenidos en la escritura y en la tradicion, propuestos por la Iglesia, y con frecuencia rigurosamente definidos por ella. y esta parte de la teologia es eterna, é invariable en su base establecida por el mismo Dios. Pero sobre esta base se eleva el edificio de la razon humana, segundo objeto de la teologia, sometido á todas las condiciones de las obras humanas, desarrollo, cambio, sucesion y progreso; y así es que tambien la teologia tiene una historia que es importante conocer.

Más ocupados de la virtud que de la ciencia los antiguos escritores cristianos, pensaron en esponer los dogmas de la fé, los preceptos de la moral, los ritos del culto; la mayor parte de sus obras son catecismos, donde respira el fervor del convencimiento. Pero para afirmar la verdad, debieron combatir el error y demostrar la armonia de la fé con la razon, no solo aduciendo las pruebas históricas de la tradicion, sino estableciendo un sistema de especulaciones racionales fundadas sobre ésta. Considerando, pues, los santos Padres á la filosofia y á la religion como derivadas de la misma fuente, se aplicaron á conciliarlas con ayuda de un eclectismo, que se diferencia del de los neoplatónicos en que en vez de armonizar los sistemas de las diferentes escuelas, les da á todos por regla una ley superior, que es la fé. Algunos de ellos se inclinaron á los orientales, como el falso Dionisio Areopagita, San Pantenio, Taciano, Orígenes; otros hácia los griegos como Justino, Tertuliano, Lactancio, Agustin. Estos hicieron poco caso de los epicúreos, de los escépticos, de los estóicos, de los peripatéticos, ora á causa de la moral corrompida que era objeto de su enseñanza, ora á causa de la duda que derramaban en las cuestiones en que necesita el hombre de certidumbre. Es verdad que en el momento en que tuvieron heregias que combatir, adoptaron el método lógico de Aristóteles; pero en general manifestaron más simpatia hacia el platonismo, que se ha calificado de una anticipacion ó preparacion al cristianismo (1).

Consiste, en efecto, en que apartándose Platon de la esperiencia esterior y de la dialéctica vulgar, intentó tornar hácia el Señor de la naturaleza por un camino desconocido á los griegos, y con ayuda de ideas superiores al mundo sensible: le buscó en la intuicion y en una reminiscencia interna; acaso entendia por esto un despertar de la conciencia, un

---

(1) Ha sido llamado de este modo por San Justino (*contra Gentes)* por San Clemente de Alejandria *(Strom.,* VI), y por Eusebio *(Præp. evang.,* XI). Numenio decia que Platon era Moisés espresándose en griego.

Sin embargo no se me haga decir que los santos Padres eran platónicos; hasta combatieron á Platon algunos, y San Agustin se arrepiente de haberle elogiado demasiado: *Laus quoque ista, qua Platonem, vel platonicos, vel academicos philosophos tantum extuli, quantum impios homines non oportuit, non immerito mihi displicuit.* Retract., I.

El jesuita F. Balto ha escrito la famosa *defensa de los santos Padres acusados de platonismo.* Paris, 1711.

presentimiento de la imágen divina innato en el hombre: este es el pensamiento que resuelve la cuestion ontológica de la legitimidad de nuestros conocimientos, y funda una filosofia de la revelacion. Dios es el fundamento de la ley, segun Platon, quien propone á los ciudadanos de su república ideal estas bases de la sociedad y de la ley: «Dios, *segun la tradicion antigua*, teniendo en sí el principio, el fin y el medio de todas las cosas, opera constantemente el bien segun su naturaleza: está siempre acompañado de la justicia, que castiga á los violadores de la ley divina; todo el que quiere asegurarse una vida venturosa, se conforma con esta justicia y la obedece con humilde docilidad. Pero el que se envanece de sus riquezas, de sus honores ó de su gallardia, aquel á quien inflama su juventud con una presuncion insolente, como sino tuviera necesidad de señor y de maestro, y pudiera guiar á los demás, está abandonado de Dios é introduce el desórden en sí mismo, en la casa y en la ciudad. ¿Qué debe, pues, hacer y pensar el sabio? Buscar el medio de contarse entre el número de los servidores de Dios. ¿Y qué cosa es grata á Dios y conforme á su voluntad? Una sola segun la antigua é invariable sentencia que nos enseña que la amistad no nace más que entre séres semejantes. De consiguiente, Dios más que un hombre cualquiera debe ser la suprema medida de todo. ¿Quereis ser amigo de Dios? Emplead todos vuestros esfuerzos en tener con él semejanza.»

¿No parece que se está oyendo á uno de los santos Padres? No ha de estrañarse que los doctores cristianos se adhirieran á este gran discípulo de Sócrates, no para sujetarse á su palabra, sino en virtud de la estrecha relacion que hallaban entre sus ideas y las del cristianismo. Se alejaban de él cuando no seguia el camino derecho, porque consideraban siempre la filosofia como sierva (*ancilla*) de la teologia, y la revelacion como base de todo conocimiento práctico y especulativo.

Admitida la revelacion, todos los dogmas lógicos quedan ilustrados. En efecto contiene la moral, es decir, en tanto que se refiere á las acciones humanas; está hecha por medio de la palabra, esplica, pues, el orígen del lenguaje; está hecha por un sér á otros séres, atestigua, pues, una variedad de existencia; proviene de una infalible fuente, presenta, pues, el criterio de la certidumbre. De este modo argumentaba la Iglesia, aunque conservando ciertos Padres hábitos de escuela, preguntasen á la ciencia quizá lo que solo podia satisfacer la fé.

Unidad sustancial.—Dios y la religion con el mundo y el hombre son el objeto principal de su espiritualismo más ó menos racional. Cuanto podemos concebir de la esencia de Dios nos conduce á la unidad sustancial, nocion la más elevada á que puede alcanzar la mente humana. Esta unidad que no es susceptible de ningun nombre particular, es indistinta, invisible, velada, no presentando á nuestra inteligencia ninguna cualidad especial que pueda tomar en cuenta. Esta idea, que se nos aparece á la cabeza de todas las teologias antiguas, está esplicada al principio de la Santa Escritura con estas palabras; *yo soy el que soy*, ó bien *yo soy el sér*. Ahora bien, puesto que la idea universal del sér sirve de apoyo á toda la inteligencia, y que nada podemos espresar sin el vocablo es, no tenemos inteligencia, sino en tanto que conocemos á Dios.

No quiere decir esto que los Padres confundieran en Dios todas las cosas, combatian el panteismo como un sistema que destruye la nocion propia del Sér Supremo, suponiendo emanaciones que descomponen la unidad esencial de la sustancia divina, en otras tantas fracciones como cuerpos produce subdividiéndose, y que la sujetan al mal en éstos.

Decian á los partidarios del dualismo, que atribuir á la materia una eternidad independiente y necesaria, es borrar la nocion de Dios arrebatándole sus caractéres propios é incomunicables, de los que no se puede hallar la razon en la esencia de la materia, atendido que está variable, divisible. y accidental como ella, no contiene en sí el motivo de su propia existencia, y supone un término inmutable y anterior. Tampoco se podria admitir la coexistencia del principio del mal, porque entonces el poder, el saber, el amor de Dios serian limitados. Con efecto, el poder se halla embarazado por un principio independiente de su naturaleza; el saber no puede disipar las tinieblas esencialmente impenetrables de la materia; el amor es combatido por el espíritu de odio infinito, de destruccion, de discordia.

Creacion.—De aquí deducian que Dios, por un acto de su libre voluntad, habia sacado todas las cosas de la nada; á lo cual llegaban haciendo ver el absurdo de las otras dos suposiciones.

Las religiones orientales, y la parte de las griegas que con ellas se relacionaban, máxime en las doctrinas de los misterios, se apoyaban en el dogma de la emanacion, segun el cual todos los séres salen del seno de Dios y deben volver á él. Pero ¿por qué el Ente bienaventurado y eterno habia salido de su paz para revelarse al mundo? Todos los pensadores, todos los cultos tropezaron en ese problema y procuraron en vano buscar su solucion; y el cristianismo la daba, pues está apoyado en el dogma de la Encarnacion y de la Redencion. Desde la eternidad estaba en la idea de Dios el revelarse al mundo; lo que implicaba la separacion del mundo de Dios, y por consiguiente el pecado y la caida: pero estaba tambien en sus consejos levantar el mundo á sí (2).

Dios se sometió á las miserias humanas, pero no al pecado, hasta que se cumpla la victoria y cese la separacion con Dios. Un acto de la mayor libertad hizo digno de que habitase en Dios lo que estaba fuera de Dios; cumplido el sacrificio queda

(2) I.ª *ad Tim.* III, 16; II.ª *ad Tim.* I, 9 y 10; *ad Ephes.* I, 4 y 7; *ad Coloss.* I, 14 y 20.

hecha la reconciliacion. Y de este sacrificio participa todo el que quiere ser cristiano, ungido por el Señor, hostia sagrada como Jesucristo; y la vuelta á Dios depende del libre albedrío, de la fuerza moral, de la virtud de cada uno. Esta ley misteriosa del amor divino, por la cual se opera la vuelta al creador mediante el sacrificio voluntario de la víctima santa, puede únicamente dar razon del acto por el cual Dios se resolvió á revelarse al mundo y esplicar el enigma de la creacion y de la historia universal.

Esto creíamos nosotros advertir; pero en general el modo con que los séres finitos salieron del infinito, era considerado por los Padres como un misterio irresoluble á la mente humana, la cual es incapaz de abrazar los dos términos, trasformándose de finita en infinita.

Sin embargo, alguno de los metafísicos cristianos intentó profundizar este abismo, y dijo que para comprender la creacion habrá necesidad de distinguir tres cosas; Dios, los séres particulares, y las participaciones, órden de realidades intermedias. Como sér infinito Dios, no puede ser participado; necesariamente finitos los séres particulares, son diametralmente opuestos á Dios; las participaciones, virtudes divinas, como el poder, la bondad, la sabiduría, la vida, existen en las criaturas con grados limitados. En tanto que propiedades divinas, infinitas, existentes en Dios, son Dios mismo; en tanto que participadas en grados diversos son obra de Dios y criaturas; existen fuera de él por lo mismo; por lo que hace á los séres individuales son sus principios constitutivos, creados, y al mismo tiempo el principio de cada creacion particular.

Así aunque no existan perpétuamente como la divinidad, se pueden considerar creadas antes del tiempo, si el tiempo es la medida de la duracion de los séres individuales á quienes estas propiedades son anteriores. Ahora bien, hallándose éstas fuera de los individuos, como existentes en Dios, y fuera de Dios, como principios eficientes de cada sér limitado, constituyen el eslabon entre lo finito y lo infinito (3).

Algunos, como Atanasio, Metodio, Agustin, sostenian que la creacion habia sido operada en el tiempo, otros de toda eternidad como Clemente de Alejandría. Orígenes (4), debiendo ser eterna la cualidad del Criador como las demás cualidades de Dios. Oponian á la fatalidad de los astrólogos y de los estóicos una providencia general y particular, ejerciéndose quizá por el ministerio de los ángeles.

El mal.—Pero coexistiendo lo finito con lo infinito ¿cómo puede hallarse mezclado el mal con el bien supremo? Cuestion á que llega de contínuo á estrellarse la razon, y que no se podria resolver racionalmente sino por el misterio de una primera culpa que ha roto la armonía entre la inteligencia, el amor y el poder, y por la necesidad de una expiacion. Así el mal moral nada tiene de positivo, es solo la ausencia del bien. No proviene de la necesidad, sino del libre albedrío de las criaturas inteligentes y de las sujestiones de los espíritus malignos. Es, pues, imperfecto y no estorba que el bien predomine en el conjunto del universo que propende á Dios. Cese, pues, de resonar esa voz funesta, que suponiendo la necesidad, es decir, la divinidad del mal, hace la apoteosis, y blasfemando del Criador, revela á las criaturas la ley del pecado. Por lo que hace á la cuestion de averiguar como el libre albedrío se concilia con un pecado hereditario, con la gracia y con la predestinacion, son misterios, cuyo velo apenas se atrevian á descorrer los padres.

Trinidad.—Suministraba la revelacion la nocion sublime de la Trinidad, y aunque valga más al hombre limitarse á esponer el dogma, venerando el misterio, sin embargo los Padres, y especialmente San Agustin (5), se esforzaron en buscarle una analogía con lo más puro y elevado que puede concebir la razon humana. Pero en semejante asunto se necesita de tal precision de palabras, que el que pretendiera resumir sus opiniones, se espondria á incurrir en errores que aquellos doctores mismos no supieron evitar á veces, y que engendraron tantas querellas, escándalos, é hicieron correr tanta sangre.

En el dogma de las tres personas en un solo Dios, la palabra Dios tiene distinta significacion que persona divina, y por tanto no hay absurdo entre uno y tres, aunque subsiste el misterio del uno y trino; al modo (decian los padres) del alma humana que, siendo única, tiene tres facultades irreducibles, poder, saber, querer.

Verbo.—La inteligencia divina, absolutamente una, porque es infinita, contiene no obstante en su unidad el principio y la razon de la variedad, es decir, los tipos de todas las naturalezas creadas, como lo entrevieron Platon y los filósofos orientales. Admitiendo los Padres este principio como fundamento necesario de toda verdad, contemplaron el Verbo como la razon de todas las cosas, coexistente con la inteligencia, formando las criaturas, haciéndose su modelo, proporcionándose á su condicion. Pero lo que permaneció fuera del alcance de la inteligencia humana, fué la doble cualidad de este Verbo, solo engendrado, *hijo único* de Dios, en tanto que es el conocimiento mismo; su *primogénito*, en tanto que es tipo de todas las cosas creadas.

Espíritu y materia.—Los gnósticos poblaban el espacio entre Dios y el hombre con naturalezas intermedias, fáciles de considerar como divinidades de segundo órden: los cristianos no admitian más

(3) San Pablo *(á los hebreos,* XI), ha dicho: *Ex invisibilibus visibilia facta sunt.* Creyeron, pues, los Padres preexistentes en la mente de Dios las cosas á que no hizo más que añadir la realidad, *sustantivarlas*, cuando las creó.

(4) Véase la reciente obra de DENYS, *Filosofía de Orígenes.*

(5) *De Trinitate*, VI, 10.

naturaleza que la divina y la humana, y ésta compuesta de materia y de espíritu. La materia, segundo elemento de la creacion, tiene algo de inerte y de pasivo como la más ínfima de las criaturas, la sombra de Dios; mientras que el espíritu es su imágen, manantial de actividad, de movimiento y de inteligencia. Algunos, sin embargo, supusieron cierta especie de materia más sutil que la materia corpórea, de la que se formaria lo que envuelve á los ángeles; permaneciendo solo en Dios la espiritualidad absoluta; creyeron esta esplicacion necesaria para demostrar cuan susceptible es el alma de recompensas y castigos (6). Pero la Iglesia siempre sostuvo la doctrina de separar al alma de todo elemento sensual: Orígenes encuentra imposible que el alma corpórea pueda concebir la idea de las cosas inmateriales; y la espiritualidad del alma, así como la diferencia esencial entre las dos sustancias acababa por ser sólidamente establecida. Agustin define el alma «una sustancia dotada de razon, dispuesta para gobernar el cuerpo,» (7) definicion que recuerda aquella en que Proclo resume la doctrina platónica: «el hombre es un alma que se sirve de un cuerpo.» (8) Creyeron algunos las almas preexistentes á los cuerpos, otros las consideraban como creadas á medida que llegaban á la vida, considerando como imposible esplicar la manera de obrar uno sobre otro dos séres tan distintos como el espíritu y la materia (9) no es, sin embargo, un misterio más grande que el de los demás hechos que resultan en el universo de una accion recíproca.

La union de la materia con el espíritu era desde el principio perpétua y deliciosa; el pecado original le hizo pasajera y tal que sufre la parte más noble, la más grosera se hace capaz de gustar un dia las inefables dulzuras de la contemplacion.

Aceptaron los padres (10) la enseñanza de la escuela itálica formulada de este modo: *El conocimiento de las cosas consiste en séres invariables que no caen bajo los sentidos.* Pero rechazaron la hipótesis platónica, de que las sensaciones despiertan en las almas el recuerdo de una ciencia adquirida en otra vida: afirmaban que solo comprende el espíritu porque es conexo no solamente á los séres inteligibles, sino tambien á los séres inmutables, como son las ideas (11). No obstante si estas existiesen aisladas, serian otras tantas divinidades. Enseñaban á creer que existen en el espíritu divino, purgando así el platonicismo de la idolatria, y asociándolo de una vez y para siempre á la teologia cristiana.

En fuerza de estudiar como estas ideas eternas y necesarias subsisten en Dios, reconocieron que su mezcla no podia ser otra que el Verbo; que no podian tener respecto de Dios, distincion real entre sí, sino que debian reducirse á una unidad perfecta con el mismo Verbo y por consiguiente esencia divina: que desde entonces forma esta la parte inteligible (12) que *ilumina á todo el que viene al mundo,* puesto que el hombre ve las ideas de Dios.

Método.—En lo concerniente al método de los Padres, es preciso distinguir los libros en los cuales establecen y esponen los dogmas católicos, de aquellos en que refutan los de sus contrarios, bien sean gentiles ó herejes. Proceden con los primeros por demostraciones y emplean con los demás comunmente los medios aristotélicos ó platónicos, el silogismo, la induccion, el absurdo, combatiendo al enemigo con sus propias armas. En cuanto á lo que les pertenece, empiezan por robustecer el dogma de que se trata, citando por lo comun un pasaje de la Escritura. Lo formulan enseguida como un acto de fé, en el que definen la proposicion que tratan de interpretar; citan después todos los pasajes en que se demuestra este dogma, sosteniéndose unos á otros, hasta tanto que quede establecida la evidencia racional, y demostrada la absurdidad del principio contrario.

Tan poco favorables se muestran los Padres á la lógica de las escuelas, que Tertuliano esclama: «Miserable Aristóteles, que preparó (á los herejes) una dialéctica artificiosa, susceptible de revestirse de todas las formas tanto para probar como para

---

(6) TERTULIANO, *De anima,* V, 7, dice: «La corporeidad del alma aparece manifiestamente en el Evangelio. Sufre en el infierno, y presa de las llamas implora una gota de agua... ¿Qué significa todo esto sin el cuerpo?» ARNOBIO dice: *adv. Gentes,* II, «¿Quién no conoce que lo simple é inmaterial no puede esperimentar dolor?» SAN JUAN DAMASCENO, *De orthodoxa fide,* II, 3, 12: «Dios es incorpóreo por naturaleza; los ángeles, los demonios, y las almas se llaman incorpóreas por gracia, teniendo en cuenta lo grosero de la materia.» Estas citas parecieron tan evidentes, que Tennemann, *Manual de la historia de la filosofia,* párrafo 230, dice positivamente que los santos padres concibieron el alma como siendo corpórea: este error, adoptado por otros historiadores, nace de que no se han hecho cargo de que varias antiguas escuelas distinguieron el cuerpo, el alma y el espíritu σῶμα, ψυχή, πνεῦμα; y que comprendieron por alma el principio de la vida orgánica, comun al hombre y á los brutos, materia muy sutil, ó más bien sustancia intermedia entre la materia y el espíritu. Fué de este principio del que oyeron hablar estos padres cuando se creia al alma corpórea; pero proclamaron siempre que el espíritu que piensa en el hombre, participa de la naturaleza espiritual de Dios.

(7) *De quantitate animæ.*

(8) *Comm. in Alcib.* Fué renovada esta definicion en nuestros dias.

(9) *Modus quo corporibus adhærent spiritus et animalia fiunt, omnino mihus est, nec comprehendi ab homine potest, et hoc ipse homo est.* SAN AGUSTIN, *De civ. Dei,* XXI, 10.

(10) Especialmente San Justino, *contra Gentes,* Clemente de Alejandria, *Strom.,* VI, y Eusebio de Cesárea, *Præp. evang.,* XI.

(11) Véase sobre todo SAN AGUSTIN, *Retract.,* I, 8; ROSMINI, *contra Mamiani,* p. 487.

(12) *Per λόγον enim solum cognoscentia efficitur.* MARIO VITTORINO.

negar, sentenciosa, arrogante en sus conjeturas, penosa, intrincada en sus argumentos, peligrosa por sí misma, que siempre se atiene á una cosa nueva, como si ninguna estuviera jamás afirmada sólidamente. De aquí las fábulas y las genealogias interminables, los discursos procediendo hácia atrás, á semejanza de los cangrejos, que nos prohibió el apóstol condenando la filosofia.»

Pero el método que querríamos denominar cristiano fué en breve abandonado por los Padres; ya se ven aparecer en San Agustin las formas escolásticas y hasta tratados enteros de dialéctica: sin duda era una necesidad combatir al enemigo en su terreno, en su campo. Este doctor disponia su asunto con arreglo á las categorias de Aristóteles, á fin de no pasar en claro ninguna de las fases de la cuestion. Enseguida deducia sus pruebas valiéndose especialmente del silogismo, ó argumentando á estilo de Sócrates; y de él data en materia de fé la introduccion de sutilezas capciosas, con las que pudo ser apoyado hasta el error.

Cuando la turbada razon del paganismo espirante invocaba la antigua sabiduria como la más próxima á los dioses, agobiábanla los Padres bajo el peso de las tradiciones primitivas del género humano, sirviéndoles todas las ciencias para probar la verdad. Seguramente la obra de estinguir antiguos errores fué ejecutada con el ardor más generoso; pero en cuanto á la de emplear todas las ciencias y disponer la enciclopedia sobre la casa del Evangelio, por más esfuerzos que hicieron, se vieron obligados á desistir de su empresa por los desastres que sobrevinieron.

Ya no fué la virtud como antes una cosa de convencion, sino la práctica de la verdad, conocida y arreglada por un juicio recto, buena cualidad del espíritu, de la que no es posible abusar (13). Consistió el pecado en preferir al bien supremo su propio bien, y á lo objetivo lo subjetivo (14).

Siendo el cristianismo una doctrina de redencion, practicar la caridad hasta el estremo de sacrificar su vida se hizo el mayor de los méritos; fué de obligacion comun acrecentar el bien del prójimo, y para este objeto ejercitar la industria, inventar y progresar. Es por tanto el cristianismo doctrina de actividad y progreso, al paso que partiendo los antiguos de la idea de la sucesiva decadencia, contemplaban el mal y la desigualdad entre los hombres como una necesidad; padecian y dejaban padecer.

Moral.—Esta doctrina produjo tambien la libertad, porque el derecho sucedió al hecho; libremente sometidos á Dios, el pensamiento y la conciencia humana quisieron depender de Dios solo, verdadero y principal soberano por quien fué investido Cristo del poder supremo. Es, pues, solamente de Dios y de su Verbo de donde viene á los hombres el derecho de mandar. La potencia es Dios, pero es necesario no atribuirle la voluntad del hombre que ejerce este poder, y el uso que de él hace. El hombre se halla subordinado á la ley suprema, de que la Iglesia es intérprete infalible. Así la obediencia nace de la persuasion; no envilece, sujetando al hombre á los caprichos del hombre (15). El príncipe es el ministro de Dios para el bien; los gobiernos deben atender á que la justicia esté bien administrada; pero no ejercen poder ni accion sobre el pensamiento y las conciencias. Y como ningun hombre posee por sí mismo una autoridad cualquiera, el que sustituye al derecho eterno su poder propio, se hace usurpador, y es indigno de ser obedecido (16).

La ciencia y el deber, la filosofia y la religion, la moral y la política, derivadas todas de la misma fuente, se encontraron al fin reconciliadas.

Dios, es, pues, la primera fuente de la filosofia cristiana; y esta filosofia reune necesariamente la teoria á la práctica, segun la autoridad del que ha dicho: *Si practicais mi palabra conocereis la verdad.* Opuesta al egoismo de las antiguas sectas, no aspira á la gloria mundana de fundar escuelas; al revés pone de manifiesto que la doctrina que enseña no es suya, no apartándose jamás del sentido comun del género humano unido á Dios, es decir, de la autoridad de la Iglesia. La regeneracion intelectual es reducida por los Padres á la regeneracion moral, que todo lo subordina á la salvacion de las almas, fin para el cual convenia ante todo estirpar la duda, que á fuerza de argumentos habia minado las creencias más vitales; después coordinar nuevamente las trastornadas nociones del deber. Pusieron remedio á la duda, apoyando en la fé las creencias incontrastables, el desórden moral destruyendo el dualismo y el panteismo igualmente funestos. Si las aplicaciones del órden moral son la mejor prueba de las doctrinas metafísicas, la pureza de la moral enseñada y divulgada por los Padres, no solo á un corto número de sabios, sino verdaderamente en el pueblo y en la sociedad universal, es un argumento muy poderoso en favor de la escelencia de las doctrinas que armonizaban las leyes de la inteligencia con las leyes de la voluntad.

Deducida la moral de estos principios no cons-

---

(13) Esta célebre definicion de San Agustin; *Virtus est bona qualitas mentis... qua nullus male utitur.* Y en otra parte: *Ille pie et juste vivit qui rerum integer est æstimator, in neutram partem declinando.* De doct. chr., I, 27.

(14) *Voluntas adversa ab incommutabili bono et conversa ad proprium, peccat.* San Agustin, De lib. arb.

(15) «El hombre tiene derecho de mandar al bruto; pero solo Dios tiene derecho de mandar al hombre.» San Gregorio Magno, lib. XXI sobre Job, cap. 15.

(16) *Regimen tyrannicum non est justum, quia non ordinatur ad bonum commune, sed ad bonum privatum regentis... Ideo perturbatio hujus regiminis non habet rationem seditionis, nisi forte quando sic inordinate perturbatur tyranni regimen, quod multitudo subjecta majus detrimentum patitur ex perturbatione consequenti quam ex tyranni regimine.* San Tomás. *Summa*, 2.ª 2æ, q. 42, artículo 2 á 3.

tituia una ciencia, pero después de haberle dado como fundamento por una parte la voluntad de Dios esplicada por la razon y la revelacion, y por otra la obligacion para el hombre de obedecer á quien ordena, ó en virtud del poder absoluto, ó para dirigirle á la felicidad temporal y eterna, los doctores cristianos proclamaron preceptos severos y de estremada pureza. Recomendaban especialmente la caridad ó el amor desinteresado del prójimo, la sinceridad, la paciencia, la templanza. Algunos llegaron hasta un ascetismo riguroso, con el objeto de purgarse del pecado y de desprenderse de los lazos de la materia con la contemplacion y la penitencia.

CAPÍTULO XXXIII

LITERATURA ECLESIÁSTICA.

No solo habia dado nacimiento el cristianismo á una filosofia nueva, sino tambien á una literatura en un todo diferente de la antigua: tuvo por manantial los cuatro Evangelios, los Actos de los Apóstoles, las Epístolas canónicas y el Apocalipsis, formando los veinte y siete libros del Nuevo Testamento que con los cuarenta y cinco del Antiguo, completan el número místico de setenta y dos. Parte de estos libros se refieren más especialmente á la revelacion de la eterna palabra de vida; otros tienen por objeto establecer la divina comunion de los fieles, mostrándonos la formacion de la Iglesia, la primera organizacion que la fué dada por los Apóstoles y sus futuros destinos. Lo que en el Antiguo Testamento era figura, vision y profecia, se halla en el Nuevo esplicado y cumplido: la sublimidad del primero se cambia en el segundo en una ternura afectuosa, y el leon de Judá se manifiesta en los Evangelios como un cordero lleno de dulzura, que pronto en las Epístolas se remonta hasta el vuelo del águila (1).

Distinguíase el Nuevo Testamento de toda composicion por su espresion vulgar y sencilla, bajo la cual se oculta una sublimidad de pensamiento inesplicable. A fin de poner su profundo significado al alcance de la inteligencia comun, la alegoria se trasforma en parábola; esplicacion sensible del precepto divino, que bien distante del esmero de la alegoria poética y del símbolo misterioso, espone las verdades prácticas con formas sencillas y bajo el aspecto de sucesos ordinarios, y que como arte sirve de modelo á numerosas leyendas, produccion esclusiva de la moderna literatura.

Evangelios.—El primer evangelio fué escrito por San Mateo, llamado tambien Leví, hijo de Alfeo, publicano de Palestina. Su narracion es más popular; abunda en hechos, en preceptos morales y en verdades locales: es la de un hombre que escribia en sirio-caldeo antes que todos, y que conocia las cosas por haberlas visto ó por haberlas oido de boca de recientísimos testigos. El médico Lúcas, natural de Alejandria, sectario de San Pablo, y Marcos, discípulo de San Pedro (2), escribieron en griego la

(1) SCHLEGEL, *Hist. de la literatura*, leccion VI.

(2) Venecia pretendia poseer en la iglesia de San Marcos el texto latino de este evangelista escrito de su puño, y que habia formado parte de una coleccion de los cuatro Evangelios, conservada en Aquilea. Cuando el emperador Cárlos IV, pasó en 1353 á esta última ciudad, obtuvo del patriarca los dos últimos cuadernos de esta reliquia, que comprendian desde el vigésimo versículo del cap. XII hasta el final: se los regaló á la iglesia metropolitana de Praga, ordenando que fuesen envueltos en oro con adornos de perlas, gasto para el cual señaló 2,000 ducados: quiso además que el arzobispo y el clero salieran al encuentro del santo manuscrito, y que fuera sacado todos los años el dia de Pascua en procesion solemne. Posteriormente fueron llevados los otros cinco cuadernos que quedaron en Aquilea á Venecia, por órden del dux Tomás Mocénigo en 1420. Pero la humedad estropeó de tal manera el manuscrito que no era legible, de modo, que fué asunto de disputa para averiguar si estaba en latin, sobre pergamino ó sobre papiro. Resolvióse la duda por Lorenzo de la Torre en el tomo II, del *Evangeliarum cuadruplex* de Bianchini (Roma, 1749), página 548 y siguientes. Lo que demuestra más que este fragmento pertenecia al manuscrito de Aquilea, es que se leia en el punto donde acababa el evangelio de San Mateo: *Explicit evangelium secundum Matthæum, incipit secundum Marcum,* y que no sigue. En 1788, José Dobrovsky hizo imprimir en Praga, bajo el título de *Fragmentum pragense evangelii sancti Marci, vulgo autographi,* las diez y seis hojas regaladas por Cárlos IV; y resultó no ser siquiera la antigua version itálica, sino la que habia sido corregida por San Gerónimo.

Véase *De vita et lipsanis s. Marci Evangelistæ, libr duo,* AGUSTIN MOLIN. Roma, 1864.

historia divina, tal como se la habian oido contar á San Pablo ó leido en San Mateo: el primero es un narrador regular, cronológico y analítico, el otro es preciso y compendioso. Juan, judio de nacion, habia tomado parte en los sucesos de la redencion, filósofo, teólogo, mártir y poeta, era ya anciano cuando redactó su Evangelio á ruegos de los obispos de Asia y de gran número de iglesias (3) que no satisfechas con los testimonios de segunda mano, los querian del discípulo predilecto. Escribió su obra en conformidad con las indicaciones del Espíritu Santo, y con evidente intencion polémica y apologética, esto es, para combatir á los que negaban la divinidad de Jesucristo, y especialmente á Ebion y Cerinto (4). Penetró mejor que nadie el pensamiento del divino maestro: su estilo es patético y dulce, así como San Lúcas aventaja á aquellos dos en abundancia, dignidad y pureza, versado como se hallaba en las letras y en la sociedad de los hombres instruidos.

San Epifanio esplica el diferente carácter de los cuatro evangelistas, diciendo que Dios atribuyó á cada uno de ellos una cosa particular, aunque de suerte que concordaran en ciertos puntos, á fin de que no quedara duda de la fuente divina en que bebieran igualmente, refiriendo cada cual al propio tiempo algo que los otros habian descuidado. San Mateo se aplica á ofrecer detalles sobre el nacimiento y sobre la genealogia del Salvador, detalles en los cuales se apoyó Cerinto para creer que Jesucristo era simplemente un hombre. Entonces el Espíritu Santo mandó á San Márcos componer un nuevo Evangelio 30 años más tarde. Era uno de los setenta y dos discípulos que se habian dispersado sin haber podido oir el mandamiento de Cristo de comer su carne y beber de su sangre. Su obra fué completamente destinada á demostrar la divinidad del Salvador; pero como no se habia espresado con bastante claridad sobre este punto, persistieron en su error los herejes. Entonces el Espíritu Santo casi obligó á San Lúcas á dar cima á lo que sus dos antecesores no habian cumplido enteramente. Tampoco logró atraer á los hombres en el error sumidos: inspiró, pues, el Espíritu Santo á San Juan, que habia vuelto de Patmos, escribir el cuarto Evangelio, en que se detuvo poco en la vida de Jesucristo, ya contada por sus predecesores, aplicándose ya con más empeño á refutar los errores divulgados acerca de la divina naturaleza del Salvador (5).

Epístolas.—Son las Epístolas pequeños tratados

(3) IRENEO, III, 1; EUSEBIO, III, 24.

En cuanto al tiempo, va primero el ev. de San Mateo, después la epístola I de S. Pedro, el ev. de S. Marcos, el de S. Lucas, las epístolas de S. Pablo á los tesalonicenses, á los gálatas, á los corintios, á los romanos, á Filemon, á los colosenses, á los efesios, á los hebreos, la I á Timoteo, la dirigida á Tito, la II de S. Pedro, la II de S. Paulo á Timoteo. Incierto es el tiempo de la de Santiago y de los Actos de los Apóstoles. S. Juan escribió su evangelio casi al mismo tiempo que sus epístolas y poco antes de la de S. Judas.

Sobre la genuinidad del texto del Nuevo Testamento, véase la *Revista Cristiana*, junio 1874, á más de los apologistas católicos.

(4) EPIFANIO, *Hær.*, II, 12, XXX, 3. *El initium* de su evangelio es una refutacion de las doctrinas gnósticas, en que las diversas operaciones espirituales están esplicadas con las palabras que repite de ἀρχή, λόγος, μονογενής, ζωή, φῶς, *principium*, *verbum*, ó más bien *ratio*, *unigenitus*, *vita*, *lux*, etc.

(5) El ataque más audaz contra los evangelios, ha sido dirigido en estos últimos años por los protestantes alemanes, y especialmente por el doctor Strauss en la *Vida de Cristo* (Tubinga, 1835). Lo que Wolf habia hecho con Homero y Niebuhr con la historia romana, pretendieron hacerlo los exegetas alemanes con la narracion evangélica, suponiéndola un monton de ideas, de invenciones, de preceptos, pertenecientes á diversos tiempos y producto de diferentes intenciones. Resulta de todo que Jesucristo y los evangelistas no han existido nunca, reduciéndose todo á un mito metafísico. No es ya el ataque burlon dirigido contra los Evangelios por Voltaire, enfervorizando las pullas y las argucias empleadas quince siglos antes por Celso, Porfirio, Juliano, y propendiendo á hacer resaltar por todas partes el fraude y la embusteria; esta es una interpretacion alegórica tal como conviene intentarla á la Alemania meditativa. Este trabajo crítico se hizo primeramente sobre los libros antiguos. Desde 1790, Eichhorn consideró como emblemático el primer capítulo del Génesis, y como compuesto de fragmentos en que Jehová era distinto de Elohim. En 1803 publicó Bauer la *mitologia de la Biblia*. Enseguida emprendió el mismo trabajo de descomposicion sobre el Evangelio: *den Sohn analysiren*, como decia Hegel con una tranquilidad maravillosa para todo el que piensa en el inmenso vado que dejaria en la historia, como en la conciencia, la demostracion que convirtiera en un sér ideal á Cristo. Schleiermacher, muerto en 1834, filósofo y filólogo célebre, despojó el Antiguo Testamento de las profecias, el Nuevo de los milagros, y se ingenió por conciliar lo que quedaba con la filosofia y con sus teorias particulares sobre la humanidad. Apercibiéndose del resultado, quedó de súbito poseido de espanto, contemplando por un lado el cristianismo con la barbarie y la supersticion, y por otro la ciencia con la impiedad, é inclinado sobre el abismo que habia abierto, dijo:—«Dichosos nuestros padres, que estraños todavia á la exégesis, creian como hombres sencillos y leales, lo que se les enseñaba. Si perdia la historia, la religion sacaba provecho. No es la crítica invento mio, mas puesto que ella ha comenzado la obra, preciso es acabarla. El genio de la humanidad vela sobre ella; nada le quitará de precioso: obre cada cual con arreglo á su deber.»

Renan poetizó después aquella historia y dió bella forma á las blasfemias alemanas.

Desde que los racionalistas supusieron que los dogmas y los evangelios fueron inventados en el Concilio de Nicea, la ciencia católica se aplicó á los trabajos hechos antes de aquelgran hecho. De tal naturaleza son los *Anacleta Sacra patrum antenicænorum e codicibus orientalibus collegit*, PAULINUS MARTINUS, bajo la direccion del cardenal Pitra. Paris, 1884. Entre otros puede colocarse á su lado el διὰ τεσσάρων de Ticiano, esto es, la concordancia entre los cuatro evangelistas, intentada hasta entonces, de la cual se habia valido S. Efrem y hallado en una traduccion armenia, editada por los PP. Mequitaristas de Venecia.

dirigidos á las iglesias ó á los compañeros más celosos de los Apóstoles con elogios, censuras, avisos, exhortaciones y preceptos de conducta. No tratan de un asunto único, sino que pasan de un objeto á otro como es costumbre en las cartas, y se encuentran allí cosas relativas á afectos personales. Pedro no aparece literato ni hombre de discusion, sino jefe de la gerarquia, dirigiendo por el poder de la unidad á la Iglesia. Pablo, el apóstol de las naciones, vé y pesa las ideas de los diferentes pueblos. Tocó á Juan en suerte el tercer género de enseñanza, el de custodio de las tradiciones, que contempla desde el punto más elevado el vínculo por medio del cual se juntan todos los fenómenos y todas las ideas de que se compone el movimiento del universo.

Apocalipsis.—Confinado por Domiciano á la isla de Patmos, una de las Esporadas, tuvo allí visiones sobrenaturales, que Dios le mandó escribir y enviar á las siete principales iglesias de Asia; la de Efeso, llena de paciencia, aunque se hubiera entibiado su fervor primitivo: la de Esmirna, pobre y paciente en las adversidades: la de Pérgamo, mancillada por la inmediacion del templo de Esculapio: la de Tiatira, poseida de fé, de caridad y de resignacion: la de Sardis, que necesitaba remediar con la penitencia los pecados de gran número de sus hijos: la de Filadelfia, firme en el verdadero camino, y la de Laodicea, que tibia y pobre de espíritu se creia perfecta, porque se hallaba exenta de ciertos vicios materiales.

En este gran drama, en que revela misteriosamente los arcanos que se le han revelado, ve el triunfo de la Iglesia, sus persecuciones inminentes y lejanas, así como sus vicisitudes y la union mística del cordero con su celeste esposa; después la destruccion del mundo y los goces que Dios reserva en la eterna Jerusalen á aquellos que le hayan amado; goces que serán más perfectos, puesto que ya entonces habrá renovado la tierra y los cielos. Lo difuso de este libro ha dado lugar á largos comentarios y á muchas estravagancias.

Actos apostólicos.—Los *Actos de los Apóstoles*, probablemente obra de San Lúcas hácia el 63 de Cristo, son un género nuevo de historia sublime en su sencillez, tal como cumplia á pescadores convertidos en héroes marchando á la conquista del mundo, no en su nombre, sino en el de Dios. Nada hay más hermoso que estos relatos sin cólera de las luchas empeñadas contra la obstinacion judia y la indiferencia pagana. «Estando Pablo en Atenas, sentíase indignado su espíritu al ver el apego de esta ciudad á la idolatria. Disputaba en la sinagoga con los judios, y todos los dias en la plaza con los que en ella encontraba. Hubo asimismo algunos filósofos epicúreos y estóicos que conferenciaban con él, diciendo los unos: *¿Qué es lo que quiere decir este palabrero?* Y los demás: *Parece que predica nuevos demonios;* lo que decian porque habia anunciado á Jesús y la resurreccion. Le cogieron y le llevaron por último al Areópago, diciéndole: *¿Podremos saber cual es la nueva doctrina que predicais? pues nos decis ciertas cosas de las que nunca habiamos oido hablar, y quisiéramos saber lo que es.* Por otra parte todos los atenienses y los extranjeros que vivian en Atenas pasaban su tiempo en decir y oir alguna cosa nueva. Encontrándose Pablo entre los atenienses, les dijo: *Atenienses, me parece que en todo sois religiosos hasta el esceso, pues habiendo visto al pasar las estátuas de vuestros dioses, he encontrado un altar sobre el que está escrito:* AL DIOS DESCONOCIDO. *Este Dios que adorais sin conocerlo, es el que os anuncio...* Pero cuando oyeron hablar de la resurreccion de los muertos, burláronse de ello los unos y dijeron los otros. *Os oiremos en otra ocasion sobre este punto.* Así salió Pablo de su asamblea. Juntáronse no obstante algunos á él y abrazaron su fé.»

Símbolo.—Es probable que desde los primeros tiempos se haya sentido la necesidad de espresar compendiosamente la fé con una fórmula, que quizá se recitaba en el acto de recibir el bautismo. Pero aunque no sea probable que los Apóstoles formasen entre sí un símbolo antes de empezar á convertir el mundo, tampoco parece creible que á la fórmula bautismal se añadiese sucesivamente algun artículo á medida que una nueva heregia hacia necesaria una nueva protesta (6). Consta sí históricamente

---

(6) A cada obispo le era permitido hacer nuevos cambios; y Rufino nos conserva el símbolo tal como se recitaba en la Iglesia romana, más puro que el aquilense al cual pertenecia ese sacerdote. Helo aquí confrontado.

Romano.	*Credo in Deum patrem omnipotentem.*
Aquilense.	*Credo in Deo patre omnipotente invisibili et impassibili.*
Rom.	*Et in Christum Jesum unicum filium ejus, dominum nostrum.*
Aquil.	*Et in Christo Jesu, unico filio ejus, domino nostro.*
Rom. y Aquil.	*Qui natus est de Spiritu Sancto ex Maria Virgine.*
Rom.	*Crucifixus sub Pontio Pilato et sepultus, tertia die resurrexit a mortuis.*
Aquil.	*Crucifixus sub Pontio Pilato et sepultus, descendit ad inferna, tertia die resurrexit a mortuis.*
Rom. y Aquil.	*Ascendit in cœlos, sedet ad dexteram Patris; inde venturus est judicare vivos et mortuos.*
Rom.	*Et in Spiritum Sanctum. Sanctam Ecclesiam. Remissionem peccatorum. Carnis resurrectionem.*
Aquil.	*Et in Spiritu Sancto. Sancta Ecclesia. Remissione peccatorum Hujus carnis resurrectione.*

De las catequesis de Máximo obispo de Turin *(Homil. in traditione Symboli)*, de San Pedro Crisólogo obispo de Rávena *(In Symb. apost.)* y de otros hemos recogido los símbolos de las diversas iglesias en que se hallan las palabras *conceptus, passus, mortuus, catholicam, sanctorum communionem, vitam æternam* adoptados después en el símbolo comun, como se encuentran ya en los sermones 240, 241, 242, colocados como apéndice á los sermones genui-

que se hicieron adiciones posteriores á lo que se denominaba *Símbolo apostólico*, y que en verdad está concebido de un modo tan general, que puede conservarse aun entre los mayores disidentes.

Muchas epístolas se escribieron en aquellos tiempos por Judas, por Bernabé, por Ignacio, por Dionisio, por Clemente, tan venerado entonces, que á él se atribuian todas las obras cuyo autor era desconocido. Tienen la misma forma las *Constituciones apostólicas*, obra probablemente de un sacerdote sirio de fines del siglo III, el cual nos espone los deberes de los laicos y de los eclesiásticos, el culto y la doctrina religiosa, en oposicion á las heregías de su tiempo. Más tarde se añadieron los libros VII y VIII.

Hermas.—Hermas, contemporáneo de los Apóstoles, supo muchas verdades por revelacion superior y las consignó en su libro del *Pastor*, dividido en visiones, preceptos y similitudes; siendo considerado este libro durante algun tiempo como canónico. Encontró en Roma, segun él dice, una mujer á quien, desde su infancia, habia amado como á una hermana, pareciéndole que llegaria al colmo de la felicidad si podia poseerla. Habiéndose cerrado sus ojos con este pensamiento, fué trasportado en espíritu á un paraje desierto: allí mientras que él oraba vió abrirse los cielos, de donde le saludó la mujer deseada, diciéndole que le acusaba á Dios por el deseo á que se habia entregado su corazon, y que debia orar con el fin de que se le perdonase este pecado. Sobrecogido de terror Hermas, y no sabiendo á que atenerse, pensaba como podria libertarse nunca de la ira de Dios, si un simple deseo se le imputaba como delito, cuando se le aparece una mujer de edad avanzada, revestida de luz, que, instruida del motivo de su ansiedad, le esplica que no debe penetrar en el corazon de un servidor de Dios ningun mal deseo; que el Señor estaba irritado contra él porque habia sufrido ciertas violencias de parte de sus hijos, sin reprenderles por ello. Luego, á fin de alentarle, le leyó en un libro que tenia en sus manos, cosas más grandes y más maravillosas de las que es dado comprender á un hombre, y que acababan de este modo: «Hé aquí que el Dios de los ejércitos creó el universo con su poder invisible y su sabiduria infinita: por su glorioso consejo rodeó de belleza á sus criaturas, y por la fuerza de su palabra hizo el cielo, colocó la tierra sobre las aguas y constituyó su santa Iglesia, que bendijo. Arrebatará los cielos, las montañas, las colinas, los mares de un punto á otro, y toda cosa será llena de sus elegidos, á fin de que se cumplan en ellos sus promesas, después que hayan observado sus leyes con respeto y alegria.»

Luego aquella mujer, que era la Iglesia, desapareció diciéndole; *Cobra aliento, Hermas, esta es la primera vision.* Siguieron á estas otras tres, y las cuenta con afectuosa sencillez de estilo. En la segunda y en la tercera plática con su ángel de la guarda sobre las verdades eternas, sobre las reglas de la moral y los progresos de la Iglesia.

Pseudo-Evangelios.— Narrando únicamente el Evangelio y los Actos de los Apóstoles lo relativo á la doctrina, dejan á la curiosidad una multitud de preguntas, como es costumbre cuando se trata de personas insignes, veneradas ó queridas. Dedicáronse, pues, algunos cristianos á satisfacer esta curiosidad, á componer relatos concernientes á la vida de Cristo, recogiendo las cosas, alteradas como siempre por la tradicion, que oian contar á otros, y añadiendo circunstancias de invencion suya. Tal es el orígen de los Evangelios apócrifos, que aun no siendo ofrecidos á la fé del creyente, ni soportando el exámen de la crítica, son sin embargo modelos de sencillez, que contrastan singularmente con la antigua literatura, especialmente en la época de la decadencia.

Libros apostólicos y leyendas.—Entre los varios escritos atribuidos á Cristo, aquel que por su sencillez sufre menos escepciones es la carta á Abgar, rey de Edesa, el cual habia recurrido á él en una grave enfermedad, invitándolo á venir á sus Estados, donde hallaria seguridad y honor. Jesús le respondió que no podia cambiarse su mision, pero que después de muerto le enviaria un apóstol (7). El

---

nos de San Agustin en la edicion de los Padres Maurinos.

Algunas de ellas parecen arbitrarias y hasta fútiles, aunque tendian á refutar algunos errores divulgados, Así en el mencionado símbolo de Aquilea el *descendit ad inferna* se opone á los apolinaristas y arrianistas que negaban el alma á Cristo, si bien la divinidad hacia las veces de ella; el *invisibili et impassibili* es contrario á los novacianos y sabelianos que decian haber el Padre Eterno nacido y padecido y el *hujus carnis* contrasta con los que afirmaban que se ha de resucitar con un cuerpo aéreo y celestial.

(7) Exemplar epistolæ scriptæ a rege Abgaro vel toparcha ad Jesum, et missæ Hierosolymam per Ananiam cursorem:

Abgarus, Uchaniæ filius, toparcha, Jesu Salvatori bono qui apparuit in locis Hierosolymorum, salutem.—Auditum mihi est de te et de sanitatibus quas facis, quod sine medicamentis aut herbis fiant ista per te, et quod verbo tantum cæcos facis videre, et claudos ambulare, et leprosos mundas, et immundos spiritus ac dæmones ejicis, et eos qui longis ægritudinibus afflictantur curas et sanas, mortuos quoque suscitas. Quibus omnibus auditis de te, statui in animo meo unum esse e duobus, aut quia tu sis Deus et descenderis de cælo ut hæc facias, aut quod filius Dei sis qui hæc facis. Propterea ergo scribens rogaverim te ut digneris usque ad me fatigari, et ægritudinem meam, qua jamdiu laboro, curare. Nam et illud comperi, quod Judæi murmurant adversum te, et volunt tibi insidiari. Est autem civitas mihi parva quidem sed honesta, quæ sufficiat utrisque.

Exemplar rescripti ab Jesu per Ananiam cursorem, ad Abgarum toparcham:

Beatus es qui credidisti me, cum ipse me non videris. Scriptum est enim de me, quia hi qui me vident, non credunt in me, et qui non vident me, ipse credent, et vivent. De eo autem quod scripsisti mihi ut veniam ad te, oportet me ommia, propter quæ missus sum, hic explere; et posteaquam complevero, recipi ad eum a quo missus sum. Cum ergo fue-

historiador Eusebio dice haberlos sacado de los archivos de Edesa (8).

Entre los libros apócrifos se encuentran dos cartas de Pilato al emperador, dando informes de la muerte de Cristo. La primera está tomada del *Anacephalæosis*, esto es, de los cinco libros que el falso Egesipo escribió sobre el incendio de Jerusalen, por lo cual se reprodujo varias veces. La segunda fué editada, que yo sepa primeramente en el Martirologio antiguo romano, ó hierosomilitano (9). Están dirigidas á Claudio, y no se crea que hay error en esto, porque Tiberio era tambien de la familia Claudia. El manuscrito griego que, segun Lambecio, existe en la biblioteca de Viena, dice: Κρατίστῳ σεβασμίῳ φοβερῷ Αὐγούστῳ Πιλάτος Πόντιος ὁ τὴν ἀνατολικὴν διεπῶν (10).

---

ro assumptus, mittam tibi aliquem ex discipulis meis ut curet ægritudinem tuam, et vitam tibi atque his qui tecum sunt præstet.

(8) *Hist. ecel.*, I, 13,

(9) Luca, 1668, pág. 113.

(10) *Pontius Pilatus Claudio salutem. Nuper accidit, et quod ipse probavi, Judæos per invidiam se suosque posteros crudeli condemnatione punisse. Denique cum promissum haberent patres eorum, quod illis Deus eorum mitteret de cœlo Sanctum suum qui eorum rex merito diceretur, et hunc se promiserit per virginem missurum ad terras; istum itaque, me præside, in Judæam Deus Hebræorum cum misisset, et vidissent eum cœcos illuminasse, leprosos mundasse, paralyticos curasse, dæmones ab hominibus fugasse, mortuos etiam suscitasse, imperasse ventis, ambulasse siccis pedibus super undas maris, et multa alia fecisse, cum omnis populus Judæorum eum filium Dei esse diceret, invidiam contra eum passi sunt principes Judæorum, et tenuerunt eum, mihique tradiderunt, et alia pro aliis mihi de eo mentientes dixerunt, asserentes istum magnum esse et contra legem eorum agere. Ego autem credidi ita esse, et flagellatum tradidi illum arbitrio eorum. Illi autem crucifixerunt eum, et sepulto custodes adhibuerunt. Ille autem, militibus meis custodientibus, die tertio resurrexit; in tantum autem exarsit nequitia Judæorum, ut darent pecuniam custodibus et dicerent:* Dicite quia discipuli ejus corpus ipsius rapuerunt. *Sed cum accepissent pecuniam, quod factum fuerat tacere non potuerunt; nam et illum surrexisse testati sunt se vidisse, et se a Judæis pecuniam accepisse. Hæc ideo ingessi, ne quis aliter mentiatur, et æstimet credendum mendaciis Judæorum.*

Pontius Pilatus Claudio salutem. De Jesu Christo, quem tibi plane postremis meis declaraveram, nutu tandem populi, acerbum, me quasi invito et subticente, supplicium sumptum est. Virum herle ita pium ac sincerum nulla unquam ætas habuit, nec habitura est. Sed mirus extitit ipsius populi conatus, omniumque scribarum et seniorum consensus, suis prophetis et more nostro sybillis præmonentibus, hunc veritatis legatum crucifixere, signis etiam super naturam apparentibus, dum penderet, et orbi universo philosophorum judicio lapsum minantibus. Vigent illius discipuli, opere et vitæ continentia magistrum non mentientes, imo in ejus nomine beneficentissimi. Nisi ego seditionem populi prope æstuantem pertimuissem, fortasse adhuc nobis ille vir viveret. Etsi, tuæ magis dignitatis fide compulsus quam voluntate mea adductus, pro viribus non restiterim sanguinem justum totius accusationis immunem, verum hominum malignitate inique in eorum famam, ut Scripturæ interpretantur, exitium pati et venundari.

Los actos de Pilatos son mencionados por los primeros apologistas, pero no se pueden considerar como tales los que aun subsisten, una copia de los cuales se conserva en la biblioteca del rey en Paris; y otra sacada de un código colbertino fué publicada por Fabricio (11).

El *Evangelio de la infancia de Cristo* es un monton de milagros operados por el Redentor todavia niño; milagros que, á ser ciertos, arrebatarian cuanto hay de asombroso en la prodigiosa difusion de la verdad. Entonces ya no habria que asombrarse más que de una cosa, y es que, presentándose el Mesias entre los suyos, no fuera reconocido por ellos (12). José, se dice allí, andaba por la ciudad, y llevaba consigo á Jesús, señor nuestro, cuando le llamaban para obras de su oficio (13), para hacer cubos, cribas, puertas ó cajas, y cuando ciertos objetos le salian largos ó cortos, anchos ó estrechos, ponia Jesus la mano en ellos y enmendaba la falta. Un dia fué llamado por el rey de Jerusalen, quien le dijo: *José, quiero que me hagas un trono para sentarme.* Obedeció José y habiéndose dedicado á la obra estuvo dos años en el palacio hasta que puso término á su tarea. Pero cuando puso el trono en su lugar, vió que éste tenia por cada lado dos palmos menos de la medida requerida, por lo cual, el rey se enojó mucho, y temiendo José su descontento, se acostó sin cenar. Preguntándole entonces Jesus la causa de sus inquietudes; *Es, respondió José, que he perdido el fruto del trabajo de dos años enteros.* A lo que Jesus repuso: *Ten valor, no caigas en el abatimiento; coge ese trono por un lado yo le cogeré por el otro y lo estiraremos hasta la justa medida.* Y habiendo hecho José lo que Jesus le habia dicho, y tirando cada uno de su lado, obedeció el trono, y alcanzó la medida exacta. A la vista de tamaño prodigio quedaron atónitos los asistentes y alabaron al Señor (14).

Enmedio de puerilidades semejantes, de milagros inútiles y de fútiles reflexiones, se encuentran, no obstante, páginas llenas de un sentimiento de ternura desconocido á la literatura clásica. Se creeria oir las quejas de Sacontala en aquel pasage del *Protevangelio*, en que Ana, madre de Maria, des-

---

(11) *Codex apocryphus Novi Testamenti.* Hamburgo, 1705.

(12) Estos prodigios se hallan formalmente desmentidos por San Juan cuando dice que el primer milagro de Cristo fué el de las bodas de Canaan.

(13) En el evangelio de San Marcos, VI, 3, Cristo es llamado artesano, ὁ τέκτον, aunque en algunos manuscritos se lea; el hijo del artesano ὁ τοῦ τ κτονος, como en San Mateo, XIII, 55. San Justino cuenta que se poseian arados, yugos y otros útiles τεκτονικὰ ἔργα de mano de Jesucristo (diálogo con Trifon) y Libiano, que habiendo preguntado á un cristiano qué hacia el hijo del artesano, ὁ τοῦ τέκτονος, le respondió: el ataud de Juliano. TEODORETO, *Hist.*, III, 25.

(14) *Evangelium infantiæ*, XXXVIII, 29.

consolada de su esterilidad, descubre al levantar los ojos un nido de pajarillos en las ramas de un laurel. Gime al considerar que no puede compararse á «aquellas aves que son fecundas ante el Señor, ni á los animales terrestres, ni á las aguas, ni á la tierra, que tienen su fecundidad y te alaban oh Señor.» (15)

Maria Magdalena, la pecadora á quien fué perdonado mucho, porque habia amado mucho, ha sido confundida con la hermana de Lázaro y de Marta, como tambien con la que acompañó á la Vírgen madre al Calvario. Como sus errores fueron seguidos de una expiacion inmensa, se contó que se habia retirado á una gruta de Provenza, para entregarse allí á todas las austeridades y á todas las devociones que podia sugerirle su amor penitente. Testigos los doce Apóstoles de los dolores y de la doctrina de Cristo, habiéndose dispersado sobre la faz de la tierra por las comarcas más distantes con el objeto de predicar á las naciones, sin que se tuvieran noticias ciertas de ellos, habian abierto ancho campo á la imaginacion de piadosos narradores. Llenas están las vidas de los Apóstoles de prodigios; consisten en atrevidas empresas, en intrépidas predicaciones apoyadas en milagros sorprendentes, en largos viajes á las islas del mar y á las regiones bárbaras. San Andrés recorre la alta Asia: San Pablo evangelista, ciudades llenas de retóricos y estudiantes: San Mateo penetra hasta en el pais de los etiopes: San Felipe en el de los escitas: San Bartolomé en las Indias, más lejos que Alejandro. En el mismo corazon del imperio se introducia la religion en el palacio de los Césares y en las chozas de los esclavos. Triunfaba en el Sanedrin y en el Areópago. Pablo, el doctor de las naciones, trabaja para subsistir con sus propias manos; Pedro, el pescador, llega á Roma á combatir á un tirano y á un sofista; establece al lado del palacio de Tiberio la cátedra futura de sus sucesores. ¡Que campo para las imaginaciones piadosas, tanto más libre, cuanto la vida de cada uno estaba ménos mezclado á los acontecimientos auténticos del Evangelio! (16)

Mucho hablaron los hebreos de los sucesos de la Vírgen Maria. En el Talmud se la llama muchas veces una peinadora de mujeres. En dos historias de Cristo compuestas por judios con el título de *Sepher toledoth Jeschu* (libro de las generaciones de Jesús), José Pander de Belen se enamora de una jóven peluquera llamada Mirian, mujer de Johanan, y habiéndola sorprendido y fingídose su marido, abusa de ella, á consecuencia de lo cual dió á luz un niño llamado Jeschua. Educado éste por Elcanan hace progresos en las letras. Un dia, estando sentados á la puerta varios ancianos, pasaron delante de ellos dos niños, uno de los cuales se cubrió y el otro se descubrió la cabeza, y Eliazer dijo de aquel que de mala manera y contra la buena crianza se habia cubierto la cabeza que era bastardo. Fué, pues, á buscar á la madre de este niño, á la cual encontró en la plaza vendiendo legumbres, resultó que no solamente era espúreo, sino hijo de una mujer inmunda. Los ancianos hicieron publicar al son de trescientas trompetas cuán impuro era su nacimiento. Huyó, pues, á Galilea pero volviendo luego á Jerusalen, se introdujo en el templo, aprendió y sustrajo el nombre de Dios, y lo escribió en un pergamino; después se abrió sin dolor un muslo y ocultó aquel en la herida. Con el inefable nombre de *Schemhamephoras* hizo innumerables prodigios. Condenado á muerte por el Sanedrin, fué coronado de espinas, azotado y apredeado; quisieron ahorcarlo de un madero; pero todos los maderos se rompieron porque él los habia encantado. Los sabios fueron á buscar una gran col que no es madera, sino yerba, y en ella le colgaron.—Tan pobres historias oponian los judios á la sencilla majestad de la narracion evangélica.

Nos queda el antiquísimo libro de *La muerte de la Vírgen Maria* (17), que aunque condenado

---

(15) Καὶ ἠτένισεν εἰς τὸν οὐρανὸν, καὶ εἶδε καλίαν στρουθίαν ἐν τῇ δάφνῃ, καὶ ἐποίησε ὀρῆνον ἐπ' ἑαυτῇ, λέγουσα, «Οἴ μοι, τίς με ἐγέννησε, ποῖα δὲ μήτρα ἐξέφυσέ με, ὅτι ἐγὼ καταρὰ ἐγεννήθην ἐνώπιον τῶν υἱῶν Ισραὴλ;... Οἴ μοι, τινὶ ὡμοιώθην; οὐχ ὡμοιώθην ἐγὼ τοῖς ὀρνίοις τῆς γῆς, ὅτι αὐτὰ τὰ ὀρνία τῆς γῆς γονίμα ἐστι ἐνώπιον σοῦ, Κύριε. Οἴ μοι; τινὶ ὡμοιώθην ἐγὼ; οὐχ ὡμοιώθην ἐγὼ τοῖς ὕδασι τούτοις, ὅτι αὐτὰ τὰ ὕδατα γόνιμα εἰσὶν ἐνώπιον σοῦ, Κύριε... οὐχ ὡμοιώθην ἐκὼ τῇ γῇ ταύτῃ, ὅτι καὶ ἡ γῆ προσφέρει τοὺς καρποὺς αὐτῆς, καὶ εὐλογεῖ σε, Κύριε.» *Protevangelium Jacobi*, III.

(16) Véase ABDIA, *Historia certaminis apostolici*: quizá es una coleccion de las más antiguas tradiciones concernientes á los Apóstoles. Véase tambien EM GRABE.—*Spicilegium Patrum primi seculi*. Oxford, 1698.

(17) *De transitu beatæ Mariæ Virginis*. Ha sido reimpreso recientemente en Paris en el tomo II de la *Biblioteca de los Padres*, pág. 163. Treinta y nueve evangelios han sido desechados como apócrifos: 1.º el evangelio segun los hebreos; 2.º el de los nazarenos; 3.º el de los doce Apóstoles; 4.º el evangelio de San Pedro, que es el mismo de San Mateo, alterado por cristianos judáicos; 5.º el evangelio de los egipcios; 6.º los tres evangelios del nacimiento de la Santísima Vírgen; 7.º el de Santiago, en griego y en latin, atribuido á Santiago el Menor; 8.º el evangelio de la infancia de Jesús, en árabe y griego, lleno de milagros hechos por el Redentor antes de la edad de doce años; 9.º el evangelio de Santo Tomás, igual al precedente; 10 el evangelio de Nicodemus, en hebreo, escrito bastante tarde por los ingleses, pretendiendo que Nicodemus les trajo la fe; 11 el evangelio eterno, obra de un fraile del siglo XIII, que pretendió sustituirlo al verdadero, como el verdadero evangelio lo habia sido por la antigua ley; 12 el evangelio de San Andrés, y 13 el de San Bartolomé, condenado por el papa Geláseo; 14 los de Apeles; 15 de Basilides; 16 de Cerinto; 17 de los ebionitas; 18 de Taciano ó de los encratistas; 19 de Eva; 20 de los gnósticos, en uso en esta secta; 21 de Marcion que no es otro que el de San Lucas, alterado; 22 de San Pablo, igual al precedente; 23 las pequeñas y las grandes

por el papa Gelasio en el número de los escritos apócrifos, es el manantial de donde los predicadores y los colectores de anécdotas y los artistas han sacado los detalles de la muerte terrestre y de la asuncion de la madre del Salvador. Segun esta narracion, Maria llena de humildad, después de la consumacion del gran misterio en que la cupo gran parte de los sufrimientos, se retiró sola á la casa de sus padres, al pié del monte de las Olivas, y pasó en la oracion y en la meditacion, los dias que habitó en la tierra antes de reunirse con su divino hijo.

Mas, hé aquí lo que sucedió el año vigésimo segundo de la resurreccion de Cristo. Habiéndose retirado un dia Maria al sitio más apartado de su casa, lloraba, aguardando el momento que debia reunirla á su muy querido hijo. Apareciósele un ángel revestido de luz, y aproximándose á ella la dijo:—«Salud, ó Virgen bendita del cielo; recibid los homenajes de aquel que trajo la gracia á los patriarcas y profetas. Os traigo del cielo esta palma, para que la hagais poner en vuestro féretro, cuando dentro de tres dias vuestra alma haya abandonado este mundo. Pues vuestro hijo os aguarda con los tronos, con los ángeles y con las virtudes del cielo.»

—«Os suplico, dijo Maria, que para ese momento se encuentren al rededor mio todos los apóstoles.»

Y el ángel respondió: «Hoy mismo, con el poder del Señor, se acercarán á vos entre nubes todos los apóstoles.»

Contestó Maria: «Bendecidme á fin de que las potestades del infierno no se me opongan cuando mi alma abandone el cuerpo, y que no vea al príncipe de las tinieblas.»

—«El poder del infierno no os incomodará» repuso el ángel. Esto diciendo, desapareció con gran esplendor; esparciendo una luz estraordinaria la palma de que habia sido portador.

Entonces Maria despojándose de su vestidura, adornóse con otra mucho más hermosa. Salió después llevando en la mano la palma que le habia traido el ángel, y se encaminó al monte de las Olivas, en el que se puso á orar.—«Dios mio, dijo, nunca hubiera sido digna de recibiros en mi seno, si no os hubiereis apiadado de mí. Por lo mismo he velado fielmente sobre el tesoro que me habiais confiado. Os suplico, pues, ó rey de gloria, me protejais contra el poder de las tinieblas. ¡Si los cielos y los ángeles tiemblan ante vuestra presencia, cuanto más debe temblar esta débil criatura que no tiene de bueno más que lo que en ella habeis puesto!»

Acabada su oracion, se levantó Maria y volvió á su casa.

Seria como la hora tercia; y en este instante, cuando San Juan predicaba en Efeso, dejóse sentir de repente un gran temblor de tierra: á la vista de todos envolvió una nube al apóstol y lo trasportó á la casa de Maria. Llena de alborozo á su vista, esclamó la madre del Salvador.—«Acuérdate, hijo mio, de las palabras que te fueron dirigidas desde lo alto de la cruz, cuando él me recomendó á tí. Moriré pronto. Además, he oido decir á los judios: Aguardemos el dia en que morirá la madre del seductor y arrojarémos su cuerpo á las llamas.»

Continúa la leyenda, diciendo como Maria esplicó sus últimas disposiciones al apóstol, y como aparecieron durante este tiempo los demás apóstoles trasportados sobre nubes desde las más apartadas comarcas, á los cuales vinieron á unirse los cristianos de Jerusalen y las vírgenes compañeras de Maria en su soledad.

Tres dias pasaron en consolarse mútuamente con el relato de sus penalidades y con las noticias sobre el progreso de la fé. Pero el tercer dia hácia la hora tercia descendió el sueño sobre todos los que se hallaban en la casa, y ninguno pudo quedarse despierto, librándose solo de su influencia los apóstoles y tres vírgenes fieles compañeras de la Madre de Dios. Entonces, apareció el señor Jesús enmedio de un coro de ángeles y se-

---

interrogaciones de Maria, obra de los gnósticos; 24 el libro del nacimiento de Cristo; 25 el evangelio de San Juan ó de la muerte de la Vírgen Maria; 26 el de Matias, compuesto por los carpocracianos; 27 el evangelio de la perfeccion, escrito por los gnósticos; 28 el de los simonianos, compuesto por los discípulos de Simon el Mago, para refutar á los profetas y negar la creacion; 29 el de los sirios; 30 el de Taciano; 31 el de Tadeo ó Judas; 32 el de los valentinianos; 33 el evangelio de vida ó del Dios vivo, obra de los maniqueos; 34 el de Felipe, tambien de los maniqueos ó gnósticos; 35 el de Bernabé; 36 el de Santiago el Mayor, hallado en 1595 en la cúspide de una montaña cerca de Granada, en diez y ocho libros con hojas de plomo, una misa de los Apóstoles con su ceremonial y una historia evangélica, condenado por Inocencio XI en 1682; 37 el evangelio de Judas Iscariote compuesto por los cainitas; 38 el de la verdad por los valentinianos; y 39 los de Lucio, Luciano, Seleuco, Hesiquio, etc., Algunos de estos se asemejan mucho entre sí.

Se publicaron así mismo los actos de Pedro y de Pablo, los de Santa Tecla, Santo Tomás, San Andrés y San Felipe; los cánones de los Apóstoles; la correspondencia de San Pablo con Séneca y la del rey Abgar con Jesucristo.

Se puede consultar á JUAN ALBERTO FABRICIO, *Codex apocryfhus Novi Testamenti*. Hamburgo, 1703, que hace mencion de cincuenta evangelios apócrifos (p. 335); y mejor aun la nueva coleccion de los apócrifos, hecha por C. THILON, profesor en Halle. Leipzig, 1832.

Y del 1853 en Leipzig, *Evangelia apocrypha, adhibitis plurimis codicibus græcis et latinis, maximam partem nunc primum consultis, atque ineditorum copia insignibus edidit* CONSTANTINUS TISCHENDORF. Sobre el orígen y alcance de los libros apócrifos, merece verse un artículo de G. J. Ellicot en los *Ensayos de Cambridge* de 1856. Indaga el orígen de esta fábula, parte de tradiciones piadosas, parte de piadosos fraudes, parte de alteraciones de herejes; cuanto introdujeron en las creencias comunes y más tarde en las artes y tantos nombres de personas, que los evangelistas no nombran, como Ana madre de Maria, Procla mujer de Pilatos, la Verónica, Longinos, Dimas y Gesta ladrones, y tambien la vara florida de José, viejo figurado, los animales y los ángeles del pesebre, la luz que lo alumbra, etc.

rafines. Los ángeles cantaban un himno de gloria del Salvador, y una esplendente luz llenaba toda la casa. En este momento habló el Señor Jesus y dijo: —«Ven mi muy amada, perla mia preciosa, entra en el tabernáculo de la vida eterna.»—Al oir Maria esta voz prosternóse en tierra, adoró al Señor y esclamó:—«¡Bendito sea vuestro nombre, ó rey de gloria, ó Dios mio, pues que os habeis dignado elegir á vuestra humilde sierva entre todas las mujeres para obrar la redencion del género humano! Yo que no soy sino cieno y sangre no era digna de este honor; pero habeis venido á mí y he dicho: *Hágase vuestra voluntad.*»—Dicho esto levantóse Maria, se acostó en su cama y entregó el alma murmurando acciones de gracias. Durante este tiempo, los Apóstoles oian las palabras, pero no veian sino la deslumbrante luz que inundaba la casa y cuyo inesplicable esplendor era más blanco que la nieve, sobrepujando con sus rayos los de los más brillantes metales» (18).

---

(18) Conocemos tres cartas atribuidas á la Vírgen Maria. La primera, con la de San Ignacio, á la cual responde ella, siendo de una época antigua; pero su autenticidad no está reconocida. Héla aquí:

Christiferæ Mariæ suus Ignatius.

Me neophytum, Johannisque tui discipulum confortare et consolari debueras. De Jesu enim tuo percepi mira dictu, et stupefactus sum ex auditu. A te autem, quæ semper ei fuisti familiaris et conjuncta, et secretorum ejus conscia, desidero ex animo fieri certior de auditis. Scripsi tibi etiam alias, et rogavi de eisdem. Valeas; et neophyti, qui mecum sunt, ex te et per te et in te confortentur. Amen.

Respuesta de la Vírgen:

Ignatio dilecto condiscipulo ancilla
Christi Jesu.

De Jesu quæ a Johanne audisti et didicisti, vera sunt. Illa credas, illis inhæreas, et christianitatis susceptæ votum firmiter teneas, et mores et vitam voto conformes. Veniam autem, una cum Johanne, te et qui tecum sunt visere. Sta in fide, et viriliter age: nec te commoveat persecutionis austeritas; sed valeat et exultet spiritus tuus in Deo salutari tuo.

Un obispo de Mesina, hizo aparecer en tiempo de peste una carta, que decia la habia dirigido Maria á la ciudad de Mesina, y se tiene aun en gran veneracion. Háse hecho mencion de ella desde muy antiguo. Pero la crítica la desecha, de acuerdo en esto con la congregacion del Index, que no aprobó las obras cuya autenticidad no era clara y terminante. Héla aquí:

Maria Virgo, Joachim filia, humillima Dei ancilla, Christi Jesu crucifixi mater, ex tribu Juda, stirpe David, Messanensibus omnibus salutem, et Dei Patris omnipotentis benedictionem.

Vos omnes, fide magna legatos ac nuncios per publicum documentum ad nos misisse constat Filium nostrum, Dei genitum, deum et hominem esse fatemini, et in cœlum post suam resurrectionem ascendisse, Pauli apostoli prædicatione mediante viam veritatis agnoscentes. Oh quod vos et civitatem vestram benedicimus, cujus perpetuam protectricem nos esse volumus. Anno filii mostri XLII, III *nonas julii, luna* XVII, *feria quinta, ex Hierosolymis.*

Esta carta indica por su contesto, que habia sido enviada por la Santísima Vírgen durante su vida; pero la tradicion del pais la considera bajada del cielo.

Todo lo que tenia relacion con los abuelos de Cristo debió considerarse ser un milagro. Mil años después del pecado original, trasladó Dios el árbol de la vida al jardin de Abraham, y le dijo, que de su flor naceria un guerrero que sin la cooperacion de mujer daria á luz la madre de una vírgen que Dios escogeria por su madre. Con efecto, respirando una hija de Abraham los perfumes de la flor de aquel árbol, se sintió fecundada. A fin de atestiguar su inocencia se metió por medio de las llamas de una hoguera, y los carbones encendidos se cambiaron en rosas y azucenas. Dió á luz un hijo que llegó á ser rey y emperador, y poseyó el árbol de la vida sin conocer sus propiedades. No obstante sabia que era saludable para los enfermos: cortó, pues, una fruta en varios trozos y secó el cuchillo con su muslo. ¡Oh maravilla! se hinchó el muslo del emperador Fannel, y ni médicos ni cirujanos sabian adivinar lo que era, hasta el momento en que salió de la parte afectada una linda niña. Inmediatamente mandó el príncipe á uno de sus confidentes que la llevara á los bosques y la diera muerte; mas como se dispusiera á obedecerle, le disuadió de ello una paloma, vaticinándole que aquella criatura debia de ser madre de Dios. Depositóla, pues, en un nido de cisnes, donde Dios cuidó de ella. Criada por una cierva habia llegado á la edad de diez años. Yendo Fannel de caza descubre la cierva, la persigue, la hiere, y va á parar al asilo de la doncella, quien le dice haber sido llevada en su muslo. Sorprendido y contento la lleva consigo, y la casa con Joaquin, caballero de su imperio, y de ellos nació Maria.

Marta, hermana de Lázaro, mujer de su casa, que prefiere la actividad á la contemplacion, parte con su hermano resucitado para ir á convertir gentiles. Arrojada á las costas de Marsella, doma á un monstruo nacido de Leviatan y de un onagro, y le hace dócil como un cordero. Como aquel animal se llamaba Tarasca, se llamó Tarascon la ciudad erigida en sus inmediaciones.

Longinos, aquel centurion que atravesó el costado de Jesucristo, y reconoció que era verdaderamente el hijo de Dios, se puso á predicar su doctrina y su resurreccion. Una órden procedente de Roma intimó á Pilatos que le persiguiera como desertor. Entonces Longinos se da á conocer á los soldados que van en su busca; y aunque agradecidos á la hospitalidad que les ha dado rehusan qui-

---

El monge Gerónimo Savonarolo, reconocia como auténtica la carta de Maria á los florentinos, cuya antigüedad es inmemorial. Pero la Iglesia y la crítica la consideran como muy dudosa, como las precedentes, tanto más cuanto que consta que Florencia no profesó la verdadera fe sino en el año 65 de Jesucristo, por Paulino y Frontino, discípulos de San Pedro y dice así:

Florentia, Deo et Domino nostro Jesu Christo filio meo, et mihi dilecta. Tene fidem, insta orationibus, roborare patientia. His enim sempiternam consequeris salutem apud Deum.

tarle la vida, les persuade á que le proporcionen la palma del martirio.

La piadosa mujer que enjugó el rostro de Cristo cuando iba con la cruz á cuestas, se fué por aquellos alrededores con su imágen (φέρων εἰκόνα), y operó maravillosas conversiones. Prócula, virtuosa mujer del cobarde procónsul romano, que por política habia pronunciado la condena de Cristo, después de haber procurado apartar á Pilatos de aquella iniquidad, sostuvo su valor cuando los milagros patentes á la muerte del Salvador agitaron su conciencia. Cuando después, segun la tradicion, fué llamado á Roma y enviado después en destierro á Viena en el Delfinado, le siguió Prócula logrando al fin convertirle á la verdad.

De este modo el pensamiento de los cristianos ni aun siquiera cerraba al juez que habia condenado á Jesús, los tesoros de la misericordia. Hasta Judas, á quien su desesperacion habia cerrado el camino del arrepentimiento, hallaba tregua en el infierno; decíase que todos los domingos se suspendian sus penas, así como desde Navidad á la Epifania, y desde Pascua á Pentecostés.

Uno de los personajes que figuran con más brillo, especialmente á contar desde los progresos de la caballeria, es José de Arimatea. Solamente nos enseña el Evangelio que era de la tribu de Efraim, uno de los principales ciudadanos de Jerusalen, que asistió al juicio de Cristo, aunque sin tomar parte en la inícua sentencia, y después del suplicio del Salvador, bajó su cuerpo de la cruz y le dió sepultura. De este simple relato sacó texto la tradicion para referir, que después de la resurreccion abandonó José su ciudad natal, inspirado por el Espíritu Santo, y fué á anunciar el Evangelio á las islas occidentales. Habiéndole impuesto San Felipe las manos, parte, y á traves de mil peligros, después de grandes fatigas, llega á Inglaterra, convierte sus habitantes, funda iglesias, instituye obispos, y luego cuando es llamado al continente mantiene una larga correspondencia con los nuevos creyentes.

Otros añadieron á estos hechos, que José se habiá apoderado de la copa en que Cristo consagró el vino de la última cena, copa en que habia recogido después la sangre que corria de las venas del Redentor. Llamábasele San Graal *(Sangre Real?)* y la copa proferia oráculos que aparecian escritos en sus bordes, de donde se borraban enseguida. Además de que permitia pasarse sin ningun alimento terrestre, curaba las heridas y conservaba en una eterna juventud al que la poseia.

Para guardar aquel tesoro instituyó José una órden de caballeria; pero cesó á su muerte, y los ángeles se llevaron al cielo la santa copa, hasta que apareciera nuevamente una línea de héroes dignos de ser destinados á su custodia y á su culto. Fué merecedora de tan gloriosa tarea la familia de Perilo, príncipe de Asia, que vino á establecerse en el pais de Gales. Aquí los leyendistas hacian empezar una larga série de grandes maestres, famosos por aventuras caballerescas.

Judio errante.—La maldicion del pueblo que habia hecho caer sobre su cabeza la sangre del justo, fué representada en una de las leyendas más populares y más simbólicas al mismo tiempo. Queremos hablar de la del *Judio Errante*. Asavero es la personificacion de aquella nacion, que á partir desde el momento que renegó del hijo del hombre, nacido enmedio de ella, fué condenada á vagar perpétuamente sobre la superficie de la tierra, y á arrastrar por todos los paises una vida sin fin como sin reposo.

En el año..... pero no importa el año, en atencion á que cada siglo quiso atribuirse el hecho, viajaba el obispo de Sleswick en el Wittemberg, dirigiéndose á Hamburgo para ir en busca á la pequeña ciudad de Salen, de Francisco Eysen, su amigo, teólogo y hombre de talento. Después de haberle recibido con alegria y con toda clase de miramientos, Eysen convidó al viajero á asistir á un sermon para el lúnes siguiente, que era el dia de la Epifania. Asistió, en efecto, el obispo de Sleswick, y paseando sus miradas sobre la multitud de oyentes, descubrió un anciano con larga barba blanca, que parecia prestar al sermon una atencion estremada, y se daba golpes de pecho, gimiendo cada vez que oia pronunciar el nombre de Jesùs. Imaginando el obispo que aquel hombre debia esperimentar algun agudo remordimiento, envió á un criado para invitarle á ir á su presencia. Llegó el desconocido, y hallando al obispo en numerosa compañia, vaciló en responder al principio; impulsado luego por la cordialidad alemana, tomó asiento á la mesa al lado del obispo de Sleswick, y contó en esos términos la Odisea judáica (19).

«Nací en la tribu de Neftalí, el año 3962 de la creacion, tres años antes de que el rey Herodes hiciese morir á sus dos hijos por órden del emperador Augusto. Mi nombre es Asavero: mi padre era carpintero, mi madre trabajaba á la aguja y hacia las vestiduras de los Levitas, que bordaba admirablemente. Aprendí á leer y escribir; luego cuando crecí en edad pusieron en mis manos el libro de la ley y de los profetas. Tenia además mi padre un abultado y carcomido libro envuelto en pergamino, que procedia de sus antepasados, en el cual leí cosas sorprendentes, de que es bueno daros una sucinta idea.

---

(19) Véase THILO.—*Meletema Historiæ de Judæo immortali.* Wittemberg, 1668.

SCHULTZ.—*Dissertatio de Judæo non mortali.* Königsberg, 1668.

ANTON.—*Dissertatio, in qua lepida fabula de Judæo immortali examinatur.* Helmstadt, 1756.

Biblioteca azul.

DOUHAIRE, en la *Universidad católica.*

A propósito del Judio errante, hizo el baron de Tressan en el siglo pasado una novela lijera y burlona segun la moda de aquel tiempo; y últimamente Edgard Quinet un poema filosófico; Asavero es en su sentir una fórmula de filosofia de la historia. Luego Eugenio Sué una vil diatriba.

»Cuando Adan y Eva nuestros primeros padres tuvieron dos hijos, Cain y Abel, creyeron que uno de ellos seria el Mesias, que les rescataria del pecado de desobediencia. Al matar Cain á Abel se desvaneció esta esperanza. Adan le lloró cien años: habiendo tenido después muchos hijos é hijas, y conociendo que se acercaba su hora llamó á Set y le dijo: «Vé al paraiso terrenal y pide al ángel Gabriel, que vela á la entrada con una espada de fuego, que me deje penetrar allí una vez más antes de morir.»

»Set, que no sabia nada, fué en busca del ángel y le presentó la demanda de Adan; pero le fué respondido: «ni tu padre, ni tú, ni tus descendientes entrareis en el paraiso terrenal, sino en el del cielo.»

»Cuando el ángel le habló de este modo, le permitió columbrar de lejos aquella mansion de delicias en que habian vivido su padre y su madre, y donde habian desobedecido. Set quedó tan maravillado que se puso á llorar amargamente; pero el ángel le volvió á llamar y le dijo: «Tu padre debe morir en breve; hé aquí tres semillas del árbol prohibido; luego que haya muerto pónselas debajo de la lengua, y sepúltale en esta forma.»

»Marchóse Set, y ejecutó lo que se le habia mandado, y en el lugar donde Adan fué enterrado, germinaron tres arbolillos que crecieron con el tiempo, llevando tan hermoso fruto que nada podia halagar más la vista; pero aquel fruto era amargo al paladar, y lleno de aspereza, de suerte que nadie cuidó de aquellos árboles.

»Cuando nuestros padres fueron llevados á Egipto en cautiverio, Moisés vió una selva ardiendo en el paraje donde le habló Dios, y allí fué donde cogió la vara con que operó los prodigios que podeis leer en la Sagrada Escritura.

»A su llegada á la tierra de promision, empezaron nuestros padres á edificar ciudades y castillos fuertes, para defenderse contra el enemigo. Aun estaban en su puesto los árboles de que he hablado, en la cima de un monte donde se alzó Jerusalen, y quedaron fuera de su recinto hasta el tiempo en que David, el rey profeta, les hizo entrar en el circuito de sus muros, y construyó cerca de ellos una casa para él, por serle muy grata la vista de aquellos frutos.

»Un dia cogió tres de ellos; primero cortó uno y no halló dentro más que tierra; en el otro vió escrito *chaschecab*, es decir, *recíbele en amor;* en el tercero la pasion de Jesucristo, tal como el rey David la habia anunciado en sus salmos.

»En medio de las vicisitudes que siguieron, fué Jerusalen completamente destruida, y el palacio de David y los tres árboles quedaron de la ciudad á una milla de distancia, hasta el momento en que Antipatro padre del rey Herodes el Ascalonita, los mandó derribar en 3930, para desembarazar aquel terreno destinado al suplicio de los malhechores, y que recibió el nombre de Gólgota. Aquellos árboles fueron llevados á la ciudad junto á un gran muro donde me senté mil veces, y donde jugué bulliciosamente con mis compañeros: son los mismos con que fué hecha la cruz de Jesucristo.»

Prosigue Asavero contando que á la edad de nueve años oyó referir á su padre que habian llegado tres reyes informándose del lugar donde se hallaba un rey recien nacido para adorarle. Entonces corrió cerca de ellos, y les alcanzó cuando entraban en Belen. Aquí Asavero entabla la narracion de Jesucristo niño y de su huida á Egipto, parte segun el Evangelio, parte quizá segun los libros apócrifos.

«Huyendo la santa familia á Egipto, Maria que volvia sus ojos hácia atrás de vez en cuando, descubrió soldados, y se asustó de tal manera que hubiera caido del asno si José no lo hubiera sostenido. Vieron un gran encinar, donde fueron á esconderse, y de súbito se replegaron los árboles para cubrirlos; así pasaron los soldados sin verlos. Inmediatamente tornaron á adquirir su tension natural las ramas, y la santa familia prosiguió su camino.

»Al dia siguiente entraron en el desierto, y después de andar mucho les sobrecogió nuevo espanto viendo salir de una caverna á dos bandidos. Estos se apoderaron de José y de Maria con el niño, y habiéndolos conducido á su madriguera les preguntaron quienes eran. Maria se turbó totalmente; pero el niño miró á los ladrones con tal sonrisa, y les tocó en el corazon de tal modo, que desataron inmediatamente á José é hicieron llevar mantillas para Jesús y víveres para sus padres.

»Conviene saber que la mujer de uno de los ladrones tenia un hijo hidrópico. Después de haber cogido, limpiado y lavado á Jesús, hizo otro tanto con el suyo que sanó en el mismo instante. Asombráronse estraordinariamente los bandidos y así fueron bien servidos José y Maria, y se les dió el mejor aposento para tomar descanso; al dia siguiente se les volvió á poner en buen camino. Deseándoles un bandido feliz viaje, dijo á Jesús: «Señor, creo firmemente que sois más que un hombre, puesto que no he tenido valor para mataros á los tres, y sois los primeros que salís sanos y salvos de mi albergue. Acordáos de mí, Señor, y de la miseria de mi vida;» y se separó de ellos con las lágrimas en los ojos. Segun atestiguó la Vírgen Maria, este mismo ladron es el que murió crucificado con Jesús.

»Prosiguiendo su viaje la Santa familia se encontró fuera del desierto al medio dia, y la Santa Vírgen se bajó del asno para descansar. Fatigada como estaba se puso á la sombra de una palmera, mientras que José buscaba un poco de yerba para su cabalgadura. Levantando Maria los ojos vió que los dátiles estaban maduros; y como parecieran escelentes tuvo gana de ellos; pero no podia alcanzarlos en atencion á que se hallaban á grande altura. Mas, hé aquí, que una rama se inclina sobre sus rodillas, y coge ella tantos dátiles como apetece.

»Y prosiguieron su viaje; dista la tierra de Egip-

to de Judea diez y seis jornadas de buen camino. Luego que llegaron, en todos los lugares por donde verificaban su tránsito caian por tierra los falsos dioses: muchos egipcios corrieron á adorarles, y respondian á aquellos que les reprendian: «Nuestros dioses caen delante de ellos. ¿Por qué no hemos de hacer nosotros lo mismo?»

»Después de permanecer algun tiempo en Egipto, se apareció un ángel á José en sueños, y le mandó volver á Judea, donde habia muerto Herodes miserablemente.»

Asavero asiste como testigo á los hechos de la vida de Jesucristo, y se complace mucho en domésticos pormenores. No los trasladamos por llegar á la pasion, en cuyo relato pone la leyenda en oposicion del judio de buena fé, y arrepentido, personificado en Asavero, el judio traidor y obstinado, personificado en Judas Iscariote.

«Os diré de que familia era Judas. Su padre procedia del tronco de Ruben; era jardinero y hacia un pequeño tráfico de tierra y de plantas. Cuando su mujer estuvo en cinta de Judas, soñó que daba á luz un hijo que tenia una corona en la mano; que después de haberla tirado al suelo la pisoteaba, y acercándose luego á su padre le daba muerte. Iba enseguida al templo, y hacia pedazos los ornamentos preciosos.

»Despertóse desconsolada y contó su sueño á su marido, quien fué de un lado á otro inquiriendo su significado; al fin se le dijo que naceria un hijo que mataria á un rey y á su padre, y seria tan avaro, que no retrocederia ante ninguna iniquidad á trueque de tener dinero.

»Al oir esto quedó poseido de espanto el padre de Judas; y á fin de evitar tantas desgracias resolvió con su mujer arrojarle al agua. En efecto, á los diez dias de su nacimiento fué llevado por su padre al Jordan que desembocaba en el mar Muerto. Pero la canasta que le contenia fué empujada hácia la isla de Candia, y paseándose el rey del pais con su esposa vió flotar aquella cestilla y mandó que la cogieran. Como viera dentro un hermoso niño, ordenó que se le cuidara, y le llamó Judas, porque conoció en su envoltura que era judio.

»Judas fué educado con el hijo del rey que le llevaba un año. Cuando hubieron crecido, se descubrió que Judas robaba el dinero al otro; el jóven rey se lo dijo á su padre, quien habiendo dispuesto que registraran á Judas, se le encontraron encima monedas, anillos y joyas de precio, robadas á la reina y al príncipe; hizo que le azotaran y le dijo; «No eres mi hijo, aunque de tal llevas el nombre; eres un niño espósito, salvado de las olas y educado por caridad.»

»Judas concibió tal rabia al oir aquellas palabras de no ser quien creia, que resolvió vengarse; é imaginando ser culpa del jóven príncipe, buscó el momento y la ocasion favorable para jugarle una mala pasada. Cierto dia que habian ido á pasearse juntos por un bosquecillo, le dió tal golpe en la cabeza que le dejó muerto; y habiendo ganado el mar se salvó en Egipto; de allí pasó á Jerusalen, donde entró al servicio de un magnate, en atencion á que era circunciso sin saberlo, é instruido además en la ley y en los usos de los judios.

»Al cabo de algun tiempo, su amo le envió á comprar frutas, y le indicó precisamente la casa en que habitaba su padre. Avariento por tener dinero, escaló la tapia del jardin y se puso á coger frutas; descubriéndole su padre, le dijo: «¿Por qué robas mis frutas?» y otras palabras: entonces furioso Judas, le descargó tantos golpes que le dejó por muerto; cogió las frutas y volvió á la mansion de su amo.

»Al dia siguiente fué su madre á quejarse allí. Enviósele, pues, á la justicia; decidiendo la sentencia que si moria el herido, se casaria con la viuda, como así sucedió. Llamósele *Iscariote*, es decir, asesino, y vivió largo tiempo con su madre.

»Pero como una vez notase ella al acostarse que que él tenia unidos dos dedos del pié, esclamó: «Oh, Señor, bien veo cuan verídico fué mi sueño; porque el niño que abandonamos tenia precisamente así los dedos.» Y mientras más miraba á Judas, más se arraigaba en ella la certidumbre de que era el mismo, tanto más cuanto que tenia en la sien una señal de color gris, como su hijo; siendo por esto por lo que fué reconocido.»

Se vé que la imaginacion de los narradores tomaba de la tradicion hebráica, al mismo tiempo que de las fábulas paganas, los más sombrios colores para pintar el mayor de los culpables. El traidor realizó su crímen; el Cristo es arrastrado al suplicio, queriendo Asavero, partidario ardiente de los escribas y fariseos presenciar sus últimos instantes.

«Estaba en la puerta de mi casa cuando veo á unos que corrian gritando: «¡Crucificar á Jesús!» Tomé entonces á mi hijo en mis brazos para hacérselo ver, porque en este instante llegaba Jesús bamboleándose bajo el peso de su pesada cruz. Se detuvo delante de mi puerta para descansar un poco; pero yo irritándome como de una afrenta, le dije con dureza: «Vamos, marchad; lejos, lejos de mi puerta. No quiero que ningun pícaro repose en ella.»

»Miróme con triste semblante Jesús, y dijo: «Yo marcho, pero ya descansaré, tu irás y no encontrarás nunca reposo, caminarás en tanto que el mundo sea mundo, y hasta el dia del juicio final. Anda, me verás sentado á la diestra de mi Padre, desde donde juzgaré á las doce tribus que me han crucificado.»

»Dejé á mi hijo y seguí á Jesús: la primera persona á quien ví fué la Verónica, que llegó á enjugar el divino rostro con un lienzo en que quedó grabada su imágen. Algo más lejos ví á María y á otras mujeres que lloraban. Uno de los obreros que llevaba los clavos y el martillo, cogió uno de los clavos, y enseñándoselo á Maria; dijo: «Mira, mujer, tu hijo vá á ser clavado con esto.»

»Fuí con él hasta la montaña. Cuando llegaron

allí, tomaron la cruz y la dejaron en el suelo, luego abrieron grandes hoyos, mientras otros criados del verdugo despojaban á Cristo de sus vestiduras. Ya desnudo, muchos apartaron sus ojos de aquel espectáculo miserable, otros se reian y hacian mofa. María, quitándose su velo de la cabeza se lo envió á Jesús para que cubriera su desnudez.

»Enseguida fué crucificado, y se colocó la cruz en el mismo sitio en que habia sido sepultado Adan, y donde se hallaban los tres árboles de que he hablado. Después de pronunciar algunas palabras espiró Cristo: entonces se oscureció el cielo, y sobrevino una tempestad horrible, salieron los muertos de las sepulturas, se desquiciaron las rocas, y al pié de la cruz se hendió la tierra. Acercóse Longinos con una lanza, y atravesó el costado de Jesús, que ya era muerto. La sangre que manó de la herida, cayó en la abertura de la tierra al pié de la cruz, donde roció la cabeza de Adan y de Eva, sepultados allí ambos y reducidos á polvo.»

Ciertamente es una idea de las más ingeniosas y atractivas de la Edad Media hacer morir á Cristo en un madero nacido de la simiente del árbol funesto para todo el género humano, y salido del mismo polvo de nuestros primeros padres, y enseguida plantar la cruz sobre su sepulcro, y correr la divina sangre sobre las cenizas, como para reanimarlas.

Después de tomar aliento Asavero mientras cada uno de los oyentes espresaba el sentimiento que le agitaba, continuó de este modo:

«Apenas habia muerto Cristo, fijé mis ojos en Jerusalen para verla una vez más, sintiéndome como empujado á abandonarla. Empecé mi viaje sin saber hácia donde me dirigia. Traspuse encumbrados montes; ahora donde quiera que me encamino no puedo detenerme. En este mismo momento, señores, decia haciendo reverentes saludos, me parece como si estuviera sobre áscuas; y aunque estoy sentado, se mueven mis piernas, y esperimento una grande impaciencia por tornar á emprender mi viaje.

»Corrí, pues, de Oriente á Occidente, del Norte al Mediodia. Después de haber andado por todo el mundo volví á Judea; pero ya no encontré allí deudos ni amigos, porque hacia cien años que caminaba de continuo; así una vida tan larga me servia de insoportable peso. Nuevamente salí de Jerusalen, donde ya nadie me conocia, con intencion de arrostrar toda clase de peligros para perder la existencia, sintiéndome cansado de vivir tanto tiempo; pero por más que hice, la palabra de Dios habia de cumplirse. Lidié en mil batallas, recibí más de dos mil golpes, sin que me hiriera ninguno de ellos, porque mi cuerpo es duro como la roca, y ningun arma es capaz de producirle la lesion más leve. Hé surcado los mares y á menudo he padecido naufragios; mas quedo flotante sobre el agua como una pluma. Jamás esperimento necesidad de comer ni de beber; no tengo enfermedades, ni puedo morir. Ya he recorrido el mundo cuatro veces, en todas partes he visto grandes cambios, comarcas destrozadas, ciudades destruidas, lo cual seria muy largo referiros.»

Terminada su historia se levantó el Judío errante para ponerse en camino. Entonces el obispo le rogó que permaneciera otro rato, y le ofreció dinero para su viaje, pero él respondió: «No lo necesito; puedo estar sin comer ni beber años enteros, aun que soy como otro cualquiera: vestido y calzado no me faltan, pues nunca se gastan los que llevo.»

Y saludando á la compañía, se puso en camino para el quinto viaje.

Tal es la leyenda popular, tan conocida de los sabios como del vulgo. Este, muestra en cien parajes las huellas del Judío errante, cuenta sus maldiciones, sus profecías, otros ven una magnífica epopeya en este sér, ante el cual todo pasa sin que él pase, solitario é impasible testigo de tantas vicisitudes y de tantas penas.

Biografías.—Las vidas de tantos mártires, de tan admirables anacoretas, ofrecian además á la literatura cristiana un campo fecundo y un género nuevo. Anteriormente se habian compuesto biografías, pero eran de personajes correspondientes á la historia; á la par que la humilde virtud halló entonces su panegírico y su revelacion, y los fastos de la humanidad consistieron en pequeños sucesos, narrados para servir de ejemplo. No hay que buscar allí gratas distracciones ni especulaciones filosóficas, sino una narracion impregnada de sencillez, en la que, si se halla alterada á veces la historia verdadera, se revela la historia moral llena de verdad y de encanto. Confiando el mundo romano en su eternidad, en el momento en que estaba al borde del abismo, continuaba entregándose á sus diversiones y á sus negocios. Proseguian los poetas celebrando á sus dioses, sin apercibirse de que ya no existian: se ocupaban los filósofos en discutir sobre el crepúsculo, cuando ya resplandecia la luz con todo su brillo. Durante este tiempo, el pueblo á quien no se dignaban prestar atencion, hacia historia á su modo, ora repitiendo las predicaciones del apóstol, ora los tormentos de los mártires, ora la castidad de la doncella, ó las abstinencias del solitario en el desierto, con aquellas galas de detalle, características de las narraciones populares. De aquí las numerosas leyendas que ejercitaron la piedad de los siglos creyentes y la crítica de los siglos pensadores; pero en las que nadie podrá desconocer una admirable sencillez, una creencia engañada á veces, jamás engañadora. Aquellos que las compusieron posteriormente como ejercicio de escuela, no lograron imitarlas.

Semejante piedad, que mezclaba lo falso con lo verdadero, lo hizo con alguna malicia, cuando por la estension de las heregías cada secta quiso tener su evangelio propio, é introducir en él en apoyo de sus errores hechos y palabras. Entonces hubo de acudir la Iglesia á separar los escritos apócrifos de los emanados verdaderamente de los Apóstoles.

Desde muy temprano fué traducido el Nuevo

Testamento á diferentes lenguas, porque no bastaban los dos idiomas literarios para un libro destinado á divulgarse entre los pueblos; y ya desde el segundo siglo se hace mencion de versiones siriaca, cofta, etiope, sin hablar de la version itálica. Sobre ellas desplegaban los comentadores su sutileza y su celo, especialmente porque al principio supusieron dos sentidos á la escritura, uno literal y otro oculto: luego vino San Ireneo, quien enseñó que la interpretacion de los libros santos debia conformarse con la tradicion siempre.

Además de la exegesis abarcaba la literatura eclesiástica la apologia, la controversia, la esposicion dogmática, la moral, la elocuencia y la historia sagrada. Ya hemos visto cuanto vigor habia en los apologistas y controversistas; aquella desusada energia hubo de dar á entender que habia nacido algo nuevo en medio de las depravadas generaciones. La luz superior emanada del Evangelio, unió bajo un solo punto de vista y en una sola esfera de accion la inteligencia artística y la sutileza filosófica de los griegos, al conocimiento práctico de los hechos humanos, que era patrimonio de Roma, y al profundo sentido profético de los judios; de aquí resultó que el talento literario y el brillo de la elocuencia concurrieron en ayuda de la palabra fundamental, apoyando su autoridad, haciendo comprender claramente su concision.

Hubo más empeño en refutar primero el error que en desenvolver sistemáticamente la verdad; por eso no poseemos ninguna esposicion de la fé anterior á la de Gregorio el Taumaturgo. El catecismo de Cirilo, obispo de Jerusalen, aventajó á cuantos le habian precedido.

En lo concerniente á la moral pensaron los cristianos más bien en practicarla y divulgarla que en establecer el edificio doctrinal de ella. Tertuliano fué el primero en determinar las reglas para armonizar las costumbres con el cristianismo, empleando á pesar de todo un escesivo rigor en su sistema; imitáronle en esto Orígenes y otros Padres griegos, consagrados al misticismo oriental. No obstante todos distinguieron los preceptos de los consejos, obligatorios los primeros para todos los hombres, dirigidos los segundos á los que aspiran á una perfeccion no comun.

No contentos con dirigirse á las personas instruidas, los doctores cristianos catequizaban al gran número en las predicaciones, que hacia cada *profeta* en las asambleas; esta era una institucion desconocida de los paganos, y una de las más bellas prerogativas del ministerio eclesiástico.

Cuando se otorgó la paz á la Iglesia, se pensó en escribir su historia, y los materiales recogidos entonces sirvieron para componer las narraciones que veremos aparecer en el siglo siguiente.

CAPÍTULO XXXIV

BELLAS ARTES.

No viene la historia en apoyo de los sistemas que atribuyen á las bellas artes su mayor brillo en las épocas de gran libertad política. Roma republicana las cultivó con tanta poca ventura, que su orgullo no se revelaba de ningun modo al confesar la superioridad de los griegos. El lujo de los emperadores y el de los particulares multiplicó para los artistas las ocasiones de distinguirse, sin que resultara ninguna ilustracion verdadera (1).

El panteon de Agripa ha quedado como el monumento más notable de la arquitectura romana. Sin embargo, ya en tiempo de Augusto se alteraba con imitaciones extranjeras, y el templo levantado á este emperador en Milaso de Caria, con sus columnas romanas ornadas de follaje en su base, con una fachada jónica, es un estravagante testimonio de ello. Posteriormente fué corrompiéndose el gusto, se prolongaron las columnas hasta duplicar la medida prescrita; se introdujeron estrambóticos ornamentos, se prodigaron los brillantes colores con que Ludio cargaba las paredes de las casas, representando paisajes, vendimias, escenas campestres, añadiendo molduras arquitectónicas de gusto caprichoso. Nos quedan ejemplos de esto en los baños de Tito y en muchas pinturas de Pompeya. El gusto de los emperadores debió ser perjudicial á las artes. Tiberio no amaba más que las obscenidades; Calígula echaba abajo las cabezas de los dioses para sustituir la suya, y mandó arrancar de dos cuadros la imágen de Júpiter para ajustar allí la de Augusto. Neron cubria de dorado las obras de Lisipo, así como sus palacios: sin embargo, se conservan una cabeza suya y otra de Popea, que admiran por el pensamiento y el trabajo; y el busto de Séneca del museo Borbónico, probablemente contemporáneo del original, hecho en Roma donde vivia habitualmente aquel filósofo, es una de las más bellas fusiones.

Bajo Tiberio las catorce ciudades de Asia derribadas por un terremoto y reedificadas, pudieron suministrar á los artistas ocasiones de ejercitarse. Cuando se trató de adornar el Palacio de Oro de Neron, se llevaron allí quinientas estátuas de bronce solo del templo de Delfos (2), entre cuyo número se contaban quizá el Apolo de Belveder y el Gladiador de Borghese. Celer y Severo fueron los arquitectos de este edificio, para cuya continuacion decretó Oton noventa millones de sextercios durante su cortísimo reinado: luego Vespasiano restituyó al pueblo los inmensos terrenos invadidos por aquel palacio. Este emperador sacó muchas estátuas de Grecia, y muchos ornamentos de Jerusalen para su templo de la Paz.

Coliseo.—El Coliseo, construido quizá por los judios que llevó Tito en cautiverio, forma una elipse de doscientos treinta y nueve metros de circuito en lo interior: el muro de recinto está apoyado en ochenta arcadas, que en cuatro cuerpos de arquitectura sobrepuestos se elevan á cuarenta y nueve metros. Enteramente revestido de mármol por la parte esterior y adornado de estátuas; encontraban allí cabida ciento noventa mil espectadores en cuarenta andanadas de asientos, tambien de mármol: sesenta y cuatro puertas daban acceso á la muchedumbre; los pasadizos y las escaleras estaban dispuestos de modo que cada cual segun su clase, podia llegar fácilmente al puesto qne le estaba señalado. Un *velarium* preservaba á los espectadores del sol ó de la lluvia. Saltadores de agua refrescaban, y á veces perfumaban el aire.

(1) Véase el cap. XXVII del libro V.

(2) PAUSANIAS, X.

Otras aguas eran guiadas á la arena donde alimentaban arroyos semejantes á los de los jardines, ó la inundaban enteramente para batallas navales. Por debajo, para guardar á las fieras, se estendian vastos subterráneos que han sido descubiertos en nuestros dias, y cerrados enseguida á causa de las fétidas exhalaciones producidas por las aguas estancadas. Temiendo Roberto Guiscardo, mil años después de la construccion de este vasto edificio que se convirtiera en una ciudadela en contra suya, derribó la mitad; el resto fué una cantera que proveyó de materiales para gran número de edificios y de torres, especialmente para el palacio Farnesio, para el de Venecia y para la cancilleria. Sin embargo, aquellas sublimes ruinas causan todavia el asombro del que las contempla.

Domiciano mandó tambien erigir muchos edificios; cuya principal direccion fué confiada á Rabirio; pero los arcos de triunfo y las demás construcciones fueron derribados por el pueblo en odio á su memoria.

Columna de Trajano.—La columna de Trajano, de órden dórico, de cuarenta y cuatro metros de altura, como el monte Quirinal, una parte del cual habia sido nivelada para construir el Foro, donde se eleva, es la primera que se conoce de su género, imitada por todas las sucesivas, y bastaria para dar fama á dicho período del arte, y está formada de treinta y cuatro pedazos de mármol blanco, unidos con abrazaderas de bronce: su diámetro es de 3'63 metros en la base, en la parte más alta se halla una plataforma que sostenia la estátua del emperador. Se sube allí por ciento ochenta y dos escalones de caracol, tallados en la piedra, é iluminados por cuarenta y tres pequeñas aberturas. Está envuelta en espiral por bajos-relieves, ofreciendo dos mil quinientas figuras de dos piés de altura, que van creciendo á medida que suben con relacion á la perspectiva. Allí están representadas las dos espediciones de Trajano contra los dacios. Es una obra maestra de composicion que presenta á los ojos las operaciones militares de más importancia, como marchas, campamentos, batallas, asedios, y suministra noticias sobre los usos de Roma, de sus aliados y de sus enemigos. En tan gran multiplicidad y sobre tan pequeña escala están estremadamente variadas las fisonomias, cada pueblo se distingue allí por vestuario y armas particulares, independientemente de la espresion que resulta para los unos del triunfo, para los otros del desaliento. Se vé al ejército romano pasar el Danubio con la confianza de la victoria; huir á los dacios con sus hijos y sus bienes de los campos donde llegan á instalarse los nuevos colonos: y en otra parte se vé á los vencidos doblegar su frente delante del emperador. El pedestal está adornado con trofeos, con águilas y otros objetos; y su trabajo es tan natural, tan acabado, que era manantial de sorpresa y de estudio para Rafael, Julio Romano y Polidoro de Caravaggio. En 1588 se sustituyó la estátua de San Pedro á la de Trajano: dos años después Sixto Quinto desembarazó las tierras que cubrian el pedestal. Napoleon mandó echar abajo las miserables barracas que llenaban aquellas inmediaciones, y la gran plaza ha sido restaurada por los papas sucesivos.

En rededor se alzaban notables construcciones, entre otras un arco de triunfo y la basílica Ulpia, que servia para los juicios, para el paseo y el estudio; tenia cinco naves divididas por cuatro hileras de columnas; el pavimento era de mármol amarillo y violeta; las paredes incrustadas de mármol blanco; la techumbre de bronce. Decorábanla en rededor muchas estátuas de personajes ilustres: se subia por cinco escalones de mármol amarillo antiguo á las tres puertas que se abrian al Mediodia, y de las cuales cada una tenia su pórtico.

Apolodoro de Damasco, á quien se atribuye tambien el arco de triunfo de Ancona, que tiene encima la estátua ecuestre del emperador, fué su arquitecto, así como del famoso puente sobre el Danubio, que ya hemos descrito. No tuvo la prudencia de adular á Adriano, ó á lo menos de no reirse de su pretension de pasar por artista, y le costó la vida.

El ejemplo de Trajano incitó á los particulares y á las ciudades á que hermosearan suntuosos edificios. Ya hemos hablado de las magníficas casas de recreo de Plinio el jóven, quien durante su procónsulado en Bitinia mandó elevar ó restaurar baños, acueductos, cloacas; Nicea le debió tambien un espléndido teatro, y un canal que unia al mar su lago. El arquitecto Julio Lucero fabricó en Alcántara de España un elegantísimo templo que subsiste todavia, y sobre el Tajo un admirable puente de piedra, á 70 metros sobre el nivel del rio, de 223 de longitud, con seis arcos de 28 metros de abertura, teniendo las grandes nuevas pilas, todas de granito, 132 centímetros de largo y 66 de ancho, tan bien construidas que el tiempo ha desplazado una sola. A la entrada se ve un pequeño templo de 71 metros de elevacion y 4'50 de anchura, con la fachada simplemente formada por dos columnas y un zócalo.

El puente de Augusta Emerita (*Mérida*) sobre el Guadiana, todo de piedra de silleria, tenia 860 metros de longitud; se desarrollaba en sesenta y cuatro arcos circulares y desiguales, y recorriendo la historia de cada provincia se hallarán monumentos más ó menos notables, atribuidos en su mayor parte á la época de los emperadores, como los anfiteatros ya citados de Verona, de Arlés, de Nimes y de Viena; el de Pola de Istria, casi tan admirable como el Coliseo; otro en Orange, ciudad poco considerable, con una naumaquia, un estadio y un teatro, uno de los más grandes que se conocen; y además las maravillas de Palmira y de Balbek (3) otras construcciones en la Decápolis de

(3) En la *Enciclopedia Británica*, 1884, el profesor Robertson Smith, da una amplia historia de Palmira, deducida de medallas é inscripciones griegas y armenias.

Palestina, en las costas de Africa y de España, así como en la Galia el puente del Gar, con otros edificios admirables y los puertos de Arlés, Nimes, Narbona, Autun y otros (4).

Adriano mandó ejecutar probablemente muchos de aquellos trabajos, apasionado como era á las artes á que se dedicaba personalmente; hacia trasportar ó copiar lo que le chocaba en sus perpétuos viajes. El templo de Cízico, elevado de órden suya, se contó entre las siete maravillas del mundo. Terminó el de Júpiter Olímpico empezado por Pisistrato setecientos años antes; sin hablar de muchos edificios con que hermoseó Roma y Grecia. Tambien construyó el anfiteatro de Capua y la basílica Plotina en Nimes, que es la ruina romana más notable en las Galias. Jerusalen le debió un teatro y diferentes templos; Atenas un Panteon con un pórtico diptero decastilo con columnas corintias; Roma el puente Elio y la mole de Adriano, actualmente castillo de San Angelo. Este monúmento, revestido de bronce, estaba acompañado de cuarenta y dos columnas, cada una de las cuales sostenia una estátua; en lo más alto aparecia la efigie del emperador sobre una cuadriga; y las dimensiones del grupo eran tales que cabia un hombre en el hueco del ojo de un caballo (5). Para colmo de maravilla se añade que era de una sola pieza; lo cual no es más creible que el prodigio operado por su arquitecto Detriano, de quien se cuenta que trasladó de un lugar á otro el templo de la diosa Bona con el coloso de Neron, en pié y suspendido, empleando la fuerza de veinte y cuatro elefantes.

Adriano se complació especialmente en embellecer su casa de recreo de Tívoli, que abarcaba un circuito de diez millas y encerraba dos teatros: habia hecho imitar allí los sitios más agradables y los edificios más grandiosos de la Grecia, hasta los Campos Elíseos. Allí se habia usado con profusion el mármol hasta el punto de formar el lecho del lago en que se representaban batallas navales. Era el símbolo material del eclectismo que se introducia entonces por todas partes. Encontrábanse allí estátuas de todos los paises, divinidades babilónicas, esfinges egipcias, dioses griegos, ídolos etruscos, vasos de Corinto; y aun quizá bajo relieves indios y porcelanas de la China.

Entonces se hicieron por imitacion estátuas al estilo griego antiguo, otras de granito rojo al estilo egipcio. Pero las dos estátuas de Antinoo sin hablar de la del Belveder, bastan para probar que se dibujaba con rara perfeccion entonces. Están llenas de vida y nobleza los bustos de las monedas de los Julios y de los Flavios, y son ingeniosos y bien dibujados los reversos. Después de despedir este momentáneo brillo decayeron otra vez las artes, y los Antoninos las descuidaron por la filosofia. No obstante, el primero mandó hacer en Lanuvio una casa de recreo, cuyo esplendor debia ser estremado, á juzgar por una llave de plata del peso de cuarenta libras, destinada á abrir los receptáculos que contenian el agua de los baños. Dada por el Senado á los particulares la órden de tener en su casa la efigie de los emperadores, hizo pasar la mania de los retratos. Sin embargo, la estátua ecuestre de Marco Aurelio, que adorna hoy la plaza del Capitolio, es un magnífico monumento de aquel tiempo. Tambien tiene un gran mérito la columna erigida en honor suyo, aunque sea inferior á la de Trajano en la distribucion de los grupos, y en la ejecucion menos esmerada de las figuras, inferioridad que no compensan bastante algunas ideas felices, por ejemplo la de la Fama, que bosquejando sobre un escudo las hazañas del príncipe, separa la guerra contra los germanos de los combates contra los marcomanos.

Multiplicábanse los arcos de triunfo, ya por victorias, ya por beneficios, ya solamente por lisonja; pero los bajo-relieves del arco de Séptimio Severo están muy mal ejecutados, aunque la estátua de bronce de este emperador, actualmente en el palacio Barberini, sea de las mas hermosas. Alejandro Severo se esforzó por hacer reverdecer las artes, y colocó entorno del foro de Trajano las estátuas de personajes ilustres: construyó muchos edificios, entre otros las termas: pintaba él mismo é inventó el arte de incrustrar mármoles de diferentes clases (6). Los baños de Caracalla son de una arquitectura sorprendente; pero Diocleciano quiso superar en los suyos á cuanto se habia hecho hasta entonces: sin embargo, los ornamentos con que estaba sobrecargada la bóveda, y que mataron al caer muchas personas, no eran indicio de un severo gusto en la ejecucion. Conviene reconocer, no obstante, que su palacio en Espalatro es una construccion maravillosa. Se desarrolla sobre doscientos treinta y cinco metros por cada lado: calles de doce metros de ancho por setenta y cinco, ornadas de arcadas en toda su estension, desembocaban en la plaza que formaba el centro (7).

Plinio llama á la pintura de su tiempo (8) un arte moribundo, aun cuando tributa elogios á muchas obras. Se queja á semejanza de Vitrubio del lujo de los mármoles llevado hasta el esceso: se empleaba en la decoracion de los aposentos el pórfido, el serpentin, el mármol verde, el rojo, el amarillo antiguo, la ágata, los jaspes de toda especie: se

(4) A este tiempo pertenecen las columnas de San Lorenzo en Milan, y el templo descubierto poco antes en Brescia. En el libro siguiente daremos una idea general sobre los progresos y el decaimiento del arte romano.

(5) Juan Antioqueno, Περὶ ἀρχαιολογ; segun SALM. en *Sparziano*, pág. 51.

(6) LAMPRIDIO, en *Alejandro*, 27 y 28.

(7) ADAM'S, *Ruins of the palace of Diocletian at Spalatro*, 1764.
SEB. AB OYA.—*Termæ Diocletiani*. Amberes, 1558.

(8) Lib. XXXV, V.

añadian al brillo de los mármoles manchas artificiales de diferentes colores; ó bien las paredes estaban revestidas de estuco, todo lo cual hacia inútil la pintura. En los retratos se estudiaban los detalles con más ahinco que el ideal; labrábanse con el trépano los cabellos, hechos á veces con mármol de color diverso, lo mismo que los vestidos, y se adoptaba el peinado falto de gracia de las mujeres de entonces. Hasta las medallas, que á principios de este siglo eran mejores que las medallas griegas, se hicieron toscas y pesadas. A pesar de todo las hay muy bellas, especialmente de Galieno y de Postumio, así como un medallon de Triboniano Galo. Esto no es pasmoso: con tan escelentes modelos á la vista podia de vez en cuando ponerse á estudiarlos un artista con el deseo de imitarlos; pero este es un hecho aislado, y que conviene distinguir en la historia del arte, de lo que es verdadero adelanto.

Todos estos resíduos romanos sobreviviendo á las vicisitudes de la naturaleza y de las guerras, rotos por el tiempo y por los sucesos, aislados de aquellos pormenores, cuya armonia da un significado al conjunto, distaban mucho de ofrecer una cabal idea de lo que habian sido en la antigüedad la riqueza y las artes; de revelar los usos de la vida pública y privada, imperfectamente indicados por los escritores que se contentan, como para una cosa de todos conocida, con aludir á ellos. Para completar la instruccion se necesitaba que las ciudades enteras saliesen del seno de la tierra, diciendo: *Vednos aquí.* El Vesubio que en época inmemorial habia ya vomitado llamas, luego se habia apagado durante siglos, renovó sus erupciones bajo el reinado de Tito, y desde entonces no ha cesado de amenazar las deliciosas cercanias de Nápoles (9).

Herculano y Pompeya.—Sin hablar de muchas aldeas y caserios, sepultó la primera á las ciudades de Pompeya y Herculano, si bien de un modo diferente: aquella bajo un polvo terroso mezclado de ligeras escorias que es fácil quitar; ésta bajo lava y sustancias lapilarias en fusion, que al enfriarse adquirieron la consistencia de la piedra, y que es imposible quebrantar sin el auxilio de barrenos.

El pasar diez y seis siglos sobre ella habian contribuido más que las cenizas la lava, cuando Manuel de Lorena, príncipe de Elbeuf en el año 1713, queriendo levantar una casa de recreo cerca de Portici, se puso á buscar mármoles. Sabedor de que uno de los moradores del pais los habia sacado de un pozo, le compró el derecho de hacer allí escavaciones. Este pozo caia precisamente sobre el teatro de Herculano y se sacó una estátua de Hércules, otra de Cleopatra, y siete más, que enviadas al punto á Francia movieron allí á asombro. Prosiguiendo el trabajo se hallaron bellísimos mármoles de Africa, luego se descubrió un templo de figura redonda con veinte y cuatro columnas con otras tantas estátuas entorno.

Cárlos III, rey de Nápoles, compró aquel terreno al príncipe de Elbeuf. Empezando nuevamente los trabajos, se adquirió entonces la certidumbre de haber encontrado una ciudad.

Pero se habian endurecido sobre ella veinte metros de lava: Resina y Portici habian sido erigidas encima: hubiera sido necesario demolerlas con sus habitaciones reales para desenterrar la ciudad antigua. Fué, pues, forzoso limitarse á escavaciones parciales, á estraer lo más interesante, rellenándolo oportunamente para no minar los edificios superiores.

Así tornaron á ver la luz antigüedades de todas clases: frescos, cuadros, ornamentos, bajo-relieves, arabescos, las estátuas ecuestres de los cónsules Nonio y Balbo, bronces, trípodes, lámparas, páteras, candelabros, altares é instrumentos de música y cirujia. Todos estos objetos fueron trasportados á Portici, no quedando en su sitio más que lo que no podia ser trasladado. Reconocióse muchos edificios vastos, templos, un teatro, el foro en forma de cuadrado, largo de doscientos veinte y ocho piés sobre ciento treinta y dos. Está rodeado de columnas que sostienen un pórtico esterior, mientras que otras cuarenta y dos adornaban el interior, empedrado en mármol con las paredes pintadas al fresco. Por cada lado de las calles se habian hecho aceras para los pedestres.

Por aquella época el arado de un aldeano habia tropezado con una estátua de bronce, que puso en camino de encontrar á Pompeya (10). Cenizas acumuladas á una grande altura la cubren, y se podria poco á poco sacarla á luz. Cuando se hubo empezado á desembarazarla, aparecieron calles, palacios, teatros y casas, todo en el estado en que fué abandonado por los desgraciados sorprendidos por el desastre. Las pinturas y los mosáicos han conservado intactos sus colores: encuéntranse los vinos en las bodegas, las viandas en las mesas ó en las cocinas, aguardando á los convidados: frascos de esencia en el tocador de las señoras, pareciendo á cada paso que los antiguos dueños van á presentarse delante de uno. Pero sobrecoje esta soledad, en la que solo las osamentas recuerdan á los infortunados que huian llevando consigo su dinero y alhajas, y cuyos esqueletos estrechan aun contra su seno los objetos preciosos que quizá les costaron

(9) El único volcan todavia vivo en el continente europeo. El más vasto de Europa es el Etna.

(10) En 1755. Las escavaciones, sin embargo, no empezaron sino en 1769. Domingo Fontana que trajo en 1592 las aguas del Sarno á la torre de la Anunciata debió encontrar los monumentos de Pompeya, que le era preciso atravesar. ¿Cómo no tuvo la curiosidad de descubrirlos? El fruto de tantas obras relativas á las escavaciones de Pompeya, fué recogido por Fausto y Felice Nicolini, en su obra *Las casas y monumentos de Pompeya dibujados y descritos.* (Después de la conquista de 1860 se renovaron las investigaciones sobre Pompeya).

la vida. Aquí pereció un soldado estando de centinela: allí un prisionero en su calabozo, donde aun se ven despojos humanos mezclados con cadenas. En el templo principal, el sacerdote sorprendido por la ardiente lava, se armó de un pico y echó abajo dos paredes para salvarse; encontrósele ante la tercera, teniendo aun en la mano el instrumento de que habia esperado su salvacion.

Con el fin de no estropear tantas obras delicadas, y para que no se pierda nada, prosiguiéronse con lentitud los trabajos; pero en la actualidad está descubierta la principal parte de la ciudad. Vénse allí dos teatros, un templo de Isis, uno de Esculapio, otro que es griego, una puerta esterior, la calle de las tumbas. el foro, la basílica, y á otra estremidad el anfiteatro. Está rodeada la ciudad de murallas pelásgicas, y edificios que bastarian hoy para toda una gran ciudad, se encuentran hacinados en pequeño espacio. Aseméjanse entre sí las casas por su distribucion y la manera con que están decoradas; tienen uno ó dos pisos, donde se encuentran grandes celdas de tres á cuatro metros sobre cinco á seis de alto, con poquísima comunicacion entre sí. Penetra la luz por la puerta sin tener casi más ventanas que las que dan á los jardines, y que estaban quizá reservadas para las mujeres.

Se hallan rodeados los patios de pórticos hasta en las casas más pequeñas: allí es donde se tomaba el fresco. No se empleaba la madera en los aposentos más que para los cuadros de las ventanas y para las puertas: el pavimento es de mosáico, la techumbre y las paredes se ven llenas de figuras diferentes ó adornadas con medallones de bajo-relieve. No hay una sola habitacion que no esté decorada con pinturas y mosáicos representando manjares, libros, utensilios, muebles, hechos históricos, segun el gusto y profesion del dueño de la casa. La del poeta trágico ocupa un espacio de quince metros de anchura y de doble longitud, dividido por lo menos en diez y nueve piezas, incluso el átrio. A la entrada representa el mosáico un gran perro encadenado, con la inscripcion *cave canem*. Del corredor se pasa al átrio, patio descubierto, adornado cada uno de sus cuatro lados de pinturas sacadas de la Iliada, ó aludiendo al arte dramático; entorno hay habitaciones para los forasteros, adornadas tambien de pinturas á veces obscenas. En frente de la entrada se halla el *tablinum* ó sala de recibimiento, donde se vé representado un poeta trágico declamando delante de dos oyentes, y sobre el pavimento de mosáico, obra de una ejecucion perfecta, se halla figurado el ensayo de una pieza.

Desde allí se pasa al peristilo ó segundo patio abierto, en que hay un jardinillo rodeado de un pórtico de siete columnas dóricas, igualmente pintado. En el fondo está el *larario* ó capilla doméstica con un fauno de bronce de los más graciosos; á la izquierda un gabinete de descanso con Diana, Narciso al márgen de la fuente y el Amor pescador; en otro pequeño aposento se descubren paisajes y marinas, y sobre la pared principal una hilera de libros pintados, que el poeta trágico no poseia quizá más que mentalmente.

En frente se halla la *exedra* ó sala de reunion, decorada con bailarines, con frutos y animales, con Leda, con Ariadna abandonada, y el sacrificio de Ifigenia; al lado se ostenta la pequeña cocina, donde se encuentran pintados todos los utensilios culinarios, y se comunica con el *triclinium*, ornado tambien de pinturas: encima estaba el gineceo.

En el templo de Isis aun se hallaban preparados los utensilios destinados á las ceremonias; los esqueletos de los sacerdotes sorprendidos en el ejercicio de sus funciones, tenian las vestiduras pontificales; aun se veian los carbones sobre el ara, rodeada de candelabros, de lámparas, de páteras para las libaciones, de lectisternios para la diosa, de purificatorios de estuco; y un gran vaso de bronce sostenia las cenizas del último holocausto, mezclada con la grasa de las víctimas.

En el recinto de los muros de la ciudad, á poca distancia de la puerta, está la casa de Salustio, cuyo nombre se lee en letras rojas sobre la fachada. Allí se fijaban los decretos de los magistrados, las ventas, las subastas y otros anuncios semejantes; contenia una porcion prodigiosa de cuadros, de mármoles rojos, de mosáicos, de ánforas, de vasos de enorme precio.

La calle del arrabal, espaciosa y tirada á cordel, está guarnecida por ambos lados de casas de campo, de sepulcros, de bancos circulares de piedra, donde los moradores iban de noche junto á las puertas de la ciudad á sentarse en medio de las tumbas de sus padres y de sus amigos, para respirar el fresco y ven entrar á los viajeros.

Alzábase en el arrabal la pequeña casa de campo en que Ciceron se divertia tanto; no lejos de allí está la del liberto Diomedes, muy bien conservada, con su puerta que se abre á una graderia entre dos columnas: su patio cuadrado está rodeado de galerias cubiertas, y sostenidas por columnas, bajo las cuales estaba la entrada de los aposentos. Todavia se ven en las bodegas, que son escelentes, las ánforas arrimadas á la pared entre cordones de barro. La dueña de la casa y sus criadas que se habian refugiado allí, murieron en número de veinte y siete. Apoyada en la pared, con el brazo estendido por el espanto, fué envuelta por cenizas que se endurecieron en rededor de ella y conservaron su figura.

Diríase que estas casas tenian moradores el dia antes: la muestra del mercader invita á entrar en su tienda: esta pared acaba de ser revocada y los muchachos la han embadurnado con algun borron, ó los soldados han escrito allí su nombre y algunas tonterias, ó los solicitantes de votos el nombre de un candidato, ó los amantes un piropo ó un insulto. Al entrar se lee la voz *salve*, en el umbral de la puerta, y parece como si la pronunciara el dueño de la casa, á quien esta pala-

bra de buen agüero no libró á pesar de todo del comun desastre. Hay en medio de la calle, aquí pozos, allí albañales que llevan las aguas á la mar. En la esquina de una calle, está la tienda de un farmacéutico con la muestra de una serpiente mordiendo una manzana. En otra parte se halla de venta un altar con el águila de Júpiter: se conoce la tienda de un pesador público, los puntos donde se venden bebidas calientes, y que corresponden á nuestros cafés; más lejos una casa de prostitucion, indicada por los priapos que hay esculpidos en ella, y por la inscripcion HIC FELICITAS, que revela la filosofia del tiempo (11).

Los panes ofrecian impreso el nombre del tahonero; algunos aun no estaban cocidos en el horno, otros estaban ya encentados. Se veian singulares ruedas de molino en el punto donde se trituraba el grano. Veíase preparada la harina con la levadura en la artesa de amasar, y el horno encerraba una torta dentro de su plato; en otros sitios se veian habas, nueces, aceite, vino, botellas con el nombre de los cónsules; montones de trigo, cuyos granos habian sido sembrados, germinaron y produjeron su espiga, después de mil setecientos años de sueño vital.

En los aposentos ocupados por las damas se hallan todavia alfileres, agujas, dedales, tijeras, ovillos de hilo, ruecas, y las mismas galas con que se adornan actualmente las mujeres: monedas agujereadas para llevarlas al cuello, como todavia lo acostumbran las venecianas y las genovesas. En otros lados hay instrumentos de música, dados, pelotas para los niños, instrumentos de cirujia, y entre ellos el fórceps para los partos (12). Al principio muchos manuscritos sobre papiro hechos un rollo fueron tirados por parecer carbones: luego que se reconoció lo que eran, fueron desenrollados y restaurados con procedimientos ingeniosos (13). Pero nada importante proporcionaron hasta ahora, y lo notable es que uno solo está en latin y es un fragmento de un poema sobre la guerra de Accio.

No hay habitaciones donde no se encuentren pinturas. Son obras de pintores, pero probablemente reproducen lienzos famosos; y ciertamente el niño Hércules y el sacrificio de Ifigenia están tomados de los de Zeuxis como proviene de la escuela corintia el Aquiles en Esciro: esto nos da una idea de la disposicion de los cuadros, con actitudes reposadas, figuras no agrupadas, fondo de un solo color y pocas líneas perspectivas.

Tambien alguna obra maestra debió copiarse en mosáico; y el que servia de pavimento á un triclinio, y que representa la batalla entre Alejandro Magno y Dario, es el resto más notable que nos ha trasmitido la antigüedad.

No menos fausto se desplegaba en las tumbas. En la erigida por Tuques para sus libertos y libertas, se ve una inscripcion debajo del retrato y un bajo-relieve, que figura en una cara la familia y en la otra la efigie de los magistrados municipales; á su lado se vé esculpida una barca, símbolo del paso y á su lado está el triclinio para las comidas fúnebres.

Estas maravillas del mundo antiguo tornaban á aparecer á la luz en el momento mismo en que se descubrian en el nuevo mundo otras ciudades antiguas, no sepultadas bajo cenizas ó lavas, sino bajo bejucos, en las inmensas selvas de Méjico, barreras casi tan insuperables como las materias vomitadas por el volcan.

Arte cristiana.—El que en las artes no ve más que la forma, debe creer que el cristianismo no ha podido servirlas en nada; pero los que toman en consideracion su espíritu, verán el arte renovado del mismo modo que todas las cosas. La religion cristiana que proclamaba de nuevo la fé fundada en la revelacion, la esperanza apoyada en la promesa divina y la caridad que nos hace á todos hermanos, debia necesariamente producir una revolucion general en las artes, y penetrando en lo que tienen de más profundo, en sus ideas, no la destruye sino que la completa. No eran ya el placer de los ricos, la molicie de los sentidos, el mueblaje de la riqueza, sino que debian mezclarse á las solemnidades de amor y de dolor, asociarse á toda la civilizacion para espresar la aspiracion á un perfeccionamiento, cuyo deseo es contínuo en esta vida, pero su cumplimiento solo se verifica en la otra.

El arte hasta entonces dedicado á la materia y al sentido, esculpiendo el ídolo ó el monarca, é identificando después la imágen con el dios, debió ser aborrecido por los primeros cristianos. No obstante desde su orígen hacian uso de ciertos símbolos. Los sepulcros, objeto de su piedad, estaban adornados de anaglifos ó esculturas en hueco, representando palmas, corazones, triángulos, vides, peces, cruces, especialmente el monograma ☧, con el nombre del difunto. Aquellos ornamentos se trazaban al principio con el cincel, luego se llenaban los huecos con minio, color con que se teñian el rostro los triunfadores, y que allí indicaba otro género de victorias.

Catacumbas.—El terreno de Roma está formado de producciones volcánicas, de lavas endurecidas, de peperino, de puzolana, y de travertino producido por los sedimentos del Teverone. Con estos materiales, que se hallaban á la mano, fué construida la ciudad: la lava suministró el pavimento, el peperino las gradas de las escaleras, el umbral de las puertas, y los marcos de las ventanas; la toba, á la vez sólida y ligera, sirvió para las pare-

(11) Quizá no era más que un símbolo y un vocablo de buen augurio que existe tambien en el mosáico de Salisburgo con la adicion *nihil intret mali*. Las escavaciones han aumentado mucho estos últimos años, y han sido mejor entendidos aquellos restos y la vida privada y pública.

(12) Véase pág. 153.

(13) Véase LIBRO XIII, cap. I.

des. Para la estraccion de aquellos materiales, especialmente en las inmediaciones de la puerta Esquilina, se practicaron sucesivamente galerias profundas y muy vastas con numerosos rodeos, y á veces de muchos pisos. Algunas estaban destinadas á sepultar la gente vulgar en nichos sobrepuestos á estilo de un palomar; aunque muchas de aquellas galerias fueron colmadas cuando se construyó la casa de recreo de Mecenas, se dejaron subsistir algunas; otras fueron escarvadas posteriormente.

Condenados quizás los cristianos á trabajar en aquellos subterraneos, adquirieron la práctica de tales escavaciones; ó bien obligados á buscar el olvido y su seguridad en parajes ocultos, hicieron allí el punto de sus reuniones, y la sepultura de sus hermanos vueltos al seno de Dios. Esta opinion vulgar se funda en ejemplos parecidos de Nápoles, de Siracusa, de Paris; pero como esto produciria incertidumbre acerca de las reliquias que se estraen, y supondria una comunidad de los ritos cristianos con los gentílicos, demasiado repugnante al celo primitivo, otros modernos demostraron que las catacumbas cristianas fueron construidas esprofeso, y que los gentiles no tuvieron participacion en ellas.

Son galerias subterráneas, con nichos abiertos en los costados, y de vez en cuando se encuentran cámaras adornadas de estuco, y capillas donde se celebraban los sagrados misterios. Orígenes, Minucio Félix, Clemente de Alejandria, Arnobio y Lactancio respondian á los paganos que preguntaban en donde estaban los templos y los altares de los cristianos, que solamente eran agradables á Dios los que se erigian en los corazones. Pero de tales respuestas evasivas no se deduce que no las tuviesen; solamente querian manifestar su aborrecimiento á las supersticiones gentiles; y las catacumbas son un testimonio de que tuvo el cristianismo desde sus primeros instantes iglesias y altares.

Las catacumbas, respetadas por las leyes como asilo de los difuntos, eran el único templo que los cristianos podian construir, como si el arte, para regenerarse, hubiese debido recorrer el estadio de su infancia cuando se ejercitó en las grutas, antes de salir á cielo descubierto. Cuando no hubo necesidad de ocultarse en ellas, fueron veneradas como teatro de aquellas escenas devotas, en que los fieles, al commemorar los difuntos, se preparaban á seguirlos, y al morir los devotos solicitaban dormir al lado de aquellos santos para participar de su intercesion. Así fueron frecuentadas hasta el duodécimo siglo, en que Pedro Malio nos dió su enumeracion, pero desde aquella época no se visitó más que la que tiene entrada por la iglesia de San Sebastian.

Bajo el pontificado de Sixto Quinto se fijó la atencion en aquellas antiguas sepulturas, y este pontífice mandó sacar de allí muchas reliquias; acto de piedad que más tarde fué regulado por Clemente VIII y por otros papas. Algunos eruditos las estudiaron, y Onofre Pavinio enumeró cuarenta y tres catacumbas en Roma, y describió los ritos y reuniones que en ellas se celebraban (14). Antonio Bosio, agente del órden de Malta, examinó con infatigable celo las catacumbas durante más de treinta años; y sin economizar gastos ni afanes levantó los planos, dibujó las pinturas, las esculturas, los sarcófagos, los altares, los oratorios, y los describió en su *Roma subterránea*, que fué publicada después de su muerte (15). Pablo Aringhi (16) revisó y amplió este trabajo, al cual añadió mucho, y dándolo más á conocer, inspiró á otros el pensamiento de dedicarse á investigaciones de esta especie. El canónigo Marco Antonio Boldetti en las *Observaciones sobre los cementerios de los santos mártires y de los antiguos cristianos de Roma* (17), aunque insiste especialmente sobre la autenticidad de las reliquias y los decretos de la Iglesia con tal propósito, presentó juntamente los dibujos de muchos objetos descubiertos en las catacumbas, y continuó sus laboriosas investigaciones acompañado de Marangoni: pero cuando iban á publicarlas, se prendió fuego á su casa y consumió el fruto de tantos años, á escepcion de lo poco que fué publicado por Marangoni (18). Por encargo de Clemente XII, aplicó Bottari á esta investigacion su riquísima erudicion (19), pero con poca diligencia y poquísimo sentimiento del arte cristiano. Mejor las examinó el padre Marchi en una obra (20) que los últimos sucesos han suspendido, y que ha sido el fundamento de otras extranjeras. Pero á todos superó Juan Bautista De Rossi en ciencia y en fé.

Formóse un museo cristiano en el Vaticano con los numerosos restos de obras de arte sacadas de aquellas grutas, que son para los curiosos una de las maravillas de Roma, y para las almas devotas un santuario de piedad y de esperanza. Hay tambien repartidas muchas en las iglesias, especialmente en las de San Martin de los Montes, de Santa Inés, de San Juan de Letran, de Ara Cæli, de Santa Maria la Mayor, y la de Transtiber; cabe, pues,

---

(14) *De ritu sepeliendi mortuos apud veteres Christianos, et de eorumdem cæmeteriis*, 1574.

(15) En-fol., 1632.

(16) *Novísima Roma subterranea*, 1651-59. Hablamos con más extension en nuestro tratado de ARQUEOLOGIA y BELLAS ARTES, § 285 y sig.

(17) En-fol., 1720.

(18) *Appendix de cæmeterio ss. Thrasonis et Saturnini*, y *Acta s. Victorini*. 1740.

(19) *Roma subterránea*, 1737-54. Las láminas son las mismas del Bosio.

(20) *Monumentos de las artes cristianas primitivas de la metrópoli del cristianismo*. Roma, 1844.

Los insignes trabajos de G. B. De Rossi, además de dar á conocer la topografia y el arte de las catacumbas romanas, adujeron pruebas de los dogmas que se profesaban desde los primeros dias. En sentido opuesto publicó en Paris el pastor calvinista Teofilo Roller *Las catacumbas de Roma, historia del arte y de las creencias religiosas durante los primeros siglos del Cristianismo*, aduciendo argumentos contrarios.

en lo posible sacar de su conjunto una historia del arte cristiano; pero aquí le consagraremos pocas palabras.

Como hemos dicho son anaglifos la mayor parte de estos monumentos; apenas llegan los bajo-relieves á ciento en Roma, á ciento cincuenta en el resto de Italia y á cuarenta en Francia; los mosáicos ascienden á bastante número. Tertuliano que confundia el arte con los abusos del mismo, no hubiera querido que se viera en las catacumbas, ni aun siquiera la imágen del Buen Pastor, no tolerando á lo sumo otra cosa que la lira, el áncora, el pez, el cordero, la barca y la vid. (21) Clemente de Alejandria (22) admite que los anillos de los cristianos lleven por sello la paloma, el pez, la barca con la vela. Sin embargo, se encuentra en algunos (23) el Buen Pastor, así como San Pedro con el gallo, y el *orante*, es decir, un hombre ó una mujer en pié con los ojos vueltos al cielo y estendidas las manos, y el sepulturero en el acto de enterrar, y á su lado á menudo una figura que lleva la lucerna. Equivocadamente han atribuido algunos, y especialmente d' Agincourt, á los tiempos heróicos esculturas posteriores; porque las primeras eran puramente alegóricas y geroglíficas, reproduciendo con figuras lo que los Padres enseñaban ó escribian.

Emblemas usados en las catacumbas son los signos A Ω. ☧, III que indican á Cristo (24): la paloma colocada en la rama de palmera con una estrella en el pico, ó que bebe en el cáliz; ciervos que corren á la fuente; peces en seco; un gallo que anuncia la mañana de la jornada eterna, dos manos levantadas al cielo, ó dos manos y dos piés dispuestos en cruz; el delfin, símbolo de la emigracion de las almas hácia una playa hospitalaria: el áncora de la esperanza, ó un simple ramo de oliva, y alguna vez el corazon, que los gentiles colocaban al cuello de sus hijos. Entre estos símbolos, la cruz era el indicio más comun del catolicismo, puesto que haciendo la cruz vá la mente del cristiano del cielo á la tierra y del Oriente al Occidente. Con brazos iguales, ó griega, al principio fué prolongada en el siglo tercero cuando se puso al crucifijo, ignorado en los tiempos primitivos, lo mismo que el cáliz, del cual se hizo salir posteriormente la hostia, ó fué colocado en manos del evangelista de Patmos con la serpiente. En esta forma y con dos antorchas á los lados fué adoptado después por los Templarios y por los caballeros de San Juan. Habia tambien otros signos; la mano, figura del Padre Desconocido, como se llamaba la primera persona divina; el pez (25), y más comunmente el cordero para indicar la segunda; la paloma para la tercera (26); y otros diversos símbolos que eran conservados para señalar el tránsito de la iniciacion de los cultos antiguos á la realidad y á la historia. La serpiente, símbolo de salud entre los griegos, que la atribuian al dios de la medicina, y entre los hebreos que recordaban la que se levantó en el desierto, pasó á significar el espíritu del mal, y se figuró vencida á los piés de la cruz, y posteriormente pisada por la inmaculada Maria. Algunas veces se representa el maligno espíritu con el cuervo; pero la estravagante forma de medio cuerpo humano y medio de bestia, solo fué introducida en la Edad Media. La fuerza irracional se halla alguna vez representada por el leon, que entre los persas representa á Arimanes, y entre los hebreos coronaba las banderas de Judá, y que después se colocó fuera de las iglesias, con un cordero ó un niño en las fauces, si bien otras veces indicando la fuerza moral, sostiene la sede episcopal, ó el cirio pascual, ó las columnas.

A las alegorias hay que añadir representaciones históricas, tomadas del Testamento ó de los gentiles ó de la sabiduria tradicional. Tales serian Daniel en la cueva de los leones, las parábolas del Evangelio, ó del Apocalipsis, el libro de los siete sellos, el candelabro de los siete brazos, los cuatro ángeles de los cuatro vientos y la mujer perseguida por el dragon; tal Orfeo, tomado por los nuestros por profeta de verdad revelada; tales las Sibilas, las Musas, y escenas de vendimia que representan para el artista piadoso una vida madura, y de la cual estaban á punto de estraer el jugo espiritual. La muerte, representada por los griegos en genios de graciosa melancolia con la cara abatida, no tenia emblemas entre los primeros cristianos, y solo los gnósticos introdujeron la forma de esqueleto (27).

---

(21) *De pudicitia.* No son tan fáciles de esplicarse aquellos símbolos. La nave aludia á la de San Pedro; el áncora á la esperanza y al uno trino; la lira al nuevo Orfeo veraz, como se llama alguna vez á Cristo; el cordero al *agnus dei*, y la vid al pasaje del Evangelio. *Yo soy la vid, vosotros las ramas.*

(22) En el *Pedagogo*.

(23) Como en MAFFEI, *Musæum veronense*, tom. I, cap. 72.

(24) El Mesias habia dicho: *Yo soy alfa y omega*, esto es, principio y fin. La otra inicial son las dos primeras letras del nombre de Cristo χριστος; pero ya tambien era usada por los gentiles, y se encuentra en monedas, en cabezas de númenes y en medallas antiguas de los Tolomeos, para indicar el ungido, ó el superior, ó el χριστεῶρος, Júpiter, rey clemente. La última está compuesta de la *i* y de la *eta* griega, á las que posteriormente se añadió la S y se le sobrepuso la I ⊢┼┤ S. Véase MUENTER, *Symbolik der all Christ.*

(25) El pez se llama en griego ἰχθύς, que son las iniciales de ιεσους χριστος θεου υιος σωτηρ.

(26) Que la paloma era ya sagrada para los hebreos, nos lo indica este pasaje de Tíbulo:

Alba Palæstino sancta columba Syro.

(27) Que el esqueleto no haya sido nunca representado por los clásicos, como aseguran muchos tratadistas de arte, está desmentido por pinturas y bajo-relieves: en el museo Borbónico hay una mujer que cubre de flores el esqueleto de

Estremadamente sencillos son los epitafios: LAZARVS AMICVS NOSTER DORMIT—MARTYR IN PACE—NEOPHITVS IIT AD DEUM—RESPECTVS QVI VIXIT ANNOS V ET MENSES VIII DORMIT IN PACE—ALEXANDER MORTVVS NON EST SED VIVIT SVPER ASTRA. Los nombres de *santo*, de *inocente*, de *dulcísimo* atestiguan el afecto; y más amenudo el *in pace*, imitacion de los hebreos, esplica esa confianza religiosa que hace menos tristes las tumbas.

Fueron introducidos los sarcófagos en las catacumbas, cuando adoptaron la nueva religion los senadores y las personas ricas. Ninguno puede considerarse con certidumbre como anterior al siglo IV, y quizá el más antiguo es el de la quinta Panfili (28). Es de arquitectura corintia, y representa pórticos bajo los cuales están quince personajes en rededor de Jesucristo, que hermoso de rostro, cón los cabellos separados y caidos se asienta en una silla curul, revestido de la toga al modo que suele aun representársele. El primero de cuya época da testimonio su inscripcion, es apenas anterior en dos años á la muerte de Constantino (29).

Vénse amenudo sobre los sarcófagos escenas evangélicas como la Adoracion de los Magos (30) y Cristo con los niños; tambien presentan á veces hechos de mitologia ó reminiscencias paganas; así Jonás y Noé aparecen allí como Jason y Deucalion, y las agapas no se diferencian de los banquetes profanos. Con efecto, el arte plástico griego aventajaba á las concepciones judáicas; pero cuando la Iglesia cesó de esconderse, apareció especialmente el contraste entre el impulso casi pagano de la córte imperial. propendiendo á materializar el culto, y el genio reorganizador y progresivo de la Iglesia que sustituia donde quiera la historia á la alegoria. Todavia la lucha estorbó en esto la transfiguracion total á que aspiraba el cristianismo.

Es notable que en la Edad Media, principalmente en las pinturas de los vidrios, se tomasen tan amenudo los asuntos de los pseudo-evangelios y de las leyendas. Pero aunque era nueva esta manera de tomar los asuntos, no así la fuerza y la belleza en mejor apariencia, sino un Hombre-Dios que «quiere sentir la vergüenza y el duelo en el alma y las angustias de la muerte y el terror de la caida,» una virgen madre, viejos plebeyos, mujeres llorando, espresiones todas de una religion nueva, para la cual la vida era una expiacion y que santificaba los padecimientos y las lágrimas.

La belleza cristiana no es solamente la que se refiere á la vida sensual y material, sino la que tiende á sacar al hombre de esta para elevarlo á un mundo intelectual y superior. El arte antiguo daba la perfeccion á la forma orgánica conforme al sentimiento de una sociedad carnal y vigorosa; hablaba, pues, á los sentidos, poco al entendimiento y aun menos al alma: el mayor grado que alcanzó fué el aceptar la elevacion trágica. El arte cristiano se alimenta de amor y de esperanza, que dan una significacion moral á la alegria y á los padecimientos.

El haber corrompido frecuentemente el paganismo las cosas religiosas para servir á la belleza, alejaba á muchos cristianos de las artes, como si el homenaje á las bellezas materiales perjudicase á las intelectuales y morales. Algunos por consiguiente representaban la divinidad en forma humilde y servil, forma que se manifestaba adecuada á la espresion primitiva de la Iglesia. Clemente de Alejandria exortando á los cristianos á no atribuir un valor escesivo á la belleza exterior, cita el ejemplo de Cristo, diciendo que «era feo y sin embargo ninguno fué mejor que él; no reveló en su persona la belleza corporal, sino la verdadera belleza del alma y del cuerpo; aquella en su caridad, y esta en la promesa de la vida eterna.» (31)

Pero ¿de dónde están sacadas las efigies de Cristo y de su madre que se ofrecen á nuestros ojos? Cuenta la leyenda que el rey Abgar obtuvo de Jesús su retrato, que permaneció oculto en Edesa hasta el siglo V, y supone que se formó, así como los santos sudarios de Roma, de España, de Jerusalen, de Turin, por el simple contacto del divino cuerpo. Pero estas efigies conservan muy poca semejanza entre sí para que se pueda determinar cual es la verdadera. Parece que debe considerarse como forjado el cuento de que la mujer á quien curó Jesucristo de un flujo de sangre le erigió una estátua; como tampoco cabe creer que el retrato de la Virgen Maria fuera hecho por San Lúcas, que no fué pintor segun lo que nos dicen los libros santos, ni se convirtió hasta cincuenta y dos años después de comenzada la era vulgar por San Pablo, cuando llevó el Evangelio á la Troade.

Si se recuerda además cuanto abominaban los hebreos las imágenes, y lo mucho que padecieron por no haber querido tolerar ni aun las de los emperadores, fácil será persuadirse de que ningun retrato de Cristo ni de los suyos fué hecho durante su vida. La más antigua efigie del Salvador está en Roma en la bóveda de una capilla del cementerio de San Calisto. Es del tipo que se adoptó muy pronto por los artistas, es decir, cara ovalada, fisonomía á la vez grave y dulce, plácidamente melancólica, barba corta y escasa, cabellos separados en

---

su hijo, y de cuya boca sale una mariposa, símbolo del alma; otro que baila al son de la flauta tocada por Sileno primer indicio de las *danzas de los muertos*.

(28) Véase BOTTARI, lám. 33. MABILLON, *Musæum italicum;* BELLORI y BARTOLI, *Lucernas sepulcrales;* ARRINGHI, *Roma subterránea;* BOLDETTI, *Sobre los cementerios de los santos mártires*.

(29) IVN. BASS. V. C. QVI VIXIT ANNIS XLII. II IN IPSA PRÆFECTVRA VRBI NEOPHYTVS IIT AD DEVM VIII KAL. SEPT. EVSEBIO ET YPATIO COSS.

(30) Tal es el que tenemos en Nuestra Señora de San Celso en Milan.

(31) *Pedagogo*, lib. III, cap. I.

la frente cayendo sobre los hombros al estilo nazareno, y terminando frecuentemente en dos rizos sobre el pecho. En las antiguas imágenes se vé más generalmente de frente, en traje de orador ateniense, como maestro del mundo, con un papiro ó un libro en la izquierda, y con la derecha alzada en actitud de bendecir, ó más bien con el ademan en que se representa á los oradores en los escritos y en las miniaturas antiguas, esto es, levantados los tres primeros dedos, y los otros tres doblados. Alguna vez está unido el pulgar al anular doblado y derechos los otros, de cuya manera pretenden que se formasen las letras A y Ω.

La historia añadia á esto la edad y la espresion de aquella bondad moral que no tuvo igual, de la mansedumbre que sabia indignarse, de la calma que sabia llorar por el amigo difunto y por la patria amenazada. Así se formaron los primeros simulacros y por su modelo los sucesivos, de manera que todos conservaron algun parecido, aunque no estuviesen copiados del verdadero.

No aparece que el Redentor haya sido representado en la cruz antes del siglo tercero, y repugnando al genio griego reproducir aquella tortura en toda su crudeza, se representaba á veces cual triunfador con la mitra pontifical ó la real diadema. Representóse más tarde como el hombre de todos los dolores, si bien con los piés separados, y aun se censuraba con frecuencia á ciertos herejes porque le ponian con un pié sobre otro (32). Falta allí la corona de espinas, así como la herida del costado, en atencion á que se le representa moribundo y no muerto. Ya algunos de estos crucifijos tenian la inscripcion INRI. Solo en el séptimo siglo fué pintado ó esculpido Cristo con las escenas de la pasion, entre las llorosas Marias, y con el sol y la luna á cada uno de los lados del instrumento del suplicio. Cubríasele no obstante de largas vestiduras que fueron acortándose poco á poco. Gregorio de Tours refiere (33) que en el sesto siglo se le representó por primera vez desnudo en la catedral de Narbona, si bien el obispo hizo que lo cubrieran.

En el quinto siglo se introdujo la sencilla y suave figura del niño Jesús sobre el regazo de la Vírgen su madre, cuando se alzaron los herejes contra la maternidad divina. Entonces fué cuando se añadió al *Ave Maria* la segunda parte, donde se la llama madre de Dios como perpétua protesta contra el error.

Se representaba á los ángeles, á los arcángeles, á los serafines, con facciones juveniles é impregnadas de devocion, con alas, y casi siempre muliplicadas ó colocadas, ora á la cabeza, ora á los piés, ora sirviendo aquellas alas de brazos; pero generalmente se les cubria con una larga túnica, mirándoles griegos y latinos como objetos de devocion, y no como obras de arte. Amenudo se hallan en los monumentos querubines con cuatro alas, ó son solamente cabezas de donden salen cuatro manos. A veces los ángeles llevan el baston como mensajeros de Dios, aconteciendo así con más frecuencia entre los griegos que entre los occidentales.

Lo que hemos dicho anteriormente de los retratos de Jesús y de Maria se aplica igualmente á los de los apóstoles. Comunmente se les representa descalzos ó con unas lijeras sandalias. Diéronse á San Pedro las llaves hasta por los griegos, aun cuando lo nieguen algunos, pero la espada solo se puso posteriormente en manos de San Pablo. Si generalmente se halla colocado este apóstol á la diestra del otro hasta en los sellos de las bulas papales, no indica esto una preeminencia, sino que no se hacia ninguna distincion del lugar á derecha ó izquierda. Desde muy luego fueron simbolizados los evangelistas en los cuatro animales sosteniendo un libro.

La aureola que todavia ponemos alrededor de la cabeza de los santos, proviene del uso de colocar una especie de marco detrás del retrato de una persona ilustre aun viva.

Cuando la Iglesia se vió triunfante, no tuvo ya que temer lo que podia parecerle peligroso al principio; y en vez de repudiar las artes, se las apropió purificándolas como todo lo demás, comprendiendo que tienen tambien sus efectos morales é intelectuales cuando sienten su propia elevacion, y convirtiéndolas en firmes y elocuentes auxiliares para la propagacion de la fé.

---

(32) Véase sobre las variaciones sufridas por el crucifijo una disertacion del canónigo Settala en las *Actas de la Academia Romana*, t. II: y en general GORI, *Sacr. Dypt.*, tomo III. Pretende aquel que solo en el décimo cuarto siglo se hizo en la cruz la figura de Cristo de relieve; mientras que antes solamente estaba pintado en ella; pero se engaña: el monasterio de Chiaravalle cerca de Milan, poseia un crucifijo desde el décimo ó undécimo siglo. Véase *Antigüedades longobárdicas milanesas*, pág. 34. Al principio del siglo X, el papa Sergio mandó hacer una cruz de plata; *habentem crucifixum totum de auro*. JUAN DIÁCONO el Jóven.

(33) *De glor. martyr.*, cap. 23.

EPILOGO.

El elemento aristocrático é inmóvil del Oriente cesó de luchar con el elemento popular y progresivo de Occidente, el dia en que ambos se pusieron al servicio de la unidad monárquica, no para reanimar allí alternativamente, sino para languidecer juntos bajo el pernicioso influjo de la fuerza. La devocion que antiguamente profesaba Roma al Estado, se refiere al emperador luego; las leyes de lesa magestad protejen al monarca divinizado, como en otro tiempo servian de salvaguardia á los magistrados populares, y la legalidad lógica ha sustituido al ciego amor de la patria la ciega obediencia á su déspota. La ley Julia declaró traidor y perjuró al que funde las estátuas de los emperadores ó «hace algo semejante.» (1) ¡Qué campo tan abierto á la más terrible de las acusaciones! Se necesitó un senatus-consulto para declarar que no habia delito de lesa magestad en destruir los simulacros de los emperadores reprobados, y los rescriptos de Severo y Antonino para absolver á los que los vendian de los no consagrados, ó á los que por casualidad los tocaban con una piedra (2). El jurisconsulto Paulino persiguió como criminal de Estado á un juez que habia fallado en sentido contrario de las órdenes del emperador; habiendo jurado Faustiniano por la vida del príncipe no perdonar nunca á su esclavo, se cree obligado á perseverar en su cólera por no incurrir en la acusacion de lesa magestad (3).

Moderaban los buenos príncipes aquel rigor insensato, hacian los malos de él un instrumento de venganzas, de crueldades, de rapiñas; y por ellos la raza infame de los espias (4) divulgaba entre el pueblo la peor de las corrupciones, la que induce á sospechar la existencia de un enemigo en el hermano que acaba de sentarse en nuestra mesa.

Apoyado en tales medios un emperador puede todo lo que quiere; y si la casualidad del nacimiento, el capricho del ejército, ó la venalidad de una asamblea colocan un mónstruo sobre el trono del mundo, esparcirá más su propia corrupcion cuanto de más alto domine. Si al revés la fraccion poco numerosa de las personas honradas, de acuerdo con la secta estóica deseosa de arrancar el imperio á la fuerza bruta, logra poner á su cabeza príncipes de virtud eminente, estos dejarán una memoria eternamente bendecida, consolando los males de las personas más cercanas á ellos, pero habrán de secundar ellos mismos las perversas inclinaciones de una sociedad material, en que el espíritu no ocupa ningun puesto, en que los hábitos de un desenfrenado poder se han naturalizado hasta el punto de no dejar distinguir la justicia y de hacer callar la voz de la humanidad, en que desunidas y desalentadas todas las clases, se em-

(1) *Aliudve quid simile admiserint.* Dig. I, VI, *ad leg. Jul. maj.*

(2) Idem, I, IV, 1, V, 2.

(3) Pero Alejandro respondió: «Demasiado mal me conoces.» Cod. Teod., I, 2. *ad. leg. Jul. maj.*

(4) «¿Son necesarios los espias en la monarquia? No es esta la práctica ordinaria de los buenos príncipes. Cuando un hombre es fiel á las leyes, ha cumplido con sus deberes hácia el príncipe. Es preciso por lo ménos que ten a su casa por asilo, y el resto de su accion en seguridad. El espionaje seria tal vez tolerable, si pudiese practicarse por personas honradas; pero la infamia necesaria de la persona puede servir para juzgar de la infamia de la casa. Un príncipe debe obrar con sus súbditos con candor, con franqueza, con confianza. El que tiene tantas inquietudes, sospechas y temores, es un actor que está embarazado en su papel.» MONTESQUIEU, *Esprit*, XII, 23.

pujan alternativamente hácia un abismo inevitable. El piadoso Trajano deja á la discrecion de un procónsul el cuidado de decidir si debe torturar, quitar la vida ó perdonar á multitud de personas á quienes reconoce inocentes. En tiempo del filósofo Marco Aurelio se hace aparecer en el circo un leon educado en comer hombres con tal soltura, que el pueblo pide á voz en grito que el emperador le dé libertad (5).

A cada instante conspiraciones en la corte ó en el ejército hacen sentir los defectos de aquella constitucion, en la que un príncipe proclamado superior á la ley, es ensalzado y derribado como un juguete de niño. Y no son revoluciones de aquellas en que la sociedad avanza por medio de la sangre, como la nave á través de la borrasca, sino facciones en las que no toma parte más que un corto número de indivíduos, sin ventaja de la muchedumbre, no engendrando la libertad ni la esperiencia, y matando al tirano para consolidar la tirania.

Desde el momento en que la vida pública está reconcentrada en el gabinete del emperador, no queda que estudiar más que el derecho civil, y que ejercer la elocuencia y los usos legales en miserables discusiones de intereses privados. Ha perecido la nobleza antigua en las proscripciones dictatoriales, en las guerras civiles y en los suplicios imperiales. La nueva nobleza que no tiene tradiciones que guardar, ni privilegios que mantener, se agrupa entorno del príncipe para ejercer una parte de su tirania, y gozar con ansia de una presa que no tardará en escaparse. Estínguese todo afecto por una patria que no proporciona á sus hijos dignidad ni grandeza: cada cual se ocupa de sí, y piensa con ayuda de especulaciones de una avidez mercenaria esplotar las públicas desgracias para llegar á los honores, á los placeres, al poder, y especialmente á la riqueza que sirve para conquistarlo todo.

La ambicion y la concupiscencia rigen, pues, al mundo, haciendo un avaro egoismo feroces é inhumanos á los hombres. Aquel que aun conserva el sentimiento de todo lo que es noble y justo, gime bajo el peso de tantos males, y encontrándolos irreparables, abandona la sociedad á los malvados y á los ambiciosos; sírvele de arma el desprecio ó se rodea de austeras virtudes que no tienen nada de caritativas; ó bien se embriaga en brazos del deleite que en aquella época traspasó todos los límites; ó por último, entregándose á la supersticion, interroga á un destino que teme y que no puede evitar.

Oprimido é ignorante el pueblo, se regocija, no de haber perdido su libertad, sino al presenciar la ruina de sus antiguos opresores; temiendo perder lo que no posee, ávido de un porvenir que no conoce ni espera, complacíase en acrecentar sus miserias, en pedir que los cristianos sirviesen de pasto á los leones, ó en que los tiranos que la víspera adoraba fuesen arrojados al Tíber.

Ya no hay piedad para con los débiles, ni respeto á los poderosos, ni amor al órden social, ni dignidad de carácter, ni veneracion á la divinidad, Solo se ofrece á los ojos del observador sábia corrupcion, una filosofia verbosa, una literatura sin imaginacion, pobre de ideas y no sabiendo sino comentar lo que en otro tiempo se hizo, y empeñarse en discusiones interminables, como aquellos ancianos que recuerdan sin cesar el pasado, cuando han perdido el sentimiento de lo presente. El Oriente ha sembrado la turbacion en esta sociedad decrépita, introduciendo en ella sus doctrinas teúrgicas, tardio alimento de las creencias moribundas; resultando de todo esto que lo maravilloso, lo increible, se ha hecho por decirlo así el órden natural y la realidad.

Pero cuando el mal parecia irremediable, surgieron de la cabaña de Belen la armonia, la sabiduria, la hermosura y la moralidad, estendiéndose en lo esterior un espíritu de humanidad, en tanto que en el interior se propagaba una pureza poco comun de creencias y de costumbres. Seria una tarea superior á nuestras fuerzas la de acompañar á la humanidad en los pasos que adelanta en su camino, sin insistir largamente en el cristianismo, elemento nuevo y fundamental de la sociedad. Como revelacion aquieta los ánimos con una verdad garantida por el mismo Dios; como reparacion demuestra al hombre la causa de sus estravios y el único medio de purificarse de su abyeccion; como religion realiza la gracia, instituye los sacramentos, diviniza el sacrificio y sustituye á un culto inmoral otro de una piedad inmaculada.

Bajo el doble concepto de manifestacion de incomprensibles verdades y de culto religioso, corresponden al cristianismo dos prerogativas de la Iglesia, cuyo orígen es sobrenatural, la infalibilidad y el poder de atar y desatar. Esta Iglesia, asociacion de los hombres con Dios, debió para conservar en toda su pureza el depósito de la revelacion, organizar la religion en sociedad, con sus leyes, su gobierno y sus instituciones; pero en vez de limitarse como las potestades temporales, debió abarcar el mundo entero en la unidad de la especie humana para dirigir la universalidad hácia un fin moral.

De aquí la gerarquia, con un pontífice y su supremacia de honor y jurisdiccion, con obispos diseminados por todas partes y dependientes del jefe; con sacerdotes que hacen fecunda y activa la autoridad por medio de la enseñanza, los consuelos y las esperanzas. Al escluir todo derecho hereditario, imponiendo el heroismo del celibato y la perfeccion de la vida, se aseguró el gobierno eclesiástico contra el peligro de caer en el abismo de corrupcion en que se precipitaron los reinos temporales, y conservó pura hasta en su realizacion esterior la palabra divina.

(5) DION.

Sin embargo, no es la Iglesia un Estado en el Estado, y el báculo pastoral no implica la espada. Antes bien acontece con los dos poderes en la sociedad, como con la naturaleza y la revelacion, con el elemento espiritual y la condicion corporal, que existen simultáneamente en el hombre, independientes uno de otro en sus atribuciones, se reducen á la unidad, no invadiéndose alternativamente en opuesto sentido, como hicieron en la Edad Media y en nuestros dias, sino conservando la armonia entre ambos.

Mientras al principio no existian más que comunidades y aglomeraciones, Roma habia tratado de unirlas y sistematizarlas. Consiguió el primer punto mediante la fuerza y trató muchas veces inútilmente de conseguir lo segundo, porque carecia ella misma de unidad religiosa. El cristianismo llegaba á terminar la obra, pero en un tiempo en que la sociedad habia principiado ya á desenvolverse; y tuvo que trabajar trece siglos para reconstruir las naciones. Pero en una tentativa nunca hecha hasta entonces, necesariamente debia vacilar antes de llegar al punto en que la nacion cristiana fuese la más civilizada, sin que su unidad destruyese las nacionalidades particulares, las provincias, los municipios; porque el poder que manda á los cuerpos nada debe influir sobre las almas (6).

Bajo el aspecto de doctrina el cristianismo fué el punto en que vinieron á confundirse las verdades parciales y fragmentarias del mundo oriental y occidental en una verdad clara, más pura y completa. Presenta dogmas superiores que con la filosofia marchan á un mismo fin. Porque ésta, si quiere atender á las cosas necesarias, no á las contingentes, debe proponer por objeto á las acciones y á los conocimientos el perfeccionamiento del hombre moral y el legítimo uso de sus facultades; y como el cristiano enseña precisamente lo que importa conocer, amar y practicar, conduce poderosamente á la civilizacion, que consiste en el recto ejercicio de las facultades racionales.

Siempre hemos visto influir á las religiones hasta el más alto grado en la civilizacion de las naciones; pero después de haberla hecho ascender á cierta altura, detenerla y aun hacerla decaer. Asentada, por el contrario, la civilizacion moderna sobre el dogma católico de la igualdad de las almas, es decir, de la unidad de orígen de redencion y de fin, no ha retrogradado. Procede esta diferencia por razon de que las religiones contribuyen al progreso, en proporcion de las verdades que revelan; y es por lo que el cristianismo, que no forma misterio de ninguna doctrina, no pondrá dique á la ciencia, por lejos que ésta remonte su vuelo en uno ó en otro pais. Facilitará al contrario el perfeccionamiento, puesto que en vez de oponerse al progreso, entresaca las partes ya viciadas; aprueba y santifica el bien en cualquiera parte que lo encuentre; ensancha y ennoblece la naturaleza humana y sus propias cualidades; atribuye á las acciones un mérito ó un demérito infinito; hace prevalecer la voluntad sobre las demás facultades naturales; acrecienta la importancia de la vida del hombre considerándola como una expiacion y una preparacion para la beatitud eterna. Con las máximas injuriosas á la Divinidad, cesan al mismo tiempo las que ultrajan á la humanidad. No se creerá ya que lo que es un crímen en la vida privada, ha de ser una virtud en la vida pública; se renunciará por lo menos á hacer alarde de actos crueles ó inícuos: la usurpacion, el orgullo del mando, la gloria militar celebradas como virtudes, no inspirarán ya doctrinas perversas, engendrando á su vez perversas acciones.

No debiendo ya el hombre esplotar al hombre, su igual, dedicóse á esplotar á la naturaleza, siguiéndose de aquí la perfeccion en la industria, la agricultura y las artes pacíficas.

Los pueblos antiguos han comprendido siempre la libertad en el sentido de un privilegio limitado en un principio á la familia, y después á las tribus, enseguida á las ciudades, y por último á las naciones, resultando de esto que en ellas se reconocieron derechos y deberes, en tanto que fuera de la asociacion particular ningun hecho parecia injusto. En adelante, abarcando el cristianismo el mundo entero, se estiende sobre todos los derechos, sin medida ni escepcion; y todos, en cualquiera region en que se encuentren, contribuyen á la prosperidad social.

La civilizacion concurre á su vez al bien de la

(6) Si vale más el testimonio de quien no pertenece á la sociedad en cuyo favor depone, tendrá fuerza este, apoyado tambien en sólidas razones: «El clero católico presenta el primer bosquejo de una sociedad fundada sobre la combinacion de fuerzas pacíficas, y cuyos principios prohiben enteramente que el hombre especule sobre el hombre, bajo cualquier aspecto que se le considere. No podia ménos de ser muy imperfecta tal asociacion, en gracia de las circunstancias de que estaba rodeada; pero en un siglo acostumbrado á la barbarie, manifiesta en alta voz su horror á la sangre y repite: «Demos á César lo que es de César, mi reino no es de este mundo,» esto es: «Dejemos la tierra mientras que todavia está sometida á la espada.» En medio de una sociedad ordenada primeramente por la espada, donde reina una aristocracia fundada en el nacimiento, esta pacífica asociacion desprecia los privilegios de nobleza y de nacimiento, y proclama la igualdad de los hombres ante Dios, la distribucion de las penas y de las recompensas *celestes* con arreglo á las obras, y efectua en la gerarquia *terrestre* un nuevo procedimiento de distribuir empleos y grados, no segun el nacimiento, sino segun el mérito personal; siendo un testimonio brillante de ello los papas, quienes en la época de la plenitud de la institucion católica, fueron elegidos entre gente humilde, no siendo notables por otra cosa más que por su mérito. Aun cuando la sociedad llamada temporal rehusase imitar á la espiritual, era dominada por el ascendiente moral y por la enseñanza de ésta, de tal manera, que aun en medio de los esfuerzos verificados para limitar su poder, se vieron los jefes de las naciones bajar la cabeza delante de los jefes del clero, y envanecerse con el título de hijos de la Iglesia.» *Doctrina de Saint-Simon; exposicion. Primer año, 4.ª sesion.*

religion, predisponiendo para el estudio, apartando los obstáculos que se oponen á su desarrollo, perfeccionando la disciplina: hace que aquellos que no tienen fé en ella, acepten sus máximas por la educacion, por la costumbre y por las leyes.

Es engañarse el creer ver en la religion y en la civilizacion una sola y única cosa, ó el creer la una resultado de la otra. Cuando la primera tiene por base la fé, se funda la otra en hechos conocidos; cuando la civilizacion no tiene más que una mira relativa y accidental, la de la religion es absoluta y necesaria; la una tiene por ley la libertad, con cuya ayuda se va desarrollando, y la otra la autoridad por la que conserva su perfeccion. Se engañaria por lo tanto el que quisiese sujetar el cristianismo á reglas de progreso, como si no fuese más que una perfeccion de las precedentes religiones, á la que las mejoras sociales podrian más tarde llevar una más completa (7). Son los hechos el campo del progreso; pero girando la parte vital de la sociedad en la órbita del conocimiento de las ideas, no puede llegar á ningun progreso intrínseco, atendido á que el ejercicio de las facultades humanas no contiene elemento alguno que no esté comprendido en la primera intuicion del pensamiento y en la concepcion esencial de las verdades racionales.

Aunque el cristianismo, revolucion enteramente moral, no se inclinase á cambiar las relaciones y la condicion esterior del hombre, declarase por el contrario no querer tocar el edificio social, y aunque respetase las grandes injusticias de aquella época, la tirania, la esclavitud y la guerra, demuestra sin embargo desde sus principios cuanta influencia tenia en los progresos. Porque no cambiaba la sociedad, aunque sí el modo de considerarla; no quitaba los padecimientos, pero los convertia en méritos. No proponiéndose con efecto reformar el pueblo con el gobierno, sino el gobierno con el pueblo, mejoró la moral y las inteligencias, obra de civilizacion muy importante, por cuanto se encontraba íntimamente ligada por la la constitucion social. Donde domina la anarquia, la impiedad, la disolucion y el egoismo, sustituye de repente una organizacion gerárquica, la fé, la santidad y el amor generoso y universal. Aunque entonces el poder sujete y comprima á la sociedad espiritual, sufre su ascendiente virtuoso; meditando los jurisconsultos en la letra tenaz de las leyes, se sienten inclinados á pesar suyo por una influencia contraria. En esta constitucion en que el emperador y el ejército lo pueden todo, se abre paso un ejemplo de dos prendas supremas de la libertad, la eleccion y la discusion; y se emancipa á los hombres de las leyes humanas arbitrarias, para someterlos á la ley racional y divina (8).

Semejantes beneficios no fueron comprendidos entonces por los fuertes ni por los sabios. Irritados los primeros y sorprendidos de ver gentes resueltas á sostener á pesar de la voluntad imperial, la independencia de sus convicciones, se pusieron á perseguirlas primero por antipatia, sin cólera, sin miedo, sin fanatismo siquiera, por secundar la aficion del pueblo á los suplicios, y luego bajo Diocleciano con el firme propósito de su esterminio.

Tambien se apoyaba en la ley esta inmensa injusticia. Pero la ley que autorizaba las persecuciones parecia oscura aun á los mismos juristas; podia ser interpretada ó suspendida, no solo por los césares, sino tambien por los procónsules (9), último testimonio y el más sangriento de todos del poco caso que hacian los antiguos de la vida de sus semejantes.

Hacia, pues, su deber la antigua sociedad, y cumplia la moderna el suyo. Aceptan los cristianos la pena de muerte, si bien declarándola inicua: se creen mancillados por la vista del suplicio, y vedan el sacerdocio á todo el que ha matado ó ejercido el derecho de sangre (10), elevando así al más alto punto el carácter del hombre, no ya solo cuando está envuelto en la toga senatorial ó en el manto filosófico, ó decorado con el anillo ecuestre, sino tambien cuando es pobre, ignorante y hasta delincuente. Es hombre y esto basta.

Esta resistencia muda, pero constante, reveló el vigor del cristianismo. Constantino tuvo el mérito de reconocerlo y aceptar de buen grado lo que sus sucesores se hubieran visto obligados con el tiempo á sufrir por la fuerza.

Pero antes de que cesara esta lucha de tres siglos, entre los cristianos por una parte, y los césares y sus verdugos por otra, se habia suscitado un nuevo combate.

Hállanse el Oriente y el Occidente en las escuelas en frente del cristianismo, que estendiéndose sobre todos los hombres y sobre todos los intereses debia encontrar naturalmente muchas é interesantes contradicciones. Los neoplatónicos quieren elevarse á Dios, no por medio de la fe, sino por medio de la doctrina. Entonces empieza la más noble lucha que jamás se ha visto: sectas judaizantes, sectas judáicas, sectas orientales, favorables ó contrarias á los hebreos, sectas cristianas favorables ó contrarias al ascetismo, aceptando ó combatiendo la teosofia asiática; es la lucha del talento entre la teologia antigua y la moderna, entre la mitologia poética y la religion moral, entre la antigüedad decadente y el principio de la nueva era.

---

(7) Esto es lo que enseña Lessing en su *Educacion progresiva del género humano*, y lo que los sansimonianos han sostenido después con cierto aparato de ciencia.

(8) Teodosio y Valentiniano escriben: *Digna vox est majestate regnantis legibus alligatum se principem profiteri; adeo de auctoritate juris nostra pendet auctoritas. Et revera majus imperio est submittere legibus principatum.* Cod., lib. I tit. XIV, 4. Y un siglo después: *Omnes legibus regantur, etiamsi ad divinum donum pertineant.* Idem 10.

(9) Cartas de Plinio á Trajano.

(10) San Ambrosio para hacerse indigno del episcopado, asistió á un juicio capital.

A la sazon acaeció con la doctrina evangélica lo que con todas las innovaciones; tratada primero de sueño y de locura, se reconoce su sublimidad luego, si bien acusándola de plagio, pretendiendo que todas aquellas verdades provienen de Egipto, de la India y de la Academia; en fin, se adoptan todos sus principios, y sin embargo se persiste en combatirla. Mas ¡ah! ya no pesa la espada en la balanza, y la autoridad de los césares, en el apogeo de su fuerza, no quiere ya determinar la creencia; ¡tanta eficacia tuvo la palabra que distinguió los derechos de la cuchilla de los del pensamiento!

Despechada al verse contradicha la antigua literatura, parece querer adquiririr una vida artificial en los sepulcros, se obstina con energia en despertar fantásticos recuerdos, en embellecer lo pasado, en estrecharle con tenacidad cuando se le escapa de las manos. Este renacimiento tardio de las letras y de la filosofía debe colocarse entre el número de los más singulares fenómenos de la historia. El arte del estilo, que en los dias de Pericles y de Augusto elevaba á ciertos hombres á una inmensa altura sobre los demás, se habia ya perdido; y no se trata ya entre escritores, de esta perfeccion artística que hace trazar á cada cual su propio surco en el campo de la cultura intelectual. Aun en la época á que llegamos se descuida la forma por la esencia: son dos ejércitos compactos que se dan batalla en el campo del pensamiento humano, obrando uniformemente uno para defender y otro para derrocar el mundo antiguo. Hé aquí porque no desea uno tanto detenerse parcialmente en cada uno de ellos como abrazarlos en conjunto y descubrir aquel espíritu de indagacion estimulado por cuestiones de una importancia mayor que las sencillas rivalidades de escuela; esta es la causa de que pululen grandes verdades como grandes errores, sostenidos por ingenios rejuvenecidos, arrastrados entre el torbellino del siglo y el progreso universal.

La sociedad pagana tenia en su favor todas las instituciones favorables al progreso de las ideas y al desarrollo de los espíritus; y al revés, la sociedad moderna carecía totalmente de ellas, debia hacer que se derivase todo de una voluntad perseverante, de la pureza de sus creencias, de su imperio sobre los ánimos, de la necesidad que tenian de propagarse, de tomar posesion del mundo.

Y sin embargo la victoria no permanece largo tiempo dudosa; todo anuncia que la sociedad antigua está herida en el corazon. Solo que, á semejanza de aquellos héroes de la Edad Media, que continuaban combatiendo tres dias después de muertos, se sostiene aun por su propia mole; pagana en el fondo hasta cuando se hace cristiana esteriormente, prolonga una existencia artificial en un todo, hasta que los bárbaros llegan á quemar los restos de aquel inmenso cadáver, á fin de que su putrefaccion no infeste la tierra.

LIBRO SÉPTIMO

BAJO IMPERIO.—La Germania.—Constantino y sus sucesores.—Nueva constitucion.—Reaccion del paganismo.—Triunfo del catolicismo.—Division del Imperio.—Invasion de los bárbaros.—Fin del imperio de Occidente.—La Iglesia.—Literatura profana y sagrada.

CAPÍTULO PRIMERO

LA GERMANIA.

Hallábase, pues, dividido el mundo en tres grandes imperios: romano, persa y chino. Separado el último por un espacio inmenso y por una multitud de pueblos bárbaros, ejercia su influjo á la estremidad del Asia, sin conocer los otros dos más que por algunas incursiones de los partos y por las relaciones de su comercio que sustentaba el lujo de Roma. Habíase desarrollado el poderio de los persas, llegando quizá á ser tan formidable como lo es actualmente el poderio de los rusos, y pareciendo el único que se hallaba en estabo de rivalizar con el del Capitolio. El despotismo oriental que reinaba en aquellas comarcas se oponia á que pudieran ser contados sus moradores entre el número de los pueblos civilizados, aun cuando les separasen de los bárbaros las artes de la paz y el refinamiento del lujo: allí las leyes mantenian el órden, pero sin prosperidad pública ni justicia; la cultura intelectual tenia por objeto, no la ilustracion, sino la lisonja; alejábase la religion de la idolatria lo bastante para tranquilizar la razon, y muy poco para purificar los afectos.

Hermanos de aquellos pueblos orientales los del Norte debian ser más funestos á Roma que los cuarenta millones de hombres que prestaban obediencia al rey de los reyes. Vírgenes todavia y vigorosos, aguardaban la señal de Dios para arrojarse sobre Roma y vengar al universo.

Desde el origen de las sociedades políticas la raza denominada indo-germánica se estendió sobre la haz de la tierra en diferentes direcciones. Encaminándose hácia la Persia, la India, el Tíbet, crearon allí ó conservaron una civilizacion cuyos vestigios consultan ahora los sabios en los Vedas, en los poemas inmensos del Ramayana y del Maha barata, en el Zendavesta, así como en los templos-grutas y en las pagodas, ó en las ruinas de Chil-Minar, Ninive y Babilonia.

Otros costeando el mar Negro y el mar Caspio se diseminaron desde la Siberia hasta el Ponto Euxino é inundaron la Europa por tres puntos. Cruzando parte de ellos las montañas de la Tracia, la Macedonia y la Iliria, llegaron á fijar su asiento en medio de los olivares y de los laureles de la Grecia. Bajo la influencia de aquel suave clima, aspirando aquel límpido ambiente, templada su imaginacion fogosa por el sentimiento armónico, rayó allí en el más perfecto tipo de lo bello. Pero en la época á que llegamos ha terminado su mision la raza griega, y no se envanece ya más que con sus recuerdos, mientras que en el teatro político aparecian las razas de los godos y de los teutones, que una larga separacion ha hecho del todo diferentes, aun cuando el lenguaje atestigue todavia un comun origen. Cuando los germanos llegaron á Europa la encontraron ocupada por tres emigraciones anteriores, la de los iberos, la de los fineses, y la de los celtas. Ya los primeros se habian circunscrito á España; los otros se habian esparcido hacia el Báltico, en tanto que ocupaban el centro de Europa los celtas, que, vencidos tal vez por los germanos, se lanzaron hasta Italia.

Pudieron efectuar los germanos este tránsito hácia el año correspondiente á catorce siglos antes de J. C., y en el espacio de ocho ó nueve siglos se derramaron desde el Dniester hasta el Prut y por todo el pais entre los montes Urales y Carpatos. Inclinándose de continuo á Occidente y arrollando á los cimbros, si bien empujados á su vez por los eslavos, encontraron en tiempo de Augusto la barrera del imperio romano: tornáronse, pues, contra los eslavos, y después de haberles repelido, les fué dado fijar su residencia de una manera estable.

A la sazon ocupaba la raza gótica las selvas de la Escandinavia: ejercitaba la raza teutónica su natural vigor á orillas del Rhin y del Elba, y, confiando en su indómita bravura, conservaban cuidadosamente su independencia.

Los primeros germanos conocidos de los romanos son los puestos avanzados que César encontró en las fronteras de la Galia; errantes, desordenados, sin propiedad ni agricultura, ni más afan que la destruccion. Tácito los conoció en las dos orillas del Rhin y á pesar del desórden de la emigracion, reconoció en ellos caractéres de prosperidad y de belleza. Sabe además que detras de estas poblaciones movibles, existen otras fijas, con trabajo, propiedad, bienes hereditarios y culto público; pero sus conocimientos se detienen como los ejércitos romanos, en el Elba, y no conoce de allí más que los nombres. Entre estos nombres, sin embargo, distingue los *gottones*, rama de la gran nacion de los gético-godos, y los *suiones*, padres de los suecos y de los escandinavos.

Estas dos naciones tenian tradiciones antiguas, y por su idioma nos es fácil distinguir las dos razas. Con efecto, la de la primera se halla divulgada en las islas y en las penínsulas septentrionales; llevada desde allí á Islandia por los normandos conservó su originalidad hasta el punto de ser llamada en lo sucesivo islandesa, á la par que se alteró en los tres reinos del Norte, dando cuna á muchos dialectos; aproximándose más á su origen en las islas Féroe, alejándose luego poco á poco en la Suecia, en la Noruega, hasta que se mezcló completamente en Dinamarca, en una proporcion igual con el idioma teutónico.

Este último hubo de dividirse en alto y bajo teuton desde muy largo tiempo: al primero se enlazan el bávaro, el borgoñon, el franco, el longobardo; subdividióse después el otro en alto sajon, en anglo-sajon y en frison: nos quedan del primero de estos algunos documentos de los siglos octavo y nono en Sajonia, en Westfalia y en los Paises Bajos: se refiere al segundo la lengua hablada en Inglaterra durante el mismo período; al tercero los demás dialectos que nacieron en el sudeste de la Gran Bretaña en el siglo décimo tercio y en el siguiente.

Sin embargo, en apoyo de estas divisiones solo tenemos conjeturas, atendido á que los obstinados estudios de muchos sabios filólogos alemanes no nos han suministrado todavia una clasificacion precisa (1). Todavia supieron menos los antiguos distinguir tales poblaciones: unas veces aplicaron el nombre genérico á una tribu particular y viceversa; otras tomaron por un nombre propio el de una federacion, ó una designacion espresiva de alguna circunstancia de localidad ó de costumbres. Por eso llamaron á una poblacion particularmente con el nombre de dacios, que en nuestro sentir abarcó antiguamente á toda la inmensa nacion que hacia la guerra á Roma desde las riberas del Eufrates á las del Rhin *(Deutsch)*, y cuyos caractéres hemos notado más arriba (2).

No fueron reconocidos como una nacion particular por griegos ni romanos los que se establecieron al Norte de Europa. Primero los confundieron con los escitas, denominando á veces de este modo á cuantos habitaban al Norte del Ister y del Ponto Euxino, hasta cuando desaparecieron los escitas de la historia mezclándose con los sármatas ó cuando se vieron empujados al Nordeste de la Rusia. Bajo Augusto los romanos tuvieron que habérselas con los pueblos de las inmediaciones del Danubio, y los distinguieron con el nombre de germanos, aplicado probablemente por los galos á alguna horda procedente del otro lado del Rhin. Desde entonces fué comun esta denominacion á toda la nacion que

---

(1) Véanse:
TÁCITO, *De situ, moribus et populis Germaniæ.*
CÉSAR, *De bello gallico.*
PLINIO, *Historia natural.*
POMPONIO MELA, *De situ orbis.*
ANTON.—*Geschichte der Germanen.* Leipzig, 1793.
MAIER, *Germaniens Urverfassung*, 1798.
ROGGE.—*Das Geschichtswesen der Germanen.* Halle, 1820.
BARTH, *Deutschlands Urgeschichte*, 1820.
EICHHORN.—*Deutsche Staats und Rechtsgeschichte.* Gottinga, 1821.
MAUERER.—*Geschichte des Altgermanischen Gerichtsverfahrens.* Heidelberg, 1821.
WILHELM.—*Germania und seine Bewohner.* Weimar, 1823, con dos mapas.
LUDEN.—*Gesch. des Deutschen Volks.* Gota, 1826.
GRIMM.—*Deutsche Rechtsalterthümer.* Gottinga, 1828.
LEDEBUR.—*Das Land und Volk der Bructerer.* Berlin, 1827.
PFISTEB.—*Gesch. der Deutschen.* Hamburgo, 1829.
PHILIPS.—*Deutsche Geschichte.* Berlin, 1832.
G. KLEMM.—*Handbuch der Germanischer Alterthumskunde.* Dresde, 1836.
SCHLOEZER, *Historia del Norte* (aleman).
ADELUNG, *Historia antigua de los teutones* (aleman).
STRITTER, *Memoriæ populorum ex historiis byzantinis erutæ.*
HALLING.—*Historia de los escitas y de los alemanes hasta nuestros dias.* Berlin, 1835.

(2) Véase t. I, pág. 377.—El orígen persa de los dacios puede apoyarse en numerosos monumentos relativos á Mitra, que se encuentran en la Transilvania. Pueden verse en HEYNE, *Beyträge zur dacischen Geschichte.* Hermanstadt, 1836.

moraba en el primer siglo desde el Rhin hasta los montes Carpatos y el Vístula, desde el mar Báltico y desde el mar Germánico hasta el monte Cetio *(Kalenberg)* y el Danubio; y no se habla aquí de los diferentes pueblos esparcidos á lo largo de este último rio hasta el Euxino, ni de los que se hallaban establecidos en la Escandinavia.

Estas diversas poblaciones, que se daban quizá á sí propias el nombre de dacios *(Deutsch?)* ó de teutones, en general, sacaban de circunstancias particulares sus denominaciones especiales; así los suevos, de *sehweifen*, errar ó de *swe, see*, mar: los sajones, de *sitzen*, estar sentado, ó de *sachs, sahs*, espada corta: los longabardos, de sus alabardas y de sus largas barbas: los francos de *franke*, lanza (3): los marcomanos á consecuencia de residir á la inmediacion de la frontera (*marca*); los vándalos, de *wand*, agua, porque moraban tal vez junto al mar ó á orillas de un caudaloso rio.

Pero aun estos nombres están mal determinados, y nace una nueva confusion de la costumbre que tenian los antiguos de atribuir á los pueblos débiles y vencidos el nombre de la nacion prepotente y victoriosa. Así Plinio (4) llama víndilos á todos los pueblos del Nordeste de Europa, porque los vándalos dominaban allí entonces, á la par que César coloca á muchas de aquellas tribus entre los suevos, poderosísimos en su tiempo.

No estamos ciertos de que hayan existido realmente las federaciones mencionadas por algunos autores: como la de los isvetones, á la cual pertenecian los queruscos, y fué denominada enseguida de los francos; la de los ingevones, comprendiendo á los frisones y á los caucios, y llamada posteriormente de los sajones: la de los ermiones, de que formaban parte los suevos, los marcomanos, después los alemanes; y la de los germanos orientales, subdivididos en burgundos, gépidos, vándalos y godos. Estas federaciones, análogas á las de los antiguos etruscos y á las de los modernos suizos, hubieron de formarse, segun su aserto, para asistir al poder romano, y más tarde para destruirlo.

Verdaderamente no encontramos en aquellas comarcas más que una multitud de naciones alternativamente enemigas ó aliadas, segun la necesidad del momento, cuyas vicisitudes seria tan imposible seguir como las mudanzas que hace sufrir el soplo de los vientos á la abrasada superficie del desierto.

Sin embargo parece que hácia el segundo siglo predominaron algunas de estas poblaciones sobre las otras, de manera que constituyeron ocho naciones, que hubieron de ser las de los vándalos, burgundos, longobardos, godos, suevos, alemanes, sajones y francos.

Sajones.—No menciona Tácito á los sajones (5), que más tarde disputaron á Carlo-magno el imperio del Norte; y apenas indican los mapas de Tolomeo la Península Címbrica y las tres pequeñas islas hácia la embocadura del Elba, de donde salió este pueblo. Empezó por aventurarse al mar en barquillas chatas y ligeras (6), á propósito para remontar hasta cien millas y más la corriente de los rios, y para ser trasladadas de uno á otro. Antes de abandonar la ribera enemiga inmolaban con tormentos atroces la décima parte de los prisioneros, que se sacaban á la suerte. Dedicándose enseguida á hacer el corso, se lanzaron á alta mar y amenazaron la Galia y la Bretaña. Vióseles remontar en el Sena y el Rhin, trasladar sus barcas hasta el Ródano, descender al Mediterráneo y tornar á ganar por las columnas de Hércules sus helados paises.

Poco numerosos al principio, cuando se hubieron enriquecido con la piratería y señalado por su bravura, hallaron entre los pueblos del Báltico innumerables compañeros para sus espediciones. Estos adoptan su nombre; y habiéndose unido á ellos en virtud de matrimonios por la comunidad de peligros, por la obediencia á unos mismos jefes, resultó de aquí la liga de los sajones. Llegó á ser tan formidable, que uno de los seis condes del imperio carlovingio estaba destinado especialmente á la frontera sajona (*comes littoris saxonici per Britanniam*) con tropas especiales para la defensa de las costas espuestas á las agresiones de los piratas. Aquella frontera comprendia todo el litoral de la Bretaña continental, donde tenia este conde su residencia, las costas de la Galia al Norte y al Occidente, el Paso armórico y el nevicano (*Normandia*), lo cual formaba cinco provincias, con más la segunda Bélgica.

Cuando cambiaron los francos de patria pasaron los sajones el Elba, y entrando en la Francia primitiva entre el Weser y el Rhin, sometieron ó se asociaron á los que habian quedado en aquel punto; después dieron al pais el nombre de Sajonia. Dividiéronse allí en ostfalianos ó sajones orientales en el Hannóver, westfalianos occidentales y angrianos, habitando el pais intermedio á lo largo del Weser

Suevos.—Los suevos, ora como nacion particular, ora como confederacion de muchos pueblos, ocupaban el alto Danubio y el alto Rhin, dilatándose hasta las orillas del Vístula y del Báltico. Inquietos y aventureros los hallamos en muy diferentes pai-

---

(3) *Framea.* Otros han pretendido sacar su nombre de *franco* significando hombre libre; pero no aparece que se usara de esta significacion entre los teutones. Algunos dicen *Franci a feritate,* etimologia en cuyo punto vienen *frek, frech, vrek, vrang,* que en los dialectos germánicos significan precisamente, duro, áspero, feroz.

(4) *Hist. nat.*, IV, 28, 2.

(5) T. MOELLER.—*Saxones; comm. historica.* Berlin, 1830.

(6) *Quin et Armoricus piratam Saxona tractus*
Sperabat, cui pelle salum sulcare britannum
Ludus, et assuto glaucum mare findere lembo.
SIDONIO, *Paneg. Aviti*, 369.

ses (7). Posteriormente una parte de ellos se une á los alanos y á los vándalos para invadir la Galia y España: otros se encuentran mezclados con los alemanes, y se confunden ambos nombres.

Entre los suevos y los sajones se hallaba la residencia de los francos, de que hablaremos, como de los godos, muy pronto con el debido detenimiento.

Longobardos.—Agotadas las fuerzas de los queruscos por la generosa tentativa de Herminio y su mal resultado, dejaron á los longobardos invadir el pais más arriba del alto Weser y ganar hasta el Rhin. Desde allí bajaron más tarde á Italia para reinar en ella.

Vándalos.—Ardia la guerra contra los marcomanos cuando los vándalos se acercaron tambien al imperio. Es de creer que habitaron parte de la Bohemia y de la Lusacia, dividiéronse enseguida en dos bandas, una de ellas se dirigió al Occidente con su antiguo nombre, otra hácia el Oriente con el de hastingos. El grueso de la nacion permaneció en el pais hasta principios del siglo v (8).

Borgoñones.—Los burgundos ó burgundiones, hermanos de los vándalos (9), residieron primeramente entre el Viadra y el Vístula, pero asaltados por los gépidos en el siglo III, cruzaron la Germania y se establecieron al lado de los alemanes, con los cuales hicieron frecuentes guerras por la posesion de varios territorios y de diversas salinas.

Entre los germanos eran los de estatura más elevada y de costumbres menos feroces, lo cual hizo que la Galia no tuviera que padecer á consecuencia de sus irrupciones: fueron fieles aliados para el imperio (10). Amando sobre todo la libertad, vivian por tribus, obedeciendo á *hendinos* ó ancianos, á quienes deponian cuando las malas cosechas ó algun desastre eran para ellos un testimonio de que eran reprobados por los dioses.

Sármatas.—Hay que contar además á los sármatas, á quienes Herodoto, que los menciona antes que otro alguno, hace nacer de los escitas y de las amazonas (11). Hipócrates los señala tambien como de raza escita; dice que son morenos, de pequeña estatura, gruesos, de complexion linfática y muelle, poco fecundos (12). Cuando Mitrídates se proponia entrar en Italia por el Nordeste, de donde vinieron enseguida los godos, escitó á los sármatas á cruzar el Tanais, y á anonadar á los escitas, lo cual realizaron á costa de grandes esfuerzos; y entonces se estendieron desde las riberas de aquel rio hasta las montañas de la Transilvania por una parte, y hasta la embocadura del Vístula por otra, revolucion á que aludia Plinio, diciendo: «Ha desaparecido el nombre de los escitas, cediendo el puesto al de los germanos y sármatas (13).» Esta horda conquistadora, que dió su nombre al pais que habia avasallado, no destruyó las poblaciones primitivas, andaba errante, á caballo los hombres, en carros cubiertos con pieles las mujeres y los niños, llevando por delante sus rebaños y viviendo de leche, de carne, de pastas y de mijo, y á veces hasta de la sangre de sus corceles. A falta de hierro cubrian sus armaduras con garras de aves y cuernos de animales. Completamente estraños á los combates á pié, llevaban en pos de sí dos ó tres caballos para montarlos cuando el primero se rendia á la fatiga. Independientemente de las flechas y de la lanza se servian de ciertos nudos corredizos con los cuales cogian á los hombres como en una trampa. Obligaban á pelear á las mujeres, y la que no daba muerte á un enemigo era notada de infamia. Sacrificaban hombres y caballos al dios de la guerra, representado bajo la figura de una espada.

Entre el número de las poblaciones sármatas que descendieron á Europa, se mostraron especialmente temibles los roxolanos y los yazigos; viéronse los romanos en la necesidad de levantar contra aquellos infatigables saqueadores una muralla entre el Teis y el Danubio, sin que por eso alcanzaran sosiego.

Constitucion física.—Hacian rigurosísimo el clima de la Germania sus pantanos sin número, las selvas de abetos con que estaba cubierta y que parecian más á propósito para guarida de fieras que para morada de hombres. Cecina se metió por un vasto aguazal de que actualmente no queda rastro. Sidonio Apolinario nos dice que el Elba recorria una pantanosa cuenca; otro tanto debia acontecer con los demás rios caudalosos cuyas furiosas avenidas se estendian á lo lejos.

Cubria la selva Herciniana las dos terceras partes de la Germania: la selva llamada Carbonaria, la mitad de la Galia Bélgica; y la Selva Negra, el Spessart, el Hartzwald, y los bosques que se prolongan desde la Turingia hasta la Bohemia, no son mas que débil rastro de aquella. Los uros, las dantas, los bisontes, confinados actualmente á Polonia y á Suecia, se multiplicaban allí á porfia. Pastaban los animales domésticos, flacos y disformes, aunque numerosos, en inmensas llanuras cubiertas de mul-

---

(7) Además de la Suabia, otros tres paises conservan todavia su nombre; uno en las cercanias de Amberes, otro hácia Sissek, entre el Drava y el Sava; este pertenecia á los ostrogodos de Italia. Por último, se llamaba Canton de los suevos (*Schewa-Gau*), aquel en que Sigeberto estableció en 568 seis mil suevos para oponerse á las invasiones de los sajones en el Harz, es decir, en los paises de Halberstadt, Mansfeld, Stolberg y Hohenstein.

(8) Véase Luis Marcus.—*Historia de los vándalos desde su primera aparicion en la escena histórica, hasta la destruccion de su imperio en Africa.* Dijon, 1836.

(9) Plinio, *Hist. nat.*, IV, 28.

(10) Paulo Orosio, VII, 32.

(11) Herodoto, IV, 110, 117.

(12) *De aqua et locis*, cap. 6.

(13) *Hist. nat.*, IV, 26, 2. Véase Bayer, *Conversiones rerum scythicarum.* Memorias de la Academia de San Petersburgo.

titud de gansos; y no crecian trigo, cebada, ni árboles frutales en las colinas ornadas ahora de viñedos.

El hombre de alta estatura, y muy robusto, con los ojos azules y la cabellera roja (14), vivia de lo que producia la tierra, de carne y de leche sin preparacion ninguna, y de una bebida fermentada. Se cubria con pieles y toscos tejidos de lana ó de lino: gastaban los ricos vestidos ajustados, los pobres un manto que dejaba desnuda gran parte del cuerpo, las mujeres una túnica blanca adornada con cintas.

Habitaban en chozas separadas, en los lugares donde les atraia un manantial, una selva, un pasto. Algunos buscaban albergue contra el invierno ó contra el enemigo en grutas subterráneas, que todavia se encuentran actualmente; hallábanse pocas ciudades, y ninguna de ellas estaba ceñida con murallas. A veces rodeaban su territorio vastas soledades, uso que tambien se advierte entre los salvajes de América, y que tenia por objeto inspirar terror precaviéndose contra las agresiones repentinas. Estos hábitos impedian que entre aquellos pueblos se pudiera establecer y consolidar un órden político fundado sobre el régimen municipal como entre los griegos y entre los romanos. Prohibíanse á los suevos las habitaciones fijas, algunos ni aun conocian la propiedad inmueble; pero todos los años se distribuia á cada familia una porcion de terreno proporcionada al número y á la clase de sus miembros; hecha luegò la cosecha (15), volvia á la comunidad la tierra (*allmende*). Era, pues, fácil desalojar á las tribus siempre que un motivo particular lo hacia necesario. Sin embargo, los sajones, los burgundos y otras tribus prefirieron á la vida nómada la vida agrícola y sedentaria. Otros tenian costumbre de renovar las tierras dejándolas baldias cada tres años, uso que se conservó en la alta Germania.

Tradiciones.—No tienen los germanos ninguna historia propia, sino solo algunas tradiciones que han sobrevivido y documentos posteriores en que se han fundido algunas de ellas. Hablaron de ellos los latinos y los griegos, primeramente por las relaciones de los viajeros, después á causa de sus invasiones en tiempo de los Brenos; más tarde cuando fué llevada la guerra á su pais en la época de César; y por último, cuando se desbordaron sobre el imperio. De consiguiente son diversísimos los relatos concernientes á ellos, debiendo cambiar naturalmente en el intérvalo su condicion esterior é interior. Además, los latinos no comprendian tampoco una sociedad tan diferente de la suya, ó bien la reducian á una significacion muy distante de la verdad (16).

Las leyes redactadas por los germanos después de su establecimiento en el territorio romano, participan de su índole primitiva, si bien con alteraciones que son resultado de su emigracion del suelo nativo y de las nuevas relaciones contraidas con los vencidos. Otras han sido recogidas tardiamente entre los pueblos residentes en sus hogares (17). Por lo que hace á las tradiciones, además de que son vagas, bosquejan quizá hechos estremadamente antiguos, habiendo contribuido durante cierto tiempo á constituir la sociedad en un estado no conocido por nosotros.

Es, pues, lanzarse á lo falso tomar sin distincion rasgos de los unos y de los otros, creyendo hacer de este modo el retrato de los germanos en el tiempo en que tan interesantísimo es para nosotros estudiarlos, es decir, al verificar su gran invasion.

Religion.—A diferencia de los galos no tenian los germanos una casta sacerdotal que reuniera en el ejercicio de un culto sistemático las poblaciones diseminadas. Por eso sus tribus aisladas y errantes en medio de naciones diferentes alteraron sus creencias hasta tal punto, que ha sido imposible hasta ahora á los eruditos reducirlas en conjunto á un pensamiento. Tácito y César nos presentan sus divinidades bajo el nombre de dioses griegos. Más fiel el Edda recogió las tradiciones nacionales, si bien cuando ya esta religion se habia estinguido (18). Su mitologia, conforme al carácter del

---

(14) *Hic ego cui recitem nisi flavis scripta Corallis,*
Quasque alias gentes barbarus Ister habet?
OVIDIO, de Pont., IV, 2.
Mixta sit hæc (gens) quamvis inter Grajosque Getasque,
A male pacatis plus habet ora Getis.
Vox fera, trux vultus, verissima Martis imago,
Non coma, non ulla barba, resecta manu.
Trist., V, 7.

(15) Todavia subsiste este uso en la isla de Cerdeña, y los esfuerzos del gobierno para desarraigarlo, chocan en obstáculos invencibles.

(16) Ya hemos hablado anteriormente de la *Germania* de Tácito.

(17) Como el *Sachsenspiegel*, ó espejo de Sajonia (1215-1235), y el *Schwabenspiegel*, ó Espejo de Suabia (1268-1282).

(18) Sobre la mitologia y la poesia germánicas pueden ser consultados:

Studien von DAUE *und* CREUZER, 4 tomos.

GRIMM, *Sobre el orígen de la antigua poesia alemana y sobre sus relaciones con la del Norte.* Nos ofrece semejanzas sorprendentes entre las tradiciones de Asia, de Grecia y de las regiones septentrionales.

Entre los que han publicado y comentado el Edda, merecen ser consultados:

NYERUST (danés).—*Diccionario de la mitologia escandinava.* Copenhague, 1816.

P. E. MUELLER.—*Sagabibliotek.* Berlin, 1816.—*Edda, oder die Achthait der Asalhere.* Copenhague, 1812.

MUENTER, *Die Odinische religion.*

Entre los alemanes han tratado tambien este asunto en obras y en periódicos: los hermanos GRIMM, *Deutsche Mythologia.* Gottinga, 1835. BUSCHING, DOCEN, BARTH, *Die Altdeutsche Religion.* Leipzig, 1835; LACHMANN, HAGEN, GOTTING, GOERRES, BENEKE...

MONE ha publicado una mitologia del Norte más com-

pueblo, es esencialmente belicosa, y tambien hallamos que tiene por principio un solo Dios (*Got, Goodae*) *Allfader*, es decir, el Padre universal, que se descompone enseguida en otros muchos. Todavia conservan los dias de la semana en las lenguas inglesa y alemana los nombres de los dioses Tyr, Wodan, Thor y de la diosa Freya, que corresponden cabalmente á los planetas visibles en este hemisferio, Marte, Mercurio, Júpiter, Vénus, y dispuestos en el mismo órden, lo cual es todavia más sorprendente.

Ofrecian á Herta, la tierra, sacrificios humanos cerca de un lago situado en la isla de Rugen (19), y que traia su nombre del de la diosa. Allí se arrojaban vivos un mancebo y una doncella.

Además de los dioses de que hemos hablado, cada tribu tenia los suyos, y adoraba, ora á las potestades de la naturaleza, á estilo de los persas, ora á los héroes y al genio del pais bajo el nombre de Irminsul. Si quisiéramos consultar el Edda y las tradiciones islandesas, hallaríamos más de un punto de analogia entre las religiones escandinavas y las de Oriente. Pero el clima del Norte empobrece el cielo de divinidades y de delicias: no puede ofrecer más que la caza y el aguamiel á miserables dioses, vencidos por gigantes, espantados por el lobo Fenris, y obligados á recurrir á Lohis su enemigo, á fin de libertarse de las emboscadas con que se les intimida. Todos estos dioses envejecen: morian en el caso de no poseer las manzanas del Iduna, y cuando lleguen á faltarles perecerán con el universo.

---

pleta; *Geschichte des Heidenthums in Nordliches Europa*. Leipzig, 1822.

Véase tambien ENRIQUE LEO, *Ueber Odins Verehrung in Deutscland*. Erland, 1822, y MAGNUSEN, *Veterum borealium mythologiæ lexicon*. Copenhague, 1828.

W. MUELLER, *Geschichte der deutschen Religion;* GEYER, *Svea rikes Hæfder*.

(19) «Esta isla del bosque sagrado, dice un autor contemporáneo, subsiste todavia en el mar Báltico, de que es el más bello ornamento, su nombre es Rugen, y se habla allí la lengua de los germanos. Otra raza y otro dios han sucedido á los antiguos, si bien sobrevive la tradicion. Enséñase todavia al extranjero el bosque sagrado donde se congregaban en otro tiempo para celebrar en la primavera con toda clase de juegos la fiesta de la diosa Tierra, y de donde el sacerdote salia en procesion sobre un carro enmedio de las alegres aclamaciones de la muchedumbre. Aun subsiste el mar de Herta con sus profundas y tranquilas aguas: es un estanque circular rodeado de colinas y de espesos céspedes y á que prestan sombra frondosos árboles, cuyo aspecto produce cierto estremecimiento religioso. Entorno habitan pocos seres animados. Solo perturban aquel solemne silencio el ruido de un rebaño, una gallineta, un cuervo marino que se alza en medio de las cañas. Al estremo septentrional está la antigua aldea con sus altos muros, y la calle de árboles en que se veneraba la imágen de la diosa. Aquel sitio se halla actualmente invadido por los juncos, si bien recuerdan los antiguos tiempos fragmentos de altares y piedras del sacrificio. A distancia de mil pasos se descubre el mar, el promontorio de *Stubben-Kammer* y el *Konigstul* con sus altas columnas.

Al principio eran la noche y el caos, pero el Allfader criador existia desde toda eternidad en el vacio inmenso. Produjo la tierra de Ginungapap, toda cubierta de hielos, y la de Muspeleim, de suelo abrasado, custodiada por Surtr, que vendrá un dia armado con su espada fulminante á combatir á los dioses y á reducir el mundo á cenizas. Penetra el calor de Muspeleim y hace que se derritan los hielos del Norte; de allí nace el gigante Imer, nutrido por cuatro torrentes de leche, que son producidos por la vaca Odumbla. Una noche engendra Imer un hombre y una mujer por el brazo izquierdo: por los piés da á luz un mancebo, tronco de los gigantes Rimtursos. Lamiendo Odumbla una piedra, cubierta de carámbanos, hace brotar el primer dia cabellos; el segundo, una cabeza; el tercero, un hombre, Bor. Habiéndose casado éste con la hija de un gigante engendró á Odin, á Vili y á Ve, que habiéndose coligado, dieron muerte á Imer. Su sangre manando á oleadas ahogó á los gigantes, á escepcion de uno que huyó con su mujer dentro de una barca, y fué á otra parte á propagar su raza. La carne de Imer sirvió á los hijos de Bor para formar la tierra: con su sangre hicieron los lagos y los mares, con sus huesos las montañas, con sus dientes las piedras, con su cráneo la bóveda celeste, sostenida por cuatro enanos, con sus sesos las nubes, con sus cejas una empalizada para protegerles contra los gigantes, con las chispas de fuego procedentes de Muspeleim, los astros y las estrellás.

En el pais de los gigantes vivia Nor, que dió al mundo la noche (Nott), esta al dia (Dagr). Recorre la noche el cielo sobre un corcel que sacude su freno á cada paso, y la espuma que arroja es el rocio. Cabalga el dia en un caballo fogoso y su crin ilumina la tierra. El sol y la luna son dos hermosos niños, arrancados por Odin á su padre, que huyen acosados continuamente por dos lobos que amenazan devorarlos.

Yacia desierta la tierra cuando pasando por la ribera del mar los dioses vástagos de Asgard vieron dos ramas flotantes: las recogieron y formaron á Ask y á Ambla, á quienes Odin dió el alma y la vida, Lodur la sangre, la palabra y los sentidos, Enir el espíritu y el movimiento: fueron colocados en el Midgard enseguida.

Se reunen los dioses en consejo bajo Igdrasil, el fresno más grande que existe: sus ramas cubren la tierra, su copa hiende el cielo, profundizan hasta el centro de la tierra sus raices, tocando una de ellas en el infierno, otra en el pais de los gigantes, la tercera en la morada de los dioses. En el pais de estos brota el manantial de la sabiduria, perteneciente á Imer. No pudo gustarlo Odin sin perder un ojo. Muy cerca se hallaba la fuente de lo pasado, donde se congrega el concilio celeste y pronuncia sus fallos; allí *las tres nornas* ó parcas, *Urd, Verdandi, Schuld* (pasado, presente, venidero), retuercen con sus callosos dedos el hilo de la vida de los hombres, lo devanan en rededor de su

enorme rueca, y lo cortan con tijeras de hierro. Posa sobre las ramas del fresno el águila que sabe una infinidad de cosas: al pié roe una serpiente las raices, y de uno á otro de estos animales corre una ardilla sembrando la desconfianza entre ellos; y cuatro ciervos que recorren las ramas, devoran los gérmenes: cuando amanezca el crepúsculo de los dioses (el fin del mundo) no se hará otra cosa que sacudir este árbol.

Habitan los dioses moradas esplendentes con muros de oro y techos de plata. Odin tiene además una ciudad brillante como el sol, en rededor de la cual vuelan los *elfos*, espíritus alados y luminosos. Construyeron los dioses el arco iris para comunicarse con la tierra; en medio estorba el paso á los gigantes un surco de fuego. Cotidianamente lo sube y lo baja la divina familia á caballo. Solo Thor está obligado á seguirles á pié por ser tan pesado que ningun corcel podria sostenerle. El primero de los doce grandes dioses es Odin, señor de las batallas, criador, destructor: preside la asamblea celeste en un alto asiento, desde donde vé cuanto acaece en el mundo. Tiene doce nombres y ha usurpado el de Allfader; cruza los aires sobre un caballo de ocho patas; los combatientes le consagran las almas de aquellos á quienes dan muerte. Pasa invisible á través de los batallones; pero el ardor que inspira al alma de los héroes da señal de su presencia. Se aleja de los vencidos y presta su lanza á los vencedores; terminada la batalla, las *valkirias*, hermosas y robustas mujeres que presiden á los combates, conducen cerca de él las almas de los que han perecido como valientes. Lleva sobre sus hombros dos cuervos, que toman vuelo todas las mañanas, recorren la tierra y tornan al mediodia á contarle al oido cuanto han visto.

Odin.— Quizá se confunde equivocadamente á Wodan con Odin, porque en la fórmula de abjuracion impuesta más tarde á los sajones, se les hacia decir: «Renuncio á todas las obras y á todas las palabras diabólicas, á Tuanaer, á Wodan, al sajon Odin, y á todos sus malditos compañeros.» (20) En esta trinidad, Odin es distinto del dios del trueno y de Wodan, y designado como sajon: pero los laboriosos alemanes no han podido llegar á sacar su historia de los monumentos tradicionales. Se ha conjeturado que desde la Suecia habia pasado á establecerse en Sajonia, quizá 70 años a. Cristo, donde habia fundado á Sigtuna, capital del nuevo reino, cuyos príncipes debian ser descendientes suyos. Quizá nació poco antes que Jesucristo, en la época en que los romanos no temian á la Germania, ni la amenazaban, lo cual hizo que ignoraran completamente la revolucion que consumó Odin en medio de aquellas selvas (21). Guerrero y poeta, introdujo grandes cambios en las creencias del pais é impuso con ayuda de sus cantos y de su espada una nueva mitologia, ó tal vez no hizo más que modificar la antigua.

Fundándose otros en débiles presunciones, le hacen proceder del Asia en la Escandinavia á la cabeza de una poblacion espulsada de sus hogares por Mitrídates. Es más probable que el nombre de Odin se atribuyera á muchos personajes, de los cuales el último, vástago de la raza gótica cuando ésta empezaba á abrazar el cristianismo, restableció las costumbres y las creencias nacionales, retirándose al centro de la Germania. Añádese que para enseñar el desprecio de la muerte se atravesó con una flecha y espiró. Una magnífica hoguera recibió sus despojos mortales y fué colocado en la categoria de los dioses, cuyos misterios habia conservado.

Es de creer que este reformador conoció y practicó los prestigios, que todavia actualmente dan celebridad á los chamanes de la Siberia, y á los angerocos de Groenlandia. A esto alude el Edda en el siguiente pasaje: «Sabe curar las enfermedades, embotar el acero del enemigo, quebrantar las cadenas de los prisioneros; su mirada detiene la flecha en los aires; hace caer sobre los demás las imprecaciones fulminadas en contra suya. Apaga los incendios y estingue la cólera en el corazon del enemigo, impera sobre el torbellino, calma el furor de las olas; el poder de su mirada fascina á los espíritus malignos; vuelve la vida á un ahorcado. Hace á un niño invulnerable, derramando sobre él algunas gotas; si aspira al corazon de una doncella de blancas manos, cautiva sus pensamientos á su antojo.»

Después de Odin viene Thor, el dios de la fuerza y del trueno, el enemigo de los monstruos y de los gigantes. Lleva manoplas de hierro que no podria gastar otro alguno, un cinturon que duplica su vigor, una clava de poder maravilloso, que arrojada lejos vuelve á él; tiene un carro tirado por dos machos cabrios, y cuando le hace correr se oye el trueno.

---

(20) Esta renuncia al paganismo, impuesta por Carlomagno á los sajones, era un monumento del antiguo lenguaje:

¿Forsachis tu diobolae?
R. Ec forsacho diobolae.
¿End allum diobolgelde?
R. End ec forsacho allum diobolgelde.
¿End allum dioboles werkum?
R. End ec forsacho allum dioboles werkum, end wordum: Thuanaer end Woden, end saxn Ote, end allem them unholdum, the hira genotas sint.

Sigue la profesion de fe. Ap. PERTZ, II.

(21) Estrabon y Jornandes hablan de un *Cæneus* ó *Decæneus*, que bajo la dictadura de Sila se dirigió cerca de Birebisto, rey de los getas, y adquirió un poder igual al suyo. Estendió la dominacion de los getas sobre la mayor parte de la Germania, dió leyes, enseñó la filosofia, la moral, la física, la astronomia, y pasó por Zamolxis resucitado.

Freyr rige la lluvia, los vientos, el curso del sol y proporciona abundante cosecha; por eso al principio del verano ponian los germanos su estátua sobre un carro y la paseaban por los campos. Este dios va armado con una espada, cuyo temple es tal, que hiende las corazas y las rocas. Cierto dia le punza el capricho de subir al trono de Odin, y contemplando desde allí el horizonte no le seducen el oro, ni los palacios, ni las alegres reuniones donde se saborea el aguamiel, sino una doncella de quien se enamora hasta el punto de perder el reposo. Declara á sus amigos la pasion que ha concebido por ella, y uno de ellos se la promete á condicion de que le regale su espada; consiente, y en su consecuencia el postrer dia se presentará desarmado al combate y será vencido.

En pos de esta triade viene Niord, el Neptuno germano, que distribuye los tesoros ocultos en el mar á sus favoritos; Tiro, protector de los guerreros y de los atletas: Orga, dios del canto y de la poesia, que lleva las runas trazadas en su lengua, y se casó con Iduna, la poesia viva, cuyos frutos de oro impiden que envejezcan los dioses. Heimdall, nacido de nueve mujeres, custodia el puente celeste; y tan sutil es en él el sentido de la vista, que distingue á mil ó mas millas los pajarillos, vé crecer las yerbas de los campos y la lana de los rebaños.

Balder, dios bueno y amable, principio del bien, idea de lo bello, sueña que debe morir una noche; se lo participa á Odin, quien dá órden de ensillar su corcel y desciende al infierno, donde le revela la suerte de Balder la profetisa á quien consulta. Frigga madre de este dios, hace prometer á todos los séres no dañar á su hijo; pero olvida á un arbolillo recien plantado cerca del Valhalla. Lok, genio del mal, lo arranca, y un dia que los dioses perseguian jugando á Balder con la lanza y la espada, pone aquella vara en manos del ciego Hander, quien hiere riendo á Balder y le mata. Gimen el cielo y el universo: se le hacen espléndidas honras, en las que es quemado con sus servidores y su caballo. Pero al aspecto de la enlutada naturaleza se estremece la muerte, y consiente en que Balder renazca, con tal de que sea llorado por todos los seres vivos y no vivos. Odin convoca á la creacion entera, y vierten lágrimas y gimen las piedras y las plantas; solo una vieja hace ostentacion de una burlona alegria y protesta que no llorará nunca; es Lok en persona; lo cual hace que Balder permanezca en el sepulcro.

Vidar matará un dia al lobo Fenris; Valis es un arquero de formidable maestria; Uller, un valiente patinador; Forseti apacigua las querellas.

Doce diosas corresponden á estos dioses: Frigga es la mujer de Odin; Freya, diosa del amor se casó con Odhr, quien la abandonó para viajar; entonces empezó á buscarle por todas partes, como Isis, y le lloró con las lágrimas de oro de la fidelidad. Eyra corresponde á la Higia griega; Gefiona es la patrona de las vírgenes, Lorna reconcilia á los amantes; Vora sabe todo lo que acontece; Snorra protege á los sabios (22).

A esta mitologia añadian los germanos la idea moral de la recompensa en el Valhalla y del castigo en el Nifleim. Se entra en el Valhalla por quinientas puertas; lo habitan cuatrocientos treinta y dos mil guerreros (23), que allí combaten y luego se reunen en banquetes donde les sirven las hermosas valkirias que les escancian leche de la cabra Eidrun y cerveza pura, al mismo tiempo que se recrean con los cuartos de un jabalí que torna á aparecer entero todas las noches. Odin bebe, pero no come, y echa los manjares sólidos á los lobos que le siguen.

Nifleim, el infierno, es un lugar de tinieblas en el fondo del Norte, cruzado por nueve rios: cuando Hermodr bajó allí para buscar á Balder atravesó durante nueve noches valles enteramente oscuros, habitados por los morenos gnomos. Allí es donde están desterrados los cobardes, aunque sin padecer nada (24).

---

(22) Véanse los *Ensayos* de MARMIER sobre la Islandia.

(23) Los caldeos tienen cuatrocientos treinta y dos mil años de observaciones; el último *yoga* indio es de cuatrocientos treinta y dos mil años. Segun Beroso y Sincello transcurrieron cuatrocientos treinta y dos mil años desde la creacion hasta el diluvio.

(24) Hé aquí en qué términos describe la Volupsa el fin del mundo.—BARTHOLIN, *Antiquit. Dan.*, lib. 2, capítulo 14:

Domum stare videt
Sole clariorem,
Auro tectam
In Gimli;
Ibi probi
Populi habitabunt
Et per sæcula
Gaudio fruentur.
Tum prodit potens ille
Instante divino judicio
Validus e supernis
Qui omnia regit:
Hic sententiam fert
Et causas dirimit;
Sacra fata statuit,
Quæ durabunt.
Domum stare vidit
A sole remotam
In Nastrondo;
Fores boream spectant;
Destillant veneni guttæ
Intro per fenestras;
Hæc contexta est domus
Spinis serpentinis.
Ibi vadare vidit
Rapida fluenta
Viros perjuros
Et sicarios,
Et qui alterius vellicant
Aurem conjugis;
Rodebant ibi Nidoggus
Mortuorum cadavera;
Laniavit lupus viros.
Nostin adhuc? aut quid rei geritur?

Lok (Lokis), mal genio, que se complace en hacer daño, representa el antiguo dualismo; los dioses se valen de él algunas veces porque es astuto; pero consumado maestro en truanerias, los engaña. Tuvo dos hijos de Signia, y de la hija de un gigante tres mónstruos que son: la serpiente Midgard, que envuelve á la tierra; Xela, la muerte, y el lobo Fenris. Ligaron los dioses á este, su enemigo, y Thor cogió y encadenó al mismo Lok, con los intestinos de su hijo mayor en tres rocas, de las que en una se hallan sus espaldas, en la otra sus muslos y en la tercera sus rodillas; dejando caer sobre él gotas de veneno una serpiente que se halla suspendida sobre su cabeza. Su mujer, Signia, recibe el líquido envenenado en una copa que vacia cuando está llena; entonces corre libremente el veneno por el semblante de Lok, que se agita con horribles angustias, lo cual produce los temblores de la tierra.

Llegará un dia en que prevalecerán los malos genios, sentiránse entonces tres inviernos, desolando al mundo, el hambre, la peste, los homicidios fraternos y los terremotos. Se desbordará el Océano y flotará en su superficie el Naglefar, nave construida con uñas de muertos, en la que los gigantes perseguirán á los dioses. Midgard azotará las olas, lanzando á los aires su veneno. Fenris abrirá sus mandíbulas, de las que una tocará la tierra y la otra el cielo. Lok se encontrará á la cabeza de estos artesanos de ruinas, y Surtr le seguirá. Atacarán la fortaleza celeste; vencerán á los dioses, el mundo será presa de las llamas, y los hombres perecerán. Entonces resucitará Balder. Allfader creará una tierra más risueña y apacible; esparciendo en ella la luz del sol; un hombre y una mujer escapados del universal desastre la poblarán, y producirá sin el trabajo.

Figurándose, en su grosera imaginacion, que los dioses, con la desmesurada estatura que les daban se encontrarian mal en un edificio humano, no erigieron templos; sino que adoraban á la divinidad en las alturas, cuya voz creian oir en la espesura de las selvas y en el murmullo de los rios.

Sacerdocio.—El sacerdocio era magistratura pública. Los sacerdotes conservaban en canciones la historia y las alabanzas de los héroes con las cuales animaban á los demás á las batallas; mientras que con la autoridad de la religion arreglaban las asambleas é imponian la calma á los tumultuosos parlamentos armados. Creyendo que toda potestad se deriva de Dios, ni el jefe del Estado, ni el juez ni el pueblo podian quitar la vida á un hombre libre, sino que debia interponerse la sancion de la divinidad espresada por los sacerdotes que ejecutaban tambien las sentencias capitales. Ellos arreglaban asimismo las composiciones en los delitos, los duelos y las transacciones; eran ministros de justicia, la cual ejercian en nombre de Dios, y custodios de la propiedad, á la cual podia poner límites la religion. La apelacion á los dioses era el misterioso procedimiento. Veremos luego á los sacerdotes atentos á conservar la paz, teniendo custodiadas las armas, sacándolas solo cuando se acercaban los enemigos. Cuando Herta recorre las riberas del Báltico cesan las guerras.

El ávido deseo de conocer el porvenir, siempre escesivo entre aquellos á quienes la prudencia suministraba luces para preverlo, les hacia observar el canto y el vuelo de los pájaros, el relincho de los caballos, los torbellinos y el eco de los rios, y más que todo las fases de la luna, deidad suprema. Interrogaban á veces la suerte por medio del duelo: creyendo en efecto que la divinidad presidia todas las acciones del hombre, deducian de esto que debia manifestar su voluntad y su justicia con un milagro evidente. De allí procedieron los *juicios de Dios*, adoptados en toda Europa.

Sea para dominar mejor los espíritus con la esperanza y el terror, ó que el orgulloso fanatismo que se apodera amenudo de los sacerdotes de las falsas creencias, se atribuyeron otros poderes además de la oracion y la enseñanza, y una ciencia misteriosa que les hacia dominar los elementos. En un canto del Edda se alaba un poeta de haber estado suspendido de un árbol siete noches completas, herido mortalmente, y ofrecido á Odin; en cuyo tiempo sus labios no probaron pan ni hidromiel; pero aprendió poderosos encantamientos, arcanos de los dioses, y grandes poderes: «Primeramente sé cantos que consuelan en las disputas, en las penas y en toda clase de amarguras. Si los hombres me encadenan, con mis versos sé romper los hierros. Si quiero salvar mis naves combatidas por las olas, impongo silencio á los vientos y sosiego el mar. Si veo mecerse sobre mi cabeza un cuerpo suspendido de la horca, hago uso de tales caractéres, que el muerto desciende y viene á hablar conmigo. Si me ocurre contar los dioses uno á uno en la Asamblea, puedo contar hasta el último los Ases y los Elfos. Si deseo el corazon de una doncella, trasformo su alma é induzco como me place la voluntad de la jóven de los blancos brazos.»

Suponian á Odin autor de la magia, el cual confió sus misterios á los Ases y después á los sacerdotes. De esa manera la idea de una divinidad justa y benéfica se veia ofuscada por la de un poder irracional. El pueblo empeoraba más aun estas imágenes, tanto, que llegaba hasta los sacrificios humanos y á las escenas lúbricas consagradas por el ejemplo de Treya.

Se celebraban cada año, en otoño, en verano y en invierno tres grandes solemnidades, en las que eran inmolados prisioneros condenados, y algunos caballos blancos, lo cual recuerda un rito persa. La sangre se recogia en palanganas, rociando un pontífice con ella á la multitud, á la que se distri-

---

Al decir de algunos la segunda estrofa, que no se halla en todos los códices, hubo de ser intercalada por los cristianos.

buia cerveza y carne palpitante de caballo. Una festividad solemne tenia además lugar cada nueve años en la Escandinavia, en cuya ocasion se degollaban noventa y nueve hombres, con otros tantos gallos, perros y caballos.

Aunque el culto de Odin fué violentamente estirpado por Carlo-magno, subsistieron sus huellas mucho tiempo después. La fiesta con la cual celebraba el aldeano, en la primavera, la juventud del año, tomó otra significacion; pero se conserva en los ritos de mayo de la Pentecostés cristiana. Aun hoy mismo, en muchos paises en el dia más largo (San Juan) se encienden grandes fogatas en las alturas, recuerdo del homenage rendido en otro tiempo á los elementos. Las viejas encinas, el magnético fresno y el flexible sauce no perdieron en la opinion del vulgo el misterioso poder que le atribuia la antigua supersticion, y en la noche de San Walpurga créense aun oir los espíritus entregarse á sus bailes como en tiempo del Walhalla de Odin.

Condicion de las personas. — Segun el Edda, Hemdall, hijo de Odin, recorriendo el mundo engendró tres hijos: primero el Siervo (*Træll*), negro, con las manos callosas y encorvado; después el Libre (*Karl*), con cabellos rojos, cara colorada y ojos brillantes; luego el Noble (*Jarl*), con mirada penetrante como un dragon, megillas rojas y cabellos plateados. Los tres tuvieron descendientes esclavos, libres ó nobles como ellos. Los hijos del noble aguzaron flechas, domaron caballos, blandieron lanzas: el último fué el rey (*Korn*) que conoce los númenes, comprende el canto de los pájaros, sabe calmar el mar, estinguir un incendio y apaciguar los dolores (25).

Constitucion.—Hé aquí la constitucion primitiva de la nacion escandinava, reproducida en las principales razas germánicas. Un Dios padre y tres castas, como encontramos en todos los pueblos de la antigüedad. Verdaderamente libre no era más que el jefe *(ceorl, jarl)*; bajo su dependencia habia otros libres *(werhmann)* ó no, y los hijos seguian la condicion del padre. No obstante, entre los jefes de familia simplemente libres y los propietarios, donde los habia, existia la diferencia de que tan solo estos últimos tenian voto deliberativo en las asambleas. Probablemente debe considerarse esta circunstancia como resultado de una conquista; formaban los vencedores la clase dominante, y parte del terreno quedaba á los vencidos, quienes cultivaban para los conquistadores. A estos pertenecian, pues, los grandes dominios y aun quizás el sacerdocio, y entre ellos eran elegidos los reyes (26); otros servian en la guerra con el título de *lites* ó de *leutes* ó cultivaban los campos bajo el de *colonos* (27).

La nobleza, ora fuese un patriciado religioso ó un privilegio de familias y de condes, parecia haber sido una distincion personal en un todo, que no daba preeminencia en el gobierno ni en la administracion de justicia. Conviene decir, no obstante, que tenia por privilegio ciertas dignidades, como en Roma, donde gozaban los ciudadanos del derecho por escelencia. No podian casarse los nobles con personas simplemente libres, ni estas con esclavos (28).

Los hombres libres son la verdadera base de la organizacion germánica; tienen aptitud para todos los derechos (29). Poseian los colonos en propiedad una casa y una familia; pegados á perpetuidad al terreno lo cultivaban sin otra obligacion que pagar al señor un arrendamiento en especie, en bestias ó en telas.

Esclavos.—Habia tres especies de esclavos: los esclavos propiamente dichos, los prisioneros de guerra, y los que perdian su libertad por deudas ó en el juego. Todos eran propiedad absoluta del amo, que podia venderlos, regalarlos ó quitarles la vida. No se diferenciaban los esclavos domésticos de los demás en otra cosa que en la índole de sus ocupaciones, que consistian en ejercer algun oficio, en servir al amo, ó en acompañarle á la guerra.

Podia rescatarse el esclavo con sus economias y entrar en la clase de libertos, sin llegar por eso á ser hombre verdadero *(germano)*, es decir, sin adquirir la plenitud de los derechos civiles.

Los esclavos, los libertos, las mujeres, los ancianos, los enfermos, se dedicaban á los trabajos de los campos ó á profesiones sedentarias, dejando á los hombres libres por ocupacion la guerra, por diversion la caza y el saqueo por industria. Su vida era, pues, esencialmente belicosa; acontecia lo propio con sus instituciones. Cuando se habia distinguido un jóven por alguna proeza recibia una lanza y un escudo de su padre ó de algun germano

---

(25) *Edda Sæmundar. Rigsmal.*

(26) *Reges ex nobilitate, duces ex virtute sumunt.* TÁCITO, cap. 7.

(27) Estas tres clases subsistieron entre los sajones hasta Carlo-magno: *Sunt inter illos qui* Ethelingi, *sunt qui* Frilingi, *sunt qui* Lazzi *eorum lingua dicuntur; latina vero lingua sunt nobiles, ignobiles atque serviles.* NITHARD, *Historia Francorum*, lib. IV.

Lazzi, Lasci, Liti, era el antiguo nombre de los colonos, de donde ha procedido *Leute*. Llamóseles tambien *Hörige*, de una raiz análoga á la de cliente, κλύειν, oir, como *hören*.

(28) Eginardo dice de los sajones que habian quedado en Germania: «Son celosisimos de su raza y de su nobleza, y cuidan con esmero de conservar la pureza de su sangre. Por eso se encuentra entre ellos gran número de personas del mismo aspecto, el mismo color de cabellos y la misma elevacion de estatura. Compónese la nacion de cuatro clases: nobles, libres, libertos y siervos; quiere la ley que ninguno salga de su clase, para casarse, si alguien se casa con persona de superior categoria, incurre en pena de muerte.» Véase ADAM BREMENSIS, *Hist.*, lib. I

(29) «Los hombres libres forman la parte principal y el cuerpo de la nacion: los nobles tienen los mismos privilegios que los libres, si bien más estensos, por eso los nobles y el mismo príncipe llevan el título de hombres libres.» GRIMM, *Rechts alterthümer.*

distinguido en la asamblea; y desde entonces ya no las deponia, asistiendo armado á los banquetes, á los juicios, á las asambleas, á los sacrificios, á los espectáculos; juraba sobre sus armas como sobre una cosa sagrada; era sepultado con su caballo y sus armas.

Siendo el servicio militar un deber para todos los propietarios libres, en caso de guerra nacional se convocaba á todos al *eriban* en defensa de la patria. Incorporábanse por centurias compuestas de deudos, á fin de que desplegaran más valor en el campo de batalla en defensa de aquellos á quienes les unian vínculos de parentesco. Así tenian tambien cerca de sí testigos que podian repetir sus alabanzas. Servíanse de lanzas, de javelinas y de flechas para el ataque, y para la defensa, de un ancho, pero frágil escudo que era sumo vituperio el abandonarlo. Pocos de ellos gastaban coraza, y escasísimos casco; la cobardia y la traicion se castigaban con pena de muerte. A diferencia de los partos anhelaban pelear de cerca, fiando en su vigor especialmente. Considerábase la infanteria como la fuerza principal del ejército y la caballeria combatia en sus filas. Atacaban con furioso ímpetu lanzando feroces ahullidos; pero difícilmente se sometian á la disciplina militar. Otras veces un jefe cualquiera reunia en banda armada sus partidarios ó á todo el que prefiriese los peligros al descanso y trabajo, y se aventuraba en nuevos paises.

Han querido algunos comparar los germanos á los americanos indígenas, pero esta es una analogia caprichosa y absurda: con efecto hay mucha diferencia entre la iguorancia en que estos se hallaban sumidos y la educacion, inculta sin duda, pero capaz de progreso, de un pueblo que poseia tres elementos capitales de civilizacion, el hierro que hiende la tierra y combate á las fieras y á los enemigos, el dinero que pone en relacion con las naciones distantes, la escritura que enlaza lo pasado y lo venidero.

Tácito, por el contrario, exageró su bondad moral poniéndola en contraste con la decadencia romana, y los mismos Santos Padres los elevaron sobre estos porque no tenian su refinada corrupcion. Con efecto, hasta en la ausencia de rasgos particulares podemos estar ciertos de que todos los germanos se hallaban al mismo nivel de civilizacion poco más ó menos, modificándola solamente algunas circunstancias de detalles. El carácter principal de todos era el amor á la independencia, y la vivísima necesidad de cada uno de ejercer libremente sus fuerzas. De aquí aquella indolente audacia que les hacia correr en busca del peligro, sin que pensaran en ocuparse de la suerte de sus vecinos, y no vacilando en combatir mañana á sus aliados de un dia antes; de aquí aquella mania de libertad, que, combinándose con la dependencia militar, engendró el feudalismo.

En medio de poblaciones semejantes nunca podian faltar ocasiones de guerra, y cuando los historiadores no hablan de ellas, la gran invasion atestigua su movilidad. Tácito nos presenta los bátavos obligados á separarse de los catos para ir á establecerse en las islas del Rhin; los brúcteros desalojados por los camavos y los agrínvaros: los marcomanos arrollando á los boyos, y proporcionándose en virtud de su valor una residencia fija (30). Estos son hechos que rechazan la idea de un pueblo que haya tomado por base necesaria de la civilizacion la estabilidad de las propiedades.

Costumbres.—Apenas se acababa la guerra caian como todos los bárbaros del esceso de la fatiga en una absoluta inercia. Desnudos, desaseados, pasaban todo el dia junto al hogar disipando su botin, engolfándose en la pereza, bañándose, deleitándose en el libertinaje, buscando las violentas emociones del juego con un furor que llegaba hasta arriesgar en una suerte de dados, sus haciendas, sus mujeres, sus hijos, y aun sus personas.

Discutíanse los asuntos más importantes á la mesa, donde encontraban particular recreo, pero se reservaban la decision para el dia siguiente con la cabeza tranquila y descansada. Todo el que llegaba ante ellos era recibido con franca hospitalidad, y proporcionaba conyuntura de dar banquetes en que cada cual competia en voracidad y en apetito desordenado. Bebian, los menos opulentos, licores fuertes en copas hechas con cráneos de sus enemigos; pero los vinos recogidos en las tierras del imperio, circulaban por las mesas de los ricos; y calientes por la embriaguez los convidados llegaban á riñas y á homicidas violencias. Entonces se echaban en olvido las composiciones consumadas y reanimaban los antiguos rencores.

Totalmente estraños á las bellas artes no tenian otro metal que el hierro, que no estaba bien trabajado ni era abundante, pues todavia no se esplotaban las minas del Harz y de la Sajonia: la avaricia romana fué la que descubrió las de la Beteravia.

Preparaban groseramente la sal, echando sobre carbones encendidos el agua de ciertos manantiales. Cultivaban y tejian el lino, construian barcas, hacian el comercio de trueque, teniendo solo los germanos de la frontera el uso de las monedas romanas. Su pintura consistia en algunos colores ordinarios, con que embadurnaban sus escudos; y reputando la religion como indigno de la divinidad representarla bajo formas humanas, carecia entre ellos de objeto la escultura. Nada nos ha quedado de los cantos con que sus bardos escitaban su valor ó celebraban sus hazañas.

Alfabeto.—Parece que poseian un alfabeto aun antes de recibir el de los romanos y el de los griegos. Efectivamente, se hallan en el alfabeto que se supone introducido por Ulfila, y que es más imperfecto que lo que á una imitacion conviene, ciertas letras que, á pesar de todos los esfuerzos, es muy difícil combinar con las formas de los caractéres romanos: luego existen inscripciones rúnicas

(30) *Germ.*, 29, 32, 42.

en paises donde solo los godos han penetrado. Si la misma índole de los cantos populares y el uso constante de los germanos nos inducen á creer que no los escribieron nunca, no debe acontecer lo propio con las profecias atribuidas á Odin.

Quizá los fenicios llevaron antiquísimamente en sus escursiones este alfabeto á las costas del Báltico, más civilizadas que las orillas del Rhin, y cabria en lo posible que su conocimiento permaneciera oculto entre los sacerdotes de Herta. ¿Quién sabe si los palillos con que, al decir de Tácito, echaban las suertes, estaban destinados por su disposicion particular á representar letras misteriosas? En tal caso la forma de los caractéres rúnicos se referiria á este orígen. Ahora todavia llaman los alemanes *buchstaben* á las letras del alfabeto, y *stab* significa precisamente un palo, del mismo modó que *runa* en el gótico de Ulfila significa palabra, y más exactamente palabra misteriosa (31): hoy dia significa este vocablo canto popular entre los finlandeses.

El alfabeto rúnico tenia diez y seis letras, como el alfabeto jónico, pero se le añadieron tres posteriormente. En lo antiguo solo se empleaban sobre piedra. No pasan del octavo siglo las más antiguas que poseemos, ni son posteriores al décimo tercio. Cada letra tiene un nombre significativo; así F, *fe*, quiere decir, dinero: TH, *thur*, gigante; U, *ur*, chispa; O, *os*, puerta; R, *reid*, cabalgar, y así sucesivamente. Se han recogido mil quinientas inscripciones en caractéres rúnicos, mil trescientas de ellas en Suecia, y particularmente en el Upland, que recuerdan la memoria de hechos, y más amenudo de hombres, guerreros ó navegantes, muertos en tierra extranjera. La más antigua de que hace mencion la historia fué esculpida, al decir de Sajon Gramático, por órden de Haraldo Hildetant, rey de Upsala, sobre una roca de la Blekingia. Todavia se vé en Islandia, en Borg, en el Myre Syssel, el epitafio de Kartan Olafsen, convertido al cristianismo, en Noruega, por el rey Olaf Triggesen, asesinado después en 1004 por órden de una hermosa islandesa, cuyo amor habia desdeñado. Entre las demás inscripciones hay pocas que pertenezcan á la época pagana; la mayor parte son de los siglos décimo y undécimo. Sábese que más tarde fueron empleadas estas letras en los encantamientos y en las operaciones adivinatorias de los pueblos septentrionales en conformidad á lo que habia enseñado Odin (32). En su consecuencia estaban trazadas sobre las armas, en el timon de las naves, en los cuernos de beber, y hasta en las uñas, en las palmas de las manos y en los brazos (33).

Mujeres.—No arrebatándose el hombre en estas comarcas por abrasadores instintos, como en Asia, hacia menos caso en las mujeres de la hermosura que de la castidad, del valor y la prudencia. Estas de edad ya madura cuando se casaban, no llevaban como en Asia á sus esposos los encantos de una niña con la inteligencia y las inclinaciones de esta edad; eran capaces de raciocinar sobre su obediencia; inspiraban, pues, una adhesion más sólida y alcanzaban gran ascendiente sobre los hombres. Estos no solo respetaban en ellas la igualdad de una misma naturaleza, sino que veneraban aquel ardor de sentimiento que las aproxima a seres superiores. Gozaban algunas de inmenso crédito como dotadas de facultades más sutiles para profundizar lo venidero. Una de ellas acompañaba comunmente al ejército para regular los movimientos con sujecion á los oráculos. Recibian con preferencia á las mujeres nobles en clase de rehenes. Dentro de casa hilaban y se ocupaban en obras de aguja: seguian á los hombres á la guerra, escitando su valor, combatiendo algunas veces con ellos y curando á los heridos. La que ofendia el pudor no encontraba ya con quien casarse por bella y rica que fuese; el adulterio era castigado severamente. No se permitia la poligamia más que á los reyes y á los magnates, como atributo honorífico. La mujer no llevaba dote á su marido; al revés, éste compraba el beneplácito de su suegro (34) á costa de ciertos donativos, que frecuentemente consistian en un par de bueyes, un caballo con su arnés correspondiente, una lanza y un escudo. En cambio regalaba la esposa una armadura completa, símbolo de la comunidad de bienes y de fatigas.

---

(31) Tal es la opinion de F. Schlegel, combatida por muchos sabios alemanes, aunque no victoriosamente en nuestro concepto.

(32) Raban Mauro, *De inventione linguarum*, dice: *Literas quippe, quibus utuntur Marcomanni, quos nos Nordmannos vocamus, a quibus originem qui theodiscam loquuntur linguam trahunt, cum quibus carmina sua, incantationesque ac divinationes significare procurant, qui adhuc paganis ritibus involvuntur.* Ap. GOLDAST, *Script. rer. aleman.*, tomo II, pág. 69, edicion de Senkemberg.

(33) Véase el lib. X, cap IV.

(34) Todavia no hace mucho tiempo que los sajones llamaban á los esponsales *Brudkop, Brautkauf*, compra de la esposa. Véase ADELULG. *Historia antigua de los alemanes.* La ley de los borgoñones se espresa de este modo: «Si alguno despide á su mujer sin motivo, entréguele una suma igual á la que ha pagado por poseerla (tít. 34).» Teodorico, rey de Italia, al dar su hija en matrimonio á Hermanfrido, rey de los turingios, le escribia: «Os avisamos que con vuestros embajadores hemos recibido por esta cosa inapreciable, segun costumbre de los gentiles, el precio que nos habeis enviado, á saber: caballos con arneses de plata como conviene á semejante matrimonio.» CASIODORO, *Var.*, IV, 1.

CAPÍTULO II

INVASION DEL IMPERIO POR LOS BÁRBAROS.

El precedente bosquejo, aun siendo imperfecto por la escasez de historiadores nacionales y por desdeñosa negligencia de los extranjeros, basta para demostrar que es un error grave representar la gran invasion como efecto repentino de un vértigo general, como un levantamiento en masa para arrojarse sobre el imperio, determinado ora por una liga armada que no debia tener más término que la conquista, ora por el arrollamiento de una oleada de yung-nus, espulsados de la China y confundidos equivocadamente con los hunos. Jamás se habia interrumpido el movimiento, y aquellas poblaciones venidas de Oriente, semillero de naciones mas bien que lo ha sido el Septentrion, se habian adelantado más ó menos, aunque sin cesar nunca de marchar hácia el Norte de Europa, empujándose y rechazándose alternativamente, combatidos por los indígenas, por los boyos, por los lectones y por los celtas. La última emigracion indo-germánica arrebató á estos los paises llamados actualmente Austria, Hungria, el bajo Danubio y todas las comarcas que desde allí se estienden hasta los Paises Bajos con la ribera izquierda del Rhin, desde Epiro hasta Estrasburgo.

Quizá el impulso de los germanos habia empujado á los galos hácia los paises del Mediodia, ora para incendiar á Roma, ora para saquear la Dacia y el templo de Delfos y para establecerse en la Italia superior, así como en la Galacia. Después de ellos cruzaron los teutones los Alpes en tiempo de Mario: César les estorbó enseguida ocupar la Helvecia, guiándolos Ariovisto. Cuando encontraron aquella otra oleada romana que iba en sentido contrario á invadir el pais, estuvieron contenidos por ella largo tiempo, aunque no tranquilos.

Vino á ser el Danubio límite septentrional del imperio; fué guarnecido como el Rhin con una línea de fortificaciones y con una trinchera de tierra desde Ratisbona hasta la confluencia del Lahn y del Rhin; y mientras se hallaban así refrenadas las escursiones de los germanos no avasallados, los que se encontraban más acá de este rio aceptaban los usos, la industria y la opresion de los vencedores. Roma se habia propuesto en un principio esterminar á los germanos como habia esterminado á los galos, ó á lo menos destruir enteramente sus costumbres, su gobierno, su lenguaje; pero el desastre de Varo demostró la imposibilidad de la empresa; y en vez de atacarlos abiertamente, se reconoció que valia más fomentar entre ellos las discordias favoreciendo ya á un pueblo, ya á otro. De este modo consiguieron los romanos aliarse algunos, como los queruscos y los bátavos, hacer á otros tributarios, como los frisones y los caninefatos, ó enervar con los goces de la civilizacion á sus jefes.

Sin embargo, no permanecian tranquilos sus establecimientos, y tan pronto se sublevaban los queruscos con Herminio, como cedian el territorio y la dominacion á los longobardos; después Marobodo arrojaba á los boyos de sus antiguas moradas é instalaba allí nuevas poblaciones; Claudio Civilis llegaba enseguida á restablecer la fortuna de los bátavos.

La tentativa de Marobodo para fundar un gobierno al estilo romano lo hizo odioso; y si abortó el gran proyecto de Herminio de reunir á todos los germanos, á lo menos conservó la nacion su originalidad y su independencia. Vencidos muchas veces los germanos por la táctica romana, conservaron sus costumbres, su lengua y su gobierno en donde les fué posible; y si de vez en cuando se vanagloriaba el orgullo romano de haber destruido á aquellos enérgicos pueblos, no tardaban en desmentirle volviendo á levantarse vigorosos para

descargar nuevos golpes sobre el Capitolio, cuya roca habia cesado de ser incontrastable.

Es verdad que Trajano penetró bastante adelante hácia el Nordeste, y que sus conquistas adquirieron importancia por la reduccion á provincia de la Dacia, donde estableció una numerosa colonia de soldados que, mezclándose con los naturales, formara la nacion valaca, orgullosa todavia de su orígen romano. Bajo Marco Aurelio se adelantaron los marcomanos hasta Aquilea; y á contar desde esta época, el número de alemanes empleados por Roma en la guerra, en las magistraturas y en las colonias, se aumentó de una manera notable.

En lo interior cambiaron mil veces de residencia las tribus. Cuando tornan á aparecer los alemanes en el siglo III, habitan entre los Alpes, el Mein, el Danubio y el Rhin: los sajones á lo largo del mar del Norte, desde la embocadura del Ems hasta el Eider; los suevos sobre el territorio ocupado en otro tiempo por los boyos y los nariscos. En la Germania Oriental los godos habian estendido su dominacion desde el Báltico hasta el mar Negro y el Danubio; y los alanos al norte del mar Caspio, hasta el límite de Europa y de Asia.

Habia, pues, muchos siglos que duraban estos movimientos en sentidos diferentes, y nadie seria capaz de determinar sus numerosas causas. El hambre, la peste, las inundaciones, el estímulo de una patria más fértil, guerras intestinas, oráculos, rivalidades entre reyes, el amor de las conquistas, la sed del saqueo y de la sangre, arrastraban á cada pueblo á arrollar á otro. A veces un jefe de banda á la cabeza de algunos miles de parciales suyos ó de una tribu, comenzaba escursiones, luego aventurándose en la obra iba más allá de lo que se habia propuesto en un principio. Abandonado el pais por aquellos aventureros, no dejaba recuerdos ni deseos á gentes que llevaban consigo sus familias, sus dioses y cuanto les pertenecia.

Cuando posteriormente vieron á los romanos enervarse en su resistencia, ceder algunas de sus provincias, no oponerles en otras más que una muralla, su audacia los empujó hácia adelante. Parecióles dulce el saqueo en paises cultivados y ricos, y los atrajo de un modo irresistible: tuvieron á gloria humillar á la nacion que les denominaba bárbaros, y se precipitaron en masa como cuando un dique del Po llega á romperse y se derraman sus aguas por las campiñas. Pero nadie dice entonces que no hace más que empezar á correr y que su ímpetu es nuevo en un todo.

Parece que el impulso partia de lejos, porque los primeros invasores no fueron los pueblos limítrofes, sino hordas venidas de más remotos paises; desde luego los hunos del Volga, después los alanos del Tanais y del Boristenes, enseguida los vándalos de la Panonia. Después de ellos vienen los godos de la Germania Septentrional, siguiéndoles los hérulos y los turingios de la Germania Central; por último, los francos de sus comarcas meridionales y los borgoñones de la gran Polonia (1).

Godos.—Los más notables en número son los godos. Procedentes del Asia parece que se instalaron en la península escandinava. Los cánticos nacionales y las antiguas leyendas los colocan, parte en el continente alrededor del Báltico, en un pais llamado *Reid-Gothland*, probablemente entre las embocaduras del Vístula y del Oder, y parte en las islas *Ey-Gothland*, que debe ser la Escandinavia. Jornandes, escritor godo del siglo V, los hace originarios de estos paises: además, aunque ignorante y testigo tardio, tenia á su alcance los autores que le habian precedido (2). Señala ya los pueblos de Ostrogotia, de Vagoth ó Vestgotia, de Suetam ó suecos, de Finnaith, que es el distrito de Finved en el Smaland, de Raumárica y de Ragárica en la Noruega meridional (3). Hay otros nombres que han sufrido tal alteracion, que no se podria acomodarlos á la forma moderna. Esta division en ostrogodos ó godos orientales, y en visogodos ó godos occidentales, que tuvo por orígen su posicion respectiva en su península natal, fué conservada por los godos en todas sus emigraciones sucesivas (4).

Añade su tradicion que salieron de la Escandinavia en tres bajeles, de los que habiéndose quedado uno atrás, los que lo montaban recibieron el nombre de gépidos; es decir perezosos (5).

Estas pudieron quizá ser tres grandes familias de la misma nacion, numerosa y guerrera, que poseian

---

(1) Autores que consultar: PLUTARCO, *vidas de Mario y de César;* VEL. PATÉRC., *Historia romana;* CÉSAR, *De bello gallico;* SUETONIO, *los Césares;* TÁCITO, *Anales é historias;* DION CAS., *Historia romana;* AM. MARCEL., OROSIO, ZONARA, SIDONIO APOL., *Panegyrica et epistolæ;* SALVI., *De gubernatione Dei;* JORNANDES, *De Getarum sive Gothorum origine et rebus gestis;* PRÓSPERO TIRO, PRÓSPERO AQUITANO, MARCELINO, IDACIO, CASIODORO, *Crónicas.*

(2) Geyer *(Svea Rikes Hæfder, 96)* tiene en mucho las tradiciones recogidas por Jornandes á pesar de los errores que con ellas mezcló la erudicion del autor. Troya niega completamente que los godos y los gépidos pertenezcan á los pueblos germánicos. Ya antes Pinkerton negó esta derivacion de la Escandia, la cual habiendo estado hasta el siglo IX llena de selvas, era incapaz de ser el semillero de tantos pueblos: y los supuso originarios del Asia, de modo que á su entender, no son más que una sola nacion godos, getas y escitas.

Suhm ha compuesto una historia crítica cuyo primer volúmen trata del orígen de los pueblos, el segundo, del orígen de los pueblos del Norte, el tercero, de la mitologia escandinava y de Odin; el cuarto y el quinto de las emigraciones de las naciones godas; los demás hasta el diez de la historia particular de Dinamarca. Trata en ella de demostrar que las tradiciones históricas de los islandeses llegan hasta 250 años antes de J. C., y ofrecen por lo menos tanta certeza como las que se conservan por Herodoto.

(3) Obr. cit., VI y sig.

(4) Segun otros, no la sacaron sino de su posicion respectiva en la Dacia, cuando se establecieron en ella.

(5) En la lengua alemana de la Edad Media, *beyten*, *gebeyten*, significa tardar.

mejor que cualquier otro pueblo germánico la tradicion de una monarquia real hereditaria. Dependian los ostrogodos, aunque sin obedecerla, de la raza de los amalos, y los visigodos de la de los baltos, quienes se jactaban de descender de los ansos sus semidioses (6).

Siguieron en un principio las márgenes del Vístula y después la cadena de los montes Carpatos. En tiempo de los Antoninos habitaban la Prusia. Cuando la dejan, absorben ó arrollan á los hérulos, los burgundos y demás pueblos de raza vándala, acaso como los longobardos, esparcidos á lo largo del Oder y del litoral de la Pomerania y del Mecklemburgo. Avidos de hazañas y de botin, descienden al valle del Pripec, arrastran tras sí á los bastarnos, se arrojan entre los yazigos y los roxolanos, y se encuentran á la embocadura del Borístenes y del Tanais.

Una vez dueños de la Ukrania, hubieran podido establecerse en estas fértiles campiñas y en medio de sus caudalosos rios, si el reposo no hubiese repugnado á su activa naturaleza. Desplegábase á su vista la Dacia, en donde un pueblo laborioso cultivaba un fecundísimo suelo, se enriquecia con la industria, y al que una larga paz habia hecho descuidar los medios de defensa contra enemigos de quienes se creia bastante lejos.

Los godos la invadieron avanzando hasta los muros de Marcianópolis, capital de la segunda Mesia, que redimió por medio de un considerable rescate, ¡deplorable via de salvacion! Poco tardaron en presentarse de nuevo y en mayor número: el emperador Decio (250), que habia ido allí en persona para combatirlos, fué testigo de la derrota de su ejército, del saqueo de su campamento y de la toma de Filipópolis; cien mil ciudadanos fueron allí esterminados. Prepárase á cortarles la retirada, á la cabeza de nuevas fuerzas; pero reducidos á combatir con el ardimiento que engendra la desesperacion, salieron aun vencedores, y dieron muerte al mismo emperador. Apresuróse su sucesor á dejar libre el paso á los bárbaros, quienes se retiraron llenos de un inmenso botin y recibieron de él la promesa de un tributo anual.

¿Qué medio podria emplearse mejor que este, para inspirar á los demás el deseo de tomar á su vez la ofensiva? Desde entonces no dejaron de lanzarse nuevas hordas sobre las provincias limítrofes, como sobre una presa ya segura: rechazados á veces, aparecian sin cesar de nuevo, sobre todo cuando los ejércitos se hallaban ocupados en combatir por las rivalidades de los competidores del imperio. Valeriano y Galieno opusieron un valor obstinado á estas renacientes invasiones, sin poder impedir, no obstante, que penetrasen muchas bandas, saqueándolo todo á su paso, hasta las fronteras de la Macedonia y de la Italia. Claudio que los rechazó de la península, ganó por ello el sobrenombre de Gótico, y les cogió un rico botin, sin hacer mencion de los ganados y de las mujeres.

De la Ukrania, á donde se habian detenido, pasaron los godos á la costa septentrional del Euxino, de la que no tardaron en hacerse dueños. Encontráronse de esta manera á la vista de las hermosas y ricas provincias del Asia Menor, donde fijaban codiciosas miradas, y pudieron comunicarse con el Palus-Meótides, por el estrecho en que se hallaba erigida la capital del Bósforo. Decaido este Estado del poder que su situacion le daba, desde donde oponia una barrera á los sármatas á la par que dominaba sobre el Ponto Euxino y el mar Negro, fué desgarrado por discordias intestinas, en medio de las cuales se recurrió á la asistencia de los godos. Montando estos barcas chatas y ligeras, que están en uso en aquellas aguas, y en cuya construccion no entra para nada el hierro, se presentaron delante de Pizio, en la última frontera de las provincias romanas, repelidos por la vez primera, volvieron á la carga y destruyeron la ciudad (7). Torciendo entonces á la costa oriental del Euxino con intencion de talar el pais famoso por la espedicion de los argonautas, osaron atacar á Trebisonda, antigua colonia de los griegos, ciudad rica y poblada, ceñida con una doble hilera de murallas, y cuyo puerto estaba recien construido. Apoderáronse de ella de noche y por sorpresa, la saquearon y la entregaron á las llamas. Enseguida recorrieron libremente el Ponto, y llevaron á sus nuevos establecimientos del Bósforo un botin inmenso y gran multitud de esclavos.

El venturoso éxito de su audaz tentativa les estimuló á comenzar de nuevo, y con mayores fuerzas en hombres y bajeles se pusieron á navegar á lo largo de las costas occidentales del Euxino hasta el estrecho en que el Asia da frente á Europa. La guarnicion de Calcedonia, aun siendo más numerosa que sus acometedores, les abandonó sus armas y las riquezas de sus habitantes. Un traidor (jamás faltó un hombre de esta especie en las guerras de Grecia) les condujo á Nicomedia, antigua residencia de los reyes de Bitinia, que fué saqueada, así como Nicea, Prusas, Apamea, Chio y todo el pais que una larga paz habia enriquecido y enervado. Ni aun la misma Cízico, edificada sobre un islote de la Propóntide, que habia resistido al gran Mitrídates, hubiera podido evitar su ruina, si un desbordamiento estraordinario de los rios no hubiera contenido á los godos.

Pero atestados con los despojos de tantas comarcas equiparon en la época en que la navegacion es más peligrosa en aquellas playas, entre setiembre y mayo, una escuadra de quinientos buques de menor porte de la clase de los piratas, y destruyeron á Cízico, penetrando en el Bósforo de Tracia. Saliendo enseguida del Helesponto cruzaron entre

(6) *Balt*, valiente. Los ansos ó asos recuerdan á los arias ó héroes de la Persia.

(7) Zósimo, lib. I.

las islas del mar Egeo, cayeron después sobre el Pireo y se apoderaron de la ciudad de Minerva. Dexipo reunió á toda prisa una tropa de aldeanos, á quienes se juntaron algunos solados, y á su cabeza asaltó la escuadra enemiga, que fué incendiada por hallarse desguarnecida de tropas. Exasperados los godos (269) sembraron la desolacion por toda la Grecia, donde se habia borrado hasta el recuerdo de aquel patriotismo que en otros tiempos le habia comunicado fuerza para repeler al innumerable ejército de los persas. Tebas, Argos, Corinto, Esparta, todo el pais entre la punta oriental del Sunio y el Epiro occidental fué entrado á sangre y fuego: ya los godos marchaban sobre la Italia, cuando el indolente Galieno se apartó del seno de los deleites, y comprando una tropa de hérulos, á cuyo jefe concedió las insignias consulares, salió al encuentro de los invasores.

Pero la indisciplina del ejército romano y las disensiones que estallaron en sus filas, permitieron á los godos retirarse á las naves que les habian quedado, devastar las riberas del punto donde fué Troya, y después ir á Tracia á descansar de sus fatigas. En tiempo de Aureliano se les vió salir de nuevo de aquellas playas y de la Ukrania para presentarse delante del emperador en regular batalla, mas como quedara la victoria indecisa resultó un tratado de paz. Obligáronse los godos á suministrar dos mil ginetes al ejército romano á condicion de poder retirarse sin ser inquietados, dejando por rehenes los hijos de los principales de ellos: Aureliano hizo que se les educara con arreglo á su sexo y categoria, luego casó á las jóvenes con sus oficiales de graduacion más elevada para consolidar la union entre ambas naciones. Por su parte llamó á la Dacia á las guarniciones que fueron á reforzar el lado meridional del Danubio, á la par que los vándalos y los godos invadieron el pais abandonado, donde aprendieron de los colonos, que habian preferido no abandonar aquel punto, algunas de las artes de la paz, conservaron relaciones de comercio con la otra ribera del rio, y sirvieron de barrera contra nuevas irrupciones.

Hermanrico.—Poco después los ostrogodos tuvieron un héroe en Hermanrico, vástago de la raza de los amalos (332-372). De una edad ya madura cuando se entregó á los combates, obligó ó persuadió á las tribus independientes á que le aceptaran por soberano. Contentáronse los reyes de los visigodos con el título de jueces, y marchando él hácia el Norte redujo doce naciones á su obediencia: avasalló á los hérulos establecidos en derredor del Ponto Euxino, á pesar de su denuedo, y de sus fuerzas de infanteria; aconteció lo propio con los venedos, que más numerosos que robustos, poblaron las llanuras donde existió y tornará á alzarse Polonia. Los hérulos del mar de Azof, los roxolanos de la Rusia oriental, los estios de la lejana costa del Báltico, que aun conserva el nombre de Estonia, á quienes enriquecian la agricultura y la pesca del ámbar, fueron tambien sometidos por Hermanrico, que imperó sobre todo el pais entre el Báltico y el Danubio. Desgraciadamente para su gloria habia nacido entre pueblos iliteratos, que dejaron perecer el recuerdo de espediciones que hubieran podido sostener el parangon con las de Alejandro (8).

Francos.—Así como los godos procedian del Este, una segunda invasion salió del Noroeste de la Germania. Algunos creen que la porcion de los germanos que designa Tácito con el nombre de istevones, y que comprendia la confederacion de los queruscos, de los sicambros, de los caucios, de los catos y de los brúcteros, tomó hácia esta época el nombre de francos (244). Favorece esta opinion la circunstancia de verlos divididos en dos pueblos, los salios y ripuarios, subdivididos tambien en otros muchos de menor importancia. Cuéntase que decadentes los queruscos después de Herminio y obligados á ponerse bajo la proteccion de los catos, se restablecieron poco á poco, y habiendo recuperado el territorio próximo al Rhin, reconquistaron su permanencia en la confederacion. Entonces hubo de ser cuando tomaron el nombre de salios, del Saale, ó más bien del Isel, uno de los brazos del Rhin, para distinguirse de los otros que habian tomado su nombre de la Franconia, ó lo habian dado á esta comarca, pero de los cuales habia adoptado una parte el nombre de ripuarios, porque moraban á orillas del Rhin.

Esta confederacion debió comprender á los camavos, á los tubantos, á los sicambros, á los brúcteros, á los divicinos, á los amsivaros, á los catos, á los atuarios y á otros, teniendo todos probablemente sus príncipes particulares, si bien unidos entre sí en la misma liga. Tal estado de cosas se mantuvo hasta los tiempos de Clodion y de Clodoveo.

Otros hacen de los francos un pueblo distinto de los germanos, porque se cortaban el cabello y se servian de la francisca en la guerra, especie de hacha á la que apenas hace dos siglos que se ha renunciado más allá del Báltico. Segun ellos esta nacion habitaba la Dinamarca, y quizá los paises á la orilla derecha del Elba, que forman actualmente los ducados de Holstein y de Lauemburgo con una parte del Mecklemburgo; habiéndose adelantado enseguida entre el Elba y el Weser, luego hasta el Rhin, hubieron de dar su nombre á los diferentes pueblos que sometieron ó se agregaron.

Pasaron el Rhin en tiempo de Galieno é invadieron las Galias. No defendieron contra su empuje los Pirineos á España, intacta hasta entonces, que cubrieron de ruinas hasta Tarragona. Llegando á la sazon á orillas del mar se trasladaron á Mauritania, desde donde tornaron á sus selvas cargados con un botin inmenso.

Amenudo recurrieron los usurpadores á aquellos aliados fieles, hasta el momento que Aureliano los

(8) Jornandes bebió probablemente en los cantos nacionales lo poco que de ellos refiere.

repelió más allá del Rhin. Muy poco tardaron en pasarle de nuevo; y aunque Probo triunfó de ellos, nunca llegó á dominar su fiereza. Dieron una solemne prueba de su audacia cuando desde las orillas del Euxino, á donde este emperador les habia confinado, no temieron aventurarse en frágiles buques al Bósforo de Tracia y al mar Egeo. Desembarcando en muchos puntos del Asia Menor y de la Grecia, saquearon el pais, sorprendieron á Siracusa é hicieron una escursion al África; cruzando después el estrecho volvieron á ganar la Germania por el Océano (9); viaje apenas creible para todo el que ignore cuanta audacia inspira la navegacion del pirata.

Se les veia caer con la velocidad del rayo sobre las costas de la Armórica y de la Bélgica, saquearlas y alejarse. Más tarde, cuando Carusio se sirvió de ellos para usurpar la Bretaña, dotados de más audacia, ocuparon totalmente la isla de los batavos. Allí fueron vencidos por Constancio Cloro y trasladados á lo largo del Rhin, si bien se mostraron todavia más terribles á Constantino y á Crispo.

Alemanes.—Además tenia que combatir Roma á otra confederacion ó nacion principal, la de los alemanes; no hallándose en Tácito su nombre como el de los francos, se ha supuesto que designaba una liga de *hombres de todas clases* (10), que hubo de formarse posteriormente. El pais al Norte de la region renana, entre la ribera oriental del Rhin y la orilla meridional del Mein, estaba tan desguarnecido de habitantes, que los romanos no habian cubierto aquel lado de fortificaciones desde Vindonisa hasta Maguncia. Allí vivian errantes los suevos, que habian hecho frente á Julio César con Ariovisto. Cuando fueron derrotados siguieron algunos las banderas enemigas y se fijaron en la Galia á la orilla izquierda del Rhin, como los vangrones, los triboquios, los nemetos, antepasados de los pueblos de Worms, de Estrasburgo y de Espira; repasando otros el rio se detuvieron á la orilla derecha, dilatándose por la comarca que riegan el Necker, el Mein y el Lahn.

Espulsados los boyos por Marobodo, así como otros celtas, retos, usipios, rucinatos, intuergos y tencteros, se asociaron á ellos para acometer la tentativa de libertarse del yugo romano; de su mezcla se formó el gran pueblo de los alemanes, quizá en tiempo de Marco Aurelio. Presentáronse con este nombre por primera vez á orillas del Mein durante el reinado de Caracalla (11), quien después de haber conducido un ejército contra ellos, fundó en su pais á Aquæ Aurelanienses (12), y les cobró tanto afecto, que, no contento con escoger entre ellos sus guardias, imitó su vestidura y su blonda cabellera.

Aun cuando no osaran traspasar las barreras de los romanos, no cesaron de inquietar las fronteras de la Galia, donde se ofrecian á sus ojos comarcas opulentas; atravesando posteriormente varios de ellos el Danubio, bajaron por los Alpes Réticos á Italia, donde se adelantaron hasta los muros de Rávena; y la aproximacion del ejército romano les obligó á la retirada, si bien se llevaron consigo una pingüe presa.

Otra vez trescientos mil de ellos llegaron hasta cerca de Milan, y se cuenta que Galieno los derrotó con un corto número de soldados; pero este aserto se halla desmentido por la necesidad en que aparece haberse encontrado este emperador de casarse con la hija del rey de los marcomanos, á fin de obtener la paz. En el momento que Aureliano estaba ocupado con los godos en los confines de la Iliria, empuñaron de nuevo las armas los alemanes é invadieron la Retia con cuarenta mil ginetes y doble número de infanteria; entonces se aumentó su falange y devastaron el pais desde el Danubio hasta el Pó. Pero el emperador les cortó la retirada con una hábil maniobra, envolviéndolos de tal manera que les obligó á entrar en acomodos.

Aureliano desplegó ante sus embajadores toda la magestad romana. Alineadas las legiones en silencio, permanecieron sobre las armas; los principales oficiales con las insignias de su grado rodeaban el trono, detrás del cual se elevaban sobre las puntas de las lanzas, las efigies de los emperadores, las águilas de oro y los títulos de las legiones. El emperador, cuyo continente magestuoso infundia respeto, acogió con altivez su demanda, y les echó en cara su perfidia, y les intimó rendirse á discrecion, so pena de merecer todo su rigor.

Pero apenas le llamaron á otro punto las necesidades urgentes del momento, abrieron brecha los alemanes en aquella hilera de hombres armados, y corrieron en derechura sobre Italia talándola hasta Milan, y diseminándose en pequeños cuerpos por los valles del Adda y del Tesino. Deshicieron á los romanos á las inmediaciones de Plasencia, si bien llevaron la peor parte en Fano; y puestos con posterioridad en completa derrota junto á Pavia evacuaron la Italia. Esta invasion súbita advirtió á Aureliano de lo indispensable que era rodear de murallas á Roma, que desde entonces estaba obligada á defenderse sobre el Tíber, no sobre el Éufrates ó el Volga.

El poderio que adquirieron los alemanes, hizo que se estendiera su nombre á todos los germanos que no formaban parte de la liga de los francos; de donde se sigue que amenudo eran designados unos por otros alemanes y germanos, por lo cual es imposible distinguir las espediciones de estos y de aquellos. Entonces parece haberse acercado á ellos los burgundiones y ocupado parte de la actual Franconia: de aquí las sangrientas guerras en que acabaron por sucumbir los alemanes. Adelantáron-

---

(9) ZÓSIMO, I, 67. *Panegyrici veteres*, V.

(10) *Alle mann:* pero la ortografía no se adapta á esta etimología.

(11) AGATIA SCOLASTICO, *Hechos de Justiniano, emp.* lib. I.

(12) Dícese que *Baden*, si bien seria más bien en nuestro concepto *Badenweiler*.

se á la sazon los vencedores hácia el Mein y el Rhin, secundados por los romanos deseosos de contener á aquellos alemanes, que no respetaban de ningun modo el *límite* impuesto á sus escursiones.

Aun tendremos que ocuparnos de estos en el curso de este relato, en cuanto nos lo permita la inexactitud de los cronistas, segun los cuales resulta que jamás se congregaron en un solo cuerpo de nacion, y fueron los últimos entre los germanos que abandonaron la vida pastoril y errante, por sentirse menos inclinados á fijarse que á estenderse en las provincias romanas. Con efecto, á últimos del siglo v ocupaban la Suiza alemana y las riberas del Rhin hasta la confluencia del Lahn; luego del otro lado del Mosela llegaban hasta el territorio de los burgundiones y se engolfaban en las Galias hasta los Vosgos.

Colocando Diocleciano un emperador y una corte junto á la misma frontera de semejantes enemigos, logró tenerlos á raya. Constancio invadió el territorio de los francos y estorbó á los alemanes lanzarse sobre las Galias; pero muchas hordas de sármatas, de carpos, de bastarnos, consiguieron establecerse en las provincias desguarnecidas de habitantes. Si la vanidad romana se lisongeaba de ello y lo aplaudia una política de estrechas miras, no es menos cierto que el imperio acogió de este modo en su seno á la serpiente que habia de morderle.

Mucho dieron que hacer los francos á Constantino, quien ejercitó contra ellos á las legiones destinadas á hacerle soberano del mundo, é instituyó los juegos francos en memoria de los triunfos alcanzados sobre ellos. Crispo, su hijo, se hizo formidable á los ojos de aquellos pueblos, como tambien á los de los alemanes; é hizo en persona la guerra á los godos, quienes, después de haber rehecho sus fuerzas en el curso de una larga paz, se habian unido á los sármatas del Palus-Meótides. Habiendo devastado la Iliria se vieron obligados á emprender una retirada vergozosa. Constantino los persiguió hasta su pais, pasando el Danubio por el puente de Trajano, que mandó reparar sin tardanza. Reducidos los godos á implorar la paz se comprometieron á proporcionarle cuarenta mil soldados.

Otros bárbaros.—Vecinos menos peligrosos tenia en África el imperio; pasando sus moradores del yugo de Cartago al de Roma, vivian, ya que no dóciles, tranquilos. En tiempo de Calígula habia sido reducida á provincia la Mauritania. Fueron fundadas colonias en tiempo de Claudio junto al límite del gran desierto, donde se construyó la ciudad de Sale, tan adelante en las tierras del actual pais de Marruecos, que eran asaltadas amenudo por manadas de elefantes salvajes. Allí se volvió á levantar Cartago que comprendia veinte y dos basílicas, y vió reunirse diez y nueve concilios, y que se comunicaba por ocho caminos con las ciudades marítimas de Africa proconsular, y con las mediterráneas de la Numidia. Desde Constantina, adornada de un arco triunfal y sede de dos concilios, salian cuatro caminos á las principales ciudades de la Numidia. Hippona, plaza fuerte, comercial y habitada por muchos hebreos, fué célebre por el obispo San Agustin y por el concilio en que se dieron cánones á la Iglesia de Africa.

Se puede decir, pues, que los romanos ocupaban todo el territorio habitable del África Septentrional, porque penetraron muchas veces hasta las gargantas del Atlas. Los berberiscos, los gétulos, los moros, se lanzaban al desierto á ejercer sus rapiñas ó cultivaban los oasis, y no podian ser dominados por carecer de habitaciones fijas. Sacaban de ellos los romanos los frutos del limonero, la púrpura que recogian en sus rocas, los animales destinados á los espectáculos del anfiteatro, el marfil y los esclavos de la Nigricia.

Pero cuando la opresion y el ominoso peso de los impuestos disminuyeron la poblacion en los paises sumisos á Roma, abandonando moros y gétulos el desierto ó las gargantas del Atlas, llegaron á apacentar sus rebaños en los campos abandonados; saqueando y huyendo alternativamente se creian obligados á vengar como un ultraje los suplicios que les imponia una autoridad no reconocida por ellos. Su audacia subió de punto á medida que decreció el poder romano, y fueron rechazando poco á poco la civilizacion hácia las costas. Ya al principio del siglo IV habian tomado posicion algunos príncipes moros á la falda del Atlas, así como en la comarca comprendida entre el desierto y Cartago. Roma podia perder una porcion de su territorio; pero como aspiraban menos á las conquistas que á la independencia, tenia ella poco que temer de sus amenazas.

Otros bárbaros rodeaban el Egipto, tales como los moros nasamones junto á la orilla occidental del Nilo; y los árabes junto á la orilla oriental pero la Nubia y la Abisinia no estaban bajo la dominacion de los romanos, quienes frecuentemente no podian hacerse obedecer en la Tebaida de la generacion nueva, y para ellos estraña, de los solitarios que se habia establecido allí.

A los nubios pertenecian al principio aquellos blemios que tan amenudo nombramos, perpétuos enemigos y devastadores del alto Egipto, progenitores de los modernos bisharos y ababdios. Después combatieron blemios y nubios en el pais situado entre Meroe y Siene, donde de las sesenta y ocho ciudades tan famosas antes no quedaba más que Napata en las márgenes del Nilo. Para detener las devastaciones de los blemios, cedió Diocleciano á los nubios siete jornadas de tierra al norte de las cataratas del Nilo; tratado que cada año se confirmaba con sacrificios en la isla de Elefantina. Los nasamones de la Libia marítima habian sido destruidos por el mismo emperador.

Muchas veces habian intentado los romanos avasallar la gran península arábiga; pero si se jactaron de algunos triunfos, descubrieron en realidad

que la naturaleza no habia hecho aquellos pueblos para el yugo, ni para una civilizacion estable. Habíanse, pues, contentado con servirse de ellos para comerciar con la India, y ya daban el nombre de sarracenos á intrépidos bandidos que llegaban del desierto á infestar la Siria. Tomaban á veces á sueldo algunas partidas de su caballeria, sin igual en el mundo por el ardor infatigable y por la docilidad de los caballos. Pero no creian tener que temer más que pequeñas escursiones por parte de un pueblo que á pesar de todo debia conquistar en breve en el discurso de noventa años más territorio que habia conquistado Roma en ocho siglos.

Palmira habia perdido con la libertad aquel esplendor y aquella prosperidad que le habian hecho maravilla del Oriente Se habian enseñoreado los partos de Armenia, que entonces se estendia al oriente del Éufrates, desde Satala hasta la cordillera de montes que costea el Caspio, y habiendo encumbrado al trono de Artaxata un vástago de los Arsácidas, se hallaban de este modo en contacto con el imperio; pero cuando el predominio de la raza persa tornó á someterlos á la coyunda, Armenia recuperó su independencia, y se unió con los vínculos de la religion á los romanos.

El imperio de los Sasánidas, con el cual habia tenido Roma en este período peligrosísimas luchas, llegaba por el Norte hasta el Oco y el Oxo que les separaban de los indo-escitas, al Caspio y á la Albania, camino muchas veces atravesado por las irrupciones de los alanos; por el Occidente confinaba con la Georgia, la Armenia y las fronteras romanas; al Sudoeste con el Éufrates que le separaba del reino arábigo de los Mondar; al Mediodia con los golfos Pérsico y Eritreo; y al Oriente la protegian de los indo escitas los montes Parsiatos.

CAPÍTULO III

CONSTANTINO.

Vencedor de Licinio, se encontraba Constantino señor del mundo y podia ejecutar los proyectos meditados hácia mucho tiempo. Una política nueva habia restablecido el órden en el imperio, y debia darle una nueva capital de consiguiente (1).

Los emperadores, creacion del pueblo, encontraban en Roma muchísimas personas habituadas al mando á causa del derecho que habian ejercido sobre la familia y sobre los esclavos, por lo cual conocieron la necesidad de humillarlas, y para ello hacerse amigos del pueblo bajo. De aquí el esterminio de las casas senatoriales, que no provenia de la sed de sangre sino de la envidia que causaban sus riquezas y de la necesidad de restaurar el erario con sus cuantiosas fortunas. Bajo Galieno solo existia la Calfurnia de las antiguas familias. Se introducia gente nueva de reemplazo, ampliando el derecho de ciudadania; entre los eunucos y libertos se escogian los confidentes y los ministros; se promulgaron buenas leyes á favor de los esclavos, que elevados de improviso al mando se hacian orgullosos é ineptos, soberbios y avaros. De este modo quedaba destruida la antigua raza conquistadora.

Roma hacia entonces memoria de su antigúa grandeza; pero ¡cuán humillada debia sentirse al

---

(1) De aquí en adelante toma la historia diverso colorido, á medida que la escriben autores idólatras ó cristianos. Zósimo, siempre hostil á los cristianos, bosqueja á semejanza de Polibio la decadencia del imperio. Los cinco libros suyos que nos quedan, comprenden hasta el año 410.

De los treinta y un libros de Amiano Marcelino, se han perdido trece; los otros abarcan desde 354 hasta 378. Este autor es prolijo, pero instructivo y de bastante imparcialidad.

Independientemente de los compendiadores ya citados, los que han escrito además sobre la historia general, son los siguientes:

PAULO OROSIO, *Historiarum* lib. VII y ZONARA, *Anales*. *Panegyricæ orationes veterum oratorum: notis ac numismatibus illustravit, et italicam interpretationem adjecit.* LAURENTIUS PATAROL. Venecia, 1708. Son los panegíricos dedicados á los emperadores desde Diocleciano hasta Teodosio, de donde se pueden sacar, aunque con estremada reserva, algunas noticias ó más bien algunas conjeturas.

Son de inmensa utilidad los códigos de Teodosio y de Justiniano con sus comentadores.

Sirven para esclarecer la historia política los diez libros de la *historia eclesiástica* de Eusebio, los cinco libros de la *vida de Constantino*, así como los de sus continuadores Sócrates, Teodoreto, Sozomenes, Evagrio aunque parciales respecto de los emperadores cristianos. Otro tanto se puede decir de las vidas de los santos.

Entre los modernos, además de Gibbon y de las historias universales, véanse:

LE BEAU.—*Historia del Bajo Imperio desde Constantino el Grande*, continuada por AMEILHON, y enriquecida por SAINT-MARTIN, con notas sacadas de los historiadores orientales. Paris, 1824; 20 tomos; de los cuales los siete primeros se refieren á este tiempo.

CORENTIN ROYON.—*Historia del Bajo Imperio desde Constantino hasta la toma de Constantinopla en* 1453. Paris, 1803, 4 tomos. Utilísimo compendio.

El padre P. BERNARDO DE VARENNE.—*Historia de Constantino el Grande*. Paris, 1778; y el abate FR. GUSTA.—*Vida de Constantino el Grande*. Fuligno, 1786. Son más bien panegíricos que historias.

G. F. MANSO.—*Vida de Constantino*. Breslau, 1817 (aleman). Obra mejor que las anteriores.

Los estudios modernos de Madvig, Becker, Mommsen, Bethmann-Hollweg, Rubino, Marquardt, Lange, Rudorff..... pueden verse reasumidos en la obra de J. B. MISPOULET.—*Las Instituciones políticas de los romanos, ó esposicion histórica de las reglas de la constitucion y de la administracion romanas desde la fundacion de Roma hasta el reinado de Constantino*. Paris, 1882-83, 2 tomos.

ver como se imponian emperadores extranjeros á sus recuerdos gloriosos; al ver enseguida á Diocleciano trasladar á otra parte la verdadera sede de la autoridad, y por último á sus sucesores permanecer lejos de ella años enteros y aun toda la vida! Mientras residieron en Roma los emperadores, se mecia el pueblo con aquella sombra de autoridad, que se lisonjeaba de reconquistar cuando les veia mendigar su favor con afabilidad, con liberalidades y juegos; ó cuando bajo los balcones del palacio, ó en el recinto del teatro aprobada con sus aplausos, ora una accion, ora una ley, ó protestaba contra ellos á silbidos

Ya habian cambiado los tiempos. Diocleciano habia convertido en una corte oriental la corte de Augusto, tan frugal antiguamente; habia depuesto la toga, que disimulaba aun la tirania, poniendo entre los súbditos y el príncipe el abismo abierto entre ellos en Asia por el hábito de la servidumbre. No se trataba, pues, de grangearse la voluntad de la multitud, de venerar al Senado, de respetar los usos nacionales, sino de deslumbrar con el fausto, y de intimidar con la fuerza.

Acostumbradas á servir las provincias, se doblegaron á la nueva política fácilmente. Pero á cualquier lado que volviera los ojos el romano, hallaba recuerdos de otra especie sobre el Aventino, en el Foro, en el Capitolio; la sangre de Virginia, la sombra de los Gracos, la figura austera de Caton, el puñal de Bruto; interin residia un emperador en la ciudad eterna estaba obligado á usar, respecto de la magestad del senado y de la familiaridad del pueblo, miramientos que, no hallándose en relacion con las nuevas instituciones, repugnaban á príncipes acostumbrados á la dócil obediencia de las legiones y de las provincias.

Por otra parte queria Constantino apoyar su nueva política en una religion nueva. Roma podia considerarse entonces como metrópoli del politeismo, no porque tuviera este un centro, una unidad para las antiguas creencias, sino porque á contar desde su fundador, habia acogido una série de tradiciones paganas, á que se enlazaban tanto sus victorias como el orgullo de sus venturosos dias; hubiérase dicho que el Júpiter Capitolino amenazaba desde lo alto de su incontrastable roca á todo el que osara violar sus altares, aunque estuviese dispuesto á dividir los honores con cualquier Dios nuevo ó renovado. Allí habian llevado sus supersticiones los diversos aventureros de todos los paises del mundo. Era como un campo de espinos en que la planta nueva no podia desarrollarse con holgura.

Además todo acto público debia ser consagrado con ceremonias religiosas en virtud del orígen sacerdotal del gobierno patricio; se preludiaban las asambleas con sacrificios; alzábase en el Senado la estátua de la Victoria; las solemnidades llamaban al emperador unas veces al circo, otras á los templos, y proponiéndose Constantino, ora por cálculo, ora por convencimiento, establecer la nueva creencia, esperimentó hácia aquellos profanos usos una repugnancia, que no trató de encubrir con las artes del disimulo. Viéronle el pueblo y los patricios con no menos despecho que escándalo, menospreciar lo que tenian por sagrado y querido; pero léjos de cobrar susto por ello, resolvió apartarse de aquella raza cuyas orgullosas pretensiones igualaban á su vileza, y trasladar la sede del imperio á un punto donde no hubiera que arrostrar recuerdos, que cumplir ritos, ni que venerar sepulcros.

Fundacion de Constantinopla.—Convenia escoger aquel lugar de manera que á la salubridad se juntara la facilidad de las comunicaciones y la belleza del sitio, y en que el jefe del imperio pudiera observar de una mirada tanto las hordas del Norte que hacian continuas irrupciones, como el amenazante poder de los persas. Dícese que Augusto habia pensado en trasladar la sede del imperio, de que era fundador, al punto desde donde Troya habia dominado en un tiempo la embocadura del Helesponto. Con la misma idea habia empezado Constantino á mandar levantar murallas en la playa que desde la vertiente del Ida desciende al promontorio Reteo. Pero conoció enseguida que Bizancio estaba en una situacion más favorable para el comercio y para la defensa del imperio. No se podria hallar en el mundo una ciudad mejor situada que Bizancio para ser capital de un gran imperio. Colocada en los confines del Asia y de la Europa, una débil colonia griega habia podido convertirse allí en una república independiente, de las más prósperas, y dominar el mar Egeo y el Euxino. Prescindiendo de su admirable distribucion sobre siete colinas, era fácil defenderla en el estrecho istmo que la une al continente: además, por el lado del mar podia poner freno á las piraterias de los godos y de los sármatas en el Euxino, á la par que parecia estender sus dos brazos para recibir las riquezas del Oriente y del Occidente.

La nueva ciudad que tomó de él su nombre (2), ocupa un promontorio triangular cuya base se apoya en el continente europeo, y cuya cumbre se adelanta hácia el Asia, que apenas dista de allí quinientos pasos. La costa meridional dá frente á la Propóntide ó mar de Mármara; se abre en la costa septentrional el puerto, que por su figura y

(2) El nombre primitivo de esta poblacion tracia fué *Ligos*, tomó como colonia griega el de *Bizancio*: convertido en capital del imperio se llamó *Nea-Roma*, y por adulacion *ciudad de Constantino;* Κωνσταντίνου πόλις. Los paisanos que se dirigian á ella desde sus alrededores, decian en el dórico vulgar; «Vamos, ἐς τὰν βόλιν (á la ciudad);» de donde los turcos, cuando la asediaron, tomaron ocasion para llamarla *Istambul*, nombre que se conservó en su idioma, y que los sabios cambian por medio de una ligera alteracion en *Islam bul*, ciudad de la fé. Se la denomina *Zaregorod*, en los antiguos anales rusos; *Zaregard*, esto es, ciudad real por los valacos y por los búlgaros. Los escandinavos del décimo siglo la conocieron con el nombre de *Myklagard*, la gran ciudad.

las riquezas que allí afluyen se ha denominado el Cuerno de Oro. El Lico, que renueva sus aguas, impide que se amontone allí el fango; y las mareas, que se sienten muy poco en aquellas playas, nunca oponen obstáculo á la entrada de buques ni aun á los de más alto bordo, que pueden abrigarse allí en número de mil doscientos, y echar el ancla en ciertos puntos á lo largo de las casas. En tiempo de las cruzadas cerraba una cadena de hierro el puerto, cuya entrada no tiene más de doscientos cincuenta metros. La cúspide del triángulo rompe las olas del Bósforo, canal tortuoso que junta el Euxino á la Propóntide, y cuya longitud es de diez y seis millas por una y media de anchura. En su parte angosta y enfrente de Bizancio se alza la pequeña ciudad de Crisópolis (*Scutari*); y luego cuando empieza á ensancharse hácia la Propóntide, Calcedonia, colonia griega. Cuando se ha atravesado por espacio de veinte millas la Propóntide, desde donde se descubre por encima de un golfo, Nicomedia, residencia de Diocleciano, y en una península á Cízico, famosa por su comercio, se llega al Helesponto, que un amante ó un poeta pueden cruzar á nado para pasar de Asia á Europa, y sobre el cual echó Jerges un puente para el innumerable ejército que conducia á su ruina. En aquellos lugares el mar, la costa, la atmósfera, todo parece hermosear á porfía la más magnífica morada del hombre.

Constantino, no pudiendo rodear á una ciudad nueva de la aureola divina con que otras ensalzaron su orígen, hizo correr la voz de que en sueños se le habia ordenado que trasformase la decrépita matrona en una jóven de florida belleza (329). Y después cuando con ritos romanos trazaba el circuito, señalando el terreno con el hierro de su lanza, habiéndole observado uno la inmensidad que le daba, contestó: «Proseguiré hasta que se detenga el que invisible camina delante de mi.» (3)

Constantino destinó 60,000 libras de oro (4) á la construccion de los muros, de los pórticos y de los acueductos. Al paso que la mayor parte de las ciudades construidas al acaso y segun el capricho de los particulares en el curso de muchos siglos, no ofrecen más que irregularidad y deformes contrastes, esa fué trazada con arreglo á un plano único, bajo la inspiracion de un solo pensamiento, y para ejecutarlo se asociaron las artes de Grecia al poder de Roma. Las selvas del Ponto y los blancos mármoles de Proconeso suministraron inagotables materiales; calles, palacios, basílicas, iglesias, todo fué delineado y llevado á feliz remate en una escala proporcionada á la grandeza de la metrópoli. En breve formaron una especie de jardin contínuo los alrededores ornados de habitaciones opulentas. Solamente la impaciencia del emperador, que apresuraba demasiado los trabajos, hizo que se sacrificara amenudo la solidez á una ejecucion pronta.

Como no podia crear artistas para embellecerla, renovó las injusticias de la antigua Roma, haciendo trasladar allí lo más perfecto que poseia el imperio. Grecia, Asia, Italia hubieron de ceder á Bizancio las estátuas de los dioses y de los héroes, los bajo-relieves y los obeliscos. El Apolo pitio y esminteo, los trípodes fatídicos de Delfos, las musas del Helicon, Rea, la gran diosa, que los argonautas habian colocado en la cumbre del monte Dídimo, fueron á decorar el foro, el palacio, el hipódromo, destinado á las carreras de los carros y á las luchas de los atletas, que continuaron verificándose allí por los bárbaros conquistadores hasta que fué quemado en 1808 por los genízaros, que más tarde debian ser degollados á millares en aquel mismo sitio, principio de la reforma ó de la última ruina del imperio otomano.

Aunque Constantino no hubiera trasladado á Bizancio todas las obras maestras y objetos preciosos que poseian Roma é Italia, aquella ciudad, que habia convertido en sede del imperio, hubo de atraer á su recinto á los magistrados, á los cortesanos, y á la multitud que aspiraba á vivir de liberalidades ó á enriquecerse con la lisonja, y tambien á aquellos que apetecian ostentar su opulencia ó ejercer las artes de lujo. Constantino consagró la iglesia principal á la Sabiduria eterna (Santa Sofía), y mandó preparar su sepultura en la de los Apóstoles. Entorno se levantaron muy pronto ocho baños publicos y ciento cincuenta y tres baños particulares, cincuenta y dos pórticos acompañados de átrios y de jardines, dos teatros, cuatro basílicas para las asambleas, catorce templos, otros tantos palacios, cuatro mil trescientas ochenta y ocho casas, sin contar las cabañas plebeyas (5). En menos de un siglo se habian amontonado las habitaciones en aquel vasto recinto, y se hubiera podido construir una nueva ciudad con las que se habian levantado estramuros. Constantino hizo donacion de los palacios á sus favoritos, agregando á esto, ricos dominios en el Ponto y en Asia.

A pesar de todo Roma no perdió la supremacia; el mismo título con que se envanecia Constantinopla era el de colonia, de hija primogénita y querida de Roma. Fué otorgado el derecho itálico á sus ciudadanos, y el nombre de Senado á su consejo público, é hizo al pueblo distribucion de granos.

---

(3) Filostorgio, II, 9.
(4) Codino, *Antiq. cost.* pág. 11.

(5) Estos detalles están estractados de la *Noticia* compuesta un siglo después. Roma tenia 1780 casas grandes; Constantinopla contaba 88,185, de las cuales 18,000 fueron presa de las llamas en 1831. Las murallas con que la rodeó el cónsul Ciro Constantino, por órden de Teodosio I, abarcaban casi el mismo espacio que las del dia; pues Calcóndilas les da 111 estadios; Gilles 13 millas italianas; y los autores modernos 9,800 toesas. Véase Hammer.—*Constantinopolis und der Bosphorus.* Viena, 1821.

Todos los años el dia de su dedicacion (30 mayo) se paseaba allí un carro triunfal con la efigie de Constantino de madera dorada; se habia colocado el genio de aquel punto en su mano derecha; en rededor iban guardias de toda gala llevando antorchas encendidas; y cuando habia llegado la estátua delante del emperador reinante, éste debia ponerse en pié para tributar homenaje al nuevo Rómulo.

Constantinopla no se habia visto obligada como Roma á conquistar la grandeza luchando contra obstáculos y peligros, desplegando en tanto grado aquellas severas cualidades, que pueden por algun tiempo, ocupar el puesto de las virtudes verdaderas. Habíala inundado de repente una multitud corrompida, presa de todos los vicios de Roma, henchida de vanos títulos, habituada á adular á los Césares, tanto más servil con ellos mismos, cuanto que habia perdido de vista la tierra en que aun vivian las tradiciones de la libertad. Un cielo puro y voluptuoso, la facilidad de recibir del Asia, de la India y del Egipto, todo aquello que fomenta el lujo y la sensualidad, una continua afluencia de extranjeros por mar y tierra, contribuyeron allí á la depravacion, y asociándose al genio griego, sutil y querelloso, convirtiéronla bien pronto en una sentina de vicios y de estravios funestos.

Cambiando á la vez la política, la religion y la metrópoli del imperio, favoreció y comprometió Constantino tantos intereses, que no es de admirar el que quizá no exista en la historia ningun personaje del que se haya dicho tanto bien y tanto mal. Era de elevada y magestuosa estatura y de graciosa fisonomia. Acostumbrado desde sus primeros años á los ejercicios de fuerza y de agilidad en los campamentos, no se gastó en él el vigor de la juventud con los escesos de la intemperancia y de la disolucion. Aunque su educacion realizada en medio del estruendo de las armas, le hubiera privado de la cultura literaria, conoció la importancia del saber y lo protegió generosamente. Aun en medio de sus espediciones, y dando audiencia á los embajadores, ocupábase sin cesar en leer, escribir y meditar. Se complacia en hacer justicia en las reclamaciones de los soldados; y trasladábase, en caso de necesidad, de un pais á otro.

Eran sus modales afables é insinuantes, y cultivaba con esmero la amistad de aquellos cuyo corazon poseia. Alegre á veces, más de lo que á su dignidad convenia, complacíase en oir las ocurrencias de su bufon Samaco. Su intrepidez en el combate acrecentaba el valor de sus soldados, á quienes conducia á la victoria con la pericia de un gran general. No deben atribuirse solo sus triunfos militares á la fortuna; pues que seguramente su mérito contribuyó en gran parte á ellos; así como su reputacion de sabiduria y de moderacion, debida sobre todo á la comparacion que de él se podia hacer con respecto á sus rivales.

Aquel que cambia la organizacion y la religion de un pais sin dejarse intimidar por las preocupaciones de la educacion, por los sofismas y las murmuraciones; que resiste á las sugestiones de un partido triunfante, ávido por vengarse de su larga opresion, debe poseer un alma dotada de la mayor energia. Constantino respondia á aquellos que le pedian la condenacion de los gentiles ó de los herejes: *La religion quiere que se padezca por ella la muerte, no que se le dé á nadie.*

En tiempo de las escaseces que afligieron á alguna parte del imperio, envió generosamente á los obispos granos, aceite, vino, dinero, vestidos, para distribuir entre los menesterosos, especialmente á las viudas y á los huérfanos sin distincion de creencias. Reprimió á los delatores, á quienes llamaba epidemia pública, y castigó severamente sus calumniosas denuncias. Queria seguir las huellas de Marco Aurelio y de su tio Claudio, y decia que, en vista de la fragilidad de los hombres, convenia consultar en el gobierno más bien á la equidad indulgente que á la severa justicia. Como se le diera noticia de que algunos descontentos habian tirado piedras á sus estátuas, llevó la mano á su rostro diciendo: *Pues no siento contusion ninguna.*

Cierto dia que escuchaba predicar á un sacerdote, en uno de aquellos panegíricos dictados á los literatos por la cobardia y tolerados por la impudencia de los emperadores, que Constantino, después de haber dominado gloriosamente á los hombres, subiria al cielo para reinar al lado del hijo de Dios, le interrumpió esclamando: *¡Basta de lisonjas importunas; no necesito de tus elogios, sino de tus oraciones!*

En otro de los siete panegíricos recitados á presencia suya, leemos lo siguiente: *Tú has reanimado con la sangre de los francos la pompa de nuestros juegos; tú nos has ofrecido el alegre espectáculo de innumerables prisioneros destrozados por las fieras; al espirar aquellos bárbaros tenian más que padecer á consecuencia de los insultos de los vencedores, que con las dentelladas de los devorantes animales y con las angustias de la muerte.* Efectivamente, Constantino permitió en los primeros años aquellas sanguinarias diversiones, cuyos hábitos eran tan inveterados entre los romanos; pero ¿cómo tenia el orador tan poco entendimiento que no comprendia la revolucion que acababa de consumarse?

Se necesitaria poderse trasladar á la época de Constantino para pesar con exactitud el mérito ó desmérito que pudo contraer elevando su soberania sobre las ruinas del gobierno popular, cambiando no solo el espíritu de su generacion, sino tambien el de las generaciones venideras; porque desde este momento empiezan á ser diferentes de las antiguas. Es, sin embargo, de notar que con tanto afan de poder supremo, atribuyó gran parte á la Iglesia, cuya jurisdiccion robusteció y ensanchó considerablemente.

Leyes.—Cuando el paganismo impregnaba la sociedad, no podia promulgar de un golpe leyes que abolieran el pasado, é hiciesen prevalecer lo justo y lo bueno sobre las formalidades legales.

Trató de elevar el hombre material á hombre moral y de abolir el arbitrario derecho civil en provecho del natural. Conforme á las doctrinas religiosas que habia abrazado, derogó la ley contra el celibato, eximió al clero de todo servicio público, de todo empleo oneroso, y restringió la facultad del divorcio. Intimó á todas las ciudades de Italia y luego á las de Africa que suministraran socorros á los padres que no se hallaban en disposicion de educar á sus hijos, á fin de que no les dieran mala direccion por falta de recursos. Castigó con estremado rigor el rapto; el delincuente debia ser quemado vivo ó descuartizado en el anfiteatro; si la persona robada declaraba haber consentido en aquel hecho, participaba del suplicio; sus padres estaban obligados á acusarla públicamente; los esclavos convictos de complicidad eran quemados ó se les echaba plomo derretido en la garganta. Ningun espacio de tiempo prescribia la accion contra este delito, cuyos efectos recaian sobre la descendencia del culpable. Esta ley, cuyo pensamiento moral iba más allá de la justicia, fué modificada posteriormente.

Con más éxito protegió los intereses de los menores, ciertamente á sugestion de los obispos que se consideraban como tutores natos de aquellos; quiso que los menores tuviesen una hipoteca legal sobre los bienes de sus tutores, garantizándoles los bienes inmuebles. Llevado por sentimientos humanitarios, estendió el derecho de las madres sobre la sucesion de los hijos. Hizo renacer la buena fé, mediante el juramento que debian prestar los testigos antes de declarar (6). Para evitar el espíritu de contienda, enfermedad de aquel tiempo, impuso penas á los que hacian apelaciones temerarias (7). Toda decision respecto de ellos era susceptible de apelacion á los magistrados superiores. En los asuntos civiles fué sometido el soldado á la autoridad ordinaria. En los asuntos criminales todos los súbditos, hasta los *muy ilustres*, fueron justiciables por los mismos tribunales. Abolió las fórmulas de los contratos, vestigio del derecho pelásgico, orígen de embarazos y enredos. Ordenó que se llevara registro de las condenas, especie de responsabilidad moral impuesta á los jueces. Castigó, ó amenazó á lo menos, la negligencia y prevaricacion en todos los magistrados, dulcificó la detencion de los presuntos reos, y quiso que los presos por deudas al fisco tuvieran un aposento ventilado y espacioso; mitigó las penas aflictivas, aboliendo la que habia sido tan prodigada como la marca en la frente y el suplicio de la cruz.

Por consideracion á la agricultura prohibió á los empleados públicos apoderarse por deudas al fisco de los bueyes, de los esclavos y de los instrumentos de labranza, como tambien incluir en la requisicion para el servicio de correos los animales destinados á los campos; dispensando tambien á los cultivadores durante la siembra y la cosecha de todo servicio público, y hasta de la obligacion de santificar las fiestas. No supo libertar al comercio de las trabas que le habian reducido á no ser más que un monopolio imperial. Se puede juzgar del estado miserable en que se hallaba considerando que creyó hacer bastante en su favor reduciendo al 12 por 100 el interés del dinero, y á tres fanegas por dos el de las especies. Fomentó las ciencias y las artes: sostuvo públicas bibliotecas. Escede toda creencia el número de iglesias de que la tradicion le designa como fundador, y que le hace dotar magníficamente, ornar de vasos preciosos y de mármoles finos. Atendia á estas liberalidades con los bienes que sus predecesores habian confiscado á los mártires, y con aquellos de que despojaba á los templos profanos, ó que arrancaba de la celebracion de los juegos del circo y del teatro.

Una vez llegado al colmo del poderio y libre de sus competidores, cesó de disimular sus vicios, ó descuidó la práctica de sus primeras virtudes. El amor de la gloria cedió el puesto á un ambicioso orgullo, y llevando más lejos aun que Diocleciano la pompa asiática, descendió á un afeminado esmero en su persona, que adornaba con fausto y lujo de corte inaudito. No bastando los tesoros acumulados á aquellos gastos, ni á la rival de Roma, agravó con nuevas cargas á sus súbditos, y les entregó á la rapacidad de los agentes del fisco, como debia acontecer en un imperio tan vasto y en una administracion tan complicada. Valiente ál a cabeza de los ejércitos, permanecia sumido en una ociosidad muelle en medio de su corte, dejándose dirigir por sus ministros, que echaban á perder su talento habituándole á frívolos pormenores. Su temperamento y su educacion militar le condujeron á actos de crueldad y de avaricia, de que no siempre le apartaron la reflexion y el cristianismo (8).

---

(6) L. 3, Cod. Theod., *de fide test.*

(7) L. 16, 17, Cod. Theod. TROPLONG.—*Influencia del cristianismo sobre el derecho civil.* Paris, 1843.

(8) Apuntamos aquí juicios que disienten del nuestro; toca decidir á los lectores.

«Dotado de alguna habilidad para la guerra, la empleó en esterminar á sus enemigos particulares, no á los de Roma. No tuvo cualidad ninguna que le hiciera apto para el gobierno. Engañado por ministros y favoritos que abusaban de su debilidad, no veia más que por los ojos de ellos. Una natural inquietud le empujaba á obrar de continuo, aunque las más veces sin provecho. Si pareció ocuparse de grandes designios, los concibió como hombre vano y presuntuoso, y los ejecutó como político mediano. Contribuyó más que otro alguno á acelerar la ruina del imperio.» MABLY.

«Se encuentra en Constantino una mezcla de cualidades que parece que se escluyen unas á otras. Tuvo el alma de un guerrero, amó la pompa y la molicie: fué humano en la legislacion, bárbaro en la política; perdonó algunas injurias, hizo degollar á sus deudos y amigos, daba por humanidad, y por debilidad permitia las dilapidaciones de las provin-

Familia de Constantino.—Su numerosísima familia ofreció un espectáculo contínuo de infortunios y delitos. De sus tres hermanos, Anibaliano vivió oscuro y no dejó hijos: Constancio y Dalmacio se casaron con las hijas de ricos senadores, y entre los hijos del primero se hicieron ilustres posteriormente Gallo y Juliano el Apóstata. Dos hijos del segundo obtuvieron el honorífico, si bien vano título de césares. Anastasia y Eutropia, las dos hermanas del emperador, se casaron con los senadores consulares Optato y Nepociano; Constancia, viuda de Licinio, velaba por la infancia y por el porvenir del único hijo que le habia dejado su esposo.

Crispo.—Constantino tuvo á Crispo de Minervina, mujer oscura, á quien se habia unido en sus mocedades; y de Fausta, hija de Maximiano, tres hijas y tres hijos, Constantino, Constancio, Constante. La educacion ó la instruccion de Crispo, jóven príncipe de grandes esperanzas, fué confiada á Lactancio, uno de los filósofos cristianos más elocuentes. Proclamado césar y gobernador de las Galias á los diez y siete años (317), ejercitó su valor contra los germanos á quienes repelió denodadamente, luego auxilió poderosamente á su padre en la guerra civil en que se señaló con especialidad forzando el paso del Helesponto, tenazmente defendido por el ejército de Licinio. Sus proezas le ganaron el afecto de la muchedumbre, siempre propicia á los jóvenes príncipes que prometen acrecentar la gloria paterna. Pero Constantino concibió de él recelos, y elevando á Constancio á su lado le envió á gobernar las Galias con el título de césar, mientras detenia en los ocios de la corte á Crispo (324), á quien su título de augusto habia hecho esperar tomar parte en el ejercicio de la autoridad suprema. Aquel que en una corte despótica ha perdido una vez el valimiento del soberano, siempre tiene personas que se complacen en venderle, en denigrar sus acciones, en desnaturalizar sus intenciones, en comentar pérfidamente sus discursos, en interpretar sus pensamientos. A sugestion sin duda de hombres de esta especie promulgó Constantino una ley (325), por lo cual ofrecia el incentivo de recompensas y de honores á todo el que le revelara una tentativa para enseñorearse del poder soberano, aun cuando recayera la acusacion sobre los más elevados magistrados y sobre sus más íntimos amigos; anunciando que escucharia personalmente y fallaria por sí mismo (9).

Seria difícil asegurar si en esta ley tuvo presente al hijo que le parecia sospechoso. Es lo cierto que le prodigaba y le permitia prodigar los honores y las felicitaciones ordinarias, mientras que los enemigos del jóven príncipe tramaban su ruina. Constantino se dirige desde Nicomedia á Roma (326) para celebrar el vigésimo año de su reinado, y mientras deslumbran á la muchedumbre espléndidas fiestas, Crispo es preso, juzgado por su mismo padre, y condenado á muerte en Pola. Sufre la misma suerte el hijo de Licinio, vanamente defendido por las lágrimas maternales.

¿Cuál era el crímen de Crispo? el misterio con que fué rodeado el proceso es ya una condena severa de un gobierno en que los más insignes personajes pueden ser sentenciados sin que el juez alegue siquiera un pretesto, ó sin que la historia se atreva á acusarle de injusticia. Dijose más tarde que el príncipe habia caido víctima de las intrigas de Fausta, su madrastra, la cual viendo en él un obstáculo al engrandecimiento de sus hijos, le habia acusado de atentar contra su castidad. Hubo de conocer en breve el emperador la inocencia de su hijo, y no contento con proclamarla le hizo la reparacion posible. Afligida especialmente Elena de una manera profunda de la pérdida de su nieto, hubo de revelar al emperador una intriga de Fausta con un criado de las caballerizas imperiales, y el marido ultrajado hizo ahogar á la emperatriz en un baño. Estos hechos narrados por muchos escritores, no se hallan, sin embargo, apoyados en pruebas suficientes; aun cuando aparece que Constantino sacó partido de ellos para hacer morir á muchos personajes, hasta entre sus amigos.

Príncipes herederos.—Fueron declarados césares los tres hijos de Fausta destinados al trono; se les asoció, aunque se ignore la causa, á sus dos primos, Dalmacio y Anibaliano (10). La educacion física é intelectual de los cinco príncipes se confió á los mejores filósofos, á los más hábiles oradores y jurisconsultos, el emperador mismo se encargó de instruirles en el conocimiento de los hombres y en la ciencia del gobierno. Pero si él se habia formado en este arte en la escuela de la adversidad, no acontecia lo mismo á sus alumnos, quienes crecian enmedio de las tranquilas vanidades y de las falaces lisonjas de la corte, en que va cubierto de una máscara todo su rostro; y fueron llamados en breve á ejercer el poder sin que les hubieran hecho dignos de tal distincion su mérito ni sus trabajos.

Dióse al jóven Constantino una corte en las Galias; otra á Constancio en Oriente; Constante tuvo la Italia, la Iliria Occidental y el África; Dalmacio se situó en la frontera de los godos, desde donde gobernó la Tracia, la Macedonia y la Grecia; Anibaliano administró desde Cesárea el Ponto, la Capadocia y la pequeña Armenia; cada uno de ellos tuvo sus rentas, sus guardias, sus ministros y un poder que fué creciendo con los años y con la esperiencia; pero este poder estaba subordinado siempre al de Constantino, quien se reservó el título de augusto.

---

cias. Unos dias fué Antonino, otros Neron. Parece como si su grandeza se derivara de la prosperidad, sus crímenes de las pasiones, sus leyes del cristianismo.» THOMAS.

(9) *Cod. Theod.*, lib. IX, tít. 4.

(10) Fué el primero y el único príncipe romano que llevara el título de *rex;* se inventó para el otro el de *nobilissimus*.

En el curso de los catorce últimos años de su reinado mereció Constantino el título de *fundador de la tranquilidad pública* (11), que le fué conferido por un decreto. Con efecto, apenas alteró el sosiego una sedicion escitada en la isla de Chipre por un conductor de camellos, llamado Calocero, y por la intervencion del emperador en la guerra de los sármatas y de los godos.

Espulsados por estos los vándalos se habian unido á los primeros, á quienes dieron un rey de la raza de los Hastings, antiguamente establecida en las costas del mar del Norte. Agregábase el deseo de la venganza á tantos otros motivos de enemistad entre pueblos de carácter fiero é igualmente avarientos de predominio. Ya habian llegado muchas veces á las manos los vándalos y los godos junto al Tibisco (331), cuando los primeros demandaron socorro al emperador romano. Como queria en todo humillar el poder creciente de los segundos, acogió de buen grado la demanda que se le dirigia; pero de repente pasó el Danubio é invadió la Mesia Ararico, rey de los godos; y Constantino, envejecido en medio de las victorias, vió á sus legiones emprender la retirada delante de los bárbaros con ignominia. Sin embargo, la disciplina acabó por recuperar la ventaja, y el enemigo vencido fué rechazado hasta más allá del Danubio (332).

Constantino fué auxiliado en esta guerra por los habitantes del Quersoneso Táurico *(la Crimea)*, quienes conservando memoria del daño que les habian hecho los godos, en el siglo precedente, se unieron á los romanos, á quienes les enlazaban además su orígen griego y el comercio de sal, de cera y de cueros que hacian con ellos, en cambio de granos y de manufacturas del Asia. Estos esfuerzos combinados repelieron á los godos á las montañas, donde se dice que murieron cien mil por efecto del frio y del hambre. Reducidos entonces á implorar la paz dieron en rehenes el hijo de Ararico á Constantino, quien se mostró generoso respecto de sus jefes. Lo fué todavia más con los del Quersoneso, cuyos magistrados recibieron de él magníficas insignias, á la par que otorgó á sus buques la exencion de todo derecho en el mar Negro, y les prometió subsidios en hierro, en aceite y en trigo.

Constantino no se mostró avaro más que con los sármatas, cual si hubiera hecho bastante con libertarles de un enemigo peligroso; y retuvo para los gastos de la guerra parte de las liberalidades con que solia gratificar comunmente sus servicios. Irritáronse de consiguiente é hicieron incursiones en el territorio del imperio. Pero Constantino rehusó á su vez socorrerles cuando fueron atacados por Geberico, nuevo rey de los godos. El rey vándalo Visumar pereció en una batalla (334), oponiendo una denodada resistencia á un enemigo valeroso; entonces los suyos armaron á los esclavos, hombres endurecidos en las fatigas de la caza y en la guarda de los rebaños, y rechazaron la invasion con esta medida. Pero aquellos esclavos, á quienes se habian puesto las armas en la mano y cuyo corazon nutria la sed de venganza, usurparon ó más bien revindicaron como propiedad suya el pais donde probablemente habrian nacido sus padres, y se hicieron dueños de él con el nombre de limigantos. Hubieron, pues, de retirarse los vándalos y los sármatas; parte de ellos se sometieron á los godos, parte fueron á pedir á los cuados porciones de terreno inculto más allá de los montes Carpatos; en su mayor número imploraron un asilo en el imperio, donde trescientos mil fueron distribuidos en colonias en la Panonia, en la Tracia y en Italia. Los persas, que habian violado la paz, talando la Mesopotamia, fueron en breve reducidos á negociar de nuevo.

Muerte de Constantino.—Constantino era, pues, temido por los bárbaros vecinos, y respetado por los lejanos, que le enviaban embajadores, unos desde las riberas del Occéano oriental, otros desde las fuentes del Nilo. Habian transcurrido diez meses desde la celebracion del trigésimo año de su reinado, cuando cayó enfermo en Nicomedia. Conociendo su fin cercano, pidió la imposicion de las manos y el bautismo, que no habia recibido hasta entonces; murió declarando que la única vida verdadera era aquella en que iba á entrar al instante. (12) Habian cesado las rivalidades rencorosas y fué generalmente sentido. Hiciéronsele magníficas exequias, y la adulacion de los paganos le colocó entre el número de los dioses (27 mayo 337); la gratitud de los griegos y de los cristianos le aclamó apóstol y santo; la justicia de la posteridad le cuenta entre los grandes monarcas, como un príncipe que comprendió su época, que en vez de retardar progresos ya maduros, á semejanza de los tenaces partidarios de lo pasado, los secundó y favoreció, poniéndose á la cabeza de la más insigne revolucion mencionada en la historia.

---

(11) *Fundador pacis,* se titula en una medalla, segun MIONNET.

(12) La discusion más reciente sobre el legendario bautismo de Constantino, se halla en la traduccion que Arth. L. Forthingham hizo de la *Omelia* de Jacobo de Sarugh. *Acc. de' Lincei,* 1881-82.

CAPÍTULO IV

ASUNTOS RELIGIOSOS.

Después de Constantino adquirieron tal importancia los sucesos esteriores de la Iglesia, que seria imposible comprender la historia sin observarlos simultáneamente. En los primeros tiempos de cristianismo predomina el milagro; y si bien campea el poder del hombre en el sufrimiento, la resistencia y la victoria, es tan evidente por otro lado que la mano de Dios en las interrupciones del órden natural, que aquellos sucesos más bien deben venerarse que describirse. En su mayor parte, los primeros discípulos eran sencillos é incultos; y la fé era la base en que querian edificar el nuevo mundo, capaz de remover las montañas.

El primer siglo, fué, pues, más práctico que especulativo, más de accion que de palabra; la doctrina, perpetuada por la traduccion oral y viva, concentrábase en pocas palabras graves y sencillas; y la fé estaba probada de un modo simple y eficaz cuando los testigos de la vida y resurreccion de Cristo podian decir aun: «Nosotros lo hemos visto ó lo ha visto el que nos lo ha contado». La doctrina, pues, se reducia á decir: «¿Quereis la paz del alma y el verdadero bien? Pues creed». Si nacian disputas, las acallaba la voz de un discípulo; y la completa regeneracion del hombre era una prueba sublime de la verdad, que se efectuaba por medio de virtudes desconocidas hasta entonces: paz, fraternidad, igualdad, beneficencia universal, constancia en los martirios, y el perdon magnánimo.

Aquella fé indómita ante los terrores y los halagos, aquella virtud sobrehumana debian producir su efecto, y el mundo se imbuia de un espíritu nuevo; asi que la Iglesia poco ántes casi sin esperanzas, se estendió triunfante y se preparó á reformar la sociedad, no cambiando el órden político, sino mejorando los hombres, imponiendo un nuevo sistema de creencias y moral.

Cuando este emperador hubo dado la paz á la Iglesia, se propagó por toda la cristiandad un santo alborozo. Vióse á los sacerdotes salir de la noche de las catacumbas, para celebrar á la faz del mundo los ritos de la nueva alianza. Entonces empezaron los obispos á solemnizar la memoria de los mártires, á consagrar iglesias edificadas á la luz del dia; los hombres de letras á escribir panegíricos, y á revelar virtudes escondidas hasta entonces en la sombra. Reconociéndose entre sí los fieles en una dulce seguridad, se estrechaban con mútuos abrazos; y la cena de la conmemoracion perpétua les afirmó en el sentimiento de la fraternidad en medio de himnos al Señor, que prometia el fin de las tempestades.

No quiso Constantino reducir á la desesperacion á un partido numeroso, que ya no era temible, amenazándole con represalias: condújose, pues, con templanza (lo cual no es débil mérito en un innovador) en una lucha que no admitia transaciones, y que tenia por objeto asegurar el triunfo de un sistema. Al principio toleró al lado de la religion nueva el antiguo culto, arraigado en las costumbres y sostenido por tantos intereses (321); habiéndose declarado después abiertamente en favor de los cristianos, proscribió los juegos de los gladiadores, las fiestas escandalosas, el trabajo en los domingos. Mas tarde cerró los templos, prohibió los sacrificios, derribó los ídolos, quitó á las vestales y á los sacerdotes paganos los privilegios que concedia á los obispos y al clero, á quienes daba además palacios y riquezas, con la autorizacion de aceptar mandas. Impuso á los magistrados seglares la obligacion de abandonar parte de su autoridad para aumentar la de los obispos, á cuyas decisiones atribuyó tanta fuerza como á las suyas propias. Levantóse la cruz sobre los edificios públicos, flotó el lábaro á la cabeza de los ejércitos: alzóse una capilla en el campamento, servida por sacerdotes á quienes llamaba

Constantino custodios de su alma. Cada legion tuvo su altar y sus ministros, y antes del combate fué invocado el dios de las victorias.

Donacion de Constantino.—Díjose más tarde que curado el emperador de la lepra y bautizado por el papa Silvestre, le habia cedido así como á sus sucesores la soberania de Roma, de Italia y de las provincias de Occidente. El acta de donacion, forjada segun las apariencias en el siglo VIII é inserta en las decretales del falso Isidoro, parece señalar una antiquísima fecha y un origen legítimo á la dominacion temporal de los papas (1). Pero la autenticidad de este título fué ya cuestionada en el siglo XII: luego Lorenzo Valla la refutó completamente, apoyándose en pruebas, á que se rindieron antes que nadie los más leales defensores de la Santa Sede. A más la liberalidad de Constantino dotó espléndidamente las iglesias de Roma (2), y un catálogo, aunque incompleto (3), enumera las rentas que sacaban de las casas, de las tiendas, de las tierras y de los jardines, las de San Pedro, de San Pablo, de San Juan de Letran; ascendiendo todo junto al valor de veinte y dos mil monedas de oro, á las que conviene añadir una considerable cantidad de aceite, de lienzo, de papel, de aromas y de frutos. Sin embargo, los pontífices romanos, aun después del triunfo de la fé, continuaron haciendo una vida humilde, no aspirando al reinado de este mundo, sino á dar ejemplo de constantes virtudes.

Papas.—Los primeros de ellos, obispos piadosos y llenos de celo, después de haber empleado penosamente toda su vida en conservar la pureza de la fé y en alentar á los que la confesaban, la habian sellado con su propia sangre. A Pedro, crucificado el 29 de junio del 67, (?) sucedió Lino, natural de Volterra, luego Anacleto de Roma: enseguida el romano Clemente, compañero en otro tiempo de San Pablo, y del cual nos queda una epístola á los corintios; viene en pos Evaristo, sirio, que así como el romano Alejandro su sucesor, fué víctima del emperador Adriano. Luego Sixto de la familia Elvidia, que introdujo el ayuno de la cuaresma, y Telesforo de Turio, á quien se atribuye el *Gloria in excelsis*. Enseguida se cuentan Higinio de Atenas, Pio de Aquilea, Aniceto de Ancisa, Sotero de Fondi, de los cuales no se sabe la época de su pontificado, como tampoco su órden de sucesion.

Dícese que Eleuterio de Nicópolis envió misioneros á Bretaña (4). El celo de Víctor, natural del Africa (177), fué templado por los prelados de Occidente, á fin de que no impulsara á los obispos de Asia á separarse de la Iglesia con motivo de la cuestion del tiempo en el cual habia de celebrarse la Pascua. Cuéntase que Calisto de la familia Domicia, sucesor del romano Zefirino, mandó construir (219), en tiempo de Heliogábalo, el famoso cementerio que se encuentra á lo largo de la via Apia, y en el cual fueron enterrados ciento setenta y cuatro mil mártires y cuarenta y tres papas. Siguen luego, Urbano, Ponciano, romanos (235-251), este fué desterrado á Cerdeña en tiempo de Maximino; Antero de Policastro; Fabian y Cornelio, romanos y mártires; Lucio romano; Estéban de Roma, que tuvo algunas reyertas con San Cipriano; Sixto II, de Atenas; Dionisio, de Turio, que hizo obras de que nos quedan algunos fragmentos; de 269 á 275 Felix de Roma, Eutiquiano de Luca, Cayo de Dalmacia; Marcelino, romano; Marcelo de Roma, cuya severidad y cuyas contradicciones están atestiguadas por el epitafio que le hizo San Dámaso (5). El papa Eusebio, natural de Calabria, que gobernó la Iglesia solo durante algunos meses (310), tuvo por sucesor al africano Milciades ó Melquiades, y éste á Silvestre de Roma (314), bajo el cual se consumó la feliz conversion de los emperadores.

Así como entonces se introdujo en el imperio un nuevo órden civil, del mismo modo se operó un cambio en la organizacion eclesiástica; hecho,

---

(1) «Aun en la Roma pagana, el pontífice romano causaba embarazo á los césares; era su súbdito, podian todo contra él y él nada contra ellos, y sin embargo, no podian estar á su lado. Leíase en su frente el carácter *de un sacerdocio tan sublime, que el emperador, que llevaba el título de sumo pontífice, lo sufria en Roma con menos paciencia que en el ejército un césar al cual le disputase el imperio* (Bossuet) Una mano oculta le echaba de la *ciudad eterna*, para darla á la cabeza de la *iglesia eterna*. Quizá en el ánimo de Constantino mezclábase un principio de fe y de respeto con ese disgusto; pero no dudo que tal sentimiento contribuyó á su determinacion de mudar la corte más que los supuestos motivos políticos. El mismo recinto no podia contener al emperador y al pontífice, y Constantino cedió Roma al papa. La conciencia infalible del género humano no lo entendió de otra manera y de aquí la *ciertísima fábula* de la donacion. La antigüedad que quiso verlo y tocarlo todo, cambió el abandono en una donacion formal viéndola escrita en pergamino y depositada en el altar de San Pedro. Los modernos apelan á la *falsedad*, mientras la misma inocencia referia de esa manera sus pensamientos. No hay, pues, cosa más verdadera que la donacion de Constantino.» DE MAISTRE.

(2) Hizo donacion á una sola iglesia de un tabernáculo de plata de peso de dos mil veinte y cinco libras, con una cruz de cinco piés de altura, que pesaba ciento veinte, y y los doce apóstoles, tambien de plata, del peso de noventa libras cada uno; tasado todo en millon y medio, sin contar ochenta mil pesetas de renta en bienes raices.

(3) BARONIO, *An. ecle.* ad a. 324, núms. 58, 65, 70, 71.

(4) La autoridad tardia de Beda reconoce por apoyo estas palabras de Tertuliano: *Britannorum inaccessa Romanis loca, Christo vero subdita.*

(5) *Veridicus rector, lapsis quia crimina flere*
Prædixit miseris, fuit omnibus hostis amarus;
Hinc furor, hinc odium sequitur, discordia, lites,
Seditio, cædes, solventur fœdera pacis.
Crimen ob alterius, Christum qui in pace negavit.
Finibus expulsus patriæ est feritate tyranni.
Hæc breviter Damasus voluit comperta referre,
Marcelli ut populus meritum cognoscere posset.

cuya observacion es de tanta más importancia (6) cuanto que habiendo desaparecido el primero, se ha conservado el segundo, como consecuencia de la estabilidad que imprime la Iglesia á todo lo que de ella emana.

Pero desde el momento en que las cosas del cielo se ponen en contacto con las cosas humanas, participan aquellas de la perversa naturaleza de éstas. No bien se tornó la Iglesia, de perseguida que era, en dominadora, cuando corrieron á ella en tropel los paganos, no siempre impulsados por una conviccion íntima, y después de haber luchado contra el sofisma, contra las pasiones, las costumbres y los intereses; sino por lo comun para conservar sus empleos y no caer en desgracia, por avidez hácia los privilegios y por las riquezas del sacerdocio. Siguióse de esto que las costumbres de los cristianos se corrompieron, y que en la nueva religion, conservó la sociedad sus antiguos vicios.

Herejias.—Donatistas.—Las herejias, que no habian sido más que disputas de escuela, tomaron más sério aspecto (305), y hasta llegaron á turbar la política. Estallaron éstas primero en Africa, donde Donato, obispo de las Casas Negras, acusa á Ceciliano de haber alcanzado subrepticiamente el obispado de Cartago, y de haber entregado en tiempo de persecucion los libros sagrados á los magistrados. Un concilio compuesto de setenta obispos condena al prelado; otros le sostienen; de todo esto resulta un cisma, cuyos furores no puede apaciguar el procónsul de Africa. Llama Constantino á Roma á Ceciliano y á sus adversarios, con el fin de que espusieran sus razones ante el papa Melquiades, rodeado de los obispos de la Galia y de Italia. Reúnense diez y nueve en el palacio de Letran (2 de octubre 213), bajo la presidencia del pontífice *su muy querido hermano*, y Donato es confundido. No habiendo oido á Ceciliano el concilio africano, no hizo ningun caso de la sentencia que habia pronunciado. Y aunque declarado inocente, es Ceciliano detenido en Brescia como medida preventiva, aconteciendo lo mismo con Donato en Roma; pero éste faltando á la palabra empeñada, vuelve de nuevo á Cartago; síguele el obispo y el incendio se acrecienta. Recurrióse otra vez á la autoridad del emperador, quien ordenó se sometiera la causa á más maduro exámen. Cansado, en fin, de oir decir que el concilio de Roma habia sido poco numeroso, convocó otro en la ciudad de Arlés (agosto 314), concurrieron á él por lo menos treinta y tres obispos; aquellos que no pudieron asistir personalmente, enviaron sacerdotes para que ocupasen sus puestos; lo cual hizo tambien el papa, que no podia «desamparar los lugares sobre los cuales velan los apóstoles, y en los que no cesan de glorificar al Señor con su sangre.» (7)

Ceciliano fué nuevamente absuelto, y los Padres del concilio comprometieron á Constantino á reprimir por la fuerza á los disidentes que perturbaban el pais y la Iglesia. Hízolos detener en efecto, y luego á persuasion suya se puso á examinar por sí mismo la causa ya juzgada por el sínodo; pero, aun cuando le estrechaban los donatistas, remitió su decision de un dia á otro, de Roma á Milan: por último, promovió la deliberacion del asunto en su consejo privado, y falló en favor del obispo.

Ni aun después de la sentencia imperial se apaciguaron los donatistas, y hasta se apoderaron de una iglesia construida por el emperador en Cirta, ciudad de la Numidia, que se llamó entonces Constantina. Pero en vez de encruelecerse prefirió levantar otra, exhortando á los creyentes á la paciencia y á aceptar como un martirio las persecuciones de sus adversarios. Tales querellas intestinas, que daban asunto á la mofa de los gentiles, debian ser penosas á Constantino, y sin embargo, no se podia decidir á mostrarse riguroso. Solo en lo más recio de sus disensiones privó á los disidentes del lugar de sus reuniones. No por eso acreditaron muchos obispos menos pertinacia en no querer comunicarse con Ceciliano, y su obstinacion les condujo desde el cisma á la herejia.

Circunceliones.—No pareceria digna de ocupar á la historia una cuestion en la que no se ponia en tela de juicio ningun punto del dogma, si no hubiera agitado al imperio en el curso de tantos años. Algunos de aquellos sectarios tomando el nombre de circunceliones, se entregaron á graves escesos tanto en sus doctrinas como en sus actos. Interpretando el Evangelio segun *la letra que mata*, no segun *el espíritu que vivifica*, pretendian realizar la igualdad sobre la tierra; quebrantaban en tumulto las cadenas de los esclavos á quienes llamaban á ser partícipes de los bienes de sus amos; absolvian á los deudores y mataban á los acreedores, sin emplear el hierro, por habérselo prohibido Cristo á Pedro, sino palos nudosos, á que daban el nombre de los varas de Israel. A las órdenes de jefes, á quienes llamaban capitanes de los santos, cometian violencias y ejercian sus venganzas al grito de *¡Gloria á Dios!* Luego cuando caia sobre ellos el rigor de las leyes, se libertaban por medio del suicidio, considerado entonces por ellos como un martirio; buscábanlo, pues, á menudo y lo sufrian con solemnidad. Semejantes fanáticos no podian ser reprimidos sin grande efusion de sangre (8).

(6) Véase lo que se dice cap. XVIII.

(7) *Ep. Sinodal.*

(8) Solo los que ignoran cuán lógicas son las naciones y los individuos cuando se trata de sacar las consecuencias estremas de un falso principio, se sorprenderán de que pueda promulgarse como una máxima y un deber religioso el asesinato. Pasando en silencio los camisardos del Languedoc en el último siglo, hallaremos un ejemplo reciente y no menos notable en los zugos (*theugs*, seductores) de la India, estensísima secta que profesa una devocion particular á Devi, mujer de Siva, y representa la energía de este dios. Creen que ella se complace en la sangre, y que el asesinato de los hombres es el homenaje más grato á sus ojos. Inme-

Por otra parte, encarnizados los judios vinieron á las manos con los fieles en Palestina; por eso Constantino con intencion de refrenarlos declaró libre á todo cristiano esclavo de los hebreos, prohibiéndoles comprar hombres en lo sucesivo, así como obligar á un cristiano á que se circuncidara, so pena de ser castigado en su persona y en sus bienes.

Arrianismo.—Cristo nada escribió. Es una devota creencia el que los Apóstoles antes de separarse é ir á predicar á las naciones, hubiesen combinado entre sí el símbolo de la fe comun, que fué conocido con el nombre de *apostólico;* y no parece cierto lo que algunos modernos afirman de que aquella fuese la fórmula que generalmente acompañaba al bautismo, sencilla primero, y con adiciones sucesivas después, á medida que era necesario aclarar algun punto ó escluir un nuevo error (página 314). No se tenia una esposicion completa y general del dogma; algunos Padres variaban ó se contradecian sobre ciertos puntos; y la declaracion de fe consistia en escluir de la comunion de una Iglesia al que creyese cosa contraria, ó sea el que á la verdad general subrogase una restriccion de su particular juicio.

De ese modo habian sido combatidas las primeras herejias. Respecto de la naturaleza divina algunas de ellas se habian engañado sosteniendo la unidad abstracta de la sustancia de aquella, hasta negar que esta se desenvolviese en tres personas; herejia que después habia de abrazar tanta parte del mundo con el mahometismo. Sabelio de Tolemaida, admitiendo de nombre la Trinidad, se inclinaba á la unidad judáica diciendo (segun parece) que el Hijo era una forma de la unidad divina, descendida de paso en la humanidad; y el Espíritu Santo la presencia permanente de la divinidad en la Iglesia. De donde las personas de la Trinidad se reducian á diferentes operaciones de la misma potencia: si crea, es Padre; si se encarna, es Hijo; si obra sobre las almas, es Espíritu Santo: no hay distincion de personas. De consiguiente el hombre no cayó, ni la redencion fué una necesidad, sino una nueva evolucion, quizás no última, de la divinidad. Algunos se abandonaron á la vaguedad de las ideas platónicas análogas á las cristianas sobre el Verbo; otros por falta de cautela ó por sobra de ardor polémico, pusieron demasiada diferencia entre el Padre y el Hijo, si bien en lo demás eran ortodoxos. Algunos consideraban á Cristo como Dios con el Padre, sin sutilizar sobre la manera, de donde parecia que hubiese tres dioses distintos; y otros, como los gnósticos, lo hacian hombre en quien por algun tiempo se encarnó una virtud celestial, una sustancia divina.

Al decir que el Verbo es la inteligencia divina, hijo único, como Dios, primogénito, como tipo de las criaturas (9), parecia que la Iglesia habia espresado todo lo necesario para demostrar la identidad y esplicar las relaciones entre el Sér supremo, residiendo en el seno de un esplendor inaccesible, y el Hijo encarnado. Sin embargo, algunos herejes, haciendo una mezcla de las doctrinas de Zoroastro, de la India y de la Cábala, habian supuesto una serie de emanaciones decrecientes, y pretendido que una de las menos imperfectas habia descendido á Jesucristo hombre, al tiempo de recibir el bautismo, ó bien, ateniéndose á Filon y á Platon, habian afirmado que desde su nacimiento, el *logos*, ó la Sabiduria de Dios, se habia unido á la humanidad de Jesús.

Pero la creencia tradicional, perpétua, universal y por consiguiente apostólica era que Cristo es verdadero Hijo de Dios, Dios mismo y uno con su Padre, aunque distinta persona, revelado desde la eternidad por el Padre, y hecho hombre después al cumplirse los tiempos. El Espíritu Santo era tambien considerado y adorado como persona divina. Esta era la creencia; pero su espresion no era aun precisa, así como sucede con los puntos no controvertidos, y por lo tanto no discutidos ni formulados.

Entre los que argumentaron en favor del cristianismo con la filosofia de aquel tiempo se distinguen Clemente de Alejandria y Orígenes. El primero no se salió del camino recto; el otro creador de la exegesis bíblica, amplió la controversia cristiana, ensayando un sistema completo de doctrina, y dando asi orígen á la filosofia teológica. No contento con destruir las objeciones particulares de Celso, rebate sus fundamentos y establece sólidamente la religion cristiana, no con razonamientros abstractos, sino con hechos, con las profecias, con los milagros y con las costumbres de los Apóstoles. En el libro *De los principios* (página 268) pone las bases de una exposicion metódica revelada, y en la instruccion á sus discípulos abraza una enciclopedia entera, conduciendo todas las ciencias á su centro, que es Dios. Pero dogmá-

---

diatamente, pues, que ciertos oráculos, interpretados á su modo han ordenado el asesinato, se dirigen unas veces aislados, otras por bandas numerosísimas, á matar á un hombre ó á muchos. Equivocadamente hemos dicho matar, atendido que entre ellos es un arte dar muerte; lo cual se practica después de ciertas invocaciones, de saludos indispensables, y con ayuda de un lazo de figura simétrica y determinada. Distan mucho de pensar que cometen un delito, y creerian ultrajar á la diosa á que están consagrados, si perdonaran á aquellos á quienes sus presagios han designado para la muerte. A pesar de los esfuerzos de los ingleses para estirpar esta plaga, aun no han podido domeñar un entusiasmo que considera el homicidio como un deber religioso. En 1835 se redujo á prision á mil quinientos sesenta y dos de estos zugos, de los cuales fueron ahorcados trescientos ochenta y dos, como los más delincuentes; los otros fueron condenados á deportacion ó á prision perpétua.

(9) *Primogenitus, ut ante omnia genitus; unigenitus, ut solus, ex Deo genitus.* TERTULIANO, *Praxeam*, VIII.

tico audaz y de imaginacion «queriendo salvar del insulto pagano (valiéndome de las palabras del P. Doucin) la verdad del cristianismo; y hacerla creible á los filósofos» traspasó la verdad. Impulsado por la ambicion científica á hacer entrar los misterios más incomprensibles en las deducciones de su idealismo, y á dar á la doctrina cristiana formas, proporciones, rigor lógico y un sistema completo, se vió obligado á formar el dogma segun las leyes de su metafísica, y para rechazar el título de nuevo politeismo, distinguió al parecer á Jesús de Dios Padre, representando aquel como intermedio entre lo creado y lo increado; un segundo sér en la gerarquia Divina que nos trasmitió los efectos de la bondad del Padre, y que trasmite á él nuestros ruegos; mientras que el Espíritu Santo es la primera y más escelente creacion del Hijo (10).

Arrio.—La costumbre de considerar filosóficamente la divinidad se habia hecho general, y dió orígen á la herejia de Arrio, herejia nueva, más sencilla, más metódica, más peligrosa y de mayores consecuencias. Arrio era natural de Libia (312), sacerdote y rector de una de las nueve iglesias de Alejandria, donde principió á enseñar una doctrina diferente de la de unos y otros, diciendo que Cristo era la primera criatura, no emanada, sino creada por la voluntad de Dios, antes del tiempo y de los ángeles. Algunos herejes habian negado á Cristo; sin embargo, el mundo pertenecia ya á Cristo. Pero ¿quién era Cristo? Arrio quiso explicarlo, y nos presenta la generacion del Verbo como la idea arquetípica que después es realizada por el artista: no niega el Verbo sino la encarnacion. Los ortodoxos creen que Cristo es como el pensamiento eterno de Dios, coexistente con su actividad eterna, de la misma sustancia que Dios (ὁμούσιος): Arrio reconoce en él la fuerza, la verdad, el porvenir, pero no quiere identificarlo con Dios. Tampoco hace de él un hombre, sino un sér distinto, de sustancia análoga (ὁμοιούσιος) á la de Dios, una criatura típica, que Dios engendró para que sirviera de modelo á los hombres.

Arrio propagaba estas ideas, deducidas de las precedentes, con aquellos medios que son envidiables, cuando se emplean en el triunfo de la verdad. Sus adversarios, por quienes únicamente le conocemos, nos le presentan como un soberbio, que decia que Dios le habia comunicado especialmente la ciencia é inteligencia: sin embargo en sus hechos aparece más bien movido por el convencimiento que por la ambicion. Erudito en todo cuanto se habia hecho antes de él, con fina dialéctica, estilo espléndido y hasta delicado, con cierta gracia para insinuarse en el ánimo, perseverancia en el esperar, constancia no rígida, vanidad que sabe ceder y hacer las concesiones necesarias á tiempo, conservándose sin embargo fiel al espíritu de su doctrina, y permaneciendo en la Iglesia mientras la arruinaba, escribia libros y poemas que difundia entre el pueblo, entraba en las casas como Sócrates, é interrogando persuadia: *¿Has tenido hijos*, preguntaba á una mujer, *antes de parir? Pues así Dios no pudo tener un hijo antes de engendrarlo.* Y muchos con estas triviales comparaciones quedaban convencidos, de que el Padre era anterior al Hijo.

Esto era, considerado vulgarmente; por lo demás considerado científicamente, su teoria era un ensayo para esplicar la Trinidad con las ideas platónicas. El dogma de que el Hijo ha sido engendrado de la misma sustancia del Padre (decia) no pudo admitirse de ninguna manera, porque seria necesario admitir una emanacion de la esencia divina y por lo tanto la divisibilidad é instabilidad de esta. ¿Qué relacion pudo establecerse entre el cuerpo y lo incorpóreo? Tan grande es Dios que no puede esperimentar la criatura su accion inmediata; ni es propio de su dignidad estar en inmediato contacto con lo finito. Dios, pues, creó el Verbo, sér intermedio, hijo de Dios, por medio del cual fué creado y redimido el mundo. Este Hijo es una especie de demiurgo que recibe las ideas del Padre y con ellas efectua la creacion; no es la sustancia del Padre, ni por consiguiente Dios, sino criatura, sacada de la nada para que criase las demás criaturas; no eterno, sino preexistente al mundo. El Espíritu Santo es aun más inferior.

Hasta entonces no pocos creian que, en la forma de la doctrina, no habia nada determinado, y que todo dependia del reflejo de una cierta modificacion del sentimiento; y que las diferencias suscitadas en la Iglesia no eran sino manifestaciones de la inteligencia cristiana. Muchos se habian convertido á ejemplo de Constantino y de la corte, antes de vencerse á sí y al mundo, y por esta razon se apoderaba el fastidio de los ánimos, y el escaso estudio facilitaba los errores. El juicio racional estaba además á favor de Arrio, que oponia al misterio el buen sentido. Para la debilidad humana, y para gente incapaz de comprender las sublimes elucubraciones de lo ideal, era más fácil representarse á Cristo en su vida y muerte como un profeta, que como un Dios. Las doctrinas comunicadas de lo alto por su medio conservaban su valor dogmático, y la unidad de Dios estaba libre de cualquir nube de triplicidad de personas. Igualmente desaparecia toda distincion entre el poder eclesiástico y el poder temporal, pues que las instituciones exteriores de la Iglesia, como las del Estado, no procederian sino de una criatura.

Viendo Alejandro, obispo de Antioquia, que esta proposicion ocultaba sutil veneno, y sabiendo que el abuso de la elocuencia y de la dialéctica le adquiria prosélitos, pasó de las advertencias al castigo, y de concierto con muchos obispos degradó al sacerdote innovador, sin descuidar poner á las demás iglesias á cubierto contra la herejia. No por

(10) Tal es la interpretacion de algunos y no solamente protestantes. Muchos católicos y especialmente Möhl defienden este pasaje en el sentido ortodoxo.

eso dejó de continuar Arrio sus predicaciones, que le ganaron los obispos de Africa y de Palestina; y como en una doctrina, cual la que enseña el cristianismo, no hay cuestion que no se haga práctica al momento, se mezcló á ella el pueblo y resultaron disturbios; burláronse los gentiles de estos debates y los parodiaron en el teatro.

Informado Constantino de lo que acontecia por el obispo de Nicomedia, que era favorable á Arrio, escribió á éste cómo al obispo de Alejandria «que su diferencia era una vana disputa de palabras, nacida de la ociosidad, para el ejercicio del espíritu; que, vista la imposibilidad en que se hallaban de comprender cosas tan árduas y tan sublimes, adoptaran el partido de reconciliarse.» No era, sin embargo, cosa tan frívola decidir si el autor del cristianismo era Dios, igual y consustancial al autor de todas las cosas, ó solo á él semejante y conforme: porque si Cristo es ó criatura ó Dios diferente de su Padre, los que le adoran son idólatras ó reconocen dos dioses, cayendo en el politeismo. Pues si Dios no obra directamente sobre el hombre, se niega la Gracia; se quita al cristianismo la fe en el Hombre-Dios, único mediador divino que le abre camino hasta la divinidad y le da los medios de unirse intimamente á ella; y encuentra de nuevo entre él y Dios aquel abismo que le separaba en los siglos paganos. Cristo no es ya el tipo á que debe asemejarse el hombre para ser bueno; en lo cual consiste la base del cristianismo práctico: ni el hombre puede ofender á Dios, de un modo que no provenga del pecado original.

El arrianismo era, pues, una transaccion entre el gentilismo y el Evangelio, cual convenia á una sociedad envejecida: era la máscara de un deismo, que se presentaba con la reforma general de los cultos antiguos, y con las opiniones de los sincretistas mezcladas con el dogma cristiano; pero al mismo tiempo era una herejia que atacaba la esencia misma del cristianismo. Por otra parte, para la conservacion social y para mejorar las costumbres y la condicion civil era preciso entonces obrar; y para obrar era preciso creer en la infabilidad del Evangelio. El egoismo habia destruido la sociedad romana; el sacrificio debia reconstituirla, y para sacrificarse es preciso no dudar del fin de los propios esfuerzos. Véase por qué los ortodoxos dieron tanta importancia á una herejia, que llamaba á discutir en vez de conducir á obrar. Ni era posible que la Iglesia, conservadora eterna de la verdad incorruptible, guardase silencio en una disputa que tocaba á las bases de la fe, al apoyo de la esperanza, á la fuerza de la caridad.

San Atanasio.—Atanasio, diácono del obispo de Alejandria, nombre cuyo orígen y primeros estudios no sabemos, ni más sino que habia compuesto una obra contra los gentiles (269-273), conoció desde luego que la transaccion de los arrianos era «un pensamiento envuelto en el fango,» y sin detenerse en los hechos evangélicos se elevó á la cumbre de la verdad, diciendo que Cristo es la sabiduria del Padre, sabiduria eterna, inmutable, increada como él. Excitado seguramente por él, el obispo de Alejandria reprendió en un concilio á Arrio: pero este no se dió por vencido, y hablando y disputando y escribiendo ganaba prosélitos que pronto formaron un congregacion distinta (321). De aquí resultó un cisma en la Iglesia á favor del cual se introdujo por primera vez la potestad que hasta entonces habia sido su enemiga.

La antigüedad, con un culto de ninguna influencia sobre las costumbres, no hallaba diferencia entre lo eterno y lo contingente, representado aquello en la Iglesia, esto en el Estado: toda religion tomaba carácter nacional y por lo tanto una direccion política, de modo que el Estado se confundia enteramente con las instituciones religiosas, ó á lo menos la religion estaba íntimamente unida con la constitucion política. Los romanos deificaron el Estado, y le pusieron sobre el altar en la persona del emperador; de modo que el Estado se convertia en la Iglesia, y por consiguiente caia en el desórden. El cristianismo cambiaba estas relaciones: entre lo eterno y lo temporal, entre lo espiritual y lo corpóreo no admite repugnancia, ni de consiguiente tampoco entre el Estado y la Iglesia; ésta fundada directamente por Dios, aquel tambien por Dios, pero por medios secundarios.

El cristianismo, introduciéndose en todas las relaciones sociales, habia impreso en ellas su carácter de universalidad. Trató principalmente de dirigir las dos propiedades fundamentales del hombre; la actividad por la cual no quiere el hombre determinarse sino por su propio impulso; la pasividad del alma y del cuerpo por la cual sujeta los sentimientos y afectos propios á la ley positiva, prefiriendo recibir más bien que dar el impulso. El cristianismo unificó estas dos direcciones en la caridad, de modo que se hacian igualmente benéficas y conservadoras para el mundo, y dispuso que no oprimiese la una á la otra, sino que recíprocamente se estimulasen y refrenasen.

La Iglesia pudo mantener por bastante tiempo esta activa concordia, primero en la disciplina, en la doctrina y en su constitucion interior, y después en las demás relaciones sociales; tanto que pareció posible unir la libertad natural con la sujecion á la ley, el sentimiento de la independencia absoluta con el de una completa sumision á la autoridad. Estableció un órden político, semejante en parte al que regia en su interior, y donde á pesar de las imperfecciones, se hallaban unidas la libertad y la dependencia, la dominacion y la servidumbre, los privilegios y obligaciones en el dominio político, los derechos y los deberes, la independencia personal y las obligaciones legales, la autoridad y la sumision; mantenido todo en armonia entre el respeto á la costumbre y el impulso progresivo. De aquí se seguian en lo interior la libre discusion de las doctrinas, en lo exterior la independencia entre la fe y el Estado; aquella sociedad cristiana que es el órden divino y humano, Iglesia y Estado;

doctrina única en dos naturalezas diferentes y unidas; dualidad unificada como ley divina, cuyo efecto seria el órden de los nuevos tiempos.

Constantino, en realidad, habia reconocido la independencia de la Iglesia; pero el imperio no podia ser extraño á sus turbulencias. La introduccion de una religion nueva habia roto la unidad política, de tal modo que los emperadores quisieron destruir á hierro y fuego estos sectarios. Pero crecieron de tal manera que llegaron á ser el mayor número, y Constantino tuvo que favorecerlos para recomponer la unidad; aunque en sentido cristiano.

Pero apenas comenzó su obra, el cristianismo se divide en partidos y se rompe aquella fe, de cuya unidad se habia gloriado siempre tanto en contra de la confusion de las opiniones gentílicas (11).

Constantino que al principio habia apreciado la disputa como irresoluble, conoció cuán séria se haria por el peligro de la fe y por el calor sedicioso con que era agitada; y persuadido de que la Iglesia debia decidir por sí misma en los puntos del dogma, convocó un concilio, no ya parcial, sino ecuménico. Pues ya que se queria que entrase el mundo romano en la comunion cristiana, no bastaban decisiones parciales, sino que la Iglesia, representante de la humanidad restablecida en la unidad por la influencia divina, debia manifestarse una en un concilio universal, y en este de comun acuerdo debia aclararse y establecerse lo que se debia creer sobre el artículo esencial del cristianismo, la naturaleza del Verbo (12).

Primer concilio ecuménico 325.—Constantino, pues, convocó á los obispos de todo el imperio en Nicea de Bitinia, suministrándoles caballos de posta, que solo por regia concesion podian usar los particulares, y mantuvo por dos meses á trescientos diez y ocho obispos y á los sacerdotes, diáconos y acólitos que acudieron al concilio (13). El papa Silvestre envió legados al concilio: muchos legos llegaron á apoyar con su saber una y otra causa. Hasta filósofos paganos se dirigieron á Nicea, ora por su aficion á los debates, ora por reirse de la discusion suscitada en aquella Iglesia, que habia derrocado sus creencias. Pero lejos de ser una cosa risible, fué un espectáculo nuevo y maravilloso aquella asamblea de los representantes de todas las naciones, elegidos por los sufragios populares, sin otra consideracion que la del saber y de la virtud, reunidos para discutir libremente acerca de los mayores intereses de la humanidad, acerca de como convenia creer y como se debia obrar. Muchos de ellos llevaban sobre sus personas las gloriosas señales del martirio sufrido por la fe, que venian ahora á defender con la palabra: otros eran afamados por la ciencia, por su santidad y hasta por sus milagros. En primera línea brillaban por un lado Arrio, elocuente, hábil, dialéctico, fecundo en espedientes sutiles, no desperdiciando ocasion ninguna de hacer triunfar su causa; por otro San Atanasio, simple diácono, y después en el curso de muchos años el más celoso campeon del partido ortodoxo.

Remitianse al emperador numerosos memoriales en uno y otro sentido; hizo comparecer en su presencia á sus autores y les dijo: *No debeis ser juzgados por los hombres, vosotros que teneis de Dios la facultad de juzgarnos á nosotros: remitid, pues, á él el cuidado de terminar vuestras diferencias, y reunios para deliberar sobre las cosas de la fé;* y quemó los manuscritos.

Después de las discusiones secretas se abrieron las sesiones públicas, á las que asistió personalmente el emperador con la magestad que reclamaba semejante asamblea y el respeto debido á tanta santidad (14). Entonces empezó la lucha de argumentos y de sutilezas; á fin de poner coto á estas adoptó el concilio una espresion platónica, declarando al hijo *consustancial* (ὁμούσιος) al Padre: se redactó un símbolo y Arrio fué condenado con los suyos.

Disciplina.—Independientemente del dogma se ocupaban tambien los concilios de la disciplina. Así en el de Arlés se habia decretado que los cristianos no debian deponer las armas mientras disfrutara de paz la Iglesia, absteniéndose de aparecer en el teatro y de guiar carros en el circo. El mismo concilio recomendaba á los fieles que se trasladaban á otras provincias, llevar consigo, á menos que fuesen magistrados, cartas de su obispo en testimonio de su fé. En los concilios de Ancira y de Neocesarea se puso remedio á los males causados por la persecucion en cuanto lo permitian los tiempos; absteniéndose los sacerdotes y los diáconos de car-

---

(11) Véanse: *San Athanasii ed. opera*, *Montfaucon*. Paris, 1698, 3 tomos en fólio.

HERMANT, *Vida de S. Atanasio*. Paris, 1671, 2 tomos Este autor fué el primero que sacó de las tinieblas la historia del arrianismo.

TRAVASA.—*Historia crítica de la vida de Arrio*. Venecia, 1746.

MAIMBOURG.—*Historia del arianismo*. Paris, 1675.

COMBEFIS.—*Bibl. Patr. concionatoria*. Idem 1682.

MOEHLER.—*Athanasius der Grosse, und die Kirche seiner Zeit, besonders in Kampfe mit dem Arianismus*. Maguncia, 1827.

KLOSE.—*Gesch. und Lehre des Eunomius*. Kiel, 1833.

(12) La historia de los concilios ha sido escrita por los Padres Labbe y Hardouin. Coleti publicó en Venecia una edicion de los concilios, y el padre Dominico Manso en Luca un suplemento. Los concilios parciales de Alemania han sido publicados por el padre Hartzeim; los de Hungria por el padre Peterfi; los de España por el cardenal Aguirre, y los de Inglaterra por Wilkins.

(13) Es el primero de los concilios ecuménicos, aunque no se enumere en la série de estos el de Jerusalen, convocado por los Apóstoles en el año 50 de C.

(14) Imprimió un beso en la cicatriz de Pafnucio, obispo de la Tebaida.

nes por mortificacion, fueron invitados á gustarlas y á no rehusar las legumbres sazonadas con sustancias grasas, á fin de no servir de apoyo á los que hacian consistir la devocion en esto (15). Por último, se prescribieron penas eclesiásticas para los pecados contrarios á la pureza que la Iglesia queria mantener entre los fieles.

Tambien fijó el concilio de Nicea el dia en que se debia celebrar la Pascua (pág. 282). Bajo una apariencia frívola tenia esta cuestion gran importancia; porque confirmaba para siempre la separacion del cristianismo y del judaismo, y ponia el sello á la supremacia de la iglesia de Roma, haciendo adoptar generalmente el uso practicado por ella de solemnizar la Resurreccion del Salvador el domingo en que cae la luna llena más próxima al equinocio de la primavera ó el domingo siguiente. Esta diferencia en la Iglesia romana es un gran hecho en la historia eclesiástica.

Se pronunció la esclusion de las sagradas órdenes contra aquellos á quienes un celo escesivo impulsaba á hacerse eunucos: esta era la condena de la secta de los valesianos, que existia á la sazon entre el Jordan y la Arabia. Prohibiendo á todo eclesiástico el cohabitar con mujeres, aunque se autorizara después á las diversas iglesias á seguir en esto sus usos particulares, si bien intimando á todos observar una estremada severidad de costumbres. Debieron ser los obispos instituidos por tres prelados á lo menos de la misma provincia y confirmados por el metropolitano.

Las decisiones del concilio fueron notificadas á todo el imperio, y Constantino escribió con este motivo cartas más numerosas y largas que las que habian escrito hasta entonces sus predecesores. Además desterró á Arrio (16), pero al cabo de cuatro años fué indultado, á instancias de su hermana Constancia, en la incertidumbre de si habia sido víctima de calumnias. Hasta escribió á Atanasio, ya obispo de Alejandria, á fin de que consintiera en admitir al hereje en su iglesia, á lo cual se negó decididamente. Seria prolijo referir las calumnias, las tramas, los conciliábulos con cuyo auxilio procuraron los arrianos perder á sus adversarios más enérgicos, y especialmente á Atanasio, que acusado de impudicidad, de violencias, de homicidios, fué llamado á disculparse ante un concilio congregado espresamente en Tiro. Previendo Atanasio el resultado, corre á Constantinopla y mantiene secreta su llegada para que no se le pueda negar una audiencia. Constantino, á quien se presenta de improviso en su viaje, aunque descontento al pronto de aquel encuentro inoportuno, quedó sorprendido de su energia y de su elocuencia y le dejó esponer libremente la trama urdida en contra suya en el concilio.

Le acriminaron los Padres con una acusacion de nueva especie de haber detenido los buques despachados desde Alejandria para abastecer á la capital. Aunque convencido el emperador de la inocencia de Atanasio, juzgó conveniente tenerle distante de su trono y le envió á la corte de Tréveris donde permaneció veinte meses. Entonces cobraron la ventaja sus adversarios, y Arrio, cuya fecundidad en espedientes era inagotable, no se cansaba de inventarlos. Unas veces clamaba contra la introduccion en el dogma de un vocablo estraño á las Sagradas Escrituras, otras contra la presuncion que habia, en su concepto, de querer definir absolutamente cosas impenetrables; otras sustentaba sus opiniones delante de nuevos concilios; otras sorprendia al emperador, mal teólogo, con profesiones de fé capciosas; de tal manera que este ordenó por último al obispo de Constantinopla recibir en la comunion á Arrio.

Muerte de Arrio.—Pero en el momento de dirigirse al templo el hereje, se sintió atacado de dolores de entrañas, y habiéndose retirado se le halló muerto en su sangre (336), ya fuera por milagro, por casualidad ó por delito.

No se estinguió el incendio con él, antes bien estalló con más violencia. Publicaron los arrianos diez y ocho símbolos en el transcurso de pocos años; decidian en sentido contrario los concilios; se sucedian las persecuciones ora contra un partido, ora contra otro; y se lamentaba de ello Hilario, obispo de Poitiers, en la forma siguiente: «Es deplorable y no menos peligroso que haya tantos símbolos como opiniones entre los hombres, tantas doctrinas como inclinaciones, tantas fuentes de blasfemias como imperfecciones hay entre nosotros: porque hacemos símbolos á medida de nuestro antojo, y nos los esplicamos segun nuestro capricho. Diferentes sínodos han desechado, admitido é interpretado la palabra *omousion;* dispútase donde quiera sobre la igualdad parcial ó total del Padre y del Hijo, y cada año, ó más bien cada mes, apa-

---

(15) Cuéntase á propósito de esto que Espiridion, santo obispo de Chipre, una de las lumbreras del concilio de Nicea, citado por su exactitud en seguir las tradiciones eclesiásticas, dando un dia hospitalidad á un viajero agobiado de fatiga, ordenó á su hija que le lavara los pies y le preparara la cena; mas recordándole ella que se encontraba en la Semana Santa y que tenia por costumbre hacer un severo ayuno, nada se encontró en su casa. Espiridion oró y luego le recomendó que mandara cocer carne de cerdo salada; sentándose despues á la mesa comió el primero, y destruyó los escrúpulos de su huésped diciendo que «toda cosa era pura para el que está puro.» SOZOMENES, I, 11.

(16) Sócrates copia en la *Historia eclesiástica* una carta en que Constantino decreta la pena de muerte contra todo el que poseyera un libro de Arrio. Ὡς εἴ τίς σύγγραμμα ἀπὸ Ἀρίου συνταγὲν φωράδειν κρύψας, καὶ μὴ εὐθέως προσενεγκὼν πυρὶ καταναλώσῃ, τοῦτῳ θάνατος ἔσται ἡ ζημία. Cosa estraña hubiera sido aplicar al hereje solo la pena de destierro, y que se castigara con la muerte por haber leido sus obras. Conviene añadir que Constantino era demasiado moderado para proceder de este modo y que el mismo concilio, lejos de provocar castigos contra los herejes, se limita á condenar las opiniones y los que las enseñaban, manifestando su pesadumbre por el destierro.

recen nuevas fórmulas para esplicar invisibles misterios. Nos arrepentimos de lo que se ha hecho, defendemos al que se arrepiente, reprobamos lo que habiamos defendido primero, condenamos en nosotros mismos la doctrina agena, la nuestra en otros, y desgarrándose mútuamente hemos sido causa de una recíproca ruina (17).»

(17) *Ad Constantium*, lib. II, 4, 5.

CAPÍTULO V

CONSTITUCION DEL BAJO IMPERIO.

Nueva administracion.—No pasaremos al reinado de los débiles hijos de Constantino sin entrar en algunos pormenores acerca de la administracion civil y militar comenzada por Diocleciano, mejorada por Constantino, completada por sus sucesores. Como ya dijimos en otro lugar la constitucion de Roma, patriarcal en su orígen, fué dirigida en un principio por los padres de familia de las tres primitivas tribus, teniendo á su cabeza al rey, pontífice, general y juez supremo. Propendian á restringir su poder los patricios; pugnaba él por libertarse de su influjo, otorgando derechos políticos á la multitud plebeya que, elevándose poco á poco redujo á la antigua raza patricia á no ser más que una clase privilegiada. Por eso cuando Tarquino el Soberbio quiso reinar sin consultar al Senado, se rebelaron los patricios, y, aboliendo la monarquia, constituyeron un gobierno aristocrático. Lo que se llamó restauracion de Bruto sumergió en la opresion al pueblo; pero en su actividad inquieta empezó por desembarazarse de algunas cargas, luego quiso asegurarse varios derechos, y por último tomar parte en la administracion de la república. Este fué el objeto de aquella larga lucha entre los grandes y la plebe, que valió á ésta magistrados populares (*ediles* y *tribunos*), fuerza de ley á las decisiones tomadas á la pluralidad de votos por la asamblea del pueblo (*plebiscitos*), y á todos los ciudadanos aptitud para todos los empleos del Estado; de aquí resultó una república en que los verdaderos ciudadanos eran legalmente más libres que lo han sido nunca en ningun gobierno (1).

Pero cuando llegaron á ser iguales los derechos entre plebeyos y patricios se formó una nueva nobleza fundada en la riqueza; y los pobres, que eran el mayor número, se vendieron á algun ciudadano opulento ó á algun general afortunado, hasta el momento en que el despotismo democrático engendró el imperio, apoyado únicamente en la fuer-

(1) Tomamos por guias el *Código Teodosiano* con los ricos comentarios de Godefredo y de Ritter (Mantua, 1748); la *Noticia de las dignidades del Oriente y del Occidente*, especie de almanaque imperial comentado por Panciroli en el *Thes. antiq. rom.* de GREVIO, tomo VII, y después con gran erudicion por Eduardo Böcking. La edicion más reciente y correcta de este documento es la de Seeck. Berlin, 1876.

Véanse así mismo.

LYDUS, *De officiis romani imperii.*

SALVIANUS, *De gubernatione Dei.*

GIBBON, *Decline and fall*, c. XVII.

MAZOCCHI.—*Tabula Heracleensis.* Nápoles, 1754.

NAUDET, *De los cambios operados en todas las partes de la administracion del imperio romano.*

GUIZOT.—*Ensayos sobre la historia de Francia.* Paris, 1833.—*Historia de la civilizacion en Francia.* Idem 1829,

RAYNOUARD.—*Historia del derecho municipal en Francia.* Paris, 1836.

SAVIGNY.—*Gesch. des R. Rechts in Mittelalter.* Heidelberg, 1814-26.

WALTER.—*Römische Rechtgeschichte.* Bona, 1834.

Gesch. des römischen Rechts. Bona, 1860.

ROTH.—*De re municipali Romanorum.* Stutgard, 1801.

FAURIEL.—*Historia de la Galia meridional.* Paris, 1836, y muchísimas modernas entre las cuales:

MOMMSEN.—*Römisches Staatsrecht*, 2.ª edicion. Leipzig, 1877.

MARQUARDT.—*Römische Staatsverwaltung*, 2.ª edicion. Leipzig, 1881 y sig.

MISPOULET.—*Las instituciones políticas de los romanos.* Paris, 1883.

MADVIG.—*Die Verwassung und Verwaltung des r. Staats.* Leipzig, 1882.

WILLEMS.—*Derecho público romano*, 5.ª edicion. Lavario, 1884.

za armada y en la administracion de las rentas. Augusto con el primer paso que dió en este camino condujo á la monarquia, si bien solamente estenuando la democracia; de aquí resultó un poder absoluto, aunque precario, perturbado de continuo por revoluciones procedentes, no ya de la plebe, sino de la soldadesca. Durante tres siglos no fué considerado el emperador como rey, sino como comandante general de las fuerzas del Estado. No ejercia la autoridad administrativa y legislativa sino abrogándose por usurpacion militar las diversas magistraturas.

Proponiéndose por objeto Diocleciano reprimir el despotismo del ejército, asentó las bases de la soberania verdadera: este sistema fué proseguido y completado por sus sucesores, en virtud de una administracion central en que las formas antiguas desaparecen con las ideas republicanas, y gran número de títulos ceden el puesto á nuevas dominaciones; segunda transfiguracion, que, afectando el poder menos en la esencia que en la forma, completaba el absolutismo monárquico, introducido habia ya largo tiempo, haciéndole más regular y ominoso.

A aquella sencillez antigua con que el romano hablaba directamente al jefe del Estado, habia sucedido la pompa de títulos ambiciosos. Cuando el emperador escribia á los principales magistrados, les llamaba *serenidad, escelencia, eminencia, gravedad, sublime y admirable grandeza, ilustre y magnífica alteza;* era un sacrilegio usurpar indebidamente un título, aun haciéndolo por ignorancia (2). Nuevos símbolos indicaron las nuevas dignidades, por medio de trajes, ornamentos y cortejos distintos; y las cartas patentes llevaron la efigie del emperador ó un carro de triunfo, ó la representacion alegórica, ya de las provincias, ya de las tropas que mandaba.

Senado.—El Senado, «aquel consejo eterno de la república, de los pueblos, de las naciones y de los reyes,» (3) habia caido bajo los redoblados golpes de los emperadores, que se complacian en verle degradarse con ruines lisonjas. La asamblea que Cineas comparaba á una reunion de reyes, habia llegado á consagrar largas sesiones á prodigar cobardemente injurias á los emperadores caidos, ó elogios no menos viles á los recien elegidos (4), y, después de haber apurado todas las fórmulas de la adulacion, en registrar en sus archivos el número de vivas que habian saludado al nuevo soberano (5). Se introdujo una especie de *diarquia* cuando las provincias estuvieron divididas entre el príncipe y el Senado (727), disfrazando la monarquia con atribuciones de mero nombre. Si los primeros emperadores esponian al Senado en *cartas, memorias ó discursos* su deseo, á que su asentimiento daba fuerza de ley, sus sucesores decretaron personalmente por *edictos*, por *rescriptos* y *constituciones*, que ya tenian fuerza de ley á mediados del siglo tercero. Entonces se limitó el senado á redactar en forma de senatus-consultos las proposiciones que le dirigian los emperadores sobre materias legales, á reconocer al nuevo augusto, y á decretarle después de su muerte altares ó las gemonias (6). Diocleciano escluyó al Senado de toda intervencion en el gobierno del imperio, en la vigilancia del tesoro público y en la administracion de las provincias senatoriales, no dejándoles más que el cuidado de algunos mínimos detalles. Esto no quitó á los padres conscriptos la laticlavia, ni el calzado negro con la media luna de plata, ni su lugar distinto en los espectáculos; y, segun el espíritu de las monarquias, su dignidad vino á ser casi hereditaria.

Cónsules.—Después del emperador Diocleciano no fueron ya elegidos los cónsules por el pueblo y por el Senado, sino por el príncipe (7), y por su autoridad solamente (8). Aun se distribuian por via de donativo los nombres y las efigies de estos magistrados en tablillas ó dípticos de marfil dorado

(2) *Si quis indebitum sibi locum usurpaverit, nulla ignoratione defendat, sitque plane sacrilegii reus qui divina præcepta neglexerit.* Ley de Graciano en el *Código Teodosiano*, lib. VI, tít. 5, I, 2.

(3) CICERON, *pro Sextio*, 65; *pro domo sua*, 28.

(4) Lampridio nos ha conservado dos páginas de imprecaciones del Senado contra Cómodo (en *Com.*, 18, 19) y otras no menos repugnantes contra Heliogábalo (en *Alex. Severo*, 6, 7, 9).

(5) Hallamos en Vopisco el proceso verbal de una aclamacion en honor de Claudio gótico. Después de la lectura de cartas en que significaba al Senado su eleccion, empezaron las aclamaciones del modo siguiente: *Claudio Augusto, consérvente los dioses,* repetido sesenta veces: *Claudio, Augusto, siempre te hemos deseado por príncipe,* repetido cuarenta veces: *Claudio Augusto, la república te anhelaba,* repetido cuarenta veces; *Claudio Augusto, nuestro hermano, nuestro padre, buen senador, verdaderamente príncipe,* repetido ochenta veces; *Claudio Augusto, líbranos de Aureolo,* circo veces; *de los de Palmira*, otras tantas; *de Zenobia y de Victoria*, siete veces. Tambien podrian dar márgen á reflexion estos guarismos.

(6) Hubo cincuenta y tres apoteosis desde César hasta Diocleciano, quince de ellas de mujeres; contamos tambien la del torpe Antinoo.

(7) Dando gracias Ausonio al emperador Graciano por el consulado que le habia conferido, se felicita de no haberse visto en la necesidad de descender á los viles manejos de otros tiempos para solicitarlo del pueblo. *Consul ego, Imperator auguste, munere tuo, non passus septa, neque campum, non suffragia; non puncta, non loculos; qui non prensaverim manus, nec consalutantium confussus occursu, aut sua amicis nomina non reddiderim, aut aliena imposuerim; qui tribus non circuivi, centurias non adulavi, jure vocatis classibus non intremui, nihil cum sequestre deposui, cum diribitore nil pepigi. Romanus populus, Martius campus, equester ordo, rostra, ovilia, senatus, curia, unus mihi omnia Gratianus.* Gratiarum actio pro consulatu.

(8) Graciano escribia á Ausonio. *Cum de consulibus in annum creandis solus mecum volutarem...; te consulem et designavi et declaravi, et priorem nuncupavi.*

á las provincias, á las ciudades, á los magistrados, al pueblo. Su inauguracion tenia lugar en el punto donde residia el emperador. El primero de enero, vestidos de púrpura recamada de seda y oro, adornados con piedras preciosas, se dirigian al foro precedidos de lictores, con gran aparato de fiesta, acompañados de los principales dignatarios tanto civiles como militares. Allí subiendo á su tribuna de marfil, ejercian un acto de jurisdiccion, libertando á un esclavo y dando fiestas segun la costumbre de Roma. Este gasto no bajaba cada año en Constantinopla de cuatro mil libras de oro, ayudando el tesoro en esto á los magistrados que no podiansoportarlo. A esto y á dar su nombre al año se reducia el cometido de los cónsules, quienes se aplaudian con vileza de obtener un honor exento de cargas (9).

Patricios.—Constantino cambió el título de patricio en dignidad vitalicia para algunos personajes que, cediendo apenas á los cónsules, eran llamados padres adoptivos del emperador y de la república. Los patricios antiguos fueron perdiendo su importancia á causa de las guerras, de las proscripciones y matanzas con que los emperadores igualaban de un modo sangriento á sus subditos. Reconociendo sin embargo aquel príncipe cuan firme apoyo puede prestar la aristocracia al trono, creó una que, no teniendo como la antigua derechos ni tradiciones que conservar, se dedicó al servicio del emperador, de donde sacaba su brillo. Dividióla en cuatro clases: los *ilustres*, los *respetables*, los *serenísimos* y los *perfectísimos*, independientemente de los *nobilísimos*, miembros de la familia imperial. El título de serenísimo se reservaba á los senadores en cuerpo y á aquellos que estaban encargados del gobierno de una provincia; el de respetable pertenecia á todo aquel, que por su categoria ó por sus funciones, descollaba sobre los demás. Los ilustres eran los cónsules, los patricios, los prefectos del pretorio de Roma y de Constantinopla, los generales y siete oficiales; después de estos venian los perfectísimos.

Prefectos del pretorio.—Hemos visto aumentarse sucesivamente la importancia de los prefectos del pretorio, que, desde Severo hasta Diocleciano, fueron los primeros ministros del imperio, encargados como estaban de la administracion civil y militar. Pero cuando fueron los pretorianos humillados y después suprimidos, cesó la jurisdiccion de sus jefes con su mando militar, y se trasformaron en magistrados civiles. Conformándose Constantino con la division establecida por Diocleciano conservó cuatro de ellos; el prefecto del pretorio de Oriente, que gobernaba desde Egipto hasta el Fasos, y desde el Hemo hasta la Persia (10); el de la Iliria, que tenia bajo sus leyes la Panonia, la Dacia, la Macedonia (11) y la Grecia; el de las Galias, que reunia á esta provincia la Bretaña y la España (12), el de Italia que, no contando la península, estendia su autoridad sobre la Retia hasta el Danubio, sobre las islas del Mediterráneo y sobre la provincia de África (13).

Administrar las rentas y la justicia; arreglar todo lo concerniente á las monedas, á la prosperidad y á las subsistencias públicas y en general al comercio; esplicar y estender á veces ó modificar los edictos generales; vigilar á los gobernadores de las provincias, decidir en apelacion acerca de los más graves negocios; tales eran las atribuciones de estos magistrados, á quienes denominaba Amiano Marcelino emperadores de segunda clase.

Prefectos de la ciudad.—Solamente Roma y Constantinopla no estaban sometidas á su administracion, y dependian cada una de un prefecto. El de Roma, instituido en un principio por Augusto para cuidar de la policia interior, atrajo bien pronto á sí los asuntos que eran antes de competencia de los pretores. Enseguida ocupó en el Senado el puesto de los cónsules como presidente ordinario; por último, se sometieron á su fallo las apelaciones formadas á cien millas á la redonda: Ejercia la autoridad municipal; quince oficiales velaban á sus órdenes por la seguridad, por el abastecimiento, por el aseo de la ciudad, y uno de ellos

---

(9) *In consulatu honos sine labore suscipitur.* MAMERTINO. *Paneg. vet.*, XI, 2.

(10) 1.° La TRACIA estaba dividida en cinco provincias; Tracia europea, Hemimunto, Ródope, Baja Mesia, Escitia: 2.° El ASIA, cuya capital era Efeso, en doce; Panfilia, Helesponto, Lidia, Pisidia, Licaonia, Frigia pacatiana, Frigia saludable, Licia, Caria, Rodas, Lesbos, las Cíclades: 3.° El PONTO, su capital Cesarea, en once, Paflagonia, Galacia proconsular, Bitinia, Honoriades, Capadocia primera y segunda, Ponto polemoniaco Helenoponto, Armenia primera y segunda: 4.° El EGIPTO, su capital Alejandria, en seis; el Egipto propiamente dicho, Libia superior, ó pentapolitana, Libia inferior, Tebaida, Arcadia, Augustánica, 5.° El ORIENTE, su capital Antioquia, en quince; Palestina Primera segunda y saludable, Fenicia primera, segunda y eufratense, Siria, Siria saludable, Cilicia primera y segunda, Chipre, Arabia, Isauria, Osroene, Mesopotamia.

(11) Dividida en cinco provincias, Macedonia, propiamente dicha, y parte de la Macedonia saludable, Acaya, Creta, Tesalia, Epiro.

(12) 1.° Las GALIAS abarcaron diez y siete provincias; Vienense, Germania primera y segunda, Bélgica primera y segunda, Alpes Marítimos y Apeninos, gran Secuanense, Aquitania primera y segunda, Novempopulania, Narbonense primera y segunda; Lionense primera, segunda, turónica y senónica: 2.° La ESPAÑA, siete; Bética, Lusitania, Galicia, Tarraconense, Cartaginense, Tingitana y las islas Baleares: 3.° La BRETAÑA, cinco, Britania primera y segunda, Máxima cesariense, Flavia cesariense, Valentia.

(13) 1.° La ILIRIA Occidental se componia de seis provincias; Panonia primera y segunda, Savia, Dalmacia, Norica ribereña, Nórica mediterránea y su capital era Sirmio; 2.° El AFRICA, de cinco, Cartaginesa, Bizacena, Mauritania sitifense y cesariense, Tripolitana: 3.° La ITALIA, de diez y ocho; Venecia, Emilia, Liguria, Flaminia, Piceno anonario y suburbicario, Etruria y Umbria, Campania, Sicilia, Pulla y Calabria, Lucania y Brucio, Alpes Cotianos, Retia primera y segunda, Samnio, Valeria, Cerdeña y Córcega.

estaba especialmente destinado al cuidado de las estátuas (14). Instituyóse en Constantinopla la misma magistratura.

Diócesis.—Para el gobierno civil se hallaba dividido en trece diócesis el imperio. Dependia la primera del conde de Oriente, que empleaba seis cientos *apariiores*, es decir, secretarios, asesores y mensajeros; ¡tan complicados eran los negocios! Comprendia el segundo el Egipto, bajo un prefecto imperial, que no era ya un caballero romano, y ejercia poderes estraordinarios segun aquel pais lo reclamaba. Otras diócesis eran las de Asia, del Ponto, de Tracia, de Macedonia, de Dacia, de Panonia ó de la Iliria Occidental, de Italia, de Africa, de Galia, de España y de Bretaña, cada una de ellas bajo la direccion de un vicario ó vice-prefecto.

Provincias.—Estas diócesis fueron divididas posteriormente en ciento diez y seis provincias, de las cuales tres eran gobernadas por procónsules, treinta y siete por personajes consulares, cinco por correctores, setenta y una por presidentes (15). Aunque diferentes en su grado y en sus atribuciones todos administraban la justicia y las rentas bajo la autoridad del perfecto y en cuanto convenia al príncipe. Imponian hasta las penas capitales; pero el derecho de suavizarlas estaba reservado á los prefectos, así como el de condenar á destierro. Se tenia particular cuidado de que ninguno de estos magistrados fuera natural del pais que habia de gobernar, y de que no formara allí alianzas, ni comprara tierras ni esclavos. De este modo se queria aplicar remedio á la corrupcion y á los abusos: sin embargo Constantino, y luego sucesivamente los demás emperadores, no cesaron de quejarse de que todo se vendia por sus agentes.

Un pasaje curioso de Lampridio nos enseña á cuanto ascendia el sueldo de los gobernadores de provincia; recibian 20 libras de plata y 100 monedas de oro, seis ánforas de vino, dos mulas, dos caballos, dos trajes de ceremonia *(forenses)*, uno para casa *(domestica)*, una bañera, un cocinero, un muletero, y si no eran casados una concubina, reputada como todo lo demás por necesaria (16). Al dejar su empleo restituian las mulas, los caballos, el muletero y el cocinero, y se guardaban lo demás, si el príncipe estaba contento de ellos: en el caso contrario, tenian obligacion de restituir el cuádruplo.

Bajo Constantino continuó siendo pagado el sueldo en especie, y cuando fué limitada á tres lustros la duracion del servicio militar, estableció, á fin de dar una recompensa á los soldados licenciados, un tributo estraordinario que debia percibirse cada quince años: de aquí provino el ciclo de las *Indicciones* (17).

Los disturbios pasados y los numerosos usurpadores habian dado á conocer cuán peligroso era dejar á la vez la justicia, la administracion y el mando de las tropas á los gobernadores de provincia. Por eso Constantino separó la autoridad civil de la autoridad militar. La jurisdiccion suprema sobre el ejército fué encargada á dos maestres generales, uno de infanteria, otro de caballeria: su número fué elevado posteriormente á cuatro, á consecuencia de la division del imperio en dos Estados distintos, el de Oriente y el de Occidente: uno de ellos se mantuvo en cada una de las fronteras más amenazadas junto al Rhin, á orillas del alto y del bajo Danubio, junto al Éufrates; luego se crearon hasta ocho.

Tenian á sus órdenes treinta y cinco comandantes, distribuidos como sigue: tres en la Bretaña; seis en la Galia, uno en España, uno en Italia, cinco junto al alto y cuatro junto al bajo Danubio, ocho en Asia, tres en Egipto, cuatro en África. Llevaban por señal distintiva el cinturon de oro, y tenian el título de *duces;* el más honorífico de *comitès* ó compañeros, era concedido á diez de ellos. Además del sueldo recibian lo que necesitaban para el sostenimiento de ciento noventa criados y de ciento cincuenta y ocho caballos. Para nada debian mezclarse en la administracion civil, como tampoco los magistrados en su mando. Si se debilitaba el Estado de este modo, se aseguró la tranquilidad interior, porque el despotismo militar, este único y deplorable vestigio de la democracia, quedó completamente destruido; y los guerreros, segun la espresion de Amiano, no pudieron ya levantar la cabeza.

Milicia.—Vino á ser el servicio militar una especie de impuesto, atendido que los senadores, los dignatarios, los sacerdotes paganos y los principales decuriones fueron obligados á suministrar un determinado número de soldados, ó en su defecto, treinta ó treinta y seis sueldos de oro por hombre (18). Por esta tarifa se puede calcular cuan es-

(14) Diez de las provincias de Italia llamadas suburbicarias dependian del prefecto de Roma; Campania, Etruria y Umbria, Piceno suburbicario, Sicilia, Pulla, Calabria, Lucania y Brucio, Samnio y Valeria, Cerdeña y Córcega. Un vicario imperial estaba destinado á las otras ocho; Liguria, Emilia, Flaminia, Piceno anonario, Venecia, llamadas provincias de Italia, á las cuales se unieron después los Alpes Cotianos, Retia primera y segunda é Istria.

(15) En Italia, la Emilia, la Liguria, la Venecia, el Piceno, la Flaminia, la Campania, la Sicilia, eran gobernadas por un magistrado consular; la Etruria, la Pulla, la Calabria, la Lucania, el Brucio, por correctores; el Samnio, la Valeria, los Alpes Cotianos, las dos Retias, la Cerdeña, la Córcega, por presidentes.

(16) *Quod sine his esse non possent.* En *Alex. Severo*, XLII.

(17) Segun algunos: pues en concepto de Savigny *(Ueber die römische Steuerverfassung)* la indiccion no era otra cosa que la renovacion del catastro. Sin embargo es lo cierto que ya estaba en uso en tiempo de Diocleciano. En cambio, Cedreno en los *Anales*, pág. 258, dice que empezó en tiempo de Augusto.

(18) Código Teodosiano, tit. *de tyron;* lib. 2 y 6, *de desertoribus;* 1, 7, 15, 18 *de decur.*

casos eran los voluntarios. Efectivamente, aunque no se pudiera mantener el ejército más que con ayuda de un pingüe sueldo y de repetidas larguezas, no existiendo ya el patriotismo, se habia tomado tal horror al servicio que para libertarse de él se multilaban muchos los manos. En vano se habia bajado la medida para la talla de los reclutas, y se admitió hasta los esclavos en las filas de las legiones: para llenarlas hubieron de conceder los emperadores tierras á los veteranos, con la estipulacion feudal de que cuando llegaran á la edad viril sus hijos fueran alistados en el ejército, so pena de perder el honor, la hacienda paternal y hasta la vida (19). Debia tener el soldado diez y ocho años cumplidos; ser sano y robusto y de una regular estatura. Recibia por sueldo una racion de pan, de vino, de tocino, un dia sí y otro no; los ginetes de heno y de paja. Algunas veces se les pagaba en dinero. Estaban obligados los contribuyentes á llevar víveres á determinados lugares, donde los tomaba el soldado, y llevaba provisiones para veinte dias (20). Quince ciudades de Oriente y diez y nueve de Occidente tenian fábricas de armas y de máquinas de todas clases.

Constantino situó en las fronteras capitanes y soldados, á quienes dió en propiedad tierras exentas de impuestos é inagenables, con la carga de que el hijo sirviera como el padre. Se llamaba á á estos colonos militares *limítrofes*, para distinguirlos de los *palatinos*, que, mejor pagados y considerados, estaban acantonados en las provincias, donde eran una pesadísima carga para los habitantes, y donde una muelle seguridad les enervaba, relajando los vínculos de la disciplina. Combatieron menos resueltamente los limítrofes cuando se vieron pospuestos á un cuerpo que tenia que sobrellevar menos fatigas, y cuando no se sintieron apoyados por tropas intrépidas á retaguardia.

Eran impotentes las más severas amenazas para impedir á los soldados que desertaran entre los bárbaros y favorecieran sus incursiones. Acontecia lo propio con las órdenes que les prohibian molestar á los habitantes, enviar á pastar sus caballos al campo ageno, mezclarse en negocios civiles (21), y con las que intimaban á los veteranos ocuparse, ora en el comercio, ora en desmontar tierras incultas ó sin dueño, que les eran concedidas con una exencion de tributo (22).

Fué reducida la legion de seis mil á mil ó á mil quinientos hombres, habiendo sido separada de ella segun parece la caballeria, lo cual la hizo movible, si bien á espensas de su fuerza: así vino á ser una especie de regimiento como los que fueron introducidos en los ejércitos desde el décimo sétimo siglo. Entonces se componia el ejército de ciento treinta y dos legiones, y la totalidad de las tropas que empuñaban las armas podia ascender á seiscientos cuarenta y cinco mil hombres, guarismo muy elevado en comparacion de los ejércitos antiguos, aunque muy débil si se compara á los ejércitos de nuestros dias, que en el mismo espacio contienen cerca de dos millones de hombres bajo su respectiva bandera en plena paz. ¡Y sé nos dice que es para conservarla!

Hubo no obstante necesidad de recurrir á auxiliares extranjeros, de enganchar en las legiones y entre los palatinos á godos y alemanes, elevarlos á los grados, y de aquí á las funciones civiles y hasta al consulado; ahora bien, como no estaban preparados á ello los magistrados curules fueron envileciéndose de dia en dia.

Dignidades de la Corona.—Tenia el emperador cerca de sí siete *ilustres*, sus consejeros privados, encargados de la custodia de su persona, del palacio y del tesoro. Un eunuco, gran camarlengo, (*præfectus sacri cubiculi*), permanecia constantemente al lado del príncipe, que se ocupaba de negocios ó de placeres, prestándole los más humildes servicios; lo cual le proporcionaba mil ocasiones de insinuarse en su valimiento y de influir en sus mercedes. De él dependian los condes de la mesa y del guarda-ropa. El funcionario de más categoria, ministro de Estado, dirigia los negocios públicos, y ninguna reclamacion llegaba á manos del príncipe sin que hubiera pasado antes por sus oficinas (23). Uno recibia las memoriales, otro los cartas, otro las peticiones, y otro lo restante. Ciento cuarenta y ocho secretarios, la mayor parte de ellos legistas, despachaban los asuntos sobre peticiones bajo la presidencia de cuatro magistrados, *respetables*. Habia intérpretes de los embajadores extranjeros. Uno de ellos estaba especialmente nombrado para la lengua griega.

El ministro de Estado tenia á sus órdenes centenares de mensageros, que mediante el buen estado de los caminos y el servicio de las postas llevaban los edictos, las noticias de las victorias, los nombres de los cónsules desde la capital hasta las provincias más remotas. Estos agentes adquirieron importancia refiriendo lo que averiguaban durante sus misiones, sobre el estado de los paises, sobre la conducta de los magistrados y de los ciudadanos. Aumentóse hasta diez mil el número de ellos, y fueron onerosísimos á los pueblos, ora por las exigencias de su servicio, ora por sus delaciones, favoreciendo ó persiguiendo á los que se hacian sus amigos ó enemigos. Reprimidos mil veces por disposiciones legislativas, siempre llevaban la mejor parte por la debilidad creciente de la corte y por

(19) Cod. Teod. lib. 7 *de veteranis. De filiis veteranorum.*

(20) GODOFREDO, lib. VII *de re milit.* Cod. Teodosiano, t. II.

(21) Cod. Teod *de decur*, lib. 128.

(22) Cod. Teod. lib. VII, 15, *de indulg.*

(23) *Scrinia;* lo mismo que llamamos actualmente *oficinas.*

el miedo de las sublevaciones que era su inmediata consecuencia.

Tesorero.—Fueron administradas las rentas públicas por un conde de las liberalidades sagradas, que ocupaba centenares de empleados en once oficinas diferentes para hacer y comprobar las cuentas. Las casas de moneda, las minas, las cajas públicas establecidas en las diversas ciudades, dependian del tesorero que estaba en correspondencia con veinte y nueve recaudadores provinciales. Regulaba el comercio esterior, dirigia las manufacturas de telas de lino y de lana, en las cuales trabajaban especialmente mujeres esclavas, para uso de la corte y del ejército, y que ascendian al número de veinte y seis en Occidente, y todavía en más cantidad en Oriente.

Un ministro del fisco (*comes rerum privatarum*) administraba el tesoro particular del emperador, formado de los dominios de los reyes y de los Estados avasallados, de los de diferentes familias que habian ocupado el trono, y de las confiscaciones. No lo aumentó poco Constantino cuando después de haber cerrado por motivos religiosos el templo de Comana, cuyo gran sacerdote era príncipe de Capadocia, aplicó al fisco privado las tierras sagradas, sobre las cuales se hallaban seis mil esclavos ó ministros de la diosa, y razas de caballos preciosos, que fueron destinados esclusivamente al servicio de la corte y á los juegos imperiales. Un conde fué especialmente encargado de la mayordomia de estos dominios: empleados de clase menos elevada estaban destinados á la gestion de los otros, diseminados en todas las provincias (24).

Condes de los criados.—Componíase la guardia del príncipe de tres mil quinientos hombres, envejecidos la mayor parte en Oriente, divididos en siete escuelas, y mandados por dos condes de los domésticos. Equipados con estremada magnificencia usaban armas cubiertas de plata y oro, y se reclutaban entre ellos dos compañias, una de infantes y otra de caballeria, llamadas *protectores*. Estaban de servicio en los aposentos interiores y se dirigian á las provincias cuando habia necesidad de asegurar la pronta y vigorosa ejecucion de las órdenes imperiales: ser admitido en sus filas era la más alta esperanza del guerrero.

El título de *ilustre* era inherente á los empleos de la corte que acabamos de enumerar. Durante la república y hasta bajo los primeros emperadores, no acompañaban al magistrado las insignias de la autoridad sino en el ejercicio de sus funciones. Así que estas habian cesado, el cónsul, el pretor, el emperador, no tenia otra comitiva ú otro séquito que de libertos, de clientes y de sus esclavos.

Pero en virtud de las innovaciones de Diocleciano pusieron una distancia enorme entre el monarca y sus súbditos el palacio, la mesa, el fausto, y un acompañamiento inmenso. Ya distinguia el título de *honrado* á los que habian desempeñado alguna dignidad en el imperio, ó á aquellos á quienes el príncipe habia otorgado el triunfo ú honores. Cuando ya no existian las demás distinciones todos ambicionaron esta, y los emperadores la concedieron á todo el que prestaba algun servicio á su persona, mérito que superaba en mucho al de ser útil al Estado.

En medio de aquel prodigioso lujo, de aquella muchedumbre que invadia la corte, las funciones desempeñadas en otro tiempo por los esclavos, como trinchar las viandas, escanciar vino á los príncipes, y hasta los más *sórdidos empleos*, fueron ambicionados por grandes personajes, no tanto por el salario como por las exenciones. Con efecto, los *honrados* quedaban inscritos en el Senado sin estar sujetos á ninguna de sus cargas, y después de diez ó quince años de servicio estaban libres de todos los vínculos que por derecho de nacimiento les enlazaban á la curia ó á una corporacion cualquiera. Tambien se concedian títulos por *codicilos honorarios* á personas que jamás habian servido, ni aun siquiera visto al príncipe, solo á fin de que pudieran disfrutar de la exencion, ó al menos usar las insignias de la dignidad nominal.

Fácilmente se comprenderá que el objeto de la constitucion nueva era la separacion de los poderes, antes confundidos. En tan grande subdivision de provincias, de ejércitos, de funciones, los magistrados permanecian subordinados unos á otros, y todos al emperador, lo cual ahuyentaba el peligro de los engrandecimientos escesivos y de las súbitas usurpaciones.

Personas.—Dividíanse en tres clases los súbditos libres del imperio; los habitantes de las dos metrópolis, los de las ciudades en las provincias, y la poblacion de los campos.

Ciudadanos de Roma y de Constantinopla.—Sujetos los primeros á los impuestos comunes, disfrutaban no obstante privilegios, y tenian parte en las distribuciones de trigo que las provincias estaban obligadas á enviar con este objeto, bajo la vigilancia de un funcionario especial (*præfectus annonæ*). En primera línea figuraban los senadores, después los caballeros, luego la muchedumbre, que, repartida en diversos gremios por oficios, ejercia ciertas industrias: turbulenta además y facciosa, alternativamente se mostraba tímida ó amenazadora, buscando tan solo la ocasion de entregarse á la rapiña y á la violencia.

Provinciales.—Los habitantes de las ciudades en las provincias permanecieron hasta el siglo III divididos en ciudadanos, asociados y súbditos. Pero cuando Caracalla hizo comun á todos el derecho de ciudadania, fueron igualmente súbditos del emperador unos y otros. Encontramos, pues, sin contar á los esclavos, senadores, curiales ó decuriones y plebe. En cierto modo eran los senadores

(24) GUSTAVO HUMBERT publicó en 1880 una disertacion *Sobre los orígenes de la contabilidad entre los romanos;* y en 1884 *La hacienda y la contabilidad pública del imperio romano*.

apéndices de la sombra del Senado que existia en Constantinopla y en Roma: su dignidad puramente nominal era conferida por el emperador á los que habian ocupado altos empleos ó le eran recomendados por el Senado: tambien se hizo estensiva á los grandes propietarios. Sus privilegios consistian en no poder ser juzgados más que por un tribunal particular, ni aplicados al tormento, ni sometidos á las cargas municipales; ventajas que pagaban á costa de un impuesto especial y de contribuciones estraordinarias, si el caso lo requeria (25).

Los decuriones ó curiales eran los propietarios indígenas (*municipes*) ó procedentes de fuera (*incolæ*), y como estaban encargados de proveer á ciertos gastos, y tenian que ocuparse mucho en los negocios públicos, determinaban la fortuna que debian tener las leyes municipales. En el siglo II se exigian de un curial de Como 100,000 sextercios (18,375 pesetas); en 342 obligaba Constancio II á formar parte de la curia de Antioquia á los que poseian veinte y cinco fanegas de tierra; en 435, Valentiniano III hacia ingresar en ella á los que tenian 300 sueldos de oro (cerca de 4,500 pesetas) (26), tan envilecida se hallaba á la sazon esta dignidad ambicionada en otro tiempo y comprada á costa de espléndidas liberalidades.

Venia enseguida la plebe ó el pueblo, compuesto de los pequeños propietarios, de los artesanos, de los mercaderes, escluidos totalmente de la administracion urbana.

No suministra la historia la menor noticia sobre la importantísima revolucion que bajo el imperio hizo pasar la industria de los esclavos á los hombres libres. En otro tiempo poseia todo ciudadano dentro de su casa obreros suyos, que hacian toda clase de trabajos, tanto para su uso como para venderlos, ora á sus clientes, ora á los que no tenian bastantes esclavos; ahora vemos artesanos libres, trabajando para sí y para los que les pagan, reunidosen cada ciudad por corporaciones, las cuales se convirtieron en un nuevo instrumento de tirania y de opresion.

Campesinos.—En los campos residian propietarios libres, colonos y esclavos. No nos ocuparemos de los últimos más que de los animales domésticos. Eran los colonos la clase media entre los propietarios y los esclavos; tan apegados se hallaban al suelo que cultivaban que con él eran vendidos ó repartidos; solamente una ley compasiva vedaba separar á los miembros de una misma familia (27).

En los jurisconsultos clásicos no se hace mencion alguna de los colonos; lo cual ocurre con frecuencia en tiempo de Constantino. Dispútase, pues, sobre el orígen de esta institucion media que se encaminaba á la abolicion de la esclavitud. Hay quien cree que es una imitacion de las naciones germánicas; otras opinan que nació de colonias bárbaras, trasplantadas al imperio; pero probablemente trajo su orígen de la antigua forma de posesion. Los habitantes de cada canton (*pagus*) además de sus bienes propios, tenian derecho á una parte de los comunes (*compascua, agri subsecivi, silvæ communales*). Vespasiano y Tito, aplicando al fisco estos bienes y Constantino al culto cristiano, redujeron á una gran parte de sus poseedores á la miseria, obligándoles á vender su patrimonio ó á cultivarlo á titulo de colonos (28). Obligados á vivir y á morir en el suelo donde nacian, eran por lo demás libres en su persona; por eso el derecho romano los clasificaba entre los *ingenui*. Contraian matrimonios legítimos, pero la misma ley les llama siervos del terruño (*servus terræ*). Reconocian un amo contra el cual no podian comparecer en juicio, salvo el caso en que se tratara de su propia condicion. Se pagaban en dinero ó en especie un censo imprescriptible, y además estaban obligados al impuesto en favor del fisco; vivian con lo restante, y podian con sus economias comprar bienes, cuyo alto dominio correspondia no obstante al amo. Su condicion era peor que la del esclavo puesto que no podian ser libertos ni separarse del terruño (29), ni aun adquirir la libertad ingresando en el clero (30) ó en el ejército.

Las vicisitudes de las circunstancias empeoraron su condicion, aumentando su número: y desapareció completamente la clase media de los aldeanos que forma en la actualidad el nervio de los Estados. Aquellos que no podian soportar la pérdida de su libertad se refugiaban en las ciudades, donde les aguardaban nuevas miserias; oprimidos otros por amos crueles ó reducidos al último apuro por la codicia del fisco, se lanzaban á rebeliones abiertas, como lo hicieron los bagaudos (31).

---

(25) Algunos escritores modernos, tales como RAYNOUARD, tomo I, cap. 17 y FAURIEL, tomo I, cap. 10, han pensado que constituian en cada ciudad un Senado superior á la curia. Por lo que á nosotros hace, nunca hemos hallado la más mínima mencion de senados provinciales.

(26) PLINIO, *Epístola* I, 19. *Código Teodosiano*, XII, 5, l. 33. *Nov. Teod.* 38.

(27) Código Justiniano, X, *Communia utr. jud.*

(28) *Nonnulli quum domicilia atque agellos suos aut pervasionibus perdunt, aut fugati ab exactoribus deserunt quia tenere non possunt, fundos majorum expetunt, atque coloni divitum fiunt.* SALVIANO. De gubern. Dei.

(29) *Quæ enim differentia inter servos et adscriptitios intelligatur, cum uterque in domini sui positus sit potestate, et possit servum cum peculio manumittere, et adscriptitium cum terra dominio suo expellere?* Código Justiniano, XI, 47. Quizá se fué demasiado lejos interpretando este pasaje de Justiniano como si escluyera la emancipacion. Con efecto, jamás se halla una manumision de colonos; pero podian comprar y admitir el terreno á que estaban pegados, y que se les adjudicaba después de treinta años de ausencia del propietario. Tal vez la manumision no era necesaria.

(30) Justiniano permitió posteriormente conferirles las órdenes, siempre á condicion de que proseguirian desempeñando las obligaciones impuestas á los colonos. *Nov.* 123, cap. 4, 17.

(31) *Bagaud*, en lengua céltica, significa asamblea tu-

Era importante para el Estado conservar los colonos á fin de que no se aumentara el número de tierras abandonadas. Con este fin se concedió exencion de impuestos á los que ocuparan campos incultos; ó se distribuyeron estos entre los propietarios de los buenos campos, amenazándoles con despojarles á la vez de sus antiguos bienes si descuidaban cultivar los otros; medidas vejatorias que no producian ningun buen resultados, porque no atacaban el mal en su raiz. Con el mismo fin se introdujo la enfiteusis, contrato por el cual, mediante un cánon establecido, se daba en cultivo un terreno á perpetuidad ó por tiempo determinado. Esta especie de arrendamiento no estuvo en uso al principio más que respecto de las tierras del fisco ó del municipio, luego tambien respecto de las de los particulares, cuando poseyeron provincias enteras.

Gobierno municipal.—Antes de Julio César, cada municipio constituia una república independiente, asociada á la romana, á la cual pagaba un contingente determinado en cambio de la proteccion que recibia; participaba de algunos empleos y daba capacidad á los romanos para desempeñarlos dentro de sus muros; por lo demás, tenia leyes propias, magistrados electivos y libre administracion en los negocios interiores. Subsistia, pues, la libertad civil y comunal; solo la libertad política estaba ligada por el pacto federal.

A veces el municipio, por fuerza ó voluntariamente, adoptaba leyes civiles romanas, y en tal caso se contaba entre los pueblos llamados *fundos*.

Bajo el imperio, la condicion de los fundos se hizo general, adoptándose en todas partes el derecho civil romano; y el derecho municipal correspondia á todos los cuerpos de ciudad que eran admitidos á parte de la ciudadania. De consiguiente, todas las colonias latinas se convirtieron en *municipios*, después que toda Italia gozó de la ciudadania; y habiendo caido en desuso el derecho de sufragio, municipio significó ciudad habitada por ciudadanos romanos, cualquiera que fuese su orígen. A las ciudades italianas les fué concedida la apetecida ciudadania, pero recibiendo tambien las leyes civiles: formándose así la unidad jurídica, mientras los italianos no pedian más que la comunion del derecho político. Tambien las ciudades de la Galia se hicieron fundos.

Todo esto se efectuó con la *lex Judia* ó poco después; entonces se cambió la situacion de Roma respecto de Italia, y no fué ya solo una república sostenida por otras repúblicas, sinó la metrópoli de un gran imperio del que Italia era la principal provincia. Estaba entonces bien la monarquia, pero se oponian las costumbres, porque el carácter del derecho público y privado de Roma era el ser municipal, como en casi todas las antiguas ciudades itálicas. Los pueblos conquistadores creen siempre asegurar la propia dominacion propagando sus formas de gobierno: así lo hizo Roma. Por tanto el poder monárquico tenia en tutela la libertad política, y al mismo tiempo se habia apartado de la administracion de los municipios; y estos tuvieron en tutela la soberania municipal y ninguna garantia contra el poder absoluto; falta de equilibrio que arruinó al imperio.

Entonces fué necesario reformar la libertad municipal en Italia, para armonizarla con la política imperial y con una organizacion uniforme y esto hizo la *lex Julia municipalis*, conservada en parte en la tabla de Heraclea y más por una inscripcion hallada en Pádua, probablemente el año 709 de Roma.

En 711 se hizo un reglamento general para la administracion judicial de la Galia Cisalpina (32), cuyas formas eran las del *prætor peregrinorum* y del *urbanus*. Probablemente se estendió á las demás provincias, pero la unidad de régimen no se llevó á cabo hasta muy tarde. Entonces los municipios prosperaron y se llamaron *respublica municipi*; los libertos adquirieron consideraciones; trabajaban en obras y servicios útiles y fueron el más poderoso medio de asimilacion, creándose una nacion nueva, representada por una clase media nacida de las leyes municipales. Cuando pereció la clase media, cayó poco después el municipio.

Parece, por las inscripciones, que existió un órden ecuestre, quizá compuesto de miembros de ciertos colegios. En fin, los ciudadanos formaban la *plebs*, pero sin *jus honorum*.

Eran los decuriones en las ciudades de las provincias lo que los ciudadanos en Roma, disfrutando de la integridad de derechos y participando con este título de soberania; es decir, que podian dar su sufragio y ejercer las magistraturas. Cuando Augusto ahorró á los ciudadanos distantes la molestia de dirigirse á Roma para votar, ordenando recoger los sufragios en los comicios particulares y enviar á la capital el resultado, limitó este derecho á los municipios; pero en vez de comprender bajo este nombre á todos los ciudadanos no comprendió más que á los decuriones (*curiales decuriones*), siendo los únicos que tenian capacidad para asumir las magistraturas (*capere munera*). Entonces el senado municipal (*ordo, curia*) fué investido en el cuidado de administrar de acuerdo con los magistrados, en lugar del pueblo entero; pero lejos de hacer los magistrados contrapeso á la curia, eran elegidos únicamente en su seno (33). Podian pre-

---

multuosa. Véase ROTH.—*Ueber den burgerlichen Zustand Galliens zur Zeit der frankischen Eroberung*. Munich, 1827 pág. 7. Salviano dice: *Vocamus rebellos, vocamus perditos, quos esse compulimus criminosos. Quibus enim aliis rebus Bagaudæ facti sunt, nisi iniquitatibus nostris, nisi improbitatibus judicum?* De gubern. Dei.

(32) *Lex Galliæ Cisalpinæ*.

(33) Véase SAVIGNY, *Gesch. des römischen Rechts im Mittelalter*, cap. II, pár. 8. A pesar de los abundantes materiales que poseemos, siempre queda como asunto suscep-

sentar los magistrados á sus sucesores; pero como para esto debian salir fiadores de ellos, lo tenian más bien por carga que por ventaja, y frecuentemente abandonaban la eleccion al gobernador de la provincia.

La primera magistratura de la ciudad se componia de dos ó de cuatro magistrados (*duumviri, quatuorviri, jure dicundo*), y se les puede comparar á los cónsules de Roma, antes de que partieran la autoridad con los pretores. Eran anuales, velaban por la administracion comunal, presidian el senado del municipio; y para que se apercibieran menos de la pérdida de la independencia, Roma, republicana, les dejaba la jurisdiccion en ciertos límites, fuera de los cuales el pretor entendia de las causas. Así sobrevivieron las constituciones anteriores á la conquista, á las cuales se acomodaba la ley decretada por el senado romano para la organizacion de cada provincia. Dícese en la ley concerniente á la Galia Cisalpina que el magistrado podrá nombrar un juez y fallar tanto dentro de ciertos límites como sin restriccion alguna; que tendrá el *imperium* y el tribunal en señal de alta jurisdiccion. Pero á medida que se aumentó la autoridad imperial, se disminuyó la de los cuerpos municipales: lo que en un principio era prerogativa y derecho no fué más que una concesion graciosa, y los duumviros descendieron á la esfera de magistrados inferiores, no teniendo ya imperio, ni poder, ni tribunal.

En muchas ciudades de Italia pertenecia la jurisdiccion á un prefecto (*præfectus jure dicundo*), enviado anualmente de la metrópoli; salvo el nombre no se diferenciaban las prefecturas de las curias de las otras ciudades, municipios ó colonias; y de la de Arpino fué Ciceron á hacerse cónsul en Roma.

La tercera magistratura era la del curador (*curator quinquennalis*), que juntaba las atribuciones de la censura y de la cuestura romana, velaba por las construcciones públicas, por el arrendamiento de los impuestos, por las propiedades de la ciudad, poseyendo cada una de ellas bienes raices y percibiendo derechos propios (34).

Después de la curia el apoyo de los municipios eran las corporaciones, muy estendidas y con amplios privilegios. Los principales eran los *augustales*, que tenian tambien aspecto religioso y que decayeron cuando creció el cristianismo. Fué error de la política imperial el separar en dos intereses aislados el poder del Estado y el municipal. Quería aniquilar la antigua aristocracia romana, y por esto se sacrificó la organizacion social á la independencia de los comunes en todo el Imperio, tanto que estos degeneraron en tirania: el Estado que todo se lo concedió, todo lo pretendió de ellos, y los redujo á una fuente de ingresos, y ya no se tuvo consideracion más que al populacho, porque sus conmociones eran terribles.

Provincias.—Bajo la dominacion imperial tambien fueron reducidas á la uniformidad las formas orginarias del gobierno de las provincias. En todas se introdujeron curias, poco diferentes de las que administraban los antiguos municipios; no obstante la desemejanza era grande con respecto á los privilegios de los magistrados. En ciertos lugares las funciones municipales conferian al que las desempeñaba dignidad (*honor*); en otras partes no eran más que una carga (*munus*). En las ciudades de provincia, en las de las Galias por ejemplo, se hallaban muchos con estas últimas funciones y pocos con las primeras, máxime los que hacian relacion á los oficios religiosos, ninguna conferia dignidad de imperio, como á los duumviros, en Italia, á menos que la ciudad gozara por favor especial del derecho itálico. Cuando la Galia cayó bajo la dominacion romana, se componia de naciones independientes, aristocráticamente constituidas, que quizá conservaron bajo la república algun vínculo político; pero bajo el imperio, á medida que echó raices el sistema uniforme de los decuriones, fueron derogadas las instituciones anteriores. Entonces se retiraron indudablemente los galos nobles á sus tierras ó conservados en la curia de las ciudades, sin que ningun privilegio particular llegase á disminuir la dependencia respecto de la ley y respecto del gobernador de la provincia.

Cada provincia formaba un cuerpo político, representado por la asamblea general que una vez al año (35), ó además de las ocasiones estraordinarias, se congregaba en la capital con el asentimiento del prefecto del pretorio (36), y en que intervenian los honrados, los curiales, los propietarios libres. La dieta provincial podia hacer decretos, enviar delegados al príncipe, aun á pesar del vicario, del presidente y del prefecto del pretorio.

Hemos señalado, como un carácter político de la antigua Italia, la libre constitucion municipal que se conservó en ella bajo el despotismo romano; continuando el pueblo ejerciendo, como en Roma, el poder en las asambleas, y los magistrados el derecho de hacer las leyes y promulgar los decretos. El derecho itálico, á cuya participacion eran admitidos algunos provinciales, no conferia un privilegio al ciudadano aislado, pero sí daba al cuerpo de la ciudad la propiedad quiritaria del terreno, el comercio y por consiguiente la exencion del impuesto predial, la capacidad de la emancipacion, de la usucapion y de la vindicacion (37).

Uno de los principales medios empleados por los sucesores de Augusto para consolidar la tiranía, fué el de cercenar poco á poco los derechos á

---

tible de ilustracion la curia en la historia de la legislacion del imperio. GIBBON, cap. XXII.

(34) AMIANO MARCELINO, XXV, 4.—SIMMACO, *Ep.* X, lib. 10.—Cod. Teod., X, *de op publ.; de locat. fund.*

(35) AMIANO MARCELINO, XXVIII, 6.

(36) *Código Teodosiano*, XII. 12, l. 4, 9, 11.

(37) Véase LIBRO V, cap. II.

la Italia, cuna de la antigua libertad privilegiada. El último golpe fué descargado por Cómodo cuando estendió al mundo entero lo que habia sido atributo especial de Roma, y por último de toda la península. Sin embargo, la Italia habia quedado exenta del tributo hasta el instante en que Diocleciano asoció á Maximiano al imperio cediéndole el África y la Italia; pues no estando ya sostenida esta última por las contribuciones de las provincias, tuvo que someterse á las mismas cargas que las demás, sin que después se viera nunca libre de ellas.

Mas tarde, los duunviros, ó los magistrados que á ellos correspondian, desaparecieron en todas partes, debiendo después, segun el código Teodosiano (38), presidir la curia y dirigir la administracion municipal, el primer decurion (*principalis*): el nombramiento para ejercer estas funciones era vitalicio ó cuando menos por quince años, y no constituia una magistratura, sino una dignidad particular; era el decano de la asamblea y no ejercia jurisdiccion.

Así fué como aumentándose el despotismo imperial en todas partes introducia las formas monárquicas hasta en la constitucion republicana de las curias. A juzgar por la organizacion de estos cuerpos, al ver que todo el que tiene capacidad legal y cierto número de propiedades debe ser inscrito en el *album* (39) sin privilegio del nacimiento y sin que el número sea limitado; al ver que los emperadores recomiendan no elevar al duunvirato sino por grados (40), aconteciendo lo mismo en el sacerdocio; al considerar que la curia ejerce una accion tan inmediata en los asuntos de la ciudad, elige los magistrados, convoca en casos de urgencia á todos los habitantes, redacta decretos que promulga directamente sin que el prefecto pueda hacer otra cosa que proporcionar noticias; se creeria que se trata de muchas repúblicas democráticas cuya oposicion conjuraba ó por lo menos ponia trabas á las violencias de lejanos dominadores.

Pero todo esto no era más que apariencia. Todo acto de la curia podia ser anulado por el príncipe: por su parte, el gobernador de la provincia tenia el derecho de hacer lo mismo cuando quisiera, respecto de la eleccion de los magistrados municipales. Cuando después la tirania imperial debilitó la vida pública, el órden de los decuriones se envileció hasta el estremo. Haciéndose muy difícil la percepcion de los impuestos, á causa del mal sistema económico que destruia todo lo que podia el imperio tener en sí de bueno, ¿qué pretendieron los emperadores? Obligaron á los decuriones á percibir las contribuciones municipales, de cuyo pago les hicieron responsables con sus bienes y personas, cómo tambien de su administracion y de los empleados dependientes de ellos. Cuando lo escesivo de los impuestos obligaba á un propietario á abandonar su campo, volvia este terreno á la curia, la que estaba obligada á soportar las cargas de esta nueva propiedad, encontrase ó no compradores. Los decuriones, pues, no eran ya otra cosa que agentes gratuitos del despotismo, y multiplicándose los impuestos en virtud del aumento contínuo de las necesidades del imperio, sus funciones llegaron á ser intolerables.

Al mismo tiempo la consolidacion de la autoridad imperial aminoraba la de los municipios y hacia que se fijara en los gobernadores el respeto tributado anteriormente á los magistrados locales. Eximiendo Constantino y sus sucesores á muchas personas de las cargas municipales, hicieron estas más insoportables para cuantos quedaban sujetos á ellas; y despojando á muchas ciudades de sus bienes inmuebles para dotar con ellos á las iglesias cristianas, las pusieron en la imposibilidad de subvenir á los gastos á que contribuian antes ricas posesiones. Agréguese á esto que los curiales, que no tenian hijos, no podian disponer más que de la cuarta parte de su hacienda, debiendo volver lo restante á la curia: tampoco podian alejarse del municipio sin licencia del gobernador de la provincia: por último, estaban sujetos á una imposicion especial (*oblatio auri*). Sus administrados les miraban como implacables exactores; hallándose, pues, espuestos á un mismo tiempo á las exigencias crecientes de continuo del tesoro, á exacciones de los bárbaros que caian sobre ellos y al odio de sus conciudadanos.

Concíbese de consiguiente que emplearan todos sus esfuerzos para sustraerse á un honor tan ominoso, y que la ley no descuidara nada para mantenerlos encadenados. Ya Marco Aurelio habia ordenado que los hijos naturales fueran admisibles á las funciones municipales (41), y Septimio Severo habia añadido á la lista de los elegibles los judios, así como los hijos nacidos de padre esclavo y de madre libre (42). Agregáronse nuevos privilegios al decurionato. Caidos en la indigencia los decuriones hubieron de ser sustentados por los munici-

(38) Si los códigos Teodosiano y Justiniano hablan tan poco de los magistrados municipales, al paso que los jurisconsultos clásicos hacen mencion de ellos contínuamente, consiste en que estos vivian en Italia, y en que los códigos de que hablamos fueron recopilados en Oriente.

(39) Llamábase *Album* el libro donde se hallaban inscritos los nombres de los senadores. El de Canusio, en 332, nos da XXX *patroni clarissimi viri;* II *patroni equites romani;* VII *quinquennalicii;* IV *electi inter quinquennales;* XXII *duumviralicii;* XIX *edilicii;* XI *quæstoricii;* XXI *pedani;* XXXIV *prætextati;* en total 148.

(40) *Nemo originis suæ oblitus, et patriæ cui domicilii jure devinctus est, ad gubernacula provinciæ nitatur ascendere, priusquam decursis gradatim curiæ muneribus subvehatur; nec vero a duumviratu, vel a sacerdotio incipiat, sed, servato ordine, omnium officiorum sollicitudinem sustineat.* Ley de Valentiniano, Cod. Teod., lib. XII, tomo IV, libro 77.

(41) *Dig.* lib. I, tomo 2, l. III.

(42) *Dig.* lib. II, 3; III, 4.

pios: aquellos que después de haber recorrido todas las funciones municipales salian de ellas sanos y salvos, fueron exentos de desempeñarlas en lo sucesivo, y hasta decorados con el título de conde. De este modo se propendió á desbaratar los artificios por medio de los cuales se aspiraba á eludir el decurionato. Trajano prohibió redimirse de este cargo por dinero. Todo hijo de decurion tuvo que ser curial, como tambien el que llegaba á adquirir veinte y cinco fanegas de tierra: nadie pudo enagenar los inmuebles que le conferian este derecho oneroso, ni obtener un empleo de la corte sin haber desempeñado las funciones municipales. Por último, el decurion se enganchaba en el ejército para salvarse, y la ley le arrancaba de su bandera: se hacia esclavo, y la ley le restituia la libertad para que fuera á tomar asiento en la curia (43). El guerrero cobarde, el sacerdote indigno eran condenados á hacerse decuriones. ¡Tales eran los padres de la patria, el sosten de las libertades municipales!

Defensores.—El esceso del mal causado por el desórden introducido en el seno de las curias, produjo, después del año 365, la creacion de los síndicos (*defensores*) elegidos por la ciudad entera para proteger á los contribuyentes contra las exigencias de la curia, y á ésta contra los delegados del imperio (44): instruian los procesos criminales, juzgaban en lo civil hasta la cantidad de trescientos sueldos, y de sus decisiones se apelaba ante los gobernadores. Creció su importancia, cuando, más exigentes los municipios, más necesitaban conceder; y cuando oprimidos los decuriones, solo se podia esperar en la plebe. Se fortaleció por tanto el defensor en oposicion á los magistrados municipales y aún á los imperiales, á medida que se robustecia la potencia monárquica. Estraño primero á la curia, acabó por ser su jefe. En Oriente se conservó aun después de Justiniano; en Occidente, yendo en decadencia la administracion, se insinuó el clero en las curias y el obispo se hizo el defensor.

Cuestores.—De los antiguos cuestores uno solo sobrevivió no encargado ya del erario, sino de componer oraciones y epístolas en nombre del emperador y leerlas en el Senado. Cuando estas adquirieron la fuerza y la forma de edictos, el cuestor fué como el primer ministro moderno, el representante del poder legislativo, la fuente de la jurisprudencia civil. Esta suprema judicatura se asentaba á veces en el gabinete imperial con los prefectos del pretorio y con el ministro de Estado ó resolvia las dudas de los jueces; además cultivaba para servicio del emperador ó para modelo oficial de estilo aquella gerga pomposa y bárbara que tomaba el nombre de elocuencia. Como juez delegado algunas veces intervenia en causas reservadas del emperador y otras se consultaba á los dos senados como á tribunales de justicia.

Jurisdiccion.—Marcaba la jurisdiccion voluntaria los actos solemnes del antiguo derecho (*legis actiones*), ú otros de más reciente forma. Entre el número de los primeros se hallan las *vindiciæ* con todas sus aplicaciones, como manumision, adopcion, emancipacion, constituyendo por decirlo así, un sistema de derecho superior reservado á los oficiales del príncipe, sin que pudieran intervenir los defensores de la ciudad ni los magistrados municiles. Los actos de nueva forma son los que se introdujeron en tiempo de los emperadores, cuando se empezaron á formular protocolos sobre todo, declarados posteriormente indispensables para las donaciones y testamentos. Estos debieran haber sido abiertos solemnemente ante el gobernador de la provincia; pero para mayor facilidad eran leidos algunas veces en el seno de la curia. Segun el texto del estatuto de Honorio debian formularse las actas ante un magistrado ó en presencia del defensor, de tres principales y de un escribano (*exceptor*), y consistian en un diálogo entre el compareciente y el magistrado.

Conservaban las ciudades de Italia el antiguo *derecho itálico* estensivo tambien á algunas ciudades de las provincias, consistiendo en que se administraba justicia por los ciudadanos mismos, al menos en materia civil y en primera instancia; pero generalmente se confiaba la jurisdiccion á los gobernadores. Segun la antigua forma el magistrado instruia el proceso, determinaba el principio de derecho aplicable al caso, y pronunciaba una decision motivada. Entonces un jurado (*judex*) elegido cada vez y de condicion privada, examinaba el hecho, que ponia en parangon con el principio doctrinal establecido por el magistrado, y resultaba el fallo de la concordancia del uno con el otro.

Estos *juicios privados* se hallaban en uso en Roma y en los municipios; pero, bajo los emperadores, pronunciaban los magistrados sin asistencia de jueces (*extraordinariæ cognitiones*). Diocleciano abolió después estos jurados en muchas provincias; perdióse en otras la costumbre, y la jurisdiccion quedó enteramente á los gobernadores, salvo la apelacion al emperador.

La cooperacion de los jueces esplica como podian bastar los dos pretores en la inmensa Roma á fallar sobre las diferencias entre los ciudadanos y los extranjeros. Pero una vez abolidos los jueces ¿cómo podia obtenerse igual resultado? Ya durante

---

(43) *Curiales nervos esse reipublicæ ac viscera civitatum nullus ignorat; quorum cœtum recte appellavit antiquitas minorem senatum; huc redegit iniquitas judicum et exactorum plectenda venalitas, ut nonnulli patrias deserentes, natalium splendore neglecto, occultas latebras elegerint, et habitationem juris alieni.* Nov. Major, tít. 1.

(44) *Hi potissimum constituantur defensores, quos decretis elegerint civitates. Defensores nihil sibi insolenter, nihil indebitum vindicantes, nominis sui tantum fungantur officio, nullas infligant multas, nullas exerceant quæstiones; plebem tantum vel decuriones ab omni improborum insolentia et temeritate tueantur, ut id tantum quod esse dicuntur, esse non desinant.* Cod. Teod. XI, 2.

la república tenian los pretores á su lado jurisconsultos para oir su dictámen; más tarde se agregaron los emperadores un colegio (*consistorium, auditorium*), para decidir los puntos de derecho llevados en apelacion ante ellos.

Siguieron este ejemplo los gobernadores, y se abogó á presencia suya en las causas como se practica en los tribunales de justicia, salvo que la decision dependia siempre de la voluntad del presidente. Otro tanto hicieron los magistrados municipales y los defensores. A los jueces sucedieron los decuriones, y la curia se trasformó en tribunal de justicia. En los casos criminales, cuando era militar el acusado, pertenecia la jurisdiccion á los duques y á los condes, así como en los asuntos civiles, cuando uno de los contendientes era soldado y aceptaba el otro el tribunal escepcional.

Juzgaba, pues, el defensor de la ciudad las diferencias de las gentes del campo y de los delitos correccionales; los duumviros ó jueces elegidos en la curia fallaban en primera instancia sobre los asuntos civiles de los ciudadanos. Se apelaba del defensor á los duunviros, de estos al presidente de la provincia, de este último al procónsul ó vicario; y finalmente al prefecto del pretorio. Las acciones criminales y algunas de materia civil eran de la competencia del presidente; pero solo el prefecto del pretorio y algunos procónsules privilegiados podian condenar á la deportacion.

Mientras los juicios emanaron del pueblo ó del pretor por él elegido, no podia haber lugar á la apelacion, siendo soberana la autoridad de que se derivaban. Cuando fueron confiados á magistrados elegidos sin su concurrencia, y á más subordinados, era natural que resultase de aquí aquel encadenamiento por medio del cual las decisiones pronunciadas por uno de ellos eran sometidas al exámen de un juez superior, remontándose hasta el trono.

Tortura.—Siendo la salud del imperio la ley suprema, bastaba que uno de los delatores despachados, como ya hemos dicho, desde las provincias, acusara de traicion á algun ciudadano, para que fuera cargado de cadenas á Milan, á Roma y Constantinopla para ser allí juzgado con formas estralegales y sujeto al tormento. Habia sido reservado hasta entonces para los esclavos; pero encontrándolo ya establecido en las provincias, continuaron los magistrados sirviéndose de él, no pasando mucho tiempo sin que se aplicara tambien á los ciudadanos romanos. Solicitáronse, pues, escepciones, y fueron decretadas en favor de los *ilustres* y de los *honorables*, del clero y de los soldados, así como en favor de sus familias, de los profesores de artes liberales, de los magistrados municipales y de su descendencia hasta el tercer grado; y por último de aquellos que aun no habian llegado á la edad de la pubertad. Estas escepciones confirmaron tácitamente aquella iniquidad, haciéndola pesar más sobre los otros. Pero como decidieran después los jurisconsultos que en caso de crímenes de Estado se podia traspasar los límites del derecho, aplicóse indistintamente el tormento en los procesos de este género, á los acusados, los cómplices y los testigos.

Leyes.—Seguíase estimulando el estudio de las leyes como medio de llegar á las magistraturas civiles. Todas las ciudades importantes tenian escuelas de derecho, siendo la más célebre la de Berito en Fenicia. Despues de haber estudiado cinco años, se dedicaba la juventud á adquirir riquezas y reputaciones, defendiendo causas privadas, cuyo número era inmenso en un pais desmoralizado; ó bien entraban en la carrera de los empleos, tambien en estremo numerosa, y en los cuales el mérito, la habilidad ó la flexibilidad podian elevar hasta la categoria de ilustre. Este enjambre que pululaba en los tribunales ó se arrastraba en la corte ó penetraba en el interior del hogar doméstico para atizar allí disputas y traficar con pérdidas, vino á ser una nueva plaga para el imperio y degradó la noble jurisprudencia hasta el estremo de convertirla en un oficio de cobardes.

Rentas.—Consistian las rentas públicas (45) en el producto de los dominios del imperio, en contribuciones directas é indirectas y en productos eventuales. Ya hemos hecho mencion de las propiedades del fisco (pág. 381).

El patrimonio de cada particular estaba exactamente descrito en registros especiales con la medida de las tierras, el número de esclavos y de bestias, segun la declaracion juramentada del propietario; en este punto se consideraba como sacrilegio y delito de lesa magestad el fraude (46). Estimábanse las buenas tierras en compensacion de las malas, y adoptando el término medio se venia á parar en un precio igual por cada fanega; método vicioso que era preciso modificar á cada cambio de propietario, ó que dejaba subsistir un recargo injusto. Aprovechándose de esto los ricos vendian los terrenos baldios, y compraban fértiles campos; y de aquí las reclamaciones contínuas, las comprobaciones y las reparaciones (47).

Un decreto (*indictio*) del príncipe determinaba todos los años la cantidad y calidad de los impuestos y si no bastaban para la necesidad, se imponia

---

(45) *Finis*, en la baja latinidad, queria decir pago, como τέλος en griego y *Ziel* en aleman. De aquí proviene la palabra *hacienda*, para espresar el arte de procurarse dinero por medios buenos y escogidos. La palabra *talla* trae su orígen de la señal ó marca que hacian el exactor y el perito para indicar los pagos verificados, en un pedazo de madera divido en dos partes, donde aparecia la suma espresada.

(46) *Si quis sacrilega vitem falce succiderit, aut feracium ramorum fœtus hebetaverit quo declinet fidem censuum et mentiatur callide paupertatis ingenium, mox detectus, capitale subibit exitium, et bona ejus in fisci jura migrabunt.* Cod. Teod., XVIII, 11, l. I. Segun parece, se revisaba el catastro cada quince años.

(47) Cod. Teod., X, 17 l. 31 *de trib. et annona;* 3, l. 8, *de censit.*; 2 l. 31, *de indulg. debit.*

una *superindiccion*. De modo que en los acontecimientos estraordinarios podian suplirlo hasta los prefectos del pretorio, á los cuales estaban confiadas las rentas, teniendo bajo sus órdenes á los vicarios, á los regidores de las provincias y á los condes de las sagradas liberalidades. Los tributos se repartian en el mismo lugar del poder, vigilando el presidente de la provincia é interviniendo los defensores de la ciudad.

Se pagaba la mayor parte del impuesto en plata y hasta en oro; lo demás en géneros segun la naturaleza del terreno, espedidos á espensas de los contribuyentes á los almacenes públicos, desde donde se distribuian á la corte, al ejército, á la plebe de Roma y de Constantinopla.

Medítese en el inmenso número de individuos que debian ocuparse en la descripcion de los patrimonios, en determinar las cuotas, en recaudar y apremiar el pago, luego en distribuir á los soldados y á los empleados civiles las raciones señaladas á cada uno. Si las funciones de los agentes de hacienda son generalmente miradas de reojo, debian ser verdaderamente odiosas entonces, ejerciéndolas con tanta arbitrariedad y de la manera más apropósito para esquilmar al pueblo con recargos y con numerosas anticipaciones. Por eso la parte más odiosa fué atribuida al decurionato. ¿A cuantos abusos no habia de dar margen semejante método de recaudacion en un imperio tan vasto y bajo un gobierno absoluto? Siendo relativa al impuesto una notable parte del Código Teodosiano, revela á que estremo habian llegado la miseria de los pueblos y la codicia de los gobernantes.

Al aumentar con Diocleciano el fausto del Imperio, crecieron los impuestos del pueblo. Ese inmenso desarrollo dado á la administracion requeria inmensos gastos y mayores todavia el tener á sueldo á los bárbaros y á veces pagarles un tributo.

Enséñanos la historia que la ciudad de los eduos comprendia treinta y dos mil capitaciones ó cuotas de contribuciones; lo cual haria ascender proporcionalmente á un millon quinientas treinta y seis mil las cuotas prediales de la Francia moderna. Por otra parte sabemos que cuando Juliano el Apóstata gobernaba las Galias, halló que el impuesto se elevaba á 25 monedas de oro por capitacion (48), y la disminuyó hasta siete. Calculando la primera suma en 355 pesetas, y la segunda en 99 y 40 céntimos, esto nos daria sobre la Francia actual un impuesto directo de 345.280,000 pesetas, que en un tiempo de prosperidad estraordinaria fueron reducidos á 152.678,000 pesetas. Escedian, pues, las contribuciones directas á las de ahora, y sin embargo, ¡cuán exhorbitantes eran los impuestos indirectos! ¡Cuánto no se ha extendido actualmente el cultivo! Ya no es deshonroso el comercio, ni le ponen trabas los monopolios del gobierno que pesaban entonces sobre todas las manufacturas.

Bajo Galerio ofrecia el pago del censo, al decir de Lactancio, la imágen de la guerra y de la servidumbre «Se vendian las tierras, se contaban las cepas y los árboles, se registraban los animales de toda especie, el nombre de todos los ciudadanos sin distincion entre los habitantes de las aldeas y los de las ciudades. Cada cual acudia con sus hijos y sus esclavos, y el látigo hácia su oficio. A fuerza de suplicios se obligaba á los hijos á deponer contra sus padres, á los esclavos contra sus amos, á las mujeres contra sus maridos. A falta de pruebas, se ponia en el tormento á padres, maridos, amos para obligarles á declarar contra sí propios; y cuando el dolor les arrancaba alguna declaracion se tenia por verdadera; ni la edad, ni las enfermedades servian de escusa. Hacian los recaudadores que se les presentaran los ancianos enfermos y achacosos, y determinaban la edad de cada cual añadiendo años á los niños y quitándoles á los viejos; porque se pagaba un tanto por cabeza y habia necesidad de comprar la facultad de respirar á costa de dinero... Durante esta operacion perecian los animales, morian los hombres, se tasaba lo que ya no existia, de manera que no se podia vivir ni morir gratuitamente. ¡Dichosos los mendigos que estaban libres de semejantes violencias! Pero compadeciéndose de ellos Galerio, hizo que los embarcaran con órden de que cuando estuvieran en el mar se les arrojara al agua. ¡Admirable espediente para destruir la mendicidad en el imperio, hacer morir a una porcion de mendigos para que nadie se libertara del censo so pretesto de pobreza!»

No era menos onerosa que la capitacion la *colacion lustral* exigida á los comerciantes cada quinquenio. «Por el tiempo en que se aproxima el vencimiento de este impuesto (decia ante el emperador el mismo Libanio) se aumenta el número de esclavos, y los padres venden á sus hijos, no para guardarse el producto, sino para entregárselo á los exactores.» Zósimo se esplica de este modo: «Cuando llega el tiempo de la colacion lustral, todo es en la ciudad sollozos y lastimeros gemidos. Se vé abrumados de golpes á aquellos á quienes su pobreza impide aprontar sus correspondientes cuotas, sometiéndoles á toda clase de malos tratamientos. Venden las madres sus hijos, conducen los padres al lupanar sus hijas, para proporcionarse el medio de satisfacer á los colectores (49).» Constantino prohibió estos tormentos á los cuales sustituyó un encarcelamiento humano. Debian los herederos

(48) Se ha considerado esta enorme suma como superior á toda creencia por aquellos que, como Gibbon, han entendido *caput* en el sentido de una persona. El pasaje de Amiano es terminante: *Quid profuerit (Julianus) anhelantibus estrema penuria Gallis hinc maxime claret, quod primitus partes eas ingressus, pro capittibus singulis, tributi nonime, vicenos quinos aureos reperit flagitari; discendens vero, septenos tantum munera universa complentes.* XVI, 5.

(49) Libanio, *Oratio cont. Flor.* Zósimo, l. II, 24.

pagar al fisco la deuda del difunto, ó renunciar á la sucesion (50).

Pero hay más todavia; los contribuyentes se hallaban tambien sujetos á una infinidad de prestaciones personales, por ejemplo, á cocer el pan, la cal, á transportar los géneros á los almacenes, al ejército, á suministrar caballos para el servicio de correos. Los senadores y los nobles de las provincias pagaban un tributo especial (*follis*) sobre sus rentas, y una cuota cada vez que eran promovidos á un empleo (51).

Consistiendo frecuentemente en coronas de oro los donativos voluntarios de las ciudades á los triunfadores y á los que habian merecido bien de la patria, fueron considerados en breve como un deber respecto del príncipe cuando ascendia al trono, cuando se casaba, tenia hijos ó se decretaba un triunfo. Sustituian los senadores á este *oro coronario* una ofrenda que ascendia á mil seiscientas libras de oro (52). Todos los decuriones estaban especialmente obligados á ella (53).

Contribuciones indirectas. — Habia además derechos de entrada y de salida, de tránsitos, de consumo; quizá habia necesidad de pagarlos á la entrada de cada diócesis, pues estaban arrendados á diferentes compañias de publicanos, lo cual producia cuantiosos gastos y no menos vejaciones. Hallábase especialmente sujeta la Italia al derecho de arbitrios de la vigésimaquinta y de la centésima parte, ó como diríamos ahora del cuatro y del uno por ciento; pero en tiempo de Constantino se estendió á todo el imperio y á toda clase de mercancias (54). Marciano, jurisconsulto del siglo III, enumera como sujetas á los derechos, veinte y dos clases de aromas, cuatro de piedras finas, siete de telas, cuatro de fieras, tres de materias colorantes, sin hablar de las peleterias de Babilonia y de Partia, de los sombreros de la India, de los eunucos y de otros artículos de comercio (55). Se pagaba por todo lo que se llevaba en un viaje y luego para la reparacion de los caminos; lo cual hacia que en todas partes hubiera guardas y cobradores, cuyas concusiones apenas podian refrenar los amenazantes rigores de las leyes.

Hacian los exactores que todo fuera de mal en peor, y Valentiniano nos da testimonio de su tiránica conducta. «Apenas llega el exactor á la provincia trémula de espanto, cuando rodeado de artífices de calumnias, y envanecido en medio de obsequiosas vilezas, reclama el apoyo de las autoridades provinciales. A veces se agrega además las escuelas, á fin de que, multiplicando el número de hombres y de dependientes, esté en aptitud de imponer por el terror violentas exacciones en cuanto plazca á su codicia. Empieza por poner de manifiesto y circular terribles mandamientos, apoyados en diferentes y numerosos decretos; presenta un mamotreto de minuciosos cálculos, embrollados con una oscuridad impenetrable, que en los hombres ignorantes de estos enredos hacen tanto más efecto cuanto menos se entienden. Reclaman los recibos que ha destruido el tiempo, ó que ha descuidado conservar la sencillez y confianza del que los ha solventado. Si se han perdido es para ellos una ocasion de rapiña; si existen, hay que pagar á fin de que sean valederos, de tal manera, que ante este juez inícuo el título que ha perecido es dañoso, y el que se ha conservado de nada sirve. De aquí provienen males sin cuento, un duro encarcelamiento, úna cruel tortura, y todos los tormentos por la crueldad del exactor preparados. El palatino, cómplice de estos robos, exhorta; apremian los turbulentos guardas; la implacable ejecucion militar amenaza; no hay justicia de pruebas ni compasion para poner coto á aquellas iniquidades, de que no están más á cubierto los ciudadanos que los enemigos (56).

Industria.—Ocioso es repetir que tales vejaciones arruinaban la agricultura hasta el punto de abandonar muchos propietarios sus campos para sustraerse al pago del impuesto. Si á la sazon era menos infamante la industria que en tiempo de los orgullosos republicanos, tenia que habérselas con estas tiránicas trabas (57). Desde el tiempo de Numa habia nueve gremios de oficios, más bien como objeto de lujo, que para satisfacer necesidades efectivas: aumentóse este número bajo el imperio, hasta el punto de enumerar Constantino treinta y cinco (58). Exentos los individuos de estos gremios de servicios personales, se les escluia hasta de las legiones, y hallaban proteccion en el patronato que se habian elegido; pero como los

---

(50) Cod. Teod., XII *de exact.*; XIII, *de indict.*, etc.

(51) Nazario, *Paneg. vet.*, X, 35. Zósimo, lib. II, 38.

(52) *Oblatio auri.* Simmaco, *Ep.* X, 26.

(53) *Universi quos senatorii nominis dignitas non tuetur, ad aurii coronarii præstationem vocentur... Nullus, exceptis curialibus, quos pro substantia sui aurum coronarium offerre convenit, ad oblationem hanc adtineatur.* Código Teod., XII, 13, l. 2, 3.

(54) Esto resulta de la siguiente ley del Código Justiniano. «Los provinciales no pagarán por las cosas que introduzcan para su propio uso, ó para el fisco ó para su oficio, ó para las necesidades de la agricultura. Sujetamos al impuesto á todas las personas que no se encuentran en los susodichos casos ó sirvan para el tráfico.» Lib. IV, t. 60, l. 5.

(55) *Digesto*, XXXIX, 4, l. 16.

(56) *Nov. Valentin.*, VII.

(57) Véase el lib. VI, cap. XV.

(58) Fundidores de metales, herreros, forjadores, plomeros, broncistas, plateros, aurífices, joyeros, doradores, vidrieros, espejeros, curtidores, tintoreros de purpura, tejedores de telas adamascadas, de otras telas labradas, batanеros, albañiles, canteros, trabajadores de mármol, mosaico y marfil, terraplenistas, modeladores, carniceros, ebanistas, los que adornaban las techumbres, carpinteros, alfareros, ingenieros hidráulicos, pintores, arquitectos, cinceladores, escultores, médicos, veterinarios.» *Código Teodosiano*, XIII, 4, l. 2.

que estaban agregados á ellos adquirian el privilegio de ejercer su industria con esclusion de todos los demás y tenian un síndico, estatutos y propiedades, estaban obligados en cambio á ciertos servicios al Estado. Así en Roma debian apagar los incendios (59); en Alejandria, limpiar el cauce del Nilo (60); en Cartago, suministrar varias materias en bruto para las construcciones imperiales (61). Ciertos *naviculares* tenian el deber de trasladar los víveres destinados al ejército á lo largo de los rios (62), *bastagarios* á conducir por la via de tierra los ingresos del fisco (63), etc. Todos estos eran, pues, considerados como apegados al terreno de la ciudad con sus hijos y sus haberes; si se alejaban de allí se les espulsaba como desertores (64), y no podian eximirse de sus obligaciones, ni aun por rescripto imperial á no hacerse soldados ó sacerdotes (65). Los gremios eran responsables de las cuotas que se les asignaba, por lo cual cuando los emperadores no encontraban dinero en otra parte acudian á ellos. Una proteccion insensata arrastraba de consiguiente á la más ruda servidumbre; y para salvarse de ella, llegaban, aquellos sobre quienes pesaba, á hacerse siervos del terruño (66).

Como si esto no hubiera bastado á dar el golpe de gracia á la industria se hacian los emperadores manufactureros, y su comercio producia la ruina de las demás fábricas. Cuando vieron que el dinero era indispensable para apuntalar el decadente imperio, se pusieron á fabricar por economia todo lo que era necesario para su propio uso, para las distribuciones á los cortesanos y ejército y aun para el tráfico. Alejandro Severo hacia tejer y teñir telas de púrpura y enviaba al mercado las más finas y brillantes (67). Constantino vendia vestiduras, telas de lino, peleterias por cuenta del fisco (68). Constancio tenia talleres para el tejido de la lana, de la seda y del lino (69). Avanzando más Valentiniano I, prohibió del modo más erróneo á los particulares fabricar sederias, tejer telas de hilo de oro ó de otras clases (70). Graciano y Teodosio castigaron con la muerte y la confiscacion á los que teñian ó vendian púrpura, ó compraban seda á los bárbaros (71), reservándose el monopolio el emperador, á quien debian comprar tambien los soldados sus trajes (72).

No parecerá inútil estractar de las leyes y de la *Noticia* la indicacion de las fábricas establecidas en nuestro Occidente. Habia en Italia tres establecimientos para el tinte de la púrpura; en Tarento, en Siracusa, y en Venecia; una en Salona; dos en las Galias, en Narbona y en Tolon; una en las islas Baleares, muchas en África (73), donde probablemente se pescaba la concha que suministraba aquel color. Trabajaban quince fábricas de paños en Salona, en Espalato y en Sirmio; en Italia, en Roma, en Milan, en Aquilea, en Canosa y en Venosa; en África, en Cartago; en las Galias, en Arlés, en Lion, en Reims, en Augustoduno, y en Tréveris. Habia una en la Bretaña; solamente dos hacian la tela de lino, una en Ravena y otra en Vienne de la Galia (74). Tenian por obreros á innumerables esclavos, encadenados á perpetuidad, así como sus hijos, á esta clase de trabajos, á fin de que no llevaran á otra parte aquella industria. Todo el que ocultaba á uno de aquellos esclavos incurria en la multa de tres á cinco libras de oro, y caia en la misma condicion todo el que contraia matrimonio con esclavas (75).

En los dos imperios trabajaban treinta y cuatro fábricas de armas; el de Oriente tenia nueve en Asia; una en Damasco, dos en Antioquia y Nicomedia, una en Edesa, Irenópolis, Cesarea de Capadocia, Sardis: seis en Europa, en Marcianópolis, Adrianópolis, Tesalónica, Naiso, Ratiaria, Horreomago. El de Occidente contaba diez y nueve, en Sirmio, Acinco de la Panonia, Carnunto, Lauriaco, Salona, Concordia, Mantua, Verona, Pavia, Cremona, Luca, Matiscona, Augustoduno, Reims, Ambiano, dos en Tréveris, Argentorato y Soissons (76). Eran los armeros de condicion libre; pero una vez inscritos en el gremio debian permanecer allí con sus hijos durante cierto número de años, y marcados en el brazo para ser reconocidos (77). En lo interior vendian las armas; pero no era lícito su uso (78).

Atraia á sí el fisco las minas, las salinas, los criaderos de yeso, de asperones, de mármoles, y aun canteras; y las alquilaban á los particulares. Esplotábanlas los mismos condenados ó esclavos con sus hijos; sucedia lo propio con los monederos que eran tambien esclavos (79). Seis casas de moneda trabajaban activamente en el imperio de Occidente, en Sicia de Iliria, en Aquilea, en Roma, en Lion, en Arlés y en Tréveris (80).

---

(59) PLINIO, *Epistola* X, 42.
(60) *Cod. Teod.*, XIV, 27,
(61) Idem, XI, 1.
(62) *Cod. Teod.*, XIII, 5; XXX, 9.
(63) Idem, X, 4.
(64) *Nov. Major.*, tít. I; y *Cod. Teod.*, XIV, 7.
(65) Idem 7, 20, *Nov. Valent.*, 12. *Cod. Teodosiano*, XIV, 1.
(66) Idem, XII, 19.
(67) LAMPRIDIO, en la *Vida* de este emperador, c. 9.
(68) *Cod. Just.*, X, 47.
(69) *Cod. Teod.*, X, 20.
(70) Idem, X, 21.
(71) *Cod. Just.*, IV, 40, XI, 8.
(72) *Cod. Teod.*, V, 6.
(73) *Notitia dign. per Occ.*, cap. 38.
(74) Idem, cap. 37.
(75) *Cod. Teod.*, X, 20.
(76) *Notitia dign. per Orient*, cap. 67 y siguientes, *per Occident*, cap. 30 y siguientes.
(77) *Cod. Teod.*, X, 21.
(78) *Cod. Justin.*, IV, 41.
(79) *Cod. Teod.*, X, 19, l. 3, 4, 6, 7, 9, 10, 12, 20.
(80) *Not. dign. per Occ.*, cap. 36.

Tan inmenso número de trabajos confiados á esclavos disminuian los recursos de la poblacion libre que no se podia ganar la vida; y no costando los obreros que los ejecutaban más que la manutencion, eran ofrecidos los productos á precios cuya competencia no podian sostener los particulares.

Comercio.—No se hallaba, pues, el comercio más floreciente que lo hemos visto en el precedente siglo; y si se ocuparon de él las leyes, fué para perjudicarle con medidas mezquinas y avaras. ¡Cuando se aproximaron los bárbaros y se aficionaron al refinamiento de la civilizacion hubieran podido los romanos recuperar parte del oro que estos les arrebataban ó recibian por via de tributo ó á título de sueldo, abriendo mercados en las fronteras. Pero á fin de no estimularles poniéndoles de manifiesto las riquezas del país fué limitado este comercio; y sin hablar de las armas se prohibió, so pena de confiscacion y de destierro, vender á los bárbaros ó á sus embajadores hierro en bruto ó trabajado, así como piedras de afilar, y enseñarles la construccion naval, ó suministrarles la madera necesaria para el efecto; tambien fué vedado darles vino, aceite, caviar, sal y trigo (81); y luego el temor hizo que fueran escluidos rigurosamente los mercaderes bárbaros y persas; solo se les admitió en algunas ciudades determinadas (82).

Así se halló esterminado el comercio en toda la longitud de la frontera del Rhin y del Danubio. Sosteníase hácia el lado de Oriente por la necesidad siempre creciente de las drogas y de los tejidos, que cada vez que la guerra interceptaba las vias más directas de Armenia y de la Mesopotamia, eran dirigidos á Constantinopla por el mar Negro. Para la observancia de todas estas prohibiciones se instituyeron condes del comercio en Egipto, en Oriente, en Escitia, en el Ponto, en la Mesia, en la Iliria y en otros puntos (83).

Si se considera que en Roma se habia agotado la principal fuente de su riqueza, la conquista, se concebirá fácilmente que se fuera empobreciendo cada dia más. En tiempo de los Antoninos la escasez de numerario empezó á dejarse sentir, viéndose en la precision, el primero de ellos, de vender hasta las insignias imperiales para subvenir á las públicas necesidades. Marco Aurelio hizo por dos veces almoneda de los vasos de oro y de los objetos preciosos de su palacio. Didio Juliano falsificó la moneda, viéndose quizá obligado á esto por la necesidad en que se hallaba de pagar la enorme cantidad con la cual habia comprado algunos dias de imperio. Las monedas de oro de los emperadores eran de muy buena ley, hasta el punto de contener apenas $^1/_{788}$ de liga; y se conservaron siempre así, al paso que las de plata sufrieron alteraciones. Caracalla las mezcló con una mitad de cobre y Alejandro Severo con dos tercios de lo mismo. Máximo convirtió en numerario los metales preciosos de los templos y de los sitios públicos, y hasta las estátuas de los dioses y de los héroes. Bajo la dominacion de Filipo no existia más moneda de plata que la que habia sido acuñada en tiempo de los Antoninos. Desde Galieno hasta Diocleciano no corrian más monedas que las de cobre cubiertas de estaño. La insolencia de los monederos falsos llegó hasta el estremo de escitar una sedicion contra Aureliano (84), pereciendo siete mil soldados antes de que fuera apaciguada. Después de él se vió circular de nuevo la plata, sin duda á causa de la enorme cantidad encontrada en el saqueo de Palmira; pero en breve se agotó este recurso. Constantino habia fijado en el año 325 el valor de la libra de oro en ochenta y cuatro *solidi*. Cuarenta y dos años más tarde la ponia Valentiniano en setenta y dos, lo cual la aumentaba una sétima parte; y cuando su proporcion con la plata en tiempo de Vespasiano era de un décimo, varió bajo Constantino de una duodécima á una décima cuarta parte.

Teodosio decidió que los soldados situados en la frontera de la Iliria recibieran dinero en vez de raciones, y que ochenta libras de carne de cerdo se tasaran en un sueldo de oro, lo mismo que doce modios de sal y ochenta libras de aceite. Podia equivaler el sueldo de oro á catorce pesetas y ochenta y un céntimos. Así una libra métrica de carne se pagaba en cincuenta y siete céntimos, y la mina de sal en una peseta y trece céntimos: tanto se habia aumentado el precio del dinero desde el tiempo de Diocleciano.

De consiguiente hubo de aumentarse el interés del dinero; nueva plaga para el Estado y gran señal de desórden. Ya en tiempo de la república hemos visto empleados los capitales en enorme usura; pero sin tomar en cuenta los abusos, la ley fijaba en tiempo de Augusto el interés á cuatro por ciento, á seis en tiempo de Tiberio, y después en tiempo de Alejandro Severo á doce. Este último lo redujo de nuevo y repentinamente a cuatro; medida mal entendida que hizo esconder el oro y multiplicar en secreto los préstamos usurarios, de tal manera que Constantino creyó obtener un gran resultado reduciéndolo á doce (85).

La ignorancia de los principios que regulan la riqueza, hizo que se prohibiera hasta la esportacion

---

(81) *Cod. Teod.*, IX, 40; *Cod. Just.*, IV, 4 1. *Dig.* XXIX, 4.

(82) *Cod. Just.*, IV, 63.

(83) *Not. dign. per Or.*, cap. 75; *per Occ.*, cap. 40.

(84) Vopisco, in *Aurel*, cap. 38.

(85) En tiempo de San Gerónimo era mucho peor todavia: «Es costumbre en el campo exigir un interés por el trigo, por el vino, el aceite y demás comestibles. Se dan, por ejemplo, diez modios en invierno para recibir quince en tiempo de la cosecha, es decir, una mitad más; y se considera por muy equitativo que haya quien se contente con la cuarta parte.»

del oro; y trabajo cuesta creer que no hubo artificio que no se empleara para arrebatarlo á los extranjeros (86).

Cuando escaseó el dinero la asignacion de los magistrados y sueldo del ejército fueron determinados en especie (87), valiéndose de los tributos que tambien en especie pagaban las provincias; y como no se podia disminuir sin peligro el sueldo de las legiones, que se habia aumentado considerablemente, se recurrió á auxiliares bárbaros, que se contentaban con pan, tocino, vino, aceite y poco dinero.

De consiguiente no bastaba que un sistema rentístico ominoso arruinara la industria y la agricultura, se necesitaba además que abriera el pais á los bárbaros cuya dominacion debia sufrir muy en breve.

---

(86) Cod. Justin., IV. *De comm. et mercet,* lib. 2. *Solum barbaris aurum minime præbeatur, sed etiam, si apud eos inventum fuerit, subtili auferatur ingenio.*

(87) Véase como fija Valeriano la asignacion de Aureliano, tribuno de las legiones, escribiendo á Sejonio Albiniano, prefecto de la ciudad *(Hist. Augus.): Sinceritas tua supradicto viro efficiet, quamdiu Romæ fuerit, panes militares mundos sexdecim, panes militares castrenses quadraginta, olei sextarium unum, et item olei secundi sextarium unum, porcellum dimidium, gallinaceos duos, porcinæ pondo triginta, bubulæ pondo quadraginta, liquaminis sextarium, salis sextarium unum, herbarum, olerum quantum satis est.* Y á Probo: *In salario diurno bubulæ pondo, porcinæ pondo sex, caprinæ pondo decem, gallinaceum per biduum, vini veteris diurnos sextarios decem, cum larido bubalino, salis, olerum, lignorum, quantum satis est.*

CAPÍTULO VI

HIJOS DE CONSTANTINO.—SAN ATANASIO.

Constantino habia repartido el imperio entre sus tres hijos y dos de sus sobrinos (pág. 365). Pero cualquiera que fuese el pretesto y el móvil de esta distribucion, ni el pueblo, ni los soldados quisieron reconocer por soberanos más que á sus hijos: se amotinaron y dieron muerte á Dalmacio y á Anibaliano, con otros cinco sobrinos y á dos hermanos del emperador difunto, el patricio Optato, su cuñado, y el prefecto Ablavio, encargado de la tutela de los príncipes menores. Costancio, Galo y Juliano, hijos de Julio, solo se libertaron de aquella matanza que fué imputada á Constancio II, pero ¿á qué habia de desembarazarse de parientes más lejanos perdonando á sus dos hermanos, con quienes debia dividir el trono?

Imperio dividido.— Estos príncipes se repartieron, pues, el imperio: Constancio II, tuvo el Asia, Egipto, la Tracia, y por capital á Constantinopla: Constante, la Italia, la Iliria Occidental y el Africa: Constantino II las Galias, la España y la Bretaña: apenas tenia entonces el primero veinte y un años, el segundo veinte, y el más jóven diez y siete.

Guerra en Persia, 310-380.—Ormuz II, hijo de aquel Narses, que habia sido vencido por Galerio (pág. 229), muriendo sin hijos, dejó la Persia como presa de la ambicion de los príncipes Sasánidas; pero los magos declararon que la reina viuda estaba en cinta, y la regia banda fué ceñida á su vientre. Rey Sapor II, antes de que naciera, fué educado en el harem sin caer en la molicie, y apenas llegado á la edad viril rechazó á los árabes que habian inquietado su infancia. Pero tenia empeño en vengar las derrotas sufridas por sus padres lidiando contra los romanos y en quitarles cinco provincias más allá del Tigris. El peso de los impuestos, los abusos de los magistrados, el cambio de capital y de religion, doble ofensa á la nacionalidad, habian producido muchos descontentos en el imperio, quienes levantaron la cabeza tan luego como no pesó sobre ellos la robusta mano que les oprimia; y sus sublevaciones facilitaron á Sapor la ocupacion de muchas plazas fuertes en la Mesopotamia

Constancio habia corrido al ejército para restablecer la disciplina, relajada en las turbulencias precendetes; pero aun cuando habia aprendido á las órdenes de su padre el oficio de las armas, sabia poco de mando, y no alcanzó ninguna señalada victoria. Sostuvo durante su vida la guerra con la Persia, empleando en ella ausiliares godos y veloces árabes, cuyos compatriotas militaban en las filas enemigas.

Nueve batallas regulares no proporcionaron ninguna ventaja á los romanos: en la de Singara habian tomado el campamento atrincherado, donde hicieron prisionero al hijo del rey, que fué puesto en el tormento y condenado á muerte (348). Pero habian avanzado tanto los soldados contra la órden espresa de Constancio, que Sapor volvió á la carga, y los derrotó haciendo una horrible carniceria.

Ya habia asediado este príncipe dos veces á Nisibe, y la tenaz resistencia de los habitantes le habia obligado á emprender la retirada. Entonces se adelantó de nuevo contra ella al frente de las fuerzas reunidas de la Persia y de la India (350). Habiendo hecho afluir entorno las aguas del Migdonio, pudo atacar á los sitiados con una escuadra; lanzando, pues, violentamente sus naves contra las murallas, abrió una brecha é inundó la ciudad. Indomables los de Nisibe por amor á la patria, y por la creencia en que estaban de que Santiago de Edesa, su obispo, les secundaba con milagros, repelieron caballos y elefantes, matando á veinte mil sitiadores. Sapor hubo de renunciar otra vez á apoderarse de aquella ciudad heróica, con doble razon porque los masagetas talaban las provincias

orientales de su reino, lo cual le obligó á correr desde las riberas del Tigris á las del Oxo.

Guerra civil.—Era la ocasion más propicia de invadir la Persia y de abatir su orgullo; pero se lo estorbaron á Constancio discordias intestinas, obligándole á conceder el armisticio que se le pedia.

Muerte de Constantino.—No se hallaban contentos los hijos de Constantino de la parte que les habia tocado de su herencia. Constantino quiso que su hermano le cediera la Mauritania, y para decidirle á ello invadió la Italia; pero arrastrado por la fogosidad de su carácter cayó en una emboscada y fué muerto (9 de abril de 340). Constante ocupó los Estados del vencido, sin llamar á Constancio á tomar su parte: aunque su debilidad y sus costumbres desarregladas le enagenaban el afecto de sus súbditos, persiguió á los amigos de su difunto hermano, y escandalizó al pueblo con la aficion que manifestaba á los mancebos esclavos de Germania.

Muerte de Constante II.—Alentado por esta disposicion de los ánimos Flavio Magnencio, soldado bárbaro, concibió el audaz pensamiento de dar realce al nombre romano; y auxiliado por el valor de los jovianos y de los herculeos, (pág. 230) á quienes mandaba, y socorrido por el oro de Marcelino, conde de las liberalidades sagradas, hizo que le proclamaran emperador en Autun (27 de febrero de 350). Constante, que se hallaba de caza en aquel momento, se puso en fuga, si bien fué alcanzado y muerto. Todo el Occidente se declaró entonces por Magnencio. Pero Vetranion, antiguo general de las legiones de la Iliria, tan inculto que no sabia escribir siquiera, lo cual no le impedia tener un carácter probo é independiente, se dejó proclamar augusto por sus soldados, y coronar por Constantina, hermana de los emperadores y viuda de Anibaliano. Tambien se revistió la púrpura en Roma Popilio Nepociano, sobrino de Constantino, habiendo armado una tropa de esclavos y gladiadores; pero al cabo de veinte y ocho dias fué degollado por los enviados de Magnencio, quien ejercitó su crueldad contra sus adversarios, y su avaricia sobre el pueblo, esquilmándolo para mantenerse adictas las tropas.

Estos acontecimientos llamaron á Constancio desde las orillas del Tigris; se encaminó á Europa, y, sordo á las proposiciones de ambos usurpadores, les declaró enemistad y guerra. Supo diestramente inducir á una entrevista al irresoluto Vetranion, y viendo este que, vencidos todos sus oficiales por la elocuencia ó más bien por el oro de Contancio, se pasaban á sus filas, se arrojó él mismo á sus plantas, y obtuvo permiso para retirarse á Prusia, donde vivió desterrado, leal y tranquilo. Cuando supo posteriormente las dificultades en que Constancio se hallaba envuelto, le escribió de este modo: «Has errado en no decidirte tambien á saborear la felicidad del retiro que has sabido proporcionarme.»

Magnencio, dotado de un carácter más decidido, mandaba un ejército formidable, compuesto de galos, de españoles, de francos, de sajones, y de las mejores tropas de las provincias. Por largo tiempo estuvieron observándose los dos adversarios; por último se dieron una batalla en Mursa (*Eszek*) junto al Drave, y Constancio, que acreditó la piedad de un cristiano unida al valor de un héroe, alcanzó la victoria, si bien fué tan sangrienta, que se contó entre el número de los mayores reveses del imperio. Magnencio se retiró á Aquilea, donde le permitieron fortificarse el invierno y la lentitud del enemigo. Sublevándose en tanto por todas partes los italianos en favor del hijo de Constantino, hubo de huir nuevamente el usurpador más allá de los Alpes. Firme Constancio en no admitir ningun acomodo con Magnencio, al mismo tiempo que otorgaba su perdon á todos los demás, sometió el Africa y la España, por último las Galias, donde se levantaron gritos de muerte contra Magnencio, quien acabó por suicidarse en Lion (353).

Entonces empezaron las persecuciones contra los amigos y fautores del rebelde rivalizando los soldados amigos en celo con cierto juez llamado Pablo, á quien su habilidad para encadenar las acusaciones valió el sobrenombre de Catena (*cadena*); se estirparon las últimas raices de la rebelion, sin que Constancio se ocupara en suavizar su ferocidad.

Monarquia de Constancio II.—Hallóse, pues, reunido el imperio otra vez bajo la autoridad de uno solo, quien tomó los nombres de eterno y de soberano del universo. Sin embargo débil y tan incapaz de hacer el bien como de impedir el mal, se dejaba rodear de eunucos, que habian llegado á ser árbitros del nuevo imperio, como los pretorianos lo habian sido del antiguo. Dirigiendo á su antojo la voluntad de Constancio elevaban sus hechuras á los primeros puestos, acumulaban tesoros y estorbaban que llegaran las quejas á oidos del monarca, engañado por relaciones falsas acerca de la prosperidad general y de los aplausos de la muchedumbre.

Ya hemos dicho como se habian libertado de la matanza de la familia imperial dos jóvenes príncipes Galo y Juliano, el primero de edad de doce años y el segundo de seis. Fueron educados en la Jonia y en la Bitinia, después en la ciudadela de Macela, cerca de Cesarea, antiguo palacio de los reyes-sacerdotes de la Capadocia. Manteníales completamente separados de los negocios el recelo del emperador, y carecian de poder como de riquezas; pero cuando se dirigió á Occidente para lidiar contra los usurpadores, confirió á Galo el título de César, dándole la mano de Constantina, y le dejó en Antioquia encargado de la administracion de las cinco diócesis del Oriente. Pasando de súbito Galo de una cárcel al trono era totalmente ageno á la política, y no tenia más aptitud que voluntad para aplicarse á ella. Violento, irritado por los padecimientos, descortés, receloso, alentado hácia el mal

por su esposa, de cruelísimo carácter, llenó á Antioquia de terror y de muertes, ora con declaradas violencias, ora con inícuas persecuciones judiciales.

En virtud de las quejas dirigidas á Constancio y viendo que era para él un lugar-teniente sin utilidad ninguna, y podia convertirse en un rival peligroso, pensó en hacerle arrostrar las arriesgadas eventualidades de una guerra germánica. Se envió, pues, á Domiciano, prefecto de Oriente, y á Moncio, cuestor del palacio, á fin de determinarle voluntariamente á aquella empresa; pero le agriaron por el contrario hasta tal punto, que escitó una sublevacion popular, los hizo arrastrar encadenados por las calles de Antioquia y arrojar después al Oronte.

Constancio, que no estaba preparado para la guerra, disimuló su ira, disminuyendo, no obstante, sucesivamente las tropas de Galo; luego le invitó con un pensamiento siniestro á dirigirse á la corte imperial de Milan. Galo atravesó el Oriente con una fastuosa comitiva; pero apenas se halló fuera de los lugares donde se podia temer un levantamiento en favor suyo, fué detenido y encarcelado en Pola de Istria (354). Después de haber recibido el eunuco Eusebio, enemigo suyo y encargado de formarle el proceso, la declaracion de los crímenes cometidos en el curso de su administracion, así como de su tentativa de rebelion, le condenó á muerte.

Juliano, tratado como príncipe por su hermano, fué envuelto en su desgracia y conducido á Milan, donde aguardó por espacio de siete meses la suerte que veia tocar un dia y otro á cuantos habian tomado partido por Galo. Supo, no obstante, librarse del peligro á fuerza de disimulo; y enviado á Atenas á un honroso destierro, adoptó allí el traje y el método de vida de los filósofos á cuyos estudios se dedicaba hacia largo tiempo. Entre tanto Eusebia, mujer de Constancio, que le habia salvado del peligro que le amenazaba, se empleaba activamente en su obsequio; y en esas mil coyunturas que se presentan á toda mujer, ó que prepara hábilmente, procuraba restablecer el valimiento del jóven Juliano con su esposo, manifestando que las suaves virtudes de su protegido se acomolaban perfectamente al segundo puesto. Constancio temia por todas partes conspiraciones, y la multitud de aquellos á quienes sacrificaba á sus terrores, lejos de apaciguarlos, les daba todavia mayor consistencia. Al mismo tiempo muchas naciones bárbaras invadian la Galia; no habia contenido á los sármatas la barrera del Danubio; se habian adelantado los isaurios hasta Seleucia, á la cual ponian asedio; después de espirar la tregua volvia á esgrimir las armas el rey de Persia. Viendo entonces Constancio la imposibilidad de hacer frente por sí solo á la tormenta, concedió el título de César á Juliano, á quien casó con su hermana Elena (355), dándole el gobierno de los paises situados más allá de los Alpes. Los soldados, cuya aprobacion era ya suficiente, la dieron en Milan, golpeando con la rodilla sus escudos, llenos de esperanza en las virtudes del jóven príncipe, que cumplia á la sazon veinte y cinco años.

Impúsole por escrito el desconfiado emperador la regla de su conducta, fijando hasta el gasto de su mesa, cual hubiera podido hacerlo con un pupilo. No le fué permitido hacer las liberalidades de costumbre á los soldados y no las hizo tampoco el mismo. No contento con esto le rodeó de servidores y de cortesanos que, destinados en apariencia á obedecerle, coartaban la libertad de sus acciones, de sus palabras y hasta de sus pensamientos. Dejándole Constancio la custodia de Occidente se dirigió á Asia; pero quiso visitar primeramente á Roma, donde entró como triunfador y recibió los serviles homenajes de la antigua capital del mundo. En testimonio de su admiracion quiso contribuir á embellecerla, mandando levantar en el circo el obelisco egipcio que Constantino habia hecho quitar del templo de Heliópolis, y que se alza actualmente enmedio de la plaza de San Juan de Letran.

Marchó enseguida contra los cuados, que habian invadido las provincias de Iliria desguarnecidas de tropas desde la sangrienta batalla de Mursa, y los destrozó completamente, forzándoles á celebrar la paz. Supo además mostrarse generoso con ellos, induciendo á solicitar su amistad á muchas tribus. Prometió á los sármatas, que, como ya hemos dicho, habian sido espulsados por los limigantes, prestarles socorro contra éstos. Efectivamente, los atacó entre el Tibisco y el Danubio; y les obligó á pedir un acomodo, á pesar de hallarse cubiertos por los dos rios, por pantanos y por un valor á toda prueba. Permitiéndoles pasar el Danubio les dió audiencia en un llano, donde se alza actualmente la ciudad de Buda. En el momento en que desde lo alto de su trono desplegaba su escolástica facundia, uno de aquellos bárbaros tira por los aires su calzado lanzando el grito de *¡marha!* es decir, *desconfiad.* Al punto los demás se declararon en tumulto y acometen al emperador, quien con gran trabajo se apodera de un caballo y apela á la fuga. Vengaron el ultraje hecho al emperador el valor y la disciplina; fué esterminada esta horda, y así se restituyó á los sármatas su antiguo territorio.

En esto Sapor, el rey de reyes, el hermano del sol y de la luna, enviaba á decir á Constancio que, como sucesor de Dario Histaspes, podria exigir que se le restituyera todo lo que éste poseia de sus Estados hasta el Estrimón en Macedonia, si bien se contentaria con la Armenia y la Mesopotamia. Habiendo sido rechazada esta proposicion orgullosa, el rey de los persas á instigacion de Antonino, súbdito romano, oriundo de Siria, que habia obtenido su valimiemto y confianza, pasó el Tigris (359) con inmensas fuerzas. Proveyeron los romanos á la defensa de la Mesopotamia destruyendo allí los víveres, los forrajes, haciendo desertar las pobla-

ciones, haciendo peligrosos los vados é inundando las llanuras.

Toma de Amida.—Pero guiados los persas por Antonino y por los desertores, se remontaron hácia el nacimiento del Éufrates, y pusieron asedio á Amida. Esta ciudad acreditó en su resistencia un valor admirable, haciendo alarde los enemigos de tanta habilidad como denuedo en la prosecucion del sitio y en los asaltos: al cabo sucumbió, y fué la ciudad inundada de sangre.

No por eso habia dejado de perder Sapor debajo de aquellos muros treinta mil veteranos, la estacion más favorable y el primer ardor de las tropas; tornó, pues, á su capital después de un triunfo de que podia gloriarse muy poco. Otra vez salió á campaña por la primavera, y se apoderó de Singara y de Bezabde (360), haciendo prisioneras á cinco legiones romanas, que fueron enviadas en servidumbre á la estremidad de la Persia.

Juliano en las Galias.—Durante este tiempo repelia Juliano á los bárbaros de la Europa. Habia invitado el emperador á los francos y á los alemanes á pasar el Rhin y á ocupar todo el pais que pudieran someterse. Pero tan luego como se encontraron al otro lado del rio, se pusieron á devastar tanto las tierras enemigas como las del imperio. Cuarenta y cinco ciudades, entre cuyo número se contaban Tongres, Colonia, Tréveris, Worms, Espira, Estrasburgo, fueron reducidas á cenizas por aquellos pueblos, constantes en su antiguo ódio, contra los recintos murados, y cuyos campamentos á lo largo del Rhin, del Mosela y del Mosa, tenian solo troncos de árboles por trincheras. Estendieron sus conquistas á distancia de cuarenta millas al Occidente del Rhin, y sus devastaciones mucho más lejos, despoblando las campiñas y reduciendo á los que se habian refugiado en las plazas fuertes á vivir con lo poco que podian recoger en el recinto de sus murallas.

Juliano estaba llamado á medirse con aquellas hordas salvajes. Criado al principio en un disimulado cautiverio, luego en medio de las ociosas disputas de las escuelas y en el estudio de los libros, cuando se veia en la necesidad de entregarse á algun ejercicio militar, esclamaba: *¡Platon, Platon, qué ocupaciones para un filósofo!* y cuando cortándose la barba depuso el humilde manto para revestirse las insignias de césar, fué para los cortesanos de Constancio un espectáculo no menos risible que desusado. Pero la desgracia y la lectura le habian enseñado virtudes rarísimas entonces, la templanza, la continencia, la aficion al trabajo, el desprecio del lujo. Su traje no se diferenciaba del de los soldados: su lecho era una simple alfombra tendida en el suelo, y se levantaba á media noche para despachar negocios ó consagrar algunos momentos á sus estudios favoritos. Servíale la elocuencia que habia aprendido de los retóricos para calmar ó dirigir las pasiones de los soldados y las nociones de justicia que habia adquirido en las pláticas con los sofistas para desembrollar los asuntos contenciosos más complicados, aunque era poco versado en la jurisprudencia. Juntaba á estas cualidades el arte de escoger bien sus consejeros, y una confiada docilidad en seguir sus pareceres.

Sufrió el invierno riguroso de las Galias con la constancia de un veterano, y cuando llegó al campamento de Reims á través de numerosos peligros, animó el valor de las legiones, que se pusieron en marcha bajo sus órdenes con una confianza que tenia mucho de temeridad. Informados de su aproximacion los alemanes las sorprendieron y las pusieron en derrota; pero tomando nuevamente á poco los romanos la ofensiva, los repelieron hasta el Rhin enmedio del espectáculo desolador de arruinadas chozas y de taladas campiñas. En medio de esos reiterados encuentros con los alemanes, que, uniendo el valor nativo á la disciplina á que se habian habituado combatiendo en pro ó en contra de los romanos, habian llegado hasta á acometerlos en sus cuarteles, Juliano demostró que se podia manejar muy bien la espada con los dedos todavia manchados de tinta.

No le seguiremos paso á paso durante el curso de esta larga guerra, en que habiendo acabado Juliano por espulsar de las provincias del alto Rhin los alemanes, se dirigió contra los francos, cuyo denuedo todavia más formidable, les servia menos para hacer botin que para ejercitar la actividad natural que les arrastraba irremisiblemente á la guerra. Después de haberse defendido obstinadamente seiscientos de ellos en dos castillos á orillas del Mosa hubieron de rendirse prisioneros; y como hasta entonces habian preferido la muerte á la servidumbre, Constancio celebró con este motivo un gran triunfo, haciéndolos alistar entre sus guardias domésticas, enmedio de los cuales descollaban como torres entre edificios menores. Separando Juliano unos de otros sus diversos destacamentos con la rapidez de sus marchas, consiguió espulsarlos de las Galias después de una memorable victoria cerca de Estrasburgo (357). Hasta tres veces pasó el Rhin, y condujo las legiones romanas á destruir en guerra abierta las aldeas que habian construido los germanos á imitacion de los paises civilizados. Les dictó las condiciones de la paz, y sacó de aquellas comarcas veinte mil prisioneros que allí habian sido llevados. Por otra parte, sus lugartenientes reprimieron en la Bretaña á los pictos y á los caledonios, que en esta época se hallan designados por la vez primera con el nombre de escotos (1).

Entonces se dedicó á cicatrizar las llagas de la guerra, tornando á alzar las ciudades de la Galia, haciendo construir allí fuertes con los materiales

---

(1) Por Amiano Marcelino. Pero San Gerónimo en la *Ep. in Ctesiph.* cita un pasaje de Porfirio que traduce y se esplica de este modo: «Ni la Bretaña fértil en tiranos, ni las naciones escocesas, ni los bárbaros de aquellos alrededores, hasta el Océano han reconocido jamás á Moisés ni á los profetas.»

que los germanos se habian obligado á suministrarle, trabajando tanto las legiones como los auxiliares. Proporcionáronle los abetos de las Ardenas la madera necesaria para la construccion de seiscientas barcas, que envió á las islas y á las costas por grano con que alimentar los hambientos paises del Mediterráneo. Después en sus ocios del invierno deponiendo el carácter de capitan y revistiendose con el de magistrado, que le cuadraba mejor, juzgaba acerca de las diferencias ante él alegadas, hacia florecer nuevamente el comercio y la industria, y volvia á poner en uso las antiguas fiestas. Tornaban á ingresar los principales habitantes del pais en las curias; construyéronse baños, acueductos, anfiteatros: *Su querido Paris* (2) en donde establecia sus cuarteles de invierno, iba creciendo en importancia, y esta ciudad con su aspecto, con sus sencillas costumbres y el valor de sus habitantes, aunque manchada con la intemperancia, ofrecia al príncipe filósofo un vivo contraste con las costumbres afeminadas de las ciudades de Siria.

Juliano era mal secundado por Constancio, que avaro con los soldados del oro que prometia á los bárbaros de buen grado, exigia siempre los mismos impuestos de las provincias esquilmadas por la guerra. Juliano no podia hacer más que protestar y lastimarse de los males á que hubiese querido aplicar remedio. Entre tanto en la corte imperial los bufones, esta turba de todas épocas, ponian en ridículo al soldado filósofo, sus modales de mal tono, su manera estraña de vestirse, comparándole á un mono, á un topo, á un macho cabrio, y parodiando sus gustos literarios (3). Pero cuando sus victorias no permitieron ya las burlas, y cuando el título que se le habia dado de Victorino, demostró su mérito, mientras querian disminuirlo, las burlas, se cambiaron en envidias. Exageraron los cortesanos y los eunucos sus proezas, á fin de inducir á Constancio á temerle como á un rival perturbador de la paz pública. Eran llamados aquellos que manifestaban adhesion á Juliano: de este número era Salustio, general hábil y escelente hombre de consejo. Aun se hubiera procedido de peor manera si la emperatriz Eusebia no hubiera atenuado algo el efecto producido por las pérfidas sugestiones de los eunucos. Todo el mérito de las victorias alcanzadas por Juliano, y cuya noticia fué anunciada á las provincias con cartas coronadas, segun la costumbre del tiempo, fué atribuida al emperador, como se practica en las monarquias absolutas; ni aun siquiera se hizo mencion de Juliano, de lo cual debió sentirse ofendidísimo éste, por no contarse la humildad entre el número de sus virtudes.

Pareciendo que la tranquilidad se hallaba restablecida en las Galias, á la par que crecia el peligro en Oriente, Constancio tomó ocasion de esto para retirar á Juliano las tropas que le eran adictas por sus triunfos. Ordenó, pues, que los cuatro cuerpos de los celtas, de los petulantes, de los hérulos y de los bátavos, reunidos á los trescientos soldados más valientes de cada una de las legiones que quedaban todavia, se dirigieran á toda prisa á la frontera de Persia. Habíase enganchado un gran número de voluntarios en estos cuerpos bajo la condicion de no pasar nunca los Alpes, y el pensamiento de defender la gloria del nombre romano no era á propósito para conmover el corazon de los soldados bárbaros. Poseidos de afecto hácia Juliano, y mirando con disgusto una marcha larga y desastrosa, y una campaña en tierras desconocidas y contra enemigos nuevos *¿Qué nos importa* decian, *defender paises distantes y desconocidos, mientras dejamos sin proteccion nuestra patria, en que renovarán los germanos sus estragos de costumbre?* Hasta tal punto subieron las murmuraciones que Juliano titubeó en prestar obediencia temiendo tambien por su propia seguridad. Viendo, no obstante, que no podia retardarse más sin que se declarara en rebelion abierta, fingió conformarse con la órden recibida, y dispuso que se pusiera en marcha parte de las tropas designadas (360).

Rebelion de Juliano. — Pero mandó repartir subrepticiamente en las filas folletos, en que reproducia y exageraba cuanto en el órden imperial podia ofender á los soldados. Allí se ponian en oposicion sus virtudes con los vicios de Constancio, sobre quien se hacia recaer toda la odiosidad de la medida; á la par que el césar recogia todas las alabanzas por el esmero con que procuraba suavizarla en cuanto podia, suministrando á los soldados forzados á espatriarse, carros para trasportar á sus mujeres y á sus hijos. Juliano salió de Paris para salir á su encuentro, y llamando por su nombre á los más valientes, dirigió á todos consuelos y hábiles alabanzas. Dió banquetes á los oficiales manifestándoles la amistad de un camarada, y

---

(2) Τὴν τιλὴν Λευκέτιαν.—Se llama Lutecia la pequeña capital de los parisios, que ocupa un islote rodeado de muros, cuyo pié baña el rio. Se entra allí por dos lados á través de puentes de madera. Rara vez varia la altura del rio por efecto de las lluvias del invierno ó por las sequias del estio, y sus aguas son tan escelentes para beber como agradables á la vista. Seria difícil que tuviera otras hallándose situada la ciudad en una isla. No es allí riguroso el invierno, merced al Océano, que apenas dista novecientos estadios, y puede enviar allí sus exhalaciones propicias para templar el clima. Hay allí buenos viñedos y hasta higueras, mediante el cuidado que se tiene de cubrirlas con paja en el invierno y de ponerlas á cubierto del aire.» JULIANO, *Misopogon.*

(3) *Omnes qui plus poterant in palatio, adulandi professores jam docti, recte consulta, prospereque completa vertebant in deridiculum; talia sine modo strepentes insulse, in odium venit cum victoriis suis; capella non homo, ut hirsutum Julianum carpentes, appellantesque loquacem talpam, et purpuratam simiam, et litterionem græcum; et his congruentia plurima atque vernacula principi resonantes, audire hæc taliaque gestienti, virtutes ejus obruere verbis impudentibus conabantur, ut segnem incessentes, et timidum, et umbratilem, gestaque secus verbis comtioribus exornantem.* AMIANO MARCELINO, XVIII, 11, que como soldado fué testigo de la mayor parte de los hechos que narra.

el deseo de recompensarles así que pudiese; *pero*, añadia, *ahora os alejais de mí para obtener el insigne honor de servir á las órdenes del gran monarca romano*. En suma, les escitó de tal modo, que se pronunciaron en rebeldia; este era el único camino que les quedaba espedito para no abandonar la patria ni á su caudillo.

Proclamaron á Juliano augusto, y él para cohonestar su infidelidad con la escusa de la violencia se mantuvo encerrado cuanto le fué posible; y solo después de haber desechado por largo tiempo las súplicas y las amenazas, y, fingiendo verse reducido á escoger á pesar suyo entre la necesidad de morir como rebelde y la de reinar, optó por este último partido. Entonces fué levantado sobre el pavés en medio de universales aplausos.

Juliano en sus escritos jura por Júpiter, por el Sol, por Marte, por Minerva, por todos los dioses, que no tuvo la menor idea de la conjuracion; otros aseguran que permaneció sinceramente firme en su negativa hasta el momento en que agobiado de sueño, se le apareció el genio del imperio estrechándole con instancia á abrir su puerta y reconviniéndole por su falta de denuedo. Despertándose entonces se encomendó á Júpiter en lo íntimo de su corazon, y el dios le mandó por un manifiesto augurio resignarse á la voluntad de Dios y del ejército (4).

Cada cual creerá de esto lo que le parezca: el hecho es que distribuyó cinco monedas de oro y una libra de plata á los soldados autores de aquella violencia. Luego, una vez tirado el dado, hubo de poner por obra todos los medios para sostenerse; refrenar el ardor de los soldados, desbaratar los planes de sus enemigos, evitar la guerra civil ó hacer de modo que saliera vencedor de ella. Entre tanto escribió á Constancio tanto á su nombre como á nombre del ejército, pidiéndole con una respetuosa firmeza que le confirmara el título de augusto, y haciéndole comprender los motivos del resentimiento de las legiones. En el caso en que le cediera de buen grado las provincias situadas más allá de los Alpes le prometia mirarle como superior suyo, enviarle cada año cierto número de soldados, recibir de su autoridad el prefecto del pretorio y no llevar las cosas más lejos (5).

Sus despachos llegaron muy tarde á Cesarea en Capadocia, y el emperador respondió con una desdeñosa negativa, diciendo: *Si Juliano quiere volver á mi gracia renuncie al nombre y á la dignidad de Augusto, entregue el ejército á los oficiales enviados al efecto y abandónese á mi clemencia.*

El ejército, á quien no dejó de comunicar Juliano aquella orgullosa respuesta, le exhortó con un grito unánime á que conservara la categoria suprema. Aprestóse, pues, á la guerra, *confiando en los dioses inmortales.*

Constancio, que tenia empleadas todas sus fuerzas contra los persas vencedores, se vió obligado á solicitar á los bárbaros para invadir las provincias de Occidente. Estos habian esperimentado de nuevo el valor de Juliano, que habiendo reunido las numerosas bandas errantes desde la derrota de Magnencio, y organizando su ejército perfectamente, quiso prevenir todo movimiento hostil ocupando la Iliria, que proveyó de hombres y dinero. Recurre entonces á esas rápidas marchas que espantan á los más valientes y arrastran á los irresolutos; espide una columna á través de la Retia, otra á la Iliria; pasando el mismo la Selva Negra con un valor que el buen éxito absuelve de la censura de temeridad, se presenta delante de Sirmio. De dia en dia vé aumentarse sus fuerzas; porque la Iliria, la Italia, la Grecia le tributan sucesivamente homenaje: atraviesa entonces el monte Hemo y se adelanta sobre Adrianópolis. Pero como tenia la opinion en mucho, escribió á las diferentes ciudades para justificarse, afirmando siempre que solo obra por impulso de la divinidad.

Muerte de Constancio II.—Tan luego como la retirada de Sapor se lo consintiera, se dirigió Constancio á Europa, afectando despreciar la rebelion de su ingrato primo. Pero una lenta fiebre agotó sus fuerzas y exhaló el último suspiro (9 de noviembre de 361) en Mopsucrene al pié del Tauro, á la edad de cuarenta y cinco años y después de haber reinado veinte y cuatro. ¡Ya habia anunciado Apolo á Juliano esta muerte que evitó una guerra civil!

Constancio ha sido encomiado y denigrado hasta el esceso, como acontece en el ardor de las facciones. Acreditó veneracion hácia su padre, gratitud á todos los que le prestaron algunos servicios, grandes ó pequeños: construyó muchas iglesias y enriqueció otras: fué fiel á sus mujeres. Aguerrido en las fatigas militares dormia poco y comia con sobriedad; por último dió pruebas de valor personal, tanto durante la guerra sin descanso que hizo á los persas como en sus espediciones contra los bárbaros de Occidente. Sin embargo, se atribuia en su orgullo el mérito de todos los triunfos alcanzados por sus generales, en lo cual era secundado por los aduladores con que habia llenado su córte, únicos depositarios de su confianza, señal evidente de vanidad y de flaqueza. Merced á sus artificios todo el que tenia un mérito sólido fué perseguido ó temido. Se daban los gobiernos á costa de dinero, y se permitia al funcionario nombrado indemnizarse con los haberes de sus súbditos del sacrificio que habia hecho para conseguir

(4) *Carta á los atenienses*. Y en otro sitio: «El sol, á quien dirigia yo principalmente mis plegarias, y el gran Júpiter, saben que lejos de desear yo la muerte de Constancio, hacia votos por su conservacion. Solo me puse en marcha por obedecer á la voluntad de los dioses, que me anunciaban toda clase de prosperidad si iba adelante, y los mayores infortunios si me estaba quieto.»

(5) Amiano Marcelino dice que á estas condiciones añadia otra particular, tan injuriosa, que no merece ser mencionada en la historia.

el mando. Aquella turba de aduladores agriaba en gran manera su carácter, naturalmente receloso, haciéndole ver en todas partes conspiraciones, que castigaba con una crueldad ciega é implacable. En vez de procurar hacerse grato al pueblo permanecia siempre elevado, y parecia en público una estátua, sin hacer un movimiento ó un gesto que pudiese romper la fascinacion de la real magestad (6). Fundó una biblioteca en Constantinopla, y mandó erigir una estátua al retórico Temístio en recompensa de un panegírico; por lo demás aborrecia ó temia á los hombres de saber. Confundia á los filósofos con los magos, de tal manera que la jurisprudencia no era ya cultivada más que por los libertos. En punto á elocuencia, los discursos que ponen los historiadores en boca de Constancio, ya sean obra suya, ó no le pertenezcan realmente, atestiguan hasta que punto habia degenerado aquella.

Leyes.—Promulgó gran número de leyes de acuerdo con sus hermanos, y después solo en su nombre. Una de ellas castigó los pecados contra la naturaleza; otras los matrimonios incestuosos: muchas tuvieron por objeto vigorizar las instituciones municipales. Prohibió bajo pena de muerte sacrificar á los ídolos y adorarlos; consultar á los augures, á los magos, á los astrólogos, contra los cuales pronunció los más severos castigos, sobre todo contra los que turbaban los elementos, atentaban á la vida ó evocaban á los muertos. Prohibió asímismo á los soldados y los palatinos asistir á los juegos de los gladiadores (7).

Enemigo activo del paganismo, respetuoso para con el clero, hasta el punto de solicitar humildemente la bendicion de los obispos, de convidarles á su mesa, de eximirles de todo tributo y de las contribuciones comerciales, á ellos, sus hijos y esclavos (8), se le tacha no obstante con razon de haberse mezclado en las crueles disensiones de la Iglesia. Continuando la guerra entre los arrianos y católicos, procuraba el partido que habia sucumbido en Nicea, encontrar apoyo para la debilidad de su causa en los emperadores, al paso que ostentaban los ortodoxos su confianza en la verdad, haciendo frente á los mismos soberanos y disputándoles el derecho de resolver sobre todo aquello que es asunto de conciencia. Recelosos los príncipes del poder concedido á la Iglesia por Constantino, estaban más inclinados á sostener la faccion que les invocaba en su auxilio; Constancio persiguió á los obispos católicos, y sobre todo á Atanasio.

San Atanasio.—Puede asegurarse que la mejor doctrina estaba personificada en este gran hombre, cuya palabra contribuyó más al triunfo del cristianismo que todo el poder de Constantino; siendo tanto el celo que desplegó para sostenerlo, como el encarnizamiento que sus adversarios emplearon en contra suya. El mérito, medio seguro en tiempo de revoluciones y peligros, lo elevó con rapidez á la silla episcopal de Alejandria; y en el espacio de cuarenta y seis años que la ocupó, no desmayó nunca su ardor ante la herejia armada de sutilezas escolásticas y sostenida por el poder imperial. El era quien desde su destierro y desde el fondo del oscuro asilo donde estaba oculto, aunque rodeado de asechanzas, hacia temblar á sus enemigos. De pequeña estatura, aunque magestuosa, ostentaba en su semblante la tranquilidad de su alma; su elocuencia inculta pero vigorosa, estaba llena de brillantes rasgos y llegaba al fin con una rara precision. Dotado de un entendimiento recto y despejado, de sentimientos generosos y de un sereno valor, no hablaba por arrojo, sino á consecuencia de la reflexion, racionalmente y con una sencillez noble, haciéndose respetar por sus severas costumbres y amar por la afabilidad de su trato. Habíale instruido el estudio en las ciencias profanas y sagradas, la esperiencia, en el conocimiento de los negocios; habiéndole enseñado su adversidad á encontrar pronto recursos en las más desesperadas circunstancias. Sufrido en las fatigas, impávido en las contrariedades de la fortuna, y ante la autoridad de los poderosos, conociendo mucho á los hombres y lo que les hace obrar, siempre el mismo, ora en las soledades de la Tebaida, ora en los palacios de Constantinopla, supo resistir á los esfuerzos conjurados del mundo, y llevar en persona á casi todas las provincias del imperio, las pruebas de sus doctrinas y de su intachable celo.

Reuniéronse muchos concilios con el objeto de poner fin á las disensiones que afligian á la Iglesia, pronunciando de nuevo los padres en el de Antioquia una sentencia contra la herejia (339), pero no bien estuvieron lejos los obispos ortodoxos, cuando los que eran arrianos continuaron sus sesiones y condenaron á Atanasio, quien para apaciguar este furor y con el fin de ganar tiempo, recurrió á la fuga. Refugiado en Roma, centro de la verdadera fé, desde donde escribió á todos sus hermanos, denunciándoles las afrentas hechas á la Iglesia y á él mismo, comparándose en esto al levita de Efrain, quien envió á las doce tribus de Israel los sangrientos despojos de su ultrajada esposa.

En efecto, sostenidos los arrianos por la fuerza y por la muchedumbre de aquellos cuyo pensamiento sigue con docilidad el impulso de la fuerza, levantaban en todas partes la cabeza con orgullo, y se entregaban á toda clase de violencias. En Alejandria, en donde un intruso habia sustituido á Atanasio, depuesto por los disidentes de Antioquia, invadieron las iglesias profanando los vasos sagrados y las vírgenes del Señor, destruyendo los libros y los ornamentos y derramando sangre inocente. En Constantinopla eligen los arrianos obispo á Macedonio, y los católicos á Pablo. Quiere Constancio arrojar á este último, pero la multitud le de-

(6) Amiano Marcelino, XVI.
(7) Cod. Teod., *de maleficis., de gladiatoribus...*
(8) Cod. Teod., *de pag Ath.*

fiende; y viendo que le arrastran á la fuerza, rechaza á los soldados y hace una matanza. Entonces Constancio, á quien se aplacó con trabajo, redujo á la mitad los ochenta mil modios de trigo que diariamente se distribuian á los pobres.

Los mismos arrianos no estaban ligados por una misma opinion y aunque rechazaban toda la consustancialidad, ponian unos entre el Padre y el Hijo la distancia insuperable que existe entre el Criador y la criatura; y admitian otros que el poder de Dios habia logrado comunicar á su primogénito sus perfecciones infinitas; algunos de ellos los hacian semejantes en sustancia, no en naturaleza. Resultó de aquí que nacieron innumerables variedades en el tronco arriano, y que se inventaron cien nombres, sin que realmente hubiera diferencia en las cosas.

A la par que el génio griego ejercitaba su argucia en sutilísimas distinciones á que se prestaban su lenguaje y la antigua costumbre de las controversias filosóficas, los occidentales, por el contrario, cuyo idioma se adaptaba mal á las sutilezas, acreditaban en su buen sentido práctico y en su respeto al pontífice, poco afanoso fervor por ideas que repugnaban igualmente á la sumision del fiel y á la duda del filósofo; pero por estos motivos corrian riesgo de descarriarse, y se descarriaron efectivamente.

Viendo el papa diferentes fórmulas de fé propuestas en diferentes sínodos particulares, sin que hubiera concordancia alguna entre ellas, convocó un concilio en Sárdica, donde se reunieron los obispos de treinta y cinco provincias. Atanasio se presentó allí para desvanecer las calumnias dirigidas en contra suya. Poseidos de asombro sus adversarios y temiendo su fuerza recurrieron á chismes para no intervenir en nada: fué, pues, absuelto y se reprobó á los arrianos condenándose sus doctrinas. Pero no hubo reconciliacion ninguna y se notó más absoluta que nunca la division entre el Oriente y el Occidente; acabando los salmos allí por: *Gloria al Padre en el Hijo y en el Espíritu Santo*; á la par que se cantaba aquí: *Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo*; siendo por un lado execrado Atanasio y venerado por otro como santo. No obstante, en la disputa que enmedio de esta lucha se originó acerca del privado, fué un gran paso el establecer que la apelacion se llevase siempre á la iglesia de Roma (9).

Apenas habian ascendido al trono los tres hijos de Constantino, cuando se hallaron envueltos en estas sectas, convertidas en partidos políticos inmediatamente. Constante escribia á su hermano Constancio: *Imitemos la tolerancia y la piedad de nuestro padre, que son la mejor parte de su herencia y el verdadero fundamento de su poderio.* Pero éste acosado por el eunuco Eusebio, que era arriano, quiso interponer en el debate la autoridad de sus decretos; y después de haber reconocido por sí mismo la inocencia de Atanasio en Constantinopla, ordenó á los Padres reunidos en concilio en Milan (355) que le declararan culpable, diciéndoles: *Lo que yo quiero debe ser.* Los obispos de Siria encuentran esta pretension justa. Aquellos que resistieron á la violencia y al soborno (10), fueron castigados sin miramiento alguno en sus personas, ó desterrados á Arabia, á la Tebaida, á los valles del Tauro; pero en su destierro propagaban la buena doctrina, y escitaban horror contra la opinion perseguidora.

Como el papa Liberio mantenia la decision del concilio de Nicea y la inocencia del prelado, Constancio, ó más bien sus eunucos, se empeñaron en perseguirle. Preso de noche fué trasladado á Milan, y luego confinado á Berea en la Tracia; pero nada pudo hacerle cambiar de resolucion. Cuando el emperador le envió dinero para sus gastos, respondió de este modo: *Devolved eso á vuestro amo, pues lo necesitará para pagar á sus soldados y comprar á sus obispos* (11).

En todas partes habia violencias. Segun el texto de los decretos imperiales, todo el que sostenia la

---

(9) En las obras inéditas que el cardenal May sacó de la Biblioteca Vaticana, se encuentra una importante confesion de la supremacia del obispo de Roma, hecha por un patriarca griego medio siglo antes que el cisma. Defendiendo éste las imágenes sagradas, combatidas entonces por Constantino Copronimo, dice que el error de los iconoclastas no podia tener escusa más que por ignorancia antes del sínodo de Nicea. «Este fué reunido muy á propósito y con toda legitimidad; porque segun las antiguas reglas divinas establecidas ocupaba el primer lugar y presidia una gran parte del supremo clero occidental, esto es, de la antigua Roma; sin lo cual ningun dogma que en la Iglesia se examine, aunque esté admitido ya por decretos canónicos y por costumbre sacerdotal, se considerará como aprobado y definido absoluta y prácticamente. Porque aquella iglesia tiene el primado del sacerdocio, y conserva esta dignidad como trasmitida á ella por los dos jefes de los Apóstoles.» Συγκεκροτήτο γὰρ τοῦτο μάλιστα ἐνδικῶς καὶ ἐννομώτατα· ἐπείπερ ἤδη, κατὰ τοὺς ἀρχήθεν τετυπωμένους θείους δεσμοὺς προῆγε κατ' αὐτὴν καὶ προήδρευεν, ὅσον τε τῆς ἑσπερίας λήξεως ἤτοι τῆς πρεσβύτερος Ρώμης μέρος οὐκ ἄσημον, ὧν ἄνευ, οὐδὲν δόγμακατὰ τὴν Ἐκκλησίαν κινούμενον, δεσμοῖς κανονικοῖς καὶ ἱερατικοῖς ἔθετι νενομισμένον ἄνωθεν. τήν δοκιμασίαν οὐ σχοίη, ἣ δέξαιτ' ἂν ποτε τὴν περαίωσιν, ὡὸ δὲ λαχόντων κατὰ τὴν ἱερωσύνην εξάρχειν, καὶ τῶν κορυφαίων ἐξ ἀποστόλοις ἐγκεχειρισμένων τὸ ἀξίομα.

(10) San Hilario dice con este motivo á Constantino, que *non dorsa cædit, sed ventrem palpat.* Contra Const., cap. 5.

(11) Tambien Pio VII, despojado por Napoleon, escribia en su protesta de 10 de junio de mil ochocientos nueve. «Rehusamos con voluntad firme y decidida, toda asignacion que el emperador de los franceses entienda fijar, ora á nos, ora al sacro colegio. Nos cubririamos de oprobio á los ojos de la Iglesia, si hiciéramos depender nuestra subsistencia de la mano del que ha usurpado sus bienes.»

palabra *consustancial*, era espulsado de la ciudad, marcado en la frente, y confiscados todos sus bienes. Se prohibió á los católicos comunicarse con los arrianos bajo las penas más severas. Para estos fueron las iglesias y las dotaciones públicas. Se combatia en Roma por la consustancialidad, como en otros tiempos por los derechos del pueblo; y los soldados, *malos apóstoles de la verdad, que no conocian más armas que la persuasion*, (ATANASIO) pretendian imponer la fé que debia seguirse. En Alejandria (356) se sublevaron armados los arrianos contra Atanasio, reclamándole á grandes gritos, amenazando con reducir al hambre á la ciudad y con destruirla, donde cometieron la más indigna devastacion de las cosas santas. Muchas personas fueron muertas, y las mujeres arrianas se entregaron, respecto de los fieles, á los ultrajes más innobles y repugnantes. «Era de noche (tal es la narracion del santo), y el pueblo velaba en la iglesia aguardando la fiesta del dia siguiente. Súbito aparece Siriano con más de cinco mil soldados con las espadas desnudas, con arcos, flechas y picas, á quienes situa en rededor de la iglesia. No creyendo justo abandonar mi pueblo en circunstancias tan graves, y prefiriendo esponerme antes que nadie al peligro, me senté en la cátedra, é hice leer al diácono el salmo *La misericordia de Dios es grande en los siglos*, diciendo al pueblo que respondiera y se retirara luego. Habiéndose lanzado en tanto el capitan al templo, y asediando los soldados por todas partes el santuario para apoderarse de mi persona, me rodearon en tropel el pueblo y el clero, suplicándome que huyera. Me niego á ello, y les digo que no huiria hasta que les viera seguros. Levantándome entonces despues de haber orado al Señor, les conjuro á que se retiren diciendo: *Quiero mejor correr solo el peligro que ver maltratados á algunos de vosotros*. Como muchos habian ya salido y los demás se preparaban á seguirles, subieron á donde yo estaba muchos monjes y sacerdotes, y me arrastraron en pos de ellos; de modo que (pongo por testigo á la verdad suprema) á pesar de la muchedumbre de soldados que nos cercaba, escapé, por la gracia de Dios, sin ser visto, glorificando al Señor, que no habia entregado á mi pueblo, sino que le habia puesto en seguridad antes de libertarme de las manos que querian apoderarse de mi persona.»

Destierro de Atanasio.— Seis años permaneció oculto entre las ruinas de las ciudades á que se daba ya el nombre de antiguas, y enmedio de desiertos poblados por una multitud silenciosa y ferviente, consagrada en un todo á los padecimientos del martirio. Edictos, precio á su cabeza, soldados, espias, se emplearon contra el obispo perseguido (12), y la persecucion se estendió por todo el Egipto y la Libia con un encarnizamiento que hacia parecer suaves los perseguidores idólatras. Suplantaban á los prelados fieles, jóvenes sacerdotes díscolos y fastuosos, profanábanse las cosas santas, pero cuando los perseguidores penetraron en las hermitas, el anacoreta se resignaba á los golpes y á los tormentos, más bien que revelar el retiro del Santo.

Es difícil depurar la verdad de las discordes narraciones escritas por la pasion y que no penetran hasta el fondo de las cosas. En opinion de los escritores eclesiásticos, la mayor parte de los obispos arrianos eran imbéciles, pérfidos, falsarios y asesinos. ¿Pero cuál era el motivo de esa aversion general hácia Atanasio? ¿Por qué los emperadores perseguian tan encarnizadamente á los ortodoxos y favorecian el arrianismo? Las narraciones no nos dan otra más que el odio contra Atanasio: los concilios se consumen en disputas sobre los sacrilegios y homicidios: muertes de personas que después aparecian enteras y sanas; estupros de mujeres malas á quienes se convencia con una sola palabra.

Del exámen de aquellos procedimientos aparece sin embargo que los arrianos se inclinaban al órden antiguo: eran políticos, cuerdos, humanos, sociales; querian los ortodoxos la innovacion del dogma y de la gerarquia, repudiaban la ingerencia del emperador en las cosas sagradas, é introducian la vida en comun, esto es, sostenian el poder absoluto de la Iglesia.

Eran, pues, gérmenes de futuros y lejanos acontecimientos; era por una parte una tentativa de conciliacion del cristianismo con la filosofia, y por otra el propósito de separarlo de esta; y de aquí un ardiente afan de reducir á Cristo á la forma del culto de los héroes, y los grandes esfuerzos que se hacian por otro para someter ideas ya desarrolladas y arrastrarlas en la corriente de la vida. Surgió en suma la lucha del imperio con el sacerdocio, el cual se consolidó entonces en el papado; la envidia del Oriente contra el Occidente que habia abrazado la causa de Atanasio. Los arrianos aborrecian á este que introducia en la Iglesia nuevos rigores con la vida monástica; el emperador lo miraba como un jefe que separaba el Egipto del césar y tal vez la Iglesia, y enseñaba á ésta los derechos, y que el imperio no pertenece á un hombre, sino á Dios, que podia privarle de él.

Habia nacido, pues, algo nuevo en el mundo romano: el estandarte de la Iglesia que se habia desplegado al frente del reino de la tierra. La Iglesia proclama una autoridad superior á las humanas, y de la cual emana únicamente el derecho de éstas: el césar responde con la espada, pero los eclesiás-

(12) *Hinc jam toto orbe profugus Athanasius, nec ullus ei tutus ad latendum supererat locus. Tribuni, præfecti, comites, exercitus quoque ad pervestigandum eum moventur edictis imperialibus; præmia delatoribus proponuntur, si quis eum vivum, si id minus, caput certe Athanasii detulisset* RUFINO, I, 5.

cos esperan impertérritos el golpe. Por esto Atanasio es sostenido por el pueblo, por su representante que es el pontífice, y por los monjes que introdujo en Occidente, donde al principio eran desconocidos.

Mientras vivió Constancio permaneció oculto, aunque no inactivo. Admiraba la vida de los anacoretas, que seguian el ejemplo de Antonio, muerto habia pocos años, y de Hilarion todavia vivo: mantenia una correspondencia no interrumpida con los que le eran adictos, y á veces para alentarlos se aventuraba á presentarse en las ciudades y los concilios. Además redactaba exhortaciones, apologias, anatemas, que en breve eran transcritos y distribuidos por cientas manos; y de este modo la voz del solitario invisible resonaba prepotente en el mundo.

Anciano admirable, que juntaba á la sencilla persuasion de los apóstoles la sagacidad política, sabia como se dirige y se hace vivir un gran partido. Conociendo que le necesita el suyo no aspira al martirio, sino á la victoria; se retira cuando ruge la tormenta, aunque para reaparecer en breve, armado del vigor adquirido en la soledad y en la persecucion. ¡Cuánto poder de palabra, cuánto arte en el ataque y en la defensa, qué fuerza de voluntad no hubo de necesitar para combatir toda su vida contra los paganos, los sectarios, los obispos celosos de su gloria, los emperadores ofendidos de su tranquila independencia, acabando siempre, sin más autoridad que la de palabra, por triunfar de los anatemas de los concilios, de los decretos de corte, de las emboscadas de los sicarios, de los levantamientos populares, del abandono de sus amigos; por ganar á la verdad pueblos, obispos, soberanos, y morir venerado en la sede de que habia sido cinco veces espulsado!

Entretanto los fieles, privados de sus pastores, con la conciencia incierta, sometidos á obispos desconocidos y en cuya eleccion no habian tenido parte, elevaban unánimes quejas. Cuando Constancio fué á Roma, compareció en su presencia una diputacion de nobles matronas magníficamente ataviadas, para suplicarle que restituyera á Liberio á su sede, habiendo quedado desiertas las iglesias desde que Felix le habia sustituido. Declaró el emperador que consentia en ello con tal de que Liberio se adhiriera á la opinion de los obispos; pero cuando esta concesion fué proclamada en el circo, el pueblo, que no habia olvidado en Italia la oposicion republicana, la recibió con alaridos, diciendo que se querian tener en la Iglesia dos facciones como en el anfiteatro, y gritando: ¡Un solo Dios, un solo Cristo, un solo obispo!

Concilio de Rimini.—A pesar de todo, los artificios habituales de los prelados griegos prevalecieron en el concilio de Rimini (359), donde cuatrocientos obispos fueron inducidos á suscribir una fórmula de fé, condenando á todo el que dijera que el Hijo de Dios es una criatura igual á las demás. Bajo la apariencia de la verdad resultaba implícitamente de esta proposicion que, aun no siendo igual á las demás, Cristo era criatura.

Error del papa Liberio.—Pero el papa Liberio no habia sabido resistir á la persecucion continua, y en un instante de debilidad habia suscrito para ser restablecido en su sede, un símbolo en el sentido arriano, ó más bien la condena de Atanasio (358). No hay hecho más conocido que el *error de Liberio*, ni que se haya repetido con más frecuencia por los adversarios de la infalibilidad del papa. Pero aun admitiendo este hecho como verdadero (13), no prueba nada contra esta, por no haber pronunciado aquel papa *ex catedra* ni en el ejercicio de su libre voluntad; tanto más cuanto que apenas restablecido en su silla, se retractó del error en que habia incurrido antes de tornar á ascender á ella (14).

Entonces se pudo considerar como inminente la caida de la fé de Nicea: si se hubiese equivocado un concilio general, las promesas de Cristo hubieran sido falsas y san Jerónimo pudo decir que el mundo se asombró de verse todo arriano. Era verdaderamente para Atanasio caso para desesperarse: el emperador alegaba veinte años en la duracion de esta opinion, de modo que no podia tacharse de nueva: el papa se habia adherido á ella y no se trataba de saber porque lo hizo, ni si se retractó al momento. Pero Atanasio sale del retiro de siete años y no obra como asustado: no se precipita contra los prevaricadores, sino contra la fuerza que los estraviaba. Pronto los Padres engañados protestan contra el error; y en el concilio de Alejandria queda reintegrada la doctrina católica, recibiendo á los estraviados arrepentidos (362).

En vez de poner coto á tantas disputas las fomentaba Constancio. A la par que este príncipe reunia concilios, formulaba símbolos, y, muy lejos de consolidar la fé, perturbaba por curiosidad y por aficion á las controversias sofisticas á la Iglesia de que pretendia hacerse árbitro, dejaba espuesto el imperio á graves peligros, cuando parecia que ya presagiaban su ruina desastres naturales. Con efecto hubo especialmente bajo su reinado muchos terremotos que sepultaron ó destruyeron ciudades enteras, como Durazo, Berito, Nicomedia y otras cincuenta en el Ponto y en la Ma-

---

(13) Este hecho se halla negado en una disertacion *sobre el papa Liberio, en la cual se demuestra que nunca cayó en el error*. Paris, 1726; así como en la *Dissertatio de commentitio Liberii lapsu*. Fr. Ant. Zachariæ *Thes. theolog.* Venecia, 1762, II, pág, 580.

(14) San Atanasio fué el primero á disculparle; *Liberium post exactum in exilio biennium, inflexum minisque mortis ad subscritionem contra Athanasium inductum fuisse. Verum illud ipsum, et eorum violentiam, et Liberii in hæresim odium, suum pro Athanasio suffragium, quum liberos effectus haberet, satis coarguit... Quæ enim per tormenta contra priorem ejus sententiam extorta sunt, ea jam non metuentium, sed cogentium voluntates habenda sunt.*

cedonia. Cuéntase que en el momento de morir Constancio manifestaba sentimiento por tres cosas; primera, por haber hecho morir á sus parientes; segunda, por haber contribuido á la elevacion de Juliano; tercera, por haber favorecido á los arrianos. No obstante un arriano fué el que le administró el bautismo en sus últimos momentos.

CAPÍTULO VII

JULIANO. REACCION DEL PAGANISMO.

Constantino, príncipe de mediano talento, mereció en la historia un lugar de los más gloriosos, secundando el progreso de los hechos y de las ideas. El que ahora se nos presenta dotado de las más brillantes cualidades, va á parecernos pequeño y mezquino, esforzándose por volver el mundo hácia un pasado de que se ha separado resueltamente.

Juliano era un príncipe de poca estatura; su cabeza, agitada por frecuentes é involuntarios movimientos, y sostenida por un abultado cuello, se hundia en sus anchos hombros; tenia ojos vivos aunque divergentes; una barba erizada y puntiaguda desfiguraba su rostro sin belleza. En cambio tenia actividad su cuerpo y osadia su alma; su memoria era fiel y pronta, y su penetrante espíritu se recreaba en sutiles discusiones. Hablaba con fácil y natural estilo, si bien de mejor grado en griego que en latin. Humano y dulce en sus acciones, acreditaba notable intrepidez en los peligros (1).

Libre como por milagro de la matanza de su familia, criado en medio de contínuos temores, tuvo por primer maestro al eunuco Mardonio, después á Eusebio, obispo de Nicomedia, arriano ferviente. Ultimamente en Macela fueron encargados maestros de todas clases de habituarle, como tambien á su hermano, á las bellas letras y á las virtudes religiosas.

Si hemos de prestarle asenso, fué creyente hasta la edad de veinte años. Es de notar, no obstante, como aviso á ciertos preceptores, que en los ejercicios sofísticos que se le proponian en la escuela, escogia siempre con preferencia la defensa de la religion antigua, á la par que Galo sostenia la causa del cristianismo. No supo disimular de tal modo su propension al paganismo que no previera San Basilio, su condiscípulo en Atenas, que llegaria á ser funesto á la Iglesia. La idea de Constancio, su opresor, se asoció fácilmente en su juvenil espíritu á la de los cristianos, y los confundió en un comun odio. Después se exasperó por las discusiones constantes sobre el arrianismo, debates incomprensibles para los que no conocen toda la importancia de la verdad. Obligado además á ejercicios de piedad hasta el punto de hacerle lector en una iglesia, mostró odio al nuevo culto, tanto más cuanto que echaba de menos el antiguo, bajo el cual habia tocado el imperio al apogeo de su gloria y habian producido las letras obras inmortales. Mantenianle en estas disposiciones los sofistas que, preocupados siempre con las antiguas costumbres, no comprendian nada de la palabra

(1) La vida de Juliano ha sido escrita por Felipe Renato de la Bletterie. Amsterdam, 1755; posteriormente y con mejores intenciones por Tourlet, al frente de su traduccion de las obras de Juliano. Paris, 1821. Véanse tambien BONAMY, tom. VII, de las *Memorias de la Academia de inscripciones y bellas letras;* D. E. HEGEWISCH, *Hist. und litteratur Aufsatze.* Kiel, 1801; AUG. NEANDER, *El emperador Juliano y su siglo, cuadro histórico.* Leipzig, 1812, (en aleman); VAN HERWERDEN, *De Juliano imperatore religionis christianæ hoste, eodemque vindice.* Lovaina, 1827; ALBERTO DE BROGLIE, *La Iglesia y el imperio romano en el siglo* IV. Paris, 1856.

Muchos se han ocupado recientemente del emperador Juliano en varios sentidos:

NAVILLE, *Juliano el apóstata y su filosofia del politeismo.*

BOISSIER, *El emp. Juliano.*

H. RENDALL, *El emperador Juliano: paganismo y cristianismo.*

V. DURUY.—*Juliano emperador: la reaccion pagana.* Paris, 1884.

nueva, y le lisongeaban con la esperanza de grandezas futuras.

En vano repite Juliano que no aspira á la gloria, pues la ostentacion filosófica se percibe en todas sus obras y en todas sus palabras. Vémosle singularizarse en su vestido, en su apostura, á fin de ser notado como un sabio de primer órden. Lleva las manos súcias, largas las uñas, el pecho velludo, el cabello descompuesto y larga la barba, donde se albergan huéspedes á quienes no quiere ocasionar molestia (2). Toda accion suya la cuenta, dando por motivo que un filósofo no debia obrar de otro modo. Si dice que ha consolado á las Galias oprimidas, añade: *¿Podia yo proceder de otra manera siendo discípulo de Platon y de Aristóteles?* Cuando se entrega á los ejercicios militares esclama: *¡Oh Platon! ¿son estas ocupaciones propias de un filósofo?* Al subir á la brecha de Magoamalca en Persia, dice: *He suministrado tarea al sofista de Antioquía* (3). De este modo la virtud era siempre para él un cálculo, un ejercicio escolástico, un alarde.

Aun añadiremos una impostura. Respetamos las convicciones religiosas. Pero, ¿cómo compadecer á Juliano que á la par que halaga á los idólatras, que aguardan de su autoridad el restablecimiento de su culto, continua mostrándose cristiano para conciliarse unas veces al emperador, otras á los soldados, comulga con ellos en la solemnidad de la Natividad de Jesucristo, y cumple las ceremonias sagradas? (4). Aparecen enseguida sus dioses tan á propósito en las grandes circunstancias de su vida, que se inclina uno menos á creer en la ilusion de un hombre de buena fé en que la truhaneria de un ambicioso astuto. Por ellos jura no haber tenido ambicion, á ellos imputa su rebelion. Pasa horas enteras con los aruspices y los adivinos, sacando presagios sobre el éxito de sus empresas, hasta tal punto que uno de sus admiradores se vé impulsado por la verdad á decir que fué «más bien supersticioso que observador legítimo de la religion (5).»

Ocupábase en estas vanidades cuando le llegó la noticia de la muerte de Constancio (11 de diciembre de 361). Trasladándose, pues, á Constantinopla, asistió á sus funerales; y ascendido sin oposicion á soberano del imperio, pensó en realizar las promesas empeñadas á los fautores de la idolatria.

Aun vivia la religion antigua; Constantino se habia creido obligado á tener miramientos respecto de sus parciales, y á paliar con el nombre de tolerancia la proteccion que dispensó al cristianismo. Ascendidos sus hijos al trono, con la ventaja inherente siempre á llegar el segundo, y en una edad en que se tienen muy poco en cuenta los obstáculos, se atrevieron á más, si bien no á todo. La ley del 341 ordena que *la supersticion cese, que sea abolida la infamia de los sacrificios* (6), aunque no añade á esto la sancion de una pena. Magnencio la revocó con la esperanza de adquirir con esta medida partidarios. Por último Constancio, siendo único soberano del imperio, ordenó que la idolatria desapareciera completamente (7). Hay, no obstante, quien duda si estos fueron solo proyectos, porque los escritores afirman que Constancio no hizo nada contra el antiguo culto; pero pudo suceder que magistrados cristianos se aprovecharan de los decretos contrarios á los auspicios y á los ritos secretos y adivinatorios para perseguir á los sacerdotes paganos. No obstante, á pesar de la aparente unidad, la ejecucion quedaba confiada á discrecion de los magistrados, poco dependientes del centro. La confiscacion de las riquezas de los templos era necesaria, pero hubiera debido prepararse con lentitud; por el contrario Constancio la abandonó á la avidez de su corrompida corte, dañando muchos intereses, mientras que ganaban muy poco el fisco y la nueva religion. Así vemos á despecho de ellos subsistir los templos y los sacrificios á lo menos en Occidente, y en particular en Roma. Aun se con-

(2) «Me he dejado crecer esta espesa barba para albergar insectos que se den entre sí batallas como en un corral de animales feroces.» *Misopogon*, pág. 338.

(3) Alude á Libanio, su panegirista oficial.

(4) Véanse AMIANO, ZONARO, etc. Esto resulta asi mismo de la carta que dirigió á su hermano Galo, y que se halla inserta entre las suyas. «La inmediacion de la Jonia me proporcionó la ventaja de desengañarme acerca de un rumor que me afligia. Decíase que por un fanatismo ciego habias abandonado la religion de nuestros padres para abrazar una supersticion insensata. ¡Qué terrible nueva para un hermano que siente, como suyo propio, el bien y el mal que de tí se dice. Pero Ecio, nuestro padre *(uno de sus maestros)*, me tranquilizó y me colmó de gozo, refiriéndome todo lo contrario á su regreso, y asegurándome, segun mi deseo, que te empleas con celo en construir iglesias; que no abandonas la tumba de nuestros generosos atletas: en suma que eres sinceramente adicto al culto que tributamos á Dios. No puedo menos de decirte con Homero; arroja así tus flechas (βαλλ' οὕτως); haz la satisfaccion de los que te aman y continua elevando monumentos semejantes. No olvides que la piedad es superior á todo, que es la virtud por escelencia; nos enseña á detestar la mentira y la impostura, y nos hace adorar la verdad de nuestra religion. Esa pluralidad de dioses no es más que disension y desórden. Un solo Sér, que tiene por único ministro su poderio, rige el universo; no tiene compañeros como el hijo de Saturno, ni debe á la casualidad su imperio. Para reinar no ha destronado á nadie, pues reina por su propia naturaleza; existe antes que todo; es Dios verdadero, y á él solo debemos culto y homenaje.»

(5) AMIANO, XXV, 4. Aurelio Víctor le llama tambien *cultus numinum superstitiosus*.

(6) *Código Teodosiano*, XVI, 10, l. 2.

(7) *Placuit omnibus locis atque universis urbibus claudi protinus templa, et accesu vetitis omnibus, licentiam delinquendi perditis abnegari. Volumus etiam cunctos sacrificiis abstinere. Quod si quis aliquid forte hujus modi perpetraverit, gladio cultrove sternatur.* Cod. Teod., XVI, 10, l. 4. Esta ley es del año 353. La quinta ley es del año 356, dice: *Pœna capitis subjugare præcipimus quos operam sacrificiis dare, vel colore simulacres constiterit.*

sultaba á los oráculos de la Sibila de Tívoli; si los vientos eran contrarios á la flota cargada con los trigos de Africa, el pueblo arrastraba á los magistrados en Ostia para sacrificarles en los altares de Castor; los sacerdotes salios continuaban sus locas danzas con los escudos celestes, á pesar de la mofa de los cristianos; se hacian aun libaciones de sangre humana á Júpiter Lacial sobre el monte Albano; subsistian las diversas gerarquías sacerdotales; el voto de castidad de las vestales (8) no habia dejado de estar bajo la proteccion de las leyes; y hasta se erigian nuevos templos á divinidades ya heridas de muerte (9). Al decir de Lactancio nacian cotidianamente nuevas divinidades (10); pero Cibeles y Mitra acabaron por superar á todas.

Culto de Cibeles y Mitra.—En lo más récio de las guerras púnicas hemos visto (tomo II, pág. 147) llevado á Roma desde Pesinunte el simulacro de la diosa Madre. Sus sacerdotes, llamados galos, ejecutaban fanáticas danzas, cantando con acompañamiento de címbalos, y andaban de ciudad en ciudad seguidos por la muchedumbre, que se maravillaba de su estraño traje, de su devocion burlesca y de sus prestigios, arte en que eran hábiles hasta el estremo. De costumbres vergonzosamente disolutas, ignorantes, envidiosos, parásitos, solo se hubieran atraido el menosprecio, sino les hubiera prestado alguna fuerza su organizacion compacta, aunque miserable, reuniéndolos bajo un archigalo.

Ya hemos hablado en otro lugar (tomo I, página 360) del culto que los persas tributaban á Mitra; las fórmulas de sus ritos atestiguan una antigüedad muy remota, aun cuando fueran alteradas en diversas épocas por un heterogéneo enlace. Los nuevos mitriacos exigian de sus adeptos frecuentes maceraciones; y de los que aspiraban á los grados más elevados, la virginidad y el celibato, abstinencias frecuentes en las leyes de Zoroastro, que no respiran más que júbilo y deleite, de donde se sigue que se derivaban de otro tronco que el del Mitra persa, ó acaso del culto que le tributaban los babilonios antes de la reforma de Zoroastro. Estos ritos se divulgaron primeramente en la Armenia y en la Capadocia, luego en el Ponto y hasta en Cilicia, después en el resto del Asia Menor. De dar crédito á Plutarco, vencidos los piratas por Pompeyo los dieron á conocer á los romanos, aunque se ignora bajo qué pontífice el mismo dios penetró en el Capitolio. El satírico Luciano para indicar su orígen extranjero, le hace asistir al banquete de los dioses vestido de blanco y adornado con la tiara, si bien no sabiendo una palabra de griego, y no comprendiendo siquiera cuando se bebe á su salud el nectar del Olimpo. Este culto hizo progresos bajo los emperadores: hasta llegó á manchar sus altares con sacrificios humanos, de lo que las leyes se lamentaron repetidas veces. Proscribióle Adriano, pero Cómodo inmoló por su propia mano un hombre á Mitra

Cuando pudo levantar su voz el cristianismo combatió este culto y nos le hizo conocer de este modo. Ahora bien, ofrece tales puntos de semejanza con el Cristo que muchos filósofos antiguos y muchos racionalistas modernos han sostenido que habia suministrado á éste sus misterios y sus ritos (11). Pero, ¿no es mucho más conforme á la razon creer que así como las demás religiones aspiraban á corregir lo que tenian de erróneo ó á suplir lo que les faltaba tomándolo del cristianismo, que imitándoles los mitriacos hicieran lo mismo? Esto les fué mucho mas fácil, en razon de que la creencia persa ofrece con la nuestra numerosas semejanzas en la esencia y en sus formas esteriores, ora en la unidad primitiva de Dios, ora en las gerarquias de los ángeles, ora en el orígen del mal, y hasta en la leyenda de un hombre moribundo y resucitante por la salvacion del mundo, leyenda que simbolizaba los efectos producidos por la salida y puesta del sol.

Generalmente escogidos los neófitos en la aristocracia pasaban por ochenta pruebas más difíciles una que otra antes de ser iniciados por una especie de bautismo. Se les imprimian después señales en la frente, y se les daba á beber una mezcla de harina y agua, pronunciando ciertas fórmulas rituales (12). El primero de los siete grados de estos misterios comprendia á los soldados, que se coronaban diciendo: *Mitra es mi corona*. Se llamaban los adeptos del segundo leones y hienas;

---

(8) A más del lugar de las vestales, descubierto en la actualidad en Roma (1884), se ha encontrado tambien una lápida en honor de Camenio Juliano, muerto en 385 y que dice: ALFENIO CEIONIO IULIANO KAMENIO V. C. Q. K. PRÆTORI TRIVMFALI VII VIRO EPVLONVM MAGNVM PATRI SACRORVM SVMMI INVICTI MITHRÆ HIEROPHANTHÆ HECATE ARCHIBVCVLO DEI LIBERI XV VIRO S. F. TAVROBOLIATO DEVM MATRIS PONTIFICI MAIORI CONSVLARI NVMIDIÆ IUSTITIA EIVS PROVISIONIBVSQVE CONFOTIS OMNIB. DIOECESEOS SVAE IANVARIVS FIDIVS ET... PROMATICVM COLLEGI... OFFICII STATUAM IN DOMO... POSVER.

(9) Los hechos han sido recogidos por BEUGNOT.—*Historia de la destruccion del paganismo en Occidente*. Paris, 1835. Las consecuencias que deduce no pueden admitirse racionalmente.

(10) *Nascuntur ergo et quotidie quidem diinovi; nec enim vincuntur ab hominibus fœcunditate*. Inst. I, 16.

(11) Especialmente Dupuys, y últimamente F. Nork, *Mitos de los antiguos persas considerados como fuente de las doctrinas y de los ritos cristianos, segun las indicaciones particulares de los Padres de la Iglesia y de muchos eruditos modernos, espuestos sistemáticamente por la vez primera*, etc. Leipzig, 1837 (en aleman).

Véanse tambien HONNUS, *ad Greg. Nazianz.* y el escol. sobre el mismo CARM. p. 49, edicion Gaisford.

SAINTE-CROIX, *Indagaciones sobre los misterios del paganismo*, con las notas de Sacy.

CREUZER, *Simbolick*, lib. II, cap. 4.

DE HAMMER.—*Los Mitriacos*. Paris, 1833.

(12) TERTULIANO, *De bapt.*, V; *De præscr. hær.*, V, 40.

venian después los cuervos, luego los persas, el Bromio y el Helio, en fin los Padres *(patres sacrorum)*, bajo la presidencia de ciertos jefes *(patres patrum)*. Estaba el principal templo de Mitra en los subterráneos del Capitolio, y el archigalo moraba en el Vaticano, dando oráculos. Celebrábanse en la ciudad los misterios de Mitra por el equinocio de la primavera; pero el *nacimiento del sol invencible* era ocasion de una solemnidad mayor todavia el 25 de diciembre. Por eso los Padres de la Iglesia del Occidente escogieron este dia para celebrar la Natividad de Cristo, sol verdadero, á la par que se celebraba en Oriente el 6 de enero, dia consagrado á Osiris (13).

Persistencia del paganismo. — Independientemente de estas importaciones extranjeras, muchas ceremonias del paganismo nacional, caras á un pueblo tan adicto á las costumbres de sus mayores, subsistian sin interrupcion ninguna. Un calendario del año 354, poco más ó menos, menciona dia por dia las fiestas paganas que deben celebrarse (14). Un viajero halla en Roma en 374 «siete vírgenes nobles y muy ilustres, cumpliendo por la salvacion de la ciudad las ceremonias de los dioses, segun el uso de los antepasados;» y añade que «los romanos honran á los dioses, y especialmente á Júpiter, al sol y á Cibeles.» (15)

De aquel mismo tiempo tenemos la árida nomenclatura de las calles y de los edificios de Roma, hecha por un tal Publio Víctor y Rufo Festo, donde se encuentran ciento cincuenta y dos templos y ciento noventa y una capillas.

«En las calendas de enero todos se levantan temprano, y corren á casa de otros con regalos llamados aguinaldos: á los amigos se les hace un regalo antes de darles los buenos dias; se besan, se dan la mano, no para cambiar espresiones de amistad, sino para hacerse pagar las cortesias de la avaricia. Así al mismo tiempo abrazan y sondean un amigo...; después al volver á su casa, llevan ramos como si hubiesen recibido los augurios, volviendo cargados de los dones recogidos, sin conocer que son otros tantos pecados. De este modo predicaba Máximo obispo de Turin, el cual no pensó en emplear inútilmente su celo en refutar á aquellos que creian en Vénus, en Marte y los demás dioses, lamentando que los magistrados no hiciesen cumplir, ni los cristianos observaran los edictos imperiales concernientes al culto; exhortaba contínuamente á que abatieran los ídolos que habian en los alrededores de Turin, á que se prohibieran los sacrificios inmoderados ó crueles, á que no se creyera en los magos ó á los que se jactaban de poder con sortilegios atraer del cielo la luna (16). ¡Con tanta obstinacion se conservaban las antiguas costumbres!

Toleraba, pues, la ley la idolatria, aunque fuera indirectamente prohibida por los reiterados decretos contra los magos y los adivinos, á quienes se habia aplicado el título de *enemigos del género humano* (17), atribuido en otro tiempo á los cristianos, condenándoles á la execracion como delincuentes de lesa majestad y fuera de la ley de la naturaleza.

Desde muy al principio el Oriente habia comprendido que se trataba de una regeneracion religiosa y moral, no de una revolucion política, pero rechazaba el cristianismo como contrario á sus tradicionales convicciones. Los filósofos que buscaban «el conocimiento de los dioses y de la sabiduria,» debian ser naturalmente antagonistas de la nueva fe, y tanto más cuanto que, partidarios de Plotino, mezclaban á la doctrina prácticas teúrgicas, siendo á menudo sacerdotes y estando por lo mismo interesados en la conservacion de los templos. Los retóricos fueron llevados por el hábito escolástico y por su clásica educacion á sostener y á embellecer ceremonias sin fé y númenes sin vida, y á hacer popular la causa moribunda, que sostenian con tanta más tenacidad cuanto que, como sucede á los charlatanes, no podian comprender las razones de la triunfante.

¡Con qué trasportes de júbilo hubieron de ver los que habian persistido en el antiguo culto, á Juliano dispuesto á restablecerle en todo su brillo! Y cuanto mayor debió de ser el de los retóricos y sofistas, que aplaudian en Juliano á una hechura suya, y le veian restablecer la antigua creencia á su modo. No bien hubo dado esta esperanza, cuando fué secretamente celebrada con fiestas y sacrificios (18). Por más que Juliano disimulara su horror al cristianismo, tenia en rededor suyo y en lugar apartado arúspices y augures, con los cuales cumplia las ceremonias paganas. Pero inmediatamente después de su poca filosófica rebeldia se arrancó la máscara con ademan resuelto; á medida que se hace soberano de un pais permite que tornen á abrirse allí templos y á empezar los sacrificios; él mismo los multiplica como gran pontífice hasta el punto de dar márgen á que se dijera que habria escasez de bueyes en el imperio.

El sobrenombre de *Apóstata*, que le dieron los cristianos y le ha conservado la posteridad, bastaria para denigrarle á los ojos de aquellos de cuya fé habia renegado; conviene no obstante ser circunspecto en prestar crédito á las enormidades acumuladas en masa sobre su cabeza en los tres años de su reinado. Además, su persecucion se distingue completamente de las otras, porque conoció muy bien que una religion que habia pasado tran-

(13) JABLONSKI, *De origine festi natalis Christi*. SAN EPIFANIO, *adv. hæres.*, I, 29.

(14) GREVIO, *Thesaurus ant. rom.*, VIII, 95.

(15) HUDSON, *Geogr. minor.*, III, 15.

(16) *Contra paganos*. D. MAXIMI *taurinensis episcopi opera*. Roma, 1784.

(17) *Cod. Theod.*, IX, 16, l. 6.

(18) LIBANIO, *Orat.*, IV, t. II, pág. 175.

quilamente algunos años y que hasta habia llegado á sentarse en el trono, no podia ser ya combatida con suplicios ni á fuerza abierta. Fingiendo de consiguiente querer tolerarla escribió á Artabio de este modo: «¡Por los dioses! No quiero que se envie á los galileos á la muerte, ni que sin razon se les persiga, sino que los adoradores de los dioses sean preferidos á ellos. Nada ha faltado para que todo fuera arrastrado á su pérdida por su locura (19). Si los dioses inmortales nos han salvado, justo y bueno es honrarles, y distinguir á los hombres y á las ciudades que los respetan.»

Es cierto que Juliano pudo vanagloriarse de ser más humano con los cristianos que su predecesor, quien á título de heregia habia espulsado y dado muerte á tantos; á la par que el restituia los desterrados á su patria, sus bienes á los que habian sido despojados de ellos, y sus sedes á los obispos donatistas, novacianos, macedonianos ó eunomianos, cualquiera que fuera su nombre (20).

Pero esta fué una astucia suya, sabiendo perfectamente que con esto suscitaria en la Iglesia una causa activa de disturbios que debian conmoverla, brindando materia á sus burlas. Otro ataque reflexionado consistió en prohibir á los cristianos la más noble educacion intelectual, medida que hubiera bastado para merecer los panegíricos con que se le saludó en el siglo pasado (21). Como le pertenecia el nombramiento de los maestros de gramática y de retórica, y aun quizá el de los médicos, artes liberales que costeaba el Estado, proscribió á todos los cristianos de las enseñanza (22). Su objeto en esto era dirigir en su sentido las primeras impresiones de la juventud, tan poderosas en esta edad de la vida, y descarriarla de este modo ú obligarla á alejarse de las escuelas, á fin de preparar á la Iglesia los errores y el fanatismo de la ignorancia.

Tambien cerró á los cristianos el acceso á todos los empleos de honor y de confianza, haciendo colocar en los palacios, como asimismo en las banderas, las imágenes de la idolatria, á que no podian tributar homenajes los fieles. Fácilmente se concibe hasta que punto degeneraron todos estos medios de esclusion en dura tirania en manos de autoridades subalternas. Quitó á los obispos la voluntaria jurisdiccion; hizo restituir á los templos paganos los bienes arrebatados, con lo que despojaba las iglesias; queria tomar del cristianismo los dos principios más eficaces, la caridad y la vida futura.

Enseguida entró personalmente en la liza, y así en los *Césares* como en los *Siete libros contra los cristianos*, reprodujo cuantas acusaciones exageradas y absurdas se habian fulminado contra ellos; haciendo con especialidad uso de la burla, arma terrible, porque es vulgar y dispensa del raciocinio. Al mismo tiempo que aspiraba á oscurecer la luz, pretendia hallar la virtud y la verdad donde no habia más que vicio y locura. Consistia la tarea emprendida por Juliano en rejuvenecer las creencias paganas, volviéndolas á la fuente de donde habian emanado; esplicar con ayuda de símbolos y de alegorias, lo que las tradiciones populares habian introducido en ellas de impio y vergonzoso; sacar una leccion moral de los adulterios de Júpiter; mostrar en la castracion de Atis un símbolo del alma, separada del error y del vicio (23). Así desde el trono venia en ayuda de la obra continuada por las escuelas de Alejandria, amoldando á su antojo un fantasma de idolatria, una supersticion científica, que queria ingerir no en el corazon, sino en la cabeza de los hombres.

¿Era posible reformar una religion, que jamás habia tenido principios teológicos absolutos, ni preceptos morales, ni organizacion sacerdotal? Quizá es verdad que en los misterios se habia enseñado tradicionalmente algo más puro y menos material que los actos obscenos ó ridículos con que se habian mancillado las ceremonias, y que aun fuera de las filas de los hombres pensadores, merecian la indignacion de todo hombre honrado; pero siempre que el senado romano quiso reanimar la fé, solo pudo conseguirlo introduciendo divinidades extranjeras, cuya novedad escitaba la devocion. Así Egipto suministró Isis y Osiris, y luego Serapis; la Persia Mitra; la Frigia la Gran diosa, in-

---

(19) Διὰ γὰρ τὴν Γαλιλαίων μωρίαν, ὀλίγου δεῖν ἅπαντα ἀνετράπη. *Ep.* VII.

(20) Se glorifica por ello en su carta LII.

(21) Voltaire le llama *modelo de reyes*, y Montesquieu dice *que fué el más digno de cuantos han mandado á hombres.*

(22) Pretendió demostrar con irónica sutileza, que no atentaba con esto á sus privilegios. «No quiero obligar á nadie á cambiar de sentimientos; escojan ó no esplicar estos escritos si condenan su doctrina; ó, si quieren esplicarlos, demuestren con los hechos que aprueban los sentimientos, y enseñen á los jóvenes, que Homero, Hesiodo y sus semejantes, acusados de error, de impiedad, de locura, no son tales como se les representa. Aquellos que les hacen poco caso, y viven no obstante de sus escritos, se muestran esclavos de un interés sórdido y capaces de todo por algunas monedas. *Ep.* LII.

De la Bletterie, gran elogiador de Juliano, se esplica con motivo de esta carta en la forma siguiente: «En vez de dar á conocer el emperador sus verdaderos motivos, adopta el más miserable pretesto, de manera que este trozo de elocuencia es una obra maestra de sinrazon... Si los profesores cristianos al esplicar en las escuelas Homero, Hesiodo, etc., hubieran canonizado sus doctrinas, hubieran sido fundadas las reconvenciones de Juliano, pero no las hubiera hecho. Se puede estimar un libro bajo cierto aspecto y condenarle bajo otro; en esto no hay dolo. Esplicar los clásicos, encomiarlos como modelos de elocuencia, de lenguaje, de gusto, etc., desenvolver sus bellezas, no es presentarlos como oráculos de religion y de moral. Juliano se complace en confundir dos cosas distintas en un todo, y apoya en esta confusion el sofisma pueril que reina en todo su edicto.»

(23) Véase el *discurso* V de Juliano.

gertándolos hasta cierto punto sobre el paganismo; y en vano los senatus-consultos se oponian unas veces á las bacanales, otras á los juegos florales, otras á los sacrificios secretos, hoy á una supersticion nueva, al dia siguiente á otra.

Si alguna vez un hombre de mente vigorosa y conocedor de la sociedad en que vivia, hubiera concebido el proyecto de rejuvenecer el pasado, se hubiera limitado á consolidar las instituciones romanas, sosten de la religion en que habian nacido y adquirido desarrollo; religion esencialmente política y de ningun modo metafísica. Cuando, para libertarse del influjo de esta religion, trasladó Constantino la sede del imperio á Bizancio, el que quisiera hacerla revivir hubiera debido tornar naturalmente al foco de la idolatria.

Al revés Juliano, filósofo de escuela, no pensó siquiera que existian todavia en Roma un Senado y una aristocracia fieles al culto de sus antepasados; fijó toda su atencion en el helenismo, es decir, en creencias impotentes hacia tiempo para impedir la decadencia de las costumbres y para vigorizar la nacionalidad. A sofistas, á adivinos, á charlatanes, muchedumbre engañadora y desacreditada, creyó poder confiar el porvenir del mundo.

Quiso hacer de los poemas de Homero lo que el Evangelio era para los cristianos: aspirando de consiguiente á descubrir en ellos una moral caritativa, dogmas puros é ideas nuevas bajo palabras antiguas, y fábulas sensuales, que le hacia reprobar el buen sentido, se esforzó por depurar éstas, por hermosearlas con auxilio de procedimientos ingeniosos empleados por los platónicos cuando contestaron á las acusaciones de los cristianos, comparando su moral, y separando de ésta lo que les pareció más conveniente.

Este eclectismo religioso, desprovisto de buena fe, propendia á inyectar en la creencia griega, como en un cadáver, sentimientos que nunca habian existido en ella ó habian perecido desde mucho antes. El habia inducido á Juliano á admitir la unidad de Dios, verdad tan sencilla que una vez enunciada no se puede poner en duda. Pero al mismo tiempo habiéndole revelado el sol en una vision en Viena sus futuras grandezas, veneró especialmente al *padre Mitra* y se declaró asesor del astro luminoso (24): se dejó representar en las medallas unas veces en figura de Serapis, otras de Apolo; en una se hizo colocar sobre un carro de Isis, privilegio de las divinidades de la república. Toleraba que se le pintase entre Marte y Mercurio, y juraba por Serapis (25). Leyendo además un panegírico compuesto por él en honor de la gran diosa Idea, en que no solo encomia el culto inhumano que se le tributaba, sino que narra con la mayor formalidad la navegacion de aquella tosca piedra desde Pérgamo al Tíber, así como los milagros que dieron testimonio de su divinidad al Senado y al pueblo romano; se subleva enseguida contra aquellos hombres *ridículos*, de espíritu sutil, si bien de entendimiento no sano, que rehusan prestar fe á lo que creen ciudades enteras; que prefieren el culto de la cruz al de los *anciles*, trofeos sagrados caidos indudablemente del cielo, y *que*, añadia, *podrian con risa sardónica escarnecer impiamente los misterios más santos, si mi lengua dijera de ello más de lo que conviene á un devoto.*

Asegura que estima más que el imperio del mundo la inteligencia alegórica de la mitología (26), en la que habia sido instruido por Edesio, sucesor de Jámblico, y por aquella série de sofistas que con gran cuidado se trasmitieron el discípulo imperial uno después de otro, hasta el momento en que Máximo, maestro consumado en la ciencia teúrgica, le inició en los misterios de Eleusis (27), Juliano otorgó á este último tanto valimiento que le llamó á su lado en las Galias, para que le santificara á todas horas con sacrificios. Las espantosas escenas de la iniciacion fueron representadas para él con toda la horrible majestad de los ritos, en el fondo de antros oscuros, y enmedio de relámpagos y de truenos; donde una vez Juliano viéndose rodeado de demonios, hizo, en su terror, la señal de la cruz, y les vió desaparecer por espanto ó por despecho (28).

Libanio nos asegura que á contar desde la admision de Juliano entre el número de los iniciados bajaban asíduamente para conversar con él los dioses y las diosas; á veces interrumpian su sueño rozando ligeramente con sus cabellos. Siempre le daban consejos en las circunstancias difíciles, y le advertian cuando le amenazaba algun peligro. Tan habituado estaba á ellos que conocia en la voz y en el ruido de los pasos á Minerva de Júpiter, á Hércules de Apolo (29).

Se hacia digno de tales favores con actos que, en nuestro sentir, jamás fueron considerados por Homero como meritorios, por ejemplo, abstenerse en determinados dias de manjares que miraba como menos agradables á tal ó cual dios. No permitiéndole los negocios públicos juntarse á sus súbditos para las prácticas piadosas, tan luego como fué emperador y gran pontífice, tuvo una capilla doméstica consagrada al sol. Sus aposentos

---

(24) Τὸν πατέρα Μίθραν. *Obras*, pág. 336 y 130. BANDURI, *Numismata imp. rom.*, II, 427-440.

(25) Ὀμνυμι δὲ τὸν μέγαν Σεράπιν. *Ep.* VI.

(26) *Discurso* VII.

(27) Aprovechamos esta ocasion para hacer notar que los iniciados eran despedidos en Eleusis con las palabras Κογξ ομ παξ: cuyo significado no comprendian los griegos, si bien actualmente se usan todavia en la India, nueva prueba de que como dijimos antes, los ritos griegos fueron traidos de aquella comarca.

(28) S. GREGORIO NACIANCENO, *disc.* III.

(29) LIBANIO, *Legatio ad Julianum*, pág. 157. *Oratio parent.*, cap. 84.

y sus jardines estaban llenos de estátuas y de altares. Apenas aparecia el sol en el horizonte le saludaba con un sacrificio, y le ofrecia nuevas víctimas en su ocaso. Tampoco descuidaba hacer ofrendas en el curso de la noche á la luna y á los astros. Cada dia visitaba el templo del dios de quien se hacia una conmemoracion especial, no desdeñando los más humildes empleos; por eso se le veia revestido con la púrpura, enmedio de sacerdotes impúdicos y de mujeres que danzaban, soplar el fuego, degollar las víctimas con su propia mano, y esforzarse por leer el porvenir en sus palpitantes entrañas. Su intencion era borrar de este modo el carácter que le habia impreso el bautismo, y hasta se sometió con este objeto á un tauróbolo (30), haciendo llover sobre su cabeza la sangre de un toro degollado. Si hemos de creer á los escritores cristianos inmoló doncellas y niños para consultar sus entrañas, y sus cadáveres fueron encontrados inmediatamente después de su muerte.

Escogia para vicarios de su pontificado sacerdotes y filósofos versadísimos en estas vanidades, que, celosos partidarios de la creencia de sus mayores, habian sido amigos y confidentes de sus mocedades. Literatos, adivinos, magos sustituyeron en la corte á los obispos desterrados de ella; Máximo, su maestro y su iniciador, ocupó allí el primer puesto. A invitacion suya abandonó á Sardis, y cruzó como en triunfo las ciudades del Asia; le precedia Petiodoro, haciendo abrir de nuevo los templos, volver á celebrar los simulacros, ensangrentar con víctimas los altares y decidir á las conciencias que vacilaban. En el momento de llegar á Constantinopla, Juliano, que pronunciaba un discurso ante el Senado, lo interrumpió para correr á su encuentro, y, habiéndole abrazado afectuosamente, le introdujo en la augusta asamblea, declarando públicamente que le debia las mayores obligaciones. Una vez en la corte, Máximo se afirmó en ella elevando á sus hechuras, y reunió más riquezas de las que convenian á un filósofo, en esto fué perfectísimamente imitado por todos aquellos á quienes el emperador habia sacado de su oscura morada ó de su escuela; pero no se apercibia de su codicia, ó no queria confesar que se habia engañado.

Entre los sofistas, el retórico Libiano, maestro famoso de retórica, y enamorado de un culto que le ofrecia bellísimas frases, fué nombrado cuestor honorario; y sus cartas y oraciones espresan la alegria de aquella multitud de pedantes al creer resucitado el helenismo porque habian sido renovados algunos ritos, juegos y teatros. «Feliz aquel (esclama algunas veces) que participó de tal fiesta, que pudo contemplar á Dios y su templo, que vió al númen llevado procesionalmente por la ciudad, que pudo gozar del espectáculo del culto de Atenas y decir: Yo he visto el Areópago, la Acrópolis, y las Euménides calmadas después de un largo furor.» Estaba tan convencido este retórico de la vitalidad del helenismo, que no queria que se violentase al cristianismo, como por venganza lo deseaban muchos, moderacion que le agradecemos, aunque inspirada por la idea de su debilidad (31).

Sin embargo, no cegaba el entusiasmo á Juliano hasta el punto de no ver que los ritos helénicos ó etruscos habian perdido la direccion de las conciencias, que la fé habian abandonado los altares á la

---

(30) Prudencio nos trasmite en estos términos la descripcion de un tauróbolo, himno X, *in martyr. S. Romani.*

Summus sacerdos nempe sub terram scrobe
Acta, in profundum consecrandus mergitur...
Tabulis superne strata texunt pulpita
Rimosa rari pegmatis compagibus;
Scindunt subinde vel terebrant aream
Crebroque lignum perforant acumine
Pateat minutis ut frequens hiatibus.
Huc taurus ingens fronte torva et hispida
Sertis revinctus aut per armos floreis
Aut impeditus cornibus deducitur.
Nec non et auro frons coruscat hostiæ,
Setasque fulgor bractealis inficit.
Hic, ut statuta est immolanda bellua,
Pectus sacrato dividunt venabulo.
Eructat amplam vulnus undam sanguinis
Ferventis, inque texta pontis subditi
Fundit vaporum flumen et late æstuat.
Tum per frequentes mille rimarum vias
Illapsus imber, tabidum rorem pluit;
Defossus intus quem sacerdos excipit,
Guttas ad omnes turpe subjectans caput,
Et veste et omni putrefactus corpore.
Quin os supinat, obvias offert genas,
Supponit aures, labra, nares objicit.
Oculos et ipsos perluit liquoribus;
Nec jam palato parcit et linguam rigat,
Donec cruorem totus atrum combibat.
Postquam cadaver sanguine egesto rigens,
Compage ab illa flamines retraxerint,
Procedit inde pontifex visu horrido;
Ostentat udum verticem, barbam gravem,
Vittas madentes, atque amictus ebrios.
Hunc inquinatum talibus contagiis
Tabo recentis sordidum piaculi
Omnes salutant atque adorant eminus,
Vilis quod illum sanguis et bos mortuus
Fœdis latentem sub cavernis laverint.

(31) Entre las muchas cartas en que espresa este sentimiento, la más notable es la siguiente (1426, pág. 652 de la edicion de Volfio): «Si alguno dice que lo hemos invadido todo, dejádselo decir y los hechos desmentirán su acusacion. Alegrémonos de la reedificacion de los templos, pero sin hacerla amarga á nuestros enemigos, para no oir repetir hoy lo que deciamos hace poco contra lo que se hacia. ¿Los hijos de Talaso cambiaron un templo en casa? hicieron lo que agradaba al príncipe que reinaba entonces. Yo no los alabo, solamente digo que su accion estaba conforme con aquel tiempo. Los fenicios que habitan aquella casa, quisieran convertirla en templo. ¿Pero porqué? ¡oh buena gente, conservad la casa y restableced el templo, pero no persigais á los que de él fueron espulsados! Los dioses no imitan á los despiadados usureros; y si es restituido por algunos lo que es de ellos, no quieren que sea atormentado.»

incredulidad y al interés. «Veo á muchos, decia, que sacrifican con pesar suyo, pocos que lo hagan de buen corazon y con conocimiento (32). Si el helenismo no hace tantos progresos como debian esperarse, ¿de quién es la culpa? De los que lo profesan. Por parte de los dioses todo es grande, magnífico, y sea esto dicho sin ofensa de la Némesis divina, superior á nuestras esperanzas y á nuestros votos. ¿Quién hubiera osado prometerse poco antes un cambio tan repentino y tan maravilloso?» (33)

Sin embargo, frecuentemente se queja del descuido con que se observan los deberes religiosos. «Hácia el décimo mes, cuando torna la antigua solemnidad de Apolo, la ciudad de Antioquia debia dirigirse á Dafne para celebrarla. Dejo el templo de Júpiter Casio, y corro imaginándome ver toda la pompa de que es capaz Antioquia. Mi imaginacion me representaba las víctimas, las libaciones, los perfumes, los mancebos vestidos de túnicas blancas, símbolo de la pureza del corazon; pero ¡cómo me engañaba! Llego al templo y ni siquiera encuentro allí una torta, ni un grano de incienso. Asombrado, supongo que los preparativos están fuera, y que se aguardan mis órdenes en mi calidad de sumo pontífice; pregunto al sacerdote que es lo que va á ofrecer la ciudad en el dia solemne: *Nada*, contesta: *solo yo he traido de mi casa ese pato, y el dios no tendrá en el dia de hoy otra cosa.*» (34)

Juliano reconvino prolijamente al Senado de Antioquia á causa de aquella tacañeria respecto de los dioses; pero en su ceguedad no comprendia la elocuencia de los hechos, y se obstinaba en imponer con decretos imperiales y por medio de elucubraciones filosóficas una religion, la cosa más libre del mundo. Aspiró á restablecer el crédito de los oráculos consultando amenudo los de Delfos, de Delos y de Dodona: tornó á abrir el manantial profético de Castalia en Dafne, cegado con piedras desde Adriano (35); y cuando marchó contra los persas consultó sobre el desenlace de la guerra á todos los oráculos comprendidos en el recinto del imperio (36). A imitacion del cristianismo procuró reorganizar el helenismo por medio de ritos nuevos y de una gerarquia, teniendo cuidado de atribuirse las funciones supremas, y de hacer con ellas una supersticion racional y meditada. Queria introducir en los templos la predicacion y el catecismo, oraciones á horas determinadas, cantos á dos coros, una penitencia para los pecados, aparatos para la iniciacion, lugares de retiro para la meditacion y asilos para las vírgenes. Era con especialidad muy partidario de las cartas que los obispos entregaban á los fieles que iban de viaje, piadosa recomendacion que valia á los cristianos ser acogidos con la efusion de la caridad en todas partes.

A ejemplo de las cartas pastorales de los cristianos, dirigíalas él mismo, recomendando á los sacerdotes ser obsequiosos é imitar á aquellos perros de galileos. «Mientras los pontífices no se cuidaron de los pobres, estos abominables galileos que se apercibieron de tamaña falta, se aplicaron á obras de caridad: de este modo establecieron y fortificaron sus perniciosos errores con auxilio de estas pruebas de bondad aparente. De aquí sus agapas, sus banquetes hospitalarios, las mesas servidas para los pobres, cosas ordinarias entre ellos, y en virtud de las cuales empezaron y siguieron inspirando á los fieles desprecio á la impiedad y á los dioses» (37). ¡Estupenda confesion!

Es verdad que procuraba denigrar siempre las virtudes cristianas, suponiéndolas perversos fines; pero al querer persuadir que el cuidado de recoger á los niños espósitos provenia del avaro deseo de venderlos como esclavos en los paises extranjeros, olvidaba el sofista que hubiera debido castigar á los delincuentes como emperador y no burlarse de ellos, si estaba convencido de lo que decia. Tambien amenudo hacia de manera que se imitara á aquellos de quienes se mofaba. Prometia él mismo asistir á los indigentes, fundar hospitales para los pobres, sin distincion de patria ni de creencia; proyectos que, de haberlos ejecutado, hubieran suministrado una nueva prueba de la influencia de la verdad hasta contra aquellos que se obstinan en cerrar los ojos á su luz.

Así toma de los insensatos galileos el tipo de los pontífices cuando recomienda «tener especialmente en consideracion al elegirlos la virtud y la filan-

---

(32) *Ep.* IV.

(33) *Ep.* XLIX.

(34) *Misopogon. Ob.* pág. 361. Tambien Libanio escribe á Alejandro prefecto: «Sé que estás lleno de devocion y que conviertes á muchos al culto de los dioses; pero no te cause estrañeza si entre ellos hay algunos que desaprueban interiormente lo que hacen, y condenan siempre los sacrificios. Estos te obedecen en público porque lo mandas, y se acercan á los altares; pero en su casa, la mujer, las lágrimas y la noche le aconsejan lo contrario, y reniegan de los númenes» (tom. II, pág. 391). En otro lugar (*Ep.* 1057, pág. 501) le dice que no significan nada las fiestas en que los ciudadanos son llevados llorando y por miedo; y «tal es el carácter de los cristianos que si los tratas buenamente, te darán plumas de lobo y leche de gallina, y si empleas malos tratamientos, la desesperacion los pone fuera de sí, y no es posible obligarles ni aun á las cosas más sencillas.»

(35) AMIANO MARCELINO, XXII, 12.

(36) TEODORETO, III, 16. Conferencia sobre estas materias con sus más íntimos amigos con una seriedad que podria interpretarse por convencimiento. Da cuenta de un sueño, que le anuncia el porvenir, á Oribaso, su confidente. Escribe á Máximo: «Júpiter, el sol, Minerva, y todos los dioses y diosas son testigos de la viva inquietud en que me hallaba respecto de tu persona. Consulté á los dioses, ó más bien hice que los consultaran, no sintiéndome con fuerzas para ver, ni oir lo que pudiera acontecerte.» Es verdad que tenemos prosistas del siglo décimo quinto, y versificadores del siglo décimo octavo que no hablan de otra manera.

(37) *Ep.* XLVIII.

tropia, sin que su pobreza ni su oscuro nacimiento les haga escluir de esta categoria: que se distingan por sus irreprensibles costumbres; que oren á los dioses tres ó á lo menos dos veces al dia; que no dejen pasar dia ni noche sin sacrificios, ni noche sin lustraciones; que no permanezcan en sus casas durante los treinta dias de fiesta, ni se presenten en el foro más que para defender á los inocentes, sino que estén de contínuo en el templo: que se vistan comunmente con sencillez, pero en el templo con magnificencia; que socorran á los pobres; que no frecuenten el teatro, ni los actores, cocheros ó bailarines: que sean graves en su lenguaje y en sus escritos; que no acepten comidas sino en casa de personas de buenas costumbres; que no lean malos libros, como por ejemplo los de Arquiloco ó Hiponates: que estudien la historia y no las fábulas; que entre los sistemas filosóficos prefieran á los que colocan á los dioses ante todo, como hacen Platon, Aristóteles, Zenon y Crisipo; y que aun en estos se atengan á aquello que encamina á la piedad.» (38)

(38) Véase *Ep.* XLIX, y en sus obras pág. 300-305. Leipzig, 1696, edicion de Spanheim.

A. Arsacio, pontífice de Galacia:

«¿Quién hubiera osado prometerse hace poco un cambio tan repentino y tan maravilloso? ¿Pero daremos por consumada la obra sin pensar en emplear los medios con que la impiedad ha adquirido crédito en el mundo? Quiero hablar de la hospitalidad, del cuidado de sepultar á los muertos, de una vida regular esteriormente. Ellos fingen todas las virtudes, á nosotros toca practicarlas de una manera real y efectiva.

»No basta que seas intachable; tales deben ser todos los sacerdotes de Galacia. Emplea la persuasion y la amenaza para obligarles á vivir en conformidad á su estado. Esclúyeles de las funciones del sacerdocio, si ellos, sus mujeres, sus hijos, sus criados, no son fieles al servicio de los dioses. Adviérteles que un sacrificador no debe concurrir al teatro, ni beber en las tabernas, ni ejercer una profesion vil y deshonrosa. Honra á los que te obedezcan; espulsa á los demás. Establece en todas las ciudades hospitales donde se puedan practicar los deberes de la humanidad con los pobres, sean de la religion que quieran. Para subvenir á los precisos gastos, he mandado que la Galacia consagrará á ellos anualmente, treinta mil medidas de trigo y sesenta mil sextarios de vino, de los cuales quiero que una quinta parte sea para los pobres que sirven á los sacerdotes, y lo demás será distribuido á los mendigos y á los extranjeros. Es una vergüenza que ningun judio viva de limosna, y que estos galileos impios, además de sus pobres, mantengan á los nuestros, á quienes dejamos carecer de lo necesario. Enseña á los helenos á contribuir para estas atenciones, y á que sus aldeas ofrezcan á los dioses las primicias de sus frutos. Acostúmbrales á estas buenas obras, y enséñales que nosotros hemos sido los primeros en practicarlas, como lo atestigua Homero que hace decir á Eumeo recibiendo á Ulises: «¡Oh extranjero! Yo no debiera tratar indignamente á un huésped, aunque no valiera lo que tú; Júpiter es quien envia los huéspedes y los pobres; mi don es pequeño, pero tiene un valor grande.» (Οδυσσ. Ξ. 48).

»No suframos que esta gente nueva usurpe nuestra gloria, ni que imitando las virtudes de que poseemos el original y el tipo, cubra de oprobio nuestra humanidad y negligencia: ó más bien no hagamos traicion á nuestra religion, no deshonremos el culto de los dioses. Si llego á saber que cumples todos estos deberes, será imponderable mi alegria.

»Visita rara vez á los gobernadores, contentándote con escribirles: cuando hagan su entrada en una ciudad no salgan á su encuentro los sacerdotes. Recíbanles en el vestíbulo cuando solo vayan á los templos. No se hagan acompañar de soldados, sino que pueda seguirles el que quiera, atendido que al poner el pié en el templo se convierten en simples particulares, y solo tú tienes derecho de mandarles, porque lo preceptuan así los dioses. El que se somete á esta ley, da verdaderamente muestras de religion; aquellos que no quieren deponer ni un instante el fausto y la grandeza, son soberbios henchidos de vano orgullo. Estoy dispuesto á socorrer á los habitantes de Pesinunte, con tal de que se hagan propicia la madre de los dioses; si la descuidan, no solo serán culpables, sino que, pesar me cuesta decirlo, merecerán mi indignacion. «Yo no debo socorrer á los que son odiosos á los dioses bienhechores» (Οδυσσ. K. 74). Les harás, pues, entender que si quieren que les asista, deben de invocar todos de acuerdo á la diosa Madre.»

¡Gran testimonio de la virtud cristiana que él queria hollar y ver imitada! Pero el sofista cerraba entre tanto los ojos á los progresos que á impulsos del cristianismo habia hecho la equidad legal; y de tantas constituciones suyas inserta en el código Teodosiano no hay ninguna que favorezca la emancipacion del derecho natural, tan bien comprendido por sus predecesores.

Prueba que procedia de este modo, no por convencimiento, sino por odio á los cristianos, en el favor de que dió muestras á los hebreos. Primeramente les dispensó del impuesto especial á que estaban sujetos, cuyos registros entregó á las llamas, atribuyendo este recargo á las sugestiones hostiles de los cristianos que rodeaban á Constancio. Cristo habia profetizado en términos tan precisos la destruccion de Jerusalen, que las ruinas de esta ciudad eran consideradas como una de las más indestructibles pruebas de la verdad de la fe. Desmentir á esta profecia hubiera equivalido á dar un golpe á la conviccion que inspiraban; y lo intentó Juliano, sin tener en cuenta el horror manifestado constantemente por los hebreos á aquellos dioses á quienes pretendia comunicar nueva vida, y entre los cuales se contentaba con señalar un puesto al Dios grande (μέγας θεὸς). Infatuado, pues, con este proyecto exhortó á Julio, su patriarca, *venerabilísimo hermano* (39), á renovar los sacrificios; y como esto no era posible fuera de Jerusalen, decretó la ereccion de un templo en la cumbre del Moria, destinado á eclipsar en magnificencia al que Constantino y Elena habian mandado levantar sobre el Santo Sepulcro, queriendo que los judios se congregaran entorno. Alipio, amigo del emperador, no menos habil en la poesia que en la administracion, fué enviado para dar cima á esta obra, cuyo resultado debia ser oponer en conjunto á los gali-

(39) *Ep.* XXV.

leos el entusiasmo nacional y religioso, los cánticos y la cuchilla. Secundóle la nacion judia con aquel fervor y aquella liberalidad que no le faltaron nunca, siempre que se tratara de salvar ó reedificar la patria. A pesar de todo la obra no pudo ser llevada á feliz remate. Bajo Jerusalen se abrian anchas cavernas, ora hubieran servido de cisternas para conservar el agua, ó de almacenes para el trigo. En los tres siglos, durante los cuales habia estado sin moradores la ciudad santa, se habian llenado de gases inflamables, que, en el momento en que se acercaron los obreros con antorchas, se prendieron, produciendo una esplosion terrible, derribando los cimientos del edificio comenzado. Asunto de asombro para los idólatras, milagro para los cristianos (40), y para todos cumplimiento de la promesa divina para confundir una impiedad orgullosa.

Juliano se apartaba tanto en estos trabajos como en los sacrificios de la parsimonia que habia introducido en todo lo restante. Inmolaban aves rarísimas y hasta cien bueyes al dia para tener propicias á divinidades sordas é impotentes; larguezas verdaderamente régias dotaban los santuarios que habian sobrevivido á la indiferencia de los gentiles y al celo de los cristianos. Servíale de estremo alborozo ver á los soldados saciar su apetito con víctimas degolladas en honor de los dioses, y embriagarse con el vino sagrado (41). Luego en los dias solemnes, cuando pasaban en su presencia revista, todos los que echaban un grano de incienso en el ara tenian seguridad de recibir de su parte algun regalo. A muchos de ellos engañó la sencillez de este acto; pero apenas conocieron que era culpable, corrieron en tumulto al palacio, y, arrojando el oro que habian recibido, se declararon cristianos sin ningun recelo. Irritado el emperador de aquella osadia mandó que fueran decapitados; ya marchaban alegres al suplicio, disputandose la gloria de morir primero, cuando les perdonó diciendo que no queria proporcionarles la gloria del martirio.

Esta frase, que por lo comun usaba, no le impedia asociar á la sábia persecucion las medidas tiránicas. Mandó que los cristianos reedificasen á su costa los templos de los dioses demolidos por su celo, y que les restituyesen los terrenos confiscados; además, habiendo sido construidas las iglesias por lo general sobre aquellos, preciso fué echarlas abajo. En su consecuencia, como la religion no permitia á los cristianos reconstruir templos profanos, se les consideraba como á deudores insolventes, se les encarcelaba segun la costumbre romana, siéndoles muy penosa la arbitraria severidad de los magistrados, quienes por este medio se congratulaban con el emperador. Marcos, obispo de Aretusa, habiendo rehusado toda indemnizacion para los edificios paganos que habia destruido, y hallándose en la mayor indigencia, fué detenido, apaleado, y después de haberle arrancado la barba, se le desnudó, y untado de miel fué suspendido en el aire en una red, esponiéndole de este modo al sol y á los insectos. El fué quien salvó á Juliano, siendo niño, de manos de los asesinos.

La administracion de los bienes asignados al culto por Constantino y por sus hijos se transfirió á los pontífices profanos, viéndose confundidos los sacerdotes cristianos con la parte más ínfima del vulgo. Juliano tendió constantemente á despojar á los fieles de todos los honores y ventajas temporales; y no disimulando la intencion de emplear respecto de los obstinados una violencia *saludable* (42).

Habian purificado los cristianos el bosque de Apolo en Dafne, sitio muy famoso por sus obscenas magnificencias, trasladando á él los huesos del santo obispo de Antioquia Babilas, cerca del cual deseaban sepultarse los fieles. Juliano quiso purgar este paraje de la profanacion que habia hecho enmudecer al oráculo, y mandó que fueran estraidos los venerables restos del santo; pero en la misma noche, el templo de Dafne y el coloso de Apolo fueron reducidos á cenizas. Los cristianos pregonaron el milagro, Juliano se indignó del crímen, y pensando menos en su comprobacion que en su castigo (43), mandó cerrar la catedral de Antio-

(40) La esplicacion natural la hemos dado nosotros; pero los todos Santos Padres ven en esto un portento que es confirmado por muchos otros que le acompañan.

«Juliano se habia propuesto dar un mentís á este oráculo de Jesucristo: *Pasarán el cielo y la tierra pero no mis palabras;* y se vanagloriaba de pulverizar en breve este dogma del cristianismo. El hombre que fulminaba tan impotentes amenazas, ¿dónde se halla ahora? ¿Dónde estará para siempre? Muerto. No le busqueis entre los vivos, sino en el infierno donde está encadenado á eternos suplicios; á la par que Jesucristo, que hizo la prediccion, reina en la exceltitud del cielo sentado á la diestra de Dios su padre. ¿Qué fin tuvieron las blasfemias del emperador orgulloso? ¿En qué vino á parar su sacrílega lengua? No es más que polvo y ceniza que se disputan los gusanos, mientras que el oráculo de Cristo, justificado por lo acontecido, por su ejecucion exacta, recibe un esplendor semejante al de una columna del metal más rico.» JUAN CRISÓSTOMO *en San Babilas*. San Ambrosio y San Gregorio Nacianceno, afirman el hecho en vida de aquellos que podian haberlo presenciado como testigos. Amiano Marcelino, pagano y militar se esplica de este modo. *Cum itaque fortiter instaret Alipius, juvaretque provinciæ rector, metuendi globi flammarum prope fundamenta crebis assultibus erumpentes, fecere locum, exustis aliquot operantibus, inaccesum; hocque modo elemento destinatius repellente, cessavit incæptum,* XXIII, 1.

(41) Juliano se felicita de ello en su *carta* XXXVIII, y Amiano Marcelino se lamenta por la misma causa, XXII, 12.

(42) *Ep.* XLII. Ἀκοντας ἰᾶσθαι, medicinar contra la voluntad.

(43) Amiano Marcelino dice que un levísimo rumor *(levissimus rumor)* imputaba este incendio á los cristianos (XXII, 13). Ni el mismo Juliano se atreve á afirmar que fueran ellos los autores, aunque lo insinua hábilmente en el *Misopogon*, pág. 361.

quia, confiscar sus bienes y condenar al tormento á muchos eclesiásticos, uno de los cuales fué decapitado.

Es verdad que Juliano desaprobaba los actos de rigor de sus agentes; pero no les reprimia y hasta les recompensaba á veces. En el *Misopogon* aplaude la piedad de las ciudades de Siria que á la primera señal destruyeron los sepulcros de los galileos, reconviniéndoles blandamente de haber olvidado por celo la moderacion recomendada. Los hechos á que alude en este escrito, atenuándolos, están quizá contados con exageracion por los escritores eclesiásticos. Efectivamente, segun ellos, envanecidos los paganos con su momentáneo triunfo dieron muerte á los más fieles, cuyos cadáveres fueron arrastrados por las calles y pinchados con los asadores de los cocineros y con las ruecas de las mujeres: echaron á los cerdos las entrañas de las vírgenes y de los sacerdotes mezcladas con avena, y otras personas fueron inmoladas en las aras de los dioses vengadores (44).

¿Se quiere saber cuándo se apresuraba á castigar Juliano? Era cuando los disturbios parecian escitados por los cristianos, caso harto frecuente por la concurrencia de tantos sectarios. Así en Edesa habiendo insultado los partidarios de Arrio á los de Valentin, mandó que los bienes de la Iglesia fueran confiscados, y distribuido el dinero á los soldados. Añadiendo enseguida la ironia al despojo, decia: *Deben darme gracias los galileos, puesto que su maravillosa ley promete á los pobres el reino de los cielos; así podrán por causa mia caminar en línea recta y más desembarazados por la senda de la virtud y de la salvacion* (45). Al revés, cuando el obispo Jorge de Capadocia fué asesinado en Alejandria por los paganos, Juliano se limitó á dulces amenazas mezcladas con protestas de estima; y como para disculparles se esforzó en hacer patentes los desafueros, segun él los llamaba, con que aquel obispo habia provocado semejante venganza: de consiguiente aun declarando que su deber es castigar los motines, perdona en consideracion al fundador de la ciudad y al dios Serapis (46). ¡Imparcialidad de filósofo, sinceridad de devoto!

Aquel Jorge, que se hizo posteriormente tan célebre en tiempo de las cruzadas como patrono de la caballeria, habia incurrido en actos condenables, mostrándose de contínuo en contradiccion con San Atanasio. Cuando hubo espiado sus faltas con el martirio, habiendo ascendido de nuevo Atanasio á su sede de Alejandria, se ocupó en restablecer con prudente celo el órden en las iglesias trastornadas. Era natural que le honrara con un odio particular Juliano. Continuando, pues, en el sistema de desconocer en los hechos la tolerancia proclamada de palabra, se puso el emperador á decir que si habia llamado del destierro á los galileos, no por eso resultaba para ellos el derecho de ponerse al frente de las iglesias; que le sorprendia que un hombre tan culpable como Atanasio insultara la magestad de las leyes volviendo á tomar posesion de su sede sin el imperial permiso, y llevando la audacia hasta el punto de bautizar á damas griegas de ilustre estirpe. De consiguiente le desterró de la ciudad fingiendo ceder el voto general: pero desmentido en breve por las instancias del pueblo todo, se aumentó su cólera y quiso que abandonara el Egipto. Se queja al prefecto de este pais porque sus órdenes no son ejecutadas activamente, sin disimular el deseo de ver á aquel magistrado entregarse á actos de rigor; anhelando, por ejemplo, que todo el veneno galileo se reconcentrara en la persona de Atanasio, para poderlo destruir de un solo golpe.

Era, pues, la tolerancia de Juliano la de todos los tiranos, que son clementes mientras no encuentran oposicion alguna. Pero una Iglesia consolidada con cuarenta años de dominacion, podia desplegar una constancia más segura todavia que aquella de que habia dado prueba cuando era poco numerosa y dominada; porque si los cristianos habian doblado la frente en tiempo de las primeras persecuciones, obedeciendo á potestades superiores aunque enemigas, conociendo entonces que habian llegado á ser un pueblo, no querian estar obligados por más tiempo á soportar la peor de las injurias, la que violenta las conciencias. Siguióse de esto que los altares reconstruidos y los templos nuevamente abiertos con brillo fueron derribados en muchos puntos; que la usurpacion de los bienes transferidos de las iglesias á los ídolos, suscitó numerosas quejas. Irritado Juliano de la resistencia castigó á los contumaces, y los cristianos honraron á sus víctimas como á los mártires; hasta la presuncion de inocencia hacia otorgar una compasion no disimulada al suplicio de los que habian podido merecerlo por un celo escesivo en su oposicion, efecto ordinario y natural de las persecuciones inícuas. Como los cristianos temian que Juliano (47)

---

(44) Gregorio Nacianceno, cuya hostilidad contra Juliano, es de las más violentas. Sin embargo concuerda en esto con Sozomenes (V, 9), escritor original, y con Filostorgio (VII, 4).

(45) *Ep.* XLIII.

(46) *Ep.* X.

(47) «Juliano por su odio ciego contra el cristianismo, por su espíritu rígido y burlon, por su voluntad firme, que le hizo general y conquistador, á pesar de su aficion al estudio y al reposo filosófico, ofrece grandes rasgos de semejanza con Federico II de Prusia. Aquellas dos almas habian sido vaciadas en un mismo molde, y quizá la diferencia de los tiempos es la única causa del contraste que se advierte entre sus numerosas analogias. Nacidos ambos cerca del trono tuvieron que atravesar una juventud llena de trabas, de peligros, y amenazada por la dura tirania de sus deudos. Juliano fué encarcelado en un claustro, Federico en un castillo. El uno temió la crueldad de su tio Constan-

llevara su obstinacion más lejos, se preparaban á una resistencia que podia haber encendido una guerra civil en el imperio, impidiendo las circunstancias que esto se verificase.

---

cio; el otro la cólera de un padre implacable. Ambos fueron preservados por la necesidad que tenia el trono de un heredero; los dos pasaron este tiempo de ruda prueba dedicados á la filosofia y á las letras, aplicándose precisamente á los estudios que les estaban más prohibidos. Educado el uno por fuerza en el cristianismo, devoraba en secreto las obras de los sofistas paganos; amenazado el otro por un padre que hubiera querido quemar todos los libros, recibia furtivamente las obras de los más atrevidos escritores del siglo diez y ocho. Federico se animaba leyendo á Voltaire en los torreones de Spandau, como Juliano en la iglesia de Antioquia estudiando al sofista pagano Libanio. Este esfuerzo igualmente esperimentado, no hizo más que escitar del mismo modo á dos espíritus vivos y vigorosos, y aumentar su odio contra las opiniones que les habian sido impuestas, y el fanatismo por las que se les habian vedado. Pero impregnada la filosofia de Juliano de la supersticion de su tiempo fué mística y austera: la de Federico tuvo la licencia y el escepticismo del suyo. Juliano tuvo las costumbres puras y la cabeza exaltada; Federico tuvo las costumbres corrompidas y el corazon duro.

»Pero procediendo la filosofia del uno y del otro de su soberbia, no les preservó de la ambicion. Juliano, á la cabeza de un ejército, con su desaliñada apostura, su actitud pensativa, sus dedos manchados de tinta, pareció en un principio un sofista fuera de su puesto: Federico ascendido á rey y no habiendo olvidado sus lecciones de filosofia epicúrea, huyó en la primera batalla; pero en breve se hicieron Juliano y Federico grandes generales, admirando con su denuedo y llevándose en pos los corazones de los soldados. Aquí termina la comparacion; una de las dos existencias fué corta, segada enmedio de su tarea, después de diez y ocho meses de reinado.

»Federico llenó toda la carrera de la vida humana, cumplió sus designios y gozó de su gloria. No se puede decir lo que hubiera ensayado Juliano con las armas y con las leyes. Es de notar, no obstante, que estaba en lucha con su siglo, que era retrógada y estéril su filosofia, mientras que la filosofia de Federico, á pesar de sus errores, se enlazaba al progreso social, y no escluia la libertad sin quererla. Juliano fué perseguidor, aunque generoso; Federico tolerante, porque era escéptico.

»Juliano con una victoria de un momento y con una tentativa insensata precipitó la ruina del antiguo culto y de las antiguas opiniones; Federico fué creador de un poder duradero.» VILLEMAIN.

CAPÍTULO VIII

JULIANO Y JOVIANO.

Si esta persecucion docta atrajo á Juliano el odio de los cristianos, fuerza es reconocer no obstante que poseia muchas de las cualidades que son de desear en un príncipe. No cambió el trono sus costumbres: sencillo en sus vestidos y en sus placeres, asíduo en el desempeño de las graves ocupaciones de un rey, daba cotidianamente audiencia á los embajadores y á los particulares, decidiendo inmediatamente sobre las solicitudes que le eran presentadas; escribia cartas públicas y tratados filosóficos; interrumpia el reposo de sus castas noches para consagrar más tiempo á los negocios, y no llevaba su hastio á los juegos del circo, á que sus antecesores eran tan aficionados, sino cuando le obligaba á ello la costumbre.

¡Cuán estraño debió parecerle con semejantes gustos el lujo de la corte de Bizancio! Queriendo afeitarse, se presenta un dependiente con magnífico traje. *He pedido un barbero*, dice, *no un arrendador de contribuciones* (*rationalem*): y supo que este funcionario recibia, además de una asignacion crecida y de considerables honorarios, la racion necesaria para la subsistencia de veinte esclavos y de otros tantos caballos; que «mil cocheros, casi otros tantos peluqueros, mayor número de coperos, enjambres de criados para la mesa, y eunucos tan multiplicados como las moscas en estio dentro de un establo» (1) llenaban sus palacios enriquecidos con mármoles raros y oro macizo, y que recreaban su apetito voluptuoso los peces y las aves de los más apartados confines.

Al mismo tiempo que se gastaba en estas prodigalidades más que en el sostenimiento de las legiones, la turba de favoritos, queriendo rivalizar con el fausto régio, vendia los empleos é inventaba otros nuevos para convertir en brazos ociosos los que arrancaba á la actividad de las artes.

Habituado el príncipe filósofo á contentarse con un manto usado, á dormir en tierra y á vivir enmedio de la sencillez grosera de los parisios, tomó hastio á todo aquel lujo; pero precipitando las innovaciones, abolió los empleos de corte y los de los curiosos que andaban esplorando todo el imperio, lo cual entregó á la ociosidad á los ricos, y redujo á la mendicidad á gran número de criados.

Estableció en Calcedonia un tribunal especial para juzgar á los que habian abusado de la autoridad bajo Constancio, con poderes para hacer ejecutar sus sentencias sin apelacion ni dilaciones. Compúsose, sin contar á Salustio, prefecto del Oriente, del elocuente Mamertino, de los cuatro generales Nevita, Agilon, Jovino, Arbecion: este último, mejor informado quizá de las intenciones de su soberano, rodeaba el tribunal de hombres armados, y cuando los cargos no bastaban para la condena hacia que la pidieran las legiones en tumulto. Parecieron dignos del fuego, á que se les condenara, el eunuco Eusebio, Paulo y Apodemio; pero Ursulo, tesorero del imperio, no era delincuente más que de haber hecho bien á Juliano, socorriéndole por su cuenta y riesgo. Muchos castigados con la muerte, con la confiscacion y el destierro, fueron compadecidos por aquellos mismos á quienes habian tiranizado. Otros eran blanco de las recriminaciones sin cuento de los egipcios, que reclamaban la restitucion de los presentes exigidos de ellos. A fin de aplacarlos Juliano les manda comparecer á su presencia en Calcedonia, donde hará justicia personalmente. De consiguiente se embarcan en tropel para dirigirse á aquel punto; pero una vez llegados á la ribera de

(1) Μαγείρους χιλίους, κουρεὰς δὲ οὐκ ἐλάττον, οἰνόχους δὲ πλείους, ἠνη τραπεζοποιῶν, εὐνούχους ὑπὲρ τὰς μυῖας παρὰ τοῖς ποιμέσιν ἐν ἤρι. LIBANIO.

Asia se vieron obligados á no seguir adelante, teniendo órden los marinos de no pasar á ningun egipcio. Después de haber perdido su dinero, el tiempo y la paciencia, se apercibieron al fin de la burla de que eran juguete.

Juliano acreditó blandura respecto de aquellos que conspiraron en contra de su persona; y sin embargo quiso que padeciera muerte un mancebo que, con otros aturdidos de pocos años, habia creido trastornar el imperio. Declarándose enemigo del despotismo oriental rehusó el título de señor y manifestó á los cónsules grandes miramientos; hasta pensaba en abdicar la corona; pero fué apartado de este designio por una revelacion de los dioses.

Hizo participar al Senado de Constantinopla de los privilegios del de Roma, que se fingió que habia pasado por mitad á Oriente. Obligó al clero á desempeñar las funciones municipales, de que les habian eximido sus predecesores: repartió con más igualdad los impuestos, y mejoró la condicion de las ciudades, reanimando las curias, que eran el alma de ellas (2). Derramáronse sus beneficios sobre Atenas, sobre las ciudades del Epiro y del Peloponeso, en memoria de sus grandes ciudadanos (3). Cumpliendo los deberes olvidados por muchos emperadores, hablaba amenudo, especialmente en el Senado, para desplegar allí la elocuencia que habia adquirido con un asiduo estudio. Con más frecuencia subia al tribunal para administrar justicia, ora por obligacion, ora por recreo, teniendo particular gusto en deshacer los enredos de los abogados. Tambien demostraba á veces un calor y una pasion que sientan mal á un juez, metiendo amenudo gran ruido en el pretorio; y exasperado una vez por la necedad de ciertos aldeanos que habian ido á suplicarle, precipitóse sobre ellos echandoles á puntapiés y á puñadas.

No contento con adquirir la gloria de Antonino, aspiraba á la de Alejandro. Parecíale que después de sus triunfos contra los francos, los alemanes y los godos, no habia nada más que temer en Occidente; pero el imperio de los persas era siempre amenazante, y en trescientos años de guerra, no habian podido adquirir allí de una manera estable una provincia de la Mesopotamia ó de la Asiria.

Persia. Hormisdas I.—Sapor I, que habia hecho prisionero á Valeriano, tuvo por sucesor á Ormuz I (*Hormisdas*) su hijo (271) y sobrenombrado por los orientales el Liberal (*al-Horri*), amigo del saber, y de cuyo sano juicio da testimonio la siguiente frase que es suya: *Los reyes son como el fuego, que calienta á cierta distancia y de cerca quema.* Habiéndole ofrecido el gobernador de una provincia situada en la frontera de la India comprar diamantes por valor de 100,000 monedas de oro, se negó á ello; y como el gobernador añadiera que se ganaria el ciento por ciento en esta compra, repuso: «Sean ciento ó mil, no trates de tentarme. Si me convierto en mercader ¿qué hará el rey? ¿Y qué será de los negociantes persas, si empleo mis tesoros en quitarles los beneficios á que pueden aspirar ellos?»

Habiéndole sucedido Varanes I (Bahram) condenó á muerte á Manes (273), favorito de su padre, quien escitaba disturbios en el pais con su herejia y decia: *La humanidad no puede definirse, porque comprende todas las demás virtudes.*

Este príncipe fué asesinado en una rebelion (276) y reemplazado por otro Varanes, sobrenombrado el *Injusto (Baharm-al-Kaleff)*, á quien las insinuaciones de los magos convirtieron en escelente monarca. Hizo la guerra contra el emperador Caro: después de diez y siete años de reinado dejó el trono á su hijo Narses (294). Tan ambicioso el nuevo soberano como el fundador de la monarquia, esperó dilatar sus conquistas, merced á las divisiones de los romanos. Pero Galerio, á quien habia vencido primeramente, volvió á adquirir la ventaja y le obligó á ceder cinco provincias (303). Ormuz II favoreció la justicia y el comercio: hasta construyó para éste una ciudad en la Caramania, á que dió su nombre. Pero las riquezas que allí se acumularon sirvieron de cebo á los bárbaros del contorno, lo cual obligó á sus moradores á trasladarse á una isla vecina, que es la de Ormuz, establecimiento importante de los portugueses.

Ormuz tuvo por sucesor á Sapor II (310) á quien hemos visto (pág. 393) llevar tan denodadamente la guerra al territorio de los romanos; pero cuando fiado en el carácter dulce de Juliano le envió delegados para tratar del ajuste de la paz, respondió el emperador que no podia otorgarla en medio de las ruinas y del humo de las ciudades destruidas, y que muy en breve iria en persona á la corte de los Sasánidas.

Después de haber hecho los preparativos necesarios para la ejecucion de su amenaza, á los ocho meses de la muerte de Constancio se halló en Antioquia al frente de un ejército formidable, y pasó allí el invierno en restablecer la idolatria y en robustecer la disciplina. Pero Antioquia, ciudad amiga de los placeres, y adicta no obstante á la religion cuyo nombre habia resonado desde muy luego en su recinto, despreciaba á Juliano como á un hombre groséro, y le aborrecia como á un apóstata. Habiendo producido una carestia las malas cosechas y aumentándola todavia más el monopolio, recurrió Juliano al espediente torpe y peligroso de tasar los granos á un precio á que apenas bajaban en tiempos de abundancia; y para

(2) Ἡ τῆς βουλῆς ἰσχὺς φυχὴ πόλεώς εστιν. LIBANIO, *Or. parent.* cap. 71.

(3) Prudencio, cristiano, hace justicia á sus méritos. *Apoth.* 450.

Ductor fortissimus armis,
Conditor et legum celeberrimus, ore manuque
Consultor patriæ; sed non consultor habendæ
Religionis, amans tercentum millia divum,
Perfidus ille Deo, sed non et perfidus orbi.

alentar con el ejemplo hizo venir al mercado veinte y dos mil modios que sacó de Hierápolis, de la Cálcide y de Egipto. Todo fué acaparado en el instante por ricos especuladores. Pero Juliano, orgulloso de haber encontrado al mal tan escelente remedio, no prestó oidos á las quejas del pueblo que padecia más que nunca; muy lejos de eso mandó encarcelar á los doscientos senadores de Antioquia, que habian llegado á esponerle con calor la necesidad general. Es verdad que les restituyó la libertad antes de que llegara la noche; pero el ultraje se habia cometido, y se manifestaba la oposicion en las reuniones y en las canciones populares, comentándose ridículamente cuanto el emperador hacia y decia. Se hacia burla de sus creencias y hasta de su barba: se decia que era un victimario, un carnicero más bien que un príncipe, que su apostura era afectada; que siendo pequeño de estatura, se esforzaba por ensanchar sus hombros y andar con magestad, remedando á los héroes de Homero. No sabiendo Juliano llevar en paciencia aquellos insultos, ni castigarlos después de haberlos provocado, descendió á combatir á los burlones con sus propias armas, y en el *Misopogon*, es decir, *el Enemigo de la barba*, se burló de sus propios defectos, é hizo al propio tiempo la sátira de las costumbres afeminadas de los habitantes de Antioquia. Posteriormente abandonó la ciudad burlona, dejándole por gobernador un hombre perverso y turbulento.

Pusóse en marcha al principio de la primavera (363), y satisfecho ó afligido alternativamente á medida que hallaba el culto de los dioses en estado próspero ó decadente, y segun eran las respuestas de los oráculos adversas ó propicias, llegó á Hierápolis, punto de reunion general de las tropas. Habia juntado las tropas más escelentes que jamás se habian dirigido contra los persas; veíanse allí sesenta y cinco mil soldados reclutados entre los veteranos de las diferentes provincias, romanas ó bárbaras, un cuerpo de escitas auxiliares, y muchas tribus árabes atraidas por el doble estímulo del botin y del sueldo. Mil y cien buques aseguraban por el Éufrates las provisiones de las tropas, flanqueadas por cincuenta galeras, y en el caso de necesidad un gran número de barcas chatas podian juntarse con suma facilidad para servir de puente. Tenia el ejército en sus filas oficiales persas, conocedores del pais y de la táctica militar del enemigo: entre ellos se contaba Hormisdas, de la raza de los Sasánidas, que obligado á refugiarse en la corte de Constantino escitó allí compasion en un principio, estimacion luego, y que hecho cristiano iba á demostrar á su patria cuan temible es la enemistad de un hijo.

Juliano respondió orgullosamente á los pueblos que le ofrecian sus servicios, que Roma socorria á sus aliados y no tenia necesidad de socorros. Dijo á los sarracenos, que se quejaban, como de una falta á la fé prometida, de haber sido privados de la pension pagada por los emperadores precedentes, que un príncipe guerrero tiene hierro y no oro; orgullo intempestivo que la enagenó la voluntad de muchas personas.

Armenia.—Debia proporcionar la Armenia una sólida base á sus bien concertadas operaciones; convertida al cristianismo durante el largo reinado de Tirídates II (259-314), se habia hecho aliada del imperio, no solo por política, sino por religion. Habiendo muerto este príncipe después de cincuenta y seis años de reinado, Cosroes su heredero fué destronado, se espulsó á los cristianos, y dos gobernadores, ayudados por Sapor y por las feroces tribus de los albaneses, usurparon la autoridad suprema. Finalmente al cabo de tres años, Antíoco, oficial del palacio imperial, restableció á Cosroes en el trono de sus padres, donde le consolidaron el perdon y el olvido. Sin embargo, este príncipe, débil de cuerpo y de espíritu habia comprado á Sapor una paz vergonzosa, cediéndole la fértil Atropatene, y sometiéndose además á un tributo anual. Arsaces el Tirano, que reinaba en la época de que hablamos, se mostraba todavia más débil: habiendo recibido muchos favores de Constancio, profesaba gran celo por la religion cristiana, y de consiguiente era hostil á Juliano. Su irritacion subió de punto cuando se vió tratado por él como un esclavo, como un enemigo de los dioses, y se consagró á preparar su pérdida en secreto.

Habiéndose adelantado Juliano por medio de una hábil marcha (4), pasó el rio Cabora, que desemboca en el Éufrates cerca de Circesio, donde divide los dos imperios. Haciendo entonces cortar el puente para poner á los soldados en la necesidad de vencer, y habiendo alentado su valor con una arenga, seguida de una distribucion de ciento treinta monedas de plata por cabeza, se dirigió por el camino que habia llevado el jóven Ciro en su espedicion, que nos ha descrito Jenofonte, hácia la frontera del desierto y luego arrostró sus peligros. Su marcha fué continuamente inquietada por el el surena persa y por Maleck Rodosaces, emir de la tribu de Gassan, famoso ladron, los cuales interceptaban los convoyes, copaban los destacamentos y la retaguardia. Llegado á Asiria, la entregó á los

(4) Descríbela él mismo en una carta al sofista Libanio en que se lee tambien lo que sigue: «He pronunciado en el Senado de Berea una corta arenga sobre la religion que me ha valido las alabanzas de todos, y casi no he convertido á nadie, no produciendo efecto sino sobre aquellos que ya gozaban reputacion de pensar rectamente... Batne, pequeña ciudad, griega en un todo menos en el nombre, venera á Júpiter y á Apolo como divinidades tutelares; hemos respirado en sus alrededores el olor del incienso humeante por todas partes. Yo estaba encantado de aquel celo, si bien me pareció demasiado escesivo, harto ruidoso y poco adecuado á la piedad. Requieren los actos religiosos más recogimiento. Aquellos que conducen las víctimas y llevan las cosas necesarias para el sacrificio, deben andar pausadamente y no ocuparse más que en lo que hacen. Así en breve se remediará este abuso.»

horrores de la guerra; y los naturales se vengaron rompiendo los mil canales que surcan su territorio y convirtiéndolo en un inmenso pantano. A costa de infinitos afanes salieron de aquel fango las legiones; á pesar de todo siguieron adelante, y vencieron la resistencia de Perisabor ó Anbar, ciudad fortísima que fué reducida á cenizas; y de la cual no se escaparon más que dos mil quinientas personas de toda su poblacion numerosa. Renovóse igual matanza en Magoamalca, ciudad inespugnable, en que habiéndose rendido el gobernador bajo la condicion de salvar la vida, fué muerto á pretesto de injurias dirigidas al príncipe Hormisdas, que era para él objeto de odio, como traidor á su patria.

Devoró el fuego tres palacios reales en las inmediaciones de Ctesifonte; sus magníficos jardines fueron devastados, y los soldados dieron caza á las fieras reunidas en gran número en los parques. No es, pues, estraño que las gentes del pais representaran á Juliano bajo la figura de un leon furioso vomitando llamas (5). Pero soportaba con el ardor de un héroe las rudas fatigas de la marcha, arrostraba los peligros de los asaltos y las batallas, vedándose los deleites que le brindaban los harenes del Oriente (6).

Encaminándose hácia Ctesifonte acampó enmedio de las ruinas de Seleucia (7); pasando desde allí el Tigris de improviso, cayó sobre el ejército enemigo, entró á saco su campamento y le persiguió hasta bajo los muros de la ciudad. Sin embargo, en medio de los sacrificios que hacia en accion de gracias al dios de la guerra, llegaban á infundirle espanto pronósticos terribles. La desercion de las tropas auxiliares del rey de Armenia impidió la llegada de los demás cuerpos que debian incorporársele. De consiguiente, tuvo que renunciar á enseñorearse de Ctesifonte, aguerrida en la defensa por tres asedios anteriores. Sapor, que no habia esperado celebridad tanta, aun no habia juntado todas las tropas que los diferentes sátrapas debian llevarle. Desconsolado á causa de la humillacion que sufria, se prosternaba en tierra con el cabello desordenado y cubierto de ceniza: llegó al punto de enviar súplicas á Hormisdas á fin de que se interpusiera y le alcanzara la paz; pero Juliano se negó rotundamente haciendo memoria de que Alejandro habia procedido de la misma manera respecto de Dario, y ateniéndose con especialidad á las profecias de Máximo. Un persa, á quien el amor de la patria impulsó á acometer la peligrosa empresa de engañarle, le indujo á que debia atacar al ejército enemigo en las provincias interiores, y entregar á las llamas los almacenes y la escuadra que habia llevado hasta allí á costa de tantas fatigas por espacio de quinientas millas, sin conservar más que una docena de buques para establecer puentes y víveres para veinte dias.

Se pone, pues, en marcha después de adoptar este funesto consejo y encuentra una vasta soledad en todas partes. Secundando las órdenes de un déspota ó por el amor de la patria son taladas y destruidas las fértiles campiñas y las ciudades populosas. De dia en dia disminuyen las provisiones; traidores guias hacen más penosas las marchas al pesado tren de campaña, y solo después de largas decepciones se reconoce el artificio del traidor, que se ha libertado del castigo con la fuga. Ni los hombres, ni los dioses sugerian ya recursos al héroe que poco antes soñaba con la conquista de la India y de la Hircania. Desesperado entonces viéndose causa de tamaño desastre, hubo de retroceder hácia el Tigris, y acordándose de la retirada de los diez mil, resolvió ganar como ellos el pais de los carducos.

Entonces las bandas que no habian cesado de entorpecer su marcha, se reunieron en una masa compacta para cortarle la retirada. Armadas á la ligera en número infinito y bien provistas de víveres, encerraban á los romanos enmedio de ellas: compelidos estos á pelear marchando, molestados por el peso de sus armas, esperimentaban además tal escasez de provisiones, que todo cuanto se podia cercenar del alimento de las acémilas servia para el de los soldados. Juliano no queria ser mejor tratado que el último de ellos; pero la supersticion, que le habia alentado á apoderarse del trono, le amenazaba con arrebatárselo. Durante la noche vé al genio del imperio, con un velo negro en la cabeza, retirarse de la tienda imperial con el cuerno de la abundancia; asustado se lanza fuera y descubre delante de sus ojos un meteoro desconocido, bajo el aspecto del dios Marte, irritado contra él porque en un arrebato de cólera ha jurado no ofrecerle más sacrificios (8). Consultados los arúspices etruscos le aconsejan no empeñar el combate; pero ¿qué medio tenia de evitarlo? Al asomar el alba dá órden de atacar, y su primer triunfo le alienta á perseguir á los persas; pero

---

(5) Ὑπὲρ τῆς Ἰουλιάνου τιμορίας. LIBANIO, c. 13.

(6) Exaltando los encomiadores de Juliano en el siglo XVIII su castidad bajo la fe de Mamertino, quien, en su *Panegírico* XI, dice que su lecho era casto como el de una vestal, olvidaron que el aserto contrario de Crisóstomo *(In gent.)* y de Gregorio Nacianceno *(Or.* IV), está confirmado por Amiano, quien se burla de su comitiva de mujeres (lib. XXII). Dícese además que el único hijo que tuvo de Elena, su esposa, fué ahogado por la partera de órden de la emperatriz Eusebia (AMIANO, XVI). Sin embargo, Juliano, en una carta escrita tres años después de la muerte de Elena (363), habla de sus hijos *(Ep.* XIV). Codino, en las *Antigüedades de Constantinopla*, cita estatuas erigidas á Juliano y á sus hijos.

(7) Amiano cuenta minuciosamente las operaciones de esta guerra, con la veracidad de un testigo ocular y el entusiasmo de un soldado.

(8) AMIANO, XXV, 2. Así tambien negó Augusto las fiestas públicas á Neptuno, después de haber estado su escuadra dos veces en peligro.

estos lanzan á mansalva, segun su costumbre, una granizada de flechas y de javelinas, de las cuales una hiere á Juliano en el pecho.

Muerte de Juliano.—Se calificó de mortal la herida del emperador que fué conducido á su tienda. Cuando volvió en sí platicó de la muerte con sus amigos, á estilo de Socrates, diciéndoles que le era dulce en aquel momento tener una vida exenta de crímenes, y morir como rey, no en virtud de una conspiracion secreta, ni por la violencia de un tirano, ni por una larga enfermedad; y deseó á los romanos que fueran felices á las órdenes de un soberano virtuoso. El, que consolaba á sus amigos y les invitaba á no verter llanto, lloró al saber la muerte de Anatolio; luego discutió sobre la naturaleza del alma, y después de decir que iba á exhalar la suya para reunirse en breve á las estrellas de donde habia emanado, espiró (26 de junio de 363) á la edad de treinta y un años y ocho meses (9).

Joviano.—No habia en vida pensado Juliano en elegir un sucesor, que continuase sus proyectos: tampoco quiso designarle en el momento de morir, á fin de no esponer al descontento del ejército el que señalara, en el caso de que no fuera agradable á sus ojos. Habian muerto todos los miembros de la familia de Constantino, y nadie era llamado al imperio por la sangre, ni por su posicion, ni por sus méritos reconocidos. Con todo, como se necesitaba un jefe para oponerle á un enemigo cuya masa caia de continuo sobre las legiones, se proclamó á Claudio Joviano (27 de junio), primiciero de los domésticos, quien revestido con las insignias imperiales, recibió el juramento de fidelidad.

Tenia á la sazon treinta y dos años; era gallardo, amable, valeroso, sin ambicion, y cristiano fiel, lo cual no le impedia engolfarse en los deleites. Aunque la batalla del dia precedente, á que solo puso término la noche, pudo ser considerada como desfavorable á los persas, Joviano ordenó emprender la marcha para ganar las provincias romanas; pero la noticia de la muerte de Juliano habia envalentonado á los persas, y los romanos se hallaron estrechados entre el Tigris, el enemigo y el hambre. Profiriéronse entonces palabras de paz, y el mismo surena llegó á pronunciarlas al campamento; pero en vez de continuar Joviano la retirada durante la suspension de las hostilidades, se detuvo á consumir los pocos víveres que aun tenia, mientras que Sapor con gran maña dilataba las negociaciones. Así se halló reducido á aceptar condiciones vergonzozas, si bien inevitables. Hubieron de restituir los romanos cinco provincias que poseian más allá del Tigris, con la valerosa ciudad de Nisibe, sin contar un gran número de plazas fuertes, de las que tenian permiso para retirarse sus moradores. Además se comprometieron á abandonar para siempre al rey de Armenia, y concluyeron una tregua de treinta nños.

No por esto se hizo la retirada con más seguridad, puesto que para llevarla á cabo solo tenian algunas barcas que se habian libertado del insensato precepto de Juliano. Así, no pudiendo soportar muchos soldados la lentitud del interminable paso del rio, pretendian ejecutarlo sobre balsas, odres y hasta á caballo, lo cual unido á los ataques continuos de los árabes, hizo perecer á tantos hombres como una mortífera batalla. Una vez cruzado el rio sobrevinieron nuevos padecimientos y nuevas pérdidas para atravesar las llanuras de la Mesopotamia y las setenta millas de aquel inhospitalio desierto, donde no se encontraba ni yerba, ni una gota de agua. Continuaron segando al ejército el hambre y la fatiga; marcaron los cadáveres con horrible rastro aquel tránsito penoso, hasta el momento en que los soldados pudieron hallar abrigo en Nisibe.

Y el rumor de la muerte de Juliano habia precedido en el imperio al retorno de las legiones; y aunque fuera recibido con el entusiasmo del alborozo por los unos, y con desesperacion por los otros, los preparativos formidables, el valor del jefe, los augurios, y la prosperidad de la fortuna de Roma, habian inspirado tal confianza generalmente, que la falta de noticias del ejército no dejaba imaginar más que triunfos. Cuando se llegó á anunciar la verdad á los habitantes de Carres persiguieron á pedradas al mensajero. Todos los buenos ciudadanos se afligian á consecuencia de un tratado que contenia la primera cesion legal de territorio que hacia el imperio (10), y dejaba al descubierto las fronteras. Era especialmente deplorable la suerte de los habitantes de Nisibe, reducidos después de dar tantas pruebas de valor y de padecer tanto, á escoger entre la servidumbre persa ó el destierro. Suplicaban al emperador que les permitiera lidiar todavia, diciéndole que, después de haber defendido su libertad á costa de su sangre, se adheririan otra vez á Roma. Pero no quiso consentirlo, y, alegando la santidad de los juramentos, les concedió tres dias de término para evacuar la ciudad. Aquellos infelices, cuyo desconsuelo es más fácil de imaginar

(9) No creemos que pronunciara la disertacion puesta en su boca por Amiano Marcelino, testigo de sus últimos momentos, ni tampoco estas palabras: *Has vencido, Galileo,* que profirió al caer, segun apasionadas relaciones, en que se le representa espirando en medio de las angustias del remordimiento.

Sin embargo, el feretro le fué preparado tambien por el hijo del carpintero.

(10) Añadimos *legal* para dulcificar las espresiones de los enemigos de Joviano, sobre todo, las de Amiano y de Eutropio, segun las cuales hubo de ser el primero que cediera al enemigo una pulgada del territorio del imperio. Adriano habia abandonado una estension mucho más considerable; Aureliano las tierras conquistadas por Trajano allende el Danubio; Diocleciano la vasta comarca confinante con Etiopia y Egipto; y Tiberio, antes de ellos, las conquistas de Druso.

que describir, se refugiaron á Amida, que muy en breve adquirió nuevo realce y se convirtió en capital de la Mesopotamia. Reprodujéronse las mismas escenas de afliccion en las demás plazas y en las cinco provincias que habian sido abandonadas.

El lábaro, enarbolado á la cabeza del ejército anunciaba que el culto del verdadero Dios se habia restablecido; y Joviano envió órden á los prefectos para congregar á los fieles en las iglesias y asegurarles de su proteccion.

Cayó para siempre la idolatria que se habia alzado nuevamente por obediencia ó por condescendencia hácia Juliano. Voluntariamente se cerraron los templos, y cesaron los sacrificios: se afeitaron los filósofos la barba, se despojaron del manto y quedaron mudos. Libanio, elogiador de las primeras victorias de su héroe, tan luego como supo su fin, quiso suicidarse, pero pronto comprendió que los dioses le reservaban el honor de pronunciarle la oracion fúnebre, como lo hizo. «¡Oh desgraciados agricultores (esclamaba en ella) como os arruinaran los mismos que debian protejeros! ¡Como disminuye el poder de los senados para no quedar más que un vano ídolo! Gemidos de los infelices oprimidos, en vano resonareis en el aire. Respirad, celtas, bailad, escitas; sauromatas, cantad al dios Pan, porque vuestro yugo se ha roto, y ya sois libres.» Siguiendo después, sin consideracion ninguna á su sucesor, se esfuerza en atribuir su muerte á los galileos, y á hacer ver la necesidad de vengarla: «¡Oh hados implacables! ¡oh crueles dioses! ¿por qué habeis herido con tan bárbara muerte la gloria del mundo? Como no os conmovieron su ingenio, su divina elocuencia, y su inefable justicia? Hubo un tiempo en que fué dable á los poetas suponer que la justicia, abandonando la tierra, habia volado á los cielos: porque nosotros tambien que tenemos hoy á la vista tal prueba de vuestra crueldad, ¿no podremos imaginar que esta, habiendo tambien abandonado los cielos, no existe ya en ningun lugar?» (11).

Lisonjeábase de que el valor de alabar á Juliano y los dioses le pondria en peligro; pero Joviano, por el contrario, respetó hasta los pontífices de su predecesor; y nos complace decir que los cristianos no se vengaron de la opresion pasada sino con una alegria que tal vez traspasó los límites de la caridad. Gregorio Nacianceno pronunció los discursos que comparados á los de Libanio, prueban que habia por ambas partes pasion y preocupaciones; mas se encuentra en ellos una vigorosa elocuencia, y están llenos de moderacion sus consejos: «Pueblos, oid mis palabras, cuantos habitais sobre la tierra, oid mi discurso. Os llamo á todos como si estuviera en la cumbre de una colina que se alzara en medio del mundo. ¡Ojalá resuene mi acento con ayuda de dios en las dos estremidades del universo! El que acaba de ser inmolado no es un rey de los Amorreos, ni Og, rey de Basan, débiles príncipes que oprimian el pequeño pais de Judá; es la serpiente tortuosa, el apóstata, ese espíritu estravagante, ese azote de Israel y del mundo, cuyos furores han dejado en todas partes honda huella, cuya insolente boca osó alzarse contra el Altísimo... Reanimaos, cenizas del gran Constantino. Y si conservas algun sentimiento en el sepulcro, alma heróica, oye mis palabras. Despertaos á mi voz, vosotros todos, fieles servidores de Jesús que habeis regido el imperio. ¡Cuánto se engañó en la eleccion de su sucesor un príncipe, cuya gloria aventaja á la de todos sus predecesores! (12) Cristiano, alimentaba sin saberlo al mayor enemigo de Cristo; ciega y engañada su beneficencia fué prodigada al hombre que menos la merecia. De este modo lo que se llama poder ó ciencia del siglo anda titubeando, y todo lo que se aleja de la verdad acaba tarde ó temprano por venir á tropezar con ella.»

Enseguida demuestra cuán insensato era el proyecto de Juliano, que «queria destruir una religion, cuya aparente locura triunfó de los sabios del mundo, fué sellada con la sangre de tantos mártires, elevada á grande altura por las virtudes de tantos solitarios, por el esplendor de tantos milagros y por el menosprecio de todos los goces terrenales. ¿No veia con toda su perspicacia que si las persecuciones anteriores habian traido consigo pasajeros disturbios, dominante ya el cristianismo no podia ser atacado sin dar un violento sacudimiento á todo el imperio, sin escitar espantosas revoluciones, y sin producir calamidades que apenas se hubieran atrevido á imaginar los más encarnizados enemigos del nombre romano?»

Exhorta á los cristianos libres del peligro á manifestar su alegria, no engalanando sus personas y desplegando magnificencia en su vestido, en fiestas y banquetes, sino con más tranquilo alborozo, con la satisfaccion interior de la pureza, con la luz de santos pensamientos, y con el alimento espiritual. Les aconseja no vengarse de los gentiles, sino superarles en dulzura, no haciendo que padezcan lo que hicieron padecer ellos, sino remitiéndose al juicio de Dios, y dejando á los gritos del pueblo el cuidado de convencerles de su error en los teatros y en las plazas (13). Acordándose después de los herejes, esclama: «¿Por qué en esta fiesta de familia falta una parte del rebaño? ¡Ojalá se encontrara aquí todo completo! Hace poco todavia cantaban nuestros hermanos con nosotros himnos puros y agradables á Dios; confundidos en nuestras filas eran distinguidos por nuestros homenajes. ¿Cómo se han alejado de súbito para cantar aparte, escluyéndose de nuestras asambleas? ¿Cómo no les inducen estas á celebrar con nosotros la alegria

(11) *Ep.* 396.

(12) Elogio inmerecidísimo á Constancio.

(13) *Orationes* III y IV.

unánime y la comunidad del triunfo? Modera la caridad las quejas que podria engendrar el celo, y la esperanza de su vuelta dulcifica la aspereza de las reconvenciones que pensáramos dirigirles. Miembros enfermos y siempre queridos, si denigran actualmente el cuerpo de que se han segregado, recordemos que hubo un tiempo en que estaban á él íntimamente unidos.» (14)

Joviano jamás se apartó de esta moderacion; restituyó sus inmunidades á las iglesias, al clero, á las viudas, á las vírgenes sagradas, respecto de las cuales prohibió usar de violencia y de seduccion para arrastrarlas al matrimonio, y llamó á los obispos desterrados; pero no persiguió á los idólatras, y aun cuando vedara la magia y las demás supersticiones, dejó libre el ejercicio del politeismo. De esto le alaba Temistio en un panegírico de que copiamos un pasaje, que se roza con una de las cuestiones más árduas de la política y de la filosofia. «Tu escesivo celo y tu amor á los hombres se manifestaron primeramente en el cuidado que empleaste en restablecer la religion. Solo tú comprendes que los monarcas no pueden siempre coartar la voluntad de sus súbditos, que ciertas cosas se sustraen á la autoridad y á la fuerza sin temer las órdenes ni las amenazas. De este número es la virtud, y especialmente la piedad respecto de la religion y de los dioses. A fin de que no degeneren en simples apariencias conviene que el príncipe deje seguir á cada cual el impulso voluntario de su alma. Si no puedes hacer por medio de una ley que te ame alguno á pesar suyo, con menos razon podrás todavia hacerlo pio y religioso. El que tiembla ante los decretos de los hombres se somete á una necesidad pasajera, y el débil temor que un tiempo ha producido, otro tiempo lo borra. Seguramente es un crímen no rendir culto á Dios; pero no cedemos al influjo del poder, y más movibles en nuestros cambios que las ondas del Euripo, nos mostramos en los templos, al pié de los altares y en los banquetes sagrados. No procedes tú de este modo, emperador divino, sino que como jefe actual y perpétuo del imperio has declarado libres por una ley las cosas religiosas y concernientes al culto de la divinidad (15); siguiendo en esto el ejemplo de Dios que al dar á los hombres todos una inclinacion natural á la religion, deja á la voluntad de cada cual el modo de honrarla. El que quiere hacer intervenir la fuerza roba un derecho otorgado por Dios mismo. Apenas duraron tanto como ellos las leyes de Cheops y de Cambises; la sancion de Dios y la tuya serán eternas y permitirán á cada cual elegir la senda que le convenga para llegar á la piedad. Ni las confiscaciones, ni los suplicios, ni el fuego han podido destruir este derecho, porque nuestros cuerpos están en tú poder y tú puedes matarlos, pero nuestras almas volarán fuera, llevando su conciencia libre, cualquiera que sea la confesion que se haya arrancado de nuestros labios. Semejante ley no es de menor peso que el tratado con los persas: este nos hace vivir en paz con los bárbaros; aquel sin disturbios y disensiones entre nosotros (16).»

Aplaudir la tolerancia es propiedad de los débiles; pero es el hecho que los gentiles nunca se manifestaron dispuestos á morir por sus creencias. A mayor abundamiento estas palabras desmienten las persecuciones atribuidas por algunos á Joviano. Rodeado de obispos de las diferentes sectas, porque cada uno manifestaba anhelo en convertirle á la suya, se declaró por los católicos, tributando honor á Atanasio, que habiendo cumplido ya setenta años, salió de su retiro para volver á ocupar su sede. Corrió en busca del emperador, á quien afirmó en la fé verdadera, y le predijo un largo reinado.

Muerte de Joviano.—Pero no debia ser profeta. Aunque las tropas se hallaban fatigadas por haber recorrido en siete meses un camino desastroso de mil quinientas millas, quiso Joviano ir á toda prisa á Constantinopla, á fin de prevenir la tentativa de todo competidor al imperio; pero apenas fué reconocido por soberano, murió en una noche (15 de febrero de 364), de intemperancia, segun unos, de asfixia, al decir de otros, y por traicion, segun algunos, despues de haber reinado siete meses y veinte dias.

---

(14) *Primer discurso contra Juliano*

(15) Esta ley no se encuentra en el Código Teodosiano, pero está atestiguada aquí de una manera demasiado absoluta. No han hablado de ella los escritores eclesiásticos, así como Temistio pasa aquí en silencio el restablecimiento del cristianismo.

(16) TEMISTIO, *Orat.* V.

CAPÍTULO IX

VALENTINIANO Y VALENTE.

Valentiniano.—Diez dias estuvo vacante el imperio. Por último, llegado el ejército a Nicea, y habiendo rehusado Salustio por segunda vez el poder soberano, se le confirieron los jefes á Flavio Valentiniano, panonio de grande habilidad, valiente y de gallarda apostura, cualidades necesarias para un jefe electivo. Soldado desde sus primeros años, habia adquirido su cuerpo robustez en los ejercicios militares y á beneficio de la templanza, pero habia descuidado cultivar su talento, aunque se hallaba dotado de natural elocuencia. Cierto dia que Juliano entraba en un templo, el sacerdote que asperjaba con el agua lustral á los asistentes, echó algunas gotas en el manto de Valentiniano: este dió un bofeton al idólatra y tiró al suelo la tela cual si estuviera profanada. Habiéndole mandado entonces el emperador que sacrificara ó presentara su renuncia, no titubeó, y el emperador le confinó á la Tebaida bajo un falso pretesto; pero muy en breve le volvió á su gracia y le dió un mando ventajoso en la espedicion contra Persia. A su regreso de esta campaña se encontró llamado al imperio, sin haberlo ambicionado ni solicitado en el curso de los cuarenta y tres años que habia cumplido.

No debemos descuidar aquí dos observaciones; es la primera que Joviano y Valentiniano fueron elegidos, no ya por todo el ejército, sino solo por los jefes, quienes los presentaron á las tropas para que fueran proclamados. Con efecto, no componiéndose el ejército más que de bárbaros, mercenarios y de aventureros, poco le importaba á quien se adjudicaba el imperio; y de este modo se introdujo la intriga en las elecciones. Es relativa la segunda observacion á la perfidia que veremos introducirse en las estipulaciones de todas clases, dejando á un lado hasta la máscara de la legalidad antigua; lo cual conviene atribuir en parte al carácter de los bárbaros con quienes habia que pelear, y en parte tambien á la depravacion política del Estado, síntoma y causa de su final decadencia.

Valente.—Así como la inauguracion de Joviano no fué hecha antes de que las víctimas hubieran sido quemadas, se difirió la de Valentiniano hasta que pasó el dia bisextil considerado como nefasto (26 de febrero 364); luego fué proclamado con satisfaccion general. Sin embargo, como se conocia la necesidad de tener dos jefes para gobernar en tan vasto territorio, pidió el ejército que el emperador se escogiera un cólega. *Si piensas en tí solo*, le dijo un oficial valiente, *elige á tu hermano; si piensas en la patria elige á alguno que sea digno de ello.* Valentiniano no se enojó por el consejo, pero dió el título de augusto á su hermano Valente, de edad de treinta y seis años, hombre débil y tímido, que no tenia más mérito que el cariño que profesaba á su hermano.

Repartiéronse ambos emperadores las provincias en Naiso. El más jóven tuvo las prefecturas de Oriente, el otro las de la Iliria, de la Italia, de las Gálias, es decir, todo el territorio que se dilata entre los confines de la Grecia, el muro Caledonio y el monte Atlas. Conservóse la organizacion antigua, solo que hubo dos guardias y dos cortes, una en Milan y otra en Constantinopla.

Al principio se ocupó Valentiniano de las reformas que en administracion debian hacerse, invitando á todos á que alegaran sus quejas. Llegáronle en tropel contra los ministros que habian abusado de la credulidad y de la supersticion de Juliano; y Máximo y otros espiaron sus desafueros con multas y suplicios.

Rebelion de Procopio.—En el discurso que dirigió Valente al Senado de Constantinopla se estendió mucho cerca de la ventura de los súbditos en ser gobernados por príncipes educados lejos del

fausto y de las lisonjas, en medio de privaciones y de peligros; diciendo que es más funesto para un Estado hallarse á merced de delatores que verse invadido por los bárbaros (1). Pero si tenia intencion de poner en práctica tan escelentes frases, se lo impidió una conjura. El cilicio Procopio, tribuno ó notario de Juliano, habia sido designado por el ejército como digno de sucederle: y Joviano le habia alejado, encargándole acompañar los despojos del emperador difunto y tributarle los honores fúnebres. Su pronta obediencia habia apartado de él toda sospecha, y vivia como simple particular en la Capadocia, cuando los dos nuevos emperadores enviaron emisarios para prenderle. Apeló á la fuga, y habiendo llegado al pais del Bósforo permaneció allí oculto hasta el momento en que, cansado de vivir en aquellos contínuos temores, resolvió apoderarse del trono. (365) Sin que nadie lo supiera entró en Constantinopla: solo un eunuco y un senador estaban en el secreto: el descontento que escitaban en el pueblo el débil y tosco Valente y la codicia del patricio Petronio, su suegro, que hablaba en alta voz de cobrar los impuestos atrasados desde Aureliano, le brindó un motivo de esperanza. En memoria de Juliano, su deudo, se mostraron favorables á Procopio los soldados que llegaban á la sazon de las Galias, para marchar contra los persas, de nuevo amenazadores; en breve le proclamaron augusto (28 de setiembre), y le llevaron con armas al tribunal, al Senado, al palacio.

El pueblo de Constantinopla, que no estaba acostumbrado á las sediciones guardó un silencio que hubiera debido desanimar á Procopio, si no se hubiera encontrado bastante fuerte en el primer momento para sostenerse. Poco después las lisonjas, la imitacion, la venganza, la novedad, hicieron que la muchedumbre se pusiera de su lado. Inmediatamente se declararon en su favor los godos ausiliares: fueron sometidas la Bitinia, el Asia, Cízico: se pasaron á sus banderas las temibles legiones de los hérulos y de los jovianos enviados para anonadarle. Fué nombrado procónsul el persa Hormisdas: Faustina, viuda de Constancio, se puso con su hija en manos del usurpador y santificó su causa á los ojos de todos los que profesaban tanta veneracion á la raza de Constantino como desden al panonio oscuro.

Espantado Valente pensaba en deponer la púrpura, pero sus oficiales le disuadieron de ello, y se concilió desde luego los ánimos volviendo á Salustio la prefectura de Oriente. Sostenido después por los veteranos, redujo muy pronto á la nada la prosperidad efímera de Procopio, que, vencido en dos batallas, en la Frigia saludable, fué preso por traicion y decapitado (27 de mayo).

(1) Nos informa de ello Temistio en el discurso que le dedicaron en respuesta y que se titula: *Los hermanos amigos*, φιλάδελφα, pág. 71, edicion de 1686.

Esta rebeldia fué ocasion de muchas persecuciones criminales (2): produjo tambien gran número de ellas la magia, contra la cual habian proclamado los dos emperadores severas leyes. Aun consultándolos siempre habian aborrecido los romanos á los magos y á los hechiceros, persuadidos de que podian perturbar el órden de los elementos, inspirar amor y odio, adivinar lo venidero, y consumir lentamente la existencia: su habilidad consistia especialmente en el arte de proporcionar abortos y de preparar venenos. Habia debido aumentarse la confianza en los adivinos, puesto que por una parte, habiéndose hecho electivo el imperio, resultaba que muchos se mecian en la esperanza de alcanzarlo, y por consiguiente el afan de interrogar al porvenir sobre sus esperanzas; por otra, habian ingertado los filósofos sobre las creencias nacionales las de la Persia y las doctrinas teúrgicas de los neoplatónicos. En Antioquia dos adivinos habian consultado á la suerte para averiquien sucederia á Valente en el imperio. Hicieron un trípode con ramas de laurel á imitacion del de Delfos y consagrado por medio de los encantamientos: pusieron encima una palangana compuesta de muchos metales, en cuyos bordes estaban grabadas las veinte y cuatro letras del alfabeto griego. Luego hicieron que se acercara allí un hombre vestido y calzado de lana y coronado con cintas y verbena: éste después de las invocaciones necesarias colgó de un hilo estremadamente delgado un anillo, que, saltando sobre la palangana, tocó las cuatro letras TEOD.

Informado Valente de esta indicacion supersticiosa, condenó á muerte á muchas personas del nombre de Teodoro, Teodosio, Teodoto, Teódulo, y otros de nombre semejante; y además hubo muchos individuos acusados por causa de encantamiento, entre los cuales se hallaba Máximo, consejero de Juliano, y fueron consumidas por las llamas montañas de libros Una vez dirigida la inquisicion por este punto, se vieron los tribunales atestados de denuncias, las cárceles de acusados, de los cuales muy pocos eran absueltos, y la mayor parte

(2) Pretenden los historiadores que fueron esterminados todos los amigos de Procopio. Temistio en su panegírico περὶ τῶν ἠτυχηκότων, decia al emperador: «Pericles pudo gloriarse ante los atenienses de haber puesto término á sus enemistades: pero tú sufriste una injuria mucho mayor y te mostraste más clemente que aquel demagogo. Alcanzáste una doble victoria, no solo humillando á tus enemigos, sino haciéndote superior á los que combatieron contigo, porque avasallaste la cólera escitada en ellos por la sedicion. Tu valor dominó la fuerza de los primeros: tu dulzura calmó las pasiones de los otros. Comprendiste que una enfermedad interior no debe curarse como una guerra esterior, etc.» Libanio dice tambien que Valente perdonó á los amigos de Procopio, y no manifestó resentimiento contra la ciudad de Constantinopla, que durante los doscientos cuarenta dias de la usurpacion, le habia ultrajado con varios libelos y decretos.

espiaron en el patíbulo un delito frecuentemente imaginario. En Roma principalmente y en Antioquia, se multiplicaron estos procesos de tal manera, que los soldados encargados de la policía de las cárceles, declararon que no podian atender á la custodia de tanta muchedumbre.

Maximino, prefecto de subsistencias en Roma, habia sabido de labios de su padre, habilísimo adivino, que ascenderia á las primeras dignidades, desde donde pasaria al suplicio. Sin temer la segunda parte de la prediccion se consagró á realizar la primera, persiguiendo precisamente á aquellos que como él creian en vanas quimeras; y muchos personajes que tenian el título de ilustres, fueron por él enviados á la muerte, después de haberlos puesto ilegalmente en el tormento. Valentiniano, á instancias del Senado, mandó poner coto á aquella carniceria. A pesar de todo, Maximino obtuvo su valimiento, y llamado á la perfectura de las Galias, permaneció allí hasta que Graciano le condenó á muerte en el año 376.

No bien se encumbrara al trono Valentiniano, habia dado una prueba de firmeza declarando á los soldados que si habian podido un momento antes dejarle en su oscuridad nativa, ya le pertenecia exigir de ellos obediencia. El valor con que defendió el imperio es suficiente para hacer que se le perdone la presuncion que le inducia á menospreciar el parecer de sus oficiales en los asuntos de guerra; y la ciega confianza que puso en malos ministros por su falta de instruccion. *Matadle*, era su modo de fallar habitualmente respecto de las acusaciones, no precisamente cuando se trataba de su seguridad propia, sino porque se le habia dicho que un príncipe debe ejercer justicia; y cuantas más condenas pronunciaba, más personas tenia que le prodigaran encomios. Un prefecto deseaba pasar á otra residencia, y volviéndose el emperador á uno de sus ministros, le dijo: *Vé, conde, y haz que cambie de cabeza el que quiere cambiar de provincia.* Un criado suelta demasiado de prisa á un perro, un obrero hace una escelente coraza que no tiene completo el peso convenido, y ambos son condenados á muerte. Didoro entabla un proceso contra un conde que se dirigia á la corte, y Valentiniano le manda matar junto con los empleados que de oficio le habian obedecido. Irritado por los desórdenes causados en virtud del esceso de los impuestos, manda que le lleven las cabezas de tres decuriones elegidos en cada una de las ciudades de una provincia. Ahora bien, Florencio le escribe: *Plegue á vuestra clemencia resolver que debe hacerse allí donde no existan tres decuriones*, y es revocado el precepto insensato. Se complacia además en el espectáculo de las torturas y de las ejecuciones; el más seguro medio de ser bien llegado cerca de su trono era mostrarse implacable, y cabalmente por haber diezmado las familias de Roma confirió á Maximino, como hemos dicho, la prefectura de las Galias. Habia dado los nombres de Inocencia y de Mica Aurea á dos osos, que tenia siempre cerca de su estancia, dándoles por sí mismo el alimento y jugando con ellos. Entregábales malhechores para que los hicieran pedazos, y cuando le pareció que Inocencia habia merecido ser remunerada por sus buenos servicios le restituyó la libertad de las selvas.

Tenia por contraste el irascible Valentiniano al tímido Valente que, en sus contínuos trances, multiplicaba los suplicios, y dejaba á sus favoritos desplegar una tiránica arrogancia y enriquecerse con holgura. Sin embargo, cuando estos dos emperadores hermanos no eran arrastrados por sus diversas pasiones, sabian adoptar prudentes medidas. En su vida privada se condujeron con sencillez suma, no se mostraron ciegos respecto de sus deudos y dotaron al imperio con escelentes leyes. Valentiniano prohibió abandonar á los niños, pagó para cada barrio de Roma un médico encargado de asistir gratuitamente á los pobres; prohibió á los abogados recibir un salario, debiendo ser para ellos sobrado galardon la gloria de defender la inocencia, y puso término á todas las espresiones injuriosas en los alegatos. Los cómicos bautizados en el artículo de la muerte no pudieron ya ser obligados á salir á las tablas, ni las hijas de las actrices á seguir la profesion de su madre. Instituyó en la metrópoli de cada una de las provincias, escuelas para la retórica y para la gramática, tanto latina como griega, y sabemos que la de Constantinopla se componia de treinta y un profesores, á saber: uno para la filosofía, dos para el derecho, cinco sofistas, diez gramáticos para el griego, otros tantos para el latin, y tres oradores, independientemente de siete anticuarios, como se llamaban entonces los escritores encargados de hacer buenas copias de los autores para las bibliotecas. Debian llevar los estudiantes certificaciones de sus provincias nativas, hacerse inscribir en los registros públicos, y no perder su tiempo en la ociosidad, en los teatros, ni en los festines. Creó los defensores de las ciudades, que como abogados de los intereses de estas, pudieron allegar sus quejas ante los magistrados civiles y hasta el pié del trono (3).

Valente, que habia encontrado exhausto el tesoro, aunque se habian duplicado los impuestos desde cuarenta años antes, logró llenarlo, economizando las profusas liberalidades. Valentiniano no tuvo por caso de conciencia tomar de las propiedades de los más ricos y fastuosos, preocupándose menos de la justicia que de las necesidades del Estado.

Cristiano celoso cuando habia peligro en serlo, se mostró Valentiniano tolerante respecto de todas las religiones (4). Alejó á una legion de una sina-

(3) Hállanse estas diferentes leyes en el Código Teodosiano.

(4) *Hoc moderamine principatus inclaruit, quod inter religionum diversitates medius stetit vel quemquam inquietavit, neque ut hoc coleretur imperavit aut illud, nec interdictis minacibus subjectorum cervicem ad id quod ipse coluit*

goga porque perturbaba allí el culto. Dejó á los paganos practicar sus ritos, con esclusion sin embargo de la magia y de las supersticiones proscritas por el Senado. Otorgó á los pontífices provinciales las inmunidades de que disfrutaban los decuriones, y los honores atribuidos al título de conde (5). Al mismo tiempo permitia que se renovaran los misterios de Eleusis, y se vieron arder las víctimas sobre el ara, recorrer las calles las orgias de Baco, hombres y mujeres vestidos de piel de cabra, desgarrar perros, y entregarse á otras locuras de este culto.

A fin de que no se corrompiera en la prosperidad el clero, Valentiniano dirigió á Dámaso, obispo de Roma, un edicto para impedir á los eclesiásticos y á los monjes frecuentar las casas de las vírgenes y de las viudas, y vedó á los directores espirituales recibir de sus penitentes regalos, mandas ó sucesiones. Parece haber sido luego estensiva esta prohibicion á los demás miembros del clero, porque muchos abusaban de la confianza de los fieles, y con especialidad de la mujeres, para despojar á los legítimos herederos (6). Hasta hacian el lujo y la ambicion que la silla pontifical no fuera codiciada por celo en favor de la salvacion de las almas, y que aun se hiciera uso de la fuerza para conquistarla.

Por el contrario Valente, que se habia hecho bautizar por Eudoxio, obispo de Constantinopla, quien profesaba el arrianismo, adoptó esta heregia y persiguió á los ortodoxos. Hasta fué acusado de haber mandado prender fuego á un barco que llevaba ochenta eclesiásticos de Constantinopla, cuando quizá aquel incendio era efecto de la casualidad. San Atanasio hubiera sido de nuevo perseguido, si no se hubiera levantado el pueblo en masa para protegerle; pero apenas hubo espirado cargado de años y de méritos (373), cuando cayeron grandes males sobre los ortodoxos en Egipto. Habiendo decretado Valente que todos cuantos habian buscado refugio en el desierto serian arrancados de allí á la fuerza para que escogieran entre renunciar á todos sus bienes temporales ó someterse á todas las cargas de la vida civil, abusaron los ejecutores de sus órdenes hasta el punto de obligar á que se engancharan los monjes más robustos; y tres mil soldados enviados á los desiertos de la Nitria, bajo la direccion de sacerdotes arrianos, vertieron la sangre de una multitud de monjes entre los cinco mil que habitaban aquel punto.

El puesto de campeon de la verdad que habia dejado vacante San Atanasio, fué ocupado por Basilio, obispo de Cesarea, quien sostuvo con severidad inflexible delante del mismo Valente la verdadera doctrina. Este príncipe, más débil que perverso, no solo le dejó en su sede, sino que asistió á su misa, y dotó el hospital que habia fundado este santo, principalmente para los leprosos.

Invasiones de los bárbaros.—No faltaron ocasiones á Valentiniano para acreditar su denuedo contra los bárbaros, que parecian haberse concertado para invadir el imperio. Devastaron los austurianos el África tripolitana; pero hubo de padecer mucho más á consecuencia de la avidez y codicia de Romano, que enviado para defenderla, llevó su exigencia hasta el punto de no querer emprender su marcha interin no se le suministraran cuatro mil camellos, y permitió que en tanto devastara el enemigo á Oea y á Leptis. Las vejaciones siempre en aumento de los magistrados romanos, impulsaron á la rebeldia á Firmo, príncipe moro poderosísimo, quien al frente de un ejército numeroso, recorrió la provincia de África, donde todo lo entró á saco. Teodosio, conde español, padre del que fué emperador luego, le redujo á tal apuro, que se ahorcó después de una tenaz resistencia; pero habiendo hecho presente el vencedor que el medio más seguro de cortar de una vez semejantes levantamientos, era reprimir los escesos de los prefectos, y con especialidad de Romano, cayó en desgracia y fué castigado con la última pena (376).

Teodosio, hijo de este valiente, contuvo en la Bretaña las irrupciones de los pictos, de los escotos y de otras naciones que habitaban el norte de la isla; añadió una provincia á las cuatro que ya poseian los romanos (7), y derrotó al usurpador Valentin, entregándole en manos de los magistrados, sin querer que se le obligará á nombrar á sus cómplices, para no verse en la dura precision de castigarlos.

Ofendidos los germanos de los regalos poco generosos hechos á los embajadores á quienes habian encargado felicitar á los nuevos emperadores, se arrojaron sobre las Galias, y deshicieron en regular batalla á los romanos, dando muerte á su general Severiano. Pero los bátavos, causa principal de este desastre, lo repararon haciendo gran matanza en el enemigo, que fué posteriormente esterminado del todo junto á Metz por Jovino. Atravesando los sajones los impracticables pantanos que rodean su territorio, penetraron en el del imperio, pero cogidos en medio, fueron rechazados, y á pesar de la prometida seguridad, acometidos y destrozados.

Valentiniano entró en persona en el territorio

---

inclinabat, sed intemeratas reliquit has partes ut reperit. Este aserto de Amiano Marcelino (XXX, 9) está confirmado por el Código Teodosiano en que Valentiniano dice: *Testes sunt leges a me in exordio imperii mei datæ, quibus unicuique, quod animo imbibisset, colendi libera facultas tributa est.* Lib. IX, t. 16, l. 9.

(5) *Cod. Theod.*, XII, 50, l. 75.

(6) *Pudet dicere. Sacerdotes idolorum, mimi et aurigæ et scorta hæreditates capiunt; solis clericis ac monacis hac lege prohibetur. Et non prohibetur a persecutoribus, sed a principibus christianis. Nec de lege queror, sed doleo cur meruerimus hanc legem.* San Gerónimo.

(7) *Britannia Prima, Secunda, Maxima Cæsariensis, Flavia Cæsariensis*, y esta última *Valentia.*

de los alemanes, á quienes hizo sufrir en el actual Wurtemberg una sangrienta derrota. Largo tiempo permaneció á orillas del Rhin para alentar á los soldados á la construccion de los fuertes con que fortificaba aquella línea. Escitados por él ochenta mil borgoñones contra los alemanes, se adelantaron hasta aquel rio, enemistados con ellos por la posesion de algunas salinas; pero no viéndose secundados por el emperador, se volvieron otra vez, matando á los prisioneros que habian cogido (371). Entretanto cayó Teodosio el jóven sobre los alemanes, aprisionó á muchos de ellos, y los trasladó á orillas del Pó para formar allí una colonia.

Muerte de Valentiniano I.—Puertos que Valentiniano habia mandado construir en la Valeria, más allá del Danubio, en las tierras de los cuados, determinaron á Gabinio, su rey, á presentarse personalmente, solicitando que no se llevára más allá aquella violacion del territorio de un pueblo aliado; pero habiendo sido asesinado este príncipe vilmente (372), unidos los cuados á los sármatas, talaron la Iliria y derrotaron á dos legiones romanas. Entretanto pidieron la paz los sármatas, batidos por Teodosio el Jóven. Valentiniano marchó en persona contra los cuados, devastó su territorio, y los redujo á enviarle embajadores á Guntz en Hungria, para implorar la paz. En el momento en que les respondia con aquella fogosa violencia, á que se abandonaba á menudo, cayó muerto (17 de noviembre de 375), á la edad de cincuenta y cinco años, después de haber reinado doce.

Valente tenia que combatir contra otros bárbaros en Oriente, donde los isaurios recorrian en numerosas bandas el pais saqueándolo. Invadieron la Panfilia y la Cilicia, llevándolo todo á sangre y fuego.

Tambien se agitaban los persas: hasta se proponian apoderarse de la Armenia y de la Iberia que habian quedado indefensas en virtud del convenio celebrado con Joviano. Engañando Sapor II á Arsaces, rey de la primera, le convidó á un banquete é hizo que le quitaran la vida cruelmente; enseguida dió á Cilax y á Artaban el gobierno de esta provincia. De una manera semejante sustituyó con Aspacura á Saurómaco, á quien los romanos habian establecido como rey de Iberia. Recurrió la viuda de Arsaces al emperador, quien mandó restituir el trono á Para, hijo del príncipe asesinado, sin declarar á pesar de esto á Sapor la guerra. Pero sabedor de que éste habia invadido la Armenia, hizo que se pusiera en marcha un ejército numeroso, por el cual fué dividida la Iberia entre Saurómaco y Aspacura. Derrotado Sapor solicitó una nueva tregua. Entretanto Para, invitado á cenar por el general romano, fué asesinado como el rey de los cuados, en virtud de las órdenes de Valente, quien temia su habilidad como mago, no menos que su ambicion desmedida.

A fin de castigar á los godos, que habian auxiliado en su usurpacion á Procopio, Valente hizo contra ellos preparativos proporcionados á los recursos de una nacion tan formidable, y taló su territorio durante muchos años, hasta que los redujo á pasar el Danubio y á renunciar á sus empresas contra el imperio. Solo dos ciudades junto á este rio fueron abiertas á su comercio, cuando antes podian hacerlo libremente en todas, y hubieron de renunciar á las pensiones anuales que recibian de los emperadores, escepto á la que se habia estipulado en favor de Atanarico, su monarca.

Invasion de los hunos.—Poco tiempo después se hallaron empujados los godos hácia el territorio romano, no ya por el anhelo de conquistas, sino por extranjero impulso. Habíanse lanzado los hunos, raza feroz, de que habremos de ocuparnos en breve, desde los alrededores del Palus-Meótides, sobre los alanos, establecidos á orillas del Tanais, y los habian arrastrado en pos de sí contra los ostrogodos. Tanto espanto infundian, que se les denominaba hijos del demonio. Se aprestaba á resistirles el gran Hermanrico, que habia avasallado á todas las poblaciones errantes en sus fronteras, desde el Báltico al Danubio, y desde el Vístula al Borístenes, cuando fué herido (376) por dos príncipes roxolanos, á cuya hermana habia descuartizado, para castigar la rebelion de su marido. Dícese que languideciendo, á consecuencia de la herida, se suicidó á fin de no sobrevivir á su propia gloria. Entonces parte de los ostrogodos siguió á las órdenes de Hunnimundo la fortuna de los invasores. Otros quisieron oponerles resistencia al mando de Vitimero; mas fueron derrotados, y su rey quedó muerto en el campo. No considerándose bastante fuertes Safraces y Alateo, tutores del rey Viderico, para hacer frente al enemigo, se retiraron con sus guerreros detrás del Borístenes, con la esperanza de incorporarse á los visogodos y de volver á la carga. Pero, ya debilitados estos por discordias intestinas, habian sido derrotados completamente por los hunos; y abandonado por los suyos su valiente jefe Atanarico, se habia retirado á los montes Carpatos, llevando consigo los ritos y los dioses nacionales.

Presentáronse en número de doscientos mil guerreros los demás, que habian sobrevivido, junto al Danubio, y, empujados por los enemigos victoriosos, enviaron á Ulfila, su obispo (8), á pedir al emperador tierras en Tracia para establecerse en ellas, bajo la promesa de vivir allí tranquilos y de suministrar reclutas al ejército romano. Recibió Valente de sus aduladores la enhorabuena porque iba á adquirir tan inmenso número de súbditos y defensores. Proveyóseles, pues, de víveres y fueron

---

(8) Amiano dice un sacerdote: Sozomenes, nombra espresamente á Ulfila. Sin embargo, el que tuvo celebridad bajo este nombre, fué obispo, no de los visogodos, sino de los pequeños godos, que habia algun tiempo, habitaban la Mesia, y eran llamados mesogodos. No eran entonces los visigodos cristianos: cabe, pues, en lo posible que el embajador fuera algun prisionero.

recibidos con sus gefes Ablavivo y Fritigerno más acá del rio. De este mismo modo acogió en 1773 la China á ciento cincuenta mil familias calmucas, y mandó esculpir en mármoles en memoria de aquel suceso la inscripcion siguiente: *Nuestro gobierno es tan justo, que naciones enteras cruzan la Europa y el Asia, andando miles de leguas para alcanzar vivir bajo nuestras leyes.*

La prudencia inspiró á Valente el mandato de desarmar á aquellos huéspedes peligrosos, y de quitarles sus hijos, que fueron trasladados en calidad de rehenes al corazon del Asia. Pero la medida previsora del emperador no tuvo efecto, á consecuencia de la avaricia ó del libertinaje de sus agentes, que se dejaron ganar con ofertas de esclavos ó rebaños, con la prostitucion de las mujeres y de los mancebos; sacrificios menos penosos para aquellos bárbaros que separarse de sus armas, es decir, de lo más querido de que eran posesores. Hubiera convenido trasladar toda aquella poblacion lejos del Danubio, á fin de que no pudieran dar la mano á sus hermanos, que se habian quedado al otro lado del rio; pero especulando el conde Lupicino y el duque Máximo con los beneficios que realizarian vendiéndoles granos, les permitieron establecerse en Tracia. Irritados en breve del exorbitante precio de las subsistencias y de su mala calidad, empiezan á agitarse en tumulto: Lupicino les manda entonces alejarse del rio, y los hace espulsar de aquellas playas. Sobreviene luego Viterico, rey del corto número de ostrogodos que no habian querido someterse al yugo de los hunos, y pide á su vez cruzar el Danubio. No le detiene la negativa de Valente, atraviesa el rio y sigue las huellas de Ablavivo y de Fritigerno hácia Marcianópolis, capital de la Baja Mesia.

Lupicino, que residia en esta ciudad, convida á los dos caudillos á un banquete; pero como habia impedido que sus hordas les siguieran en lo interior de los muros, empiezan estas á amotinarse á pedir pan con desaforadas voces, y dan muerte á los que intentan rechazarlas. Por via de represalias ordena Lupicino matar á la escolta de los dos jefes; y los godos, en el colmo del furor, hubieran atacado la ciudad, á no contenerles el peligro á que se hallaban espuestos sus capitanes. Tal era la lealtad que presidia entonces á la política romana. Ahora bien, hasta los bárbaros habian aprendido á ser astutos, y los dos reyes persuadieron á Lupicino que les permitiera presentarse á sus soldados para hacerlos entrar en sus deberes. Hizo la embriaguez que consintiera en ello, pero, apenas se vieron en libertad, aprovecharon aquella coyuntura para devastar el pais y batir á las tropas imperiales.

Hacia algun tiempo que otra banda de godos se hallaba estacionada cerca de Adrianópolis, probablemente asalariados para servir en la espedicion proyectada contra la Persia. Al principio no habian dado ningun motivo de queja, si bien la órden que recibieron del emperador para dirigirse al Helesponto, y los insultos de que les hicieron blanco los moradores de aquel territorio, les obligaron á empuñar las armas; habiéndose incorporado á Fritigerno pusieron asedio delante de Adrianópolis y devastaron la Tracia, donde iba aumentándose su número de dia en dia con los romanos que desertaban de sus banderas ó huian de las pesquisas de los exactores.

Batalla de Sálice.—Valente recibió aquellas noticias siniestras en Antioquia, desde donde acechaba los movimientos del rey de Persia; y en su espanto espidió órdenes para celebrar la paz con los persas á toda costa, al mismo tiempo que enviaba contra los godos á los generales Profuturo y Trajano. Hubiera sido mejor encerrarlos en la Tracia y reducirlos por hambre; pero en vez de seguir esta conducta, los atacaron cerca de Sálice (377), en la pequeña Escitia, y fueron vencidos. Acreciéntase la audacia de los otros bárbaros; los alanos y los hunos obligan á los romanos á evacuar la Tracia; por otro lado llegan los táifalos, renombrados por su prodigiosa fuerza y por sus estrañas costumbres; pero corriendo desde Occidente Frigerido les dá una batalla cerca de Berea, y hace gran número de prisioneros, á quienes envia á poblar los desiertos alrededores de Módena, Reggio y Parma. Saliendo los godos á principios del año 378 de la Tracia, se arrojaron como un torbellino sobre la Tesalia y la Macedonia, saquearon los arrabales de Constantinopla, y tuvieron bloqueada la ciudad por algun tiempo.

Además, una romana, llamada Mavia, que, esclava en un principio, habia llegado á ser esposa y luego viuda de Obedino, príncipe etiope, toma las armas contra los romanos, invade la Palestina y la Fenicia, y se adelanta hasta la frontera de Egipto. Con gran trabajo se liberta de sus soldados el comandante general de las legiones de Oriente; asustado Valente le pide la paz, y ella se la otorga, á condicion de que le enviaria un piadoso solitario, llamado Moisés, que llegó á ser obispo en el Faran, y propagó allí el Evangelio.

Muerte de Valente.—Estas repetidas derrotas, la pérdida de la Armenia, los saqueos de los isaurios, las devastaciones de los godos, eran imputadas al emperador por unos, al pueblo por otros, por muchos á los generales. Veíase en aquello una señal de cólera celeste contra los arrianos ó contra los atanasistas, segun la pasion de cada uno. Valente acudió en persona contra los godos, y aspirando á la gloria de un triunfo rechazó las proposiciones de Fritigerno. La batalla que dió al enemigo cerca de Adrianópolis, donde pudo alcanzarle, fué de las más sangrientas, y disputada con todo el valor antiguo; pero sucumbieron los romanos perdiendo la flor y nata de sus generales y al emperador mismo (9 de agosto de 378) (9).

---

(9) Amiano Marcelino, último súbdito de Roma que haya escrito una historia en latin, la termina de este modo: *Hæc ut miles quondam et græcus, a principatu Cesaris Ner-*

Quedaba su sobrino Graciano, hijo y sucesor de Valentiniano, que se habia casado con la nieta de Constantino. Pero á la muerte de Valentiniano, halagados algunos ambiciosos con la idea de gobernar á nombre de un rey niño, habian proclamado á un hijo que tuvo el emperador en Justina, su segunda esposa, y de edad de cuatro años. Hubiera podido comenzar una guerra civil á no admitir la eleccion el prudente Graciano, aconsejando á la emperatriz viuda que se estableciera en Milan con su hijo, mientras él se encargaba de la difícil tarea de gobernar las Galias.

Encontrábase allí cuando supo la invasion de los godos en el imperio de Oriente y se dispuso á correr á toda prisa en defensa de su tio. No bien se informaron de esto los alemanes, cuando aprovechando el momento oportuno, se precipitaron sobre las Galias. Hubo, pues, de oponerles Graciano sus legiones, que hicieron en Argentaria en frente de Colmar tan escelente uso de sus javelinas, que después de haber derrotado con enorme pérdida á los enemigos y de dar muerte á su general, dejaron desembarazada toda la comarca.

Apresurándose entonces á llevar socorro á su tio, le escribió que evitara todo compromiso hasta su llegada, pero Valente no hizo caso de sus consejos, lo cual le costó la vida. Acrecentóse la audacia de los godos, pero cuando dieron asalto á Adrianópolis, que encerraba los tesoros del emperador, fueron repelidos por los restos del ejército, secundados por la desesperacion de los habitantes, y por un cuerpo de árabes al servicio de Valente. Entonces cargados de botin se alejaron del Bósforo, y siguiendo la direccion de las montañas, inundaron al pais indefenso hasta el mar Adriático, en los confines de Italia.

Habian llegado á la edad viril los mancebos godos, diseminados en calidad de rehenes en las ciudades de Asia, y al saber los triunfos de sus padres, podian intentar auxiliarlos y poner en conflagracion el imperio desde el Éufrates hasta el Helesponto. Hallándose vagante el imperio, Julio, comandante en jefe del ejército, convocó el Senado de Constantinopla para buscar un remedio á esta tempestad, el cual para justificar su atrocidad evocó una fórmula de otra época y de que no hacia memoria en ninguna otra circunstancia: decretó *que se proveyera de modo que no esperimentara la república ningun perjuicio.* En su consecuencia ordena Julio que todos aquellos jóvenes se reunan en un dia determinado en la capital de su provincia, para recibir allí una gratificacion, y en todo el Oriente fueron asesinados en un mismo instante. Con tan sanguinarias vilezas creia el imperio libertarse de sus enemigos.

---

væ exorsus, adusque Valentis interitum, pro virium explicavi mensura, numquam, ut arbitror, sciens silentio ausus corrumpere vel mendacio. Scribant reliqua poliores ætate, doctrinisque florentes. Quos id, si libuerit, aggressuros, procudere linguas ad majores moneo stylos. Tenia en la mente el reinado del gran Teodosio.

CAPÍTULO X

TEODOSIO.

Animado de sentimientos más generosos y deseando sinceramente el bien público, Graciano, soberano del mundo á la edad de diez y nueve años, tuvo suficiente virtud para conocer que no podia sostener por sí solo tamaña carga. Tenia delante de sí un millon de godos envanecidos por la matanza de cuarenta mil guerreros, habiéndoles entregado sus armas y sus caballos una victoria tan insigne, que uno de sus jefes esclamaba: *Por lo que á mi hace estoy cansado de matar, y me estraña mucho que un pueblo que huye delante de nosotros como un rebaño de ovejas, ose todavia disputarnos sus bienes y sus provincias* (1). Detrás de él se agitaban los germanos amenazando las Galias. Mostrándose temibles los persas á una estremidad del mundo romano y los escotos á la otra, habiendo aprendido todos por esperiencia que Roma podia ser vencida y que sus emperadores podian ser encadenados ó muertos.

Resolvió, pues, escoger para colega suyo, no á un niño, á quien la casualidad hiciera nacer bajo la púrpura, sino á un hombre de valor igual á la gravedad de las circunstancias, y fijó sus ojos en un desterrado, en un guerrero ofendido, que ni siquiera ambicionaba el trono. Ya hemos hablado muchas veces de Teodosio, conde español, que hizo triunfar las armas de Valentiniano en Africa y en Bretaña (376), pero á quien la envidia quitó los grados y por último la vida.

Teodosio.—Se habia esmerado en dar á su hijo, llamado tambien Teodosio, una educacion liberal, al mismo tiempo que le acostumbraba con su ejemplo á la disciplina militar, y el mancebo tuvo numerosas ocasiones de acreditar su valor contra los más diferentes enemigos. Su denuedo sin igual en las acciones de guerra le valió ser nombrado gobernador de la Mesia, que salvó de los sármatas; pero no le perdonó la envidia de la corte, y cuando su padre fué decapitado en Cartago, se retiró á su patria, donde dividió su tiempo entre sus deberes de ciudadano y la tranquila administracion de un vasto dominio que poseia en Cauca, entre Valladolid y Segovia. Era padre de tres hijos, Arcadio, Honorio y Pulqueria (2).

Allí fué donde el Cincinato de la decrépita Roma oyó llegar hasta su morada (19 de enero de 379) la voz de Graciano, que le llamaba ante todo á combatir en defensa del imperio, y á ser después partícipe del trono. Tenia el emperador bastante fé en Teodosio para temer que la venganza pesara más en su corazon que el bien público. Acababa de cumplir entonces 33 años, y el pueblo que admiraba su varonil belleza, su ademan magestuoso, moderado por la gracia, recordaba agradablemente que su patria era la de Trajano y de Adriano, de quienes se esperaba que siguiera las huellas.

Tocáronle á Teodosio las provincias gobernadas por Valente, y además la Dacia y la Macedonia; Graciano se reservó las Galias, España y Bretaña. La Iliria Occidental (3), la Italia y el Africa

(1) San Juan Crisóstomo, ap. TILLEMONT, *Historia de los emperadores*, V, 152.

(2) Véanse P. ERASMO MULLER.—*De genio moribus et luxu sæculi theodosiani.* Copenhague, 1798. Obra escelente.

STUPFKEN.—*De Teodosii magni in rem christianam meritis.* Lovaina, 1838.

FLECHIER.—*Vida de Teodosio.* Paris, 1679, 2 tomos.

DE BROGLIE, *La Iglesia y el Imperio romano en el siglo* IV.

(3) Desde este momento fué dividida la Iliria en Oriental y Occidental: comprendia la primera la Macedonia, el Epiro, la Tesalia, la Acaya, la Creta y las islas, la Mesia

quedaron en el nombre bajo la autoridad de Valentiniano II.

El desaliento en que la derrota de Adrianópolis habia sumido á los romanos, era mayor que el estrago efectivo, y hacia considerar como irremisiblemente perdido un imperio cuyos abundantes recursos bastaban á reparar más enormes desastres. Mas para no arrostrar un enemigo lleno de orgullosa confianza con tropas desalentadas, Teodosio estableció sus cuarteles en Tesalónica, desde donde podia observar los movimientos de los bárbaros y dirigir á sus lugartenientes. Hizo reforzar las guarniciones, y aumentar los medios de defensa de las ciudades, restableció el órden y la disciplina, y reanimó el valor con ayuda de pequeñas escaramuzas que no tenian otro objeto que aguerrir á los soldados, poniéndoles de manifiesto que los bárbaros no eran invencibles.

Teodosio habia comprendido como hombre prudente que un pueblo entero no podia permanecer en cuerpo de ejército por largo tiempo. Con efecto, á la muerte de Fritigerno, se diseminaron los godos por bandas, que recorriendo el pais en todas direcciones destruian á su tránsito lo que no podian llevar consigo, y preparaban con aquellos momentáneos triunfos su futura ruina. En breve se suscitó entre ellos la discordia, prestándose poco los intereses particulares de cada una de sus tribus al pensamiento único de la conquista. Modar, príncipe de la raza de los Amalos, se pasó á los romanos, y habiendo obtenido un mando de importancia, atacó de improviso á sus compatriotas, los hizo pedazos y volvió al campamento con un inmenso botin y cuatro mil carros. Entonces los restos del ejército de Fritigerno se reunieron voluntariamente á los compañeros de Atanarico, que espectador hasta aquel momento de la lucha, salia entonces de su retiro. Pero en vez de guiar á los godos á nuevos combates, prestó oidos á las proposiciones de Teodosio, que habiéndole salido al encuentro á distancia de muchas millas, le llevó á Constantinopla, donde le trató con amistosa magnificencia. Asunto de tristes reflexiones hubo de ser para los admiradores del antiguo tiempo ver la majestad del imperio envilecerse hasta el punto de hacer la corte á un bárbaro. El rey godo, para quien Constantinopla era objeto de admiracion contínua, esclamaba que el emperador de los romanos era un dios sobre la tierra, y que levantar la mano en contra suya era hacerse culpable hasta el punto de merecer la muerte (4).

Murió dentro de los muros de aquella capital, y mandándole hacer Teodosio magníficas exequias, se grangeó el afecto de los godos, de manera que se alistaron á porfia bajo sus banderas. A ejemplo suyo todos los jefes de bandas se apresuraron á obtener su tratado particular, hasta el estremo de que aquellos que amenazaban el imperio cuatro años antes, le prestaron entonces auxilio con sus armas.

Acosados tambien los ostrogodos por el deseo de buscar nuevas aventuras, habian abandonado las provincias del Danubio: retrocediendo luego se preparaban á pasar el rio, cuando el general romano hizo que les insinuaran hombres traidores que atacaran el campamento por sorpresa. En medio de la oscuridad de una noche se metieron todos en barcas hechas de un solo tronco de árbol (5), y se adelantaron hácia la orilla; pero cuando se acercaron á ella chocaron en una triple hilera de buques encadenados que rompieron su línea, mientras que cayendo galeras empujadas por la corriente y á fuerza de remo sobre aquella flotilla, la echaron á pique con el rey que la mandaba.

Imploraron gracia los vencidos, y así fué como Teodosio, no teniendo ya que temer nada de aquella gran nacion dominada en todos los puntos, la distribuyó por numerosas colonias en la Tracia, en la Frigia, en la Lidia y en otras comarcas fértiles, hoy dia desiertas, eximiéndoles de impuestos y suministrándoles bestias y granos. Reunidos allí en aldeas conservaron los godos su idioma, sus usos y su tosca libertad, reconociendo la supremacia del emperador, pero no quisieron aceptar las leyes ni la jurisdiccion de los magistrados del imperio. Ya no tuvieron más reyes, y mandaron tanto en paz como en guerra los jefes de las tribus y los de las familias. El contingente que suministraban al ejército para servir á las órdenes de generales escogidos por el emperador, era de cuarenta mil auxiliares, bajo el nombre de federados, distinguidos por collarines de oro, y disfrutando de un pingüe salario y de grandes privilegios.

Divulgóse entre ellos la civilizacion en sus nuevas habitaciones con el cristianismo: se dedicaron á la agricultura, y el capadocio Ulfila, su obispo, acomodó el alfabeto griego á su idioma, al cual tradujo los Evangelios; pero comunicó á su nacion el arrianismo.

Amaban los godos á Teodosio, como si su conducta fuera hija del afecto que les profesara (6). Afligíanse en su consecuencia los romanos, y sin embargo se resignaban pensando en los estragos de la guerra, en la imposibilidad de desembarazarse de otro modo de aquellas formidables tribus: por otra parte esperaban que la civilizacion y las ideas religiosas suavizaran aquellos ánimos indó-

---

inferior, la Dardania y la Dacia, más acá del Danubio. La Iliria Occidental se componia de la Mesia superior, de la Savia, de las dos Panonias y de las dos Nóricas.

(4) JORNANDES, cap. 28.

(5) Μονόξυλα. ZÓSIMO, lL IV; y CLAUDIANO, *in* IV, *cons. Honorii*, 623:

Ausi Danubium quondam tranare Gruthungi
In lintres fregere nemus; ter mille ruebant
Per fluvium plenæ cuneis immanibus alni.

(6) *Amator pacis generisque Gothorum.* JORNANDES, cap. 29.

ciles, y les parecia cómodo ser defendidos por estranjeros brazos.

¡Cuántas veces no han sido defraudados los pueblos en sus mas caros intereses por estos nombres de paz y de seguridad! Para todo el que reflexiona, era fácil preveer que los ciudadanos perderian en breve de aquel modo el hábito de las armas y que se hallarian entregados sin defensa á la invasion estraña ó á la rebelion doméstica. Teodosio fué poderosamente auxiliado en sus guerras por los godos; ¿pero qué confianza se podia depositar en gentes que por interés ó por ligereza desertaban en medio de una campaña ó se entregaban al saqueo en las provincias amigas y cuyo soberbio continente revelaba en tiempo de paz el desden que el hombre sin educacion alimenta respecto de todo el que parece cederle en fuerza? Entre los mismos godos federados habia algunos que, más inclinados á la tranquilidad y más fieles, tenian por caudillo á Fravita, jóven de sentimientos generosos y de suaves costumbres; á la par que el feroz Priulfo, siempre propenso á los partidos estremos, no conocia más omnipotencia que la de la espada. Ambos se hallaban un dia á la mesa de Teodosio en ocasion de una solemnidad, cuando olvidando el respeto en medio de las copas, pasaron á vias de hecho. El primero dió muerte al segundo, que hubiera sucumbido á los golpes de los soldados de Priulfo, á no ser defendido por los guardias del emperador.

Encontrábase encomendada la fortuna romana á dos príncipes de mérito efectivo. Graciano puso freno á las persecuciones que los arrianos habian ejercido en Oriente, proclamando que eran toleradas todas las creencias cristianas (7). Tambien protegió las letras y las cultivó él mismo; hallando enmedio de las fatigas de la guerra espacio para cantar las hazañas de los héroes y para pulsar la lira con una mano acostumbrada á manejar la espada (8). Confirió el consulado á Ausonio su maestro, con el derecho de gastar una toga semejante á la que se vestian los emperadores para el triunfo, y mantuvo contínuas relaciones de amistad con San Ambrosio, obispo de Milan. Pero el fin de su reinado no correspondió á la manera con que lo inaugurara, pues habiendo muerto los que le habian inclinado al bien, le estraviaron indignos cortesanos.

Rebelion de la Bretaña.—Tan pronto entablaba vanas discusiones con los obispos, cuya intolerancia secundaba á veces, como prodigaba en partidas de caza su tiempo y sus tesoros. Un cuerpo de alanos, gentes habilísimas en este ejercicio, habian merecido por esta circunstancia su particular valimiento; les habia confiado la custodia de su persona, y se presentaba frecuentemente á las legiones vestido y armado á la usanza de estos septentrionales. De este modo se enagenaba el afecto de los soldados sin emplear con ellos un rigor ageno de su carácter. Por último vino á estallar una sedicion militar en la Bretaña (382?). No habiendo obtenido Magno Maximo, compatriota y compañero de armas de Teodosio, un puesto que satisfaciera su ambicion, fomentó el descontento de las tropas, y haciéndose proclamar emperador, pasó á las Galias, segun se dice, con treinta mil soldados y cien mil bretones.

Muerte de Graciano.—Animoso y digno del trono, si hubiera aspirado á obtenerlo por medios más honrosos, reclutaba cada dia nuevos parciales, y aun aquellos más próximos á Graciano abrazaban su causa. Este huia de Paris á Lion para acercarse á Italia, cuando cayendo en un lazo fué muerto á la edad de veinte y cuatro años (25 de agosto de 383). Habia reinado diez y seis años á contar desde el tiempo en que habia sido nombrado augusto, y ocho desde el dia en que sucedió á su padre.

Meltobaudo, rey de los francos, y Valion, ambos generales de Graciano, fueron los únicos que el usurpador condenó á muerte. Se asoció Flavio Victor, su hijo, y fijando su residencia en Tréveris, estendió su autoridad á la España, á la Galia y á la Bretaña. Los que habian abandonado esta isla con Máximo, se establecieron en la Armórica, que desde entonces fué tambien denominada Bretaña (9).

Máximo envió su primer canciller á Teodosio, para justificarse y pedirle que le reconociera por cólega; pronto, en el caso de una negativa, á hacerle frente con las fuerzas de los paises más florecientes del imperio. La necesidad y el deseo de evitar una guerra civil determinaron á Teodosio á acceder á su deseo. En todas partes fueron proclamados los tres emperadores (19 de enero de 385), y Arcadio, de edad de seis años, fué proclamado augusto por su padre.

No sabiendo Máximo limitar su ambicion á tres

---

(7) Acaso solo en Oriente, pues vemos á los donatistas proscritos en Occidente, y hallamos prohibida á todos los hereges la predicacion de su doctrina en el edicto de Milan de 3 de agosto de 379.

(8) A pesar de su exageracion, merecen ser copiados los elogios que le tributa Ausonio con este motivo.

Arma inter, Chunosque truces, furtoque nocentes
Sauromatas, quantum cessat de tempore belli,
Indulget claris tantum inter castra Camœnis.
Vix posuit volucres stridentia tela sagittas,
Musarum ad calamos fertur manus: otia nescit,
Et commutata meditatur arundine carmen.
Sed carmen non molle modis: bella horrida Martis
Odrysii, tressœque viraginis arma retractet.
Exulta, Æacides, celebraris vate superbo.
Rursus, romanumque tibi contiguit Homerum.
Epig. I.

(9) Segun la leyenda, las once mil vírgenes compañeras de santa Ursula, asesinadas en Colonia por los hunos, estaban destinadas á aquellos emigrados bretones. Algunos niegan esta primera emigracion británica á la Armórica.

vastos reinos los esquilmó para armar una multitud de bárbaros contra la Italia. Bajo pretesto de suministrar auxiliares envió (387) allí un cuerpo de tropas, que pasando los Alpes sin esgrimir las armas, le aseguró la entrada de la península. Valentiniano II ó mejor dicho Justina, que reinaba en su nombre, huyeron entonces de Milan, y ganaron á Tesalónica, donde fueron recibidos por Teodosio con todos los miramientos debidos á su clase y á su infortunio. Después de haber debatido por largo tiempo en su consejo la cuestion de declarar la guerra á Máximo, se decidió á ello, determinado tambien por los encantos de Gala, hermana de Valentiniano, á quien tomó por esposa.

Después de haber hecho su entrada triunfal en Milan, volvia Máximo á sus cuarteles de la Panonia, cuando adelantándose Teodosio á la cabeza de un ejército aguerrido, cayó sobre él con tal velocidad, que le encerró en Aquilea. Allí fué preso (27 de agosto de 388), despojado por los suyos y conducido á presencia de Teodosio, quien le hizo dar muerte para vengar á Graciano. Habiendo puesto así término á la guerra civil entró en triunfo en Roma.

Caracter de Teodosio I.—Y tenia derecho á ello. Habia reprimido á los bárbaros; reclamaban su amistad los persas; sus súbditos le daban testimonio de su amor y de su agradecimiento. Casto y morigerado en sus costumbres privadas, aunque naturalmente inclinado á los placeres del amor y de la mesa, se mostró afectuoso y complaciente con sus deudos, y educó á sus sobrinos como á sus propios hijos. Afable en la conversacion cambiaba de tono segun las personas á quien se dirigia. Escogia sus amigos entre los hombres de más estima, daba los empleos y las recompensas á quienes se hacian más dignos de ello, no le inspiraba el mérito ninguna envidia, ni olvidaba jamás los beneficios. Enmedio de los cuidados que reclamaba tan vasto imperio, le quedaban algunos ocios para consagrarse á la lectura, especialmente de la historia, juzgando los sucesos antiguos, indignándose de las crueldades de Cinna, de Mario, de Sila, y buscando en lo pasado lecciones para lo venidero.

No le cegaba la prosperidad y estirpó hasta los gérmenes de la guerra civil con el perdon y con la templanza. Tomó bajo su proteccion la anciana madre de Máximo, educando á sus hijas, y envió socorros y larguezas á las provincias que se habian sublevado. Es verdad que el triunfo que aseguró al cristianismo y á la fé ortodoxa hizo que le prodigaran elogios, que pueden creerse exagerados, todos los creyentes, si bien por otra parte sus más encarnizados enemigos no podrán negarle relevantes prendas. Censúrasele por sus voluptuosos solaces tan luego como cesaron las lides; pero para templar el aserto de un escritor hostil á su persona, conviene decir que no reconocia por causa el ejemplo del emperador la indolencia con que se entregaban los ricos de entonces á los deleites mundanos; era resultado de las circunstancias, de aquella incertidumbre del mañana, que arrancaba toda noble esperanza y convidaba á gozar á ciegas de una vida siempre próxima á estinguirse.

Su valor rayaba á veces en lo temerario. Constantemente ocupado Zósimo en denigrarle, cuenta que hallándose infestada la Macedonia de bárbaros, que habian empuñado las armas á instigacion de Máximo, y cuyas guaridas no podian ser descubiertas, se puso á perseguirles Teodosio personalmente. Acompañado solo de cinco hombres decididos llevando cada uno tres caballos de remuda, hizo una batida en el pais, disfrazado, y alimentándose con lo que encontraba en las chozas de los montañeses. Habiendo llegado de noche á una miserable taberna reparó allí en un hombre que parecia observarlo todo y á quien tuvo por sospechoso: mandó que le pretendieran y le pusieran en el tormento, y dándose á conocer le indujo á confesar que era espia de los bárbaros. Con las noticias que éste le dió los atacó con grave riesgo de su vida.

En un tiempo en que se disolvia el Estado no perdió una pulgada de territorio; vióse obligado no obstante á aumentar los impuestos y á administrar con un rigor próximo á la tirania, único refugio del decadente imperio. Acrecentaban aun más aquel rigor accesos de cólera á que se abandonó á veces hasta el punto de conservar eterno arrepentimiento. En vano su escelente esposa Flacila procuraba entonces moderarle, murmurando á su oido: *Acuérdate de lo que eras y de lo que eres.*

Tumulto de Antioquia.—El décimo año de su reinado (389) debia ser celebrado con solemnidad, y habia mandado que se distribuyera una gratificacion en dinero, á cargo de los ciudadanos, á los soldados. Contra esta obligacion empezaron á murmurar los habitantes de Antioquia: exasperados luego por la actitud severa de los magistrados pasaron á las injurias, y derribando las estátuas del emperador y de su familia las arrastraron por las calles. Reprimió la sedicion un cuerpo de arqueros; inmediatamente después los que temblaban poco antes y los que amenazaban enviaron al emperador, cada cual por su parte, unos un relato acusador, otros súplicas y ruegos. Fácilmente se puede imaginar la ansiedad de los ciudadanos, durante el intérvalo de tiempo que tardaron en llegar aquellos despachos á la capital, á quinientas millas de distancia. Al fin llegó la sentencia despues de veinte y cuatro dias de cruel incertidumbre. Habia indignado al emperador especialmente la circunstancia de recibir aquel ultraje de Antioquia, ciudad que habia hermoseado y donde habia residido algun tiempo. Allí se habia hecho amar Flacila, visitando á los pobres y enfermos, en las casas y en los hospitales, cuidándoles con sus propias manos, distribuyéndoles víveres y socorros, y velando por ellos. Condenó, pues, á Antioquia á ser despojada de todas sus prerogativas y rentas y á ser subordinada á Laodicea; á la clausura de los baños, del

teatro y del circo; á no tener ya distribuciones de trigo. El general Elebico y Cesario ministro de Estado estaban designados para citar á su tribunal en el foro á los nobles y á los principales ciudadanos, y encargados de investigar con ayuda del tormento á cuantos habian insultado á las estátuas imperiales, á fin de que fueran castigados con la confiscacion y con la muerte.

El obispo Flaviano partió de Antioquia para apelar á la clemencia de Teodosio. Permaneciendo Juan Crisóstomo en medio de los ciudadanos les presentaba aquella prueba como un castigo de sus pecados, empleando razones y súplicas en favor de los infelices á quienes procuraba prodigar consuelos en tan terrible situacion (10). «Esta ciudad se halla despoblada por el miedo y por el infortunio; la patria, cosa la más dulce para los hombres, ha venido á ser la más amarga. Huyen los ciudadanos del lugar que les ha visto nacer como se huye del suplicio; se alejan de él como de un abismo; le evitan como un incendio. Cuando se prende fuego á una casa, no solo la abandonan los habitantes, sino que hasta las casas vecinas quedan desiertas: todo se desempara á trueque de salvar la vida. Así mientras la cólera del emperador pesa sobre esta ciudad como las voraces llamas, todos huyen antes de que el incendio propague sus estragos, y se considera como una felicidad poder sobrevivir á ellos.»

En seguida, á semejanza de Escipion, aparta á los ciudadanos del designio de abandonar la patria; pinta las crueldades ejercidas en el pretorio, donde ha ido á acompañar á sus hermanos, y toma ocasion del esceso de los males padecidos, para reprender los pecados cometidos antes, los odios, la maledicencia, las blasfemias; haciendo esperar que la solemnidad de la próxima pascua, será un dia de reconciliacion entre el príncipe y el pueblo.

Los filósofos, de que habia grande afluencia en Antioquia, abandonaron la afligida ciudad; pero los monges de aquellos contornos salieron de sus retiros con el fin de aplacar á los ministros de la venganza imperial. Uno de ellos, Macedonio, sin más autoridad que la que su virtud le infunde, detiene en la calle á los dos comisarios y les dice: «Por elevado que se halle el emperador siempre es un hombre, y por consiguiente está obligado á pensar en su naturaleza, no menos que en su categoria. Aquellos á quienes manda son, lo mismo que él, imágen de Dios supremo; cuide, pues, de no provocar al Omnipotente destruyendo las imágenes vivas de la naturaleza divina, para vengar un ultrage dirigido contra las imágenes inanimadas de su cuerpo. Es fácil sustituir otras estátuas á las que son destruidas, pero todo su poder no bastaria á devolver una de las muchas vidas que ha arrancado (11).

Todos los anacoretas manifestaron enseguida

---

(10) Poseemos veinte discursos de los pronunciados á la sazon por el Crisóstomo.

(11) Los discursos XIII, XX y XXII del Crisóstomo se refieren á hechos de esta especie: «¿Quién no se sorprende, dice, quién no se admira de su sabiduria? Descubriéndose la madre de un acusado la cabeza, enseñando sus canas, ase por la brida el caballo de un juez, y corriendo al centro del foro, entra á su lado en el pretorio. Todos se maravillan de ver tal valor y piedad tanta: ¿cómo no admirar, pues, á los monjes? Aunque aquella madre hubiera muerto por su hijo, no habia que estrañarlo, porque el vínculo de la naturaleza es poderoso, é invencible la fuerza de la sangre. Pero estos no han engendrado, no han criado; ni aun siquiera conocian á aquellos á quienes solo ha dado á conocer el actual infortunio, y á quienes amaron hasta el extremo de que si hubieran tenido un número infinito de almas, todas las hubieran dado por salvarles. No se me diga que no han sido muertos, que no se ha derramado su sangre, pues han usado respecto de los jueces de tal libertad, que solo podria esperarse de personas que han resuelto renunciar á la vida, y con la voluntad de hacer el sacrificio de ella, bajaron de sus montañas al foro. Si no hubieran preparado de antemano su alma á todos los suplicios, no hubieran hablado con tanta audacia y energia á los jueces. Todo el dia permanecian á la puerta de los magistrados, prontos á arrancar de manos de los verdugos á cuantos eran conducidos á los calabozos. ¿Dónde se hallan esos filósofos profanos, que llevan el manto y larga barba, la varilla en la mano, cínicos descarados, más miserables que los perros que se arrastran debajo de las mesas y todo lo hacen por el vientre? Todos han abandonado la ciudad, han desertado y se han escondido en las cavernas. Pero los que manifiestan en sus obras una verdadera filosofia, cual si nada hubiera acontecido en la ciudad, se han presentado intrépidos en el foro. Volaron los ciudadanos á las montañas, á los desiertos: y los que habitaban en los desiertos y en las montañas corrieron á la ciudad, haciendo ver con sus obras que el que vive virtuoso, no puede ser tocado ni aun por el fuego del horno; tan sublime es la sabiduria del alma, ora en la prosperidad, ora en la afliccion; porque el verdadero sabio no se adormece en la primera como tampoco se contrista ó desanima en la segunda, sino que despliega siempre la misma virtud, la misma energia. ¿Y quién no se abatiria con las angustias del tiempo presente? Los ciudadanos más antiguos de nuestra república, que habian amontonado infinitas riquezas y disfrutaban de la intimidad del príncipe, han abandonado sus moradas, buscando medios y consejos para salvarse. Rompiendo los vínculos de la amistad y de la familia, deseaban entonces no conocer á ninguno de los que tenian poco antes por amigos, y no ser reconocidos por los demás. Pero los monjes, hombres pobres, sin poseer más que un tosco manto, acostumbrados á una vida áspera y á no mostrarse á nadie, recorriendo los montes y las selvas como leones, si bien provistos de una resolucion sublime, cuando los demás temblaban de espanto, fueron los únicos que permanecieron firmes en medio de tan terribles tempestades, y las disiparon, no tras largos dias, sino en un momento. A semejanza de aquellos generosos atletas ante los cuales se retiran los adversarios, no digo después de haberles estrechado apenas, sino solo al verse en su presencia y no más que al oir su nombre, de la misma manera estos en un solo dia se presentaron, hicieron oir su acento, disiparon todo terror y volvieron á sus habitaciones. ¡Tanta virtud tiene la filosofia introducida por Cristo!»

intencion de ir juntos á Constantinopla á fin de implorar la clemencia del emperador, si bien los dos ministros prometieron llevarle la súplica redactada por ellos, y, enternecidos de tanto sacrificio, partieron á consultar la voluntad del soberano del imperio. Acordándose Teodosio, cuya cólera se habia apaciguado, de las palabras de Flaviano, segun las cuales el mayor homenaje que se puede tributar á la religion era imitar á su fundador divino, perdonando á semejanza suya, concedió una amnistia generosa. Fueron devueltos los bienes confiscados, y Antioquia tornó á ser capital del Asia. El emperador alabó y recompensó á los que habian sabido resistir su cólera, haciéndoles esperimentar cuán dulce era perdonar. *Cese*, esclamaba Juan Crisóstomo, *cese la ceguedad de los paganos, y al saber por un emperador y por un obispo cual es nuestra filosofía, renuncien á sus errores para abrazar una religion que engendra tan eminentes virtudes*. De este modo, no teniendo todavia poder la Iglesia para elevar al pueblo á la completa inteligencia de sus derechos, templaba los furores de los grandes, recordándoles sus deberes.

Tesalónica.—Tesalónica tuvo que sufrir más rudos golpes. Situada esta ciudad favorablemente en un profundo golfo, punto de escala para la Tesalia, y centro del comercio de Roma, habia recibido su nombre de la mujer de Casandro, hermana de Alejandro Magno. Consagrada á los dioses cabiros, y á Vénus de la Terma, se aumentó en gran manera bajo la dominacion de los reyes macedonios. Conociendo los emperadores romanos su importancia, como puerto de mar, para el comercio, la hermosearon con monumentos. En ella construyó Neron un vasto pórtico corintio, con dos hileras de estátuas, notables por lo esmerado de su trabajo y por la obscenidad de sus actitudes. Trajano mandó erigir allí, tomando por modelo el Panteon, la rotonda de los Cabiros: Marco Aurelio un arco de triunfo: otro fué elevado por Constantino (12).

En tiempo de Teodosio la guarnicion de la ciudad estaba mandada por el general Boterico. Un mancebo esclavo que tenia, escitó la codicia impura de un cochero del circo, á quien Boterico mandó encarcelar. Enfurecido entonces el pueblo acometió al comandante, le asesinó, así como á muchos de sus principales oficiales, y arrastró sus cadáveres por las calles (390). Sabedor Teodosio en Milan de atrocidad semejante, esperimenta violenta ira, y prestando menos oido á los consejos de los obispos que á las lisonjas del ministro Rufino, dá órden de que los bárbaros descarguen la espada sobre todos los habitantes, inocentes ó culpables. Invitados los ciudadanos á los juegos en nombre de Teodosio, se dirigen al circo; pero apenas está henchido de gente, pues hasta tal punto hacia enmudecer á la desconfianza la aficion á las diversiones, se precipitan allí los soldados con las espadas desnudas, y ejercen por espacio de tres horas una matanza, cuyas víctimas ascienden de siete á quince mil de todos sexos, edades y condiciones. Un mercader extranjero ofrecia cuanto poseia y hasta su existencia por rescatar la de uno de sus hijos, pero mientras vacila en la horrible eleccion, el sicario degüella á ambos delante de sus ojos.

Ambrosio, obispo de Milan, quedó poseido de horror cuando supo aquella carniceria, y á fin de ejercer su piedad y de evitar la presencia de Teodosio, se retiró al campo. Enseguida escribió cartas al emperador reconviniéndole por su conducta, exhortándole á hacer penitencia derramando ardientes lágrimas, y advirtiéndole que no llevara su osadia hasta el punto de acercarse al altar del Dios de la misericordia, con las manos teñidas todavia en la sangre del inocente. Aquellas reconvenciones hicieron volver en su acuerdo á Teodosio, y como desgraciadamente no podia remediar el mal que habia causado, se dirigió á la basílica de Milan para hacer penitencia: pero en el momento en que sentaba su planta en el umbral del templo, sale Ambrosio á su encuentro bajo el vestíbulo, y le declara que habiendo sido público el delito, debe sujetarse públicamente á la venganza divina. Nunca quiso recibirle en el lugar santo, interin no tomara la firme resolucion de sufrir la penitencia canónica. Deponiendo el emperador las insignias del poder supremo se presentó como suplicante enmedio de la iglesia, se confesó culpable, y á este precio obtuvo al cabo de ocho meses indulgencia y su reintegracion en la comunion de los fieles. De aquí resultó un edicto que encomendaba dejar siempre un término de treinta dias entre la sentencia de los jueces y su ejecucion (13).

Todavia es más digna de pasar á la posteridad otra ley de él emanada, y la copiamos aquí para ejemplo de los reyes: *Si alguno se permite por imprudencia injuriar nuestro nombre con términos malévolos é inconsiderados, y se hace por orgullo detractor turbulento del tiempo presente, prohibimos que se le imponga ningun castigo, ni mal tratamiento: si la ofensa proviene de ligereza, conviene*

---

(12) Esta ciudad fué devastada más tarde por los árabes bajo Leon el Filósofo; luego por Guillermo, rey de Sicilia, últimamente por Amurat II. Volvió á levantarse no obstante, y aun la habitan diez y seis mil griegos, doce mil judios y cincuenta mil turcos.

(13) Schoel (*Historia de la literatura latina*, t. IV, página 45), condena este acto magnánimo. *Nada, dice, le daba el derecho para erigirse en juez de su soberano, y humillarle imponiéndole un castigo público que miraba su siglo como infamante.* Para que este pasaje no sea absurdo, hay que sustituir al *nada, el Evangelio;* y á *su siglo, nuestro siglo.* Continua en el mismo tono para decirnos que *es imposible no reconocer aquí la arrogancia de un sacerdote que se reputa superior á toda autoridad civil.*

despreciarla, si de locura, compadecerla, si de perversidad, perdonarla (14).

No vinieron los hechos á desmentir las palabras, pues habiéndose descubierto una conspiracion en Constantinopla, y siendo condenados á muerte, Teodosio perdonó á todos y no quiso que se buscara á sus cómplices (15), añadiendo: *Ojalá pudiera devolver la vida de los muertos* (16).

Valentiniano II.—Aunque pudo sin obstáculo y casi sin suscitar quejas, reunir toda la autoridad en sus manos, apartando de ella al jóven Valentiniano II, respetó su debilidad y le repuso en el trono, agregando á sus Estados las provincias arrancadas á Máximo más allá de los Alpes. Justina, que habia gobernado en nombre de su hijo y escitado disturbios en la Iglesia favoreciendo á los arrianos, tardó muy poco en bajar al sepulcro, y Valentiniano adoptó la fé verdadera (388): así aumentó el amor y la estimacion que le habian conquistado la pureza de las costumbres, su aplicacion á los negocios, sus virtudes domésticas, y su celo por la justicia.

Censurado por su escesiva aficion á los juegos del circo y á las luchas de los animales, se abstuvo de estos espectáculos completamente, así como multiplicó los ayunos para desmentir la acusacion de intemperancia. Habiendo sabido que una cómica de Roma ejercia sobre la juventud poderoso ascendiente, la llamó á la corte y luego la despidió, sin haberla visto, para dar ejemplo. Profesaba estraordinario cariño á sus hermanas; pero sabedor de que estaban en pleito con un huérfano sobre ciertos dominios, remitió la decision del litigio al juez ordinario, y las persuadió enseguida á que renunciaran á sus pretensiones (17). Sus virtudes no impidieron que encontrara un traidor.

Arbogasto, franco de estremada bizarria, ocupaba el segundo puesto en el ejército de Graciano, y cuando éste murió puso su brazo al servicio de Teodosio y le ayudó á vencer. De este modo habia obtenido el valimiento del emperador y pensó en aprovecharse de su privanza para trastornar el imperio de Occidente. Distribuyó los puestos más importantes en el ejército y en la administracion civil de las Galias á sus hechuras, y resultó de esto que Valentiniano se halló en Viena como prisionero en medio de sus secretos enemigos. Recurrió á Teodosio para que lo ayudara á librarse de aquel cautiverio, y haciendo venir á Arbogasto, le recibió sobre su trono, desde donde le intimó que hiciera dimision de sus empleos; pero el franco le respondió de este modo: *Mi autoridad no depende de la sonrisa ó del fruncimiento de cejas de un monarca*; y tiró al suelo el pliego en que se le comunicaba aquel mandato. Difícilmente pudo contenerse Valentiniano para no cometer un acto de violencia; pero pocos dias después se encontró degollado al emperador dentro de su tienda (15 de mayo de 390).

Todos adivinaron la mano de donde habia partido el golpe: Arbogasto lo habia dispuesto todo para que redundara en provecho de su ambicion aquel desafuero. Sin embargo, no osando ceñirse por sí mismo la corona, la dió al retórico Eugenio, su secretario privado y ministro de Estado, que gozaba reputacion de hombre prudente é instruido.

Teodosio se sintió vivamente afectado por el asesinato vil que habia cortado la existencia de su cólega y cuñado; pero aguardó para vengarse y mantuvo á Eugenio en la incertidumbre hasta que estuvo pronto á comenzar la guerra civil: después que sus dos valientes generales, Estilicon y Timasio, organizaron completamente y disciplinaron las legiones, así como á los bárbaros aliados, les hizo marchar contra el Occidente. Habiendo reducido Arbogasto su defensa á las fronteras de Italia, Teodosio se apoderó de toda la Panonia hasta la falda de los Alpes Julios, y vino á presentar batalla á su enemigo en las llanuras de Aquilea, donde alcanzó la victoria. Arbogasto se dió muerte (6 setiembre de 394). Eugenio la recibió de mano de los soldados irritados, en presencia de Teodosio.

San Ambrosio, que habia resistido inerme al usurpador, rehusando sus dones y alejandose de Milan para no tener con él relacion alguna, fué á llevar á Teodosio el homenaje de las provincias occidentales, y le suplicó que se echara un velo sobre lo pasado.

Muerte de Teodosio.—De esta suerte reunia Teodosio bajo su autoridad á todo el mundo romano. Sus virtudes y su edad hacian concebir venturosas esperanzas, cuando murió (17 de enero de 395) á los cuatro meses de tan insigne victoria. Habia repartido el imperio entre sus dos hijos, dando el Oriente á Arcadio, y el Occidente á Honorio, á quien habia llamado á Milan, para recibir allí las insignias del poder supremo. Teodosio quiso asistir á los espléndidos juegos celebrados con este motivo, y su salud ya vacilante no pudo resistir á la fatiga: espiró la misma noche. Fué el último emperador que dirigió con mano robusta el gobierno romano, y guió los ejércitos en persona. Amigos y enemigos tuvieron en grande estimacion sus virtudes; y al terminar su existencia, la debilidad probable de un Estado dividido, bajo la direccion de dos jóvenes inespertos, engendró en todos graves zozobras.

Las leyes promulgadas por Teodosio son uno de

---

(14) *Si quis, modestiæ nescius et pudoris ignarus, improbo petulantique maledicto nomina nostra crediderit lacessenda, ac temulentia turbulentus obtrectator temporum fuerit, eum pœnæ nolumus subjugari, neque durum aliquid nec asperum sustinere; quoniam si id ex levitate processit, contemnendum est; si ex insania, miseratione dignissimum; si ab injuria, remittendum. Unde, integris omnibus, ad nostram scientiam referatur, ut ex personis hominum dicta pensemus, et utrum prætermitti an exquiri debeat censeamus.* Cod. Teod., IX, 7, l. 1.

(15) Temistio, *Orat.* XIX.

(16) S. Juan Crisóstomo, *Orat.* VI.

(17) S. Ambrosio, *De obitu Valentiniani.*

sus principales títulos de gloria y en las que se ve patentemente la inspiracion del cristianismo. Prohibió solicitar los bienes de los sentenciados por causa de rebelion, en atencion á que á veces se obtenia en fuerza de importunidad, lo que no podia conceder un príncipe justo (18): y esto disminuyó el espionaje, porque muchos se hacian delatores por adquirir los bienes del acusado. Antes de él ingresaban en el tesoro los bienes de los desterrados: ordenó que fueran distribuidos entre el tesoro y el reo, ó sus herederos, y que la herencia entera de un padre que hubiera sufrido la pena capital, pasara á sus hijos (19). Fueron prohibidos los matrimonios entre primos hermanos bajo la escesiva pena de ser quemados vivos, de la confiscacion de bienes y de la bastardía de los hijos (20). Tambien se vedó el matrimonio con sobrinas (21), y cuñadas (22), y en general entre cristianos y judíos. Impidióse á estos últimos comprar esclavos cristianos, y permitió á los cristianos dar libertad sin restriccion á los suyos (23). La dulzura y la humanidad fueron recomendadas á los carceleros, que tan poco tienen de ellas comunmente. Debieron visitar los jueces con frecuencia las cárceles, oir las quejas de los presos, y llevar nota exacta de sus reclamaciones. Se prohibió vender, comprar, enseñar tocadoras de instrumentos, llamarlas á los espectáculos y á los banquetes, y tener músicos de profesion dentro de casa, especie de esclavos contra la cual no cesaron de tronar los Padres, como fomentadora de las malas costumbres.

Fuera asimismo injusto olvidar algunas leyes de Graciano, como la que impone á los delatores convictos de calumnia la pena en que hubiera incurrido el acusado (24). Revocó todos los privilegios otorgados á los particulares, con perjuicio de las corporaciones de que eran miembros (25), y reveló de la obligacion de obedecer órdenes que los magistrados ó los tribunales pretendieran haberles dado de viva voz el soberano del imperio (26).

(18) *Cod. Teod.*, X, 10, l. 15.
(19) *Cod. Teod.*, l. 8.
(20) Idem III, 12, l. 3. Arcadio templó este rigor, aboliendo la pena del fuego. *Cod. Just.*, V, 4, l. 19.
(21) *Cod. Teod.*, III, 12, l. 3.
(22) Idem III, 7, l. 2.
(23) Idem III, 1, l. 10.
(24) *Cod. Teod.*, IX, 1, l. 14.
(25) Idem XI, 1, l. 5.
(26) Idem I, 3, l. 1.

CAPÍTULO XI

TRIUNFO DEL CATOLICISMO.—LOS SANTOS PADRES.

Habian dejado los primeros emperadores cristianos subsistir el antiguo culto al lado del nuevo, por contemplaciones á una multitud de gentes que les guardaban fidelidad y porque las revoluciones destinadas á cambiar la faz del mundo no se operan de un solo golpe. Todavia los ritos paganos eran considerados como nacionales ó se les denominaba de este modo. Sacrificaban los pontífices en nombre del género humano: en los discursos dirigidos á los emperadores se hacian no solo alusiones oratorias á las antiguas divinidades, sino tambien invocaciones y augurios. Aun se veia elevada sobre el altar enmedio de la curia Julia, donde se reunia el Senado, la estátua de la Victoria arrancada á los tarentinos, y adornada por Augusto con los despojos de Egipto; antes de entrar en sesion quemaban los senadores delante de ella algunos granos de incienso, jurando fidelidad al emperador (pág. 405).

Paganismo. — Numerosas inscripciones atestiguan que las provincias estaban aun firmemente adheridas al antiguo culto, en atencion á que dirigidos más bien por el hábito que por el raciocinio, obedecian menos á creencias que á impresiones. En Italia encontramos muchos vestigios de esta persistencia, y más todavia en las Galias, donde el culto de los druidas se mezclaba á las religiones germánicas y á la que habia sido importada de Grecia. Ignoramos cómo y por qué causa cobró nueva vida el druidismo, pero la historia nos ha conservado el nombre del archidruida Merlin, que después de haber llenado á principios del siglo v con sus profecias las selvas de la Bretaña continental y de la isleña, fué considerado después de su muerte como un ser misterioso, como un profeta, como un mago, y figuró como tal en las novelas de la Edad Media (1). Olvidando la Germania cada vez más á Odin, habia aceptado algunos de los dioses de Olimpo; pero el vulgo se obstinaba aun en su adoracion respecto de las potestades naturales. Santiago el mayor y el centurion Cornelio pasan por haber enarbolado en la península ibérica el estandarte de la fe; pero si fué así, no resultó de ello la estincion del antiguo culto llevado por los pelasgos, mezclado con el de los fenicios y el de los cartagineses, sin que hubiera reducido el todo á la unidad la fuerza romana. Con efecto, hallamos en las inscripciones trece dioses diferentes (2), ora indígenas ó así llamados, en la lengua cántabra, los de los conquistadores. Mucho crédito gozaba el arte adivinatorio entre los vascos; y el concilio de Elvira (306) nos da testimonio de un gran número de apostasias, prohibiendo aceptar las dignidades del paganismo, asistir á sus fiestas, dar trages ó flores para las solemnidades y dinero para las imágenes.

También se adoraban en África las divinidades del pais y las púnicas, á pesar de los ilustres doctores de aquel territorio, y al mismo tiempo que el vulgo conservaba sus inhumanas supersticiones, continuaban adictas á ellas las personas instruidas como á un símbolo de la civilizacion, entonces floreciente en aquellas comarcas. Máximo, sabio

---

(1) TANNER, *Bibl. britann. Hibern.*, pág. 522. Véase HERSART DE VILLEMARQUÉ, *Merlin el encantador*. Paris, 1861.

(2) Rauveana; Bandiar ó Bandua; Barieco; Navi; Idnorio; Sutunnio; Viaco; Ipsisto; dioses Lugores; Togotis; Salamboh; Neton, Neci ó Netaces; Endovelico. Véase MASDEU, *Hist. de España*, tom. VIII.

gramático de Medaura, quejándose á San Agustin de la preferencia otorgada á oscuros mártires sobre los antiguos dioses del mundo, y queriendo dar una esplicacion racional del politeismo se esplica en esta forma: «Existe un Dios supremo sin principio ni fin como padre omnipotente de la naturaleza: ¿hay alguno tan desprovisto de razon y tan ciego que no pueda reconocerle con certidumbre? Ahora bien, las virtudes de este Dios, derramadas en las obras de la creacion, son invocadas por nosotros bajo diferentes nombres porque ignoramos los que le convienen verdaderamente.»

Al lado de este filósofo religioso pondremos un devoto, probablemente sacerdote, que interrogado por San Agustin respecto de sus creencias, se las esponia con una veneracion tímida haciendo remontar á Trismegisto y á Orfeo su doctrina, que consistia en aproximarse á Dios exaltando y purificando su alma. En su concepto la piedad, la pureza, la justicia, se elevan bajo la proteccion de los dioses secundarios hácia el Dios universal inefable, cuyas virtudes son denominadas ángeles por los cristianos. A mayor abundamiento designando generalmente los idólatras de África á los fieles con el nombre de romanos parecian confundir la causa de la religion con la de la nacionalidad.

Continuaba Persia manteniendo el fuego sagrado; y San Basilio (3) nos enseña que muchos magos se habian derramado por Levante con particulares usos, viviendo aislados de los demás hombres, sin libros ni doctores, teniendo hórror á matar animales; considerando como Dios al fuego, y como fundador de su nacion á Zernova.

Tampoco se habia estinguido el gentilismo en las provincias orientales del imperio, aun cuando la aristocracia, sosten del politeismo, tuviera allí menos poder que en Roma, y estuviera menos enlazada con las instituciones.

Pero falto el paganismo de cohesion y de unidad de símbolo, ¿podia oponer aquella resistencia que nace del convencimiento? Al paso que se advierte entre los cristianos tanto fervor así en las obras como en los escritos, parece como si durmieran los paganos; hablan como pudieran haberlo hecho tres siglos antes (4), sin apercibirse de que no son más que cadáveres los dioses cantados por ellos con arcádica fe y de que la sociedad que habian descrito como viva no era ya más que una sombra.

Paganos ilustres.—A pesar de todo esto no faltaban personas en las escuelas para defender las ideas antiguas, ni en la sociedad para declararse sus decididos campeones. Entre otros citaremos á Vetio Agorio Pretextato, *jefe de la piedad pagana*, en cuya biblioteca hace Macrobio que se congreguen los interlocutores de sus *Saturnales*, para rendirle testimonio de un respeto muy cercano á la veneracion. Habia reunido entorno suyo los más ilustres restos del paganismo; y cuando era procónsul de la Acaya hizo conservar á la Grecia el derecho de celebrar las ceremonias nocturnas del culto helénico, especialmente los misterios de Eleusis. Enseguida se le diputó cerca de Valentiniano á fin de obtener que cesara de perseguir á los augures. Gozó de grande estimacion durante su vida; erigiéronsele dos estátuas después de su muerte por los emperadores y una por las vestales (5).

Macrobio.—Macrobio le hace defender noblemente á los esclavos contra un tal Evangelio, diciendo que estos están formados de los mismos elementos que nosotros, que reciben su espíritu del mismo principio, que viven y mueren de igual modo, que están tambien sometidos á las vicisitudes de la fortuna; que uno puede ser esclavo de cuerpo y libérrimo de alma, mientras los libres son esclavos de las pasiones; que los hombres se distinguen por sus costumbres, por su hábito ó condicion; y en fin, le hace esponer el modo de hacerse amar de los esclavos (6).

Simaco.—Estuvo en correspondencia seguida de cartas amistosas con Anicio Simaco, natural de Roma, á quien Libanio habia inspirado su predileccion por el paganismo y la esperanza de restablecerlo. Hijo del prefecto de Roma fué pontífice, cuestor, pretor, gobernador de la Campania y el Abruzo, procónsul en África, después prefecto en Roma, y por último cónsul (391). Habiendo tomado partido por Máximo se refugió, cuando fué vencido, en una iglesia de aquellos cristianos á quienes habia combatido, y debió su perdon á la intervencion del papa Liberio. Asociado á los pontífices manifestó enérgico celo, lamentándose que gran número de ellos descuidaran sus deberes sagrados y aspiraran á ser bien quistos del jefe del Estado. ¡Singular ceguedad! en medio de tan inmensa revolucion habla de la religion de la patria, como si nunca se hubiera tratado de abolirla y escribe á Pretextato: «¡Cuán afligido estoy de que después de multiplicados sacrificios no se haya espiado aun públicamente el funesto presagio de Espoleto! Apenas se ha mostrado propicio Júpiter á la cuarta *mactacion*; y no nos ha sido posible ni aun á la undécima satisfacer á la Fortuna pública. ¡Piensa en qué pais estamos! Se trata ahora de reunir á

(3) *Ep.* 325 *á Epifanio.*

(4) Ausonio, Claudiano, Eutropio, Aurelio Victor, Amiano Marcelino, Avieno, Lucilio, Macrobio, Vegecio, Servio, etc.

(5) Véase GRUTTER, pág. 310, núm. 1. Al pié de una estátua erigida en 387, se lee: *pontifex Vestæ, pontifex Solis, quindecim vir, augur, tauroboliatus, neocorus, hierofanta et pater sacrorum;* GRUTTER, pág. 1102, núm. II. En un altar descubierto á fines del último siglo, se le añaden los títulos de *curialis Herculis, sacratus Libero et Eleusinis, neocorus, pater patrum;* DONAT. *Suppl. al Muratori*, tom. I, pág. 72, núm. II. *Pater sacrorum* y *pater patrum* se refieren al culto de Mitra.

(6) *Saturn.*, I.

nuestros colegas en asamblea, y te informaré con oportunidad si llegó á encontrar algun remedio divino (7).» Conjura con singular contriccion á los que descuidan sus ceremonias (8), exhorta á las vestales á conservar cuidadosamente su disciplina; pide el castigo de una de ellas que habia violado su voto (9), y hace toda clase de esfuerzos para conservar al paganismo su política importancia.

Tal era en efecto el único objeto de sus defensores en Occidente, donde no se hallará una sola escuela regularmente establecida como las de Atenas para mantener, con ayuda de una *cadena de oro* de iniciados, la fé en las difuntas inmortalidades y en las doctrinas teúrgicas asociadas al neoplatonismo. Solo los maestros de las diversas escuelas de Roma, Milan, Burdeos, Tréveris, Tolosa, Narbona, divulgaban todavia las fábulas paganas, haciendo admirar las bellezas de los antiguos autores; y cuando uno de ellos (Eugenio) llegó al trono por un capricho de la fortuna, acudió en socorro de la idolatria, reedificó el altar de la Victoria, colocó la estátua de Júpiter Olímpico en el paso de los Alpes Julios (10), y enarboló la imagen de Hércules al frente de sus legiones.

La existencia de estos paganos fervientes nos demuestra que el cristianismo triunfante se habia abstenido de las persecuciones que habia padecido á su nacimiento. Pretextato y Simaco, haciendo abierta profesion de gentilismo, llegaron á las más altas dignidades; y, ni Libanio ni sus discípulos se vieron obligados á mudar de fé ni á disimular la suya. Eunapio y Zósimo escribieron historias en sentido hostil al cristianismo; y los sofistas hacian oir sus quejas con tanta libertad como fuerza, porque segun ellos las tinieblas habian cubierto el Capitolio.

Entre tanto el número de cristianos se habia acrecentado de tal modo á favor de la tolerancia; que ya no habia necesidad de tantas contemplaciones respecto del partido vencido. Ya no se reclutaban solamente en las clases inferiores de la sociedad, sino entre la flor y nata de los ciudadanos (11), y habian adquirido crédito y poderio. Hasta la misma persecucion teatral de Juliano, comprimiendo un instante la libre manifestacion de los sentimientos por las formas esteriores del culto, añadió mucho á la fuerza de espansion que saca de los obstáculos una buena causa; el fácil triunfo del cristianismo sobre la vana reaparicion de los ídolos de Grecia, aumentó la potestad de los obispos, á quienes se vió dispuestos cual otros tantos capitanes, no solo á propagar el cristianismo, sino tambien á combatir al politeismo, y demandar á grandes voces que la sociedad rompiera definitivamente los vínculos que la encadenaban á la idolatria.

A pesar de todo, nunca habia dejado de ser perturbada la Iglesia en lo interior por los arrianos, cuyas distinciones acerca de la naturaleza del hijo de Dios, habian hallado á los emperadores unas veces propicios y adversos otras, segun las personas que les rodeaban. Constantinopla era la sede principal del arrianismo, donde, sostenido por los príncipes y por los patriarcas, ejercitaba en los círculos la locuacidad de las personas á la moda, como hubiera podido hacerlo una noticia reciente. No es nuestro intento enumerar los diversos medios por donde llegó á propagarse; pero si se medita en que aplicando nuestra religion inmediatamente las discusiones dogmáticas á la práctica y á la salvacion eterna, reclama la más perfecta armonia hasta sobre los puntos que al parecer son meramente especulativos, se comprenderá cuanta confusion debió nacer en el momento en que el rebaño de Cristo se halló dividido. Viéronse en todas partes obispos en oposicion unos con otros, no solo lanzarse las reprobaciones eclesiásticas, sino tambien aspirar á producir su pérdida mútua, ora en la opinion de los fieles, ora en la de los gobernantes. Estos colocaban en las sedes vacantes, no á los de más mérito, sino á los que participaban de su propia creencia; se veia al pueblo elegir otros, ó reunirse en los campos desertando de las iglesias; si querian intervenir los magistrados encontraban resistencia; y de aquí resultaban violencias, condenas, homicidios.

Los Santos Padres.—En tanto se cubrian de nueva gloria los estandartes del cristianismo aun militante; y los Santos Padres, que constituyen la nueva literatura, no la acostumbraban á la imitacion, ni á resucitar una sociedad que habia dejado de existir, ó un ideal que no habia existido nunca, sino que la dedicaban á lo presente, á la actualidad; de modo que la literatura representó las ideas sociales más avanzadas, es decir, las religiosas.

Al principio los Santos Padres no hacian más que enseñar el dogma tal como le habian recibido de los Apóstoles, y no siendo contradichos porque no eran escuchados por los doctos, no tenian necesidad de combatir. Pero pronto los pensadores á pesar suyo se vieron obligados á conocer su existencia, y sino á otra cosa, á vituperarlos; y entonces principiaron los Padres á defender los dogmas contra los gentiles y los filósofos, comparándolos con las doctrinas antiguas para hacer ver cuan inferiores y menos conformes á la razon eran éstas. Y no se limitaban á la defensa, sino que probaban la verdad de la doctrina cristiana con poderosas razones, con los milagros, con las profecias, emitiendo ideas profundas y nuevas sobre la naturaleza de Dios y la del hombre. Asi combatian con la lógica y la historia al paganismo y á la

(7) *Ep.* 43 del lib. I.
(8) *Dii patrii, facite gratiam neglectorum sacrorum,* II, 7.
(9) *Ep.* IX, 118, 119.
(10) AGUSTIN. *Ciudad de Dios.*
(11) *Sexcentas numerare domos de sanguine prisco Nobilium licet, ad Christi piacula versas.* PRUDENCIO, V, 567.

filosofia y hablaban á los omnipotentes emperadores con noble y desconocida libertad.

Al principio argumentaban segun la razon y segun los clásicos, aunque se apoyaban en la Biblia; pero pronto depusieron las armas que habian tomado de los arsenales de los enemigos, y llenos de fe y de ciencia nueva penetraron en los abismos de la doctrina, sondeando sus partes vitales con explicaciones y comentarios. Con los gentiles tenian que disputar sobre la verdad del cristianismo: pero respecto de los herejes que admitian los libros sagrados y usaban el nombre de nuestro Dios, la impugnacion debia recaer sobre las interpretaciones. Naturalmente nacian de aquí divergencias; pero de ellas salian nuevas luces y nuevos puntos de vista, cuya reunion llegó á constituir la gran síntesis cristiana.

Fácilmente caerá en el error el que no considere estas diferentes fases de la controversia, en las cuales no siendo el fin opuesto sino diverso, y siendo distinto el enemigo que habia que combatir, la exposicion y el intento eran no contradictorios sino diferentes. El que sitia una ciudad, tira líneas, construye trincheras, levanta parapetos que después de tomada la fortaleza se apresurará el mismo á destruir.

Lo que parece, pues, á algunos el modo más fácil de resolver las controversias cristianas, es decir, el referirse simple y únicamente á la creencia de los primeros siglos, ofrece grandes dificultades, atendido á que la Iglesia, consecuente consigo misma en la fe, desarrolló las verdades de que era depositaria y las expuso cada vez con mayor precision. Los Santos Padres no hablaron de una infinidad de cuestiones ó las expresaron imperfectamente y aun mal, como sucede siempre con las que no se han puesto aun en discusion, y cuando no se cree necesario el rigor en las expresiones de que aun no se ha abusado.

Desde San Atanasio hasta San Agustin, una sucesion de hombres superiores imprimió un movimiento prodigioso á los espíritus en toda la estension del mundo romano, y á las opiniones entre todos los hombres. Merced á estos varones el Occidente eleva un nuevo poder con otra fuerza que la espada; despertada la Grecia del letargo de la conquista, ya no se contenta con recuerdos; y abriéndose otras vias que las de la lisonja respecto de los poderosos, ó de las sutilezas dirigidas á oscurecer la razon, torna á dirigirse al pueblo, no ya para escitar sus pasiones y fomentar sus odios, sino para enseñarle la verdad y encaminarle hácia el bien.

San Atanasio.—Atanasio, cuyas acciones conocemos ya, satisfecho con creer, no hubiera escrito si la necesidad de la Iglesia no le hubiese obligado á ello. Y en efecto, los primeros autores eclesiásticos no se dedicaban á una obra por curiosidad de saber ó como un ejercicio de lógica y retórica, ni tampoco para hacer una simple exposicion, sino para convencer, instruir y refutar. No se encuentra, pues, en los escritos de Atanasio grande elocuencia, siendo su objeto vencer, no agradar, ni una exposicion completa de la fe ó una refutacion artificiosa de las herejias, sino algun punto del dogma que enseña en relacion con la esencia del cristianismo. En el libro que trata de los concilios de Seleucia y de Rímini pone de manifiesto la instabilidad de los arrianos, anticipando el argumento que después empleó insignemente Bossuet en la *Historia de las variaciones*. Repite que lo mejor es creer absolutamente en la palabra de Dios, y que es una locura querer salir fuera de la razon con la razon humana. No aniquilaba la razon; pero la dejaba reducida á demostrar la coherencia de las ideas, á quitar las dificultades, y á interpretar los pasajes particulares conforme á la razon universal. Y por último, convencido de que á todo sirve de complemento la virtud, dice: «Asi como el que quiere ver la luz del sol debe limpiarse los ojos, del mismo modo el que quiere comprender el sentido de los sabios de Dios debe purificar su alma.» (12)

San Juan Crisóstomo, 344-407.—Juan Crisóstomo *(pico de oro)* nacido en Antioquia de una familia ilustre, tuvo pocos rivales en celo y ninguno en elocuencia. Era discípulo de Libanio, quien decia con un pesar exento de envidia al admirar sus talentos oratorios: *A él hubiera yo encomendado mi escuela, si no nos le hubieran arrebatado los cristianos*. Tomando hastio á las vanidades de los retóricos y á las bachillerias del foro, Juan se dedicó á las letras y á la vida solitaria. «Cuando mi madre supo, dice, que habia yo resuelto retirarme del mundo, me cogió por la mano, me condujo á su aposento, y habiéndome hecho sentar á su lado sobre el lecho en que me habia dado la vida, se puso á llorar y luego me dijo cosas más tristes que las lágrimas.» Con efecto, después de recordarle las penas y los peligros de una jóven viuda entregada á la debilidad de su sexo y de su edad, añadió: «Hijo mio, en medio de estas miserias mi único consuelo fué verte continuamente y contemplar en tus facciones la fiel imágen de mi pobre marido. Este consuelo empezó para mi desde tu más tierna edad cuando apenas sabias deletrear las palabras con que regocijan los niños el corazon de sus padres. No he disminuido tu herencia como á muchos huérfanos les acontece; sin embargo, nada he descuidado de cuanto convenia á tu condicion, poniendo hasta de lo mio. No lo digo para echártelo en cara, sino para que no me desampares en otra nueva viudez, es gracia que te pido. Queda á los jóvenes la esperanza de llegar á una edad avanzada; nosotros los viejos no podemos esperar más que la muerte. Aguarda á lo menos, hijo mio, el dia de mi muerte que no está muy lejano. Luego que me hayas sepultado, uniendo mis cenizas á las de tu padre, puedes emprender

(12) *De incarnat.*

largos viajes y hasta cruzar los mares; nadie te lo estorbara entonces. Pero mientras yo respire, tolera mi presencia, no te cause fastidio vivir en mi compañia, ni provoques la indignacion de Dios haciéndome infortunada, á mi que en nada te he ofendido.»

El hijo que nos ha conservado estas palabras, en que se pinta el corazon de una madre, debia de ser muy capaz de sentirlas; pero una voz más imperiosa que la de los afectos humanos le llamaba á los combates del Señor. Renunciando no obstante á la idea de un viaje lejano, se retiró á las soledades que la religion sabia crearse en las inmediaciones de la ruidosa Antioquia. Allí escribió en defensa y alabanza de la vida solitaria, llegando á sostener que un monje con su filosofia cristiana es superior á un príncipe rodeado de fausto.

Vibrando en sus oidos el rumor de que se le queria consagrar sacerdote del mismo modo que á Basilio, su más caro amigo, no se creyó en estado de soportar semejante carga; pero, como no queria disuadir á Basilio, se escondió sin decirle una palabra. Ordenado éste de sacerdote á pesar suyo, se lamentó de la conducta de aquel como de un fraude y de una mentira. Para disculparse Crisóstomo compuso el *Tratado del sacerdocio*, una de sus más notables obras, en que, remontándose desde su apologia personal á la importancia general del ministerio sagrado, espone lo que siente sobre su escelencia, y sobre los deberes que arrastra consigo (13). Mientras que por una parte la ambicion intrigaba y buscaba apoyo para con el príncipe por medio de parciales suyos y á veces hasta de la calumnia; se veia por otra una humildad escesiva rehusando los honores del sacerdocio. Ambrosio, Basilio, Agustin, recibieron esta investidura contra su gusto; hubo necesidad de amenazar á Gaudencio con la escomunion para obligarle á admitir el obispado de Brescia. A fin de libertarse de este honor se mutilaban los solitarios, y en Africa fué preciso recurrir á la amenaza de un castigo contra los clérigos que por humildad se negaban á ser ordenados.

A pesar de todo Juan no pudo evitar que le ordenara el obispo Flaviano. Consagrándose entonces al ministerio de la palabra, comenzó la carrera de sus ilustres trabajos, que nos han valido sus numerosos discursos sobre la moral ó contra los herejes, aquellos en que alaba y aquellos en que consuela. Muchas veces predicaba á la semana, por las mañanas antes de los santos oficios, á veces hasta antes del alba para no apartar al pueblo de sus ocupaciones; y por la noche durante la cuaresma. Acudian los judios y los gentiles, no menos que los cristianos, en tan inmenso tropel para oirle, que se lamentaba de ello (14) y se esforzaba por reprimir los aplausos que estallaban á cada momento. Generalmente predicaba sin prepararse, abandonándose á su inspiracion: «Me estendia con una prolijidad desmesurada y acaso sin ejemplo, no pudiendo dominar el fervor de mi alma, cuyos ímpetus acompañaban á mis palabras. Pero vuestra es la culpa, que con vuestros aplausos y vuestras aclamaciones estraordinarias me obligais á estraviarme. Así como la llama del horno no es en un principio viva y luminosa; pero inmediatamente que se abre paso á través de las materias combustibles, se eleva, huye y brilla fulgurante; de igual manera, aumentando el celo con la afluencia y la ansiedad creciente de contínuo de mis oyentes, escedia á todo límite; y el agrado de que dabais testimonio atendiendo á mis palabras, fué causa de que me abandonase á la riqueza del asunto (15).

Como se le exhortase á hablar contra los paganos respondió de este modo: *No lo haré hasta que no haya que convertir ya más cristianos.* Manifestaba respecto de estos un amor ardiente y desinteresado. «Vosotros sois para mi, padre, madre, hermanos, hijos, todo: y no esperimento gozo ni pesar, sino por lo que os atañe. Aun cuando no tuviera que dar cuenta de vuestras almas, no me desconsolaria menos veros perdidos: así como un padre no puede consolarse de la pérdida de un hijo con el pensamiento de haber hecho todo lo posible por salvarle. El objeto más vivo de mis solicitudes y de mis temores no es verme justificado un dia ó aparecer como delincuente ante el tribunal temible, sino estar cierto de que todos os habeis salvado, todos sin escepcion ninguna, y de que sois felices para siempre. Esto es necesario, esto basta para mi ventura. Acúseme la justicia divina de no haber desempeñado mi ministerio como debia, con tal de que nada tenga que echarme en cara mi conciencia. Dado que os salveis ¿qué me importa el medio? El que se sorprendiera oyéndome hablar de este modo probaria que ignora lo que significa ser padre (16).»

Decia á los ricos: «¿Por qué teneis tan alta opinion de vosotros y creeis hacernos un favor cuando venis á este lugar á oir lo que aprovecha á vuestra salvacion? ¿Acaso porque teneis riquezas y trajes de seda? ¿No sabeis que esa seda ha sido hilada por gusanos, tejida por los bárbaros, y traida por ladrones, sacrílegos y cortesanos? Dad tregua á esa arrogancia, considerad la bajeza de vuestra naturaleza; sois polvo, ceniza y humo: mandais á muchos, pero sois esclavos de vuestras pasiones.»

Recomendaba á los sacerdotes un activo celo; no queria que frecuentaran las mesas de las personas ricas, ni que tuvieran en sus casas hermanas

(13) Conviene no obstante leer con mucha circunspeccion y comparar el resto de su doctrina con el primer libro, en que sostiene que se puede emplear la astucia cuando el fin es bueno.

(14) Dice el mismo (*homil.* LIX) que tenia á veces cien mil oyentes.

(15) *Que los demonios no gobiernan el mundo.*

(16) *Homilia* III *in Acta.*

agapetas bajo el pretesto de mantenerlas, si eran pobres, y de dirigirlas cuando eran opulentas. Exhortaba á las vírgenes á no hacer consistir la pureza solo en evitar las culpas groseras, sin renunciar por esto á vivir en el mundo, y á las viudas qué se conducian de una manera poco conveniente, á ayunar y á abstenerse de los baños, de las superficialidades, á contraer segundas nupcias más bien que vivir ociosas, no ocupándose más que de satisfacer su curiosidad y de bachillerias. Hubiera deseado que cada cual hubiese tenido un pequeño hospital dentro de su casa, y que los cien mil cristianos que moraban en Constantinopla hubieran empleado juntos su oro en socorrer á los cincuenta mil pobres próximamente que se hallaban en su recinto, medio seguro para que no quedara un solo pagano. Reprobaba especialmente la pasion inmoderada del pueblo de aquella ciudad al circo y al teatro. Antioquia oia clamar su elocuente boca contra el fausto que no habia abandonado con el paganismo, contra los palacios de pórfido y de cedro, las dispendiosas luchas del circo, la comitiva de eunucos que llevaban en pos las damas. Anatematizaba la presuncion de los filósofos, que abyectos en demasia, se paseaban á lo largo de los pórticos, llevando el manto, el baston y la barba larga; y la supersticion que empujaba á aquellos mismos que se habian convertido á la verdad, á consultar todavia á los augures y á los adivinos, á llevar amuletos, á conservar miles de esclavos, de quienes abusaban sin piedad segun el antiguo uso.

Acudian todos á porfia á oir sus reconvenciones, prodigándole cual si estuvieran en el teatro profanos aplausos; pero se abandonaba con presteza la sagrada cena para acudir á las carreras y á las diversiones.

Crisóstomo procuraba enderezar aquella sed ávida de placeres á la caridad, que era en su sentir como un puerto que acoge á todos los náufragos, de cualquier pais que sean procedentes: apetecia que se imitara á Abraham dando hospitalidad á los tres viajeros sin preguntarles quienes eran, por bastarle la recomendacion del infortunio: debemos, decia, honrar en el infortunado su naturaleza de hombre, no el mérito de sus acciones y de su fe (17). Llamado á la sede de Constantinopla, reformó las iglesias que dependian de ella, y se esforzó por traer de nuevo los disidentes á las doctrinas ortodoxas.

San Gregorio Nacianceno, 328-389.—Gregorio Nacianceno, era hijo del obispo de Nacianzo ó Diocesarea. Apasionado por el estudio desde su infancia, fué enviado á Cesarea de Palestina y á Alejandria, para aprender allí retórica, y luego para perfeccionarse á Atenas, que conservaba, en la opinion á lo menos, la supremacia en punto á elocuencia.

San Basilio, 329-379.—Allí se encontró con Basilio, el primogénito de diez hermanos, de los cuales uno era Pedro, obispo de Sebaste, y otro Gregorio, obispo de Nisa. Desde el Ponto, donde se habian salvado de la persecucion sus abuelos (18) fué enviado Basilio á seguir sus estudios á Cesarea, luego á Constantinopla y por último á Atenas. Allí manifestó en la flor de su edad una madurez viril, reprobando la ligereza licenciosa de los ciudadanos y los desórdenes de los estudiantes, que en todo el ardor de una juventud, ávida de admiracion y de sabiduria, buscaban la verdad con inquietud, la defendian con fanatismo, y combatian en favor de sus maestros, como los fieles en favor de sus prelados, como el pueblo en favor de los cocheros del circo. «En Atenas, dice San Gregorio Nacianceno, se parecen las escuelas á ruidosos anfiteatros, donde veis á los espectadores, apasionados por los caballos, agitarse, levantar polvo, y mover las manos para seguir desde su silla los movimientos de los cocheros, aturdir los aires con sus gritos, alargar los dedos como para prolongar el aliento de los corceles; y aunque permanecen á distancia realzar á éste, deprimir á aquel, cambiar escuderos y límites y directores de la liza. ¿Y quién hace todo esto? Una turba de ociosos que no tiene con que vivir un solo dia. Tales son los estudiantes de Atenas con sus maestros y con los émulos de estos. Una vez que han adoptado una escuela, afanosos por aumentar el número de discípulos y de los provechos del maestro en virtud de los medios más contrarios á la razon y al decoro, ocupan las puertas, las calles, los campos, todos los caminos por donde se llega de la provincia, y apenas pone el pié en el Atica un mancebo, está á discrecion del primero que se apodera de su persona. Es la escena medio séria y medio festiva. Se empieza por llevarle á la casa de algun amigo, ó á la del sofista favorito; allí llueven sobre él argucias para humillar sus pretensiones: acredítase la fuerza de su talento y de su carácter en aquel asalto, segun la educacion que ha recibido. El que no está al corriente de esta costumbre, se asusta ó se ofende: el que tiene conocimiento de ella, se divierte por superar en mucho las amenazas al daño. Enseguida se conduce al recien llegado al baño á través de la plaza pública, caminando de dos en dos: cuando la comitiva llega junto á aquel, prorumpen juntos en un grito espantoso como poseidos de un furor repentino y se detienen á un mismo tiempo: entonces como si se negara el baño á ser

(17) *Obras*, t. V, pág. 51.

(18) «Estaban preparados y resueltos á sobrellevar todos los males á costa de los cuales corona Jesucristo á los que le imitan en sus padecimientos, si bien necesitaban una ocasion legítima, porque es una ley del martirio no esponerse voluntariamente á la lucha en consideracion á los débiles, y por compasion á los perseguidores, no debiendo tampoco evitar el combate cuando se presenta. Seria temeridad en el primer caso, cobardia en el segundo.» SAN GREGORIO, *Oracion fúnebre de San Basilio*.

abierto, golpean violentamente á la puerta para asustar al novicio. Cuando al fin se puede entrar es puesto en libertad, y á su salida se le considera como iniciado, tomando desde entonces entre sus discípulos el puesto que le corresponde.» (19)

Habiendo evitado Gregorio á Basilio esta indecorosa escena, resultó de aquí entre ellos una amistad de las más estrechas: «Llevados á Atenas (prosigue el primero) por Dios, por el deseo de la ciencia, como dos rios que se reunen después de un largo curso, continuamos con igual ardor un objeto estremadamente envidiado entre los hombres: la sabiduria; pero nos era desconocida la envidia. Nos disputábamos, no el honor de obtener la preeminencia, sino el de renunciarla. Cual si no hubiéramos tenido más que un alma en dos cuerpos, nuestra ocupacion comun era cultivar la virtud y vivir para las eternas esperanzas, aislándose en la tierra antes de abandonarla (20). Confundidos en medio de una multitud de jóvenes impelidos á los escesos por la edad y por las inclinaciones, pasábamos dias tranquilos, semejantes á aquel manantial que, segun se dice, conserva la pureza de las aguas en medio de las saladas olas (21). Nos aplicamos de mejor grado á las ciencias útiles que á las que son puro recreo, porque de aquí provienen las virtudes ó el libertinage de los jóvenes (22). No conocíamos más que dos horas, la de la iglesia y la de los maestros.»

Basilio hizo grandes adelantos en la gramática, en la elocuencia, en la filosofia especulativa y práctica, en las sutilezas de la dialéctica, así como en astronomia, en geometria, en aritmética y en medicina. «Pero llegaba el dia de la partida, aquel dia en que los amigos se hablan por última vez, se juntan, se llaman, se abrazan y vierten llanto !Ay de mí! ¿Hay cosa más cruel y más amarga en el mundo para amigos, educados, juntos en Atenas, que separarse y abandonar tan agradable estancia?» (23)

De regreso á su patria vaciló acerca de la eleccion de un estado. Como Elias y Juan era atraido al desierto encantado de la soledad; pero el aislamiento no le pareció apropósito para el estudio de la divina Escritura y para las luminosas enseñanzas del Espíritu Santo. «Aquellos que se consagran á la vida activa son útiles para los demás, inútiles para sí mismos; se arrojan á mil dificultades, y turba la dulzura de su reposo una agitacion contínua. Aquéllos que se segregan completamente de la sociedad viven más tranquilos, y pueden dirigir más contemplacion su espíritu exento de cuidados, más no son buenos más que para sí mismos, y su vida es más triste que penosa. Escogí, pues, la vida intermedia, consagrándome á meditar con los unos y á ser útil con los otros.»

Después de abogar en algunas causas, preparacion ordinaria de los que querian tener acceso á los empleos, se dedicó del todo á la práctica de la filosofia cristiana, y habiéndose hecho voluntariamente pobre, viajó para visitar á santos personajes, especialmente entre los que moraban las soledades de Egipto, de Siria y de la Mesopotamia con el fin de apoderarse del secreto de su austeridad y resuelto á imitarlos. Ya su hermana Macrina se habia juntado á piadosas mujeres en Ibora en el Ponto para vivir en una igualdad perfecta, teniendo la misma cama, la misma mesa, la misma pobreza, meditando sobre las cosas del cielo y cantando las alabanzas del esposo que habian elegido. Basilio se fijó en aquel contorno en un sitio silvestre, que gusta ver descrito con la sencillez de un alma vírgen y las reminiscencias de la escuela. «Después de haber perdido, escribe á Gregorio, las esperanzas, ó más bien los ensueños que acariciaba respecto de su persona, porque la esperanza es el sueño del hombre despierto, me he dirigido al Ponto para buscar una existencia conveniente, y Dios ha permitido que halle un asilo en conformidad á mis inclinaciones. Me ha sido otorgado en realidad lo que imaginábamos á veces juntos. Es una alta montaña cubierta de espesos bosques, y regada al Norte por límpidos y frescos manantiales. A la falda se estiende una llanura fecundada por las aguas que allí descienden, y protegida por la selva con árboles de todas clases plantados al acaso. Por mucho que haya encomiado Homero la isla de Calipso, entiendo que seria muy poca cosa al lado de esta llanura. Divídese este lugar en dos valles, y despeñándose el rio por un lado de las rocas, forma con su curso una barrera contínua que seria difícil superar; por el otro cierra todo paso la cordillera de montañas que se comunica con el valle por tortuosos senderos. Somos dueños de la única entrada. Mi habitacion está sobre la punta más avanzada de un altísimo peñasco, de manera, que todo el valle se desarrolla á mi vista, y puedo contemplar desde allí el curso del rio, más grato para mí que el Estrimon para los habitantes de Anfipolis... ¿Qué podria decirse de las suaves exhalaciones de la tierra y de la frescura que sube del rio? Otro admiraria la variedad de las flores, el canto de las aves, mas yo no tengo espacio para fijar la atencion en esto; lo que más me encanta es que este lugar, con la abundancia de todas las cosas, me brinda la tranquilidad, el más dulce de todos los bienes. No solo estoy exento del estruendo de las ciudades, sino que ni aun recibo viajeros, á escepcion de cuando llega á reunírsenos algun cazador extraviado; porque hay caza, no de osos y de lobos, como en nuestras montañas, sino de rebaños de ciervos, de cabras

(19) *Oracion fúnebre de San Basilio.*
(20) Idem.
(21) En el poema sobre su vida.
(22) Μαθημάτων δὲ οὐ τοῖς ἡδίστοις πλέον ἢ τοῖς καλλίστοις ἐχαίρομεν: ἐπειδὴ καντεῦθεν ἐστιν, ἢ πρὸς ἀρετὴν τυποῦσθαι τοὺς νέους, ἢ πρὸς κακίαν.
(23) Οὐδὲν γὰρ οὕτως οὐδενὶ λυπηρὸν, ὡς τοῖς ἐκείσε συννομοῖς, Ἀθήνων καὶ ἀλλήλων τέμνεσθαι.

monteses, de liebres y otros animales semejantes. Perdóname haber buscado un refugio en este asilo. Tambien Alcmeon se detuvo cuando halló las islas Equinades.»

Introdujo en aquellas ermitas la vida cenobítica, cuyas reglas trazó describiéndoselas á Gregorio: éste fué á juntársele así como otros muchos á quienes daba lecciones y ejemplo de piedad.

Gregorio y Basilio fueron después afiliados, á pesar suyo, en el sacerdocio en el momento en que combatida la Iglesia por Juliano, comprendia más la necesidad de tener ministros celosos, instruidos y elocuentes. Durante el reinado de este príncipe, condiscípulo de ellos, permanecieron ocultos, menos por miedo á sus persecuciones que á sus halagos. Con efecto, empleó toda su sagacidad para arrastrar á sus errores á César, hermano de Gregorio, que tenia un empleo en la corte, y lo abandonó á instancias de su hermano, declarándose cristiano delante del emperador. Juliano no quiso, como él decia, proporcionarle los honores del martirio.

Hubiéranse consumido en la oscuridad de la vida monástica las virtudes y el talento de Basilio, si la caridad no le hubiera inducido á admitir el arzobispado de Cesarea en Capadocia, su patria (370). Allí conservó la pobreza, cualidad que iba ya haciéndose rara entre los prelados, y consagrándose completamente á los que padecian, inflexible en la fé, infatigable en la beneficencia, abrió un hospicio, que podia llamarse más bien una ciudad, para los extranjeros y para los menesterosos. Fundó talleres y escuelas y hermoseó á Cesarea, mientras él vivia de pan y de legumbres. Su caridad, que le valió el renombre de predicador de la limosna, se estendia á todos sin distincion de creencias, aunque la tolerancia no entibiaba su celo. Tan débil de cuerpo como vigoroso de espíritu, sobrellevaba vigorosamente la fatiga de las predicaciones contínuas y de las visitas pastorales. Cuando se hizo cruel Valente á pretesto de castigar la magia, Basilio se opuso á sus delegados y, como uno de ellos le amenazase, le dió por respuesta: *¿Qué he temer en este caso? ¿La pérdida de mis riquezas? solo poseo mi vestidura y algunos libros: ¿la muerte? solo hago caso de la vida eterna: ¿el destierro? mi patria está donde quiera que se adora á Dios.* Haciéndole notar el gobernador que nadie le habia hecho frente de aquel modo: *Consiste*, dijo, *en que todavia no habeis encontrado un obispo.* Cuando murió le lloraron judios y gentiles no menos que los fieles como al padre comun de todos, y fué tal la muchedumbre que asistió á sus funerales, que algunos murieron allí ahogados.

Habia conferido el obispado de Sasima á Gregorio, el cual, santo, si bien hombre, mostró descontento al verse confinado á una pobre aldea, cuando hubiera podido ejercitar su celo y su sabiduria en más brillante teatro; pero, habiendo muerto poco tiempo después su padre (376), obtuvo el obispado de Nacianzo y pasados algunos meses, fué llamado á la sede de Constantinopla por los ortodoxos que sostenian un rudo combate con los arrianos.

Espantáronse los hereges de la llegada de campeon tan valeroso que les combatia con la doctrina, oponiendo al propio tiempo una humilde pobreza á su ambicion fastuosa. Pusieron, pues, en práctica todos los medios para estorbar que se congregaran en una capilla particular los fieles; aun la invadieron con violencia y llevando el insulto hasta el asesinato. Una á una quitaron los fieles las piedras de la pequeña iglesia profanada y la reedificaron á la otra orilla del Bósforo: posteriormente cuando renació la paz, volvieron á llevar del mismo modo aquellas piedras una á una, para reconstruir la capilla á que dieron el nombre de Anastasia, es decir la resucitada.

Edicto contra los arrianos.—Habiendo sido atacado Teodosio en esta época de una enfermedad grave quiso hacerse bautizar por el obispo Acolio, cuya fé le inspiraba completa confianza; y á sugestion suya, dió (28 de febrero de 380) un decreto del tenor siguiente: «Es nuestra voluntad que todas las naciones gobernadas por nuestra moderacion y nuestra clemencia se adhieran constantemente á la religion que fué enseñada por San Pedro á los romanos: que se ha conservado por tradicion fiel, y es profesada actualmente por el pontífice Dámaso y por Pedro, obispo de Alejandria, varon de santidad apostólica. Segun la enseñanza de los Apóstoles y la doctrina del Evangelio, creemos que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son una divinidad sola, bajo una majestad igual y una trinidad santa. Autorizamos á los que siguen esta doctrina á tomar título de cristianos católicos; y en atencion á que consideramos á los demás como insensatos, á que les notamos con el infame nombre de hereges, prohibimos que sus conventículos usurpen por más tiempo la venerable denominacion de iglesias. Además del castigo de la justicia divina, teman las penas severas que nuestra autoridad ha de creer oportuno imponerles, guiándonos la sabiduria celeste (24).»

Teodosio recuperó la salud; después de tornar al ejercicio de la guerra, mandó llamar á Demófilo, patriarca arriano de Constantinopla, y dejó á su eleccion profesar el símbolo de Nicea ó aban-

(24) Cod. Teod., lib. XVII, 1. *Cunctus populos.* Cuéntase que Anfiloquio, obispo de Icona, se presentó un dia al emperador, en el momento en que con toda majestad se hallaba sentado en su trono con su hijo Arcadio, á quien acababa de nombrar augusto, y que después de haberse inclinado ante Teodosio con el respeto que le era debido, saludó á su hijo familiarmente, cual si se tratara de un niño ordinario. Irritado Teodosio, mandó que se arrojara de su presencia á aquel atrevido, y el prelado esclamó entonces: «Del mismo modo espulsará Dios á los que adorando al Padre, niegan al hijo igual homenaje.» Esta parábola discretamente grosera, agradó mucho á Teodosio. SOZOMENES, VIII, 6; TEODORETO, V, 16.

donar su sede; prefirió el segundo partido y se fué á su destierro. Entonces se confiaron á los católicos las cien iglesias, y el emperador condujo personalmente á Gregorio como en triunfo hasta Santa Sofía, donde le colocó sobre la silla arzobispal, sin descuidar hacerse escoltar por guardias con aparato militar ¡tan temible era la faccion arriana!

Segundo concilio ecuménico.—A fin de poner término á aquella division escandalosa, anunció Teodosio la voluntad de separar á los obispos y á los eclesiásticos que se obstinaran en aquel error; y una vez alejados, se estableció la fé ortodoxa en Oriente sin turbulencias ni efusion de sangre. Reunióse entonces el segundo concilio ecuménico en Constantinopla (mayo de 381) para esplicarla y confirmarla. Mantuvo íntegro el símbolo de Nicea, dándole solamente más desarrollo en ciertos puntos, á fin de refutar las heregías que á su promulgacion habian seguido (25).

El mas célebre de los cánones disciplinales de aquel concilio es el que atribuye al obispo de Constantinopla la prerogativa igual al de Roma, teniendo presente la translacion de la sede del imperio á Bizancio: como se quiso hacer estensivo á la jurisdiccion lo que solo tenia relacion con la dignidad, resultaron de aquí grandes escándalos y disputas que no bastaron á conjurar penas corporales ni escomuniones.

Por lo que hace á Gregorio conservó en la sede patriarcal su modestia, no frecuentando el trato de los magnates más que para solicitar su caridad; y cuando el ceremonial le llamaba á la mesa del emperador, le molestaban las numerosas prescripciones de la etiqueta, acostumbrado como estaba á modales sencillos y francos. Fuerte en la ciencia divina y en la profana, combatia á los heterodoxos con sus propias armas, pero siempre tan leal como firme; no tenia ultrajes, ni aspereza con el error, pero tampoco condescendencia. El ser manso, á semejanza de Cristo, es la prueba más cierta de que se combate por él (26).

Salvó á su grey de los castigos que la amenazaban á consecuencia de una sedicion. Habiendo congregado al pueblo, después de haberle calmado sin acusarle, alentándole á la esperanza y prometiéndole participar de su suerte, que le infundia lástima, se volvió al gobernador romano enviado para castigar á los delincuentes, y le dijo con severo tono: «Ofrece en homenaje á Dios la bondad, que de todos los dones es el más grato á sus ojos y el que proporciona mayores bienes. Nada te haga renunciar á la piedad y la dulzura, ni la gravedad de los hechos, ni el miedo al emperador, ni la esperanza de mas alto destino, ni el orgullo del poder; grangéate la benevolencia celeste para el dia en que la necesites, haz por Dios lo que Dios hará por tí.»

A pesar de todo no pudo sustraerse á la envidia, y viendo que su eleccion podia ser motivo de cizaña, abdicó voluntariamente. Su grey, á la cual convocó, le oyó revelar las intrigas y la ambicion de los obispos impulsados á devolver mal por mal, contestó á las reconvenciones de los que le echaban en cara no dar banquetes y no vestirse como los cónsules y los generales: «Adios, esclamaba, iglesia de Atanasia, que recibiste tu nombre de la piedad, trofeo de nuestra comun victoria: nueva Silo, donde reposó primeramente el arca santa, después de andar errante por espacio de cuarenta años en el desierto. Adios, templo famoso, nuestra reciente conquista, que llena á la sazon Cristo de tan inmensa muchedumbre; aldea de Jebus, de que hemos hecho otra Jerusalen. Adios, santa morada, segunda en dignidad, que abarcaste los diversos barrios de esta metrópoli y fuiste como el lazo y el punto de reunion de ella. Adios, apóstoles santos, colonia celeste, que me habeis servido de modelo en los combates. Adios, cátedra pontifical, trono envidiado y lleno de peligros, consejo de los pontífices, adorno de las virtudes y de la edad de los sacerdotes. Adios, vosotros todos, ministros del Señor en la santa mesa, que os acercais á Dios cuando baja entre nosotros. Adios, delicia de los cristianos, coro de nazarenos, dulzura de las salmodias, piadosas veladas, castas vírgenes, mujeres modestas, asambleas de huérfanos y de viudas, pobres que levantais vuestros ojos hácia Dios y hácia mí. Adios, casas hospitalarias, amigas de Cristo y socorredoras de mi enfermedad. Adios, vosotros que amais mis discursos, multitud diligente, en medio de la cual veia brillar los furtivos estilos que trascribian mis palabras. Adios, barras de esta tribuna, forzadas con tanta frecuencia por el número de los que se precipitaban en tropel para oir mis discursos. Adios, reyes de la tierra, palacios de los reyes, servidores y cortesanos de los reyes, fieles, quiero creerlo así, á vuestros soberanos, pero infieles por lo comun á Dios. Aplaudid, elevad al cielo el nuevo orador: queda muda la voz que os desagradaba... Adios, ciudad soberana y amiga de Cristo; este es un testimonio que te rindo, aunque tu celo no sea siempre con arreglo á la ciencia... Acercaos á la verdad; acreditad enmienda por más que parezca tardia. Adios, Oriente y Occidente, por los cuales he peleado y fuí oprimido. Pero adios especialmente, vosotros ángeles custodios de esta iglesia, que protegisteis mi presencia y protegereis mi destierro. Y tú, Santa Trinidad, mi pensamiento y mi gloria, convence y conserva á mi pueblo, compréndate á fin de que yo sepa que crece en virtud y en saber cotidianamente! ¡Hijos mios, guardadme el depósito sagrado; acordaos de mi apedreamiento!»

Gregorio tornó á su laborioso retiro, donde un jardin, un manantial y la sombra de algunos árboles hacian sus delicias. Ayunaba y oraba; una estera

(25) Asistieron ciento cincuenta obispos. El símbolo que se acordó entonces es el que se reza ordinariamente en el Santo Sacrificio de la misa.

(26) *Carmina*, p. 737; *Orat.* XLII, 13.

le servia de lecho con una tosca tela por abrigo. Vestido con una sencilla túnica, con los piés desnudos, sin fuego, no tenia más compañia que los animales de los campos. Y sin embargo no conseguia dominar enteramente la carne aun en una vejez avanzada; lo cual le inducia á decir que vírgen de cuerpo, no podia llamarse tal de pensamiento. Esto es lo que nos enseña en los versos con que amenizaba su soledad, y que consideraba no solo como un alivio, sino tambien como una penitencia, atendida la dificultad que esperimentaba en hacerlos, y el objeto que se proponia de suministrar modelos que oponer á los de los paganos. Murió nonagenario.

Aquellos que comprendan la intencion que nos guia al escribir esta historia, no llevarán á mal que nos detengamos en cada uno de los campeones de la verdad y en otros, algo más de lo que acostumbramos respecto de los grandes del siglo y de aquellos á quienes se da el nombre de héroes. ¿Cómo es posible adquirir mejor el conocimiento del hombre, segun la época en que viviera, sino escrutando las obras y las ideas de aquellos sencillos y generosos maestros?

San Gregorio de Nisa, 330-400.—Gregorio de Sebaste, obispo de Nisa, se aplicó con fervor á mantener la unidad católica contra los cismáticos y herejes. Pacificó las iglesias de Palestina y de Arabia, dirigió el segundo concilio ecuménico, y obtuvo el título de Padre de los Padres. De talento menos vasto que su hermano San Basilio y San Gregorio Nacianceno, amaba la soledad y se complacia en las especulaciones filosóficas. Trató del destino, del alma, de la resurreccion, á propósito de ciertas dudas que Macrina, su hermana, le sometia con motivo de la resurreccion del cuerpo, que le habian ocurrido en ocasion de la muerte de San Basilio.

San Gerónimo, 326-420.—San Gerónimo es en cierto modo el vínculo que une á los orientales y á los occidentales. Hijo de una familia noble de Stridon, en el confin de la Dalmacia, educado en Roma por Donato, comentador de Terencio, y por el retórico Victorino, adquirió los modales y contrajo la corrupcion de aquella gran ciudad: disgustado posteriormente de una vida disoluta, concentró en el cristianismo el poderoso ardor que en un principio disipaba en las pasiones. Asíduo al estudio se formó una biblioteca por su propia mano, recorriendo cuando el caso lo requeria los paises más distantes. Pasando á Oriente oyó las discusiones que agitaban entonces los ánimos, y se retiró al desierto en los confines de la Siria y de la Arabia que era una especie de Tebaida poblada de santos ermitaños. Allí mortificó la carne entre la oracion y el estudio de la lengua hebráica y saboreaba los varoniles deleites de la soledad, embellecida, como él decia «por las flores de Cristo, lejos de la ahumada cárcel de las ciudades.»

Sin embargo, aquella vida de ermitaño, estudiosa y penitente, no amortiguaba su imaginacion fogosa: «¡Cuántas veces en el desierto, en medio de aquellas soledades abrasadas por el sol, creí asistir á las delicias de Roma! Sentado á solas, con el alma inundada de amargura, abatida la carne y sin fuerzas, cubierto con un grosero sayo, con el rostro bronceado como el de un etiope, lloré y gemí todo el dia; y si á pesar mio me cogia el sueño, mi cuerpo iba á tropezar sobre la tierra desnuda. Y no obstante yo, que por miedo al infierno me habia condenado á aquella cárcel, habitada por serpientes y tigres, me sentia trasladado mentalmente al seno de las danzas de las doncellas romanas. Enjuto el rostro por el ayuno, mi cuerpo estaba abrasado de deseos, y en mis helados miembros, en mi carne, muerta antes de tiempo, se inflamaba el incendio de las pasiones. Privado entonces de socorro me prosternaba á los piés de Cristo, bañándolos con mis lágrimas; más de una vez pasé todo el dia y toda la noche dándome golpes de pecho, hasta que Dios daba paz á mi alma. Hasta el asilo de mi celda me inspiraba espanto, pareciéndome cómplice de mis pensamientos. Irritado contra mí mismo me engolfaba en el desierto, y me prosternaba en oracion donde veia un valle más profundo, una roca más escarpada. Frecuentemente, y á Dios pongo por testigo, después de haber vertido lágrimas abundantes, después de haber levantado por largo espacio mis ojos al cielo, me hallaba trasladado al coro de los ángeles, y esclamaba: *¡Subimos hácia tí atraidos por el incienso de la oracion!*»

Abandonando Gerónimo aquel retiro, tan poco adecuado á su actividad, se trasladó á Antioquia donde fué ordenado sacerdote contra su gusto, por Paulino, y desde allí á Constantinopla. Aunque tenia ya cincuenta años, se hizo discípulo de Gregorio Nacianceno en la exegesis sagrada, y tradujo al latin muchas obras. En Roma, adonde se encaminó luego, le empleó el papa Dámaso en diversos asuntos, con especialidad en trabajos literarios y en la revision de la Biblia latina. Trabó amistad con piadosas matronas dignas de ocupar un lugar en la historia. Melania, dama romana de sangre ilustre, habiendo perdido á su esposo y á dos de sus hijos, habia dejado el tercero, de edad muy tierna, para ir á Egipto á visitar á los anacoretas. Habia suministrado generosos socorros á los fieles perseguidos por los arrianos, dándoles asilo en su fuga, y vistiéndose de esclava para darles alimento y consolarles en sus calabozos. Marcela, tambien viuda, se habia retirado á una quinta para abrazar en todo su rigor la vida monástica con Principia, su hija. Asela y Albina, suegra y madre de Marcela, no le cedian en virtudes. Páula, dama de una antiquísima familia (27) con sus dos hijas Eustoquia y

(27) Aunque San Gerónimo muestra su desprecio á distinciones por nacimiento, dice no obstante que esta descendia por parte de padre de Agamemnon, por parte de madre de los Gracos, y que se casó con un descendiente de Eneas y de Julio.

Blesila, se distinguia por su mayor piedad, y prodigaba abundantes socorros á los pobres y á los enfermos. Estas mujeres se sometian al dominio del alma violenta de Gerónimo, el cual bien diferente de aquellos directores espirituales que en otros tiempos, pretendian armonizar la religion con las intrigas y el libertinaje, era el consejero de aquellas mujeres piadosas, así como de Leta y Fabiola, y de otras conciencias hondamente convencidas, lanzándose á las más austeras virtudes, protestando con sus obras contra toda debilidad y socorriendo las miserias de un siglo en que habia tantas.

Leta que tenia por padre al pontífice de los dioses, Albino, consultaba al santo sobre la educacion de su hija todavia niña, y Gerónimo le dijo que aprendiera á echarse en brazos de su abuelo cantando el aleluya, á fin de que el anciano pontífice, sonriendo á aquel sencillo canto se hallara preparado á la conversion. «Es ya un candidato de la fé el que se halla rodeado de una multitud cristiana de hijos y de nietos. El hombre no nace cristiano, llega á serlo. El Capitolio cubierto de oro se empaña bajo el polvo; la araña cubre con sus telas los templos de Roma; la ciudad sale de sus cimientos; oleadas de pueblo pasan por delante de los edificios derribados, consagrados en otro tiempo á los dioses, dirigiéndose á los sepulcros de los mártires.» (28) San Gerónimo tenia el presentimiento del porvenir que se acercaba, y comprendia los medios de acelerarlo.

La faccion pagana y los herejes dirigieron ataques de toda especie contra un enemigo tan formidable. Apasionado de la verdad, enseñaba que la salud de la Iglesia depende de un sumo pontífice; y que si á éste no se da un poder superior á los demás, habria en la Iglesia tantos cismas como obispos. Y previniendo errores modernos decia: «Permaneced en la Iglesia fundada por los Apóstoles y hasta ahora subsistente. Si ois á algunos designados, no con el nombre de Jesucristo, sino con algun otro, sabed que no son la Iglesia de Cristo, y el ser instituidos posteriormente convence que son de aquellos, cuya venida predijo el Apostol. Y no os engañe el parecer que se apoyan en las Escrituras; porque tambien el demonio dijo cosas conformes con la Escritura, y no basta leer esta, sino que es preciso entenderla. No siguiendo más que la letra tambien podríamos nosotros formar un nuevo dogma y pretender que no fueran recibidos en la Iglesia más que los que estuviesen calzados y tuvieran dos túnicas.» (29)

San Gerónimo, humilde en presencia de Dios, soberbio en presencia de los hombres, castiga coléricamente cuantos vicios encuentra, sin perdonar á los indignos ministros de la religion, desenmascarando á aquellos para quienes el diaconado y el sacerdocio no habian sido más que un medio de tratar más libremente con las mujeres, y que se complacian en presentarse elegantemente vestidos, con los cabellos rizados y perfumados, con los dedos cargados de anillos, andando de puntillas, insinuándose en las casas y solicitando regalos y testamentos (30). Irritados en contra suya aquellos intrigantes se pusieron á perseguir al santo, cuya amistad espiritual calumniaron: su encarnizamiento fué llevado hasta tal punto, que se decidió á abandonar á Roma, aunque demostró su inocencia ante los magistrados, y regresó á Oriente. Allí fué seguido por Eustoquia, por Paula y por otras damas, con las cuales se dirigió á Alejandria, donde las prácticas de la religion no le impidieron ir á escuchar el gramático Didimo; y después de admirar á los anacoretas de Nitria, tornó á fijarse en la Palestina, recorriendo paso á paso los lugares para comprender mejor las Escrituras, como aquel que visitó desde la Troade á la Sicilia para más facilmente entender el libro III de la Eneida.

Paula, que en todo el viaje habia recibido los honores de su posicion, se fijó en Belen, á donde acudian los cristianos de todas partes, sin distincion de grado ni riqueza, y mirando como el primero al que se tenia por el último, dirigió un monasterio de mujeres, y Gerónimo otro de hombres. Este, afanoso mártir de sí mismo, trabajaba hasta el punto de escribir mil renglones por dia, y aun le quedaba tiempo para esplicar la Biblia á sus anacoretas, para enseñar á los niños los primeros elementos de la lectura, y leer á hurtadillas aquellos autores paganos que habian encantado sus mocedades.

¡Cuánto le agradaba aquella soledad campestre y devota, en contraste con el tumulto de Roma en que residian la ambicion y la grandeza, el deseo de ver y de ser visto, de saludar y de ser saludado, de oir y de esparcir noticias, la ingrata necesidad de ver tanta gente, que si no las recibes serás tachado de orgullo, y si las recibes te arrastran á la disipacion; y donde para devolver visitas era preciso ir á espléndidas puertas y atravesar por entre una turba de criados murmuradores! Grandes obispos, sencillos fieles y humildes mujeres recurrian á San Gerónimo: ya Esuperio, obispo de Tolosa, le escribia deplorando los males de la Galia; ya Edibia, de Bayeux, le dirige doce cuestiones para que las resuelva, ya Algasia, de Cahors, once sobre algunos pasajes de la Biblia, ó sobre la manera de conducirse en ciertos casos: ya llega un sacerdote desde el corazon de la Bretaña hasta Palestina, para llevarle una carta y volver á partir con la respuesta.

Habiendo penetrado en el retiro de Gerónimo una banda de semi-pelagianos, prendió fuego á las tranquilas celdas de los monjes y de las hermanas, y el santo pudo escaparse con gran peligro. Poco tiempo después murió nonagenario.

(28) *De instit. filiæ.*
(29) *Miscelaneas*, pág. 221 y 269.
(30) *Ep. ad. Eustoch.*, XXII.

Rufino.—Tuvo grandes disputas con Rufino, su antiguo amigo. Las doctrinas de Orígenes se habian difundido grandemente por el Oriente y más aun su severidad ascética, abrazada por los innumerables solitarios del Egipto y de Siria. Cuando las desventuras públicas extendieron tambien por el Occidente la austeridad monástica, fueron muchos los que desde esta parte marcharon á Oriente para admirarla y seguirla. Entre estos la romana Melania, de quien ya hemos hecho mencion, descendiente de una de aquellas casas patricias, las cuales, habiendo perdido todo poder político conservaban régias riquezas, se estableció en Jerusalen y acogió á cuantos en el espacio de treinta años acudieron á venerar los Santos Lugares. Con ella se habia unido en amistad espiritual Rufino, sacerdote de Aquilea, que en las conversaciones con solitarios de Nitria se habia hecho admirador de Orígenes, admiracion de que tambien participaba su amigo Gerónimo: de suerte que Jerusalen poblada de estos fervientes é ingeniosos prosélitos, vino á ser el centro del origenismo. Sin embargo, Gerónimo echó de ver muy luego lo peligroso de las doctrinas que tanto habia alabado, y separándose de Rufino comenzó con él una discusion en que no siempre se conservó la decencia: humana debilidad digna de ser lamentada y compadecida.

Rufino, á quien Gerónimo dirige viles injurias tomadas de Persio y Juvenal, nos es presentado muy de otro modo por los grandes hombres de entonces, aun por los mismos pontífices; y el *Comentario sobre algunos profetas menores* redunda en alabanza suya tanto porque, ateniéndose al sentido literal, da la más recta esplicacion, cuanto por la laudable moderacion que manifiesta hácia Gerónimo. Queriendo demostrar que Orígenes habia sido un grande hombre y al mismo tiempo que no aprobaba sus errores, tradujo Rufino su *Peri archon* (pág. 268), pero modificando sus proposiciones hasta ponerlas de acuerdo con las decisiones canónicas. Con no poco ingenio ponia en el prefacio el asentimiento de San Gerónimo, el cual no pudiendo negarlo, lo tergiversó todo excusándose y desaprobando al traductor y al autor; y para demostrar los errores de éste, hizo del libro una nueva traduccion conservando íntegros en ella los pasajes condenados: empresa que todos reputaron peligrosa por el escándalo que causaba.

La Iglesia quedó gravemente turbada con esta discusion que amenazaba convertirse en un cisma entre la occidental activa y apegada á la autoridad y la oriental devota y razonadora. Teófilo, patriarca de Alejandria, antiguo partidario de Orígenes, reprobó categóricamente las doctrinas de éste y principalmente estos nuevos puntos: que el reino de Cristo debe terminar: que los demonios se salvarán: que los elegidos pueden caer: que Cristo padeció tambien por los condenados: que los cuerpos después de la resurreccion serán otra vez mortales: que se debe rogar al Padre, no al Hijo: que al fin los cuerpos se trasformarán en espíritu: que la magia no es condenable: que la materia es un efecto del pecado.

Fué divulgada esta carta en Occidente por Gerónimo; y Melania se hizo acusadora de su amigo Rufino, el cual fué excluido de la comunion por el papa. Pero más aun que de estos errores tratábase de la lucha entre el cristianismo mundano del Occidente y el de los anacoretas orientales. Este último encontró un poderoso sostenedor en Juan Crisóstomo, nuevo patriarca de Constantinopla. Los dos patriarcas lucharon entre sí, como veremos, en términos que la Iglesia de San Pedro, sostenedora de San Juan Crisóstomo, quedó dividida por algun tiempo de la de San Marcos; y en medio de estas disensiones Roma pereció y murieron los campeones de aquella lucha. Habian nacido por entonces las cuestiones de la Gracia, que parecieron más inmediatamente importantes á la salvacion de los fieles que no las del orígen de las almas, aunque los origenistas habian visto ya que semejante problema implicaba el del sistema general del universo y podia suscitar dudas acerca de la persona del Creador y sobre la suprema misericordia, mientras en el libre albedrío de las criaturas no se encontrase el motivo de las miserias humanas. Sobre todo esto debia la Iglesia pronunciar posteriormente su fallo, pero por entonces el gran proceso quedó suspenso.

Los trabajos más importantes de San Gerónimo son de crítica sagrada. El papa Dámaso le dió la comision de someter á exámen la version itálica de los Evangelios reputada por la más fiel, pero corrompida por interpolaciones y alteraciones. El que poseia una copia del Evangelio solia añadirle al márgen las variantes que encontraba en otra y á veces tambien sencillas tradiciones orales ó interpretaciones. Algun amanuense posterior, distinguiendo mal el texto primitivo de las adiciones, lo copió todo junto, de modo que segun la expresion de San Gerónimo habian resultado, no cuatro Evangelios, sino cuatro concordias de los Evangelios. Añádese á esto la ineptitud de algun copista y la presuncion de otros que querian corregir por su propia autoridad la version; por lo cual no poco habia perdido de su primitiva forma el sagrado código.

Dedicado á purgarle, acudió Gerónimo ante todo á los textos griegos más antiguos, quizá hasta los de Pánfilo y Orígenes, pero no tuvo valor para enmendar todos los pasajes que la comparacion le hacia ver que estaban corrompidos; de modo que algunas veces el comentario no corresponde á la revision. Corrigió tambien el Salterio, el libro de Job y otros que se han perdido. Trató después de hacer una nueva version del Antiguo Testamento, no ya sobre el texto de los LXX, sino sobre el original. Muy versado en la crítica, pacientísimo en el trabajo, era más propio que otro cualquiera para esta ocupacion; y por espacio de quince años se dedicó á ella, siguiendo tan fielmente el texto, que introdujo en la lengua muchos modismos he-

bráicos, valiéndose tambien de las versiones siriaca y árabe, de las griegas de Aquila, Teodocion y Simaco, y respetando principalmente la de los LXX citada por los Apóstoles.

San Gerónimo es sin duda después de Orígenes el padre más eminente; conociendo el griego, el latin, el hebreo, el caldeo y las costumbres orientales, pudo penetrar en el verdadero sentido literal de las Escrituras, tanto como Orígenes en el sentido espiritual y alegórico. Deben, sin embargo, considerarse las circunstancias en que escribia y sus disidencias personales; y es de sentir que no haya podido limar más detenidamente sus comentarios (31) y que algunas veces se envanezca demasiado de las etimologias de los rabinos. Cuando pasa después al sentido alegórico ó místico, no sabe detener su imaginacion; y algunas veces acumulando las diversas interpretaciones de los exegéticos, sin resolverse por ninguna, deja al lector en una incertidumbre más dolorosa que la ignorancia.

Movióse desde luego una viva guerra contra su traduccion; sin embargo, la adoptó la Iglesia en vez de la antigua itálica hecha sobre los LXX y fué el fundamento de la que declaró auténtica el concilio Tridentino (32).

Su *Canon*, ó sea el catálogo de los escritores eclesiásticos, es un modelo de biografia rápida y elocuente. Escribió tambien y reunió la vida de los Padres en el desierto, con poca crítica, tradujo, y nos conservó de este modo, la *Crónica* de Eusebio, continuándola hasta su tiempo: y en ciento cuarenta y siete cartas trata de importantes cuestiones de exegesis y de moral.

Estas obras están por lo comun manchadas con polémicas virulentas impropias no solo de la caridad cristiana, sino de una persona bien educada (33). Algunas veces en las invectivas contra sus adversarios envuelve á las antorchas de la Iglesia, como á San Juan Crisóstomo á quien atacó en vida y después de muerto, y San Agustin, á quien quiso desacreditar y hacer sospechoso.

A este último trató de envolver tambien en las disputas de los origenistas; pero Agustin veia de otra manera la teologia; y las cuestiones relativas solo al órden de la creacion le parecian hechos consumados y mucho menos importantes que las del órden metafísico, intactas aun, de los misterios de la Gracia y de la redencion que nos conducen á la salvacion. Y aunque creia que los ataques contra Orígenes habian impedido al cristianismo aceptar soluciones prematuras del problema del orígen del alma, creia inoportuno el declararse por una opinion de una manera tan terminante, que dividiese el cuerpo de Cristo. Buscaba por lo tanto la paz, y habiéndole dirigido Gerónimo uno de sus escritos polémicos contra Rufino, el obispo de Hipona, trató de demostrarle con lealtad y caridad que fomentaba injustamente la discordia con suposiciones indignas de él y concluyó con palabras que convendria gritar con todo el esfuerzo de la voz: «¡Ah! ¡Qué no pueda yo encontraros á entrambos en algun sitio! Conmovido cual estoy por el temor, por el dolor, caeria á vuestros piés, lloraria, suplicaria y os rogaria á cada uno y á ambos el uno por el otro y por los demás, y principalmente por los débiles por quienes murió Cristo, y que tienen fijos los ojos en vosotros con grave peligro en este teatro de la vida, y os conjuraria á que no divulgaseis escritos que algun dia, cuando esteis reconciliados, deseareis, y no podreis borrar; escritos que ahora os impiden reconciliaros, y que reconciliados, temereis leer por no volver á la lucha.» (34)

Otra tentacion agitaba á Gerónimo además de los recuerdos del mundo, y era su aficion á las letras profanas, uno de los obstáculos más poderosos para alejar á los doctos de una religion que renegaba del culto inspirador de Homero y de Virgilio. Educado para idolatrar la forma con detrimento de la esencia, se nutria Gerónimo con sus libros, adquiridos á costa de tantos afanes, única riqueza que conservaba en su ermita. Pero cuando dejaba á Platon y á Ciceron para embeberse en los profetas, le parecian ásperos y descuidados en aquella sublimidad de pensamientos que desdeña los ornamentos artificiales. Habiendo caido enfermo se creyó trasladado en espíritu al tribunal del Juez supremo, quien le reconvino por ser más ciceroniano que cristiano; alegoria en que se revela aquella lucha del genio con la imaginacion, lucha que prolongó la agonia del paganismo, aunque destituido de toda conviccion.

---

(31) En el comentario al *Eclesiástico*, p. 774, hay un pasaje que pone en grande apuro á los que no creen antigua la confesion auricular: *Si quem serpens diabolus occulte momorderit, et, nullo conscio, eum peccati veneno infecerit; si tacuerit qui percussus est et non egerit pœnitentiam, nec vulnus suum fratri et magistro voluerit confiteri; magister et frater qui linguam habent ad curandum, facile ei prodesse non poterunt. Si enim erubescat ægrotus vulnus confiteri, quod ignorat medicina non curat.*

(32) El mismo nos cuenta que consiguió de los nazareos de Beroe, en Siria, la copia de un Evangelio siriocaldeo que tradujo al latin y al griego. Decia este *segun los hebreos ó segun San Mateo;* pero habiéndose perdido, no sabemos si será el original del de este evangelista el que se nos ha conservado en latin, ó un quinto evangelio diferente, lo que es probable, por la acusacion que Teodoro de Mopsuesta hacia á Gerónimo de haber dado un evangelio nuevo.

(33) Véase lo que escribe contra Vigilancio: «Las Galias no habian producido hasta ahora más que sublimes virtudes, grandes capitanes, eminentes oradores; pero Vigilancio, que más bien deberia llamarse Dormitancio, despertando en un momento, y dejando el polvo y el humo de su cocina, les quita de un solo golpe su prerogativa. Este hostalero civilizado, mezcla continuamente el agua y el vino, y con la maña de su primera profesion trata de alterar la pureza de la fe católica, é introducir la hez de la herejia, etc.

(34) *Ep.* 35.

Conociendo por esperiencia propia que algunas lecturas secan las flores celestes bajo el lozano ramaje de importunos pensamientos, y destruyen la aficion á los estudios más convenientes á un cristiano, ya Gerónimo en tardia edad inculpaba á los que, después de haber abandonado la sabiduria del siglo, se disgustaban de la sencillez de las Escrituras y volvian á leer á los poetas (35). Sin embargo les tuvo siempre mucha aficion, tanto que le acusaban de ello sus adversarios: y Rufino le tenia por muy culpable por gustarle demasiado la literatura profana. «Podria citar á muchos religiosos que en sus celdas sobre el monte de las Olivas han copiado los diálogos de Ciceron para su uso; yo mismo he tenido los cuadernos en la mano y los he leido una vez y otra. Niegue si puede que viniendo á visitarme desde Belen á Jerusalen trajo consigo un diálogo de Ciceron. Hay más: Gerónimo, en el convento de Belen componia una obra de gramática profana, y esplicaba su querido Virgilio y otros autores líricos, cómicos, historiadores, á niños que le eran confiados para que los educara en el temor de Dios.» (36)

San Paulino, 353-431.—Copiamos estos pormenores para hacer comprender la lucha empeñada entre las dos civilizaciones en la literatura como en todas las demás cosas. Narraremos otro hecho tomado de la vida de Poncio Meropio Paulino. Nacido en Burdeos de un prefecto del pretorio de las Galias, fué recomendado al emperador Graciano, llegando á ser en calidad de cónsul, su cólega. Después de ser investido con las primeras dignidades en España y en las Galias, gobernó la Campania. Afamadísimo por su sabiduria, se habia casado con una española de una familia estraordinariamente rica. Agobiado de amarguras implora primeramente al cielo para que le liberte de sus dolores, del peso de su mujer y de sus hijos. Sometiéndose luego á la voluntad de Dios, acepta una vida de angustias y de resignacion y se retira del mundo. Su mujer es para él como una hermana, sufre el rigor del sacrificio; retirado en Roma (390) recibe allí el bautismo. Enseguida le reclama por sacerdote el pueblo de Barcelona, á quien habia hecho donacion de parte de sus bienes.

Mostrábanse llenos de júbilo los cristianos por adquisicion semejante, daban los obispos acciones públicas de gracias, á la par que los paganos se indignaban de ella. Se alejaban de su lado como de un desertor los deudos y los amigos que le encontraban al paso Clientes, libertos, esclavos, consideraban como rotos los vínculos que los ligaban á su persona. Nada descuidó el poeta Ausonio para apartarle de su resolucion, no pudiendo llegar á comprender en medio de las frivolidades literarias de aquel tiempo que la conviccion y la autoridad de la conciencia supieran resistir á quejas y á consejos. Escribióle, pues, á fin de restituirle al paganismo y á la literatura. Como no recibia respuesta volvió á la carga recordándole sus comunes estudios, su amistad y lo que exigia el decoro. No prestándole tampoco oidos, le deseó mil infortunios literarios, invocando á las musas griegas, á fin de que restituyeran un poeta á las del Lacio (37). Paulino rompió al fin el silencio á su cuarta invitacion para que cesara de implorar á las musas que habia repudiado, porque su corazon, consagrado esclusivamente al culto de un solo Dios, no tenia ya lugar para ellas ni para Apolo. Además le decia que ni el tiempo ni las circunstancias le borrarian de su memoria.

Habiendo ido Paulino á Italia, y animándole de nuevo ardor sus pláticas con San Ambrosio, se retiró á una soledad cerca de Nola, donde vivió diez y seis años con su mujer, fundando una especie de Tebaida en medio de las delicias de la Campania. Erigió á San Félix una iglesia que hizo adornar de pinturas representando asuntos del Antiguo Testamento, y los aldeanos esperimentaban tanto gusto en mirarlas, que hasta de comer se olvidaban á veces. Absorto en una paz que no puede arrebatar el mundo, los bárbaros amenazadores no le infundian ningun miedo. Todos los años, el dia del santo, objeto de su predileccion, componia un canto en honor suyo; y aunque los amigos esclusivos de la forma pretenden que escribia mejor de pagano que de convertido, Ausonio hallaba sus versos suaves y cadenciosos (38), y San Agustin encomiaba su *piedad plañidera*. Nombrado obispo, (409) mantuvo una correspondencia epistolar con Ambrosio, Gerónimo, Agustin, con Asia, Africa é Italia, y resultó de aquí un trueque de ideas, de consejos, de aclaraciones. Hablaba al pueblo con una sencillez en que se comprendia que el cristianismo ha salido del pueblo para el pueblo, y en aquel tono familiar é ingénuo que trae esta religion de su orígen y que está en su esencia. Empieza su discurso sobre la limosna de este modo: «Mis queridos amigos, no sin causa se pone el pesebre delante de los animales, ni solo se hace por el placer de los ojos. Es una especie de mesa para uso de los animales desprovistos de razon, preparada por la razon del hombre, á fin de que los cuadrúpedos puedan tener alimento. Si los que han construido el pesebre descuidan poner allí heno, no tardarán

(35) *Ep.* IV *ad Fabiol.*, del año 401.
(36) *Opere*, t. III, p. 246.

(37) *Impie, Pirithoo disjungere Thesea posses,*
Euryalumque suo socium secernere Niso...
Jam nomina nostra parabant
Inserere antiquis ævi melioris amicis...
Nos studiis animisque iisdem, miracula cunctis...
Imprecor ex merito quid non tibi, iberica tellus!
Te populent Pœni, te perfidus Hannibal urat...
Gaudia non illuc vegetent, non dulcia vatum
Carmina, non blandæ modulatio flexa querelæ...
Hæc precor, hanc vocem, bœotia numina Musæ,
Accipite, et latiis vatem revocate Camœnis.

(38) *Hæc tu quam concinne, modulate et dulciter!*

los animales en ser devorados por el hambre: sino comen, el hambre los comerá á ellos. Advertidos por este ejemplo, guardémonos de descuidar la mesa que Dios colocó en su iglesia...»

San Hilario de Poitiers.—La Galia Narbonense que cada vez se amoldaba más á los romanos, fué teatro donde se desplegó el valor de San Hilario. Vástago de buena familia, se aplicó al estudio y llegó á la verdad paso á paso, renunciando primero á los placeres de los sentidos, dedicándose luego á meditar sobre la divinidad para pasar de la creencia en Dios á la de un alma inmortal y de un mediador divino. Ordenado sacerdote y nombrado después obispo de Poitiers sostuvo á San Atanasio; y confinado por Constancio á Oriente (350) conoció allí los grandes doctores que eran su gloria: sus pláticas le infundieron nueva energia. Habiéndose dirigido á Constantinopla presentó una demanda para obtener que su doctrina fuera tolerada y se le permitiera sostenerla contra los arrianos; pero su solicitud no fué otorgada, y se entregó á violentas invectivas contra el soberano del imperio. «¡Ah, si estuviésemos todavia en los tiempos de Neron y de Decio! Combatiríamos al descubierto y con confianza contra los sicarios y los verdugos, y tu pueblo, viendo la persecucion pública, nos seguiria como á sus caudillos. Actualmente peleamos contra un perseguidor que disimula; contra un enemigo que prodiga caricias; contra el Anticristo Constancio, que no hiere, sino que halaga; que no proscribe nuestras cabezas, sino que nos enriquece para corrompernos; que no nos empuja á la libertad cristiana por el camino de los calabozos sino que nos honra en su palacio para avasallarnos... No pelea porque teme quedar vencido, sino que, para dominar, lisongea. Confiesa á Cristo únicamente para negarle; busca la unidad para estorbar la paz; comprime las herejias para que no haya más cristianos; honra á los sacerdotes para que sean degradados los obispos; construye iglesias para destruir la fé; te digo, Constancio, lo que Neron, Decio y Máximo hubieran oido de mi boca. Combates contra Dios, te encarnizas contra la Iglesia, persigues á los santos, detestas á los predicadores de Cristo, destruyes la religion, eres tirano, no de las cosas humnas, sino de las cosas divinas; acreditas un cristianismo engañoso; eres el nuevo enemigo de Cristo, el precursor del Anticristo cuyos misterios de iniquidad comienzas; fabricas una profesion de fe y vives contra la fe misma; perturbas lo antiguo y mancillas lo nuevo.»

Aquí se perciben los ímpetus de aquel á quien San Gerónimo denominaba *eloquentiæ latinæ Rhodanus*, imágen atrevida, si bien espresiva de su dialéctica vigorosa, de su modo de raciocinar que era vivo y convincente, y secundado por un estilo espléndido y redundante. Su tratado *De la Trinidad*, el más regular y acabado que se ha escrito sobre este misterio, fué compuesto en el destierro, así como el de *los Sínodos*, y diferentes obras dirigidas al emperador. Como Constancio repetia de contínuo: *No quiero que se use de espresiones desconocidas á las Sagradas Escrituras*, repuso Hilario: «¿Quién eres tú para imponer preceptos á los obispos, y para privarlos del derecho de predicar á su albedrio la doctrina apostólica? Eso es como si alguno dijera: Hé aquí nuevos venenos, no quiero nuevos antídotos.»

Cuando fué restituido á su sede en el momento en que los creyentes descansaban bajo Valentiniano, denunció públicamente á Auxencio, obispo de Milan, que, á las órdenes de príncipes arrianos habia profesado sus doctrinas. Auxencio hizo que el emperador le condenara entonces como perturbador de la Iglesia; pero Hilario dirigió á los obispos y al pueblo una defensa elocuente: «Deploremos, dice, nuestros aciagos dias, gimamos por las locuras de un tiempo en que se cree que Dios necesita de la proteccion de los hombres, y en el que se quiere defender á Cristo con ayuda de las intrigas del mundo; ¡oh obispos que os creeis tales, respondedme en vuestra fé! ¿De qué apoyos humanos se sirvieron los Apóstoles para predicar el Evangelio y convertir al verdadero Dios las naciones consagradas á la idolatria? ¿Aspiraban á ganarse el favor de la corte, cuando cantaban himnos al Señor, desde el fondo de sus calabozos, hallándose cargados de cadenas y después de sufrir el tormento? Pablo, ofrecido en espectáculo dentro del circo, ¿recurrió á los edictos del príncipe para formar una iglesia á Jesucristo? ¿Era para él por ventura el apoyo de los príncipes un medio de defensa, ó fué mas bien su odio el que hizo florecer el Evangelio? Cuando los Apóstoles vivian del trabajo de sus manos y recorrian las ciudades, las aldeas y los paises remotos, á despecho de los reyes y del Senado? ¿creeis que no poseyeran las llaves del cielo? Al revés, la virtud de Dios se manifestó entonces á pesar de la envidia de los hombres, y cuanto más prohibido era el Evangelio más fervorosamente lo pregonaban en todas partes. Pero actualmente ¡oh dolor! protecciones humanas recomiendan la fe divina: Cristo parece despojado de su virtud á la par que se intriga en su nombre: amenaza la Iglesia con destierros y encarcelamientos; quiere hacer que se crea en ella por la fuerza, cuando en otros tiempos era creida á pesar del destierro y de las cadenas.»

No pudiendo hacer mencion de todos los Padres de la Iglesia en el Occidente, nombraremos á Zenon, obispo de Verona (363), que purgó su iglesia de los resíduos de la idolatria y del arrianismo, y nos ha dejado setenta y siete discursos, cuyo estilo es elegante, aunque no son nuevas sus idas; á Eusebio, oriundo de Cerdeña, quien, nombrado obispo de Verceli (340), introdujo antes que otro alguno en el clero de su iglesia un género de vida regular, y resistió en el concilio de Milan al emperador, cuya cólera escitó hasta el estremo de llevar la mano á su espada contra aquel. Desterrado entonces, andaba errante de un lado á otro, y se

encontraba en la Tebaida cuando fué llamado por el edicto de Juliano. Sostuvo constantemente á Atanasio. Enviado á Antioquia para establecer la paz en aquella iglesia, no pudo conseguirlo, y tornó á su sede, donde terminó sus dias.

Tuvo por amigo á Lucifer, obispo de Cagliari, uno de los más ardientes adversarios del arrianismo y demás cismas: desde su destierro dirigió este prelado al emperador un escrito impregnado de aquella misma violencia que le movia á prohibir á sus ovejas toda especie de comunicacion con los herejes (39). Enlazado á él por íntima amistad el diácono Hilario sustentaba opiniones semejantes, llegando hasta á pretender que se necesitaba bautizar de nuevo á los arrianos que querian volver al seno de la Iglesia: por este motivo le habia dado San Gerónimo el sobrenombre de Deucalion del mundo.

San Ambrosio, 340-397.—Pero quien combatió en el Occidente con más denuedo á los arrianos y á los idólatras fué San Ambrosio. Habia nacido en Tréveris de un prefecto del pretorio en tiempo de Constantino; y residia en Milan en calidad de gobernador de la Liguria y de la Emilia, cuando el capadocio Auxencio, obispo arriano, exhaló el último aliento (374). Previendo entonces que las facciones harian que fuese la nueva eleccion sumamente tumultuosa, se presenta el gobernador en la asamblea á fin de contenerla dentro de los límites de sus deberes, pero apenas entran en aquel lugar gritan todos: *Sé tú obispo*. Procuró eludir aquel nombramiento apelando á la fuga, y asistiendo á un tribunal en que se trataba de imponer la pena de muerte. Mas no logrando nada por este medio, se sometió á la voluntad de Dios, cuyas milagrosas señales conoció claramente, y permitió que le bautizaran (40), le ordenaran de sacerdote y luego de obispo. Distribuyó su dinero á los pobres, donó sus propiedades á la Iglesia, salvo el usufructo, que reservó á Marcelina, su hermana; confió á Sátiro, su hermano, la administracion de su casa y se consagró plenamente al santo ministerio.

Se puso á estudiar las Escrituras y los Padres, lectura para él nueva, y lo hizo con tanto fruto, que no tardó en ser denominado el primero de los doctores de Occidente. No quiere esto decir que poseyera el genio de un Gregorio, de un Basilio, de un Crisóstomo, sino que tenia en más alto grado aquella actividad práctica que le hizo más sublime todavia en sus acciones que en sus escritos. Su vida, que nos ha sido conservada por un testigo elocuente (41), era como la de los demás obispos de entonces, absorbida por los más diferentes cuidados; juzgaba los numerosos asuntos que le sometian los fieles, administraba los hospitales, socorria á los pobres, acogia á todos afablemente, y en medio de estas ocupaciones, meditaba y componia. Se le confiaban misiones de suma importancia, en razon de su esperiencia de los negocios. Al morir Valentiniano le encomendó sus hijos: el obispo apartó á Máximo de entrar en Italia, lo cual fué causa de que éste se quejara posteriormente de haber sido engañado. Cuando hubo muerto Graciano fué á reclamar su cadáver. Teodosio, á quien esponia la verdad con una franqueza, que no imitaron siempre sus sucesores, enseñándole lo que distinguia al sacerdocio del imperio, decia de su persona: *No conozco más que á Ambrosio que lleve dignamente el nombre de obispo.*

De él recibieron obispos algunas iglesias que nunca los habian tenido; visitaba y alentaba á sus hermanos, y á veces los reunia en concilios, intercedia en favor de los reos de Estado: vendia los vasos del templo para rescatar á los prisioneros hechos por los godos. En suma, ejercia con dignidad y amor el tribunado que los obispos habian asumido en nombre de Cristo desde que se abolió en nombre de la ley; acudiendo en la ayuda del pueblo con la palabra y con las obras, invocando la justicia ó la indulgencia de los príncipes, y haciendo valer en favor de los infortunados y de los indigentes las doctrinas de la pobreza, de la igualdad y de la redencion del hombre por la sangre de una víctima celeste. De este modo entendia los deberes del episcopado.

Ambrosio poseia en alto grado el arte de ganar las almas y dirigirlas; profundo en el conocimiento del corazon humano sabia aprovecharse de las circunstancias propicias, sin que le abatieran los acontecimientos siniestros y aprovechándose de los prósperos. Su celo ardiente en predicar la virginidad hácia que infinitas jóvenes acudieran aun desde muy léjos para consagrarse á Dios en sus manos; y los milaneses encerraban á sus hijas á fin de que no se dejaran arrastrar por sus exhortaciones. Después recogió y envió á su hermana Marcelina los discursos que dirigia á las vírgenes. Compuso otro libro para exhortar á las viudas á las virtudes de su estado.

Dos magnates vinieron desde Persia á Milan, donde era amado como un padre, solo para oirle: y después de haber discutido con él desde las seis de la mañana hasta las nueve de la noche sobre cuestiones alegóricas, volvieron á emprender su viaje sin hacer en la ciudad otra cosa. Por el relato de sus virtudes, Fritigila, reina de los marcomanos, abrazó el cristianismo, y le envió magníficos regalos, pidiéndole sus instrucciones. Todavia más conmovida después de haberlas recibido, se encaminó á su residencia con intencion de oirlas de su boca; pero solo le fué dado orar sobre su sepulcro. Príncipes bárbaros que se hallaban reunidos en un banquete con el conde de Arbogasto, le pregunta-

---

(39) *De non conveniendo cum hæreticis.*

(40) Elegíase el obispo en cualquiera situacion que se encontrase; ni aun se necesitaba que fuera cristiano. El concilio de Constantinopla nombró obispo de aquella ciudad á Nectario, que ni siquiera estaba bautizado.

(41) Paulino su secretario.

ron si conocia á Ambrosio, y como les respondiera que era su amigo y comia con él amenudo, añadieron: *Ya no nos sorprende que seas tan venturoso en los combates; puesto que tienes relaciones familiares con un santo cuya palabra haria que el sol parara su curso* (42).

Apenas cesó de vivir Valentiniano, cuando el emperador Graciano, educado por el poeta pagano Ausonio, declaró por un edicto que cada cual podria reunirse y honrar á la divinidad como juzgara conveniente, á escepcion de los maniqueos, de los fotinianos y de los eunomianos. Pero Ambrosio supo inducirle en breve á otros sentimientos, y persuadirle á que descargara el último golpe sobre la antigua creencia. Desde luego se manifestaron las nuevas intenciones del emperador con la órden de quitar del Senado de Roma la estátua de la Victoria. Después incorporó Graciano al fisco todos los bienes afectos al sostenimiento de los templos, de los pontífices, de los sacrificios. Abolió los privilegios civiles y políticos de las vestales, y prohibió á los sacerdotes aceptar otras mandas que las de bienes muebles (43).

Asustados de estas medidas la nobleza romana, los jefes del Senado, y los que se obstinaban en denominarse *la mejor parte del género humano* (44), enviaron una diputacion á Graciano, rogándole que suspendiera la ejecucion de aquellos decretos. Con la esperanza de producirle más impresion, le mostraron los diputados el ropaje del sumo pontífice, que se conservaba con estremado esmero, á fin de que le recordara la larga série de sus predecesores que habian usado aquella vestidura, símbolo de poder supremo en la tierra y de honores divinos en el cielo. A pesar de todo no se rindió Graciano á aquellas demostraciones, y respondió que semejante ornamento no convenia á un cristiano (45). Quedó pues sin sumo pontífice la religion antigua, y el sacerdocio fué despojado de los bienes que hacian que fuera ambicionado, aun después de haber perdido sus honores y privilegios.

No coronó mejor éxito la embajada espedida á Valentiniano II para que volviera á erigir el altar de la Victoria, y las súplicas de Simaco (46) y de Libanio con tal fin son el último grito del paganismo que se siente herido en el corazon. Simaco defendia en el gentilismo las instituciones pa-

---

(42) PAULINO, *Vida de San Ambrosio*, números 25, 30 y 36.

(43) SIMACO, lib. X, epíst. 54. Carecemos del texto original de esta ley, pero existe una de Honorio dada en 415, (*Cod. Teod.*, XVI, 10, l. 20) del tenor siguiente. «En conformidad de los decretos del divino Graciano, ordenamos aplicar á nuestro dominio todas las propiedades *(omnia loca)* que el error de los antiguos aplicó á las cosas sagradas.»

(44) SIMACO, I, 46.

(45) ZÓSIMO, IV, 36.

(46) *Ilustrísimos emperadores Teodosio y Valentiniano II.*

«Cuando vuestro numerosísimo Senado vió dominado el vicio por las leyes, y que la gloria de los últimos años habia recibido de buenos príncipes nuevo lustre siguiendo el impulso de un siglo tan afortunado y dando libre espansion al dolor comprimido durante tanto tiempo, me confió por segunda vez el encargo de hacerme intérprete de sus quejas. Hace poco que los perversos consiguieron que nos fuese negada la audiencia sabiendo que se nos administraria justicia. Mi mision es doble: en clase de prefecto vuestro, defiendo los intereses públicos; en clase de enviado, vengo á sostener el voto de los ciudadanos. No debe esto causaros maravilla, porque desde hace mucho tiempo han cesado de creer vuestros súbditos que el apoyo de los cortesanos pueda servirles para triunfar en sus cuestiones. El amor, el respeto, la adhesion de los pueblos valen mucho mas que el poder. ¿Quién querria tolerar luchas privadas en el seno de la república? Con razon castiga el Senado á todo el que se atreve á anteponer su autoridad á la gloria del príncipe, y nosotros buscamos solícitos vuestra clemencia; pero ¿se nos podrá culpar de que defendamos las instituciones de nuestros abuelos, los derechos y el porvenir de la patria, con el mismo calor que defendemos la gloria de nuestro siglo, que será mucho mayor, si no permitís nada que se oponga á los usos de nuestros padres?

Nosotros reclamamos la observancia de la religion que por tan largo espacio ha servido de sosten á la república. Dos príncipes (Constantino y Constancio) siguieron á un tiempo las dos religiones y los dos partidos; el que vino después (Juliano) honró los ritos nacionales; su sucesor no hizo nada contra ellos. Si ya no sirve de buen ejemplo la religion de los antiguos príncipes, sirve de prudencia de los últimos.

¿Quién habrá tan inclinado á los bárbaros que no pida el restablecimiento del altar de la Victoria? Indiferentes respecto de lo futuro, desoimos los pronósticos de la desventura: pero ya que no atendamos á la divinidad, respetemos á lo menos su nombre. Vuestra eternidad debe mucho á la Victoria; y le deberá más todavia. Solo el que no ha probado sus favores, ha sido capaz de mirar con desden su poder; pero no lo despreciará nuestro patriotismo, pues los repetidos triunfos os enseñan á apreciarlo. Todos los hombres han tributado siempre adoracion y respeto á esta divinidad, por lo mismo que importa mucho tenerla propicia. Si no se quiere respetar de modo alguno la Victoria, déjese á lo menos á la curia su ornamento. Permitid que podamos trasmitir á nuestros hijos la religion que recibimos de nuestros padres. Es una cosa grande respetar los antiguos usos. Felizmente duró poco lo que hizo el divino Constancio; guardaos de imitar lo que fué anulado, después de un brevísimo trascurso de tiempo. Nuestros esfuerzos se dirigen á que sean eternas nuestra gloria y vuestra divinidad, á fin de que el siglo futuro no halle nada que corregir en cuanto hayais hecho. ¿A quién pondremos por testigo del juramento de obedecer vuestras leyes y de cumplir vuestros mandatos? ¿Qué temor religioso retendrá al hombre perverso á quien nada le cuesta quebrantar su fe? Dios está en todas partes, y al perjuro no le queda ningun abrigo; pero para evitar el delito es necesaria la religion.

Este altar es depositario de la concordia pública; él recibe la fe de los ciudadanos; y nuestras decisiones no han tenido nunca tanta autoridad como cuando todo el cuerpo ha jurado ante él. Los perjuros serán castigados por los ilustres príncipes, cuya inviolabilidad descansa en un juramento público; pero entre tanto se pretende abrirle un asilo sacrílego.—Lo mismo, dícese, practicó el divino

trias, pero estas hacia mucbo tiempo que habian perecido en Oriente, y la opinion cristiana prevalecia de suerte que en realidad debió combatir de otro modo Libanio. Mientras el retórico antioqueno amaba la antigua creencia como más bella que la nueva, madre de magnánimos hechos y de gran-

---

Constancio.—En todo lo demás imitemos la conducta de este príncipe, el cual no obrara así, si otro antes que él no hubiese abandonado el recto camino. Las faltas cometidas por los predecesores, deben servir de escuela á los que les suceden, y la reprobacion de un ejemplo anterior enseña á seguir una senda más acertada. El destino quiso que un predecesor de vuestra clemencia no pudiese evitar el ser injusto en materias aun nuevas; pero semejante excusa no nos valdria á nosotros, si imitásemos un ejemplo reprobado por nuestras conciencias. Busque, pues, vuestra eternidad en la vida de aquel príncipe otros ejemplos más dignos de seguirse; él no despojó á las vírgenes sagradas de ningun privilegio: concedió el sacerdocio á los nobles; no negó á los romanos el dinero necesario para celebrar sus ceremonias religiosas; visitó todos los puntos de la ciudad eterna, acompañándole el Senado, en extremo complacido con esto; examinó atentamente los templos; leyó los nombres de los dioses escritos en los frontispicios; quiso saber el orígen de aquellos edificios; alabó la piedad de sus fundadores, y aunque de distinta religion, los conservó el Imperio, dejando á cada cual sus ritos y costumbres.

El espíritu divino dió á cada ciudad dioses custodios; y así como todo hombre al nacer recibe su alma, todo pueblo cuenta sus genios tutelares. Esto era útil; y la utilidad liga los dioses al hombre. Pues que la causa primera está envuelta entre tinieblas, ¿de qué otra cosa podrá deducirse el conocimiento de los dioses sino de la tradicion y de los anales históricos? Si la autoridad de la religion se funda en el trascurso de largos años, conservemos la fe de tantos siglos, sigamos el ejemplo de nuestros padres, que tan ventajosamente siguieron el que les legaron los suyos.

Paréceme ver á Roma ante vosotros y oirla dirigiros estas palabras: «Excelentísimos príncipes, padres de la patria, respetad mi senectud, de que soy deudora á una religion sabia; respetadla para que me sea dado continuar profesando mi culto, y no tendreis que arrepentiros de ello. Dejadme vivir segun mis deseos, pues que soy libre. Este culto ha sometido el mundo á mis leyes; estos misterios han rechazado á Anibal de mis muros, á los senones del Capitolio. ¿Y qué? ¿Mudaré en mis viejos años lo que me ha salvado hasta aquí? ¿Me pondré á examinar ahora lo que conviene establecer? La reforma de la ancianidad es tardia é insultante.

Pedimos paz para los dioses de la patria, para los dioses indígenas. Deben considerarse comunes á toda la sociedad las cosas que todos honran y respetan. Todos recibimos la luz de los mismos astros, á todos nos rodea el mismo cielo, á todos el mismo mundo. ¿Qué importa la senda que cada uno siga para acercarse á la verdad? No se llega por un solo camino á la solucion de este gran misterio. Ocúpense los ociosos en discutir sobre tales cosas; nosotros no tratamos ahora de promover disputas, nos ceñimos á suplicaros.

¿Qué beneficios reportó vuestro sagrado tesoro de la revocacion de los privilegios de las vírgenes vestales? Lo que concedieron príncipes nada pródigos, es negado actualmente por emperadores generosísimos. Solo el honor añade algun precio á este estipendio de la castidad, á la manera que las vendas sagradas son el ornamento de la cabeza de los sacerdotes, y asi tambien la exencion de los cargos públicos es el distintivo del sacerdocio. Ellas no piden otra cosa que esa vana palabra de inmunidad, pues que su pobreza las preserva de todo daño, y los mismos que las despojan son los primeros en pagarles el tributo de sus alabanzas. La inocencia que se consagra á la salvacion pública es tanto más digna de respeto, cuanto que no recibe ninguna recompensa. Purificad vuestro tesoro de esa ligera ganancia, y haced que se enriquezca, no con los despojos de los sacerdotes, sino con los del enemigo. ¿Qué ventaja puede nunca justificar una injusticia? La desgracia de aquellos á quienes se quiere despojar de sus antiguos privilegios es tanto mayor, cuanto que en vuestras almas no halla entrada la avaricia. Bajo emperadores que respetan lo ajeno y resisten á la codicia, nuestros enemigos aspiran más á insultarnos que á empobrecernos. El fisco se ha apoderado de lo que otros legaron al morir á las vírgenes y á los sacerdotes. Os suplico ¡oh ministros de la equidad! que restituyais á la religion de vuestra ciudad su herencia. Los ciudadanos dictan sin temor sus testamentos, porque saben que en el reinado de unos príncipes generosos se respetan sus últimas disposiciones; sea preciosa y sagrada para vosotros esta dicha de que disfruta el género humano. Los ciudadanos, al tiempo de morir, se asustan con cuanto sucede actualmente; y todos preguntaban si la religion de los romanos no está ya bajo la salvaguardia de los derechos del pueblo. ¿Qué nombre se dará á esta espoliacion no autorizada por las leyes ni por los comentarios? Los libertos obtienen la posesion de los legados hechos en su favor; no se niegan á los esclavos las justas ventajas que les resultan de los testamentos, ¿y solo ha de escluirse del derecho hereditario á las nobles vírgenes y á los ministros de los ritos sagrados? ¿De qué sirve, pues, consagrar á la salvacion pública un cuerpo sin mancha, asegurar la eternidad del Imperio con los favores del cielo, ceñir de virtudes amigas vuestras armas y vuestras águilas, hacer votos eficaces por todos los ciudadanos, cuando ni aun se tiene el permiso de gozar del derecho comun? ¿No seria preferible la esclavitud? Esta conducta irroga grandes daños á la república, pues que la ingratitud nunca dió buen fruto.

No creais que defiendo ahora tan solo los intereses de la religion; todos los males de la humanidad provienen de excesos de esta clase. Las leyes de nuestros abuelos honraban á las vírgenes vestales y á los sacerdotes, concediéndoles un módico estipendio y justos privilegios de que disfrutaron, hasta que vinieron viles tesoreros que suprimieron los alimentos destinados á la sagrada castidad para darlos á miserables conductores de literas; entonces sobrevino una repentina escasez, y una reducida cosecha burló las esperanzas de las provincias. No debemos echar la culpa de esto á la tierra, ni quejarnos de los astros; el grano no ha sido destruido por las caries, ni la cizaña ha ahogado la mies; el sacrilegio es quien ha esterilizado el suelo. El hambre mató á los que habian negado á la religion lo que le era debido. Cíteseme otro ejemplo de una calamidad igual á esta, y convendré en que todo lo que hemos sufrido ha de atribuirse á las vicisitudes de los tiempos. Hasta los vientos se desencadenaron para agravar la esterilidad. Los hombres tuvieron que buscar su alimento en los árboles de los bosques, y el hambre reunió de nuevo á los aldeanos en derredor de la encina de Dodona. ¿Ha sucedido algo que se parezca á esto en tiempo de nuestros abuelos, cuando se miraba como un honor público el alimentar á los ministros de la religion? Cuando la cosecha era comun al pueblo y á las vírgenes sagradas ¿se vió jamás á los hombres sacudir

diosas ideas y oportuna para frases elegantes y armoniosas, Simaco la miraba por el lado político, y confiaba salvar así la cosa pública.

Libanio predicaba su doctrina por medio de la escuela cuyos discípulos se difundian por todas partes, y le mandaban sus discursos y ambicionaban sus votos: Simaco, al contrario, ni daba ni pedia auxilio á las provincias, y el favor que concedia al paganismo se limitaba á Roma y al Senado. Libanio, siempre retórico, no supo elevarse á la libertad general de cultos, por lo cual se limitó á una súplica ya tímida, ya soberbia. Afirma que desde Constantino la política de los emperadores se habia dirigido siempre á perjudicar á la religion y empobrecer los templos: aserto tan verdadero, cómo el decir que los monjes no hacian más que beber, cantar, comer como elefantes, y devastar los campos. Se queja con justicia de que se destruyan obras maestras del arte, é insulta al emperador con una arrogancia, que tendríamos casi por heroismo, si no creyésemos que su discurso *sobre los templos* fué compuesto tan solo como ejercicio ó como un desahogo privado.

Ambrosio opuso raciocinios á raciocinios (47), y destruyó la argumentacion y las esperanzas de sus adversarios. Estos manifestaron su despecho no solo en murmuraciones secretas, sino tambien en públicas protestas (48). Quizá no fueron ajenos á la rebelion en que Graciano perdió la vida. Mas ¿podia tener su oposicion la fuerza que el convencimiento de la verdad infundia á los cristianos, cuando, poco numerosos y diseminados, resistian á órdenes mucho más vigorosas?

Prohibicion del paganismo.—El antiguo partido, el que se adheria tenazmente á lo pasado, acabó por desaparecer del todo ante el de los jóvenes que esperaban en el porvenir, en el momento en que ascendió al trono Teodosio, que debió especialmente el nombre de Grande al valor y á la conviccion con que puso término á la prolongada lucha de las dos religiones. Si al principio de su reinado toleró los ritos de los gentiles (49), ordenó en breve con una ley general que nadie se contaminase con sacrificios, ni inmolase víctimas, ni defendiese simulacros hechos por mano de hombre (50); vedó enseguida á los magistrados entrar en los templos (51); por último decretó formalmente la confiscacion por todo acto de idolatria, y la pena capital por el hecho de haber sacrificado á dioses (52). El dia del Señor se declaró sagrado; quedando prohibidos en él los juegos y los espectáculos, y el calendario jurídico fué reformado con arreglo á las prescripciones cristianas (53).

---

las encinas ni cavar la tierra para estraer las raices de las hierbas destinadas á servir de sustento? ¿Dejó nunca de ser suficiente la fecundidad ordinaria de las provincias para reparar un engaño accidental? El bienestar de los sacerdotes aseguraba el producto de las tierras, porque lo que se les suministraba, lejos de ser una sustraccion era un preservativo. En efecto, ¿quién dudaria de que se daba con objeto de asegurar la abundancia universal, lo que hoy reclamamos para hacer que cese la miseria pública?

Tal vez dirá alguno, que el Estado no debe estipendiar una religion que le es estraña. Los buenos príncipes no creerán ciertamente que las cosas del público concedidas á una clase particular de indivíduos puedan pertenecer al fisco. La república se compone de todos los ciudadanos, y cada indivíduo se aprovecha de lo que de ella emana. Vuestro poder se estiende á todos, pero dejad á cada cual lo que es suyo, y más que la licencia puede en vosotros la justicia. Consultad, pues, vuestra munificencia; y decid si esta no se resiste á considerar como publica las cosas que habeis trasladado á otros. Los bienes que fueron concedidos una vez á la gloria de Roma, cesaron de pertenecer á los donativos; y todo lo que al principio era un beneficio, se convirtió con el tiempo en débitos. Hay personas que tratan de esparcir vanos terrores en vuestra mente divina, diciéndoos que si no favoreceis la codicia de los raptores, os haceis cómplices de los donatarios: sea vuestra clemencia propicia á los misterios tutelares de cada religion, y en especial á aquellos que en otro tiempo fueron protejidos por vuestros abuelos, que aun en el dia os defienden, y que nosotros respetamos.

Pedimos la religion que conservó el Imperio en manos de vuestro divino padre, y dió á aquel feliz príncipe los herederos de su sangre. De su sublime mansion celeste ve correr el divino anciano las lágrimas de los sacerdotes, y cree contemplar su desprecio en la violacion de los usos conservados por él libremente. No imiteis el ejemplo de vuestro divino hermano: olvidad un acto que de seguro el ignoraba que habria de desagradar al Senado. Así aparecerá que la legacion fué rechazada solo por el temor de que se pusiese en la necesidad de celebrar un juicio público. El respeto á los tiempos pasados exije que no vacileis en revocar una ley indigna de un príncipe.»

(47) Los dos discursos de San Ambrosio son tan inferiores en cuanto al arte y la elocuencia al de Simaco, como superiores por la fuerza de la verdad. El se funda en la libertad de conciencia, concediendo que los gentiles pueden gozar del derecho comun, pero no pretender favores; sacrifiquen pues á sus dioses, ya que la conciencia debe ser libre, pero no obliguen á los demás á prestarles un homenaje que repugnan. Demuestra que la colocacion del altar de la Victoria en el Senado, alejaria de allí á todos los cristianos. Después pasa á echar por tierra las antiguas tradiciones: «¿A qué hablarme de ejemplos? Odio las tradiciones de Neron: los romanos esperimentaron desventuras aun cuando tenian el altar de la Victoria; y su grandeza se fundó por la fuerza de las legiones, no por el poder de las religiones.» Aunque entonces prevaleció la causa de Ambrosio, conviene decir que la oracion de Simaco no cayó en olvido, puesto que veinte años después, Prudencio creyó deber escribir una nueva refutacion de ella.

(48) SOZOMENES, VIII, 5.

(49) Zósimo después de describir la tirania de Teodosio, dice que los súbditos iban á suplicarle hasta en los templos, ya que aun era permitido el mitigarla, segun τοὺς πατρίους δεσμούς. L. IV, 19.

(50) *Cod. Teod.* XVI, 7, l. 10.

(51) Idem, l. 14.

(52) Idem, l. 12.

(53) Idem, XVI, 5, l. 2.

Con este motivo se dió el siguiente decreto: Todos los dias son jurídicos escepto:

Dícese que habiéndose dirigido á Roma Teodosio, fué recibido por una brillante comitiva de damas y de senadores que salieron á su encuentro; puso entonces á votacion el asunto de averiguar si se conservaria ó desecharia la antigua creencia, y se añade que cupo á la idolatria la peor parte (54). No es verosímil este hecho; pero si las leyes de Teodosio atestiguan su celo en favor del cristianismo, prueban por otra parte que no habian cesado los antiguos ritos. Efectivamente le vemos decretar (381), que los cristianos que volvieran á la idolatria no podrian disponer de sus bienes por testamento (55); después (383) hizo estensiva esta ley á los catecúmenos (56), y declaró infames á los apóstatas (57). Repitieron los concilios estas leyes, y los escritores eclesiásticos no cesaban de quejarse de que las ceremonias paganas se conservaban, especialmente en las fiestas, en las saturnales y en los juegos.

Sin embargo, los templos y las capillas fueron cerrados entonces por los magistrados; pero no contentos con esto los monjes y los obispos, impelieron á los cristianos á demolerlos. Salieron en tropel los anacoretas de Egipto de sus ermitas para ir á derribar los santuarios de las dos religiones que habian sobrevivido en aquel territorio, y para colocar las reliquias de los santos, bajo la custodia de piadosos solitarios, en las capillas de Anubis y Serapis. El templo de este último dios en Alejandria, reputado como el más espacioso y magnífico después del Capitolio, fué convertido por el obispo Teófilo en iglesia cristiana. Los supersticiosos egipcios, que creian que la prosperidad de su pais dependia del favor de este dios, se asombraron cuando después de los ultrajes que se le habian hecho, vieron al Nilo seguir derramando sobre las tierras sus benéficas aguas. Al frente de una tropa de gladiadores derribó el obispo San Marcelo el templo de Júpiter en Apamea; y aunque los idólatras se oponian á veces con las armas en la mano á aquella destruccion, no por eso dejaba de continuar dirigida por los obispos.

San Martin, 316-400?—Uno de los más celosos en aquella obra fué Martin, obispo de Tours, llegado á Francia desde la Panonia, donde tuvo cuna: fundó en Ligugés cerca de Poitiers un monasterio *(Marmoutier)*, que pasa por haber sido el más antiguo en Occidente, y empezó inmediatamente abierta guerra contra la idolatria, ganando las almas, derribando los ídolos y los altares, interrumpiendo los sacrificio, y entregando al hacha y al fuego las selvas profanas. Nombrado por aclamacion popular para la silla de Tours (374), á pesar de sus esfuerzos para sustraerse de aquella honra, y á despecho tambien de los que le rechazaban por sus modales rústicos, sus cabellos en desórden, su tosco traje, no se apartó de la sencillez monacal. Del mismo modo que persistia en querer estirpar la idolatria, se oponia á los tristes errores que se introducian en la Iglesia, y á las violencias con cuyo auxilio pretendian algunos combatir las herejias ahogándolas en sangre.

Por lo que hace al arrianismo se habia prevalido en Occidente del favor de Justina, madre de Valentiniano II, que, queriendo estender la autoridad imperial hasta sobre el culto, pidió á San Ambrosio que cediera una iglesia de Milan á los arrianos. Pareció indigna la proposicion al santo obispo y la desechó con firmeza. Tratando Justina en su colera de rebelion el hecho de resistir á las voluntades imperiales, se propuso conseguir su objeto por la fuerza. Empezó por imponer á los mercaderes un tributo de doscientas libras de oro, y por hacer encarcelar á muchos de los que no quisieron ó no pudieron pagarlo. Resuelta después á celebrar la Pascua á su modo, citó á San Ambrosio ante su consejo; mas por un efecto espontáneo del amor que habia sabido conquistarse, su grey echó á correr en pos de su huella y en tropel hasta el palacio. Entonces los ministros imperiales hubieron de suplicar al prelado que disipara y calmara á aquella irritada muchedumbre, prometiéndole que la religion no seria víctima de ningun atentado.

¡Engañosas promesas! Durante la tristeza solemne de la Semana Santa, se trasladaron dependientes de palacio á la basílica Porciana, y luego á la basílica nueva (58), á fin de disponerlo allí todo para recibir al emperador y á su madre. Entonces empieza el pueblo á agitarse en tumulto, y con gran trabajo defienden los guardias las avenidas de los templos. Espuesto un sacerdote arriano al mayor peligro, se vé obligado á recurrir para su defensa á la proteccion del mismo Ambrosio. Firme en su resistencia el valeroso obispo, declaraba no estar obligado á ceder el templo, por no estar sujetas las cosas divinas al emperador, el cual se halla dentro de la Iglesia, y no sobre la Iglesia y habla al príncipe de este modo; *¿Quereis cuanto poseo? ¿tierras? ¿dinero? Os lo daré de buen grado, aunque mis propiedades pertenecen á los pobres; pero las cosas de Dios no están sometidas al emperador. ¿Quereis cargarme de cadenas? ¿Arrastrarme á la*

	Dias.
En verano, para las cosechas. . . .	30
En invierno, idem..	30
Calendas de enero.	3
Aniversario de la fundacion de Roma.	1
Idem, idem, Constantinopla.. . . .	1
Fiestas de pascuas.	15
Otras fiestas domésticas..	41
Aniversarios del nacimiento de los emperadores.	4
	125

(54) BEUGNOT, *Historia de la destruccion del paganismo*, VIII, 8.

(55) *Cod. Teod.*, XVI, 7, l. 1.

(56) Idem, l. 2.

(57) Idem, IV, l, 5.

(58) Actualmente San Victor Grande y San Ambrosio.

muerte? Será para mi motivo de alegria; no me abrigaré detras de la muchedumbre del pueblo: no me abrazaré á los altares implorando la vida; me será dulce caer inmolado por su defensa. Y desde lo alto de la cátedra de la verdad demostraba que es lícito resistir á la injusticia, aunque sin emplear las armas, ni la fuerza, rogaba á Dios que no permitiera que se derramara sangre por su Iglesia. Congregaba á los fieles en las dos basílicas, donde los detenia, ora haciendo que alternaran con él en el canto de los salmos (59), ora predicando, sin cansarse de repetirlos *que la tirania del sacerdote es su debilidad.*

La firmeza de Ambrosio venció la obstinacion de la emperatriz, que hizo abrir las cárceles y quitar las guardias. Conociendo Valentiniano el poder de aquel hombre inerme, decia á sus oficiales: *Si lo mandara Ambrosio me entregariais á él con las manos atadas.*

Sin embargo, poco después se le opuso como obispo un doctor de nombradia entre los arrianos. Además un edicto permitió á los heresiarcas celebrar libremente sus asambleas, pronunciando la pena de muerte contra los cristianos que osaran perturbarlas. Ambrosio recurrió de nuevo á sus armas; la predicacion, los cantos sagrados; y noche (60) y dia estuvo llena la iglesia de fieles; unanimidad que apartó á los gobernantes del designio de emplear la violencia. El concilio de Aquilea, celebrado poco después del de Constantinopla, y en que representó el principal papel Ambrosio, puso de manifiesto la fé de los obispos de Occidente, quienes pudieron afirmar que nada quedaba de la herejia de Arrio hasta las riberas del Océano.

Ambrosio desempeñó durante veinte y dos años su laborioso ministerio, y cuando plugo á Dios llamarle á sí no tenia más que cincuenta y siete años.

San Agustin, 354-430.—No era el arrianismo la única herejia que desgarraba á la Iglesia, y prescindiendo de las demás por ahora, citaremos únicamente el maniqueismo. Habian tenido los partidarios de esta herejia un fervoroso prosélito, y después un gran enemigo en Aurelio Agustin, natural de Tagaste en Numidia. No le habia preservado una educacion esmerada de las seducciones del deleite. Desconsolada Mónica, su madre, de verle abismado en los errores de los maniqueos y en las vanidades del mundo, oraba á Dios por él, y hacia que le amonestaran personas de recomendables prendas. Aun cuando eran estériles los consejos cuantos la veian sumergida en la aflicion, decian para su consuelo: *Es imposible que esté reservado para la perdicion el hijo de tantas lágrimas.*

La lectura del *Hortensio* de Ciceron indujo á Agustin á la filosofia académica, sin que rechazara por esto los sistemas opuestos; porque las categorias de Aristóteles le parecieron favorabilísimas para el establecimiento de un sistema adecuado al reposo de la inteligencia. Como se perdia á pesar de todo en un cúmulo de dudas acerca de la coexistencia de un dios bueno y de un principio del mal; recurrió para desvanecerlas hasta á la astrologia, á la magia, á los éxtasis, con cuyo auxilio los platónicos degenerados creian llegar á concepciones sublimes. Lleno de desesperacion acabó por abandonarse al escepticismo, y dejó las investigaciones filosóficas por la retórica.

Necesitando á la sazon Milan de un profesor capaz de enseñar la elocuencia, el prefecto Simaco fijó los ojos en Agustin (384). Fué recibido benévolamente por San Ambrosio. Las predicaciones del santo obispo, á quien oyó por curiosidad primeramente, despertaron sus dudas filosóficas, y le hicieron sentir la necesidad de aplacar su alma en el seno de una verdad, que estaba ya convencido de no poder encontrar más que en la autoridad y en la fé. De esta suerte las seducciones de lo bello le pusieron en camino de lo verdadero. Avarienta su alma de este bien precioso y del amor ideal, no podia saciarse en los goces terrenales. Inspirábanle disgusto el servilismo universal y la miserable tarea á que se habian humillado las letras, al paso que comprendia el placer de proseguir especulaciones sublimes y de reinar sobre los ánimos. Cuando perecen la patria, la libertad y las inclinaciones que elevan la mente del hombre hácia lo bello, se sumergen los espíritus vulgares en la materia; no hallando las almas escogidas pasto digno de ellas aquí abajo, aspiran á otro órden de cosas más grande á sus ojos cuanto más abatido se halla el mundo real. Habiendo vuelto, pues, Agustin á estudiar las cosas suprasensibles, adquiria de dia en dia ideas más racionales de Dios, sobre la naturaleza espiritual, sobre el orígen del mal, y como los neo-platónicos decian que el mal era una simple negacion, su doctrina le pareció concordar con el cristianismo.

Estas disposiciones fueron fomentadas en su corazon por el retiro y el estudio. Dedicóse á refutar á los académicos caidos en el escepticismo, y compuso muchos diálogos; que interrumpia para leer cualquier trozo de los cantos de Virgilio (61).

Cuando titubeaba todavia, un pasaje de San Pablo en que fijó sus ojos casualmente, y en que el apóstol condena el libertinaje, pareció indicarle que la rectitud de la voluntad era el primer paso para encaminarse á la verdad. Hízose bautizar por San Ambrosio (386), y á fin de servir mejor á Dios, volvió á Africa con un hijo natural y con Mónica, modelo de madre cristiana. Antes de zarpar de Ostia decia ésta á San Agustin: «Ya nada

(59) Antes de esta época no estaba en uso el canto alternativo en Occidente.

(60) Ya las iglesias de entonces tenian á su alrededor patios, celdas, monasterios, etc.

(61) *Dimidium volumen Virgilii audire.*

me importa la vida, porque se me ha realizado la única esperanza que tenia en este mundo. Yo deseaba verte católico, Dios me lo ha concedido con esceso; ¿qué necesidad tengo de vivir más? «Pocos dias después estando á las puertas de la muerte, pidió que la sepultasen donde se hallaba; y como alguno manifestase sentimiento en que reposara en tierra estraña, aquella piadosa mujer esclamó: «No sabe lo que se dice. No haya miedo de que al fin de los siglos Dios no me reconozca para resucitarme, cualquiera que sea el lugar en que esté. Solo os ruego de que os acordeis de mí ante el altar del Señor en cualquier parte que esteis.» Y murió.

Agustin mostró empeño tanto en Africa como en Roma por combatir á los sectarios, en cuyos errores habia tambien incurrido, y opuso, en sus dos libros *De las costumbres de los católicos y de los maniqueos*, la bondad real en los unos á lo que solo era apariencia en los otros; demostrando que los *tres sellos* de la boca, de la mano y del pecho, de que hablan los herejes, comprendian, lo mismo que sus abstinencias, muchas prácticas supersticiosas.

Hecho sacerdote y luego obispo de Hipona (395), su elocuencia vivaz, aunque incorrecta, seducia la imaginacion de los africanos, quienes abandonaban sus ritos supersticiosos para prestar oido á sus largos razonamientos. Discutia con sus adversarios enmedio de un inmenso gentio, haciendo tomar nota de las objeciones y de las respuestas. Independientemente de la palabra, se sirvió contra los donatistas de los edictos imperiales, sin consentir no obstante en que se les impusiera la pena de muerte en ningun caso. Tampoco se hallaba completamente estirpada la idolatria, puesto que fueron asesinados sesenta cristianos en Sufeta por haber derribado una estátua de Hércules; pero Agustin moderaba el celo de los fieles que querian destruir los templos, los ídolos, los bosques sagrados, y se apresuraba á responder á las preguntas que le dirigian los principales paganos.

Desde las alturas más sublimes de la metafísica descendia á la educacion de los niños: procuraba suavizar la condicion de los esclavos, vendiendo hasta los vasos del templo para rescatarlos. Al mantener una correspondencia seguida con las diversas sociedades cristianas del Africa exhortaba en todas partes á la caridad y á la armonia.

Empleaba gran parte de su tiempo en arbitrajes, y decia que le gustaba más juzgar entre los estraños que entre personas de su conocimiento; atendido que en el primer caso tenia probabilidades de adquirir un amigo, al paso que en el segundo lo perdia. Rehusaba mezclarse en matrimonios, pedir empleos para otros y aceptar convites para comidas. Modesto en su vestido, en su morada, en su alimento, no se servia más que de vasijas de barro ó de madera, escepto las cucharas que eran de plata; y dos versos inscritos sobre la mesa prohibian hablar mal de los ausentes. Comian con él á la misma mesa los individuos de su clero, alimentados y sostenidos á comunes gastos, segun la regla que habia establecido. Hizo una fundacion para distribuir anualmente vestidos á los pobres, y abrió un hospicio para los peregrinos, donde eran acogidos sin distincion ninguna, diciendo que valia más admitir á un hombre malo que despedir por ecceso de precaucion á un hombre bueno.

En conformidad á su regla se multiplicaron los conventos en Africa; pero queria que los monges fueran activos, quejándose de verlos andar de provincia en provincia, vestidos con una túnica grosera, no deteniéndose en ningun punto y cambiando de morada á cada instante; llevando algunos reliquias verdaderas ó falsas; otros creyéndose autorizados por su vestidura y por su profesion piadosa para demandar y aun casi para exigir donativos que subvienen de este modo á las necesidades de una pobreza que les hace ricos, ó que recompensan una hipócrita virtud.

Es asombroso el número de Padres que hubo en el siglo IV en que la Iglesia se convirtió repentinamente de perseguida en dominadora. En las tímidas criptas los cristianos no se habian cuidado de sutilezas teológicas, bastando creer y estar dispuestos á sostener la fe con su sangre; y las primeras herejias, las visiones de los gnósticos ó las supersticiones de los simoniacos, fueron más bien una negacion brutal del cristianismo; pero cuando se vieron seguros los confesores, los fieles y los monges, se descubrieron una infinidad de herejias, cuya mayor parte habian nacido y se habian desarrollado en la buena fe y la virtud. Fueron herejes Orígenes, Tertuliano, Eusebio de Cesarea, nombres muy ilustres en la Iglesia; propagaron la herejia los austeros discípulos de Antonio y de Saba; mártires probados con fierísimos tormentos se separaron de la Iglesia y combatieron á sus campeones, como hemos visto á Melecio combatir contra Atanasio. La causa de esto era que no estaban aun bien definidos los dogmas más fundamentales. A veces tambien el deseo de huir de un error hacia caer en el opuesto; Orígenes sutilizaba los cuerpos hasta espiritualizarlos, al mismo tiempo que Audio y Epifanio amenguaban la divinidad hasta reducirla á figura humana (*antropomorfismo*); y el miedo de errar con Sabelio disuadia á muchos de aceptar la declaracion de Nicea (62)

Los emperadores, acordándose de su antigua autoridad ilimitada, querian imponer sus creencias, con lo cual hacian más dura la lucha contra el error. Quedaban en las costumbres demasiados vestigios del paganismo; é irritados los cristianos fervorosos que no conocian la indulgencia, se entregaban á una austeridad inimitable, hasta el punto de mutilarse para evitar el peligro propio y las murmuraciones de los demás.

---

(62) La herejia de Vagrio, Didimo, Isidoro y otros semejantes, es *material* y no *formal*, por no haber recaido sobre ellas ninguna condena de la Iglesia.

En medio de tales tempestades se levantaron los admirables Padres de la Iglesia, prontos á combatir á amigos y enemigos, y á detener el torrente que por todas partes se precipitaba. Por las escasas comunicaciones de entonces, muchas veces no se entendian; tomaban cuerpo acusaciones extravagantes, aceptábanse definiciones inexactas, antes que la Iglesia reunida pronunciase su fallo. ¿Qué extraño, pues, que los Padres fuesen duros y violentos en polémica? San Gerónimo vitupera con furor á sus más ilustres contemporáneos: Crisóstomo y Epifanio se separan diciendo: *Espero que no morirás en tu silla episcopal.—Espero que no volverás á la tuya.* Por una parte nos causa lástima el verlos desordenados en el ataque, iracundos en la defensa, y faltos siempre de aquella regular perfeccion de estilo que no pueden provenir sino de la reposada meditacion: pero cuando los vemos en lucha con los próximos y lejanos, con los súbditos y con los emperadores, errantes de destierro en destierro, enemistados con su propio clero á causa de la disciplina que querian introducir, y con su grey por tener que combatir las supersticiones; obligados á separar los evangelios y los libros falsos de los verdaderos, á tener correspondencia en lejanos puntos con escasísimos medios, á desenmascarar la herejia envuelta en impalpables sutilezas, y al mismo tiempo á promover la moral y su realizacion por medio de las leyes, nos sobrecoge una admiracion que la severidad no basta á disminuir. Y la Iglesia asistia á estos litigios con toda su magestad, atenta á no imponer límites á las creencias donde no fuesen necesarios, y á no reprimir la discusion mientras se mantuviese en los límites de los dogmas sancionados; por esto refrenaba á los propios defensores, y no impulsaba á ninguno por la via peligrosa de las teorias, persuadida de que su Esposo la conduciria á la meta.

A quien nos acuse de habernos detenido demasiado al hablar de estos hombres, responderemos que darlos á conocer es en nuestro sentir el mejor medio de revelar las condiciones de la sociedad nueva y de la sociedad moribunda, dando una idea de la lucha que tenian necesidad de sostener contra sí mismos y contra el mundo aquellos que de ningun modo querian doblegarse á la abyeccion comun. Ahora bien, nuestro objeto principal es el conocimiento del hombre; aquellos á cuya admiracion vulgar brinda mayor estímulo la fuerza irregular que la energia regular y persistente, los que anhelen guerras y elogios para reyes y conquistadores, tómense la molestia de buscar otros libros.

CAPÍTULO XII

DIVISION DEL IMPERIO.—HONORIO.

La separacion definitiva de los dos imperios de Oriente y de Occidente empieza en Teodosio, quien por su testamento distribuyó sus Estados entre sus dos hijos Arcadio y Honorio. Al primero dió Constantinopla con la Tracia, el Asia Menor, la Siria, el Egipto, la Dacia y la Macedonia; al otro, Milan con la Italia, el Africa, la Galia, España, Bretaña, la Nórica, la Panonia y la Dalmacia; tocando á cada uno la mitad de Iliria. Pero Arcadio apenas habia cumplido diez y ocho años, y Honorio once; y ambos carecian de las cualidades requeridas en tiempo de paz, y con doble razon, de las que hubieran sido necesarias en medio de tempestad tan deshecha. Es verdad que su padre les habia designado por tutores personas de habilidad suma, como Rufino á Arcadio, y Estilicon á Honorio; pero la rivalidad de estos y de sus sucesores perpetuó las divisiones no solo de Estado, sino tambien de intereses entre los dos imperios.

Rufino.—Rufino, natural de Elusa en Gascuña, habia ido á Constantinopla para satisfacer su ambicion y su codicia, profesando el derecho. Su facilidad de locucion le habia hecho ascender hasta el puesto de jefe de las dependencias ó ministro de Estado, y le sirvió de esta suerte para ganarse el valimiento de Teodosio. La sagacidad con que supo conservar á la vez la amistad de San Ambrosio y de Simaco puede suministrarnos una idea de su talento en las artes del disimulo. Aunque realmente se inclinaba de contínuo á las medidas más crueles y era promovedor de odios y escándalos, engañado Teodosio por su piedad fingida, le dejó de prefecto en Oriente con absolutos poderes, cuando él partió para Occidente. Este indigno favorito comenzó entonces á abusar de su autoridad; y cuando se halló investido posteriormente con la tutela de Arcadio, hollando toda consideracion y toda justicia, no pensó más que en enriquecerse con los despojos del mundo (1), vendiendo proteccion, empleos y justicia. Merced á los tesoros que acumulaba constantemente se proponia casar á su hija con su imperial pupilo, y perpetuarse en el poder por este camino.

Luciano, hijo del prefecto de las Galias, le habia comprado á peso de oro el cargo de conde de Oriente; mas no habiendo querido prestarse á una iniquidad de Rufino, fué citado por él á juicio, condenándole con pruebas ó sin ellas á una muerte ignominiosa. De sus resultas murmuró el pueblo, y á fin de apaciguarle Rufino ornó á Antioquia con un pórtico, el más magnífico de Siria. En el momento en que saboreaba el infernal placer de la venganza, dirigidos los eunucos del palacio por el chambelan Eutropio, propusieron por esposa á Arcadio una jóven llamada Elia Eudoxia, hija de Bauton, general de los francos, que estaba al servicio de Roma. Nada trascendió fuera de aquel augusto recinto, y Rufino lleno de confianza vió los preparativos de la nupcial fiesta, y presenció la salida del cortejo de palacio; pero cuando imaginaba que aquella brillante muchedumbre iba á encaminarse hácia su morada, contempló poseido de inesplicable estupor como se detenia delante de la de Bauton, de donde sacaban á Eudoxia engalanada con los ornamentos imperiales para conducirla al tálamo de Arcadio (25 de abril de 395).

Desconfiando la nueva emperatriz del ministro á

---

(1) .....*Fluctibus auri*
Expleri ille calor nequit.....
Congestæ commutantur opes, orbisque rapinas
Accipit una domus.

Así dice Claudio en un poema contra Rufino, del que á pesar de todo no hacemos caso, sino cuando está apoyado por otras autoridades.

quien aborrecia, puso cuanto estuvo de su parte, de acuerdo con el chambelan, para perderle en la mente del emperador, hasta el punto de acusarle, sin que tal vez fuera inexacto el cargo, de haber aconsejado á los bárbaros que invadieran el imperio.

Efectivamente, los hunos se adelantaron hasta Antioquia llevándolo todo á sangre y fuego. Quejándose Alarico, godo al servicio del imperio, de no haber sido galardonado como merecia, hizo empuñar las armas á una multitud de sus compatriotas y devastó el territorio. Rufino, que fué enviado para entrar en tratos con el godo, fué acogido con grandes señales de respeto, circunstancia que aumentó más todavia las sospechas. Pero Estilicon iba á combatir en contra de ellos con las armas en la mano.

Estilicon.—Este tutor de Honorio era un vándalo, á quien su valor habia hecho ascender hasta el grado de gran maestre de la caballeria y de la infanteria. Habia acompañado á Teodosio á todas sus guerras, yendo á Persia con el título de embajador suyo, y casándose con su sobrina Serena, de la cual tuvo tres hijos, Euquerio, Maria y Termancia. En el curso de los veinte y tres años que estuvo á la cabeza del ejército no se le vió vender los grados militares, ni defraudar el sueldo á los soldados, con los cuales era afable hasta lo sumo, ni elevar á los que no eran merecedores de ello, sin esceptuar a su propio hijo. No obstante se mostraba avariento de placeres y de riquezas y no se satisfacia su ambicion con verse agasajado por los aduladores mucho más que el mismo Honorio, y contínuamente celebrado por Claudiano, el mejor poeta de aquel tiempo. Es empresa árdua sobre toda ponderacion distinguir la verdad á través de las lisonjas de este escritor insigne y de las calumnias de la historia, pagadas unas y otras; sin embargo, fué incontestable su denuedo, así como el uso que de él hizo en ventaja de un imperio que, constituido militarmente, debia sacar de la fuerza su último recurso.

A la muerte de Teodosio haba aspirado Estilicon á la tutela de los dos emperadores, y á fin de mostrarse digno de ello habia hecho sentir á los bárbaros su bravura. Cuando hubo que repartir las legiones, de la misma manera que las joyas, entre los dos hermanos, propuso Estilicon guiarlas en persona á Oriente tanto para refrenar la licencia de los soldados, como para poner término á la rebelion de los godos. Pero teniendo Rufino menos miedo á aquellas sublevaciones que al crédito que podia valer un servicio señalado á un gran hombre, infundió temores á Arcadio, induciéndole á que prohibiera espresamente á Estilicon adelantar un paso, si no queria ser considerado como rebelde. Sin titubear Estilicon un solo momento retrocedió camino, entregando al godo Gainas el mando de las legiones y confiándole el cuidado de la venganza.

Este fingió patrocinar la ambicion de Rufino, que decidido desde entonces á cruzar á viva fuerza el paso que habia ido proporcionándose á costa de larga astucia, prodigaba á manos llenas oro á los soldados, con la esperanza de conseguir el imperio. En esto habiendo salido el emperador en su compañia de Constantinopla para ir al encuentro de Gainas á distancia de una milla estramuros (noviembre), asesinaron las legiones al pérfido ministro á los pies de Arcadio: su cuerpo fué víctima de todos los ultrajes á que puede lanzarse una soldadesca desenfrenada, y llevando algunos de sus asesinos por las calles de la ciudad su cabeza y su mano, hacian ademan de pedir con ésta limosna, para hartar, segun decian, á aquel hombre insaciable.

Eutropio.—No volvieron á aquellos á quienes pertenecian los despojos que habia amontonado, sino que redundaron en provecho del fisco: y Eutropio le sucedió en la privanza de Arcadio, más agradable para este que el robusto vándalo. Este armenio, de baja estraccion, hecho eunuco, por el gran precio que tenian entonces estos monstruos, fué vendido y revendido varias veces: después el palafrenero Tolomeo, á cuyos torpes placeres habia servido en sus mocedades, se lo regaló siendo ya de edad madura á su general Arinteo, quien se le cedió á su hija para que la peinara, la condujera al baño, la abanicara y le prestara servicios de esta clase (2). Habiéndole hecho incapaz una vejez temprana hasta de desempeñar esta tarea, le concedió la libertad su ama. Sus buenos modales, á que juntaba la astucia y la hipocresia, le sirvieron á la sazon para insinuarse en la corte donde desde los más ínfimos destinos se habia elevado al de primer chambelan, y luego al puesto que Rufino habia disfrutado y perdido. Hasta heredó sus vicios; porque poseido de igual avaricia, mantenia un enjambre de delatores, á fin de proporcionarse los medios de acusar á las personas opulentas y de engañar á Arcadio, quien le honraba con una ciega confianza.

Celoso de dominar esclusivamente procedia con saña respecto de todo el que podia hacerle sombra. Abondancio, general de caballeria é infanteria, fué condenado á destierro con el único objeto de confiscar sus bienes; Timasio, general esperimentado, fué acusado de traicion y desterrado en

---

(2) *Hinc honor Eutropio: cumque omnibus unica virtus*
Esset in eunuchis, thalamos servare pudicos,
Solus adulteriis crevit; nec verbera tergo
Cessavere tamen, quoties decepta libido
Irati caluisset heri; frustraque rogantem
Jactantemque suos tot jam per lustra labores,
Dotalem genero, nutritoremque puellæ
Tradidit. Eous rector, consulque futurus,
Pectebat dominæ crines et sæpe lavanti
Nudus in argento lympham gestabat alumnæ;
Et cum se rapido fessum projecerat æstu,
Patricius roseis pavonum ventilat alis.
CLAUDIANO, in *Eutr.*, I, 98.

su consecuencia á los oasis de la Libia. Bargo, que á los beneficios de éste habia correspondido vendiéndole, fué muerto en recompensa de sus servicios. Eutropio se ganó la voluntad de Gainas, nombrándole general de Oriente para poderle oponer á Estilicon, y tendió á éste sordamente lazos en un principio á fin de arrebatarle ora el favor del soberano, ora el del pueblo, y hasta la vida. Por último un decreto del dócil senado de Constantinopla (396), declaró al ilustre general enemigo público y confiscó sus bienes.

Sin quejarse Estilicon retrocedió y se acercó á la Grecia. Habiendo desembarcado en el Peloponeso acorraló á los godos en un valle de la Arcadia: solo dependia de su voluntad esterminarlos; pero mientras se solazaba en medio de banquetes y mujeres, les dejó escaparse por el istmo y devastar el Epiro. Tal es á lo menos la relacion de algunos historiadores. Al revés su panegirista dice que Eutropio, para arrebatarle el triunfo, indujo á Arcadio á hacer la paz con Alarico y á tomar el bárbaro á sueldo para mandar á las tropas de la Iliria (3). Temiendo luego que Estilicon sostuviera sus pretensiones con las armas, Eutropio escitó á Gildon, comandante de las fuerzas romanas en Africa, á rebelarse contra Honorio, declarándose en favor de Arcadio.

Africa.—Provincia importantísima era el Africa porque nutria con sus granos á Italia, y de aquí que el que la poseyera podia reducir al hambre á Roma. Crispinila, amante de Neron, se acogió al Africa para sostener la rebelion; Vespasiano tuvo seguro el imperio cuando fué dueño del Africa y Egipto. Neron se deshizo de seis señores que poseian la mitad del Africa, porque con esto alejaba el peligro de una sublevacion, y daba al dominio imperial pingües posesiones con que podia alimentar á la plebe, y para cuya administracion fué nombrado un *præfectus fundorum patrimonialium*. De este modo iba despojándose poco á poco á los naturales.

Y poco á poco fueron habituándose al yugo, hasta que se pudo reducirles á provincia; pero ni aun entonces se dejó de emplear á los jefes indígenas. Porque si bien en las costas eran romanos los magistrados, los habitantes y las costumbres, en las dos Mauritanias el gobierno era misto como la poblacion, y algunos jefes establecidos en medio de varios principados *(fundi)* pagaban tributo á los romanos, siendo en lo demás independientes.

Uno de aquellos reyezuelos era Nabal, que poseia mil ochocientas millas de terreno á lo largo de la costa, que formaban antiguamente cinco provincias de Roma. Hemos dicho (pág. 426) como, bajo Valentiniano, las vejaciones de los generales enviados para defender el Africa, la desolaron de tal modo, que Firmo, de la familia de Nabal, se sublevó, pero fué vencido por el padre del emperador Teodosio. Gildon, que habia favorecido á los romanos contra su hermano, obtuvo en recompensa su inmenso patrimonio confiscado y luego el mando de todas las fuerzas de Africa. Administró como tirano, sin la oposicion más mínima, la justicia y las rentas, en el curso de doce años en que el pais fué víctima de su avaricia y de su lujuria y de la de los moros, únicos en quienes tenia confianza (4). Se consolidó bajo los débiles hijos de Teodosio, no mostrando su depedencia respecto de Roma más que suministrándole comunmente las provisiones de granos, que ésta aceptaba sin darle muestras de enojo alguno.

Pero no cesando aquella desventurada provincia de alzar quejas contra el nuevo Yugurta, se vió llamado el Senado romano á ejercer teatralmente su autoridad, como en los tiempos en que fallaba sobre las diferencias entre los pueblos y entre los reyes. Anté él presentaron el emperador y Estilicon las acusaciones dirigidas contra Gildon, á fin de que fuera declarado enemigo de la patria. Temian los pusilánimes que el mauritano redujera al hambre la ciudad, cesando de remitir trigo; pero el cauto tutor los hizo venir en abundancia de la Galia, y pudo con toda seguridad emprender la guerra (5).

---

(3) *At nunc qui fœdera rumpit*
Ditatur; qui servat, eget; vastator achivæ
Gentis, et Epirum nuper populatus inultam,
Præsidet Illyrico. Jam quos obsedit, amicus
Ingreditur muros, illis responsa daturus,
Quorum conjugibus potitur, natosque peremit.
Sic hostes punire solet, hæc præmia solvunt
Excidiis.

IDEM, XX, 214.

La ira es la mejor inspiracion para Claudiano.

(4) *Instat terribilis vivis, morientibus hæres,*
Virginibus raptor thalamis obscenus adulter,
Nulla quies; oritur, præda cessante, libido,
Divitibusque dies et nox metuenda maritis...
Crinitos inter famulos, pubemque canoram
Orbatas jubet ire nurus, nuperque peremptis
Arridere viris, Phalarim, tormentaque flammæ
Profluit et siculi mugitus ferre juvenci.
. . . . . *Mauris clarissima quæque*
Fastidita datur.

CLAUDIANO, *De b. Gildonico*, 164.

(5) Léanse de nuevo las odas en que Horacio hace que los dioses prometen á Roma que subsistirá inmutable y dictará leyes á los dominados medos, y fíjese luego la atencion en el poemilla de Claudiano *De bello Gildonico*. ¡Qué contraste tan triste! En este va á implorar á Júpiter Roma mísera y triste, no con su aspecto ordinario, como en los tiempos en que dictaba leyes á los bretones, ó sometia á sus haces á los trémulos indios, sino con la voz débil, á paso lento, bajos los ojos, descarnadas las megillas, consumidos por la delgadez los brazos, sosteniendo con gran trabajo su escudo sobre la flaca espalda, dejando escaparse su encanecido cabello del mal calado casco, y arrastrando su lanza enmohecida. Finalmente, al llegar al cielo, se prosterna á las plantas del dios Tonante y prorumpe en tristísimas quejas: «Si mis murallas, oh Júpiter, merecieron nacer bajo

Como á pesar de todo no se atrevió á abandonar la Italia en medio de tantos enemigos amenazadores, envió (398) al África á Mascezel, hermano y enemigo de Gildon, confiándole el mando de las legiones joviana, augustana, hercúlea, los auxiliares nervianos, otros que llevaban un leon en su bandera, y aquellos que se titulaban los afortunados y los invencibles; nombres pomposos para disfrazar la debilidad, puesto que apenas ascendia á cinco mil hombres, reclutados con inmensos afanes, el ejército destinado á avasallar un pais de doble estension por lo menos que la Francia. Sin embargo, todavia era más débil el enemigo: muchas tribus cedieron al primer choque, y el nombre de Honorio fué proclamado en África por todas partes: Gildon cayó prisionero y se dió muerte.

Denunciados y perseguidos para ser entregados al castigo los corifeos de la rebeldia, fueron llevados ante el Senado, impaciente por dar su merecido á los que habian amenazado al pueblo en lo que le tocaba más de cerca, su sustento. Diez años más tarde se continuaban todavia los procedimientos contra los cómplices de Gildon. Acogido Mascezel triunfalmente en la corte de Milan, pereció al poco tiempo cayéndose del caballo al pasar un puente, por órden de Estilicon, segun dicen algunos, ó de seguro con secreta satisfaccion suya. De este modo tuvo término en Africa un poder patrimonial que no se derivaba de la eleccion del príncipe, ni de la eleccion del pueblo, sino únicamente de la riqueza.

Tan luego como Estilicon casó á su hija Maria con el emperador escedió su orgullo todos los límites de lo imaginable. Pero Honorio acababa de cumplir entonces catorce años, y á los diez de matrimonio moria su jóven esposa tal como habia sido entregada á un marido sin vigor y sin pasiones, que, dejando á Estilicon todo el gobierno, jamás salió de la infancia en los veinte y ocho años de su reinado. Tambien acaso su natural inercia y su imbecilidad fué mantenida con particular esmero por su tutor.

Alarico.—No obstante, si alguna vez habia necesitado el imperio de un príncipe activo y belicoso era en esta ocasion ciertamente. Apenas cerró los ojos Teodosio, habian pensado los godos en salir de su tranquilidad involuntaria y en empezar nuevamente sus estragos. Alarico, de la familia real de los Baltos, la más ilustre entre los godos después de la de los Amalos, habia sido para Teodosio un formidable enemigo: habíanse reconciliado con él luego, y recibió el nombramiento de gran maestre de las milicias. A su muerte, creyéndose malamente recompensado, salió del territorio que le habia sido señalado y donde permanecia contra su voluntad, para devastar, quizá á instigacion de Rufino, la Tracia, la Panonia, la Macedonia y la Tesalia. Atravesó las Termópilas, mal defendidas, y penetró en la Grecia, exenta hasta entonces de invasiones por parte de los bárbaros, sin que los generales, tal vez de acuerdo con Rufino, opusieran obstáculo á sus destrozos: fueron reunidos á cenizas templos y ciudades: cesaron los ritos de Ceres Eleusina; y desde el golfo Adriático hasta el mar Negro cernieron sus alas la muerte ó la servidumbre sobre las cabezas de los desventurados habitantes.

Mucho más astuto el bárbaro de lo que se imaginaba, hacia divulgar un oráculo que le presentaba como destinado á destruir á Roma y al imperio. Las esperanzas que habia concebido se apoyaban y nutrian en las divisiones que separaban á las dos cortes, y colocado entre ellas, se encontraba en aptitud de aprovecharse de los desaciertos de ambas. Lo fué, y muy grande por parte de Arcadio, el cederle la provincia donde acababa de sembrar la desolacion y el espanto, y, lo que fué peor todavia, los cuatro grandes arsenales de la prefectura ilírica, á saber, Margo, Ratiaria, Naiso y Tesalónica. No desconoció Alarico la importancia de cesion semejante, y en el trascurso de cuatro años los ocupó esclusivamente en la construccion de máquinas de guerra. De esta suerte se hallaron los bárbaros, á espensas y con el trabajo de las provincias romanas, en situacion de juntar á su natural bravura un socorro de que habian carecido con mucha freruencia. Por este medio vió Alarico acrecentarse con su crédito el numero de sus parciales, quienes le proclamaron rey de los visogodos, pidiéndole que les arrancara de la servidumbre para guiarles al triunfo (398).

Así se establecia un tercer poder entre los dos Estados que se repartian el mundo romano, y calculando el nuevo rey con la sagacidad de un bárbaro hácia que parte le seria más ventajoso llevar sus armas, se puso á vender sus servicios unas veces al Oriente y otras al Occidente. Entre tanto, las provincias orientales habian sido recorridas en todas direcciones por las hordas devastadoras: Constantinopla aparecia en una situacion demasiado fuerte, y el Asia permanecia inaccesible á un ejército de tierra, á la par que la Italia se hallaba todavia intacta, y en aquella opulenta hermosura que hizo constantemente su gloria y su infortunio.

A ella enderezó, pues, sus pasos Alarico (402), trasponiendo los Alpes Julios, invirtió considerable espacio de tiempo en superar los obstáculos que se le oponian para defender el territorio, con especialidad en Aquilea. Sin embargo, cundia á lo lejos

---

auspicios duraderos, si los versos de la Sibila subsisten inmutables, y si desprecias todavia la roca Tarpeya, vengo á suplicarte, no para que el cónsul triunfante huelle el Araxes, ni para que nuestras hachas opriman á Susa armada de carcaj, ni para que sean plantadas nuestras águilas sobre las arenas del mar Rojo. Eso es lo que me otorgaste en un tiempo; en la actualidad te pido la subsistencia, la subsistencia solamente. Padre escelente, aleja de mi las angustias del hambre. Ya hemos esperimentado tu cólera; ya hemos movido á lástima á los getas y á los suevos; y hasta la Partia se estremece de horror en presencia de mis infortunios.»

el terror en la península hasta tal estremo que las personas ricas embarcaban ya aceleradamente lo más precioso de que eran poseedoras, para trasportarlo en caso de necesidad al África ó á la Sicilia. Aquellos que aun permanecian adictos al paganismo, miraban este suceso infausto como una señal inequívoca de la cólera de los dioses abandonados; y los cristianos como un castigo de los crímenes con cuya ayuda se habia engrandecido Roma, ó de los que á la sazon daban por producto su decadencia; y unos y otros aumentaban el daño real y efectivo con supersticiosos terrores.

Honorio continuaba sumergido en profundo adormecimiento dentro de su palacio de Milan, donde las adulaciones ni aun le dejaban sospechar siquiera que osara nadie aventurarse contra el sucesor de tantos emperadores, y donde se divertia infantilmente en echar comida á una parva de polluelos: nunca habia oido pronunciar el nombre de Alarico. Despertóle la tempestad sin comunicarle denuedo; y vacilante entre sobresaltos pensó en huir hácia alguna plaza fuerte de la Galia; pero no ignorando Estilicon el desaliento que sucederia inmediatamente á la fuga del monarca, se opuso á ella. Encargóse en persona de reunir un ejército; y como no habia soldados en Italia, á pesar de ser el pais que se hallaba á la cabeza de un imperio cuyo territorio abarcaba la Francia, la Espàña, la Inglaterra, la Bélgica, la costa de Africa y la mitad de Alemania, llamó á las legiones más distantes, dejando la muralla de Caledonia y las riberas del Rhin desguarnecidas ó confiadas solamente á germanos. Embarcóse el mismo en el lago de Como (era á la sazon lo más rigido del invierno, y la nieve cubria la tierra), se encaminó á la Retia, apaciguó allí las turbulencias, y alistó á cuantos enemigos de Roma consintieron en trasformarse en defensores de ella.

Batalla de Pollenza.—Asediado con vigor Honorio dentro de Asti, estaba á punto de ceder cuando Estilicon y el ejército acudiendo por todas partes cercaron á los godos. Estilicon se aprovechó del instante en que los bárbaros celebraban la solemnidad de la Pascua para atacar su campamento en Pollenza (29 de marzo de 403). Les causó una completa derrota, y enriqueció á los soldados con sus despojos. Después de haber empleado Alarico estérilmente su habilidad y su bizarria en defender sus trincheras, viendo prisioneros á sus hijos, á sus nueras y á su esposa, se retiró con su caballeria, y pensaba rehacerse pasando con golpe atrevido el Apenino para ir á sembrar el espanto en Toscana y caer sobre Roma. Pero los caudillos de los godos, teniendo en muy poco la fidelidad á un rey vencido, y no haciendo alarde de una constancia á toda prueba, le amenazaron con abandonarle. Hubo, pues, de prestar oidos á las proposiciones que se le hicieron de evacuar la Italia, á condicion de que su familia le seria devuelta, y recibiria una pension del soberano del imperio. Proponíase en su retirada sorprender á Verona. Pero advertido Estilicon de este proyecto, emboscó en las inmediaciones de la ciudad algunas tropas, y cayendo sobre él de improviso, le hizo sufrir una segunda derrota, de tal manera que pudo darse por venturoso con salir libre, merced á la fuga. Y no obstante, habiendo reunido aquel infatigable guerrero los restos de sus tropas en las montañas, todavia supo hacer frente al enemigo, el cual tuvo la cordura de dejarle salir de Italia, harto convencida de que ya no podia contar con barreras capaces de ponerla á cubierto del ejército de los bárbaros.

Honorio se encaminó entonces á Roma (404) para celebrar el triunfo de un enemigo á cuyo vencimiento no habia contribuido en nada. Aquella ciudad que apenas veia por la tercera vez á un emperador al cabo de cien años, palpitó de alborozo á consecuencia de los donativos que distribuyó á las iglesias, del respeto desusado que acreditó para con el Senado, y especialmente de los juegos que mandara preparar en el circo. Pero aquellos espectáculos sangrientos eran altamente reprobados por los sacerdotes cristianos; Prudencio en escelentes versos aconsejaba al pupilo imperial que no permitiera que fueran celebrados; bajando á la arena el piadoso ermitaño Telémaco para impedirlos, fué asesinado por el pueblo enfurecido, y el triunfo de la humanidad quedó sellado con la sangre del mártir.

En el momento mismo en que la lisonja erigia á Honorio un arco de triunfo con una inscripcion en que se decia que habia destruido para siempre la raza de los godos, se ocupaba la prudencia en desmentirlo haciendo reparar y poniendo en estado de defensa las plazas fuertes de los alrededores de Roma y los muros de su recinto. Entretanto, el emperador, no creyéndose seguro en esta ciudad ni en Milan tampoco, fué á esconder la púrpura imperial en Rávena, protegida á la vez por una escuadra, por pantanos y por fortalezas.

Radagaiso.—Después de todo, no sin razon se tomaban medidas de defensa, porque se agitaba todo el Norte y empujaba sus tumultuosas oleadas hácia la Italia. Ya fuese porque las victorias de Tulun, kan de los geuges, sobre los hunos, hubieran comunicado nuevo impulso á los germanos, ya porque brindaran poderoso incentivo á éstos el botin y los triunfos de sus hermanos, es lo cierto que Radagaiso (*Radegast*), á la cabeza de una muchedumbre de vándalos, de suevos, de borgoñones (405), que se hace ascender á doscientos mil hombres, partió desde las riberas meridionales del Báltico, y reforzado en el camino por la caballeria de los alanos, por aventureros godos y por tribus de infinitas razas, que ya es imposible distinguir en adelante entre aquella confusion de pueblos, se presentó á orillas del Danubio. Persuadido Estilicon de la inutilidad de defender las provincias distantes, cuando la Italia se hallaba en peligro, llamó todas las guarniciones hácia este punto, hizo nuevas levas, prometió la libertad y dinero á todos los esclavos que se engancharan en el servicio, y

aun así apenas pudo poner en pié de guerra treinta ó cuarenta mil hombres, á quienes incorporó muchos bárbaros auxiliares; tan homicida habia sido la última guerra y tanto se odiaba el ejercicio de las armas.

Radagaiso, cuya multitud de tropas se habia dividido en tres cuerpos, cruzó sin encontrar ningun tropiezo la Panonia, los Alpes, el Po, y evitando el encuentro de Estilicon que estaba acampado junto al Tesino, descendió de repente del Apenino, á saquear las indefensas campiñas, destruyendo cuanto quedaba de las florecientes ciudades de los etruscos, y sitiando á Florencia.

Circulaba el rumor de que el feroz guerrero habia jurado convertir á la reina del mundo en un monton de escombros, y hacerse propicios sus dioses, ofreciéndoles la sangre de los senadores más ilustres. Esta noticia era recibida con estraordinario júbilo por los partidarios de la antigua religion nacional, con la esperanza de que la nueva idolatria restableceria sus dioses, y de que produciria el triunfo de su faccion el mismo suceso que produjera la ruina de la patria. De consiguiente, en vez de escitar al pueblo á armarse de valor ó de desesperacion á lo menos, esclamaban: *Ya lo veis; todo perece en tiempo de los cristianos. ¿Cómo hemos de resistir á un guerrero que sacrifica cotidianamente á los dioses, acto que se nos veda á nosotros?* En aquel mismo instante ayudados los cristianos por milagros y revelaciones, reanimaban el valor de la amenazada Florencia.

Estilicon dió alcance al bárbaro á corta distancia de esta ciudad, y con la misma habilidad de que habia dado prueba dos veces al vencer á Alarico, evitando arriesgar una batalla, cuya pérdida hubiera sido irreparable, cercó al enemigo con fuertes trincheras y luego asediándole á su vez, dejó que le consumiera el hambre en las áridas rocas de Fiesole. Forzado Radagaiso á rendirse se le cortó la cabeza, y sus compañeros fueron vendidos como esclavos, en tan inmenso número, que se compraban muchos por una moneda de oro; pero murieron infinitos de ellos en brevísimo tiempo á consecuencia del cambio de alimento y de temperatura. Estilicon favoreció la retirada de las demás fuertes bandas que habian hecho alto en los Alpes; pero fueron arruinadas las provincias, aunque se salvó la Italia, á la que se reducia en suma entonces el inmenso imperio de Occidente.

Uno de los otros dos cuerpos causó grandes destrozos en la Galia Oriental, á las órdenes de Gundecaro, rey de los borgoñones; mandado el tercero por Godegisilo, rey de los vándalos, reforzado con los suevos, los alanos y los restos del ejército de Radagaiso, penetró asimismo en las Galias; pero cuando llegó á las tierras de los francos encontró á aquel pueblo sobre las armas, bajo la autoridad de un rey que Estilicon les habia dado. Vinieron á las manos, y los vándalos dejaron sobre el campo de batalla veinte mil de sus soldados, incluso su rey Godegisilo: sobreviniendo entonces los alanos derrotaron á su vez á los francos, y pasaron el Rhin cerca de Maguncia (31 de diciembre de 406). Por espacio de tres años fué víctima el pais de sus devastaciones: posteriormente, cuando evacuaron las tierras situadas en la frontera, fueron allí reemplazados por los burgundios y los alemanes, quienes pasaron á cuchillo ó redujeron á la servidumbre á sus primitivos moradores. A partir desde este periodo puede decirse que acabó definitivamente la dominacion de Roma en las Galias.

Bretaña.—Tambien habian sido abandonadas las islas Británicas por las legiones. Ya hemos visto á los escotos desamparar la Irlanda, donde se habian establecido, para dirigirse al pais, que tomó de ellos el nombre de Escocia. Unidos á los caledonios, de raza címbrica, como ellos, cayeron sobre los bretones, pueblo céltico procedente de la Bélgica, que en otro tiempo les habia rechazado de las provincias meridionales (6).

Constantino.—Conociendo la estremada debilidad del gobierno los auxiliares puestos de guarnicion en las provincias desguarnecidas de tropas, se divertian en encumbrar á efímeros tiranos, á quienes servia la diadema de preludio del suplicio. Un tal Marco fué proclamado por ellos emperador de la Bretaña y del Occidente, y luego le quitaron la vida de repente: le sustituyeron con Graciano, á quien cuatro meses después hicieron sufrir la misma suerte. El nombre de Constantino valió el trono á otro soldado (407), que incapaz de mantenerse en una época de paz en tan encumbrado puesto, supo sostenerse allí por la guerra, aspirando á conquistar las provincias occidentales. Desembarcado en Boloña exigió la obediencia de las ciudades galas no sometidas todavia á los bárbaros. El pueblo condenado al olvido por Honorio, y harto desventurado para que dejara de tener halagüeñas esperanzas en un cambio de cualquiera especie, prestó de buen grado oidos á su llamamiento. Constantino alcanzó sobre los germanos algunas ventajas, que exageró la fama como señaladas victorias, y luego celebró alianza con ellos. Adjudicó á su hijo el título de césar, eligió por capital á Arlés, y habiendo espulsado á los restos de las tropas romanas, comenzó contra Honorio una guerra civil cuyas eventualidades fueron propicias ora á un bando, ora al otro. Finalmente, obligadas en Viena las tropas imperiales á apelar á la fuga, obtuvieron á costa de dinero volver á pasar los Alpes, que vinieron á fijar el límite entre los Estados de Cons-

---

(6) Segun Claudiano, Estilicon fué el primero que estableció una legion en la Bretaña, para defenderla contra los pictos, los escotos y los caledonios.

Me quoque vicinis pereuntem gentibus, inquit (la Bretaña)
Munivit Stilicho, totum cum Scotus Iernem
Movit, et infesto spumavit remige Tethys
Illius effectum curis, ne bella timere
Scotica, nec Pictum tremerem, nec littore toto
Prospicerem dubiis venientem Saxona velis.

tantino y de Honorio. Tambien se sometió la península ibérica al nuevo soberano, ó fué por él conquistada.

En tanto que los dos emperadores luchaban entre sí con debilísimas armas, tornaba á aparecer Alarico más amenazador que nunca. Lejos de abatirle de ánimo sus reveses, le habian servido de enseñanza; ni habian sido parte é disminuir en lo más mínimo la confianza que tenian depositada los bárbaros en su valor y en su prudencia; antes bien se hallaba ahora al frente de todas las bandas diseminadas desde el Rhin hasta el Euxino. Dióse, pues, Estilicon por satisfecho con poder adquirir su amistad, tanto á fin de reunir de este modo la Iliria Oriental al imperio del Occidente, como para proporcionarse robusto apoyo para la ejecucion de un antiguo proyecto, que acariciaba su mente, á saber, la sumision de todos los Estados de Arcadio. Pasando así Alarico del servicio de un imperio al servicio de otro, fué declarado maestre de la infantería y de la caballeria en la prefectura de Iliria. Esto no estorbó que se presentara junto á las fronteras de Italia protestando de su amistad á Estilicon y de su respeto á Honorio, y ofreciendo marchar contra el emperador de las Galias, si se accedia á sus proposiciones, y se adjudicaba á sus guerreros una de las provincias occidentales que habian quedado desiertas.

En medio de la debilidad creciente de Honorio y de su gobierno, habia aspirado Estilicon á comunicar alguna energía al Senado, y á hacerle poner mano en los negocios públicos, pero solo habia encontrado retóricos, instruidos en las formas de la república antigua, sin saber otra cosa y no pensando más que en hacer vano alarde de palabras, que respiraban dignidad, como en la época en que sus ascendientes decian á Pirro: *Sal ante todo de Italia y trataremos luego.* Cuando Estilicon propuso las pretensiones del rey godo, clamaron los senadores que era indigno de la magestad romana comprar á un bárbaro una paz incierta y vergonzosa. El general que sabia, no lo que traian á la memoria los libros, sino lo que reclamaba la cobardia de la córte de Rávena (408), redujo al silencio á aquel intempestivo patriotismo, y los atrajo á consentir en que se entregaran 4,000 libras de oro á Alarico, á fin de que defendiera las fronteras de Italia. Osa protestar contra esta concesion el senador Lampadio, clamando en alta voz: *Eso no es una paz, sino un contrato de esclavitud:* y no logró escaparse de las consecuencias de su audacia más que buscando asilo en una iglesia (7).

Caida de Estilicon.—Sin embargo, no resonó sin eco aquella voz generosa. Efectivamente, el Senado se mantuvo firme en su negativa, oponiendo de este modo una resistencia desusada á la voluntad del general omnipotente. Irritadas las legiones al verse pospuestas á los bárbaros, prestaron apoyo á la resistencia de los senadores. Hasta el mismo Honorio habia sido prevenido contra su ministro á causa de que le presentaban á sus ojos como animado del pensamiento de mantenerle siempre en tutela, á no ser que se propusiera hacer pasar la corona á las sienes de su hijo Euquerio. De consiguiente, bajo la influencia de Olimpio resolvió ejercer en realidad un poder que no poseia más que en el nombre, y dar al traste con su ministro. Con esta idea se dirige al campamento de Pavia, compuesto de tropas romanas hostiles á los bárbaros; y á una señal convenida, manda degollar á todos los amigos de Estilicon, en union de otros muchos *ilustres*, y saquear sus moradas.

Los caudillos de las bandas cuya fortuna estaba ligada á la de Estilicon, le pidieron con unánimes voces que les guiara contra aquellos cobardes romanos. Si les hubiera prestado oidos, hubiera podido justificarle el buen éxito de su empresa; pero ya fuese por vacilacion, ó por una generosidad que le hiciera preferir su ruina á la pública desgracia, rehusó ponerse en movimiento, y le abandonaron los descontentos auxiliares. Uno de ellos asaltó su tienda, pasó á cuchillo á los hunos que tenia para su custodia; y Estilicon consiguiendo escaparse acogióse en Rávena al pié de los altares. Hízose uso de la perfidia para arrancarle de su asilo: luego se le presentó el decreto que le condenaba á muerte, y la sufrió con no menos dignidad que serenidad de ánimo (8).

Apenas habia terminado su existencia, aquellos mismos que pocos dias antes incensaban al ministro guerrero, le acriminaron enérgicamente llamándole traidor y parricida: hubo competencia sobre quien denunciaria á sus amigos, mientras que estos se apresuraban á esconderse. Olimpio, principal motor de la intriga que acababa de causar la pérdida de su bienhechor, exageraba á Honorio el peligro de que se habia libertado en aquel momento, y le agriaba contra la memoria del salvador del imperio. Arrancado del recinto de una iglesia su hijo Euquerio, fué asesinado; y Termancia, que habia sucedido á su hermana Maria (9) en el helado lecho de Honorio, fué repudiada vírgen. La firmeza con que los amigos de Estilicon soportaron el tormento y la muerte, hizo que se tuvieran por ciertos sus servicios, y su crímen por dudoso. Se le acusó de estar en inteligencia con los bárbaros, él que no supo más que vencerlos en el curso de los veinte y tres años que estuvo al frente de las tropas; de destinar el trono á su hijo Euquerio, él que le dejó hasta la edad de veinte años sólo de humilde tribuno de los notarios; de meditar en el restablecimiento del paganismo, él

(7) Zósimo, V.

(8) Cr. Fr. Schulze, *Fl. Stilicon ó el Wallestein antiguo*, 1805 (aleman).

(9) Su cadáver fué hallado en 1544 en el Vaticano con muchos objetos preciosos: solo sus vestidos contenian treinta y seis libras de oro.

que educó á sus hijos en la religion cristiana, y fué odioso á los ojos de los gentiles porque habia entregado á las llamas los libros sibilinos (10), aquel oráculo del Capitolio, y porque su esposa habia quitado un collar á Vesta, la diosa que era la salvaguardia de Roma.

(10) Mueve á reirse de lástima ver el horror que acredita Rutilio Numanciano hácia aquel enorme desafuero, que supera, en su sentir, al del incendiario Neron.

Omnia tartarei cessent tormenta Neronis.
Consumat stygias tristior umbra faces.
Hic immortalem, mortalem percutit ille;
Hic mundi matrem perdidit, ille suam.

Itinerario, II.

CAPÍTULO XIII

ALARICO Y LOS ITALIANOS.

Una vez roto el dique se desbordó el torrente; y si aun quedaban algunos obstáculos, parece como si Honorio se hubiera complacido en destruirlos, licenciando á los más valientes de sus defensores, solo por la razon de que eran idólatras ó arrianos, y sustituyéndoles con oficiales tan menospreciados por el enemigo como odiosos á los soldados. Los auxiliares que echaban de menos á Estilicon, no eran contenidos en su deseo de venganza más que por el temor de comprometer su familia y sus riquezas, cuyo depósito habian confiado á las plazas fuertes de Italia. A pesar de todo, Honorio mandó que aquellos preciosos rehenes fueran degollados en un mismo dia, y que los bienes de las víctimas fueran confiscados. Entonces treinta mil auxiliares, cuya cólera y cuya desesperacion no reconocian ya freno alguno, se pasaron á las filas de Alarico, y el júbilo de éste fué imponderable cuando se apercibió de que la corte imperial procedia por este medio en obsequio de sus intereses. Envalentonado con la caida de Estilicon, á quien respetaba y temia; irritado á consecuencia de algun atraso en su sueldo, impelido por las instigaciones de aquellos que acababan de perder lo más querido que poseian en el mundo, demandó el bárbaro satisfaccion al imperio, bajo amenaza de guerra. Se le espidieron embajadores para aplacarle, y cedió al cabo; pero interpretando los romanos la moderacion por miedo, no se ocuparon de aceptar sus condiciones, ni de reunir fuerzas. Ya Alarico no quiso oir hablar siquiera de fé ni de amistad, y se puso en marcha. Desde la cumbre de los Alpes Julios muestra (490) á los ojos de sus guerreros las delicias del clima italiano, sus opulentas ciudades, sus fértiles vergeles: les recuerda los despojos del mundo acumulados dentro de Roma por trescientos triunfos, y persiste en la facilidad de apoderarse de ella. Muy pronto caen en su poder Aquilea, Altino, Concordia, Cremona: nuevos aliados se agrupan cotidianamente entorno de su bandera, que ondea orgullosa á la vista de Rávena, infundiéndole espanto. Costea el Adriático, y tomando posteriormente la via Flaminia marcha de ciudad en ciudad, sin que descargue un solo golpe hasta levantar sus tiendas bajo los muros de la antigua soberana del mundo. Un ermitaño pretende aplacar su furia, y Alarico le responde: *No puedo detenerme, Dios me empuja hácia adelante.* De igual manera mil años después enviaba Mahomet II á despertar á su visir en el curso de la noche, y le decia: *Te pido Constantinopla: me seria imposible conciliar el sueño sobre esta almohada; Dios quiere entregarme los romanos.*

Condicion del imperio.—Ya estaba muy lejos el tiempo en que el pueblo romano se alzaba como un solo hombre contra Aníbal ó contra Pirro, en que todos, desde el plebeyo más humilde hasta el dictador y los personajes consulares corrian en pos de la muerte ó la victoria. Habia perdido el imperio sus mejores provincias: quedaron las otras tan despobladas, que los emperadores tuvieron que trasladar allí enjambres de bárbaros. Ya Nerva concedia tierras en vez de subvenciones antes convenidas (1). Marco Aurelio estableció en el territorio sometido á Roma un gran número de marcomanos (2). Pertinax daba tierras á todo aquel que queria dedicarse á su cultivo (3). Constantino autorizó á sus veteranos para que le pidieran en recompensa las que se hallaban vacantes en el punto que mejor les conviniera: Valentiniano I les permitió desmontar en todas partes las que estaban

(1) DION, XLVIII, en el año 97.
(2) En 167. CAPITOLINO, c. 22.
(3) En 193. HERODIANO, cap. 2.

incultas (4): de veinte y cinco mil porciones de terreno sometidas á tributo en el país de los eduos, hubo de eximir siete mil Constantino: Honorio cinco mil setecientas de las catorce mil setecientas tres centurias de tierra del Africa proconsular, y siete mil seiscientas quince de las quince mil setenta y cinco del Africa bizacena, en razon de haber sido abandonadas (5).

Italia.—Con especialidad se hallaba despoblada Italia desde el tiempo de los primeros emperadores, por las causas que en otro lugar hemos anunciado (6) y máxime por las colonias militares. A fin de no degenerar de su clase, aplicándose al comercio y á la industria, convertian los ricos en tierras sus capitales. Saliendo de esta suerte de manos de los pequeños propietarios, se aglomeraron en inmensos dominios, particularmente á contar desde el momento en que decretara Trajano que, para aspirar á los honores, se necesitaba que el pretendiente tuviera por lo menos las tres cuartas partes de su patrimonio en Italia. En su consecuencia, acabó de desaparecer definitivamente la clase más numerosa y mas vital, de los pequeños propietarios, y la poblacion agrícola fué sustituida por una cantidad menor de esclavos. Pero tambien esta clase desventurada disminuia de una manera considerable, ora porque los emperadores no trasladasen á todos los prisioneros á Italia, desde que habia dejado de ser considerada como cabeza del Estado, ora porque en vez de hombres de robustos brazos idóneos para manejar el arado ó el azadon, se buscaban con interés esclavos afeminados que siguieran por centenares á través de las calles á sus amos y á las mujeres de estos (7).

Opulentas en otro tiempo las llanuras de Italia, de fecunda y lozana hermosura, se habian trasformado en vergeles é inútiles parques, á causa de que los propietarios contaban con los trigos de Africa y de Egipto; por eso siempre que se hallaba interceptado el paso por las escuadras enemigas, ó por los tiranos del país, ó por los temporales, era Italia víctima del hambre. Cuando posteriormente fué dividido el imperio, no solo cesó de percibir esta region los tributos del mundo, sino que ella misma quedó sujeta á los impuestos; vino á ser entonces semejante á aquel que, acostumbrado á la prodigalidad en la mansion de los magnates, se encuentra de repente sin apoyo, pobre, inerte y mal acostumbrado.

Hallábanse agotadas las fuentes de la vida por placeres escesivos ó infames; un cálculo voluptuoso alejaba á los ricos del matrimonio; la necesidad apartaba de ese estado á los pobres; así Constantino otorgó grandes privilegios á todo el que contara siquiera un hijo (8). Durante cierto tiempo, más distante de la corrupcion la Galia Cisalpina, habia conservado algun vigor (9); pero cuando se hubieron establecido en Milan y Rávena otras córtes, las magnificencias del lujo engendraron la inmoralidad entre los habitantes de aquel territorio; hija fué allí la ociosidad de las liberalidades, y la intriga de los empleos. Acudió á aquel punto el pueblo atraido por el poderoso aliciente de una existencia amenizada con donativos; desamparó los trabajos de los campos, y miró con hastio la honradez de la familia y la ruda sencillez de la aldea.

Muchas veces ejerció la peste en la península sus estragos; la que desoló á Roma en tiempo de Tito, hizo sucumbir á diez mil personas en un solo dia. Después fué traida de Oriente por el ejército de Lucio Vero: luego se sintió nuevamente en tiempo de Cómodo, y tambien muy á menudo en el siglo siguiente.

Tres guerras civiles habian traido consigo una grande efusion de sangre en la Italia septentrional en la época de los treinta tiranos; otras tres habian estallado en tiempo de Majencio, tres bajo el reinado de los hijos de Constantino, dos á la muerte de Graciano y de Valentiniano II; y por último los bárbaros no respetaban ya de ningun modo la barrera de los Alpes, y arrebatando esclavos y rebaños, dejaban detras de sí un inculto desierto.

Diversos emperadores habian aspirado á comunicar nueva vida á Italia, ora con auxilio de las colonias militares, ora trasladando habitantes á su territorio. Aureliano distribuyó prisioneros en el país comprendido entre los Alpes Marítimos y la Etruria á fin de que plantaran allí viñas, cuyo producto debia servir para las liberalidades que se hicieran en lo sucesivo á la muchedumbre romana (10). El viejo Valentiniano dirigió hácia el Po los alemanes cogidos á orillas del Rhin (11); táifalos y ostrogodos fueron enviados á las cercanias de Parma, de Reggio, de Módena, por Graciano (12). Pero aun estos recursos, que no podian reparar el daño, cesaron desde que Italia no fué la única poseedora de los cautivos germanos ó persas, y cuando, habiendo sido completamente suprimidas las exenciones de los impuestos, no fueron ya impelidos por el interés los veteranos forasteros á establecer sus colonias al sud de los Alpes.

San Ambrosio escribia en aquella ocasion á Faustino: «Al partir de Bolonia dejabas en pos de tu huella á Claterna, á la misma Bolonia, á Módena, á Reggio: tenias á la derecha á Brescelo, delante de tus ojos á Plasencia, cuyo nombre recuerda en la actualidad únicamente su celebridad antigua: á tu izquierda escitaban tu compasion los

(4) *Cod. Teod.*, VII, 2, l. 3, 11.
(5) *Cod. Teod.*, XII, 28, l. 13.—EUMENES, *Gratiar. actio.*
(6) Véase el libro V, cap. XXI.
(7) AMIANO MARCELINO, lib. XIV.
(8) HEINECCIO, *ad legem Papiam-Poppeam.*
(9) PLINIO, *Hist. Nat.*
(10) VOPISCO, 48.
(11) AMIANO MARCELINO, XVIII. 5.
(12) Idem, XXXI, 9.

incultos Apeninos, y al contemplar las aldeas llenas en otro tiempo de un pueblo tan floreciente, se comprimia tu corazon viendo los restos de tantas ciudades medio arruinadas y cubriendo la muerte tantas campiñas por siempre destruidas.» (13)

No se hallaba en condicion mas próspera el mediodia de Italia, á juzgar por el texto de una ley de Honorio (395), que descargó del impuesto quinientas veinte y ocho mil cuarenta y dos yugadas de tierras baldías en la comarca á que su fertilidad ha valido el nombre de Tierra de Labor (14).

Bandas de bandidos andaban errantes con osadia por aquellos vastos desiertos. Ya en los tiempos antiguos habian infestado los caminos; multiplicáronse durante las guerras civiles, y esta calamidad fué empeorándose en lo sucesivo. A principio del tercer siglo un jefe llamado Bulla desolaba la Italia Inferior á la cabeza de seiscientos bandidos; y Séptimo Severo no empleó menos de dos años en esterminarle (15). Hizo posteriormente el mal tantos y tan rápidos progresos, que Valentiniano I adoptó la resolucion de desarmar así á la Italia como á las provincias; nadie podia gastar armas sin espreso permiso, nadie, á escepcion de los señores, estaba autorizado para montar á caballo en el Piceno, en la Flaminia, la Apulia, la Calabria, los Brucios, la Lucania, el Samnio y más tarde ni aun en las cercanias de Roma (16); precaucion estrema que atestigua lo grave del mal, y que arrebataba á la poblacion tranquila todo medio de defenderse contra los que osaban hacer frente á la ley. Como las bandas que desolaban el pais se componian principalmente de pastores, Honorio decretó que los que encargasen sus hijos á pastores, serian considerados como mantenedores de inteligencias con los bandidos (17).

Muchos individuos se veian impulsados á agregarse á ellos en los caminos y en la espesura de los bosques á consecuencia de la ávida tirania de los agentes del fisco. Efectivamente el mismo Valentiniano III proclamó por una ley que la vigilancia más activa y escrupulosa no era suficiente á oponer obstáculo á la rapacidad de sus dependientes, y que algunos de ellos, bajo pretesto de deudas atrasadas, exigian al pais rescates, y molestaban á los habitantes con extorsiones, encarcelamientos y suplicios (18).

Roma.—En su consecuencia muchas personas procuraban sustraerse de la desgracia de poseer bienes raices, y se refugiaban dentro de Roma. Aun se juntaban allí el esceso del lujo, de la corrupcion y de la miseria. No sabian los patricios más que envanecerse de una larga série de abuelos, á cuyas austeras virtudes no podian oponer otra cosa que un fausto siempre en aumento, á medida que iba en disminucion su importancia política. El nombre de Senado no indica ya el primer cuerpo de la capital de un imperio; opulentos senadores ocupan palacios que se podrian calificar de barrios enteros y hasta de ciudades y que encierran en su recinto templos, plazas, hipódromos y bosques (19). Del mismo modo cabia denominar á sus dominios provincias, puesto que algunos de ellos sacaban el producto anual de cuatro mil libras de oro, y otros una tercera parte del valor en especie, es decir una renta de cuatro millones y medio. Apenas se hubiera juzgado digno de pertenecer á esta clase el que solamente hubiera poseido mil ó mil quinientas libras de oro para sustentar los empleos y el fastuoso brillo (20). Paula, aquella piadosa amiga de San Gerónimo, contaba la ciudad de Nicópolis entre el número de sus propiedades, y los hijos de Alipio, de Simaco, de Máximo, gastaron en las solemnidades forzosas del año de su pretura, los unos mil doscientos, otros, dos mil y los demás cuatro mil libras de oro en seis ó siete dias.

Estas enormes riquezas eran disipadas en frivolidades, en llenar las casas de vagilla de plata, en multiplicar sus propias imágenes en bronce ó mármol revestido con hoja de oro, en recargar con ornamentos los carros así como las vestiduras de púrpura y de seda, que, abriéndose de intento, dejaban ver suntuosas túnicas sobre las cuales estaban bordadas figuras de animales. Cada senador se hacia preceder por cocineros ahumados y seguir por una cincuentena de esclavos y bufones, después parásitos, eunucos de todas edades, lívidos y pálidos. Aquellos Anicios, Petronios y Olibrios, cuyo patriotismo se reduce únicamente á hacer vano alarde de su árbol genealógico, lejos de lanzarse á la carrera de las armas, ni aun siquiera toleran que se aliste en el ejército á sus criados; y cuando Honorio quiere completar su hueste con esclavos, abruman con sus quejas á la curia, alegando que prefieren pagar una cantidad en oro (21): de tal modo atendian con más empeño que á la salvacion comun á verse rodeados de una espléndida comitiva.

---

(13) *De bononiensi veniens urbe, a tergo Claternam, ipsam Bononiam, Mutinam, Rhegium derelinquebas; in dextera erat Brixillum; a fronte occurrebat Placentia, veterem nobilitatem ipso adhuc nomine senans; ad levum Apennini inculta miseratus, et florentissimorum quondam populorum castella considerabas, atque affectu relegebas dolenti. Tot igitur semirutarum urbium cadavera, terrarumque sub eodem conspectu exposita funera... in perpetuum prostrata ac diruta.* Ad Faustinum, *Ep.* 39.

(14) *Cod. Teod.*, XI, 28, l. 2.

(15) DION, LXXV.

(16) *Cod. Teod.*, XV, 17, l. 1, IX, 30, l. 1, 3, 5.

(17) Idem XI, 31.

(18) *Novellæ Valent.* tit. 7.

(19) *Quid loquar inclusas inter laquearia sylvas*
Vernula quæ vario carmine ludit avis?
RUTILIO NUMA., *Itiner.* III.

(20) Esto es lo que nos demuestra un curiosísimo fragmento de Olimpiodoro, conservado por Focio.

(21) SIMACO, lib. VII 65.

¿En qué empleaban pues su vida? En sustraerse á todo cargo público, á toda ocupacion doméstica; en pasar todo el dia en los baños, y en deshacerse en chismes y murmuraciones enmedio de ociosos; en salir á veces con inmenso boato para ver á sus esclavos cazar fieras, ó para embarcarse en el lago Lucrino é ir bogando á sus casas de recreo con una multitud de esclavos, eunucos, servidores. Si va alguno á visitarles, encuentra al umbral las aras de la diosa Tutela, cuyo nombre da buen auspicio al entrar (22), y no es anunciado por el camarero hasta que el amo se ha lavado desde los piés hasta la cabeza. Si un esclavo tarda en llevarle el agua tibia para las abluciones, se le administran trescientos azotes. El soberbio patrono solo da á besar su rodilla ó su mano á los clientes que van todavia á rendirle homenaje ó recibir espórtulas y promesas. Pero no cuenten con ganarse su privanza si no son hábiles en las artes de la lisonja, en tocar instrumentos, y en el canto; si no saben aventurar toda una herencia á una suerte de dados, sacar auspicios y practicar el arte adivinatorio (23). Y en tanto están olvidados los libros, escepto algunos recreativos; cerradas las librerias como sepulcros; en cambio se buscan órganos hidráulicos, liras enormes como carros, flautas y otros instrumentos descomunales que solo resuenan con los cantos en los palacios.

Todo el que se acerca á aquella ciudad, próxima á perder el cetro de la fuerza para empuñar el de la fe, ve por todas partes la magnificencia, la cobardia, la muerte; campiñas abandonadas y voluptuosos parques; soledad y rebaños de esclavos; después suntuosas quintas, caminos eternos guarnecidos de monumentos y que desde el Clyde y el Éufrates van á desembocar en el Foro, el cual brinda más asunto á la historia que reinos enteros.

Media entonces el recinto de Roma trece millas (24); entrábase en la ciudad por treinta y siete puertas, á las que correspondian otros tantos arrabales, que prolongaban la ciudad hasta la orilla del mar, hasta los montes de los sabinos, y atravesaban el Lacio y la Etruria. Siete puentes echados sobre el Tíber, veinte y siete calles principales, ocho campos de ejercicios, diez y siete plazas, además de numerosas callejuelas, facilitan las comunicaciones interiores. Diez y nueve acueductos, algunos de los cuales tenian la suficiente anchura para que se pudiera galopar á caballo por encima y recorrer interiormente en una barca, llevaban desde la distancia de treinta ó cuarenta millas una agua abundante á mil trescientas cincuenta y dos fuentes: habia quince más suntuosas que las demás y construidas con sumo arte, sin mencionar las cisternas particulares y los manantiales.

Dos capitolios, cuatrocientos veinte y cuatro templos, catorce bosques sagrados, tres curias para el Senado, diez y siete basílicas para los negocios públicos y para fallar acerca de las causas privadas, veinte y nueve bibliotecas, ocho circos, dos anfiteatros, seis palenques para los gladiadores, cinco para las naumaquias, diez y seis termas públicas, ochocientos cincuenta y seis baños no gratuitos, dan testimonio de la grandeza de la ciudad reina del mundo. No olvidemos que el teatro de Marcelo y el de Balbo podian dar cada uno de ellos cabida á treinta mil espectadores, el de Pompeyo á cuarenta mil, y á cuatrocientos mil el Circo Máximo, ni que las termas de Diocleciano ponian tres mil y dos baños de mármol á disposicion de los ciudadanos.

Las cuarenta y seis mil seiscientas y dos casas particulares y los mil setecientos ochenta palacios, de tanta elevacion, que los emperadores tuvieron que prohibir que escediera de setenta piés su altura, estaban divididos en cuatrocientos ochenta y cuatro barrios. Doscientos cincuenta y cuatro molinos y hornos, doscientos sesenta y ocho almacenes, preparaban ó conservaban los víveres necesarios para el abasto público: cuatrocientas cloacas de construccion muy sólida, mantenian el aseo de las calles: estaban bajo la inspeccion de personajes de la más alta categoria, y para limpiarlas se gastaban de una vez hasta la cantidad de mil talentos. Calcúlese por todo esto que no seria el Capitolio.

Una muchedumbre, que los más moderados hacen ascender á tres millones, y que acudia allí desde todos los paises del mundo, habia sido hacinada dentro de aquella ciudad inmensa, pero á la sazon se hallaba quizá reducida á dos terceras partes, á consecuencia de las calamidades recientes, desde que Roma tenia por rivales, aun no contando Constantinopla, á Cartago, á Tréveris, á la hermosa Milan y á la pantanosa Rávena.

Pero aquellos palacios del Foro y de la via Sacra, aquellas basílicas, aquellos templos, de los cuales bastaria uno solo para hacer la gloria de una provincia, tenian por contraste los tugurios de la fangosa Suburra, los del barrio de las Carenas, y las frágiles habitaciones colgadas sobre el Tíber, que arrastraba en su corriente centenares de ellas á cada avenida. Allí es donde habitaban poblaciones enteras y diferentes de capadocios, escitas, judios, y una confusa mezcla de todas las razas y creencias, sin profesion, patria ni nombre.

Pero al presente no tiene ya que ganar la plebe

---

(22) *Ipsa Roma orbis domina, in singulis insulis domibusque, Tutelæ simulacrum cereis venerans ac lucernis, quam ad tuitionem ædium isto appellant nomine, ut tam intrantes quam exeuntes domus suas inoliti semper commoveantur erroris.* S. GERÓNIMO, *Comm. in Isai*, p. 418.

(23) AMIANO, XIV, 6; XXVIII, 2, *Plena sunt conventicula nostra hominibus qui tempora rerum agendarum á mathematicis accipiunt. Jam vero, ne aliquid inchoetur aut ædificiorum aut hujusmodi quorumlibet operum diebus, quos ægyptiacos vocant, sæpe etiam nos movere non dubitant.* S. AGUSTIN, *Expos. epist. ad Galatas*, c. 4.

(24) Poseemos dos descripciones hechas en tiempo de Valentiniano y Valente, ap. GREVIO, *Thesaurus antiquitatum rom.*, III, y otra hecha á mediados del siglo V, al fin de la *Notitia dignitatum utriusque imperii.*

cosa alguna en vender su voto ó en prestar falsos testimonios: Clodio y Catilina no la asalarian ya para que se agite en tumulto; ya no compran sus favores extranjeros monarcas, ni le dejan por herencia reinos enteros: no trae ya consigo el año nuevo las liberalidades de los triunfadores, ni tampoco se cuidan á la sazon los emperadores de su afecto, ni de sus aplausos. Al trasladarse á Constantinopla ó á Milan la corte y las numerosas familias senatoriales que la han seguido, han dejado sin pan á una muchedumbre hambrienta y acostumbrada á no vivir más que á su costa. Queda, pues, poseida de desaliento á semejanza del mendigo, que ha consumido en la ociosidad la flor de sus años. Teodosio y Graciano se ven obligados á reprimir la ociosa mendicidad que intercepta el paso de las calles, y de la antigua soberbia no quedan más que los vicios fomentados considerablemente por una multitud de personas de todos los paises. En tiempo de Teodosio se habian establecido lupanares á la inmediacion de ciertos molinos y los hombres que entraban en ellos caian en trampas, forzándoles luego á dar vueltas á la rueda sin que fuera se volviese jamás á oir hablar de ellos (25). Esto acontecia en medio de Roma; y el crímen hubiera permanecido oculto, si un soldado no hubiera tenido la fortuna de escaparse.

Sin embargo, el pueblo, antiguo soberano del mundo, no habia perdido el derecho de ser alimentado gratuitamente, y todos los dias se distribuia á los ciudadanos pan á un ínfimo precio, en hornos destinados para este efecto en cada barrio. Añadíase á esto tocino para cinco meses, procedente de los cerdos de la Lucania; distribucion que, en tiempo de Valentiniano III, ascendia á tres millones seiscientas veinte y ocho mil libras; tambien se distribuian tres millones de libras de aceite suministrado por el Africa, para el alumbrado y para los baños: por ultimo se daba vino á muy bajo precio, producido por las viñas de la Campania. Causaba pues terror cualquier sublevacion del Africa ó de la Sicilia, de donde era preciso traer el grano; y cuando el Egipto tuvo que suministrar provisiones á Constantinopla, los graneros de Roma hubieron de llenarse con cereales del Ródano, del Arari y de la Iberia (26). Sin embargo, enormes sumas salian de Italia para proveer á tanta magnificencia en el vestir y en el comer, y para mármoles y maderas para las fábricas, y fieras para los espectáculos; y tambien para tomar á sueldo á los bárbaros ó pagarles un indecoroso tributo.

Aquel populacho, á cuya subsistencia se provee no por miramientos, sino para que no se lance á desórdenes peligrosos, sin abrigo, sin lecho en que reclinarse, con los pies desnudos y cubierto de harapos, asiste á los circos y á los teatros, se baña en termas dignas de reyes, bebe y juega. Al recibir la infausta noticia de una derrota prorumpe en desgarradores gemidos, de que ya no conserva memoria al dia siguiente: tan luego como se anuncia una victoria, esclama con alborozo: *¡Viva Augusto! ¡Tendremos pan y juegos!*

Porque el pan y los juegos constituyen toda su existencia. En el curso del dia acude anhelante á espectáculos, de los cuales no ha podido el cristianismo desterrar la sangre: sobrelleva intrépidamente el sol y la lluvia; ni aun la noche le arroja de aquel punto, y abraza partido por los diferentes colores de los concurrentes con aquel furor que en otros tiempos le hacia declararse en favor de Graco ó de Opimio, de Ciceron ó de Clodio. Tres mil bailarinas y otros tantos músicos hacen la delicia de Roma, y solo ellos fueron objeto de una escepcion terminante, cuando una gran carestia hizo que fueran desterrados todos los extranjeros, inclusos los profesores de las diferentes artes liberales (27).

Si aun brillaba algun destello de vida en medio de aquella turba viciosa, pusilánime, arrogante, era en la enemistad que dividia á los cristianos y á los gentiles. En vez de ponerse unos y otros de acuerdo para la salvacion de la comun patria, atribuian los primeros todas las vicisitudes del imperio á la indulgencia de los césares respecto de los residuos de la idolatria, á la par que los otros hacian votos por el triunfo de los bárbaros con la esperanranza de que reconstruirian los derribados altares.

Asedio de Roma.—Se adelantó Alarico contra aquella ciudad que no habia visto ejércitos extranjeros hacia seiscientos veinte y cuatro años, cuando Aníbal enarboló las insignias de Cartago delante de la puerta Colina é interceptó toda especie de comunicaciones tanto con la campiña como por el Tiber. Los romanos que nunca habian podido imaginar que un bárbaro llegara á poner asedio á la ciudad reina del mundo, cual lo habia hecho en su orígen Porsena, se entregaron entonces á la desesperacion como acaece de ordinario. Como el vulgo pretende siempre hallar en circunstancias desastrosas una causa á sus males, acusó á Estilicon de haber llamado á Alarico, y á Serena, su viuda, de estar con él en inteligencia para vengar á su marido; fué de consiguiente reducida á prision, y el Senado la condenó á muerte. Crueles y acordes los romanos para el delito se mostraron divididos y pusilánimes en la defensa.

Iba aumentándose el hambre de dia en dia: distaban mucho de poder subvenir á tan inmensas calamidades la caridad de los fieles, y la de Leta, viuda del emperador Graciano, agotados ya los alimentos más repugnantes, se vió reducida la muchedumbre á la tristísima situacion de servirse de

(25) SÓCRATES, lib. V, 8.
(26) CLAUDIANO, *in Eutrop.*, I, 401.
(27) San Gerónimo recuerda á Filiston, Léntulo, Marullo y otros autores de comedias *biológicas ó etológicas (adv. Ruf.* lib. II), dramas en que se presentaban las costumbres de la vida doméstica y por lo que seria precioso conocerlas.

las cosas inmundas, y caia por las calles, donde la infeccion de los cadáveres insepultos engendraba enfermedades contagiosas. Oponíanse á los males las supersticiones, y afirmando unos augures etruscos haber salvado con sus ritos á la ciudad de Narni por haber atraido el rayo sobre el enemigo, llegaron á ofrecer obrar del mismo modo en Roma. Pompeyano, prefecto de la ciudad, consultó los libros pontificales con el fin de averiguar cual partido seria preferible en tan apurado trance; pero las sibilas que habian vaticinado la eternidad á Roma en la época de su nacimiento, ya no tenian voz sino para predecirle la muerte cuando estaba en la agonia. Habiendo declarado los arúspices que el cielo no podia ser aplacado más que por medio de públicos sacrificios, para cuya celebracion debia subir el Senado en cuerpo al Capitolio, ningun senador se atrevió á concurrir á la ceremonia, y fueron despedidos los etruscos. Todavia se esperaban socorros de Rávena, si bien salió fallida tan lisonjera esperanza, de cuyas resultas no quedó otro arbitrio que implorar la clemencia del rey godo.

A este fin se le enviaron en calidad de diputados el senador Basilio, y Juan, tribuno de los notarios, y habiendo dicho estos á Alarico: *¿No ves cuanta gente hay todavia dentro de Roma?* les dió por única respuesta: *Cuanto más espeso nace el heno mejor se corta;* y les intimó que le entregasen toda la plata y todo el oro que hubiera en el recinto de aquellos muros, público ó de los particulares, todos los objetos de precio y todos los esclavos bárbaros.

¿Y entonces qué nos dejas? preguntaron los diputados; y Alarico repuso: *La vida.*

No obstante, consintió en un armisticio, durante el cual quiso ceder á un sentimiento algo más humano. Redujo en su consecuencia la contribucion á cinco mil libras de oro, á treinta mil de plata, á treinta mil de pimienta, á cuatro mil ropajes de seda, y tres mil piezas de púrpura fina: además insistió en exigir la libertad de todos los esclavos bárbaros. Púsose á tributo á todos los ciudadanos á fin de completar aquel rescate, sin que fuera posible conseguirlo, ni aun á costa de los mayores afanes. En la crítica situacion hubo necesidad de recurrir á los ornamentos de los templos; muchas estátuas fueron fundidas, y entre otras la del Valor; deplorando los idólatras esa desaparicion como señal de que habia desaparecido la virtud romana.

Satisfecho Alarico con aquel precio levantó el sitio, y por espacio de tres dias consecutivos hubo mercado de víveres en los arrabales, lo cual permitió atestar los graneros públicos y los almacenes particulares, previendo nuevos reveses. Alarico hizo observar á sus tropas una rigurosa disciplina, prohibiendo todo insulto á los vencidos: enseguida enderezó sus pasos hácia la Etruria, donde tenia intencion de pasar el invierno. Cuarenta mil bárbaros, cuyas cadenas acababa de quebrantar en aquel momento, se incorporaron á su falange, no respirando más que venganza en contra de sus antiguos y rigurosos señores. Al mismo tiempo le traia su cuñado Ataulfo un refuerzo de hunos y de godos; y de esta suerte se encontró á la cabeza de cien mil hombres en el corazon de la desanimada Italia. Pero, como parecia que anhelaba la paz, fueron enviados espresamente tres senadores desde Roma á la córte de Rávena para solicitar el cange de rehenes y la celebracion de un tratado. Como base de éste pretendia Alarico el cargo de general de los ejércitos de Occidente, con una provision anual en dinero y en trigo, y la posesion de la Dalmacia, de Nórica y de Venecia, lo cual le hacia dueño del Danubio y de la Italia. Olimpio, ministro de Honorio, rehusó abiertamente acceder á tamaña exigencia, y aun hizo que partiera con direccion á Roma un cuerpo de dálmatas, fuerte de seis mil hombres, en pos de los negociadores; á cuyo aspecto amenazador irritados los bárbaros los envolvieron por todas partes y los mataron.

Poco después cayó Olimpio en la desgracia de Honorio, y fué desterrado; después recuperó su autoridad perdida: otra vez quedó sin valimiento, y espiró en el suplicio de los azotes, habiéndosele cortado antes las orejas. El emperador que no podia pasarse sin un amo, le reemplazó con Jovio, prefecto del pretorio. Entonces se llamó nuevamente á los gentiles y á los paganos para los mandos y las magistraturas. Gennerido, de origen bárbaro y profesando la idolatria, fué nombrado general de la Dalmacia, de la Panonia, de la Nórica y de la Retia; disciplinó las tropas, las animó con recompensas, dándoles á veces de su propio peculio para suplir la mezquindad de la corte, y atrajo á sus filas diez mil auxiliares hunos, bien provistos de víveres y de rebaños. Así se encontró en aptitud de proteger con éxito la frontera de la Iliria.

Pero muy lejos de secundar la corte tales esfuerzos se hallaba enteramente ocupada en innobles y peligrosas intrigas. A instigacion del prefecto Jovio, amotinados los guardias pidieron la cabeza de dos generales y de los dos primeros eunucos; estos fueron degollados; refugiáronse á Milan los otros. Produjo nuevas alteraciones dentro de palacio otro eunuco intrigante llamado Eusebio, como tambien el cruel Alobico, hasta el momento en que haciéndose enemigos por rivalidad mútua, fué el primero muerto á palos en presencia del mismo soberano del imperio. Su rival se entendió con el emperador de las Galias, Constantino, á fin de derrocar á Honorio, y le hizo bajar hasta las orillas del Pó, so pretesto de emprender la guerra contra los godos. Descubrióse en tanto aquella trama; y no atreviéndose Honorio, quien conocia sobradamente su impotencia, á castigar resueltamente á Alobico, dispuso una cabalgata, en medio de la cual mandó que fuera asesinado. Entonces echando pié á tierra se postró de hinojos y dió gracias á Dios, que le habia libertado de un traidor.

Alarico habia enviado nuevas proposiciones de paz por conducto del papa Inocencio I, y ya empezaba Jovio á entrar en negociaciones, cuando

impulsado Honorio por sus cortesanos, escribió al papa encomendándole que dispusiera del tesoro con tal de que no prostituyera á un bárbaro los honores militares de Roma. Alarico, á quien le fué enseñada esta carta, montó en cólera á su lectura, y rompió las negociaciones, vomitando su boca furiosas invectivas contra el imbécil emperador. Por otra parte la corte obligó á los principales oficiales á jurar, por la sagrada cabeza del soberano, no tratar en ningun tiempo y bajo ninguna condicion con el enemigo del imperio, sino al revés, hacerle una guerra implacable: tanta confianza infundian los pantanos de Rávena.

Segundo sitio de Roma —Pero el resto del imperio se hallaba entregado á merced de los bárbaros, y Roma vió nuevamente al terrible Alarico dirigirse en contra suya (409). Conservando todavia moderacion en la prosperidad y en la ira, siguió enviando obispos al emperador á fin de que salvara á la ciudad y á la Italia toda de una inevitable ruina, si bien fueron infructuosas todas las amonestaciones. Apoderóse, pues, del puerto de Ostia, é intimó á Roma rendirse á discrecion, so pena de ver destruidos de un solo golpe los almacenes de donde sacaba sus subsistencias. Hubo de ceder el Senado á los clamores del pueblo; y Alarico le ordenó que admitiera por emperador á Flavio Atalo, prefecto de la ciudad. Este nombró al bárbaro, que le habia creado emperador, general de los ejércitos de Occidente, y á Ataulfo capitan de sus guardias con el título de conde de los domésticos, esto es, de su guardia personal; de este modo pareció como si se protegieran mútuamente ambas naciones. Después de haber distribuido Atalo los empleos civiles y militares á sus íntimos parciales, convocó el Senado y declaró que su intento era hacer revivir la antigua magestad romana, y dilatar el imperio por el Egipto y por el Oriente, usurpados con grave detrimento suyo; necias fanfarronadas á que le impulsaban los bárbaros de quienes era juguete. Entretanto fueron enviadas tropas á Africa para asegurarse de su obediencia: Milan y el resto de Italia aceptaron con unánime consentimiento al nuevo augusto, quien procuró ganarse partidarios otorgando apoyo á los paganos y permitiendo otra vez sus asambleas. Hallábase acampado junto á Rávena, rodeado de batallones godos, cuando recibió de Honorio la proposicion de repartir con él las provincias occidentales; negóse á ello terminantemente, diciendo: «Deponga al instante la púrpura, y le concederé un tranquilo destierro en alguna isla remota.»

Tan perdida pareció la fortuna de Honorio que Jovio, su ministro, y Valente, su general, se pasaron á las filas de Atalo. De resultas se apoderó del hijo de Teodosio tal desaliento, que temblaba hallar un traidor en cada uno de sus amigos y de sus criados, y tenia buques al ancla, para trasladarse, si lo exigia la necesidad, al territorio sometido á su sobrino. Pero cambió de súbito el aspecto de las cosas. Cuatro mil veteranos, enviados (410) desde Oriente en su ayuda, desembarcaron en Rávena y se encargaron de su defensa. Las tropas poco numerosas despachadas por Atalo á Africa fueron completamente batidas por el conde Heracliano, que, estorbando la esportacion de granos, redujo al hambre á Roma, y dió márgen á una sublevacion del pueblo. Por otra parte Alarico concibió celos de su protegido, quien secundando algunas veces al Senado, parecia desconfiar de los godos, y otras prestaba oidos á los consejos de Jovio, elevado por él á la dignidad de patricio. De consiguiente en el instante en que era crítica hasta el ultimo estremo la situacion de Honorio, vió llegar las insignias imperiales de que Alarico habia despojado á Atalo, y que le enviaba en señal de paz.

Pero imbuidos los ministros del emperador en su estúpida soberbia le apartaron del designio de entrar en negociaciones: al mismo tiempo el godo Saro, enemigo de los Baltos y personalmente de Ataulfo alentaba á Rávena á que se defendiera; y aun para provocar al enemigo hizo una salida con poca gente, y aniquiló totalmente un cuerpo de ejército godo.

Saqueo de Roma.—Entonces tornó á presentarse Alarico bajo los muros de Roma sediento de venganza y de pillaje; y después de un largo asedio penetró en su recinto, gracias á la traicion de algunos esclavos (24 de Agosto) pasando por debajo de los arcos de triunfo erigidos siete años antes para celebrar el completo esterminio de su nacion. De esta suerte la ciudad de los césares fué entregada al furor, largo tiempo reprimido, de los bárbaros, después de haber saqueado al mundo por espacio de mil ciento sesenta y tres años. No obstante, Alarico ordenó que se economizara el derramamiento de sangre y se respetaran las iglesias de San Pedro y San Pablo. Desde este momento la religion de Cristo es la única salvaguardia de aquellos que la habian perseguido.

Habiendo penetrado un godo en la morada de una virgen de edad avanzada, le exigió oro: ella le condujo á un armario y mostrándole una gran cantidad, le dijo: *No haré empeño en retener aquello cuya defensa me es imposible; pero quiero que sepais que estos objetos están consagrados á San Pedro: si los tocais, caiga el sacrilegio sobre vuestra conciencia.* No se atrevió el bárbaro á tocarlos, y dió aviso de su descubrimiento á Alarico, quien mandó que fueran restituidos intactos á la iglesia del príncipe de los Apóstoles. Ofreció un espectáculo singular ver una procesion de aquellos feroces godos adelantándose desde el monte Quirinal entre dos hileras de soldados, mezclando bélicos gritos á las piadosas salmódias y volviendo en triunfo aquellos vasos al Vaticano; triunfo muy diferente de los anteriores, el cual anunciaba nuevos tiempos próximos á nacer del seno de las antiguas ruinas. Cristo triunfa allí donde las armas terrestres estaban reducidas á la impotencia, y tantas vidas salvadas bajo la protec-

cion de los santos asilos daban inequívoco testimonio del poder civil de la religion nueva.

Sin embargo fuera de aquellos refugios el furor de una soldadesca bárbara se abandonó á todos los escesos que destrozan comunmente á una ciudad tomada por asalto; y la cólera de tantos esclavos, que no respiraban más que odio, se hartó allí de sangre. Se hizo estensivo el saqueo desde las obras maestras de las artes más insignes hasta los muebles y las vestiduras de los particulares: oro, joyas, piedras preciosas, fueron echados en monton en la larga fila de carros que arrastraba en pos de su huella el ejército de los godos, mezclando todas aquellas alhajas con mesas de plata, alfombras y ropages de seda. El hacha ignorante del bárbaro hendió magníficos vasos y echó por tierra admirables estátuas. Hízose uso de tormentos atroces á fin de descubrir ocultos tesoros; se desmoronaron suntuosos palacios enmedio de las llamas: muchos hombres fueron pasados á cuchillo, mayor número de ellos quedó reducido á la esclavitud, salvo los que pudieron rescatar el afecto de sus deudos y la caridad religiosa. Muchas vírgenes y nobles matronas solo lograron libertarse de la deshonra por medio de una muerte voluntaria (28). Una dama de estraordinaria hermosura fué acometida por un mancebo godo, y le resistió de modo, que enternecido á la vista de la virtud tan acrisolada, la condujo sana y salva á su marido (29). Tambien fué invadida la casa de Marcela, la amiga de San Gerónimo, preguntándole los bárbaros donde habia escondido sus tesoros, y como respondiera que era demasiado pobre para poseerlos, empezaron á torturarla. Resignada á los tormentos se limitaba únicamente á suplicarles que no separaran de su lado á su hija Principia, por temor de verla ultrajada; y de tal manera partian el corazon sus apasionados ruegos, que ambas fueron conducidas al asilo de San Pablo (30).

Al sexto dia evacuaron la ciudad los godos, y cargados de botin, se encaminaron hácia la Italia Meridional por la via Apia, despojando y avasallando un pais que les brindaba cuanto puede seducir á un conquistador, y nada de lo que puede infundirle miedo. Una infinidad de italianos buscaba refugio en tierras más distantes, algunos en las islas ó en Africa, otros en Egipto, en Belen y en Constantinopla, y aquellos que habian podido libertar sus bienes de la devastacion, prestaban á los demás oportuno socorro. Gerónimo acogió á muchos de aquellos desterrados y les consoló en su infortunio. Compasivo ante el espectáculo de tantas miserias veia el cumplimiento de las profecias, y pensaba que estaba cercano el fin del mundo, con la ruina de Babilonia y de la prostituta del Apocalipsis. Empleáronse las riquezas de las iglesias en suministrar alimento á los pobres y en rescatar á los prisioneros. Después de haber perdido Proba, otra amiga de aquel santo, en el saqueo de la ciudad inmensos tesoros, cuando llegó á Africa distribuyó á los refugiados las rentas de vastas propiedades que poseia en aquel punto.

Lleno estaba el campamento de los godos de ciudadanos y de matronas de ilustres familias, que á la sazon esclavos y miserables juguetes de la fortuna, se veian reducidos á escanciar el vino de aquellas colinas, que ya no eran suyas, á los bárbaros; y, sentados éstos indolentemente bajo los plátanos, en los bosquecillos de laureles de las quintas de Ciceron y de Lúculo, gozaban las delicias de aquel hermoso cielo de Italia, prontos á lanzarse á nuevas lides y á nuevos estragos.

Muerte de Alarico.—Al llegar Alarico al estrecho de Mesina fijó sus ojos en Sicilia, que debia servirle de escala para trasladarse á Africa: pero una tempestad, que dispersó el primer convoy, hizo mirar á los godos con disgusto un elemento á que no estaban acostumbrados: luego la muerte de Alarico les apartó definitivamente de la idea de ir más lejos (412). Para dar sepultura al héroe torcieron el curso del Busentino, que baña los muros de Cosenza, abrieron una fosa en el cauce que habia quedado en seco, y depositaron allí á Alarico con ricos despojos: enseguida volvieron el rio á sus naturales orillas, no sin dar muerte á los esclavos á quienes habian ocupado en aquel trabajo, á fin de que nadie supiera por su conducto donde reposaba el que habia sido terror de Roma ni que su sepulcro fuera violado por póstumas venganzas (31).

Ataulfo.—Todos los sufragios de los godos se reunieron entonces en favor de Ataulfo, cuñado del jefe á quien habian perdido. Secundando á Alarico en sus designios habia concebido la posibilidad de cambiar un dia la faz del mundo, y de elevar sobre los resíduos del poder romano un imperio godo. Pero la esperiencia le habia enseñado que la fuerza que derruye no edifica: para formar un Estado se necesitan leyes é instituciones, á que sus compatriotas no estaban preparados todavia. Propúsose de consiguiente mereceria gratitud del mundo ayudando al imperio vacilante á cobrar aliento (32). Contuvo, pues, los golpes de la espada, ofreció la paz y su amistad á la córte imperial, que, á pesar de su insensato juramento, tuvo á dicha aceptar sus ofertas, y encargó á sus nuevos aliados la empresa de pelear contra los tiranos que habian usurpado el poder al otro lado de los Alpes. En virtud de esta comision sacó Ataulfo su ejército de Italia, después de recorrerla y asolarla por espacio de cuatro años; y en calidad de gene-

(28) San Agustin las desaprueba, *De civ. Dei*, II, 17.
(29) Sozomenes, IX, 10.
(30) San Gerónimo, *Ep.* 16, *ad Princ.* c. 6.
(31) Jornandes, *De rebus geticis*, c. 30.
(32) Esto fué lo que dijo á un narbonense, quien se lo contó á San Gerónimo en una peregrinacion á Tierra Santa en presencia de Orosio, que nos lo ha trasmitido. Libro VII, 43.

ral romano ocupó á Narbona, Tolosa, Burdeos, y todo el pais desde Marsella hasta el Océano. Sin embargo, los godos no talaron menos las campiñas como aliados que como enemigos, unas veces bajo pretesto de rebeliones, otras por indisciplina: eran gentes que durante su larga residencia en el imperio habian contraido vicios, no costumbres cultas.

Ataulfo se habia enamorado de Gala Placidia, hija de Teodosio y de Gala, que, nacida en la púrpura, habia querido tomar parte en los acontecimientos políticos, cuando sus hermanos indolentes los abandonaban al acaso. Hallábase dentro de Roma cuando llegó á asediarla Alarico por la vez primera; y por ligereza ó crueldad, asintió al suplicio de Serena, su prima. Hecha prisionera por los godos, fué tratada con miramiento y blandura, lo cual debió tal vez á la proteccion de Ataulfo, quien no tardó en prendarse de ella. Al solicitar su mano, los ministros de Honorio le disuadieron de la idea de consentir tan indigno parentesco, si bien Placidia pensó de distinta manera, y el matrimonio fué estipulado antes de que los godos traspusieran los Alpes: después se celebró solemnemente en Narbona. Vestida Placidia de emperatriz, tomó asiento sobre un espléndido trono; y más abajo, aunque cerca de ella, Ataulfo con traje á la romana, que ofreció á su esposa por dote nupcial los despojos del imperio. Cincuenta mancebos de esplendente hermosura, vestidos de seda, llevaron cada uno de ellos dos bandejas llenas, una de monedas de oro, y otra de piedras preciosas. El coro de los epitalamios era dirigido por Atalo, aquel emperador destronado, el cual no se habia desdeñado de convertirse en cortesano del rey de los godos.

Pensábase en Italia en aplicar remedio á llagas que por lo recientes manaban sangre, y Campania, Etruria, Piceno, Samnio, la Pulla, la Calabria, el Abruzo, la Lucania, que habian padecido más en aquel duro trance, fueron eximidas del impuesto, salvo un quinto para el servicio de postas públicas. Las tierras vacantes fueron concedidas á los vecinos ó á los forasteros con exencion de contribuciones, y asegurándolos contra toda demanda que pudieran promover sus antiguos poseedores. Se echó un velo sobre las faltas cometidas durante las últimas turbulencias, y se mostró empeño en proporcionar algun alivio á la antigua capital del mundo, donde abundaron víveres procedentes de Africa. Tornaron en tropel al seno de aquellos muros sus moradores, hasta tal estremo, que llegaron no menos de catorce mil en un solo dia (33).

Pero ¿cómo era posible lisongearse de una mejora duradera en medio de tan inminentes peligros? Violando el conde Heracliano la fe que habia conservado constantemente á través de las circunstancias más críticas, hizo que se sublevara Africa: no contento con detener la esportacion de trigos para Italia, botó al mar una escuadra (34), desembarcó en la embocadura del Tíber y se dirigió sobre Roma. Pero fué derrotado por las tropas imperiales que se adelantaron á su encuentro, y huyó al Africa, donde cayó prisionero y se le cortó la cabeza.

Constancio.—Redundó esta victoria en honor de Constancio, quien gobernaba á su vez á Honorio después de la muerte de Alobico. Este ilirio, gallardo y robusto, como cumple serlo para agradar á la muchedumbre, sabia grangearse su afecto por la afabilidad de sus modales y el ingenio de sus agudezas. Su valor y su habilidad eran tales que, mientras conservó la direccion de los negocios, no solo estuvo Italia al abrigo de nuevas invasiones, sino que puso nuevamente bajo la dominacion imperial á muchas provincias.

Ante todo atacó á las Galias. El emperador Constantino, que poseia allí la pequeña parte que habian dejado intacta los bárbaros, no habia pensado en libertar á aquel territorio de los vándalos, de los suevos, de los alanos, y de otras hordas procedentes del otro lado del Rhin, sino solamente en unirse unas veces á estos y otras á aquellos para resistir á Honorio. Constante, su hijo, sometió fácilmente la España, que dejó tranquila entre las montañas y el mar, al conde Geroncio, revestido con el título de gobernador. Peró éste tardó muy poco en sublevarse y confirió la púrpura á un tal Máximo (octubre de 409), lo cual trajo consigo la guerra.

Vándalos en España.—Mientras se peleaba allí con encarnizamiento, los suevos, los alanos y los vándalos comenzaron á ejercer estragos en la Galia: llamados posteriormente por Geroncio, ó acosados por su propia codicia, salvaron los Pirineos, espulsaron á Constante y se apoderaron del pais y de las florecientes ciudades de Mérida, Córdoba, Sevilla, Tarragona. Además, dividieron la Península sacando las provincias por suerte. Tocó Galicia á los suevos: Portugal y Cartagena á los alanos; á los silingos, tribu vándala, la Bética, que tomó de ellos el nombre de Vandalusia. Sometiéronse muchos naturales, después de haber recibido sobre los Santos Evangelios el juramento de que serian bien tratados, y la dominacion bárbara pareció á los españoles una ventura, tras la sabia opresion de los magistrados romanos.

Constantino llamó para combatir á Geroncio, á los alemanes, y á los francos; peró antes de que tuvieran espacio de llegar en contra suya, Geroncio habia derrotado (411) y muerto á Constante, y asediaba á su padre en Arlés. A este tiempo sobrevino de Italia Constancio, ministro de Honorio, igualmente enemigo de ambos usurpadores. Abandonado Geroncio por sus soldados, se vió en la absoluta necesidad de apelar á la fuga. Acometido

(33) Olimpiodoro, en Focio.

(34) Orosio dice que era de tres mil doscientas velas; Marcelino de setecientas.

con un escaso número de esclavos dentro de su casa, y rodeado de llamas, mató á Nonichia, su esposa, la cual le aconsejó que la sustrajera de este modo á la brutalidad del enemigo, y en seguida se dió muerte con su propia mano. Habiendo conseguido Máximo escapar de tamaño peligro, fué después restablecido en el trono por los nuevos invasores de la España, y entregado luego á Honorio, quien mandó que fuera degollado, no sin ofrecerle antes en espectáculo á Rávena y Roma. Cogido tambien prisionero Constantino en Arlés, fué enviado á Italia y muerto, aunque habia creido hacer sagrada su persona ordenándose de sacerdote.

Temeroso el ejército de los francos y de los alemanes, quienes acudian para secundarle, que todos los esfuerzos del enemigo se tornaran en contra suya, revistió con la púrpura en Metz al galo Jovino (setiembre de 411), quien al punto salió á campaña con cuantas fuerzas le fué posible reunir de pronto. Constancio emprendió la retirada; pero Ataulfo, que volvia entonces de Italia (412), tuvo la fortuna de enviar la cabeza del nuevo usurpador á su cuñado. Después de haber vivido Atalo innoblemente en el campamento de los godos, abandonado por Ataulfo, fué llevado á presencia de Honorio, quien le espuso al público, para que en su capital fuera objeto de risa, mandándole cortar dos dedos antes de desterrarle á Lípari.

De esta manera Honorio, tan desprovisto de la lozania y robustez del cuerpo como de las luces del espíritu, triunfó en el trascurso de cinco años de siete competidores. Cuando debia mostrarse agradecido con Ataulfo y cultivar su amistad, le exasperó pretendiendo que le restituyera á Placidia. Impelíale á seguir esta conducta Constancio, que aspiraba á la mano de aquella princesa, con el pensamiento de adquirir así derechos para encumbrarse al trono.

Fin de Ataulfo.—Ataulfo rompió al fin con el imperio, y habiendo tomado Constancio la precaucion de asegurarse á retaguardia celebrando la paz con los bárbaros procedentes de la orilla izquierda del Rhin, consagró todos sus afanes á estrechar vivamente á los godos. Entonces se lanzó Ataulfo al otro lado de los Pirineos, y se apoderó de la ciudad de Barcelona; pero tuvo el acerbo dolor de perder allí un hijo: con posterioridad un hermano de Saro, enemigo personal suyo, llamado Sigerico, á quien habia acogido á su lado á impulsos de una generosidad imprudente, le asesinó (415).

Su matador le sucedió en el mando, y degolló á los seis hijos de Ataulfo, arrancándolos inhumanamente de los brazos del obispo Sigesario. Vióse obligada la soberbia Placidia á andar á pié doce millas en medio de una turba de mujeres esclavas, delante del caballo del asesino de su esposo: pero despues de siete dias de dominacion fué á su vez degollado y sustituido por Walia, que enemigo declarado de los romanos, recorrió hasta el mar la España. Allí asaltó su mente el proyecto de Alarico de trasladarse al Africa con toda su hueste, si bien le apartaron de este designio las tempestades y los naufragios. Decidióse, pues, á entablar negociaciones con Constancio (416), comprometiéndose á entregarle Placidia, á combatir en favor de Honorio á los bárbaros de España, y á dar rehenes á condicion de obtener en cambio seiscientos mil modios de trigo, y un territorio donde pudieran establecerse sus guerreros.

Walia atacó en la Bética á los silingos, esterminándolos totalmente, y restituyó el pais á los romanos, no sin entregarles tambien el rey vencido. Redujo á los alanos de la Lusitania á tan estremado apuro (418), que hubieron de retirarse á Galicia, donde se mezclaron con los vándalos. Honorio celebró el triunfo en virtud de estas victorias en el Capitolio, y Walia recibió de órden suya la Aquitania con Tolosa, para que fijara allí su residencia (419). Pero este jefe murió en el curso de aquel mismo año, y tuvo por sucesor á Teodorico I, hijo tal vez de Alarico, el cual consolidó y ensanchó considerablemente el poder de los visogodos.

Hácia esta época se establecieron en la Galia los francos y los burgundios. Honorio concedió á estos la Germania Primera, desde cuyo punto se estendieron poco á poco por el hermoso pais que aun hoy lleva el nombre de Borgoña. Convertidos al cristianismo no tardaron en prosperar, especialmente á contar desde el instante en que el rey Gundecaro logró formar un solo pueblo de sus diferentes tribus. Imitáronles los francos después de haber combatido á los enemigos de Roma; y habiendo saqueado primero á Tréveris sin obstáculo, ocuparon lentamente toda la Segunda Germania. Al instalarse estos feroces guerreros en las tierras de una nacion que perdia su nombre como pueblo, estinguieron la prosperidad primitiva del territorio, aun cuando no tomaran más que el título de huéspedes y reconocieran ser deudores de fidelidad al emperador de Occidente, de quien eran capitanes sus reyes.

Habiendo quedado desguarnecida de tropas la isla de Bretaña cuando el usurpador Constantino se trasladó con todas sus fuerzas al continente, los pictos y los caledonios se lanzaron de sus montañas, al tiempo que los piratas sajones y los hibernios desolaban las costas. En su consecuencia enviaron los bretones súplicas á Honorio, á fin de que les permitiera defenderse con sus propios recursos, lo cual les otorgó, encomendándoles que proveyeran á la salvacion de la patria. Su ejemplo fué imitado (420) por los armóricos, pueblo que ocupaba en la Galia el territorio situado entre el Loira, el mar y el Sena: espulsaron de allí las guarniciones y los exactores, y luego se gobernaron por sí mismos. Después de haber domeñado Constancio á los usurpadores, pudo momentáneamente sujetar de nuevo á la servil coyunda á los armóricos; pero inconstantes como eran y enemigos de todo yugo no tardaron en sacudirlo cual

antes lo habian hecho (35). Desde entonces ya no fué la Bretaña del dominio de los romanos; como independiente fué gobernada por el clero, por la nobleza y por las autoridades municipales.

De este modo iba cayendo pedazo á pedazo el coloso romano. Habíanse abandonado las cinco provincias de Bretaña; de siete solo quedaban tres en España, y aun habia que contar muy poco con ellas. De las diez y siete provincias de la Galia, una se habia declarado independiente, tres estaban ocupadas por los visogodos, otras tantas por los francos y sus aliados; la Germania Primera y una parte de la Máxima de los secuanos habian sido invadidas por los alemanes y por los burgundios. Para conservar el resto osó Honorio introducir en el gobierno del pais apariencias de libertad. Ordenó á la Aquitania y á la Narbonense que convocaran anualmente una asamblea en Arlés, desde el 15 de agosto hasta el 13 de setiembre, compuesta del prefecto del pretorio en las Galias, de los gobernadores de las siete provincias, de los magistrados, quizá de los obispos de cerca de sesenta ciudades, y de un número indeterminado de ciudadanos, para la interpretacion y la promulgacion de las leyes; especie de representacion nacional desconocida en el imperio, y que hubiera bastado á regenerarlo, si hubiera sido instituida en tiempo más oportuno y de una manera menos ilusoria. Pero del asombro esperimentado por Honorio al ver cuan poco caso hacian aquellas provincias de tan precioso privilegio, solo participarán los que no saben hasta qué punto son vanas é insultantes las formas de la libertad bajo gobiernos arbitrarios.

Entretanto Constancio en Italia se ocupaba activamente en realizar sus deseos, no de cariño, sino de ambicion, solicitando la mano de Placidia, de que al cabo fué dueño (421): ella obedecia en este acto la órden espresa de Honorio, el cual confirió tanto á ella como á su esposo el título de augusto. Sin embargo, cuando sus imájenes fueron enviadas á Constantinopla, Teodosio II no se dignó admitirlas, y se habia hecho inminente la guerra cuando exhaló (2 setiembre) Constancio el último aliento en medio de sus preparativos militares.

Muerte de Honorio.—Tan luego como hubo terminado la existencia del que por espacio de once años habia sostenido la debilidad de Honorio, empezaron de nuevo á agitarse numerosas intrigas en el seno de la córte. Placidia, á quien profesaba su hermano una amistad tan vehemente que la malignidad hallaba en ella asunto de severa censura, fué mal servida por envidiosos que al fin consiguieron convertir aquel acendrado cariño en profundo odio. Hasta tal punto llegaron las cosas, que despues de muchos disturbios y de discordias, se vió obligada á buscar con sus hijos un asilo en la córte de Oriente (15 de agosto de 423). Honorio, que en el curso de su largo reinado, jamás habia hecho cosa alguna más que á impulsos de sus allegados, no sobrevivió mucho tiempo á su partida. A fin de hacer el pueblo objeto de burla su voluptuosa indolencia, contaba que, al saber la toma de Roma por el enemigo, se mostró inconsolable hasta que se cercioró de que se trataba de la antigua metrópoli del mundo, y no de su gallina favorita, á la cual habia dado este nombre (36).

Sus leyes.—Una de sus leyes prohibió el comercio á las personas de elevada clase, no como deshonroso, sino porque les esponia á hacerse, respecto de los demás, delincuentes de desafueros (37). Otra permitia á todo el que hallara leones en sus tierras darles muerte, aunque no cogerlos para traficar con ellos, teniendo más en cuenta la ventaja de los pueblos que los placeres imperiales (38). Es especialmente digna de atencion otra ley por la cual recomienda que todos los domingos sean llevados los presos á presencia de los jueces para saber si algo les falta, y conducidos al baño, y por la cual encarga vigilen la ejecucion de estas disposiciones los obispos, que se las habian sugerido sin duda. Otra ley preceptua á los obispos tener cuidado de que los esclavos cristianos no sean maltratados cuando regresan á sus casas (39).

Puede decirse que el paganismo recibió el golpe de gracia en sus tiempos. Arcadio ordenó derribar los templos, tanto en las ciudades como en las campiñas, y emplear sus materiales en la reparacion de puentes, de caminos reales, de acueductos y de las murallas de las ciudades. Despojóse á los ministros de los ídolos de todo privilegio y se prohibió bajo las más graves penas todo culto supersticioso (40). Honorio amenazó por su parte con la pena capital á todo el que sacrificara á los falsos dioses; abolió las rentas de los templos, y destinó á usos públicos estos edificios, castigando á los funcionarios que toleraran los sacrificios, y encargando á los obispos el impedir que fueran celebrados (41). En su consecuencia fueron demolidos

---

(35) El monge Errico pinta de este modo su carácter en la vida de San German, lib. V.

Gens inter geminos notissima clauditur amnes
Armoricana prius veteri cognomine dicta,
Torva, ferox, ventosa, procax, incauta, rebellis,
Inconstans, disparque sibi novitatis amore,
Prodiga verborum, sed non et prodiga facti.

(36) Procopio; *De bello gothico.*

(37) *Cod. Justin.*, IV, 63, l. 3.

(38) *Cod. Teod.*, XV, 12, l. 1.

(39) Idem, *de cust. reor.*, l. 9.—Cod. Just. *de episc. aud.*, l. 11.

(40) *Cod. Teod.*, XVI, 10, l. 13 y sig.

(41) Esta es la ley que reconoció oficialmente el cristianismo como la única religion dominante: *Templorum detrahantur annonæ, et rem annonarium jubente, expensis devotissimorum militum profuturæ. Simulacra, si qua etiam nunc in templis fanisque consistunt, et quæ alicubi ritu vel acceperint vel accipiunt paganorum, suis sedibus evellantur, cum hoc repetita sciamus sæpius sanctione decretum. Ædifi-*

muchos templos; otros fueron consagrados al culto del verdadero Dios, como el de la diosa Celeste en Cartago; edificio notable, que, célebre por la devocion de los fieles, ocupaba con sus dependencias un espacio de dos millas cuadradas.

---

cia ipsa templorum, quæ in civitatibus, vel oppidis, vel extra oppida sunt, ad usum publicum vindicentur; aræ locis omnibus destruantur; omniaque templa in possessionibus nostris ad usus adcommodos transferantur; domini destruere cogantur. Non liceat omnino in honorem sacrilegi ritus funestioribus locis excercere convivia, ved quidquam solemnitatis agitare. Episcopis quoque locorum, hæc ipsa prohibendi ecclesiasticæ manus tribuimus facultatem; judices autem XX *librarum auri pœna constringimus; et pari forma officia eorum, si hæc eorum fuerint dissimulatione neglecta. Dat.* 17 *kal. dec. Romæ* (408). Cod. Teod., XVI, 10, l. 19.

CAPITULO XIV

ARCADIO.—TEODOSIO II.—VALENTINIANO III

No se hallaba á la sazon en circunstancias menos azarosas el imperio de Oriente. La monarquia, á que no oponia obstáculo ningun recuerdo de antiguos privilegios, obraba allí con mas segura confianza que en las provincias occidentales; á la par que estas abarcaban paises que apenas habian salido de la barbarie, el imperio de Oriente se dilataba sobre reinos famosos por su antiguo renombre ó por su ciencia; pero toda la ventaja que sacaba de esto se reducia á sutilezas sofísticas, á ejemplos de intrigas, de sumision absoluta y de lujo estravagante. Una diadema de oro recargada de diamantes orna las sienes del sucesor de Constantino, enteramente vestido de púrpura y de seda tachonada con dragones bordados de oro: lleva brazaletes y zarcillos de estraordinario precio: su trono es de oro macizo: de oro tambien, á lo menos en apariencia, eran las lanzas, los escudos, las corazas, los arreos de los caballos para uso de los cortesanos, de los guardias, de los ministros, que rodean al monarca cuando se presenta en público. Dos mulas de estremada blancura con aparejos maravillosos tiran de su carro de oro con cortinaje de púrpura, blanca alfombra y adornado de enormes piedras preciosas. Cubre polvo de oro el pavimento de los salones, de las escaleras, de los patios del palacio, donde acuden las personas opulentas á arrastrarse á las plantas de algun eunuco favorito (1).

¿Era bastante toda aquella pompa á encubrir la ineptitud del jóven Arcadio? Incapaz de obrar por sí, se confiaba, como Honorio, á favoritos que alternativamente se enseñoreaban del poder para engolfarse á su antojo en innumerables abusos.

(1) Estos detalles han sido entresacados por el Padre Moutfaucon de las obras de San Juan Crisóstomo.

Después de la caida de Rufino, como ya hemos dicho, se dejó gobernar por el eunuco Eutropio, quien, no contento con el influjo secreto ejercido por sus iguales bajo los príncipes anteriores, aspiró á ser magistrado general. Viósele presentarse en el Senado para pronunciar allí fallos; delante del ejército cubierto con una armadura, menoscabando y envileciendo de este modo las más altas dignidades á los ojos de amigos y de enemigos. A él habia necesidad de dirigirse para obtener grados, favor ó justicia. Erigíale la adulacion estátuas de mármol y de bronce, pregonando las virtudes cívicas y militares del tercer fundador de Constantinopla. Hubo sin duda de mover á risa oirle cómo se titulaba padre del emperador, á la par que debió causar espanto ver condecorado con el nombre de cónsul á aquel eunuco, poco antes esclavo (2). Honorio se negó rotundamente á reconocerle como tal y hasta declaró como no llegadas á Occidente las órdenes procedentes de Constantinopla, san-

(2) Claudiano representa á Roma dirigiéndose á Horacio y exclamando:

Inter Arintiæ fastus, et nomen herile,
Servus erit...
Si nil privata movebunt,
At tu principibus, nostræ tu prospice causæ,
Regalesque averte notas...
Contagia fascibus, oro,
Defendas ignava tuis...
Nam quæ jam bella geramus
Mollibus auspiciis? quæ jam connubia prolem,
Vel frugem latura seges? quid fertile terris,
Quid plenum sterili possit sub consule nasci?...
Eunuchi si jura dabunt, legesque tenebunt,
Ducant pensa viri.

In Eutrop., I.

¡Elegantes sofismas!

cionando esplícitamente de este modo la separacion de los dos imperios.

Entretanto Eutropio acumulaba enorme cantidad de riquezas, traficando con la justicia, los empleos, las provincias, y confiscando los bienes de aquellos contra quienes suscitaba acusadores. Segun acontece á todos los advenedizos, ajaban su vanidad los autores de su fortuna. Hizo pues que Abundancio, general y cónsul, saliera desterrado: Timasio, que habia acreditado su denuedo contra los godos, fué perseguido como conspirador y enviado al Africa. Temiendo luego Eutropio el ódio, que habia merecido, obtuvo que decretara su soberano la pena de muerte contra cualquiera que atentara á la vida de uno de aquellos á quienes el emperador consideraba como parte de sí propio; lo cual estendió hasta lo infinito los crímenes de lesa magestad. Como tambien se aplicaba esta ley al caso de ofensas privadas, alentó á los agentes imperiales de inferior categoria á oprimir á aquellos á quienes no era lícita la resistencia. Además la amenaza no se atuvo únicamente á los actos; hízose estensiva á los pensamientos, á todo el que teniendo noticia de una tentativa culpable no la revelara, ó solicitara el perdon de un traidor. Con arreglo al raciocinio del emperador los hijos hubieran debido ser de igual modo reos de muerte, atendido á que infundian sospechas de imitar á sus padres (3); pero la clemencia soberana les hacia gracia de la vida, si bien declarándoles incapacitados de recibir herencias ó mandas, ni honores ó hacienda de ninguna especie. Así eran abandonados á la pobreza y al menosprecio, marcados con una infamia hereditaria, á fin de que contemplaran la vida como una calamidad y la muerte como un consuelo.

Esos inícuos edictos, que no olvidó la tirania insertar en los códigos Teodosiano y Justiniano, suministraron posteriormente el modo de cubrir con cierto barniz de antigüedad respetable recientes injusticias, y fueron empleados en la moderna Europa para sofocar justos deseos y libertades racionales. Eutropio solo les debió un debilísimo socorro para retardar su ruina.

Los ostrogodos, á quienes Teodosio habia acantonado en la Frigia, eran víctimas de la más roedora envidia, al ver como se enriquecian de tan imprevista manera los soldados de Alarico. Ofendido su jefe Tribigildo del frio recibimiento que se le habia hecho en la corte de Constantinopla, los sublevó, llevándoles á saquear toda el Asia Menor. Resistiendo los habitantes de la Panfilia en su propio nombre á aquellos bárbaros, á quienes no oponia el imperio ejército ninguno, los pusieron en derrota; pero reforzado Tribigildo con nuevas hordas tornó á aparecer formidable como nunca; hasta circulaba ya el rumor de que su intento era trasponer el Tauro é invadir la Siria, ó acaso armar una escuadra en los puertos de la Jonia y hacer destrozos á lo largo de las costas.

Eutropio, respetando como bárbaro á aquel á quien habia vilipendiado como civilizado, trató de seducirle con promesas y regalos; pero todo fué rechazado. Entonces convocó un consejo de guerra, y puso á cargo del godo Gainas, autor del asesinato de Rufino, la defensa de la Tracia y del Helesponto. Leon, su favorito, sobrenombrado Ayax por su vigor estraordinario, fué investido con el mando de todas las fuerzas de Asia. Este Leon no juntaba ninguna habilidad militar á su personal bravura; y Tribigildo, que se hallaba cercado por los aldeanos de la Pisidia, acostumbrados á batirse aisladamente y diestros conocedores del terreno, y reducido de consiguiente al último apuro, cayó por sorpresa sobre Leon y le destruyó totalmente.

Gainas, que alimentaba hacia bastante tiempo disposiciones hostiles contra el eunuco favorito, en vez de atacar á Tribigildo, su deudo y compatriota, se entendia con él y exageraba el peligro para asustar á la corte, hasta el momento en que se declaró impotente en contra de tan formidables fuerzas. Tratóse, pues, de entrar en negociaciones con el bárbaro, quien por primera condicion exigió la cabeza de Eutropio. Eudoxia, mujer de Arcadio, denunciando al eunuco como delincuente de haberla ultrajado, determinó al marido á pronunciar su sentencia, y todos los que durante cuatro años se habian visto precisados á guardar silencio aplaudieron unánimemente este acto.

Caida de Eutropio, 399.—En el momento en que Eutropio iba á ser detenido, viéndose desamparado de todos, se refugió dentro de un templo, asilo á que vanamente habian recurrido otros para guarecerse contra sus persecuciones. Juan Crisóstomo, á la sazon obispo de Constantinopla, subió al púlpito y pronunció delante de una inmensa muchedumbre de fieles una admirable homilia, para poner de manifiesto en el ministro caido la vanidad de las vanidades, y la nada de las grandezas humanas. Su especial intencion propendia á inducir á los que habian sido ofendidos por el eunuco á perdonar á aquel hombre tan soberbio poco antes, y que en la actualidad abatido, pintado en su rostro el terror de la muerte, permanecia trémulo, balbuciente y encogido sobre la mesa del ara. «¿Dónde están ahora, decia á Eutropio, aquellos que te servian y cuidaban de abrirte paso por las calles? ¿Qué se hizo de aquellos que te encomiaban? Han huido y reniegan de tu amistad, y aun aspiran á salvarse á tu costa. No sucede lo mismo con nosotros: la Iglesia, á la cual hiciste guerra, se abre para darte amparo. Te han hecho traicion los teatros á que tanta aficion mostraste, en que invertiste tantos fondos, y por los cuales te irritaste tantas veces contra nosotros. Si me espreso en estos tér-

(3) *Filii vero, quibus vitam imperatoria specialiter lenitate concedimus, paterno enim deberent perire supplicio, in quibus paterni, hoc est hereditarii criminis exempla metuantur...* Cod. Teod., l. IX, 14, *ad leg. Corn. de sicariis*, l. III; Cod. Just., IX, 8, *ad leg. Juliam maj.*, l. V.

minos no es para hollar con mi planta á los que yacen por tierra, sino para sostener á los que se encuentran en pié todavia.»

Proponiéndose acto contínuo mover á lástima á sus oyentes, añadia:—«¿Direis por ventura que obra suya es la abolicion de este asilo? Pero tambien ha aprendido por escarmiento propio el mal que ha causado, puesto que deroga actualmente de hecho sus propias leyes, y su desgracia viene á ser una leccion para todos. Parece el altar más terrible con este leon sujeto á la cadena: es una imágen del príncipe que humilla bajo su planta á los bárbaros avasallados... ¿Hé ablandado vuestros corazones? ¿He estirpado de ellos todo vestigio de ira? ¿He excitado vuestra compasion? Me lisonjea creerlo; y me dan testimonio de ello la espresion de vuestros rostros y las lágrimas que resbalan por vuestras mejillas. Corramos, pues, juntos á los piés del emperador, y oremos al Dios de las misericordias, á fin de que conmueva su pecho y nos otorgue su perdon sin restriccion de ninguna especie. Ya al saber que Eutropio habia buscado refugio en el lugar santo, ha derramado lágrimas y ha calmado á los cortesanos que le escitaban á arrancarle la vida. ¿Os negareis acaso á otorgarle perdon?... ¿Cómo merecereis vosotros que se os perdone, y como podreis acercaros á los santos misterios á pedir indulgencia para vuestros pecados? Oremos más bien á Dios para que libre á este desventurado y le conceda tiempo para purgar sus culpas.»

Hizo la religion que la causa de la humanidad prevaleciera; y Eutropio obtuvo promesa de la vida; pero como delincuente de haber deshonrado los nombres de cónsul y de patricio, fueron derribadas sus estátuas, confiscados sus bienes y se le desterró á la isla de Chipre (17 de enero). Nada de esto bastó á Eudoxia; antes bien hizo que fuera llamado otra vez á Calcedonia y que se le formara proceso. Declarado culpable de haber uncido á su carro los animales sagrados, reservados solo para el emperador (4), fué condenado á muerte bajo el sutilísimo pretesto de que la promesa de la vida no se estendia más allá de Constantinopla.

Ni aun con esto se dió Gainas por contento: habiéndose declarado en abierta rebeldia se incorporó á Tribigildo y avanzó en su compañia hasta el Helesponto y el Bósforo. Arcadio concibió tal susto al saber esta marcha, que se avino á tener con él una conferencia en la iglesia de Santa Eufemia, cerca de Calcedonia. Acordóse entre ellos que el emperador le entregaria las personas de Aureliano y de Saturnino, ministros consulares, como tambien la de Juan, secretario íntimo de Arcadio, y que los godos serian trasladados á Europa. Nombrado Gainas general de los ejércitos romanos, revestido con las insignias consulares, hizo su entrada en Constantinopla á la cabeza de sus tropas, y distribuyó á su albedrio honores y recompensas. Mandó que fueran llevados al suplicio los tres leales servidores del emperador, y en el momento en que el verdugo iba á descargar el golpe mortal sobre ellos, les puso en libertad. Quizá fué inducido á observar esta conducta por la súplica de Juan Crisóstomo, que vuelto entre sus ovejas, les decia: *Soy el padre comun y me corresponde pensar, no solo en los que están en pié, sino tambien en los que caen. Por eso he permanecido durante algun tiempo ausente de vosotros, haciendo viajes; empleando tanto los consejos como las súplicas para libertar de la muerte á los principales del imperio.*

¡Circunstancias singularísimas aquellas en que un rey abandonaba á la venganza particular sus favoritos y los salvaba un sacerdote!

Entretanto al querer Gainas realizar la pretension de poseer una iglesia donde los suyos pudieran celebrar con arreglo á los ritos arrianos, volvieron á empezar los debates borrascosos, todavia más escitados por el temor que inspiraba la mal disimulada codicia de los godos. Con efecto, llevaron estos su audacia hasta el punto de querer prender fuego al palacio imperial para saquear sus tesoros; pero sublevados los ciudadanos arrancaron la vida á siete mil de ellos, hicieron que fuera declarado enemigo público Gainas, y confiaron el mando del ejército á Fravita, godo cuya lealtad no se habia desmentido. Gainas, que habia logrado escaparse, no abrigó más pensamiento que el de tomar resuelta y señalada venganza; aunque encontrando en las plazas de la Tracia un obstáculo á sus rapiñas, y reducido con su ejército á una estremada escasez de víveres, se aventuró á atravesar el Helesponto en balsas construidas á toda prisa. A la mitad de la travesia le atacaron las galeras de Fravita allí apostadas, y puesto en derrota pensó Gainas con algunos pocos que le fueron fieles en recobrar la libertad huyendo á las nativas selvas. Después de pasar á cuchillo á los auxiliares, de quienes dudaba, se dirigió sin descargar un solo golpe hácia la Tracia, pero le salió al paso Uldino, rey de los hunos: empeñóse entre ambos un encarnizado combate, donde Gainas fué muerto y el vencedor envió (1.° de enero de 401) su cabeza á Constantinopla, que respiró al fin con desahogo.

Juan Crisóstomo.—Entonces pudieron reanudarse las intrigas de palacio, que en lo sucesivo vienen á ser el hecho más importante de su historia; y Eudoxia quedó árbitra de los consejos de su esposo, que dormia con los ojos abiertos. Como ya hemos dicho, el voto público habia elevado á Juan Crisóstomo á la sede de Constantinopla, llamándole de la de Antioquia, ciudad poseida de amor hácia sus virtudes y su elocuencia; pero su encumbramiento habia desagradado á todos los que con el oro y las intrigas ambicionaban tan alta dignidad. El atrevimiento con que anatematizaba el vicio, le habia atraido la enemistad de aquellos cuya conciencia no estaba limpia, y especialmente de los magistrados, de los favoritos y de las da-

(4) Zósimo, V. Filostorgio, XI, 6.

mas de corte, que podian creerse designados personalmente en la pintura dramática de los vicios. Los sacerdotes, á quienes habia prohibido tener mujeres por domésticas; los monges, á quienes echaba en cara su existencia vagabunda y ociosa en Constantinopla; los obispos de su provincia, de los cuales habia depuesto á trece, reprendiendo á los demás á consecuencia de la relajacion de la disciplina, murmuraban contra el austero pastor que oponia al lujo y á la licencia una santidad irreprensible, un rigor monástico en sus costumbres y en su alimento, y aplicaba lo supérfluo á los hospitales.

Teófilo, arzobispo de Antioquia, aquel cuyo inmoderado celo produjo la ruina de tantas obras maestras, destruyendo el templo de Serapis en Alejandria, habia tenido algunas disensiones personales con Crisóstomo, y veia con envidia á la iglesia de Constantinopla arrebatar á la suya el segundo lugar que habia ocupado hasta entonces en el mundo cristiano. Apasionado contra los origenistas que en cambio se inclinaban más al Crisóstomo, púsose á la cabeza de los descontentos, y á instigacion de la emperatriz, particularmente hostil á Crisóstomo por creerse aludida bajo el nombre de Jezabel en sus discursos, desembarcó en Constantinopla con una tropa de marinos egipcios y bastante número de obispos, á fin de ser sostenido con sufragios y con la fuerza, en un sínodo convocado en Calcedonia. Cuarenta y siete imputaciones fueron alegadas contra el santo; su insignificancia y su inverosimilitud las trasforman en un panegírico completo; mas como rehusara comparecer en medio de sus enemigos, fué declarado depuesto de la sede (403): el emperador mandó que le pusieran preso y le condujeran por las calles de la ciudad para trasladarle á la desembocadura del Euxino.

Al saber el pueblo tan imprevista y fatal nueva, quedó en un principio estupefacto, y levantándose luego furioso de cólera pasa á cuchillo á los marinos egipcios y á muchos monges, busca á Teófilo, que pudo á duras penas escaparse, y atribuyendo enseguida á la ira del cielo un temblor de tierra que se dejó sentir entonces, corre al palacio y manifiesta tal insistencia en sus deseos, que Eudoxia se ve en la precision de conjurar á Arcadio para que salve á la ciudad y se salve á sí propio, llamando sin tardanza alguna al prelado. En su consecuencia regresa el Crisóstomo á los dos dias en medio de una pompa espontánea y solemne, de empavesados buques, de palacios resplandecientes con luminarias, de un pueblo entero que le conduce á la catedral en triunfo.

—«¿Qué haré? esclamaba desde el púlpito. ¿Qué diré? ¡Qué el Señor sea bendito! Estas palabras pronuncié á mi partida, las repito á mi vuelta, y hasta en el destierro las tenia constantemente en mis labios. Pienso que todavia haceis memoria del momento en que os recordaba estas palabras de Job: *¡Sea bendito el nombre del Señor!* Os dejé pronunciando estas palabras; con las mismas he rendido nuevamente gracias á Dios á mi vuelta: ¡Bendito sea el nombre del Señor en los siglos! Cambian los acontecimientos, pero su gloria siempre es una misma. Espulsado, le bendije, de vuelta le bendigo. Arrancan los caminos en distintas direcciones, y todos van á parar á un mismo punto. Tanto el verano como el invierno tienen un solo y mismo fin, la abundancia que sigue al cultivo de los campos: ¡Bendito sea el Señor que permitió que yo fuera espulsado! ¡Bendito sea el Señor á quien place que regrese! ¡Bendito sea Dios que desencadenó la tormenta! ¡Bendito sea Dios que ha calmado la tempestad y ha vuelto á desarrollar delante de nuestros ojos un cielo diáfano y sereno! Digo estas cosas para exhortaros á bendecirle constantemente. Si sobrevienen desgracias, bendecidle, y ellas se disiparán al punto.

»No nos han dañado las emboscadas, ni nos ha ofendido la envidia; al revés, han acrecentado la caridad y aumentado el número de nuestros oyentes. Primeramente fuí amado de los mios: desde ahora hasta por los judios seré honrado. Se aspiraba á separarme de mis hijos, y hé aquí como ha acaecido que aun los extranjeros se muestran más benévolos respecto de mi persona. No daré por ello gracias á nadie, sino que glorificaré la misericordia de Dios que hace redundar en ventaja nuestra los más inícuos atentados. Crucificaron los judios á Cristo, y su muerte ha salvado al género humano; sin embargo, no será á los judios á quienes demos gracias, sino al que fué crucificado. Considérese todo el bien que nos ha resultado de la guerra que se nos ha hecho, y la alegria que nos han proporcionado los lazos que se nos han tendido. Antes se llenaba la iglesia, ahora la iglesia se forma en medio de las plazas, y todos juntos, cantando y alabando al Señor, atraeis sobre vosotros las miradas de su misericordia. Vuestras voces han penetrado en los tabernáculos del Altísimo, y todos los siglos venideros admirarán pasmados vuestras salmodias. Hoy cabalmente hay carrera de caballos, si bien pocos han asistido á ella, al paso que han venido todos á la iglesia. Vuestra muchedumbre ha venido como un torrente, como un rio caudaloso. Vuestras voces ascienden al cielo, donde dan testimonio del amor que alimentais hácia vuestro padre. Vuestras oraciones han ceñido á mi frente una corona.

»Grande es la tribulacion del cuerpo, si bien el alborozo del alma es mayor todavia. Permita el Señor que aumenteis en número contínuamente, y que se celebren reuniones solemnes. La gloria del pastor es la muchedumbre de las ovejas.

»¿Qué haré? ¿Qué diré? No me queda terreno que no se haya cultivado para ser sembrado, estiéndense las ramas de la vid á lo lejos: ya la asamblea está completa, y la pesca es tan abundante que se rompen mis redes. ¿Qué haré? Ya nada me queda á que pueda consagrar mi trabajo; solo gozar me toca. Si hablo no es porque

vosotros tengais necesidad de enseñanza, sino para mostraros mi corazon y para que se doren las espigas. Tantas ovejas, y nunca ha entrado en su redil el lobo; tantas espigas, y jamás se ha mezclado á ellas la zizaña; tantas cepas y nunca se han aproximado á sus ramas las zorras. ¿Dónde se han ocultado los lobos? ¿Dónde se han ido las zorras que se apresuraron á huir en pos de ellos? ¡Oh maravilla inaudita! Duerme el pastor y las ovejas han puesto en fuga á los hambrientos lobos; ellas han desvanecido como el humo la astucia de las zorras. ¡Oh virtud de este rebaño! ¡Oh acendrado amor de hijos! ¡Oh caridad de discípulos! ¡Oh amor de esposa! Cuando el esposo se hallaba ausente y á distancia ha ahuyentado de su lado los adulterios, y en este dia ha ostentado todas sus riquezas y descubierto su hermosura. Se han marchado confusos los ladrones, y huyeron. Decidme ¿cómo perseguisteis á los lobos? ¿Cómo rechazasteis á los ladrones? Con el auxilio de frecuentes plegarias, me responde cada uno de vosotros. ¿Cómo habeis desechado los adulterios? suspirando por la vuelta del esposo y llorando su ausencia de contínuo. Mi mano no ha recurrido á las armas, no ha blandido la lanza, ni ha empuñado el escudo: les he manifestado mi hermosura y atónitos emprendieron la fuga. ¿Dónde están ahora? Sumidos en la confusion sin duda. ¿Y nosotros? engolfados en la alegria. ¿Qué hacen? Sus conciencias languidecen bajo el peso del pecado. ¿Y nosotros? Glorificamos al Señor llenos de alegria.»

Pero en tanto los enemigos de Crisóstomo estaban alerta, y él desde lo alto del púlpito no tenia miramientos á los vicios de las grandes damas, ni á los profanos honores tributados á la argentina estátua de la emperatriz, elevada sobre una columna de pórfido delante de la iglesia de Santa Sofia. Bien pronto, con razon ó sin ella, circula el rumor de que habia empezado una homilia con estas palabras: *Herodias se enfurece nuevamente; Herodias baila otra vez y pide la cabeza de Juan.* Muéstrase la emperatriz aun más enconada; y como él habia rehusado decididamente volver á ocupar su puesto hasta que la sentencia del primer sínodo fuera revocada por otro, Teófilo y Eudoxia se manejaron de manera que este confirmó la destitucion. Un cuerpo de bárbaros, apostado á fin de precaver todo tumulto, se introdujo á viva fuerza la víspera de Pascuas en el templo de Santa Sofia, profanó los ritos del bautismo y arrolló á los fieles hácia el campo. El incendio, que estalló entonces en la catedral y en el Senado, se atribuyó por unos á castigo del cielo, por otros á la desesperacion de los vencidos. Vanamente imploró Crisóstomo la gracia de ir á vivir tranquilamente á Cízico ó á Nicomedia: fué confinado á las altas cimas del Tauro en la Pequeña Armenia, donde arrastró los tres últimos años de su existencia.

La persecucion comunicó nuevo brillo á su talento y á sus virtudes; pues, sin que le abatiera el destierro, mantenia viva la fé entre los creyentes, combatia la herejia y los restos del paganismo y protestaba contra la injusta persecucion, apelando de un sínodo parcial á uno general. Rescataba á los cautivos hechos por los isaurios, socorria á los pobres, enseñaba á los que tenian necesidad de doctrina. De todas partes le enviaban subsidios los prelados, acudian á visitarle nobles matronas; y cuando se leen las cartas escritas por el ilustre desterrado para consolar, exhortar, dirigir á los cristianos, se comprende que en el momento en que el poder de los césares caia hecho polvo, el que abria la senda del porvenir iba consolidándose.

Tanta firmeza desconcertaba á sus perseguidores, quienes, no pudiendo humillar su espíritu, le amenazaron en su cuerpo, y ordenaron en nombre de Arcadio su traslacion al desierto de Pitionto. Quizá órdenes superiores le valieron sin duda las vejaciones que tuvo que sufrir en un viaje de tres meses, espuesto á la lluvia y al sol, sin que le fuera permitido siquiera tomar un baño. Sucumbió al fin en Comana, en el Ponto, á la edad de sesenta años.

No se prolongó mucho respecto de su memoria la triste reparacion que una justicia tardia trae consigo. Su santidad universalmente reconocida valió á sus despojos la honorífica distincion de ser trasladados en triunfo á Constantinopla, al compás de una infinidad de instrumentos, en medio de un magnífico aparato y del pueblo entero que veneraba á la vez en el que ya no existia, al santo y á uno de los más ilustres escritores de la Iglesia.

Eudoxia no sobrevivió al destierro del santo obispo, y dejó tan mala fama de su conducta, que se suscitaron dudas acerca de la legitimidad de un hijo (5) suyo, que fué condecorado en la cuna con los títulos de césar y de augusto.

Muerte de Arcadio.—Tambien Arcadio terminó su existencia al poco tiempo (408), después de un reinado de trece años, que dejó pasar como un juguete de una mano á otra, y que fué perturbado, además de las guerras y de las rebeliones por plagas naturales. Cuéntase que, inquieto al fin de sus dias por la suerte de Teodosio, á quien dejaba niño de ocho años, le recomendó á la proteccion de Isdegerdes, rey de Persia, de cuya actividad todo debia temerlo, y de cuya magnanimidad todo debia esperarlo (6).

Algun tanto se agitó Honorio para alcanzar la tutela de su sobrino; pero muy en breve volvió á caer en su natural apatia; y segun acontece comunmente con los príncipes niños ó incapaces, los principales magistrados del imperio de Oriente pusieron mano en el gobierno, que dirigieron á su antojo y en perfecta consonancia de sus intereses. Por último aquella oligarquia se resignó á que prevaleciera el prefecto Antemio, capitan valeroso,

(5) Zósimo, V.

(6) Procopio, *De bello persico*, I, 2. Agatia, IV. Pero este hecho parece improbable.

político hábil, cristiano ferviente, quien se esforzó por hermanar la gloria del príncipe con la felicidad de sus súbditos.

Ya en tiempo de Arcadio habian devastado los isaurios gran número de provincias; y á pesar de quedar siempre vencidos, jamás habian sido esterminados. Entonces comenzaron los moros á hacer incursiones en la Pentápolis africana, y los árabes en Egipto, en Palestina, en la Fenicia y en la Siria, robando á mansalva: si se marchaba contra ellos, se dispersaban y emprendian la fuga. Para conjurar Antemio el peligro que columbraba, hizo poner en estado de defensa las fortalezas de la Iliria, y después rodear á Constantinopla con nuevas murallas de treinta millas de circuito. Tambien pensó en establecer en el Danubio una escuadra permanente de doscientos cincuenta buques de guerra (7). Uldino, rey de los hunos, acampado en el corazon de Tracia, decia señalando al sol, que las conquistas de su nacion no tendrian más límites que la carrera de aquel astro; pero empleó Antemio tanta destreza en segregar de sus filas á todos sus aliados, que no quedándole casi más que su gente, tuvo necesidad de pasar otra vez el Danubio; y hechos prisioneros muchos de los hunos fueron á cultivar las despobladas campiñas del Asia.

Pulqueria, 414.—Apenas hubo cumplido diez y seis años Pulqueria, hermana mayor del jóven Teodosio, cuando Antemio le cedió la administracion del imperio, que rigió por espacio de ocho lustros. Consagró su virginidad á Dios de la misma manera que sus otras dos hermanas. En testimonio de este voto ofreció á la iglesia de Constantinopla una mesa de altar de trabajo tan maravilloso como era preciosa la materia, y convirtió su palacio en una especie de monasterio, donde no entraba ningun hombre á escepcion de los directores espirituales de las princesas. Allí, imponiéndose las tres hermanas rigurosos ayunos, empleaban el dia en bordar y una parte de la noche en entonar salmos. Habian renunciado á las vanidades de la corte y del lujo, y hacian consistir toda su magnificencia en abrir asilos á los peregrinos y á los enfermos, en hacer á las sociedades monásticas espléndidos donativos, en erigir suntuosas iglesias á las reliquias de los santos, que hacian recoger con solícito esmero.

Así, pues, una mitad del imperio se hallaba á la sazon gobernada por una monja, si bien la sencilla doncella era más merecedora de aquella categoria suprema que sus tios y su hermano. Versada en el griego y latin, trataba los negocios de viva voz ó por escrito. No procediendo en nada sin una reflexion madura, era pronta y enérgica en la ejecucion, y supo gobernar de manera que ninguna rebelion perturbó el reinado de Teodosio II, á quien dejaba toda la gloria de una administracion vigorosa á la vez que suave.

Pulqueria puso á cargo de los más acreditados maestros la instruccion de su jóven hermano en los diferentes ramos de la ciencia, reservándose el cuidado de adiestrarle en el arte de reinar y en la inocencia de la vida; de enseñarle á sostener dignamente la magestad imperial con aquellas formas esteriores que ya entonces se juzgaban indispensables; mostrar un decoroso continente; saberse dominar á sí propio; preguntar y responder bagatelas, solo cuando la necesidad lo exigia; no reirse nunca; presentar alternativamente un rostro austero y sereno. Pero el régio niño se complacia en la ociosidad, patrimonio de los que nacen bajo la púrpura. Devoto hasta el esceso ayunaba rigurosamente, recitaba en voz baja los salmos como un monje, en compañia de sus hermanas. Su biblioteca no se componia más que de libros santos y de sus intérpretes. Un monge, á quien habia negado una gracia, fulminó la escomunion sobre su cabeza, y aun cuando le aseguró el obispo que aquel anatema arbitrario quedaba sin efecto, Teodosio se abstuvo de sentarse á la mesa hasta que fué hallado el monje y revocó la sentencia.

Estos sentimientos le indujeron á escluir á los paganos de todos los empleos civiles y militares (8). Depuso á Gamaliel (435), que fué el último gran sacerdote de los hebreos (9), administrados de allí en adelante por los primados elegidos en las asambleas provinciales: por último ordenó que todos los templos y lugares consagrados á los dioses fueran destruidos hasta sus cimientos, haciendo levantar cruces donde habian tenido asiento, y prohibiendo toda ceremonia pagana bajo pena de muerte. Pero prohibió que se quitaran á los judios sus sinagogas y se les despojara de sus ornamentos, como tambien usar de violencias contra ellos y los paganos, en tanto que permanecieran en sosiego, y de arrebatarles cosa alguna bajo pena de restituir el cuádruplo (10).

Era además temperante, casto y compasivo. A instigacion de Pulqueria alejó de la corte al eunuco Antioco, que gozaba de inmensa nombradia, y perdonó á los deudores del fisco todos sus atrasos desde el año 368 hasta el 407 (11). Solia perdonar la vida á los delincuentes, diciendo que «es sumamente fácil dar muerte á un hombre, y solo Dios puede resucitarle.»

Hubiera sido de desear que á sus virtudes hubieran acompañado actividad y celo en favor de la justicia. Pero convencido Teodosio de que habia quien le supliera en el cuidado de los negocios, no hacia nada ó cosas frívolas, ocupándose á veces en

(7) *Cod. Teod.*, VII, 17; XV, 2.

(8) *Cod. Teod.*, XVI, 10, l. 11.

(9) Idem, VI, 8, l. XXII.

(10) *Cod. Teod., de hæret, de Judæis, de Christ. mani, ne paganis*, etc.

(11) *Cod. Teod.*, XI, 28.

la caza, más amenudo en la pintura, en el grabado, y especialmente en la copia de libros, lo cual le valió el sobrenombre de Calígrafo. Si se le presentaban peticiones, las transmitia á manos de otros; si se le consultaban decretos, los firmaba sin leer. Intentando Pulqueria corregirlo de aquella deplorable indolencia, le hizo estampar un dia su firma al pié de un acto por el cual la emperatriz le era cedida en calidad de esclava; cuando ella le hubo advertido de su desacierto, se mostró sonrojado, si bien no se enmendó.

Habia tenido el sofista ateniense Leoncio una hija, educada por él mismo en la religion y en la sabiduria griega. Observando que ella habia sacado gran provecho de sus lecciones, dejó al morir todo cuanto poseia á sus hijos, y á ella solamente cien monedas de oro, diciendo: *Con tanta hermosura y tan insigne mérito no puede menos de ser venturosa su suerte.* Perseguida Atenaida, este era su nombre, por la codicia de sus hermanos, se dirigió á Constantinopla á fin de implorar la proteccion de Pulqueria; este fué el orígen de su fortuna. Habiendo aprendido Pulqueria á conocerla, se persuadió de que aquella era la mujer que convenia á Teodosio, aunque ya habia cumplido veinte y ocho años. Celebróse el matrimonio; Atenaida recibió en las sagradas fuentes el nombre de Eudoxia (421), y fué saludada con el título de Augusta luego que hubo dado á luz una hija. Entonces llamó á la córte á sus ingratos hermanos, é hizo que se les nombrara cónsules y prefectos. No por haber mudado completamente de condicion quiso abandonar sus estudios; compuso una paráfrasis poética del Antiguo Testamento, la leyenda de San Cipriano, un panegírico á Teodosio por las victorias persas, y especialmente un poema de dos mil trescientos cuarenta y tres versos exámetros sobre la vida de Jesucristo, centon de hemistiquios tomados de Homero (Ὁμηρόκεντρα); obra estravagante y amoldada al gusto del tiempo. Pero ¡qué conocimiento tan práctico era necesario poseer de la Iliada y de la Odisea para encontrar oportunamente en su memoria y bajo su pluma las frases que debian acomodarse á una significacion tan diferente del pensamiento primitivo! ¡Qué paciencia tan inútilmente empleada!

En una peregrinacion que hizo á Tierra Santa con no menos piedad que magnificencia, prodigó mucho más dinero del que habia prodigado tiempos antes la emperatriz Elena (12) y recogió allí infinidad de reliquias. Antioquia la oyó pronunciar desde lo alto de un espléndido trono una arenga en el seno del senado, y manifestar la intencion de ensanchar los muros de la ciudad y de reparar los baños públicos, lo cual dió márgen á que se le erigieran magníficas estátuas.

De vuelta en Constantinopla hubo apariencias de que pensara en aprovecharse de la ternura que le profesaba Teodosio, para ser Augusta de hecho y no solamente en el nombre; pero Pulqueria concibió celos y la hizo caer en un lazo. Cuéntase que habiendo recibido Teodosio una manzana de estraordinario tamaño, se la regaló á Eudoxia, la cual obsequió con ella á Paulino, cortesano de cuya conversacion amena é instructiva gustaba mucho. Ignorante Paulino acerca del orígen de aquel regalo, que le parecia digno de un monarca, se le presentó á su vez á Teodosio. Este disimuló en un principio su cólera y sus celos, y llamó á Eudoxia, preguntándole qué habia hecho de la fruta que le habia dado. Como respondiera que se la habia comido y la confundiera mostrándosela, hizo morir inmediatamente á Paulino, y ella cayó en su desgracia. Retiróse á Jerusalen, donde no encontró reposo ni olvido. Habiendo sido encargado Saturnino, conde de los domésticos, de hacer desaparecer á dos eclesiásticos, á quienes ella profesaba un vivo afecto, Eudoxia se le anticipó disponiendo que fuera asesinado, y Teodosio en castigo la degradó vergonzosamente. Diez y seis años vivió en su destierro, sin cesar de dedicarse á la devocion y al estudio, y murió en Jerusalen (460), á la edad de sesenta y siete años, protestando de su inocencia y de la de Paulino.

Guerras de Persia.—Ardeschir II habia sucedido en el trono de Persia á Sapor II, que habia combatido contra Juliano; luego habian seguido Sapor III, el cual se mantuvo en paz con Teodosio I (399) y Varanes III, que fué muerto, al estallar una conjura. Este último dejó la diadema á Isdegerdes, uno de los más insignes reyes de la Persia, quien persiguió á los cristianos, porque el obispo Abdas habia destruido un templo del fuego en Suza. Kersas (420) le usurpó el trono; pero Varanes IV, hijo del monarca desposeido, recuperó con ausilio de los árabes la herencia de su padre. Habiéndole impulsado asimismo los magos á la persecucion, se refugiaron cristianos en gran número á Constantinopla, donde el obispo Atico les hizo una benévola acogida; y como fueran reclamados por el embajador persa, hubo de responder el emperador generosamente: *Será necesario arrancarlos de mis brazos.* Entonces se fomentó la mala inteligencia entre ambos imperios, cuyas relaciones eran ya casi hostiles, en razon de que los persas se habian negado á entregar ciertos obreros empleados por ellos en las minas de oro, y á causa de insultos dirigidos á negociantes romanos. Estalló, pues, la guerra (422), y Teodosio confió el mando del ejército á Ardabario, alano, quien habiendo pasado el Tigris, devastó el Adiabene y alcanzó una victoria completa sobre Narses (3 de setiembre), general que le opuso Varanes (13), y le obligó á encerrarse en Nisibe.

---

(12) Guenee ha calculado la suma en veinte mil cuatrocientas ochenta y ocho libras de oro.

(13) Sócrates cuenta (VII, 19), que la noticia fué llevada en tres dias á Constantinopla, distante setecientas millas del campo de batalla, por un tal Paladio, correo fa-

Por aquel tiempo llegaron en ayuda de los persas innumerables bandas de árabes á las órdenes de Alamundar, célebre chaique, que se jactaba de tomar á Antioquia, cuanto más de vencer á los asediadores de Nisibe, pero poco después huyeron (423) con su agilidad ordinaria. Por lo que hace á los romanos, destruyeron totalmente á los diez mil guerreros escogidos y denominados los inmortales. Mucho debió humillarse con tales reveses la soberbia de Varanes, y celebró la paz por término de cien años, comprometiéndose, y esta era la principal condicion de las pactadas, á no perseguir más á los cristianos. Es probable que le dispusiera favorablemente hácia ellos Acacio, obispo de Amida, quien le habia remitido siete mil prisioneros persas, rescatados al precio de los vasos de su iglesia. Habia querido el prelado dar á entender al monarca cuan generosos sentimientos inspiraba la religion, á cuya persecucion se habia dedicado.

Armenia.—Ya hemos dicho (pág. 427) que la Armenia habia sacudido el yugo de los persas; los nobles rechazaban la autoridad de los Sasánidas por la fuerza de las armas, al mismo tiempo que la comunidad de religion hacia que el pueblo se adhiriera á los príncipes de Constantinopla. A pesar de todo, nunca supieron permanecer unidos entre sí los armenios, y cada vez se consolidó más fuertemente su division en orientales y occidentales. Aquellos que hacian uso de la lengua y de la escritura de Grecia en los oficios de la religion, prestaban obediencia á Arsaces, y tributaban homenaje á Arcadio, á la par que los orientales, más numerosos, eran mandados por Cosroes, vasallo de la Persia.

Pero Arsaces, sobrino y sucesor de Cosroes, descontentó á los magnates, quienes le acusaron de conspirador ante el rey de Persia, por lo cual este le declaró solemnemente depuesto. De este modo por sus disensiones cesaron de tener monarcas independientes, después de haber reinado durante un período de quinientos sesenta años, la familia de Arsaces, se vió reducida á una posicion secundaria, y sus Estados fueron solamente una provincia que llevó el nombre de Persarmenia. La porcion de territorio que habia sido de la pertenencia de Arsaces, fué cedida al emperador de Oriente, á fin de apaciguar sus temores, y gobernada en calidad de tributaria por un conde de Armenia.

Los magos trataron entonces de sustituir al cristianismo el culto del fuego; pero cuanto más feroz é hipócrita se obstinaba Isdegerdes II en perseguir á los cristianos, tanto más descubiertamente practicaban estos su culto, y los obispos armenios, reunidos en concilio en Artaxata, protestaron refutando las razones de los magos, que apoyados no obstante en la fuerza, elevaron piras en todas partes. Entonces los obispos, asustados por el peligro que corrian la religion y la nacionalidad, llamaron á las armas á los ciudadanos (450); pero los príncipes no se mostraron tan resueltos como la nacion. Esta invocó el auxilio de Teodosio el jóven; pero á su muerte Marciano renovó la alianza con el rey de Persia, con lo que no les quedó á los armenios esperanza de humano auxilio. No obstante combatieron como héroes y vencieron algunas veces; pero el 2 de junio del año 451 se dió una batalla en la llanura de Avarair, en la que vencieron los persas, á consecuencia de la cual los mártires se multiplicaron (14).

Antes de que estos sucesos llegaran á consumarse del todo, habia exhalado Honorio el último aliento, tomando en su consecuencia Teodosio el título de emperador de Occidente. Pero Juan, primiciero, ó mejor dicho, primer secretario del difunto príncipe, habia ya hecho que le proclamaran augusto la Italia, la Galia y la Dalmacia, y habia despachado embajadores cerca de Teodosio, para pedir que le reconociera por colega. Sus enviados fueron espulsados ignominiosamente, y se confió el cuidado de castigar al usurpador á Ardabaurio, y á Aspar, su hijo. Condujo el primero por mar la infanteria, al mismo tiempo que se adelantó el otro con la caballeria por las montañas, apoderándose de Aquilea. Una tempestad dispersó la escuadra y Ardabario, caido en poder del enemigo, fué trasladado á Rávena. En vez de abatirse, se ocupó en proporcionarse inteligencias con la guarnicion de la plaza, y cuando tuvo bien urdida la trama, hizo que se avisara á Aspar (423), quien atravesando, sino por milagro, como se dice, á lo menos maravillosamente, los pantanos del Pó, sorprendió á Ravena. Después de una corta resistencia abrió la ciudad sus puertas. Cayendo Juan á su vez en manos de su prisionero, fué condenado á perder la mano derecha, y llevado en un pollino entre los ahullidos del populacho, se le decapitó en el circo de Aquilea.

Valentiniano III.—A la sazon se hallaba Teodosio dueño de todo el imperio: si bien ya fuera por moderacion, ya por indolencia, cedió el Occidente á su sobrino Valentiniano, hijo de Constancio y de Placidia, segregando únicamente de los Estados del nuevo emperador la Iliria occidental, talada por los bárbaros. Con el objeto de separar más todavia los dos imperios, quedó acordado que en lo sucesivo no prestara obediencia cada uno de ellos más que á las leyes emanadas de su propio soberano.

Condecorado Valentiniano III con el título de augusto, esposo de Licinia Eudoxia, hija de Teo-

---

moso, de quien se decia que habia encontrado la manera de reducir á un pequeño Estado el imperio de Roma. Hoy lo decimos con más acierto acerca de las locomotoras y barcos de vapor.

(14) La sublevacion de la Armenia cristiana contra las leyes de Zoroastro ha sido descrita por el armenio Eliseo Vartabed, y traducida por el abate Gregorio Garabed.

dosio II, y soberano de la mitad del mundo, cuando apenas habia cumplido la temprana edad de seis años, fué confiado á la tutela de su madre, de modo que los dos imperios cuando más necesitaban de vigor, se encontraban en manos de dos mujeres. Inferior Placidia tanto en habilidad como en virtudes á sus dos cuñadas de la corte de Oriente, gobernó á su hijo por espacio de veinte y cinco años, quizá esmerándose en enervarle de intento con una educacion muelle, y apartándole de este modo de las varoniles ocupaciones. Sin embargo, ella misma no tenia la mano suficientemente robusta para dirigir las riendas del Estado, y tampoco sabia confiárselas á otros, si bien todavia encontró dos generales de acreditado denuedo, llamados Aecio y Bonifacio.

Aecio.—Habia nacido el primero en la Mesia Inferior, de una italiana casada con el escita Gaudencio, general de la caballeria, ingresado en sus más juveniles años en la carrera de las armas, habia aprendido á conocer á los bárbaros, como guerrero y como prisionero entre ellos. Bonifacio se habia ya señalado en la administracion de las provincias y en los campamentos, y, después de haber conseguido recuperar el Africa, fué nombrado gobernador de ella. Su justicia incorruptible y su probidad inmaculada le habian grangeado el cariño y el respeto del pueblo y de las tropas, y su piedad le habia valido la estimacion de San Agustin y de los cristianos. La pérdida de su esposa le afectó hasta el punto de inspirarle la idea de hacerse monge: y apartándole el mismo San Agustin de este pensamiento, se unió en segundas nupcias con una arriana.

Sin duda la armonia de estos dos generales hubiera bastado, ya que no á comunicar nueva vida al imperio, á lo menos á sustentarlo por algun tiempo, y al revés su enemistad le dió el golpe de gracia. Durante las últimas turbulencias Bonifacio habia permanecido fiel á Valentiniano, á la par que Aecio habia prestado apoyo al usurpador Juan, á cuyo servicio habia llevado sesenta mil hunos. Perdida su causa se vió halagado Aecio por miedo; y crecia cada vez más cerca de la emperatriz su privanza, de cuyas resultas concibió el proyecto de encumbrarse sobre las ruinas de Bonifacio. A fin de lograr su intento, sugiere á Placidia reemplazarle con él en el gobierno de Africa, y al mismo tiempo dispone que se comunique á Bonifacio el secreto aviso de que se halla espuesto á pagar su obediencia con la cabeza. Este empuña, pues, las armas en vez de deponer el mando; y declarado rebelde por Placidia, se afirma más y más en las sospechas que le ha inspirado el pérfido ministro.

Una vez en estado de rebelion abierta y reconociendo Bonifacio la imposibilidad de rechazar á tropas regulares con algunas bandas africanas, invitó á Genserico, rey de los vándalos, hijo de Godegisilo, á cruzar el mar (429), prometiendo ayudarle á adquirir en Africa estables posesiones.

Vándalos en España.—Aunque después de la partida de los godos habian recuperado los romanos gran parte de la España, por lo que hace á los vándalos, conservaron la Galicia, desde donde se arrojaron sobre la Bética; y habiéndose apoderado de Sevilla y de Cartagena, apresaron allí los buques de que hicieron uso para invadir las islas Baleares, donde habian buscado albergue los españoles fugitivos.

Genserico.—Oido fué con alborozo el llamamiento de Bonifacio por Genserico, hombre de pobre estatura, cojo á consecuencia de una caida del caballo, si bien reflexivo, lento en la conversacion, menospreciador del lujo, irascible y avariento de riquezas y litigios (15). Después de haber derrotado completamente á los suevos, sus rivales en España, hizo pasar su gente al Africa á bordo de naves suministradas con singular presteza por los españoles y por Bonifacio. Condujo á aquella region muy cerca de cincuenta mil hombres, que se aumentaron acto contínuo con todos los descontentos y con los moros vagabundos que acudieron desde lo integior del territorio, donde los tenia á raya el miedo á Roma. Gran número de donatistas, á quien habian condenado los concilios, dañándoles en sus personas y en sus propiedades reiterados edictos de los emperadores, se habian arrojado sobre los campos, renovando allí los horrores y la desesperacion de los circunceliones: uniéronse todos al rey bárbaro, enemigo de los católicos, y contribuyeron en gran manera á la segregacion de Africa del imperio.

Agustin empleó su autoridad de obispo y de amigo para apartar á Bonifacio del designio de satisfacer una insensata venganza «¿Quién hubiera podido imaginar, cuando Bonifacio ocupaba esta provincia con tan numeroso ejército y poder tanto, que habian de tener los bárbaros la audacia de adelantarse rápidamente para desolar tan inmenso espacio, y dejar desiertos tantos lugares habitados?... No te dejes arrastrar por la tentacion de convertirte en uno de los azotes, con cuyo auxilio hiere Dios á aquellos que son merecedores de castigos. Medita en que ha reservado penas eternas para los perversos, después de haberlos empleado en imponer penas temporales. Vuelve hácia Dios tu pensamiento; contempla á Cristo, que hizo tantos bienes y padeció tantos males. Aquellos que aspiran á entrar en su reino, aman á sus enemigos, hacen beneficios á los que les profesan aborrecimiento, oran por los que les abruman con persecuciones. Si has recibido beneficios del imperio romano, aunque terrestres y caducos, porque nadie puede dar lo que no tiene, no devuelvas mal por bien: si por el contrario recibiste injusticias, no devuelvas mal por mal. No quiero indagar la verdad entre dos asertos sobre los cuales no podria juzgar de ningun modo; dirigiéndome á un

(15) JORNANDES, *De rebus geticis*, c. 33.

cristiano le digo: No devuelvas mal por bien, ni mal por mal.»

Sin embargo, durante la ausencia de Aecio acometieron los amigos de Bonifacio la empresa de restablecer la concordia, y descubrieron el fraude de las cartas escritas por el primero. En su consecuencia Bonifacio se puso en camino para ponerse á la merced de Placidia, y volvió á entrar en sus deberes Cartago con todas las guarniciones romanas; pero ya estaba descargado el golpe, y por muy grandes sumas que ofreciera el general, desengañado de su error, á Genserico, para inducirle á que evacuara el Africa, éste no hizo caso alguno de semejantes ofertas; y continuó en aquel pais, no ya en clase de auxiliar, sino de devastador y soberano. Después de haber derrotado á Bonifacio que le combatia con todo el valor del arrepentido (430), inundó la campiña, defendiéndose únicamente Cartago, Cirta é Hipona. Las siete provincias, que por su fertilidad habian adquirido el nombre de granero de Roma y del género humano, fueron taladas por los bárbaros con un furor indecible. Llevando por donde quiera la matanza sin distincion de edades ni condiciones, arrancaban de cuajo las viñas y los olivos; y si el terror no lo ha exagerado, llevaron su atrocidad hasta el estremo de degollar á los prisioneros al pié de los muros de las ciudades sitiadas con el fin de infestar la atmósfera.

Testigo de esta guerra esterminadora Agustin, que tenia entonces setenta y seis años, exhortaba al valor y á la caridad, siendo el primero en dar ejemplo. Escribia á los obispos pintándoles los males de la patria, para recomendarles que no abandonen sus diócesis á la aproximacion del enemigo, á menos que no fuera con el pueblo y despues del pueblo; que se hallen presentes en aquel último momento del peligro cuando la muchedumbre se refugie en la Iglesia para solicitar unos el bautismo, otros la penitencia y todos el consuelo y los auxilios celestes. Si alguno de ellos disfrazaba su egoismo y su espanto bajo el pretesto de conservarse para el resto del pueblo, le decia «¿Por qué suponer que en un peligro comun y bajo el hierro del enemigo han de perecer todos los sacerdotes y no los seglares, en vez de esperar que sobrevivirán algunos seglares y algunos sacerdotes para prestarles socorros? Pero si debe suscitarse discusion entre los ministros de Dios con el fin de averiguar quien ha de huir y quien ha de quedarse, para que la Iglesia no se halle enteramente desierta por la fuga ó por la muerte de todos sus sacerdotes, conviene transigir esta dificultad por la suerte que designará los que pueden huir y los que deben quedarse.»

Tampoco abandonó Agustin á Hipona; y cuando Bonifacio se refugió dentro de su recinto, respetaron los vándalos aquella ciudad por respeto al santo prelado, que predicaba el arrepentimiento y escitaba á la defensa: entregó á Dios su alma en aquellos dias de peligro, sin haber asistido al postrer suspiro de la civilizacion africana.

Esta ciudad, uno de los muchos focos del comercio y de la cultura intelectual del Africa, estaba asentada sobre la cumbre de dos colinas pobladas de teatros, palacios, escuelas, iglesias, monasterios. En la cima de una de ellas se alzaba la suntuosa morada de los antiguos reyes de Numidia. A la mitad de la ladera y hácia el levante un edificio cuadrangular, construido por San Agustin para los desvalidos y los enfermos, estaba apóyado sobre siete hileras de anchas bóvedas, inmensos receptáculos de aguas pluviales que podian ser abiertos, si la necesidad lo exigia, y suministrar un poderoso medio de defensa. Hipona sostuvo un asedio de catorce meses. Conociendo Placidia toda la importancia del Africa, pidió socorros al emperador de Oriente, quien envió á Aspar al frente de un ejército numeroso; pero aquel aumento de fuerzas sirvió tan solo para que fuera más desastrosa la derrota que los moros hicieron sufrir á los romanos.

Bonifacio huyó en el colmo de la desesperacion de aquella tierra, sobre la cual habia atraido tal cúmulo de males. Cuando llegó á Rávena fué allí benévolamente recibido por Placidia, que le confirió el título de patricio y de general de los ejércitos romanos. Aecio, á quien no habia hecho perder ni un ápice de crédito su descubierta perfidia, poseido de despecho en vista de los honores conferidos á aquel cuya pérdida habia intentado, y considerándolos como un ultraje á su persona, corrió á la cabeza de un numeroso ejército de bárbaros (432), y acometió á su rival á mano armada; hasta tal punto habia decaido la autoridad imperial por aquel tiempo. Bonifacio llevó la mejor parte de la pelea, si bien espiró poco después de resultas de una herida que habia recibido, perdonando á Aecio, y dando á su esposa, cuyas riquezas eran considerables, el consejo de contraer con él segundas nupcias. Satisfecho Aecio de haberse vengado, se retiró á la Panonia, en medio de los hunos, con quienes no habia cesado de mantener contínuas relaciones, pérfidas acaso: asegurado posteriormente de su perdon tornó á la corte, y no pudiendo la emperatriz cortar la mano que besaba, le encumbró á la categoria de patricio.

Agotada y esquilmada el Africa quedó sin más defensa que la de sus ciudadanos, diezmados por tan repetidos desastres. Inquieto Genserico por las pretensiones de sus sobrinos que le disputaban el mando, acabó por disponer que fueran ahogados con su madre. Urdiéronse muchas conspiraciones á fin de tomar venganza de tamaño desafuero ó para elevar á otros ambiciosos; pero Genserico las sofocó todas en medio de torrentes de sangre. Entretanto los moros, los donatistas, los católicos, los númidas, que divididos por una enemistad agitadora, no podian lograr la espulsion del rey vándalo, ni tampoco le dejaban consolidar allí su poderío. Poniendo alternativamente en juego el valor y la perfidia, Genserico indujo al emperador á que le otorgara la paz, prometiéndole un tributo cada año,

y dándole en calidad de rehenes su hijo Hunerico; pero no tardó en verle á su lado de vuelta y cayó de improviso sobre Cartago (11 de febrero de 435).

Esta ciudad, que se habia levantado nuevamente sobre sus ruinas, maldecidas en vano por Escipion, rivalizaba en magnificencia y en riqueza con Antioquia y Alejandria: habíase hecho respetar de toda el Africa su senado, defendiendo la libertad municipal contra la autoridad del procónsul romano. Habia vuelto á ostentarse allí floreciente el comercio, hasta el punto que era posible en una ciudad sometida; y los extranjeros, que acudian en tropel á su recinto, admiraban sus palacios, sus plazas, los templos suntuosos que ornaban la calle Celeste, el mármol y el oro con que resplandecia la de los Banqueros. Representábanse en sus teatros las obras maestras de las literaturas griega y latina, enseñábanse la elocuencia y la filosofia en numerosas escuelas. Habia llegado la patria de Aníbal á rivalizar con la de Escipion en sabiduria (16), y se le adjudicaba el título de Musa de Africa, por el ardor con que se aplicaban allí los talentos al estudio: agrupábase la apiñada muchedumbre en la plaza pública para oir á los retóricos ó á los sofistas, á quienes atraia el deseo de merecer las alabanzas de la sabia ciudad (17).

Genserico se apoderó de ella el dia 13 de octubre del año 439, y la abandonó al principio á la rapacidad de sus soldados: luego acabó de despojarla haciendo que le llevaran todo cuanto habia quedado de joyas y de objetos de algun precio. Allí estableció su residencia, y acantonó cuerdamente en las inmediaciones un cuerpo de vándalos, compuesto en su totalidad de ochenta destacamentos, y contando cada uno de ellos cien hombres con su correspondiente jefe. Fueron demolidas sin demora todas las fortificaciones, para que no suministraran un asilo á los naturales. Dispuso tambien que se distribuyeran entre sus soldados las mejores tierras de que se habia enseñoreado en la Bizacena, en la Getulia, en la Numidia, desde Trípoli hasta Tanger; y los antiguos propietarios fueron reducidos á la servidumbre, ó abrumados con enormes cargas, cuando no convino al vencedor desposeerlos inmediatamente de su hacienda.

Ninguna otra invasion podia ser tan perjudicial á la Italia, porque los senadores perdian allí sus ricos patrimonios, el fisco, la inmensa herencia de Gildon, la muchedumbre, los subsidios en grano y en aceite que de aquel pais sacaba. Tenian de consiguiente los emperadores especial empeño en recuperar aquella provincia; pero Genserico, tan astuto como valeroso, opuso mil trabas á cada una de sus espediciones; y poniéndose al frente de una escuadra, que traia á la memoria los mejores tiempos de Cartago, invadió tambien la Sicilia, se apoderó de Palermo, y desembarcó muchas veces en las costas de la Lucania.

Los desastres, á que Africa tuvo que someterse, superaron en mucho á todos los de las demás provincias; porque además de la ferocidad de los vándalos, y refrenadas correrias de los moros, Genserico prosiguió, aun después de haber celebrado una paz aparente con el imperio, suscitándole enemigos, á fin de no ser molestado en su dominacion mal asegurada; á mayor abundamiento juntaba á la crueldad del bárbaro la sutileza del teólogo y pretendia violentar la fé de los católicos. Muchos de ellos se vieron de consiguiente obligados á espatriarse, y se diseminaron por la Italia y el Oriente, donde movia á viva compasion su miseria, infundiendo terror hácia aquella gente implacable.

En medio de la desolacion comun han sido señalados algunos infortunios particulares. Celestiano, senador opulento, quedó reducido con su familia y sus servidores á mendigar la subsistencia en pais extranjero, resignándose no obstante á su desgracia con aquella virtud que sabe prescindir de las riquezas y de las prosperidades del mundo. Maria, hija del poderoso Eudemon, fué vendida á unos mercaderes de Siria, que la volvieron á vender en Cirro. Una de sus criadas, que no se habia separado de su lado, continuó prestándole los servicios á que estaba acostumbrada en sus tiempos de mejor fortuna. Esta adhesion afectuosa acabó por poner en evidencia la alta condicion de la cautiva, y la guarnicion pagó su rescate. Colocóla el obispo Teodoreto entre el número de las diaconisas hasta el instante en que, noticiosa Maria de que su padre habia obtenido un honorífico empleo en las provincias occidentales, corrió en su busca recomendándola la caridad de obispo en obispo.

(16) *Duæ tantæ urbes, latinarum literarum artifices, Roma atque Carthago.* SAN AGUSTIN.

(17) *Quæ autem major laus aut certior quam Carthagine bene dicere, ubi tota civitas eruditissimi estis?* APULEYO, *Florid.*, IV.

CAPÍTULO XV

LOS HUNOS.

Tan estravagantes y escasas nociones se nos habian trasmitido acerca de los hunos, que hubieron de escitar la curiosidad de los sábios no menos que la del vulgo. De Guignes pareció satisfacer este sentimiento y el gusto á la novedad, cuando proclamó en el siglo pasado que los hunos no eran otra cosa que los yung-nus, nacion nómada, siempre amenazante junto á las fronteras de la China, que repelida de aquel punto, se habia lanzado sobre Europa insultando á Roma, después de haber desafiado á Pekin (1).

Su sistema ingenioso sedujo á sus contemporáneos, si bien un conocimiento más profundo de los libros le hizo aparecer como contrario al parentesco de las lenguas y á la historia. Fueron derrotados los yung-nus cerca de las fuentes del Irtisc por los chinos (91?), y sus restos se encaminaron hácia el Occcidente para penetrar en la Sogdiana; pero fueron rechazados y obligados á establecerse al Norte del Cu-ché bajo el nombre de yue-pos. Posteriormente se adelantaron hácia el Noroeste, y habitaron con el mismo nombre parte de la landa de los kirguizos, cruzada por los montes Ulo-to y Alguin-to. En buena inteligencia al principio y después en guerra con los juan-juans, escitaron á los goeis (148) á atacarlos por el lado de Oriente, mientras ellos lo hacian por la parte de Occidente. Ya no se les menciona á contar desde este tiempo; y así como los héroes que han desaparecido del mundo sirven de inmenso recurso para las novelas atestadas de prodigios, de la misma manera este silencio de la historia venia muy á propósito para hacerles aparecer de súbito en Europa en el siglo de Valente. Pero segun llevamos dicho, el nombre de yung-nus se habia mudado en el yue-pos, y Eratóstenes señalaba una tribu de los hunos (Οὖννοι) al Occidente del mar Caspio y al Norte de los albaneses, doscientos años antes de Jesucristo, es decir, cuando todavia inquietaban los yue-pos el Norte de la China. Es de consiguiente imposible confundir á los hunos con los mongoles, los tártaros y los turcos. Al revés existen muchos motivos para señalarles entre la raza que ocupa en el dia parte del Nordeste de Europa y del Noroeste de Asia; raza á que por una de sus fracciones aplicamos el nombre de fínica, y que se denominaria con más fundamento urálica, porque bajó hácia el Oriente y hácia el Occidente desde la cumbre de los montes Urales.

Tambien presentan las crónicas contemporáneas á los hunos como pertenecientes á la misma familia que los ávaros y los húngaros, y sus nombres propios, único resíduo de su lenguaje, se esplica con el ausilio del idioma hablado por estos últimos (2). Si la falta de barba, los ojos de cerdo y

(1) *Historia gen. de los hunos, de los turcos, de los mongoles*, etc. Paris, 1746, 4 tomos. Ha sido contradicho por Gebhard en la *Historia de Hungria*, I, 187: posteriormente por Klaproth y por Remusat, y todos los orientalistas se oponen en la actualidad á su sistema. Sin embargo, Remusat y Saint-Martin han reconocido á los getas y á los asis en los yue-ti y en los osis, de que hacen mencion los anales de los chinos, espresando que eran rubios. En una historia de los reinos búdicos hallamos que por el año de 500 están los yue-ti en guerra con los pueblos de las riberas del Indo, á fin de disputarles la copa de oro de Budda.

(2) Tienen escasísimo valor los argumentos etimológicos cuando están aislados. Bergmman, en el *Nomadische Streiferien unter den Kalmuken*. Riga, 1804, tomo I, página 129, halla la raiz del nombre de Munzak, padre de Atila, en los vocablos mongoles *mu*, malo, *tzak*, tiempo. Transforma el nombre de Atila en el de *Etzel*, que significa

la nariz roma, podian darles mucha semejanza con los calmucos, estos caractéres se encuentran así mismo en muchas naciones del Asia septentrional, y con especialidad entre los vógulos de nuestra época, que pertenecen á la raza finesa oriental. Su mezcla con las poblaciones turcas, eslavas, alemanas, mejoró esta raza hasta el punto de producir la hermosa generacion de los ávaros y de los húngaros.

Habitaba este pueblo en los primeros siglos de nuestra era más al Mediodia que actualmente, y en los tiempos anteriores se estendia hasta las riberas del Euxino, donde se confundia con otros mil pueblos bajo la vaga denominacion de escitas. Por el centro de las fértiles comarcas vecinas á los Urales pasaron los diferentes nómadas, que desde el corazon del Asia llegaron á invadir la Europa. Algunos hicieron alto en la mitad del camino, y se mezclaron con las poblaciones finicas, formando nuevos idiomas y nuevas naciones, de las cuales unas permanecieron en la patria adoptiva, á la par que otras se adelantaron hácia Europa empujadas por nuevas emigraciones orientales.

Dionisio Periegetes menciona á los hunos bajo su propio nombre (Οὖννοι), colocándolos á semejanza de Eratóstenes, en la costa occidental del mar Caspio, entre los escitas, los caspios y los albaneses: Tolomeo los situa entre los bastarnos y los roxolanos, es decir, en las dos orillas del Boristenes: finalmente, Zonara cuenta que el emperador Caro fué muerto en el año 284 en una espedicion contra los hunos.

De consiguiente, eran ya conocidos mucho antes de que se arrojaran sobre Europa. Al principio ocuparon la comarca situada entre el mar Negro y el Danubio: después se derramaron por las provincias del imperio.

Espantada la imaginacion al aparecer aquellas hordas estrañas á la raza indo-germánica, y no hallando imágenes adecuadas recurrió á las fábulas. Dícese, pues, que habiendo hallado Filimero, rey de los godos, entre sus gentes á algunas *alrunnas*, nombre con el cual se designaba á las brujas, las espulsó á un pais desierto, lejos, muy lejos de su campo. Encontráronlas en aquel punto espíritus malignos, y habiéndose unido á ellas, engendraron á los hunos, séres horribles y de pequeña estatura, sin asemejarse á los hombres más que en el uso de la palabra (3). Amiano Marcelino los presenta como dotados de una ferocidad sin par en el mundo; apenas acababan de nacer surcaba su rostro un hierro hecho ascua, á fin de impedir que brotara la barba, lo cual hacia que parecieran eunucos: por lo demás, robustos, de vigorosos miembros, enorme cabeza y ancha espalda, se les hubiera podido tomar por animales que se ponian en dos patas, ó por groseras cariátides sosteniendo puentes. Otros comparan su rostro á una masa de carne informe, hendida con dos agujeros en guisa de ojos, añadiendo que, á pesar de su corta estatura, son vigorosos, tienen anchos hombros, llevan erguida la cabeza, son famosos ginetes y manejan con singular destreza el arco y las flechas (4). Persiguiendo algunos de ellos en la caza, su ocupacion habitual, á una corza blanca, cruzaron detrás de ella el Palus-Meótides, y conocieron de este modo el pais de los escitas. Poseidos de la idea de que por un medio sobrenatural se les habia indicado aquel camino, exhortaron á sus compatriotas á invadir las comarcas que habian descubierto. Su consejo fué seguido, y lanzándose desde sus desiertos los hunos vencieron á una parte de los pueblos que encontraron al paso, y pusieron á los otros en fuga á consecuencia del terror que infundia su horrible aspecto.

Vivian como salvajes, no sabiendo siquiera hacer cocer las carnes y alimentándose con raices crudas ó con carne que ponian bajo la silla del caballo á fin de que se ablandara. Los prisioneros de guerra cultivaban sus campos y tenian cuidado de sus bestias. No moraban en casas, ni en chozas, por considerar todo recinto con paredes como una sepultura, y por no creerse en seguridad bajo ningun techo. Acostumbrados desde la más tierna infancia á soportar el frio, la sed, el hambre, cambiaban á menudo de residencia, trasladando á toda su familia en carros tirados por bueyes. Cosian las mujeres los vestidos de sus esposos y daban de mamar á sus hijos. Vestíanse de lienzo ó con pieles de

algo de magestuoso. Estos nombres se esplican igualmente y dándolos menos tortura, por el idioma húngaro. Atila es *atzel*, acero: Munzak, es *mentseg*, fertilidad. De igual manera se podria sacar el nombre de Atila de las palabras *atta, atti, ætti*, que en muchos idiomas asiáticos significan juez, rey, caudillo; de donde se derivarian así mismo Atalo, rey marcomano, Atalo de Pérgamo, Atalo, moro, Atea, escita, Atalarico, Eticon, etc. Otros hacen referencia de los nombres Bleda, Munzak, Balamiro, á los nombres eslavos Blad ó Vlad, Bolemir, Muzok.

(3) JORNANDES, *De rebus geticis*.

(4) Esta descripcion de Jornandes corresponde exactamente á la de Sidonio Apolinario, obispo de Clermont en el 472, que canta en el carm. II, vs. 245-262.

Gens animis membrisque minax; ita vultibus ipsis
Infantum suus horror inest. Consurgit in arctum
Massa rotunda caput: geminis sub fronte cavernis
Visus adest? oculis absentibus; acta cerebri
In cameram vix ad refugos lux pervenit orbes;
Non tamen et clausos, nam fornice non spatioso
Magna vident spatia, et majoris luminis usum
Perspicua in puteis compensat puncta profundis.
Tum ne per malas excrescat fistula duplex,
Obtundit teneras circumdata fascia nares,
Ut galeis cedant. Sic propter prælia natos
Maternus deformat amor, quia tensa genarum
Non interjecto fit latior area naso.
Cætera pars est pulchra viris. Stant pectora vasta,
Insignes humeri, subcincta sub ilibus alvus.
Forma quidem pediti media est, procera sed extat
Si cernas equites, sic longi sæpe putantur
Si sedeant.

marta, que no se quitaban de encima hasta el momento en que del todo se caia á pedazos. Llevaban casco en la cabeza, y en los piés polainas de cuero y zapatos tan toscos, que no podian andar apenas, rara vez se apeaban del caballo, y permanecian montados dia y noche, ora cabalgando sobre la silla, ora sentados. En esta actitud comian, bebian, se congregaban en consejo, y para dormir se inclinaban sobre el cuello de su cabalgadura. Arrojábanse contra el enemigo prorumpiendo en ahullidos feroces; volvian riendas y desaparecian, si encontraban resistencia, y luego tornaban á la carga veloces como el relámpago, echando todos los obstáculos por tierra. Las flechas que disparaban, ya ganando terreno, ya en la fuga, estaban armadas con una punta de hueso, tan dura y tan mortífera cual si hubiera sido de hierro. De cerca peleaban con la cimitarra en una mano y un lazo en la otra, para coger al enemigo; pero ninguno de ellos podia descargar un solo golpe en tanto que un ginete de una familia privilegiada no hubiera dado el ejemplo. A veces hasta las mujeres tomaban parte en las lides. Hacia un siglo que habian llegado á Europa y aun no tenian la menor idea del arte de la escritura.

Habiendo abandonado las diversas tribus de este pueblo (376) las orillas del Volga y del Palus-Meótides, á las órdenes del rey Balamiro, avasallaron á los acatsiros, nacion que tenia el mismo orígen que ellos, y asaltaron á los alanos del Tanais (5). Vencidos estos se asociaron á los hunos, y todos juntos se precipitaron sobre el territorio de los ostrogodos (pág. 427). A la sazon era rey de estos el gran Hermanrico, comparado á Alejandro por la estension de sus conquistas. Cuando, ya viejo, vió venirse encima aquella nueva y formidable tormenta, se diómuerte, para libertarse de la ignominia de una derrota. Vitimiro, su sucesor, fué muerto cerca del Erac, oponiendo resistencia á la invasion estraña. Atanarico, caudillo de los godos tervingios, fué tambien puesto en fuga junto al Dniester, y los ostrogodos se diseminaron ó se sometieron al yugo. Solicitaron los visogodos ser admitidos en las tierras del imperio, abandonando á los hunos el pais situado al Norte del Danubio, en que se hallaban establecidos hacia siglo y medio, y que vino á ser entonces centro de un nuevo Estado destinado á durar setenta y siete años.

De ningun modo querian hacer alto allí los hunos, y, alentado Balamiro por la victoria, devastó las provincias romanas, en las cuales destruyó muchas ciudades hasta el momento en que pudo aplacarle (387) la promesa de un tributo anual de diez y nueve libras de oro (20,000 pesetas). Le sucedió en el mando Uldino, después Donato que fué asesinado (412), y los romanos se vieron en la imperiosa necesidad de conjurar las amenazas de Karaton por medio de los más espléndidos donativos. Desde entonces se vieron mezclados los hunos de vez en cuando á los acontecimientos que agitaron el imperio; pero, cerca de doce años después (423), les condujo Roila más acá del Danubio á saquear la Tracia y á Constantinopla, pero se declaró entre los suyos la epidemia, y él mismo quedó muerto de un rayo.

Rua ó Rúgula (430?) recibió de Teodosio II un tributo anual de trescientas cincuenta libras de oro (370,000 pesetas) á trueque de vivir en sosiego; si bien cuando tuvo noticia de que los amilzuros, los itimaros, los tonosuros y los boiscos, pueblos limítrofes del Danubio, habian celebrado alianza con los romanos, dirigió á Teodosio la amenaza de romper su convenio, si no se segregaba de aquellos pueblos y les obligaba á volver á entrar en la comarca de donde habian salido. Quizá resolvió observar esta conducta á instigacion de Aecio, quien se habia retirado á su lado. Pero apenas hubo celebrado nuevos pactos Valentiniano III murió dejando la autoridad suprema á sus dos sobrinos Bleda y Atila (433), el *azote de Dios*.

Casi se creeria que este guerrero terrible no fué un personaje histórico, ó que conviene considerarle más bien como un mito vago, como un símbolo de destruccion inmensa, si no hablaran de su persona tantos escritores, y si no lo hubiera visto Prisco (6). A principio de su reinado infunde espanto á Teodosio II, quien compra una paz vergonzosa al precio de setecientas libras de oro cada año: además, el emperador otorga permiso al bárbaro para traficar libremente en las riberas del Danubio, y le promete la restitucion de cuantos súbditos suyos se habian refugiado en las provincias imperiales. Cuando los tuvo en su poder Atila (y habia entre ellos muchos vástagos de real estirpe) mandó que fueran crucificados todos. Luego que ha humillado y tiene á discrecion suya el imperio, hace la guerra á los bárbaros, de orígen diverso, instalados ó errantes en el centro de Europa. Se someten ó son reducidos por él á la obediencia los gépidos, los ostrogodos, los suevos, los alanos, los cuados, los marcomanos; y ensancha su imperio desde las comarcas habitadas por los francos hasta el pais de los escandinavos, sembrando el terror en el mundo entero. Forma su comitiva una muchedumbre de reyes, y setecientos mil guerreros aguardan que una señal suya les indique la region marcada por la venganza de Dios.

Atila era de estremada fealdad: tenia la tez de

(5) Klaproth demuestra que el nombre de alanos es sinónimo del nombre de assis, y que los assis son los mismos que los osetos, descendientes de los antiguos medos. *Indagaciones sobre las emigraciones de los pueblos*. París, 1826.

(6) La embajada de Prisco, curiosa en estremo, se halla narrada en el tomo I de los *Byzantinæ historiæ scriptores*, con el título Ἐκ τῆς ἱστορίας Πρίσκου ῥήτορος καὶ σοφιστῆς; pero al principio es confusa é incompleta.

color de aceituna, gruesa cabeza, nariz roma, pequeños y hundidos ojos, cabello gris, poco pelo en la barba, gordo y vigoroso. Mostrábase arrogante en su apostura y mirada, como hombre que se siente superior en energia á cuantos le rodean. Su vida era la guerra, y sin embargo sabia dominarse: severo para exigir en los demás justicia, solo la veia para sí en su voluntad absoluta. Aparecia no obstante accesible al ruego y benévolo con aquellos que le inspiraban confianza. No fiando únicamente en la fuerza, hace que se divulguen entre sus gentes algunos de aquellos cuentos que fascinan á la muchedumbre. Habiéndose herido una ternera en una pata mientras pacia, asombrado el pastor arranca la yerba y descubre en aquel sitio la punta de una espada: la desentierra y vá á ofrecérsela á Atila, quien afecta aceptarla como un don del dios de la guerra y un signo de dominacion universal. Decia amenudo: *Cae la estrella, la tierra se estremece: yo soy el martillo del mundo; donde pone mi caballo los pies no vuelve á nacer yerba.* Como le denominara un hermitaño *Azote de Dios*, adoptó este sobrenombre como un augurio, y convenció á las naciones de que le merecia.

¿Podia soportar á un colega un hombre de esta especie? Da muerte á Bleda, y después de haber vencido al mundo bárbaro, se revuelve contra el mundo civilizado.

Primeramente se encaminó hácia la Persia, y trasponiendo las montañas llegó á la Media (444); pero acreditaron nuevamente su antiguo valor los descendientes de Ciro y de Arsaces, y le obligaron á retroceder camino, abandonando gran parte del botin que habia cogido. Temeroso entonces el vándalo Genserico de que se le fuera de las manos su dominio en Africa, de resultas de la buena inteligencia que existia entre Teodosio y Valentiniano, impulsó á Atila á invadir el imperio de Oriente. Una banda de hunos llegó á perturbar el comercio que se hacia junto al Danubio, dispersando y arrancando la vida á los mercaderes atacados de improviso, y derribó la fortaleza, bajo pretesto de recobrar un pretendido tesoro tomado por el obispo de Margo, y á causa del asilo dado á algunos súbditos que se habian sustraido de la justicia de su soberano. Puso, pues, la guerra en combustion á la Mesia, y, para librarse del peligro el obispo de Margo, entregó su ciudad en manos de Atila. Desde allí se precipitó el torrente bárbaro sobre todas las plazas fuertes de la frontera de Iliria, y destruyó las populosas ciudades de Sirmio, Singiduno, Ratiaria, Marcianópolis, Naiso, Sárdica, que formaban un límite militar. Tan luego como Atila hubo estendido sus hordas desde el Euxino hasta el Adriatico sobre una formidable línea de quinientas millas, despachó un enviado á Valentiniano y á Teodosio, el cual llegó á decir á los dos emperadores: *Atila, mi soberano y el vuestro, os intima que no descuideis prepararle un palacio.*

Teodosio volvió á llamar á toda prisa las tropas que habia enviado á Sicilia contra Genserico y las que peleaban contra los persas; pero no se atrevia á colocarse á la cabeza de su ejército, ni contaba con caudillos bastante hábiles, ni con tropas disciplinadas para hacer frente al enemigo. Tres insignes victorias condujeron á Atila hasta los arrabales de Constantinopla, donde un terremoto que echó á tierra veinte y ocho torres, hizo temer que ni aun la capital seria un asilo seguro para el señor del imperio. Fueron entradas á saco setenta ciudades: aquellos que se escapaban de la matanza quedaban reducidos á la servidumbre y estimados en la reparticion del botin segun el vigor de sus brazos, no con arreglo á su habilidad como sabios ó sofistas. Teodosio, el invencible augusto, desprovisto de los recursos que brinda ora una tirania prepotente, ora una libertad generosa, no halló mejor partido que implorar la compasion de Atila, y el temible huno le dictó estas condiciones: cesion por el emperador de los paises próximos al Danubio en una longitud de quince dias de camino; aumento del tributo anual de setecientas á mil libras de oro, y además seis mil libras pagaderas al contado para los gastos de la guerra. Esta suma, exhorbitante para un imperio exhausto de fondos por el lujo, por la malversacion y por los preparativos militares, no pudo ser allegada sino por medio de un impuesto extraordinario sobre los senadores, obligados á vender en pública subasta las joyas de sus mujeres y los ornamentos hereditarios de sus palacios. La soberbia, que sobrevivia á la grandeza, dió el nombre de salário á este tributo, y el título de general del imperio al rey de los hunos, quien decia con la risa en los labios: *Los generales de los emperadores son esclavos, y los generales de Atila son emperadores.*

Además se obligó á Teodosio á poner en libertad á todos los hunos prisioneros durante la guerra, á pagar doce monedas de oro por todo esclavo romano que sacudiera el yugo de los bárbaros, y á entregar á discrecion á todo el que hubiere desertado del campamento de Atila. De esta suerte se privaba á sí propio de la esperanza de hacerse adictos los pueblos bárbaros, mostrándose incapaz de defenderles, y por otra parte no se atrevia á llamar á los suyos á una guerra nacional. Sin embargo, los habitantes de Acimunte, pequeña ciudad de la Tracia, dieron muestras de que el antiguo valor no se habia estinguido del todo. Al aproximarse los hunos salieron á su encuentro y los mantuvieron á raya, hasta les cogieron botin y prisioneros, haciendo tambien reclutas entre sus desertores. Vanamente les ordenó Teodosio que se sometieran á las condiciones que le habian sido impuestas: hubo necesidad de que Atila accediera á un tratado particular con aquellos hombres generosos, prometiendo el cange de los fugitivos y de los desertores. Pero cuando llega el caso de ponerlo en planta, apelan los acimuntinos á una patriótica mentira, y juran que han despedido á los desertores y dado muerte á los esclavos, á escepcion de dos únicamente.

Alentado Atila á nuevos ultrajes en virtud del envilecimiento que encontraba donde quiera, exigió de Teodosio que renunciara al título de señor de la comarca que se estiende desde el Danubio hasta Naiso y la Nava en la Tracia, y cada vez que queria remunerar á alguno de sus parciales por sus buenos servicios, le enviaba á la córte de Constantinopla, bajo pretesto de reclamar la ejecucion de los tratados, á murmurar amenazas al oido del emperador dentro de su mismo palacio; y realmente el embajador se enriquecia con los regalos á cuyo precio creia el débil emperador comprar su connivencia. Entre el número de estos embajadores se contaron Orestes, noble panonio, y Edecon, jefe de la tribu de los escirros, después célebres, uno como padre del último emperador romano, y otro del primer rey bárbaro de Italia. Tan luego como desempeñaron su cometido, volvieron ambos al lado de Atila (449), acompañados de Maximino, personaje de los más distinguidos de la corte de Oriente por los empleos civiles y militares que habia tenido á su cargo con crédito sumo. A su lado se hallaba el sofista Prisco, que nos ha conservado el relato de su viaje y de la negociacion que tuvo por objeto.

Embajada á Atila.—Pusiéronse en marcha desde Constantinopla con numeroso séquito de hombres y de caballos, dirigiéndose hácia Sárdica, á la cual hallaron reducida á cenizas. Enseguida pasaron á Naiso, arsenal floreciente en otro tiempo y convertido á la sazon en un monton de escombros, donde languidecian algunos enfermos en las ruinas de las iglesias, mientras movia á lástima ver el resto de la ciudad sembrado de osamentas. Por último cruzaron el Danubio en barcas hechas de un tronco de árbol ahondado en hueco. Ya Maximino habia tenido con los enviados del rey disputas de preeminencia: desde entonces le fué vedado levantar sus tiendas á fin de que no eclipsara la majestad régia. Acto contínuo quisieron los ministros hunos que presentara las instrucciones de que habia sido encargado por su soberano, y como se negara, supo que ya tenia el enemigo noticia de ellas por traicion. Tras un larguísimo viaje hácia el Norte, obtuvo con mucha dificultad dar alcance al monarca. Guias bárbaros regulaban á su antojo la direccion y la rapidez de sus marchas; y aldeas de aquellos contornos suministraban á los viajeros provisiones en abundancia, compuestas de mijo, aguamiel y *camo*, licor hecho con cebada. Sorprendidos cierta noche por una tempestad de lluvia y viento anduvieron errantes en la oscuridad hasta llegar á una aldea cuyos habitantes se dispertaron á sus gritos. Pertenecia á la viuda de Bleda, que hizo iluminar con antorchas aquellos alrededores, proporcionó aquello de que más necesidad tenian los embajadores romanos, y les envió bastante número de hermosas mujeres, lo cual le fué recompensado con el donativo de copas de plata, de tela de lana encarnada, de frutas secas y de pimienta de la India.

La capital de aquel vasto imperio de los hunos, que no poseia una ciudad siquiera, era un campamento entre el Danubio, el Teiss y los Carpatos, quizá en las cercanias de Jasberin, Agria y Tokai, en los campos famosos por la victoria más insigne de los tiempos modernos (*Austerlitz*). Como ya hemos visto en la época de los primeros conquistadores asiáticos, las tiendas movibles se habian convertido en cabañas de madera, de paja y de arcilla, dispuestas simétricamente y bastante numerosas para dar cabida a toda la corte. Onegesio, ministro favorito del rey, habia construido un baño de piedra. Un palacio de madera sumamente estenso, cercado con una empalizada de tablas lisas, con torres á intérvalos, servia de habitacion á las mujeres de Atila. Cada una de ellas tenia allí su aposento separado, y como los celos de su señor no les prohibian la sociedad de los hombres, Maximino pudo entrar en el de Cerca, reina principal de todas. Aquel era un edificio bien construido, sustentado por columnas de madera torneada, esculpida y barnizada, donde no faltaban regularidad en las proporciones, ni gusto en los ornamentos. Cerca recibió á los embajadores reclinada sobre un blando lecho en una habitacion elegante cubierta con una alfombra, donde la rodeaba un círculo de esclavas, mientras sus doncellas bordaban los vestidos de los vencedores del mundo. Estos en testimonio de sus triunfos, se complacian en ostentar una gran riqueza de oro y de pedrerias, adornando con ellas sus personas, sus armaduras, sus espadas y hasta su calzado, y sobrecargando sus mesas de vagillas de oro y de plata cincelada.

Al reves, Atila afectando la mayor sencillez en su persona no tenia más adorno que sus armas. Servíase á la mesa de copas y de platos de madera, y no comia más que pan ó carne. A su entrada en el salon del banquete se hacia una libacion á su salud: después se sentaban de tres en tres ó de cuatro en cuatro á cada una de las pequeñas mesas colocadas á ambos lados de la mesa del monarca, elevada encima de algunos escalones y reservada para Atila, sus hijos, y algunos príncipes de alta gerarquia. A cada plato bebia el rey tres veces á la salud de uno de los principales oficiales, que debia recibir en pié aquella demostracion honorífica y responder á su vez con un brindis. Terminada la comida, se servia el vino y se competia en intemperancia. Al mismo tiempo dos poetas cantaban cerca del lecho de Atila su bravura, sus hazañas y las de sus abuelos: decian de este modo: *Nosotros combatíamos con la espada y prorrumpieron en gritos de alborozo las águilas y las aves de rapiña: lloraron las vírgenes por largo tiempo: pasan veloces las horas de la vida: cuando nos toque morir sonreiremos*. Enseguida aparecian los bufones, que escitaban en el salon estrepitosas carcajadas. Entre todos solo Atila permanecia grave: meditaba en la conquista del mundo, y no daba tregua á su pensamiento más que para acariciar las mejillas de Inarc, el menor y más amado de sus hijos.

Acercóse á Prisco en el campamento de Atila un extranjero vestido á la usanza de los escitas de distincion, el cual le saludó en griego y le contó como después de haber perdido en las invasiones anteriores su libertad y su fortuna, habia venido á ser esclavo de Onegesio, consiguiendo encumbrarse en virtud de sus eminentes servicios al nivel de los hunos, con quienes habia contraido vínculos de parentesco. Comia á la mesa de su amo; y su condicion entre los bárbaros le parecia preferible con mucho á la que tenia en Grecia, donde los emperadores, incapaces para proteger á sus súbditos y á sus amigos, abrumaban al pueblo con contribuciones, exorbitantes por el modo de exigirlas, sin contar la oscuridad de tantas leyes, el hacinamiento de los procesos ni la corrupcion general.

Cuando Atila entró en su campamento particular se adelantó á su encuentro una numerosa turba de mujeres en dos filas, sosteniendo en el aire de un lado á otro velos de lino blanco en forma de dosel, bajo el cual entonaba cánticos un coro de doncellas. Luego que estuvo delante de la morada de Onegesio, la mujer de este ministro, que le aguardaba en aquel punto, rindió homenage al héroe, ofreciéndole vino y manjares que le tenia preparados. A una señal de agradecimiento que hizo levantaron los esclavos á su altura (porque permanecia siempre á caballo) una mesa de plata, de la cual tomó Atila una copa llevándosela á los lábios: después saludó á la dama y siguió su camino.

Lejos de permanecer ocioso en su campamento, congregaba á su consejo con mucha frecuencia, daba audiencia á los embajadores y administraba justicia desde lo alto de un tribunal alzado delante de la puerta del palacio.

Al admitir por la vez primera cerca de sí á los embajadores romanos se hallaba sentado en una silla de madera, rodeado de numerosa guardia, y les reconvino con ademan amenazador de la mentira del intérprete Vigilio, quien le habia dicho que en las tierras del imperio no habia más de diez y siete desertores. En otra audiencia renovó sus orgullosas reprensiones sobre la falta de cumplimiento de las promesas hechas, tanto á él como á sus favoritos. Habiéndose ablandado después, despidió á los embajadores concediéndoles algunos esclavos por un ligero rescate, y cada uno de los nobles escitas les hizo presente de un caballo.

Pero mientras Maximino trataba lealmente de la paz, se urdia una traicion infame. En el instante en que Edecon se hallaba en Constantinopla y manifestaba su asumbro á la vista de tantas riquezas, el eunuco favorito Crisafio dispuso que le dijeran por conducto del intérprete Vigilio: *Puedes hacerte digno de una pingüe parte de ellas dando la muerte á Atila.* Edecon empeñó una promesa; mas ya fuese porque aceptó fingidamente la propuesta, ya porque se arrepintiera, es lo cierto que dió cuenta de la trama al formidable huno. No tomó Atila ocasion de esto para faltar al respeto debido al embajador, si bien mandó poner preso á Vigilio, que habia vuelto al campamento, y dejándole le eleccion entre una bolsa llena de oro ó presenciar la muerte de su hijo, arrancó de su boca la confesion del delito. Perdonó la vida al delincuente mediante la suma de 200 libras de oro, y luego envió á Constantinopla á Esfa y Orestes con la bolsa dada á Edecon en premio de la traicion proyectada. Introducidos cerca del emperador le hablaron de este modo: *Atila y Teodosio nacieron ambos de ilustrísima raza; pero sometiéndose Teodosio al tributo ha eclipsado su nobleza y ha venido á ser esclavo de Atila. Es, pues, inícuo que prepare emboscadas á su señor como un esclavo desleal.*

Una embajada más pomposa que la primera aplacó la cólera de Atila, quien perdonó al emperador, al intérprete y al eunuco; además cedió muchos esclavos y un vasto territorio á la derecha del Danubio, por el cual recibió no obstante una considerable suma.

Muerte de Teodosio.—Poco despnés murió Teodosio de una caida del caballo (28 de julio de 450), á la edad de cincuenta años, y habiendo reinado cuarenta y dos deshonrosamente á consecuencia de la humillacion del imperio, por más que le ilustre el *Código* que mandó publicar (438) y fué la primera coleccion oficial de leyes que poseyeron los romanos (7).

Pulqueria.— Entonces obtuvo Pulqueria legalmente el poder que ya ejercia de hecho cuando los eunucos favoritos no le ponian trabas, y por primera vez se halló una mujer en su propio nombre á la cabeza del imperio romano. Otorgó á la indignacion pública la cabeza de Crisafio, el último y el peor de los favoritos de Teodosio: queriendo luego un colega, más bien que un marido, fijó sus ojos en Marciano, senador sexagenario.

Marciano.—Habia Marciano abandonado la Tracia, su pais natal, para dirigirse á Constantinopla, no poseyendo más que 200 monedas de oro que habia pedido prestadas. Habiéndose puesto á las órdenes de Aspar y de Ardabario, se portó bizarramente en las guerras de Africa y de Persia, y el oficio de las armas, no menos que la escuela de la adversidad, le enseñaron virtudes desconocidas de los césares mecidos entre la púrpura.

Comprendia la necesidad de conservar la paz, si bien no la queria al precio de una vileza; así cuando Atila le envió á pedir el tributo con arrogancia, hizo que se le respondiera: *Tengo oro para mis amigos y hierro para mis enemigos.* Ultima frase digna de un romano. Atila resolvió hacer la guerra: no obstante, titubeaba en el fondo de los prados de la Panonia entre si se dirigiria al Oriente ó al Occidente, si raeria de la haz de la tierra á Constantinopla ó á Roma; pero una série de accidentes le arrojaron hácia el Occidente.

Vuelto Aecio á la cabeza de sesenta mil hunos,

(7) Véase Libro VIII, cap. IV.

habia obligado á Placidia á que le encumbrara á los más altos honores y le entregara sus enemigos. Ejercia, pues, orgullosamente el poder, ostentando el más soberbio fausto, mientras que el verdadero emperador pasaba los dias en su palacio sumido en vil reposo, bajo la proteccion de un capitan valiente. Con efecto, Aecio retardó por algunos años el último suspiro del imperio. Puso freno ó los vándalos con el auxilio de diversos tratados; mantuvo la autoridad imperial en la Galia y en España, y celebró una alianza con los francos y con los suevos. Habia continuado sus relaciones con los hunos de Atila, en cuyo campamento hacia que se educara Carpilion su hijo. Su mediacion sustentaba de este modo la paz entre el imperio y aquel devastador formidable, si bien á costa de frecuentes humillaciones; hasta tuvo á sueldo hunos y alanos cuando quiso pelear contra los bárbaros ya establecidos en las Galias.

Visigodos.—Estas provincias habian recibido á los burgundios y á los visigodos, que de huéspedes molestos no tardaron en convertirse en enemigos. En el Mediodia el reino de los visigodos habia pasado de Walia á Teodorico, hijo de Alarico, quien supo consolidarlo durante treinta y dos años (419-451). Puso asedio á Arlés, ciudad importante; pero habiéndole obligado Aecio á que lo levantara, se dirigió á España, cuyos moradores aspiraban á declararse independientes á semejanza de los de la Galia central. Acto contínuo volvió á la carga contra Narbona, mientras era invadida la Bélgica por los burgundios. En esto acudió Aecio, y, vencedor de estos últimos, trasladó sus restos á las montañas de Saboya, y libró á Narbona. Deshizo tambien la liga armórica y envió al suplicio á Bacton, caudillo de los francos, por figurar como uno de sus principales favorecedores. Por otra parte el conde Litorio, otro denodado general del imperio de Occidente, estrechó cada vez más á los visigodos, y aun asedió á Tolosa, capital de sus dominios. Teodorico le envió diversos obispos católicos para que le hicieran presente su oferta de someterse, con tal de que se asegurara á los suyos la vida y la libertad; pero Litorio se obstinó en cerrar los oidos á toda especie de acomodo. Reanimando entonces Teodorico el valor de sus guerreros con visitar en calidad de penitente todas las iglesias de su capital, operó una salida á la cabeza de su hueste, derrotó á los sitiadores y cogió prisionero al mismo Litorio, que fué abandonado á los ultrajes de la muchedumbre; luego le sepultó dentro de un calabozo, donde terminó su existencia. Triste mentís dado á las promesas de sus arúspices, en quienes tenia depositada toda su confianza. En aquel momento hubiera podido Teodorico ensanchar sus Estados hasta el Ródano, si bien quiso aceptar la paz, ora fuese por moderacion ó por modestia (436).

Establecidos los visigodos en un pais suave y culto, se habituaron á costumbres más humanas, bajo la autoridad de un rey que habia leido á Virgilio y estudiado jurisprudencia. Teodorico casó á sus dos hijas con los primogénitos de los reyes de los vándalos y de los suevos; pero un cuñado de la primera quitó la vida á su esposo: abrigando sospechas Genserico de que la otra habia tentado envenenar á su hijo, le envió en calidad de espulsada á la corte de Tolosa, después de haber mandado que le cortaran la nariz y las orejas. Aprestábase Teodorico á la venganza, y para llevarla á cabo tenia en su apoyo á los ministros imperiales, cuando Genserico ahuyentó el peligro, invitando á Atila á invadir la Galia, donde tambien le llamaba la alianza de los francos.

Francos.—Este pueblo que dominaba el pais vecino al Bajo Rhin, estaba gobernado por una raza hereditaria de príncipes, quienes se distinguian de sus súbditos por una cabellera rubia, cuyos rizos caian sobre sus hombros. Bajo Teodosio I se hace mencion de Marcomiro y de Suenon, sus reyes; posteriormente, hácia el año 419, segun ciertas tradiciones, reinaba Faramundo en la *Francia*, pais situado allende el Rhin: Clodion, que le habia sucedido (430?), tenia su residencia en Dispargo, entre Lovaina y Bruselas. Habiendo atacado de improviso la Segunda Bélgica, se apoderó de Tournay y de Cambray. Aecio le derrotó en Elena *(Vieux-Hesdin)*; y luego mientras con toda confianza se celebraba un matrimonio, les sorprendió y robó las mujeres y los regalos nupciales.

En su consecuencia Clodion volvió á pasar el Rhin, y reanudó su alianza con los romanos, quienes le cedieron la Bélgica: de este modo perdia Roma hasta de resultas de sus victorias. Habiendo adquirido nuevas fuerzas en esta comarca, empleó Clodion los veinte años de su reinado en consolidar la dominacion franca desde el Rhin hasta el Soma (8).

Luego que cerró los ojos dividió la ambicion á sus dos hijos, y Meroveo, el más jóven de ellos, imploró el patrocinio de Roma. Fué recibido en el imperio como aliado de Valentiniano III é hijo adoptivo de Aecio. Para estar en aptitud de combatirle se hizo su hermano mayor aliado de Atila, dando de esta suerte á los hunos un pretesto más para invadir la Galia.

Honoria, hermana de Valentiniano, proporcionó á Atila otra apariencia de derecho. Esta doncella, á la cual el título halagüeño de augusta, que se le habia conferido para alejar á todos los aspirantes á su mano, no vedaba sentir una pasion amorosa, se entregó al chambelan Eugenio. Descubierta la intriga (434), fué enviada á Constantinopla, para que espiara allí su error en la piadosa compañia de las vírgenes hermanas de Teodosio. Pero, siéndole poco gratas su austeridad y sus virtudes, envió secretamente á Atila un eunuco portador de su anillo, á fin de que se le ofreciera con todos los

(8) Volvemos á hablar de estos nuevos Estados en el libro VIII.

derechos que ella pudiera transmitirle en calidad de esposa suya. Agradó tan buena ocasion al huno, quien envió á pedir formalmente la mano de Honoria, como si ya le estuviera prometida, y con ella la mitad del imperio. Su peticion fué desechada, so pretesto de que las mujeres romanas no tenian derecho á la sucesion. Fué nuevamente enviada la princesa á Italia, donde la casaron con un hombre oscuro y después fué encerrada en una prision perpétua.

Cuando Atila sabe que su proposicion ha sido desechada (450), congrega una infinidad de pueblos germanos y de vasallos ó de aliados, como Arderico, rey de los gépidos, Valamiro, rey de los ostrogodos. Parte enseguida de la Panonia, tras una larga marcha llega á la confluencia del Neker y del Rhin, donde encuentra al hijo primogénito de Clodion, cruza el rio en armadias (451), y lanza contra las dos Bélgicas una multitud innumerable. Los burgundios, que ocupaban la Helvecia occidental, quieren detener el primer ímpetu del torrente, si bien sufren una cruel derrota. Después de haber destruido á Augusta de los Rauracos, á Vindonisa y Argentuaria (9), baja Atila por la orilla izquierda del Rhin hasta Maguncia, y precedido por el terror, seguido por la desolacion más espantosa, toma y entra á saco á Tréveris y Escarpiana (10). No deja en Metz piedra sobre piedra, donde degüella hasta los tiernos infantes, á quienes se ha apresurado á bautizar el obispo. Dios llamó á sí á San Servato, para que no viese á Tongres reducida al último apuro. Solamente dos ciudades al Norte del Loira se libertaron de aquel azote, Troyes y Paris. Debió la primera su salvacion á las súplicas de San Lupo, de quien más tarde se hizo acompañar hasta el Rhin Atila para tener tambien propicio al Dios de los cristianos (11); la segunda á los méritos de Genoveva de Nanterre, jóven pastora, que tranquilizando á los habitantes, exhortó á las mujeres á congregarse en el baptisterio para orar allí juntas, prometiéndoles que serian preservadas de la muerte y de la deshonra. Negándose los hombres á tener fe en ella se amotinaron contra la adivina y querian ahogarla ó apedrearla, pero el archidiácono de Auxerre los calmó, asegurándoles que San German alababa grandemente á Genoveva; y efectivamente no atacaron á Paris los hunos (12).

Sitio de Orleans.—Pusieron asedio delante de Orleans á instigacion de Sangiban, caudillo de los alanos, á quien los romanos habian permitido establecerse en el contorno. Reducíase la intencion de Atila á convertir á Orleans en su plaza de armas, después de llevada á feliz remate la sumision de las Galias. Descubierta la traicion, vigorosamente defendieron sus hogares los ciudadanos, alentados por la fuerza de las murallas y por Aignan su obispo, quien les daba la seguridad de un pronto socorro. Sin embargo, ya habian caido por tierra las murallas y ocupaban los hunos sus arrabales, siendo inminente el peligro. Aignan manda á uno de los suyos subir á las torres y á las atalayas para que vea si se aproximan los libertadores: *No*, le dicen: y el obispo responde: *Orad con fé*. Envia de nuevo, miran con atencion, nada se descubre y el obispo repite: *Orad con fé*; al fin la tercera vez le contestan: *Se distingue muy lejos una nubecilla.—Ese es el socorro del Señor* (13), esclama el obispo, y *Ese es el socorro del Señor*, repite la muchedumbre llena de confianza.

Con efecto, eran las águilas romanas: Aecio no se habia dejado engañar por las insidiosas protestas de Atila, ni por las intrigas de una faccion que, en la corte italiana, se mostraba favorable á la paz en virtud de una cobarde repugnancia á la guerra. Hecho héroe por voluntad, cual lo habia sido hasta entonces por denuedo, allegó cuantas tropas pudo, en la confianza de que aumentaria su número con los socorros que le suministraran los visigodos, los cuales debian incorporársele en medio del comun peligro. No obstante, estos habian resuelto aguardar al enemigo á pié firme en su territorio; pero la hábil elocuencia de Avito determinó á Teodorico, en obsequio de la salvacion de su reino y por interés comun de la cristiandad, á tomar la delantera y á marchar contra el enemigo que le amenazaba. Reunió, pues, un fuerte ejército; y el anciano rey se puso en persona al frente de su denodada nacion, secundada por otras tribus, y acompañándole sus dos hijos Turismundo y Teodorico. Al mismo tiempo se ocupaba activamente Aecio en solicitar en el Poitou á los táifalos, en Bayeux á los sajones, en la Retia á los breunos, en Valence á los alanos, á los armóricos en Bretaña, y á los sármatas, diseminados por todas partes, á fin de que llegaran á combatir al formidable enemigo, que aspiraba á invadir una comarca donde empezaban á saborear las dulzuras de una residencia estable.

Por mucho que costara á un general de Roma reunir un ejército mediano, desde luego podia contar con la superioridad de la táctica contra una muchedumbre de aventureros que solo tenia el valor personal en su abono. Atila lo comprendió perfectamente, y más embarazado que socorrido por aquel tropel inmenso que habia reunido, hubo de vacilar. Consultó adivinos y sacerdotes, quienes le presagiaron unánimes una derrota, de que seria indemnizado en cierto modo por la muerte de su más encarnizado enemigo.

Batalla de Chalons.—A la aproximacion de aquel ejército poderoso levantó Atila el sitio de Orleans,

(9) Horburg cerca de Colmar.
(10) Charpagne, entre Toul y Metz.
(11) *Gallia christiana*, tomo XII. *Vita S. Lupi* ap. SURIUM.
(12) BOLLANDISTAS, 3 de enero.
(13) GREGORIO DE TOURS, lib. II.

y tornando á pasar el Sena, hizo alto para aguardar á la falange contraria en los campos Cataláunicos, á orillas del Marne, donde podia maniobrar desembarazadamente la caballeria.

Allí se encontraron frente á frente los tres mundos, el mundo asiático, el mundo romano y el mundo germánico, aquellos de cuyas manos se escapaba la dominacion sobre la moderna Europa, y aquellos que pretendian apoderarse de ella. Roma tenia bajo sus banderas á los visigodos, á los letos, á los armóricos, á los galos, á los breunos, á los sajones, á los borgoñones, á los sármatas, á los alanos, á los francos, á los ripuarios: con Atila militaban otros francos y otros borgoñones, los boyos, los hérulos, los turingios, los gépidos, los ostrogodos; eran hermanos, separados habia largo tiempo, y volvian á encontrarse á la sazon para cebarse en la mútua matanza.

Viendo Atila vacilar á sus gentes, les exhortó diciendo: «¿Qué teneis que temer de ese hacinamiento de enemigos, hombres de diferente lenguaje y de distintas costumbres? ¿De esos hombres, á quienes solo ha podido reunir el miedo? Arrojaos intrépidamente sobre los alanos y los visigodos; una vez quebrantados los huesos es imposible que el cuerpo logre sostenerse. Acreditad vuestro acostumbrado denuedo. Aquel que esté destinado á vencer, no podrá ser tocado por ninguna flecha: al revés, el que esté destinado á la muerte, perecerá aun cuando se agache en el reposo de sus hogares. Esa trémula muchedumbre será incapaz hasta de soportar vuestra mirada. Yo dispararé la primera flecha contra el enemigo. ¡Muera todo el que se atreviere á permanecer con las manos ociosas, mientras yo combato!»

Esta batalla fué disputada por una y otra parte con escasa pericia militar y con teson estremado. Atila dirigió sus principales esfuerzos contra los godos, á quienes consideraba con gran fundamento, como el más incontrastable obstáculo á sus conquistas. Coronando Teodorico con prodigios de valor una vida de guerras contínuas, sucumbió en la refriega: ciento cincuenta mil hombres cubrieron con sus cadáveres las orillas del Marne, si bien quedó en pro de los romanos el honor de aquella jornada. Esta fué la última victoria insigne alcanzada en nombre de los antiguos soberanos del mundo. Atila se retiró detrás de la trinchera formada por los carros, y se le oyó cantar durante la noche, haciendo chocar sus armas, á guisa del leon que ruge en la caverna donde le han acorralado los cazadores.

Disponíase á vengar á su padre el jóven Turismundo, alzado sobre el pavés por los visogodos en el mismo campo de batalla; pero Aecio concibió recelos de una nacion que le parecia llevar á sobrada altura sus miras. Cuéntase, pues, que fué en persona en busca de Atila, su antiguo amigo, y le dijo: *No has esterminado más que á una ínfima parte de los godos; y mañana volverán á la carga en tanto número que te cortarán la retirada.* Atila le dió gracias, y le hizo regalo de 10,000 monedas de oro. Luego el mismo Aecio se dirigió á la tienda de Turismundo: le exageró los recursos con que contaban los hunos, y le infundió además temores de que, mientras acreditara su valor en lo más recio de las lides, le usurpara su hermano la corona. Tambien Turismundo se mostró agradecido dándole otras 10,000 monedas de oro, y apresuró su retirada para tomar la vuelta de sus Estados (14).

Habíase preparado Atila á la defensa, y hasta habia hacinado las sillas y las mantas de sus caballos, resuelto á quemarse vivo en aquella hoguera, para que nadie pudiera jactarse de haber cogido prisionero ó dado muerte al que habia ganado tantas victorias. En tanto que aguarda ser acometido de un momento á otro, se apercibe por el silencio del campo de que se ha retirado el enemigo: entonces sigue tambian este ejemplo, vuelve á pasar el Rhin y regresa á la Panonia costeando el Danubio.

Al asomar la primavera (452), se dispuso á una nueva invasion. Después de haber pedido otra vez la mano de Honoria con su patrimonio y de haber esperimentado una nueva negativa, se pone en marcha, cruza los Alpes, y asedia á Aquilea con máquinas construidas por los desertores y prodigando la vida de infinitos soldados. Acreditaron los italianos en la defensa de la ciudad que no les faltaba el antiguo valor siempre que no les entibiaran la sabia opresion ó las rivalidades de los emperadores. Desesperado Atila de enseñorearse de la plaza después de tres meses de infructuosos asaltos, iba á levantar el sitio, cuando descubrió una cigüeña que se disponia á huir con sus polluelos de una torre donde tenia su nido. Hábil en sacar partido del más insignificante accidente, dice y hace repetir que la ciudad está á punto de sucumbir, puesto que animales tan fieles abandonan sus murallas. De esta suerte reanima el fatigado valor de los suyos, á quienes conduce al asalto con un fervor supersticioso: abierta brecha queda reducida Aquilea á un monton de escombros para no volverse á levantar nunca.

Venecia.—Altino, Concordia, Padua, sufrieron igual desgracia, y poseidos de espanto sus moradores huyeron del continente para refugiarse en los islotes de la laguna alrededor de Rialto, primer núcleo de la ciudad y de la república que debia conservar su imperio y su libertad por más tiempo que Roma.

Penetrando entonces en lo interior del pais entregó Atila á la devastacion las ciudades de Vicenza, Bérgamo, Verona. Libertáronse del incendio, merced á una pronta sumision, Milan y Pavia, abandonando no obstante sus riquezas. Al entrar Atila en la primera ciudad vió en el palacio de los emperadores un cuadro en que estaban represen-

(14) Idacio ap. FREDEGAR., *Scrip. fr.* II.

tados sobre el trono hollando á los bárbaros con su planta: sonrióse y mandó que fueran pintados los césares derramando á sus piés sacos de oro.

Italia toda, á la noticia de tan reiterados desastres, se veia, sin direccion, sin ejército y diezmada de habitantes. Solo estaba todavia en pié Aecio; pero los aliados que le habian socorrido del otro lado de los Alpes, cuando su propia salvacion se hallaba enlazada con la del imperio, veian á la sazon con indiferencia desencadenarse aquella furia sobre Italia, como el agricultor cuando la nube que amenaza sus campos, descarga sobre los demás. Limitábase el imperio de Oriente á empeñar la promesa de acudir con socorros: reducido de esta manera el general romano á fuerzas poco numerosas, no podia hacer otra cosa que hostigar de flanco al ejército de Atila. Hasta el mismo Valentiniano se fiaba poco de Aecio, y, teniendo á Rávena por asilo poco seguro, habia huido con direccion á Roma. Viendo posteriormente que aun esta ciudad se encontraba desguarnecida de tropas, y que sus murallas estaban en malísimo estado, pensaba en abandonar la Italia.

En medio del universal desaliento, el papa Leon y Avieno, opulento romano y personaje consular, adoptaron el partido de presentarse en ademan suplicante á Atila, con el fin de inducirle en nombre de la religion y de los antiguos recuerdos, á consentir en la salvacion de Roma. Cerca de Peschiera encontraron al terrible guerrero, el cual les recibió con grande miramiento, y le suplicaron que concediera la paz, prometiéndole sumas inmensas por via de dote de Honoria.

Las leyendas, que, como ya se ha visto, se ejercitaron mucho acerca de estos notabilísimos acontecimientos, hablan de muchas batallas dadas bajo los muros de Roma, batallas tan encarnizadas que en ellas perecieron todos los soldados, á escepcion de los generales; y, aun después de abandonar las almas á los cuerpos, continuaron los cadáveres combatiendo por espacio de tres dias y tres noches cual si fueran guerreros vivos (15). Otros dicen que San Pedro y San Pablo se aparecieron, para proteger la ciudad donde reposan sus cenizas, amenazando á Atila que retrocedió aterrado; milagro perpetuado á través de los siglos por el pincel de Rafael y por el cincel de Algardi.

Hasta sin la intervencion de ningun milagro es posible creer que contuviera á los bárbaros un sentimiento de respeto hácia la antigua capital del mundo pagano, y hácia la nueva metrópoli del cristianismo. Reciente se hallaba el ejemplo de Alarico: no bien hubo violado la gran ciudad, quedó cortado el curso de sus triunfos con el hilo de su existencia. Además sabia Atila que el ardor de sus guerreros, impetuoso en el ataque, no resistia á las largas fatigas de los asedios, y eran diezmados por las enfermedades con que tantas veces ha castigado Italia á sus invasores. Por último ¿qué atractivo podian brindar los palacios á Atila, acostumbrado á considerar como la libertad el aire de los campos, y como cárceles los edificios de las ciudades? Ciertamente codiciaba botin, y para eso llegaban á ofrecérselo sin que hubiera de costarle ningun trabajo.

Muerte de Atila.—Así, pues, aquel Atila que semeja un gigante, porque aparece subido sobre un inmenso monton de ruinas y delante del cual temblaban todos desde el Báltico al Atlas y al Tigris, vuelve á tomar el camino de su ciudad de madera. Ya en camino le ocurre el pensamiento de añadir, á tantas mujeres que le han hecho padre de una porcion de hijos, la jóven Ildegunda; pero con el jubilo de este enlace, ó á consecuencia de los escesos de las bodas, murió (453). Su cadáver fué espuesto en medio del campo entre dos largas hileras de tiendas de seda. Sus hunos se cortaron los cabellos, se hirieron el rostro y le ofrecieron exequias de sangre humana. Entorno suyo cantaban con sombria fiereza: «Este es Atila, rey de los hunos, hijo de Munzak, señor de naciones valerosas, quien, en virtud de un poder inaudito, poseyó la Escitia y la Germania, espantó á los dos imperios de Roma hasta tal punto que, para no entregarle todo el botin, después de haberle calmado con sus ruegos, le ofrecieron un tributo anualmente. Habia llevado á feliz remate todas sus empresas, cuando murió no de resultas de una herida del enemigo, ni de traicion de sus parciales, sino en medio de los goces y sin esperimentar dolor ninguno.» Sus despojos metidos en tres cajas, una de oro, otra de plata y la última de hierro, fueron sepultados de noche con los trofeos más preciosos del enemigo y con los cadáveres de los esclavos que habian abierto la fosa: en rededor celebraron los nobles hunos los funerales de su caudillo con banquetes, donde el libertinaje corrió parejas con la intemperancia.

Batalla de Netad.—Entonces se pudo reconocer cuanto habia sido el poder de aquel hombre, que habia sujetado al freno á tantos bárbaros de distinta índole. Sus numerosos hijos se disputaron sus vastísimas posesiones, si bien ya se habian escapado de sus manos. Diéronse cita las diversas naciones en la Panonia. Allí, cerca del rio Netad, vinieron á las manos el godo poderoso con la espada, el gépido diestro en disparar la javelina, la infanteria sueva, la caballeria de los hunos, el alano de pesada armadura, el hérulo de armamento leve, y muchas tribus sin caudillo, que habian militado á las órdenes del *Azote de Dios* hasta entonces. Treinta mil hunos quedaron tendidos en el campo de batalla con Elac hijo primogénito de Atila: hondamente divididos sus hermanos sostuvieron con debilidad suma la terrible gloria de su padre.

Refugiáronse las hordas húnicas hácia el Palus-Meótides, donde quizá tomaron el nombre de utur-

(15) Fragmentos de Damascio en la *Biblioteca* de Fozio, pág. 1039.

guros, con el cual invadieron la Iberia y la Armenia; otros entre las concavidades del Cáucaso mezclados bajo el nombre de sabiros con los eslavos, produjeron tal vez la nacion rusa (16). Los ostrogodos, que, á pesar de haber sido avasallados por Atila, conservaron algun resto de independencia y sus propios reyes, estaban gobernados á la muerte de Atila por tres hermanos amalos, Valamiro, Teodomiro, y Videmiro, y se repartieron la Panonia. Arderico, rey de los gépidos, se estendió por la Alta Mesia y por una parte de la Dacia: los rugos, que, en tiempo de Tácito, resídian junto á la embocadura del Oder, y de quienes conserva memoria la isla de Rugen, no vuelven á aparecer más que en los ejércitos de Atila: después de su muerte se establecieron en las comarcas situadas al norte del Danubio, donde están actualmente el archiducado de Austria y la Moravia; y permanecieron allí hasta que destruyó su dominacion Odoacro (487).

(16) LEVESQUE, *Historia de Rusia.*

CAPÍTULO XVI

ÚLTIMOS EMPERADORES DE OCCIDENTE.

La misma noche en que exhaló Atila el postrer suspiro, habia el emperador Marciano visto en sueños que el arco del conquistador se hacia pedazos. Habíase roto efectivamente, aunque no por eso se cicatrizaban las gangrenadas llagas del imperio, donde hasta se deseaba el triunfo de los bárbaros, por lo mucho que los impuestos abrumaban. Descargaban los ricos todo el peso sobre los pobres, que ya ni siquiera tenian, como alivio de su miseria, el recurso de las larguezas imperiales. Las sospechas multiplicaban las confiscaciones y las persecuciones criminales; muchos individuos, en rebeldia contra la sociedad y las leyes, se entregaban al pillage en los caminos y en las aldeas; su número habia llegado á ser tan considerable que, bajo el nombre de bagaudes, habian arrancado á la dominacion romana la Armórica y parte de la España. Muchas provincias se habian perdido, otras estaban en vísperas de rebelarse. Apenas era vencida ó fijaba su residencia en algun punto una poblacion bárbara, se veia asomar otra en ademan amenazante con íntegras fuerzas. Hallábanse debilitados los ejércitos y exhausto el tesoro: un sentimiento general de lasitud y de espanto oprimia los espíritus y hacia temer la aproximacion del duodécimo siglo de Roma, reputado como funesto á su duracion en los cálculos sacerdotales de los etruscos.

Muerte de Aecio, 450.—Hasta los mismos emperadores, incapaces de promover el bien, no sabian otra cosa que acelerar la ruina del imperio. Valentiniano III, jóven, falto de energia, se desenfrenó después de muerta Placidia, y concibió ódio y sospechas contra Aecio, el salvador del imperio, á instigacion de sus eunucos, y le atravesó el corazon con la espada, de que nunca habia sabido hacer uso contra los bárbaros: de una manera igualmente vil y cobarde fueron asesinados los amigos del patricio. Luego se atribuyeron á Aecio, como á todo hombre que sucumbe, proyectos ambiciosos, inteligencias con el enemigo, tentativas de revolucion en el Estado. Quédannos muy pocos documentos para comprobar el hecho: sin embargo, sus actos nos le presentan como incapaz de soportar un émulo de poder y de gloria, y no como ávido de la categoria suprema, que nadie hubiera podido disputarle. Ageno al sentimiento que inspira el amor de la patria, no comprendia otra libertad que la que estribaba en emancipar á su soberano del extranjero yugo, y á sí propio de todo el que intentara oponer obstáculo á sus deseos. Peleaba por aquel honor militar á cuyo impulso van todavia actualmente millares de soldados á prodigar su vida y á figurar como héroes en interés de una causa que no han examinado, ó que tal vez ignoran. No faltaron aplausos al asesino imperial, si bien un romano se atrevió á decirle: *Has procedido á semejanza del que se corta la mano derecha con la mano izquierda.*

Muerte de Valentiniano III.—A despecho de su virtuosa mujer Eudoxia, Valentiniano injuriaba el pudor hasta de las damas principales. Habíale opuesto una virtuosa resistencia la mujer de un rico senador de la familia Anicia, llamado Petronio Máximo; pero cierto dia que habia ganado á éste crecidas sumas al juego, le obligó á que le entregara su anillo en prenda, y se lo envió á aquella por quien ardia en deseos, haciendo que la dijeran como su esposo la aguardaba. De esta suerte llegó á satisfacer su brutal apetito; pero Máximo, furioso, se propuso lavar semejante afrenta con sangre. Dos soldados de Aecio, admitidos imprudentemente en las filas de los guardias, le ofrecieron el auxilio de sus brazos, y degollaron al emperador (16 de marzo de 455).

Máximo.—No costó mucho trabajo á Máximo

conseguir que le proclamaran señor del imperio; pero aquel fué el término de sus prosperidades y de las virtudes de que hasta entonces habia dado ejemplo. Una escelente fortuna, sus elegantes y generosos modales, le habian conquistado numerosos clientes y amigos sinceros, permitiéndole sustentar dignamente la categoria de la familia Anicia. Dos veces cónsul, tres prefecto del pretorio en Italia, y por último patricio, agregaba á los cuidados exigidos por tan altas funciones la aficion de honestos solaces, y el reloj hidráulico le servia para distribuir las ocupaciones del dia. ¡Cuanto hubo de echar de menos aquella tranquilidad perdida al encontrarse á la cabeza de un imperio, cuya grandeza no era capaz de hacer renacer persona humana! ¡Cuantas veces al fin de dias borrascosos y tras largas noches de insomnio hubo de quejarse de su suerte con su amigo Fulgencio, esclamandó: *¡Dichoso Damocles, cuyo reinado empezó y acabó en el mismo banquete!*

Quiso consolidarse en el trono haciendo que su hijo contrajera matrimonio con Paladia, primogénita del emperador asesinado; y aun él mismo, habiendo perdido su virtuosa mujer, se casó con la viuda de Valentiniano. Esta que solo habia cedido á la violencia, deseosa de vengar á su marido y á sí misma, recurrió al terrible Genserico, á quien sedujo la circunstancia de poder dar á la invasion un honroso pretesto. Armó una numerosa escuadra, y en ella se hizo á la vela desde Africa, con sus vándalos y un cuerpo de alanos, y desembarcó en la embocadura del Tíber. Máximo, que, por una imperdonable incuria, no habia preparado nada para la defensa, solo pensó en la fuga, exhortando á los senadores á hacer otro tanto; mas no bien se presentó en las calles, fué acometido á pedradas y se arrojó su cadáver al Tíber (12 de junio).

Genserico en Roma.—Tres dias después de aquella sedicion habia llegado ya Genserico sin esgrimir una sola vez las armas á las puertas de Roma, que no sabia más que gemir y orar, mostrándose valiente para el asesinato, y totalmente desprovista de denuedo para la defensa. Nuevamente estendió la religion su égida sobre la ciudad. Leon, que la habia protegido contra el furor de Atila, se encaminó procesionalmente con el clero á los reales de Genserico, y fuerte con la autoridad de hombre venerado, con la santidad de su ministerio, le indujo á prometer que, si no le oponia ninguna resistencia, perdonaria á los habitantes del incendio y de la matanza, y á los prisioneros de la tortura. Fué entregada la ciudad á un saqueo de catorce dias: las riquezas, que se habian escapado de la codicia de los soldados de Alarico, se amontonaron entonces á bordo de los bajeles africanos, como para consumar la venganza de Cartago sobre su rival.

El templo de Júpiter en el Capitolio, monumento de patriotismo y de magnificencia más bien que de religion, fué despojado de su techumbre de dorado bronce: no obstante, las estátuas de los dioses y de los héroes quedaron intactas. Tito habia depositado en el templo de la Paz los objetos preciosos arrebatados al culto hebráico en la Judea, la mesa de oro, el candelabro de los siete mecheros, tambien de oro: todo fué arrancado de allí por las gentes de Genserico. Tampoco se esceptuó del pillaje á las iglesias cristianas, y el papa Leon mandó fundir seis vasos de plata de cien libras cada uno, regalados por Constantino. Nada decimos de los despojos de los palacios, robados con rapacidad tanta, que habiéndose adelantado la misma Eudoxia al encuentro del libertador á quien habia llamado, se vió desposeida en brevísimo instante de las joyas que llevaba encima: después fué trasladada con sus dos hijas á bordo de las naves, en compañia de millares de esclavos escogidos por su robustez ó por su hermosura.

Un viento favorable empujó la escuadra hácia Cartago con el botin y los cautivos, á quien el obispo Deogracias prodigó socorros sin tasa. A fin de rescatar á algunos de ellos y para hacer más llevadera la suerte de los demás, vendió los vasos de oro de su iglesia: convirtió dos templos en hospitales para asistir á aquellos que á consecuencia de la angustia y de la travesia habian caido enfermos, les distribuyó camas, y les proporcionó la subsistencia y los medicamentos. Aun siendo muy anciano pasaba en persona la noche cerca de ellos, ofreciéndoles aquellos consuelos á la caridad únicamente reservados.

El poeta Paulino, obispo á la sazon de Nola, empleó en el mismo uso todas las riquezas de los templos; y como no le quedara ya cosa alguna para proveer al rescate del hijo de una pobre viuda, se hizo esclavo en su puesto (1).

Avito.—Por otros puntos hacian tambien los bárbaros contínuas irrupciones, y las provincias sacudian el yugo de Roma. Habíanse adelantado los francos y los alemanes hasta el Sena; talaban los sajones las costas: los godos aspiraban á hacer duraderas sus conquistas. Máximo habia confiado el encargo de reprimir á estos últimos á Flavio Avito, noble auvernio, que en su mocedad se habia dedicado á la literatura y al estudio del derecho, sin que por esto descuidara las armas y la caza. Habia merecido bien de su patria tanto en la paz como en la guerra, peleando en union de Aecio, lo cual le habia valido ser nombrado prefecto del pretorio en la Galia. Por moderacion natural, ó tal vez por ponerse á cubierto de la envidia, se habia retirado á su casa de campo cerca de Clermont, donde pasaba el dia con sus amigos: in-

(1) Semejantes hechos no son raros entre los primeros cristianos, puesto que leemos en la *epístola* primera de San Clemente: «Conocemos á muchos de los nuestros que por libertar á sus prójimos, tomaron voluntariamente las cadenas; á muchos que se doblegaron á la servidumbre, para alimentar á los demás con el precio que la venta de su libertad les habia valido.»

vertia la mañana en el juego de pelota ó en su biblioteca, compuesta de lo más selecto de los autores griegos y latinos: á la hora de la comida y de la cena le servian con la mayor sencillez manjares cocidos ó asado rociado con vino; y empleaba el resto del dia en dormir, montar á caballo y saborear el placer del baño (2).

Engolfado se hallaba en estos dulces solaces, cuando recibió las cartas en que le anunciaba Máximo como le habia nombrado general de la caballeria y de la infanteria. No negó á su patria los servicios que exigia de su persona, y ora fuese porque inspirara confianza á los bárbaros, ora porque les infundiera miedo, es lo cierto que se mantuvieron en reposo, y al fin pudo respirar el pueblo. Tampoco desdeñó dirigirse personalmente en calidad de embajador á Tolosa, para tratar allí con el rey de los visigodos, de quien dependia la tranquilidad de su territorio. Hallábase gobernado aquel pueblo por Teodorico II, el cual habia ascendido al trono quitando la vida á su hermano Turismundo, acusado por él de haber querido celebrar alianza con el imperio. Muchas veces le habia tenido en sus brazos Avito cuando todavia era tierno infante, y hasta le habia enseñado á comprender á Virgilio. Estas antiguas relaciones de amistad dieron márgen á que, tan luego como se supo la muerte de Máximo, ofreciera Teodorico á Avito prestarle ayuda para que se enseñoreara del poder soberano, objeto de sus aspiraciones: proclamóle emperador la asamblea anual de las siete provincias, congregada junto á Arlés. Fué reconocido por Marciano (10 de julio) y no pudo ser rechazado por Roma ni por Italia, que se limitaron á rogarle que fijara su residencia en la antigua capital del mundo. Encaminóse á ella efectivamente, y el poeta Sidonio, su yerno, hizo decir á Júpiter, en un panegírico largo y enojoso en verso, lo siguiente: «No de otro modo soportó por algun tiempo el Tirincio el peso de los cielos y de su madrastra, cuando sustituyó á Atlas en la roca líbica; y reposó más seguramente sobre los hombros de Hércules la mole del mundo.—¡Oh Roma, madre de los dioses, orgullosa con tantos príncipes, torna á alzar la frente! Un príncipe de edad madura te rejuvenecerá más de lo que te habian hecho envejecer emperadores niños.—Y los dioses aplaudieron las palabras de Júpiter y las parcas hilaron en sus veloces husos los siglos dorados por este imperio.»

Adulaciones torpes, mentirosos vaticinios. No supo resistir la virtud de Avito á las seducciones de una categoria á la que todavia quedaban los goces, á falta de la grandeza. Hízose muchos enemigos agraviando con la deshonra á infinidad de maridos. Poco tardó en estallar el descontento, y el Senado á quien habia restituido alguna autoridad la flaqueza de los soberanos, usó de su derecho de elegir los emperadores. Esta pretension hubiera tenido pocas consecuencias en sí misma, á no haber sido apoyada por el conde Ricimero, uno de los principales jefes de los bárbaros auxiliares de Italia. Vástago de los suevos por su padre y de los reyes visigodos por su madre, habia prestado eminentes servicios al imperio, y la destruccion de sesenta galeras vándalas en las aguas de la isla de Córcega acababa de hacer que se le saludara con el título de libertador de la Italia.

Envanecido con su triunfo intimó á Avito á que depusiera la púrpura (16 de octubre de 456); y le dejó que buscase su seguridad haciéndose consagrar obispo de Plasencia. Persiguióle hasta en esta ciudad la venganza del Senado, y lo sentenció á muerte; y mientras huia hácia su patria, Auvernia, murió ó fué asesinado.

Mayoriano.—Después de haber quedado vacante por algun tiempo el imperio, fué conferido á Julio Valerio Mayoriano (15 de agosto de 457), que era digno de reinar en época más venturosa. Habia servido á las órdenes de Aecio con la reputacion de un hombre denodado, liberal y hábil hasta lo sumo; y su gloria habia escitado la envidia de aquel general, quien le habia despojado de su grado. Devolviósele después de su muerte, y Ricimero, elevado á patricio de Italia, lo nombró general de la caballeria y de la infanteria: cuando en aquel elevado puesto hubo repelido Mayoriano á los alemanes, que se habian atrevido á avanzar hasta Belinzona, le encumbró Ricimero al trono de que disponia á su albedrio, si bien como bárbaro no osaba sentarse allí en persona.

Mayoriano puso en conocimiento del Senado y del ejército su eleccion en los términos siguientes (3). «Sabed, oh padres conscriptos, que he sido nombrado emperador por eleccion vuestra y por la sancion del valerosísimo ejército (4). Sea propicia la divinidad á este acto en obsequio del bien público y en vuestra ventaja, otorgando venturoso éxito á nuestro reinado; puesto que no he llegado al poder supremo por mi voluntad propia, sino por ciega sumision al voto público, á fin de no vivir para mí solo, ó de no parecer ingrato con una negativa á la república, para la cual he nacido. Tambien hemos tomado venturosamente en las calendas dedicadas á Jano las haces del consulado, á fin de que el presente año, aprovechándose las ventajas de nuestro naciente imperio, fuera igualmente designado con nuestro nombre. Auxiliad ahora al príncipe que habeis nombrado, tomad parte con nosotros en el cuidado de tratar los negocios, con el objeto de que á beneficio de nuestra comun

(2) Así se esplica Sidonio Apolinario, autor de su panegírico.

(3) *Novellæ Major*, tomo III; á continuacion del Código Teodosiano.

(4) *Ordo omnis regum dederat, plebs, curia, miles*
Et collega simul.
SIDONIO, *Carm.*, V, 388.

solicitud crezca en grandeza y poderio el imperio que me fué dado por intervencion vuestra. Creed que la justicia será atendida en nuestro tiempo, y la virtud podrá prosperar bajo la tutela de la inocencia. Nadie tendrá que temer el espionaje, ya reprobado por mí como simple particular en las costumbres agenas, y condenado especialmente ahora. Tampoco tema nadie las calumnias, á escepcion de los que sean autores de ellas. Tendremos particular cuidado, en compañia de nuestro padre y patricio Ricimero, cuyo activo celo vigilará por las cosas militares, y, con el auxilio de la divinidad siempre poderosa, en conservar intacto el mundo romano, que nuestra comun solicitud ha preservado ya de las discordias domésticas y de los enemigos esteriores. Asociado en otro tiempo á vuestros peligros y á vuestros trabajos, espero que nuestra eleccion habrá de grabarse en vuestra memoria, y me prometo que no ha de faltarme vuestro afecto; y si el cielo me lo concede, me esforzaré en las cosas comunes con la autoridad de un príncipe y los miramientos de un colega, para proceder de manera que nunca tengais motivo de arrepentiros respecto del juicio que de mi persona habeis formado.»

Esta proclama reprodujo por la vez postrera el lenguaje de los primeros dias del imperio, caido en desuso hacia mucho tiempo. El escaso número de leyes que este emperador promulgara, respiran sentimientos generosos espresados con dignidad suma, propios de un padre que gobierna y rige á pueblos muy desventurados: allí donde puede, aplica remedio á los males, y los compadece en caso de impotencia. Mayoriano alivió á las provincias, «destrozadas por la exaccion variada y múltiple de los tributos, y por el enorme peso de las contribuciones extraordinarias» aboliendo las antiguas deudas al fisco; y quitó la jurisdiccion de los impuestos á las comisiones estraordinarias (5), para restituirla á los provinciales.

Los senados menores, es decir, los cuerpos municipales, *vísceras de la ciudad y nervios de la república*, estaban de tal manera envilecidos por la injusticia de los magistrados y por la venalidad de los exactores (6), que se resignaban muchos á un destierro oscuro y lejano, á trueque de no formar parte de ellas. Mayoriano exhorta á los decuriones á volver, al tiempo que suprime las obligaciones ominosas que les habian obligado á desertar. En su consecuencia les releva del deber de ser responsables de la recaudacion de los impuestos en las localidades donde tuvieren su residencia, exigiéndoles unicamente una minuciosa y exacta cuenta del ingreso, y una lista de los deudores morosos. Restituye á los defensores de la ciudad su poder tutelar, exhortando á elegir para aquel puesto á personas incorruptibles, capaces de sostener con energia al pobre, de combatir á los opresores, y de informar al emperador de los abusos cometidos en su nombre.

Tambien proveyó á la reparacion de los antiguos edificios, ora se desmoronaran por descuido, ora hubieran sido derribados para tener pronto y á la mano materiales que emplear en modernas construcciones. Debia ser azotado, cortándole además las manos, el empleado de un magistrado que permitiera sin necesidad la demolicion de edificios antiguos.

Ninguna doncella pudo consagrarse á Dios antes de cumplir la edad de cuarenta años. Aquellas viudas, que aun no los habian cumplido, tuvieron necesidad de contraer segundas nupcias, ó en otro caso resignarse á perder la mitad de sus bienes. Declaróse asi mismo la nulidad de los casamientos desiguales. Se castigó al adúltero con la confiscacion de bienes y con el destierro; y en caso de volver á Italia, era lícito quitarle la vida. En gracia de la rectitud de la intencion cabe perdonar la parte escesivamente minuciosa y severa de estas disposiciones, asi como sus reminiscencias paganas.

Derrotó á Genserico que habia desembarcado en Italia, é inmediatamente después de su victoria concibió el proyecto de recuperar el Africa; pero siéndole imposible restablecer el valor y la disciplina en las legiones, tomó á sueldo (458) bárbaros que acudieron de todas partes, y especialmente aquellos á quienes dejaba sumidos en la inaccion la muerte de Atila. Trasponiendo á la cabeza de ellos los Alpes en lo más rígido del invierno, venció al rey de los visigodos Teodorico II, que dilataba cada vez más sus conquistas tanto en las Galias como en España, y le aceptó por aliado. Tuvo á raya á los bagaudes, mientras que los arsenales de Miseno y Rávena trabajaban con la mayor actividad en el equipo de una escuadra: muy en breve se reunieron en Cartagena trescientas galeras de alto bordo, y otros tantos bajeles más pequeños. Cuéntase además que Mayoriano se trasladó en persona á Cartago con traje y en calidad de embajador, para tomar conocimiento del estado de la ciudad con sus propios ojos. Para conjurar la tormenta apeló nuevamente Genserico á sus artificios ordinarios, reducidos á dilaciones y vilezas. Pero cuando comprendió toda la esterilidad de semejantes medios, hizo de la Mauritania un desierto, reunió sus fuerzas, y saliendo al mar sorprendió á la escuadra mal resguardada en Cartagena y le prendió fuego. De esta suerte se vió Mayoriano en la imprescindible necesidad de admitir una tregua, durante la cual se ocupó en hacer nuevos preparativos. En esto el desagrado que habian escitado sus reformas

(5) Estas comisiones se componian frecuentemente de favoritos, que abusaban de su autoridad para henchirse de riquezas, apelando á los artificios mas sutiles. Nos dan á conocer las leyes uno de ellos. Habiendo sido maleadas las monedas, pretendieron no recibir más que oro del cuño de Faustina y de los Antoninos, lo cual duplicaba el impuesto en atencion á que aquellos que no lo poseian estaban obligados á someterse á transaciones onerosas.

(6) *Novellæ mayor*, t. IV.

anteriores subió de punto á consecuencia del reciente desastre; y el ejército sublevado le mató en Voghera (2 de agosto de 461).

Libio Severo.—Entonces Ricimero preceptuó al Senado que eligiera á Vibio ó Libio Severo oscuro lucanio, el cual no tardando en molestar á aquel de quien era hechura acabó su existencia (15 de agosto de 465); y durante veinte meses sin que le invistiera título alguno, gobernó Ricimero todas las cosas, percibiendo las contribuciones, reclutando el ejército y celebrando alianzas en su propio nombre. Sin embargo protestaban contra su dictadura Marcelino y Egidio. Literato el primero y fiel á la religion antigua habia disfrutado la intimidad de Aecio, y habia sido blanco de las persecuciones de Valentiniano: posteriormente le confiara Mayoriano el gobierno de la Sicilia y el mando del ejército reunido contra los vándalos en aquella isla. Habiendo ocupado después la provincia de Dalmacia, tomó allí el título de patricio de Occidente, y haciendo el corso en el Adriático, infestaba las costas del Africa y de la Italia. Egidio, maestre de la milicia en la Galia, se declaró enemigo de los asesinos de Mayoriano: á la cabeza de un ejército numeroso se hizo formidable al otro lado de los Alpes, y figuró como caudillo de los francos en el transcurso de los cuatro años que estuvo su rey Childerico en destierro. Ricimero y el emperador enviaron en contra suya al conde Agripino, quien, mediante la cesion de Narbona á Teodorico II y de una porcion de territorio á los burgundios, los atrajo para ir contra Egidio; pero este derrotó á sus enemigos cerca de Orleans y amenazó en seguida la Italia. Tal vez Ricimero no encontró más recurso, para libertarse del yugo, que envenenar á Egidio.

Tambien habia bajado á Italia Beorgor, rey de los alanos (6 de febrero de 464); pero sufrió bajo los muros de Bérgamo tan completa derrota, que desde entonces esta nacion no vuelve á ser mencionada. Genserico, á quien no habia conseguido debilitar en lo más mínimo el peso de los años, zarpaba todas las primaveras del puerto de Cartago al frente de una fuerte escuadra; y cuando le preguntaba el piloto á qué rumbo hacia vela, solia responderle: *Navega hácia donde nos lleven los vientos; ellos nos conducirán á la playa que desee castigar la Providencia divina.* Todas las comarcas bañadas por el Mediterráneo fueron infestadas por aquellos ladrones que más ávidos de botin que de gloria, no aventuraban batallas á campo raso, ni acometian tampoco las plazas fuertes, sino que hacian una batida en las costas montados á caballo, ejercian sus rapiñas sobre lo mejor y más bello, y volvian á embarcarse. A estas correrias de piratas acompañaban las más atroces crueldades, y de una sola vez fueron arrojados al mar quinientos ciudadanos de Zante.

Habia hecho el rey vándalo á su hijo Hunerico contraer matrimonio con la hija de Eudoxia, viuda de Valentiniano III, que pretendia tener parte en la herencia imperial, como único vástago de la sangre de Teodosio: suministrábanle, pues, un pretesto que esplotaba hábilmente, los derechos de la princesa su nuera. A peso de oro compró el emperador de Oriente su sosiego y la restitucion de Eudoxia. De este modo solo el Occidente se vió espuesto á las devastaciones de Genserico, y como Ricimero carecia de fuerzas navales, hubo de consentir en que los italianos recurrieran á la mediacion del emperador de Constantinopla.

Antemio.—Este príncipe envió embajadores á Marcelino, quien satisfecho de verse reconocido por aquel acto como soberano de la Dalmacia, se comprometió á permanecer en reposo. Al revés Genserico, alegaba sus pretensiones y queria que Anicio Olibirio, cuñado de su hijo, fuera proclamado augusto; pero en su lugar, después de estar vacante largo tiempo, fué proclamado Procopio Antemio, gálata de nacion, uno de los personajes más distinguidos del imperio de Oriente.

Púsose en camino desde Constantinopla con muchos condes y un escasísimo ejército, y entró triunfante en Roma (12 de abril de 467), donde aprobaron su eleccion el Senado, el pueblo y los aliados. Habia contraido matrimonio con una hija del emperador Marciano, y dió la suya por esposa al patricio Ricimero, cuyo enlace fué celebrado con indefinible magnificencia. Al salir Antemio de Constantinopla habia cedido su palacio para que fuera transformado en un baño público, en un hospital para los ancianos y en una iglesia: sin embargo, en Roma toleró los residuos del paganismo y á los hereges: hasta renovó en el foro Trajano la antigua ceremonia de la manumision de esclavos dándoles una bofetada, *pronto*, dice su panegirista, *á emancipar á los antiguos esclavos y á hacer otros nuevos* (7).

Entonces empleó Leon, emperador de Oriente, sus fuerzas y ciento treinta mil libras de oro en purgar de vándalos el Mediterráneo. Hizo el prefecto Heraclio un desembarco en las costas de Trípoli con las tropas de Egipto, de la Tebaida, de la Libia, con caballos y camellos árabes y asaltó á Cartago. Reconciliado el patricio Marcelino con el imperio, botó al mar sus bajeles acostumbrados al corso y espulsó á los vándalos de la Cerdeña. Basilisco, hermano del emperador de Oriente, mandaba la escuadra de mil ciento y trece naves, llevando á bordo más de cien mil hombres, entre soldados y chusma, pero después de haberse unido con el éxito más venturoso á los que habian de auxiliarle en su insigne empresa, no tuvo el valor

---

(7) *Nan modo nos jam festa vocant, et ad Ulpia poscunt*

Te fora, donabis quos libertate Quirites,
Quorum gaudentes esceptant verbera malæ.
Perge, pater patriæ felix, atque omine fausto
Captivos vincture novos, absolve vetustos.

SIDONIO, *Paneg.*

de avanzar contra Cartago, y cedió á las instancias de Genserico otorgándole una trégua de cinco dias. El intrépido vándalo, diestro en sacar partido del más reducido plazo, halló medio de incendiar la escuadra, y los dos imperios vieron desvanecerse en el transcurso de algunas horas un armamento que habia agotado sus recursos. Basilisco huyó con direccion á Constantinopla, llevando apenas la mitad de sus bajeles: Heraclio se retiró al desierto: Marcelino á Sicilia, donde fué asesinado; y Genserico, nuevamente soberano absoluto del mar, agregó la Sicilia á sus Estados.

Además perdia el imperio otras provincias. En la Galia ocupaban los burgundios, aun sin contar las dos Borgoñas, los paises que después fueron el Lionés, el Delfinado, la Provenza hasta el Duranzo con parte de Suiza y la Saboya. Gundecaro fué considerado como fundador del primer reino borgoñon, que dejó al morir á su hijo Gundioco. Eurico, sucesor de Teodorico II y legislador de los visigodos, asaltó la España (466), de donde espulsó á los romanos y avasalló á los suevos, reduciéndoles á poseer únicamente la Galicia. En la Galia se apoderó del mismo modo de Arlés y de Marsella, y rechazó á los romanos hasta el otro lado de los Alpes, haciéndose de consiguiente dueño de todo el pais comprendido entre los Pirineos, el Ródano y el Loira.

Auvernia.—La Auvernia, última provincia avasallada por César, fué igualmente la última en que sobreviviera el patriotismo romano. En la resistencia que puso á Eurico, fué auxiliada por Ecdicio, hijo del emperador Avito, quien levantó por su autoridad privada un ejército de borgoñones para libertar aquel territorio. Acreditó en aquel trance no ménos caridad que bizarria, y en una época de escasez llegó á atender á la subsistencia de cuatro mil pobres. El poeta Sidonio, su cuñado, obispo de Clermont, escitaba con actos religiosos el valor del capitan y de los defensores de la comarca (472), y hácia en derredor de la capital asediada las expiatorias *rogativas*, introducidas poco antes por Mamerto, obispo de Viena. En aquella ocasion escribia el poeta lo que sigue: «Circula el rumor de que los godos están en movimiento para invadir el territorio romano; y nuestro pais, la desventurada Auvernia, es constantemente la puerta de sus irrupciones. Nuestra confianza contra el peligro no proviene de nuestras derruidas murallas, de nuestras máquinas roidas por el tiempo, de nuestras almenas desgastadas por el roce de nuestros pechos, sino de la santa institucion de las rogativas, que sostiene á los auvernios contra los horrores que les cercan por todas partes (8).»

Muchas veces habian sido repelidos los bárbaros por aquellos hombres generosos llenos de piedad, cuya honda adhesion ignoraba Roma, y á quienes no llevaba ningun socorro: todo cuanto pudo recabar Antemio se redujo á inducir á Riotimo, caudillo de los bretones, á ir en ayuda de los auvernios, el cual fué vencido. A pesar de este desastre no cayeron en desaliento, y ya habian rechazado nuevamente de Clermont á los asaltadores, cuando supieron que un nuevo augusto trataba de cederlos á Eurico. Una elocuente carta de Sidonio (9) se opuso infructuosamente á tan vergonzoso convenio. «¿Merecian estos acaso las llamas, el hierro, el contagio? ¿Acaso para obtener esta espléndida paz hemos arrancado las yerbas silvestres de las aspilleras de nuestras murallas? ¡Por Dios! Avergonzaos de ese tratado, que no es útil ni honroso. Si es preciso, aceptamos gustosos el asedio, la lid, el hambre; pero en el caso de que se nos entregue en manos del enemigo, quedará demostrado que concebisteis cobardemente un bárbaro proyecto.»

Olibrio.—No encontrando Ricimero á Antemio bastante dócil á sus voluntades, se habia retirado de Roma á Milan y poniéndose de acuerdo con los bárbaros, amenazaba con una guerra civil al Occidente. Yendo y viniendo Epifanio, obispo de Pavia de una ciudad á otra á fin de reconciliar al emperador de nombre con el emperador de hecho, creyó poder lisonjearse de haberlo conseguido; pero el corazon del bárbaro patricio rebosaba de odio. Tan luego como reunió una respetable hueste de borgoñones y de suevos orientales, rehusó obedecer al imperio griego, y á su elegido; y después de haber proclamado á Olibrio, se puso en marcha contra Roma. Este senador, perteneciente á la familia romana más ilustre, se habia casado con Placidia, última hija de Valentiniano III, por la cual pretendia asistirle derechos al imperial trono, derechos que eran apoyados por los vándalos. A invitacion de Ricimero renunció á los ocios de Constantinopla, desembarcó en Italia, y fué por él conducido á Roma. Pero el Senado y el pueblo estaban en favor de Antemio, y sostenidos por un ejército de godos ó galos opusieron una tenaz resistencia de tres meses: no obstante Ricimero acabó por llevar la mejor parte de la pelea. Mandó asesinar al emperador su suegro (11 de julio de 472), y en el saqueo de Roma se cebó la rapacidad de la soldadesca.

Julio Nepote.—Cuarenta dias después murió Ricimero cesando de subvertir el imperio y dejando el mando del ejército á Gundebaldo su sobrino, príncipe de los borgoñones. Olibrio no le sobrevivió más que siete meses, y el imperio fué usurpado (473-474) por un Glicerio, no sabemos cual: después Leon emperador de Constantinopla lo confirió á Julio Nepote, sucesor de su tio Marcelino en la soberania de la Dalmacia. Habiéndose trasladado á Italia, donde le costó muy poco trabajo hacer obispo á su competidor Glicerio, pareció brindar al imperio decadente un porvenir más venturoso.

(8) *Ep.*, 1, l. VII.

(9) *Ep.*, 7, l. VII.

Pero lejos de allí los visigodos amenazadores le obligaron á que les cediera la Auvernia: á su lado los bárbaros auxiliares se sublevaron á las órdenes de Orestes, y marcharon desde Roma sobre Rávena. Julio Nepote huyó (28 de agosto de 475) de aquella ciudad al aproximarse los rebeldes; y renunciando á un trono, que sorprende ver todavia disputado por competidores, se retiró á su principado de Dalmacia, donde fué asesinado cuatro años más tarde por dos cortesanos de Glicerio.

Orestes.—Orestes, hijo de Tatulo es el mismo á quien vimos al lado de Atila en calidad de secretario y fué enviado de embajador á Constantinopla por el rey de los hunos. Después de la muerte de su terrible soberano rehusó prestar obediencia á sus hijos, así como á los visigodos, y reuniendo una falange de bárbaros entre los que seguian al Azote de Dios, especialmente hérulos, escirros, alanos, turcilingios y rugos, se puso con ellos á sueldo de Roma, bajo el acostumbrado nombre de aliados. Por necesidad ó por miedo le acariciaron los emperadores, colmándole á manos llenas de regalos, de dignidades, hasta el punto de nombrarle general y patricio.

Augústulo.—Infiel auxilio, porque no bien hubo adquirido autoridad sobre su banda, como valiente soldado que era, compatriota suyo y acostumbrado á su modo de vivir, les indujo á quebrantar su juramento de obediencia, y á proclamar emperador á su hijo Rómulo Augusto, denominado por cariño Momilo Augústulo (28 de octubre).

Considerando aquel hacinamiento de aventureros al nuevo emperador como hechura suya, pretendian sujetarle á todos sus caprichos, hacerle aumentar el salario y multiplicar las liberalidades. Hay más: envidiosos de los bárbaros que en la Galia, en Africa y en España habian adquirido estancias duraderas, solicitaron que se les diera igualmente una tercera parte de las tierras de Italia. Orestes se negó resueltamente á esta exigencia, si bien encontraron á un hombre que la satisfizo.

Odoacro.—Odoacro, hijo de aquel Edecon colega de Orestes en la embajada de Atila á Constantinopla, sin más herencia que su denuedo, pensó en sacar de él provecho para hacer fortuna en medio de aquellos tiempos borrascosos, y lo empleó en la rapiña y en el servicio del extranjero. Anduvo errante por algun tiempo en la Nórica: bajando luego á Italia, vibraron en sus oidos las murmuraciones de los aliados, quejándose de la negativa de Orestes; y les prometió otorgarles su demanda siempre que reconocieran su autoridad suprema. Acudieron presurosos á sus banderas (476), y entonces se adelantó sin encontrar obstáculo de ninguna especie hasta el Adda: cogiendo después prisionero á Orestes en Pavia, le condenó á muerte. El imbécil Augústulo, á quien recomendaba su juvenil hermosura, le inspiró lástima ó quizá desprecio, perdonóle, pues, la vida, y le señaló una renta de 6,000 monedas de oro. Al postrer sucesor de Augusto se le fijó por residencia Luculiano, quinta situada sobre el delicioso promontorio de Miseno, construida por Mario, hermoseada por Lúculo con todas las artes de Grecia, trasformada en habitacion de recreo de los emperadores, y convertida en fortaleza durante las invasiones.

Entonces pareció supérflua la dispendiosa dignidad de emperador, y por disposicion del bárbaro escribió el Senado romano al emperador Zenon á Constantinopla, diciéndole que juzgaba no deber continuar por más tiempo la sucesion imperial en Italia, por considerar bastante la majestad de un solo monarca para defender el Oriente y el Occidente; y que debia Constantinopla figurar como sede del universal imperio, y siendo suficiente la proteccion de Odoacro á la república romana, se rogaba á Zenon que le concediera el título de patricio con la administracion de la diócesis itálica.

Al principio vaciló el emperador, si bien acabó por consentir. De esta suerte fué como en la persona del jóven hijo de Orestes, que por estraña coincidencia, reunia los nombres del primer rey y del primer emperador de Roma, concluyó el imperio de Occidente, cuatrocientos setenta y seis años después de Jesucristo, quinientos y siete después de haber la batalla de Accio establecido la dominacion de uno solo, mil doscientos veinte y nueve años después de la fundacion de Roma, setecientos cuarenta después del primer desembarco en Africa, quinientos cincuenta después de la primera guerra de los germanos, trescientos y diez después de la guerra de los marcomanos, época en la que comenzó la gran invasion. Durante este largo período fué gobernada Roma primeramente por reyes, luego cuatrocientas ochenta y tres veces por dos cónsules anuales; y finalmente por setenta y tres emperadores.

CAPÍTULO XVII

CONSIDERACIONES SOBRE LA CAIDA DEL IMPERIO ROMANO.

Si hemos logrado hacer comprender nuestra intencion, nadie aguarda que deploremos, como es costumbre, la caida de la grandeza latina. Eso queda para los que fieles á reminiscencias de escuela, juzgan con el patriotismo de los Tulios y de los Catones. Por lo que hace á nosotros la historia nos presenta en esta catástrofe el derrumbamiento de una barrera opuesta al progreso; y la agonia en que languidece por espacio de diez siglos el imperio de Oriente, nos da la clave de lo que hubiera acontecido al imperio de Occidente, á haber seguido subsistiendo.

Tampoco atribuimos únicamente á los ataques de los bárbaros su caida. Después de haber comenzado desde el tiempo de Mario y de Augusto, le amenazaron durante cinco siglos sin destruirlo, agrupándose en tanto sobre las fronteras y estableciéndose en ellas hasta que las causas interiores no hicieron inevitable una catástrofe, de que la gran invasion fué ocasion solamente.

Fúndanse en el amor las sociedades modernas, y cuanto más se civilizan muestran mayor empeño por la paz, y hacen estensiva la igualdad á más crecido número de hombres y en fin á todos. Al revés, las sociedades antíguas no subsistian más que en virtud del odio, de la guerra, no cesando de escluirse recíprocamente de su privilegiada civilizacion. A esto se reducia el patriotismo, vida de los Estados de la antigüedad. Un corto número de hombres asociados entre sí son libres en lo interior, aunque se hacen tiranos y enemigos de todo el que no pertenece á su agregacion: de aquí la necesidad urgente de mantenerse de contínuo sobre las armas para defenderse y ofender; de aquí la atencion dedicada por los legisladores civiles y religiosos á conservar los usos y las instituciones que distinguian á su nacion de todas las demás del mundo.

Sin embargo, no podian estorbar que las conquistas, las alianzas, las confederaciones, ensanchasen aquellas sociedades, aumentando el número de agregados y disminuyendo el de enemigos. Estendiéndose de este modo los privilegios á una porcion más considerable de individuos, ganaban en ello la civilizacion y la justicia; pero la sociedad estaba minada por su base. Dilatándose demasiado se enervaba el patriotismo, y si sobrevivia un pueblo, que le hubiera conservado en su primitiva energia: de parte de aquel pueblo estaba la ventaja.

A consecuencia de las conquistas de Alejandro rompió Grecia los confines de su ciudad y decayó. En este segundo período se encontraban los pelasgos, los etruscos, y los demás pueblos entorno del Mediterráneo, cuando Roma, ciudad patriótica y belicosa por escelencia, cargó sobre ellos y los doblegó á su yugo.

¿Qué obstáculo podia oponer el mundo á su ímpetu, al austero rigor de sus patricios? Antes de que el genio oriental de las conquistas pasara á Europa, se hallaban poco más ó menos á un mismo nivel de civilizacion los pueblos de esta última comarca, dedicados á la agricultura; y divididos en pequeñas poblaciones segun los territorios, se hacian amenudo guerras de poca importancia, si bien eran propias para alimentar el denuedo: tenian muchas ciudades, sin que ninguna dominase sobre las demás, y no se unian más que para intereses perentorios. Ignoraban todos los refinamientos sociales, si bien poseian la libertad, carácter que los distinguia de los asiáticos. En los grandes imperios orientales desaparecia ó era sacrificado el individuo; en Europa, la subdivision producia aquellas luchas en que el hombre desarrolla y ejercita libremente sus fuerzas.

Semejante estado de cosas fué favorecido por la

naturaleza, que habia cortado el terreno con rios y montañas, y por las colonias que, compuestas de desterrados ó de ciudadanos, trasplantaban ó conquistaban pronto la libertad.

Bajo este aspecto se ofrece á nuestros ojos la Grecia con sus pueblos de orígen y de constitucion diferentes, si bien unidos por la comunidad del lenguaje. Una vez asociados para repeler á los persas se dividen luego en dos Estados principales, uno aristocrático y otro democrático. De aquí nacieron rivalidades de reconciliacion imposible, y guerras en que ambos se enervaban. Alejandro hubiera podido elevar á un eminente grado de grandeza á aquella nacion reunida, si se hubiera conservado fiel al patriotismo, y si arrastrado su genio por una imaginacion oriental no le hubiera empujado hácia el Asia más bien que hácia Europa.

Grecia se habia resignado por fuerza á la unidad, y muerto aquel, todo se descompone: multiplícanse los ejércitos, las ligas y las batallas: no se intenta nada grande ni generoso: cálculos mezquinos de equilibrio político con el pensamiento de consolidar la paz engendran guerras sin fin, que traen la disolucion general por resultado.

Roma se aprovecha de todas estas circunstancias. Tambien Roma es una mezcla de diferentes naciones, y se vé en la imprescindible necesidad de sostenerse con la guerra en medio de las diversas poblaciones de la Italia. Cuando la espulsion de los Tarquinos hubo suspendido el gran trabajo de asimilacion inaugurado por los reyes, y la oligarquia se consolidó, la plebe, raza vencida, padeció bajo aquella una opresion horrible, si bien menos dócil á la tirania de lo que se habian mostrado los pueblos de Asia, se agitaba, y pedia pan y derechos. Para apaciguarla tuviéronla ocupada los patricios en perpétuas guerras en que ellos encontraban la infalible ventaja de enriquecerse á consecuencia de la victoria, ó, en su defecto, de refrenar con la derrota las pretensiones de aquellos á quienes tiranizaban.

De consiguiente por la guerra se alcanzaban los honores en Roma; tambien en virtud de la guerra se aumentaba el número de ciudadanos y para ella se les educaba: especialmente de la guerra se ocupaban las sesiones del pueblo y las del Senado, de donde salian los capitanes encargados de ejecutar sobre el campo de batalla lo que habia sido acordado en las deliberaciones del consejo.

Cuando el espíritu marcial se asocia de esta suerte á todos los elementos de la ciudad y comunica animacion á las asambleas deliberantes, ya no es posible que cese la guerra, deseándola todos como ejercicio de su profesion, como camino de honores, de riquezas y de preponderancia. No es el ardor de estos hijos de Marte el de un Alejandro, ó el de un Gengis-kan, que en la muerte del conquistador deja á los pueblos una esperanza; es el ardor de un héroe inmortal, cuya alma se perpetúa en una sucesion no interrumpida de insignes capitanes.

Después de que Roma ha avasallado la península con el influjo de sus armas, se encuentra frente á frente de Cartago: se hace gigante en la resistencia, irresistible en la victoria y pone término á aquel miserable juego de equilibrio, arrojando su espada en la balanza, y constituyéndose por medio de su política astuta en apoyo del débil contra el fuerte para avasallar al uno y al otro.

¡Ay de los vencidos! Otros pueblos civilizados conquistan sin destruir: Dario y Jerjes dejaban á las colonias del Euxino y de la Propóntide comerciar y gobernarse libremente. Alejandro favorece la prosperidad de la Persia, y aun fomenta la de Egipto: si destruye á Tiro es para levantar en sus inmediaciones una ciudad destinada á eclipsar su esplendor completamente; los reyes del Ponto, que sometieron á muchas colonias en rededor de sus Estados, jamás les arrebataron sus leyes; antes bien sus afanes propendieron de contínuo á ensanchar su comercio y á aumentar su riqueza, convirtiendo estas ventajas en un instrumento de poderio.

Al revés, Roma estingue todo carácter nacional: donde quiera que penetra da al traste con las antiguas grandezas y largos siglos de industria. La opulenta Corinto, Cartago, la reina de los mares; Rodas la esposa del Sol, son inmoladas ante aquella envidiosa conquistadora. Pierden su prosperidad las ciudades mercantiles del mar Egeo: mueren las espléndidas ciudades de la Grecia: el comercio, alma y vida de los pueblos que habitan entorno de los mares interiores, espira á impulsos de los abrazos de la dominadora, que lo sofoca poco á poco, sancionando con las leyes la opinion que califica de deshonra el comercio y el trabajo, y tambien con el feroz derecho del patriciado, que considera como enemigos á los pueblos neutrales, y como buena presa los bienes y los individuos de que se apodera en todo pais que no figura entre el número de sus aliados.

Si tal vez Roma dejó á algunas de las ciudades conquistadas en la Italia y en la Grecia, una sombra de libertad, y nada más que una sombra (1), declaró una guerra de esterminio á la Galia, á la España y al resto de Europa: irrecusable prueba es la estension que tomaron las colonias primeras y las que, reforzadas con los que emigraban á causa de las turbulencias de la metrópoli, hasta llegaron á alterar el idioma de los vencidos. Las otras, escepto el escaso número de aquellos que obtenian en ciertos paises el goce más ó menos lato del derecho político ó civil de los romanos ó de los latinos, quedaban espuestas á las calumnias de los jueces, á las estorsiones de los legistas, á la tirania de los nobles, á la rapacidad de los procón-

(1) *Majores nostri Capuæ magistratus senatum communem..... sustulerunt, neque aliud nisi inane nomen reliquerunt.*

CICERON, c. Rullum, I.

sules, que, renovados de año en año, no daban tregua alguna á las vejaciones. Salustio denominaba implacable é intolerable á la dominacion romana (2). Tácito narra que, para acallar las quejas de las provincias se las despoblaba (3): Tito Livio, que en su entusiasmo lírico, parece deslumbrado por la grandeza de su patria, se indigna sinceramente cuando un pueblo osa defender contra ella su libertad y su vida, y confiesa que allí donde existe un publicano se desvanece todo derecho y no queda libertad ninguna (4). Y Mitrídates podia esclamar con justicia: *¡Me espera como á su libertador toda el Asia!*

Tan luego como el gobierno republicano hubo aniquilado de esta suerte á las naciones, vino el gobierno imperial para aniquilar hasta los individuos, no apreciando ya al ciudadano sino en razon de lo que ayudaba al Estado, y aislando el interés particular del interés general por este medio. Salvo el corto número de los que esperaban tomar parte en el gobierno, todos los demas solamente conocian al Estado por las opresiones y por los impuestos. Así las provincias, en vez de aumentar la fuerza de Roma, contribuian á debilitarla, puesto que ellas la miraban como á una enemiga, y no veian eventualidad propicia á la reconquista de su libertad más que en el abatimiento y en la servidumbre de la ciudad que les abrumaba con su tirania.

Roma reparaba las pérdidas que le causaban las conquistas absorbiendo la flor y nata de los paises avasallados. Aquella constitucion admirable que, nacida con la ciudad, contrariada durante algun tiempo por la república aristocrática, sostenida por los tribunos, por los Gracos, por Mario, y todavia más por el poderoso genio de César, hizo que Roma llegara á ser soberana del mundo por algun tiempo, acabó últimamente por minar los cimientos de su grandeza y poderio. En Roma republicana era una religion la patria: su engrandecimiento era el objeto supremo de la accion pública y privada; á trueque de lograr este fin no influian para nada la compasion, la virtud, el oro, la vida: no se aceptaba la paz sino después de la victoria; y surgian aquellos héroes que causan el asombro y la admiracion de todo el que, curándose muy poco de la humanidad, se fija únicamente en la gloria. Repartíase el botin de las provincias conquistadas entre los soldados, el territorio entre los ciudadanos, los cuales formaban de este modo una barrera contra el enemigo, y difundiendo entre los vencidos el temor de Roma, así como el respeto hácia sus instituciones, le preparaban nuevos triunfos.

Pero á medida que la ciudad se estendia á lo lejos, iba en disminucion el amor que se le consagraba; y la pena del destierro, terrible para el romano cuando, en los antiguos dias, le confinaba á Fidene ó á Ardea, pareció tan débil en tiempo de César, que hubo necesidad de agravarla con la confiscacion de bienes.

Cuando las conquistas lejanas obligaron á prorogar los mandos, fácilmente contrajeron los generales la costumbre de disponer á su antojo en las provincias esclavas: habituados los ejércitos á la obediencia ciega respecto de los jefes, que les guiaban á la victoria, vinieron á ser en sus manos instrumentos hasta para combatir á la misma pátria. Mario y Sila se sirvieron de ellos para convertirse en sanguinarios tiranos; César para derribar á la aristocracia, y Augusto para descargar sobre la república el golpe de gracia.

Entonces la constitucion se altera, no tanto porque haya tomado el título de emperador el dictador de la nobleza ó el tribuno de la plebe, como porque vienen á faltar las conquistas, que hasta entonces habian sido el alimento de Roma. Ya no las reclama la ambicion privada desde que recaen en el soberano del imperio toda la ventaja y toda la gloria; ni el Senado, que ya no necesita de victorias para distraer ó para engañar al pueblo; ni la precision de adquirir en el rudo aprendizaje de los campamentos las dignidades, que ya entonces se ganan solo con hacer la corte al jefe del Estado. Hasta los mismos emperadores se cuidan muy poco de ellas, mostrándose más anhelantes de disfrutar de las pomposas dulzuras de su categoria que de ensanchar una dominacion ya sobrado estensa.

A fin de quitar todo obstáculo que se oponga á su preponderancia y de llenar las arcas del tesoro, aquellos monarcas dedican todos sus afanes á amortiguar el sentimiento esclusivo del amor de la patria, y á estender á mayor número de súbditos los derechos de ciudadano. El gobierno de Roma era el de un municipio, en el cual, patricios, pueblo, caballeros, Senado, cónsules y tribunos, se equilibraban del modo más á propósito para producir una organizacion civil escelente. Pero ésta dejó de ser conveniente, cuando en la ciudad tan estensa como el mundo, no pudieron ya ponerse de acuerdo elementos tan heterogéneos. Otras Romas obtuvieron la forma de la ciudad madre, si bien no quedó de la primitiva más que una sombra. Vanamente fué abierta á toda la Italia y después al mundo entero: esto no engendró una verdadera clase de ciudadanos, una nobleza de todo el imperio que diese garantias de libertad al pueblo, de duracion al gobierno, de eficacia á la administracion. Todo dependia del capricho de uno solo y este dependia á su vez del capricho del ejército; de donde resultó que no fué menos tempestuosa que la república la monarquia. Tenia las apariencias de una unidad inmensa, si bien en lo interior nada se hallaba sólidamente establecido. Razas, idiomas, creencias, instituciones, designios,

(2) *Imperium ex justissimo et optimo, crudele intolerandumque factum.*
(3) *Ubi solitudinem faciant, pacem apellant.*
(4) Lib. XVIII, 18.

todo era esencialmente diverso: un pueblo era desconocido de otro: no se hallaban abiertas comunicaciones más que entre las capitales, es decir, entre las diferentes residencias de los ciudadanos de Roma; por lo demás en todas partes se encontraban recíprocas antipatias entre vencedores y vencidos, un antagonismo que, no teniendo nada de legal, desorganizaba el Estado, sin oponer freno alguno á los dominadores.

Si César, verdadero fundador de la autocracia, hubiera podido poner en planta sus vastos designios, que consistian en consolidar la unidad del imperio, en hacer estensivos los derechos de ciudadania á las provincias, en herir en el corazon á la aristocracia ensanchando de contínuo el cuerpo del Senado, agregándole gente siempre nueva, hubiera podido constituir un gobierno bien combinado, en que las distintas fuerzas se hubieran dirigido constantemente hácia un determinado y esclusivo objeto: y aquella confusion de latinos, de italianos, de nuevos latinos, de municipios, de colonos, de provinciales, se hubiera convertido probablemente en un gran conjunto, en pro de la libertad nacional y de la civilizacion del mundo. Pero Augusto con la estrechez de su espíritu y dureza de corazon, no tuvo capacidad ni generosidad para poner límites á su voluntad ni á la de sus sucesores.

Y estos pudieron cuanto quisieron, de suerte que quisieron lo peor. Vinieron á ser de todo punto imposibles las asambleas del pueblo desde que el mundo entero fué admitido en ellas. Como el Senado hubiera podido interponer alguna barrera, concordaron todos los emperadores, buenos ó malos, débiles ó resueltos, en la idea de diezmarle y de envilecerle. De aquí provino una tirania desenfrenada, que apareció mucho más monstruosa en razon de que el poder ejecutivo no se hallaba separado del poder legislativo como entre los modernos, sino que los príncipes administraban justicia, y aplicaban las penas decretadas por ellos mismos. Habia enseñado la antigua república de los patricios artificios y establecido leyes para desembarazarse de todo el que contrariara sus miras: de consiguiente los emperadores pudieron valerse de ellas en interés de su venganza ó para satisfacer la codicia de sus favoritos.

Efecto de su bondad particular fué, sin duda, si algunos no abusaron de un poder legal é ilimitado. Con efecto, ¿hemos visto acaso censurar nunca por haber violado la ley á aquellos mónstruos que se sucedieron en el trono de Augusto? Consiste en que la ley no restringia su voluntad en nada: ellos eran pontífices supremos de la religion; la moral era solamente asunto de discusion en las escuelas, y era ineficaz contra la férrea palabra de la ley.

Con tales medios se obtiene la autoridad soberana, pero no se consolida, y cuando el poder es la norma del derecho, la fuerza se convierte en árbitra de todo. Y así sucedió. Pero la fuerza que creaba los monarcas, los derribaba tambien. Obligados los emperadores á mantenerse armados, no contra los enemigos esteriores, sino contra sus súbditos, aumentaron en gran manera el poder de los pretorianos, y estos usurparon la facultad de elegir los emperadores y de entrometerse en el gobierno civil del imperio. Cuando Cómodo redujo á la nada las últimas apariencias de libertad que le quedaban al pueblo y al Senado, colocando al prefecto del pretorio al lado del trono, se estableció el verdadero despotismo. Apoderáronse los pretorianos de los bienes de los demás, sin tomarse siquiera la molestia de disimular la usurpacion con las fórmulas. Envilecieron al Senado introduciendo en el toda escoria, con tal de que se les pagara: vendieron los decretos: nombraron hasta veinte y cinco cónsules en un año: á mayor abundamiento sacaron el imperio á pública subasta, y se le adjudicaron al que llegó á ofrecer la más crecida suma.

Lo que los pretorianos hicieron dentro de la ciudad, los ejércitos pretendieron hacerlo fuera, y confirieron el trono á aquel á quien se sentian más dispuestos á prestar ayuda. Después de Maximino tuvieron principio las luchas en materia de eleccion entre el ejército y el Senado; y como siempre preponderaba la soldadesca, elegia emperadores de diferentes naciones. De esta suerte en vez de dictar Roma leyes á los extranjeros, las recibió de ellos, y de dia en dia fué estinguiéndose el patriotismo entre jefes no nacionales y súbditos envilecidos. Posteriormente, aspirando cada uno de los ejércitos á igual derecho, resultaron elecciones dobles y triples, y guerras civiles, en las cuales se consumieron las fuerzas que hubieran hecho falta para combatir á los bárbaros, y quedaron desguarnecidas las fronteras cuando urgia atender á su defensa más que nunca.

En el trascurso de los ciento sesenta años que comprende la *Historia Augusta*, llevaron el título de emperador setenta personas, y es imposible distinguir de otra manera que por el éxito al soberano legítimo del usurpador en medio de los contínuos vaivenes del imperio. ¿Habia posibilidad de que se dirigieran monarquias efímeras con sujecion á una política uniforme? Cada recien venido introducia en el gobierno alguna cosa personal, y se complacia en observar una conducta diametralmente opuesta á la de su antecesor, sin que ninguno prosiguiera un gran designio ni tuviera tiempo de efectuarlo.

¿Podian los ciudadanos amar semejante patria? Segregados del servicio militar por desconfianza, escluidos por la constitucion de los públicos debates, siendo considerada la industria como deshonrosa ¿qué les quedaba á pobres y á ricos? Yacer en la holgazaneria ó exhalar su turbulenta energia en las facciones del circo ó en los excesos del lujo. Era seguida la escuela estóica por las gentes menos corrompidas, y consiste su gloria en haber producido al sabio Nerva, al glorioso Trajano, al valiente Adriano, al virtuoso Antonino; pero con más

frecuencia, aislando al hombre, á quien hacia mirar la apatia como el colmo de la ventura, no producia mejoras sociales y no mostraba en las acciones sino egoismo y arrogancia. Las doctrinas de Epicuro, que el inhumano patriotismo de Fabricio habia deseado á los enemigos de Roma, prevalecieron rompiendo en las almas el freno que aun podia imponerles el temor de los dioses: entonces dirigieron los romanos á los deleites toda la energia de que estaban dotados: á trueque de proporcionárselos les parecieron medios lícitos la corrupcion, el perjurio, el falso testimonio y el latrocinio descubierto.

Todavia desplegaron una vez algun vigor los romanos, y fué para rechazar la ley Papia-Poppea, que reprimia el libertinaje. El amor á los espectáculos rayaba en delirio. «Si saben, dice Amiano Marcelino, que llegan de un lugar cualquiera aurigas ó corceles, se agrupan entorno del noticiero, del mismo modo que sus mayores fijaban sus atónitos ojos en los hijos de Leda, mensajeros de la victoria. Pasa su vida la plebe en el juego, en la embriaguez, en los lupanares y en los espectáculos. Es el circo Máximo el centro de su esperanza, su templo, su habitacion, su parlamento. Amontónase el pueblo en el foro, en las esquinas y en las plazas, y el que goza de más crédito discurre por las calles vociferando que el Estado está perdido, si en las próximas carreras tal auriga, protegido suyo, no es el primero que se lanza á la carrera y dá vuelta al circo. No bien asoma el alba, el dia de los juegos ecuestres, antes que el sol muestre su espléndida faz, cuando cada uno corre precipitadamente, superando su velocidad á los carros próximos á entrar en la liza, muchos hasta velan toda la noche por el temor de que toque la peor parte á su faccion favorita.» (5)

Hemos visto á los ciudadanos de Tesalónica asistir al teatro echando en olvido cuando tenian que temer de la cólera de Teodosio: y poseidos por aquel placer dejarse degollar. San Agustin y Orosio refieren que los romanos refugiados á Cartago para libertarse de Alarico, pasaban todo el dia en los teatros; para ellos todo desastre era cual no acontecido si habia quedado incólume el circo; acaecia cual si la cuchilla de los godos no hubiera caido sobre Roma tan luego como sus ciudadanos podian disfrutar nuevamente de los juegos del anfiteatro (6). De aquí la frase feliz de Salviano: *El pueblo muere y se rie* (7). ¡Tan grande era la indiferencia respecto de los males de la patria!

Echa en cara el mismo Salviano semejante mania á los moradores de Tréveris, que apenas libres del azote de los bárbaros, imploraban á los emperadores los juegos del circo como un remedio suficiente á los males que habian padecido. «¡Infelices! ¿Dónde hareis que sean celebrados? ¿Sobre las cenizas y sobre las osamentas de vuestros conciudadanos? Todos lloran, y vosotros trasportados de un júbilo criminal en el seno del pecado, provocais á Dios é irritais su cólera con detestables supersticiones.»

El libro de este escritor elocuente da testimonio de la corrupcion, ó más bien de la falta de costumbres de la sociedad antigua, y de cómo hasta los mismos cristianos habian degenerado de la pureza primitiva. Decuriones y senadores á fuerza de herencias y de usurpaciones sucediendo á una infinidad de familias, reducidas á la mendicidad ó á la servidumbre, habian invadido provincias enteras, y considerándose como centro de un pequeño mundo, no hacian de todo lo demás ningun caso. Poseian los hijos del moro Nabal las costas africanas del Mediterráneo en una estension de treinta grados: seis ciudadanos poseian toda el Africa proconsular: Macrino, al ser elegido emperador, podia con sus rentas satisfacer los gastos del Estado; y si es cierto lo que dice Olimpiodoro, muchas familias, y no de las más principales, disfrutaban una renta de mil quinientas libras de oro, que hoy serian unos cinco millones de pesetas. Si los godos se apoderaban de los campos de uno de aquellos millonarios en la Tracia, le quedaban otros en España: si los borgoñones prendian fuego á sus cosechas en la Galia, continuaban produciéndoles nuevos tesoros sus olivares en Siria. De aquí la maravillosa imprevision de unos hombres alegres al borde del sepulcro; de aquí los prepotentes abusos. Efectivamente, ¿qué magistrado podia intimar obediencia al poseedor de provincias enteras?

La economia y la prevision son patrimonio de la clase media: en ella el deseo de conservar y mejorar la condicion propia mantiene esta ascension progresiva que constituye la vida, y produce las mejoras de nuestra sociedad. Este anhelo nutre las virtudes domésticas, el espíritu de asociacion, el sentimiento de la igualdad, que es la base de la justicia. El que se ha engrandecido padeciendo y gozando con sus semejantes, mezclándose á sus intereses y á sus pasiones, no se aisla á semejanza del hombre opulento, ni se abandona á la desesperacion á semejanza del indigente, sino que busca en el bien comun su propia ventaja; ama á la patria; porque vé que del bien comun dependen su prosperidad ó su decadencia. De esto resulta que conserva los recuerdos que reaniman el valor y alimentan la esperanza.

Condicion de las personas.—Esta clase útil habia desaparecido en el imperio, compuesto de propietarios de una colosal fortuna y de mendigos, entre los cuales habia un abismo. Encierran las grandes ciudades una mezcla de artesanos y de libertos, viviendo del escaso tráfico que el monopolio imperial les deja, ó empleándose en alimentar el lujo y la voluptuosidad de los señores. Por lo demás, es una muchedumbre pobre y menospreciada, inquieta y revoltosa, amenazadora y tímida. Ya no se

(5) Libro XXVIII.
(6) San Agustin, *De civ. Dei*, I 32; Orosio, lib. I, 6.
(7) *De provid.*

agita como en los tiempos de los Coriolanos por sus propios derechos ó por los intereses de la patria, sino por pan y por juegos, para pedir que los cristianos sean arrojados á las fieras, para sostener por dinero las intrigas de eunucos y favoritos que se enriquecen desmesuradamente en pocos años, vendiendo las mercedes del monarca.

En las provincias, la nobleza imperial, en la que recaian las altas magistraturas, se asemejaba á la de Roma, y propagaba á lo lejos la corrupcion de la metrópoli: investida la nobleza local con los honores municipales, aspiraba á amoldarse al ejemplo ageno.

La comunidad de la ciudadania romana fué acumulando en poder de un número cada vez menor las riquezas itálicas; y en breve los campos y las ciudades se despoblaron, para ir sus habitantes á gozar y á pretender á Roma. Allí debian vivir en el ocio, y por esto, en vez de grano se distribuia pan y carne, ropas hechas y dinero, todo á espensas de las provincias. De tal modo estaban gravadas las corporaciones de artesanos, que no comprenderíamos como se conservaron, si no supiésemos que los emperadores podian obligar á cualquiera á entrar en ellas, y que una vez entrados no se podia salir más, y al que se ausentase, se le volvia como desertor. A la Italia esta participacion de la ciudadania romana no hizo más que despoblarla, llevando á Roma á todos los señores y desocupados; tampoco aprovechó á los provinciales no produciendo otra cosa que tener un consejo municipal compuesto de ciudadanos que gozaban de cierta renta y cuya principal atribucion era exigir los impuestos. Siendo todos ciudadanos romanos, creció el número de los ociosos á quienes debia mantener el tesoro, el cual aumentaba de este modo sus necesidades á medida que disminuyeron sus ingresos.

Campesinos.—Los aldeanos, porcion tan numerosa y tan vital de la poblacion moderna, se dividian en colonos libres y esclavos, distintos en el nombre más bien que de hecho, y muy poco superiores á los animales que les ayudaban en sus trabajos. Distantes de allí los amos, propietarios de inmensos dominios, delegaban su autoridad en algun esclavo ó liberto predilecto, el cual ejercia sobre los colonos el orgulloso y cruel despotismo del siervo que manda. Muy lejos de inspirar á aquellos infelices el patriotismo ó instruir su valor, sus amos les tenian ignorantes y desarmados por temor de que algun dia emplearan su mente y sus brazos contra la tirania. No quedaba espedito al colono ningun medio legal para dirigir sus quejas á su amo, ni para formularlas en contra suya: agravado con un cánon siempre en aumento, contraia deudas; cuando habia llegado á su colmo la opresion, apelaba á la fuga, abandonando casa, campos, familia, para ingresar en el servicio de otro y volver á empezar con él una série de padecimientos inevitables, á menos que su primer amo le reclamara recurriendo á los procedimientos sumarios por la ley establecidos.

Esclavos.—Si alguna cosa puede compensar la pérdida de la libertad, la suerte de los cultivadores esclavos era preferible á la de los colonos, porque á lo menos aquellos eran sustentados por sus amos siempre deseosos de conservar semejantes máquinas animadas. Sin embargo, las fatigas, y dureza de los mayordomos les consumian y no pudiéndose ya llenar los huecos con las victorias, era preciso comprarlos á los bárbaros vencedores, ó entre los que por castigo carecian de libertad. Estos, que no sabian soportar una opresion en que no habian nacido, no permanecian tranquilos sino bajo el látigo y las cadenas; á la primera ocasion se escapaban, y desprovistos de recursos, se entregaban á la vagancia, ó bien, poniéndose de acuerdo, degollaban á sus amos, y se metian en los bosques con el nombre de bagaudes, de limigantes, ó bajo otro cualquiera, para vivir allí de robos á mano armada, como los negros cimarrones en las colonias americanas. Salviano se inclina á justificar sus rebeliones. *¿Cómo*, dice, *osamos llamar rebeldes y criminales á aquellos á quienes nosotros mismos empujamos al crímen?*

No esperando ya aquellos miserables nada de los romanos, halagaban á los bárbaros, aprendian su idioma, les servian de guias é insultaban los desastres del pueblo, después que se habian libertado de sus cadenas (8); ó bien lanzándose fuera de sus guaridas, caian sobre los cultivadores, acrecentando más y más sus miserias. Si el propietario atacado ó amenazado era algun senador opulento, podia requerir la fuerza pública, á la par que el pequeño propietario se hallaba espuesto sin defensa alguna al peligro, vedándole las leyes el uso de las armas (9).

No le quedaba, pues, más arbitrio que vender su pequeño campo á algun vecino henchido de riquezas ó dejarlo báldio, dado que no se lo arrebatara el fisco en pago de las ominosas contribuciones porque aquella llaga de la fiscalizacion, ya indicada, se habia gangrenado á consecuencia de una porcion de vejaciones imaginadas por la refinada avaricia de los emperadores, y con servidumbres inventadas para encadenar á las personas y á las propiedades. Hallábanse sujetos los esclavos al amo, los colonos al terruño, los artesanos al oficio; los decuriones al municipio con sus personas, sus bienes, sus hijos, su herencia y su amor (10). Un gobierno ageno al arte de reproducir las riquezas

---

(8) SIDONIO APOL., *Ep.* V, 5. Dice de Escronato: *Exultans Gothis, insultansque Romanis, leges theodosianas calcans, theodoricinasque proponens... Barbaris provincias propinans*, VII, 7.

(9) *Nulli prorsus, nobis insciis atque inconsultis, quorumlibet armorum movendorum copia tribuatur.* Ley de Valentiniano de 364. *Cod. Teod.* XV, 15, l. 1.

(10) *Filia curialis, si genitalis soli amore neglecto, in alia voluerit nubere civitate, quartam mox omnium facultatum suarum ordini conferat, a quo se alienari desiderat.* Novel. Major, t. IV.

que consumia cuando se acabaron las conquistas, único manantial de donde las sacaba, tuvo que esplotar á sus súbditos con una tirania que se estendia hasta las más pequeñas particularidades. A medida que declina el imperio, van disminuyendo las ventajas eventuales que su poder proporcionaba á las provincias; y cada vez más avariento de hombres y de dinero, pide tanto más á los súbditos, cuanto menos se ocupa de su bienestar.

Pero si los súbditos, á quienes de nada aprovechan aquellos impuestos, no los pagan, se manda que los paguen los decuriones. Abandonan las tierras; pues bien, se obliga á que las compren á los demás propietarios. Los decuriones, aborrecidos porque se han convertido en opresores, llenos de encono porque á su vez son tiranizados, se sustraen á sus funciones municipales; pues bien, se les sujeta á ellas por la fuerza; son conferidas además á los bastardos, á los judios, á los sacerdotes indignos, á los desertores.

De esta suerte «el título de ciudadano romano, antes estimado y adquirido á enorme precio, se eludia y repudiaba ahora como infame:» el sistema de los municipios, que dió á Italia dos épocas de grandeza, se habia convertido á causa de la codicia del fisco y de la odiosa arbitrariedad de los exactores en un sistema de más vasta é inmediata opresion. Toda aquella multitud que afluia á Roma, se trasladó á Constantinopla cuando la corte fué llevada allí, buscando el pan y los placeres, dejando á la Italia despoblada, sus campos desiertos; y las ciudades, sin bienes raices, sin jefes, ni siquiera eran capaces de su propia defensa.

Y digo de la defensa propia, no para la del Estado, porque ¿cómo habian de cuidarse de sus peligros, cuando á él no las unia más que el triste lazo del impuesto? Menos penoso era el método de exaccion, tan sencillo como arbitrario, de los bárbaros, que aquel lento chupar de un gobierno corrompido, en que los andrajos de una libertad destronada se mezclaban con los horrores de una servidumbre efectiva. Millares de esclavos esperaban con ansia la hora de ver humillados á sus soberbios amos, y de lanzar á su rostro las cadenas que hasta entonces habian llevado. Sometidos los aldeanos á enorme capitacion é intolerables servicios corporales, ofrecian sus brazos á cualquiera que les otorgara algun alivio, ó á lo menos un cambio de males. Agitábanse los ciudadanos para desprenderse de aquella inmensa red de tirania que en volvia al mundo entero, desde el emperador hasta el último esclavo.

¿Cómo despertar el patriotismo en esa gente? Y faltando este recurso ¿á qué resorte se podia apelar para imprimir movimiento á la sociedad antigua?

Religion.—Ya decaia la religion nacional á fines de la república, y cuantos esfuerzos hizo Augusto para restaurar su brillo como elemento de órden fueron impotentes. Una religion fundada en la creencia de un solo Dios, aun cuando se estravie, puede volver á sus verdaderos principios, teniendo firme punto de partida. Careciendo la religion latina de una base sólida y única, sin moralidad íntima, en contradiccion con la razon y con las necesidades espirituales del tiempo, no podia volver á restaurarse apenas se descompusiese el edificio. Intentaron los Antoninos purificarla introduciendo en ella la filosofia estóica, que produjo en efecto príncipes ilustres y enérgicos magistrados; pero la doctrina de esta escuela, además de sus defectos interiores, jamás podia llegar á ser popular como conviene que una religion lo sea.

Efectos del cristianismo.—Reaccion enérgica y saludable contra la sensualidad producia el cristianismo: las virtudes cívicas y las privadas estaban refugiadas en el santuario; y el clero se encontraba por la ley romana, libre de tributos y de las tan odiosas cargas curiales y por la ley cristiana le estaba vedado embrutecerse en el ocio y en las orgias; y á la par le enseñaba á vender sus propios bienes para hacer caridad, prometia el paraiso á los pobres y á los que sufren. Pero, lejos de defender al mundo antiguo, tanto los rígidos solitarios del desierto como los sacerdotes de las ciudades, invocaban un mundo nuevo; porque decir que una sociedad se disuelve, equivale á sostener que cobija otra sociedad en su seno, y que su fermentacion descompone los elementos de la antigua para que entren en nuevas combinaciones: no de otro modo se menea y cae el diente del niño, cuando lo empuja otro más vigoroso que quiere hacerse lugar en la encia. Esta operacion no puede consumarse sin malestar y padecimiento del cuerpo todo; y sucedió lo mismo con el imperio. Aunque vital y santa la nueva doctrina, para insinuarse tuvo que descomponer el órden subsistente en la apariencia, si bien totalmente roido por su base. La unidad, carácter ó deseo de la política romana, pereció cuando se dividió en dos, haciéndose de este modo hostiles los intereses de esta, ó sea la patria y el cristianismo; por lo que no pudiendo resistir el nuevo desarrollo, se aniquiló.

Primeramente declararon los emperadores la guerra á una multitud siempre creciente de súbditos reducidos por ellos á considerar como enemigo á un gobierno que aspiraba á poner trabas con el auxilio de medidas implacables á la religion, cosa la más libre que existe en el mundo. Cuanto más les hollaba con su planta aquel gobierno, tanto más se aislaban de su influjo, uniéndose entre ellos. «Si se vive (dice Orígenes contra Celso) bajo un gobierno inícuo, y no hay manera de sustraerse emigrando, resulta que los que se encuentran unidos por un mismo interés espiritual se agrupan entre ellos con el fin de atender á la defensa de este interés contra las leyes existentes. De esta suerte fué como los cristianos se aliaron bajo un imperio pagano, cuya constitucion es más insensata que la de los escitas; pero teniendo su union por objeto la verdad, aun cuando fuera contraria á las leyes, no lo es al derecho moral ni á la razon.» De con-

siguiente desobedecian é iba debilitándose cada vez más la disciplina: todo magistrado honrado se veia en la necesidad de sostener una penosísima lucha entre la legalidad y su conciencia. Dentro de la misma ciudad, bajo un mismo techo figuraba el uno como enemigo del otro, y de dia en dia se relajaban los vínculos de la sociedad y de la familia.

Al cabo triunfó la verdad, si bien fueron numerosos aquellos que se obstinaron en las antiguas creencias, y cada nueva revolucion religiosa acarreaba grave perjuicio al Estado. Ya enarbolara el lábaro el emperador Constantino, ya volviera á abrir Juliano los templos de los dioses, ya diese otra vez el triunfo á la cruz Joviano, quedaba privado irremisiblemente el imperio del brazo ó de las luces de aquellos á quienes su conciencia no permitia de ningun modo servir á quien fuese de diferente culto, hasta cuando no eran rechazados por la intolerancia.

Atormentada tan pronto por las heregias la Iglesia no pudo dedicarse únicamente á reformar las costumbres mediante las leyes civiles. El triunfo de la teologia preocupó á los grandes escritores: de lo que no debe culparse á la política de la Iglesia, porque si la moral era la consecuencia, la premisa era el dogma; y sin este la moral hubiera sucumbido en el choque con la barbarie, porque de la filosofia sola no hubiera podido salir una civilizacion duradera.

Que sin embargo la moral y su práctica en las leyes civiles no se habia descuidado, lo manifiestan todos los discursos de los Padres; y mientras los campeones asentaban sólidamente la verdad, era difundida la moral por una multitud de sacerdotes y monges. Pero sus mismos lamentos revelan cuanto se veia oprimida por las antiguas costumbres.

Si causa estrañeza la circunstancia de que una fé que supo impeler á tan generosos esfuerzos, poco ó nada influyera en la cosa pública, conviene reflexionar que el gobierno se conservó pagano hasta bajo las órdenes de los emperadores cristianos; que á escepcion de algunas leyes de derecho privado, la religion no dirigia los intereses públicos: que nunca en fin se halló un gran príncipe dotado de bastante energia ó de un talento sobradamente profundo que crease un nuevo régimen en conformidad con las verdaderas nociones de Dios y del hombre.

Por eso, aun cuando la sociedad civil y la sociedad religiosa parecieran reconciliadas, permanecian en el fondo tan opuestas y en tanta lucha como eran distintas en su orígen y esencia. La nueva fé no habia bajado del cielo solamente para los romanos á semejanza del Paladion y los ancilos, sino que abarcando todo el género humano en su justicia y en su caridad, sustituia el amor al sentimiento estrecho y limitado del patriotismo antiguo. Comprendian los cristianos, y no eran los únicos en abrigar este convencimiento, que para regenerar el Estado no bastaba cambiar de costumbres y lenguaje, sino que convenia mudar tambien la direccion del gobierno; que este era el único recurso, no solo del imperio, sino de la sociedad, cuando ya los bárbaros combatian en las filas del ejército, gobernaban el Estado y á veces se sentaban sobre el trono. Lejos, pues, de deplorar la ruina de una sociedad que escluia toda otra, veian en la invasion de los godos (11) una estension de los derechos comunes, un rejuvenecimiento necesario, y en las rudas pruebas por las cuales pasaba Roma, el justo castigo de sus iniquidades sanguinarias.

No se avivaban, pues, en sus corazones el patriotismo egoista y el odio contra todos los paises: lejos de esto, hacian vibrar en los oidos de la nueva Babilonia las amenazas de los profetas contra la antigua. Comprendiendo que el triunfo de la verdad y la ley de la Providencia no habian de manifestarse sino á la caida de Roma, parecia como si se regocijaran de las tribulaciones de la ciudad terrena, que redundaban en gloria de la ciudad celeste. Este era para los gentiles asunto de graves acusaciones contra aquellos: aflojábanse cada vez más los vínculos sociales, y resultaba de aquí un espíritu de persecucion y de desconfianza.

Ya las instituciones introducidas y las abolidas por el cristianismo habian causado la ruina de otras muchas. Reducidos quedaron los municipios á una condicion miserable tan luego como Constantino hubo aplicado sus bienes a las iglesias. Cesaron de ser el servicio militar y las magistraturas el único objeto de los fuertes y de los pensadores desde el momento en que los ocupaba el monasterio ó la escuela: las exenciones otorgadas al clero perjudicaban considerablemente los intereses de los seglares. Después, á la hora del peligro, caian en la exageracion cada uno de los dos bandos, ponian los unos toda su confianza en los mártires y en los milagros, y los otros en las ceremonias proscritas. En vez de buscar las razones presentes de los males, y sus remedios, no veian los cristianos más que una advertencia ó un castigo de Dios en ellos; al paso que los gentiles los atribuian á venganza de las desamparadas divinidades. Radagaiso devasta la Italia y se alegran los paganos, con la esperanza de que el culto de sus adversarios quedará sepultado bajo las ruinas: cuando Libanio implora del prefecto Icario socorros contra el hambre y la epidemia que abruman á Antioquia, obtiene por respuesta que los aborrecidos de Dios no merecen mejor suerte (12).

---

(11) Conviene notar que los escritores eclesiásticos manifiestan otros sentimientos respecto de los hunos de Atila y de los vándalos de Genserico.

(12) Imposible parece describir de una manera más viva la decadencia del imperio que la que emplea Salviano. *De gub. Dei.* V, 5, 8. *Inter hæc vastantur pauperes, viduæ gemunt, orphani proculcantur, in tantum, ut multi eorum, et non obscuris natalibus editi, et liberaliter instituti, ad*

¿Qué vemos, pues, en Roma en sus últimos tiempos? Un fausto afeminado y enervante en el trono: usurpadores disputándose de contínuo las provincias sin saberlas defender: los negocios públicos en manos de esclavos, de extranjeros y de eunucos: cortesanos que suscitan intrigas: obispos en pugna y cisma entre sí: generales bárbaros y soldados bárbaros en los ejércitos; decuriones obligados por la fuerza á desempeñar los gravísimos honores municipales: magistrados que procuran como en un naufragio salvar algun resto de poder y de riqueza, una plebe ignorante, sin costumbres, inerme, que agobiada por el infortunio, aguarda siempre del porvenir lo que este no puede darle; que derroca con odio, frecuentemente injusto, á aquellos á quienes ha encumbrado al trono con entusiasmo inconsiderado: una plebe, en fin, caida en aquella postracion de ánimo, que nace de la servidumbre y de la persistencia de los males, que contempla impasible la desorganizacion de un estado de cosas que ni teme ni ama, que para sustraerse á los padecimientos que la asedian por todas partes, desea los desastres, graves pero transitorios, de la guerra.

Los bárbaros.—Con gente semejante se encontraban cara á cara los bárbaros numerosos, dotados de singular denuedo, animados de espíritu bélico, ricos de virtudes domésticas y de los vicios de la fuerza. Sus caudillos en la flor de sus años y elegidos únicamente por el mérito de sus personas, contrastaban con los negligentes augustos; sus asambleas celebradas á campo raso, con las tenebrosas intrigas de los consejos romanos; sus ejércitos compuestos de soldados desnudos, intrépidos, con tropas compradas y enemigas de la disciplina. Aguijaba á los germanos el anhelo de adquirir una patria, y los romanos se cuidaban ya muy poco de defender la suya. Los primeros eran animados por una religion sanguinaria que recompensaba la cruel matanza con un paraiso; dividíanse los otros entre un culto anticuado y voluptuoso que perecia por instantes, y una fé nueva, cuyo reino no era de este mundo, y que enseñaba á presentar una megilla después de haber recibido una bofetada en la otra. Los germanos eran fuertes por la organizacion de sus tribus, los romanos débiles por haber muerto el patriotismo. Sencillo y rápido era el gobierno de los primeros; el de los otros se hallaba en manos de fiscales y leguleyos que, semejantes á los vampiros, solo tenian fuerza para chupar la sangre del pueblo. Entre los bárbaros las mujeres estimulaban el valor y las empresas: entre los romanos les apartaban de los negocios públicos: á veces hasta hacian traicion á su pais, como se cuenta que hicieron la mujer de Estilicon invitando á Alarico, Honoria conduciendo á Atila, y Eudoxia á Genserico.

Armas.—Roma no habia podido proceder con los germanos de la misma manera que con las demás naciones de Europa, puesto que cuando vino á las manos con ellos, no eran ya todos los patricios quienes arrastraban en pos de su huella á la plebe en masa, sino algunos ambiciosos ó avaros; ya no se combatia por la patria, sino por el pensamiento de una monarquia universal. Hubieron, pues, de llevar la mejor parte los germanos; y si el pueblo de Marte hubiera querido retardar su caida, solamente lo alcanzara reanimando su elemento primitivo, esto es, la fuerza. Y esto se vió cuando estuvieron á la cabeza del imperio una série de héroes, aguerridos en los campamentos, y encumbrados al trono por su bravura: pero los más, una vez vestida la púrpura, se despojaban de la coraza, ó agenos á todo otro arte que el de la guerra, abandonaban la administracion en malas manos.

Por lo que hace á los ciudadanos, una vez estinguido el amor de la patria y el furor de la gloria ¿qué resorte podia ya impelerles á tomar las armas? Huia el pueblo bajo de ellas: é iba multiplicándose el número de los que se amputaban el dedo pulgar á fin de librarse (13). En un principio aquel que por sus méritos habia conquistado el mando de las tropas, elegia sus oficiales, y enteramente consagrado á sus soldados, dividia con ellos las fatigas, las recompensas y la gloria. Si por este camino llegaba al consulado, reconocia debérselo á ellos, y al terminar sus funciones, volvia á servir como subalterno en las legiones de que habia sido

---

hostes fugiant, ne persecutionis publicæ afflictione moriantur, quærentes scilicet apud Barbaros romanam humanitatem, quia apud Romanos barbaram inhumanitatem ferre non possunt. Et quamvis ab his, ad quos confugiunt, discrepent ritu, discrepent lingua, ipso etiam, ut ita dicam, corporum atque induviarum barbaricarum fœtore dissentiant, malunt tamen in Barbaris pati cultum dissimilem, quam in Romanis injustitiam sævientem. Itaque passim vel ad Gothos, vel ac Bagaudos, vel ad alios ubique dominantes Barbaros migrant, et commigrasse non pœnitet: malunt enim sub specie captivitatis vivere liberi, quam sub specie libertatis esse captivi. Itaque nomen civium romanorum, aliquando non solum magno æstimatum, sed magno emptum, nunc ultro repudiatur ac fugitur, nec vile tantum, sed etiam abominabile pene habetur. Ecquod esse majus testimonium romanæ iniquitatis potest, quam quod plerique et honesti, et nobiles, et quibus romanus status summo et splendori esse debuit et honori, ad hoc tamen romanæ iniquitatis crudelitate compulsi sunt, ut nolint esse romani?

Y más abajo añade: *Ubi, aut in quibus sunt, nisi in Romanis tantum, hæc mala? Quorum injustitia tanta, nisi nostra? Franci enim hoc scelus nesciunt; Hunni ab his sceleribus immunes sunt; nihil horum est apud Vandalos, nihil horum apud Gothos. Tam longe enim est; ut hæc inter Gothos Barbari tolerent, ut ne Romani quidem, qui inter eos vivunt, ista patiantur. Itaque unum illic Romanorum omnium votum est, ne unquam eos necesse sit in jus transire Romanorum; una et consentiens illic romanæ plebis oratio, ut liceat eis vitam, quam agunt, agere cum Barbaris. Et miramur si non vincantur a nostris partibus Gothi, cum malint apud eos esse quam apud nos Romani. Itaque non solum transfugere ab eis ad nos fratres nostri omnino nolunt, sed, ut ad eos confugiant, nos relinquunt.*

(13) Amiano Marcelino, lib. XV.

jefe. Caida la república, quedó el emperador de general supremo, y los que mandaban los ejércitos, solamente fueron considerados como ejecutores de sus órdenes: él era quien vencia allí donde aquellos se distinguian con su brazo ó su pericia, él quien triunfaba, él quien añadia á su nombre el de los pueblos vencidos.

Nada, pues, estimulaba á emprender la peligrosa y no necesaria carrera de las armas; y mucho ménos cuando Galieno prohibió á los senadores acaudillar ejércitos, quizá para impedir las frecuentes sediciones. Entonces los patricios se sumergieron en la ociosidad, y huyendo de Italia, fueron á ocultarse en Macedonia, Dalmacia, Tracia, para sustraerse á las dignidades y á la milicia, de mucho peso y escaso honor.

Rebajábase la disciplina, nervio de Roma, en el ejército reclutado por la fuerza, en medio de contínuas sublevaciones, y para recompensar é impedir se veia el emperador en la necesidad de ceder á las exigencias caprichosas de la soldadesca. Si intentaba el príncipe trasladar todas las legiones á una lejana frontera, donde parecia necesario, desobedecian, prontas á proclamar augusto al primero que les prometiera reposo y liberalidades. Quejándose los soldados del peso de las armas, quisieron deponer primeramente la coraza y después el casco: preferian la comodidad de la caballeria á la firmeza de la infanteria, cesaron de fortificar á cada alto el campamento, y así espuestos sin defensa, no les quedaba más que el vergonzoso recurso de la fuga.

En aquella decadencia solo habia desórden en el ejército, indisciplina en los romanos: era el resto bárbaros estipendiados; y los desertores instruian á los bárbaros. Casi no se tenian ya máquinas de guerra, de modo que en esto los romanos no eran superiores á los bárbaros.

Todo el cuidado de los emperadores reducíase á reprimirles, a cuyo fin no reclutaron más que bárbaros; subdividian el ejército y reinaba una especie de revolucion administrativa. Singular documento es esta carta del emperador Valeriano:

«Hemos nombrado á Claudio tribuno de la V legion. Le suministrareis con cargo á nuestro tesoro particular el estipendio anual de 3,000 modios de trigo, 6,000 de cebada, 2,000 libras de tocino, 3,500 sextarios de vino, 150 de buen aceite, 600 de aceite de segunda clase, 30 modios de sal, 150 libras de cera: cuanto necesite de heno y paja, vinagre, frutas, legumbres; 300 pieles para la construccion de tiendas; seis mulas y tres caballos cada año, 10 camellos, nueve mulas, 50 libras de plata labrada, 150 zequíes de oro y 47 para los aguinaldos con 160 trientes ($^1/_3$ del zequí).

»Le suministrareis 11 libras de botellas y de vasos para el vino, otras 12 de platos y marmitas, dos túnicas militares encarnadas, por año, y dos clámides con adornos de seda, dos collares de plata dorada, uno de oro con la punta de cobre, un cinturon de plata dorada, un anillo con dos piedras, un casco dorado, dos escudos incrustados de oro, una coraza que restituirá, dos lanzas hercúleas, dos javelinas cortas, dos hoces y otros cuatro para el heno, un cocinero que tendrá que devolver, dos mujeres hermosas escogidas entre las prisioneras, un vestido blanco de seda y lino y otro de púrpura, un jubon de púrpura de Mauritania, un secretario que tendrá que devolver, dos pares de cojines de Chipre para la mesa... dos cazadores, un carpintero, un intendente del pretorio, un aguador, un pescador, un pastelero, 1,000 libras de leña para el fuego, si le bastan: un bañero y la leña necesaria para el baño, etc.» (14)

Constantino conoció la necesidad de una monarquia regular, aunque sin freno: sin embargo, no tuvo suficiente voluntad ó bastante arte para poner en armonia los distintos elementos. No contento con atajar la insurreccion debilitando la guardia pretoriana, y separando el poder que dirige del que ejecuta, dispersó las legiones que defendian el paso de los rios, por las provincias, dejándolas de este modo espuestas á todos los peligros.

Costumbres.—Sus sucesores se abandonaron á la corrupcion de una corte al estilo asiático, y los palacios en que albergaron su amenazada grandeza, se convirtieron en focos de intrigas, de procesos inícuos y de viles fealdades que sustituyeron á las matanzas de los primeros césares. Rodeados de eunucos y cortesanos no aprendieron más que á engolfarse en una ociosidad voluptuosa: poco anhelantes de ver las cosas por sus propios ojos, ignoraron la administracion y la guerra, las quejas y las necesidades de los pueblos, contentándose con los relatos que les hacia un confidente astuto, venal é intrigante.

Si á pesar de todo el deseo de pasar de la clase de los oprimidos á la de los opresores impulsaba todavia á algunos á abrazar el oficio de soldado, en el cual les era dado entrar á saco las provincias, y constreñir á los emperadores á hacerle pingües donativos, no aconteció lo mismo después de la época de Diocleciano. Entonces una severa disciplina redujo de nuevo el ejército á su verdadera índole de máquina obediente, si bien al mismo tiempo el fausto de la corte conferia los títulos militares á gentes que nunca se habian señalado en los campos de batalla; solo habian prestado al príncipe servicios: Túvose, pues, por más cómodo intrigar en palacio que combatir en el campo, y forzoso fué recurrir á brazos extranjeros.

Ausiliares.—Roma sostuvo las primeras guerras con sus propias armas y con las de los pueblos vencidos, obligados á título de tributo á mantener cierto número de ginetes y de infantes, de bajeles y de marinos. Estos ausiliares obedecian á jefes de su nacion, y aun cuando á veces fueran iguales en número y hasta superiores á los ejércitos romanos,

(14) TREB. POLL., *Claud.*, 14.

perdian fuerza por ser reclutados en distintos pueblos, encontrarse aislados de las legiones y bajo las órdenes del general en jefe.

César fué el primero que tomó bárbaros á sueldo: Augusto imitó y estendió su ejemplo, introduciéndolos para su seguridad personal en las filas de la guardia pretoriana. Andando el tiempo se halló agotada de fuerzas Italia, y los aliados quedaron reducidos á provinciales y privados del uso de las armas: hubo, pues, necesidad de recurrir á los bárbaros. En virtud de la constitucion de su banda guerrera los germanos, raza robusta y aguerrida, ponian gustosos su valor al servicio del estranjero, contentándose con una escasa racion y un módico salario. Fueron de consiguiente preferidos por los emperadores, á quienes parecia además sumamente ventajoso diezmar por este medio á aquellos formidables enemigos.

Pero la tirania acaba por suicidarse. Escluyendo de los ejércitos á los provinciales y á los ciudadanos, se separaba la fuerza del interés de emplearla; se obtenia momentáneamente el reposo, pero se estinguia la bravura, al propio tiempo que se hacia más temible el enemigo, añadiendo la disciplina á su natural denuedo.

Pareció que al estender Caracalla los derechos de ciudadania á todo el imperio, hubiera debido dispertar en el corazon de los provinciales el espíritu belicoso, adormecido por la conquista; pero constantes rebeliones disuadieron á sus sucesores de hacer guerreros á los ciudadanos, y más de un emperador tuvo á ventura eximir á los provinciales de la milicia, mediante un tributo que le servia para satisfacer su sueldo á los germanos.

Estos, inferiores en un principio en número á las legiones, fueron mantenidos dentro de los límites de la subordinacion con facilidad suma, si bien en breve ocuparon asimismo un puesto en las filas privilegiadas de los legionarios: con posterioridad no asalariaba ya solamente el imperio á bandas, sino á poblaciones enteras: socorros pérfidos, puesto que en el momento crítico se negaban aquellos ausiliares á esgrimir las espadas contra sus propios hermanos. Llenos de codicia preferian el saqueo al combate. Caprichosos, obligaban al general á presentar batalla cabalmente cuando y donde menos convenia. Por último, volvian sus armas contra sus mismos jefes.

Cuando estuvieron los ejércitos formados de este modo, se confió asimismo á los bárbaros el mando, los que por este medio llegaron á las más altas magistraturas y hasta al consulado. Roma sacó de entre los bárbaros insignes capitanes, pero como no les guiaba el amor de la patria, ni aquel celo que engendra el valor verdadero, sino mas bien el deseo de adquirir riquezas y grados, ó rivalidades ambiciosas, daban consejos opuestos á lo conveniente. Rufino ponia en movimiento á los vándalos y á los godos para contrariar los proyectos de Estilicon: éste dejó que se escaparan los godos para continuar siendo necesario. Aecio no esterminó á Atila, para impedir el engrandecimiento de Turismundo. De consiguiente los emperadores no confiaban enteramente en aquellos héroes asalariados, y los cortesanos envidiaban y aborrecian esa gente poderosa tan solo en virtud de su espada. Sentíase ofendida la vanidad latina de la superioridad de aquellos á quienes seguia llamando bárbaros, y Estilicon, Aecio, Romano, Nigidio, caian bajo el puñal de astutos eunucos ó de afeminados rivales.

Y sin embargo, el único remedio á la estrema ruina del imperio hubiera sido el fundir á los romanos con los godos, segun habian intentado realizarlo algunos emperadores precedentes. Esta raza, á la cual no habian enervado los vicios de la civilizacion, y capaz de recibir sus ventajas, como se vió en las comarcas donde se estableciera, quizá hubiera renovado el arruinado imperio, ó al menos los hubiera defendido contra nuevas invasiones. Pero por un lado se opuso á ello la antipatia nacional, aumentada por los disentimientos religiosos y por otro lado una política desleal, para la cual consistia la habilidad y sagacidad en sembrar la discordia entre los pueblos acometedores, irritaba á los godos con la violacion de los tratados, con torpes traiciones y hacia imposible toda honrosa avenencia.

Disgustados estos volvian sus armas contra aquellos á quienes habian defendido antes. De retorno entre los suyos revelaban las riquezas y las delicias de las comarcas sometidas á la dominacion de Roma, así como la facilidad de enseñorearse de ellas. Muchos soldados de Níger, proscritos por Severo, se refugiaron entre los partos, y les enseñaron á fabricar y usar armas iguales á las de los romanos.

Ya no tenia que lidiar Roma, como en sus otras guerras fuera de Italia, con enemigos reunidos bajo una federacion ó monarquia, de acuerdo por lo mismo en la empresa, y los que destrozada la cabeza quedaban abatidos, lo cual permitia á Roma reparar sus pérdidas mientras la paz duraba. La Germania estaba dividida entre cien pueblos, á quienes no unia para una empresa comun ningun lazo ni interés alguno. Apenas las águilas latinas habian clavado en uno sus garras, cuando se presentaba otro con íntegras fuerzas y un método de guerra diferente. Puede, pues, decirse, que en el trascurso de cuatro siglos, hubo continuamente desde Basilea hasta la embocadura del Rhin y del Danubio abiertas hostilidades ó una paz armada, sin que las guerras produjeran otra ventaja que rechazar el ataque.

Ahora bien, ¿de qué podian servir barreras levantadas por la naturaleza ó por la mano del hombre, cuando los bárbaros embestian al imperio por todas partes, ora en virtud de su aficion característica á las aventuras y á los peligros, ora á consecuencia de su sed de botin, de venganza, ó por impulso de otros bárbaros, ó para acudir al llamamiento de algun ambicioso?

Incapaces de resistir con las armas los hijos de aquel Camilo, que anhelaba que su patria debiera su salvacion al hierro y no al oro, apaciguan al enemigo á costa de dinero, al principio cohonestado con el nombre de sueldo, después exigido abiertamente como tributo; deplorable medio de obtener la paz, puesto que agotaba al imperio y le hacia oprimir á sus súbditos, mientras que los enemigos se rehacian para volver más fuertes y con nuevas pretensiones, después de haber perdido el respeto que inspira una nacion no domable sino tras una larga resistencia.

Si el sueldo era diferido ó negado, acudian los bárbaros á reclamarlo con la espada, con mucha más audacia en razon de que los provinciales perdian de dia en dia la costumbre de manejar las armas. Cuando fué invadida la Italia, no se encontró á nadie que opusiera resistencia. Estilicon ofreció dos monedas de oro á cada esclavo que se alistara, al paso que su socorro no se admitia en otros tiempos, sino solo en el caso de urgentísimos peligros: ciudades fortificadas y henchidas de gente apenas resistieron algunos instantes á bandas de salteadores que ignoraban el arte de los asedios y eran incapaces de perseverar en una empresa.

Una vez llegadas las cosas á tal extremo, dos hechos retardaron la disolucion de la sociedad romana: la irrupcion de los hunos y la division del imperio. Contuvo la primera el ímpetu de los germanos, obligados á hacer cara al enemigo para proveer á su defensa, si bien cuando los hunos se dirigieron tambien sobre Italia, les ayudaron á descargar allí el último golpe.

La division hecha por Diocleciano, preparó pronto socorro contra los amenazadores vecinos, y terminó las insurrecciones de los soldados, atendido á que hubieron de mantenerse recíprocamente en la obediencia, cuatro ejércitos y cuatro prefectos del pretorio. Pero con esto se aumentaron considerablemente los gastos de las córtes, no modestas, como en tiempo de Augusto, sino émulas del fausto persa: faltó armonía á las fuerzas militares, y la que más padeció por ello fué Italia, al dejar de ser cabeza y corazon de aquel gigantesco cuerpo.

Italia tuvo peor perjuicio cuando Constantino trasladó su residencia al Bósforo, porque perdió los privilegios que hasta entonces habia disfrutado como tierra soberana: hallóse gravada con los impuestos comunes cabalmente cuando cesaron de afluir á su seno los del mundo entero. La emigracion de los ricos y las rapaces correrias de los bárbaros dejaban despobladas sus ciudades, sin frutos los campos, que de jardines de los grandes, como eran antes, se convirtieron en indefenso lecho de los rios, en asilo de fieras y ladrones.

De que la traslacion de la capital fué propicia á la duracion del imperio, lo atestiguan los diez siglos que sobreviviera Constantinopla; pero entre las dos metrópolis del mundo Roma veia con despecho dividida su diadema, y como iban á hermosear la nueva ciudad sus riquezas y sus ornamentos. Constantinopla se indignaba que todavia aspirara Roma á la supremacía. Junto al Tíber recogia la aristocracia en su seno los residuos del paganismo: en las orillas del Bósforo corria sangre en virtud de las disensiones cristianas: ambas ciudades parecia que se regocijaban de sus recíprocos peligros: á veces hasta dirigia una de ellas enemigos contra la otra, ora por atender á su propia salvacion, ora por rencores.

A medida, pues, que se aumentaban los peligros, iban en disminucion los medios de conjurarlos: toda provincia invadida por los bárbaros cesaba de suministrar géneros y hombres al imperio. Así como la sangre se retira hácia el corazon cuando va á faltar la vida, del mismo modo retira Roma de las fronteras las guarniciones y los magistrados, abandonando las provincias á los invasores y á sí propias. Entonces queda roto el único vínculo que unia los municipios á Roma, y todos se segregan sin pensar en el bien del cuerpo á que habian estado juntos, aunque no unidos.

Algun emperador concibió el reanimar el patriotismo aventurando en aquella desorganizacion algun elemento de libertad. Se restituyó á los súbditos el derecho de poseer armas (15), derecho que les habia arrebatado el suspicaz Augusto: Graciano exhortó á las provincias á formar asambleas, prohibiendo á todo magistrado oponerles obstáculos ó retardar las discusiones sobre materias de interés público (16), Honorio hasta pensó en una especie de gobierno federativo, que reuniese los intereses divididos (17), pero no se aprovecharon de ella ciudad ni provincia alguna: tanto repugnaba la union al sentimiento enteramente local de aquella sociedad. Estrechándose, pues, donde quiera en sí mismos hombres y corporaciones, no quedó nadie para defender el imperio, que agitaron los bárbaros á su antojo como un juguete, hasta que resolvieron hacerle pedazos. De sus escombros debia nacer la Europa moderna, y cuando se medita sobre su grandeza, se siente el hombre llevado á lo infinito, que es el secreto de las grandes é instructivas melancolías.

---

(15) *De jure armorum reddito.* Constit. de Valentiniano III, del 440. *Singulos universosque nostro monemus edicto, ut romani roboris confidentia, ex animo quo debent propria defensare cum suis adversus hostes, si vis exegerit, salva disciplina publica, servataque ingenuitatis modestia, quiva potuerint armis, nostrasque provincias de fortunas proprias fideli conspiratione et juncto umbone tueantur.*

(16) *Sive integra diœcesis in commune consuluerit, sive singulæ inter se voluerint provinciæ convenire, nullius judicis potestate tractatus utilitati eorum congruus differatur; neve provinciæ rector, ac præsidens vicariæ potestati, aut ipsa etiam præfectura decretum æstimet requirendum.* Del 382, *Cod. Teod.*, XII, 42, l. 9.

(17) Ley del año 418.

CAPÍTULO XVIII

LA IGLESIA.

Papas.—Silvestre (314-336) que vió concedida la paz á la Iglesia, ejercitó su celo en honra de Dios por espacio de veinte y un años. Tuvo por sucesor á Márcos: vino en pos Juliano, quien acogió con respetuoso afan á San Atanasio, y proclamó su inocencia (352). Liberio, romano como los dos anteriores, fluctuando en sus actos entre el valor y la flaqueza, resistió á Constancio, y se sometió al destierro más bien que suscribir el documento que condenaba á Atanasio; después se doblegó á firmar una fórmula arriana. Aquellos que meten gran ruido con su caida (página 402) debieran así mismo hacer memoria de como volviera á la verdad generosa y espontáneamente. Durante su destierro (355) habia elegido el clero romano en su lugar al archidiácono Félix, que á su vuelta se retiró.

Dámaso.—Dámaso, de Vimarano (Portugal) (366) tuvo por contendiente en su eleccion á Ursicino: sostenidos uno y otro por facciones poderosas que llegaron hasta la efusion de sangre con escándalo de los creyentes y befa de los paganos, quienes veian á la ambicion insinuarse en el santuario. Dos veces espulsado de Roma Ursicino, fué desterrado á las Galias. Dámaso tuvo por amigo y por secretario á San Gerónimo: escribió ocultamente en verso y prosa y compuso especialmente epitafios á los mártires, en los que seria de desear mayor sentimiento y menor artificio. El fué quien instituyó antes que otro alguno en las provincias remotas los vicarios de la Santa Sede, á los cuales perteneció la primera categoria entre los demás obispos. Dirigiánseles los asuntos que debian ser resueltos en Roma, y ellos los trasmitian acompañándolos con su voto, y en caso de necesidad hasta les era permitido congregar á los obispos de su vicariato (1).

Cuando quedó otra vez vacante la cátedra de San Pedro, la volvió á pretender Ursicino; pero prevaleció el romano Siricio (384). Suya es la primera decretal auténtica, de fecha 11 de febrero del año 385, fijando la edad requerida para la admision á las órdenes sagradas, y el intérvalo que entre cada ordenacion debe guardarse; la de treinta años para el subdiaconado: después, cuando se reconoce la capacidad del aspirante y se obliga á la castidad, puede ser diácono, y por último, después de cinco años, está en aptitud de ascender al sacerdocio, y al episcopado dos años más tarde.

Anastasio (398) *hombre insigne*, segun le calificara San Gerónimo, *de vida santa, de rica pobreza y de apostólica solicitud*, gobernó durante muy poco tiempo la Iglesia, y tuvo por sucesor á Inocencio (401); albanés, defensor de Crisóstomo contra la córte de Oriente y fervoroso conservador de la pureza del dogma y de la disciplina. La invasion del godo Alarico le proporcionó ocasion de acreditar su caridad y de interponer su mediacion pacífica entre la ferocidad y la cobardia.

Sucedióle Zósimo de Mesuraca en la Magna Grecia (417). De esta suerte ascendian de todas las comarcas del mundo á la sede romana aquellos que, superiores á los demás, gozaban reputacion de virtud y de sabiduria. Engañado en un principio por los errores de los pelagianos, les condenó

(1) La memoria del papa Dámaso es especialmente atacada por los racionalistas, ya por lo que dispuso contra Liberio, ya por la ambicion de que dió muestra al hacer al obispo de Roma superior á los demás de Occidente. Estas acusaciones han sido últimamente desenvueltas por el teólogo luterano RADE; *Ein Beitrag zur Geschichte der Anfange der römischen Primats* (Tubinga, 1882) y fué refutado admirablemente por G. B. DE ROSSI y por Horacio Marucchi.

luego solemnemente, y obtuvo un rescripto imperial que les alejaba de Roma.

Al ser elevado al papado el romano Bonifacio (418), el archidiácono Eulalio, aspirante á esta dignidad, ocupó á San Juan de Letran con el apoyo del prefecto Simaco, é hizo que se le ordenara entre un escaso número de obispos y sacerdotes; pero el emperador confirmó al primero, quien permaneció en su sede y sostuvo sus derechos contra las otras pretensiones.

Celestino (422-432) ocupó el trono pontifical por espacio de diez años, y tuvo por sucesor al romano Sixto III, no menos celoso que él en reprimir á los pelagianos y á los nestorianos, y en poner término al cisma que habia estallado en Oriente.

Leon Magno.—El toscano Leon (440) mereció el título de Magno por su talento y por sus acciones. Al verificarse su eleccion se encontraba en las Galias, reconciliando á Aecio con Albino: posteriormente tuvo sobradas ocasiones de intervenir en los negocios públicos. Saliendo al encuentro de Atila alcanzó del Azote de Dios que perdonara á Roma; y obtuvo de Genserico que la eximiese del incendio. Es el primer pontífice de que se recogieron los escritos. Respira una sentida elocuencia en sus noventa y seis sermones sobre las principales fiestas, aunque exornados con superfluas antítesis. Sus ciento setenta y tres cartas atestiguan el infatigable celo con que se afanaba por conservar la pureza de la doctrina y la paz de la Iglesia, combatiendo sin tregua las diferentes heregías (2).

Hilario de Cagliari (461), sucesor suyo, acreditó en el concilio de Calcedonia actividad suma, si bien no supo ponerse completamente á cubierto de las emboscadas multiformes de los innovadores. En una carta á Leoncio, obispo de Arlés, da á la supremacia papal el nombre de monarquia. En el baptisterio de Letran estableció dos bibliotecas.

Simplicio de Tívoli (467), que vió desmoronarse la dominacion romana, tuvo que hacer grandes esfuerzos para conservar la unidad de la Iglesia, porque tan luego como se hundió el imperio de Occidente, Acacio, patriarca de Constantinopla, pretendió la supremacia.

Después de San Pedro la eleccion del papa se hizo por un senado eclesiástico de veinte y cuatro sacerdotes y diáconos, escogidos por él, segun se dice, para sustituir á los Apóstoles, y á imágen de los veinte y cuatro ancianos que están cerca del trono de Dios (3). Poseyendo tambien bienes temporales á la muerte de Silvestre, concurrieron al nombramiento de su sucesor el resto del clero y el pueblo. Posteriormente, cuando la riqueza empezó á hacer envidiable aquel puesto, intervinieron en la eleccion de los papas los emperadores, á fin de impedir desórdenes, y después la confirmaron. Después Odoacro y su prefecto Basilio vedaron elegir y consagrar al obispo de Roma antes de haber consultado al rey y al prefecto, ora por efecto de rivalidad política, ora para prevenir las disensiones, si bien el decreto no se cumplió (4).

La mutacion del nombre no estaba en uso entonces; y Platina siguiendo á Martin Polaco, cuenta que Sergio II fué el primero en mudarse el nombre indecoroso *Os porci;* pero Anastasio Bibliotecario dice que este papa se llamaba ya Sergio antes de subir á la cátedra de San Pedro. Esta innovacion es atribuida por otros á Adriano III, que se llamaba primero Agapito; otros á Juan XII, que primero se llamó Octaviano y que con esto quiso honrar á su tio Juan XI: otros á Sergio IV, que por respeto abandonó su primer nombre de Pedro (5). Dámaso se dió título de *Siervo de los siervos de Dios,* adoptado con posterioridad por el papa Gregorio Magno así como por sus sucesores.

Independientemente de la tradicion apostólica y de la dignidad de la metrópoli, fué favorecida la supremacia del obispo de Roma por la circunstancia de no existir ningun otro patriarca en Occidente. Celoso Leon Magno de San Hilario, obispo de Arlés, obtuvo de Valentiniano que restringiera pretensiones contrarias en su concepto á su supremacia. Esta fué la vez primera que recurrió un papa á la autoridad civil para dar fuerza á los derechos del pontificado.

Entre las constituciones de San Leon conviene notar especialmente aquellas en que reprende á los obispos que administran el bautismo fuera de

---

(2) La vida de Leon Magno, escrita por Arndt, es una de las numerosas reparaciones hechas en estos últimos tiempos á la verdad católica por los protestantes.

(3) *Apocalipsis,* cap. IV.

(4) San Pedro, primer papa, fué elegido por Jesucristo: después San Lino, el segundo, hasta San Simplicio en 467, se hizo la eleccion por el clero y el pueblo: desde San Félix III, en 485, hasta San Nicolás, en 858, se hizo por los reyes conquistadores: desde Adriano II, en 867, hasta Agapito II, en 946, por el clero y el pueblo: desde Juan XII, en 956, hasta el antipapa Silvestre, en 1102, por los tiranos de Italia y por los emperadores: con posterioridad otra vez por el clero y el pueblo desde Gelasio II, en 1118, hasta el antipapa Víctor IV, en 1138: más tarde por los cardenales desde Celestino II, en 1143, hasta Gregorio X, en 1271: finalmente por el cónclave, desde Inocencio V, en 1276, hasta la época presente.

HINSCHIUS, *Das Kirchenrecht der Katholiken und Protestanten.*

LORENZ, *Papstwahl und Kaiserthum,* 1874.

ZOEPPFEL, *Die Papstwahlen von* XI *bis zum* XIV *Jahrundert,* 1871.

(5) PALAVICINO, *Historia del Concilio de Trento,* p. II, lib. XIII, cap. II. FERRARIS, *Bibl.* en la voz *Papa.* Sin embargo, no es indispensable el cambio de nombre: aun en el siglo XVI, Adriano VI y Marcelo II, conservaron su nombre de pila. Tampoco es muy antiguo el uso de la tiara. Sugero hablando de Inocencio III, dice: «Se pone sobre su cabeza un adorno frigio imperial en guisa de casco, ornado con un círculo de oro.» Bonifacio VIII puso dos círculos; y después tres Urbano V.

los dias solemnes de Pascua y Pentecostés, ú obligan á los penitentes á hacer una confesion pública, que aun siendo un acto de humildad, podia por otra parte dar márgen á escándalo ó motivo para un proceso. De consiguiente invita á confesarse primero ante Dios y después en secreto con el sacerdote (6). Vedó tambien que se consagraran vírgenes antes de los cuarenta años (7). Entre las personas arrancadas de sus hogares por Atila en Aquilea y conducidas en esclavitud más allá de los Alpes, habian comido algunas de ellas carnes ofrecidas á los ídolos: otras ignoraban si se les habia administrado el bautismo; varias mujeres habian contraido segundas nupcias. Resuelve Leon que los primeros deben hacer la penitencia; que debe subsistir el matrimonio más antiguo, aun cuando el segundo sea escusable (8); y por lo que hace á las segundas, dice que siempre es necesario bautizarlas, á fin de no permitir que por un vano escrúpulo se pierda su alma. Resulta de esto que aun no habia costumbre de bautizar *sub conditione* (9).

Dos cuidados principales ocupaban á los sucesores de San Pedro; propagar el Evangelio y conservarle en la pureza de la tradicion, combatiendo las herejías, que surgieron potentes y numerosas, para representar aquella guerra entre el bien y el mal, que es el escándalo necesario al mundo, en la que las pasiones emplean la fuerza, y los errores hacen uso del sofisma.

Nestorio heresiarca.—Cuando Nestorio de Siria (428) fué nombrado patriarca de Constantinopla, dijo desde el púlpito: *César, ayúdame a esterminar á los herejes y yo me comprometo á esterminar contigo á los persas y te daré el cielo por recompensa.* Cinco dias después descubre un conventículo de arrianos, quienes en vez de rendirse prenden fuego á la casa y murieron abrasados. Enseguida empieza á perseguir con encarnizamiento á todos los matices de la herejía. Carecia, pues, de humildad y de caridad este prelado, de lo cual resultó que él mismo cayó en el error, poniendo en tela de debate si María debia ser llamada madre de Dios ó madre de un hombre (θεοτόκος, ἢ ἀνθρωποτόκος): en el primer caso, decia, Dios tendria una madre á semejanza de las divinidades paganas: San Pablo mentiria, dado que proclama la divinidad de Jesucristo sin padre, sin madre, sin genealogía; la Vírgen no concibió, pues, un Dios: la criatura no produjo al Criador, sino un cuerpo humano, instrumento de la divinidad. El Verbo y Jesús de Nazaret son dos personas distintas, pero la una está unida á la otra más que el vestido al hombre y el templo con la divinidad. La Encarnacion no es más que una estancia del Dios Verbo en el hombre. Anatematiza al que diga que el Verbo, después de unido al hombre, es por naturaleza un solo hijo de Dios, ó que el hombre nacido de María es el unigénito del Padre.

Si la víctima ofrecida por el género humano era hombre, el dogma de la redencion pereciá, y con él el cristianismo; pues era necesario renunciar al tipo divino de Cristo, y se iba á parar á la encarnacion bramínica ó á la revelacion profética.

Esta distincion, tan inútil como peligrosa, entre la naturaleza humana y la naturaleza divina, fué reprobaba como contraria á la universal creencia. Pero Nestorio se hallaba con el emperador en gran valimiento, y nadie se atrevia á declararse su adversario: hasta que, el abogado Eusebio comenzó á alzarse en contra suya, diciendo que el Verbo eterno habia nacido verdaderamente segun la carne. Clamóse contra la impudencia y la indiscrecion de un seglar, y se le impuso silencio, lo cual permitió que el error dilatara sus raices, hasta el instante en que Cirilo, obispo de Alejandria, predicó que Cristo era realmente el Verbo, que de otro modo no deberia adorarle, ni seria el que resucita los muertos, por lo que María debia ser llamada madre de Dios, como las demás son denominadas madres de los hombres, aun cuando no contribuyan á la formacion del alma. Entonces se entabló una discusion nueva, no menos ardiente que la arriana, sustentándose como ella con el auxilio de intrigas, de sugestiones, de favores de corte, de tumultos populares, de agitaciones monacales. Vinieron á ser los nombres de *teotocos* y de *antropotocos* designaciones de partido, el de *cristotocos* fué adoptado como término medio por los que querian eludir la significacion exacta de los otros dos nombres.

Teodoreto, obispo de Ciro, en la Siria eufratesiana, después de haber convertido á millares de idólatras á la verdadera fé, y de haber combatido enérgicamente á Nestorio, no supo librarse de esta herejiá, cuyas sutiles redes envolvieron de la misma manera á Alejandro de Hierápolis, modelo de virtud hasta entonces, y á otros muchos obispos ilustres. El papa Celestino se declaró en favor de Cirilo. Un concilio, congregado en Alejandria (431), fulminó el anatema contra los sectarios de Nestorio.

3.er Concilio ecuménico.—Después Teodosio convocó en Efeso un concilio ecuménico, al que asistieron más de doscientos obispos, y como Nestorio atrincherado en su morada, no se presentara á las tres intimaciones, fué depuesto. Discutióse la cuestion sin su asistencia, y quedó proclamada la union hipostática de las dos naturalezas en una sola persona.

Entonces se alzaron protestas de todas partes: muchos obispos de Oriente se resignaron á perder su silla más bien que á prestarse á admitir la decision reciente: el emperador, que en un principio habia tomado partido en contra de Cirilo, sostuvo después el concilio, y arrancando á Nestorio del monasterio donde vivia retirado hacia cuatro años, le envió desterrado á los Oasis, Sin embargo, su

(6) *Ep.* 136.
(7) *Liber pontific.*
(8) *Ep.* 129.
(9) *Ep.* 135.

heregia ganaba terreno con una velocidad desconocida á la de Arrio, á la cual superó en duracion. Vencidos los nestorianos en el imperio, buscaron el triunfo, ó á lo menos la libertad, entre los pueblos nuevos, convirtiéndose de este modo en instrumentos de civilizacion. Hízose nestoriana y fué proscrita la floreciente escuela de Edesa, donde se educaban los sacerdotes de la Asiria y de la Persia. Barsuma, que habia salido de ella, ascendiendo después á obispo, instituyó otra nueva en Nisibe, desde la cual se derramaron los nestorianos por la Siria y la Mesopotamia. En Persia, á despecho de los magos, empleados con preferencia en calidad de médicos, embajadores, ministros, guardadores del celibato, y directores de la enseñanza de los huérfanos, introdujeron allí nuestras artes, hicieron conocer los libros cristianos, y pusieron en uso entre los doctos la lengua siriaca, que fué la primera, entre las de Oriente, que empleó vocales en la escritura. Barsuma persuadió á Firuz, rey de Persia (10), á que espulsara á los cristianos griegos y á que diera á sus sectarios la silla patriarcal de Seleucia, que ocupan todavia. El Preste-Juan (11), fábula de la Edad Media, estendió su autoridad sobre la Arabia, sobre la India, y hasta sobre la China, donde los nestorianos aparecieron triunfantes por un momento (12).

Cuando tomó ensanche el imperio de Mahoma, conservaron los nestorianos los primeros puestos, incluso el de virey en ciertas provincias conquistadas. Posteriormente, al establecer los califas en Bagdad su residencia, ellos dirigieron sus consejos. Tradujeron al árabe las obras griegas; por sugestion suya llamó Al-Mamun á médicos, astrólogos, filósofos y matemáticos al seno de su Academia. Bajo los sucesores de Gengis-kan llevaron su doctrina hasta el Mogol y el pais de los tártaros: instituyeron un metropolitano en Samarcanda, obispos en Casgar y en otros puntos. Del que llevaba el nombre de *Católico* de Babilonia dependian veinte y cinco metropolitanos, que debian rendirle homenaje cada seis años. Quizá era uno de estos aquel Tomás de quien provinieron los cristianos de la India, que se establecieron en las costas del Malabar y en las islas de Sucotra y de Ceilan, cultivando la palmera, haciendo el comercio de la pimienta, no dependientes del obispo de Roma, sino del *Católico* nestoriano. Todavia en la actualidad sobreviven aquellos sectarios en Oriente, mezclados con los jacobitas, á las órdenes de dos patriarcas, de los cuales uno tiene su sede en Karemid de Mesopotamia y el otro en Persia. Hay tambien algunos diseminados en el Indostan. Muchos de ellos volvieron á ingresar más tarde en el seno de la Iglesia, conservando no obstante la comunion bajo las dos especies, y el matrimonio de los sacerdotes.

Culto de Maria.—Esta heregia y el concilio que la condenara, son memorables, en razon de la estension que tuvo en su consecuencia el culto de Maria. Cuando los herejes intentaron derrocarla de su celeste trono, multiplicó la piedad las señales de veneracion. Este culto consolador y piadoso, que presentando el tipo de los sentimientos más dulces en la naturaleza, el pudor de la vírgen y el amor de la madre, la resignacion de una afligida y el triunfo de una mártir, la misma pureza y la abogada de los pecadores, parecia adaptarse á las miserias de la vida y á las flaquezas del hombre; dándole una intercesora cerca del Justo en la madre del hombre, la mujer de los dolores, no contribuyó poco á estirpar los últimos resíduos del paganismo; y muchos templos fueron trasformados á la sazon en iglesias consagradas á Maria, por la necesidad que todos esperimentaban de darle testimonio de su devocion (13).

Era Grecia la comarca más fértil en heregias, tanto á causa del carácter de sus habitantes como porque tenian menos respeto hácia los obispos de Roma, jueces de la fe, y estaban libres de las trabas que la vecindad de los emperadores imponia á los patriarcas de Oriente.

Donatistas.—En Africa los donatistas dieron mucho que hacer al celo de San Agustin, unos discutiendo y ocupando las iglesias, otros renovando los destrozos que habian hecho los circonceliones tristemente célebres. El emperador Honorio (410), les privó de los privilegios que habian alcanzado durante los pasados disturbios, y prohibió sus juntas bajo pena de muerte; remedio exorbitante, á que los obispos preferian la conversion. San Agustin propuso una conferencia en Cartago (16 de mayo de 411), con el objeto de comparar las doctrinas de las dos Iglesias opuestas. Prometióse seguridad á todos cuantos acudieran y condenar á los ausentes como contumaces. Congregáronse en su consecuencia doscientos setenta obispos donatistas, y doscientos ochenta y seis católicos. Estos últimos declararon que, si vencian sus adversarios, les cederian sus propias sillas, al paso que, si estos vencian, dejarian en las suyas á los donatistas ó serian sus colegas. De los católicos fué el triunfo, y los donatistas no tardaron en desaparecer encontrándose sin apoyo.

Habia dirigido el gnosticismo sus golpes contra

---

(10) ASSEMANI, *Bibliot. orient.*, tomo IV.
(11) *Pres-Tadsciani*, sacerdote del mundo.
(12) Véase el libro IX.

(13) Bastará citar aquí un ejemplo. La Silicia que habia continuado tenazmente adicta al antiguo culto á pesar de los esfuerzos de San Hilarion, consagró en poco tiempo ocho de sus más hermosos templos al culto de Maria, á saber: los de Minerva en Siracusa; de Vénus y de Saturno en Messina; de Vénus Ericina sobre el monte Erix, elevado segun se dice, por Eneas; el de Falaris en Agrigento; de Vulcano junto al Etna; el Panteon y el templo de Ceres en Catania, y el sepulcro de Estesicoro.

el Padre, discutiendo acerca del Sér primero y necesario: asestaron sus tiros los arrianos al Hijo, y los nestorianos á la Vírgen madre: el orígen del mundo y del hombre, la naturaleza de Dios y de su Verbo, eran las cuestiones que hasta entonces habian ocupado á los teólogos, y que la Iglesia habia definido. Quedaba por examinar la naturaleza misma del hombre; por qué padece él tanto bajo un Dios bueno; por qué la venida de Cristo no habia hecho desaparecer el mal del mundo; hasta que punto pueden los sacramentos socorrer al hombre y evitar el pecado; cómo se combina la presencia divina con el libre albedrío; y cómo la Gracia no pone trabas á la actividad moral del hombre.

Pelagio.—Llegado á Roma, en vida del papa Dámaso, el breton Morgan, conocido con el nombre de Pelagio (14), adquirió allí una reputacion de caridad y de virtud que le valió la amistad de Paulino de Nola y la de S. Agustin. Pero posteriormente incurrió en yerro con motivo de uno de los problemas mas árduos en todo lugar y en todo tiempo, en toda religion como en toda filosofía.

En el momento de obrar nos sentimos libres de abstenernos ó de proceder de tal ó cual manera: sin embargo, reconocemos que la accion presente se deriva de las acciones anteriores, de suerte que parece consecuencia necesaria de ellas. Esto no significa de ningun modo que el hombre se halle encadenado por la fatalidad, sino que no procede de una manera insensata, y que nunca ejerce tan completamente su libertad como cuando se atiene á la ley moral. Si le acontece desviarse de ella, lo descubre y dice: *Hubiera podido proceder de otro modo, si hubiese querido.* Para sostener su voluntad necesita irremisiblemente un apoyo esterior, y lo solicita del ejemplo, de la ayuda, de la amistad, de la aprobacion, de Dios. Pero además de la influencia ejercida sobre la deliberacion del hombre por las cosas esteriores independientes de él mismo, hay una accion interior de que cada cual se apercibe, y que nadie puede esplicar.

¡Cuántas cuestiones se desprenden de tales hechos, ora sean negados, ora se mida inexactamente su importancia relativa, ó se les esplique de distintas maneras! Necesariamente debian presentarse estas cuestiones al cristianismo, que nunca pierde de vista la moral en la ciencia; y como estas cuestiones se enlazan por precision con otras muchas sobre el orígen del mal, ya resueltas por la Iglesia, la dificultad de su solucion se hacia más complicada.

Anulaban los maniqueos con doblez el libre albedrío; y á fin de sostenerlo Pelagio debilitaba la eficacia de la voluntad divina, es decir, de la gracia, como si bastasen para cumplir la ley las fuerzas naturales. Decia que el hombre habia sido creado mortal, y que el pecado no habia cambiado su naturaleza; que los niños nacen en el mismo estado que Adan, y que los hombres son libres como lo eran en el paraiso terrenal. Cada cual puede, pues, eximirse del pecado y observar la ley, aunque no llegar á la perfeccion. Y añadia que consiste la gracia divina en la voluntad libre de no pecar: la cual tambien nos es concedida por Dios para poder cumplir más fácilmente lo que él nos manda. Pero el libre albedrío consiste en el equilibrio entre el bien y el mal, en la completa libertad de hacer este ó aquel.

Envolvia sus doctrinas en vagas palabras; pero el campanio Celestio, discípulo suyo, las proclamó abiertamente, negando principalmente el pecado original. Sostuviéronlas algunos obispos; otros, congregados en Cartago (413-418), fulminaron anatemas contra ellas. Engañado el papa Zósimo por una artificiosa profesion de fé del heresiarca, desaprobó como precipitada la condena pronunciada por los Padres africanos, y recibió de nuevo á Pelagio en el seno de la Iglesia; pero apercibiéndose acto contínuo de su engaño, reprobó aquella doctrina, y el emperador Honorio castigó con el destierro á los que fueron convictos de haberla adoptado.

San Agustin.—El más poderoso adversario de Pelagio fué San Agustin, cuya doctrina, si la despojamos de opiniones particulares ó de excesos contenciosos, se reduce á que el hombre con el pecado original perdió la gracia santificante, y quedó sujeto á la muerte é inclinado al mal, de modo que el libre albedrío no queda destruido sino debilitado, por lo que es necesaria la gracia para restablecer el equilibrio. No obstante, el hombre no es arrastado irresistiblemente al pecado, ni por la gracia llevado invenciblemente al bien; pero el poder de hacer bien no lo recibe sino mediante la gracia santificante adquirida con la sangre de Jesucristo. La voluntad debe ser prevenida por esta gracia interior y elevada sobre sus fuerzas naturales; y nosotros no la merecemos de ningun modo; pero nos es dada gratuitamente: sin ella el hombre no puede hacer ninguna obra meritoria; y aun con ella no puede quedar enteramente impune del pecado venial.

Sucumbió la heregía pelagiana, en su grosera forma, demasiado repugnante al sentimiento cristiano, ante este vigoroso adversario y la condena de cuatro papas y más de veinte concilios. Pero esta cuestion de alta importancia filosófica, política y religiosa, se prolongó bajo aspectos diferentes durante toda la Edad Media: fué resucitada posteriormente por los protestantes: agitó luego interiormente á la Iglesia hasta estos últimos tiempos bajo las banderas de Molina y de Jansenio: trasladada actualmente de la teología á la ciencia, revive en aquellos filósofos que exaltan de una manera escesiva la individualidad y la energía del alma humana, y que de acuerdo con el genio práctico, positivo y racional de la edad moderna, realzan la libertad del hombre hasta el punto de escluir la

(14) Traduccion griega quizá de *Armórico, marítimo.*

influencia de Dios sobre las acciones y de hacer inútil la plegaria. Volvemos á encontrar esta cuestion presentada bajo otro aspecto en los publicistas que investigan si existe una filosofia de la historia; y así como en la teologia busca la salvacion individual, del mismo modo en la ciencia se dirige á la utilidad social, pero siempre averiguando hasta donde se combina la accion de la Providencia con la accion del hombre.

Semi-pelagianos.—Casiano, monge lerinense, no creyendo que Pelagio hubiera tomado muy en cuenta los hechos relativos á la libertad humana y á sus relaciones con la potestad divina, aun reconociendo la insuficiencia de la voluntad humana y la necesidad de un socorro esterior, negó la accion inmediata y especial de Dios sobre el alma para operar la santificacion progresiva, accion gratuita á que el hombre no tiene derecho; y afirmó que todo lo pueden las fuerzas naturales y la perfeccion que proviene de la libre voluntad; y que el número de los predestinados no es limitado, porque los méritos de Cristo abrieron para todos indistintamente un tesoro de gracias, en que cada uno, mediante su deseo natural de procurarse la salvacion, puede tomar lo que quiera y cuando quiera.

Este semi-pelagianismo, refutado tambien por Próspero y por S. Agustin, adquirió fuerza combatiendo á otros, los cuales atribuyéndolo todo á la gracia, pensaban que Dios habia decretado irrevocablemente la suerte eterna de cada uno. No deduciendo San Agustin las últimas consecuencias de su sistema, habia huido de esta doctrina destructiva del libre albedrio, y adoptando su opinion la Iglesia, conservó el justo medio entre los que lo atribuyen todo á la actividad humana y los que la aniquilan ante el poder de Dios. Es igualmente falso que Dios lo haga todo por medio del hombre, y que el hombre pueda hacerlo todo sin Dios.

Los apolinaristas habian confundido las naturalezas en Cristo mutilando la humana; Nestorio combatiéndolos dió orígen á la heregia contraria, que separaba la naturaleza divina de la humana: pero entonces en oposicion á los nestorianos surgieron los eutiquianos para sostener que en la Encarnacion se formó una sustancia sola, una sola naturaleza. Así muchas veces una heregia dió orígen á otra diametralmente opuesta; y la Iglesia tuvo que combatirlas manteniéndose entre los estremos, en el punto que tenian de verdaderas las dos doctrinas contrarias.

Eutiquio, abad de un monasterio cerca de Constantinopla, sostuvo contra Nestorio que la divinidad y la humanidad del Verbo, después de la Encarnacion, formaban una sola naturaleza divina, bajo la apariencia de un cuerpo humano (*monofisitas*). Del mismo modo esto aniquilaba el misterio de la Encarnacion, porque si no era Cristo verdadero hombre, no podia ser mediador nuestro, ni modelo de todas las virtudes. Un concilio de Constantinopla (448) le condenó y degradó, pero los admiradores de sus virtudes obtuvieron de Teodosio II que las actas de este sínodo se vieran nuevamente en un concilio general, donde los obispos que habian fallado en contra suya, no tuvieran derecho de sufragio y fueran considerados como acusadores.

A pesar de la oposicion de Leon Magno se reunieron en Efeso ciento treinta y cinco prelados, presididos por Dioscuro, patriarca de Alejandria, y bajo la proteccion del eunuco Crisafio. Habiendo hecho delante de ellos una profesion de fé Eutiquio, anciano octogenario, que ellos declararon católica, se le recibió nuevamente en la comunion de la Iglesia (419); y los que á ello se oponian fueron obligados por la violencia.

4.º Concilio ecuménico.—Hallóse, pues, dividida en dos la Iglesia hasta el momento en que Pulqueria se ocupó en restablecer la unidad, haciendo anular lo que se denominara *latrocinio de Efeso*, condenar á Eutiquio, y convocar una asamblea general en Santa Eufemia de Calcedonia (451). A ella asistió el emperador Marciano, y contra el nuevo error dieron allí trescientos sesenta obispos la definicion de la fé, en conformidad á la doctrina de los Padres y de los sínodos precedentes. Fué depuesto el violento Dioscuro, y la carta de Leon Magno al patriarca Flaviano, sobre el misterio de la Encarnacion, se puso en la categoria de los libros canónicos.

Este concilio atribuyó al patriarca de Constantinopla los mismos honores que al obispo de Roma, y el derecho de confirmar á los metropolitanos en las provincias del Ponto, de la Tracia y del Asia. Cuando se tomó esta decision, los legados del papa habian ya partido; y la determinacion fué admitida en el supuesto de que los derechos del obispo de Roma fuesen privilegios concedidos en gracia de la residencia imperial. Pero ante la protesta del papa, el concilio reformó este cánon.

Derramáronse por el Oriente los monofisitas, é intentó reunirlos el monge Jacobo Baradeo, muerto después en la silla episcopal de Efeso en el año 578. Atravesaba montado sobre un dromedario la Arabia y la Mesopotamia, para difundir la doctrina de una sola naturaleza. Aquellos que la abrazaron, se llamaron, á consecuencia de su nombre, jacobitas. Tampoco aceptaron los egipcios el concilio de Calcedonia, rechazando con la creencia católica, el idioma y los usos griegos. Pero cuando en aquella ocasion hubieran podido reconquistar su independencia, se limitaron á querer cambiar de jefe espiritual, y se sometieron á un patriarca copto, á quien obedecian los nubios y los abisinios. Tambien fueron arrastrados á este error los armenios por Juliano de Halicarnaso, y reconocieron la autoridad de un católico residente en Ekmiasin, y la de obispos mantenidos á espensas de los fieles por medio de un lijero tributo.

Estas tres ramas del cristianismo han sobrevivido en los paises sometidos al Coran: no hablamos aquí de aquellos refugiados del monte Líbano,

que, por el nombre de Juan Maron, fueron denominados maronitas, y han conservado esta denominacion después de haber vuelto al gremio de la Iglesia romana.

Probó el emperador Zenon á restablecer la paz entre los católicos y los eutiquianos, publicando un *edicto de union* (ἑνωτικὸν), en todo conforme al concilio de Nicea, salvo que no hacia mencion ninguna del sínodo de Calcedonia, y esponia la fórmula de la fé con tal arte, que podia alucinar á la vez á los ortodoxos y á los disidentes. El papa Félix III conoció el lazo y lo evitó, y la Iglesia continuó profesando que Cristo es una sola persona con dos distintas naturalezas.

Monotelitas.—Prosiguiendo, pues, las disensiones, Atanasio, patriarca de los eutiquianos, prometió al emperador Heraclio volver á los suyos á la unidad, con tal de que los católicos reconocieran una sola voluntad y una sola operacion en Cristo. Contentáronse con esta esplicacion los patriarcas de Constantinopla, de Alejandria, de Antioquia y aun el mismo papa Honorio; pero Sofronio, patriarca de Jerusalen, demostró la falsedad de esta doctrina, é hizo que fuera condenada por un concilio (634). Entonces pretendió Heraclio zanjar la dificultad por medio de una esposicion (ἔκθησις) que prohibia investigar si hay en Cristo dos acciones de la voluntad ó una sola, reconociendo en su persona un querer único. El papa Juan IV reprobó la ectesis de Heraclio como errónea é incompetente: á la sazon Constante II promulgó el *Tipo* que derogaba el edicto de Heraclio é imponia silencio á los dos partidos. Pero el papa Martin hizo que desaprobara un concilio ambos edictos (649); y por último, el sínodo general de Constantinopla (680) pronunció el anatema contra los monotelitas.

Inquisicion.—Entretanto no se empleaban solamente contra el error las armas de la persuasion y las decisiones de los concilios: sino que Teodosio I amenazó con severísimos edictos á los herejes de cualesquiera denominaciones, los ministros de su culto, sus asambleas y personas. Obispos y sacerdotes incurrian en la pena de que caducaran sus privilegios y asignaciones, siendo enviados á destierro, mientras persistian en sus ritos y en su falsa doctrina. Una multa de 10 libras de oro castigaba á todo el que conferia la ordenacion á los herejes ó la recibia de ellos. Sus conventículos públicos ó secretos eran prohibidos tanto en la ciudad como en el campo, bajo pena de confiscacion de los edificios en que estuvieran congregados. Sucesivamente los herejes incurrieron en la nota de infamia y fueron escluidos de los empleos honoríficos ó lucrativos; algunos hasta quedaron privados del derecho de testar y de admitir mandas. Aun se llegó á fulminar pena de muerte contra los maniqueos y cuartodecimanos, si bien se afirma que nunca fué aplicada en vida de Teodosio.

Magno Máximo fué el primer emperador cristiano que derramó la sangre de herejes. En virtud de la sentencia del prefecto del pretorio fueron torturados y condenados después á muerte Prisciliano, obispo de Avila, dos sacerdotes, dos diáconos, el poeta Latroniano y Eucrosia, matrona de Burdeos: otros solo padecieron la pena del destierro.

A estos priscilianistas que agitaban las provincias españolas, por una contradiccion harto frecuente se les acusó de vicios repugnantes y contra naturaleza, al mismo tiempo que el rigor de su doctrina era llevado hasta el estremo de hacerles reprobar el matrimonio y rehusar todo alimento animal, mortificando la carne con ayunos, vigilias y contínuas oraciones. Por lo que hace á los dogmas seguian los de Manes.

Pena de muerte.—El suplicio de Prisciliano fué altamente desaprobado por San Ambrosio de Milan y por San Martin de Tours, tan celosos en la defensa de la verdad como enemigos de las persecuciones. No debemos pasar aquí en silencio, en la historia de los progresos humanos, el santo horror que inspiró entonces por la vez primera la efusion de sangre, no solo en las guerras ambiciosas y por inicuas sentencias, sino tambien por las penas, que siendo irreparables, nunca debian ser aplicadas por el hombre, falible en virtud de su naturaleza. No quiere decir esto que se intentara negar así el poder represivo, sin el cual seria imposible que subsistiera sociedad ninguna; con efecto, habiéndose suscitado dudas acerca de averiguar si después de haber recibido el bautismo, se podria tomar parte en los juicios criminales, ó presentar instancias en que se pidiese la pena de muerte, el papa Inocencio, de acuerdo con San Ambrosio, dió por respuesta, que hallándose armada la autoridad pública con la espada para castigar los delitos segun Dios lo mandara, podian los cristianos implorarla y ejercerla (15).

Parecia, sin embargo, que no sentaba bien al carácter de dulzura del sacerdote asistir á un juicio capital. Por eso cuando San Ambrosio quiso libertarse de la carga del episcopado que se le habia ofrecido, hizo de modo que hallándose presente á la tortura de un reo, se le considerara como indigno de las funciones de obispo. Después él mismo, cuando Teodosio quedó triunfante de Eugenio, aunque en justa guerra, le aconsejó que se abstuviera durante algun tiempo de la Eucaristia, en consideracion á la sangre derramada (16), y aunque no se la negara á jueces después de una sentencia capital pronunciada por ellos, aprobaba que estuvieran algun tiempo sin ser partícipes del manjar de la sagrada mesa (17). Estas son ideas que esperamos ver pasar algun dia á la calidad de hechos: y bueno es señalar la fuente de donde han emanado.

De consiguiente, los obispos que habian tomado

---

(15) *Decret. Innocentii*, c. 3.
(16) RUFINO, II, 34.—SÓCRATES, V, 26.
(17) SAN AMBROSIO, *Ep.* 25 y 26.

parte en la condena de Prisciliano, debieron ser desaprobados por los demás, y especialmente Itacio, que habia asistido á los tormentos y al suplicio. Cuando posteriormente fueron presos en Africa algunos donatistas, á pesar de que habian vertido sangre de cristianos, Agustin se apresuró á escribir al tribuno Marcelino que no les condenara á muerte, no debiendo ser vengados los padecimientos de los servidores de Dios, segun la ley del talion, con castigos semejantes: solamente debia impedir que los reos volvieran á obrar mal, induciéndoles á la dulzura y rectitud, y enderezando á trabajos útiles su maléfica energia. «Esta es tambien una condena; pero ¿quién habrá que no considere como un beneficio más bien que como un suplicio, en no dejar campo á la audacia del crímen, sino por el contrario al remedio del arrepentimiento? Juez cristiano, cumple el deber de un tierno padre: en tu indignacion contra el delito haz memoria del sér humano, y al castigar los atentados de los delincuentes, no te dejes arrastrar á la pasion de la venganza.»

Cuando Honorio promulgó una ley contra los donatistas y los judios (18), Agustin escribió al procónsul que, si pronunciaba la sentencia de muerte contra ellos, quedarian privados los eclesiásticos de la facultad de acusarles, pues estaban más prontos á perder la vida, que á poner la de los demás en peligro. Añadia: «Por grande que sea el mal que se quiera impedir, y el bien que se intente aconsejar, es más inconveniente que útil obligar los hombres por la fuerza, en vez de vencerles con la persuasion (19).»

La solicitud de los obispos para libertar á los culpables de la muerte, está patente en una larga carta dirigida por el mismo santo á Macedonio, vicario de Africa (20): «No es esto, dice, que nosotros aprobemos el pecado; sino que, odiando la culpa, nos compadecemos del hombre. Y como la correccion no se logra más que en esta vida, nuestra caridad hácia el género humano nos induce á interceder en favor de los culpables, á fin de que al suplicio de esta vida no siga al que no terminará nunca. Amamos á los malos y oramos por ellos, porque Dios lo manda, si bien sin participar de sus culpas, antes bien para inducirles á hacer penitencia. Y si Dios es paciente con aquellos que tardan en convertirse ¡cuánto más debemos serlo nosotros con los que prometen enmendarse, aun cuando estemos en la incertidumbre de si cumplirán su promesa!»

Y en otro lugar: «¿Quién puede saber lo que un dia pensarán estos que hoy están estraviados? ¿Quién sabe cuanto contribuyen las faltas de los malos al perfeccionamiento de los buenos? Del hombre no puede formarse un juicio sino al fin de su vida, cuando ya no puede cambiar de opinion, ni aprovechar á la verdad con el parangon de su error. Solo los ángeles pueden formar semejante juicio; los hombres no. Permanece, pues, siendo bueno y sufre á los malos. Tolera, que quizás tu tambien tienes necesidad de tolerancia. Si fuiste siempre bueno, muéstrate misericordioso; si erraste, no lo olvides. La cizaña debe estar con el buen grano, las cabras con las ovejas, hasta que venga la cosecha. Tolera al hereje declarado, tolera al pagano, tolera al judio, tolera al mal cristiano oculto.»

Pero al fin olvidó demasiado estas máximas llenas de benevolencia, aprobando los decretos de los emperadores en contra de los donatistas, y los medios de rigor empleados para convertirlos (21).

Conversiones.—Compensadas se hallaban las disensiones intestinas de la Iglesia por los triunfos que obtenia fuera. El obispo Marata, enviado por Teodosio el Jóven en calidad de embajador á Persia, hizo conocer el cristianismo al rey Isdegerdes y á su corte, de donde resultó que fué lícito á los cristianos erigir iglesias en todo el imperio. Este era asunto de inquietud para las magos, que tenian el mérito de haber dado al estandarte nacional nuevo realce; por lo cual en union con los judios emplearon razones y artificios para enemistar al rey con los cristianos. Sirvióles de mucho el indiscreto celo del obispo Abdas, quien derribó un templo del fuego. Isdegerdes le hizo comparecer en su presencia y le condenó á reconstruirlo: y habiéndose negado á ello le hizo morir, y ordenó la demolicion de todas las iglesias (420). Entonces tuvo principio una persecucion que fué continuada por Varanes IV, su sucesor, luego por el hijo de éste, y en el curso de ella se renovaron los horrores de los primeros mártires, así como su constancia.

Cuando posteriormente fué devastada por los romanos la provincia de Adiabena, siete mil persas llevados en calidad de prisioneros á Amida, se vieron reducidos á la más espantosa miseria. Pero habiendo congregado al clero el obispo Acacio le exhortó, en nombre *Dios que estima en más la misericordia que el sacrificio*, á vender todos los ornamentos de las iglesias para subvenir á las necesidades de aquellos infelices, y luego al terminarse la guerra, les dió dinero para que regresaran á su patria. Tanta caridad atrajo la admiracion de Varanes V que reinaba entonces: suspendió la persecucion y otorgó numerosas mercedes á los cristianos.

---

(18) *Cod. Teod.* XLIV *de Hæret.*
(19) *Ep.* 100.
(20) *Ep.* 153.

(21) *¿Quis nostrum, quis vestrum non laudat leges ab imperatoribus datas adversus sacrificia paganorum? Et verte longe ibi pœna severior constituta est, illius quippe impietatis supplicium capitale est.* Epístola XCIII, 10. En otro sitio sostiene que es mejor que algunos sean atormentados en este mundo, para que todos no estén condenados á las eternas llamas en el infierno; de lo cual se arrepintió después.

Introdújose desde muy temprano el cristianismo en la Armenia, y, para escribir algunas traducciones del Nuevo Testamento, se enriqueció la hermosa lengua de este pais con un alfabeto que debió á Misrob, maestro de Moisés de Corene, autor de la historia de esta comarca (22).

Tambien la Georgia sometió á la humilde pureza de la cruz la lozania de sus hombres y la hermosura de sus mujeres, pero sin que se estirpasen de aquel dueblo sus hábitos feroces y desnaturalizados, que hacian que el padre vendiera sus hijos, el príncipe sus súbditos, el sacerdote sus fieles.

Habia penetrado igualmente el Evangelio en la Iberia, en la India, en la Etiopia, en la Abisinia (23), y antiquísimos escritos cristianos nos hablan de Simon de Cirene, é historias admirables y piadosas dan comienzo por todas partes á las predicaciones y la conversion.

Un sueño, un augurio, el relato de un milagro, el ejemplo de un héroe ó de un sacerdote, los encantos de una piadosa consorte, la vista de una pintura, el feliz éxito de una oracion ó de un voto hecho al Dios de los cristianos, producian, con el auxilio de la gracia, el cámbio de creencia de los conquistadores septentrionales. Las virtudes austeras de los monjes, que pueden siglos ilustrados rechazar mas no escarnecer, eran sumamente propias para herir la imaginacion de los bárbaros llena de vigor y lozania. Tambien les seducia y arrastraba la pompa de las ceremonias, el valor y la caridad de los obispos y de los sacerdotes, el poder de una religion capaz de inspirar semejantes sacrificios.

Espulsados los borgoñones por los hunos y desconfiando de todo socorro humano, convienen en adoptar la fé cristiana (433): tres mil son bautizados de una vez por un obispo galo, y creen ver un efecto de su conversion en la derrota que hacen sufrir á Octar tio de Atila (24).

No consta en que tiempo penetró el cristianismo entre los vándalos, suevos y longobardos. Antes del siglo v no fueron enviados al otro lado del Rhin y del Danubio misioneros. Algunos prisioneros hechós en el Asia Menor, llegaron á convertir á algunos de sus señores, y á establecer entre ellos una iglesia ambulante y grosera, que diputó (376?) al concilio de Nicea al tosco obispo Teófilo. De uno de aquellos prisioneros descendia Ulfila (372-460): educado entre los godos pudo poner á su alcance los dogmas generales de la fé y los de la moral revelada. Conducido en calidad de esclavo Patricio á la edad de diez y seis años á Irlanda, aprendió la lengua y los usos del pais: trasladado posteriormente á la Galia por los corsarios, entró en el convento de Marmoutier. Ordenado sacerdote en Italia, y por último obispo, fué enviado á convertir á Irlanda por el papa Celestino.

Tampoco faltó entre los bárbaros el bautismo de sangre. Al mismo tiempo que entre los godos abrazaba Fritigerno el cristianismo que le habia predicado Ulfila. Atanarico lo rechazaba desdeñosamente, y haciendo que sacaran el sagrado carro de Hermensul, disponia que discurriera en procesion por las calles: entonces todo el que se negó á tributar homenaje al ídolo nacional, fué entregado á las llamas con sus tiendas y con su familia.

Desgraciadamente los primeros predicadores de los bárbaros fueron arrianos: debieron, pues, maravillarse cuando después de haber aceptado de buena fé lo que consideraban como verdad celeste, oyeron declarar que estaban en el camino de la perdicion (25). Tambien resultaron de aquí divisiones entre ellos, y á solicitud de los arrianos, derramaron la sangre de los católicos Genserico y todavia con más encono su hijo Hunerico. Ni cesaron las discordias religiosas en Africa ni España, hasta que vinieron los árabes á aprovecharse de ellas para someter á la ley del Coran á los que no habian sabido vivir tranquilos bajo la ley del Evangelio.

Tal vez hubieran ejecutado los septentrionales en Europa lo que hicieran los árabes en Asia, á no haber encontrado oposicion en los ministros del cristianismo, los cuales unidos entre sí por la santidad y por una inmutable dependencia, amenazaron con las penas del infierno á aquellos invasores, á quienes nada infundia temor en el mundo; y así les obligaron á las prácticas esteriores del culto, desde donde les hicieron pasar gradualmente al conocimiento fundamental de la religion. Esto ofreció por resultado una notabilísima mudanza en la condicion moral y política de los bárbaros. El uso de las letras, que adquirieron como indispensable para una religion de preceptos escritos, los puso en aptitud de estudiar las verdades divinas, y de proporcionarse algunas nociones en punto á historia, á la naturaleza y á la sociedad. Ulfila dotó á sus godos con un alfabeto, para trasmitir á su lengua las Sagradas Escrituras (26), y las traduc-

(22) WHISTON, *Vorrede zu Mosis Chorenensis historia armenica*, 1736.—SCHROEDER, *Thes. ling. armenicæ*

(23) Ha sido hallado por Salt en Aso de Abisinia un singular monumento de las relaciones que con este pais tuvieron los emperadores de Oriente. Es una inscripcion puesta por los años 329 y el 356 por Aizana, rey de los asanitas y de los homeritas en memoria de la victoria alcanzada por su hermano Sayazana sobre los rebeldes bongaitas.

(24) SOZOMENES, *Historia eclesiástica*, VII, 30.—SIGEBERTO I, *Chron. ad.* 433.

(25) Salviano procura escusarlos: *Hæretici sunt, sed non scientes: veritas apud nos est, sed illi apud se esse præsumunt. Errant ergo; sed bono animo errant. Qualiter pro hoc ipso falsæ opinionis errore in die judicii puniendi sint, nullus potest scire nisi judex.* De gub. Dei. V.

(26) El fragmento más importante de la version de Ulfila es de 188 páginas en 4.°. Está escrito en letras mayúsculas de oro y de plata sobre pergamino de color de púrpura, lo cual hizo que se le llamára *Codex argenteus*. Gregorio de Tours dice que cuando Childeberto II tomó á

ciones hicieron mucho más fáciles las conversiones y aficionaron á los eclesiásticos á consultar la liturgia y los escritos de los Padres en las lenguas griega y latina, trasmitiendo así viva la antorcha de las bellas letras. Una vez que se hallaron los bárbaros en comunidad de creencia con todos los cristianos, hechos sus hermanos espirituales, aprendieron á observar las alianzas, á ser menos implacables en las guerras, á respetar las instituciones del imperio que destruian.

Paganismo.—Sin embargo, las huellas del paganismo subsistieron por largo tiempo en los países convertidos. No aludimos al presente á Italia ni á Roma, que imploraron á las antiguas divinidades á fin de salvar la ciudad de la cólera con que la amenazaba Alarico: mas tarde aun hubo de fulminar Gregorio Magno anatemas contra los ídolos y contra los árboles profanos, que continuaban subsistiendo en Terracina (27), y fué necesario todo el celo de los papas para estirpar las ceremonias idólatras.

Conservároнse estas en la Cerdeña (28), en la Córcega, y en otras islas entre los aldeanos. Los concilios de Letran, de Arlés y de Nantes, reprueban el culto de los árboles y de las fuentes consagradas á los demonios é idolatradas para el vulgo. Prolongóse el culto druídico en la Tercera Lionense hasta fines del cuarto siglo, época en que los jefes de la nacion reunidos en asamblea, decretaron que cesase. En el siguiente siglo tuvo por defensor al archidruida Merlin, cuyas profecías llegaron á ser objeto de veneracion en las dos Bretañas, y celebradas posteriormente en los libros de caballeria. A mediados del sexto siglo tuvo que promulgar Childeberto un decreto contra las prácticas del paganismo en el reino de Paris (29). En el año 589 ordenaba á los sacerdotes, jueces y señores el tercer concilio de Toledo, buscar á los paganos y reprimirles severamente, porque este sacrilegio estaba muy divulgado en España y en la Narbonense (30). Todavia duraron más largo tiempo las prácticas idólatras en los valles de los Alpes y en las selvas de Germania, de tal suerte que hasta fines del octavo siglo fueron necesarios todo el celo de los nuevos apóstoles y las victorias de Carlo-Magno, para estirparlas.

Monges.—En una sociedad gangrenada por el ocio, por la corrupcion y por las desgracias, muchas personas abrazaban la vida monástica, para sustraerse de un mundo que no ocupaba su actividad, que repugnaba á su razon y acumulaba los padecimientos.

Este fervor en servir á Dios por Dios era consiguiente á vocaciones no impulsadas por cálculos ó por miras domésticas (31), como las que poblaron en tiempos posteriores los monasterios de almas hastiadas y medianas. San Gerónimo, que tenia mucho del Oriente por la vivacidad de su imaginacion y por el entusiasmo religioso, describia con violenta rectitud las escesivas austeridades de los monjes asiáticos. «Hay algunos, dice, que á consecuencia de la humedad de sus celdas, de inmoderados ayunos, del hastio de la soledad, y de lecturas sobrado asíduas..... caen en la hipocondria, y necesitan más del arte de Hipócrates que de nuestros consejos... He visto personas de uno y otro sexo, cuyo cerebro se habia alterado de resultas de la escesiva abstinencia, especialmente las que habitaban en celdas humedas y frias, hasta el punto de no saber que hacer, ni como portarse, ni qué decir ó callar.» (32) Pero así que se entibió el celo á la sombra de la paz, penetraron en ellos las pasiones humanas, y después de haber dejado el mundo para consagrarse á Dios, se abandonaba á Dios para volver al seno del mundo, intrigando y perturbando, hasta el punto de que los emperadores se vieran en el caso de prohibir que moraran en la ciudad los anacoretas.

Y clama en otra parte San Gerónimo contra su ambicion de este modo: «He visto individuos que, habiendo renunciado al siglo solamente en el nombre, no de hecho, en nada han cambiado su antiguo método de vida. En vez de disminuirse, se han aumentado sus riquezas: tienen la misma cohorte de esclavos é igual pompa en los festines: á veces comen en miserables platos de barro, y rodeados de numerosos enjambres de esclavos, hacen

---

Narbona, encontró allí veinte libros de evangelios dentro de una cajita de oro guarnecida de pedreria. Supónese que pertenecia á este ejemplar el fragmento de que hablamos. Hallábase depositado en la abadia de Werden en Westfalia, desde donde fué trasladado á Praga en tiempo de la guerra de los Treinta años. Encontróle el conde de Köningsmark en esta ciudad cuando se apoderó de ella, y se lo envió á Cristina, reina de Suecia. Siete años después lo llevó consigo Isaac Vossio desde Estocolmo á Holanda, aunque se ignora con que derecho. Comprólo Gabriel Magno, conde de la Guardia, y habiendo hecho que lo encuadernasen en plata maciza, se lo regaló á la universidad de Upsal en 1669. Permaneció inédito hasta que Zahn lo dió á la imprenta en 1825. Se halla en Wolfenbuttel otro fragmento que contiene la epístola á los romanos. En 1817 descubrió el cardenal Mai otros retazos en la biblioteca Ambrosiana *Fragmentos de la epístola á los romanos*, las otras epístolas de San Pablo, *Fragmentos de los cuatro evangelios* de Esdras y Nehemias, y han dado márgen al conde milanés Octavio Castiglione á ocuparse en trabajos preciosos. Milan, 1819-39.

(27) GREGORIO, *Ep. ad episcop. Terrac.*

(28) *Accidit quia ipsos rusticos quos habet ecclesia tua, nunc usque in infidelitate remanere, negligentia fraternitatis vestræ permisit.* GREG. Ep. ad Januarium, ep. calar.

(29) BOUQUET, tomo IV. *Childeb. const. de aboleudis reliquiis idolatr.*

(30) *Quoniam per omnem, Hispaniam, sive Galliam. (Narbonensem) idolatriæ sacrilegium inolevit.* Delec. Concilio. tomo II, 402.

(31) Véase pág. 277 y sigs.

(32) *Ad Rusticum, ep.* 95.—*Ad Demetrium, ep.* 97.

que se les llame solitarios... Huye tambien de aquellos á quienes veas cargados de cadenas, con barbas de chivo, manto negro, y con los pies descalzos á pesar del frio. Entran en la mansion de los nobles, engañan á pobres mujeres llenas de pecados, enseñan de contínuo, y no llegan á conocer la verdad nunca: fingen melancolia, é imponiéndose en apariencia largos ayunos, se indemnizan de noche con furtivos manjares.» (33)

En otro lugar se esplica en esta forma: «Vergüenza me da el decirlo: desde el fondo de nuestras celdas condenamos al mundo: envueltos en el saco y en la ceniza, juzgamos á los obispos. ¿Por qué este orgullo de rey bajo la túnica de un penitente?... Se insinua el orgullo en la soledad con facilidad suma; basta que alguno haya ayunado un poco, sin ver á nadie para que crea tener grande importancia, olvida quien es, de donde viene, á donde va, y ya su corazon y su lengua vagan por todas partes. En contradicion con la voluntad del Apóstol juzga á los siervos agenos, lleva la mano á donde le convida la glotoneria, duerme mucho, y juzga que todo le es inferior. Reside con más frecuencia en la ciudad que en su celda, se hace el modesto entre sus hermanos, á la par que en las plazas públicas va tropezando con todos los transeuntes.» (34).

Estas reconvenciones del más ferviente de los Padres nos dan á conocer que en Oriente los monges no eran ya para las personas piadosas objeto de un respeto tal que fuera suficiente á paliar sus estravios ó á hacer imitar ciegamente sus ejemplos. Ora á causa de los numerosos resíduos del paganismo, ora estuvieran menos dispuestos á la exaltacion ascética los espíritus positivos, es lo cierto que los monges fueron mal acogidos en Occidente; y omitiendo las groseras injurias que les dirigia en sus versos Rutilio Numaciano en Africa, y especialmente en Cartago, cuando se presentaba uno de aquellos hombres pálidos y rasurados, le abrumaba el pueblo con injurias y maldiciones (35). Habiendo muerto en Roma una jóven piadosa llamada Blesila, de resultas, segun se decia, de escesivos ayunos, clamaba el pueblo: «¿Cuando espulsareis de la ciudad esta detestable ralea de monges? ¿Por qué no hemos de apedrearlos? ¿Por qué no hemos de echarlos al rio?» (36)

Por tanto, cuando la vida monástica se introdujo tambien en nuestras comarcas, imitando en un todo al Oriente y yendo á instruirse de las austeridades de los cenobitas á los lugares en que los antiguos buscaban la sabiduria soberbia y misteriosa, hubo menos propensiones al aislamiento, á la contemplacion, al menosprecio de la sociedad, que á la vida comun en las oraciones; menos á la mortificacion y al silencio, que á la discusion, al estudio y á la actividad.

Se cree que San Atanasio fué el primero que introdujo los cenobitas en Roma hácia el año 390; pero Milan, Verona, Aquilea, pretenden haber poseido los primeros monasterios. Agustin los encontraba ya establecidos en Milan (37): Martin de Tours habitó personalmente uno de los conventos de esta ciudad (38): regresó enseguida á la Galia, donde fundó (370) la comunidad de Ligugé, cerca de Poitiers: luego el convento de Marmoutier (*Majus monasterium*), y disciplinó á los numerosos ermitaños diseminados en las grutas y entre las ruinas de los templos, á lo largo del Vienne y del Loira: mil de ellos asistieron á sus exequias. Casiano, que habia sido testigo de las austeridades de los monges de Oriente, se retiró á Provenza después de la muerte de Crisóstomo, y fundó dos monasterios en Marsella. Cuéntase que tenia bajo su direccion hasta cinco mil personas, entre hombres y vírgenes, y que á instancias de Castor, obispo de Apt, escribió la vida de todas ellas.

Pero el monasterio de Lerins (39) fué el más célebre de toda la Galia, habiéndolo fundado San Honorato hácia el año 410, después obispo de Arlés: allí iban á porfia las iglesias á buscar sus pastores, y salieron de allí entre otros muchos Salviano y San Patricio (40).

---

(33) *Ad Rusticum, ep.* 95.
(34) *Ad Eustochium, ep.* 18.
(35) Salviano, *De gub. Dei*, VIII, 4.
(36) San Gerónimo, *Ad Paulam, ep.* 22.

(37) *Confess.*, IV, 6.
(38) Sulpicio Sev. *Vita sancti Martini*, IV: *Mediolanum sibi monasterium statuit.* Y Paulino Petricordio, I.

...Constructa statuit requiescere cella
Heic ubi gaudentem nemoris vel palmitis umbris,
Italiam pingit pulcherrima Mediolanus.

(39) *Los monasterios de Lerins y de San Víctor, refugio entonces de la osadia del pensamiento.* Guizot, *Historia de la civilizacion en Francia*, leccion V.

(40) Aunque los monges difieren mucho en los nombres, en las reglas y en el vestido, pueden reducirse á cuatro familias principales.

I. La Regla de San Basilio, instituida por éste en 357, siendo papa Félix II. Fué la órden más antigua que reformó el estado monástico, eligiendo lo que habia de mejor en las reglas de los ermitaños Antonio, Hilarion, Pacomio y Macario. Se estendió tambien mucho en Italia, además de comprender á casi todos los monges griegos y orientales, y fué la más célebre en los primeros siglos.

Militaron en ella, además, los *armenios*, los cuales trasladados después á Italia, conservaron las ceremonias griegas, hasta que se creyó más conveniente agregarlos á los agustinos y á los dominicos. Un gran número de estos armenios habitaban en el Monte Negro, y habiéndolos lanzado de allí los turcos, se dirigieron á Génova, donde su principal monasterio fué el de San Bartolomé, lo que motivó quizá que se les llamase *bartolomitas*.

Tambien los carmelitas siguieron al principio esta regla.

II. La Regla de San Agustin, instituida por este hácia el año de 390, siendo papa Siricio. Comprendia dos órdenes, los *eremitas* y los *canónigos regulares*, subdivididos en muchas ramas. A los *canónigos lateranenses* se les cree oriundos de los primeros discípulos, y fueron colocados en San Juan de Letran por el papa Leon, hácia el año 450.

Hasta el siglo v no empezaron los monjes á tomar parte en las funciones sacerdotales, y se hicieron entonces ordenar sacerdotes, sin cambiar por eso de estado. Esta innovacion halló alguna oposicion en el concilio de Calcedonia (41), y Leon Magno se opuso claramente á ella (42). Pero los obispos conocieron muy en breve de cuanto provecho les seria aquella milicia fervorosa. Abriósele, pues, el santuario, y más tarde (787) el segundo concilio de Nicea atribuyó á los abades el derecho de conferir las órdenes menores en su convento.

Canónigos.—Al mismo tiempo que los monjes iban acercándose al clero, los eclesiásticos de muchas iglesias episcopales se congregaron, á imitacion de los monjes, bajo una regla uniforme, y recibieron el nombre de *canónigos*. Fueron introducidos por San Eusebio de Verceli, y por San Agustin. Posteriormente Crodegango, obispo de Metz, estableció, para su existencia en comunidad (650), reglas que fueron aceptadas por la mayor parte de los capítulos.

Monjas.—En los primeros tiempos empleó la

San Frigidiano, canónigo lateranense; creado obispo de Lucania, empezó allí otra rama hácia el año 556, titulada: *Congregacion de San Frigidiano de los canónigos lateranenses*. En 1115, Pedro de los Honestos, sacerdote de Rávena, por amor á una vida más austera, edificó cerca de aquella ciudad á Santa Maria del Puerto, con un monasterio, donde empezó la congregacion de los *portuenses*. En 1083, Adan, clérigo de Mortara, construyó la iglesia y el monasterio de Santa Cruz, y fundó los *canónigos regulares mortarenses*. La de los *canónigos regulares de San Jacobo de Cela Volana*, principió el año de 1000 en las diócesis de Comacchio. En 1140 los *canónigos regulares de Santa Maria de Crescenzago* fueron fundados por Oton de los Morbios, y florecieron después en el pontificado de Urbano III, milanés. En 1200 algunos escolares de Bolonia instituyeron la congregacion de los *canónigos regulares seculares*. Los *canónigos regulares mantuanos de San Márcos*, tuvieron orígen en 1194, el cual debieron á Alberto Espínola, piadoso sacerdote. Los de *San Cleto* se pretende que se remontan hasta el papa Cleto, sucesor de Lino. Los del *Espíritu Santo en Sajonia*, fueron fundados en Roma por Inocencio III, el año de 1198, para cuidar de un hospital de expósitos.

El órden de los *eremitas* no se sabe si principio por San Agustin ó por Guillermo, duque de Aquitania, ó por Juan Bono, natural de Mantua, ó por otros. Los *Juan bonitas* tomaron su nombre de este Juan Bono, que los estableció cerca de Cesena, poco antes del pontificado de Inocencio III: los del *beato Pedro de Pisa*, fueron instituidos por Pedro Gambacurta, junto á Cesena y Mombelo en 1380.

En la misma categoria están los *trinitarios* para la redencion de los prisioneros, fundados en 1199 por San Juan de Mata y San Felix de Valois: los *dominicos* ó *predicadores* por Santo Domingo en 1216 bajo el pontificado de Honorio III; los *siervos de Maria* en 1232, por siete nobles florentinos, los *siervos de Maria reformados*, por Felipe Benicio hácia el año 1267, los *jesuatos de San Gerónico* por Juan Colombino de Siena hácia el año 1363. *Los hermanos alexianos* era seglares, que sepultaban á los muertos desde 1309. La congregacion de los *clérigos hospitalarios*, fué instituida en Siena en 1300 por Agustin Novello, primeramente canciller del rey Manfredo, y después secretario de Bonifacio VIII.

Pertenecen tambien á esta regla muchas órdenes militares, como los caballeros del Santo Sepulcro, los de Malta y los teutónicos.

III. La Regla de San Benito fué instituida hácia el año 500, en el pontificado del papa Símaco. En 529 fundó San Benito la congregacion de los *especuenses ó casinenses ó benedictinos*, así llamados á causa de la cueva de Subiaco y de Monte Casino. Proceden de esta la congregacion *siciliana* establecida en 536 por San Plácido abad, con los primeros discípulos de San Benito; los *camaldulenses*, por San Romualdo, patricio de Rávena, en 1012, de los cuales se originaron los ermitaños de *Montecorona* y de *San Miguel de Murano*; los de *Monte-Carilo* en el Apenino Urbinato: las *damianitas*, así llamadas á causa del monasterio de San Damian en Asis; y las monjas del mismo valle; la congregacion *Cavense*, á que dió el nombre el monasterio construido en la Cava Metalicana, cerca de Salerno en 1050, por San Alferio abad; la congregacion de *Vallumbrosa* por San Juan Gualberto cerca de Florencia en 1060; la congregacion del *Monte Vírgen*, por San Guillermo de Verceli en 1121, llamado tambien del *Monte Virgiliano*, donde Virgilio tenia un huerto amenísimo, y donde se construyó posteriormente un monasterio con la iglesia bajo el título de la Beata Vírgen de Epoli, y que fué el único en el reino de Nápoles. El mismo en 1124 instituyó los *guillermitas*.

Los *humillados*, fundados en Milan, en 1196; la congregacion de los *florenses*, llamada así á causa de San Juan de Flor, su primera residencia fué instituida cerca de Cosenza en 1196 por el beato Joaquin, monge cistercense. La de *San Nicolás de Arena*, cerca de Catania, establecida en 1300. Los *celestinos*, denominados así por Pedro Morone, después papa en 1274. Los *olivetanos*, del Monte Olivete cerca de Siena, fundados por tres nobles de esta ciudad, en 1319.

Pertenecen además á esta regla las órdenes militares de los templarios de Calatrava, de Malta, etc.

IV. La Regla de San Francisco, llamada de los *hermanos menores*, fué instituida en 1208. Bajo ella militan todos los menores *franciscanos*, *observantes*, *descalzos*, *reformados*, dependientes de un solo general, y los *conventuales*, *terciarios* y *capuchinos*.

Tienen reglas propias: los *cartujos*, establecidos en la Cartuja de Grenoble por San Bruno, ciudadano de Colonia, en 1084: la congregacion de *San Gerónimo de Lobo de Olmeto*, bajo una regla tomada de los escritos de San Gerónimo, y que empezó en el pontificado de Martin V; los *carmelitas*, que empezaron en 1160 en tiempo de Alejandro III, en el monte Carmelo, debieron su regla á Alberto, patriarca de Jerusalen en 1209, la cual fué confirmada por Honorio III, en 1226.

Véase pricipalmente á Lucu Ferraris, *Biblioth.*, en la voz *Religiones regulares*.

En cuanto á los institutos y hábitos monásticos, pueden consultarse:

Bonnani.—*Catálogo de las órdenes religiosas*. Roma, 1706.

Heliot.—*Historia de las órdenes monásticas religiosas y militares*. Paris, 1721.

Lucæ Holstenii.—*Codex regularum*. Augsburgo, 1754.

Henrion.—*Historia de las órdenes religiosas*. Bruselas, 1838.

(41) *Cánon* III, 4.

(42) *Ep.* CXIX, 1, 6.

Iglesia á las diaconisas, esposas de los diáconos, ó mujeres de edad madura, en velar en las iglesias á la entrada reservada á las personas de su sexo, en desnudar á las que debian recibir el bautismo, asistir á las enfermas, velar á las muertas, y acabar de instruir á las bautizadas (43); pero no pertenecian á la gerarquia eclesiástica, puesto que no habian recibido la imposicion de las manos (44). No obstante ya en el siglo IV vivian muchas vírgenes en comunidad en casas particulares, y habiendo pasado este uso á Occidente, San Honorato instituyó en San Ciro, junto al Haveane, cerca de Marsella, la primera comunidad de mujeres en la Galia. San Cesareo, obispo de Arlés (—542) escribió una regla para las monjas (45), y Leon Magno prohibió darles el velo antes de que la edad de cuarenta años hubiera templado sus pasiones y hecho madurar su juicio.

(43) SAN IGNACIO, *ep.* 12.
(44) *Concilio de Nicea*, cánon 19.
(45) BOLLAND, en el 12 de Enero.

CAPÍTULO XIX

DISCIPLINA Y RITOS.

Regulada é introducida la gerarquia en la vida civil no era posible que la Iglesia conservara la pobreza apostólica, si bien perdió con esta mucho de su fervor primitivo, de su pureza y de su independencia. En un principio no vivia el clero más que de las ofrendas hechas al altar, dividiéndolas con los pobres. No pudieron tener jurídicamente las iglesias y las asociaciones religiosas bienes raices ni admitir mandas, sino á contar desde el reinado de Constantino. Este mismo emperador dotó con pingües rentas la basílica de los Santos Apóstoles (321): á otras muchas iglesias se dieron los bienes que habian servido antes para el culto pagano, y á otras una porcion de las tierras comunales; de suerte que no hubo catedral que no poseyese. Así como antiguamente no se hacia testamento sin dejar algun legado al emperador, del mismo modo los cristianos querian dejar á la Iglesia en testimonio de su piedad: eso era tambien una protesta contra la antigua creencia de que todas las cosas pertenecian al Estado, mientras que los cristianos consideraban como único dueño á Dios.

No siempre fué prudente la piedad particular, pues llegó hasta desheredar á parientes menesterosos para asegurarse las oraciones de las iglesias (1). Tan notable se hizo el abuso, que Valentiniano I prohibió al clero recibir mandas de las mujeres, y luego se vedó á los monjes y sacerdotes admitir herencias; lo cual indujo á San Gerónimo á decir que le afligia, no la cosa, sino que hubiera sido merecida. Clamaron á porfia contra tamaño abuso los Padres, y Crisóstomo, principalmente; y San Agustin rehusó muchos donativos hechos á su iglesia.

Cabiendo en lo posible que movidos de un sentimiento carnal, dejaran los eclesiásticos á sus deudos ó distrajeran á otros objetos los bienes recibidos para el servicio de la Iglesia, y verse obligada á nuevas donaciones la piedad, quitaron los emperadores á los sacerdotes el derecho de disponer por testamento de los bienes que habian adquirido. ¿Y qué resultó de esta medida? Resultó que las propiedades de los eclesiásticos se aumentaron ilimitadamente, en atencion á que recibian siempre sin que enagenaran nunca. Así tenia razon en decir el prefecto Pretextato: *Hacedme obispo de Roma y seré cristiano.*

Es verdad que estas riquezas eran un fondo de socorros para los pobres y que eran empleadas en erigir iglesias, en dar brillo á las ceremonias del culto, en proporcionar el sustento á los párrocos en paises pobres y distantes: posteriormente se hicieron los nombramientos de los sacerdotes y de los obispos más independientes de los seglares por no ser ya menester vivir de sus limosnas.

---

(1) Un pagano acérrimo y un cristiano piadoso, concuerdan sobre este punto. Zósimo llama á los monges personas poco útiles á la república que so pretesto de hacer vida comun con los pobres, reducen á muchas á la pobreza: οὔτε πρὸς πόλεμον, οὔτε πρὸς ἄλλην τινὰ χρείαν ἀναγκαίαν τῇ πολιτείᾳ, πλὴν ὅτι προϊόντες ὁδῷ μέχρι τοῦ νῦν ἐξ ἐκείνου τὸ πολὺ μέρος τῆς γῆς ᾠκειώσαντο, κροφάσει τοῦ μεταδιδόναι πάντων πτωχοῖς, πάντας ὡς εἰπεῖν πτωχοὺς καταστήσαντες. V, 23. Prudencio dice:

Successor exhæres gemit
Sanctis egens parentibus,
Hæc occuluntur abditis
Ecclesiarum in angulis,
Et summa pietas creditur
Nudare dulces liberos.
Peri Stephanon ,hymm. II, 76.

Así se disminuyó la intervencion de los seglares en los asuntos eclesiásticos, y se fué perdiendo la costumbre de solicitar su asentimiento para la ordenacion de los sacerdotes, aunque siempre se publicaran los nombres de los candidatos, para que se opusiesen los que supieran algun impedimento. Habiendo declarado el concilio de Nicea que se necesitaba de la presencia y del asentimiento de los demás prelados de la provincia para la validez de la eleccion de un obispo, su mayoria podia anular los nombramientos de las asambleas ordinarias; y el pueblo se alejó de ellas tan luego como se apercibió de que ya no le quedaba más que la apariencia del derecho (2).

No siempre era regular la eleccion de los obispos. Ya hemos visto de que manera fué obispo Pauliniano (pág 280). En la asamblea congregada en Milan para dar un sucesor á Auxencio, es nombrado obispo el gobernador Ambrosio que allí se presenta para mantener el órden. En Chalons, después de la muerte del obispo Pablo, se agitan las facciones para elegir al que ha de sucederle; y los dos obispos Paciente de Lion y Eufronio de Autun, cogen á un sacerdote poco conocido, si bien de una reputacion intacta, llamado Juan, y le ungen casi por sorpresa (3). Los habitantes de Bourges confian la eleccion de su obispo á Sidonio Apolinar.

Clero.—Al principio los sacerdotes y los obispos no vestian de distinto modo que los seglares; y tan cierto es esto que á veces se equivocaba á San Ambrosio con Sátiro su hermano, es decir, al obispo con el seglar (4). El vestido talar y la capa, que todavia conservan los sacerdotes, eran el traje comun de los filósofos y de los que no gastaban pompa. La única distincion fué cortarse el cabello, dejándose solo los latinos una corona y los griegos un mechon en forma de cruz (5). Para la celebracion de los ritos sagrados (6) hacian uso de una vestidura particular, es decir, de la casulla ó planeta, manto completamente redondo y cerrado, á escepcion de una abertura para la cabeza. Después adoptaron los eclesiásticos diverso traje, esto es, más adornado que el comun. Carlo-Magno en 793 ordenaba á los condes que trataran como seglares á los eclesiásticos á quienes encontraran con hábito de seglares. Sin embargo, el color negro no se hizo de regla hasta después del siglo décimotercio (7). Tambien fueron escluidos los eclesiásticos de ciertas profesiones, y luego de todas las ocupaciones seglares. Mas tarde se les obligó al celibato, ley antigua, que se hizo más rigurosa con el tiempo, y

---

(2) Sin embargo no inmediatamente. Con efecto vemos á algunos concejos ser partícipes en la eleccion en el siglo VI, y Justiniano mandó que los notables de la ciudad fueran consultados en este caso. *Novellæ*, CXXXVII, 2.

(3) Carta de Sidonio Apolinar, IV, 25.

(4) *In obitu Satyri oratio*, n.° 38. El papa Celestino, *ep.* 2.ª, nos asegura que no tenian traje particular ni aun los obispos. Véase pág. 283.

(5) El cuarto concilio de Cartago prohibe á los sacerdotes el dejarse crecer el cabello y afeitar su barba, pero este precepto fué poco observado. Dícese que la tonsura se deriva de los nazarenos, quienes se quemaban parte de los cabellos en muestra de devocion particular *(Concilio Aquisgr.* en tiempo de Ludovico Pio, c. I, ISIDORO de Sevilla, lib. I. *De off. eccl.* c. 4). Y en el capítulo XVIII de los *Actos de los Apóstoles,* se hace mencion de Priscila y Aquila que se habian cortado el cabello á consecuencia de un voto. Pero además de que los nazarenos, á semejanza de Sanson, gastaban larga cabellera, es difícil de creer que en tiempos de persecuciones se quisiera hacer alarde de una señal distintiva tan aparente.

(6) *Religio divina alterum habitum habet in ministerio, alterum in usu vitaque communi.* SAN GERÓNIMO, *in Ezech.*, c. 44. Landolfo el mayor *(Hist. mediol.* lib. II, 35), hablando del arzobispo Ariberto, dice que en su tiempo nadie se atrevia á entrar en el coro sin estar vestido con la toga blanca (el alba?) y sin tener cubierta la cabeza con el capuz de la muceta, esto es, de la sobrevesta roja que entonces los sacerdotes usaban. La muceta, manto que caia sobre la espalda, ó prendido al pecho, era llevado por los romanos sobre la túnica, al principio como vestido militar, después fué adoptado tambien por los ciudadanos para cubrirse del frio y de la lluvia, á cuyo objeto tenia una capucha. Sobre los vestidos sacerdotales véase *Annales archeolog.*, 1844, pág. 61; 1845, pág. 125.

(7) El concilio de Maguncia en 813 manda á un sacerdote que no coma nunca en público sino con la estola al cuello. Landolfo *(loc. cit.)* cuenta tambien que en tiempo de Ariberto ningun clérigo se atrevia á usar modas seglares en la muceta, en los vestidos ni en el calzado. El color negro no era muy usado por el clero de Lombardia; y Giulini en el año 1203, pone el testamento de un sacerdote que lega en herencia á varios individuos sus hábitos, de los cuales ninguno es negro, escepto el birrete. Sabemos, sin embargo, que los sacerdotes milaneses, cuando oficiaban, llevaban capa negra, y roja los canónigos ordinarios. En 1211 se prohibió al clero por un sínodo milanés, presentarse en público sin la capa ó el alba ú otro vestido redondo ó cerrado; fueron tambien prohibidos los zapatos con lazos, las mangas, las moscas (adornos que bajaban desde el cuello al pecho), las guarniciones en la vestidura y las capas con mangas; mandóse tambien que los ordenados llevasen vestidos redondos no abiertos, no vestidos amarillos ni verdes (¿y los de otro color?) ni pieles de gineta. Por el mismo pasaje sabemos que los clérigos recibian la tonsura en aquella iglesia ó altar cuyo título tenian. Tambien se prohiben á los monjes los banquetes, los dados, los juegos de azar, la caza, los perros, el tráfico, la usura, el tener compadres y comadres, el ir á los baños, el llevar birretes ú otras cosas en la cabeza, á no ser la cogulla. Un concilio provincial del siglo siguiente prohibió los hábitos rayados ó listados con cintas y botones de plata ó metal, y las capuchas de seglares. El concilio provincial milanés del año 1250 manda que los prelados lleven sobre la sotana un vestido cerrado, y no capas con mangas cuando estén fuera de la cátedra; y que no tengan frenos, ni sillas, ni espuelas, ni otra cosa dorada, plateada, azulada, ni clámides como los seglares, con pieles, ni tabardos abiertos ni cerrados, menos cuando tengan que cabalgar. Ultimamente se les prohibió que usasen paños verdes, mangas rojas, zapatos cosidos, cuellos abotonados, aunque se les dejó el uso de capas negras ó de otros colores oscuros. GIULINI *(ad annum)*. ¡Qué fácil es mandar y prohibir!

se adoptó casi generalmente. No queria el concilio de Calcedonia (451) que un solo eclesiástico poseyera muchos beneficios, para emplear aquí una espresion introducida ulteriormente.

A principios del siglo V se vanagloriaba Roma de poseer veinte y cuatro iglesias y setenta y seis sacerdotes, ¡tan poco numeroso era el clero! De aquí la estremada precaucion para que nadie se hiciera ordenar fuera de su diócesis, para que ningun sacerdote abandonara la suya, ni viajara sin licencia del ordinario *(litteræ dimissoriæ)*; el antedicho concilio de Calcedonia declaró sacrílego á todo el que saliera de la milicia sagrada después del voto, á lo cual añadió Justiniano la confiscacion de bienes en provecho de la iglesia abandonada.

Parroquias.—Al cesar los corepíscopos, se nombró un sacerdote perteneciente al clero episcopal para que cuidase de los habitantes del campo; unían se varias aldeas bajo una iglesia llamada *título*, los miembros se llamaban plebe (λαὸς) y plebanos los párrocos *(curiones)* á quienes los obispos dejaban las oblaciones de cada iglesia, cuidando de que no aumentasen esta contribucion ni distrajesen su importe (8). No habia en la ciudad más que una sola iglesia para decir misa, y cuando la afluencia de gente era muy extremada, se celebraban dos, pero hubiera sido considerado cismático el clérigo que hubiese formado una reunion de fieles separada del obispo. Roma, Alejandria y quizá alguna otra gran ciudad tenian muchas parroquias, pero los sacerdotes de éstas no consagraban, y solo administraban la Eucaristía consagrada por el obispo. Cuando en las ciudades episcopales se tuvieron que fundar parroquias, las iglesias quedaron divididas en catedrales y parroquiales. Los plebanos no excomulgaban ni absolvian, era privilegio de los obispos el consagrar el pan y el vino; pero la incomodidad que causaba el tener que mandar á todas las parroquias el pan y el vino consagrado, hizo que se extendiera esta facultad á los plebanos, que por último administraron tambien otros sacramentos, excepto el órden, el bautismo y la absolucion en algunos casos. El párroco extendió su potestad á todos los intereses espirituales de la Iglesia; y siendo su institucion de derecho divino, no podian ser privados de su cargo sino por sentencia judicial.

El nombre de arcipreste se halla por primera vez en San Gerónimo; y por lo comun era el más anciano quien desempeñaba este cargo y ejercia las funciones de vicario general. Los archidiáconos eran el brazo derecho del obispo; administraban los bienes de la Iglesia, distribuian las limosnas, y presentaban á los ordenandos. El defensor en la Iglesia griega, sacerdote ó seglar, debia defender á los eclesiásticos en los tribunales civiles. La Iglesia latina en el siglo IV tenia diáconos, subdiáconos, acólitos, lectores, exorcistas y hostiarios; la griega hipodiáconos, lectores, cantores, exorcistas, hostiarios, hermenéuticos y sepultureros (véase la página 276).

Jurisdiccion eclesiástica. — Arreglada de este modo la gerarquia, se determinaron los deberes y los honores inherentes á cada dignidad, así como la jurisdiccion gradual. Teniendo los papas su autoridad de Dios no eran susceptibles de reprensiones: sin embargo algunos concilios pretendieron censurarles, como podian hacerlo los concilios ecuménicos con los patriarcas, y los concilios nacionales y provinciales con los obispos. Reunidos los padres en Cartago rogaron al papa Celestino I que no admitiera á la comunion á los obispos que habian sido escluidos por ellos, diciendo que el sínodo de Nicea habia remitido al concilio provincial las causas de los obispos y de los sacerdotes.

Obispos.—Parece que al principio no habia diferencia entre los obispos, ni dependian más que de la sede romana. Pero habiendo las persecuciones demostrado la necesidad de estrechar los vínculos de la sociedad externa, se agregaron las comunidades del campo á las de las ciudades, y se formaron las diócesis. Los corepíscopos desaparecieron, habiendo mandado el concilio de Laodicea (366?) que no se diesen sucesores á los que muriesen, y que los existentes dependiesen de los diocesanos. De este modo se concentraba en estos la autoridad; pero en compensacion fueron obligados á la residencia por el concilio de Antioquia (341), y por el de Sardis (347) á no poder ausentarse por más de tres semanas. Debian además visitar las diócesis, en lo cual se unia el interés de las almas al material, porque visitando las iglesias del campo recogian las oblaciones depositadas durante el año. Comparándose después el obispado á un matrimonio, se le aplicó la ley del divorcio, prohibiéndose la traslacion de una iglesia á otra, cuando no lo exigiese el bien universal (9); recurso de que se echó mano á fin de quitar las disensiones y la ambicion de obtener mejores puestos.

Para aumentar la fuerza con la union, los obispos de las diferentes iglesias se unian al de la ciudad más ilustre por sus mártires ó por fundaciones apostólicas, el cual se intitulaba metropolitano ó arzobispo (10), y se distinguia con el palio, que era

(8) Los antiguos llamaban párrocos al que proveia de sal y leña á los legados de los romanos en las provincias, de παρέχω, *præbeo:*

Proxima campano ponti quæ villula tectum
Præbuit et parochi quæ debent ligna salemque.
HORACIO, *Sat.* V, 1.

Quizá fueron llamados párrocos los cristianos destinados por los obispos á suministrar á la plebe lo necesario.

(9) La traslacion voluntaria prohibida, se llamaba *metábasis*, la permitida, *metátesis*.

(10) El cánon 9 del concilio de Antioquia del año 264 dice: *Per singulas regiones convenit episcopos nosse, metropolitanum episcopum sollicitudinem totius provinciæ gerere.*

una estola estrecha, que caia sobre el pecho y la espalda. No les excedia en autoridad espiritual, pero convocaba á concilio á los obispos de la provincia, que por esto se llamaban sufragáneos; les consagraba antes que empezasen á ejercer sus funciones, revisaba sus decisiones y vigilaba por la conservacion de la fe y de la disciplina en toda la provincia (11). Obedecian al metropolitano de Roma los obispos de las diez provincias suburbicarias; al de Alejandria los obispos de Libia y de Egipto; al de Antioquia los de Oriente; y al de Efeso los del Asia Menor: y el esplendor de la ciudad en que tenian su sede se reflejaba sobre estos prelados.

Al morir un obispo, el metropolitano designaba un sacerdote para administrar la diócesis en sede vacante, el cual fijaba un dia en que se reuniesen los otros obispos. En presencia de éstos el clero proponia, y la asamblea de los decuriones y del pueblo elegia el sucesor; pues la Iglesia conservó las elecciones populares al mismo tiempo que se perdian en todo el mundo. El nombramiento, sin embargo, no era legal hasta que lo aprobaban los sufragáneos de la provincia, y lo confirmaba el metropolitano. La autoridad temporal no se mezcló en las elecciones sino posteriormente y en las ciudades en que residia el príncipe.

Por lo general, el obispo, era elegido entre los seglares ó sacerdotes, bautizados y educados en la misma iglesia, de modo que conociese á sus ovejas y éstas á él. No debia haber tenido más de una mujer; y debia gozar fama de honrado, de modelo de padre de familia, y de hombre sin mancha aun entre los paganos. No se miraba para nada la condicion, si no la necesidad particular; procurando todos elegir un varon docto y elocuente para las ciudades, sencillo y afable para el campo, y hasta guerrero para las diócesis que tenian necesidad de defensa; de edad ya madura por lo general, y algunas veces probado con el martirio. El IV concilio de Cartago determinó las cualidades necesarias para ser obispo. Este debia ser por naturaleza prudente, dócil y de moderadas costumbres; casto de vida, sobrio y atento á sus negocios; humilde, afable, misericordioso, instruido en letras y en la ley de Dios, práctico en el sentido de las Escrituras, ducho en los dogmas eclesiásticos, y principalmente en explicar la fe con palabras claras y sencillas (12).

Muchos se eximian de esta carga, diciendo que eran indignos; se ocultaban en los desiertos para evitar su nombramiento, y hasta morian de temor. Geres, pequeña ciudad de Egipto, á siete millas de Pelusio, nombró obispo á Nilammon, que vivia en una celdilla cuya puerta habia tapiado. Resistíase éste á todas las súplicas, y habiendo ido en persona á instarle Teófilo, obispo de Alejandria, le respondió: *Mañana, padre mio, haré lo que querais.* Volvió al dia siguiente y Nilammon le respondió desde el fondo de su gruta: *Oremos primero.* Estuvieron orando todo el dia, y por la noche llaman á la ermita y no responde: quitan las piedras y le encuentran muerto.

El principal cuidado de los obispos era destruir las reliquias del paganismo, y conservar la fe libre de las herejias: pero la condicion de aquellos miserables tiempos les obligó á tomar sobre sí el peso de que huian las debilitadas autoridades temporales. El obispo entonces llegó á serlo todo: bautizaba, confesaba, imponia penitencias públicas y privadas, fulminaba y levantaba la excomunion; visitaba enfermos; hacia sufragios por los muertos; rescataba prisioneros, alimentaba pobres, viudas y huérfanos; fundaba hospicios y hospitales; administraba los bienes de su clero; hacia de árbitro y de juez de paz; publicaba tratados de moral, de disciplina y de teologia; sostenia controversias con los herejes y filósofos; estudiaba las ciencias y la historia; respondia á las consultas de otros obispos, de iglesias, de monges y de particulares; asistia á los concilios, recibia embajadas, iba á calmar á los bárbaros ó á los usurpadores; reunia, por último, en sus manos el poder filosófico, político y religioso.

No pudiendo Constantino cambiar el antiguo órden de cosas por medio de las leyes, acudió tambien á la persuasion, aumentando la autoridad de los obispos como sostenes de los débiles y árbitros de las diferencias; y así principió la jurisdiccion eclesiástica. La veneracion al clero daba á éste una influencia natural sobre el pueblo, de modo que los obispos empleaban todo el dia en decidir disputas; y hasta los paganos recurrian á sus decisiones. Las sentencias de los obispos, libres de las fórmulas jurídicas, restablecian el derecho sobre las bases de la razon y la equidad, teniendo más en cuenta la buena fe que la estricta palabra, más los preceptos religiosos y morales que los civiles, y extinguiendo el espíritu contencioso con la caridad y la verdad. El obispo, como patrono de los débiles, se interponia entre el señor y el esclavo, entre el padre y el hijo, corrigiendo

---

(11) La edicion árabe del concilio de Nicea, en el cánon 39, nos ha conservado esta noticia importante de la gerarquia, á lo ménos en Oriente. *Consideret patriarcha quæ archiepiscopi et episcopi ejus in provinciis suis faciant; et si quid reperiat secus quam oporteat factum, mutet et disponat ut sibi videbitur, siquidem ipse est pater omnium. Et quamvis est archiepiscopus in episcopos tamquam frater major qui curam habet fratrum suorum, et ei debent obedientiam quia præest, est tamen patriarcha loco patris, sub cujus dominatu ac potestate sunt filii ejus.*

(12) *Qui episcopus ordinandus est, antea examinetur si natura, si prudens, si docibilis, si moribus temperatus, si vita castus, si sobrius, si semper suis negotiis cavens, si humilis, si affabilis, si misericors, si litteratus, si in lege Domini instructus, si in Scripturarum sensibus cautus, si in dogmatibus ecclesiasticis exercitatus, et ante omnia, si fidei documenta verbis simplicibus asserat.*

las iniquidades legales (13). Estando los gobiernos municipales abandonados por los decuriones, los tomaban los obispos y los sacerdotes, como que se hallaban donde era necesario vigilar, dirigir y confortar. La autoridad temporal que tenian no era, pues, una usurpacion; no la habian pedido, no fueron destinados á ella: se presentó la necesidad, y se hallaron prontos, porque la preponderancia moral les daba el legítimo uso del poder, porque el cristianismo les daba no solo el derecho de hacer todo lo que convenia al hombre, sino tambien los medios de llevarlo á cabo.

Ya hemos admirado á los Santos Ambrosio, Juan Crisóstomo y Agustin. Teodorico I, visigodo, después de haber sido rechazado de Narbona envió á San Oriente, obispo de Auch, á pedir la paz. Germano, obispo de Auxerre marchó á Arlés para tratar de aliviar las desgracias públicas. Hilario de Lerin, á pesar de ser obispo de Arlés, continuaba haciendo vida de pobre; en la ciudad recibia por la mañana á todo el que se le presentaba; y el resto del dia trabajaba con sus propias manos en hacer cíngulos, al mismo tiempo que dictaba, leia, oia ó hablaba: fabricaba iglesias con mármoles que quitaba de los anfiteatros, vendia los vasos sagrados si era necesario para socorrer á los pobres y redimir cautivos; los dias de ayuno predicaba hasta cuatro horas, escuchaba la confesion de los penitentes, y evitaba ó reparaba los males de la viciosa administracion. Viendo entrar una vez en la iglesia con sus oficiales al prefecto, que habia sido reconvenido por él varias veces, se dirigió á él en el sermon diciendo que no era digno de escuchar la divina palabra, después de haber despreciado sus consejos.

Fuero eclesiástico.—Como censores naturales debian conservar los obispos la pureza de las costumbres y corregirlas con arreglo á una jurisprudencia canónica que no establecia distincion alguna entre las personas. Hasta conservaron bajo el despotismo el importantísimo privilegio de ser juzgados por sus iguales: al mismo tiempo juzgaban ellos á los eclesiásticos, quienes por este medio se veian libres del escándalo de un proceso público. Una ley positiva intimó á los magistrados que ejecutaran las decisiones de los obispos (14); pero en algunas iglesias era permitido á los sacerdotes entablar apelacion ante los concilios provinciales (15).

En el órden temporal temerosos los cristianos de la parcialidad de los jueces enemigos de su fe, y huyendo de las fórmulas paganas en los procesos, intentaron en un principio emanciparse de los tribunales ordinarios. De consiguiente, como en una sociedad de hermanos, sometian sus diferencias á los obispos y á los ancianos. De aquí resultó una jurisdiccion arbitral y voluntaria, á la cual Constantino prestó apoyo con sus decretos. Cuando se hicieron cristianos los emperadores, no hubo ya motivo para segregar del fuero secular á los cristianos litigantes. Solamente lo prohibió la Iglesia á sus ministros (16), á quienes Constantino otorgó un fuero diferente para los asuntos civiles, privilegio que Justiniano hizo estensivo á sus procesos con los seglares, salvo siempre el derecho de

---

(13) San Juan Crisóstomo en su admirable oracion *Sobre la dignidad del sacerdocio*, espone todas las cargas que correspondian á un sacerdote y especialmente á un obispo. Hablando de esto dice: «La parte relativa á juzgar está llena de infinitas molestias y gran trabajo, y de tales dificultades, que ni aun los jueces seglares pueden soportarlas. Porque es muy difícil conocer lo justo, y conocido no violarlo. No solamente hay en esto trabajo y dificultad, sino que hay tambien no poco peligro, pues algunos de los más débiles metidos en litigios, por no tener quien los patrocinase, han naufragado en la fe. Muchos que han sufrido una injuria, odian á los que no les ayudan, igualmente que aquellos de quien la han recibido; ni quieren tener en cuenta el desórden de las cosas, ni la dificultad de los tiempos, ni los límites de la potestad sacerdotal, ni nada semejante; son jueces incapaces de perdon, ni comprenden más defensa que el que les libren de los males que los oprimen; y el que no puede librarlos, aunque presente mil razones, no evitará el ser condenado por ellos. Y ya que he hecho mencion del patrocinio, no te ocultaré otro motivo de acusacion. Si el obispo no visita las casas todos los dias más que los que frecuentan la plaza, en seguida le cercan disgustos indecibles. No solo quieren ser visitados los que están enfermos, sino los sanos; y no son inducidos á esto por motivos de religion, sino, la mayor parte, porque pretenden este honor y dignidad. Y si sucede que el obispo, por cualquier necesidad urgente en provecho comun de la Iglesia, ve con más frecuencia á alguno de los más ricos y poderosos, se le reputa adulador.

¿Y qué diré de los patrocinios y de las visitas? solamente por saludarle se le suscitan tan gran número de quejas, que el obispo, agobiado muchas veces, se abate de tristeza. Tiene que dar cuenta además hasta de sus miradas; porque el vulgo examina sutilmente sus acciones más sencillas, considera el tono de su voz, el aspecto de su rostro, y la cantidad de la risa. Y alguno dice: ha puesto buena cara á fulano, y le ha saludado con aire contento y en alta voz; y á mi me saluda muy bajo y solo por cortesia. Y sí, estando muchos sentados y el obispo hablando no dirije alrededor y por todas partes sus miradas, dicen los demás que esto es un ultraje. ¿Quién, pues, que no tenga un espíritu muy grande, podrá resistir á tantos acusadores, ó no ser acusado en ninguna cosa ó culpado por librarse de la acusacion? Porque es preciso no tener acusadores; y si esto es imposible, conviene purgarse de sus acusaciones. Pero si esto no es fácil, y si algunos que gozan en culpar, solo por decir mal y sin otro motivo, no hay más remedio que mantenerse fuerte generosamente contra la miseria de sus quejas.

(14) *Cod. Teod.*, IX, 45, l. IV.

(15) El tercer concilio de Cartago, cánon 9: *Ut clerici publica judicia non appellent... cum privatorum Christianorum causas Apostolus ad Ecclesiam deferri, atque ibi determinari præcipiat.* En 425 Teodosio II y Valentiniano III promulgaron la ley siguiente: *Clericos episcopali audientiæ reservamus... fas enim non est ut divini ministri temporalium potestatum subdantur arbitrio.* Justiniano dió fuerza de ley á los cánones eclesiásticos. *Nov.* CXLI.

(16) Concilio de Vaison, el 442.

apelacion á los tribunales ordinarios. ¿Era arbitral ó coercitiva la jurisdiccion de los obispos? Demostraron los emperadores entenderla en el primer sentido (17), y Justiniano sometió la sentencia del obispo á la aprobacion del juez público; pero habiendo caido en Occidente la antigua organizacion judicial con la llegada de los bárbaros, la jurisdiccion episcopal tuvo escesivo ensanche.

Atraia á su seno el tribunal eclesiástico las causas de los seglares en tres casos. Primeramente, cuando las partes se remitian á su arbitraje: entonces la sentencia adquiria fuerza de cosa juzgada, segun el edicto de Constantino.

En segundo lugar, pudiendo la Iglesia, como sociedad particular, censurar las costumbres de sus miembros, adquirió la jurisdiccion correccional sobre los delitos llamados secretos; y fueron de su competencia el sortilegio, el maleficio, la blasfemia y el perjurio.

Por último, el tribunal del obisqo entendia en las causas llamadas eclesiásticas, especialmente en lo relativo al matrimonio y á los testamentos. No considerándose el primero únicamente como un contrato civil, sino más bien como un acto religioso, un sacramento, natural parecia que el clero reclamase las disensiones que de él resultaran, así como las causas de adulterio, de concubinato, de fornicacion, de rapto y otras semejantes. Por lo que hace á los testamentos no sabremos decir con qué título se consideraron como propios de la competencia eclesiástica, á menos que fuera porque entonces eran depositados en las iglesias como en tiempos precedentes lo habian sido en manos de las vestales.

Asilos.—Transfirióse á las iglesias del Dios vivo el derecho que los templos y los bosques sagrados de la idolatria habian tenido de protejer á los delincuentes. Prohibió el emperador Leon que fuera arrancado nadie de aquel asilo, y no quiso que se molestara á los obispos porque hubiesen prestado amparo á los deudores, si bien ordenó que se notificara á estos últimos la sentencia, á fin de que nombraran un procurador, y de no hacerlo, que se procediera al embargo y venta de sus bienes, muebles ó inmuebles, con arreglo á la ley. No habia de incluirse todo lo que hubiera podido ocultarse en la casa de un eclesiástico ó en el recinto de la iglesia. Tambien debian restituirse los esclavos con cuanto hubieran llevado consigo, bajo el juramento que prestaba el amo de no castigarles más allá de lo que la humanidad prescribe.

Ingerencia imperial.—En los primeros tiempos de su introduccion en la sociedad se vió obligada la Iglesia á reclamar el apoyo del gobierno para hacer ejecutar sus órdenes, en razon de que no tenia reglas, instituciones, ni costumbre de gobernar. Cuando fué abolido el politeismo entró por sí misma en el Estado, y se halló envuelta en sus lazos: conservaron en ella los emperadores el título de sumos pontífices hasta Graciano, y en calidad de tales avocaron á sí muchos de los derechos ejercidos precedentemente por las iglesias, como sociedades no autorizadas. De consiguiente, la Iglesia parecia subordinada fuera, aun siendo dentro en un todo independiente. No habiendo cosa en que el emperador no interviniera, se requeria siempre su asentimiento: por sus órdenes ó por sus recomendaciones, tenia que dirigir á los obispos y confirmarlos, convocar los concilios, y asistir á ellos, hasta resolver las materias tratadas en ellos, y ordenar la ejecucion de los decretos, lo cual prueba que, aun cuando se habian convertido á la fé los príncipes, seguia el gobierno siendo pagano. Sin embargo, en el fondo este asentimiento, esta confirmacion, no hacian más que atestiguar la fuerza adquirida por la Iglesia, sus conquistas más bien que su dependencia; la sancion que daban los emperadores á los decretos de los concilios no se referia más que á su contenido, puesto que los cánones, como inspirados por el Espíritu Santo, tenian fuerza de ley para los cristianos, aunque no fueran súbditos del imperio. Cuando aconteció á los césares querer dictar reglamentos eclesiásticos y deci-

---

(17) Véanse los edictos de Honorio, de Valentiniano III, de Justiniano, en los años 398, 428 y 541. Hállase en el *Cod. Just.* lib. I, tit. 4 de *De episcopalis audientia*, lib. 26, lo siguiente:

«Acerca de los negocios anuales de la ciudad, ora se trate de sus rentas ordinarias, ó de los fondos procedentes de sus bienes, de mandas ó de otro orígen cualquiera; ora de trabajos públicos, de almacenes de víveres, ó de acueductos, ó del sostenimiento de los baños, de puertos; ó de construccion de murallas, de torres; ó de reparacion de puentes y caminos; ó de procesos en que la ciudad se halle empeñada por un interés de cualquiera especie, público ó privado, ordenamos lo que sigue: El piadosísimo obispo y tres personas escogidas entre las principales de la ciudad, se congregarán y examinarán cada año los trabajos hechos. Cuidarán de que los que los dirigen ó han dirigido, los midan exactamente, den cuenta de ellos, y demuestren que han llenado sus compromisos en la administracion, ora de los monumentos públicos ora de las sumas destinadas á los víveres y á los baños, ora de todo lo que se gasta para el sostenimiento de los caminos ó acueductos, ó para otro cualquier objeto.»

Idem lib. 30. «Tocante á la tutela de los pupilos de la primera y de la segunda edad y de todos aquellos á quienes la ley da curadores, si su fortuna no asciende á más de quinientos aureos, ordenamos que no se espere el nombramiento hecho por el presidente de la provincia, lo cual ocasionaria cuantiosos gastos, y mucho más todavia si no reside en la misma ciudad donde conviene proveer á la curaduria. Entonces el nombramiento de los curadores ó tutores deberá hacerse por el magistrado de la ciudad..... de acuerdo con el piadosísimo obispo y con otras personas revestidas de cargos públicos, si la ciudad tiene más de una.»

Idem lib. I, tít. 55, *De defensoribus*, l. 8. «Queremos que los abogados de la ciudad, bien instruidos en los santos misterios de la fe ortodoxa, sean escogidos é instituidos por los venerables obispos, por el clero, por los notables, propietarios y curiales. En cuanto á la transmision del oficio se proveerá á ella por el glorioso poder del prefecto del pretorio, á fin de que puedan adquirir seguridad y vigor con las letras de admision de su magnificencia.»

siones en materias de fé, como fueron el *Henoticon* de Zenon, y el *Tipo* de Constante II, la Iglesia protestó.

Además, á medida que el poder temporal caia en la impotencia, la autoridad eclesiástica crecia y se consolidaba, porque si la Iglesia de Oriente no olvidó nunca las fórmulas de sumision respecto de los Césares, ni aspiró á la soberania, la de Occidente rechazó todo acto de servilismo desprendiéndose del imperio, y quedando sola en pié en medio de la general ruina, siendo la única que tenia probabilidades de duracion en la decadencia sucesiva de todas las demás instituciones, sustituyó á las viejas ideas paganas la ciencia y la caridad: redobló sus esfuerzos para luchar contra la barbarie y fomentar los fuertes sentimientos de los pueblos nuevos.

En esta conquista del poder no hacia más que realizarse el fenómeno que se advierte en toda asociacion grande ó pequeña; la superioridad del más capaz. ¿Cómo no habia de ceder el puesto á una sociedad en toda la lozanía de su juventud, con fuertes convicciones, y cuya actividad operaba en la vida entera, la sociedad romana que se disolvia por todas partes en su decrepitud prolongada, á consecuencia de su egoismo, de la contradiccion de las ideas y de las doctrinas? Por otra parte, ¿cómo no habia de doblegarse á un poder constituido, superior á la fuerza de las armas, y que al mismo tiempo que empujaba á la civilizacion, prometia en la eternidad recompensas y castigos, una raza bárbara, agrupada sin gobierno, sin leyes, sin costumbres, sin cultura ni creencia?

Variedad de la disciplina.—Mantenian la unidad de creencias los concilios enmedio de la variedad de usos, de naciones, de idiomas, y á la par que conservaban intacto el dogma, regulaban la disciplina segun los tiempos y los lugares.

Bautismo.—Segun el uso del Precursor, se bautizaba á los primeros fieles á orillas de los rios. Posteriormente se levantaron baptisterios á las inmediaciones del agua, cerca de las iglesias parroquiales, á las que se unian á veces por medio de pórticos, como se ve en Aquilea (18). Uno solo bastaba para cada diócesis. Aun se enseña en Roma en las ruinas de la casa Prisca, donde se cree que habitó San Pedro, un capitel ahuecado, en que supone la tradicion que administraba el bautismo, con el agua que de allí brotaba y estuvo consagrada en un principio al dios Fauno. Añádese que conferia tambien este sacramento en una catacumba de la via Salara, y en la que fué posteriormente sepultado, cerca del lugar llamado *Fons Sancti Preti.* Constantino mandó erigir junto á la Iglesia construida en su palacio de Letran, el baptisterio que todavia existe y en que se ven muchas hileras de columnas de pórfido ó mármol, y fragmentos de antiguos edificios, juntos sin unidad de estilo y sin proporciones. En medio se abre una pila á la cual se baja por algunos escalones de planta octógona, como el edificio, al cual precede un pórtico en que aguardaban los neófitos. Créese generalmente que aquel era el baño particular del soberano del imperio. Ha sido restaurado repetidas veces, y está reservado para los bautizos solemnes administrados por el papa.

Tambien fueron destinadas á este uso las termas públicas de Novato, hermano de Santa Práxedes y de Santa Prudenciana, así como el baño del senador Pudente, su padre, y el de Santa Cecilia, encerrado actualmente en la magnífica iglesia de este nombre.

Con frecuencia era octógona la figura del baptisterio; á veces tambien cuadrada, redonda ó en cruz, con galerias altas, y una capilla con la imágen de San Juan Bautista, ó de San Pedro bautizando á Cornelio, ú otra propia del sitio. En medio se hallaba la pila, á la cual se bajaba comunmente por siete escalones, indicando los siete dones del Espíritu Santo, y se conducia allí el agua de las piscinas, lo cual hacia creer al vulgo que se llenaba milagrosamente. Leon III reedificó el baptisterio de San Andrés, de figura octógona, y con la fuente rodeada de columnas de pórfido: en medio se elevaba un cordero de plata, que echaba agua. A veces consistian las fuentes en una pila aislada, y apoyada en leones, columnas ó símbolos de los evangelistas. Habia en lo interior una graderia, sobre la cual se sentaban ó se arrodillaban los que pedian el bautismo. Estaban decentemente desnudos, segun el uso continuado hasta el año 1140 (19). Habia diaconisas instituidas para las mujeres, las cuales tenian otros baptisterios.

Como se hacia esta ceremonia solo en Pascua y Pentecostés, debian ser muy capaces los baptisterios; en el de Santa Sofia de Constantinopla se reunió un concilio; algunos han creido que el de San Juan en Florencia fué templo de Marte, pero la discordancia de sus diferentes partes hace creer que fué construido en tiempo del bajo imperio. En la Edad Media se construyeron otros de la misma forma que los primeros, entre los cuales se distinguen el de Pisa, de figura circular, el de San

---

(18) CIAMPINI, *De sacris ædificiis a Constantino Magno constructis.* MARTINELLI, *Roma ex ethnica sacra.* SEVERANO, *Memorias sagradas de la iglesia de Roma.* ALLEGRANZA, *De la fuente bautismal de Chiavenna.*

Para lo referente al bautismo de Constantino, véase una memoria de A. L. Frothingham en los *Actos de los Lincei,* 1883, tomo VII.

Además de Cusano, Zeno, Valla, el cardenal Polo y los grandes historiadores, véanse KUNADUS D. AND. *Constantinus Magnus Evangel.* 1664.

FUHRMANN MATHIA—*H. sacra de baptismo Constantini... complectens verum ac unicum Magni hujus imperatoris baptismum rom.* Roma, 1742.

DOELLINGER.—*Die Pabst-Fabeln in Mittelalbers.* Munich, 1863.

(19) CASAL, *De vet. christ. ritibus,* pág. 43.

Juan de Parma de ocho lados por fuera y diez y seis por dentro, principiado el año 1196 por Benedicto Antelmani, y concluido hácia el año 1260; el dodecágono de Canosa; el de San Juan de la Fuente en Verona octógono lo mismo que los de Cremona, Volterra, Pistoya y Florencia.

Catecúmeno.—Tenia que someterse el catecúmeno á grandes pruebas. Después de haberse mudado el nombre, de haber observado la continencia conyugal, el ayuno cuaresmal y otras abstinencias, era exorcisado y examinado siete veces sobre la fe; después se descalzaba, hacia su profesion, explicaba el símbolo (20), cantaba el Padre nuestro, y era declarado apto. El domingo de Ramos y el jueves Santo le lavaban los piés, y el sábado el obispo en ayunas y vestido de blanco le bautizaba públicamente. El neófito, después de haberse lavado en un baño comun, abjuraba de sus errores, y volviéndose hácia el Occidente renunciaba á lo que muere con los pecados, y volviéndose luego hácia el Oriente prometia seguir al sol de justicia (21).

Ungíasele después el pecho y los hombros, profesaba su creencia, y entraba luego en el agua. Entonces los ministros con vestiduras blancas le sumergian tres veces la cabeza, y el obispo le echaba encima el agua con la fórmula ritual y después le besaba; otro sacerdote le ungia la cabeza con el óleo sagrado (22): le ponia el velo blanco, y á veces le coronaba de flores, mirto ó palma, y después le lavaba los piés, que algunos neófitos llevaban desnudos durante ocho dias (23). El neófito recibia después del obispo una vela, tomaba el cuerpo y la sangre de Jesucristo, y los niños solamente la sangre: después bebia leche y miel ó vino y miel, y le daban diez silícuas (24). Recitábase el principio del evangelio de San Juan y el notario registraba el nombre del neófito. A todo esto asistian los padrinos que garantizaban la fe y la conducta del neófito, que se ven ya en el siglo III y que á veces eran muchos para uno solo y otras uno solo para muchos. Las vírgenes tenian en la fuente bautismal á los huérfanos adoptados por ellas. El bautizado se apartaba durante ocho dias de las diversiones y de las conversaciones, asistia á la misa, al sermon, á la comunion y llevaban una banda en la frente para proteger el oleo santo (25): cuando pasaba este tiempo, se quitaba la túnica blanca, volvia á ponerse calzado y recibia la bendicion.

Al renacimiento espiritual seguia la comunicacion del Espíritu Santo por medio del óleo santo que se conferia imponiendo el obispo las manos, y ungiendo con el óleo consagrado. En caso de necesidad podia tambien confirmar el simple sacerdote.

Eucaristia.—El *pan cuotidiano* de la oracion dominical se entendia por el eucarístico, el cual por esta razon se tomaba todos los dias, ó á lo ménos cuantas veces se celebraba el sacrificio. Habiéndose enfriado el celo de los fieles se condenó al que estuviese tres domingos seguidos sin comulgar, y después en el siglo IV se les obligó á hacerlo tres veces al año cuando ménos, á saber: por Pascua Florida, por la de Pentecostés y de la Natividad. Hasta el siglo IV se conservó la Eucaristia bajo las dos especies de pan y de vino, en copones ó en vasos, que en forma de paloma estaban suspendidos sobre los altares.

A los catecúmenos se les daba pan bendito en lugar de la Eucaristia, y lo mismo se hacia con el que era indigno de ésta (26). Llamábanse *eulogias* á ciertos panes benditos, distribuidos por devocion en las iglesias después del sacrificio, y ofrecido en el altar por los fieles, y de los cuales se hacian las hostias para consagrar, pues parece que estas eran de pan comun (27). De estas oblaciones quedaron vestigios en algunas iglesias como en la milanesa, en que en la metropolitana, hombres y mujeres, llamados ancianos, ofrecen en la misa mayor tres hostias y seis onzas de vino para consagrar: en Francia tambien, en Suiza y en otros puntos, en las misas solemnes se distribuye el pan bendito.

La sagrada hostia se recibia en el hueco de la mano derecha, sostenida por la izquierda (28); las

---

(20) *Reddere simbolum* era la fórmula, quizá porque entonces restituia el catecúmeno la tablilla en que habia aprendido el *Credo* y que no queria que cayese en manos profanas.

(21) *In mysteriis primum renunciamus ei qui in Occidente est, nobisque moritur cum peccatis; et sic versi ad Orientem, pactum inimus cum sole justitiæ, et ei servituros nos esse promittimus.* SAN GERÓNIMO, *Comm. in Amos*, capítulo 6.

(22) Esta uncion no se usaba en todas partes, y fué desconocida de la Iglesia oriental.

(23) En el siglo XII el arzobispo de Milan se vestia para esta ceremonia de una manera estraña, ciñéndose una tohalla, un cíngulo á modo de cinturon, y atando las sandalias detrás del talon, de suerte que figurasen las espuelas; manifestándose así como pontífice y como rey; en este traje bautizaba.

(24) Unos creen que eran monedas, otros algarrobas, otros otras cosas: Maffei (t. VI, *Observ.*, art. 1, pág. 221), opina que eran figuras de monedas en cera. Acaso fuesen *agnusdei*.

(25) Esta costumbre dura todavia en muchos puntos de la Germania.

(26) En el museo Trivulzio en Milan, hay un sacramentario de los siglos XII ó XIII en que se hace mencion de la bendicion del pan para aquellos *qui indigni sunt eucharistia*. En él hay tambien una de las referidas palomas y otra en San Nazario grande.

(27) Acaso dirás: «Mi pan es pan comun. Verdad es que antes de las palabras sacramentales es pan; pero hecha la consagracion se convierte el pan en carne de Cristo.» S. AMBROSIO, ó quien sea el autor del libro *De sacramentis*, IV, 4.

(28) San Cirilo jerosolimitano, en el *Catech. mystag.*, V, escribe: «Al aproximarte no irás con la palma de la mano abierta ni con los dedos estendidos, sino sosteniendo con

mujeres debian cubrirla con un paño de lino (29). Después de haber tragado el pedacito de hostia, se sorbia con una cañita líquido del contenido en el cáliz que presentaba el diácono, ó bien se mojaba en él el pan; uso que se conservó en la Iglesia milanesa por todo el siglo XVI (30). No hay necesidad de decir lo capaces que debian ser los cálices, y en proporcion los corporales y las patenas. Teodorico regaló á Cesáreo, obispo de Arlés, una patena de plata, de 60 libras de peso. En Jerusalem y otros puntos se quemaban los restos de la comunion; en Constantinopla, en las Galias y en otras partes se daban á los niños, los cuales tambien recibian inmediatamente después del bautismo algunas gotas de vino consagrado. Estaba permitido llevarse á casa la Eucaristía para los dias en que no se consagraba; esto lo hacian principalmente los ermitaños ó cuando sobrevenia una persecucion. La costumbre de comulgar en ayunas, que se introdujo por respeto, la hizo obligatoria el concilio de Cartago del año 397, á escepcion del jueves Santo en que se celebraba la comunion por la noche en conmemoracion de la cena (31). El concilio III de Cartago nos da á conocer un uso ó un abuso singular al prohibir que se diese la Eucaristía á los muertos: sin embargo, no se creia indecente el ponerles la hostia sobre el pecho al darles sepultura.

Hemos hablado ya (pág. 277) de las penitencias; pero en esta época se perdió la confesion pública, quedando solo la privada y multiplicándose las indulgencias.

Matrimonio.—Ejerciendo la Iglesia su derecho sobre el matrimonio, estableció acerca de él algunas leyes, y dejó de ser mirado como un simple contrato de intereses y de goces. Desde entonces la libertad de la mujer fué protejida en la eleccion de esposo (32), y tanto más, cuanto que en la honrada virginidad tenian un recurso contra la violencia. Desde los primeros tiempos se exigia la profesion de matrimonio; esto es, que los esposos declarasen al obispo su intencion de contraer bodas, ceremonia que sustituyó á las esponsalicias de derecho civil, y sin la cual se consideraba ilegítima la union (33): los emperadores hicieron obligatorio este contrato. Se daba generalmente la bendicion, que solo en el siglo VIII ó IX fué reputada necesaria, por la autoridad, para hacer válido el matrimonio; en el derecho canónico no se miró nunca como indispensable; el concilio de Trento la prescribió, pero no como artículo de fe. «La Iglesia (dice Tertuliano) prepara el matrimonio, y extiende el contrato; la oblacion de las oraciones le confirma, la bendicion le sella, y Dios le ratifica. Dos fieles llevan el mismo yugo; no son más que una sola carne, un solo espíritu; ruegan juntos y juntos ayunan, juntos van á la Iglesia, se acercan á la mesa eucarística en las desgracias y en la paz (34).

El derecho civil designaba ya impedimentos para el matrimonio, unos que le impedian absolutamente bajo pena de nulidad, y otros que podian removerse pagando ciertas cantidades. La Iglesia aumentó estos impedimentos queriendo purificar todas las relaciones civiles y someterlas á reglas espirituales: y se llamó *impedientes* á los segundos y *dirimentes* á los otros (35). Debiendo vivir los cristianos unidos con vínculos de caridad y en union de creencias y de prácticas, fué preciso protejer las costumbres con mayores impedimentos y propagar á remotas familias aquellos vínculos de benevolencia que existen ya entre los parientes (36); por esto no podian casarse los primos, y eran impedimentos el adulterio y el rapto. Así como en el derecho romano era un obstáculo la adopcion, tambien en la Iglesia lo fué el parentesco espiritual; por lo cual en el concilio Trullano (691) se prohibió el matrimonio entre los padrinos y los padres del ahijado.

Los Santos Padres miraron siempre como peligrosos los matrimonios mixtos; el concilio Trullano declaró nulos los que se celebrasen con infieles;

---

la mano izquierda la derecha, la cual ha de recibir al Señor, y haciendo concha con la mano toma el cuerpo de Cristo diciendo *Amen.*»

(29) Llamado *dominical*. En el concilio de Auxerre del año 528, cánon 42, se establece: *Unaquæque mulier, quando communicat, nominicale suum hvbeat;* y en el cánon 36: *Non licet mulieri nuda manu sua eucharistiam sumere.*

(30) Hay en la biblioteca Ambrosiana de Milan un sacramentario escrito despues del año 1460, en el cual en la fórmula para dar de comulgar á los enfermos, dice así: *Corpus domini nostri Jesu Christi, sanguine suo tictum, conservet animam tuam in vitam æternam.*

(31) Cán. VIII. Véase CHARDON, *Historia de los Sacramentos*. Verona, 1754; MARTENE, *De antiquis Ecclesiæ ritibus.*

(32) San Agustin quiere que la madre tenga el mayor derecho para casar á la hija mientras esta no fuera mayor. *Puellæ fortassis... apparebit et mater, ejus voluntatem in tradenda filia omnibus, ut arbitror, natura præponit; nisi eadem puella in ea ætate fuerit ut jure licentiori sibi ipsa eligat quod velit.* Ep. 233 ad Benenatum.

(33) *Penes non occultæ conjunctiones; idest non prius apud Ecclesiam professæ, juxta machiam et fornicationem judicari periclitantur.* TERTULIANO, *De prudentia*, capítulo IV.

(34) *Ad uxorem.* Hace un extenso comentario sobre este texto Godefroy, en la ley 3 del Cod. Teod., *De nuptiis.*

(35) *Impedimentum temporis clausi; impedimentum ecclesiasticum; impedimentum voti. Impedimentum disparitatis cultus, criminis, consanguinitatis, cognationis civilis legitimæ, cognationis spiritualis.* Véase MÖY, *Das eherecht des Christen bis zur Zeit Karls d. Grossen.* Ratisbona, 1833.

(36) San Agustin insiste sobre este punto: *Habita est enim ratio rectissima caritatis, ut homines, quibus esset honesta atque utilis concordia, diversarum necessitudinum vinculis necterentur;... sic numerosius se caritas porrigit;... non in parcitate coarctatum, sed latius atque numerosius propinquitatibus crebris vinculum sociale diffundere.* De civ. Dei., XV, 16.

comprendiendo bajo este nombre las leyes civiles solo á los hebreos (37), porque los paganos iban desapareciendo; posteriormente se prohibió el matrimonio con los herejes.

La Iglesia se separó enteramente del derecho civil en cuanto á los divorcios y las segundas nupcias. Ya hemos visto á qué abusos conducia la ley del divorcio á las personas inconstantes, solo á tres casos; pero después Constantino tuvo que doblegarse al imperio de la costumbre, disminuyendo las restricciones que abolió Honorio después casi enteramente. Los emperadores siguientes dudaron; pero siempre permitieron los casamientos de mútuo consentimiento (*ex bona gratia*); y aunque Justiniano los prohibió tambien, excepto en el caso en que uno de los cónyuges se dedicase á Dios, las reclamaciones contínuas contra las insidias que se tendian los consortes uno á otro, indujeron á Justino á quitar aquella prohibicion (38). La Iglesia recordando que Cristo habia reprobado el divorcio, excepto cuando hubiese adulterio, no lo permitió jamás en el sentido civil, y si los cónyuges se separaban, no podian contraer otras nupcias (39).

Considerábanse como vergonzosos los matrimonios entre viudos, tanto que los emperadores los prohibieron algunas veces, desviándose del fin general del derecho romano, inclinado á favorecer el aumento de poblacion; pero los cataros que reprobaban las segundas nupcias, fueron condenados en el concilio de Nicea, y los Santos Padres manifestaron los primeros la necesidad de asegurar en estos casos la suerte de los hijos (40).

Derogóse tambien la ley Papia Poppea contra el celibato, puesto que lo consideraba como una perfeccion de la virtud la fe nueva. Si el concubinaje es tolerado por algunos concilios, conviene recordar que, con arreglo á las antiguas distinciones, no se tenian por legales los matrimonios más que en ciertas clases, fuera de las cuales se miraba á la mujer como á una concubina: agena la Iglesia á estas distinciones, tuvo por legítimos todos los matrimonios contraidos con sujecion á sus reglas.

Se atribuye el sacramentario más antiguo á San Gelasio; pero las ceremonias estaban ordenadas en parte por sus predecesores. Simplicio estableció sacerdotes hebdomadarios en San Pedro, San Pablo y San Lorenzo para que administrasen los sacramentos á todas las horas del dia.

Misterio.—Las persecuciones y las falsas interpretaciones habian obligado á ocultar algunas partes de la doctrina y de los ritos, especialmente el misterio de la Trinidad, el de la Encarnacion y las palabras de las consagraciones. Los predicadores y los apologistas las usaban siempre de un modo solo inteligible á los iniciados. La fórmula de la confesion de fé y aun la oracion dominical no se enseñaban á los catecúmenos hasta inmediatamente antes del bautismo; y se censuraba á los herejes, porque violaban el misterio. Pero fué preciso exponerlo todo patentemente para combatir primero á los gentiles y después á los arrianos; y cesó el misterio cuando desapareció el paganismo, y todos los cristianos fueron bautizados en la infancia.

Funerales.—Los Padres de la Iglesia multiplicaron sus esfuerzos á fin de suprimir el antiguo uso de quemar los cadáveres sobre la pira (41), no pareciéndoles conveniente estinguir con el fuego los restos de los cristianos, ni destruir cuerpos destinados á una segunda vida. En los primeros siglos se celebraba una agapa ó banquete fúnebre en la casa mortuoria, al cual eran convidados los deudos, los amigos y los pobres, para que todos orasen por el muerto, después de haber tomado el alimento (42). Esta especie de exequia degeneró en escándalo y orgia (43): llegóse hasta introducir en ella juegos profanos, de manera que muchas constituciones sinodales la prohibieron como un vestigio del gentilismo (44).

San Juan Crisóstomo reprende á su grey por entregarse á llantos inmoderados, á gestos furiosos, á cortarse los cabellos, lacerarse las mejillas y asistir con los brazos desnudos á los funerales, no desaprobando las lágrimas dedicadas á los muertos, sino el esceso (45). Así mismo condena el uso de plañideras asalariadas para llorar cerca de los cadáveres, de que hacen mencion, los primeros escri-

---

(37) Una ley de Valentiniano, Teodosio y Arcadio del año 388, manda que «Ninguna mujer cristiana reciba en matrimonio á un hebreo, ni pueda una hebrea casarse con un cristiano, bajo pena de adulterio.» *Cod. Teod.*, IX, 7, lib. 5.

(38) *Nov.* CXL.

(39) *Repudium, quod permissum aliquando, jam prohibet... Solus enim separabit qui et conjunxit. In totum enim, sive per nuptias, sive vulgo, alterius viri admissio adulterium pronuntietur.* De monogamia.

(40) SAN AMBROSIO, Hexameron, I, VI, c. 4, pár. 22: *Natura hoc bestiis infundit, ut catulos proprios ament, et fœtas suos diligant. Nesciunt illa odia novercalia, nec mutato concubitu, parentes a sobole depravantur, neque noverunt præferre filios posterioris copulæ. Nesciunt charitatis differentiam.* Véase cod. Teod., *De sec. nuptiis;* y POTHIER *Pand.*, t. II, p. 89.

(41) Véase principalmente Tertuliano.

Sobre el libro de los funerales de los antiguos egipcios hay una estensa memoria del doctor Ernesto Schiaparelli en los *Actos de los Lincei*, 1883, tomo VIII.

(42) MAGRI, *Vocabul. en la palabra Agapa.*

(43) *Bibere in honorem sanctorum, vel animæ defunctæ.*

(44) Consagraremos nueve dias á los llantos en las casas: al décimo encenderemos la hoguera, y se publicará por la ciudad el banquete fúnebre. *Iliada*, canto XXIV. Servian los romanos con especialidad en estos banquetes guisantes, legumbres que aun se comen habitualmente en muchos puntos de Italia el dia de la conmemoracion de los muertos.

(45) *Homil.* I *in Joan.*

tores latinos (46) y aun Homero y Jeremias (47). Estas plañideras estuvieron en boga posteriormente en Italia, bajo el nombre de *cantatrices* ó de *contatrices*. Veíaseles suelto el cabello, unas sentadas, otras de rodillas, otras en pié cerca del ataud, dándose palmadas, empezar una nenia de alabanzas generales con alguna especial del difunto, interrumpidas por agudos ahullidos, á que respondia toda la casa. Más tarde y en repetidas ocasiones quedaron prohibidos los plañidores (48); pero las costumbres locales son tenaces, y así es que todavia se ve en las campiñas de Novara, en la Valtelina, en la Lunigiana, convidar los que están de luto á sus deudos á un banquete en que estallan generales sollozos; en Córcega y en el Friul, dar gritos dolorosos junto á los muertos. Entre los italianos albaneses de San Demetrio se lleva al difunto descubierto á la iglesia, en medio de gemidos de gente que se golpea el rostro, y luego se entona un himno de alabanzas que acaban en un banquete. En Cerdeña se coloca al difunto en el centro del aposento, descubierto el rostro y con los piés en direccion de la puerta: sus deudos, aunque más á menudo las plañideras, fingen al entrar que ignoran su muerte: informadas de ella prorumpen en desconsoladores lamentos, y una de ellas principia á hacer su elogio (49).

Aun ahora improvisa la viuda irlandesa el *coronach*, ridiculizado por los ingleses, quienes dicen proverbialmente: *to weep irish*: es un canto sobre la virtud del muerto. Cada estrofa es interrumpida por un coro de desconsoladas mujeres. Se reconviene al difunto por haber abandonado la vida, á pesar de tener una escelente esposa, una vaca que le daba abundante leche, hermosos hijos y suficientes patatas (50).

---

(46) *Mercede quæ*
Conductæ flent alieno in funere præficæ
Multo, et capillos scindunt et clamant magis.
LUCILIO, *Sat.*

(47) Cap. IX, V, 17. En Barufaldi se halla un tratado de *Præficis*.

(48) Especialmente por S. Cárlos, *Acta ecclesiæ mediol.*

(49) En las montañas de los Abruzzos he asistido á los cánticos fúnebres de las mujeres sabinas. En cierta ocasion una de ellas, después de ser enterrado su esposo, improvisó en el dialecto del pais la siguiente estrofa:

Si t' arricorda, drent'allu vallone,
Quanno ce commenzammo a ben vuolene,
Tu me dicisti: Dimme sù ó none;
I' te vuoltai le spalle, e me ne iene,
Or sacci, mio dolcissimo patrone,
Che'n fondo al cor già te vuolevo bene,
Vience domani, viemme a consolare
Chè la risposta te la vuoglio dare.

«Haz memoria de cuando en el fondo del valle empezamos á amarnos. Tu me dijiste: Contéstame sí ó nó; yo te volví la espalda y me marché. Sabe ahora, dulcísimo dueño, que yo te queria en lo íntimo de mi corazon: Torna mañana, ven á consolarme, pues te quiero dar la respuesta.»

(50) LOGAN, II, 383, *The scottish Gaël or Celtic manners, as preserved amongh the Highlanders*, 1831.

Sepulcros.—Continuaba la prohibicion de enterrar á los muertos dentro del recinto de la ciudad, segun el texto de las leyes de las XII Tablas (51). Tambien los primeros cristianos se hacian enterrar fuera (52), si bien en distintas sepulturas. Cuando fué devuelta la paz á la Iglesia, los sepulcros, designados con el fastuoso nombre de dormitorios (*cementerios*), se construyeron cerca y aun dentro de la ciudad, como lo atestiguan las tumbas de los emperadores Constantino y de Honorio. A pesar de todo se evitaba enterrar en las iglesias, al principio por no echar á perder el pavimento que frecuentemente era de mosáico, después á fin de no producir perniciosas exhalaciones; y últimamente porque no parecia decoroso depositar los trofeos de la muerte en la iglesia consagrada al Dios de la vida. *No dejes que me coloquen en la casa de Dios ni debajo del altar*, recomendaba San Efren, *pues no conviene que repose en el santuario del Señor un gusano de tierra*. No obstante, algunos impetraban colocar cerca de los restos de los mártires á las personas de su afecto, como San Ambrosio, quien depositó cerca del sepulcro de San Víctor las cenizas de Sátiro, su hermano.

Eran sencillísimas las tumbas de los primeros cristianos (pág. 331). Sobre las cenizas de los santos se levantaba una pequeña capilla; se encerraban en urnas de mármol los despojos de los personajes consulares: cubrian los de los demás piedras areniscas ó solamente grandes tejas. Donde habia grutas naturales ó artificiales se ponian en ellas los cadáveres, boca arriba, en nichos abiertos en ambas paredes. Habia tambien sepulturas privadas, llamadas *bishombres*, *trishombres*, y así sucesivamente, segun podian dar cabida á dos, tres ó más cadáveres. Colocábase en tumbas separadas á los niños que no habian vivido más de cuarenta dias. A menudo se llenaban los cadáveres de aromas, y de aquí provenia aquel suave olor que leemos salido de las tumbas abiertas y que fué interpretado por algunos como indicio de santidad.

Inscripciones ingénuas, y con frecuencia toscas, espresan la categoria y el estado del difunto, su edad, el año corriente por los cónsules en ejercicio y la indiccion. Distínguenlas de los epitafios paganos fórmulas de reposo y de esperanza. Vénse allí los caractéres romanos desfigurados, desiguales, comprimidos, rotos y mezclados con letras griegas. Sencillos son los ornamentos: por lo comun consisten en palmas (presagio de paz, interpretado equivocadamente por algunos como una señal de martirio), en guirnaldas de ciprés, de pino, de mirto, de vid, de olivo con el monograma ☧, ó en columnas sosteniendo un ramo.

---

(51) *Hominem mortuum in urbe ne sepellito, neve urito.* Sin embargo, esta prohibicion tenia una razon política, y es que el sepulcro daba la propiedad del terreno, y el de la ciudad no debia pertenecer á nadie.

(52) SAMUEL, *De sep.*, tr. I, contr. 2, concl. 1.

Variaban los ritos funerales segun los lugares. A la más remota antigüedad se remontan el uso de las antorchas encendidas en torno del féretro y el de los fúnebres cantos (53). Pero el concilio de Elvira (306) prohibe poner luces en los cementerios, á fin de que los cuerpos que allí reposan en paz no sean turbados (54). El sínodo de Calcedonia (451) reconviene á Dioscuro por no haber incensado el cadáver de la piadosa Peristoria (55). Aunque Tertuliano censura á los que derraman flores sobre los muertos, vemos usado muchas veces este símbolo de la belleza y de la fragilidad de la vida (56).

Ritos.—De las muchas obras que hablan sobre los ritos y sus modificaciones, tomaremos solo aquellas cosas más importantes ó curiosas. Desde los tiempos de los Apóstoles encontramos el ayuno en los miércoles ó viernes de cada semana; después no se guardó más que el sábado (57), y posteriormente, á fines del siglo X, se mandó la abstinencia de carne en los miércoles, y ayunar el sábado (58). Tambien desde el primer siglo se usaron luces en la celebracion de los ritos y en los exorcismos. En el siglo II hallamos ya el agua bendita y la señal de la cruz; ya se lleva el viático á los enfermos, se celebran sufragios por los muertos y tres misas en Navidad. En el III ya se bendicen los cementerios. En el IV se manda santificar las fiestas con ritos prescritos, absteniéndose de todo trabajo, aun rural. Entonces, habiéndose dado la paz á la Iglesia, se comenzó á solemnizar el aniversario de los sucesos que excitaban recuerdos más santos, erigióse la cruz sobre los edificios, y ondeó en los estandartes.

Cuando no estaba segura la Iglesia del Dios vivo sino en el olvido, ciertamente podemos creer que no se convocaria á los fieles con el tañido de la campana. Algunos dicen que se usaba en su lugar de carracas, y podria ser un indicio de ello el verlas usadas aun entre nosotros en la Semana Santa, en la cual se han conservado los ritos más antiguos: pero ni aun estas pudieron usarse hasta después de haber obtenido la paz; al principio se avisaria de casa en casa, con la rapidez y los medios que se suelen emplear en las sociedades secretas.

Baronio, Francisco Bernardino, y los autores del *Ritual* de Beauvais del año 1637, aseguran que en tiempo de Constantino se principiaron á usar las campanas; pero no les apoya ningun contemporáneo. Algunos atribuyen á San Paulino de Nola, no la invencion, sino la introduccion de este instrumento; otros al papa Sabiniano, sucesor de Gregorio Magno el año 604; pero no hay autoridad alguna que lo demuestre (59).

---

(53) San Basilio, *Oratio in Jul. de fun. Constant.*

(54) Cánon 34.

(55) Baronio, *Ad ann.* 312. núm. 34.

(56) San Ambrosio dice en la oracion fúnebre de Valentiniano: «No esparciré ya flores sobre su sepultura, sino que difundiré su espíritu con el perfume de Cristo.» Y San Gerónimo á Pammaquio con motivo de la muerte de su esposa: «Los demás maridos esparcen sobre el sepulcro de sus compañeras violetas y rosas, lirios y purpúreas flores.»

(57) Santa Mónica, madre de San Agustin, cuando fué á Milan, se escandalizó de que no se ayunase el sábado; pero San Ambrosio le dijo que debia conformarse con la costumbre del pais para no llamar la atencion. El y San Agustin dicen que en Milan ningun sábado, excepto el Santo, era dia de ayuno.

(58) El concilio de Ansa del año 994. *Laici omnes feria IV a carne abstineant, et VI feria jejunent, si ita possunt perficere, aut pauperibus eleemosynas tribuant.* Martene, t. IV. *Anecd.* Gregorio VII recomendó tambien que se impusiese la abstinencia de carne en el cán. 7, del concilio romano de 1078. Inocencio III, interrogado por el obispo de Braga acerca de los que por debilidad no pueden abstenerse de carne el sábado, respondió que se observase la costumbre del pais. En muchas provincias de España, principalmente en Castilla, Galicia y Mallorca, desde tiempo inmemorial fueron permitidas en dias de abstinencia las entrañas y las extremidades de los animales, y en algunas diócesis de Francia todas las carnes en los sábados desde la Natividad á la Purificacion; y en todos, en los reinos de Castilla, Leon y las Indias. V. Ferraris, *ad v. Sabbatum.* En la bula de Gregorio VIII, 1187, en que llama á la tercera cruzada, se lee: «Porque en todo el mundo sin escepcion se abandona la carne el viernes y sábados, nosotros y nuestros hermanos nos abstendremos de ella tambien el martes, si no nos dispensa de ello una enfermedad, fiesta ú otra razon valedera.»

(59) Los ornamentos del gran sacerdote de los judios, tenian campanillas, quince siglos antes de Cristo Plauto menciona las campanillas:

Numquam ædepol temere tinnit tintinnabulum;
Nisi quis illud tractat aut movet, mutum est, tacet.

Sabemos por Plutarco *(Sympos,* IV, quæst. 5) que llamaban campanas al mercado de peces; y á este propósito habia ya contado antes Estrabon un cuento, aplicable á algun moderno. Dice, pues *(Geogr.*, XIV), que en Jaso de Caria daba muestras de su habilidad un arpista, cuando sonó la campanilla del mercado de los peces, y todos le abandonaron á escepcion de un viejo sordo; y á este dió las gracias el arpista alabando su excelente gusto en música. El viejo no le comprendió, pero viendo marcharse á los demás, preguntó al artista si habia sonado la campana, y respondiéndole que sí, se fué con ellos.

Segun Plinio, habia campanas suspendidas en el mausoleo de Porsena, que se oian muy lejos cuando soplaba el viento. *In summo orbis æneus est et petasus unus, ex quo pendent excepta catenis tintinnabula, quæ vento agitata longe sonitus referunt. Hist. nat.*, XXXVI, 13. En Roma habia campanas para indicar la hora del baño. *Redde pilam, sonat æs thermarum.* Marcial, *Epigr.* XIV, 165): segun Luciano *(De Dea syra)*, usaban campanas los sacerdotes de Cibeles: Augusto hizo colocar campanillas alrededor de la cúpula del templo de Júpiter Capitolino (Suetonio en *Augusto*): y Porfirio dice que algunos filósofos de la India se reunian para orar y comer á son de campanas. *De abstin. anim.*, lib. IV.

Conocíanse pues, las campanas antes que Rufo Festo Avieno las llamase *nolæ* en el siglo IV, y otros *campanæ* en el VIII. Este nombre proviene quizá de las fundiciones que hubiera en la Campania, célebre por su escelente bronce;

Las procesiones que se dirigian antiguamente á suplicar á la indignada Minerva ó á prestar homenaje en Eleusis á la creadora del trigo, honraron después al Dios que aflige y perdona. Las *rogaciones* introducidas por San Mamerto, obispo de Viena en Francia en el siglo v (60), fueron adoptadas generalmente en el ix. Algunos creen que San Lázaro, obispo de Milan, fué el autor de las *letanias* mayores, quizá en ocasion en que la amenazaba Atila: y ciertamente las oraciones que en ellas se rezan, indican un peligro inminente, aunque pueden tambien aludir á los húngaros que les amenazaban el año 900 cuando probablemente obtuvieron la organizacion actual. En aquellos tres dias era obligatorio el ayuno, y los fieles se echaban ceniza en la cabeza; en los tiempos de ignorancia mezclaban con esto ceremonias profanas, como el colgar flores en las casas y las iglesias, con imágenes mezcladas de viandas y legumbres, huevos, panes, vasos de agua, de vino, de aceite y de leche; las mujeres exponian en los balcones figuras de paño, creyendo con esto conseguir que saliesen bien los partos y la educacion de los niños (61).

En el primer concilio de Nicea se agregó la segunda parte al *Gloria patri;* y en el de Efeso la segunda del *Ave-María* se añadió después de la condena de Nestorio, como contínua protesta en honor de la Madre de Dios (62).

Se llamaban *títulos* los lugares destinados á las reuniones de los primeros cristianos, y en ellos se suspendia una imágen, un ramo ó cualquier otra enseña. En Roma habia siete, confiados á siete diáconos cardenales, esto es, fundamentales, de donde provienen los títulos que hoy se confieren áun á los cardenales de la Iglesia romana. Este nombre de *cardenales*, comun á muchas, y quizá á todas las iglesias bautismales, se restringió después solo á los electores del pontífice, para quienes se reservó la púrpura desde el año 1242, y el título de *eminencia* desde 1630.

Eran los altares una mesa sencilla cuadrilátera, ó algunas veces redonda, cubierta de un mantel, sin candeleros ni cruz: un cancel separaba de lo restante de la iglesia el sagrario, donde no entraba nadie, ni aun los emperadores sino para las oblaciones. Cuando celebraba el sacerdote, estaba vuelto hácia la plebe, como se acostumbra aun hoy en algunas basílicas de Roma; y cuando se cambió esta costumbre, debia volverse cuando la fórmula se dirigiese al pueblo, ó para bendecirle ó en algunos ritos, como el armenio, para enseñarle el pan sagrado.

Misa.—Decia la misa el obispo en los primeros tiempos, acompañado de los sacerdotes y los diáconos, de este modo: Principiaba con el saludo *El Señor sea con vosotros;* seguian después las lecciones del antiguo Testamento en Oriente y de las Epístolas en Occidente; cantábase después un salmo, seguia el Evangelio y la homilia del obispo. Entonces se hacia salir de la iglesia á los catecúmenos y á los penitentes, cubríase el altar con el mantel, y el obispo y los sacerdotes colocados alrededor, se lavaban las manos, y los fieles se daban el ósculo de paz en Oriente y en la Galia, lo que en Italia y en Africa se hacia antes de la comunion. Los asistentes ofrecian las oblaciones; y se presentaba al obispo el pan y el cáliz; rogá-

---

opinion más creible que la de Francisco Bernardino de Ferrara que dice se deriva de un tal Campo, hábil fundidor. Gregorio de Tours, que murió en 595, habla de las campanas, diciendo de Gregorio, obispo de Langres: *Commoto signo, sanctus Dei, sicut reliqui, ad officium dominicum consurgebat;* y de Nicetas arzobispo de Lyon: *Quod presbyter audiens, jussit signum ad vigilias commoveri (De vitis PP.*, cap. 7 y 8) y en la Historia de Francia, lib. III, capítulo 15. *Dum per plateam præterirent, signum ad matutinas motum est.*

Concuerdan los críticos en creer que *signum* indica la campana, en cuyo sentido se encuentra ya antes en las reglas de San Cesáreo de Arlés, de San Benito y de San Aureliano. San Benito en su regla dispone que la señal con la campana se dé por el abad ó por un monge vigilante. Una capitular de Carlo-Magno de 789 dice que *cloccæ non sunt baptizandæ;* y Baronio asegura que Juan XIII, antes de colocar una gran campana en San Juan de Letran, la bendijo con las ceremonias acostumbradas y la llamó Juan.

Esto solo en cuanto al Occidente. En Oriente no las usaron antes del siglo VIII, segun aparece del libro de los milagros de San Anastasio, que murió en 628; pero el concilio II de Nicea del año 787 (art. 4), dice que cuando el cuerpo de éste se acercaba á Cesárea, salieron los habitantes á recibirlo en procesion con cruces, después de haberse reunido en la iglesia al *tocar los sagrados maderos.* Anastasio Bibliotecario, traduciendo aquel concilio al latin, advierte que *Orientales ligna pro campanis percutiunt.*

El dux Orso Participacio, en el año 865, envió las primeras campanas al emperador Miguel III, para Santa Sofía: enviáronse después otras, pero no se hicieron comunes. Asegúrase que en Oriente no las usaban más que los maronitas y los calogerios del monte Atos: empleando en su lugar carracas ó maderos que se golpeaban en cualquier altura. Cuando los turcos se apoderaron de Constantinopla, fundieron las campanas para cañones, y no se pudo tenerlas en el imperio musalman sino por un raro privilegio; porque temian los turcos que sirviesen para conmover al pueblo tocando á rebato. Con este fin, el mismo Cárlos Quinto, cuando sometió á Gante, hizo hendir la campana llamada Orlando, porque servia para reunir á los amotinados; y así rota la dejó que sonase para recordar á los ciudadanos el castigo que habian sufrido.

(60) Baronio (N. al *Martyrol.*, 25 abril) las cree más antiguas, y reducidas por Mamerto á una forma estable.

(61) MURATORI, *Antiq. ital.*, dis. LXI; *Antiq. long. milanesi*, dis. XXV.

(62) Grancolas, en el *Brev. rom.* cap. 25, dice que no se encuentra en ninguna parte el *Sancta Maria*, etc. antes del año 1508; y cree que solo los hermanos Menores añadian después *Nunc et in hora mortis nostræ*, que se halla por primera vez en un breviario de estos monges del 1515. Pero no puede creerse tan moderna, por usarse tambien esta oracion en las iglesias orientales.

base por él, por el clero, por las personas reinantes, por la paz, por los vivos y los muertos, y se hacia conmemoracion de los mártires y de los bienhechores de la Iglesia. Después del prefacio, se consagraba la hostia con las palabras sacramentales, y seguian la accion de gracias y las invocaciones. Partida la hostia, se rezaba la oracion dominical, y después el obispo bendecia al pueblo. Alzábase el velo que cubria los santos misterios, comulgaba el obispo, y después el diácono distribuia la Eucaristia, mientras el obispo decia: *Este es el cuerpo del Señor*. Dábanse luego las gracias á Dios, y el obispo saludaba al pueblo diciendo: *La paz sea con vosotros*, y los fieles respondian: *Y con tu espíritu*. Mientras duraba el incruento sacrificio, dos diáconos en los extremos del altar, con abanicos de plumas de pavo real, ahuyentaban los insectos, costumbre que se conserva en la misa papal.

Hasta en los primeros tiempos se hace mencion de la misa privada, celebrada por el obispo ó solo por el sacerdote, sin la comunion de los seglares. Los sacramentarios más antiguos contienen misas particulares para los santos, con lecciones de las actas de su martirio; y Tertuliano hace mencion de las de los fieles difuntos.

Habia dispuesto el papa Bonifacio que los cálices y patenas fuesen de madera, pero el concilio de Tribur (63) conoció que si esto estaba bien cuando los sacerdotes eran de oro, entonces que eran de madera, convenia que los vasos sagrados fuesen de metal precioso. Ya en tiempo de San Ambrosio tenia la Iglesia ornamentos de gran valor, coronas pendientes sobre los altares, lámparas, incensarios, cubiertas de códices, dípticos que eran unas tablitas en que se escribian los nombres de los bienhechores de la Iglesia para hacer conmemoracion de su nombre en la misa. En casos de necesidad se vendian estas preciosidades para socorrer á los pobres, redimir esclavos, y ensanchar los cementerios (64).

Asistia el pueblo á la misa de rodillas ó inclinado hácia la tierra (65); y la accion sagrada creian que principiaba después del Evangelio cuando se deseaba á todos la paz (66). Dicen que el papa Simaco introdujo el *Gloria in excelsis* para los domingos y fiestas de los mártires. En la Iglesia romana no se recitaba el *Credo* en la misa, é inmediatamente después del Evangelio predicaba el papa ó el obispo: San Cesáreo hasta hacia cerrar las puertas para que no salieran los que se marchaban después del Evangelio y les decia: *¿Adónde vais? El dia del juicio no os será permitido escucharme*. En los primeros tiempos no se escribia el cánon por respeto al misterio, pero se trasmitia por tradicion oral para que no fuese nunca profanado. Antes de la consagracion parece que se cubrian las cosas secretas, echando un velo al altar, como lo practica la Iglesia griega, ó cubriéndole con el pabellon que hay encima de él (67). En tiempo de Inocencio III mandó en Colonia el legado Guido Paré que al alzar se tocase la campanilla y se arrodillase el pueblo; y que cuando se llevase el viático, el monaguillo fuese delante tocando. Al tiempo de la comunion se daban el ósculo de paz mientras estuvieron los hombres separados de las mujeres; después, en su lugar, se dió á besar una cruz y una reliquia. Por órden del papa Sergio se recitó el *Agnus Dei* al partir el sagrado pan.

El concilio de Auxerre del año 538 decretó que no se pudiese celebrar más de una misa al dia en un mismo altar; el de Compostela del año 1056 dispuso que obispos y sacerdotes dijesen misa todos los dias, cuando no estuviesen impedidos (68), y se pretende que solo el concilio Romano de 1603 prohibió que dijesen más de una al dia, obra que antes se tenia por meritoria.

Son tambien un uso tomado de los ritos paganos las pilas de agua bendita que se colocan á la entrada de las iglesias, y el cepillo para las limosnas fué introducido en tiempo de las cruzadas. Preferíase el aceite para el alumbrado, y se reservaba la cera para las procesiones. Habitualmente se servian de candelabros de muchos mecheros, llamados árboles, adornados con gran esmero (69).

Los que se quejan de la multiplicidad excesiva de los dias de fiesta, deben tener presente que en estos dias se conducia al pié de los altares á una muchedumbre ignorante, y se proporcionaba reposo á los esclavos condenados á trabajar sin tregua y sin provecho; y debe admirarse la prevision con que esta madre amorosa dirigia todas las cosas para bien de los afligidos (70).

Solemnidades.—Por via de preparacion á la fiesta de Navidad empezaba la série de solemnidades eclesiásticas en Adviento. Esta solemnidad posterior á las de Pascua, Pentecostés y de la Ascension, parece que fué fijada en Roma en el mismo dia en que los paganos celebraban la vuelta del

(63) Cerca de Maguncia: año 895, cán. 18.

(64) San Ambrosio, *De off. eccl.*, II, 28.

(65) Idem, *in Ps.* CVIII, núm. 20.

(66) Beroldo dice que en el siglo XII un diácono del altar intimaba antes del Evangelio el *Parcite fabulis*, y dos custodios añadian *Silentium habete*. Esto se practica todavia en la iglesia metropolitana de Milan en el oficio pontifical. ¿Indicará que los fieles tenian la costumbre de hablar en este lugar? Muratori, *Antiq. ital.*, dis. LVII.

(67) «No todos ven los altos misterios, pues estos se ocultan por los levitas, á fin de quitarlos de la vista de aquellos que no está bien que los vean.» San Ambrosio, *De off. eccl.*, I, 10.

(68) Labbe, t. IX, f. 1087.

(69) Uno hay todavia en la catedral de Milan, bello resto de la Edad Media.

(70) Se ve en Herodoto á los sacerdotes egipcios quejarse de la tirania de Cheops, quien para acelerar la construccion de su pirámide, disminuyó el número de los dias feriados.

sol: en ella se hacian regalos y aguinaldos, sin que fueran olvidados los pobres (71). Solemnizaban los gentiles el primer dia del año, disfrazándose los hombres de mujeres y viceversa, y algunas veces bajo la figura de animales, y pasaban el dia en cantos, bailes, espectáculos y orgias, lo cual hacia que la festividad de este dia se denominara la fiesta de los locos (72). Mucho trabajo costó desarraigar esta costumbre, que duró, especialmente en Roma, hasta el siglo VIII, aun reprobada por los concilios; y fué sustituida con los recuerdos de la infancia de Jèsucristo.

Al paso que entre nosotros era la principal fiesta Navidad, entre los griegos era la Epifania, instituida por lo menos desde el siglo IV en memoria del bautismo de Cristo y el milagro de Caná. Con posterioridad se introdujo del mismo modo en Occidente para celebrar la manifestacion de los gentiles, por lo cual hacíanse procesiones para celebrar la venida de los Magos, de los cuales la tradicion vulgar hizo reyes, señalándoles un color, un nombre y una patria (73). Proclamábase en este dia, y luego se colgaba de un cirio la *tabla pascual*, efeméride de las fiestas movibles. Todavia en la actualidad se anuncia en las catedrales el dia en que se celebrará la Pascua.

En el segundo dia de febrero se sustituyó la Candelaria á las lupercales de Evandro, ó bien á una fiesta en honor de Ceres, en la cual se encendian antorchas para ir en busca de la robada Proserpina, ó bien á los sacrificios ambarvales en loor de los dioses infernales. Se quiere atribuir su introduccion á Gelasio I, y Justiniano la impuso por ley en 542. Figura asimismo como un resíduo de los ritos paganos el Carnaval, á cuyos desórdenes se ha opuesto constantemente la Iglesia. La primera vez que se hizo mencion de la fiesta de la Anunciacion, fué en Oriente en el concilio Trullano del 691.

Ayunos.—Aquellos que precedian á la Pascua eran los únicos ayunos obligatorios para los primeros cristianos (74), en memoria de la pasion de Cristo, creyendo que habian sido prescritos por aquellas palabras del Evangelio: *Ayunareis cuando os sea arrebatado el esposo* (75). Otros eran practicados por pura devocion, como ya hemos dicho de los de la cuarta y de la sexta feria, es decir, del miércoles y del viernes de cada semana: otros eran preceptuados por los obispos en los peligros de la Iglesia, ó cada fiel los elegia por devocion particular. El de Cuaresma no se quebrantaba hasta la caida de la tarde (76), los demás á la hora nona. Las cuatro témporas, ayuno que se practicaba al principio de las cuatro estaciones, fueron establecidas en la Iglesia romana hácia la mitad del siglo V, quizá en lugar del ayuno voluntario de cada semana; y tambien se propagó en Oriente este uso.

No teniendo lugar el ayuno de la cuaresma los sábados y domingos, es probable que empezase el dia que después se llamó de sexagésima y en Oriente de septuagésima.

Durante este periodo de penitencia no se celebraban matrimonios; cubríanse los altares de luto y no se comia carne mientras duraba la cuaresma. Algunos usaban la xerofagia, es decir, se alimentaban con carnes secas, absteniéndose de frutas vinosas y suculentas; otros se reducian á pan y agua ó á lo más legumbres (77). Hasta muy tarde no fué lícito comer pescado en dias de vigilia, y solo data del siglo pasado la autorizacion de comer carne en los mismos. Se exorcisaba en Milan durante la cuaresma á los catecúmenos, con sal, y se les enseñaba el catecismo. Si eran adultos, se les sujetaba á penitencias: habia suficiente con las apariencias respecto de los niños, y se hacia pasar sobre un cilicio bendito una gran piedra con el monograma de Cristo (78). En Alberstad, en la Baja Sajonia, cada año pasaba un ciudadano toda la Cuaresma, paseándose por la iglesia con los piés descalzos y sin descansar un momento para hacer penitencia en nombre de todos. Llegado el Jueves Santo era absuelto y con él la ciudad entera.

Es antiguo uso el no celebrar misa el viernes

---

(71) Posteriormente, al celebrarse en Milan las fiestas de San Ambrosio y de San Estéban, el arzobispo bendecia doce modios de vino, que después se distribuian entre los pobres. En el dia de Navidad se dirigian los sacerdotes y los diáconos con capa pluvial á la curia, donde los recibia el arzobispo diciéndoles: *Puer natus est nobis, et filius datus est nobis*, y cada cual respondia: *Deo gratias*, y le besaba en seguida las manos y la boca. Acto contínuo, tomando asiento el arzobispo regalaba al vizconde una férula y un par de guantes, otro par de guantes al hostiario, y un cirio á cada uno de los que debian servir en la mesa el primer servicio. BERÓLDO, *Manuscrito de la biblioteca de la Catedral.*

(72) «Hé aquí que llegan las calendas y sale toda la pompa de los demonios; sale toda la oficina de los ídolos, y se consagra con el antiguo privilegio el año nuevo. Figuran á Saturno, Júpiter, Hércules: espónese á Diana, y se lleva en procesion á Vulcano... Disfrázanse los hombres de bestias, y de doncellas los mancebos: violan la honestidad, pierden el juicio, se mofan de la pública censura... No hay carbon que baste á tiznar el rostro de aquellos dioses... A fin de que inspire horror su aspecto, se buscan por todas partes pieles, estiercol y otras inmundicias... Los admiten los cristianos en sus moradas.» *Fragmento inédito de San Agustin.*

(73) El arzobispo de Milan guiaba una procesion de las más solemnes hasta San Eustorgio, donde se creia haber sido depositados los cuerpos de los Magos en una arca, que aun existe; y de donde se pretende que fueron arrancados en tiempo de Federico Barbarroja para ser trasladados á Colonia. La comitiva era una representacion animada de la de los tres reyes con toda la magnificencia á que era tan aficionada la Edad Media.

(74) *Const. apost.*, V, cap. 18.
(75) SAN MATEO, IX, 15. SAN MARCOS, II, 20.
(76) SAN AMBROSIO, *In Ps.* CXVIII, núm. 46.
(77) TERTULIANO Y ORÍGENES, *Hom.* X. *in Levit.*
(78) Llamábasela *Chrismon*, y todavia se conserva una detrás del coro de la Catedral de Milan con esta figura .

durante la Cuaresma: para la iglesia griega fué confirmado por el concilio de Laodicea (79), y se ha conservado en el rito ambrosiano. El domingo de Pasion se hacia la tradicion del símbolo á las personas competentes, pero en los tiempos de San Ambrosio todavia no se bendecian los ramos de olivo: esta fiesta, introducida posteriormente, se celebraba en Milan con estrañas ceremonias. A la salida de la iglesia montaba el arzobispo en rico palafren, y acompañado de un militar de la familia de Ro, que le servia de escudero, iba á cantar misa á la basílica Ambrosiana: corria el abad á su encuentro hasta el Carrobio, presentándole un *palmorerio* y una trucha. Decia la tradicion que San Ambrosio habia curado á un leproso, y esta enfermedad se habia perpetuado en la familia de aquel. Por eso el lunes *in authentica* acudian á la mansion del arzobispo tres leprosos de esta familia, recibian su bendicion, y después de haberlos asperjado con agua lustral é incienso, los conducia al baño cerca de la puerta Tesinesa. Allí un sacerdote lavaba y peinaba su cabeza. Al salir del baño se les vestia con ropas nuevas: lavábales el arzobispo (80) el pié derecho, lo enjugaba, é imprimia en él un beso: luego se daba con él tres golpes en la cabeza. Culto al infortunio en conformidad con las inspiraciones cristianas y con las ingeniosas costumbres de la Edad Media.

Desde los primeros tiempos de la Iglesia estaba destinado el Jueves Santo á la reconciliacion de los penitentes. Después de haberlos amonestado el obispo y de reunirlos bajo su báculo pastoral, les daba el ósculo de reconciliacion. Se consagraban los óleos, se cantaba la misa, durante la cual comulgaba el pueblo: lavaba el obispo los piés á los sacerdotes, y el Sacramento se ponia de incógnito en la sacristia cesando en aquellos dias los himnos y los misterios. El Sábado ó más bien la noche antes de Pascua, se conferia el bautismo, la confirmacion y la eucaristia á los catecúmenos.

Pascua.—Cuando la solemnidad de Pascua invitaba á los creyentes á cantar el *Aleluya*, hasta los mismos solitarios en sus ermitas dában alguna tregua á los rigores de la penitencia. San Pacomio sazonaba sus yerbas con aceite. San Benito permitia un manjar de mejor clase y San Antonio cubria sus espaldas con una vestidura de hojas de palmera que le habia dejado su antecesor. Entre las gentes era costumbre bendecir un cordero cocido, para hacer con él la primera comida después del ayuno de Cuaresma, y frecuentemente se ejecutaban danzas en las iglesias ó en los cementerios. Se remonta á los tiempos del papa Zósimo la bendicion del cirio pascual, y se escribian en este cirio la cifra de la epacta y de la indiccion y del año después de la Encarnacion. Se arrancaban del cirio pascual algunas partículas que eran distribuidas al pueblo el domingo *in albis*, y se colocaban en las casas y en los campos por devocion y como preservativo contra los maleficios: de aquí procedieron luego los *agnus dei*. Los bautizados, que toda la semana de Pascua *(in albis)* habian llevado vestiduras blancas, las dejaban el domingo siguiente y se mezclaban con los demás fieles.

A esta gran solemnidad seguian cincuenta dias de fiestas y de regocijos y de misa cotidiana, durante los cuales se prohibia dar espectáculos (81), ayunar ó arrodillarse (82): se asistia con más frecuencia á la iglesia, y se aflojaba el rigor de la disciplina eclesiástica (83). El domingo antes de la Ascencion bendecia el papa una rosa que enviaba en calidad de regalo á los príncipes y á los magnates. La Ascencion es una de las fiestas más antiguas. La de Pentecostés fué puesta en lugar de la hebraica, de la Semanas y de las primicias.

La fiesta del *Corpus Domini* no fué aprobada hasta el año de 1264 por Urbano IV, quien la vió nacer en Lieja con motivo de revelaciones hechas á la monja hospitalaria Juliana. Santo Tomás compuso el hermoso oficio del Sacramento: pero solo se llevó cubierto por las calles hasta el concilio de Viena en 1311: desde esta época se introdujo el uso de esponerlo y de dar las bendiciones: después fueron instituidas las cuarenta horas por el padre José de Ferno (84), capuchino milanés, muerto en 1564.

La fiesta de la Trinidad, ya en uso en algunas iglesias, se hizo general por Juan XXII: la de la Transfiguracion se fijó por Calixto III en 6 de agosto, en memoria de la salvacion de Belgrado en 1456, como la del Rosario por la batalla de Lepanto. En el concilio de Lion de 1245, ordenó Inocencio IV la octava de la Natividad á fin de hacer á Dios propicio á la séptima cruzada: Inocencio XI la del nombre de Maria por la victoria que alcanzaron los polacos sobre los otomanos, salvando á Viena y á la Europa.

Créese que la dedicacion de la Iglesia, celebrada en el Milanesado el segundo domingo de octubre, fué instituida por san Eusebio, después de los estragos que habian sufrido los templos por parte de los godos (85): en las demás se festeja el dia en que fué consagrada la iglesia madre. Se conservaron los ritos anteriores para la consagracion de los templos y de los altares. Ungíanlos con aceite como

(79) En el año 366. Cánon 46.

(80) Antes del año 777 no consta que se diera al metropolitano de Milan el título de arzobispo, cuando en un pergamino del monasterio de San Ambrosio, se lee: *Domnus Thomas archipiescopus mediolanensis.*

(81) *Cod. Teod.*, XV, 5, lib. 5.

(82) TERTULIANO, *De corona mil.*, núm. 3.

(83) ALBASPINA, *In can. 43, concilii Illiberitani.*

(84) THIERS, *De la esposicion del Santo Sacramento.*

(85) Hasta el siglo XII era costumbre que la procesion se adelantase hácia la iglesia, llamase á la puerta cerrada, y ya abierta, se pusiera á perseguir al clérigo que habia abierto, que á todo correr iba á refugiarse detrás del ara. *Antich. long. milan.*

se practicaba con los de Jehová, de Júpiter y de Brama; y el obispo seguido del clero, daba muchas veces vuelta entorno de la basílica, asperjándola con el agua lustral. Ungia la piedra sagrada, y delineaba de color rojo las cruces griegas en las paredes. Al modo que fueron señaladas las puertas de los hebreos con la sangre mística del cordero, cuando el ángel esterminaba á los primogénitos de Egipto.

Vino á ser fiesta general la Inmaculada Concepcion por órden del concilio de Basilea (1431): se instituyó para lograr el fin de la peste negra que asolaba á la Europa. Los griegos celebran no la Asuncion de Maria sino su muerte (κοίμησις τῆς Παναγίας); y muchísimas son las iglesias que le están dedicadas, especialmente en los monasterios.

San Odilon, abad de Cluny, introdujo la conmemoracion de los muertos hácia el año 1050: Bonifacio IV la fiesta de Todos los Santos, cuando á principio del séptimo siglo obtuvo del emperador Focas el Panteon, que dedicó á Maria y á todos los mártires. En virtud de un hermoso símbolo se fijo el aniversario de los santos el dia de su muerte, como siendo aquel en que habian renacido á la verdadera vida: solo se celebraba el natalicio de San Juan Bautista ya en tiempo de San Agustin. Desde un principio cada iglesia celebraba á sus propios mártires, y únicamente San Estéban era celebrado en todas. Constantino mandó que los dias de los mártires fuesen sagrados como los domingos.

Canonizaciones.—Se encuentran en el siglo III rasgos seguros de la invocacion de Maria y de los Santos como intercesores, y Orígenes habla de ángeles venerados del mismo modo. En un principio se llamaba santos á todos los cristianos, y después á los obispos; pero luego la especial devocion dió este título solo á los más piadosos y benéficos. Para evitar errores y desórdenes se dispuso que no se elevase á nadie al honor de los altares, sino después de un expediente con trámites regulares, el primero canonizado de este modo fué San Ulderico, obispo de Augsburgo, que lo fué por Juan XVI en 993, diez años después de muerto. Alejandro III reservó después para la silla suprema la canonizacion, cuando enumeró entre los santos á Eduardo III de Inglaterra.

A fiestas solemnes, como Pascua, Pentecostés, Natividad, Epifania, precedian vigilias, en las cuales se pasaba toda la noche en cánticos y oraciones; y fueron abolidas porque eran ocasion de escándalos. Desde el tiempo de los Apóstoles algunas horas del dia estaban destinadas especialmente á la oracion; y las constituciones apostólicas exhortan á rezar seis veces al dia.

Era ya la delicia de los primeros cristianos el cantar los salmos, pero segun dice San Isidoro (86), se cantaba con pequeña flexion, más que como si se hablase con armonia, que como si se cantase. San Ambrosio hizo cantar tambien en Italia himnos y salmos alternativamente á la oriental; y él y Gregorio Magno aplicaron á este canto diversa letra. La antífona, esto es, *contra voz* ó canto alternado, era quizá un versículo repetido por el pueblo á cada pausa del coro, como hoy se hace con el *Venite exultemus* y con algunos himnos, como el *Stabat Mater*. El oficio se dividia en tres partes: una al alba, otra por la tarde que se prolongaba hasta la noche, y otra á la hora de tercia; pero quizás estaba ya dividido en Oriente en siete partes, tal cual fué introducido entre nosotros hácia el siglo VIII, limitándose solo al clero, no ya á todo el pueblo.

No tengo necesidad de decir que la liturgia variaba de iglesia á iglesia; y el lector habrá conocido que me atengo con preferencia á la de Milan, tanto porque por ser la de mi patria me es más conocida, cuanto porque esta ha conservado mayores vestigios de la antigüedad. No creo que San Ambrosio introdujese en ella un rito nuevo, sino que se conservó el antiguo, á pesar de las tentativas de los diversos papas y de otra más resuelta de Carlo-Magno. Segun aquel rito, se diria que cada iglesia tenia un solo altar (87), y que no se celebraba en él hasta haberlo consagrado con reliquias de mártires (88). En tiempo de este Santo aparecen en Milan una sola iglesia, ó á más dos.

Costumbres.—Revisando las obras de los Santos Padres, pueden sacarse muchas particularidades acerca de las costumbres de aquel tiempo. El cristianismo habia dirigido á lo mejor, pero no mudado en el fondo las costumbres que habian nacido con aquella sociedad. Subsistia la esclavitud doméstica; algunos tenian en casa hasta dos ó tres mil siervos; y una mujer rica, cuando se irritaba con alguna de sus esclavas, la hacia todavia uncir á su litera, ó azotar á su vista (89). Las mujeres, aunque elevadas á su dignidad natural, habian cambiado poco de condicion: en la iglesia estaban separadas de los hombres, y una jóven honesta no salia al caer el dia. Algunas conservaban el lujo de las antiguas, é iban á la iglesia en coche dorado, tirado por cuatro mulas, con gran séquito de eunucos y de esclavos, vestidas con túnicas de oro y seda, cubiertas de diamantes, adornando sus orejas con joyas que hubieran bastado para la subsistencia de mil pobres; y asociando la devocion al lujo, bordaban sobre sus vestidos las escenas del Evangelio (90). Otras, por el contrario, preferian

(86) *De off. ecclesiæ*, I, 5.

(87) Sin embargo, tenemos del 1288 una descripcion de la diócesis de Milan, hecha por el humilde Buonvicino de Riva, donde aparecen en cincuenta y seis parroquias mil setecientas ochenta iglesias con dos mil doscientos setenta altares.

(88) SAN AMBROSIO, *Exhort. ad virg.; ep.* 20 *ad Marcellinam.*

(89) SAN JUAN CRISÓSTOMO, *Op.* t. XI, pág. 112.

(90) ASTERIO, *Hom. in divitem et Lazarum.*

los tranquilos goces del casto amor; no obstante, en medio de la austeridad conservaban vestigios de galanteria, componiendo los pliegues del sayo y revelando las gracias que ocultaba. Los abusos que nacian de este estado de perfeccion propio de muy pocos, daban con frecuencia ocasion á las reprensiones de los predicadores, que aunque alabando la virginidad, recomendaban, sin embargo, el matrimonio y principalmente en la edad juvenil.

En ciudades como Antioquia y Constantinopla eran los niños cuidadosamente educados. A los cinco años se les enviaba á la escuela pública para leer y delinear caractéres sobre cera; luego los gramáticos les enseñaban á conocer á Homero y á los demás poetas griegos, y pasaban por ultimo á los maestros de elocuencia, que generalmente, por pedantesca devocion, profesaban la creencia antigua. Concluidos los estudios, por lo general recibian el bautismo; é iniciados en la fe en la edad más fervorosa, algunos se retiraban á los desiertos, otros se aplicaban al estudio del derecho civil, escalera de las dignidades; y pocos emprendian la carrera de las armas, que habia caido en descrédito por la afeminacion de los tiempos y por las exhortaciones de los predicadores (91).

Supersticiones.—Habian sobrevivido algunas supersticiones paganas, venerándose bosques y grutas sagradas (92), consultándose augures y encantadores (93), y llevándose amuletos, principalmente con la imágen de Alejandro, cuya gloria habia llegado á ser una religion (94). Algunos, mezclando estas supersticiones con el cristianismo llevaban encima hojas del Evangelio, y las suspendian del cuello de los niños; y cuando nacia alguno, encendian muchas lámparas con nombres diferentes cada una, y el de aquella que duraba más tiempo era el nombre que llevaba el recien nacido (95). Los enfermos se hacian ungir con el aceite de las lámparas de los santos lugares (96), y se esperaba la curacion haciéndose imponer las manos por algun piadoso solitario. Teniéndose tambien por cierta la opinion de que el alma del que moria de muerte violenta se libraba del demonio, algunos llegaban al exceso de dar muerte á sus hijos.

Las leyes de Teodosio II y los concilios demuestran que la creencia en la magia habia sobrevivido. Constantino prohibió los encantamientos contra la salud ó la castidad de los hombres; pero permitió los que tendieran á sanarlos ó librar á las mieses de la piedra (97). Constancio condenó á muerte al que con sortilegios alterarse los elementos, la vida del hombre ó evocase á los difuntos (98).

Tambien era profana la pasion á los juegos de que ya hemos hablado: en Constantinopla eran muy apreciadas las comedias, acompañadas de danzas y cánticos, en los cuales aparecian, con grande escándalo, hasta doncellas con la cara descubierta.

¿Qué tiene de estraño, pues, que en tiempo de ignorancia penetrasen en los ritos de la Iglesia tradiciones poco fundadas ó prácticas supersticiosas? Sabido es el celo con que los pontífices, principalmente desde el concilio de Trento, trabajaron para purgar los breviarios y misales (99) de lecciones ó creencias absurdas. Los tiempos las introducian y la Iglesia, tutora fiel de la pureza y de la verdad, las borraba.

---

(91) San Juan Crisóstomo, I, 84.

(92) Id. I, 727.

(93) El mismo Constantino decretó en el año 321: *Si quid de palatio nostro aut ceteris operibus publicis degustatum fulgure esse constiterit, retento more veteris observantiæ, quid portendat ab haruspicibus requiratur, et diligentissime scriptura collecta, ad nostram scientiam referatur. Ceteris etiam usurpandæ hujus consuetudinis licentia tribuenda, dummodo sacrificiis domesticis abstineant, quæ specialiter prohibita sunt.* Cod. Teod. XVI, 10, l. 1.

(94) San Juan Crisostomo, I. 682; II, 243.

(95) Id. X, 107.

(96) Id. XII, 573.

(97) *Eorum est scienta punienda et severissimis merito legibus vindicanda, qui magicis adcincti artibus, aut contra hominum moliti salutem, aut pudicos ad libidinem deflexisse animos detegentur. Nullis vero criminationibus implicanda sunt remedia humanis quæsita corporibus, aut in agrestibus locis, ne maturis vindemiis metuerentur imbres, aut ruentis grandinis lapidatione quaterentur, innocenter adhibita suffragia, quibus non cujusque salus aut æstimatio læderetur, sed quorum proficerent actus, ne divina munera et labores hominum sternerentur.* En el 321, Cod. Teod., XI, 14, libro 3.

(98) *Multi, magicis artibus ausi elementa turbare, vitas insontium labefactare non dubitant, et manibus accitis audent ventilare, ut quisque suos conficiat malis artibus inimicos. Hos, quoniam naturæ peregrini sunt, feralis pestis absumat.* Del 357, Cod. Teod., l. 4.

(99) En un misal milanés del año 1488, se pone la misa contra la muerte repentina, compuesta (se dice en él) con el consistorio de cardenales por el papa Clemente, que concedió 240 dias de indulgencia á quien asistiese á ella; y oyéndola cinco veces con un cirio encendido se quedaba garantido de la muerte repentina como (continua el códice) se habia experimentado en Aviñon y sus contornos. En el mismo libro, el 4 de febrero se pone la misa de santa Verónica, de quién se refiere que siendo anciana y no pudiendo ya seguir á Jesucristo, le enjugó el rostro y quedó en el sudario impresa la imágen de aquel. Esta mujer fué por algunas partes con su admirable velo; y extendiéndole sobre Volusiano encogido y corcovado, le enderezó, convirtió á Tiberio á la fe limpiándole de la lepra, y por último, con el sudario entró en el paraiso. En un prefacio del misal del año 1475 se canta: «¡Oh cuán glorioso es este dia, en el cual espera Judas recibir descanso por una hora!» En él tambien hay una misa por un difunto, *de cujus anima dubitatur utrum, si plenam veniam anima ipsius obtinere non potest, saltem ver inter ipsa tormenta quæ forsitan patitur, refrigerium de abundantia miserationum tuarum sentiat.* Venecia, Giunti, 1563. En España habia la particular costumbre de que el que odiaba á otro hacia decir por él una misa de difuntos, como si anticipando las exequias, se acelerase la muerte: la prohibió el concilio XVII Toledano, cánon 3, año 693. En Pavia se siguió por mucho tiempo celebrando con rito doble la conmemoracion de Boecio, mártir en 23 de octubre. En otros paises se introdujeron en las letanias, Hércules, Jason y otros bienhechores de los pueblos.

CAPÍTULO XX

LITERATURA PROFANA.

Cultura general.—Las ciudades no sometidas á los bárbaros cultivaban las bellas letras. Hasta Justiniano, se esplicaba públicamente á Aristóteles y á Platon en Atenas, al tiempo que gramáticos y retóricos vendian allí la elocuencia y las nociones filosóficas: y allí iba á perfeccionarse todo el que aspiraba al título de hombre instruido. Una juventud viva y bullidora tomaba partido por sus maestros, y los sostenia tanto en sus rivalidades como en sus triunfos: San Basilio y Gregorio hacian allí con Juliano el Apóstata sus estudios. Berito gozaba de inmenso crédito por sus escuelas de jurisprudencia: Edesa por las de gramática, retórica, filosofia y medicina; y como se hablaban allí las dos lenguas, griega y siriaca, aquellas escuelas eran frecuentadas por los jóvenes de las provincias orientales. Antioquía, ciudad de la disipacion y del lujo, llevaba hasta el esceso la austeridad y la molicie: hormigueaban en ella brillantes holgazanes, que acribillaban con sus epígramas á filósofos y reyes, á la par que en sus cercanias pululaban los anacoretas. Allí discutian sin combatirse todas las sectas: Libanio compone el elogio del Apóstata tranquilamente, lisonjeándose de ver renacer la idolatria; y Juan Crisóstomo necesita mandar tender inmensos toldos para preservar del sol á la muchedumbre atenta á su fervorosa palabra, que promete las más sinceras esperanzas.

Alejandria, menos tolerante, estraña mezcla de agitacion y de estudio, ve á sus ciudadanos tomar parte en las querellas del ascetismo: judios, católicos, donatistas, adoradores de Serapis, se persiguen dentro de sus muros á pedradas y cuchilladas, con teas encendidas: promueven la persecucion de los poderosos ó se rebelan contra ella. Ordenando Teodosio la destruccion del templo de Serapis, estinguió la célebre biblioteca.

Constantinopla, sede de la religion y de la autoridad en Oriente, se abria á los espíritus más distinguidos y á todas las sectas que, buscando un apoyo á sus creencias oscilantes, imploraban el favor de la corte, no siempre con los medios más laudables. Constantino protegió las letras, eximió de cargas personales á los médicos, á los gramáticos, á los profesores de bellas letras y de derecho, del mismo modo que á sus mujeres y á sus hijos; alivió de impuestos sus casas, y aseguró su subsistencia (1): sus sucesores renovaron leyes acerca de este punto. Estableció en su capital una escuela, que se asemejaba con nuestras universidades. Era un edificio octógono, en que quince profesores ecuménicos, es decir universales, enseñaban bajo la direccion de un maestro mayor, que era al propio tiempo conservador de los archivos esclesiásticos y de la biblioteca, la cual Juliano aumentó agregándole la suya. Valente empleó allí después siete anticuarios para la copia de manuscritos, lo cual hizo que en el transcurso de ciento cincuenta años no contara menos de ciento veinte mil volúmenes. Pero en tiempo de Basilio un ala del edificio octógono quedó reducida á cenizas, y fueron consumidos muchos libros, entre otros, los cuarenta y ocho cantos de Homero, escritos en letras de oro en el intestino de una serpiente, de ciento veinte piés de largo; y finalmente todo fué entregado á las llamas por el fanatismo iconoclasta de Leon el Isáurico.

Disfrutaban de inmensa reputacion los profesores del Octógono, y les consultaban muy á menudo los emperadores. Como todas las universidades, propendian á conservar lo pasado y á oponerse á las innovaciones, exigiendo fé ciega á los libros que introducian.

(1) *Cod. Just.*, X, 52, l. 6.

Roma cristiana no produjo en siglo tan fecundo un solo gran escritor: más bien atendia á consolidar su supremacia, decidir las controversias entre los rivales y acoger la verdad perseguida en otras partes. Agustin fué llamado desde Africa para enseñar allí la elocuencia: un retórico de la Galia fué llamado para hacer el panegírico de Teodosio. Macrobio, desde Egipto.

La traslacion de la corte á Constantinopla habia difundido por el Oriente la lengua latina, de tal modo que el mejor poeta de entonces, Claudiano, procedia de Egipto; de Antioquia el mejor historiador, Amiano Marcelino; y de Siria, Iquerio, educado en Grecia y reputado como el mejor retórico. Una carestia de víveres indujo á que se mandara salir de Roma á los extranjeros; y fueron espulsados los pocos literatos que allí habia, conservándose en cambio á tres mil bailarinas, otras tantas cantatrices, sus maestros, los coros y las personas que estaban á su servicio,

No faltaban sin embargo escuelas, y Gerónimo se ejercitaba en ellas, siendo todavia niño, en declamar, y en fingidos litigios se adiestraba para los verdaderos; yendo después á los tribunales oia á los oradores más elocuentes, disputar uno contra otro, hasta llenarse de injurias y morderse (2). Valentiniano I sujetó á ciertas reglas á los que iban á estudiar á Roma, obligándoles á llevar de su pais natal certificaciones de su estado, á dar parte á su llegada del punto donde tenian su hospedaje, de los estudios á que se dedicaban, á no frecuentar los espectáculos, ni las malas compañías; y de incurrir en estas faltas debian ser espulsados á palos (3).

El cristianismo no habia amansado la natural ferocidad de los africanos; pertinaces disensiones llevábanse hasta la efusion de sangre: las heregias pasaban á las agresiones y al suicidio; y la devocion, desordenada entre el sacrificio y ante los altares, se abandonaba á la embriaguez. Especialmente en Cartago se hacia gala de varonil vigor en el vicio, y una turba de afeminados, vestidos de mujeres, pedia por las calles el precio de la contaminacion.

La Galia habia hecho en la cultura intelectual rápidos progresos. Marsella, Arlés, Narbona, Viena, Tolosa, Burdeos, Clermont, poseian escuelas de jurisprudencia y de filosofia, si bien todavia en mayor número de gramática y de retórica: suministraron á Roma muchos sofistas ingeniosos y declamadores, tanto en prosa como en verso, delatores en el siglo precedente, panegiristas en este.

La ley de Graciano, que establece escuelas en las principales ciudades de la Galia, no habla más que de maestros de retórica y de gramática (376), distinguiendo los de la lengua latina y los de la lengua griega *(attica)*. Que era mayor el número de los profesores de retórica, lo atestiguan las raciones que se les habian señalado en vez de sueldo (4): sin embargo, los profesores de gramática no enseñaban simplemente sus elementos, sino todas las ciencias filológicas (5). Respecto de las escuelas que más contribuyen á formar al hombre y al ciudadano, nadie pensaba en ellas. Estos profesores pasaban de una ciudad á otra, al olor de los más pingües salarios, traficando en versos, panegíricos, cumplimientos, discusiones, sin curarse en lo más mínimo del imperio que se iba ni del cristianismo que venia. Convirtiéronse, las escuelas en planteles de mal gusto, donse se enseñaba á suplir el pensamiento con un énfasis cada vez más exagerado, y la perfeccion del estilo con profusion de figuras. Otra doctrina aprendian los que se dedica-

---

(2) *Comm. in ep. ad Galat.*, c. 2.

(3) *Quicumque ad Urbem discendi cupiditate veniunt, primitus ad magistrum census provincialium judicum, a quibus copia est danda veniundi, ejusmodi litteras proferant, ut oppida hominum et natales et merita expressa teneantur. Deinde ut primo statim profiteatur introitu, quibus potissimum studiis operam navare proponant. Tertio, ut hospitia eorum sollicite censualium norit officium, quo ei rei impertiant curam, quam se adseruerint expetisse. Idem immineant censuales, ut singuli eorum tales se in conventibus præbeant, quales esse debent, qui turpem inhonestamque famam et consociationes (quas proximas putamur esse criminibus) æstiment fugiendas, neve spectacula frequentius adeant, aut adpetant vulgo intempestiva convivia. Quin etiam tribuimus potestatem, ut si quis de his non ita in Urbe se gesserit, quemadmodum liberalium dignitas poscat, publice verberibus adfectus, statimque navigio superpositus abjiciatur Urbe, domumque redeat. His sane qui sedulam operam professionibus navant, usque ad vigesimum ætatis suæ annum Romæ licet commorari. Post id vero tempus, qui neglexit sponte remeare, sollicitudine Præfecturæ etiam impurius ad patriam revertatur. Verum ne hæc perfunctorie fortasse curentur, præcelsa sinceritas tua officium censuale commoneat, ut per singulos menses, qui, vel unde veniant, quive sint, pro ratione temporis ad Africam vel ad cæteras provincias remittendi brevibus comprehendat, his dumtaxat exceptis, qui corporatorum sunt oneribus adjuncti. Similes autem breves etiam ad scrinia mansuetudinis nostræ annis singulis dirigantur; quo, meritis singulorum, institutionibusque compertis, utrum quæque nobis sint necessaria judicemus.*

(4) A los primeros 24 raciones al dia y solo la mitad á los demás. Era general el uso de fijar los salarios por raciones, y el fisco las compraba otra vez mediante un precio determinado. La asignacion indicada más arriba es para las escuelas municipales: en las imperiales de Tréveris los retóricos tienen treinta raciones, un gramático latino veinte, un gramático griego doce.

(5) Esto es lo que prueban los versos de Ausonio en honor de un gramático de Burdeos:

Quod jus pontificum, quæ fœdera, stemma quod olim
Ante Numam fuerat sacrificis Curibus;
Quod Castor cunctis de regibus ambiguis, quoa
Conjugis e libris ediderat Rhodope;
Quod jus pontificum, veterum quæ scita Quiritum,
Quæ consulta patrum, quid Draco, quidve Solon
Sanxerit, et Locris dederat quæ jura Zaleucus,
Sub Jove quæ Minos, quid Themis; ante Jovem
Nota tibi.

De Profess., cap. 22.

ban á la ciencia de Dios y á las cuestiones morales y teológicas. Ofrece la literatura galo-romana del siglo v, como lo advierte Fauriel (6), un singular contraste entre la esencia y la forma, entre las ideas y el estilo; aquellas graves é interesantes, como espresion de los hombres y del tiempo á que pertenecen; este afectado y lleno de amaneramiento, cual si el autor, poniendo su imaginacion en prensa para rebuscar combinaciones ingeniosas de palabras y frases, temiera siempre no haberlas hallado bastante nuevas y picantes, falsas y forzadas. Si se ve obligado á emplear la voz propia é inmediata, se esfuerza por realzarla, por darle visos de nueva con un giro de la frase, á fin de escitar la atencion y de provocar asombro.

Si se comparan el estilo ampuloso, las antítesis, y otras afectaciones de Séneca y de Lucano con el de muchos escritores españoles modernos, se inclina uno á creer que llevaron aquellos algo del suelo natal á Roma: además, al servirse de un idioma que no era el suyo, debieron caer por necesidad en lo exagerado y pretencioso, á semejanza de los naturales de Africa y de la Galia.

Lengua latina.—Hemos dicho que no era el suyo porque, aunque se repita que el latin habia llegado á ser universal, no debe entenderse con esto que se hablaba realmente por el vulgo. Quizá las escuelas, las magistraturas, los contratos, los libros no hablaban otro lenguaje; pero conservaba el pueblo el antiguo, así como en Francia, se puede llamar lengua universal la de Paris, sin que dejen de estar en uso el provenzal, el breton y el alsaciano. Aun donde se hablaba latin, debian mezclarse á este elementos estraños atendida la estension del territorio en que se hablaba. Diremos más: en Italia, y hasta en el mismo Lacio, la lengua hablada era diferente de la escrita, y tal vez el romano rústico no se parecia más al latin de Ciceron que lo que se asemejan los dialectos italianos á la lengua en que se escribe: pero en otro lugar volveremos á tratar de este asunto (7).

A medida que se deterioró la cultura y se aumentó la mezcla, prevaleció el elemento popular, y lo que era imitacion y arte, cedió el puesto á lo espontáneo é inculto, hasta el estremo de costar mucho á los romanos conservar la pureza aristocrática de la espresion. No debemos dejar de notar que mientras la lengua se mostraba tan tosca en escritores como Macrobio ó Apuleyo porque separaban el lenguaje práctico del literario, el buen sentido y la gravedad de los jurisconsultos sostenian todavia la varonil sencillez del latin contra el lujo corruptor de talentos privilegiados, y trascurrió mucho tiempo antes de que se llegase á las sentencias afectadas y enredosas del Código Teodosiano.

La Biblia rejuveneció la literatura. Aquella sencillez de esposicion enseñó una poesia más sencilla y á tratar los asuntos más elevados sin las abstracciones metafísicas en que incurren los orientales y hasta los griegos, cuando la mente se concentra en sí misma. Habla siempre la Biblia por símbolos y por imágenes, como si la imaginacion hubiera adoptado aquella senda cuando la religion le vedaba la representacion pictórica. Amaestró, pues, en el arte de esplicarse con imágenes vivas, y comenzaron las invenciones simbólicas con que se enriqueció la Edad Media. Muchas razones, y no literarias, impidieron sus frutos; pero es indudable que el latin clásico quedó modificado por las ideas cristianas, dando orígen á un nuevo lenguaje, que vino á ser el idioma comun de los filósofos, y duró hasta el momento en que renació la lengua ciceroniana.

Retóricos y gramáticos.—Entre los retóricos y los gramáticos abundantes, como de costumbre en tiempos de decadencia, citaremos á Marco Servio, el cual, comentando á Virgilio, hizo uso de muchas tradiciones, después perdidas: á Tiron Delfidio, que se hizo célebre en la Galia como poeta, abogado y maestro: á Elio Donato, maestro de San Gerónimo, en Roma (364), que escribió ciertos comentarios acerca de Terencio, de los cuales no son tal vez más que un compendio poco exacto los que poseemos actualmente: trató tambien del barbarismo, del solecismo, de los esquemas y tropos, además de los rudimentos de gramática: su obra sirvió de modelo á la posteridad (8). Otro Donato dejó la vida de Virgilio, que fué quizá una introduccion á un comentario sobre las Bucólicas que se ha perdido, y escolios sobre la Eneida, á fin de revelar sus bellezas.

Nonio Marcelo de Tívoli, contemporáneo de Constantino, escribió sobre la *propiedad de los vocablos latinos*, obra pedantesca en la que á pesar de todo nos ha trasmitido muchos pasajes de antiguos autores. Sexto Pomponio Festo, trató de la *significacion de las voces* compendiando un trabajo de Verrio Flaco, contemporáneo de Augusto, sobre esta materia. Tambien él fué compendiado por Pablo Diácono en tiempo de Carlo-Magno: no nos queda más que una parte de su obra. Poseemos cinco libros de observaciones gramaticales de Sosipatro Carisio, y otros de Diómedes. Son posteriores á estos Fabio Furio y Planudes Fulgencio, quizá africano, que dejó una interpretacion de las voces antiguas, tres libros de *mitologia*, y uno de la *Continencia virgiliana*, esto es, de las cosas contenidas en Virgilio; título que ya revela la bárbara insulsez de este pedante, que no puede ser comprendido sino á costa de gran trabajo, y que comprendido se desprecia (9). Arusiano Meso, último

(6) *Historia de la Galia meridional bajo la dominacion de los conquistadores germanos*. París, 1837, t. I, pág. 419.

(7) Véase el libro VIII, cap. 20.

(8) *Ars sive editio prima de litteris, syllabisque, pedibus et tonis.—Editio secunda, de octo partibus orationis.*

(9) Aug. Van Stevern, ha publicado una edicion ele-

retórico antiguo, escribió una coleccion alfabética de frases y de locuciones rebuscadas en los clásicos (10).

Elocuencia latina.—Desde el hueco Plinio hasta Constantino, apenas se halla uno que aspire al título de orador, la ambicion del romano. Calpurnio Flaco en tiempo de los Antoninos, reunió, como Marco Séneca de los retóricos antiguos, *declamaciones de los diez retóricos menores* sobre asuntos imaginarios con poco arte, menos elegancia y ninguna espontaneidad.

Panegiristas.—Llamaban los griegos *Panegyris* á ciertas reuniones, en las cuales se invitaba á oir (ακροάσεις) disertaciones sobre cualquier asunto (11); y como los oradores, por seguir la moda de adular, se proponian comunmente el elogio de un Dios, de un héroe, de una ciudad, la voz panegírico vino á significar lo mismo que encomio. Parece que fué desconocido de los romanos republicanos, y se divulgó cuando desaparecieron las demás ocasiones de ostentar la elocuencia. El primero de que se hace memoria es el de Plinio; y si por acaso desagradó á los sucesores de Trajano esta vileza de los elogios en su presencia, renació al introducirse el fausto oriental. Nos quedan doce de ellos, desgraciadas imitaciones de no felices modelos; y son acciones de gracias y adulaciones recitadas á los augustos en nombre de la provincia por los más elocuentes. Por una casualidad todos los que nos han sido conservados en latin están escritos por galos (12); tienden á la hinchazon, y hacen consistir el arte en decir extensa y adornadamente lo que podria decirse con brevedad y sencillez.

Anicio Simaco parece que se propuso como modelo en la vida y escritos á Plinio Cecilio; en sus dias pareció un portento, y fué ensalzado á porfia por Macrobio, Amiano y Libanio; aun Prudencio al refutarle le hace superior á Ciceron (13); y dice que ninguno con más elocuencia que él alegra, estremece, truena y se hincha con el aura de las palabras. Algunos trozos suyos que han llegado á nuestros dias (14), demuestran en el alabadísimo orador los desastres sufridos por la elocuencia, no solo comparado con Ciceron sino hasta con Fronton; estima á los antiguos, pero frenético por el esplendor poético, se pierde en metáforas licenciosas y en juegos de ingenio, más ambicioso del aplauso que correcto admirador de la belleza. Nada diremos sobre sus nauseabundas adulaciones (15). Su hijo recogió en diez libros sin órden cronológico sus cartas, que no son inútiles á la historia; y el que las compare con las de Ciceron, y después con las de Plinio, conocerá la creciente degradacion de la sencillez republicana en las fórmulas serviles. Ya hemos visto (pág. 439) cuanto trabajó en favor del paganismo.

Mario Victorino africano (-370) mereció una estátua en el Foro Trajano por su elocuencia; y fué exceptuado por Juliano Apóstata de la prohibicion que impuso á los cristianos de enseñar las bellas letras; pero ni esto ni los encomios de San Agustin y San Gerónimo hacen que sus obras dejen de aparecer oscuras é incultas además de su pobreza de doctrina cuando entra en materias de fe.

Lengua griega.—La lengua griega, aunque divi-

---

gante de este libro. Leida, 1742. Y para modelo hé aquí su primer periodo: *Quamvis inefficax petat studium res, quæ caret effectu, ut ubi emolumentum deest, negotii causas cesset inquiri, hoc videlicet pacto, quia nostri temporis ærumnosa miseria non dicendi petat studium, sed vivendi flëat ergastulum, nec famæ absistendum poeticæ, sed fami sit consulendum domesticæ.*

(10) *Quadriga, sive exempla elocutionum ex Virgilio, Sallustio, Terentio, Cicerone, per literas digesta.* Esta coleccion no ha sido publicada.

(11) παν todo, y αγορα union. De este género son la Parenética de Isócrates y su panegírico, en que á lo menos fué afortunado en la eleccion del asunto.

(12) Claudio Mamertino pronunció uno en Tréveris el 20 de abril de 292, aniversario de la fundacion de Roma, en alabanza de Maximiano hercúleo, y un genetliaco celebrando el dia de su natalicio. Eumenio, natural y profesor de Autun, y compañero de Cloro, como secretario, en sus espediciones militares, nos dejó cuatro, uno con ocasion de la reapertura de las escuelas de elocuencia de Autun, otro pronunciado en Tréveris en elogio de Cloro, y el tercero y cuarto delante de Constantino. Nazario, profesor de Burdeos, escribió uno para el natalicio de los césares Crispo y Constantino; Claudio Mamertino Menor, otro para dar gracias á Juliano que le habia nombrado cónsul; Latino Pacato Deprano aquitanio, para celebrar con Teodosio la victoria sobre Máximo, citado por los contemporáneos con elogios, no desmentidos por lo que conocemos; Coripo á Justino el Jóven, en verso; Magno Félix Ennodio, diácono y después obispo, elogió al rey Teodorico. No conocemos los nombres de los demás.

(13) *Olinguam miro verborum fonte fluentem,*
Romani decus eloquii, cui cedat et ipse
Tullius; has fundit dives facundia gemmas.
Os dignum, æterno tinctum quod fulgeat auro
Si mallet laudare Deum.
PRUDENCIO, *in Symm.*, lib. 1.

(14) *Symmachi orationum partes... curante* ANGEL MAJO. Roma, 1823.

(15) Dice á Valentiniano cuando asoció á Valente al imperio. *Si qua inter cognatas cœlitum potestates hujusmodi esset, æquatio, paribus cum sole luminibus globus sororis arderet; nec radiis fratris obnoxia, precarium raperet luna fulgorem; iisdem curriculis utrumque sidus emergeret, pari exortu diem germana renovaret, per easdem cœli lineas laberetur; nec menstruo pigra discursu aut in senescendo, varias mulctaret effigies, aut in renascendo parvas pateretur ætates. Ecce formam beneficii tui astra nesciunt æmulari: illis nihil est in mundana luce consimile, vobis totum est in orbe commune.*

Con motivo del puente construido sobre el Rhin por el mismo emperador: *Eat nunc carminis autor inlustris, et pro clade popularium Xantum fingat iratum: armatas cadaveribus undas scriptor decorus educat. Nescivit flumina posse frenari, tantumne valuit rivus iliacus, ut in auxilium Vulcani flamma peteretur? Profundus didicit, quid parvus evaserit? Defensio ipsa cœlestium tuo operi non meretur æquari. Fluvium incendisse vindicta est, calcasse victoria.*

dida en varios dialectos, formaba sin embargo una sola; así cuando el rey de Persia proponia á los atenienses que se uniesen con él en contra de los demás helenos, respondieron que seria una vergüenza para ellos separarse de los que tenian los mismos dioses, templos, sacrificios y costumbres y hablaban la misma lengua (16). Entre los dialectos (que deben distinguirse bien de los que consideramos como tales) prevalecia en la escritura el ático, por los grandes escritores que le usaron y por la poderosa cultura de los atenienses. Pero los que quisieron usarle sin ser su lengua natal, cayeron en frecuentes impropiedades; por lo cual perdió su pureza con la introduccion de modismos estraños. La dominacion macedónica habia difundido el griego entre pueblos apartados y diversos, y en ciudades donde el pueblo no lo hablaba, como Pérgamo y Alejandria; de modo que se alteró tanto como se extendió. Entonces tambien escritores profundos aceptaron modismos y voces introducidas modernamente en el uso, sobre todo los que trataban de deleitar á la multitud, como Jenofonte de Efeso, Heliodoro y Cariton. Cuando se trasladó la corte á Constantinopla, se introdujeron en la lengua griega muchas palabras puramente latinas (17); y otras muchas se introdujeron tambien á consecuencia de las nuevas disputas reanimadas por la escuela alejandrina y el cristianismo. Los predicadores de éste, dirigiéndose á la multitud más que á los literatos, tuvieron que acercarse al lenguaje del vulgo; por lo que San Pablo decia que escribia en estilo vulgar, y en el Evangelio hay voces que repugnan á los mejores escritores (18), y frases de aire extranjero. Tampoco se cuidaron los Santos Padres de conservar la pureza ática; de lo cual se excusa San Basilio diciendo que hablaba muy amenudo con Moisés, Elias y otros profetas, los cuales le hablaban con verdadero sentimiento, pero con palabras descuidadas. Sin embargo debe ser colocado entre los mejores, especialmente comparandole con los escritos de los monges, que vivian solitarios en los desiertos de la Libia, ó más bien en la Siria y la Tracia.

Principió, pues, entonces la decadencia de la lengua más hermosa que han hablado los orientales, y que por más tiempo se habia conservado floreciente; lengua tan musical en la melodia, tan abundante en inflexiones, tan delicada en la graduacion de los verbos, tan lógica y clara en la sintáxis y tan rica en la composicion de las palabras. Debilitada, pero no desnaturalizada, fué transformándose en el griego moderno, mientras se conservó la parte más pura en los himnos y en las salmodias al través de tantos contratiempos, para poder cantar los fastos de la nacion regenerada.

Bajo los primeros emperadores bizantinos fué usada dignamente por algunos escritores profanos. Poseemos varias disertaciones de Ulpiano de Antioquia en Siria, contemporáneo de Constantino. Imerio de Prusias compuso más de setenta y cinco discursos, é iba predicándolos por las ciudades de Grecia, recogiendo aplausos y las gracias del emperador Juliano; pero su estilo es enfático, sobrecargado de erudicion, y desnudo de interés y de energia, Juliano hizo la misma excepcion que con Victorino, á favor de Proeresio, antecesor de Imerio en la cátedra de Atenas; pero aquel no quiso separar su suerte de la de sus colegas; y si hemos de creer á Eunapio, Roma le levantó una estátua con esta inscripcion pomposa y bárbara: *Regina rerum Roma regi elocuentiæ.*

Temistio, n. 325.—Temistio de la Paflagonia, llamado el buen hablista (*Eufrades*), era muy querido de Constancio, el que le hizo levantar una estátua de bronce, y no fué menos estimado por Juliano (19) y sus sucesores; obtuvo los primeros

---

(16) Herodoto, lib. I.

(17) En una moneda de los Efesios con el busto de Máximo César, se lee ΒΩΤΑ por *vota;* Plutarco dice que Ciceron nació ἡμέρα τρίτῃ τῶν νεῶν καλανδῶν. Tenemos una obra de Constantino Porfirogénito sobre las ceremonias de la córte de Constantinopla, en que se encuentran las aclamaciones que se usaban en el banquete imperial, introducidas, á no dudarlo, á principios del nuevo imperio. Cuando el emperador ocupa su puesto, cinco Βοκλες (*vocales,* cantores) dicen: *Conserbet Deus imperium ouestrum;* despues añade el quinto: *Bona tua semper;* el cuarto, *Bictor sis semper;* el tercero, *Multos annos bictorem te faciat Deus;* el segundo, *Bictor semper eris;* el primero, *Deus præstet,* etc. Estos cumplimientos están en letra griega. Véase *De cærem aulæ Byz.,* I, 75. Tambien hallamos οφφικιαλες του παλατιου; ρεμ σαλβαμ ποπιλλι φορε *(rem salvam pupilli fore)* αρματα por tropas; βιγιλια por vigilia; y así otros muchos.

(18) Γυρος, οψωνειον, κραβατος, αποκεφαλιζειν, ευχαριστειν, etc., etc.

(19) «La fama ha traido á nuestros oidos el nombre de Temistio; y hemos creido conforme con nuestra dignidad imperial y la vuestra, recompensar su virtud de un modo correspondiente á su mérito, agregándole á la asamblea de los nobles padres; de esta manera la una será honrada por el otro; porque el Senado verá en esta disposicion, no solo un efecto de mi benevolencia hácia Temistio, sino tambien un testimonio de la estimacion que tengo á un cuerpo digno de poseer tal filósofo. De modo que la recompensa del uno honrará al otro, y la gloria de este se reflejará sobre cada uno de los que estén admitidos á tomar parte en ella; pues los medios de distinguirse son varios, conquistando fama unos con la riqueza y con los bienes, otros con servicios al Estado, y otros tambien con la elocuencia; en una palabra, si más de un sendero conduce á la gloria, verdad es tambien que todos son torcidos ó falsos, quedando uno solo seguro y sólido, que es el de la virtud. Por lo cual, siempre que se trate de asociar alguno á vuestra órden, examinad antes de todo si sigue este sendero, y preferid á todo otro mérito el de la rectitud de ánimo, y el de corazon virtuoso; porque estas dos cualidades son el principal objeto de la filosofia. La erudicion de Tesmitio bastaria para juzgarle digno de los mayores honores, aun cuando la encerrase dentro de sí mismo y la gozase en silencio; porque la virtud merece elogios aunque no se manifieste con discursos, y no se digne mostrarse á los ojos

honores, y aunque no era cristiano, educó á Arcadio, fué amigo de Gregorio Nacianceno, y tuvo por discípulos á Libanio y Agustin. En lugar de aceptar un estipendio de los oyentes, socorria á los más necesitados. Explicó un sistema de filosofía deducido de Pitágoras, Aristóteles y Platon; y adquirió sobre los escritos de éstos un estilo claro, dulce, elegante, rico en pensamientos y en energía. En treinta y tres panegíricos que escribió, para siete emperadores sucesivos, no fué un trivial adulador, y supo mezclar alabanzas con útiles verdades; superó á los demás en estudio, conocimiento y arte, y ayuda con buenas noticias á la historia. Parece muy extravagante á nuestras costumbres su entusiasta oracion sobre la belleza de Graciano (20).

Libanio, 314-390.—Libanio de Antioquia junto al Oronte, corrigió con buenos maestros los estudios que habia hecho con los malos, y en Constantinopla explicó sofística, con tanto aplauso, que sus émulos envidiosos le acusaron de magia y de toda clase de desórdenes. Fue desterrado por esto, y abrió su escuela en Nicomedia, en Nicea y en Atenas: llamósele después á Constantinopla, y tanto se indignó de las intrigas de sus enemigos, que les volvió la espalda y se encerró en Antioquia, lamentándose de ver sucumbir al helenismo en el gusto y en la religion. Los maestros cristianos habian hecho prometer á Juliano que no volveria á oir á Libanio; por lo cual aquel, ávido de lo prohibido, leyó sus escritos, y tal pasion tomó por ellos, que los escogió como modelos. Apasionóse más aun de Libanio por el afecto que tenia á la religion y á las costumbres antiguas; asi es que cuando subió al trono quiso manifestarle por si mismo su gratitud, y más cuando no le vió acudir al palacio con la turba de filosofantes. Cuando estuvo en Antioquia le visitó Libanio, pero sin demostrar demasiada solicitud, y no se volvió á presentar sino cuando fué invitado formalmente, con lo que dió mayor mérito á los panegíricos que dirigió al filósofo guerrero, al cual se conservó fiel aun después de muerto.

Usó con mucha propiedad el lenguaje y el estilo hasta hacerle rebuscado; pero no se elevó á una elocuencia verdadera de graves y serios pensamientos, que tuvieran influencia en el corazon y manifestasen una inteligencia convencida y un sentimiento entusiasta. Los *proginasmos* son ejemplos de ejercicios retóricos, que podrian convenir á aquellos maestros modernos de elocuencia, á quienes agrada el trabajar poco y enseñar á los jóvenes á pensar con la cabeza de otro (21). El *discurso sobre los propios casos* (περὶ ἑαυτοῦ τύχης) es una autobiografía insípida. Cítanse otras muchas obras suyas. A más de cuarenta suben sus disertaciones sobre asuntos de capricho, y más de dos mil son las cartas dirigidas á quinientas personas, entre las cuales se cuentan emperadores, generales, gobernadores, literatos, obispos, santos tales como Basilio y el Crisóstomo. Su discurso *á la juventud sobre la alfombra* (πρὸς τοὺς ὑεοὺς περὶ τοῦ τάπητος) manifiesta hasta donde llegaba la insolencia de los escolares de Antioquia, los cuales habian dispuesto en tierra una alfombra para que su maestro tropezase y cayese. En otros discursos nos revela muchos abusos de su tiempo, asi como la arbitrariedad con que los prefectos de Antioquia detenian á los campesinos que iban á llevar víveres á la ciudad, y obligaban á ellos y á sus caballerías á trabajar en las obras públicas; las prisiones hechas por capricho y con malos tratamientos; el mal proceder de algunos del campo que para librarse de las vejaciones de los militares, se ponian bajo la tutela de los oficiales, y después abusaban de ella para negar á sus señores la renta y el censo (22). En una carta se disculpa de haber interrumpido sus lecturas por haber enfermado de la lengua (23); en otra se queja del furor con que los monges derribaban los templos (24).

Juliano.—Es una de las más bellas y originales composiciones de la literatura la fábula de Juliano, titulada: *Los Césares*. Durante la libertad de las saturnales convida Rómulo á un banquete á los dioses entre quienes figura; y los emperadores que han reinado en la ciudad por él fundada están sentados en los primeros puestos en elevadas sillas. Debajo de la luna tienen una mesa los otros. A medida que aparecen los tiranos, inexorable Némesis los precipita en el Tártaro; de los demás se burla delicadamente juzgándolos Sileno. A los postres hace Júpiter que anuncie Mercurio como se adjudicará una corona celeste al que mas méritos reuna entre los convidados. De súbito se presen-

---

vulgares. No está, sin embargo, en este caso la persona de que os hablo; no ha escogido un género de filosofía que no se comunique á los demás; antes al contrario, lejos de querer poseer solo un bien que ha conquistado con su trabajo, emprende otros mayores para participarlos al prójimo haciéndose el intérprete (προφήτης) de los sabios antiguos, y el hierofante de los misterios impenetrables de la filosofía; y no deja extinguirse ni perecer de vejez las antiguas doctrinas, sino que se esfuerza en rejuvenecerlas y darles nueva fuerza, dando á todos los hombres el ejemplo para que vivan segun dicta la razon, y para qne se encaminen á la ciencia.»

(20) Ἐρωτικὸς ἢ περὶ κάλλους βασιλικοῦ. Oracion XIII, pág. 161 de la edicion de Petavio.

(21) Libanii *sophisthæ præludia oratoria, declamationes et dissertationes edidit Morelli.* Paris, 1607-27, 2 tomos.

Orationes et declamationes recensuit et perpetua adnotatione illustravit J. J. Reiske. Altemburgo, 1791, 4 tomos.

Epístolas edidit Wolfius. Amsterdam, 1738.

(22) Περὶ τῶν προστασιῶν—περὶ τῶν γεωργῶν—περὶ τῶν ἀγγαρείων—πρὸς τὸν βασιλέα—περὶ τῶν δεσποτῶν.

(23) Περὶ τῶν φαρμάκων.

(24) Ὑπὲρ τῶν ἱερῶν.

tan para concurrir al premio Julio César, Augusto, Trajano, Marco Aurelio, Constantino, y para completar la compañia, Alejandro de Macedonia. Cada cual espone pomposamente sus hazañas, á escepcion de Marco Aurelio que calla modestamente. Entonces los jueces, grandes conocedores de las almas, escudriñan las intenciones secretas, é inducen á los contrincantes á confesar que la gloria, el poder, el placer fueron su único norte. Constantino es escarnecido, y Marco Aurelio alcanza el premio, por haber permanecido filósofo sobre el trono, proponiéndose imitar á la divinidad.

No es nueva la idea, y ya Luciano habia llamado á los muertos á juicio ya burlesco ya severo. Pero aquí se aumenta la importancia del asunto con la magestad de los actores y del autor que, constituyéndose en juez de sus predecesores, podia apreciar con exactitud la posicion de cada uno, cuando no le descarriaba el espíritu de partido, y que, en su aprobacion ó en su censura, formulaba su propia sentencia (25).

Acaso tuvo parte Libanio en su *Misopogon*, si bien es más seguro que la tuvo Máximo, á cuyo exámen sometia sus escritos. Es un trabajo de circunstancias y de estilo fácil alternativamente trivial y agudo, ingenioso é insulso, en el que como en las sátiras, hay mucho falso entre algunas verdades. Irritado contra los de Antioquia finge ejercer su mal humor contra sí propio, exagera sus propios defectos y representando como otras tantas imperfecciones sus buenas cualidades, hace contrastar estas con los vicios de Antioquia, que convierte en virtudes (26).

Juliano, de punzante ingenio, frecuentemente degenera en consticidad indecorosa; y mientras se muestra filósofo, se falta á sí propio á cada instante por despecho y por ira, hasta que olvida su papel

---

(25) «No creo que en ninguna obra tan corta se hallen á la vez tantos caractéres y costumbres, tanta solidez y delicadeza, tanta instruccion sin que nunca tome el autor el tono dogmático; tanto chiste y jovialidad sin que jamás deje de ser instructivo. En suma, entiendo que *Los Césares* deberian despreocupar ó servir á lo menos de embarazo á aquellos que han consagrado estimacion esclusiva á las producciones de la antigua Grecia.» LA BLETTERIE, *Historia del emperador Joviano. Prefacio.*

(26) «No hay ley que prohiba censurarse ó alabarse á sí propio. Si deseara hablar bien de mi persona, la verdad me obligaria al silencio; pero proponiéndome hablar mal no temo que se agote tan pronto la materia.

»Empiezo por mi figura. Nada tenia de regular, ni aun de suficientemente linda, y, por estravagancia, nada más que por castigarla de no ser bella, la he hecho monstruosa, llevando esta larga barba, selva donde se anidan los insectos fastidiosos que dejo se paseen por ella impunemente. Me obliga á comer y á beber con circunspeccion estremamada, pues ciertamente la ensuciaria si no tuviera mucho cuidado. Por fortuna no me cuido de dar ni de recibir besos.

»Decis que es buena para hacer cuerdas, empleadla en este uso, lo consiento; pero es dura y temo que no logreis arrancarla sin ofender vuestras delicadas manitas. ¿Creeis afligirme con vuestras burlas? ¿No veis como les hago frente? ¡Me costaria tan poco hacer caer bajo la navaja esta barba espesa y puntiaguda, y dar á mis megillas cierto aire de frescura, y esas gracias infantiles, propias de mujeres y que las hacen tan amables! Vosotros hasta con cabellos blancos, quereis pareceros á vuestras hijas; por refinamiento de delicadeza, ó por sencillez acaso, manteneis en vuestro rostro una juventud eterna, y en vuestras facciones, no en vuestra barba, se conoce que sois hombres.

»Como si no bastara dejarse crecer una barba enmarañada, mis cabellos mal peinados no dan mucho que hacer á los barberos: rara vez me corto las uñas, y mis dedos están manchados de tinta. ¿Quereis saber mis secretos? Tengo el pecho velludo y erizado como el del rey de los animales. Jamás he buscado el socorro del arte para seguir la moda, y siempre he tenido la rareza, la mezquindad de conservar lo que la naturaleza me ha dado. Si tuviera una berruga no os la ocultaria tampoco; pero no tengo ninguna, ni aun de aquellas que merecen vuestra indulgencia.

»Bastante he hablado del cuerpo, hablemos del espíritu ahora... Mi método de vida es estravagante como mi persona. Mi aficion me destierra del teatro, y soy tan insensible á lo bello que cierro á los cómicos la puerta del palacio, donde no entran más que el primer dia del año; presto entonces tal atencion, que bien se concibe que solo se trata de una ceremonia. El tributo que exige de mí la tirania de la costumbre, lo pago con la reserva de un arrendatario que lleva de mala gana á un señor lleno de dureza la parte que le adeuda...

»Pero oid aun cosas más estraordinarias. Ningun deudor odió tanto el tribunal como yo el hipódromo; por eso me veis rara vez en su recinto: no me presento allí más que en las fiestas solemnes, diferenciándome considerablemente en esto de mi primo, de mi tio, de mi hermano; léjos de invertir allí todo el dia, no me asiste paciencia para ver más de seis carreras. Asisto sin interés, sin enojo, y sin más placer que el de marcharme.

»Por lo que hace á mi vida interior, duermo sobre un lecho muy duro, comparto la noche con ocupaciones graves y un sueño lijero é interrumpido. Un alimento tan frugal que parece dieta, me hace de humor áspero, dándome un no se qué de inconciliable con las buenas maneras de una ciudad engolfada en las delicias. Caros amigos, no me reconvengais por este método de vida, no siendo mi intencion ofenderos con el contraste; y perdonadme la ridícula preocupacion de que fuí esclavo desde mi infancia, de hacer la guerra á mis sentidos, y de contenerlos dentro de los límites de la más estricta templanza. Por eso jamás ha padecido mi estómago los inconvenientes de un esceso; y desde que fuí elevado á la dignidad de césar, solo una vez me he visto obligado á aligerar su peso, y no por intemperancia...

»Cuando estuve en Paris, mis modales obtenian la indulgencia de una nacion tosca como son los galos, pero es injusticia por mi parte pretender que no enojen á una ciudad brillante como la vuestra, llena de pueblo, de riquezas, de solaces, punto de reunion de bailarines y flautistas; á una ciudad donde hay más cómicos que ciudadanos y habituada á tratar con desden á sus príncipes... Estas nobles inclinaciones que os siguen donde quiera, brillan singularmente en el teatro y en las asambleas públicas. Aquí el pueblo vocifera y aplaude con estruendo, aquí los magistrados se perpetúan en virtud de profusiones: tambien adquieren una celebridad que jamás tuvo el legislador de Atenas por su entrevista con el rey de Lidia. Aquí no se

completamente, y dejando la ironía, prorrumpe en injurias contra los moradores de Antioquía, donde, segun su dicho, hay mas histriones que ciudadanos. El amor de la libertad les hace negarse á prestar obediencia á las leyes, á los magistrados y á los dioses: van á los templos por complacerle, aunque sin guardar allí silencio y compostura, y les opone el contraste de los atenienses, tan devotos á los dioses, tan comedidos con los extranjeros (27).

Atento á combatir la religion de Cristo, con toda clase de armas, é hinchado especialmente con la vanidad de autor, creyó útil oponer al cristianismo una refutacion completa, y pensó que nadie saldria más airoso que él de esta empresa. Compuso, pues, un escrito titulado: *Contra los cristianos y sus creencias*, obra de tanto peso, en concepto de Libanio, que destronaba á Porfirio (28). Cirilo de Alejandria nos ha conservado una buena parte en la refutacion que hizo de ella. Amontonó cuanto se habia dicho anteriormente contra el cristianismo, con especialidad por Celso, añadiendo las ideas de Máximo, de Prisco y de algunos otros de sus amigos, dando á tal conjunto la autoridad del nombre imperial. «Su objeto, dice, es esponer á todos los hombres las razones que le persuadieron de que la doctrina de los galileos era una invencion humana, sin tener nada de divino, y que habia sido compuesta malignamente para engañar á la parte crédula y pueril del alma, propagando como verdaderas ciertas fábulas prodigiosas.» Empieza por desafiar á sus adversarios á que se atengan á las reglas de un juicio ordenado y á no recriminar antes de haber refutado. Sabia la ventajosa posicion que tenian los cristianos cuando analizaban el helenismo, y que la fuerza de la verdad consiste en el conjunto y no en el detalle de las pruebas. Imputa, pues, á los cristianos el haberse empeñado en una senda peculiar suya, tomando de los hebreos su desden hácia los dioses, de los griegos el menosprecio á la cir-

---

ve más que hermosura, gracias, estaturas elevadas y barbas recien cortadas. Como entre los feacios, jóvenes y viejos concuerdan en el amor al lujo y á los placeres.

»¡Y qué, Juliano! ¿Fuiste por ventura tan necio que creyerás que nos acomodaríamos á tu tosquedad, á tu rudeza, á tus estravagancias? ¡Oh hombre mal aconsejado y anhelante de odios! Φιλαπέχθη μονέστατε. ¿Qué has hecho de tus conocimientos tan encomiados por tus viles aduladores? ¿Cómo se ha prestado á tales estravagancias esa alma, único objeto de tu recreo y de tus cuidados, esa alma que te aplicas de contínuo á embellecer y á adornar de sabiduría? Te lo diremos claramente: en qué consiste la sabiduría, no lo sabemos, hemos oido hablar de ella, aunque no tenemos ninguna idea. Si para ser sabio se necesita imitarte, tener como indispensable la sumision á los dioses y á las leyes, no insultar á sus iguales, tomar la defensa del pobre contra el rico que le oprime, arrostrar, cual lo haces á menudo, en interés de la justicia, las injurias, las cóleras y las enemistades: ser dueño de tí propio, sofocar el resentimiento, regular el corazon: esa sabiduría es estraña de todo punto. Si es necesario renunciar hasta á los placeres que no deshonran al que los disfruta: si la sabiduría no puede conciliarse con la asistencia á los teatros: si no se reconcilia jamás en el secreto de las casas con los que la ultrajan públicamente; no hay para tí escapatoria, y entonces querrás arrastrarnos al precipicio. Solo la palabra de subordinacion nos horroriza, no queriendo depender de Dios ni de la ley. ¡Viva la libertad!

»¿Hay perversidad igual á la tuya? ¿Qué, no quieres consentir en que te llamen señor, que declaras que no lo eres: montas en cólera á consecuencia de un título autorizado por el uso, juzgándole demasiado fastuoso, y sin embargo exiges que obedezcamos tu autoridad y la de las leyes? Adopta más bien el nombre de señor y de soberano y déjanos de hecho la independencia. No, no, tirano en realidad, solo eres bueno en la apariencia. ¡Hase visto barbárie como la de impedir que los ricos abusen de su crédito en los tribunales, y prohibir el oficio de delator á los pobres!»

(27) «¿Descuida acaso tu brutal cólera ninguna ocasion de mortificarnos? Frecuentemente te diriges á los templos y por complacerte corre el pueblo en tropel á aquel adonde debes dirigirte: por esa razon muchos magistrados proceden del mismo modo. Hácente allí una pomposa acogida, aplausos, aclamaciones como en el teatro, nada se economiza. ¿Qué más se necesita para contentarle? ¿Por qué negar á nuestro celo las alabanzas á que tiene derecho? Pero no, tu pretendes saber más que el oráculo de Delfos, y respondes á nuestro conato por complacerte con censuras: nos reconvienes por nuestros gritos: nos echas en cara la pretendida falta de decoro de nuestras aclamaciones, y nos dices:—Rara vez acudís al templo por los dioses, y cuando asistís por mi persona, reinan en el lugar santo el tumulto y la irreverencia. Personas cuerdas y virtuosas no deben olvidar que Homero recomienda el silencio religioso, y que conviene hacer en el recogimiento votos para atraerse las bendiciones celestiales. Si tales clamores no fueran reprensibles ¿hubiera reprimido Ulises los arrebatos de Euriclea? —Somos viles mortales y nos poneis en la categoría de los dioses, nos prodigais un incienso robado á los altares. Si no me engaño, ni aun esos mismos dioses necesitan de vuestras adulaciones: lo que nos piden se reduce á un culto prudente y moderado ó modestas oraciones.

»Sufre, pues, Juliano, que te aborrezcan, que te muerdan en secreto y te insulten públicamente. Devora las injurias, ya que te desagradan las alabanzas. Si no te amoldas á su género de vida podrán perdonarlo; pero ¿cómo escusarte de los demás? Tu no divides con nadie tu lecho: eres un salvaje, á quien no puede domesticar cosa alguna. Tu corazon, inaccesible al deleite, resiste á sus más poderosos atractivos. Te piden por primer recreo tu propia metamórfosis: te conjuran á que pueblen los teatros de bailarines y de bailarinas, de actrices descaradas, de mancebos que rivalicen en belleza con las mujeres, de hombres afeminados y mas muelles que las señoras. Te piden asambleas y fiestas, aunque no de las consagradas á los dioses, en las que se necesita sabiduría y decoro: de estas celebras demasiadas, y ya todos están para siempre hartos y fastidiados de ellas.»

Así continuando, desciende á muchas particularidades, especialmente relativas al cristianismo, después acaba con invectivas, arrojando completamente la máscara mímica que hasta entonces habia conservado.

(28) Véase *Juliani imp. opera quæ supersunt omnia, edicion Spanheim.* Leipzig, 1696. *Juliani quæ ferunter epistolæ, edicion Heyler.* Maguncia, 1828, en 8.º

cuncision y á las demás ceremonias mosáicas, y el ofrecer víctimas cruentas. Pasa en seguida á censurar muchos de sus ritos. Después se apoderaron los apologistas de muchas de sus censuras para demostrar la antigüedad cuestionada de ciertos dogmas y de costumbres que algunos presentan como nuevas.

Versado en el arte del sofista, sabe hasta qué punto se deja engañar el vulgo de los sabios con citas sacadas del libro que se refuta, lo cual, al paso que demuestra la buena fe del impugnador, opone al atacado la mayor prueba, esto es, su confesion propia, pero para esto seria menester que las citas fueran sinceras. Ahora bien, los lectores ordinarios, esto es, los más no se cuidan por saber si están alteradas ó desnaturalizadas al segregarlas del texto, si la interpretacion que se les da es arbitraria. En esto se fiaban Juliano y sus imitadores, así como sus panegiristas del siglo pasado, que comprendieron, á semejanza suya, cuan al vivo hiere el ridículo, y se sirvieron de ellas para desacreditar las cosas mas santas, con gran diversion de la muchedumbre (29).

No bien apareció la obra de Juliano fué refutada por Apolinar de Laodicea: el autor no empleó más argumentos que los sacados del buen sentido sin recurrir á las Sagradas Escrituras. Juliano, después de haber visto este trabajo, escribió lo siguiente: *He leido, comprendido y despreciado.* A lo cual respondió un obispo: *Has leido: no has comprendido; si hubieras comprendido, no hubieras despreciado* (30).

Fué combatido más directamente cincuenta años más tarde por Felipe de Sida, San Cirilo y Teodoreto, quienes hacen ver cuanto ha desnaturalizado los hechos el sofista imperial, que mal ha interpretado los dogmas, como ha atacado las verdades más evidentes.

Carecen de espontaneidad las cartas de Juliano, si bien revelan su filosofía, y un distinguido talento que se estravia á veces en estrañas pueriliidades. Con motivo de un envio de cien higos secos de Damasco dirigidos á Serapion, consagra la mitad de una larguísima carta á encomiar esta fruta con lugares comunes de retórica y acumulando citas de autoridades; contiene el resto el elogio del número ciento por sus propiedades aritméticas y por su poética predileccion, en atencion á los cien brazos de Briareo, á las cien ciudades de Creta, á las cien puertas de Tebas, á la hecatombe, á las centurias, á los centuriones, á los centumviros y á otras cosas de esta especie. Algunas de sus cartas son rescriptos imperiales; las hay tambien que están llenas de bajezas respecto de escritores á quienes prodiga incienso, y de protestas de adhesion que, aun manifestadas por un escolar, parecieran escesivas.

Difícilmente halla una escusa en lo crítico de las circunstancias en que se hallaba colocado y en la necesidad del fingimiento, la abyecta adulacion que respiran sus diversos panegíricos en honor de Constancio y de Eusebia. Su discurso sobre el *Sol invencible* es un elogio del *Logos* de Platon: pone en tortura su mente con motivo del de la madre de los dioses, para esplicar alegóricamente el torpe culto de Cibeles. Sus discursos contra Heraclio y otros cínicos son diatribas. Cuando separaron de su lado á Salustio en las Galias, Juliano probó á consolarse con escritos en que está sofocado el cariño que los dictara entre un monton de alusiones y de citas (31).

---

(29) Entre los artificios empleados contra la religion en el siglo pasado, citaremos el del marqués de Argens, á quien ocurrió reconstruir la obra de Juliano, y mandarla imprimir bajo el título de *Defensa del paganismo por el emperador Juliano*, en griego y en francés, Berlin, 1764. Refutóla victoriosamente Jorge Federico Meyer, en el *Beurtheilung der Bertrachtungen der Herrn marquis von Argens uber des Kaiser Julian*, Halle, 1764; y Guillermo Crichton, *Betrachtungen uber des Kaiser Julian Abfall von der christlichen Religion und Vertheidsgung des Heidenthums*, Halle, 1765.

(30) Es intraducible este juego de palabras: ἀνέγνων, ἔγνων, κατέγνων. La respuesta fué: ἀνέγνως, ἀλλ' οὐκ ἔγνως, εἰ γὰρ ἔγνως, οὐκ ἂν κατέγνως.

(31) «Deleita ver á un hombre admirado en la corte y sobre el campo de batalla, escribir y pensar en su gabinete y hablar como filósofo á los pueblos á quienes sabe gobernar como rey. Juliano reunió estas dos cualidades: pero observemos que no eran ni con mucho tan raras entre los antiguos como entre nosotros. En Roma cultivaron las letras muchos emperadores. César fué rival de Ciceron en la tribuna, y quiso serlo de Sofocles en el teatro. Augusto, escelente escritor en prosa, hizo tambien tragedias y poemas: Calígula aspiró á la palma de la elocuencia. Claudio escribia con pureza, y compuso una historia de su tiempo. Consagróse la ardiente é impetuosa imaginacion de Neron lo mismo á la música que á la poesia. Adriano, poeta, pintor, historiador y arquitecto, pasó por el primer orador de su siglo. Marco Aurelio, filósofo como Epícteto, fué tambien escritor á imitacion suya. Séptimo Severo, orador en las lenguas griega y latina compuso los recuerdos de su reinado. Alejandro Severo cantó las virtudes que su corazon poseia, y celebró en verso á los emperadores más humanos que le habian precedido en el trono. Los dos Gordianos fueron magistrados, guerreros, literatos; y uno de ellos publicó antes de reinar un poema en treinta cantos en loor de Marco Aurelio y de Antonino. Balbino, elegido por el Senado y muerto por los soldados, alcanzó triunfos en la poesia y en la elocuencia. Galieno, voluptuoso y valiente, célebre por sus victorias y por sus sutilezas, sabia escribir perfectamente é hizo versos henchidos de deleite y de gusto. Tácito, soberano del mundo, se jactaba de descender del historiador de este nombre, y no pasaba una sola noche sin dedicarse á la composicion y á la lectura. Erigióse una estátua á Numeriano como orador, y un solo rival le disputaba en el imperio la palma de la poesia. Constantino, asociando los usos de la antigua Roma á los de la Iglesia, y los derechos del trono á los del altar, fué á un mismo tiempo emperador y orador sagrado: compuso y pronunció muchos sermones, y nos queda su *Discurso á la asamblea de*

Pero el sutil Juliano, el hábil y diserto Temistio, el abundante y pomposo Libanio, el violento é irascible Eunapio, y todos los demás discípulos de esta escuela, eran hombres de lo pasado: el porvenir se hallaba ya en otras manos.

---

los santos, hecho y leido en Bizancio el dia de Pascua por este sucesor de César y de Augusto. De consiguiente, antes de Juliano habian ocupado diez y seis emperadores un lugar distinguido entre los escritores de Roma.» THOMAS.

CAPÍTULO XXI

LITERATURA CRISTIANA.

Diferentes caminos seguian los Padres de la Iglesia, no buscando el arte por sí mismo, sino haciendo servir la forma al pensamiento, y creando una literatura de un carácter nuevo, cuando la literatura antigua perdia el suyo.

Hasta su tiempo nunca se habia pensado en congregar al pueblo en una iglesia, á fin de manifestarle lo que debia creer y como adorar y obrar. Antes el conocimiento de las cosas sagradas, como todo lo demás, constituia un privilegio del menor número y nunca se habia comunicado al vulgo. Además ¿qué se hubiera podido predicar en el templo, cuando ni los mismos doctores estaban de acuerdo en punto á la moral y á los dogmas? Limitábase la elocuencia antigua á los intereses particulares de un ciudadano ó de una ciudad; á lo sumo discutia algun filósofo con sus discípulos, si bien sobre doctrinas especiales, desprovistas de carácter público y universal.

Desde el momento que Cristo dijo: *Id y predicad á todos*, la verdad universalmente aceptada debia ser espuesta á la congregacion de los fieles: era necesario esplicar lo que importaba á la salvacion de todos. Tomaba el sacerdote á su cargo al niño desde la más tierna edad, y con ayuda del catecismo le insinuaba en las verdades más sublimes; y, merced á esta enseñanza, hasta la niña se hallaba en disposicion de responder acerca de lo que ignoraban Aristóteles y Platon. Semejante enseñanza duraba tanto como la vida, ora confirmando á los creyentes, ora convirtiendo á los estraviados ó persuadiendo á los incrédulos.

En un principio fué apoyada la predicacion por la evidencia del milagro, y el Espíritu Santo, que hablaba por boca de los apóstoles, no necesitaba de las persuasiones de la humana sabiduria (1); pero cuando la religion se estendió por la sociedad, mezclándose con ella, se proveyó de las armas de que se servia el error para combatirla, y la elocuencia pasó desde la tribuna al púlpito, de la política á la moral, de los intereses del mundo á los del cielo.

Como arte tomó vuelo tan pronto como pudo resonar libremente desde el púlpito la palabra divina.

Posteriormente, cuando salió triunfante la Iglesia, del mismo modo que se adornó con pompas y aparatos, quiso tambien rodearse del prestigio de la elocuencia, y suplió con el auxilio del arte la antigua fé que se habia entibiado.

Su primer campo fueron las luchas contra los arrianos: luego sube de punto, merced á oradores que al combatir el orgullo del saber y la indocilidad del corazon que sostienen el parangon con los que la antigüedad produjera más ilustres, y sobrepujan en mucho á sus contemporáneos. Con especialidad en Oriente saben los Padres hacer que se plegue, no solo el arte, sino tambien el habla de los griegos, á las inspiraciones sagradas, y á esplicar las nuevas ideas de la fe: sin embargo, este idioma no cesa de ser lo mismo que era cuando tronaba con Demóstenes ó lisonjeaba con Isócrates: es como una melodia antigua que se hubiera adaptado á una nueva letra. Necesitábase esta cultura para ganar á la fe á las gentes instruidas y á los muchos que se habian ejercitado en los ejercicios retóricos. Por eso Juliano intentó embotar un arma peligrosa para su creencia escluyendo á los cristianos de la escuela. Unánimemente protestaron contra aquel inícuo edicto, y desde entonces se aplicaron con mucho más celo al estudio, como acontece con las cosas vedadas; de modo que Gregorio Nazianceno decia á los paganos: *Os abandono todas las demás riquezas, nacimiento,*

(1) I *Corintios*, II, 4.

gloria, autoridad, bienes, que se desvanecen como un sueño; yo me reservo la elocuencia, y á trueque de conseguirla, no economizo fatigas, ni viajes por mar y tierra (2).

Es de sentir que las persecuciones de que fué víctima Atanasio por parte de sus enemigos, no hayan dejado sobrevivir ninguno de los discursos que pronunció durante su vida borrascosa, y con cuya ayuda trastornó el mundo cristiano. En sus obras de controversia (3) consagradas más bien que á la moral al dogma, desdeña las galas así como las formas de la retórica y de la filosofia griega, estrechando la argumentacion, sin tocar nunca una cuerda patética, y acreditando no menos que la energia de la voluntad, la conviccion de la inteligencia.

Gregorio y Basilio.—Al revés, Gregorio Nazianceno y Basilio se engalanan con todos los ornamentos del arte, aplicándose no á segregar de un cuerpo vigoroso los miembros infestados, á semejanza de Atanasio, sino á reconciliarlos por el amor. Se ocupan menos en discutir la exactitud del dogma que en mejorar las costumbres, y avivando sus exhortaciones, con la elocuencia de un lenguaje castizo, y con el entusiasmo del convencimiento. Abandonando el pueblo griego los talleres, donde ganaba el cotidiano sustento, acudia curioso y anhelante á aquella enseñanza, que ocultaba el arte de Atenas bajo una sencillez popular y persuasiva (4). Sus discursos son más inteligibles para nosotros que los de los antiguos oradores, porque la causa de la humanidad, por ellos patrocinada, es más universal, más vital que la de una república. Después de tantos siglos todavia nos ofrecen el cuadro vivo de las luchas interiores, de las incertidumbres, de las esperanzas que acompañan al hombre en la corta travesia desde la cuna hasta el sepulcro.

Basilio (5) desarrollaba á las miradas del pueblo de Cesarea, las maravillas de la creacion, para conducirle después á la contemplacion del Criador. Todas las mañanas y todas las noches esponia el órden de las estaciones, los movimientos alternativos del mar, los instintos diversos de los animales, sus emigraciones regulares, y todo lo que produce más admiracion en la naturaleza humana (6). «Si algunas veces, esclama, en una noche serena habeis pensado en el Criador del universo, fijando vuestros ojos en la inefable hermosura de los astros; si te has preguntado quién es el que ha sembrado el firmamento con tantas flores; si has estudiado durante el dia las maravillas de la luz, y si te has elevado por las cosas visibles hasta las invisibles, en ese caso, eres un oyente perfectamente preparado, y puedes ocupar un puesto en este magnífico anfiteatro; venid á semejanza del que coge por la mano á los que no conocen una ciudad, así os voy á guiar como extranjeros á través de las maravillas de esta gran ciudad del universo.»

Describe y esplica con ayuda de una física errónea á menudo, si bien con imaginacion inteligente, y elevando de contínuo las almas hácia el Criador, y haciendo brotar reflexiones morales de este gran libro de la naturaleza, en que todo es símbolo para quien sabe consultarlo. «Pero ¿puedo yo descubrir la hermosura, tal como aparece á los ojos de su Criador? Si el Océano es bello y digno de elogio delante de Dios, ¡cuanto más hermoso no es el movimiento de esta asamblea cristiana, en que las voces de los hombres, de los niños y de las mujeres, confundidas y resonantes, como las olas que se estrellan en la playa, elevan hasta el mismo Dios nuestras oraciones!»

Sus homilias están llenas tambien de uncion evangélica, y especialmente de caridad. Por eso fué llamado el Predicador de la limosna, pues era á sus ojos un medio de reparar la desigualdad de las riquezas, principalmente en unos tiempos en que, segun cuenta el mismo santo, se veia obligado á veces un padre á vender un hijo para comprar pan a los demás; espectáculo que arrastraba á Basilio hasta el punto de considerar toda riqueza como resultado del robo inícuo.

Pinta la fragilidad de la vida y de todas las cosas humanas con los colores de la Biblia, tan diferentes de los de Simónides y Estesicoro: hácela, por decirlo así, palpable con contínuas imágenes vivaces: «De la misma manera, dice, que los que duermen dentro de un barco son empujados hácia el puerto, y llevados sin saberlo, al término de su viaje, así en la rapidez de nuestra vida fugitiva somos arrastrados hácia el último término por un movimiento insensible pero contínuo. Duermes y el tiempo pasa; velas y meditas; y no por eso deja de correr tu existencia. Somos correos, obligados á dar cima á un viaje. Pasas delante de todo: detrás de tí todo lo dejas; en el camino has visto árboles, prados, aguas, y todo cuanto puede recrear la vista. Has esperimentado un instante de embeleso y has pasado adelante; pero has caido sobre piedras, precipicios, entre fieras, reptiles venenosos y otras plagas. Después de haber padecido un poco, los has dejado detrás de tu huella. Tal es la vida; no son durables sus penas ni sus placeres.»

Inducia el mismo asunto á la meditacion á su amigo Gregorio Nacianceno (7), inferior á Basilio

(2) Contra Juliano.

(3) Han sido publicadas por el P. Mabillon en 3 tomos en fólio, 1698.

(4) Debemos á Mr. Villemain una brillante disertacion sobre *La elocuencia cristiana en el siglo* IV.

(5) *Sancti Basilii Cæzareæ Capadociæ archiepiscopi opera; ed. Jul. Garnier.* Paris, 1721-1730; 3 tomos en fol., reimpresas últimamente en 6 tomos en 8.°.

(6) *Exameron.*

(7) *Gregorii Nazianzeni opera græce et latine ex interpretatione Jac. Billi Prunæi.* Paris, 1609-1611. Una edicion mejor emprendió después un benedictino; pero fué

en genio, aunque de una imaginacion más brillante y más graciosa. A fin de tener libros que sustituir á los poetas profanos, cuando Juliano se los prohibió á los cristianos, compuso versos, inferiores en arte á los de los clásicos, si bien nuevos por sus sentimientos y su verdad. Indagando en ellos el enigma de nuestra existencia esclama: «¿Qué fuí? ¿Qué soy? ¿Qué seré? Lo ignoro. Interrogo á los sabios y ninguno me sabe responder. Envuelto en nubes ando errante de un lado á otro, sin tener nada, ni aun siquiera el sueño de lo que deseo: pues estamos caidos y estraviados. Y mientras la nube de los sentidos pesa sobre nosotros, y parece más sábio que aquel que por la mentira de su corazon vive más engañado. ¿Qué soy? porque lo que era ha desaparecido, y ahora soy otro hombre. ¿Qué seré mañana, si soy todavia? Nada duradero. Paso y me precipito á semejanza del curso de un rio. Dime á que me parezco más, y parándote en este punto, contémplame antes de que me disuelva. No se vuelven á pasar ya las ondas que se han pasado: no se vuelve á ver el mismo hombre á quien se ha visto una vez. Alma mia. ¿Qué eres? ¿de donde emanas? ¿quién te ha puesto para mover un cadáver? ¿quién te ha impuesto las cadenas de esta vida? ¿cómo tú que eres el soplo de vida te has mezclado á la materia? ¿cómo tú que eres espíritu te has mezclado á la carne? Si naciste á la vida al mismo tiempo que el cuerpo, ese es para mí un funesto enlace. Soy imágen de Dios, y soy hijo de un placer vergonzoso. La corrupcion me ha engendrado. Hombre hoy, mañana seré polvo: he aquí las últimas esperanzas; pero si algo tienes de celeste, alma mia, muéstramelo: si, como presumo, eres un soplo, una partícula de Dios, desecha la mancilla del vicio, y te creeré.»

Pero recobrándose de su funesto dudar esclama: «Hoy las tinieblas, después la verdad, y entonces conocerás todas las cosas, contemplando á Dios ó devorado por las llamas..... Así cuando mi alma hubo pronunciado estas palabras decayó mi pena: y por la noche volví de la selva á mi morada, alternativamente risueño por la locura de los hombres y todavia sosteniendo nuevos combates en mi espíritu agitado.»

«¿Porqué, esclama en otro lugar, no tengo las alas de la golondrina ó de la paloma? ¡Con cuánta rapidez huiria entonces de la compañia de los hombres, para irme á vivir en la soledad, enmedio de las fieras más fieles que los hombres! Allí correrian mis horas sin fastidio ni pesadumbre, y no sirviéndome de la razon, que me hace superior á las fieras, más que para conocer á la divinidad y elevarme hasta el cielo, saborearia juntamente con la contemplacion los placeres de una existencia completamente tranquila. Allí como si hablara desde un lugar elevado, gritaria á los habitantes de la tierra: Hombres condenados á morir, séres de un momento, vosotros que vivís solo para ser presa del sepulcro, y correis en pos de vanas ilusiones ¿hasta cuando, errantes de la inteligencia, soñareis en pleno dia? ¿cuándo acabareis de arrastrar por este mundo la cadena de vuestros estravios? ¡Débiles mortales! ¡unos instantes más, y no sereis más que polvo! A todos aguarda una misma suerte. Ricos y pobres, súbditos y reyes, rodeados de las mismas tinieblas, todos irán á caer en un mismo punto. Ya no se distinguirá á los poderosos de la tierra más que por sus suntuosos mausoleos, donde se leerán sus nombres y sus títulos, en mármol y bronce.»

La elocuencia de este santo, dotado de una imaginacion espléndida, se nutre con esta poesia ideal y meditativa: en sus escritos se asocia la osadia oriental al aticismo: la delicadeza de un lenguaje lleno de elegancia á los desordenados vuelos del entusiasmo; la austeridad del apóstol al refinamiento del retórico. Si llora sobre las sepulturas, parece que se oye á Jeremias. Si fulmina invectivas contra Juliano, parece que se oye á Isaias, y su noble elocuencia se regula por modos y pensamientos finos é ingeniosos, á los que se mezclan felizmente ideas de ternura.

Nunca parecia el hombre eminente á los ojos de los santos Padres por sus dignidades y empleos, sino por sus méritos. De consiguiente, dejando á los adoradores de lo pasado los panegíricos de los monarcas y héroes, empleaban su elocuencia en elogiar á los hombres de sencillas é ignoradas virtudes, á quienes la muerte habia ya sujetado á aquel juicio ante el cual enmudece toda reflexion humana. El brillo que saca la elocuencia profana de la narracion de ruidosas proezas, y del contraste entre la grandeza y la nada, está compensado por el sentimiento patético que inspiran las virtudes benévolas consagradas al servicio de los hombres. En la oracion de su hermano Cesáreo, no teniendo Gregorio que elogiarle por ninguna accion pública, se detiene en sus cualidades morales, y dice como fueron perfeccionadas en él por la educacion: como tuvo ocasion de ejercitarlas, á fin de oponer resistencia á la seduccion más peligrosa de todas, la amistad de los magnates. «Habiéndose perdido á sí propio Juliano, dice, renunciando á Cristo comenzó á atormentar á los demás. No se conducia á semejanza de los antiguos enemigos de la fe, profesando claramente la impiedad, sino encubriendo cortesmente la persecucion. Como primer artificio, para quitarnos la gloria del martirio, hacia condenar como malhechores á los que eran perseguidos en calidad de cristianos, y para aparentar que empleaba la persuasion en vez de la violencia, sometia á la vergüenza más bien que al peligro á los que permanecian fieles. Cuando hubo ganado á muchos por el atractivo de las riquezas, y con promesas á otros, y á todos por la seduccion de sus discursos y por la autoridad del ejemplo,

---

interrumpida por su muerte, y volvió á continuarse en Paris sobre el texto preparado por el mismo, reimprimiéndose el primer tomo que ya se habia publicado.

quiso en fin asaltar á Cesareo. ¡Insensato! ¿Presumia que seria fácil presa mi hermano, el hijo de mis padres?» Y después de describir la lucha que tuvo que sostener su hermano, añade: «Quizá habeis temido que Cesareo fuera á ceder á alguna cosa indigna de su alma. Tranquilizaos; la victoria está con Cristo, que venció al mundo.» Con efecto viéndose Juliano en la estremidad de sus esfuerzos, habia esclamado: *¡Venturoso padre! ¡Infelices hijos!*

Sin embargo, el sepulcro no inspira á los cristianos ideas de pesadumbre y de tristeza; ven allí un santo y saludable aviso. «¿Cuánto, oh venerables ancianos (prosigue Gregorio dirigiéndose á sus padres) cuánto tendremos todavia que esperar antes de reunirnos en Dios? ¿cuántas pruebas nos quedarán que sufrir? Si toda la vida es brevísima en comparacion de la eternidad de Dios, mucho más fugaces todavia son estos restos de vida, este último soplo que empieza á estinguirse. ¿En cuánto tiempo se nos habrá anticipado Cesareo? ¿cuánto tendremos todavia que llorar su pérdida? ¿no corremos nosotros hácia la misma morada? ¿no estamos para entrar bajo la misma losa? ¿no seremos tambien dentro de poco la misma ceniza? ¿qué nos valdrá este retraso de pocos dias? Algunos males más que ver, que padecer, y quizá que causar, para pagar después á la naturaleza la deuda comun é inevitable. Seguir á unos, preceder á otros, llorar á aquellos, ser llorado por éstos y recibir de nuestros sucesores el tributo de lágrimas que nosotros pagamos á los que nos han precedido. Tal es la vida de los mortales; tal es la escena del mundo; salimos de la nada para vivir, vivos tornamos á la nada. ¿Qué somos? Un sueño fugaz, un fastasma que no puede palparse, el vuelo de un pájaro que pasa, el bajel que huye por el mar sin dejar rastro; polvo, vapor, rocío de la mañana; flor que hoy se entreabre, y al dia siguiente se marchita.»

Se eleva el pensamiento religioso desde esta nada á toda la grandeza del hombre, y el orador aplicándose á sí una verdad general de fe, exclama: «Entonces veré á Cesareo: no ya desterrado, no sepultado, no objeto de lágrimas y de compasion, sino triunfante, glorioso, coronado, como muchas veces, oh dulcísimo hermano, te me apareciste en sueños, bien fuese realidad ó ilusion de mis deseos. Hoy, en cesando el lamento, me examinaré para ver si llevo en mí sin saberlo algun gran motivo de dolor. Hijos de los hombres, ya es tiempo que os dirija la palabra: ¿hasta cuándo sereis duros de corazon y ciegos de entendimiento? No sabremos nunca conocer y despreciar lo que se presenta á nuestros ojos, para fijarnos en las grandezas visibles á los de la inteligencia. Y si por necesidad tenemos que apesadumbrarnos ¿no es mejor que nos lamentemos de que se prolongue nuestro destierro y de encontrarnos detenidos demasiado tiempo en estas tumbas vivas que llevamos con nosotros? Este es mi dolor, este es el cuidado que de dia y de noche me aqueja y no me deja respirar en paz.»

Leyendo esta oracion de San Gregorio se comprende la verdad de este ingenioso pensamiento suyo: «El consuelo que un hombre ofrece llorando sus propios males, es poderosísimo para los que lloran; y el que mejor sabe consolar á los afligidos, es el que padece como ellos.»

Gregorio hizo tambien el elogio de su hermana Gorgonia, opinando que si es impiedad el quitar á los parientes sus bienes, lo mismo y con duplicidad de razon es privarles de las alabanzas que no escatimamos á los estraños. Una mujer piadosa, que habia vivido en santa austeridad, y que habia muerto dulcemente (8), suministró al sentimiento de Gregorio cuadros de tanto atractivo, que causa pena verle recurrir por momentos al arte, para acudir en ayuda del asunto cuando le parece débil.

Toma más seguro vuelo en el elogio de su padre, obispo de Nacianzo, donde se espacia á la vez en el dolor de un hijo y en el afecto de un amigo. Dirígese en el exordio á San Basilio, en presencia del cual habla: «Hombre de Dios, siervo fiel y sabio dispensador de los divinos misterios ¿de dónde vienes? ¿qué quieres? ¿qué beneficio nos traes? ¿Vienes á buscar al pastor ó á examinar el rebaño? Si por nosotros vienes ¡ay! nos hallas apenas con vida, y heridos por la muerte en la más cara parte de nosotros mismos.» A veces, dirigiéndose á su madre, le dijo. «Aunque te parezcan en oposicion la muerte y la vida, están en relacion entre sí, y la una hace las veces de la otra. No sé si la esperanza que nos libra de los presentes males para conducirnos á una vida celestial puede denominarse muerte. Solo es verdadera muerte el pecado. ¡Oh madre! te falta alguno que cuide de tu ancianidad; pero ¿dónde está el Isaac que dejó mi padre para suplirlo todo?»

Con placer recuerda en el elogio de San Basilio su educacion comun, sus cuidados comunes. Estas severas memorias acerca de su familia, acerca de sí propio eran desconocidas del arte antiguo, no solo del que entonces adulaba á los emperadores, fuesen Trajano ó Valente, Constantino ó Juliano. Sin embargo no querríamos presentar á Gregorio como modelo de elocuencia sagrada: busca demasiado los artificios de la retórica, que no le ayudan á fundar la moralidad con los hechos, á evitar las digresiones, las prolijidades, á desechar el oropel que tiene el aspecto de novedad, y no la sustancia. No obstante, el calor y la elevacion que saca su lenguaje de las ideas superiores, aunque se complazca en un moderado estilo, la riqueza de las imágenes, de las comparaciones, de las espresiones metafóricas, su talento para escribir, le dan cabida entre los Padres contemporáneos sin esceptuar á San Juan Crisóstomo.

---

(8) «En torno de ella corrian mudas lágrimas; dolor inconsolable, pero silencioso: haciendo cada cual caso de conciencia en honrar con sus gemidos la partida tan sosegada de la cristiana, cuya muerte parecia una devota solemnidad.»

Se han recogido ciento cincuenta y ocho poemas de San Gregorio, sin contar muchos epígramas y la mezquina tragedia titulada *Cristo padeciendo*: además doscientas cuarenta y dos cartas, doctrinales algunas de ellas, familiares las más. A un amigo que le preguntaba si convenia que las cartas fueran largas ó cortas, le responde que la oportunidad debe regular la medida. «¿A qué viene escribir con prolijidad, si es poco lo que hay que decir? ¿Por qué reducirse á algunas líneas cuando lo que hay que comunicar es mucho?... La precision requerida en una carta es la claridad; no hay pues que engolfarse en un laberinto de palabras estériles en que solo aparezca la mania de hablar. En este género el principal mérito consiste en hacerse igualmente agradable á los ignorantes que á los doctos; á los primeros por un lenguaje que no sea superior á su flaca inteligencia; á los otros por un estilo que, sin ser vulgar, se haga comprender sin esfuerzo. Viene en seguida el mérito de hacerse agradable, que no se debe aguardar de un asunto árido y desnudo de importancia, ni de una locucion incorrecta, propia solamente para inspirar desvio y enojo, no prestándose á las sentencias, ni á las alusiones, es decir, á lo que sazona y realza el discurso. Domine la naturalidad sobre todo. Un dia quisieron las aves nombrarse un rey; cada cual exaltaba su mérito; fué elegida el águila, reputándola por la mejor de todas, en razon á que no alegaba pretension alguna.»

Tambien poseemos cerca de cuatrocientas cartas de San Basilio que pueden servir de modelo de discusion epistolar. En el tratado á los jóvenes *Sobre la manera de leer con fruto las obras de los gentiles*, recomienda estudiarlos ante todo para encontrar en ellos ejemplos de virtud, y después porque todo cuanto contienen de útil y de verdadero fué tomado de las Sagradas Escrituras, opinion que entonces era vulgar. Podia añadir que esto era un medio de perfeccionar el gusto, y de ejercitar la crítica y el entendimiento. Su mérito consiste en haber impedido con este opúsculo la destruccion de los libros profanos, á la cual se entregaba con inmoderado celo.

Gregorio de Nisa.—Su hermano Gregorio de Nisa era profesor de retórica: después tomó las órdenes y se dedicó á la teología, á la que llevó el amor de la filosofía profana, titubeando entre Platon y el Evangelio, esplicando los dogmas con ayuda del raciocinio y por el método alegórico del Oriente, sin incurrir en el error á pesar de todo. La oracion fúnebre de San Gregorio Nacianceno, por él compuesta, es una obra estremadamente mediana, y al mismo tiempo teológica, en la que no se hallan vivificadas las pinturas por la imaginacion ni por el sentimiento: se deja arrastrar por el misticismo á una aridez metódica, en vez de sacar de allí el colorido oriental y de elevarse al espectáculo de los progresos del cristianismo.

Sinesio, 350-431.—Sinesio de Cirene, discípulo de Hipatia, fué escogido por sus conciudadanos, á la edad de diez y nueve años, para presentar á Arcadio una corona de oro que le habian decretado, y pronunció delante de este príncipe un discurso sobre el arte de gobernar (περὶ βασιλείας), cuya noble y prudente franqueza ha sido objeto de justos elogios. Cuando Claudiano ensalza las hazañas y las virtudes del ocioso é imbécil Honorio, agrada ver al jóven orador africano como hace oir á Arcadio verdades dignas de la antigua firmeza; ponerle de manifiesto la decadencia de la disciplina militar, cuando ciudadanos y súbditos compraban la exencion del servicio, mientras que los escitas desertores ascendian á las primeras dignidades, y la juventud extranjera despreciando el freno de las leyes, aspiraba á usurpar las riquezas, no á imitar las artes de un pueblo que menospreciaba y detestaba. Exhorta al emperador á reanimar con su ejemplo el valor de sus súbditos; á desterrar el lujo de la corte y de los campamentos: á reemplazar los bárbaros, que venden su sangre á precio de oro, con un ejército interesado en defender la propiedad y las leyes; á obligar, en un peligro inminente, á los artesanos á abandonar los talleres, y á los filósofos á salir de las escuelas; á despertar la ciudad de su indolente sueño; á armar á los cultivadores para la defensa de sus campos, y á combatir poniéndose á la cabeza de ellos á una nacion agena á toda virtud, para no deponer las armas hasta haberla reducido á la condicion de ilotas.

Convertido después al cristianismo siguió estudiando á Platon, aspirando á conciliarle con el Evangelio, y llegando á veces á dar la preferencia al filósofo. Conducido de esta suerte á adoptar opiniones metafísicas poco rectas, creia en la inmortalidad del alma, aunque no en la eternidad de las penas: sus ideas sobre la creencia divina eran puras, si bien trataba de frivolidades las cuestiones relativas á los dogmas. Durante mucho tiempo, por adhesion á sus opiniones, y para no separarse de una esposa querida, renunció al obispado de Tolemaida en la Cirenáica, y escribia á su hermano: «Comparto actualmente mi tiempo entre el placer y el estudio. Cuando medito, especialmente sobre las cosas del cielo, me recojo en mi mismo; al revés, cuando me entrego al placer soy el mejor compañero. Pero un obispo debe ser un hombre de Dios, ageno á todo placer, flexible, rodeado de mil miradas que contemplan todos sus actos, ocupado en las cosas celestes, no para sí, sino para los demás, puesto que es el doctor de la ley y debe hablar como ella.» Y añadia: «Dios mismo y la sagrada mano de Teófilo me han dado una esposa: así declaro que no quiero separarme de ella, ni vivir furtivamente en su compañia á semejanza de un adúltero. Al revés, quiero y anhelo tener muchos y virtuosos hijos.»

Se atribuia tanto precio á su adquisicion que, á pesar de su matrimonio, fué consagrado obispo (410), y demostró que sabia comprender la dignidad de este título, así como la distincion entre

el poder eclesiástico y el temporal. «En los tiempos antiguos, dice, unos mismos hombres eran sacerdotes y jueces. Pero como la obra divina se cumplia de esta suerte de un modo completamente humano, Dios separó estas dos existencias: una continuó siendo religiosa, y la otra enteramente política. ¿Por qué reunir lo que Dios ha separado, introduciendo, no el órden, sino el desórden en los negocios? Nada más funesto. Teneis necesidad de proteccion, acudid al depositario de las leyes; necesitais de las cosas de Dios, recurrid al sacerdote de la ciudad. La contemplacion es el único deber del sacerdote digno de este nombre.» (9)

Así, cuando Andrónico introdujo en la Cirenáica suplicios y tormentos, inusitados en aquella colonia griega, Sinesio empleó consejos y súplicas para ablandarle; pero no pudiendo conseguirlo, le prohibió la entrada en la iglesia de Tolemaida, exhortando á las demás iglesias de Oriente á imitar su ejemplo. No creia usurpar los derechos seglares protejiendo á su rebaño. En cambio, cuando aquel mismo gobernador fué destituido, le amparó Sinesio contra la ira del pueblo.

El imperio, que no sabia refrenar á sus propios magistrados, todavia podia menos contener á los bárbaros. Hordas, en que llevaban armas hasta las mujeres, se precipitaron sobre la Cirenáica, talándolo todo, no perdonando mas que á los niños, á fin de reparar sus pérdidas. Gemia el obispo viendo cómo aquel huracan destruia totalmente la civilizacion griega y cristiana, y mezclando con la mayor sencillez sus recuerdos piadosos y profanos, esclamaba: «¡Oh Cirene, cuyos registros públicos hacen remontar mi nacimiento hasta los Heráclidas! ¡Antiguos sepulcros de los dorios, donde ya no tendré cabida! ¡Desventurada Tolemaida, de la cual habré sido el último obispo! No puedo decir más: los sollozos anudan mi voz en mi garganta. Me sobrecoge completamente el temor de verme quizá forzado á abandonar el santuario. Preciso es embarcarnos y huir; pero cuando me llamen para la partida, suplicaré que se me espere: iré ante todo al templo de Dios, daré vuelta al altar, bañaré el pavimento con mis lágrimas, y no me alejaré antes de haber besado el umbral y la sagrada mesa! ¡Cuántas veces llamaré á Dios! ¡Cuántas veces me asiré á la verja del santuario! ¡Pero la necesidad es omnipotente é implacable! ¡Cuánto tiempo permaneceré además en pié sobre los baluartes y defenderé el paso de nuestras torres! Me siento abatido por las vigilias, por la fatiga de colocar centinelas nocturnas, para guardar á mi vez á los que guardan mi persona. Yo que á menudo pasaba las noches sin doblarme al sueño contemplando el curso de los astros, me siento abrumado ahora por estas vigilias, para defendernos de las incursiones enemigas. Apenas dormimos algunos momentos medidos por la clepsidra: mi reposo es interrumpido por el grito de alerta, y si cierro los ojos, ¡en qué horrorosos sueños me sumen las ideas del dia! Los veo espulsados, prisioneros, heridos, cargados de cadenas, vendidos como esclavos... No obstante permaneceré en mi puesto en la Iglesia: colocaré delante de mí los vasos sagrados; abrazaré las columnas que sostienen la sagrada mesa; allí estaré mientras viva; allí caeré muerto. Soy ministro de Dios ¡Y si quizá conviene que se haga el sacrificio de mi vida, Dios dirigirá alguna mirada sobre el altar regado con la sangre del pontífice!»

Animados los ciudadanos por sus palabras y por su ejemplo defendieron la ciudad y rechazaron los asaltos de los bárbaros, quienes, derramándose por el resto de la provincia, la despoblaron para siempre. Acaso Sinesio pereció tambien bajo el acero del enemigo, ó por el dolor.

Orador y poeta, escribió con elegancia, elevándose á veces hasta lo sublime y engalanando las materias más abstractas, ora con la poesia, ora con rasgos de mitologia y de historia. Dirigió á un hijo que iba á nacerle un discurso sobre su *vida literaria*, en el cual dice que, para llegar á ser filósofo y no sofista, habia estudiado en Dion Crisóstomo, y cultivado, á imitacion suya, la poesia al mismo tiempo que la oratoria. Opuso al discurso que este escritor elocuente habia compuesto en alabanza de los cabellos, *el elogio de la calvicie*, lleno de brio y de delicadas alusiones, mezcladas con observaciones morales. En el libro titulado *El Egipcio* ó *De la Providencia*, pinta la condicion del imperio romano bajo la alegoria de Osiris y Tifon, aspirando á demostrar que las calamidades públicas no dan razon para acusar á la Providencia. Otros tratados hacen ver en él un aprovechado discípulo de Platon en el arte de revestir con felices espresiones los pensamientos más profundos.

Sus ciento cuatro epístolas amistosas y de negocios son tan agradables como instructivas; ora proteste de su respeto á la bienaventurada señora Hipatia (δέσποινα μακάρια), su madre, hermana, maestra y bienhechora suprema; ora refiera á su hermano su travesia á Constantinopla; y siempre obtiene el más precioso fruto que puede dar de sí un escrito, el amor de los lectores.

Compuso tambien diez himnos en versos yámbicos, en los cuales mezcló á las verdades evangélicas ensueños platónicos, hermoseando el conjunto con imágenes poéticas, y elevándose al idealismo meditativo, que, sin embargo, se hace monótono en breve. «¡Dichoso el que, esquivando los voraces gritos de la materia, y escapándose de aquí abajo, asciende hácia Dios en rápido curso! ¡Dichoso el que libre de las penas de la tierra, y lanzándose por las vias del alma ha visto las profundidades divinas! Es un enorme esfuerzo levantar el alma sobre las alas de los celestes deseos. Sustenta este esfuerzo con el ardor que le inclina á las cosas intelectuales. Cada vez se mostrará más cerca de tí el padre celeste tendiéndote la

(9) Synesii *opera*, pág. 198.

mano. Un rayo precursor resplandecerá en tu camino, y te abrirá el horizonte ideal, manantial de la belleza ¡Valor, alma mia! tu beberás en las fuentes eternas, remóntate con la oracion hácia el Criador, y no tardarás en abandonar la tierra. Bien pronto, mezclándote al Padre celeste, serás Dios en Dios.»

Efren, 320-70.—Efren de Edesa ó de Nisibe en Mesopotamia, fué un portento de amor en medio de los litigios á que se abandonaban hasta los mismos santos. Alejado del mundo, apenas conoció el nombre de los Santos Padres, hasta que habiéndole sido revelada la gloria de San Basilio, fué á visitarlo y á causar su admiracion. Ignorante del griego, sin educacion, abrazó la vida monástica y se hizo su panegirista, luego que observó sus portentos en Egipto. Fué tan pobre que nunca tuvo cama, baston ni alforjas; velaba, ayunaba, derramaba muchas lágrimas; lleno de verdadera humildad, alabábase tan solo de una cosa, de no haber dicho mal de ninguno, y de no haber tenido una disputa con nadie; reprendíase el haberse inclinado demasiado á la misericordia, por lo cual esperaba perdon.

En las *Parenesis* dirige exhortaciones á los monges, dándoles una especie de regla para sus trabajos y para sus oraciones: luego en sus *Discursos sobre los santos Padres que murieron en paz*, bosqueja la vida de los pastores solitarios de la Mesopotamia con vuelos de amor y de imaginacion. Describe en la *Confesion* su propia vida, ó más bien la manera con que pasó de las dudas á la certidumbre católica. Los caractéres de su estilo son la uncion y la sencillez; el cual es rico en imágenes, tomadas las más de la vida campestre, limpio de los adornos retóricos, demasiado comunes en los Padres griegos, y conocedor profundo de las Sagradas Escrituras, que describe perfectamente (10). Habiendo compuesto los gnósticos, y especialmente Bardesanes y Armónico, himnos que cantaban muchos, creyéndolos inocentes, aunque estaban atestados de errores, Efren compuso cincuenta y dos sobre los mismos tonos, si bien con sentimientos ortodoxos, alguno de los cuales se cantan aun por los maronitas y por los cristianos de la Mesopotamia. Cantó á Maria con acentos que no los empleó más fervientes San Bernardo. Sus cantos de muerte *(Necrosima)*, destinados principalmente á los funerales de los monges, son ricos en poesia. Alaba sus virtudes presentándoles como modelos y envidiando su suerte porque «no oyen ya gemidos, sino la palabra de Dios, la recompensa del dolor, la prenda de una gran esperanza; no han muerto; descansan en Jesucristo.»

El pensamiento de una nueva vida consuela de los dolores y de la pérdida de una existencia fugaz; sentimiento que basta para distinguir el dolor pagano del cristiano, como se distingue la desesperacion de la sonrisa de la confianza. En ocasion de la muerte de un niño, dice: «¡Cuán acerbo es el dolor de una madre que pierde á su hijo! ¡Cuán dura es la separacion de la madre del hijo! Tú, Señor, que acoges á los desterrados en tu casa paterna, cuidarás de los huérfanos. El dia en que muere un hijo abre una honda llaga en el alma de sus padres, les arranca el báculo de su ancianidad. ¡Oh Señor! tu caridad les sustente. La muerte ha arrebatado á la madre su único hijo: le ha cortado su brazo derecho, ha destrozado todos sus miembros. ¡Oh Dios mio! ¡devuelve á esa madre su vigor antiguo! La muerte ha separado á la madre de su primogénito: esta madre queda infeliz y desconsosala. ¡Oh Dios mio! contempla su abandono, consuela su pena. La muerte ha arrancado al niño del seno de su madre, y la pobre madre llora inconsolable su pérdida. ¡Oh Dios mio! ¡haz que vuelva á ver su hijo en el cielo! ¡Dichosos niños que gozais de la bienaventuranza de los santos! ¡Infelices ancianos á quienes la muerte ha dejado en medio de las aflicciones de esta vida! Toda una familia, víctima de la desolacion, invoca ¡oh Dios mio! tus consuelos.»

San Cirilo, patriarca de Jerusalen, publicó las predicaciones que hacia á los neófitos *(catéquesis)*, esponiéndoles la sustancia del dogma, de la moral y de la disciplina (11); son un gran testimonio de la inmutabilidad de la creencia católica. Para lo mismo sirven las instrucciones de Gaudencio, obispo de Brescia, en que se advierten á cada paso rasgos de elocuencia.

Eusebio de Cesarea, 270-338.—Discípulo de Pánfilo, mártir en tiempo de Galerio, fué Eusebio de Cesarea, á quien por esta razon se le dió el sobre-

---

(10) *Sancti patris nostri Ephrem syri opera omnia quæ extant græce, syriace et latine, ad manuscriptos codices vaticanos aliosque castigata.* Roma, 1757, 6 tomos en fol., bajo la direccion de Gerardo Volfio.

Véanse algunos de sus pensamientos tomados de su sermon ascético á imitacion de los *Proverbios*: Poda la palma y se hará más alta. Del mismo modo el alma, libre de los cuidados del siglo, se eleva hácia el cielo.—El que conserva en el pecho la memoria de las injurias alimenta en él una serpiente. El que las soporta cierra al leon en la caverna.—Como un arpa multicorde en manos de un músico diestro, así está toda la carne en manos de Jesucristo nuestro Salvador.—La ira y la envidia bajo el velo de la piedad son agua amarga en vaso de oro; dulce se hará en contacto con el árbol de vida.—La Iglesia no está hecha de columnas sino de hombres.—El escollo que está en medio del mar no puede impedir que le embistan las olas, pero resiste su impulso. Del mismo modo no podemos suprimir nuestra fantasia, pero si resistirla.—No es virtud el ser insensible al desprecio, sino verlo y desdeñarlo.—La tranquilidad de ánimo, unida al temor de Dios, es un carro de fuego que nos eleva al cielo. ¡Oh tranquilidad, perfeccion del monge! ¡oh tranquilidad, escala del cielo, *V. Correspondent*, noviembre, 1844.

(11) *Sancti Cyrilli archiep. hierosol, opera; edid. Aug. Touttée.* Paris, 1720, en folio.

nombre de Panfili. Educado en Palestina fué encarcelado como cristiano, é incurrió en sospechas de hacer recuperado su libertad sacrificando á los dioses. Mostróse favorable á Arrio, hasta el momento en que este heresiarca fué convicto de error y condenado. Esplorador ávido de todas las doctrinas se esforzó á fin de conciliar las opiniones paganas con las del cristianismo, lo cual hace que se hallen mezclados en sus libros Pitágoras, Platon y Jesucristo. Además de la vida de su maestro compuso cinco libros en defensa de Orígenes, y discusiones teológicas, principalmente contra Marcelo de Ancira, en que deja columbrar dudas sobre la naturaleza del Verbo.

Pero su obra más importante es la *Preparacion evangélica*. Es una coleccion de pasajes estractados de más de cuatrocientos autores, cuyos escritos se han perdido en gran parte, hecha para servir de introduccion filosófica á la ciencia del Evangelio demostrando contra hebreos y gentiles, que el cristianismo no fué adoptado con una fé insensata y una credulidad temeraria, sino con sumo juicio, y superando en mucho á todos los sistemas paganos. En los seis primeros libros se ocupa Eusebio en probar la vanidad de estos: en los otros nueve espone los motivos que determinaron á los cristianos á adoptar la teologia de los hebreos. Pasa, pues, revista á la cosmogonia de los fenicios, segun Sanconiaton, de los egipcios, segun Maneton, de los griegos, segun se halla expuesta por Diodoro de Sicilia, Evehemero, y Clemente de Alejandria. Sostiene que la doctrina de Platon es poco superior á la del vulgo, y que las interpretaciones alegóricas de la mitologia fueron tambien refutadas por los romanos, en atencion á que la creencia comun las aceptaba en el sentido material. Sentó que las esplicaciones dadas con ayuda de la historia natural ó de la moral no pueden sustentarse tampoco; que el culto y los sacrificios se dirigian á los demonios arrojados más tarde de la tarde por Cristo; por último que no habia que creer en el destino, ni en una potestad ejercida por las estrellas sobre las acciones humanas.

Vencidos sus adversarios trata de la índole del sistema hebráico, luego de sus fuentes, y opina que si los filósofos griegos, y con especialidad Platon, emitieron alguna idea buena, la tomaron de las Sagradas Escrituras, fluctuando por los demás enmedio de vanas hipótesis y de contradiciones perpétuas.

Después de haber establecido las bases de la doctrina hebráica como *preparacion*, continuó en la *Demostracion evangélica*, patentizando los motivos en virtud de los cuales, apartándose los cristianos de la escelente doctrina de los judios, abandonaron ciertos métodos de vida que no convenian más que á un pueblo aislado, obligado á sacrificar en un solo templo, cosa imposible á una religion que abarca todas las naciones del universo.

A fin de dar fe á los libros históricos del Antiguo Testamento, compuso la *Crónica ó Historia Universal* (παντοδαπὴ ἱστορία) en dos libros. Narra en el primero (χρονογραφία) los sucesos principales ocurridos en todos los pueblos hasta el año 325 de Jesucristo. Consagra una seccion á cada pueblo, valiéndose de estractos de diferentes escritores actualmente perdidos: se compone el segundo (χρονικὸς κανών) de tablas sincrónicas, donde se hallan anotados de diez en diez años los nombres de los monarcas y los principales acontecimientos, á contar desde la vocacion de Abraham. Esta obra se ha encontrado en nuestros dias (12); y aunque el resultado no haya correspondido á las esperanzas, si ha añadido poco á los conocimientos que ya poseíamos, á lo menos los ha confirmado.

En la vida ó *Panegírico de Constantino* lleva la adulacion hasta suponerle en comunicacion inmediata con la divinidad, y le invita á participar al mundo lo que le han enseñado sus visiones celestes. Sin embargo, tomando á veces la gravedad episcopal, le hace oir las verdades evangélicas, y asocia á la alabanza útiles y severas lecciones.

Su *Historia eclesiástica*, materia sobre la cual escribió antes que otro alguno, empieza en el orígen del cristianismo y termina en el concilio de Nicea: es una coleccion de recuerdos contemporáneos, unidos y discutidos con método y discernimiento, y espuestos con sencillez y franqueza. Le debemos no hallarnos rodeados de tinieblas en todo lo concerniente á los primeros tiempos de la Iglesia. Su intento no se proponia tanto componer un libro edificante para los fieles, cuanto una esposicion que poder presentar á los gentiles para arrancarles de los sistemas erróneos y de las preocupaciones de la educacion. Allí presentó, pues, al cristianismo en todo su brillo, sin atacar de frente la antigua creencia, y obteniéndose de discusiones hostiles. No hace mencion del arrianismo, y quizá terminó espresamente su historia en el año precedente á aquel en que fué condenada la herejia, para no verse en la necesidad de manifestar su propension hácia ella.

Comprendió que la historia debia tomar un nuevo aspecto. «Mientras que los demás cuentan las victorias y los triunfos de los insignes capitanes, las varoniles hazañas de los héroes que han derramado su sangre en defensa de su patria, de sus hijos, de sus bienes, nosotros que escribimos la historia de una vida divina, tenemos que esponer guerras sagradas, hechas para la paz del alma y de la conciencia, en favor de la verdad y no de la patria, en obsequio de la piedad y no de las personas queridas: debemos confiar á los monumentos perpétuos de las letras la insigne constancia de los atletas cristianos, la invencible energia de sus almas, los trofeos erigidos por ellos contra los demo-

(12) En 1784 en Constantinopla en una version armenia publicada en Milan por Mai y Zohrab, en 1818, y posteriormente mejor por Aucher en Venecia, 1828.

nios, sus victorias invisibles á ojos mortales, las coronas de eterna memoria que les han sido adjudicadas.» (13)

San Nilo el Mayor de Ancira dispuso el *Manual* de Epícteto para uso de los cristianos, además dejó capítulos parenéticos, y gran número de cartas en que la moral se halla espuesta de una manera que atrae y deleita.

Juan Crisóstomo.— En San Juan Crisóstomo, imágen viva de la Iglesia de Oriente, cual lo fué San Agustin de la de Occidente, se hallan reunidas la natural claridad de la elocucion, la magestad de las ideas, lo patético de los sentimientos, el poder del raciocinio, la abundancia y la osadia de las imágenes, y en suma, toda la ciencia de aquel tiempo. Gran conocedor de todas las maneras y giros elegantes de la lengua griega, conocia todos los modos con que puede ser dispuesta y variada la palabra. Pinta con los vivos colores del drama la deformidad del vicio, ó escita las pasiones en favor de la verdad, al mismo tiempo que oculta con destreza la ventaja que saca del uso magistral que hace la retórica y de la filosofia. En Antioquia, y cuando todavia no absorbian su tiempo los trabajos eclesiásticos, escribió sus largos tratados, y especialmente el del *Sacerdocio*, en el cual el incesante vigor del raciocinio no entibia el afecto. Consagró tres libros á la defensa de la *vida monástica*, contra los cristianos que se burlaban de los monges, y se vanagloriaban, ora de haber dado golpes ó maltratado á uno, ora de haber hecho burla á otro, de haber instigado al juez, ó de haber causado su encarcelamiento. A los ojos de San Juan Crisóstomo, el desprecio de las riquezas, de la gloria, del poder temporal, hacen al monge libre, poderoso, venerable, superior á todos los demás hombres.

Ordenado sacerdote desde la edad de treinta y ocho años, escribió homilias que atraian á escucharlo á los que estaban lejos, y hacian estallar á menudo á los oyentes en estrepitosos aplausos. No cabe en lo posible comprender su vigor no leyendo más que fragmentos sueltos, cuando su belleza consiste principalmente en el conjunto, en el calor que desde el principio hasta el fin las anima; en la viveza de aquella abundancia asiática que sirve de adorno á una moral siempre pura y generosa, en la magia de un estilo que reviste el pensamiento con las espresiones más adecuadas, claras para instruir, pintorescas para describir, enérgicas para exhortar, patéticas para enternecer ó consolar. La imaginacion, en él predominante, debia agradar mucho á gentes que acababan de salir del paganismo, é inclinadas á dar cuerpo á todos: de la cual sacó provecho para despertar los sentimientos más profundos del corazon humano. Inimitable en el arte de conmover y de interesar, sabe deducir una enseñanza de los más estériles asuntos, revistiendo y coloreando fantásticamente las ideas más sutiles, sin descuidar nunca la ocasion de escitar á la devocion y la ternura.

No obstante este contínuo brillo no es bastante variado, y aquella abundancia oriental es más conveniente para el discurso pronunciado que para la lectura. No ofrecen tanta perfeccion las que compuso en Constantinopla, por atropellarle en su tarea la necesidad de consagrar asíduamente sus cuidados á las almas agenas; pero el infortunio, el peligro, el contraste, le restituyeron en el destierro la energia y la dulzura que aparecen de nuevo en sus cartas, como en los tiempos de sus más hermosos años.

No divide sus discursos en muchos puntos: este uso, fué introducido por los escolásticos posteriormente. Conocedor profundo de las Sagradas Escrituras, se atiene á ellas estrictamente sin buscar místicas significaciones secretas, sino con la interpretacion liberal exacta y clara, y por una aplicacion moral siempre. No menos hábil en sondear el corazon humano para descubrir sus vicios, los escudriña con insistencia, y los pinta con severidad, aprovechando las ocasiones más propicias para inducir al pecador á la enmienda.

Aquel sentimiento de las bellezas naturales, que encanta en San Basilio, revive en Crisóstomo asociado á la moral más severa. «No se ha hecho la noche para consagrarla enteramente al sueño. Ved á los artesanos, á los carreteros, á los mercaderes, y aun á la misma Iglesia, levantarse á media noche: levantaos, pues, vosotros y contemplad ese magnífico órden de estrellas, este profundo silencio, esta tranquilidad inmensa. A esta hora el alma se siente más pura, más ligera, más elevada: mueven á la compuncion el silencio y las tinieblas; yaciendo todos los hombres en sus lechos, cual si fueran sepulturas, ofrecen la imágen del fin del mundo. ¡Oh hombres, oh mujeres, doblad las rodillas, suspirad profundamente, orad! Aquellos que tengan hijos, despiértenlos; y durante la noche convertid vuestro aposento en una iglesia. Si son demasiado delicados para poder soportar la vigilia, hacedles que reciten una ó dos oraciones, y acostadles de nuevo, á fin de que se vayan acostumbrando á levantarse.» (14)

Con San Juan Crisóstomo se estinguió la elocuencia griega. Treinta y tres años después de su muerte pronunció Proclo su elogio, monumento deplorabilísimo de una decadencia de que ya no volvió á reponerse el arte. Desde entonces no resuena una sola palabra elocuente en una lengua que, á pesar de todo, continuaba siendo hermosa,

---

(13) Proemio al libro V.

(14) Τοῦ ἐν ἁγίοις πατρὸς ἡμῶν Ἰοάννου τοῦ Χρυσοστόμου κ. τ. λ. τὰ εὑρισκόμενα πάντα. *Sancti patris nostri Joannis Chrysostomi... opera omnia, cura et studio B. de Montfaucon.* Paris, 1718-58, 13 tomos en fol. reimpresos esmeradamente en Paris, 13 tomos en 8.°. Véase *Hom.* 26, *in Acta apost.*, 3 y 4.

y en un pueblo exento de la invasion de aquellos bárbaros, á quienes se imputa á menudo la ruina del saber en Occidente.

No se entienda que tenemos en cuenta los nombres de Demóstenes y de Ciceron al elogiar la elocuencia de los santos Padres. Carecen estos sin duda de aquella pureza de estilo, sóbrio á la vez y severo, que jamás cesa de agradar en los clásicos. Sin método preciso, demasiado abundantes en pormenores se engolfan en digresiones frecuentes, y queriendo instruir, abusan de la erudicion que hastia. Los hábitos retóricos se dejan conocer en ellos con demasiada frecuencia, y lo que es estraño, esto sucede aun más en sus cartas familiares que en sus obras oratorias (15). Pero los grandes escritores de la antigüedad surgieron en circunstancias mucho más á propósito para fomentar el genio. Aquellos cuya elocuencia rivalizó en Francia en el siglo XVII con la de los santos Padres, tuvieron la ventaja de una civilizacion perfeccionada por las artes, por la vida social, por la magnificencia de una corte, cuyo lujo se armonizaba con el gusto más refinado. Al revés en el siglo IV se elevan los oradores cristianos en medio de la general decadencia, de extranjeras invasiones, de iracundas disputas, de tosquedad afeminada, de cobarde envilecimiento: en un tiempo en fin en que monarcas ineptos se hallan gobernados por mujeres y eunucos, en que todo se plega ante un órden tiránico, ó ante la perezosa indiferencia.

Por poco que se pretenda una vez no atenerse únicamente á las formas (resabio de la escuela), sino penetrar en el fondo se advertirá lo que distingue esencialmente á los Padres de la Iglesia de los antiguos oradores; la conviccion ardiente, activa, que vivifica sus escritos desde el principio hasta el fin, que hace tan ardoroso y tan verdadero el lenguaje, que da interés á todo, porque todo es sincero. Si se quiere además calcular la distancia entre composiciones cuidadosamente elaboradas, aunque nutridas de adulacion ó odio solamente, y el vigor de aquellas en que se agitan los intereses más vivaces, más sublimes del hombre y de la humanidad, causará admiracion ver á los Padres tan superiores á sus contemporáneos; al contemplar talentos tan diferentes, separados por el tiempo y por la distancia, concordar tan perfectamente para sostener las mismas doctrinas y para defender siempre la más generosa y noble causa.

La cultura latina habia durado mucho menos que la helénica, y mientras la antigua se agotaba, la nueva no habia echado todavia los gérmenes fecundos. En los primeros tiempos del cristianismo no se alzó entre los latinos ningun escritor antes de Tertuliano de Cartago, y entre los que florecieron más tarde no se halla aquella hermosa armonia del genio griego, ni aquella elocucion graciosa que los helenos conservaron casi sin alteracion ninguna; pero tienen más uncion, más actualidad, y si agradan tanto penetran más. Encontrábanse menos arraigadas las tradiciones literarias en Italia, y menos todavia en España, en las Galias y en Africa, que en la Grecia: por eso el desarrollo de los nuestros fué allí menos refinado, aunque más original. Se altera el idioma, pero renace el estilo; y lo que falta á los escritores en correccion y pureza queda compensado por la energia del sentimiento, por la riqueza de las imágenes, por la elevacion de miras, y especialmente por la novedad de la sustancia; mérito notabilísimo en una literatura, que desde su cuna no habia hecho más que arreglar y traducir.

San Gerónimo.—San Gerónimo se sintió arrastrado tanto en sus escritos como en su vida por su imaginacion fogosa, lo cual hace que se encuentren en sus obras al lado de bellezas admirables, errores y estravagancias; la gravedad teológica es ofendida por burlas bajas ó violentos improperios. Es su espresion siempre enérgica, y natural á menudo se debilita con harta frecuencia, por las importunas citas que le suministraba su riquísima erudicion, por reflexiones frias y triviales, y por no saberse detener á tiempo. Por otra parte, ¿cómo habia de ser correcto si le acontecia á veces escribir mil líneas en un dia (16) y si fué compuesto en una noche el tratado contra Vigilancio? Sin embargo su imaginacion logra engalanar los más áridos asuntos, y prestar animacion á la lectura de sus obras, ráfagas de elocuencia y una dialéctica severa.

Se lamenta de que «descuidando la sencillez y pureza de las palabras evangélicas, se hace ostentacion como si se hablase en un ateneo ó ante un gran auditorio; el discurso adornado con falsedad retórica, procede en público como una cortesana, menos para instruir á los pueblos que para mendigar su favor y excitar los sentidos de los oyentes. Los que buscan la elocuencia y las declamaciones acudan á Ciceron, á Polemon, á Quintiliano: la Iglesia de Cristo no sale de la academia ó del liceo, sino de una plebe vil, y la locura de Dios ha superado á la sabiduria de los hombres. ¿Quién lee ya Aristóteles? ¿Cuántos conocen á Platon? Apenas algun viejo ocioso. Pero de nuestros aldeanos, de nuestros predicadores habla todo el mundo. Con lenguaje sencillo conviene, pues, esplicar sus sencillas palabras.» (17) Ya hemos dicho cuán poco supo San Gerónimo observar después estas precauciones.

Pronunció tambien muchas oraciones fúnebres *(epitaphia)*, y especialmente la de Nepociano, sacerdote de Albino, en que no se separa del arte

(15) Por ej. las cartas de San Juan Crisóstomo á Olimpias.

(16) Prefacio del segundo Comentario en Efeso.

(17) *Comm. in ep. ad Galat.* Pref. lib. IV.

pagano, prodigando alabanzas hasta á la belleza del difunto. Pero algunas veces se abandona al efecto pintando sus últimas horas: «Tiraba atrás la ropa, braceaba, veia lo que no veian los demás, se alzaba como para salir á recibir, ó saludar á alguno que llegaba; en este momento recordó su amistad, la dulzura de nuestros estudios; y tomando la mano de su tio le dijo: *Esta túnica de que me servia en el ministerio de Cristo, envíala á mi querido Gerónimo; padre mio por edad, y hermano por profesion y el cariño que me debes como sobrino tuyo, trasmítele á este que te amaba como yo.*»

Elevándose después desde el más particular á los males comunes, se congratula de que Nepociano haya sido libertado de tantos padecimientos. Y entonces describe la desgracia de los emperadores de aquella época, las caidas de los grandes y ministros, y la sangre que hacia veinte años inundaba los campos desde Constantinopla hasta los Alpes Julianos. «¡Cuántas matronas y vírgenes de Dios, cuántos cuerpos nobles y puros abandonados á esas fieras! ¡obispos prisioneros, sacerdotes muertos, iglesias destruidas, caballos profanando los altares de Cristo, reliquias de mártires insepultas, y por todas partes lamentos y gemidos y multiplicadas imágenes de la muerte! El mundo romano sucumbe, y nuestra altiva cerviz no se dobla aun. ¡Feliz Nepociano que no ve estas cosas! Desgraciados nosotros que sufrimos tantos estragos, ó vemos sufrir á nuestros hermanos. Hace tiempo que sabemos que Dios está ofendido y no le aplacamos; por nuestros pecados son poderosos los bárbaros, por nuestros vicios es derrotado el ejército romano.» Y pone de manifiesto como desde una altura al género humano que se afana y perece. «Volvamos á nosotros mismos. ¿No sabes que fuiste niño, adolescente, jóven, adulto y viejo? Todos los dias morimos, y sin embargo nos creemos inmortales... El único bien es estar unidos entre nosotros por Cristo..... La caridad vive siempre en el corazon; por ella, aunque está ausente, tenemos presente á Nepociano, y á pesar del vasto espacio que nos separa, nos abraza con una y otra mano dándonos prendas de su amistad. Pongamos de acuerdo nuestros ánimos, estrechemos nuestro afecto é imitemos para consolarnos de la muerte de un hijo la fuerza de ánimo del santo obispo Cromacio á la muerte de un hermano. Celébrenlo nuestras páginas, figure su nombre en nuestras cartas, abracemos con la memoria á aquel á quien no podemos abrazar con el cuerpo, y no cesemos de hablar de él ya que con él no podemos.»

San Ambrosio.—Basta leer á San Ambrosio para comprender cuan familiares le eran los clásicos todos, puesto que sus discursos están llenos de giros y de pensamientos sacados de los más selectos autores. Habia, pues, necesidad de que estuviera muy generalizado el mal gusto, para que, á pesar de esto, sea su estilo incorrecto y estravagante, sin franqueza en la espresion, y para que se entregue á vanas sutilezas y á juegos de pensamientos cuando no le anima á ello el sentimiento del deber ó del peligro (18).

Quizá el mejor de sus discursos es el que compuso sobre la muerte de Sátiro su hermano, que tanto hemos admirado en los padres griegos. «De nada me ha servido recoger tu respiracion moribunda, haber apoyado mi boca en tus cárdenos lábios. Esperaba hacer pasar tu muerte á mi seno, ó comunicarte mi vida; ¡prendas queridas crueles, dulces, abrazos infelizes, en medio de los cuales sentí que su cuerpo quedaba yerto, estirado y que exhalaba su último aliento! Le estreché entre mis brazos, con fuerza; pero ya habia perdido á aquel á quien abrazaba todavia. Aquel hábito de muerte, de que me he penetrado, ha sido para mi un soplo de vida; permita á lo menos el cielo que purifique mi corazon y traslade mi alma tu inocencia y tu dulzura!»

En este bellísimo exordio se eleva de los afectos domésticos á la contemplacion de las públicas desgracias. «Hemos llevado, carísimos hermanos, al ara del sacrificio la víctima que nos fué pedida, víctima pura y acepta á Dios, Sátiro mi hermano y mi apoyo. Yo no habia olvidado que era mortal, ni me dejé ilusionar por una vana esperanza; pero la gracia sobrepujó á la esperanza y en vez de quejarme á Dios debo darle gracias, porque siempre desearé que en caso de que amenazare alguna calamidad á la Iglesia ó á mí, descargue la tempestad sobre mí ó sobre mi familia. Gracias al Señor porque en la universal destruccion producida por los bárbaros que llevan la guerra á todas partes, haya podido yo satisfacer á la afliccion comun con mis disgustos particulares y haya sido herido yo solo cuando temia por todos. Sí, hermano, tú que fuiste tan venturoso en lo que hace agradable la vida, no lo fuiste menos por la oportunidad de tu muerte. No nos fuiste arrebatado á nosotros, sino á los desastres: no has perdido la vida, sino que te has librado de las amenazas de la calamidad suspendida sobre nuestra cabeza. Amando tanto á todos los tuyos, cuánto hubiera llorado al saber que Italia se ve atacada á sus mismas puertas por un enemigo! ¡Cuál hubiera sido tu afliccion al pensar que todas nuestras esperanzas de salvacion están en el baluarte de los Alpes, y que algunos troncos de árboles son la única barrera que defiende el pudor! ¡Cuánto se hubiera contristado tu alma al ver que nos separa tan corta distancia del enemigo, de un enemigo feroz y brutal que no respeta ni la vida ni el pudor!»

No dice nada tan bello ni en los consuelos por la muerte de Valentiano, ni en el panegírico de Teodosio. En su obra más estensa y más curiosa, titulada *De officiis ministrorum*, trata de los deberes de los eclesiásticos para pasar revista á los de todos los hombres y para resolver cuestiones de

(18) *D. Ambrosii opera ex editione romana.* Paris, 1642, 5 tomos en folio.

filosofia práctica. Orígenes le sirve de utilidad suma en el *Exameron*, en el cual esplica los seis dias de la creacion. Sus elogios de la virginidad producian tal efecto que los padres y los esposos se quejaban de que tan inmenso número de doncellas consagraran á Dios su pureza. Tambien compuso muchos himnos de tierna y noble sencillez, de los que todavia se cantan algunos (19), con la intencion de oponer su antídoto á los cantos profanos usuales entre el pueblo. Con santa complacencia recordaba la melodia producida por voces de hombres, de mujeres, de vírgenes y de niños, resonando como el ruido de las olas (20), y de la cual se sentia conmovido el mismo San Agustin, hasta el punto de prorrumpir en llanto (21).

Mamerto, -454.— Claudio Mamerto, hermano de un obispo de Viena, y citado con elogio por Sidonio Apolinar entre los talentos más distinguidos de su tiempo, escribió tres libros *(De statu animarum)* en los cuales trata con mucha sagacidad y dialéctica de la espiritualidad de las almas.

San Vicente de Lerins, -450.— San Vicente de Lerins publicó en 434 el *Commonitorium*, advertencia contra las heregias condenadas tres años antes en el concilio de Efeso, con exhortaciones á los fieles de seguir *lo que ha sido profesado y creido en todas partes, siempre y por todos.*

Conviene citar sus ideas sobre la conformidad del progreso con la estabilidad de la Iglesia: «¿No habrá progreso en la Iglesia de Cristo? se pregunta á sí mismo. Lo hay ciertamente y mucho; no hay ninguno tan enemigo de Dios que queria impedirlo; pero debe ser un progreso verdadero de la fe y no un cambio. El progreso consiste en engrandecerse una cosa en sí misma; el cambio es pasar de un estado á otro. Así, pues, conviene que la inteligencia, la ciencia y la sabiduria de cada uno y de todos se aumenten con los años y con los siglos, pero en un mismo género, esto es, en el mismo sentido, en el mismo pensamiento. Tambien se desarrollan los cuerpos, pero siempre quedan los mismos, y el viejo es aquel mismo que fué niño. La recta y legítima ley del progreso consiste en que el número de los años descubra en los séres que se perfeccionan las partes y las formas que el Creador les designó distintamente. Pero si la figura humana se cambia en otra de diverso género, si se añade ó quita algun miembro, fuerza es que el cuerpo perezca, ó se haga monstruoso ó á lo menos se debilite. Tambien conviene que el dogma cristiano siga esta ley del progreso, esto es, que se consolide y dilate con el tiempo, y que se manifieste completo y entero en la proporcion de sus partes como en todos sus miembros; pero no admitais ningun cambio á costa de su propiedad ninguna variacion en sus definiciones.» (22)

San Agustin.—El más universal entre los padres latinos fué San Agustin, el cual, si hubiera logrado en su favor tiempos más oportunos, hubiera podido ser colocado entre el número de los más sublimes talentos. Todo lo supo, y á todo se plegó su dócil inteligencia. Metafísico, historiador, versado en el conocimiento de las costumbres y de las artes, sutil dialéctico, orador grave y magestuoso, escribió sobre la música y trató los puntos teológicos más árduos: describió la decadencia del imperio y analizó los fenómenos de la mente. Sabe animar con la elocuencia la discusion escolástica, y asociar la imaginacion á la teologia, aunque frecuentemente obligado á consumir su sagacidad en místicas sutilezas (23). A veces tiene su elocuencia algo de bárbaro y de afectado, si bien á menudo es nueva y sencilla, concisa y breve siempre. Obraban poderosamente sobre los espíritus africanos los evidentes pensamientos de aquella imaginacion ardiente como el clima natal y la emocion estraordinaria con que los espresaba. Si, desprovisto de arte, desigual y áspero en su estilo, no se eleva á tanta altura como los Padres orientales, tiene más que ellos del espíritu evangélico porque se dirige más á menudo al corazon: si pretende demostrar aun las verdades que no admiten demostracion, y cree que se aclaran y refuerzan repitiéndolas, tambien por otra parte llevó hasta el púlpito aquella viva ternura del alma que respira en sus *Confesiones*, y que no le abandona nunca, ni aun en las áridas discusiones de la teologia.

Desde Cartago fué de profesor de elocuencia á Roma, «no para ganar más, dice, no porque me redundara de ello más honra, sino porque (dice él mismo) supe que allí se estudiaba con más sosiego, que á la juventud se la tenia más á raya, y no entraba de improviso y descaradamente en la escuela de un maestro, donde no tenia costumbre de asistir de contínuo, y que nadie era admitido en ellas sin obtener préviamente el beneplácito del maestro. Al revés, en Cartago reina una libertad desenfrenada entre los estudiantes, que entran con audacia en las escuelas, y perturban el órden y las reglas establecidas para la enseñanza.» (24) Prosigue de este modo bosquejando la indisciplina de la ju-

(19) *Deus creator omnium. Jam surgit hora tertia. Nunc sancte nobis Spiritus;* y algunos le atribuyen tambien el *Te-Deum*, que pretenden otros haber sido compuesto por un monge llamado Sisebuto, que vivió probablemente en el siglo VI en Monte Casino. Véase QUESNEL. *Observ. ad Breviarium chori monasterii M. Casini* en la *Pœnitentiale* de Teodoro, publicada por Jacobo Petit, primera parte, pág. 328.

(20) *Exameron*, III, 5.

(21) *Confesiones*, IX, 7.

(22) *Commonit.*, c. 23.

(23) *D. Augustini hipponensis episcopi opera, per theologos lovanienses edita.* 1577, 12 tomos en folio. Las obras de San Agustin han sido reimpresas últimamente en Paris con arreglo á la edicion de los Benedictinos, en 8.°.

(24) *Confesiones*, V, 8.

ventud cartaginense. A pesar de todo, no se procedia en esto de una manera ejemplar en Roma. A veces todos los discípulos se pasaban á otro profesor de comun acuerdo, para defraudar al primero en la retribucion que le debian.

Sus *Confesiones*, libro destinado y dedicado exclusivamente á las almas de los que vuelven al buen camino, no á los que nunca se han alejado de él, son un modelo, mal imitado por ciertos tratados modernos de cínico orgullo. Nada más sencillo que acusarse de pecador en general, estando seguros de que no nos han de coger por la palabra: algunas veces confiesa uno tambien culpas enormes, no para ser despreciado, sino para hacer admirar el cambio del cual no hay más prueba que la propia confesion, ó para que resulte un contraste favorable entre la culpa y el ingenio y la belleza de las obras. Agustin en vez de esto hace á Dios una exposicion ingénua de las luchas que sostuvo al pasar de la vida mala á la buena, del error á la verdad. Mientras la filosofía moderna sin avergonzarse de un vínculo no bendito, envia sus frutos al hospital, Agustin, cristiano, se avergüenza de la culpa, pero educa y coloca á sus hijos, comprendiendo que una violacion del deber no justifica otra nueva, y que no deben llevar los demás la pena de nuestra propia falta. Alma llena de ambicion y de amor, en sus juveniles años se embriaga en la copa de los placeres y no se satisface: le disgusta la celebridad, corre con avidez en pos de la verdad y de la ventura. Luchando contra sí mismo en la soledad violenta de su corazon, supera todos los obstáculos que oponen una falsa sabiduria, una larga costumbre, las escitaciones de la juventud y de la concupiscencia: nos las señala con la verdad del que lo ha pasado, con la energia de aquel á quien el arrepentimiento ha hecho considerar como más enorme la culpa. Así se reconoce uno á sí propio en ese espejo que ofrece á nuestros ojos, y produce consuelo ver que una voluntad firme puede suministrar tanta fuerza; y los problemas de nuestra existencia interior quedan resueltos por ese contínuo recurso á Dios que es la única esplicacion de ellos.

Es cosa nueva en la antigüedad la profunda naturalidad que resplandece en este escrito, así como la reflexion severa y la tristeza sin desesperacion con que el cristianismo dotó al hombre.

Los *Soliloquios*, son pláticas de San Agustin consigo propio para conocer á *Dios y al alma*: allí despliega una dialéctica sutil á la cual se asocia una imaginacion llena de sensibilidad. ¡Cuanta agitacion en aquella alma ansiosa de verdad! «En mi primera juventud, dice, me impedia investigar la verdad cierta timidez infantil que tenia mucho de supersticion; pero habiéndome hinchado el corazon la edad misma, me precipité en otro esceso: oia hablar de hombres que afirmaban poseer el poder de sacar del error, sin acudir á la autoridad imperiosa, á todo el que asistiera á sus lecciones y presentarle la verdad sin ningun velo. A la sazon era yo todo fuego, todo atolondramiento, como es la juventud; amando la verdad, si bien con esa especie de orgullo que se contrae en la escuela, cuando se oye discutir sobre todas las materias á hombres reputados por sabios. Así yo no pedia más que entrar en liza, desdeñando como fábula todo lo que superaba á mi inteligencia y á mis sentidos. ¡Cuan ciego estaba! busqué por el camino de la soberbia lo que solo por el camino de la humildad se halla (25). Estuve nueve años con los maniqueos.... Sin embargo, no pudo ocultárseme que eran más fecundos en argumentos para combatir la doctrina de la Iglesia que en pruebas para establecer la suya.» (26)

Cuando llegó al fin á tranquilizar su alma en la autoridad, combatió los errores de los demás, y discutió los puntos más espinosos de la filosofía. Refutando á los académicos y disputando con los origenistas se le presentaba la cuestion de lo finito y de lo infinito, esto es la creacion: hubo de tratar del orígen del mal con los maniqueos: con los pelagianos de las sutiles relaciones entre lo necesario y lo contingente: esplicadas están las relaciones entre la fe y la ciencia en otros trabajos destinados á demostrar que el elemento humano del raciocinio debe apoyarse en el elemento divino de la fe: por último, en la *Ciudad de Dios* aborda la cuestion política, sosteniendo que todos los acontecimientos de aquí abajo consuman los designios de la Providencia, que sin poner trabas al libre albedrío, hace converger las voluntades finitas hácia las miras de la sabiduria infinita.

En Occidente fué el primero que redujo á la forma sistemática la doctrina del Evangelio, y bajo este aspecto puede ser considerado como padre del dogmatismo latino; no porque imaginara un nuevo sistema filosófico, sino porque saca provecho de su mucho estudio y de su vasto y flexible talento para encontrar afinidades todavia no observadas entre el cristianismo y las doctrinas de Alejandria, combatiendo los errores de estas con la autoridad de aquel, á fin de fundir el neoplatonismo con los objetos de la revelacion, y para demostrar que el apoyo de la sabiduria divina es indispensable á la ciencia y á la razon humana. Dios, ser necesario, perfectísimo, es viviente en atencion á que la vida es mejor que la inercia: es la misma vida, porque la vida es mejor que el ser vivo: es el principio de la inteligencia: es inmutable en su sabiduria. Crió libremente el mundo, pero le conocia antes de que existiera. Es la verdad eterna, la eterna ley de toda justicia; es el bien supremo del mundo espiritual, al cual propende el hombre á reunirse por medio de la religion. Llamó á todos los hombres á la felicidad por la senda de la virtud, á la que deben llegar con ayuda de la razon y de la voluntad, que á su antojo

(25) *Serm.*, LI, cap. 5, núm. 6.
(26) *De utilitate credendi*, cap. 1, núm. 2.

puede usar de la libertad para aproximarse ó para alejarse de Dios.

Siendo eternas é inmutables las ideas que encierra en sí la inteligencia divina, no solo como actos de su mente, sino como tipos de las criaturas, resulta de aquí que las ideas son independientes de las cosas. Todo cuanto existe es bueno: hasta la misma muerte es buena porque tiene por causa la existencia. El mal no debe buscarse en la sustancia, sino en las falsas analogias que se establecen entre los séres. El universo, esencialmente perfecto, debe comprender toda clase de cosas, y por consiguiente criaturas inferiores y corruptibles.

Esto es lo que oponia á los maniqueos. Suscitaban los pelagianos la cuestion de la Gracia: combatióles en este terreno, como filósofo, demostrando que su ciencia era limitada é imperfecta: como reformador práctico; porque debilitaban el medio de gobierno más eficaz pue poseia la Iglesia; como lógico, porque sus ideas no se adaptaban á las consecuencias deducidas de las ideas fundamentales de la fe. Sostuvo que el hombre después del pecado original cesó de ser impecable: que la gracia de hacer el bien no puede emanarle más que de Dios que la concede á quien y en el grado que quiere (27). Entonces se esfuerza en conciliar la libertad humana con la predestinacion divina, el mal con la providencia. No embarazaron poco en lo sucesivo estas discusiones á los teólogos, quienes á veces pretendieron hallar en San Agustin pasajes en apoyo de opiniones que la Iglesia condena ó casi no tolera.

Al principio de su vida filosófica siguió las erróneas doctrinas de los académicos; pero, como reconoció las dificultades que presentan en los problemas fundamentales, buscó la solucion en las hipótesis escesivas de los platónicos, y adoptó las ideas innatas en toda la estension que ellos les habian dado: finalmente fué conducido á la verdad creyendo que la naturaleza humana es razonable por su esencia, lo cual la induce á buscar y á conocer la verdad (28).

Segun San Agustin, como es dado á todos consultar en sí mismos esta verdad, el que no oye su voz solo á sí propio puede acusarse (29); y si todos no saben distinguirla, consiste en que las cosas verdaderas se parecen á las que son falsas, y en que la ilusion de las pasiones hace que se tomen las unas por las otras. Afirma, pues, que la verdad habita en el fuero interno del hombre (30), lo cual queria esplicar sin duda esta sentencia admirada; *Conócete á tí propio;* y presenta la observacion de los hechos internos como el manantial de las verdades más sublimes: doctrina inmensamente superior á aquel empirismo vulgar puesto en boga por Locke, que todo quiere deducirlo de la observacion esterior.

San Agustin cita el ejemplo de la idolatria para demostrar que la voluntad tiene la culpa del error, ora en las opiniones de la muchedumbre, ora en las de los doctos. Los hombres amaron más á las obras que al artífice, y, no teniendo bastante fuerza para buscar á éste, se detuvieron en aquellas. Del amor de las criaturas se dejaron llevar hasta el punto de *querer servirlas. Aspirando* los doctos á una libertad sin freno, caen en la incredulidad: unos y otros pueden salir de estos errores, *si creen lo que no serian capaces de comprender todavia* (31).

Ya en él se encuentra el argumento de Descartes que alega los actos de la mente como demostracion de la propia existencia (32). Pero el *Yo soy*, que carece de apoyo en Descartes, porque supone una mayor, no lo acepta el santo más que como un principio no cuestionado por los académicos á quienes refuta, y no como primera verdad. Prueba (33) que todo hombre sabe por el testimonio de su conciencia, que vive, siente, comprende, lo cual equivale á conocer su alma, es decir, el sujeto que vive, siente y comprende.

Hállanse tambien en San Agustin algunas opiniones con que se honra á los filósofos posteriores y otras cuyo olvido ha arrastrado al error, y otras que dieron un pretesto para sostener sus errores á cuantos heresiarcas se levantaron desde Pelagio hasta Jansenio. En contraposicion de doctrinas, que se aspiraria á resucitar actualmente, distingue bien á las claras la facultad de sentir de la de juzgar: hace consistir el espíritu en la última (34), y demuestra que si estuviéramos dotados únicamente

---

(27) MARHENECKE.—*Diálogos sobre la doctrina de San Agustin tocante á la libertad y á la gracia.* Berlin, 1821 (aleman).

G. F. WIGGER.—*Ensayo de una esposicion histórica de Augusto y de Pelagio.* Berlin, 1821.

(28) Ya señalamos el falso raciocinio de Platon que decia: *Saber es acordarse*, y lo demostraba por el ejemplo de un niño que interrogado con arte responde acerca de puntos que nunca le han sido enseñados. La conclusion de Platon era: *Luego hay en el ideas, y basta que tengan desarrollo.* La nuestra es: *Luego es razonable.* San Agustin, que en un principio habia hecho el primer raciocinio, se retractó diciendo: *Pudiera acontecer que el niño respondiera á lo que se le pregunta porque es de una naturaleza inteligente.* Retract. I, 8.

(29) *Ubique, veritas, præsides omnibus consulentibus te, simulque respondes etiam diversa consulentibus. Liquide tu respondes, sed non liquide omnes audiunt. Omnes unde volunt consulunt, sed non semper quod volunt audiunt. Optimus minister tuus est qui non magis intuetur hoc a te audire quod ipse voluerit, sed potius hoc velle quod a te audierit.* Confess., X, 26.

(30) *De vera religione*, 39.

(31) Idem, 38.

(32) Yo pienso, luego existo. *Prius abs te quæro, ut de manifestissimis capiamus exordium, utrum tu ipse sis. An tu forte metuis ne hac interrogatione fallaris, cum utique, si non esses, falli omnino non posses?* De lib. arb., II, 3.

(33) *De trinitate*, X.

(34) *Quæstiones*, IX.

de sentidos, de ningun modo pudiéramos hacer uso de los signos, careciendo de los medios de distinguirlos del objeto designado (35).

Su tratado *de la cosas que no se ven* está dirigido contra los que rechazan el cristianismo porque impone la obligacion de creer lo que está fuera del dominio de los sentidos. Allí sostiene que si no se tiene fe en las cosas imperceptibles á los ojos, entonces la sociedad civil carece de base. Sin embargo, añade, nuestra creencia se apoya igualmente en pruebas sensibles, como el cumplimiento de las profecias, y especialmente el gran cambio del mundo, operado por un crucificado.

Hizo tambien una guerra activa á la astrologia muy propagada en aquel tiempo; dedicándose principalmente á manifestar cuan diverso es el destino de dos gemelos nacidos bajo la misma conjuncion de astros; cuan absurdo es admitir una determinacion anterior del destino, y pretender luego modificarla, no comenzando una empresa más que bajo la influencia bienhechora de tal ó cual planeta.

Pareciéndole poco rectas ó poco claras algunas de las opiniones que habia omitido, pensó corregirlas ó aclararlas en su vejez con las *Retracciones*, repasando noventa y tres obras suyas que forman doscientos cincuenta y dos volúmenes. Su biógrafo Posidio, enumerando tambien sus homilias y sus cartas, cuenta mil y treinta obras suyas, y sin embargo, no cree que las haya citado todas. Poniendo á un lado las que son repeticiones ó combaten errores aislados, nos quedan unas doce que ocupan un lugar entre lo más importante que produjo la Iglesia Occidental.

En lo concerniente á la política, á estas palabras de San Pablo *No hay poder que no sea establecido por Dios*, añade San Agustin: *Ora lo ordene, ora lo permita*. No bastaron los primeros fulgores del cristianismo á desterrar la máxima, indubitable hasta entónces, de que el derecho de vida y de muerte pertenece al soberano. Tanto que San Agustin dice: «El soldado que no mata, cuando el príncipe legítimo se lo ordena, es tan culpable como el que mata sin espreso mandato.» (36) Todavia no se habia llegado á formar idea de un derecho político nuevo, estableciendo una distincion entre dos cosas distintas, la fuerza y el derecho de juzgar. San Agustin escusa la terrible necesidad de la guerra siempre que se trata de repeler la injuria, de vengar el perjuicio irrogado á los súbditos de oponerse á ambiciosos vecinos; pero admite que la injusticia de su comienzo puede hacerla inícua, así como la violencia de los medios, el abuso de la victoria, el encarnizamiento contra el enemigo, la crueldad de la venganza, la turbacion de la paz, la ambicion de conquistas, el permitir violencias cuando es posible impedirlas (37).

Al responder á Marcelino tambien habia examinado como la religion se concilia con la política (lo cual parecia imposible á los paganos), con arreglo á los dos preceptos de devolver el bien por el mal, y de presentar la mejilla izquierda al que ha bofeteado la mejilla derecha: preceptos que, segun ellos, prohibian la restitucion de los bienes arrebatados por un enemigo, ó rechazar á los bárbaros que devastaban el imperio. Pero Agustin responde que nada es más á propósito para mantener la concordia que la clemencia y el perdon de las injurias estableciéndose más fácilmente la buena inteligencia entre personas corregidas con la paciencia y la dulzura, que entre aquellas que han sido sometidas á viva fuerza; que el precepto de presentar la otra mejilla no debe entenderse á la letra hasta el punto de practicarlo esteriormente, sino como disposicion del corazon. Esto no impide castigar á los perversos, para mejorarlos hasta á pesar suyo, ó refrenarlos por medio de la guerra, que está muy lejos de hallarse prohibida por el Evangelio, puesto que determina los deberes de los soldados (38). Cúmplanlos estos; sean tales como quiere el cristianismo, pueblos y magistrados, señores y esclavos, reyes, jueces, arrendatarios, maridos, esposas, padres, hijos, y luego se verá si pierde en ello el Estado. Por lo demás, imputar á los príncipes cristianos la decadencia de la república es un absurdo, dado que habia ya mucho tiempo, segun el testimonio de los mismos gentiles, que los vicios públicos y privados (39) la tenian destruida.

Cuando Roma fué tomada por Alarico se alzó una voz en todo el mundo cristiano para proclamar que era la venganza de la sangre de tantos mártires como allí habian sido inmolados; y en muchos discursos de San Agustin se columbra una especie de alborozo por esta gran justicia. Pero los parciales del antiguo culto vieron en este desastre un castigo impuesto por los dioses abandonados, é imputaron á los cristianos la ruina del imperio.

Agustin les opuso una obra de historia y de filosofia, la *Ciudad de Dios*, monumento curioso de erudicion y de genio, en que propone demostrar que las ideas de virtud y de gloria han sido conculcadas en el paganismo, y busca en éste las verdaderas causas de la ruina del imperio. Pone frente á frente las dos civilizaciones que están en lucha, y pronuncia la sentencia de muerte de una de ellas con una conviccion desconocida hasta entonces en la historia, al mismo tiempo que celebra el triunfo de la otra, que viene peregrinando desde

(35) La mente *servat aliquid quod libere de specie imaginum* (de las cosas corporales) *judicet; et hoc est magis mens, idest rationalis intelligentia quæ servatur ut judicet.* De Trin., IX, 5.

(36) *De civ. Dei*, I, 20. Véase de MAISTRE, *Del papa*, IV, 4.

(37) Refutacion del maniqueo Fausto.

(38) SAN LUCAS, III, 14.

(39) *Ep.* 142.

Abel en medio de las persecuciones del mundo y de los consuelos de Dios.

Comenzó esta obra en el año 411, y la publicó sucesivamente en veinte y dos libros hasta el año 427. Emplea los diez primeros en refutar á los paganos, cinco de ellos arguyen contra los que creian que era necesario el culto de los dioses á la prosperidad temporal de este mundo, y presentan los ejemplos del saqueo de Troya en que fué degollado Príamo en el altar de los dioses, y el templo de Juno destinado para colocar los despojos y encerrar los prisioneros; de la caida del imperio de Nino y del hundimiento del de los Griegos cuando nadie atentaba contra el culto de los dioses. Los cinco libros siguientes refutan á los que creian deber servir á los dioses para alcanzar la bienaventuranza en la otra vida. Demuestran los doce últimos el orígen de las dos ciudades, es decir, de la Iglesia y de la sociedad del siglo, sus progresos y su fin diferente.

«Hay dos ciudades, dice, una de los hombres, que tiene á Cain por jefe; otra de Dios, incorruptible y pura, de la cual fué Abel el primer ciudadano. Fué edificada la primera por el amor propio, llevado hasta el menosprecio de Dios; la segunda por el amor de Dios, llevado hasta el menosprecio de sí mismo; una se glorifica en sí propia, otra en el Señor: una busca la gloria de los hombres, otra no quiere gloria fuera del testimonio de la conciencia; una camina soberbia y erguida, otra dice á Dios: *Tú eres mi gloria*: en la una son arrastrados los príncipes por la pasion de dominar sobre sus súbditos; en la otra príncipes y súbditos se prestan recíproca asistencia, aquellos gobernando bien, estos obedeciendo.»

El que no se asuste de aquellas contínuas antítesis y de aquel estilo de oropel, el que no se canse de las particularidades á que desciende al determinar el fin de las dos ciudades, queriendo aplicarles palabra por palabra el Apocalipsis, sin que falten nunca ni imaginacion para usar el lenguaje misterioso, ni la alta inteligencia para discernir si conviene ó no traducir una idea en imágenes, admirará en este magnífico poema la elevacion con que antes que ningun otro supo San Agustin abarcar de una ojeada á la humanidad entera. Desde los tiempos más remotos habia descubierto el hombre en el órden maravilloso del mundo físico un sublime designio de la Providencia y comprendido el lenguaje en que *cuentan los cielos la gloria de Dios*. Pero que bajo la contingente variedad de los acontecimientos de que se compone la historia de la familia humana, se ocultara un designio inmutable y necesario de esta Providencia, designio que se cumple poco á poco á pesar de los obstáculos de la ignorancia y de las pasiones, cosa era que ninguno de los más insignes filósofos habia llegado á ver, porque si estos creian en lo general en la Providencia, y en los premios y castigos con que ella hace seguir el bien y el mal, tanto para los individuos como para las naciones, ni aun siquiera suponian que los hilos de los acontecimientos que se suceden en la tierra pudieran ir á parar todos á la mano de Dios, lo cual produce la unidad en tanta variedad.

Y en efecto, ¿cómo adivinarlo? Cada una de las naciones caminaba por su via, cual si hubieran sido diferentes una de otra: el libre albedrio del hombre, la fuerza, las victorias, los desastres, decidian de la suerte de los pueblos. Solo el cristianismo podia anunciar que todos los hombres son hermanos, que Cristo es el centro de la humanidad, y que la estension de su reinado es el fin á que se dirigen las cosas humanas, aun en lo que parece oponerse á él. De ello habian ofrecido las persecuciones una dolorosa, aunque incontrastable prueba; y los Padres de la Iglesia proclamaron que la propagacion del Evangelio es el fin á que la Providencia hace propender las cosas de este mundo. San Agustin observa los acontecimientos bajo este punto de vista, dando orígen á lo que los modernos han denominado filosofia de la historia. Descendiendo de las consideraciones más sublimes á la práctica, aconseja á los miembros de la ciudad divina que permanezcan sumisos y sosegados mientras se hallen mezclados con los de la ciudad terrestre, que oren hasta por estos, á fin de disfrutar de la paz temporal, que es un bien comun á los buenos y á los malos.

P. Orosio, v. 420.—Después de haberse propuesto responder en esta obra al paganismo político del Occidente, se apartó de su asunto, y en vez de una simple refutacion, dió al mundo una esposicion de las doctrinas del cristianismo, que puede calificarse de completa. Determinó á Paulo Orosio de Tarragona á tratar de su primer asunto. Este escritor acometió la empresa de demostrar en su melancólico libro (40), que desde que el mundo existe no cesaron de desolar al género humano grandes calamidades: que la historia era una repeticion contínua del pecado original, una série de rebeliones contra Dios y de consiguientes castigos, de modo que nada tenian de estraordinario las calamidades presentes por muy desastrosas que fueran. De aquí dedujo que la vida es una senda de expiacion, por la cual avanza el hombre á través de una dura preparacion, se dirige á la felicidad verdadera, de que puede disfrutar de antemano en la tierra aquel que aprende de la religion á aceptar las pruebas como se debe. Esta obra fué una de las más conocidas en la Edad Media, y de las primeras que se imprimieron y tradujeron.

Salviano, 390-484.—Cuando los vándalos ocuparon el Africa, á los gentiles, que achacaban al

---

(40) El estraño título de *Ormesta mundi*, nos inclinamos á considerarlo como error de un copista que halló escrito *Pauli Or. maesta mundi*. Paulo fué en el 415 á Palestina con San Gerónimo, y luego sembró la desunion entre él, Pelagio y Juan de Jerusalen en la famosa cuestion de los origenistas y en la de la Gracia.

cristianismo los reveses del imperio, se juntaron los mismos cristianos, quejándose de que la virtud y los padecimientos no les depararan más que infortunios. Entonces Salviano, *elocuente sacerdote de Marsella*, escribió su libro *Del gobierno de Dios*, en el cual, después de haber demostrado con cuanto error se juzga del bien y del mal á menudo, busca en la historia la manifestacion de la justicia divina, de la que no es posible quejarse con fundamento, cuando es tan general la corrupcion dentro y fuera de la Iglesia. Estableciendo hasta comparaciones llenas de ricas descripciones y de pasajes patéticos, señala entre los bárbaros, devastadores del imperio, virtudes ignoradas ó caidas en desuso entre los romanos: de donde deduce que no era estraño que prevaleciesen.

Así se anticipó á la doctrina predicada en nuestros dias, de que en la lucha, empeñada entre dos causas, siempre acaba por salir triunfante la mejor de ellas. Demostró que habia comprendido lo que no comprendió ninguno de sus contemporáneos, á saber, que la caida del imperio engendraria una civilizacion nueva, constituida sobre la base del cristianismo (41).

¡Tanta vida, tanta armonia, tanto movimiento en la sociedad religiosa mientras la sociedad civil yacia inerte y desordenada! Entre los literatos paganos hemos hallado gramáticos helados, retóricos locuaces, futiles cronistas, poetas de epitalamios y de idilios, todo cuanto puede existir con la depresion moral y la servidumbre. Entre los cristianos hay filósofos, políticos, oradores que agitan las cuestiones más elevadas; y la mayor parte de los que así escribian, tambien obraban: eran obispos, filósofos y políticos á un mismo tiempo, consagrados á la meditacion y á la accion, á convencer y gobernar. Por eso sus escritos se resienten á veces de precipitacion, compuestos como son por las circunstancias, y para resolver las cuestiones á medida que se originaban y que se agitaban con aquella; libertad de que carece absolutamente la literatura de los paganos, porque apenas se suscitaba una duda sobre un punto, aun no bien esclarecido, era discutido por todas partes hasta que la decision se pronunciara y se redujera á dogma.

Ocupándose especialmente de las cosas incurrieron en muchos defectos de forma, debidos en parte á su propio carácter, como tambien á la decadencia de los estudios y al menosprecio del arte. Juan Crisóstomo se abandona á veces á una redundancia sin energia: Agustin y Ambrosio conservan en las antítesis los hábitos de la retórica; énfasis en vez de calor, sutileza en vez de profundidad; en Cipriano el periodo ampuloso del Mediodia. La límpida facilidad de Lactancio forma contraste con las duras metáforas y el estilo férreo de Tertuliano. Pero estos lunares se hallan compensados por infinitas bellezas en Atanasio, tan hábil en encontrar argumentos como vigoroso en su esposicion; en Basilio, que procede con noble elegancia, con precision enérgica y con puro aticismo; en Gregorio, que asocia la sublimidad á la exactitud; en Juan Crisóstomo, en quien lo rico no disminuye lo patético; en Cipriano, cuya magnánima vehemencia se aproxima á la de Demóstenes; en Gerónimo que junta á la fuerza y á la imaginacion una erudicion variada; en Ambrosio naturalmente dulce, siempre noble y lleno de uncion; en Agustin, que, popular y sublime, reune las cualidades de todos y sabe sacar partido de ellas alternativamente en una carrera sembrada de luchas contra muy diversos adversarios.

(41) En el congreso de los sabios franceses en Marsella el otoño del año 1846, leimos una disertacion sobre este Padre de la Iglesia, considerándole como testimonio de la decadencia del imperio, y de la manera con que miraban los cristianos esta renovacion del mundo.

CAPÍTULO XXII

POETAS.

Habian hecho los poetas un oficio de la lisonja: reunidos en gremios, como las demás artes, se dejaban conducir por sus jefes al palacio de los magnates, para celebrar los onomásticos, los matrimonios, las exequias. De aquí un diluvio de versos inspirados por el hambre ó por el servilismo, cuyos miserables autores yacen en el olvido con sus numerosos imitadores. Otros trataban asuntos didácticos, la mayor parte materiales, como la pesca, la caza, etc., ó componian poesias descriptivas, en las cuales la mezquindad de espíritu se oculta bajo la elegancia. Una crítica ruin, vaga, ininteligente (1) se pierde en estudiar las analogías de las palabras y de las rimas, ocupándose más del oido que de la inteligencia, de las imágenes que de los pensamientos, de los sentidos que del alma.

Poetas griegos.—Nadie piensa ya en alzar una mirada á los poemas astrológicos, salvo algunos aficionados á rarezas. Nonno de Panópolis (v. 410), en Egipto, ha dejado las *Dyonisiacas*, poema en cuarenta y ocho libros, que su primer editor Falckenberg (2) comparaba á los de Homero, y Julio César Escaligero calificaba de superiores. Es en realidad uno de aquellos ejercicios, á la sazon en uso, sobre una materia en cuyo auxilio se puede hacer alarde de erudicion, y declamar, y á propósito de la cual ha recogido el autor las mil tradiciones divulgadas acerca de Baco. Son variadísimas las fábulas, bellas á menudo las imágenes y verdaderos los sentimientos; pero el estilo, que pasa repentinamente de la trivialidad al énfasis, denota la falta de gusto. Quizá Nonno hizo decaer el exámetro de su gravedad antigua, haciéndole más corriente y elegante. Un poema cristiano, tambien composicion suya, induce á suponer que se convirtió á la verdad (3).

Estravagantes aventuras merecen que se haga mencion de Ciro, compatriota de Nonno, que en el año 439 fué prefecto de Constantinopla, luego del pretorio, y por último cónsul, pues le habia valido su talento poético gran privanza cerca de Teodosio el Jóven y de Eudoxia, aun cuando se le acusara de propender al paganismo. Durante los cuatro años de su gobierno fué hermoseada Constantinopla y rodeada de nuevos muros, lo cual hizo que el pueblo reunido en el circo, gritara en presencia del emperador: *Constantino fundó la ciudad y Ciro la ha renovado.* Irritado Teodosio en virtud de este testimonio de aprobacion, confiscó sus bienes; y quizá lo pasara peor á no haber abrazado el sacerdocio, y á no haber sido hecho obispo de Cotico en Frigia. De sus poemas, alabados por los críticos, solo quedan siete elegantes epígramas en la *Antologia.*

Probablemente pertenece á esta época el gramático Museo, cuyo poema *Hero y Leandro* merece

---

(1) *Literas plenas nectaris; florum margaritarum... Argutus artifex erat faciebat siquidem versus oppido exactos, tam pedum mira quam figurarum varietate, hendecasyllabos lubricos et enodes; exametros crepantes et cothurnatos; elegos vero nunc echoicos, nunc recurrentes, nunc per anadiplosim fine principiisque connexos.*

Adivinad, si podeis, lo que quiere decir esa crítica. Otro pretende alabar á un autor porque *commaticus est, copiosus, dulcis, elatus.* Otro escribe: *At vero in libris tuis jam aliud quale est, quod et teneritudinem quandam continuata maturitas admilit; interserilque tempestivam censura dulcedinem, ut lectoris intensionem per eventilata disciplinarum philosophiæ membra lassata repente voluptuosis excesebus, quasi quibusdam pelagi sui portubus, foveat.*

(2) Amberes, Plantino, 1569. Otra edicion publicó Græfe, en Leipzig, 1826, 2 tomos.

(3) *Metaphrasis evangelii Joannis*, edicion de Passow. Leipzig, 1834.

ocupar un puesto al lado de las obras antiguas, por su sencillez y por aquel arte en la disposicion que es peculiar á los trágicos; pero les supera por el colorido afectuoso con que reviste el amor sensual.

Quinto Esmirmeo, llamado el Calabrés, porque su obra fué hallada en un convento cerca de Otranto por el cardenal Bessarione, debe ser posterior á Museo. Su obra se titula *Paralipomenos* de Homero, habiéndose propuesto el poeta continuar la *Iliada*, desde el punto en que la dejó aquel, hasta la ruina de Troya. Como le faltan la unidad y el interés, amontona incidentes haciendo intervenir en ellos á la divinidad, sin aquella fé que caracteriza á los antiguos y sin la razonada economía de los modernos. Nada conservan las batallas de la prodigiosa variedad de Homero: sin embargo imita á su modelo como hombre que le ha estudiado á fondo, y no solamente con la paciencia de un gramático: es rica la diccion de su poema, variadas sus galas y á menudo muy adecuadas. Estas cualidades hicieron que apareciera Esmirmeo tan superior á sus contemporáneos, que algunos supusieron que no habia hecho más que amplificar la pequeña Iliada de Lesques, ó coleccionar fragmentos de diferentes poetas cíclicos.

El *Rapto de Elena*, atribuido á Coluto de Licópolis, autor de otra obra en seis cantos, titulada *Los Calidionacos*, se enlaza aun á los poemas homéricos. Trifiodoro tambien compuso la *Maratoniaca* y la *Hippodamia*, después la *Odisea lipogrammatica*, omitiendo en cada uno de los cantos una de las letras del alfabeto y la *S* en todos. El tiempo ha hecho justicia á este pueril juego. Pero nos ha dejado otro poemita sobre la *destruccion de Troya*, en el cual es el mejor pasaje aquel en que, advertida Elena por Vénus de las emboscadas de los griegos, se dirige al templo en que ha sido colocado el caballo. Llamando en voz baja á los héroes allí metidos, les recuerda sus mujeres, conmoviéndolos hasta llorar: ya Anticlo se apresta á responder á aquella tierna voz, cuando se apresura á degollarle Ulises.

Seis himnos órficos de Proclo entran en las mejores composiciones de aquel tiempo. Tienen por objeto demostrar que el paganismo, puro y filosófico en su orígen, quedó alterado por la mezcla de opiniones vulgares. Tenemos del mismo una *Chrestomatia gramatical*, sacada de los antiguos gramáticos, con preciosas notas, tanto sobre las vidas de los autores, como sobre las poesías de géneros distintos, que es lástima estar perdidas en su mayor parte. Distingue en la poesía el género histórico y el imitativo adecuando al primero la epopeya, la elegía, la sátira; y al otro el drama.

Poemas difíciles.— Atribúyese á Gregorio Nacianceno una tragedia sobre la pasion de Cristo, centon de Eurípides, ó sea un tejido de hemistiquios de este poeta, empleados en una acepcion diversa. Estas difíciles diversiones se habian hecho á la sazon de moda. Como ya hemos visto, Eudoxia cantó á Jesucristo en dos mil trescientos cuarenta y tres versos exámetros con frases de Homero. Falconia Proba, hizo otro tanto con frases de Virgilio; del correctísimo Virgilio, á quien dió Ausonio una obscena significacion. Tambien en latin se hicieron versos como se habian hecho en otro tiempo en griego, figurando varios objetos anagramáticos ó anacíclicos y sotádicos; es decir, versos en que las letras ó palabras leidas al contrario, producian tambien el verso y una significacion; ú ofíticos, en que el pentámetro concluia con las palabras con que principiaba el exámetro. Octaviano Porfirio, desterrado por Constantino Magno, obtuvo el perdon ofreciéndole una série de composiciones, de las cuales unas figuraban un altar, otras una flauta, y otras un órgano; en una el primer verso era todo de bisílabos; el segundo de trisílabos; el tercero de cuatrisílabos; en otra se sucedian las palabras de una, dos, tres, cuatro, cinco sílabas; en otros la primera parte del exámetro se reproducia en la segunda del pentámetro; en otros los versos podian leerse de derecha á izquierda sin que se alterase el metro; y en uno de veinte versos todas las primeras letras juntas decian: *Fortissimus imperator*, las décimacuartas *Clementissimus rector*, y las finales *Constantinus invictus*.

Novelas.— No se dejó de cultivar la novela; la mejor de todas es la *Historia de Teagenes y Cariclea* (Αἰθιοπικά) compuesta en diez libros hácia el año 390 por Heliodoro de Emesa en Fenicia, que después fué obispo. El bello argumento, la feliz distribucion, los acontecimientos nuevos y verosímiles, los episodios bien introducidos, los caractéres y costumbres bien sostenidos, y el desenlance natural la distinguen de los precedentes, y excitaron la emulacion, no solo de los griegos posteriores, sino tambien de los modernos en tiempo del renacimiento. Era una cosa nueva este amor casto; pero en vano se han querido buscar en semejante obra noticias de una época y de un pueblo, careciendo de fondo como los cuadros griegos, y fundándose más comunmente en accidentes maravillosos que en el desarrollo progresivo de la pasion.

El alejandrino Aquiles Tacio, que á mediados del siglo v escribió en ocho libros las *Aventuras de Leucipa y Clitofonte*, es inferior al anterior en los caractéres y en el nudo, no menos que en la correcta imaginacion. Cariton de Afrodisio, describió los amores de *Quereas y de Calirroe*; Eustacio, egipcio, el *Isménico*, despreciable obscenidad; y Aristeneto de Nicen, *Cartas amorosas*, de alambicada frialdad.

Aumentaremos el catálogo hablando aquí del Longo Sofista, y de sus *Amores de Dafnis y Cloé*, obra sin mérito en la composicion, pero llena de graciosísimas particularidades, como un idilio prolongado. Al través de la naturalidad de su estilo se descubre el arte, que empleó para alcanzarla; arte que algunas veces se presenta demasiado manifiesto en las antítesis y pomposas figuras. Le hacen insigne más que la pueril cuestion que en nuestros dias conmovió tan profundamente el

mundo literario, una magnífica traduccion de Aníbal Caro, y el haber inspirado el *Pablo y Virginia.*

Claudiano, 365-408.—El poeta mejor de aquella época fué á Roma desde Alejandria; ya de edad madura, adoptó la lengua latina después de haberse ejercitado en la griega, y la manejó con un vigor desconocido hacia mucho tiempo. Hablamos de Claudiano, que desde el año 395 al 404 escribió sobre varios asuntos, unos históricos y otros de inspiracion (4). A los primeros pertenecen las dos epopeyas del *Rapto de Proserpina,* en tres cantos, que ha llegado hasta nosotros sin más falta que la de algunos versos al fin, y de la *Gigantomaquia,* apenas principiada. Los personajes son divinidades: de modo que falta el interés que no puede producir sino la pintura de hombres y de las pasiones que sentimos. Para elevarse al nivel de la grandeza sobrehumana, Claudiano se hincha desmesuradamente, y produce siempre las palabras, imágenes y descripciones en un tono tan sublimado, que cansa por su monotonia.

No fué más feliz en los asuntos contemporáneos, á cuya descripcion se vió condenado ó se condenó á sí mismo. Roma, la idea que ocupa á los escritores del buen siglo, cede en sus obras delante de un hombre, de Estilicon, ensalzado á diestro y siniestro por su protegido. Hasta entonces no se habian escrito ó se habian escrito muy pocos panegíricos en verso (5), aunque todo el que era nombrado para una dignidad estaba obligado á pronunciarlos en prosa en presencia de los emperadores, que debian así aprender á despreciar á los hombres y á creer lícita toda extralimitacion. Pero entonces aspiraron los poetas á las ganancias que producian, y escribieron panegíricos por el mismo estilo, solo adornándolos con algunas imágenes más. No distinguiremos de estos las invectivas, acostumbrándose entonces lo mismo que ahora á maldecir de unos para incensar á otros.

Claudiano, pues, cantaba por cualquier motivo ya en favor de su bárbaro Mecenas, ya contra Rufino y Eutropio adversarios de éste; y hallando escasa la verdad, pasaba á las exageraciones, á las cuales le inclinaba su ingenio. Supo muy bien engrandecer las cosas pequeñas, y hermosear las mezquinas; aunque de poca imaginacion, encuentra felicísimos modos de decir (6); y es admirable artífice de una armonia, cual no se habia oido en dos siglos, ni se debia oir después (7); si bien no supo dar aquel pequeño paso por cuyo medio los escritores sublimes consiguen elevar la mente y conmover el corazon. El ímpetu que en él á veces parece inspiracion, da más poesia á las invectivas que á todas sus demás obras.

Después de entrar de lleno en el asunto, decae, como sucede á los improvisadores y á los que no ayudan al talento con el estudio. La prudencia no le aparta del uso de imágenes superabundantes ó impropias; como caballos que gozan de antemano la presa que cogerán al dia siguiente (8), ó venas que vierten oro (9), ó mares que escupen piedras preciosas sobre la playa (10).

Los poetas latinos conservaron hasta lo último el privilegio de componer buenos versos y frases

---

(4) CLAUDII CLAUDIANI *opera omnia; recensuit Artaud.* Paris, 1824, 3 t. en 8.° en la colec. de Lemaire.

(5) Entre estos quieren algunos poner el de Tíbulo por Mesala, y el de Pison, atribuido á Saleyo Basso.

(6) . . . . . *Nec te jucunda fronte fefellit*
Luxuries, prædulce malum, quæ dedita semper
Corporis arbitriis, hebetat caligine sensus.
De laud. Stilic. II.
. . . . . *Fingendaque sensibus addis*
Verba, quibus magni geminatur gratia doni.
Quoties incanduit ore
Confessus secreta rubor, nomenque beatum
Injussæ scripsere manus!
Et reliquum nitido detersit pollice somnum;
Utque erat interjecta comas, turbata capillos,
Mollibus assurgit stratis.

Esto me parece más feliz que en Parini. De la primavera dice:

Mitior alternum zephyri jam bruma teporem
Senserat, et primi laxabant gramina flores.
En Eutrop. II.

De Eutropio, cónsul eunuco, dice que:

Titulum effœminat anni,

Y en otra parte:

Et pax, a fonte profecta,
Cùm Rheni crescebat aquis.

(7) El símil del caballo, favorito de todos los poetas desde Job hasta nuestros dias, se encuentra tambien en Claudiano, y es como sigue *De nuptiis Mariæ:*

Nobilis haud aliter sonipes, quem primus amoris
Sollicitavit odor, tumidus, quatiensque decoras
Curvata cervice jubas, pharsalia rura
Pervolat, et notos hinnitu flagitat amnes,
Naribus accensis; mulcet fœcundo magistros
Spes gregis, et pulchro gaudent armenta marito.

En el mismo epitalamio describe los amores de las plantas:

Vivunt in Venerem frondes, omnisque vicissim
Felix arbor amat: nutant ad mutua palmæ
Fœdera, populeo suspirat populus ictu,
Et platani platanis, atnoque assibilat alnus.

Aquí describe la habitacion de Vénus:

Hic habitat nullo constricta Licentia nodo,
Et flecti faciles Iræ, vinoque madentes
Excubiæ, Lacrymequæ rudes, et gratus amantum
Pallor, et in primis tituhans Audacia furtis.
Jucundique Metus, et non secura Voluptas,
Et lasciva volant levibus Perjuria pennis.
Hos inter petulans alta cervice Juventus
Excludit senium luco.

No sé de ningun pasaje de Ovidio que pueda compararse con este, que recuerda á Tíbulo.

(8) *Crastina ventura spectantes gaudia prædæ.*
De raptu Proserp.

(9) *Oblatum sacris natalibus aurum*
Vulgo vena vomit.
De laud. Serenæ.

(10) *Occeanus vicino litore gemnas*
Expuit.
Idem.

graciosas, pero se alimentaron demasiado de reminiscencias en lugar de sentimiento; y eran cada vez más frios cuanto más se separaban de la fe del pueblo. Amenazaba Alarico, amenazaba Atila, y ellos soñaban aun con la Roma de Fabricio y de Caton; cantaban á Júpiter y la guerra en la ciudad de los papas; y hablaban á Estilicon un lenguaje propio de Mario.

Admira Claudiano verdaderamente por la fe que manifiesta en sus númenes; los númenes derribados no tanto por los decretos imperiales, cuanto por las predicaciones, el desprecio y la virtud de los cristianos. Pero ¿pueden elevar su vuelo el genio poético sino asociándose á las grandes impresiones del pueblo para quien canta? Si se encadena a ideas sin fuerza, vida ni porvenir, se condenará por sí mismo á volver á ser niño. Véase á Claudiano: como si nada hubiese pasado, tiene dispuestos númenes y augurios para todas las ocasiones, para ensalzar hasta el cielo al católico emperador Teodosio, para celebrar el nacimiento de Honorio y vaticinar la fecundidad de sus esposas intactas, no menos que para defender y publicar las victorias de Estilicon.

Pudo en otro tiempo algun literato de mero arte distinguirse con las formas siempre bellas de la mitologia: estudio y forma, nada más; pero entonces estaban frente á frente dos enemigos, y el cantar á Cristo ó á Júpiter significaba declararse por uno en contra del otro. Claudiano prefirió ponerse al lado de los que pretendian impedir la luz, cerrando los ojos (11); y quizá con declararse cantor oficial del paganismo, mereció que el Senado hiciese que los *Doctísimos* emperadores le diesen el título de preclaro, le nombrasen tribuno notario, y le erigiesen una estátua en el Foro Trajano (12). Pero la posteridad no podia estimar un ingenio que se gastó en el empeño de hacer reverdecer lo que estaba ya irremediablemente seco.

(11) Tiene un epígrama en que, burlándose, pide á un tal Jacobo por todos los santos cristianos que no le censure. Principia así:

Per cineres Pauli, per cani limina Petri,
Ne laceres versus, dus Iacobe, meos.

(12) En el siglo XV fué desenterrado el pedestal con una inscripcion de no segura autenticidad, que dice: C. CLAVDIANO V. C. TRIBVNO ET NOTARIO, INTER CÆTERAS VIGENTES ARTES QVE GLORIOSSISIMO POETARVM, LICET AD MEMORIAM SEMPITERNAM CARMINA AB EODEM SCRIPTA SVFFICIANT, ADTAMEN TESTIMONII GRATIA OB IVDICII SVI FIDEM DD. NN. ARCADIVS ET HONORIVS FELICISSIMI AC DOCTISSIMI IMPERATORES, SENATV PETENTE, STATVAM IN FORO DIVI TRAIANI ERIGI COLLOCARIQVE IVSSERVNT. εἰς ἕνι Βιργιλιοῖο νόον καὶ μοῦσαν Ὁμήρου Κλαυδιανὸν Ψώμη καὶ Βασιλεὶς ἔθεσαν.

Escalígero *(Poetices* lib. V, *qui et Hypercriticus)* llama á Claudiano *maximus poeta, solo argumento ignobiliore oppressus, addit de ingenio quantum deest materæ. Felix in eo calor, cultus non invisus, temperatum judicium, diccio candida, numeri non affectati, acute dicta multa sine ambitione.*

Premio de sus adulaciones fué la mano de una rica heredera africana, pero la ruina de Estilicon arrastró tambien al poeta. Orgulloso con la proteccion de aquel y quizá inspirado por él, escribió un epígrama contra dos prefectos del Pretorio; Malio, adormecido para hacer bien, y Adriano, vigilante para hacer mal (13). Pero este ultimo no durmió tampoco cuando llegó la ocasion de acusarle de los elogios tributados á Estilicon. Huyó Claudiano, y desde su retiro, dirigió una carta al ofendido prefecto, deplorando débilmente su imprudencia, y excitándole á ser clemente con ejemplos de hombres, númenes y fieras (14).

F. Merobaudes.—Flavio Merobaudes, poeta que nos han revelado hace poco los palimsestos (15), habia militado en España, reinando Plácido Valentiniano, y mereció tambien una estátua é inscripciones en el Foro Trajano. En el poema que escribió en elogio del vencedor de Atila, después de describir la gloriosa paz que le debia el imperio, descansando Marte y su carro (16), hace que la discordia, envidiando aquella felicidad, incite á Belona á turbarla (17); y después que todo estuvo desordenado, presenta á los romanos con los ojos fijos en Aecio que es el único capaz de salvarles. Vése, pues, que la máquina está absolutamente calcada en el sistema antiguo y del mismo modo que si los altares de Vesta y de Júpiter estuvieran todavia rodeados de homenajes.

Numaciano.—Rutilio Claudio Numaciano, de Tolosa, se muestra ardiente partidario del paganismo. Habia sido prefecto de Roma (18): fué á visitar

(13) *Mallius indulget somno noctesque diesque;*
Insomnis Pharius sacra profana rapit.
Omnibus hoc, italæ gentes, exposcite votis,
Mallius ut vigilet, dormiat ut Pharius.

Le llama *Pharius* por ser natural de Alejandria.

(14) *Ep.* I.

(15) *Fl Merobaudis carminum orationumque reliquiæ ex membr. Sangallensibus. ed. a Niebuhrio.* San Galo, 1823.

(16) *Ipse pater Mavors. Latii fatalis origo,*
Festa ducis socii trucibus non impedit armis,
Tela dei currusque silent.

(17) *Quis miseros, germana, tibi sopor obruit artus*
Pace sub inmensa? quoniam tua pectora...
Mersit iniqua quies, inopes tua classica...
Indue mortales habitus, tege casside vultus.
Urge truces in bella globos, scyticasque pharetras.
. . . . . .
Romanos populare deos, et nullus in aris
Vestæ exoratæ, fotus strue palleat ignis...
Majorum mores et pectora prisca fugabo
Funditus.....
Spernantur fortes, nec sit reverentia justis,
Attica neglecto pereat facundia Phebo...
Omniaque hæc sine mente Jovis, sine numine summo.

(18) *Si non displicui, regerem cum jura Quirini,*
Si colui sanctos, consuluique patres;
Nam quod nulla meum strinxerunt crimina ferrum,
Non sit præfecti gloria, sed populi.

sus propiedades á las Galias é hizo una descripcion de su viaje (417-20) en un poema en dos libros, en que maltrata á la religion judáica, no atreviéndose á adherirse directamente á la cristiana (19); y denigra el género de vida de los monges que halló en gran número en las islas de Gorgona y de Caprea (20).

Avieno.—Rufo Festo Avieno, dos veces procónsul en tiempo de Teodosio, puso en versos latinos los *Fenómenos* y los *Pronósticos* de Arato, así como la descripcion del mundo *(Metaphrasis pariegeseos)* de Dionisio de Alejandria en mil trescientos noventa y cuatro versos. Aun pensaba en reducir á versos yámbicos hasta la historia de Tito Livio, empresa digna de la época (21). Se le atribuye un resúmen de la Iliada, escrita con mejor estilo y menos aridez que la de los argumentos que los antiguos gramáticos anteponian á los poemas. Tambien compuso bajo el título de *Hora maritima* setecientos tres versos que probablemente son el primer canto de una descripcion de las costas desde Cádiz hasta el mar Negro. Las cuarenta y dos fábulas sacadas de Esopo, que se le han atribuido, parecen pertenecer á un tal Flavio Aviano, inferior en mérito á Fedro, sin que se sepa en que tiempo vivia.

Ausonio, 309-94.—Décio Magno Ausonio nació en Burdeos de un médico célebre (22); su horóscopo le predijo grandes honores. Sus padres le educaron en su consecuencia con estremado esmero. Estudió retórica en Tolosa y en su ciudad natal: luego siguió la carrera de la abogacia. Posteriormente enseñó gramática y retórica hasta la edad de treinta años: entonces el emperador Valentiniano I le llamó á su lado, para encargarle la educacion de su hijo Graciano. Este fué el principio de su fortuna, pues obtuvo sucesivamente el nombramiento de conde y la promocion á las primeras dignidades del Estado: llegó á ser prefecto del pretorio en Italia y Africa, y cónsul finalmente. Graciano que no pudo hallarse presente cuando entró en el ejercicio de su empleo, quiso asistir cuando depuso las haces consulares. En aquella ocasion recitó el poeta la accion de gracias que nos ha quedado suya (pág. 432). Su alumno imperial le respondió de este modo: *satisfago una deuda, y al pagarla me reconozco deudor todavia;* frase que en su concision vale más que toda la arenga estudiada del cónsul poeta. Después de la muerte de Graciano quiso retirarse de los honores, si bien no pudo cumplir su deseo hasta que tuvo lugar la derrota de Máximo. Entonces fué á vivir cerca de Burdeos, y allí compuso la mayor parte de las obras que ha dejado.

Compuso tres prefacios para obras, cuyo conocimiento no ha llegado á nosotros, y ciento cuarenta epígramas al estilo de los de Marcial, aunque dista mucho de tener su agudeza; solo en obscenidad es digno rival suyo. En los *Parentales* bosqueja los fastos de su familia: en otra série de composiciones elogia á los profesores de su patria. Tambien poseemos de él treinta y ocho epitafios sobre asuntos ficticios: versos sobre los doce Césares; la descripcion de las diez y siete principales ciudades del imperio (23). Pone en escena en dos de sus composiciones á los siete sábios de Grecia, proclamando las máximas de su filosofia. Veinte y cuatro cartas dirigidas á sus amigos están escritas en verso y prosa. Su *Ephemeris* es un poemita en versos de diferentes metros sobre el modo de pasar el dia. Consideró el idilio bajo el sentido primitivo de la palabra, es decir, como un pequeño cuadro, y compuso veinte; uno de ellos con motivo de la Pascua, dado que sea suyo, le colocaria entre el número de los cristianos, á la par que el décimo tercio, que se compone de hemistiquios de Virgilio, dedicado á describir un dia de boda, le colocaria entre el número de los paganos más licenciosos.

Tanta estimacion tenian sus obras, que Teodosio le dirigió una carta para pedírselas; y los emperadores le colmaron á porfia de honores y dignidades, como tambien á su familia. Si su versificacion conserva aquel brillo que los latinos no perdieron nunca, peca por el lado del gusto, lleva en sí el sello de la decadencia. Se lanza á estudiados circunloquios, por no atreverse á aventurar el vocablo propio: sus cartas son las negras hijas de Cadmo, el papel la blanca hija del Eilo, y llama *nudos gni-*

---

(19) *Radix stultitiæ, cui frigida sabbata cordi,*
Sed cor frigidius religione sua est...
Atque utinam numquam Judæa subacta fuisset
Pompeii bellis imperioque Titi!
Latius excisæ pestis contagia serpunt,
Victoresque suos natio victa premit.

(20) *Munera fortunæ metuunt, dum damna verentur,*
Quisquam sponte miser ne miser esse queat?
Quænam perversi rabies tam stulta cerebri,
Dum mala formides, nec bona posse pati?
. . . . . .
Perditus hic viro funere civis erit.....
Impulsus furiis, homines divosque reliquit,
Et turpem latebram credulus exul amat.
Infelix putat illuvie cælestia pasci;
Sequæ premit lœsis sævior ipse dëis.

(21) Si ha de entenderse así á Servio en el X, 272, 388 de la Eneida.

(22) Ausonio hace decir á su padre:
Judicium de me studui præstare bonorum,
Ipse mihi numquam, judice me, placui...
Felicem scivi non qui quod vellet haberet,
Sed qui per fatum non data non cuperet...
Non occursator, non garrulus obvia cernens,
Valvis et velo condita non adii.
Famam quæ posset vitam lacerare bonorum,
Non finxi et veram si scierim, tacui...
Nonaginta annos, baculo sine, corpore toto
Exegi, cunctis integer officiis.
Parentalia.

(23) Roma, Constantinopla, Alejandria, Cartago, Antioquia, Tréveris, Milan, Capua, Aquilea, Arlés, Mérida, Atenas, Catania, Siracusa, Tolosa, Narbona y Burdeos.

dios á la caña para escribir. Enumera todo lo que se forma de tres, en uno de sus poemas: las Gracias, las Parcas, las fauces del cancerbero, el tridente de Neptuno, las cabezas de la Gorgona, Dios que es uno y trino. Así mezcla á menudo lo sagrado á lo profano, y si era cristiano quiso continuar pagano en punto al arte. Se deleita tambien en crearse dificultades, terminando, por ejemplo, un verso con el monosílabo que empieza el verso siguiente. En suma, se advierte en él una futilidad contínua enmedio de amenazadores peligros; semejante en esto á aquellos poetas italianos del décimo sesto siglo, que hablaban de amor y de caballeria en el instante mismo en que perecian la nacion y la independencia de Italia.

S. Paulino.—Hemos visto á Paulino, amigo de Ausonio, partir desde el mismo punto y llegar á muy diferente resultado. San Severino, unido á él igualmente por vínculos amistosos, ha dejado un poema bucólico (*De morte boum*) sobre una de las numerosas epizootias que á principios del siglo IV vinieron á añadirse á tantas otras calamidades. El pastor Búculo cuenta al boyero Egon como ha perdido su rebaño; y Titiro consultado por ambos acerca de la manera con que ha conservado el suyo, responde que marcándole con la señal de la cruz en la frente; de aquí toma ocasion para inducirles á adorar á Cristo en su compañia; estas son ideas nuevas vestidas á la antigua.

Prudencio, n. 348.—Aurelio Prudencio Clemente nacido en Calahorra, de España, fué prefecto de dos ciudades, luego obtuvo un empleo militar que le acercó á la persona del emperador (24). A la edad de treinta y siete años se consagró enteramente á los trabajos del espíritu, y compuso poemas didácticos y otros sobre las verdades de la religion. Fué el primero que trató largamente y con elocuencia los misterios cristianos. La *Apoteosis* es un poema contra los patripasianos, sabelios y otros herejes; así como el *Amartigencia* ó *el Orígen del pecado*, está dirigido contra los marcionitas y los maniqueos. Tambien escribió dos libros contra Simaco, el defensor de la idolatria. Quizá se le atribuyó equivocadamente el manual bíblico (*Enchiridium utriusque Testamenti*), resúmen de la historia sagrada en cuarenta y nueve cuartetos.

Sus poesias líricas forman dos colecciones: una (*liber* καθημερινὸν) contiene doce himnos para diferentes horas y fiestas: otra (*de coronis*), catorce en honor de los mártires. El de San Hipólito no cede en nada, en nuestro concepto, á las metamórfosis de Ovidio. Encuéntranse tambien pasajes graciosos y tiernos en los demás en que se deja sentir á menudo la uncion cristiana. Aunque Prudencio cae á veces en el solecismo, y quebranta las reglas del metro, se percibe que conoce las más selectas producciones de los antiguos (25).

San Próspero, 403-463.—San Próspero de Aquitania, notario de Leon Magno, ha dejado algunos poemas, ciento seis epígramas, ó por mejor decir, pensamientos morales sacados de San Agustin: un canto sobre los ingratos (περὶ ἀχαρίστων), nombre bajo el cual comprende á los semi-pelagianos, quienes pretendian que el hombre puede llegar á la perfeccion por sus propias fuerzas. Resucitaron los jansenistas este poema en el siglo pasado, como favorable á sus ideas: entonces se hallaban en discusion sobre la Gracia.

Sidonio Apolinar.—Sidonio Apolinar, nacido en Lion, de una familia ilustre, hizo á la edad de veinte y cinco años el panegírico del emperador Avito su suegro, y fué recompensado con la erección de su estátua en el foro de Trajano: honor reservado desde entonces, no á los que se señalaban por sus proezas, sino á los que pregonaban alabanzas. Su adhesion á la persona de Avito no le perjudicó para con sus sucesores; y en otro pa-

(24) *Bis legum moderator,*
Frenos nobilium reximus urbium,
Jus civile bonis reddidimus, terruimus reos.
Tandem militiæ gradu
Evectum pietas principis extulit
Adsumtum propiusstare jubens ordine proximo.
Pref. del libro titulado *Cathemerinon.*

(25) Exhorta á Honorio á abolir los juegos sangrientos, y reconviene particularmente á las vestales porque asisten á los combates de los gladiadores:

Inde a consessu cavæ pudor almus et expers
Sanguinis it pietas, hominum visura cruentos
Congressus, mortesque, et vulnera vendita pastu
Spectatura sacris oculis. Sedet illa verendis
Vietarum insignis phaleris, fruiturque lanistis.
O tenerum mitemque animum! Consurgit ad ictus;
Et quoties victor ferrum jugulo inserit, illa
Delicias ait esse suas, pectusque jacentis
Virgo modesta jubet converso pollice rumpi:
Ne lateat pars ulla animæ vitalibus imis,
Altius impresso dum palpitat ense secator
.....Podii meliore in parte sedentes
Spectant, æratam faciem quam crebra tridenti
Impacto quatiant hastilia, saucius et quam
Vulneribus patulis partem perfundat arenæ
Cum fugit, et quanto vestigia sanguine signet!
Quod genus ut sceleris jam nesciat aurea Roma
Te precor, ausonii dux augustissime regni,
Et tam triste sacrum jubeas, ut cætera, tolli.
Perspice, nonne vocat meriti locus iste paterni
Quem tibi supplendum Deus et genitoris amica
Servavit pietas? Solus ne præmia tantæ
Virtutis caperet, parten tibi, nate, reservo;
Dixit et integrum decus intactumque reliquit.
Accipe dilatam tua, dux, in tempora famam,
Quodque patri superest, sucesor laudis habeto.
Ille urbem betuit taurorum sanguine tingi;
Tu mortes miserorum hominum prohibeto litari.
Nullus in urbe cadat cujus sit pœna voluptas,
Nec sua virginitas oblectet cædibus ora.
Jam solis contenta feris immanis arena,
Nulla cruentatis homicidia ludat in armis.
Sit devota Deo, sit tanto principe digna,
Et virtute potens, et criminis inscia Roma,
Quemque ducem bellis sequitur, pietate sequatur.

negírico, que dirigió á Mayoriano, cita, para escusarse, ejemplos de análoga vileza, que no han faltado nunca. Tampoco escatimó sus elogios á Antemio, quien fué con posterioridad elevado á la soberania del imperio. Habiéndose retirado á la Arvernia, moró allí en el valle de Cambon, junto á un lago á poca distancia del monte Dor, donde su *cabaña*, segun él mismo la denomina, no encerraba en su recinto mármoles ni otra clase de ornamentos raros. Tenia no obstante salon de baños, salon de perfumes y de descanso, de donde su fe cristiana habia desterrado las pinturas obscenas; y una triple arcada conducia á una piscina, en la que seis cabezas de leones echaban agua, allí llevada de los manantiales de las montañas. Al salir de allí se encontraba la sala matronal, cerca de la cual estaba la bodega y el aposento donde se tejia. Tambien habia un pórtico hácia el Levante, sostenido por gruesos pilares redondos, desde donde se disfrutaba de la perspectiva del lago: cerca del vestíbulo servia una larga galeria para que conversaran los clientes y descansaran al fresco las nodrizas. En el invierno ardia una enorme hoguera en el salon donde comia; y cuando hacia tiempo más suave, hacia que le sirvieran sobre un terrado, delante del cual se desarrollaba una vista capaz de hacer olvidar las de Campania (26).

Allí pasaba la vida con tres hijos y una escelente esposa, visitado por cuantos hombres distinguidos habia en la Galia, escribiendo versos sobre los mil pequeños accidentes de la existencia, á semejanza de Ausonio y á imitacion de Estacio. No hizo el sacerdocio que se despojara del espíritu profano, ni alteraron la igualdad de su humor los peligros de la patria.

De consiguiente se puede buscar en sus composiciones la pintura del mundo romano en las Galias, así como la de los conquistadores que se suceden, y cerca de los cuales tuvo que sostener la dignidad de su nacion muchas veces. Todo lo alababa con aquel espíritu provincial que algunos califican de patriotismo. Halla á todos los criados y amigos suyos, superiores á cuantos puedan citar la antigüedad y la edad presente. Sin embargo, en medio de tantos elogios, siente el corrompido aliento de la moribunda literatura; deplora el barbarismo que se introduce, y alienta á los pocos que todavia conservan la pureza del idioma.

Cierto dia que se encaminaba desde Lion á la Auvernia vé unos sepultureros ocupados en remover la tierra donde yacian las cenizas de su abuelo: inmediatamente dispone que sean presos y les hace morir en los tormentos: de este modo era tratada la gente rústica por la aristrocracia romana.

Elevado al obispado de Clermont tuvo ocasion de acreditar su amor á la patria y su caridad durante los desastres que sobrevinieron. El conocimiento que poseia de los acontecimientos recientes, le indujo á pensar en bosquejar su historia; mas falta colorido al dibujo. Poseemos veinte y cuatro composiciones suyas, entre las cuales se cuentan tres panegíricos y algunos epitalamios que no carecen de imaginacion ni de estro. Pero el hábito de las escuelas le hizo caer en sutilezas y en metáforas exageradas que parecieron oro puro á los romanos depravados como á los invasores ignorantes.

Lactancio.—El poema del *Fenix* ha hecho que tambien sea clasificado Lactancio entre los poetas; pero las otras dos composiciones versificadas, que le son atribuidas, sobre la Pascua y sobre la Pasion de Cristo, parece que son de Venancio Fortunato, poeta del siglo sexto. Juvenco, sacerdote español, puso en verso la Biblia *(Véteris et Novi Testamenti collatio)* y los milagros de Jesucristo *(Pascuale)*, conservando con toda fidelidad el sagrado texto.

Comodiano de Gaza hizo un poema contra los paganos, en el cual las iniciales de cada artículo forman el título de la obra; es lo más digno de atencion que en los exámetros no tiene ya en cuenta la cantidad de las sílabas, sino solamente su número (27). Esta transicion desde la versificacion antigua á la versificacion moderna, prueba cuanto se habia alterado ya la pronunciacion, aunque continuara subsistiendo la lengua latina. Encontramos una nueva señal de ello en la introduccion de la rima, que, si habia aparecido alguna vez en los clásicos, se empleaba á la sazon por sistema tanto en los versos (28) como en la prosa (29). Sin em-

(26) *Ep.* II, V, Carm. XVIII.

(27) *Præfatio nostra viam erranti demonstrat,*
Respectumque bonum, cum venerit sæculi meta,
Æternum fieri; quod discredunt inscia corda.
Ego similiter erravi tempore multo,
Fana prosecuendo, parentibus insciis ipsis.
Abstuli me tandem inde, legendo de lege.
Testificor Dominum, doleo proh! civica turba
Inscia quod perdit, pergens deos quærere vanos.
Ob ea perdoctus ignaros instruo verum.

(28) Un poema de San Agustin ó de un contemporáneo suyo contra los donatistas, está en versos trocáicos rimados:

Abundantia peccatorum solet fratres conturbare;
Propter hoc dominus noster voluit nos prœmonere;
Comparans regnum cœlorum reticulo misso in mare,
Congreganti multos pisces omne genus hinc et inde,
Quos cum traxissent ad litus, tunc cœperunt separare,
Bonos in vasa miserunt, reliquos malos in mare.

(29) San Agustin *(De tempore)*: *Et magis ex ipsa (vita) corrumpitur quam sanetur; magis occiditur quam vivificetur (Serm.* 138, *De verbis Dom)*: *Ecce venitur et ad passionem, ecce venitur et ad sanguinis effusionem, et ad corporis incensionem (De civ. Dei* XVI, 6*)*: *Tanquam lex æterna in illa eorum curia superna* (XVII, 12): *Infidelitas gentium cum Dei populum exsultabat atque insultabat esse captivum, quid aliud quam Christi commutatione sed scientibus nesciens exprobabat?... Illius enim spei confirmatio verbi hujus (fiat) iteratio* (IX, 1): *Partim eruditô otio, partim necessario negotio* (IX, 2): *Uno (vitæ genere) in contemplatione vel inquisitione veritatis otioso, altero in ge-*

bargo aproximándose más la prosa al lenguaje ordinario, alterado por la mezcla de tantas espresiones y frases bárbaras, manifestaba esta corrupcion, á la par que el poeta sin inspiracion ni espontaneidad, si bien de un espíritu estudioso y rico de recuerdos, hallaba en sus modelos algo de la pureza primitiva y meditada, por lo cual aquellos cuya prosa es bárbara é inculta, como por ejemplo, Sidonio y Marcelo Capella, no parecen los mismos cuando escriben en verso.

Poesia nueva.—Algunos poetas cristianos no hicieron más que imitar á los clásicos en descripciones, narraciones, didascálicas, ó panegíricos antiguos tanto en la forma como en las imágenes y en el estilo, salvo que sustituian á los asuntos profanos la Sagrada Escritura, las vidas de los santos y las virtudes cristianas, ingerto inconveniente en un tronco nuevo; de consiguiente cada vez que los escritores posteriores recurrieron á los mismos medios para representar poéticamente el cristianismo, no consiguieron producir nada que fuera original ni grande.

Fiándose otros de sus sentimientos personales abrian un nuevo campo engolfándose en la poesia lírica, que nunca, ó casi nunca habia espresado entre los latinos las inspiraciones internas, ó solo por la imitacion se habia sostenido. Cuando apareció el cristianismo, religion íntima en un todo, con sus sublimes modelos en los profetas, en sus salmos, y en los cánticos repetidos á coro, para esplicar la alegria y la tristeza universal, podia dar nacimiento á una poesia original, espontánea y toda entusiasmo.

Esta poesia tomó un vuelo cada vez más atrevido cuando obtuvo la paz la Iglesia, y cuando por los cuidados de Dámaso, de Ambrosio, de Gregorio, fué ordenado el canto. Algunos himnos cantados por la Iglesia todavia sostienen el parangon con las más bellas odas de los clásicos, no por la elegante pureza de la lengua, sino por su vigor poético y por la profundidad del sentimiento (30).

Destinada esta poesia, no á deleitar á unos pocos, sino á ejercer su influjo sobre todos, no á ser leida en la mesa, sino á ser cantada en la iglesia, tuvo que alejarse de las formas de la lírica pagana: adoptó, pues, las mayores libertades respecto de la lengua y del metro; traspasó las severas reglas de la prosodia y del ritmo, hasta que el acento prevaleció enteramente sobre la cantidad y produjo la versificacion de los modernos. El uso determinó la eleccion del metro, haciendo dar la preferencia á las estrofas de cuatro versos y á los yambos de cuatro piés por lo general, por acomodarse mejor á los sencillos cantos del coro.

Encuéntrase así mismo la gravedad solemne y la magestuosa fuerza de la musa latina en la poesia descriptiva, cuando no está sobrecargada de detalles inútiles y estraños, como en ciertos panegíricos de santos. Además, para dominar al lector, reina en ella un sentimiento profundo, tan distante del desabrimiento como del énfasis, y sin aquellas pinturas hechas únicamente por pintar, á que eran demasiado aficionados los poetas profanos de aquel tiempo.

Si los griegos manifiestan riqueza de ideas, atrevida imaginacion, la gracia, la dulzura, la abundancia propia de su lengua, tan bella entre todas, los latinos son más sencillos, más magestuosos, y aun diríamos más íntimamente creyentes: ahora bien, esto era lo que se necesitaba para cantos destinados á sostener el valor en penosas luchas, primero contra una persecucion encarnizada, y después contra las calamidades acumuladas sobre el Occidente.

Hay tan poca costumbre de proponer por modelos á los que son denominados comunmente escritores bárbaros del cristianismo, que nos vemos obligados á apoyarnos en la autoridad ajena (31), á fin de recomendar, ya que no sustituirlos, á los clásicos en las escuelas, á menudo inmorales, frívolos siempre, á menos que no se desprecien los piadosos cánticos y las exhortaciones eficaces de la fé, de la esperanza y de la resignacion.

---

rendis hebus humanis negotioso... Crucifixerunt salvatorem suum, et fecerunt damnatorem suum.

(30) Tales como el de San Ambrosio:

Deus creator omnium,

Y el de Prudencio á los Inocentes:

Salvete flores martyrum
Quos lucis ipsæ in limine
Christi insecutor sustulit
Ceu turbo nascentes rosas.

Otros himnos antiguos que todavia canta la iglesia son el *Gloria in excelsis Deo* de San Hilario. *Jam mœsta quiesce querela* de Prudencio y dos de Sedulio.

(31) Aldo Manucio, el antiguo, en su prefacio á la coleccion titulada *Poetæ christiani veteres*, dice: *Statui christianos poetas cura nostra impressos publicare, ut loco fabularum et librorum gentilium, infirma puerorum ætas illis imbueretur, ut vera pro veris, et pro falsis falsa cognoceret, atque ita adolescentuli, non in pravos et infideles, quales hodie plurimi, sed improbos atque orthodoxos viros evaderent, quia adeo a teneris assuescere multum est.* Luis Vives, célebre humanista del siglo XVI, escribia: *Legendi et poetæ nostræ pietatis, Prudentius, Prosper, Paulinus, Sedulius, Juvencus et Arator; qui quum habeant res altissimas et humano ingenio salutare, non omnino sunt in rebus rudes et contemnendi. Multa habent, quibus elegantia et venustate carminis certent cum antiquis nonnulla, quibus etiam eos vincant.* G. Fabricius, Gaspar Barth, Leyser y Daum, han espresado la misma opinion.

CAPÍTULO XXIII

CIENCIAS.

Filosofia.—Alterada como estaba la filosofia neoplatónica por la mezcla de las ciencias cabalísticas y de la teurgia, esperó llegar á su apogeo, merced á la proteccion de Juliano; mas con la vida de éste se desvanecieron sus esperanzas. Continuaba existiendo la escuela en Atenas, academia de lujo enmedio de las que tenian un objeto de utilidad, y quedada como una antigua ruina entre instituciones más recientes, desde que las Musas se habian despedido de la patria de Sófocles. La tradicion, manantial de los conocimientos de los cabalistas, habia sido adoptada por los neoplatónicos, quienes imaginaban una cadena (σειρὰ ἑρμετική) de maestros, que se habian trasmitido sucesivamente las doctrinas secretas de los sabios primitivos (1). Interrumpida por Constantino, como contraria al cristianismo, fué reanudada por un tal Plutarco, sobrenombrado el Grande, á causa de su habilidad en reproducir las enseñanzas de Plotino, Porfirio y Jámblico.

Inició en sus secretos á Hierio, su hijo, á Arquíades, su yerno, y especialmente á Asclepigena, su hija, que habia llegado á ser depositoria del secreto teúrgico.

Esta instruyó á Proclo, que fué tambien discípulo de Siriano en Atenas, y de Olimpiodoro en Alejandria. Iniciado Proclo en todas las sectas (412-485), elevó á su perfeccion el neoplatonismo. Con él parece que murió aquella escuela.

Sustituyóle en la cátedra ateniense Marino de Siria, quien escribió la vida del maestro. Allí demostró que Proclo habia llegado al colmo de la felicidad, porque á las cuatro virtudes cardinales que constituyen la sabiduria, esto es, la justicia, la fortaleza, la prudencia y la templanza, juntó en su persona las cualidades físicas de la salud, de la bondad de los sentidos, de la robustez y de la belleza.

Proclo habia esplicado los misterios de la ciencia á Egias antes de la edad permitida; pero este hizo tan poco caso de la enseñanza, que fué infiel á la escuela. Hallábase, pues, á punto de romperse la cadena de oro, cuando fué puesto en la cátedra Isidoro de Gaza, íntimamente persuadido de la santidad de Proclo y del orígen celeste de la ciencia teúrgica. Sin embargo, el ingenio y la erudicion de Isidoro no igualaban á su celo: así, ora por conciencia de la insuficiencia de sus fuerzas, ora por inclinacion, ora á causa de ver que aquella escuela iba perdiendo su crédito de dia en dia, se retiró á Egipto, donde el misticismo conservaba más adeptos.

Tuvo por sucesor á Zenodoto, luego á Damascio, que habia estudiado cuanto entonces se sabia de las ciencias y tenia juicio bastante para evitar los peores delirios de los suyos.

Pero fué el último eslabon de la cadena hermética; porque mirando Justiniano aquella escuela como un foco de doctrinas hostiles al cristianismo y á la sociedad, mandó que se cerrara. Damascio se refugió á Alejandria; acogiéronse los demás filósofos cerca de Cosroes Nuschirvan, rey de Persia (529); pero no encontrando allí las liberalidades que les habian sido prometidas, regresaron á su patria y se diseminaron por diversos puntos. No solo desapareció con ellos su escuela, sino que hasta Platon fué olvidado, hasta el momento en que tornó á la luz en Italia por conducto de los griegos fugitivos delante de las cimitarras otomanas.

Este gran filósofo habia sido objeto de un culto sin delirio por parte de Calcidio, quien comentó su *Timeo;* de Salustio, autor de un opúsculo titula-

(1) Véase la pág. 303.

do *De los dioses y del mundo*, que aunque pagano, apartó á Juliano del designio de perseguir á los cristianos; de Cesáreo, hermano de Gregorio Nacianceno, autor de ciento noventa y cinco preguntas y respuestas teológicas y filosóficas sobre pasajes de la Biblia; de Nemesio de Emesa, en fin, que escribió sobre la naturaleza del hombre una de las obras más acreditadas de aquel tiempo: mostróse allí versado en el conocimiento práctico de todos los filósofos, sirviéndose de sus doctrinas para esclarecer el dogma ó para sostenerlo, ayudado además en esta tarea por un estilo más castigado que el de sus contemporáneos.

Entretanto, la aficion á la antigua filosofía se perdia hasta tal punto, que San Gerónimo esclamaba: «¿Quién lee ya á Aristóteles? ¿Cuántos hay ahora que conozcan los escritos y el nombre de Platon? Apenas se contarán algunos ancianos ociosos que se entretengan en un rincon con su lectura; á la par que nuestros apóstoles, hombres toscos, nuestros pescadores de hombres, son conocidos y citados en todo el universo.»

Historia.—En tiempos tan notables como aquellos en que una civilizacion espira, y en que otra llega á ocupar su puesto, no se halla nadie que trace sin lisonja ó sin odio, bajo su verdadero aspecto los pueblos invasores, y el carácter de los emperadores y de los magnates. Segun sea un escritor idólatra ó cristiano, juzga á los demás con arreglo á su punto de vista, y ensalza hasta las nubes ó rebaja con menosprecio los mismos hechos en diversos individuos, segun el bien ó el mal que hicieron á su partido.

¿Cómo contemplar con mirada firme los acontecimientos y narrar con órden y verdad tantos desastres enmedio de aquella molicie de las inteligencias, de aquel abatimiento de espíritus? ¿Qué confianza se podia tener en el dia de mañana cuando el edificio social se desmoronaba á pedazos, sin que se pudiera preveer quien seria el que se levantaria sobre aquellas ruinas? Los bárbaros en sus movimientos perpétuos é irreflexivos no dejaban columbrar más que la agitacion del caos, ó el impulso de un azar ciego é inexorable. Maldecir sus victorias era peligroso, cuando ya se les tenia encima: fuera cobardia celebrarlas; valia más enmudecer y cerrar los ojos.

Sexto Aurelio Victor (369) hizo un árido resúmen de los sucesos que habian tenido lugar desde Augusto hasta las victorias de Juliano en las Galias. Tambien escribió las vidas de romanos ilustres y tambien de extranjeros, como de Antioco de Siria, Mitrídates, Aníbal, atribuidas á veces á Cornelio Nepote, á Plinio, á Suetonio y á otros. Tambien compuso el *Orígen de la nacion romana*: era un estracto de Verrio Flaco, Anciates, Gneo Egnacio Verino, Fabio Pictor, Licinio, Macro, Varron, César, Tuberon y de los anales de los pontífices, que no va más allá del primer año de Roma; pero quizá sea el trabajo de algun gramático posterior, destinado á servir de introduccion á las demás obras de Aurelio. Juliano le decretó una estátua de bronce, honor envilecido porque fué prodigado, y le nombró gobernador de la Segunda Panonia. Teodosio le llamó en seguida á la prefectura de Roma.

Eutropio (364), que hizo la campaña de Persia con Juliano, escribió por órden de Valente un *Breviario* de la historia romana en diez libros, desde su orígen hasta Joviano (370). Su estilo es fácil, sencillo y castigado, y se conoce allí el amor á la verdad, aunque el autor no tiene siempre bastante habilidad para segregar lo que es erróneo.

Sexto Rufo, compuso de órden de Valentiniano *el Breviario de las victorias y de las provincias del pueblo romano*, especie de estadística terminada por un opúsculo en qué describe los monumentos y los edificios de Roma.

Se han perdido las obras de Proxágoras de Atenas, que aun siendo pagano, prodigó elogios á Constantino; de Eunapio, médico de Sardis, que se hizo detractor suyo; de Olimpiodoro de Tebas, su continuador á partir desde el año 407 hasta el año 425; de Prisco de Panio, que escribió las guerras de Atila; y la *Historia omnímoda* desde Jesucristo hasta el año 430, dedicada por Flavio Lucio Dextro á San Gerónimo, quien le dedicó en cambio el catálago de los escritores eclesiásticos. Eunapio escribió tambien la vida de los filósofos y sofistas; pero ignorando la filosofía, las noticias que suministró son sumamente escasas para dar á conocer el neoplatonismo. Todavia es menos sustancial el cuadro de los sabios ilustres por Hesiquio de Mileto.

Zósimo.—Así como Polibio habia acometido la empresa de narrar los acontecimientos que constituyeron la grandeza de Roma, del mismo modo espuso Zósimo los que la arrastsaron á su caida. Parte desde el reinado de Augusto, y después de haber recorrido rápidamente en su primer libro los tres primeros siglos del imperio, se estiende más acerca del cuarto en los tres libros siguientes. Sin embargo hasta aquí no hace más que compilar y reasumir con juicioso tino, conservando, á lo menos en el conjunto, la claridad en que estriba el principal mérito de los compendios. Se hace verdaderamente historiador en el libro quinto, en que narra la decadencia del imperio en tiempo de Honorio, Arcadio y Teodosio el Jóven. Descuida malamente la cronologia, si bien sabe escoger y coordinar los sucesos, remontarse á sus causas y señalar sus consecuencias: posee en fin el conocimiento de los hombres, y el de los resortes que les ponen en movimiento, así como á los gobiernos. Quizá al final, que no ha llegado á nosotros, resumia las causas diseminadas en la obra que produjeron la ruina del imperio. A sus ojos la principal es la caida de la idolatria: por esta razon se ensaña con los emperadores cristianos; y sirve en esto para corregir la escesiva devocion de los escritores eclesiásticos.

Amiano Marcelino, 320-399.—Amiano Marceli-

no (2), vástago de una buena familia de Antioquia, hizo la guerra en Mesopotamia y en la Galia, de 350 á 359; luego se retiró del servicio á la edad de cincuenta años, para pasar el resto de sus dias en Roma. Allí escribió en latin, aun cuando era griego, los sucesos contemporáneos que habia visto, con las cualidades y los defectos de un soldado que narra sin grande habilidad. Siempre le guia el buen sentido y el amor á la verdad, cuando no le estravia su adhesion á la religion antigua y á Juliano. Aunque bastante instruido, no se propone seguir tal ó cual modelo, ni piensa en convertir la historia en un ejercicio de retórica: antes por el contrario, conoce que la sencillez es el primer mérito del historiador, y le sacrifica toda pompa de estilo.

Los treinta y un libros de su relato abrazaban toda la historia del imperio desde el reinado de Nerva, en que termina Tácito su obra, hasta la muerte de Valente; pero solo nos quedan los diez y ocho últimos (352-378), en realidad los más importantes, puesto que no tenemos ningun historiador que hable de este período. A estilo de los cronistas se consagra á digresiones indigestas sobre los cometas y otros accidentes naturales, mientras que enmudece sobre circunstancias tan graves, que está uno tentado á creer que su trabajo nos ha llegado incompleto. Sabe manifestar como se encadenan los sucesos y se delinean los caractéres: por último, nos ha trasmitido preciosas noticias sobre los paises y las costumbres que ha observado, especialmente sobre la Germania, donde residió muchos años. Sin ser favorable al cristianismo, no se muestra tampoco acre en contra suya, desaprobando igualmente las locuras místicas de Juliano, la intolerancia de Constancio y las infracciones de la primitiva disciplina que cometian algunos obispos.

Después de este último historiador profano no se encuentran más que cronistas y compiladores. Julio Esuperancio dejó un opúsculo sobre las guerras civiles de Mario, Lépido y Sertorio, quizá estractado de Salustio. Próspero de Aquitania escribió una crónica en dos partes: la primera, que comprende el mundo desde la creacion hasta el año 378 de Jesucristo, está sacada de Eusebio: la otra se estiende desde la muerte de Valente hasta la toma de Roma por Genserico en 455. Idacio, obispo de Galicia, compuso tambien una crónica desde los tiempos de aquel emperador hasta el año 461, y trazó además los fastos consulares desde el año 265 de Roma, hasta el año 468 de Jesucristo. Acomete la empresa de continuar á San Gerónimo, y hasta el tercer año del reinado de Valentiniano no hace más que copiar á los mejores escritores: luego cuenta por sí mismo, como testigo de los hechos y actor en ellos, habiéndose encontrado muchas veces encargado en circunstancias muy críticas de misiones civiles, á semejanza de los demás obispos. Esparce no poca luz sobre los godos, sobre los suevos, y sobre toda la historia de España, que á no ser por él hubiera quedado muy oscura; y lo que es más raro entre los antiguos, observa la cronologia, disponiendo los hechos por olimpiadas y segun los años del reinado de cada soberano.

Obra importantísima para dar á conocer la condicion política y civil del imperio después de Constantino, no menos que para el estudio del derecho, es la *Noticia de las dignidades civiles y militares del Oriente y del Occidente*. Es una especie de almanaque real en que están designados todos los empleos de los dos imperios. Parece haber sido compuesta entre los años 445 y 453, después de la ocupacion de la diócesis de Ilíria por los hunos, y antes de que hubieran destruido á Concordia y á Aquilea.

Auméntase la importancia de los autores eclesiásticos á medida que desaparecen los escritores profanos. Ya hemos nombrado (pág. 569) á Eusebio de Cesarea el primero y el más insigne de ellos. Su obra fué traducida al latin por Rufino, sacerdote de Aquilea, que añadiendo y quitando, le continuó hasta Teodosio el Grande. Filostorgio de Capadocia, instruido en la filosofia y en la astronomia, escribió tambien una historia eclesiástica desde el nacimiento del arrianismo, al cual propendia, hasta el año 425: es un resúmen ampuloso, aunque útil. Se han perdido las historias de Felipe de Sida y de Hesiquio de Jerusalen. Gelasio el Jóven bosquejó tambien las vicisitudes de la Iglesia desde el concilio de Nicea hasta la muerte de Constantino.

Sócrates escolástico poco versado en las materias teológicas, siguió primeramente la huella de Rufino: habiéndose después apercibido de que habia tomado muy mal guia, recurrió á fuentes más puras; y sacó de ellas una obra juiciosa y de sencillo estilo (306-439). Fué refundida por Hermias Sozomenes, tambien abogado de Constantinopla, que juzgó con menos discernimiento, si bien la esposicion es más elegante, y añadió algunas cosas de escaso interés, principalmente en lo concerniente á la vida de algunos anacoretas, de quienes se proclamaba admirador. Su historia comprende desde el año 324 hasta el 439, y ha sido continuada hasta principios del siglo sexto por Evagrio de Epifánia, todavia más devoto.

Juan de Egea, el retórico Zacarias, el lector Teodoro, Leoncio de Bizancio, inferiores á los precedentes, tanto en mérito como en importancia, son poco posteriores á la época de que nos ocupamos.

Teodoreto, 387-458.—Teodoreto de Antioquia, orador, traductor, controversista, obispo de Ciro, condenado como hereje (449), admitido otra vez en la Iglesia, ha dejado una historia eclesiástica, que se estiende desde el año 325 hasta la muerte de Teodoro de Mopsuesta en 429. Escritor erudito, pinta con más amplitud que sus predecesores, evi-

(2) AMMIANI MARCELINI *Rerum gestarum libri qui supersunt: ed. Ernesti.* Leipzig, 1773, en 8.°

tando los errores á que les habia arrastrado su estrechez de miras. A invitacion de Esporacio, comisario imperial en el concilio de Calcedonia, espuso todas las herejias en cinco libros: enumeró en el primero los que admiten más de un Dios y atribuyen al Hijo una naturaleza humana, solamente en cuanto á la apariencia: en el segundo los que combaten la divinidad de Cristo: en el tercero, seis herejias diversas; en el cuarto las últimas herejias desde Arrio hasta los nestorianos y pelagianos: el quinto es una esposicion sucinta de la fe.

Además contó los milagros y las obras edificantes de treinta ermitaños (φιλόθεος ἱστορία), lo cual hizo tambien Paladio de Galacia, en su historia llamada Lausiaca, porque fué dedicada á Lauso.

Sulpicio Severo, 363-410?—Sulpicio Severo, nacido en Aquitania y convertido por San Martin, abandonó los triunfos del foro y la gloria literaria para escribir la vida de éste, y bosquejó en dos libros las vicisitudes de la religion desde el orígen del mundo hasta el año 410 de Jesucristo. Aunque nada nos enseñe de nuevo, y aunque su piadosa credulidad sea nociva á su discernimiento, agrada por la pureza de su diccion y su tranquila sobriedad, que ha hecho se le dé el sobrenombre de Salustio cristiano.

Epifanio, 310-403.—Enlázase á la historia de las herejias la *Etiqueta medica* (πανάριον) de San Epifanio, nacido en Palestina y obispo de Salamina: allí enumera ochenta de ellas, indicando el modo de aplicarles remedio. Veinte son anteriores á Cristo y están divididas en cinco categorias: el estado bárbaro, que duró hasta Noé: el escitismo, que continuó aun después de la construccion de Babel: el helenismo, es decir, la verdadera idolatria: el samaritismo, subdividido en las herejias de los esenios, sebuenos, gortenios y dositeos; por último, el judaismo, que comprende á los saduceos, á los escribas, á los fariseos, á los hemerobaptistas, á los nazarenos, á los osenianos, á los herodianos. Sin computar las sesenta herejias posteriores á Cristo, nos limitaremos á decir que Epifanio no las combate victoriosamente. Aunque atento á recoger todo lo que sus lecturas estremadamente variadas, le han proporcionado encontrar aquí y allí en una porcion de obras, no sabe sujetar á un órden metódico sus materiales: por otra parte da prueba de poca exactitud en sus juicios, y á veces se engaña completamente. El mismo hace la *recapitulacion* (ἀνακεφαλαίωσις) de su trabajo. Además ha dejado una obra *Sobre pesos y medidas* que carece de importancia.

Fué gloriosa para la Armenia esta edad señalada con el nombre de su grande historiador Moisés de Koren. Su contemporáneo fué David armenio, que floreció hácia el año 490, y que quizá fué condiscípulo de Proclo en las escuelas griegas, adonde Sahag y Mesrob, regeneradores de la Armenia, le habian mandado con algunos otros para aprender las doctrinas, con que tanto honraron á su patria. En los *Fundamentos de la filosofia* refuta el pirronismo; debe ser colocado entre los mejores neoplatónicos, y es muy importante para la historia como testimonio de la ciencia difundida entonces por la Armenia.

Geografia.—No hizo ningun progreso la geografía, hermana de la historia. En el siglo III las paredes de la escuela de Autun estaban tapizadas con cartas geográficas (3), así como en lo antiguo se habia pintado en el templo de Telo un mapa de Italia (4) y otro del mundo entero en uno de los magníficos pórticos de Roma (5). Frontino nos habla de cartas topográficas (6); Vegecio, de otras más estensas, que servian para los generales (7). Juliano Ticiano habia hecho á principios del siglo III, una descripcion de las provincias del imperio, que se ha perdido. En el décimo quinto año de su reinado, Teodosio (el Jóven probablemente) mandó medir en su longitud y en su lalitud las provincias del imperio (8); este trabajo sirvió para levantar un mapa del universo romano, mucho más exacto que el de Agripa.

Tabla de Peutinger—Sepultáronlo los bárbaros en el olvido y así quedó hasta que Conrado Celtes en el siglo décimo quinto, halló en una biblioteca de Alemania un mapa de las vias romanas en doce hojas de pergamino, componiendo en total veinte y un piés y tres pulgadas de longitud por un pié de anchura. Fué adquirido por Conrado Peutinger, patricio de Ausburgo, ciudad á la sazon muy floreciente por el comercio y por los estudios; y de su biblioteca pasó á la imperial de Viena, conservando el nombre de *Tabla de Peutinger*. Meerman, después de haberla examinado, negó que fuera aquella la carta que habia sido levantada por Teodosio (9), y dijo que no podia ser anterior al siglo de Carlomagno. Resultaba la prueba de esto de la escritura, que es del género llamado lombardo, y

---

(3) EUNENES, *Orat. pro restaur. scholis*, c. 19.
(4) VARRON, *De re rust.*, I, 2.
(5) PLINIO, *Hist. nat.*, III, 3, 14.
(6) *Script. rei milit.*, p. 28.
(7) *De re milit.*, III, 6.
(8) Así lo asegura Sedulio:

Hoc opus egregium, quo mundi summa tenetur,
Æquora quo, montes, fluvii, portus, freta et urbes
Signantur, cunctis ut sit cognoscere promptum
Quidquid ubique latet, clemens genus, inclyta proles,
Ac per secla totus quem vix noster capit orbis,
Theodosius princeps venerando jussit ab ore
Confici, ter quinis aperit cum fascibus annum.
Supplices hoc famuli, dum scribit, pingit et alter,
Mensibus exiguis, veterum monumenta seculi,
In melius reparamus opus, culpamque priorem
Tollimus, ac totum breviter comprendimus orbem:
Sed tamen hoc tua nos docuit sapientia princeps.

(9) *Commentarius in epigramma anonymi vel potius Sedulii presbyteri, de tabula orbis terrarum, jussu Theodosii juv. imp. facta, in quo cum de illius, tum de peutingerianæ origine, ætate ac natura ex professo agitur.* Antología de Burman, tomo II. Muchos lo ignoraron y entre ellos Mannert.

de los adornos que son del estilo que denominamos gótico, á lo cual habia que añadir los errores de ortografía, y tal ignorancia de geografía física, que el autor del mapa daba á la tierra una longitud veinte veces mayor que la latitud, y no señalaba á los caminos una estension proporcionada. Mannert vió en aquella carta una mala copia de la antigua, hecha en el siglo décimo tercio; y los argumentos de uno y otro autor se contrapesan de modo, que nos privan de hacer un uso histórico de este mapa.

Hallamos noticias más ciertas en los *Itinerarios* del emperador Antonino, especie de libro de posta, que solo indica las distancias de una ciudad á otra. Poseemos dos, uno de mar y otro de tierra; á pesar de su título es lo cierto que han sido compilados en época posterior á la de Constantino, aunque quizás sobre notas muy anteriores, que fueron sucesivamente aumentándose, segun se establecian nuevos puntos de parada. Atribúyese por algunos la última ordenacion á Ético Ister, cristiano del siglo IV, de quien tenemos una *Cosmografía*, pobre, pero interesante en la general escasez de materiales geográficos.

En el mismo siglo bosquejó un bordelés el itinerario desde su ciudad natal hasta Jerusalen, y desde Heraclea hasta Roma y Milan. Godofredo publicó una descripcion anónima del mundo: es bastante estensa respecto de la parte oriental, y suministra algunas noticias sobre los persas.

Vibio Sequestre, que vivia tambien por aquel tiempo, dejó una *Nomenclatura de los rios, arroyos, lagos, bosques, pantanos, montañas, pueblos mencionados por los poetas*, cuyo único mérito consiste en haber servido de base á un trabajo de la misma especie, hecho por Boccaccio sin nombrarla.

Recopiladores. Macrobio.—Los filólogos y los compiladores, de quienes hemos encontrado ya algunos en el siglo precedente, nos han conservado buen número de noticias sobre historia y sobre las demás ciencias. Aurelio Teodosio Ambrosio Macrobio, nacido en Oriente, y que vivia en tiempo de Teodosio el Jóven, representa en sus *Saturnales* una reunion de personajes distinguidos, que platican durante las fiestas de Saturno sobre antigüedades. Por los títulos de algunos de sus capítulos se puede juzgar cuan estensa y vaga es su obra: «De como todos los dioses fueron en un principio símbolos del Sol.—Argucias de Ciceron, de Augusto, de Julia y de otros.—Particularidades sobre el lujo romano.—Por qué mueve á sonrojo la vergüenza.—Por qué acomete vértigo al que da vueltas.—Por qué las mujeres tienen la voz más suave que los hombres.—Por qué parecen más grandes los cuerpos sumergidos en el agua.»

Macrobio apunta las noticias y las doctrinas que toma de los demás, con las mismas espresiones de los autores, lo cual produce un fárrago de estilo desagradable; pero confiesa que maneja el latin con dificultad, y lo demuestra sobradamente en las pocas veces que habla sin citar autores.

De este modo nos ha conservado muchos fragmentos de suma importancia, y además el *Sueño de Escipion* que comentó para su hijo: en esta esplicacion acreditó conocimientos bastante estensos en astronomía, aunque con algunos errores.

Marciano Mineo Felix Capella, de Medauro en Africa, escribió en Roma, á mediados del V siglo, un *Satiricon* en nueve libros, confusa mezcla, parte en prosa y parte en verso. Son relativos los dos primeros á un matrimonio alegórico de la filosofía con Mercurio. Tratan los otros de cada una de las ciencias en que se dividian á la sazon los estudios, gramática, dialéctica, retórica, geometría, astrología, aritmética, música con la poesía, tocándolas todas lijeramente. Sirvió de texto para la enseñanza en las escuelas de la Edad Media.

El *Liber memorialis* de Lucio Ampelio pertenece á este género de compendios. Allí se encuentran en cincuenta capítulos nociones insignificantes sobre el mundo, los elementos, la tierra y la historia. No hay menos inepcia en esta obra que utilidad en el tratado sobre los metros de Flavio Mallio Teodoro, que fué cónsul en el año 339.

Censorino escribió sus *Indigitamenta* sobre las divinidades que ejercen influjo sobre la vida del hombre, y un tratado cronológico, astronómico, aritmético y físico, titulado *De die natali*, mina fecunda en conocimientos exactos (10).

Estobeo.—Citaremos aquí, aun cuando no se sabe á punto fijo en qué tiempo vivia, á Juan de Estobi, en Macedonia, á quien se puede creer

---

(10) Basta el título de los capítulos para dar á conocer su importancia: 1.° *præfatio;* 2.° *cur genio, et quomodo sacrificetur;* 3.° *genius quid sit, et unde dicatur;* 4.° *variæ opiniones veterum philosophorum de generatione;* 5.° *de semine hominis, et quibus e partibus exeat;* 6.° *quid primum in infante formetur, et quomodo alatur in utero etc.;* 7.° *de temporibus quibus partus solent esse ad nascendum maturi, deque numero septenario;* 8.° *rationes Chaldæorum de tempore partus; item de zodiaco et de conspectibus;* 9.° *opinio Pythagoræ de conformatione partus;* 10 *de musica ejusque regulis;* 11 *ratio Pythagoræ de conformatione partus confirmata;* 12 *de laudibus musicæ ejusque virtute; item de spatio cœli, terræque ambitu, siderumque distantia;* 13 *distinctiones ætatum hominis secundum opiniones multorum, deque annis climatericis;* 14 *de diversorum hominum, clarorum tempore mortis;* 15 *de tempore et de ævo;* 16 *seculum quid sit ex diversorum definitione;* 17 *Romanorum sæculum quale sit;* 18 *de ludorum sæcularium institutione eorumque celebratione usque ad imp. Septimium et M. Aurelium Antoninum;* 19 *de anno magno secundum diversorum opiniones, item de diversis aliis annis, de olympiadibus, de lustris et agonibus capitolinis;* 20 *de annis vertentibus diversarum nationum;* 21 *de anno vertente Romanorum, deque illius varia correctione, de mensibus et diebus intercalariis, de diebus singulorum mensium, de annis julianis;* 22 *de historico temporis intervallo, deque adelo et mystica, de annis Augustorum et ægyptiacis;* 23 *de mensibus naturalibus et civilibus, et nominum rationibus;* 24 *de diebus et varia dierum apud diversas nationes observatione, item de solariis et horariis;* 25 *de dierum romanorum diversis partibus, deque eorum propriis nominibus.*

pagano, no hallándose un solo autor cristiano entre los muchos escritores de que habla. Para instruccion de su hijo Septimio tomó nota de lo mejor que habia encontrado en sus numerosas lecturas; y resultó de aquí una *Antología de estractos, de sentencias y de preceptos*, que nos ha llegado mutilada y en desórden, pero que aun de esta suerte es de gran precio. Cada capítulo de estas églogas tiene un título particular, bajo el cual están dispuestos primeramente los pasajes de los poetas, luego de los historiadores, de los oradores, de los filósofos, de los médicos, sin otra trabazon que las del asunto. Así están puestos á contribucion más de quinientos escritores, y la mayor parte de ellos se han perdido, especialmente los cómicos antiguos, de quienes esta antología nos ha conservado gran número de versos.

Agraria.—Vindanio Anatolino dió algunos buenos preceptos de agricultura; mezclados con supersticiones paganas. El último escritor latino que se ocupó en esta materia, fué Paladio Rutilio Tauro Emiliano. Sus catorce libros contienen estractos de antiguos autores, especialmente de Columela, aunque sea más exacto que él al hablar de los árboles frutales y de los jardines. Su último libro está en versos elegiacos. Inocencio, es autor de un *Arte de medir las tierras*.

Matemáticos.—Diofante de Alejandria, que escribió una aritmética en trece libros, de los cuales nos quedan seis, á lo menos en compendio, fué, segun se dice, contemporáneo de Juliano el Apóstata. Independientemente de que nos da á conocer la altura a que se hallaban las ciencias exactas en el siglo cuarto, gusta ver los métodos claros empleados en la resolucion de los problemas analíticos ingeniosamente planteados. Tambien conviene buscar en su obra las primeras tentativas de la ciencia llamada después álgebra, en honor del árabe Geber, á quien se atribuye su invento.

En el año 378 esplica Pablo de Alejandria, en una introduccion á la astrologia, los elementos de esta ciencia, tan vana de suyo.

El siciliano Julio Fírmico Materno, en ocho libros de matemáticas, no hace más que acumular sueños astrológicos y procedimientos para sacar el horóscopo.

Son estractos de gran número de obras las colecciones matemáticas de Pappo de Alejandria, y le acreditan de poseer muchos conocimientos.

Hipatia, 370-415.—Teon, su contemporáneo, profesor de matemáticas en Alejandria, comentó á Euclides y á Tolomeo, y fué más célebre todavia por la hermosa Hipatia, su hija, que de él habia aprendido los elementos de la ciencia. Luego que hubo perfeccionado su educacion en Atenas, se la llamó á Alejandria para que enseñara allí la filosofia. Seguia las doctrinas eclécticas, apoyándose no obstante en las ciencias exactas, é introduciendo sus demostraciones en las ciencias especulativas, lo cual la permitió aplicarlas un método más riguroso que nunca. Veneróla siempre su discípulo, el obispo Sinesio: Orestes, prefecto de Egipto, la amaba y la admiraba, y se ayudaba de sus consejos en las diferencias que se suscitaron entre él y el fogoso arzobispo San Cirilo. Dícese que la adhesion que conservaba hácia el paganismo la hacia hostil á los cristianos: de aquí resultó que algunos imprudentes irritaron en contra de ella al pueblo de tal modo, que cierto dia que iba á dar leccion á la escuela, fué arrancada de su carro, despojada de sus vestidos y asesinada por una sanguinaria turba que arrojó sus miembros á las llamas.

Guerra.—Para los romanos la guerra era más bien un arte que una ciencia. El mismo César á pesar de ser tan guerrero no es de grande utilidad para los que se ocupan particularmente de estrategia. Pero después de él cambian los ejércitos tanto de esencia como de forma, y se necesita recurrir á nuevos autores. El platónico Onesandro, de quien hemos hecho mencion al hablar del precedente siglo, es más bien filósofo y moral, al compilar los preceptos esparcidos en las obras anteriores; de consiguiente en él se puede estudiar la parte moral y la observacion del corazon humano aplicada á la guerra. Teníale en grande estima el duque de Sajonia, y el emperador griego Leon el Filósofo hizo su elogio, copiándole casi enteramente sin citarle. Coray publicó su obra Στρατηγικὸς λόγος, en Paris en 1822, dedicándosela á los griegos, que lidiaban á la saron por su libertad. Este generoso anciano, á quien su nacion fué deudora de vivos estímulos, y el mundo literario de escelentes ediciones, decia en sus prolegómenos: *Yo no conozco más que una guerra necesaria y justa, la que se acomete en defensa de la libertad. Solo la libertad posee un arma á que es imposible oponer resistencia, el desprecio de la muerte* (11).

---

(11) Para hacer juzgar de la importancia de la obra de Onesandro, apuntamos aquí la tabla de los capítulos de que se compone:—De la eleccion del general.—Definicion del general perfecto.—De su consejo.—De los motivos de la guerra (el autor demuestra que la justicia de los motivos por los cuales se emprende la guerra, contribuye al triunfo porque anima á las tropas.)—Del ejército antes de su entrada en campaña.—De la marcha del ejército.—De la marcha de las tropas por divisiones.—De las trincheras.—Del levantamiento del campo.—De los ejercicios (en este capítulo se trata tambien de los forrajes, de los espias, de los centinelas de noche, del modo de levantar el campo, de las entrevistas, de los desertores, de los reconocimientos, del secreto, de la esploracion de las entrañas de las víctimas antes del combate).—De la persecucion del enemigo y de las entrevistas.—Del tiempo de las comidas.—De la firmeza en los reveses.—En qué circunstancias debe inspirar el general terror al enemigo y alentar á sus soldados con la vista de los prisioneros.—De los diferentes modos de formar en batalla.—Cómo debe estar dispuesta la caballeria.—Como se colocan en un terreno de difícil acceso las tropas ligeras.—Del trecho que debe quedar entre fila y fila para facilitar la retirada de las tropas ligeras.—Por qué medios se puede atacar al enemigo sin tropas ligeras cuando el enemigo tiene muchas.—No conviene estender dema-

Higinio, que escribió sobre la castramentacion, no era tampoco un hombre de guerra. El tratado de Arriano sobre la *Táctica de los griegos* es una obra de las más importantes para el arte militar, así como su *Historia de Alejandro*, y la de la *Espedicion contra los alanos*. Cuando en tiempo de Alejandro Severo se volvió á dar preferencia al arte militar griego, Eliano escribió tambien sobre la *Táctica de los griegos*, con más estension, aunque sin derramar por esto más luces que Arriano, en atencion á que lo que añade consiste en formaciones y en maniobras inútiles é inejecutables, ó en teorias desprovistas de buen sentido, por ser estraño al oficio de las armas.

Hemos hecho mencion de las *Estratagemas* de Polieno nada más que como curiosas. Frontino, que le aventaja mucho por la eleccion y la disposicion de las materias, se propone otra cosa muy distinta que ofrecer un sistema científico de la guerra. Sin embargo, como la conoce, juzga los hechos con buen sentido, se eleva desde los detalles á observaciones generales, clasifica los medios de que da cuenta. Por desgracia son algunas veces absurdos; y, como pertenecen á todos los tiempos y á todas las naciones, no revelan la fisonomía de ninguna época dada. Julio Africano suministró en sus *Cestos* nociones militares, que, sin valor alguno respecto de los tiempos anteriores, son buenas para el suyo, si es cierto que tuvo parte en los proyectos y en el armamento de Alejandro Severo contra los persas.

Vegecio.—Flavio Vegecio Renato fué el primero que trató dogmáticamente de la ciencia militar; dedicó al emperador Valentiniano II un *Epitome institutionum rei militaris*, estractado de diversos autores, que entonces existian acerca de la estrategia, tanto por tierra como por mar, y de los reglamentos de Augusto, de Trajano y de Adriano, «á fin de que los instructores de los soldados bisoños puedan restablecer el honor de los ejércitos romanos, degenerados y abatidos, con el ejemplo y la imitacion de las antiguas virtudes.»

Hallando Adriano que la antigua legion se prestaba mal á las nuevas maniobras, recurrió al remedio vulgar de escoger los soldados más valerosos y obedientes para formar con ellos una cohorte de mil hombres, como si lo que no es bueno pudiera hacerse con fraccionarlo. Es probable que esta cohorte fuera colocada á la cabeza de la legion, y detrás seguian las otras nueve, dispuestas en tres líneas, lo cual facilitaba la formacion del cuadro (*quadratum agmen*), de que se hacia uso con mucha frecuencia en las guerras de aquel tiempo contra la caballeria, en la cual consistia la principal fuerza de los persas y de los árabes (12). Pero ya Vegecio se lamenta de que no subsiste la legion más que en el nombre. Con efecto, tenemos visto que ya no se reclutaba sin gran trabajo; que convenia señalarla cantones voluptuosos, aliviar el peso de sus armas y hasta llenarla de extranjeros. Los legionarios, dice Vegecio, se dejaban matar, no como hombres, sino como brutos, mas bien que llevar armas de buena defensa.

Julio Africano, después de haber deplorado la négligencia de los soldados de su tiempo en las armas defensivas, continua en los términos siguientes: «Si se pensara en proteger á los guerreros con corazas y cascos al estilo griego: si se les dieran largas lanzas; si se les ejercitara en disparar la javelina con más punteria, en combatir cuerpo á cuerpo, y en arrojarse en el momento oportuno sobre el enemigo, corriendo con todo su ímpetu para traspasar el alcance de los tiros, es seguro que los bárbaros no podrian oponer resistencia.»

---

siado la falange para que el enemigo no la acometa.—Es necesario tener siempre tropas de reserva para acudir en socorro de las que están rendidas de cansancio y que más padezcan, y conviene además tener dispuestas las emboscadas.—Es útil que en medio del combate divulgue el general entre los suyos buenas noticias, aunque sean falsas.—Debe hacer de modo que los amigos se hallen junto á los amigos en las filas, y á aquellos que se conocen.—La órden de acometer ó de ejecutar una maniobra cualquiera debe ser dada por los lugartenientes del general ó por los oficiales generales.—Se deben añadir á las palabras señas militares.—Nunca deben abandonar los soldados sus filas, ya esté el ejército á pié firme, ya emprenda la retirada.—Nada debe descuidar el general á fin de que el ejército marche en batalla y en buen órden.—Es bueno que los soldados griten mientras pelean.—Antes de la batalla debe el general formar su plan con arreglo al del enemigo y señalar á cada oficial general su puesto.—Si el enemigo es fuerte en caballeria, conviene escoger una posicion difícil de tomar.—El general no debe arrostrar los peligros, ni comprometer su persona en las lides.—De las recompensas.—Del saqueo.—De los prisioneros de guerra.—Del enterramiento de los que sucumben en el campo de batalla, y de los medios con que conviene reparar las derrotas.—De las precauciones necesarias durante la paz.—Cómo se debe tratar á las ciudades tomadas y á los traidores.—De las sorpresas nocturnas, y de la utilidad de conocer para el buen éxito el curso de los astros.—Del modo de tomar una ciudad durante el dia.—De los asedios y de las emboscadas de una ciudad sitiada.—Al final trata el autor los asuntos siguientes: El miedo es un falso profeta.—El general alentará á los soldados con el ejemplo.—De las máquinas de guerra para el asalto de una ciudad.—Cómo se puede continuar un asalto duplicando los esfuerzos.—Del reposo del general.—Los lugares considerados por los sitiados como inespugnables darán con frecuencia ocasion de ganancia á los sitiadores.—Del empleo de las trompetas para un asalto.—Lo que debe hacer el general al tomar por asalto una plaza.—Cuando se quiere reducir á una ciudad al hambre, conviene dar libertad á los prisioneros de complexion endeble.—Conducta que debe observar el general después de la victoria.»

(12) Enseñando Urbicio al emperador Anastasio cómo se puede defender la infanteria contra la caballeria, le aconseja colocar en cada ángulo del cuadro, caballos llevando máquinas, á que da el nombre de *cañones*: eran maderas colocadas sobre un eje y con una aguda punta de hierro que se clavaba en el suelo, es decir, caballos de frisia.

Estas modificaciones fueron precisamente adoptadas en tiempo de Alejandro Severo, quien formó de soldados equipados de este modo una gran falange de seis legiones, más numerosa que lo habia sido nunca la de los griegos.

Pero ya la astucia es sustituida á la fuerza, y el mismo Julio emplea buena parte de su obra en indicar los medios de hacer sucumbir al enemigo sin trabar la pelea, envenenando las aguas, los víveres y hasta el aire, espantando á los caballos, tendiendo al enemigo lazos, á que tenia horror la antigua virtud romana. Aconseja tambien medios para sostener con intrepidez ora el ataque del enemigo, ora el hierro de los cirujanos; para este efecto no habia cosa más eficaz que llevar encima, durante la refriega, una piedrecita hallada en el estómago de un gallo; tambien es bueno hacerse propicio el dios Pan, que inspira el terror pánico, y posee un gran poder para dar valor y para quitarlo.

Cuando por el cambio de la constitucion fué posible llegar á los primeros grados del ejército, sirviendo en la corte de los príncipes engolfados en el fausto asiático, disminuyó considerablemente la aficion á las armas, y hubo necesidad de llenar de bárbaros las legiones, de proveerlas, ó más bien embarazarlas con máquinas: eran grandes cabrestantes, de los cuales uno disparaba dardos con ayuda de una ballesta que se montaba con una palanca: el otro piedras, ó balas de plomo y de hierro con separarse una pelota pequeña que los detenia (13). Se empezaron á dar máquinas á cada una de las legiones, cuando los campamentos en las fronteras tenian muchos puntos de semejanza con fortalezas; luego se hizo que acompañaran al ejército en sus marchas, y en tiempo de Vegecio, «cada centuria iba provista de una balista, servida por una seccion de once soldados, y colocada sobre carros de ruedas, tirados por mulas.» De consiguiente cada legion contaba con cincuenta y cinco pequeñas y diez grandes por cohorte; lo cual debia contribuir en gran manera á que fueran menos rápidas las marchas y las evoluciones.

Vegecio (*De re militari*) espone con claridad y método, á estilo de Jenofonte. Sienta como principio que el arte aventaja á la naturaleza, y que los romanos debieron al ejercicio así como á sus instituciones el llegar á una superioridad que no habian recibido de la naturaleza. «No superaban en número á los galos, ni en agilidad á los españoles, ni en robustez á los germanos, ni en astucia á los africanos, ni en riqueza á los asiáticos, ni en sabiduría á los griegos; pero sabian mejor que todos escojer buenos soldados, enseñarles la guerra por principios, aumentar su robustez con ejercicios cotidianos; preveer todo lo que puede ser necesario en las diferentes clases de combates, de marchas, de campamentos; castigar á los cobardes, recompensar á los valientes. Aumentan el valor estas partes de la ciencia militar; nadie teme practicando lo que se ha aprendido á fondo; de aquí resulta que un peloton bien dirigido y bien disciplinado sobrepuja á una tropa más numerosa que, teniendo menos disciplina y ejercicio, se halla espuesta á más mortífera derrota.»

Consiste la perfeccion del arte en escojer bien á los soldados, en ejercitarlos, en formarlos, en animarlos, en ofrecerles recompensas, estimularlos y hacerles temer el castigo; en darles un alimento saludable que conserva y aumenta las fuerzas físicas.

Vegecio pasa enseguida á los detalles de los diversos ejercicios para la cohorte, la centuria, la escuadra, el individuo. En el segundo libro se eleva á las ordenanzas superiores, y á los medios con cuya ayuda convenia encadenar á la bandera al soldado que no era voluntario: se le hacia, pues, jurar por Dios, por Cristo, por el Espíritu Santo y por la magestad del emperador, hacer de buen grado todo lo que se le mandara por éste, no desertar, inmolar su vida por el imperio. Habíase introducido una gerarquía sin fin en el ejército, en el cual los títulos honoríficos daban testimonio del servilismo, y debian hacer al soldado litigioso é inquieto, para ascender de uno á otro de aquellos grados, que no se diferenciaban más que en el nombre.

En el libro tercero trata Vegecio de la formacion de los ejércitos, de los medios de conservarlos en buen estado y en un buen espíritu, de las cualidades de los generales, del sostenimiento de la disciplina y de las diferentes señales; ocupándose además de las disposiciones que deben tomarse en los diferentes terrenos, del paso de los rios y de los fenómenos naturales.

Habla en el libro cuarto de las fortificaciones; en el quinto de la marina; cosas que han sufrido actualmente sobradas alteraciones para que puedan ofrecer interés las antiguas reglas.

Diferenciábase la cohorte de su tiempo de la que se veia en tiempo de Adriano, en que se componia de dos líneas, de las cuales tenia dos filas la primera: una de los soldados pesadamente armados, otra de los arqueros cubiertos de hierro con lanzas y javelinas; detrás de ellos habia dos hileras de vélites: luego una ringlera de máquinas para saetear, entre las cuales estaban los ballesteros y los honderos con los reclutas que no sabian manejar las armas: por último los *additi*, destinados á proteger las máquinas, se colocaban detrás de ellas, y más lejos, los triarios, para servir de reserva.

Vegecio reconocia siete órdenes de batalla. En el 1.° conserva el ejército su simetria primitiva y permanece paralelo al del enemigo, disposicion sin arte ni cálculo, que es posible emplear cuando

(13) Napoleon tuvo la curiosidad de hacer el ensayo de ellas en Paris, y encontró que el efecto era todavia muy inferior á lo que se habia imaginado. Sin embargo, el padre Daniel habia sostenido en su *Historia de la milicia francesa* que aquellas máquinas eran superiores á la artillería.

se trata de acometer á todos los puntos de la línea opuesta. De éste empeño de los dos ejércitos en toda su longitud resultará una gran carniceria, á menos que uno de ellos, más valiente y más numeroso, envuelva al otro por todas partes, poniendo término á la lucha de un solo golpe. Pero hasta cuando un ejército es superior al otro, debe evitar este órden de batalla, que obliga á una marcha general de frente, siempre dificilísima aunque sea en una llanura.

Consiste el 2.° órden en colocar á la derecha las mejores tropas, y en atacar con ellas, teniendo momentáneamente la izquierda fuera de tiro.

En el 3.° se maniobra del mismo modo con el ala izquierda; ataque más débil porque ésta queda más descubierta, atendido el uso de los escudos.

En el 4.° atacan vivamente las dos alas y al mismo tiempo las del enemigo, á la par que vá quedándose atrás el centro, lo cual forma una tenaza.

No se diferencia el 5.° del precedente más que en la disposicion de las tropas ligeras, que cubren el centro mientras atacan las alas.

El 6.° á que recurrieron los grandes generales cuando no fiaban en el valor ni en el número de sus tropas, consiste en atacar con la derecha la izquierda del enemigo, á la par que el resto se dispone en forma de asador ó sea de una Z.

El 7.° es el que se observa en una posicion en que se quiere resistir á tropas más numerosas y valientes.

Fácilmente se comprende cuan mal determinadas se encuentran estas distinciones.

Lo mejor, que hay en Vegecio son las máximas generales que contienen principios seguros, y cuya utilidad no se ha perdido todavia. He aquí algunas de ellas.

«Cuanto más hayais ejercitado y disciplinado al guerrero en los cuarteles, menos peligro correreis en el campo.

»Nunca dispongais vuestras tropas en batalla campal sin probar antes su valor en las escaramuzas. Procurad sujetar al enemigo por el hambre, el terror, las sorpresas más bien que por las batallas, porque en estas últimas el azar entra por mucho.

»Segregad del enemigo cuantos más hombres os sea posible: recibid bien á todos los que lleguen á vuestras filas, pues, ganareis más atrayéndoos hombres que dándoles muerte.

»Después de una batalla, fortificad los puestos en vez de dispersar el ejército.

»El mejor designio es aquel que permanece oculto á los ojos del enemigo.

»Es más útil que el valor el arte de aprovecharse de las ocasiones en la guerra.

»Adquiere el ejército fuerzas en el ejercicio, en la inaccion las pierde. Nunca guieis los soldados á una batalla ordenada si no pueden prometerse la victoria.

»Rara vez sucumbe el que conoce y aprecia sanamente sus propias fuerzas y las del enemigo.

»El valor sobrepuja al número; y una posicion ventajosa supera al valor muchas veces.

»Maniobras siempre nuevas hacen á un general temible: se hace blanco del desprecio una manera de operar siempre uniforme.

»Aquel que deja que se diseminen los suyos en persecucion de los fugitivos, merece perder la victoria.

»A medida que seais fuerte en infanteria ó en caballería, buscad un campo de batalla favorable á una ú á otra arma, y parta el choque principal de aquella en que tengais más confianza.

»Deliberad con muchos lo que conviene hacer en general; decidid con cortísimo número, ó bien á solas, lo que debeis hacer en cada caso particular.

»Jamás presentan batalla los grandes generales sino cuando son inducidos á ello por la necesidad ó por una ocasion propicia. Se necesita más ciencia para reducir al enemigo por el hambre que por el hierro.»

Está dedicada á Teodosio II otra obra titulada *De rebus bellicis*, que contiene diferentes nociones sobre hacienda.

Medicina.—Apenas se puede llamar ciencia á la medicina de aquel tiempo, tanto se pierde en encantamientos, en fórmulas órficas y pitagóricas, en figuras cabalísticas. Sexto Placito Papiriense, autor de una coleccion indigesta de recetas para la preparacion de medicamentos sacados de los animales, hasta de las partes más repugnantes, recomienda, para la curacion de la cuartana, llevar encima un corazon de liebre. Enseña á precaver los cólicos comiendo un perro acabado de nacer y cocido, ó á sentarse cuando empiezan en una silla agujereada diciendo: *Per te, diacholon, diacholon, diacholon*. El que come tres violetas se halla preservado de toda enfermedad durante aquel año. Para curar á alguno de una fiebre aguda, conviene cortar un pedazo de la puerta por cuyo umbral haya pasado un maniaco y decir: *tollo te, ut ille N. febribus liberetur*.

Marcelo de Sida, en Panfilia, ha dejado un poema en exámetros sobre la licantropia, y otro sobre los medicamentos estraidos de los pescados. Tambien escribieron en verso sobre la medicina los dos Serenos Sammonicos, padre é hijo. Vindiciano, conde de los arquiatres de Valentiniano I, obtuvo una gran celebridad; pero solo nos queda suya una carta al frente de la obra de Marcelo Empírico de Burdeos, médico de Teodosio. Este hizo una coleccion de recetas *físicas* y *filactéricas*, á fin de que sus hijos las aplicaran de una manera caritativa: pero la buena intencion no cohonesta lo absurdo de la obra (14). Prescribe los dias pre-

(14) Si en el ojo de alguno ha entrado algun cuerpo estraño, conviene tocar el órgano afectado repitiendo tres

cisos en que se deben preparar los medicamentos, las oraciones que se deben decir al principio del año y al oir el primer canto de las golondrinas, así como el modo de emplear el *rhamnus spina Christi*, cuyas propiedades son milagrosas, porque fué uno de los instrumentos de la Pasion del Redentor.

Oribaso, médico de Juliano, é instigador de las prácticas supersticiosas, hizo á invitacion de este príncipe estractos de obras antiguas, pero lo poco que nos queda de él no añade nada á lo que ya se sabia. Por lo demás se estiende en los ejercicios corporales en uso entre los antiguos, y sobre la educacion física que se debe dar á los niños, recomendando lo que jamás será bastante repetido, fortificar el cuerpo antes de cultivar el entendimiento, dejar reposar el espíritu hasta la edad de siete años, y confiarle entonces á maestros: llegar á la edad de catorce años para la enseñanza de la gramática y de la geometria. A partir desde este momento quiere que los jóvenes estén sin cesar ocupados, á fin de que el aguijon del amor no se deje sentir en ellos desde muy temprano.

De esta época poseemos una introduccion á la anatomia, modelada aunque no calcada sobre Aristóteles. Se ha pretendido hallar en un escrito de Nemesio, obispo de Emesa, sobre la naturaleza del hombre, un pasaje en que se indica la circulacion de la sangre, cuando quizá el autor no entendia hablar más que del vínculo general que existe entre las arterias, las venas y los nervios (15).

Celio Aureliano de Sicca, en Numidia, que vivia en el siglo III, ha dejado un libro de las enfermedades crónicas, y otro de las afecciones agudas: estas dos obras estractadas de los autores griegos, son sumamente toscas, y sin embargo, son preciosas por darnos á conocer la medicina metódica, como tambien el esmero particular con que la parte diagnóstica está tratada en ellas.

Bajo Teodosio II escribió Teodoro Prisciano en latin y en griego un *Emporiston* de las enfermedades fáciles de curar: el *Lógicus* sobre los síntomas de las enfermedades crónicas y agudas: el *Ginecion* sobre las enfermedades de las mujeres, y un *Physicorum liber* sobre los esperimentos de física.

Un Vegecio trató de la medicina veterinaria *(mulomedicina)*, y Gargilio Marcial, de las enfermedades de los bueyes, estendiéndose sobre toda la economia rústica.

Un libro atribuido equivocadamente á C. Plinio Valeriano, lleva el título de *Medicina pliniana*.

Después de Constantino hubo arquiatres palatinos, frecuentemente condecorados con el título de condes de primera clase, y después del siglo V elevados á la misma categoria que los duques ó vicarios. Valentiniano II ordenó que cada uno de los catorce barrios de Roma tuviera un médico elegido por siete de sus compañeros.

---

veces: *Tetune resonco bregan gresso*, escupiendo cada vez que se repite, ó bien: *In modercomarcos axatison:* Si se tiene un orzuelo en el ojo derecho, tóquese con tres dedos de la mano izquierda, escupiendo y diciendo tres veces: *Nec mula parit, nec lapis lanam fert, nec huic morbo caput crescat, aut si creverit tabescat.* Para el panadizo tocad tres veces el muro pronunciando estas palabras: *Pu, pu, pu; numquam ego te videam; per parietem repere.* Para los cólicos decid tres veces: *Stolpus a cœlo cecidit; hunc morbum pastores invenerunt, sine manibus collegerunt, sine igne coxerunt, sine dentibus comederunt;* ó bien se deben grabar en una lámina de oro con estos caractéres:

α	*	M	Θ	R	J	A
α	*	M	Θ	R	J	A
α	*	M	Θ	R	J	A

(15) Véase el pasaje de que Almeloveen se ha servido tanto contra Harvey *(Inventa nova antiqua.* Amsterdam, 1684): Διαστελλομένη μὲν ἡ ἀρτερία ἐν τῶν παρακειμένων φλεβῶν ἕλκει τῇ βίᾳ τὸ λεπτὸν αἷμα, ὅπερ ἀναθυμιώμενον τροφὴ γίνεται τῷ ζωτικῷ πνεύματι, συστελλομένη δὲ τὸ αἰθαλῶδες τὸ ἐν αὐτῇ κενοῖ διὰ παντὸς τοῦ σώματος καὶ τῶν ἀδήλων πόρον.

CAPÍTULO XXIV

BELLAS ARTES.

Hemos tratado largamente en otro lugar del orígen de la arquitectura (1), y que, á semejanza de todas las demás artes de utilidad positiva y de recreo, se habia acomodado á los lugares, al clima, á los materiales. Desde los subterráneos de la India, y desde las pesadas construcciones del Egipto llegó á Grecia á imitar las encinas de Dodona, y á hermosear las primeras habitaciones construidas con estos. Pero al paso que las arquitecturas anteriores perecian ó cesaban de producir, la de la Grecia renació de sus propias cenizas, ora conservada con una fidelidad clásica, ora trasformada por medio de innovaciones.

Aunque se hallen algunos vestigios de la bóveda en los edificios de la India y de Egipto, y en algun antiquísimo monumento helénico; los griegos hicieron poco uso de ella en los mejores tiempos. Esto impedia dar á sus edificios mayor ensanche que el que permitian los techos rasos de piedra á que daban la preferencia: tampoco podian introducir allí la luz sin dejar paso á la lluvia y al aire, puesto que no se servian del vidrio para las ventanas. Quedaban, pues, angostos los templos, y no eran iluminados sino por intersticios dejados en el friso, por la gran puerta y por lámparas: por eso se ponia muy poco cuidado en los adornos interiores: toda la magnificencia se desplegaba por fuera, y se los rodeaba con una ó dos hileras de columnas, que servian á la vez de ornamento y de abrigo á la muchedumbre no admitida en el santuario.

El ágora y el teatro á que tenia acceso todo ciudadano, estaban descubiertos por la necesidad de que fueran más espaciosos: por otra parte contribuian á que aconteciera de este modo la hermosura del cielo y la costumbre de vivir al aire libre. La constitucion democrática de aquel pueblo impidió á los particulares distinguirse con habitaciones suntuosas (2), de aquí resultaba que el amor de las artes y la ambicion se reconcentraron enteramente en las construcciones públicas. De aquí la magnificencia de los edificios con que se cubrió la Grecia, conservando todos, á pesar de su estremada variedad en los detalles, su carácter original de pureza, segun unos, de debilidad segun otros. Consideradas las columnas como parte principal, cortas y sólidas para sostener la masa sobrepuesta, distaba entre sí tanto como lo permitia la longitud de una imposta de mármol ó de una viga. Este sistema no permitió aventurarse á más vastas formas, faltándole la inagotable variedad que nace de la curva del arco y de la bóveda.

Roma en sus principios tomó de los artistas nacionales la bóveda, que tiene mucho uso en las ciudades pelásgicas de Italia, y se empleó en los maravillosos acueductos y en las cloacas, que bastan para demostrar que llevaba ya mucho tiempo de existencia la ciudad de los Tarquinos. No tenia Roma á su disposicion tan ricas canteras de mármol como Grecia; construyendo de consiguiente con ladrillos, hallaba más ventajas en hacer uso de la bóveda: de este modo vino á ser el arco el carácter distintivo de la arquitectura romana, progreso impor-

(1) Lib. III, cap. XX. Véanse además:
STIEGLIK, *Historia de la arquitectura entre los antiguos.*
J. G. LE GRAND, *Historia general de la arquitectura, comparacion de los monumentos de todas las edades en los diferentes pueblos y teoria de este arte sacada de los ejemplos, como de los grandes efectos ó producciones de la naturaleza.*
TH. HOPE, *Historia de la arquitectura.*

(2) Demóstenes acusa públicamente á Midias, porque su casa en Eleusis tiene más elevacion que las demás.

tante; puesto que permite enlazar entre sí pilares y muros á mucha mayor distancia que podria conseguirse con arquitrabes de madera ó de piedra, y cubrir con techos, tan sólidos como fáciles de construir, vastísimos espacios. Hállanse, pues, arcos en todos los puntos donde edificaron los romanos. Unas veces en el fondo de una plaza cuadrada, ó al rededor de una plaza circular abrieron hemiciclos cubiertos de semicúpulas ó de cúpulas enteras formadas por arcos concéntricos, otras veces circunscribieron diferentes pequeños arcos en uno más grande, ó los cruzaron en diferentes direcciones. Hasta cuando apoyaron los pórticos en columnas, á estilo griego, echaron el arco de una á otra, disimulándolo con un arquitrabe fingido. La curva debia ser en todo caso un semicírculo exactamente.

Esto basta para distinguir la arquitectura romana de la de los griegos; y aunque la primera tomara de estos algunas de sus partes, las convirtió de esenciales que eran en ornamentales. Aveníase mal la inflexible línea recta del arquitrabe con el arco tirado de una pilastra á otra, y la angulosidad de la techumbre con la convexidad de la cúpula. Perdian su significacion los triglifos y los dentellones, si no habia en lo interior vigas de que tuvieran que figurar su salida ó remate; pero los romanos, que no eran inventores, no hallaron ningun medio original para ornar de una manera conveniente la archivolta.

Aun después que Roma oprimió á la Etruria, sacó de la Grecia la mayor parte de sus artistas, y aunque ya aparece la imitacion griega en el sepulcro de Escipion Barbato (el año 456 de Roma), en que el triglifo dórico está sobrepuesto de dentellones jónicos, aquellos arquitectos hubieron de plegarse al gusto romano, y lo que añadieron del arte griego figuraba allí como pegadizo. De aquí resultó un estilo bastardo que agradó á un pueblo muy distante de poseer aquel sentimiento esquisito de lo bello, peculiar de los griegos y que se contentaba con acumular, sin pretender reducir á la unidad. Si la victoria proporcionaba á los romanos obras maestras del arte, columnas, pisos, encargaban á los arquitectos que las emplearan en los edificios, fuera ó no posible armonizar los trozos antiguos con la construccion nueva. La columna, parte principal de la arquitectura griega, no fué más que un ornamento para interrumpir el muro contínuo, destinado á sostener el peso perpendicular al mismo tiempo que la presion oblícua de la bóveda. Pudo, pues, alzarse sobre un pedestal incómodo á los que habian de pasar por aquel punto, y elevándose á veces, como en los arcos de triunfo, á una grande altura entre el entablamento y el pedestal, lo cual le hacia perder mucho en figura y en importancia. En vez de continuar siendo el sosten del arquitrabe, sirvió de apoyo á lo que ya descansaba sobre el muro; de aquí que pareciera más bien que sobresalia para aumentar la solidez del edificio: sin embargo, hacia la figura del capitel menos determinada á la vista. Hasta se halla colocada en el Panteon en lo interior de un arco, independiente tanto de ella como de la cornisa, de modo que no sostiene más que esta, sin que la cornisa sostenga nada; gran demostracion de su inutilidad.

El frontis, que continuaba sin interrupcion entre los griegos, presentando la línea recta y el pináculo formado por los estremos del techo, cambia de destino en la arquitectura romana: se halla á veces colocado bajo la cornisa, ó sobre una puerta, una ventana, un nicho: en Balbek se ve hasta en lo interior de un pórtico. Sucesivamente en vez de un frontis grande hubo muchos frontis pequeños, unas veces truncados, otros redondos, ó con otros más grandes encima, como en el Castel dell' Aqua de Roma, en el templo de Diana en Nimes, en el del Sol en Balbek, y en el palacio de Diocleciano en Salona.

Introdujeron, pues, los romanos estas modificaciones con otras más en los órdenes de arquitectura. Como el dórico era demasiado severo para modificarse, le emplearon muy rara vez, si bien dieron su nombre á otro escluyendo sus más característicos rasgos. Con ellos perdió el arte jónico la diversidad entre el frente y los costados de la voluta, lo cual constituia la principal belleza de su capitel. Se trasformó el órden corintio en órden compuesto: el equino fué truncado en su parte superior, y los dentellones cortados por abajo. Mezcláronse los órdenes como en el teatro de Marcelo, en que la cornisa jónica coronó la columna dórica. Cuando los griegos no se apartaban nunca del principio originario de la cabaña de madera, se queja Vitrubio de que los romanos no querian prestar atencion á estas conveniencias de detalle, y ponian en las cornisas inclinadas de sus frontis los dentellones debajo de los modillones, siguiendo á su capricho en todo.

Estos defectos se hacian notar en los mejores tiempos, si debe llamarse defecto el apartarse de reglas arbitrarias. Efectivamente, es necesario confesar que la arquitectura romana con la curva de sus arcos, introdujo mucha variedad en la belleza de las líneas rectas, de las superficies planas y de las formas más angulosas de la Grecia. Presto sin embargo se inclinó á lo peor. Ya el arco de triunfo levantado por Tiberio á su predecesor, es estremadamente ancho, está sostenido por pilares de mamposteria con dos delgadas columnas, y un frontis mal impostado que va de una á otra. El de Trajano en Ancona, peca por el esceso contrario, estrechado entre los pilares; y además los elevadísimos basamentos están sobrecargados de insignificantes molduras. Todavia se nota peor sentimiento del arte en la puerta de los Borsari en Verona, edificada quizá en tiempo del reinado de Alejandro Severo con sus columnas de estrias torcidas y los frontis de sus nichos alternativamente redondos y triangulares. En el palacio de Espalatro nace el arco de las columnas sin cornisa. Pero

si se pudiera considerar como un adelanto esta supresion de una parte inútil, es sumamente defectuoso ver columnas asentadas sobre modillones en vez de pedestales, y alzándose una hilera sobre otra sin que una línea contínua indique un entablamento interior; y cornisas que en vez de seguir la línea horizontal de una columna á otra, circulan con el friso entorno de un inmenso arco. Agréguense á esto los ornamentos sembrados sin sobriedad, significacion ni efecto, como en Palmira, donde degenera en superfluidad y en confusion la cantidad de columnas y de frisos. Tanto más cuanto que la escultura tuvo una decadencia más rápida todavia. Con efecto, los gigantescos modillones de mármol del magnífico templo de la Paz, no son muy superiores á las obras de los siglos bárbaros; y bajo Constantino habia tal escasez de artistas que hubo necesidad de dilapidar los antiguos monumentos para embellecer los nuevos, especialmente en Constantinopla, pensando aquel emperador como Julio II, que los edificios debian levantarse y no construirse. En su conjunto el arco de triunfo levantado en memoria de sus batallas, es más magestuoso que el de Séptimo Severo; pero los ornamentos fueron arrancados del arco y del foro de Trajano; y se armonizaron mal con las nuevas obras, donde faltaba la belleza y el arte de los contornos que produce la gracia. De ésta se hallaban desprovistas completamente las imágenes del Salvador y de los doce apóstoles de plata que hizo llevar á San Juan de Letran, como otras estátuas de su siglo que existen en el Capitolio, é igualmente las monedas y medallas del mismo tiempo. Hizo quitar la cabeza á una estátua de Apolo para sustituirla con la suya, que fué posteriormente derribada por un rayo en el año 1100. Es más grandioso que el de Roma el arco de triunfo levantado en Tesalónica en honor suyo, y está por todas partes más cargado de bajo-relieves.

La columna erigida á Teodosio el Grande es muy inferior á las de Trajano y de Antonino, segun podemos deducir de los dibujos de Bellini. El pedestal del obelisco egipcio, colocado por este príncipe en el hipódromo de Constantinopla, donde está representado con sus hijos, asistiendo á los juegos y rodeado de su corte, es una gran prueba de decadencia. Fueron fundidas en aquella época las puertas de bronce de San Pablo con figuras y arabescos de plata; pero su enorme riqueza no basta á disimular la decadencia del arte.

Si la ley que exime á los pintores y á sus familias de los alojamientos militares (3), da testimonio de la solicitud de Constantino, otras leyes demuestran cuanto se perdia el culto de lo bello entre el pueblo, como la prohibicion de demoler los mausoleos, los arcos de triunfo, y las columnas por capricho ó por necesidad de servirse de ellas para otras construcciones (4). Hasta hubo que instituir un magistrado para defender los monumentos públicos á viva fuerza (5).

Arte cristiano.—Salido el arte cristiano de las catacumbas, donde habia hecho sus primeros ensayos, pudo erigir templos y hermosearlos con ornamentos y figuras. El papa Silvestre, recibió de Constantino en donacion perpétua el palacio de Letran para su morada y para el uso del culto. Este pontífice mandó edificar un baptisterio octógono consagrado á San Juan Bautista. Ha sido posteriormente cambiada de una manera considerable la vecina iglesia, dedicada bajo el mismo nombre, si bien todavia el papa toma allí posesion de la ciudad y del mundo *(urbis et orbis princeps)*. Constantino mandó erigir en el espacio que ocupaba el circo de Neron un templo al príncipe de los Apóstoles; tambien mandó construir el de San Pablo estramuros, el de San Lorenzo y el de Santa Inés en un valle sembrado de catacumbas entre las vias Salaria y Nomentana. Convirtióse el último en capilla funeraria cuando se depositaron allí las cenizas de Constancia, hija del emperador, en un admirable sarcófago de pórfido ornado de alegorias báquicas. Vénse símbolos de la misma clase en el mosáico del baptisterio redondo que se halla cerca de esta iglesia; no porque anteriormente hubiera sido consagrado á Baco, sino porque los pámpanos y la vendimia eran símbolos cristianos.

Tres iglesias fueron edificadas por órden del mismo emperador ó de su madre en el monte Olivete, en Betlem y en el Santo Sepulcro; por arquitectos que probablemente habian visto la iglesia de San Pablo de Roma, lo cual estorbó á su imaginacion dejarse ir en pos del delirio oriental. Constantino levantó otros templos en la nueva capital de su imperio, como Santa Sofia, los Santos Apóstoles, Santa Dinamia, Santa Irene, y si hemos de dar crédito á Gregorio de Tours, uno magnífico en la Auvernia. La rapidez con que queria ver terminadas las construcciones hizo que ninguna de ellas tardara en desmoronarse, á escepcion quizá tan solo de las iglesias de San Juan y de Santa Constancia.

Tiene alguna semejanza con las catacumbas la iglesia dedicada en Roma á Santa Prisca en el mismo sitio en que se alzaba el palacio de esta matrona, bautizada por San Pedro y considerada como la primera que padeció martirio; pues allí se encuentran un sepulcro, un altar y una capilla. La de San Clemente, anterior á Teodosio, es uno de los más antiguos restos de aquella arquitectura primitiva, conserva la forma ritual en toda su pureza, rodeándole un atrio de columnas con un pronaos. Está dividido en tres naves, de las cuales

(3) *De excusatione artificum.*

(4) *Cod. Just.*, XIII y siguientes *de sepulc. viol.; Código Teod.*, IX, 17, XVI, 49.

(5) *Centurio nitentium rerum.* AMIANO MARCELINO, XVI, 6.

tiene la del centro treinta y cuatro piés de elevacion, la de la derecha, trece, y la de la izquierda diez y ocho, anomalia que no es rara de todo punto: ancha escalera conducia á la tribuna, bajo la cual se halla la confesion con las reliquias. Tambien San Silvestre, San Hermes y San Martin de los Montes en Roma fueron construidos sobre oratorios subterráneos.

Gala Placidia, hija de Teodosio, quiso que la iglesia de San Nazario y San Celso, en Rávena, imitara los hipogeos, y mandó preparar en su recinto sepulturas para ella, para Honorio su hermano, para Constancio, su esposo y para Valentiniano III, su hijo.

Uno de los primeros templos paganos trasformado en iglesia, fué San Urbano, fuera de la puerta Capena, más arriba de la fuente de Egeria. Es todo de ladrillo, y su pórtico está adornado con cuatro hermosas columnas. San Pedro Advíncula se atribuye á Leon el Grande; pero se ignora de donde tomó aquellas columnas de órden dórico, que son mucho más elevadas que las de Pesto. Cada columna con su capitel tiene ocho veces su diámetro de altura próximamente.

El emperador Constantino y sus primeros sucesores no echaron á tierra los templos paganos, ni aun los cambiaron de destino. Pero cuando Teodosio hubo asegurado el triunfo del cristianismo, fué necesario levantar templos en todas partes, atendido que casi habia tantos fieles como ciudadanos. Como ya hemos dicho eran pequeños los templos de los dioses, por hallarse destinados, no á recibir en su seno á la muchedumbre, sino al cumplimiento de los ritos: su número se habia aumentado en Roma por la afluencia de adoradores de una multitud de divinidades diferentes, si bien no por esto habian llegado á ser más espaciosos. Mal podian, pues, convertirse en iglesias cristianas, donde se reuniera el pueblo entero á fin de tomar parte en la oracion y el sacrificio, y para oir las verdades de la fé y los preceptos de la moral. Ya se necesitaba de más anchas naves, de suerte que se juzgó más conveniente apropiar las basílicas al nuevo culto.

Basílicas.—Sin duda no se ha olvidado que eran recintos cubiertos donde se reunian los mercaderes para tratar sus negocios, y donde iban á discutir los oradores y á pronunciar sus sentencias los jueces. Plinio contaba diez y ocho en Roma (6). Hallábanse rodeados esteriormente los templos en su mayor parte de numerosas columnatas; pero las basílicas no presentaban por fuera más que paredes desnudas: tenian comunmente la figura de un cuadrilongo, y estaban divididas en tres naves por dos hileras de columnas que iban á parar á un semicírculo elevado sobre algunos escalones, y cubierto con un hemiciclo en forma de nicho, llamado *absis* en griego, y *tribunal* en latin, de donde proviene cabalmente el nombre de nuestros tribunales, pues que allí tomaba asiento el magistrado rodeado de los jueces, teniendo enfrente de sí á los abogados. En los gabinetes contiguos estaban los escribanos ú otros, que resolvian ó conciliaban las diferencias que se suscitaban entre negociantes. Algunas de aquellas basílicas tenian balcones ó tribunas para comodidad de los espectadores.

Nada podia convenir mejor á las reuniones de los cristianos, tanto por el espacio como por la distribucion. Colocóse el altar en medio del tribunal, sentóse el obispo en la cátedra del magistrado, en rededor el clero, y el resto del edificio recibió á los fieles: los hombres al Mediodia, las mujeres al Norte, los catecúmenos en el medio y ocupaban las tribunas las viudas y las vírgenes piadosas. Dícese que la primera basílica dedicada al culto cristiano fué en Roma la Porcia, llamada así á causa de Lucio Porcio, cónsul el año 570 de la fundacion de Roma; y hay quien pretende que sirvió de modelo á las iglesias, que tomaron de ella hasta el nombre.

En el momento en que el papa Liberio formaba el proyecto con un senador de la de Santa Maria la Mayor, que se proponia elevar en Roma, cayó nieve á la mitad del mes de agosto, y un ángel trazó sobre ella el plan de la nueva iglesia. Esta leyenda atestigua que se atribuia á la figura de los templos un orígen superior al capricho del artista. Con efecto todo parece haber sido ritual en las construcciones cristianas, como en el templo hebráico en otro tiempo. Hasta fueron acomodadas las primeras iglesias á imitacion suya, puesto que se lee en las Constituciones apostólicas, obra del siglo cuarto, que San Pedro quiso que las iglesias se asemejaran á un navio con dos pastoforias ó sacristias á las estremidades: en medio se sientan el obispo y los sacerdotes, mientras que están en pié los diáconos vestidos ligeramente como marinos dispuestos á bogar. Su mision es tener cuidado de que se coloquen en buen órden los seglares, y las mujeres separadas de los hombres; que oigan en silencio las lecturas y la esplicacion del obispo, quien representa al piloto. Debe haber portero en el lado por donde entran los hombres, y diaconisas por donde entran las mujeres.

Cuando los cristianos tenian la eleccion del sitio construian las iglesias sobre una altura, doblemente largas que anchas, con la cabecera hácia el lado de Oriente, los piés al Poniente, símbolo del progreso católico, que desde la inmovilidad oriental, se encaminaba al libre desarrollo; pero ningun rito les obligaba á construirlas de esta manera.

Primeramente se encontraba allí el *atrio* ó paraiso, pórtico de columnas (7), tan ancho como la

(6) *Hist. nat.*, VI, 33.

(7) Todavia se ve en Roma en San Lorenzo, en San Jorge de Velabro, en Santa Maria de Transtivera, y algo modificado en San Juan de Letran, Santa Maria la Mayor, etc.

iglesia, y que cuando las catacumbas fueron abandonadas vino á ser el lugar de reposo de los muertos, donde aguardaron la resurreccion con la cabeza vuelta hácia Levante. Podian los ricos obtener sepulturas separadas en el mismo sitio, si bien solo los obispos eran sepultados en las naves. La familia imperial tenia sus bóvedas bajo el umbral sagrado, lo cual hacia decir á San Juan Crisóstomo que los reyes se habian trasformado en porteros de los pecadores. A veces se estendia el átrio hasta formar un patio cuadrado, como ya se vé delante del templo del Sol en Balbek; en la capilla de Isis, en Pompeya, y como existe en muchas iglesias cristianas (8).

A semejanza de las casas no tenia ventanas el templo pagano: recibia la luz por las puertas ó por una abertura en el techo, ó de las lámparas. El grupo antiguo más notable fué hallado en un aposento de los baños de Tito, ornado de mármoles preciosos, pero donde no entraba la luz del dia. En los templos cristianos, ventanas redondas ó abovedadas trasmitian una luz templada por vidrios, representando al pueblo hechos del Antiguo ó del Nuevo Testamento.

Fuera nada de columnas, de molduras, ni soportal alguno, á escepcion del techo, sino paredes desnudas, cuya sencillez y armonia daban al edificio cierto aire de magestad.

Dividíase la iglesia en tres zonas: en la primera (*narthex, ferula, pronaos*) inmediata á la puerta, tomaban puesto los penitentes no escomulgados, y los catecúmenos que oian el Evangelio sin poder asistir al sacrificio. La segunda (*navis, naos*) recibia á los iniciados: estaba separada de la primera por un muro trasversal de tres puertas: servia la de la derecha para los hombres, la de la izquierda para las mujeres y la del centro para las procesiones.

En la nave del centro, más elevada ó más baja, destinada á las ceremonias religiosas, se colocaban los levitas y los tres coros cantantes alrededor de los tres ambones, destinados, uno para la orquesta, otro para la epístola, otro para el Evangelio, cuya lectura, así como la de las cartas de los obispos, era privilegio de los diáconos. Delante de los ambones, frecuentemente de piedra, octógonos ó cuadrados (9), con mosáicos y esculturas se alzaba la columna del cirio pascual.

La silla del obispo detrás del altar ocupaba el centro del ábside, que se llamaba presbiterio, y cuya bóveda era dorada. Al lado se hallaban los pastóforos. Hallábase esta silla episcopal á tres escalones de altura sobre las sillas de los sacerdotes de más categoria: así podia dominar el obispo con la vista por encima del altar á la muchedumbre allí congregada. A la estremidad de las dos naves laterales estaban el *senatorium y el matroneum* para los patricios y las damas.

Era la tercera zona el sagrario (*cella, hieration*), separado del resto del templo por un arco de triunfo. Subíase allí por tres escalones sobre los cuales caia el velo pintado, y no era dado penetrar en aquel recinto más que al sacerdote. Debajo estaba la confesion, cripta donde se hallaban las osamentas de los mártires, sobre la cual se apoyaba el altar único, consagrado al dios, tambien único. Encima estaba suspendida la paloma de la eucaristia, y alrededor se veian lámparas de diferentes figuras, adheridas al baldaquino en forma de triángulo griego, sustentado por cuatro columnas y llamado *cimborio*.

En la forma general se introdujeron muchas variedades de detalle. Nos queda la descripcion de la iglesia de Tiro, derribada como todas las demás en tiempo de Diocleciano, y la cual quisieron reedificar los habitantes de aquella ciudad, después del reinado de Constantino, en el mismo lugar donde tuvo asiento, aunque más espaciosa y adornada. Hallábase rodeado el edificio de un muro, y se entraba en él por una galeria abierta hácia el Oriente, tan elevada que parecia invitar á los fieles desde lejos. Enseguida se llegaba á un gran patio cuadrado, que tenia á cada lado atrios de columnas, donde los catecúmenos estaban cerrados por celosias que permitian circular el aire. Podian purificarse los fieles en las fuentes que brotaban en medio del patio, después del cual se encontraba el pronaos con tres puertas hácia el sol saliente: la del centro, de más elevacion y anchura, con impostas de bronce unidas por planchas de hierro y cinceladas, daba entrada á la gran nave, acompañada de otras dos más bajas, que recibian la luz de ventanas guarnecidas con un enverjado de madera artísticamente esculpido.

Estaba sostenida la basílica por columnas más elevadas que las del peristilo, y adornada además con preciosas obras: el pavimento era de mármol y la techumbre de cedro: una verja separaba á los fieles del santuario (10).

Como se empleaban en estos edificios columnas arrancadas de todas partes, y por consiguiente eran de diversas dimensiones, en vez de acortar las que eran demasiado largas, ó de levantar por medio de un pedestal las que eran muy cortas, se desterró el arquitrabe y se echaron de una á otra arcos que partieron inmediatamente de su cima; método conocido ya acaso, si bien desde entonces fué de general uso.

A la basílica de San Pablo, situada estramu-

(8) Tales como la de San Clemente, de los Cuatro Santos coronados, de San Lorenzo, en Roma, de San Apolinar y de San Juan de la Sagra in Classi, en Rávena: la catedral de Parenzo, en Istria; de San Ambrosio, en Milan. Esta última, San Zenon de Verona, y Santa Maria de Torcello, son las iglesias de la Italia superior que conservan más analogia con la antigua basílica.

(9) El de San Ambrosio en Milan ha sido formado de dos arcas funerarias sobrepuestas.

(10) Eusebio, *Hist.*, X, 3.

ros (11), se llevaron veinte y cuatro columnas de mármol violado que pertenecian á la Mole de Adriano, cuyos elegantísimos capiteles contrastaban con la tosquedad de las otras diez y seis columnas, añadidas quizá cuando ensancharon aquella basílica Teodosio y Arcadio. Aquellas columnas dividian el edificio en cinco naves, que, con otra trasversal en la parte superior, formaban una especie de cruz. Por dentro ofrecian aquellas cuatro hileras un golpe de vista mucho más grandioso y más magnífico que los peristilos esteriores de los antiguos (12). Aquí parten los arcos de las columnas en contradiccion al estilo más puro. En Santa Constancia, son gemelas las columnas, no en el sentido de la circunferencia, sino segun el radio de la rotunda. Vénse semejantes en una iglesia cerca de Nocera de los Paganos, y en otra cerca de Bonn, cuya construccion se atribuye á Santa Elena, y en muchas posteriores.

(11) Fué consumida por las llamas el 21 de julio de 1823.

(12) J. CIAMPINI, *Synopsis de sacris ædificis a Constantino constructis*. Roma, 1691.

Enseguida se multiplicaron las iglesias en Roma (13), y seria fácil seguir paso á paso á la arquitectura en su decadencia y en su renacimiento, porque no hubo siglo por desventurado que fuera, en cuyo curso no edificara por lo menos una la munificencia ó la piedad de los pontífices.

Tambien fueron construyéndose en las demás ciudades, á medida que el cristianismo se estableció en ellas. Tanto en el trazo como en la elevacion y en los ornamentos conservaban la forma ritual todas. Cuando no se limitó el culto á honrar á un solo mártir, se aumentó el número de los altares, y se alteró la sencillez del dibujo por la interrupcion de las bellas líneas; mucho peor fué todavia cuando se introdujo la pompa profana de los mausoleos.

(13) Calcúlese que se construyeron en Roma en el siglo II dos iglesias; en el III, nueve; en el IV, diez y siete: en el V, ocho; en el VI, doce; en el VII, cinco; en el VIII, once; en el IX, siete: en el X, una; en el XI, siete; en el XII, ocho; en el XIII, diez y seis; en el XIV, ocho; en el XV, treinta; en el XVI, noventa y tres; en el XVII, sesenta y dos; en el XVIII, siete.—Total, trescientas tres iglesias.

EPILOGO.

Desde la infancia nos enseñan á admirar la gigante Roma en una literatura magestuosa llena de su grandeza, y en historiadores, que idólatras de ella, sin tener en cuenta lo que es ó no justo, exageran las virtudes, justifican los desafueros y emiten ideas falsas é inhumanas sobre la libertad, la gloria y el derecho de conquista. Conducidos luego á meditar sobre aquella legislacion, nos mueve todavia á asombro después de tantos adelantos en la ciencia del derecho y de la jurisprudencia. Estamos rodeados de admirables vestigios de aquella civilizacion todos, y especialmente los italianos, quienes consideran como una gloria nacional la magnificencia y los triunfos de aquellos á que tienen costumbre de llamar sus antepasados. No es, pues, estraño, que nos cueste trabajo desprendernos de juicios aceptados sin discusion y convertidos en sentimientos, y que sintamos repugnancia por las personas que nos arrancan tales ilusiones y que sustituyen á bellas frases los hechos en toda su desnudez, al brillo la justicia, á la gloria la humanidad.

Nosotros, llenos de fé y de esperanza en los progresos que hace el género humano aprendiendo y mejorándose siempre, tampoco somos capaces de negar el inmenso influjo que ejerció Roma en los progresos realizados por nuestra especie. Al fraccionamiento de los concejos sustituyó la idea de nacion, á los hombres un pueblo, pueblo rey: derribó las mil barreras que aislaban á las poblaciones: aproximó civilizaciones muy diferentes, á fin de que la una se aprovechara de la otra: preparó el tiempo en que debia sucederla una dinastia de naciones, reinando no ya por la fuerza, sino por la inteligencia.

No estaba predicha por las sibilas la necesidad de este cambio, ni lo columbraban los filósofos ni los hombres de Estado: lejos de eso se irritaban contra los cristianos que la predicaban, y Roma moria persuadida de su inmortalidad: moria por la fuerza, ella que por la fuerza habia vivido.

Moria, si bien dejando al porvenir un legado inmenso. En todas las comarcas de Europa á donde habia podido llegar quedaron convertidas en focos de civilizacion las ciudades que habia fundado. Estas fijaron primeramente en el terreno la oleada de los bárbaros: más tarde se hallaron con los obispos y los comunes en aptitud de resistir á la feudal tirania (1).

Su literatura quedó como objeto de estudio al lado de la literatura nacional, y sirvió para formar la educacion de los nuevos pueblos europeos: todos ellos esperimentaron su influjo, y muy especialmente aquellos que quisieron reconocerlo menos. El Homero de la Edad Media se hacia guiar por Virgilio en su maravilloso viaje.

Su idioma sobrevivió largo tiempo: conservado por la Iglesia ofreció una lengua universal, no como una quimera filosófica, sino como un hecho: modificado por los dialectos primitivos engendró las lenguas modernas, más lógicas aunque menos magestuosas, más claras aunque menos poéticas.

Sus leyes servian de modelo; mantenidas en un principio y modificadas por la Iglesia, se introdujeron después en las escuelas y en la sociedad seglar para regular los actos, las transaciones, los contratos, suministrando escelentes modelos de órden y de equidad, aun cuando encadenasen á veces el pensamiento.

Roma habia encontrado al mundo dividido en municipios sin unidad: sofocó su individualidad agregándoselos á ella; pero al mismo tiempo los

(1) ¡Véase de cuan distinto modo acaecieron las cosas en Polonia y en Escocia donde no hubo ciudades romanas!

organizó. Cuando llegó á disolverse continuaron viviendo aquellas instituciones, aunque reducidas á la simple administracion ciertamente; pero mezcladas más tarde á los elementos septentrionales y vivificadas por las inmunidades eclesiásticas, produjeron los concejos de la Edad Media y la época más gloriosa de la Italia.

Hasta la misma Roma dejó como herencia la idea de un poder central, capaz de moverlo todo; parte en la administracion que no tuvo mudanza, parte en los recuerdos. Aspiraron á imitarla los pueblos bárbaros, admiradores suyos, sin poderla igualar nunca: por ella renació en tiempo de Carlo-Magno un imperio cristiano, y á ella fué debido que legistas populares pudieran oponer la fuerza de un poder supremo á las usurpaciones sin freno de las jurisdicciones feudales.

¡Cuán ricas son las lecciones que brinda su acrecimiento, su poderío, su decadencia para el que observa al hombre y admira su pujanza, menos en el abuso desenfrenado de la fuerza que en las lentas conquistas del derecho! Hemos seguido estas paso á paso procurando desembarazarnos de las opiniones concebidas de antemano, simpatizando con los oprimidos, con los vencidos, con el pueblo. No hay, pues, que estrañar ver formados nuestros juicios de muy distinta manera que los que forman los admiradores de las violencias, de los triunfos, de los héroes. No hay porque asombrarse de que la via Sacra y el Capitolio nos hayan ocupado menos que la Suburra y las catacumbas: si hemos otorgado una admiracion menos estática á la Roma de César, observando después su agonía y su fin en una contemplacion prolongada. No hay espectáculo más interesante que el de una sociedad que se disuelve, y el de otra que se eleva. ¿Y cuándo ofrece la historia una ocasion más oportuna de considerarlo?

Nos hemos detenido largamente á considerar la lucha del mundo oriental, el cristiano y el germánico, á ver disputarse la tierra el cristianismo, el helenismo, la filosofía, la barbarie. Pero herido en el corazon el helenismo, se esfuerza vanamente por regenerarse, admitiendo lo mejor que encuentra en su adversario: tronco carcomido que no refrigera el rocío del cielo, y que semejantes al upas, derramaba una mortífera sombra sobre todo sentimiento de amor y de generosidad, no podia recibir el ingerto del olivo, destinado á vivificar el mundo. Después de haber cesado de matar, se arma el paganismo de argumentos en las escuelas, se adorna con símbolos en los templos, llama tenazmente en su ayuda á las preocupaciones de la aristocracia y á los hábitos del vulgo; pero tan luego como el apoyo de la legalidad le falta, viene á espirar en el fondo de las catacumbas, donde se habia engrandecido el cristianismo (2).

Sabiendo éste que la resistencia es un crímen cuando cesa de ser un deber, á fin de no provocar á los tiranos, habia derramado primeramente su sangre en silencio y con el perdon en los labios, pero tan pronto como adquirió robustez y lozanía en los tormentos y en los varoniles deleites de la soledad y de la abstinencia, levantó la voz en medio del estruendo de las armas: de creencia personal é interior se trasforma en institucion; tiene su gobierno, sus rentas, su representacion, sus asambleas, y puede ya desprenderse de las trabas de la sociedad civil.

Esta prosigue pagana en el fondo, en sus instituciones, en sus leyes, en sus costumbres, tal como nació y logró su engrandecimiento. Así el imperio, aun reconociendo el Evangelio, marcha en otro sentido que el que le prescribe la ley nueva.

No se proponia su derrumbamiento el cristianismo, pues propendia á mejorar á los hombres para que se hiciera mejor la sociedad: no queria corregir á aquellos á costa de ésta, segun el método practicado hasta entonces por los sabios. De consiguiente no hace cesar desúbito la guerra, la esclavitud, la obediencia pasiva. ¿Qué fuerzas poseia para esto? No precisa las relaciones de conciencia entre reyes y pueblos, en atencion á que aun no habia naciones cristianas, sino solamente individuos. Todavía se halla el gobierno en manos de los emperadores, que son jefes de los ejércitos y del Estado, pontífices y dioses, con un Senado dispuesto á aprobarlo todo, y un ejército pronto á lanzarse á toda empresa. Pero la Iglesia declara que hasta los emperadores dependen de un Dios que les encumbra y les derroca á su albedrío: la rigidez de la ley romana debe plegarse delante de las leyes cristianas, es decir, delante de la moralidad y de la justicia. No son destronados los césares, aunque sí lanzados del altar y de la silla pontifical. Al lado de la sociedad que debe perecer se levanta como modelo otra enteramente distinta, fundada en la igualdad de los hombres, sin nobleza ó privilegios hereditarios, con una gerarquía electiva, en la que los honores, la consideracion, el poder, se hallan apoyados en el mérito, única base legítima.

A pesar de todo no se la podia denominar sociedad cristiana, interin los depositarios de la nueva doctrina no hubieran logrado apoderarse del hombre en la cuna, apartarle de las ideas del antiguo órden de cosas, trasformadas en costumbres, é infiltrar en su alma las del nuevo, con los preceptos recibidos en el maternal regazo.

Este objeto no se podia conseguir mientras permaneciera en pié la ciudad romana; y ésta constituida por la fuerza, solo por la fuerza podia ser destruida.

---

(2) Repitámoslo: en esta historia consideramos el cristianismo como una inmensa fuerza civilizadora: la demostracion de la santidad de sus dogmas pertenece á otras ciencias. La historia debe contemplarlo como una religion de libertad y de progreso, y no cree nunca insistir bastante sobre el mayor cambio que se ha operado jamás en el mundo.

Si es gobierno libre no aquel que emancipa al hombre de toda subordinacion, sino aquel en que el yugo de la fuerza se ha convertido en regla moral, la sumision ciega en creencia racional, el suplicio en expiacion, debemos decir que el derecho canónico en su integridad conducia mejor á la emancipacion que las leyes romanas. Resisten los cristianos porque temen más á Dios que al hombre: los individuos y las naciones aprenden que, si en un lugar se les persigue, pueden buscar en otro abrigo á su conciencia. Cuando los romanos definian la ley diciendo que era *lo que agrada al príncipe* (3); cuando, segun Aristóteles «valia más á una ciudad ser gobernada por un hombre que por buenas leyes,» (4) los maestros del cristianismo enseñaron á desear en todos los paises instituciones tales que no fuera posible al jefe tiranizar á sus súbditos (5); y San Agustin profesaba la doctrina de que los gobiernos eran instituidos por el pueblo y para el pueblo. «Los reyes y los señores, dice, no tomaron este nombre de reinar y señorear; sino de regir, así pues, reinado se deriva de rey, y éste de regular. Debe ser considerado el fausto de los príncipes, no como atributo del que rige, sino como efecto del orgullo del que domina... Habiendo hecho Dios al hombre racional á su imágen y semejanza, quiso que dominara sobre las criaturas irracionales, no sobre el hombre. Por eso los primeros justos fueron pastores de rebaños, y no reyes de hombres, queriendo Dios darnos á conocer en esto lo que es conforme á la vez al órden de las criaturas y á la expiacion de los pecados.» (6)

Jamás hemos encontrado semejantes ideas de libertad en las obras de los antiguos sabios; y antes de San Agustin, ninguna voz habia protestado contra la pena de muerte (7). Implora personalmente al tribuno Marcelino el perdon de algunos sectarios, pidiendo que se les conmute la pena capital en encarcelamiento, «á fin, dice, de que sean conducidos de una actividad maléfica al trabajo útil, de la locura del delito á la razon y al arrepentimiento.»

Aquí teneis la primera idea del sistema penitenciario, gloria ó esperanza de nuestro siglo de humanidad: teneis en las asambleas parroquiales, diocesanas, ecuménicas, el gobierno representativo, encomiado como la más alta concepcion de la filosofia política, y como término del progreso social. Teneis la libertad y la igualdad en la asamblea de los fieles; la monarquia electiva en la Iglesia, cuyo jefe, aunque escogido entre el pueblo, obtiene de los fieles una obediencia perfecta. Hasta lo que pareció un sueño de espíritus benévolos ó utopistas, á saber, un lenguaje comun y la paz universal por medio de asambleas generales, fué realizado en lo posible en la sociedad cristiana por el uso de la lengua latina y por los concilios.

En aquellas asambleas prelados inermes osan contradecir á los emperadores; y á la par que los senadores compiten en cobardia, oponen ellos á los decretos la voz de la conciencia. El concilio de Nicea es el primer ejemplo dado al mundo de una asociacion de todos los pueblos conocidos, diferentes por las leyes, por los usos, por la civilizacion, congregados por una misma fe y sin embargo independientes, enviando diputados populares á discutir de como se debe creer, adorar y obrar. Allí son reconocidos muchos derechos; se proclama un símbolo de unidad general, que corona las más sublimes doctrinas de los tiempos antiguos. Así desde este momento se inaugura una nueva era de progreso para la civilizacion del entendimiento humano.

Desterrada la libertad en todas partes por el funesto influjo del egoismo, se refugia en el santuario, protegida por la fe de Aquel por quien reinan los reyes. A primera vista se podria hallar una apariencia de despotismo en aquel gobierno de la Iglesia, que impone lo que se debe creer, estiende su imperio sobre la conciencia y proscribe la herejia, pero su infabilidad procede de un principio superior al hombre y capaz de satisfacer la razon: obra en todas las cosas públicamente por medio de cartas, concilios, discusiones, hasta el punto de que cada determinacion es tomada después de una deliberacion en comun. Las mismas herejias prueban cuanta actividad reinaba en aquel cuerpo, en que la autoridad parecia deber sofocarlo. *Jamás sufriré la servidumbre del espíritu*, decia un obispo (8); *me parece que se rebaja demasiado el que está obligado á ocultar su pensamiento.*

Habia sentado el cristianismo como base de su doctrina lo que hay de más general en las creencias y en la razon humana. De consiguiente solo restaba que trabajaran las inteligencias para elevar todo lo que es ciencia sobre tan inconcuso fundamento; y hubiera resultado de aquí la regeneracion completa del saber y el inmenso progreso que es fruto de la armonia. Por desgracia la opinion individual ocupó en breve el puesto de la fe universal; se aplicó á la solucion de problemas imposibles de desembrollar, y se consumieron el tiempo y las fuerzas en construir sistemas inciertos en derecho, efímeros de hecho: el carácter de generalidad se estravió en reformas parciales, y las especulaciones no fueron ya un engrandecimiento del órden de la fe bien consolidada, sino un retroceso á teorias particulares, á escuelas esclusivas, á hipótesis gratuitas.

A pesar de que las condiciones de la sociedad de entonces y los desastres sobrevenidos retarda-

(3) *Quod principi placuit, legis habet vigorem.*
(4) Aristóteles, *Polit.*, III.
(5) Santo Tomás, *De regimine principum.*
(6) *De civ. Dei*, XII, 2; XV, 1.
(7) Véase pág. 529.

(8) Sidonio, *Ep.* VII, 18.

ran los frutos que debian recogerse, quizá no existe una sola de las mejoras de los tiempos más civilizados, que no se halle á lo menos en gérmen, en los santos Padres. Habiendo sucedido á los apóstoles y á los mártires, para sostener con la sabiduria y con la palabra las nuevas creencias nacidas con el pueblo y desarrolladas entre el pueblo, rompen el perpétuo círculo de imitacion en que habia estado como encadenada la literatura profana, y dan nacimiento al siglo de oro de la literatura cristiana. Hemos podido estudiar en sus escritos mil particularidades de la historia de los pueblos: los progresos lentos, si bien incesantes, de la revolucion más vasta, y los obstáculos que le opuso la ciencia, apoyada en los antiguos usos hasta el momento en que fué llamada ella misma á sustentar las nuevas doctrinas con doble energia.

Ya antes de Augusto las producciones del espíritu y de las artes no se proponian otra cosa que escitar los apetitos personales, á la par que las enseñanzas de la Iglesia fomentaban una pasion completamente social entre los fieles. Al leer á los autores profanos parece como si compusieran en paises distantes de todo tumulto, dentro de la Roma triunfal y llena de confianza en sus divinidades; tan puerilmente cantaban al borde del sepulcro, incensando por reminiscencia á las inmortalidades ya difuntas.

Con razon miraron con desden los Padres el arte, reducido á condicion tan mísera, ellos que, tronando desde lo alto del púlpito, discutiendo en el concilio, cantando en la soledad, son siempre los hombres de la realidad y de su tiempo: sienten y revelan los padecimientos de una sociedad que perece, y se hacen héroes de la caridad y de la oposicion, cuando en otras partes no aparece más que baja lisonja, ó resignacion afeminada, ó dolorosa paciencia.

Después de la lucha contra el paganismo, sostenida durante los cuatro primeros siglos por los cristianos, que proclamaban la libertad de creer y de adorar, y la libertad de la conciencia independiente del César, es completo el triunfo: pero entonces se necesita echar los cimientos del nuevo edificio, consolidar la disciplina, depurar y esclarecer las creencias.

Forzoso es dar nuevos combates. A cada paso surgen herejias, ora contra la fe, ora contra la moral, ora contra la disciplina. Cristo no habia dicho que su barca tendria siempre vientos favorables, sino que ninguna tempestad la echaria á pique. Actualmente han perdido su significacion aquellas herejias, y sin embargo subsisten como los esqueletos de animales antidiluvianos que dan testimonio de violentas revoluciones. Pero todo el que quiera prescindir de lo más opuesto á la profundidad, es decir, el desden y la burla, reconocerá que cada una de estas opiniones ejerció un influjo eficaz en el curso de las cosas, y en las ideas que dan impulso á la humanidad.

A veces se arman los Padres como refutadores de razones tan generales que pueden servir de respuesta á los innovadores, que abundan en todos tiempos. Así Tertuliano prueba en sus *Prescripciones* que las herejias no conducen al verdadero cristianismo, porque cada una de ellas es nueva en comparacion de la verdad existente desde el principio, porque los herejes carecen de objeto y de regla en los debates que empeñan contra la Iglesia, abandonándose á su propio juicio: y así estas opiniones se contradicen una á otra, pretendiendo cada una poseer la verdad esclusivamente (9). Si á veces el espíritu de disputa arrastró en realidad, ora á discusiones frívolas, ora á frases amargas, y acumuló dificultades en el sendero que debia desembarazar la fe para marchar una y segura, compadezcamos aquellos estravíos de la razon humana que, conociendo haber recuperado la libertad, abusaba de ella como el niño á quien le quitan sus mantillas.

Es más instructivo y consolador contemplar á aquellos sacerdotes que, sin interés ni esperanza terrestre, se derraman por todo el mundo habitado, y enlazan á los pueblos por la caridad á la Iglesia; palabra que el pueblo comprende, sintiendo en ella una verdad sobrehumana; palabra que hace amar la religion que la ha inspirado.

Algunos se refugian en la soledad, necesidad de las almas disgustadas de la corrupcion, ó destrozadas por las tempestades. No les acusemos de ociosidad y de indolencia, antes de considerar como el hombre debe empezar la enmienda por sí mismo, y que influjo ejerció en las imaginaciones bárbaras aquel entusiasmo de penitencia, superior á cuanto tiene de frágil la voluntad humana, y sin hacer memoria de que en aquella severa escuela se prepararon los Gerónimos, los Crisóstomos, los Atanasios á resistir á las seducciones del error y á las amenazas del poder.

Con efecto por ellos se divulga con el cristianismo un conocimiento más exacto de los deberes de familia, de ciudadano, y en suma de hombre; por ellos cae la supersticion, y son depositados nuevos gérmenes en medio de la civilizacion antigua, á fin de que no perezca todo en el naufragio. Por ellos se afirma la Iglesia en el órden social como autoridad pública, como república moral, para fundir en conjunto las virtudes lánguidas que quedaban á los romanos corrompidos con las incultas y enérgicas que poseen los bárbaros; para aplicar remedio á los vicios de los primeros y proporcionar educacion á la groseria de los segundos: para abarcar en su universalidad al mundo como en un vínculo de beneficencia, de humanidad, de tolerancia y de caridad protectora: para oponer á los misterios de la carne y á la embriaguez de los sentidos un espiritualismo sublime, y á las rapiñas sanguinarias de los invasores el dogma de la fra-

(9) De estos mismos argumentos se sirve Nicole contra los protestantes en las *Preocupaciones legítimas*.

ternidad universal: para conservar el depósito de las letras y la tradicion de las artes: para vigorizar con sus severos mandatos la flaqueza de los entendimientos; para reanudar las comunicaciones entre las provincias divididas y disputadas. Distante de una rigidez esclusiva, aunque inmutable en el dogma, se adapta la Iglesia al carácter de las diferentes naciones; las discusiones, las heregías, los ritos, toman distinta forma entre los sirios y entre los griegos, entre los africanos y los latinos; pero donde quiera se hace sentir igualmente el convencimiento que lucha, el entusiasmo que eleva, la caridad que santifica.

El siglo más importante en la historia es verdaderamente el que consideramos: en él los oprimidos se convirtieron de repente en dominadores. Si hemos hablado de la Iglesia más que de lo restante, consiste en que la vida á medida que se escapa del cuerpo social se reconcentra en ella, y cuando todos rehusan las funciones civiles como una insoportable carga, están allí los sacerdotes para suplirlos en su tarea, y quedan solos en pié en medio de las ruinas, como los arquitectos de un nuevo edificio. Sabiendo que su reino no es de este mundo, y que la caridad les obliga á ser útiles, á salvar, donde quiera que sea, acuden allí donde se padece, se colocan entre el tirano y los oprimidos, entre los invasores y las poblaciones avasalladas. A los reyes predican el comun orígen y los miramientos debidos á los pobres, inculcan al pueblo la sumision razonada. Se ofrecen á los gobernantes como consejeros, como tutores á las sociedades vueltas á caer en la infancia. Un obispo galo hacina el trigo en los graneros, y cuando es devastado el pais, los abre á todos, Martin, Remigio, Ambrosio, Paulino son los héroes de aquella edad.

Sin ellos, ¿qué hubiera sido del mundo invadido por hordas que se empujan unas á otras, sin saber de donde venian, adonde iban, si bien sintiendo como un impulso superior que les llevaba hácia el Capitolio? Sumamente dolorosas fueron las violencias de la invasion, pero causaron menos daño que la débil agonía. A semejanza de las inundaciones del Nilo, las correrías de los bárbaros dejaron un limo fecundador, despedazaron las instituciones que se oponian al progreso, y constituyeron nuestra sociedad, fundada no en la fuerza y la esclusion, sino en la razon y en el amor.

Ya es esta una diferencia capital entre los tiempos de que hemos hablado, y aquellos á que nos aproximamos. En los primeros las sociedades estaban dominadas por un principio único: en la India y en Egipto domina la teocracia, la autoridad paternal en la China, la monarquía en Persia, la libertad en Grecia, el Estado en Roma. De aquí aquel grado de robustez que aparece en los hombres y en los hechos: de aquí tambien los escesos, empujando á veces la república á abusar de la libertad, y la monarquía de la servidumbre: todas las cosas se impregnan del mismo carácter, y la literatura y las artes vienen á ser la espresion de un estado único en la sociedad.

Al revés entre los modernos las ideas y los sentimientos luchan entre sí y se limitan recíprocamente. Colócase la aristocracia al lado del gobierno de uno solo ó del concejo, y unos y otros son tenidos á raya por una potestad eclesiástica, que no permite deducir las últimas é implacables consecuencias ni aun de principios mal establecidos. De consiguiente allí la unidad de fundamento habia producido la tirania: aquí de la variedad nace la franquicia. Allí la educacion única y dominante imprimia sentimientos y opiniones uniformes para toda la vida, mientras que entre nosotros la que se recibe en las escuelas, con los vestigios de antiguos recuerdos, se halla corregida por las lecciones que da la sociedad. Allí el uso, el ejercicio, el progreso de la civilizacion están confiados al gobierno, es decir, á los privilegiados, no en tanto que operan individualmente, sino como concurriendo simultáneamente á la accion pública: al revés entre los modernos, la civilizacion es de interés público, si bien queda enteramente abandonada á la actividad libre y privada de cada ciudadano, no teniendo que ocuparse los gobernantes más que de la cosa pública para conservar la sociedad, removiendo todos los obstáculos. A la autoridad, único vínculo entre los antiguos, se sustituye entre los modernos el de las costumbres: allí hay mayor independencia política, si bien para un corto número de privilegiados; aquí hay mayor independencia personal y para todos; pues los antiguos no consideraban más que al ciudadano, nosotros al hombre.

Y es hombre todo el que posee un alma racional. La division establecida desde los primeros tiempos entre los hombres queda abolida por la igualdad religiosa; y para llegar de esta á la igualdad civil no hay más que deducir las consecuencias. Antes los vencidos lo perdian todo, porque perdian sus dioses; ahora el cristianismo, dando un mismo Dios á todos, funda un nuevo derecho de gentes. Si la Iglesia no proclama en alta voz el derecho del esclavo á la libertad, proclama el deber que tiene el hombre libre de ser bueno, y por consiguiente de no ensañarse contra el esclavo, de no abusar de su cuerpo, de no matarle ni darle golpes y sí de amarle como á sí mismo. Aun para los que se mostraron más humanos en la antigüedad consistia el heroismo en degollar sin piedad á todo el que era su enemigo, cual lo vemos en César y Germánico. Apenas se hizo Constantino cristiano prometió dinero á todo el que le presentara un enemigo vivo. Ya en lo interior no habrá que asegurar la ventura de un corto número con la opresion de una muchedumbre sin derechos y sin nombre, ya no será sacrificada la poblacion de los campos á la de las ciudades: la tarea de los siglos futuros tendrá por objeto estender á todos la seguridad, la educacion, la dignidad moral. No bien llegaba á gastarse en las edades anteriores el prin-

cipio único, sobre el cual reposaba la sociedad, fuerza era que cayera de un modo más ó menos rápido. Así pereció la Persia cuando los sátrapas se declararon independientes; la Grecia, cuando el predominio macedónico doblegó á las repúblicas bajo la autoridad de los reyes; Roma, cuando sus victorias la indujeron á hacer iguales los derechos entre las naciones vencidas y sus ciudadanos, hallándose constituida originariamente sobre la diferencia y la esclusion. Pero en los siglos modernos, si un elemento sucumbe, ocupa otro su puesto: se trasforman las naciones, mas no perecen: operan sus revoluciones políticas, morales, económicas, sin desaparecer de la haz de la tierra; hasta cuando son encadenadas por la fuerza brutal, no las abandona la esperanza, y en vez de entregarse á impotentes lamentaciones, alimentan una confianza activa en la restauracion y el progreso.

FIN DEL TOMO TERCERO

ÍNDICE DEL TOMO III

LIBRO SEXTO

IMPERIO ROMANO.—Los Julios.—Cristo.—Los Flavios.—Emperadores aventureros.—Emperadores asociados.—Luchas y establecimiento del Cristianismo.—Eclectismo filosófico.—Sincretismo religioso.

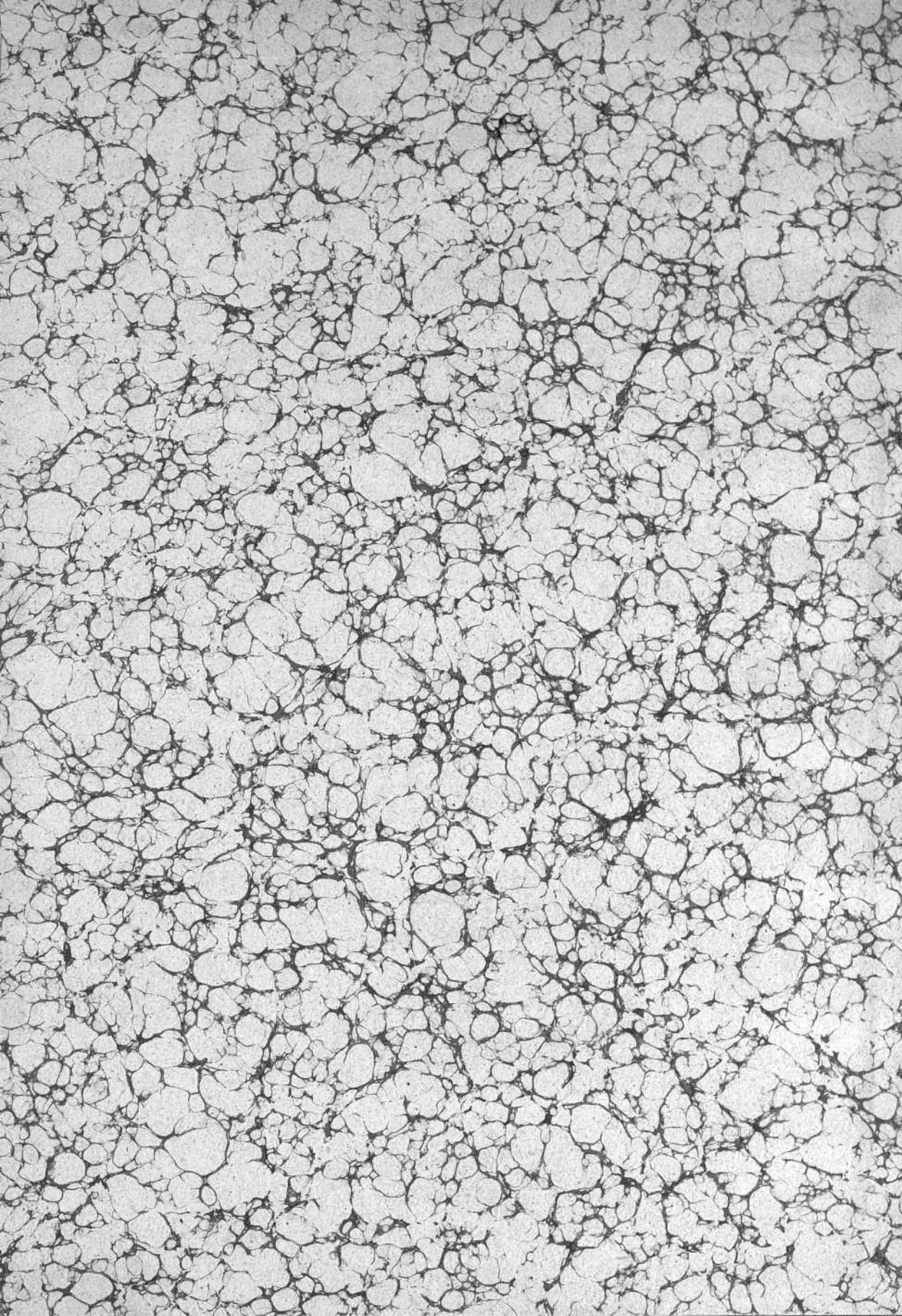
Capítulos.		Págs.
I.	Revista del mundo.	5
II.	Tiberio.	16
III.	Calígula.—Claudio.	25
IV.	Neron.	34
V.	Costumbres.	44
VI.	Jesucristo.	55
VII.	Primeros tiempos del cristianismo.	67
VIII.	Galba, Oton, Vitelio.	73
IX.	Vespasiano.—Esterminio de los judios.	80
X.	Los Flavios.	89
XI.	Nerva y Trajano.	96
XII.	Adriano.	101
XIII.	Los Antoninos.	107
XIV.	El imperio bajo los Antoninos.	116
XV.	Riqueza, comercio.	130
XVI.	Filósofos moralistas.	139
XVII.	Ciencias.	145
XVIII.	Literatura latina.	155
XIX.	Literatura griega.	178
XX.	Historiadores.	187
XXI.	Desde Cómodo á Severo.	198
XXII.	Desde Caracalla á Alejandro.—Restauracion del imperio persa.	207
XXIII.	Desde Maximino á Claudio II.	215
XXIV.	Desde Claudio II á Diocleciano.	222
XXV.	Emperadores colegas.	228
XXVI.	Edad heroica del cristianismo.	235
XXVII.	Persecuciones.	248
XXVIII.	Apologias y controversias.	259
XXIX.	Paz y constitucion de la Iglesia.	271
XXX.	Sincretismo religioso.	285
XXXI.	Filosofia ecléctica.	300
XXXII.	Filosofia cristiana.	306
XXXIII.	Literatura eclesiástica.	312
XXXIV.	Bellas artes.	325
Epílogo.		335

LIBRO SÉPTIMO

BAJO IMPERIO.—La Germania.—Constantino y sus sucesores.—Nueva constitucion.—Reaccion del paganismo.—Triunfo del catolicismo.—Division del Imperio.—Invasion de los bárbaros.—Fin del imperio de Occidente.—La Iglesia.—Literatura profana y sagrada.

I.	La Germania.	341
II.	Invasion del imperio por los bárbaros.	353
III.	Constantino.	360
IV.	Asuntos religiosos.	367
V.	Constitucion del Bajo Imperio.	376
VI.	Hijos de Constantino.—San Atanasio.	393
VII.	Juliano, reaccion del paganismo.	404
VIII.	Juliano y Joviano.	416
IX.	Valentiniano y Valente.	423
X.	Teodosio.	430
XI.	Triunfo del catolicismo.—Los Santos Padres.	438

Capítulos.	Págs.
XII. División del imperio.—Honorio. . . .	461
XIII. Alarico y los italianos.	469
XIV. Arcadio. — Teodosio II. — Valentiniano III.	481
XV. Los hunos.	492
XVI. Ultimos emperadores de Occidente. . .	503
XVII. Consideraciones sobre la caida del imperio romano.	510
XVIII. La Iglesia.	522
XIX. Disciplina y ritos.	535
XX. Literatura profana.	553
XXI. Literatura cristiana.	563
XXII. Poetas.	580
XXIII. Ciencias.	588
XXIV. Bellas artes.	598
Epílogo.	604



Cantú

HISTORIA

UNIVERSAL

3

D-1
918